

BESOS DE MARIPOSA

PATRICK LOGAN



BESOS DE MARIPOSA

PATRICK LOGAN



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Sólo pido ser libre.
Las mariposas son libres.
-Charles Dickens

Besos de mariposa

Detective Damien Drake Libro 1

Patrick Logan

Prólogo

El hombre se secó el sudor de la frente y, después, se pasó dos dedos entre la corbata y la garganta y tiró de ella para soltarla. Con el corazón acelerado, se adentró a trompicones en el callejón, dirigiéndose hacia la única luz que proyectaba un resplandor ictérico sobre una puerta metálica situada más o menos a mitad del estrecho pasadizo.

Se apresuró hacia la puerta, sin intentar ya evitar los charcos que amenazaban con empapar sus mocasines de cocodrilo hechos a medida.

Un delicado chapoteo, como el de una canica al caer en una piscina, sonó detrás de él y giró la cabeza. Entrecerró los ojos, tratando de enfocarlos, y observó el callejón.

¿Dónde estás? ¿Qué quieres de mí?

El hombre esperó completamente inmóvil. Cuando el sonido no se repitió y no detectó ni siquiera un parpadeo de movimiento en las sombras, volvió a centrar su atención en la puerta.

Su mano escrutadora confirmó lo que ya sospechaba: la puerta no tenía picaporte exterior.

No había forma de abrirlo desde el callejón.

El hombre juró, entonces, por mucho que se opusiera a la idea de ser visto aquí, en este lugar, este callejón, se dio cuenta de que no tenía otra opción.

No con *él* viniendo.

Respirando hondo, cerró el puño y golpeó la puerta.

"¡Eh! ¡Hay alguien ahí! ¡Eh!", gritó. "¡Eh! ¡Abran! ¡Por favor!"

La voz del hombre era extrañamente tensa, casi irreconocible incluso para él mismo.

Cuando la mano dejó de aporrear la puerta, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el móvil, con la esperanza de que se hubiera recargado mientras permanecía inactivo.

Lo justo para encender, para hacer una sola llamada.

"¡Eh! ¿Hay alguien ahí?"

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando, al frotar con el pulgar el botón de la parte inferior, la pantalla no se iluminó. Volvió a maldecir y guardó el teléfono muerto en el bolsillo. La desesperación alcanzó su punto álgido, consciente de que el hombre no podía estar muy lejos, y utilizó ambas manos para aporrear la puerta sin dejar de gritar que alguien abriera, que abriera la *maldita puerta.*

Algo revoloteó junto a su oreja y el hombre apartó la cabeza, con un grito atascado en la garganta. Se sacudió la cabeza como un loco

con la mano libre, con el corazón martilleándole en el pecho con tanta fuerza que pensó que podría salirse de su caja torácica y retumbar por el callejón de cemento como un mosquito sobre un tambor de acero.

"No", gimió, tratando de esquivar al insecto volador que parecía haberse interesado vivamente por él. "No puede ser".

El insecto giró bruscamente para evitar su palma y la luz se reflejó en sus alas.

"Por favor. Eso fue hace tanto tiempo", gimoteó el hombre, *"Por favor*".

La luz amarilla sobre la puerta se reflejó en las alas del insecto y, por un breve instante, pensó que *se trataba de* una mariposa Monarca, con hermosas alas naranjas segmentadas por suaves líneas negras.

No puede ser... es demasiado pronto para mariposas... no puede ser.

Pero entonces el insecto volador se elevó hacia la luz y se dio cuenta de que no era una mariposa. Era sólo una polilla genérica, atraída, al igual que él, por la única luz del callejón.

Y sin embargo, esta constatación no hizo nada para frenar la aceleración de su corazón.

Al borde de la hiperventilación, volvió a aporrear la puerta.

Monarca o no, sabía que esto no había terminado.

Todavía no.

"Por favor, alguien..."

Y entonces, increíblemente, la puerta *se* abrió, aunque sólo fuera un resquicio.

"Shifty, ¿eres tú? ¿Qué haces ahí fuera a las 3 de la mañana? ¿Qué...?", preguntó la voz rasposa de una mujer.

El hombre no dudó.

Introdujo sus dedos manicurados en el hueco de cinco centímetros entre la puerta y el marco y lo agarró con fuerza. La mujer intentó inmediatamente volver a cerrar la puerta.

"Tú no eres Shifty", dijo ella, con un temblor en la voz. La puerta le aplastaba los dedos ahora, pero no le importaba.

Nada en este mundo le haría soltarse ahora.

El ruido de las pisadas en los charcos del callejón que había a sus espaldas obligó al hombre a actuar. Agarró la puerta con fuerza, ignorando el dolor que le producía el metal al morderle los nudillos, y tiró con todas sus fuerzas.

Al principio, la mujer se resistió en el oscuro interior de lo que él pensó que podría haber sido una guarida de crack, pero no fue rival para su fuerza, para su determinación.

Después de todo, ella no sabía qué le perseguía.

La mujer gritó. Se había esforzado tanto por mantener la puerta cerrada que, cuando por fin se abrió de par en par, se fue con ella y su cuerpo delgado como un rayo cayó al callejón.

El hombre vio sus brazos demacrados salpicados de marcas rojas, su pelo húmedo y sarnoso y sus ojos hundidos mientras pasaba volando a su lado.

"¡Tú no eres Shifty!", gritó, mientras se ponía en pie en una acción en la que todo eran rodillas y codos. "¡Tú no eres Shifty!"

El hombre la ignoró y entró en el oscuro edificio. Al hacerlo, la puntera de uno de sus mocasines chocó con algo que había en el suelo. El objeto patinó por la superficie, que parecía inusualmente blanda, como arena o tierra. Hizo un *whoop whoop whoop* mientras se adentraba en la oscuridad antes de chocar contra algo duro y estallar en lo que sólo podía ser un cristal rompiéndose.

¿Dónde están las luces? ¿Dónde están las luces? gritaba su mente. *¿Dónde demonios están las luces?*

Pasó las manos por la pared, ignorando la textura rugosa que le arañaba las palmas.

"¡Tú no eres Shifty!", gritó la mujer desde el callejón, con la voz aún más chillona ahora.

Eso está bien; sigue gritando, despierta a los demás.

"Shifty va a volver y él va a..."

Sus palabras se detuvieron bruscamente y, sin mirar atrás, el hombre se adentró en el edificio, frotando frenéticamente las paredes ahora, desesperado por encontrar un interruptor de la luz que no parecía existir.

El sudor le resbalaba por la frente y le escocía en los ojos.

Justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, sus dedos golpearon algo que sobresalía de la pared.

¡Sí! Gritó su mente.

Accionó el interruptor.

No ha pasado nada.

Lo bajó.

Todavía nada.

Al borde de las lágrimas, pulsó repetidamente el interruptor hacia arriba y hacia abajo, como si tratara de cebar manualmente un edificio cuya única electricidad parece alimentar la enfermiza bombilla amarilla del callejón.

"Por favor", gimió. "Fue..."

Pero una mano enguantada se deslizó alrededor de su nariz y boca por detrás, cortándole la frase igual que había hecho con el drogadicto del callejón.

Gritó, pero el grueso cuero amortiguó el sonido. Sus propias manos agarraron el guante, lo rasgaron, intentando quitárselo de la cara.

Pero el agarre era demasiado fuerte.

Algo afilado le pinchó en un lado del cuello, justo por encima del cuello de su camisa de vestir.

Y luego… nada.

El tiempo parecía ir más despacio y le pareció que la mano que tenía en la cara se aflojaba.

La esperanza entró en él como un virus. La esperanza de que, después de todo, podría salir de aquí. Que aquel hombre le dejaría marchar, le perdonaría sus pecados, sus transgresiones, como un sacerdote o un capellán compasivo.

Pero entonces sintió un profundo ardor en la garganta y los pulmones, un ardor que inundó su organismo con tal intensidad que le hizo caer de rodillas.

Desde allí, el hombre fue bajado suavemente hasta el suelo, antes de ser volteado sobre su espalda. A estas alturas del edificio, la oscuridad era total, pero el hombre de los mocasines de cocodrilo creyó ver algo en la oscuridad.

Una mariposa.

Una hermosa mariposa Monarca desplegando sus alas y ascendiendo hacia el cielo.

Y entonces, al igual que el hombre del traje, desapareció.

PARTE I - Caterpillar

Capítulo 1

Un disparo sacudió al detective de la policía de Nueva York Damien Drake de su letargo. Su mano se deslizó inmediatamente entre la chaqueta y la camisa, y sus dedos buscaron la pistola que llevaba en la funda bajo la axila.

Parpadeó una y dos veces y apartó la mano de la culata de la pistola. Respirando agitadamente, introdujo los dedos en el bolsillo de su desgastada chaqueta deportiva y apretó la pequeña botella de cristal entre el pulgar y el índice.

Mientras sacaba la botella en miniatura de Johnny Walker Etiqueta Roja, intentó estirar las piernas, apoyando los pies en el suelo del coche, entre el acelerador y el freno. Gimió y cerró los ojos un momento.

Había oído un disparo, pero no venía de fuera.

Había estado en su cabeza.

Al igual que la cara de su compañero, Clay Cuthbert, con los ojos muy abiertos, húmedos.

Sus pálidas mejillas se ahuecan con el estrujón tangible del terror.

Drake oyó ahora otro sonido, pero a diferencia del disparo, éste era real: el inconfundible *tintineo* de las lengüetas metálicas al romperse mientras desenroscaba el tapón de la miniatura.

Cuando volvió a abrir los ojos, se sorprendió de que el sol hubiera decidido que hoy por fin se libraría de su gélida mortaja. Para ser marzo en Nueva York, se trataba de una hazaña formidable.

Mientras Drake se llevaba la botella a los labios y bebía un buen trago, observó el edificio de ladrillos con el camino de entrada circular frente a su ventana y sus ojos recorrieron la valla que delimitaba un pequeño parque.

Debo de haber estado fuera tres horas, pensó, sin querer confirmarlo ni desmentirlo haciendo el esfuerzo de mirar su desgastado Timex.

Supuso que podría haber mirado el reloj digital integrado en el salpicadero, pero nunca se había molestado en ponerlo en hora. Hacía doce años que poseía el Crown Victoria color crema y, sin embargo, en ninguno de ese tiempo se había molestado en juguetear con el maldito cacharro. A diferencia del sol, algunas cosas no merecían el esfuerzo o la frustración.

Gruñó y bebió otro sorbo. Consciente de que el interior de su coche apestaba a sudor rancio y alcohol más rancio, abrió la ventanilla un centímetro, saboreando la familiaridad del aire teñido de smog.

El sonido de un timbre cortó el miasma que llenaba el Crown Vic. Esta vez, Drake detuvo su mano antes de que llegara a la culata de su

pistola.

Déjalo ya. Contrólate.

Como para demostrarse a sí mismo que tenía el control, terminó la miniatura, volvió a enroscar el tapón y la arrojó al suelo del asiento del copiloto. Cuando chocó contra otras botellas, se estremeció, esperando oír el sonido de un cristal rompiéndose. Pero después de varios tintineos más, acabó por asentarse y relajó los hombros.

De todas formas, las malditas cosas solían ser de plástico.

Los músculos de la parte superior de su espalda se habían tensado, y el hecho de que hubiera dormido en su coche más noches que en una cama desde que había empezado su suspensión no había hecho nada por acostumbrarle más a las condiciones.

¿No se supone que el cuerpo debe adaptarse? ¿Acostumbrarse a pensamientos de mierda, alojamientos de mierda?

Una pandilla de niños de entre cinco y quince años, según Drake, salía por la puerta lateral de la escuela como si el propio edificio los regurgitara. Sus agudos chillidos de alegría, gritos de júbilo y gruñidos amorfos se filtraron hasta él a través de la rendija de su ventana, y al instante se arrepintió de haberla abierto. Sin embargo, no hizo ademán de cerrarla.

En lugar de eso, observó sus rostros suaves, la mayoría sin líneas ni siquiera en la sonrisa, su mirada siguiéndolos a través de una zona pavimentada con canastas de baloncesto que no habían visto una red real durante más tiempo del que la mayoría había estado viva.

Los niños más pequeños -Drake sólo los identificaba como tales, ya que parecían no haber adquirido aún la conciencia de sí mismos, y sus ojos se fijaban en una estructura de juego sin dirigirse primero a sus amigos en busca de aprobación-iban sobre todo a los columpios y toboganes, mientras que los mayores se dirigían al campo gigante de la parte trasera del colegio. El campo estaba delimitado por porterías de fútbol blancas y desconchadas, pero durante todos los días que Drake había aparcado en el exterior del instituto Hockley, nunca había visto a nadie jugando al fútbol.

O de baloncesto.

Cuando los chicos se dispersaron y su incesante zumbido se hizo más difuso, Drake se encontró mirando fijamente a tres chicos con el pelo de punta y mochilas adornadas con pinchos cromados y parches de bandas que no reconocía. Arrastraban los pies en lugar de caminar, sus pesadas botas apenas se levantaban primero de la zona de baloncesto pavimentada y luego del campo de césped recién esquilado. El adolescente de la izquierda, que era cinco o seis centímetros más alto que los demás y lucía una larga melena rubia que casi le llegaba a los hombros, miraba lascivamente a una chica mucho más joven en minifalda.

El chico dijo algo, y aunque Drake estaba demasiado lejos para distinguir las palabras exactas, y no era un experto lector de labios, la expresión dentada en la cara del chico dijo lo suficiente.

La chica respondió bruscamente, y su mueca permitió que un intercambio se desarrollara en la mente de Drake.

El chico dejó de sonreír y el trío se arrellanó detrás de la escuela, con la espalda pegada a la pared.

¿Qué están haciendo?

Pero cuando el chico rubio, con los ojos desorbitados de nuevo, metió la mano en su mochila, Drake sintió una repentina punzada en el pecho.

Ya hacía mucho tiempo de Columbine, y ahora casi todo el mundo en Nueva York esperaba que el próximo atentado viniera de un hombre de piel oscura que hablara árabe, Drake seguía sintiéndose en tensión.

Sin pensarlo, su mano serpenteó hasta el pomo de la puerta y agarró con fuerza el cálido metal, dispuesto a abalanzarse.

Lo soltó cuando el chico sacó un paquete gastado de Marlboro y se lo tendió furtivamente a sus amigos.

¿Qué demonios te pasa? ¡Contrólate!

Drake respiró hondo y apartó la mirada de los aspirantes a punk rockers que fumaban cigarrillos, sus ojos se desviaron hacia la fachada de la escuela.

Y fue entonces cuando la vio. Al principio, trató de no exagerar *-no era ella, igual que los cigarrillos no eran bombas de tubo en miniatura-, pero* a medida que miraba con más atención, se dio cuenta de que *podía* ser ella. Estaba de espaldas a él, con una mochila rosa colgada de un hombro y el pelo castaño, largo y liso, cayéndole hasta la mitad de la espalda. Llevaba unos vaqueros oscuros ajustados y unas zapatillas Converse desgastadas. Una blusa blanca se ceñía a sus delgados hombros.

Es ella.

Drake tragó saliva y volvió a agarrar la manilla de la puerta, aunque esta vez no intentaba estrangular el metal. En lugar de eso, tiró suavemente y la puerta se abrió. El aire cálido chocó contra su cara, que ahora se daba cuenta de que estaba cubierta por una fina capa de sudor.

Cuando Drake salió de su Crown Vic, otro coche se detuvo junto a la chica y la ventanilla bajó lentamente. Ella se volvió y debió de reconocer a la persona que había dentro, pues se acercó al coche y se apoyó en la ventanilla entreabierta.

Ahora de perfil, Drake sabía que era ella. Reconoció esa nariz, recta pero fina, y las largas pestañas, los labios carnosos.

Drake cerró la puerta de su coche y se dirigió hacia ella,

preguntándose quién era la persona del coche.

De repente, la chica echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, con su larga melena temblando como una capa.

Entrecerrando los ojos con fuerza, sabiendo que no debería estar aquí, que estaba exagerando, miró por la ventanilla trasera del Mercedes.

Era un hombre, concluyó. Y, a juzgar por la forma en que la sombra de su pelo se adelgazaba, era un hombre mayor.

No, esto no está bien.

Drake se dio cuenta de que tenía las manos cerradas en puños y las abrió lentamente.

No es nada. Un profesor, tal vez. El padre de un amigo. No exageres, Drake. No lo vuelvas a perder.

Pero cuando la chica alcanzó la puerta y empezó a abrirla, todo pensamiento racional huyó de él.

¡Ella va a entrar en el coche y nunca será vista de nuevo!

Empezó a correr.

"¡Suze!", gritó. "¡Suze, no entres al auto!"

Pero o bien los gritos de los niños en el patio o la música que ahora podía oír procedente de la ventanilla del coche estaban demasiado altos y la chica no le oyó.

Aceleró el paso cuando ella empezó a sentarse en el asiento del coche.

Nunca volverás a verla. Jamás. Secuestrada. Violada. Asesinada. Y todo será culpa tuya.

"¡Suze!", gritó. "¡Suzan, *no entres en el coche!"*

La chica se volvió y, cuando sus miradas se cruzaron, la sonrisa se borró de su bonito rostro.

El odio ardía en aquellos ojos avellana oscuros.

Incluso antes de que ella levantara la mano y le hiciera un gesto de desprecio, él se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Ella empezó a cerrar la puerta y él pudo ver cómo movía los labios.

Vamos, vamos, le decía al conductor, que había girado la cabeza en respuesta a sus gritos.

Drake podía ver lo que estaba pasando, y sólo había una manera de detenerlo.

Si Suzan se iba en ese coche, se iría para siempre. Por alguna razón, él estaba seguro de esto.

Damien Drake metió la mano en la funda que llevaba bajo la axila izquierda y sacó su pistola.

"*¡Aléjate del coche, Suze! ¡Aléjate de una puta vez!"*

Capítulo 2

"Ahora, Suze. Ni se te ocurra", dijo Drake. Aunque le estaba hablando a la chica de la mochila, no la estaba apuntando con el arma. En cambio, el cañón estaba enfocado directamente en la sombra de la cabeza del hombre en la ventana retrovisora.

"¿Qué demonios estás haciendo?", replicó ella con las cejas frágiles. Su rostro había adquirido un profundo tono escarlata. "¡Guarda la maldita pistola!"

Drake negó con la cabeza.

"No hasta que te alejes del coche", repitió.

La puerta del conductor se abrió de golpe y un hombre delgado salió del Mercedes.

"¿Qué está pasando...?", empezó, pero se detuvo cuando sus ojos se posaron en la pistola que Drake tenía en la mano. A diferencia de Suzan, cualquier color que pudiera haber tenido en su estrecho rostro se desvaneció.

Sin siquiera pronunciar una palabra, trató inmediatamente de deslizarse de nuevo en el asiento del conductor.

Drake no se lo permitió.

"¡Fuera!", gritó.

Los ojos del hombre se desviaron de la cara de Drake a la pistola, y viceversa, dando al detective el tiempo justo para pensar *que no lo hiciera* antes de que el hombre saltara a su coche.

Drake maldijo y se abalanzó sobre él, bajando el arma hasta su cadera.

Por suerte, la ventanilla estaba abierta, y Drake se agarró a la abertura antes de que el hombre pudiera poner el coche en marcha.

"Salga del coche, ahora", siseó. Por una fracción de segundo, Drake pensó que el hombre -que ahora veía que rondaba los cuarenta años, elegantemente vestido con un granate de cuello en V y un abrigo deportivo gris pálido-iba a poner el coche en marcha de todos modos.

Pero cuando levantó de nuevo la pistola, sin llegar a ponerla en la ventanilla, sino lo bastante alta como para que el sol brillara en el cañón plateado, el hombre retiró la mano derecha de la palanca de cambios y la levantó con la izquierda.

Drake abrió la puerta y luego metió los dedos en el cuello de la chaqueta deportiva del hombre.

"Salga", refunfuñó. Esta vez ayudó al hombre a completar la petición tirando de él desde el vehículo.

"No sé quién eres, pero voy a llamar a la puta policía", dijo el hombre. En ese momento, debió darse cuenta de que había otras

personas a su alrededor, a una distancia respetable de Drake y su pistola.

En cualquier otro lugar, habrían corrido gritando o se habrían tirado al suelo y se habrían cubierto la nuca con manos temblorosas.

Pero esto era NYC; no corrían cuando veían un arma. En lugar de eso, miraban.

Y su presencia pareció infundir valor al hombre.

"¡Llamen a la policía! ¡Que alguien llame a la policía por este psicópata!"

"Cállate", le espetó Drake. Con los dedos aún agarrando el cuello de una chaqueta deportiva muy cara, Drake hizo girar al hombre y lo empujó bruscamente contra el coche. Luego se inclinó hacia él, oliendo su propio aliento a whisky incluso antes de hablar. "¿Crees que puedes venir aquí a plena luz del día y secuestrar a un adolescente? Crees que puedes..."

"¡Que alguien llame a la policía!", gritó el hombre. Drake retrocedió y volvió a empujar. La nariz del hombre rebotó contra el capó del coche y gimió. Sin embargo, a pesar de su evidente dolor, no dejó de gritar. "¡Llamad a la policía! ¡Socorro! ¡Socorro! Llamad a la policía!"

Drake apretó los dientes.

"Será mejor que..."

"*¡Es* la policía!" Suzan gritó de repente. "¡Él es la *maldita policía*!"

Y con esto, el hombre con la nariz ahora ensangrentada se calló.

"Sí, así es", dijo Drake, sacándose el escudo dorado del cinturón y mostrándolo delante de la cara del hombre mientras miraba por encima del hombro. "¿Crees que a plena luz del día puedes ir por ahí en tu lujoso coche, llevando tu elegante traje y atraer a jovencitas a tu coche? ¿Delante de un policía? Engreído..."

Alguien le agarró del brazo y Drake se encogió de hombros bruscamente. Cuando la voz que gritó era joven y femenina, se giró.

Suzan estaba de pie a medio metro detrás de él, con lágrimas derramándose por sus mejillas mientras se masajeaba la palma de la mano.

"No es un pervertido", dijo en voz baja.

Drake aflojó el agarre de la chaqueta del hombre.

"Suze, cariño, no lo sabes. Puede parecer simpático, y no sé qué te ofreció para entrar en su coche, pero hombres así... *Conozco a* hombres así. Todo lo que quieren es..."

Drake se mordió la lengua.

La niña ya estaba aterrorizada, y no se ganaba nada haciendo deducciones sobre otros delitos de los que su padre se había esforzado mucho por protegerla.

Ella negaba con la cabeza y, mientras él la observaba, se llevó las manos a la cara, acunando sus suaves facciones.

A lo lejos, Drake creyó oír una sirena de policía. Y entonces estaba fuera de sí mismo, viendo la escena desarrollarse ante él no como el orquestador, sino como uno de los audaces espectadores.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Las manos de Drake cayeron a los lados, y el hombre del coche consiguió darse la vuelta, sólo que ya no estaba bien afeitado, con el pelo bien recortado, aunque ralo, y unas gafas doradas enmarcando su estrecho rostro.

En cambio, *este* hombre tenía una espesa barba marrón y ojos oscuros. Ojos de los que brotaban lágrimas.

Era la cara de Clay Cuthbert, su compañero, momentos antes de morir.

"¿Qué...?", graznó Drake al tropezar hacia atrás. De no ser porque Suzan estaba detrás de él, podría haberse caído de culo.

"No es un asqueroso", dijo Suze enfadada. "¡Es mi puto psiquiatra!"

Drake sacudió la cabeza y se volvió para mirarla.

"¿Tu *qué?*"

"¡Mi psiquiatra!", gritó. Y entonces, de forma totalmente inesperada, Suze le dio una bofetada en el pecho con ambas manos.

"Suze..."

"¡No me llames *Suze!* Sólo mi padre me llama así!" le dio otra bofetada, y Drake se apartó. "¡Lo has estropeado todo, joder! *¡Todo!* ¿Por qué no me dejas en paz?"

Drake se sorprendió hasta el punto de enmudecer.

¿Psiquiatra? ¿Por qué una chica de diecisiete años iba al psiquiatra?

Pero él ya conocía la respuesta; después del asesinato de Clay, no sólo se había ofrecido a todos los miembros de Homicidios de la policía de Nueva York la posibilidad de recurrir a un psiquiatra, sino que se había fomentado.

Y esta oferta se había hecho extensiva a sus familias, por supuesto.

La cara de Suzan estaba hecha un desastre, las lágrimas corrían por su rostro esparciendo el poco maquillaje que llevaba a raudales como lápices de colores derretidos.

"*¡Lo arruinaste todo!*"

Drake tragó saliva y volvió a meter la pistola en la funda que llevaba bajo la axila.

"Lo siento", dijo en voz baja, conteniendo sus propias lágrimas. Ahora le tocaba a él mirar a su alrededor. Los niños le miraban desde entre los barrotes de la valla, el metal negro enmarcando sus rostros como si estuvieran recluidos en una prisión pediátrica. Los profesores se quedaban boquiabiertos, con los portapapeles tan apretados contra el pecho que una pequeña brisa podría romper el tablero de partículas.

Los padres se quedaban congelados medio dentro y medio fuera de

coches que costaban al menos cinco veces más que el suyo.

¿Qué coño estás haciendo, Drake? ¿Qué haces tú?

"Lo siento", balbuceó. Volvió a sacar su placa de detective y esta vez la levantó para que todos la vieran. "Policía de Nueva York... todo esto es sólo... sólo un terrible malentendido. Por favor, aquí no hay peligro. Vuelvan a sus... a sus clases".

Drake estaba diciendo las palabras lo suficientemente alto como para que todos los transeúntes las oyeran, pero sólo iban dirigidas a una persona: la aterrorizada chica que estaba de pie con las manos a los lados, su largo cabello ahora recogido delante de su cara.

"Lo siento."

Luego se dio la vuelta y regresó a toda prisa a su coche.

"¡Tienes sangre en mi camisa!", le gritó el psiquiatra. "¡Te voy a mandar la factura de la tintorería, gilipollas!".

A Drake le ardía la cara y sentía que le ardían las orejas. Sabía que todo el mundo le estaba mirando, pero Drake sólo estaba concentrado en su oxidado Crown Vic.

Le temblaban las manos y, cuando por fin estuvo dentro de los confines seguros de su vehículo, metió la mano en el bolsillo en busca de otra miniatura. Y la habría sacado también, allí mismo con todo el mundo mirando, cuando el tiempo eructó inesperadamente hacia delante y el sonido de los niños reanudando sus juegos como si nada hubiera pasado le recordó dónde estaba.

Con la otra mano puso el coche en marcha y arrancó a toda velocidad, procurando no mirar a nadie, incluida Suzan Cuthbert.

Capítulo 3

DRAKE SE LIMPIÓ EL WHISKY de los labios con el dorso de la mano y estaba a punto de coger otro cuando la radio del asiento del copiloto chirrió de repente.

"¿Detective Drake?"

Habían pasado seis meses desde que su radio había cobrado vida con toda la claridad de una emisora de AM en el túnel Lincoln. El primer mes había comprobado las pilas casi todos los días, asegurándose de que seguían en buen estado, con la esperanza de oír su nombre.

El segundo mes, lo había mantenido cerca de su costado.

Al tercer mes había empezado a aborrecerlo y ahora, seis meses después del asesinato de su compañero, tenía el mismo atractivo que un plátano podrido.

"¿Drake?", volvió a chirriar la voz estática.

Drake se aclaró la garganta y cogió la radio. No importaba lo que había pasado, todavía tenía un trabajo que hacer.

"Aquí Drake", dijo, sorprendido por lo tranquila y uniforme que sonaba su voz.

"Un cuerpo fue encontrado en un almacén abandonado en Clinton Hill esta mañana."

¿Qué, no te damos la bienvenida, Drake? No, ¿te echamos de menos, Damien?

Su ceño se frunció y su cerebro comenzó inmediatamente a formular un escenario basado únicamente en esas cuatro palabras: *almacén abandonado, Clinton Hill.*

"¿En qué parte de la colina?"

"Avenida Luther".

Y con eso, su narración estaba casi completa.

¿"Junkie"? ¿Tweeker?"

Hubo una breve pausa.

"No. Hombre bien vestido, zapatos caros."

La narración se disolvió.

¿Zapatos caros?

"Es..."

"Sólo llegar allí, Drake."

La radio hizo clic y Drake apretó los labios, sorprendido por la brusquedad del operador. Debatió si pulsar el botón y hacer más preguntas, pero el tono brusco y el final de la conversación le hicieron cambiar de opinión.

De repente, Drake deseó que le quedara más whisky, pero la única

botella que le quedaba en el coche era de Listerine. Se llenó la boca, tragó, escupió y arrancó el coche.

Veinte minutos después, llegó a su primera escena del crimen en seis meses.

Había más coches patrulla de los que Drake esperaba, aunque la víctima llevara "zapatos caros". Clinton Hill no era ajeno a su cuota de homicidios, pero la mayoría estaban relacionados con las drogas y solían afectar a residentes locales.

La última vez que había estado en el barrio, había estado investigando a un traficante de metanfetamina de poca monta que había sido asesinado de varios golpes en la cabeza con un toallero.

Tres coches de policía escalonados bloqueaban la entrada a un estrecho callejón, y Drake ya se había visto obligado a zigzaguear entre otros dos para acceder a la calle contigua.

Drake aparcó junto a uno de los coches patrulla, olió brevemente su aliento y salió al sol.

Había dado unos tres pasos antes de que se acercara un hombre de uniforme. Abrió la boca para decir algo, pero Drake le levantó el escudo antes de que pudiera pronunciar palabra.

"Detective Drake", dijo, con los labios apretados. "Homicidios".

El uniformado era un hombre negro oscuro con un bigote erizado y unos extraños ojos claros, como si llevara lentillas tintadas. Como policía durante una década y detective de homicidios durante cuatro años, Drake creía conocer a la mayoría, si no a todos, los policías de ronda de Nueva York. No a *todos*, desde luego; había más de treinta mil de los mejores policías de Nueva York en nómina, pero a alguien así, un hombre de unos cuarenta y tantos años, en este barrio, seguro que se lo había cruzado en el pasado.

Pero aunque era un desconocido para Drake, la forma en que el uniformado le miró, como si Drake hubiera proferido una blasfemia en la iglesia, sugirió cierto reconocimiento por su parte.

Drake hizo una mueca.

"¿Y? ¿El cuerpo?"

Los párpados oscuros se deslizaron sobre los ojos grises en un lento parpadeo.

"Lo siento, venga conmigo por favor, Detective."

El hombre negro y delgado, que no había respondido con su nombre, se dirigió enérgicamente hacia el callejón. Varios de los agentes con los que se cruzaron se les quedaron mirando, y Drake no pudo evitar devolverles la mirada y preguntarles qué demonios estaban mirando.

Lo primero que pensó fue que el psiquiatra de Suzan le había llamado o, peor aún, que había puesto una denuncia. Pero, dada su historia, sabía que la radio extrañamente silenciosa que ahora llevaba

enganchada a la cadera habría crepitado como el Cuatro de Julio si ése hubiera sido el caso.

Te estás imaginando cosas como en el colegio, se reprendió a sí mismo.

Casi habían llegado a la cinta amarilla de la policía con la omnipresente leyenda "*Escena de crimen, no cruzar*", cuando una mujer joven, no mucho mayor que Suzan, se acercó a él. Era bajita, de unos 1,75 m, con el pelo castaño oscuro recogido cuidadosamente detrás de las orejas. Sus ojos, fijos en él, eran de un verde brillante, pero aparte de ellos y de un ligero rubor en las mejillas, su rostro carecía de color.

¿Una periodista? ¿Una tipa recién salida de la Universidad de Nueva York que intenta aumentar la audiencia de su blog? ¿Cómo ha pasado los uniformes?

Drake alargó la mano y la puso en el hombro del agente que tenía delante.

"Eh, ¿qué hace ella aquí? ¿Es periodista? *Odio a los periodistas*", estaba a punto de decir, cuando el hombre se encogió de hombros torpemente y siguió adelante.

Antes de que pudiera volver a hablar, la mujer -pues, a pesar de su baja estatura y sus rasgos menudos, ahora veía que rondaba los treinta años-levantó la cinta amarilla e inclinó la cabeza para invitarle a agacharse.

"Detective de Homicidios Damien Drake", dijo secamente. La mujer asintió y volvió a hacerle un gesto para que pasara por debajo de la cinta.

Esta vez accedió.

Cuando él estuvo al otro lado, ella se dio la vuelta y empezó a bajar por lo que él vio ahora que era un callejón que se extendía unos ciento cincuenta metros.

Volvió a extender la mano, pero la retiró en el último segundo.

"Umm, ¿y tú eres?" dijo, tratando de no sonar como un completo imbécil.

Ella giró el cuello y él se sorprendió de que le tendiera la mano.

"Chase Adams".

Drake vaciló, sus ojos se desviaron hacia la mano de ella, antes de volver a su cara.

"Sí, pero ¿quién eres tú?"

Un atisbo de sonrisa cruzó sus labios.

"Homicidio".

Drake enarcó una ceja y la bajó rápidamente al darse cuenta de que su reacción no sólo era esperada, sino también deseada.

"Soy tu nuevo compañero".

Capítulo 4

DRAKE SE RASCÓ LA barba que empezaba a crecerle en la cara, cuya longitud le sorprendió.

"Sí, no sé nada de eso".

Chase le miró con los ojos entrecerrados, con las cejas bien cuidadas.

"¿No sabes nada de eso? Bueno, esto es lo *que* sé: hay un cadáver aquí", suspiró como si toda esta interacción fuera un aburrimiento increíble. "Si esto va a ser un problema, háblalo con el sargento Rhodes".

Y con eso, ella giró sobre sus pisos y comenzó a bajar por el callejón. Drake la observó por un momento, tratando de orientarse.

¿Compañero? Nadie me habló de un compañero, mierda, nadie me habló de nada. *Sólo, "tómate seis meses libres, que te autorice el psiquiatra, y luego vuelve".*

Eso fue todo.

No, te vamos a juntar *con un detective de homicidios novato, un reemplazo para tu compañero. Mierda, lleva muerto medio año, ¿no es suficiente? ¿Aún no lo has superado?*

Se aclaró la garganta, y luego deseó que todavía tenía otro sorbo de Johnny para conseguir a través de lo que ya estaba resultando ser un puto bumble de un día.

Con un movimiento de cabeza, se apresuró a seguir al detective Adams.

"Espera", le dijo, pero ella no aminoró el paso. Sólo cuando llegó junto a ella empezó a hablar, pero esta vez no le miró.

"Varón blanco, de unos treinta años", dijo, con voz llana, uniforme. "Desnudo de cintura para arriba, con las manos atadas a la espalda".

Drake frunció el ceño.

"¿Sin camiseta? ¿Y los zapatos?"

Chase dudó, pero sólo un momento.

"Ah, despacho", dijo con aire de comprensión. "Sí, camisa de vestir, chaqueta de traje. Bien tumbado en una silla. Aún llevaba los zapatos; parece que son de piel de serpiente o de caimán. Caros".

Drake asintió. Estaba claro que el robo no era el motivo.

"¿Causa de la muerte?"

Chase negó con la cabeza.

"Desconocido".

Mientras caminaban, Drake observaba atentamente su entorno, tratando de averiguar qué había ocurrido. El callejón era estrecho, sin farolas. Un lugar que debía evitar un hombre con zapatos de

seiscientos u ochocientos dólares. Clinton Hill era conocido por sus yonquis y sus ocasionales prostitutas, pero sobre todo por los primeros.

Los zapatos de cocodrilo eran nuevos para él.

"¿El médico forense está en camino?"

Chase asintió.

"Un médico forense senior llamado... ¿Dr. Beckett Campbell? Sí, creo que es él. ¿Le conoces?"

Algo sucedió entonces en el rostro de Drake, algo tan extraño que al principio pensó que estaba afectado por algún tipo de parálisis. Pero al cabo de un momento, se dio cuenta de lo que era: un atisbo de sonrisa.

Beckett era joven, con el pelo rubio blanquecino y tatuajes que le cubrían ambos brazos, y que Drake sospechaba que se extendían también a la espalda y el pecho, aunque no había tenido ocasión de confirmarlo.

Beckett Campbell era prácticamente la antítesis del propio Drake, pero quizá por eso lo apreciaba tanto. Eso, y que Beckett tenía una forma de hablar que hacía que Drake se sintiera como si hubiera ido a la facultad de medicina y no como un puto idiota que aprobó el instituto por los pelos. De hecho, era probablemente esta actitud y este enfoque lo que había hecho que Beckett fuera tan afable tanto con sus compañeros como con Homicidios, lo que, a su vez, había contribuido más que probablemente a su rápido ascenso a Médico Forense Jefe.

"Sí, lo conozco. Buen tipo. Mejor médico".

Drake dejó que sus ojos se desviaran mientras hablaba. El callejón era largo y estrecho, flanqueado a un lado por una valla metálica y al otro por una hilera de edificios. Había puertas que marcaban el edificio, todas ellas sin tirador y a ras de la pared de ladrillo, sobre todo como elemento disuasorio para los ladrones, aunque Drake no tenía ni idea de lo que un ladrón potencial esperaría robar aquí.

Todas las puertas parecían iguales, excepto la roja, hacia la que no necesitaba sus dotes detectivescas para saber que se dirigían. Esa estaba cubierta por cinta amarilla de la escena del crimen.

"¿Quién descubrió el cadáver?", preguntó, con los ojos desviados hacia las ventanas que empezaban a tres o más metros de altura, todas ellas cubiertas con barrotes.

"Una drogadicta-Rachel Adams, sin parentesco."

Drake esperó a que continuara, pero cuando ella no ofreció nada más, él insistió. Fue como arrancarle una muela.

Sacudió la cabeza y decidió volver a empezar.

"Mira, Chase, creo que..."

Chase se detuvo de repente y se volvió para mirarle. Esperaba frialdad por la brusquedad de la maniobra, pero le sorprendió la

expresión solemne, casi triste, de lo que ahora admitía que no era sólo una cara, sino una cara *bonita*.

"Damien..."

"Por favor, llámame Drake".

Levantó una ceja como diciendo: "*Ah, así que ahora somos amigos"*, pero luego la mirada desapareció.

"Vale, Drake. Sólo quiero que sepas que no estoy aquí para reemplazar a Clay. He oído que estabais muy unidos y siento lo que le ha pasado. Lo sé... -sus ojos se quedaron vacíos por un momento, luego negó brevemente con la cabeza-. "Sólo quiero resolver este crimen y pasar al siguiente, ¿sabes?".

Drake asintió y luego se sorprendió a sí mismo tendiéndole la mano. Ella lo miró y él reconoció al instante la expresión.

Era la misma que él le había dado a Chase cuando ella le había ofrecido la mano para estrechársela. Pero a diferencia de él, ella agarró la suya y la apretó dos veces.

Su mano era suave y extrañamente fría al tacto a pesar del sol que les daba de lleno. Drake fue a apartar la mano, pero ella se mantuvo firme y luego lo acercó. El acto, así como la fuerza de su pequeño cuerpo, le sorprendieron.

"Y no bebas la próxima vez que vengas a mi escena del crimen, ¿de acuerdo?"

Los ojos de Drake se abrieron ligeramente y apartó la mirada, sintiendo que sus orejas volvían a calentarse. Chase soltó su agarre y una sonrisa volvió a su rostro.

Luego se dio la vuelta y continuó por el callejón, y Drake la siguió.

Capítulo 5

"ENTONCES, ¿LA TWEEKER RACHEL llamó?"

Chase asintió, levantó la cinta policial que cubría la puerta roja y le hizo un gesto a Drake para que entrara. Drake vaciló.

"Después de ti".

Otra ceja levantada, pero Chase no hizo ningún movimiento para entrar.

Drake se encogió de hombros.

La caballerosidad ha muerto de verdad.

Cruzó primero el umbral.

"Sí", respondió Chase, siguiéndole dentro. "Está en la comisaría haciendo una declaración oficial. Dijo que anoche, sobre las tres de la madrugada, la despertó alguien aporreando la puerta trasera, gritando que abriera".

Los zapatos de Drake crujieron en el suelo y miró hacia abajo. Parecía como si alguien hubiera puesto una gruesa capa de arena sobre lo que él pensó que podría ser hormigón.

"¿Y lo hizo?"

Chase asintió.

"Abrió la puerta, luego dice que nuestra víctima la empujó y entró. Dijo que parecía asustado, los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, tal vez. Aunque podría haber sido sólo la lluvia".

Drake recordó los charcos que se secaban en el callejón de fuera.

"¿Y luego qué?"

"Rachel dice que alguien la golpeó en la cabeza y quedó inconsciente. Se despertó en el callejón unas horas después, entró y encontró el cuerpo".

Drake ladeó la cabeza.

"Dijo que el hombre llamó a la puerta a las tres y que ella estuvo inconsciente una o dos horas... así que ¿por qué llegamos aquí recién a las...?", consultó su Timex, "¿once y media?".

"Dice que estaba asustada, que no sabía qué hacer".

"¿Te lo puedes creer?"

"Rachel Adams es bien conocida por la policía: el propio agente que la llevó a comisaría la había detenido dos veces: una por posesión de cristal y otra por prostitución. Tal y como yo lo veo, es que necesitaba limpiar parte de su producto antes de denunciarlo".

Drake se lo pensó un momento.

"Lo que explicaría por qué abrió la puerta a las tres de la madrugada en vez de llamar a los uniformados enseguida. Probablemente esperaba un encargo o una entrega. ¿Mencionó que

estaba esperando a alguien? ¿A su chulo? ¿A un traficante?"

Chase buscó una cajita en el suelo y sacó unos cubrezapatos azules. Después de ponérselas encima a sus zapatos planos, le ofreció un par a Drake. Él las cogió y las deslizó sobre sus mocasines gastados.

"Eso es lo que estaba pensando. Pero sin chulo. Los uniformes dicen que sólo hacía trucos por su cuenta para ligar, no era algo habitual. Un traficante tiene más sentido".

Drake se mordió el labio.

"¿Identificaste a la víctima?"

Chase negó con la cabeza.

"Sin cartera".

"Llama a la comisaría, que la interroguen sobre una cartera. Si estaba haciendo trucos para conseguir algo de droga, no me extrañaría que robara la cartera de un muerto".

Chase le miró fijamente durante un momento y Drake le devolvió la mirada, invadido por la confusión. Cuando sus ojos se desviaron hacia la radio que llevaba en el cinturón, comprendió por qué.

"Lo siento", refunfuñó. "Es que Clay siempre era el que avisaba. Podemos hablar con ella directamente cuando volvamos a la comisaría".

Chase cogió su radio y la desenchufó.

"Está bien, les diré que la retengan hasta que lleguemos".

Mientras hacía la llamada, Drake miró a su alrededor.

Estaban en lo que parecía ser una especie de almacén. Uno de los agentes había colocado una luz brillante en un rincón, que proyectaba un resplandor artificial y sombras duras por todo el espacio.

Supuso que la sala principal medía entre tres y cuatro metros de largo, pero sólo unos tres metros de ancho. La arena del suelo estaba removida en muchos lugares, y vio depresiones largas y planas a intervalos regulares.

Estaba seguro de que era un fumadero de crack; las profundas hendiduras eran de gente durmiendo en el suelo. Hacia la mitad trasera de la habitación había una lámina de plástico blanco que iba del suelo al techo, detrás de la cual podía distinguir los halos brillantes de otras luces.

Había varios condones usados en el suelo y una cachimba destrozada junto a una pared, todo ello con etiquetas amarillas con números colocadas al lado de cada artículo. Había dos uniformados en el interior del almacén, y tal vez más detrás de la cortina de plástico a juzgar por las sombras que observó en el interior; uno estaba ocupado haciendo fotos de la parafernalia, mientras que el otro tenía la nariz enterrada en su teléfono móvil.

Pateó la arena con su zapato cubierto. Luego se volvió hacia Chase, que ya había vuelto a colocarse la radio en la cadera.

"No vamos a encontrar ninguna huella utilizable aquí", dijo. "¿Qué pasa con la arena?"

Chase empezó a caminar hacia la cortina de plástico.

"Los yonquis lo dejan", hizo una pausa. "¿Alguna vez has visto a alguien en un agujero K?"

Drake negó con la cabeza. Estaba familiarizado con el concepto: esencialmente, si te inyectabas suficiente Ketamina, tu cerebro se desconectaba completamente de tu cuerpo y te perdías en una especie de vacío.

El agujero K.

"Bueno, a veces si profundizas lo suficiente, puedes cagarte o mearte encima y ni siquiera saberlo".

Drake torció el gesto y luego se inclinó y ajustó los cubrebotas para que le cubrieran los mocasines por completo.

"Entonces, ¿esto es como una especie de arena para gatos para adictos al crack?"

"Algo así".

Cuando Drake siguió mirándola, ella levantó una mano a la defensiva.

"¿Qué puedo decir? Trabajé como narco en Seattle durante siete años".

Una vez más, a Drake le sorprendió este comentario.

¿Siete años? No puede tener más de... ¿cuántos? ¿Treinta y tres? ¿Treinta y cinco como mucho?

Chase apartó la mirada, claramente incómodo ahora.

"De todos modos, hay algo más que vas a querer ver".

Drake tenía la sensación de que esto iba a pasar.

"¿La razón por la que nuestra víctima estaba sin camisa?"

Chase sonrió.

"Bingo", respondió, y luego corrió la cortina, revelando la escena del crimen.

Capítulo 6

El hombre estaba tumbado boca abajo, con los brazos y las piernas atados a la espalda por una cuerda. Había una silla desgastada a un lado, y sobre ella una camisa y una chaqueta de traje, que parecían envueltas con cuidado, como para evitar las arrugas.

La espalda del hombre estaba desnuda, y en ella había una imagen tosca, casi infantil, de una mariposa pintada con una sustancia marrón oscura. El cuerpo de la mariposa, una simple forma de salchicha con dos salientes cerca de la parte superior, recorría casi toda la longitud de la columna vertebral del hombre, y las alas, dos formas de "B", una hacia atrás, se extendían hasta sus omóplatos.

"Una mariposa", murmuró Drake sin querer. Esto no se lo esperaba.

"Una mariposa", repitió Chase. "No puedo confirmarlo aún, pero parece estar dibujada con sangre".

Mientras Drake procesaba esta información, se acercó al cadáver. El agente de policía uniformado se hizo a un lado para permitirle el acceso.

La sangre, si es que era eso, no parecía proceder de la espalda del hombre. De hecho, aparte del dibujo, su carne parecía no tener marcas.

Drake se acercó aún más, acercándose a la cabeza del hombre y agachándose sobre sus ancas.

La víctima tenía los ojos abiertos, y lo que él sospechaba que eran iris de color avellana se habían vuelto ligeramente lechosos por la muerte. Estaba bien afeitado y se había cortado el pelo recientemente, corto y profesional.

Sus pálidos labios estaban ligeramente abiertos.

"Lo colocaron aquí cuando ya estaba muerto", afirmó con naturalidad.

Chase apareció a su lado.

"¿Cómo puedes saberlo?"

Drake metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó un bolígrafo y lo utilizó para señalar la zona alrededor de la boca de la víctima.

"¿Ves aquí? La arena está a la misma altura que el resto del área alrededor del cuerpo. Si aún hubiera estado respirando, su aliento la habría volado".

Drake entrecerró los ojos con fuerza. Al mover el bolígrafo, se fijó en lo que parecía una pequeña cantidad de suciedad en la comisura de la boca del hombre, que no encajaba con su aspecto, por lo demás cuidado. Le dio la impresión de que era el tipo de hombre que se mortificaría si le pillaran con un trozo de espinacas alojado entre dos

dientes perfectamente blancos.

Movió el bolígrafo hacia la cara del hombre.

"Parece que..."

Pero el sonido de la cortina al descorrerse le hizo detenerse.

"Tsk, tsk, tsk, Drake, mi hombre. Usted debe saber mejor que tocar el cuerpo antes de que un médico está en la casa ".

Drake se giró y vio a Beckett avanzando hacia él, con el pelo de punta en lo alto de la cabeza. Estaba sonriendo, mostrando una sonrisa ganadora.

Drake se puso de pie.

"No eres un médico de *verdad*".

El hombre se encogió de hombros.

"Así es, sólo interpreto a uno en la televisión", se dirigió a Chase a continuación. "¿Y quién es éste?"

Chase le tendió la mano.

"Chase Adams, Homicidios".

Le estrechó la mano, un proceso breve y superficial, a diferencia de su propia experiencia, y luego se volvió hacia el cuerpo en el suelo.

"Beckett Campbell, a su servicio."

Silbó con fuerza.

"Mariposa, ¿eh?"

Con un movimiento fluido, sacó unos guantes de laboratorio morados del bolsillo de su chaqueta de cuero *-cuántos médicos llevan chaqueta de cuero,* se preguntó Drake-y se los puso.

"Creo que hay algo en su boca, suciedad tal vez", ofreció Drake.

Beckett levantó un dedo.

"A su tiempo, amigo mío. A su tiempo".

Se sentó a horcajadas sobre el cuerpo de la víctima y luego cerró los ojos como si estuviera en una especie de trance.

Chase avanzó.

"Creemos que la víctima murió..."

Beckett aspiró profundamente y agitó los brazos de forma dramática.

"Silencio mientras hago mi trabajo".

Drake puso los ojos en blanco y Chase lo miró. Se encogió de hombros y volvió a la farsa.

Beckett se puso en cuclillas sobre el hombre, como si fuera a sentarse sobre su espalda, y luego le pinchó suavemente las costillas con dos dedos. Aparentemente satisfecho, movió las manos hacia arriba, terminando en la base del cuello del hombre. Tras acunarle brevemente la cabeza, Beckett se irguió y pasó por encima del cadáver, dirigiéndose hacia donde había estado Drake hacía unos instantes.

Antes de agacharse, se volvió hacia Chase, aún radiante.

"Sólo estaba bromeando. Puedes hablar todo lo que quieras".

Chase no dijo nada, y su cara delataba menos, y Beckett se encogió de hombros.

"No hay lesiones externas por lo que puedo decir", ofreció Drake.

Beckett señaló una pequeña bolsa negra que había dejado en el suelo tras entrar en la cortina. Drake se la acercó y el forense sacó lo que parecía un bisturí al que le faltaba la hoja.

"No, no hay heridas externas. Excepto, por supuesto, el sitio de la inyección cerca de su cuello".

Drake hizo una mueca.

"¿El qué?"

"El lugar de la inyección. Un pequeño pinchazo en el lado izquierdo de su cuello. Un pequeño punto rojo, ¿sabes?"

Drake, incrédulo, se acercó a ese lado y se agachó.

Mientras lo hacía, Beckett le pidió a Chase un contenedor de pruebas.

Y allí estaba, algo tan pequeño que Drake no podía culparse por haberlo pasado por alto. Un pequeño punto rojo en la piel impecable del hombre.

"El área aún parece un poco hinchada", continuó Beckett. "Debe haber sido una inflamación bastante seria para haber durado... ¿cuánto? ¿Ocho horas desde que murió?"

Chase confirmó la cronología.

"Maldita sea, soy bueno", murmuró Beckett. "Ah, y también está esto".

Drake volvió a colocarse al otro lado del cuerpo y observó cómo Beckett introducía el dispositivo metálico en la boca del hombre y lo utilizaba para empujarle los labios hacia un lado, como un dentista que intentara limpiarle las muelas.

Y fue entonces cuando Drake lo vio: un parpadeo de movimiento, una forma oscura que se retorcía hacia la parte posterior de los dientes de la víctima.

Drake sintió que se le revolvía el estómago y ahora lamentaba haber bebido la segunda botella de whisky.

Y la tercera.

"Jesús", murmuró.

"No, me temo que él no", respondió Beckett. "A menos que Nuestro Señor y Salvador se reencarnara en una oruga".

Cuando la forma oscura se retorció completamente fuera de la boca del hombre, Drake apartó la mirada. Sus ojos se posaron en Chase, y se alegró de ver que no era el único que se sentía mareado.

Beckett acercó el recipiente de plástico para muestras a la cara de la víctima y, a continuación, puso su herramienta delante de la oruga. El insecto se arrastró sobre ella, lo que aprovechó Beckett para

introducirla en el recipiente de muestras. Tras enroscar la tapa, lo metió en una bolsa de plástico transparente y se la tendió a Drake.

"Parece que a tu asesino le gustan las mariposas", dijo Beckett, enganchando una barbilla hacia el cadáver. "Pero supongo que eso ya lo sabías, ¿no?"

Capítulo 7

"Esto es lo que sabemos", dijo Drake a la media docena de detectives que se encontraban en la sala de conferencias ante él. "Un hombre de unos treinta años, muerto por algún tipo de inyección de tóxicos, debería estar de vuelta esta tarde o mañana por la mañana a más tardar. Nuestra víctima parece acomodada, pero sin identificación".

Vio cómo se alzaban varias cejas.

"Su cuerpo fue encontrado en un almacén abandonado en la calle Luther en Clinton Hill. Pero no consumía drogas, por lo que sabemos. De nuevo, toxicología aclarará eso. Esto no fue un crimen oportunista; fue frío y calculado. Quiero saber por qué este hombre estaba en Clinton Hill si alguien de la escena del bar local lo vio por ahí esa noche. Ahora mismo, es sólo una situación informal de preguntas y respuestas. Nos reuniremos todas las mañanas a las 8 hasta que se resuelva el caso".

Alguien gimió al oír esto, y Drake apretó los labios con fuerza.

Al parecer, algunas cosas nunca cambian.

"Y basándonos en el presunto estatus de la víctima, queremos mantener a los medios fuera de esto el mayor tiempo posible. Tan pronto como se enteren de esto, van a estar por todas partes. Recuerda lo que te digo".

Drake se detuvo un momento, observando los rostros de los hombres y mujeres de la sala. Los conocía a todos, por supuesto, ya que todos habían estado aquí antes... antes del *incidente*. Pero los rostros de estas personas, que en algunos casos conocía desde hacía décadas, le parecían diferentes.

Sólo que no eran sus *caras en sí*, sino la forma en que le miraban. Vio algo que nunca pensó que vería en sus ojos fríos, en sus bocas planas y sin expresión: desdén.

Desdén y rabia.

Tragó saliva.

"Estoy seguro de que todos han oído hablar de la mariposa; puedo confirmar que había una mariposa dibujada con sangre en la espalda de la víctima. Cuando sondeen Clinton Hill, mantengan los ojos y los oídos abiertos a cualquier cosa que pueda estar relacionada con insectos, mariposas en particular."

Miró a Chase y esperó que hubiera captado su mensaje mental de que, por el momento, se guardaran para sí la presencia de la oruga. Habían discutido el tema después de volver a hablar con Beckett, que les había confirmado que la oruga en cuestión era una Monarca, y

había quedado en el aire si debían mencionárselo o no a los demás detectives. Chase estaba a favor, pero Drake tenía sus reservas. Habían decidido improvisar, y ahora, al ver lo que parecían ser caras de desconocidos mirándole fijamente, había seguido su instinto inicial.

Lo descubrirían, pero no ahora. No podía arriesgarse a que esta información se filtrara a los medios de comunicación. Tenía la sensación de que algunos de los detectives a los que una vez había llamado amigos, pero que ahora le miraban con desagrado, podrían dejar que se filtrara solo para vengarse de él por lo que había pasado.

Después de todo, puede que alguna vez fueran sus amigos, pero Drake no tenía ninguna duda de que, a la hora de la verdad, habían preferido la sonrisa y el comportamiento tranquilo de Clay Cuthbert a su descaro y su naturaleza directa.

"Chase entrará ahora en más detalles sobre la testigo, una yonqui llamada Rachel Adams, sin parentesco, y su relato de lo sucedido. Si hay alguna pregunta, yo..."

La puerta de cristal de la sala de conferencias se abrió, y Drake se sorprendió al ver asomarse los pequeños ojos del sargento Rhodes ocultos tras unas gafas redondas.

"Chase dirigirá la investigación", dijo secamente, con la mirada fija en Drake.

Desdén, aversión y algo más... algo más visceral.

"Si tiene alguna pregunta, diríjala a ella".

Hubo varios murmullos, y Drake sintió que su cara empezaba a enrojecer.

"Drake, a mi despacho", terminó Rhodes antes de hacer una mueca y dejar que la puerta se cerrara.

Las orejas de Drake volvieron a arder.

Sabía que su regreso supondría una especie de transición, que tendría que recuperar la confianza de algunos de sus compañeros, pero desconocía que su desprecio fuera tan profundo. Y el sargento Tom Rhodes había echado por tierra todos sus esfuerzos con una inoportuna interrupción.

Drake se aclaró la garganta y luchó contra el impulso de maldecir en voz alta.

Contrólate, se amonestó a sí mismo, recordando el episodio con el psiquiatra de Suzan.

Menudo puto día se estaba convirtiendo, y aún no era la cena.

Se aclaró la garganta y levantó la barbilla.

"Bien, todas las preguntas a Chase", dijo sin mirarla. "Y recuerden, nada de filtraciones a los medios. Tened en cuenta que aquí hay un muerto: es una víctima y, a pesar de los mocasines de cocodrilo de ochocientos dólares, exige el mismo respeto que cualquiera de vuestra familia."

En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió de su elección.

Familia. Nosotros, los detectives de la policía de Nueva York, habíamos sido una familia.

Clay había sido de la familia. Al igual que Suzan.

Entonces Drake empezó a moverse hacia la puerta mientras Chase empezaba a relatar la historia que ya había oído contar a Rachel Adams media docena de veces.

Tuvo que abrirse paso entre los detectives para salir de la sala de conferencias; nadie se apartó para permitirle el paso.

Capítulo 8

"DECIR QUE ESTAMOS SOBRE hielo delgado es como decir que un oso polar no es más que un gran gatito albino", afirmó el sargento Rhodes.

Drake frunció el ceño, incapaz de evitar que sus emociones afloraran a la superficie. Su relación con el sargento Rhodes siempre había sido tensa, ya que el hombre estaba más preocupado por su reputación y sus ambiciones, que, si los rumores eran ciertos, iban incluso más allá de la policía de Nueva York. Pero Drake, un hombre serio que había resuelto más homicidios que casi nadie en el departamento, también era una ventaja, y él lo sabía. Y los aspirantes como Rhodes necesitaban a alguien como Drake. Mientras mantuviera a los medios de comunicación al margen de sus asuntos, Rhodes ni siquiera parecía pestañear cuando Drake se saltaba las normas. Al fin y al cabo, Drake no era como ese gordo idiota de Steven Britt al que habían anulado seis condenas por golpear a sospechosos en la cara. Y, además, cuando las cosas se habían deteriorado entre ellos, Drake siempre tenía a Clay para intervenir.

Tenía Clay; como en tiempo pasado.

El sargento se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio como raíces enjutas y los dedos largos y finos entrelazados.

"Has vuelto por una razón, Drake: Asuntos Internos dijo que no había forma de deshacerse de ti", señaló con la cabeza una carpeta manila que estaba en el centro del gran escritorio de roble. "¿Recuerdas lo que te dije? ¿Te dije que te lo pensaras bien antes del examen psicológico? ¿Lo recuerdas?"

Drake se limitó a mirar fijamente al hombre, observando su nuez de Adán deslizarse arriba y abajo en su garganta con obscena fascinación.

La verdad era que todo lo que sucedió inmediatamente después del asesinato de Clay era un borrón, una sucia mancha de realidad oscurecida por copiosas cantidades de whisky y aún más noches en vela. Sin embargo, Drake creía recordar que Rhodes había dicho algo parecido. Sólo que en aquel momento lo había considerado una especie de "*recupérate pronto y vuelve con nosotros*".

Sólo ahora Drake se dio cuenta de lo equivocado que estaba.

Los dos hombres se miraron fijamente durante lo que pareció una eternidad prolongada como un caramelo de azúcar.

Drake tuvo miedo de contestar; miedo porque pensó que la única respuesta que podría conseguir era una de furia.

¿Está olvidando que Clay era mi *compañero?* ¿Mi *mejor amigo?*

Entonces le vinieron a la mente las caras de sus compañeros detectives, la forma en que le habían mirado primero en el callejón detrás de Luther Street y luego en la sala de conferencias hacía unos momentos.

No pueden culparme a mí de lo que le pasó a Clay, ¿verdad?

Se estremeció.

¿Por qué no iban a hacerlo? dijo una vocecita en su cabeza. *Después de todo, ¿no te culpas a ti mismo, Drake? ¿Por qué no lo harían?*

Finalmente, Rhodes rompió el silencio.

"Chase dirigirá la investigación de Clinton Hill y me informará directamente. Tú la acompañarás y le darás todo el apoyo que necesite para resolver el asesinato. Pero eso es todo. Ese es el alcance de tu participación. Quiero que seas un socio silencioso en este caso; mantén tus interacciones con sospechosos y testigos al mínimo y, por el amor de Dios, Drake, no hables con los medios de comunicación bajo ningún concepto. ¿Entendido?"

Drake tragó saliva y asintió.

"Bien", Rhodes se inclinó hacia delante y le apuntó directamente al centro del pecho. "Si metes la pata una vez, *sólo* una vez, tendrás suerte si tu próxima misión es poner multas de aparcamiento en Long Island, me da igual lo que diga Asuntos Internos. ¿Entendido?"

Esta vez Drake no respondió nada; ni asintió con la cabeza, ni siquiera pestañeó.

De repente le asaltó la idea de que el hecho de que Chase se hiciera cargo del caso el día que él volvía al trabajo no era un accidente, ni una coincidencia. Era parte de una estrategia mayor, en la que Rhodes estaba implicado, diseñada para alejar a Drake lo más posible de la comisaría 62.

Multas de aparcamiento en Long Island...

Rhodes no estaba bromeando; ahí era exactamente donde quería a Drake. Después de lo que le había ocurrido a Clay y la posterior revelación del New York Times sobre el Rey Esqueleto, Drake había dejado al Departamento de Homicidios de Brooklyn y a la comisaría 62 con el ojo morado.

Y este tipo de cosas no encajaban con el Sargento Rhodes y sus malditas aspiraciones.

De repente, Drake deseó que aquella mañana, cuando había arrojado al hombre del cuello de pico y el abrigo deportivo contra el capó de su BMW, hubiera sido la fina nariz de Rhodes la que había resultado ensangrentada.

Los pensamientos de ese mismo día también trajeron ecos de las palabras de Suzan.

¡Lo arruinaste todo!

Drake inclinó la cabeza y empezó a levantarse, consciente de que

Rhodes seguía mirándole, pero sin darle importancia.

Esperaba a medias que el hombre le detuviera en su camino hacia la puerta, para proferir otra amenaza no tan velada. Pero Rhodes no lo hizo, y Drake salió del despacho del sargento con la cabeza gacha.

***

Chase esperaba fuera del despacho del sargento cuando Drake entró en el pasillo. Tenía algo entre una mueca y una expresión de solemnidad grabada en su bonito rostro. Drake asintió con la cabeza y ella se puso a su lado mientras él se dirigía a su despacho.

"¿Estás bien?", preguntó en voz baja, consciente de los ojos que la miraban y las orejas que aguzaba.

"Bien", refunfuñó.

"Sabes que..."

Drake la hizo callar levantando una mano. El hecho era que él *lo sabía,* sabía lo que ella iba a decir. Por muy joven que fuera la detective Adams, parecía estar muy al tanto de lo que ocurría a su alrededor y en la comisaría. Y, por alguna razón, no se inmutaba.

Eso le gustaba.

"Estoy bien. Sólo estoy aquí para resolver un asesinato". Cuando sus ojos se suavizaron, los de Drake también lo hicieron. "Pero te lo agradezco."

Esta vez le tocó a ella asentir.

Avanzaron por el pasillo, ambos conscientes de que casi todo el mundo con el que se cruzaban les miraba fijamente, pero esto parecía molestar a Chase incluso menos que a Drake.

A él también le gustaba eso de ella.

"¿Y ahora qué?" Chase preguntó.

Drake sonrió.

"Tú eres el jefe, dímelo tú".

Ella emitió un juguetón *hmph*, dándose cuenta enseguida de que estaba bromeando.

"¿Has tenido noticias de Beckett?", preguntó cuando llegaron a la puerta de su despacho. En una de las ranuras aún se leía *DAMIEN DRAKE, HOMICIDIO,* pero aunque su nombre siempre había estado arriba y el de Clay debajo, el de Clay había sido eliminado y el de Damien estaba ahora abajo. La ranura superior estaba vacía.

Se preguntó si esto también había formado parte del plan de Rodas.

"No, todavía no", dijo él, cogiendo la manilla. Hizo una pausa y se volvió hacia ella. "Oye, déjame preguntarte algo... por casualidad no tendrás un cargador de móvil, ¿verdad?".

Entrecerró los ojos.

"¿De qué tipo?"

Drake se llevó una mano al bolsillo y tocó el teléfono.

"Entra, hay algo que tengo que enseñarte", le dijo, esta vez sujetándole la puerta.

Capítulo 9

"¿COGISTE EL teléfono DEL HOMBRE?" preguntó Chase, su tono coincidía con la expresión de sorpresa de su cara.

Drake le tendió el móvil como diciendo, *sí, y aquí está.* Pero Chase no se dio por aludida y entrelazó los dedos detrás de la espalda.

"Drake, ¿por qué *demonios* cogiste el móvil de la víctima? Drake, eres... la forma en que los demás te miran..." suspiró, intentando recomponerse. "Creo que sabes lo que los demás sienten por ti. Esto es demasiado arriesgado; tienes que poner el teléfono como prueba, pronto".

Drake frunció el ceño y negó con la cabeza.

"¿Qué *sienten por mí*? No me importa lo que *piensen los* demás de mí, ni si me miran hasta que se les secan los ojos y se les caen de la cara, ni si quieren que me vaya. Además, Rhodes básicamente me ha dicho que va a hacer todo lo que esté en su mano para que me despidan, así que ¿a quién le importa todo ese ruido? A mí desde luego que no. Lo único que me importa es resolver este caso antes de irme".

Decir las palabras reales hizo que los sentimientos que Drake albergaba fueran más reales, y fue una experiencia sorprendentemente catártica.

Sin embargo, la sensación duró poco.

"A ver si lo he entendido bien", empezó Chase, con una ceja levantada. "En lugar de hacer todo según las normas para asegurarte de que *no te despidan*, ¿te adelantas y abandonas todas las reglas... rompes la cadena de custodia para que las pruebas no sean admisibles en un tribunal más adelante? ¿Estás seguro de que no eres *tú* el que quiere ser despedido?"

Su último comentario le tocó la fibra sensible, y Drake lo meditó durante varios segundos, primero considerando lo que había sucedido aquella mañana con Suzan, y luego los sucesos de aquella tarde con el sargento Rhodes.

Pero entonces su mente se centró en Clay tendido de espaldas, con una bala en el pecho, tosiendo sangre.

El chaleco... ¿por qué no llevabas tu chaleco, Clay? Mierda, llevaba el mío...

Al darse cuenta de que tardaba demasiado en contestar, sacudió brevemente la cabeza.

"La cadena de custodia no está rota, Chase, simplemente el teléfono aún no ha sido admitido", le acercó aún más el móvil, pero ella dio un paso atrás como si le estuviera tendiendo un vial roto que contuviera

ébola.

"¿Por qué lo cogiste entonces?"

Drake sonrió. Al parecer, Chase aún no *lo sabía todo* sobre ser detective en Nueva York.

"Tal vez las cosas son diferentes en Seattle, pero aquí, en Nueva York? Una vez que este teléfono se convierta en prueba, buena suerte sacándolo de nuevo. Primero, tienes que conseguir que un juez emita una citación, y como ya has señalado, no soy muy popular por aquí. Pasar por ese aro, y luego tienes que abrir el teléfono de alguna manera. Buena suerte con eso. Las leyes de privacidad de Apple son más estrictas que las de Corea del Norte. Vas a tener que conseguir una segunda citación para que lo desbloqueen. Eso podría llevar meses. Un año, incluso. ¿Y después qué? Para entonces nuestro hombre ya es comida para gusanos".

Drake se encogió ante el último comentario, deseando haber elegido sus palabras con más cuidado.

Mientras Chase y los demás uniformados del almacén de Luther Street observaban cómo Beckett sacaba la oruga Monarch de la boca de la víctima, él había metido una mano en la chaqueta del muerto y se la había metido en el bolsillo. A pesar de su diatriba anterior, deseó que el acto hubiera sido la mitad de premeditado. La verdad era que lo había hecho sin más, con la esperanza de que sus arraigadas dotes detectivescas no le hubieran llevado por mal camino.

Pensó que Beckett podría haberle visto coger el teléfono, pero quizá era el único hombre con el que Drake aún podía contar, como colega y posiblemente como amigo.

El ceño fruncido de Chase se transformó de repente en algo diferente, una expresión que había visto antes y que ya empezaba a reconocer a pesar del poco tiempo que llevaban juntos.

Había puesto la misma cara momentos antes de que "volvieran a empezar"; se debatía entre dos opciones, dos estados de ánimo.

Era un lugar en el que Drake había estado muchas veces a lo largo de su carrera. El detective Adams se debatía entre seguir las normas y resolver un caso.

"Prométeme algo", dijo al fin.

"¿Qué?"

Chase extendió la mano con sorprendente rapidez y le arrebató el teléfono.

"Que cuando tu nave se hunda en llamas, me des tiempo suficiente para abandonar el barco. ¿Te parece justo?"

Drake sonrió irónicamente.

"Ay, ay, Capitán. ¿O prefieres *jefe*?"

Chase frunció el ceño y centró su atención en el móvil. Le dio la vuelta y pasó los dedos por el emblema de Apple de la parte posterior.

"Dime una cosa... ¿cómo piensas desbloquear el teléfono una vez cargado?".

Ahora era el turno de Drake de mostrar su disgusto en su rostro.

"¿Desbloquearlo? ¿Qué quieres decir con *desbloquearlo*?"

Chase levantó los ojos para mirarle.

"¿En serio?"

"¿Qué?"

Sacudió la cabeza con desaprobación.

"Realmente eres un dinosaurio, ¿verdad?", sacó su propio móvil del bolsillo, y Drake reconoció que era casi idéntico al que había cogido de la víctima.

¿Cargador? Compruébalo.

Deslizó el dedo por la pantalla y se la mostró. Vio lo que parecía una cuadrícula de números.

"Hoy en día todo el mundo bloquea su teléfono", dijo simplemente. "Necesitas un código de cuatro dígitos para entrar".

El corazón de Drake se hundió.

"Bueno, ¿cuántas combinaciones puede haber?".

"Déjame ver: diez números, del cero al nueve, cuatro dígitos... oh, qué son *diez mil*, Alex".

Los ojos de Drake se abrieron de par en par.

"*¿Diez mil?*"

Chase asintió.

"Diez mil".

Drake gruñó.

"De verdad".

"De verdad".

"Entonces se cumple tu deseo: voy a dejarlo como prueba después de todo", dijo, cogiendo el teléfono.

Pero Chase tiró de ella y la miró, sumido en la confusión.

Esta mujer estaba jugando con su cabeza.

Y ahora sonreía.

"¿Y ahora qué?"

"Hay diez mil combinaciones y nunca lo vamos a adivinar. Ya ni siquiera creo que el teléfono te deje hacer algo como 1-2-3-4, o simplemente el mismo número cuatro veces".

Drake frunció el ceño.

"Sí, lo entiendo; bien. Entonces, ¿por qué sonríes?"

"Bueno, porque puedes poner el código o... esto es un iPhone 7".

Se encogió de hombros.

"¿Y?"

"Así, también se puede abrir con una huella dactilar".

De repente se dio cuenta de lo que ella quería decir y empezó a pensar que, después de todo, tal vez iba a ser una compañera útil.

Chase no sustituía a Clay, nadie lo hacía, pero eso no significaba que no tuviera algunos trucos bajo la manga.

Y ahora estaba sonriendo. Drake abrió la boca para decir algo cuando su propio teléfono empezó a sonar en su bolsillo, un fuerte y odioso *bip bip bip*.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un antiguo teléfono Nokia.

"Drake", dijo y luego escuchó. Treinta segundos después, añadió: "Sí, bien. Estamos en camino".

Luego volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y sonrió satisfecho ante la expresión de confusión de Chase.

Sin decir nada, se dirigió hacia la puerta.

"Vámonos", dijo al fin.

Chase le bloqueó el paso.

"¿Vas a decirme quién estaba al teléfono, Zach Morris? ¿Era tu amigo AC Slater llamando desde mil novecientos noventa y cuatro?"

Drake no tenía ni idea de a quién se refería, pero contestó de todos modos.

"Ese, Chase, era nuestro hombre de la huella; era Beckett Campbell, y quiere que le visitemos en la morgue. ¿Le parece bien, jefe?"

Capítulo 10

"HIPERCITOQUINEMIA", DIJO BECKETT MIENTRAS señalaba la zona roja hinchada en el cuello de la víctima.

"¿Hiper *qué*?" preguntó Drake, mirando estúpidamente al forense. Por lo general, Beckett hablaba como un humano, pero en los últimos seis meses desde que se habían visto, el hombre parecía haber vuelto a la inane jerga médica que sólo unos pocos elegidos podían fingir que entendían.

Pero entonces Drake se dio cuenta de que el médico ni siquiera le estaba mirando a él, sino *a ella*.

Está intentando impresionarla, se dio cuenta con un atisbo de sonrisa.

"Mira, Beckett, vas a tener que traducir", se indicó a sí mismo y a Chase, "ninguno de nosotros se graduó *cum laude* en...".

"Tormenta de citoquinas", interrumpió Chase mientras se movía junto a Beckett para inspeccionar ella misma la herida.

"¿Un *qué*? Jesús, ¿alguno de vosotros habla inglés? Y tú", le dijo a Chase, "en todos tus doce años de vida, ¿por casualidad fuiste a la facultad de medicina durante tus siete años como narco en Seattle? Trabajaste como patólogo, ¿verdad?".

Chase se rió, pero en lugar de contestar, bajó la cabeza y observó a la víctima más de cerca.

"No, me temo que en ninguna facultad de medicina. Pero una vez hubo un caso en un centro de ensayos clínicos en el que murieron siete personas por lo que se suponía que era una simple prueba para una versión genérica de un medicamento para el dolor de cabeza."

"Vale, genial, entonces Dra. Quinn, ¿le importaría explicarme qué ha pasado aquí?"

Fue Beckett quien contestó, y su voz volvió a adoptar un aire profesional que a Drake le resultaba extraño.

Oh, ahora lo está poniendo duro.

"Básicamente, una reacción alérgica incontrolada -un bucle de retroalimentación positiva de *citoquinas*-, moléculas inmunitarias que hacen que el cuerpo produzca una inflamación masiva. En este caso, los pulmones de nuestra víctima se hincharon tanto que no podía respirar".

Drake recordó la falta de interrupción en la arena alrededor de la boca del hombre cuando se había tumbado boca abajo en la guarida de la grieta. En aquel momento, había pensado que estaba muerto antes de caer al suelo, pero ahora no podía estar tan seguro.

"Entonces, ¿qué lo causó?"

Beckett señaló la hinchazón del cuello del hombre, que Chase

siguió inspeccionando como si esperara que surgieran palabras de la piel del hombre, tal vez revelando el nombre del asesino.

O incluso de la víctima.

"Inyección. Aún estoy haciendo pruebas, pero parece que era una mezcla concentrada de insectos. Y," ahora señaló a la mariposa ensangrentada en su espalda, "dada la elección del asesino de la obra de arte y nuestro amigo peludo que encontramos en su boca, si yo fuera un hombre de apuestas, yo pondría mi dinero en una mariposa."

Drake seguía escuchando, pero había bajado el volumen del hombre dentro de su cabeza después de que dijera las palabras *lechada de insecto.*

Le recorrió un escalofrío.

"Entonces, este hombre fue, ¿qué? ¿Asesinado inyectándole una mariposa-" no se atrevía a pronunciar la palabra *papilla*, "-parte? Luego el asesino dibujó una mariposa con sangre en su espalda. Espera, *¿es* sangre?"

Drake medio esperaba que Beckett soltara otro término médico que no entendía, pero se sorprendió gratamente cuando se limitó a asentir.

"Sí, pero no de la víctima".

Drake procesó esto por un momento.

"Así que tiene una mariposa dibujada con sangre ajena en la espalda. ¿Y la oruga?"

"Puesto allí post-mortem. Por lo que puedo decir, en realidad no hizo nada. Sólo se quedó allí hasta que llegamos. Ah, y una cosa más, ¿la sangre en su espalda? Es de una hembra".

"Oi", dijo Drake sin pensar. Su rostro se sonrojó ligeramente cuando Chase lo miró con expresión curiosa. "¿Una mujer?"

"Una mujer", confirmó Beckett.

En su mente empezaron a surgir nuevas historias. Según su experiencia, este tipo de delito rara vez lo cometía una mujer.

¿Un amante despechado, quizás?

Pero entonces, ¿por qué toda la farsa, por qué el hombre huía de ella en el callejón?

Desde luego, no parecía un crimen pasional demente.

Compartió sus opiniones con Chase y Beckett.

"Definitivamente no", asintió Chase cuando terminó. Se volvió hacia Beckett. "¿Enviaste muestras de sangre al laboratorio para análisis de ADN?"

Beckett confirmó que sí.

"Pero están hasta arriba de trabajo. Podrían pasar meses, e incluso entonces sólo obtendremos algo si la sangre de la persona está en el sistema. Parece una posibilidad remota. Quiero decir, alguien que va por ahí haciendo un puré de mariposas y lleva orugas Monarca no parece que cometería un error tan tonto como para dejar su ADN en la

escena, ¿verdad?".

"Genial, otro detective", refunfuñó Drake con un deje de sarcasmo.

Beckett levantó las manos.

"Sólo trato de ayudar, Columbo. Sólo intento ayudar".

"Hablando de eso", dijo Drake, avanzando. "Tenía la esperanza de que nuestra víctima podría ser capaz de hacer precisamente eso, bueno, tal vez no echar una mano tanto como un dedo".

Beckett le miró con los ojos entrecerrados y estaba a punto de contestar cuando Chase sacó el móvil del bolsillo. Beckett se volvió hacia ella.

"¿De la víctima?"

Ella asintió.

"Primero tenemos que cargarlo", dijo Drake.

Chase sonrió y pulsó el botón situado en la parte inferior de la pantalla. Se iluminó y mostró el mismo patrón numérico que ella le había enseñado en su móvil cuando estaba en su despacho.

"Ya lo hice", dijo ella.

"¿Qué? ¿Cómo?"

"Lo cargué en el coche".

Drake levantó las manos como diciendo *¿dónde demonios estaba?*

Beckett cogió el teléfono con una mano enguantada y luego apartó uno de los brazos de la víctima de la mesa. Sin decir palabra, extendió el dedo índice del hombre, lo frotó brevemente y luego lo colocó sobre el botón. Un segundo después, Drake vio que la pantalla cambiaba.

Tras un fondo de iconos, vio una imagen de su víctima, sonriente, con los brazos rodeando a una bonita mujer rubia y a un niño de pelo blanco.

De repente, Chase respiró agitadamente y Beckett parecía estar enfermo.

"¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Conoces a este tipo?" preguntó Drake.

Chase asintió y vio que ella apretaba la mandíbula.

"Sí", dijo en un susurro etéreo. "Y tú también deberías".

Capítulo XI

"THOMAS ALEXANDER SMITH", dijo CHASE en voz baja, dándole la vuelta al periódico para que lo viera. "No lo reconocí cuando yacía en el suelo y, en la morgue, estaba demasiado ocupado mirando su cuello hinchado. Pero en su teléfono... -dejó escapar la frase y Drake dirigió su atención al artículo de la sección de finanzas del New York Times.

En la parte superior del artículo de media página había una fotografía de su víctima, sonriendo con una dentadura perfecta, con unas tijeras cómicamente grandes en las manos preparadas para cortar una cinta. A su lado había dos hombres bien vestidos que parecían lo bastante importantes como para que Drake los conociera, aunque él no los conocía.

Thomas Smith corta la cinta ceremonial en la inauguración de la Biblioteca de Nueva York que ahora lleva su apellido.

Drake tragó saliva y, mientras seguía leyendo, dijo.

"Sí, ¿recuerdas cuando dije que la prensa iba a tener un día de campo? Bueno, joder, no van a tener un día de campo, van a ir a una maldita excursión de un mes".

"No me digas", dijo Chase en voz baja.

Eran dos de la media docena de clientes que había en el pequeño restaurante al que Chase le había llevado después de dejar a Beckett en la morgue. Se había mordido la lengua durante todo el trayecto y luego había rebuscado en la pila de periódicos que había junto a la entrada del Patty's Diner. Como había predicho, había varios de principios de semana, incluido uno de hacía cuatro días, que le mostró ahora.

Drake miró rápidamente a su alrededor, asegurándose de que no había nadie a su alcance, y luego le leyó las primeras líneas.

"Thomas Smith, del destacado bufete neoyorquino Smith, Smith y Jackson, es muy conocido en la comunidad en la que creció. Filántropo solidario y generoso, Thomas y el bufete de su familia han donado más de cinco millones de dólares en la última década. Sin embargo, esta donación para salvar una biblioteca, cuyos terrenos están siendo agresivamente buscados por promotores inmobiliarios, es la mayor donación individual de Thomas hasta la fecha, superando los 1,2 millones."

La camarera apareció de repente, y Drake dejó de hablar y dobló el periódico como si estuviera leyendo una sucia revista.

Ella lo miró y luego se volvió hacia Chase.

"¿Quieres café, querida?"

Por una fracción de segundo, Drake pensó que ella iba a pedir un té

raro, o un café con leche de soja descremada, sin espolvorear, y que él iba a tener que empezar a odiarla de nuevo.

Pero no lo hizo.

En su lugar, dijo: "Por favor. Negro".

La mujer asintió, volcó la taza de porcelana y la llenó. Luego se volvió hacia Drake.

"¿Y tú?"

Ahora le tocaba a él dudar. Lo que deseaba desesperadamente era un café con una onza de whisky y estaba a punto de pedirlo también cuando recordó lo que Chase le había dicho cuando se conocieron.

No vuelvas a beber antes de acudir a la escena de un crimen.

Aunque el Patty's Diner no era exactamente la escena de un crimen, no estaba de humor para ponerla a prueba. Pero necesitaba algo; el subidón de las miniaturas de Johnny hacía tiempo que se había desvanecido y notaba que su cuerpo empezaba a pedir más.

"Café y un agua. ¿Y tienes tarta de queso? ¿Pastel?"

Chase enarcó una ceja, pero la ignoró.

La camarera suspiró como si su petición hubiera inclinado la balanza del aburrimiento.

¿"Key Lime"? ¿Cereza? ¿Fresa y ruibarbo? ¿Qué tal...?"

"Lo que esté más fresco", dijo rápidamente, dejando claro que quería volver a quedarse solo. La mujer apretó los finos labios y giró sobre sus talones sin decir nada más.

Sin llenar su café tampoco, se dio cuenta.

"Haces amigos dondequiera que vas, ¿no?"

Drake ignoró el comentario y enrolló el periódico.

"¿Te importa si cojo esto?", preguntó sosteniéndolo.

Chase se encogió de hombros.

"No es mío".

Buena observación, pensó Drake.

La camarera volvió con su tarta y un vaso de agua. Cuando preguntó por el café, le dijo que estaban preparando una cafetera nueva. Pensó en preguntarle por qué no le había servido el café cuando se lo sirvió a Chase, pero su expresión severa le disuadió.

En su lugar, señaló el pastel.

"¿Fresa-ruibarbo?", preguntó.

Sacudió la cabeza.

"Key Lime", dijo y luego se volvió hacia la cocina.

Drake utilizó el tenedor para levantar la nata montada amarillenta y divisó el relleno interior rosado. Arrugó la frente.

"Tu *más fresco*, eh".

Chase dio un sorbo a su café.

"Estoy agotado-voy a descansar un poco. Buscaré a Smith en Google cuando llegue a casa, a ver qué averiguo si no era el ciudadano

perfecto que parece ser. Te sorprendería lo que puedes averiguar con sólo indagar un poco en Internet".

Drake, con la concentración fija en lo que parecía una fresa artificial en su tarta, dijo: "¿Y la familia? ¿Quieres avisar a la familia?".

Chase negó con la cabeza.

"Pondré una llamada en personas desaparecidas, pero les pedí que se pusieran en contacto conmigo directamente después de encontrar el cuerpo si alguien ponía una denuncia mientras tanto. Nadie lo ha hecho todavía, así que supongo que puede esperar hasta mañana. Es extraño, sin embargo, que su esposa no llamara. Tienen un hijo pequeño".

Chase sacó el móvil de la víctima mientras decía esto.

"Eso servirá de mucho", comentó Drake. "Quiero decir, no puedes exactamente seguir volviendo a Beckett cada vez que quieras abrirlo".

Chase sonrió.

"Cambié el código de acceso".

Drake dejó por fin el tenedor y enarcó una ceja.

"¿A qué?"

Chase no respondió de inmediato. En lugar de eso, se levantó y estiró la espalda.

"Diez mil combinaciones, Drake. Diez *mil.*"

Luego sonrió y salió de la cafetería.

Cuando se fue, Drake se rió para sus adentros. Tal vez no iba a ser tan malo trabajar con Chase después de todo.

Rompió un trozo de tarta con el tenedor, lo que requirió una considerable presión, e hizo una mueca antes de llevárselo a la boca.

Era de fresa y ruibarbo, joder.

Drake levantó la mano y giró el cuello. La camarera lo miró, con la cara tan apretada que los gruesos surcos alrededor de la boca parecían un mapa en relieve del Gran Cañón.

"Oye Broomhilda, tráeme un trago de tu mejor whisky con ese café, ¿quieres?"

Capítulo 12

"No es él", dijo Drake, con un deje de frustración en la voz.

"Lo es, Drake. No sé por qué te pones tan terco con esto... es él; por fin lo tenemos", respondió Clay, con los ojos todavía fijos en la carretera.

Drake negó con la cabeza.

"Siete cuerpos reducidos a huesos, una corona hecha de huesos de dedos de todas las demás víctimas cementada en la parte superior de sus cráneos como una especie de corona demente, ¿y crees que este caso se ha resuelto con una simple intervención telefónica? ¿Crees que el Rey Esqueleto se delataría tan fácilmente?".

Clay se rascó la barba y miró a Drake con desaprobación.

¿"Rey Esqueleto"? ¿De verdad? Para alguien que detesta tanto los medios de comunicación como tú, parece que le has cogido gusto al apodo, ¿verdad?".

Ahora le tocaba a Drake apartar la mirada.

Siete cuerpos en siete días. Personas que nunca fueron dadas por desaparecidas. Vagabundos, víctimas cuidadosamente seleccionadas que no darían la alarma. Y en el último, un único trozo de pelo con el folículo suficiente para obtener un perfil de ADN. Luego viene la escucha telefónica, luego la llamada telefónica incriminatoria hecha a... ¿quién? ¿A su madre?

No, Drake estaba seguro de que ese hombre, ese Peter Kellington, no era *el Rey Esqueleto.*

"Esto es una puta pérdida de tiempo", refunfuñó.

Clay suspiró con fuerza y el coche dio un bandazo cuando se pusieron en marcha hacia la dirección de Peter Kellington. Habían conseguido adelantarse a los policías de ronda, pero no podían llevar más de cinco minutos de retraso. Si dependiera de Drake, les permitiría echar la puerta abajo mientras él estaba de vuelta en comisaría siguiendo alguna pista real.

Como esa prostituta, Carlomagno o como se llamara ahora esa mujer sabía *algo. El Rey la había agarrado, pero por alguna razón la había soltado.*

Si pudiera pasar más tiempo con ella...

"¿Qué prefieres hacer entonces?" Clay respondió.

Drake no contestó y, en su lugar, se dedicó a observar las casas adosadas de idéntico color marrón que pasaban a la deriva y se convertían rápidamente en un borrón.

Condujeron en silencio durante un rato antes de detenerse justo cuando empezaba a llover.

Clay abrió inmediatamente la puerta, inundando el coche con el olor a smog húmedo. A medio camino, se inclinó hacia el taxi y dijo: "Drake,

¿vienes?".

***

Drake se despertó con un sabor agrio en la boca y un ligero dolor de cabeza detrás de los ojos. Con un gemido, se inclinó sobre sí mismo y se agarró en el último momento antes de rodar por el sofá.

"Joder", maldijo y luego se miró a sí mismo.

Seguía llevando la misma ropa que había lucido en el colegio de Suze aquella mañana, incluida la chaqueta de sport, ahora increíblemente arrugada. Sacudió la cabeza por no haber recordado que se había desmayado en el sofá, y al instante se arrepintió también de esa decisión.

Su indicio de dolor de cabeza se convirtió de inmediato en pleno.

Tragó saliva y miró hacia la mesa. Había una botella de Johnny Red medio vacía, con el tapón como si se lo hubieran puesto en vez de enroscarlo.

Drake cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

Su dolor de cabeza se redujo a un latido sordo, persistente pero ya no debilitante, y volvió a abrir los ojos antes de incorporarse lentamente. Le dolía el cuello y se lo frotó distraídamente con una mano, mientras con la otra iba directamente a la botella. Mientras la enderezaba, en su mente imaginó que le quitaba el tapón y bebía un buen trago. Un trago *enorme*. Un maldito trago como de río.

Pero en lugar de eso, retiró la mano rápidamente como si la botella le hubiera escaldado.

En cierto modo, suponía que sí.

Con otro gemido, esta vez acompañado de un gruñido, se levantó, sintiendo inmediatamente dolor en el cuello y los hombros. Se dirigió directamente a la cocina de su piso de soltero y su mirada se posó en los números verdes de los fogones.

4:14.

Cogió el bote de Advil del mostrador, sacó dos pastillas y se las puso en la lengua. La dulzura del recubrimiento amenazó con cuajarle el estómago, así que se las tragó rápidamente, en seco, y luego las acompañó con un vaso de agua tibia.

4:14... No voy a volver a dormir esta noche.

Y entonces pensó, *si lo que estaba haciendo antes podía siquiera considerarse dormir.*

Pero no podía quedarse aquí; quedarse aquí con la botella de licor sería como meter a un niño en una habitación hecha de malvaviscos y ordenarle que no pruebe, ni lama, ni *huela*.

Tenía que salir.

Y Damien Drake sabía exactamente dónde iría, incluso a estas horas.

Capítulo 13

DRAKE LLEGÓ A LA sala de conferencias cinco minutos tarde, con un café caliente en cada mano. Se sentía fatal y su aspecto era aún peor.

Su temor a no poder volver a dormirse había resultado falso: debió de quedarse dormido en algún momento en su coche aparcado, porque antes de que se diera cuenta, el sol le estaba dando de lleno, convirtiendo su Crown Vic en un invernadero de cuero agrietado.

Si había algo positivo que sacar de todo esto era que el calor y el sudor habían conseguido alisar algunas, aunque no todas, las arrugas de su chaqueta de sport.

Todas las miradas se clavaron en él al entrar, pero mantuvo la vista al frente, los ojos fijos en Chase, que seguía hablando.

Por un segundo, le pareció ver que sus cejas se fruncían cuando sus miradas se cruzaron, pero tal vez se lo había imaginado. Si la detective tenía una opinión sobre él, estaba seguro de que pronto se enteraría.

"Hemos identificado positivamente a la víctima como Thomas Alexander Smith, padre de un niño de ocho años llamado Thomas Jr. y marido de una tal Clarissa Smith".

Al mencionar los nombres, los demás detectives de la sala rompieron a murmurar en voz baja.

"Silencio, por favor", dijo Chase cortésmente. Drake llegó junto a ella y le tendió uno de los cafés, que ella tomó sin reconocerlo. "Y sí, *ese* Thomas Smith. Salió en el periódico el martes pasado, inaugurando la biblioteca de Brooklyn que ahora lleva su nombre. Y para los no ilustrados, es socio menor de Smith, Smith y Jackson-SSJ. Los dos Smith, sin embargo, no son Thomas; son su padre, Kenneth, y su hermano mayor, Weston".

Una mano se levantó y Drake reconoció que pertenecía a uno de los detectives más veteranos: el detective Luke Gainsford.

Chase levantó la barbilla y Drake se sorprendió una vez más del control que tenía. Bajita, delgada, atractiva, tenía toda la pinta de ser alguien que *no* mandaba, alguien a quien los demás, especialmente los que eran como Luke Gainsford, resentirían por dar órdenes. Pero era su carácter autoritario y serio lo que debían de apreciar.

Drake sabía que sí.

La alternativa era que lo aborrecieran tanto que ella fuera como un soplo de aire fresco en medio de la maloliente halitosis del whisky.

"Adelante Detective Gainsford."

El hombre se aclaró la garganta.

"Ayer recibí tres llamadas de los medios de comunicación, y dos más sólo esta mañana. Saben que alguien ha muerto en Clinton Hill, y saben que no ha sido un pellizcador más. No me preguntes cómo, pero saben que es alguien importante. ¿Algo sobre zapatos de cocodrilo? De todos modos, he conseguido decirle a mi fuente que mantenga las cosas en secreto por ahora, pero no puedo prometer que no salga en directo mañana o pasado con los detalles."

¿DL? ¿Desde cuándo Luke Gainsford utiliza el término DL?

Desde que lo conocía, era tan cuadriculado como el que más.

Otra mano se alzó y Chase atrajo sus ojos hacia él, indicándole que debía hablar antes de responder al detective Gainsford.

"Encontré tres blogs informando de ello; blogs de poca monta, pero aún así. Luke tiene razón, esto está preparado para explotar".

Chase asintió.

"Yo mismo he visto cinco blogs, uno que consiguió una foto de los famosos zapatos Alligator". Su rostro cambió, suavizándose un poco. "Sé que no podemos mantener esto embotellado para siempre, ni tengo intención de hacerlo. Pero aún no hemos hablado con la familia de Thomas. Retened a vuestros chicos hasta esta tarde, y haré una declaración a la prensa poco después de comer. ¿Les parece bien?"

Hubo un murmullo de afirmación, pero Drake encontró su mente en otra parte.

Cuando Clay había sido asesinado, los medios de comunicación habían informado de que era la octava víctima del Rey Esqueleto y lo habían tachado de ser el único barbudo, omitiendo el hecho de que también era el único que aún conservaba su piel.

El barbudo detective de homicidios de la policía de Nueva York es la última víctima del Rey Esqueleto.

Le ponía enfermo que la vida de un hombre pudiera reducirse a una puta barba o, en este caso, a un tipo de zapato.

"Bien. ¿Se os ha ocurrido algo más? ¿Algo sobre lo de la mariposa?"

El detective Henry Yasiv, que tenía casi exactamente la mitad de la edad de Luke Gainsford, levantó la mano.

"Yo, uhhh, sé algunas cosas sobre las mariposas", tartamudeó, con la cara enrojecida.

"¿Sobre el caso o sobre las mariposas en general?"

Los ojos azules del hombre se dirigieron al suelo, ofreciendo tanto a Drake como a Chase una visión clara de su desordenado pelo rubio.

"En general", dijo en voz baja.

Chase asintió.

"Bien. Escribe un resumen rápido y llévalo a mi mesa en cuanto puedas". Luego, dirigiéndose al grupo, añadió: "Aquí nada está fuera de lugar, gente. Todo puede ayudar. Y después de que la prensa se haga con esto, va a ser casi imposible escudriñar la mierda".

Drake la miró, sorprendido por la maldición. Sus ojos color avellana estaban tan concentrados como siempre, y en esa fracción de segundo, Drake supo exactamente lo que ella estaba pensando.

Smith, Smith y Jackson iban a ponerles las cosas increíblemente difíciles. Si Thomas tenía algún secreto oscuro, iba a ser como abrir una ostra de dinosaurio con un palillo; el bufete les bloquearía el paso, les ataría con litigios.

Lo que es peor, es que probablemente ofrecerían una recompensa por cualquier información que condujera a una detención, lo que saturaría su sistema de llamadas hasta el punto de ofuscarlo.

"¿Alguien más?"

El detective Frank Simmons, un hombre de piel tan oscura que Drake había bromeado a menudo llamándole La Sombra, cosa que a Frank le había caído realmente bien, tomó la palabra.

"Conocí a Thomas en un evento benéfico de golf hace un par de años. Parecía un hombre agradable, educado, ecuánime".

Chase asintió.

"Lo que concuerda con todo lo que he podido encontrar sobre él en Internet. También le he investigado y, aparte de algunas multas de aparcamiento, que ha pagado puntualmente, está limpio como una patena. Ahora mismo, lo único que llama la atención es que lleva desaparecido más de 24 horas, y su mujer aún no lo ha denunciado."

"¿Tal vez estaba en un viaje de negocios?" Frank ofreció.

Chase se lo pensó un momento.

"Tal vez, pero seguía siendo local".

"¿Tal vez *le dijo a* su esposa que estaba en un viaje de negocios?" Frank dijo con cautela.

Chase asintió.

"Podría ser... Detective Simmons, ¿por qué no lleva al detective Gainsford a su despacho en la SSJ del centro y pregunta a la secretaria por sus planes de viaje? Pero, por el amor de Dios, sea discreto. Tengo previsto anunciarlo a la prensa sobre la una de esta tarde. No quiero que vayas antes, pero si esperamos hasta después, dudo que lleguemos a ninguna parte. Es probable que el bufete esté cerrado una vez que salga en directo. Intenta llegar a la una menos cuarto y empieza a hacer preguntas a la una".

Frank asintió y Chase dio una palmada, indicando que la reunión llegaba a su fin.

"Una cosa más", dijo cuando la charla aumentó. La sala se calmó. "La causa oficial de la muerte fue una reacción alérgica a las mariposas".

La charla aumentó al instante y Chase se vio obligada a hablar por encima de los demás detectives.

"A Thomas le inyectaron un... un cóctel de mariposas, digamos, y la

reacción básicamente provocó que sus pulmones y garganta se hincharan hasta el punto de asfixiarse. Quiero que los demás investiguen dónde se pueden conseguir, comprar o cazar mariposas en Nueva York. También, busquen entomólogos descontentos, empleados de jardines públicos, cualquiera que pueda estar relacionado con Thomas o su empresa y tenga acceso a bandadas de mariposas."

Varios detectives levantaron la mano, pero Chase negó con la cabeza.

"Eso es todo por ahora. Nos volveremos a ver mañana por la mañana, a la misma hora".

Drake estaba impresionado. Chase había conseguido transmitir toda su información antes de soltar el bombazo *-lodos de mariposa-y* había dado por terminada la reunión antes de que ella tuviera que perder una hora respondiendo a preguntas que no iban a ayudarles a acercarse más a la búsqueda del asesino.

Cuando la sala empezó a despejarse, Chase se inclinó hacia él y le susurró: "Hueles y tienes una pinta de mierda. Ve a cambiarte, dúchate y reúnete conmigo en diez minutos. Vendrás conmigo cuando hable con la mujer de Thomas".

Drake hizo una mueca y de repente sintió envidia de los detectives Simmons y Gainsford, que se dirigían a Smith, Smith y Jackson.

Después de lo que le había ocurrido a Clay, lo último que quería era decirle a otra familia que su padre y marido había sido asesinado.

Capítulo 14

DIEZ MINUTOS Y UNA llamada telefónica después, Drake salió de la comisaría con una camisa y unos caquis nuevos. Lo único que permanecía inalterado era su chaqueta deportiva, que, bien mirado, no estaba en tan mal estado. Se había cepillado el pelo, aunque había adquirido la costumbre de llevarlo tan corto que requería muy poco mantenimiento. Seguía teniendo los ojos enrojecidos, que destacaban en su rostro pálido, pero ya no parecía que se ganara la vida donando plasma.

Y también se sentía mejor. El café ayudó, al igual que dos Advil más, pero una ducha rápida probablemente le había beneficiado más.

Otro trago habría sido ideal, pero no quiso presionarlo. Por la razón que fuera, Chase era el único en la maldita comisaría, mierda, quizá incluso en toda la ciudad, que aún quería estar cerca de él. Y lo que había dicho iba en serio: iba a atrapar al cabrón que le hizo esto a Thomas.

Chase esperaba fuera, con la ventanilla bajada y la mitad superior de la cara cubierta por unas enormes gafas Ray-Ban. Drake se sacó las llaves del bolsillo y se las mostró.

Sacudió la cabeza.

"He visto cómo guardas tu coche. Ven conmigo".

Quizá Chase era más parecido a Clay de lo que había pensado en un principio, a pesar de sus evidentes diferencias. Clay siempre había insistido en conducir, y Drake lo prefería así. Le daba la oportunidad de ver pasar la ciudad.

Se encogió de hombros.

"Claro", dijo, y se dirigió al lado del pasajero de su BMW serie 5. No le gustaban mucho los coches, por ejemplo su Crown Vic del 94, pero no era tan ingenuo como para no reconocer una bella pieza de maquinaria cuando la veía.

Drake subió al coche, acomodando su cuerpo en los suaves asientos de cuero. Era como sentar el culo desnudo sobre una gruesa bola de algodón de azúcar.

Silbó mientras sus ojos se desviaban hacia la gran pantalla de 8 pulgadas incrustada en el salpicadero. En ella había un mapa con la dirección de Thomas Smith en la esquina superior derecha.

"Dime una cosa, Chase: ¿cómo puede permitirse un detective de Seattle un viaje como éste?", bromeó.

Creyó conocer la respuesta: un padre rico aferrado a la culpa por un divorcio resuelto hace tiempo.

Sí, eso parecía correcto, se ajustaba a la factura.

Sólo que *no estaba* bien, aunque al principio se había tomado la respuesta de Chase como una broma.

"Póquer por Internet", dijo mientras ponía el coche en marcha. Pisó el acelerador y el BMW avanzó con una suavidad a la que Drake no estaba acostumbrado.

Cuando su rostro permaneció inexpresivo, se volvió hacia ella.

"¿En serio?"

"En serio", confirmó.

"Huh", Drake se desplomó en su asiento. No sólo era por lo menos mil veces más cómodo que su propio coche, sino que también hizo que su sofá pareciera una paleta de madera en comparación. Instintivamente levantó la mano y se frotó el lado izquierdo del cuello. Aún le dolía, pero no tanto como esta mañana. Ahora era como su dolor de cabeza: una punzada sorda que casi podía ignorar.

"¿No es ilegal?", preguntó.

"Sí", respondió Chase.

Drake parpadeó una, dos veces, y luego se quedó dormido.

***

"Despierta, Bella Durmiente". Alguien sacudió el hombro de Drake. "Despierta, despierta".

Drake se sobresaltó y abrió los ojos, momentáneamente inseguro de dónde estaba. Miró brevemente a su alrededor y, al ver la cara de Chase, volvió en sí. Con el dorso de la mano se limpió la baba de la comisura de los labios y se incorporó.

"¿Estamos aquí?"

"Estamos aquí."

Drake miró por el parabrisas. Estaban aparcados en una calle sinuosa flanqueada por grandes extensiones de cuidado césped verde. A su izquierda había una verja de hierro forjado y, a lo lejos, distinguió una casa colonial de ladrillo de dos plantas con un garaje independiente para tres coches.

A Thomas le fue bastante bien.

Chase se acercó a la puerta, pero dudó antes de abrirla. Se volvió hacia él y se levantó las gafas de sol.

Había compasión en esos ojos, pero Drake, por su vida, no podía entender por qué.

Todos le odiaban, le culpaban de la muerte de Clay, incluido él mismo, pero no esta mujer. ¿Era porque era de Seattle? ¿Era por eso? Si lo era y su objetivo era hacer nuevos amigos y contactos, lo estaba haciendo de la manera equivocada.

Drake empezaba a pensar que se avecinaba una plaga y que él era el infame paciente cero.

"¿Estarás bien ahí dentro?", preguntó en voz baja.

Drake se aclaró la garganta.
"Estaré bien."
"Bien. Yo hablaré, tú sólo observa, ¿de acuerdo?"
Extendió las manos sumisamente.
"Eso es lo que hago. Ya sabes, los detectives *detectan*, ¿tengo razón?"
Chase se rió entre dientes.
"Algo así".
Abrió la puerta de un tirón y salió al sol de la mañana, pero antes de cerrarla dijo algo más.
"Hablas en sueños, ¿lo sabías? Jesús, eres como Lady Macbeth".
Drake se incorporó de golpe justo cuando ella cerró la puerta.
Tanteó la manilla, pero estaba metida dentro de la moldura de la puerta y no colgaba como la palanca metálica de su Crown Vic. Tardó casi diez segundos en averiguar cómo abrir la maldita cosa.
"¡Hey!" Drake gritó mientras corría tras ella. "Oye, ¿qué dije? ¡Oye, Chase, espera!"

Capítulo 15

CHASE ADAMS PULSÓ EL botón del pequeño interfono gris situado a la izquierda del camino de entrada, que sobresalía del suelo como una especie de periscopio terrestre. Mientras esperaban una respuesta, Drake centró su atención en la verja de hierro forjado que tenían delante. Los barrotes tenían medio centímetro de grosor, empezaban lo bastante cerca del suelo como para que Drake se preguntara si podría deslizar un trozo de papel entre ellos y el asfalto, y luego se retorcían dos veces mientras se abrían paso hasta la parte superior arqueada situada tres metros por encima. Los barrotes terminaban en puntas de flecha opacas que apuntaban hacia el sol de la mañana como piqueros en posición de firmes.

La voz de un hombre con marcado acento español procedente del interfono le hizo retroceder.

"*¿Jes?*"

"Soy el detective Adams de la policía de Nueva York con la detective Drake. ¿Está la Sra. Smith en casa?"

Perdido el interés, Drake siguió mirando a su alrededor y vio un ojo de cámara escondido entre los helechos que flanqueaban el pequeño interfono. Chase también debió de verlo, ya que sacó su escudo de detective y lo levantó. Varios segundos después, se oyó un clic y una pequeña sección de la valla que estaba oculta dentro de su arquitectura mayor, aproximadamente del tamaño de una puerta normal, se abrió un centímetro.

Chase abrió el camino, empujando la sección completamente abierta. Drake la siguió, asegurándose de cerrar la puerta tras ellos.

Mientras subían por el camino de entrada, no pudo evitar pensar en aquella horrible noche de lluvia en la que había subido tambaleándose por las rojas losas hasta la modesta casa de Clay Cuthbert.

Cuando tuvo que dar la noticia a Jasmine y Suzan de que su marido y padre había muerto.

"Drake, ¿estás bien?"

Levantó la vista.

"¿Hmm?"

Sacudió la cabeza.

"Nada. Sólo déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?"

Drake asintió y siguió mirando a su alrededor, intentando distraerse.

Calculó que el camino de entrada tenía veinte metros de largo, salía de la puerta principal y rodeaba un estanque de piedra en el centro que contenía un matorral de flores silvestres. A ambos lados de la

enorme casa colonial de ladrillo rojo había más flores, incluida una sección entera de coloridos crisantemos que harían erizar la piel a los expositores de Central Park.

Se preguntó brevemente si las monarcas se sentían atraídas específicamente por los crisantemos, pero sacudió la cabeza. Una polilla ciega se encapricharía del radiante despliegue de colores de sus pétalos en forma de lágrima.

Dio un codazo a Chase e indicó las flores con la barbilla. Chase asintió y estaba a punto de decir algo cuando el sonido de una puerta abriéndose llamó su atención.

La puerta principal de la residencia Smith era casi cómicamente grande. Como un puente levadizo medieval, los tablones de madera oscura se extendían casi tres metros de alto, y Drake supuso que casi igual de ancho. Se abrió lentamente, como con un torno, y Drake casi esperaba ver en la entrada a un hombre con un parche en el ojo, con los músculos ondulando en un chaleco roto, haciéndoles gestos para que entraran, para que *subieran a bordo, Matey,* antes de que los merodeadores tomaran nota.

Pero el hombre que había detrás de la puerta era tan diferente de esa fantasía que Drake casi se ríe a carcajadas. En lugar de un portero musculoso, en la entrada había un hombre rechoncho, de piel muy bronceada, pelo corto y negro y un bigote enjuto del mismo tono impenetrable. Llevaba una camiseta negra lisa y unos vaqueros oscuros.

Sin embargo, Drake dedujo que la expresión de su rostro no era muy distinta de la de un pirata: severa, labios finos fruncidos.

¿Cuál es vuestro propósito aquí, marineros de agua dulce?

"*¿Jes*? ¿De qué va esto?"

Como no quería gritar en la entrada, Chase aceleró el paso. Levantó educadamente una mano en señal de que había oído al hombre, pero se abstuvo de responder hasta que subieron la primera de media docena de escalones de losa.

"Estamos aquí para...", empezó, pero otra voz femenina detrás del hombre con acento la hizo detenerse en seco.

"Yo me encargo, Raúl, gracias".

El hombre asintió, inclinó la cabeza y luego se deslizó detrás de una mujer que ocupó su lugar en la entrada. Los ojos de Drake siguieron al primero durante un momento, observando que en realidad nunca abandonaba lo que ahora veía que era un gran vestíbulo, pero cuando la mujer se adelantó de nuevo y se vio de pronto inundada por la luz del sol, se distrajo de otra manera.

Clarissa Smith era alta, rubia y tenía el cuerpo más increíble que Drake había visto nunca. Delgada, pero no desprovista de tono muscular, lucía un conjunto de tenis blanco cortado en "v" lo bastante

bajo como para dejar ver la parte superior de sus amplios pechos y que continuaba hacia abajo hasta terminar en un dobladillo con flecos justo por encima de las rodillas. Llevaba el pelo recogido en una apretada coleta y una sencilla diadema blanca sobre la frente.

Su frente y la parte superior de sus pechos brillaban con gotas de sudor.

"¿En qué puedo ayudarte?", preguntó agradablemente mientras le acercaba una toalla y le secaba las mejillas.

"Señora Smith", empezó Chase. Al igual que Drake, ella también había llegado a la conclusión de que ésta no podía ser otra que la esposa de Thomas.

"Por favor, llámame Clarissa".

Chase asintió respectivamente.

"Clarissa, ¿podemos entrar? Tenemos... tenemos noticias terribles".

Los ojos de Clarissa pasaron de algo parecido a la curiosidad a la preocupación en un instante.

"¿Thomas Jr. está bien? ¿Se ha vuelto a pelear en el colegio?"

Chase negó con la cabeza.

"No estamos aquí por tu hijo, Clarissa. Ahora, por favor, ¿si hubiera algún lugar donde podamos sentarnos?"

El alivio inundó el bello rostro de la mujer, que retrocedió varios pasos y les indicó que entraran.

Como antes, Chase fue primero y Drake le siguió.

El vestíbulo era opulento, pero sin exagerar. Las baldosas de mármol blanco conducían a una enorme escalera de caracol en el centro, con lo que parecían postes tallados a mano. A la derecha, el vestíbulo se abría a una gran cocina blanca de estilo rústico.

Clarissa los condujo en la dirección opuesta y los llevó a una pequeña y sencilla sala de estar con dos sofás de felpa uno frente al otro, entre los que sólo había espacio para una mesita de cristal. Drake lo imaginó como un espacio para los tiempos muertos, un lugar sin distracciones donde los padres pudieran acorralar a un niño y conseguir que contara que había hecho trampas en el examen de matemáticas o que se había fumado un cigarrillo a escondidas.

"¿Quieren tomar algo? ¿Café, tal vez?"

O algo más fuerte, pensó Drake, intentando de nuevo tragar la espadaña que parecía haber absorbido hasta la última gota de saliva de su boca y garganta.

"No, estaremos bien", dijo Chase.

"No seas tonta, Raúl te traerá algo", dijo amablemente, volviéndose hacia el hombre del bigote negro y enjuto. "Si el café de la estufa aún está caliente, ¿sería tan amable de servir una taza para nuestros invitados? Si está frío, por favor, prepare una cafetera nueva".

El hombre asintió secamente.

"Desde luego", respondió antes de darse la vuelta y salir del salón.

Con Clarissa como guía, Chase y Drake tomaron asiento en uno de los sofás, que Drake observó que era casi tan cómodo como el asiento del coche de Chase, mientras ella se alisaba el vestido de tenis y se sentaba en el sofá de enfrente.

Temiendo no poder apartar los ojos del atuendo de Clarissa, la mirada de Drake se desvió hacia Raúl, a quien aún podía ver a pesar de haber llegado ya a la cocina.

Drake lo había notado en cuanto Raúl les había abierto las enormes puertas de la entrada. A diferencia de algunos de los detectives más experimentados, no le gustaban mucho los roles de género; por ejemplo, no le importaba recibir órdenes de Chase, y aunque no era raro que gente de la riqueza y la talla de Clarissa y Thomas tuvieran un sirviente, lo que le resultaba extraño era que su sirviente fuera un *hombre*.

Drake archivó esto en sus notas mentales para futuras referencias y contemplaciones. También había algo más inquietante en Raúl, pero Drake no podía precisar el origen. Antes de que pudiera seguir pensando en ello, Chase se inclinó hacia delante y comenzó a hablar en un tono suave y apacible.

"Clarissa, no hay manera fácil de decir esto..."

Capítulo 16

La cara de Clarissa se contorsionó como si alguien le hubiera chupado la belleza.

Las lágrimas no tardaron en aparecer.

"Siento mucho su pérdida", dijo Chase, pero la devastada mujer no pareció oír. Clarissa bajó la cabeza y, por un momento horrible, Drake pensó que se había desmayado y que su cara iba a chocar con sus rodillas desnudas. Sin embargo, en el último segundo, Clarissa se agarró la cara con las manos. Entonces empezaron los sollozos.

Drake se quedó congelado en el sofá, apretando los dientes por lo incómodo de la situación.

¿Debería ir hacia ella? ¿Poner un brazo alrededor?

Con Jasmine Cuthbert, las cosas habían sido diferentes. Drake conocía bien a Jasmine; habían compartido más de un par de botellas de vino a lo largo de los años. Aunque ella se había encogido de hombros, su instinto inicial fue abrazarla, consolarla.

Pero esto era diferente; acababa de conocer a Clarissa Smith.

Por suerte, Raúl apareció casi de inmediato, con una cafetera llena de café y varias tazas en una bandeja en las manos. Miró a Drake y dejó la bandeja sobre la mesa de cristal que había entre los sofás.

Y entonces ocurrió algo extraño. Drake esperaba que Raúl se dirigiera a Clarissa como había hecho con Jasmine seis meses atrás, pero el hombre no lo hizo. En lugar de eso, se limitó a mirarla, aparentemente aquejado de la misma inquietante indecisión que se apoderaba del propio Drake.

¿Escuchó a Chase diciéndole que Thomas estaba muerto? ¿Que su jefe se había ido?

Si Raúl lo había oído, estaba claro que no se le notaba en la cara. Aparte de un movimiento del bigote, su expresión era apática en el mejor de los casos.

Chase miró a Drake y se levantó rápidamente y se acercó a Clarissa. Le puso una mano en el hombro, evitando que Raúl y Drake pasaran más vergüenza.

"Estoy tan..." empezó Chase, pero Clarissa levantó la cabeza de repente, con los ojos enrojecidos y las mejillas relucientes.

"¿Cómo murió?", jadeó. "Por favor, dime cómo murió Thomas".

A Chase le sorprendió la pregunta y se quedó mirando. Luego pareció que iba a decir algo, pero no le salió ninguna palabra.

Clarissa levantó la mano y la puso sobre la de Chase.

"Por favor, cómo..."

"Fue asesinado", dijo Drake, rompiendo su silencio.

Clarissa soltó la mano y se volvió para mirarle.

"*¿Asesinado?",* preguntó, con la voz entrecortada.

Drake se aclaró la garganta.

"Lo siento mucho. Es un shock para nosotros, sobre todo teniendo en cuenta lo generoso que ha sido con la ciudad de NYC. Quiero decir, ¿por qué alguien lo querría muerto?"

Chase le lanzó una mirada, pero Drake se encogió de hombros. Había dejado escapar deliberadamente que el asesinato de Thomas no había sido un suceso aleatorio para juzgar su reacción.

Clarissa no pareció darse cuenta de la indirecta. Al igual que la sensación de incomodidad que Drake sintió al ver a Raúl, también archivó este dato.

"Clarissa", empezó Chase, llamando la atención de la mujer, "¿puede decirnos qué pudo haber estado haciendo su marido en Clinton Hill a última hora de la noche del martes?".

Una expresión de confusión llenó su rostro.

"¿El martes? ¿En Clinton Hill?" Clarissa negó con la cabeza. "No, Thomas está de viaje-ha estado en Texas por negocios toda la semana".

Es *en lugar de* era*,* pensó Drake antes de recordar algo que el detective Simmons había dicho durante su reunión en la sala de conferencias: *la esposa aún no ha llamado... quizá le dijo que estaba fuera por negocios.*

"Lo siento, pero su cuerpo fue encontrado en un... uh... almacén en Clinton Hill."

"¿Asesinado?" repitió Clarissa, sin oír a Chase.

El detective Adams presionó un poco más.

"¿Sabe por qué podría haber estado allí a eso de las 3 de la mañana? ¿Tiene clientes a los que visita allí? ¿Un apartamento cerca de allí, algún lugar donde pueda quedarse si trabaja hasta tarde? "

Clarissa negó con la cabeza.

"No, su despacho está en el edificio principal de la SSJ. Tenemos otra casa, pero está en Martha's Vineyard", negó con la cabeza. "Estaba en Texas..."

"¿Se te ocurre alguien que pueda querer...?"

Antes de que Chase pudiera terminar su pregunta, la puerta principal se abrió de golpe y Drake se puso en pie de un salto. A su izquierda, oyó que Chase también se levantaba.

Drake nunca sacó su arma.

En lugar de eso, se quedó boquiabierto.

Thomas Smith entró corriendo en la habitación, con la cara roja y la respiración entrecortada.

Los ojos de Drake se desorbitaron y tuvo que clavar los talones en el suelo para no tropezar hacia atrás.

¿Qué demonios...?

"¿Qué está pasando aquí?", preguntó el hombre. Se dirigió hacia ellos y Raúl inclinó la cabeza y se apartó. "¿Clarissa? ¿Qué está pasando?"

Drake esperaba un estallido de Clarissa, algo parecido a *cómo te atreves a venir aquí y abusar de mí con tus bromas de mal gusto*, pero en lugar de eso, con la voz entrecortada, dijo: "Es Thomas... está muerto".

En cuanto las palabras salieron de su boca, empezó a sollozar incontrolablemente. El hombre corrió entonces hacia ella y, al pasar junto a Drake, éste se dio cuenta de que, después de todo, no era Thomas. Se parecía muchísimo a Thomas, pero era más viejo, tenía el pelo más fino en las sienes y en la parte superior, y tenía un lunar en el lado izquierdo de la mandíbula.

Chase dejó escapar un profundo suspiro, y Drake finalmente la miró, poniendo cara de *qué coño.*

Ella le devolvió la expresión.

El hombre que se parecía a Thomas se acercó a Clarissa y ella lo abrazó. Sollozando, lo abrazó con fuerza. Mientras se abrazaban, el hombre volvió sus ojos, ahora rojos, para mirarlos, y luego volvió a abrazarla con fuerza.

No dispares al mensajero, pensó Drake.

Esto duró casi un minuto entero, mientras Chase y Drake observaban incómodos. Al final, sin embargo, se separaron y Clarissa utilizó un pañuelo de papel que Raúl le tendió para limpiarse la nariz.

"Dicen que lo asesinaron aquí, en Nueva York... pero estaba en Texas, ¿no?".

Drake observó este intercambio muy de cerca.

El hombre tragó, y su manzana de Adán se movió hacia arriba y luego hacia abajo una sola vez. A diferencia del sargento Rhodes, el doble de Thomas no tenía una manzana con bocio, sino una sutil redondez en la garganta. Si Drake no hubiera estado observando atentamente, no se habría dado cuenta.

Pero lo había hecho.

Sólo que no estaba seguro de lo que significaba.

Todavía.

"No estoy seguro. Yo también estaba fuera", entonces se giró para mirar a los detectives. "Me llamo Weston Smith... soy el hermano de Thomas."

Drake asintió, encajando la última pieza del rompecabezas.

"Siento mucho su pérdida", dijo Chase por enésima vez. "Estamos haciendo todo lo posible para averiguar quién lo hizo, y creemos que usted podría ayudarnos. Sé que parece cruel que se lo pidamos, sobre todo ahora, pero la verdad es que cuanto más tiempo pasemos sin hablar, menos probabilidades tendremos de encontrar al asesino de Thomas."

Los ojos de Weston, que eran marrones frente a los azules de Thomas, se entrecerraron de repente.

"¿Cómo podríamos ayudar?", espetó.

Drake, que aún no se había sentado desde que Weston había irrumpido por la puerta, sintió que sus instintos se apoderaban de él y se tensó ligeramente.

La reacción de Chase, sin embargo, fue la contraria. Bajó despreocupadamente al sofá, con una expresión plana en el rostro.

"Entiendo que estés disgustada, y por supuesto tienes todo el derecho a estarlo", dijo. "Pero estamos tratando de averiguar quién hizo esto y por qué. ¿Puede alguno de ustedes decirme por qué su hermano podría haber estado en Clinton Hill en las primeras horas de la mañana del miércoles?".

El rostro de Weston se contorsionó de ira.

¿"Clinton Hill"? *¿Clinton Hill?* ¿Por qué demonios iba a estar Thomas allí? Es un abogado muy respetado, un maldito filántropo, ¡no un yonqui!".

Chase levantó las manos a la defensiva.

"No pretendo ofenderla a usted ni a la señora Smith", dijo en voz baja, volviendo a un aire más profesional. "Pero como dije antes, cualquier cosa que pueda decirnos podría ser útil para encontrar a quien hizo esto".

Weston se levantó de repente. Clarissa lo agarró, pero él se la quitó de encima.

"Mi hermano no iría ni muerto a Clinton Hill", siseó. "Ese lugar está lleno de degenerados y yonquis. Mi hermano era un miembro respetado de la élite de Nueva York".

Drake se encogió ante las palabras de Weston. El hombre también debía de haberse dado cuenta, o tal vez sólo se había dado cuenta de lo que había dicho cuando Clarissa estalló en nuevos sollozos. Weston la miró.

"Lo siento mucho", susurró. "Pero no tienes que responder a más preguntas. Al menos, no ahora". Luego, a Chase y Drake les dijo: "Como abogado de Clarissa, le ordeno que no diga nada más en este momento. ¿Qué tal un poco de privacidad? ¿Es mucho pedir?"

Drake no se movió. Durante su mandato como detective de homicidios, había observado toda la gama de reacciones ante la pérdida de un familiar. Había visto a asesinos a sangre fría que habían matado a sus propios parientes echarse a llorar mientras las esposas en duelo estallaban en ataques de violencia e ira. Al contrario que en la televisión, Drake había aprendido muy pronto que un comportamiento, o la falta del mismo en algunos casos, no era más indicio de culpabilidad que otro.

Pero esto -soy *su abogado, no puede hablar contigo*—era nuevo para

él.

Chase asintió y se levantó. Luego sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la dejó con cuidado sobre la mesita que había entre ellos.

"Si se te ocurre algo, Clarissa. Por favor, llámame". Luego, dirigiéndose a Weston, añadió: "Estaremos en contacto. Y, de nuevo, siento mucho su pérdida. Soy nueva en Nueva York, pero lo poco que sé de tu hermano sugiere que era un hombre amable, cariñoso y generoso."

Una vez hecho esto, se volvió hacia Drake y le indicó que se marchara.

"Raúl, por favor, acompaña a nuestros invitados a la salida", siseó Weston tras ellos. "¿Y qué tal un poco de tacto la próxima vez?"

Capítulo 17

CHASE SACÓ LAS GAFAS DE SOL DEL bolsillo y se las puso mientras se dirigían a la puerta principal. Abrió la boca para decir algo, pero Drake, recordando las cámaras de vídeo e inseguro de si captaban audio o no, levantó un dedo.

Ella asintió y se dirigió a su coche.

Sólo cuando estuvieron a salvo en el interior, Chase habló. Sin embargo, antes de hacerlo, sacó un teléfono móvil del bolsillo y se mordió el interior del labio. Luego golpeó el teléfono con el dorso de la mano.

"¿Sabes qué es lo más extraño?", preguntó en voz baja. Al principio, Drake no estaba seguro de si sólo estaba reflexionando en voz alta, o si se suponía que debía responder a la pregunta. Pero cuando ella se volvió hacia él, se dio cuenta de que era retórica. Volvió a tocar el móvil. "No ha sonado".

Drake enarcó una ceja.

¿Su teléfono no sonó? ¿Por qué iba a sonar el teléfono de Chase?

Chase reconoce la confusión en su rostro.

"¿Viste a Raúl usar el móvil? ¿Fue a la cocina durante mucho tiempo? Quiero decir, fue a buscar café, pero pude verlo todo el tiempo. Nunca usó un teléfono".

Drake asintió con la cabeza. Él también había estado vigilando al hombrecillo y no le había visto acercarse a algo que pareciera un teléfono.

"Entonces, ¿por qué estaba Weston en la casa? Quiero decir, no estaba allí cuando llegamos... entró por la puerta principal", hizo una pausa de un segundo antes de continuar. "Lo único que tiene sentido es que en cuanto pulsé el botón del interfono y anuncié que éramos detectives de la policía de Nueva York, Raúl debió de llamar al hermano de Thomas".

Drake tenía la boca seca y sentía que sus manos empezaban a temblar ligeramente.

Habían pasado doce horas desde su último trago.

"¿Y qué?"

Chase entrecerró los ojos como diciendo, *quédate conmigo aquí, Drake. Presta atención ahora.*

"Así que, dos detectives se presentan en casa de Thomas para ver a Clarissa de entre toda la gente, ¿y lo primero que hace el ama de llaves es llamar a su *hermano*? ¿Incluso antes de llamar al propio Thomas?"

Y ahora Drake veía el cuadro completo.

No era *su* móvil lo que tenía en la mano, sino el de *él; el de Thomas*.

"Es casi como si Raúl hubiera recibido instrucciones sobre qué hacer en caso de que los detectives acudieran a la finca", dijo Drake.

Chase volvió a golpear el móvil.

"Exactamente. Pero la verdadera pregunta es, ¿por qué? ¿Están ocultando algo de Thomas? ¿A Clarissa? O, mejor aún, ¿ya sabían Weston y Raúl que Thomas estaba muerto?".

Drake enarcó una ceja al oír esto último, pensando que Chase se estaba extralimitando. Y, sin embargo, la persistente sensación de que había algo raro en Raúl le hizo preguntarse.

"Tal vez, pero si Weston sabía que su hermano estaba muerto, entonces dale un Oscar al hombre, sáltate la ceremonia y la votación. En cuanto a Raúl... ¿sabes lo que me pregunto?". preguntó Drake, dirigiendo su atención a las hileras de flores de colores que había junto a las puertas de la finca de los Smith. Un abejorro, grueso como un murciélago infantil, apareció zumbando y luego posó su pesado torso sobre una de las flores blancas más grandes.

"¿Qué es eso?"

"Me pregunto si nuestro ama de llaves, Raúl, también se dedica a la jardinería de vez en cuando".

Chase puso el coche en marcha y se alejaron de la verja de hierro.

"Sí, y si en su jardincito hay mariposas o no", dijo.

***

Estaban casi de vuelta en la estación cuando algo se le ocurrió a Drake.

"¿Por qué sigues teniendo el móvil de Thomas?"

Chase sonrió satisfecho.

"Te dije que sospechaba por qué Clarissa no denunció la desaparición de su marido. Pensé que quizá intentaría llamar y no quería perdérmelo. Ahora, sin embargo..." dejó escapar la frase.

Drake quedó impresionado, no sólo por su mordacidad, sino por su voluntad de saltarse las normas.

"¿Vas a ponerlo en evidencia ahora?"

La sonrisa de satisfacción permaneció en su rostro.

"No, todavía no. Voy a pasárselo primero a nuestros técnicos, a ver qué pueden sacar. Hay un montón de llamadas el lunes por la noche, pero son todas de números bloqueados. Voy a ver si pueden averiguar con quién estaba contactando Thomas antes de que su teléfono se apagara. Dudo que salga nada, pero por si acaso. Toma", dijo, desbloqueó el teléfono y se volvió hacia él. "¿Ves esto? Es su agenda".

Drake entrecerró los ojos y se acercó a la pantalla brillante. Mostraba una vista mensual, y la mayoría de los días estaban vacíos. Había, sin embargo, una entrada recurrente para las tres primeras

semanas, todas en martes y todas denotadas por una sola letra.

"*V*? ¿Qué demonios es *V*? ¿Es una nueva abreviatura de Internet? ¿Como LOL?"

Chase parecía legítimamente sorprendido.

¿*"LOL"*? ¿en serio? ¿Sabes lo que significa *LOL*?"

Drake no sonrió.

"Sí, lo he oído antes".

Suzan lo dijo un par de docenas de veces durante las cenas en casa de Clay.

Percibiendo un cambio de humor, Chase dejó que se le aflojara la cara.

"No, que yo sepa. Lo escribí en el Diccionario Urbano, pero no apareció nada. Quiero decir, algunas cosas *salieron*, pero nada que pueda asociar con *V* en este contexto".

"¿Diccionario Urbano?"

Chase negó con la cabeza.

"No importa."

Empezó a tirar del teléfono, pero Drake vio otra cosa y se lo quitó de las manos.

"¿Y esto? *PSY?*"

Chase se encogió de hombros.

"Tampoco sé nada de eso", dijo simplemente.

Drake sintió un cosquilleo de orgullo.

"Sí", dijo, "después... después de lo que pasó, me exigieron una evaluación psicológica. PSY fue la abreviatura que escribieron en mi expediente".

Chase se lo pensó un momento.

"Huh", dijo, su mirada se desvió. "¿Thomas estaba viendo a un psiquiatra?", se encogió de hombros. "No es sorprendente, supongo. Mucho dinero, NYC, incluso un hombre con un historial tan limpio como él está obligado a tener algunos demonios. Quiero decir, sabemos que mintió a su esposa sobre ir a Texas por negocios".

Drake asintió con la cabeza, mientras Chase aparcaba a la salida de la División 62.

"Voy a prepararme para la rueda de prensa", dijo. "Pero antes tendré que hablar con Rodas. ¿Quieres venir?"

"No, gracias", dijo Drake con una mueca. Chase lo miró como si estuviera pensando en convencerlo, pero el teléfono de Drake empezó a sonar en su bolsillo y ella puso los ojos en blanco.

"Deberías poner esa cosa en silencio".

Esta vez, Drake sí sonrió.

"Sí, pero entonces ¿cómo sabría que está sonando?"

Chase rió entre dientes y ambos salieron del coche. Mientras su compañero se dirigía hacia las puertas, Drake se quedó atrás y

contestó al teléfono.

"Drake".

"Hola amigo, soy Beckett. ¿Está el cohete contigo?"

Drake no necesitaba el Urban Dictionary para saber lo que quería decir con eso.

"No, acaba de irse".

"Ah, qué pena. Porque tengo algo que vais a querer oír, y prefiero escuchar su bonita voz que vuestra espeluznante respiración cuando os lo cuente."

Capítulo 18

Drake observó cómo Chase se dirigía al estrado de la comisaría 62. Llevaba catorce años en el cuerpo y aún le sorprendía la rapidez con la que levantaban la maldita tarima de madera y el podio.

Lo más sorprendente fue la cantidad de periodistas y cámaras de televisión que llegaron casi con la misma rapidez. Era como si pudieran oler la inquietud en el aire.

En ese momento, Drake, que estaba de pie a un lado con varios agentes uniformados, contó al menos seis cámaras, y fácilmente el doble de hombres y mujeres con teléfonos móviles inclinados cerca de uno de los dos altavoces que se habían erigido junto al podio, o del propio podio.

Chase se había vuelto a cambiar de ropa. Cuando habían ido a ver a Clarissa Smith, llevaba un top oscuro con una falda azul marino que le llegaba unos centímetros por debajo de la rodilla, pero ahora lucía una blusa blanca holgada con pantalones de raya diplomática.

Aun así, incluso con aquel atuendo tan conservador, Drake empezaba a entender lo que Beckett quería decir cuando se había referido a ella como un cohete. Pero cualquier pensamiento ilícito fue arrancado de su mente incluso antes de que pudiera formarse cuando el sargento Rhodes, que estaba junto a Chase, se aclaró la garganta.

Chase dio un paso adelante.

"Buenas tardes a todos", dijo. Su voz era llana y uniforme, su expresión neutra. "Estoy segura de que todos se preguntan por qué les hemos invitado hoy aquí. Tengo..."

"¿Se trata de los zapatos de cocodrilo? ¿El asesinato en Clinton Hill?", gritó alguien del público.

La expresión de Chase vaciló, pero sólo durante una fracción de segundo. En ese momento, Rhodes se acercó al micrófono y apartó a Chase de su camino.

"Por favor, permanezcan en silencio hasta que el detective haya terminado."

Rhodes esperó a que se hiciera el silencio, casi como si estuviera tentando a quienquiera que hubiera hablado a interrumpir de nuevo. A su izquierda, Drake percibió que los uniformados se tensaban como si estuvieran listos para expulsar al infractor con un simple movimiento de cabeza del sargento.

La situación inquietó a Drake. Antes del incidente, había sido él quien se había dirigido a los medios de comunicación y, aunque detestaba ese acto casi tanto como ser el portador de malas noticias a los miembros de su familia, sabía que apartar por la fuerza a un

reportero de un grupo de periodistas no era la forma de iniciar una investigación.

Y menos uno de esta magnitud.

Pero, afortunadamente, los periodistas se callaron y no fue necesario actuar.

Chase se aclaró la garganta y Rhodes se hizo a un lado, permitiéndole continuar.

"Con gran pesar les informo del asesinato de un hombre que ha llamado a la ciudad de Nueva York su hogar durante toda su vida. Un hombre que ha dedicado gran parte de su tiempo, influencia y riqueza a mejorar la propia ciudad. Un hombre de familia, un padre, un marido".

La multitud empezó a murmurar entre sí, pero una mirada mordaz de Rhodes hizo que se callaran de nuevo.

"Thomas Alexander Smith era litigante y filántropo, y fue brutalmente asesinado hace dos noches".

Por la forma en que Chase hizo una pausa, quedó claro que era el momento en que esperaba que se produjera un alboroto, pero no llegó.

Al menos no de inmediato.

La sorpresa se apoderó de los periodistas como una fina película sobre el agua sucia. Drake se dio cuenta de que la mayoría de esos periodistas habían asistido a la inauguración de la biblioteca la semana pasada. Y el hombre al que habían alabado aquel día había desaparecido de repente.

Muerto.

Pero este improvisado momento de silencio no duró mucho. Alguien acabó por salir a la superficie.

"¿Puede decirnos cómo murió?", gritó.

"¿Era el hombre de Clinton Hill con los zapatos de cocodrilo?", gritó otro.

El público estalló en una incomprensible cacofonía de preguntas.

Chase esperó a que la mayoría se calmara antes de levantar las manos.

"Por respeto a la familia del Sr. Smith y a la integridad de la investigación en curso, no responderé a ninguna pregunta en este momento. Sin embargo, les mantendremos informados a intervalos regulares a medida que avance la investigación."

"¿Hay alguna razón para que un detective novato dirija un caso de tan alto perfil?". Un hombre con sombrero de tweed gritó de repente por encima del resto.

Rhodes se acercó de nuevo al micrófono.

"La Sra. Adams es una detective muy respetada con una larga lista de credenciales de su época en Seattle".

"En Seattle, era oficial de narcóticos, no de homicidios. ¿Por

qué...?"

"Como ya se ha dicho, no vamos a responder a ninguna pregunta en este momento", se apresuró a decir Rhodes. "Pedimos a cualquier ciudadano que pueda haber visto al Sr. Smith en o alrededor de la noche del martes o el miércoles diez de marzo que se presente. Trabajando juntos, confío en que resolveremos rápidamente este caso y dejaremos atrás este asesinato sin sentido."

Las palabras de Rhodes y las preguntas de los periodistas habían puesto frenéticos a los reporteros, y Drake recordó de pronto a unas pirañas hambrientas devorando un trozo de carne.

Y entonces, cuando Rhodes y Chase se disponían a bajar del improvisado escenario, otro alboroto llamó su atención. Sólo que esta vez, se originó entre las filas de la media docena de policías a su izquierda.

Se volvió hacia el hombre más cercano.

"¿Qué pasa?", preguntó en voz baja. El hombre se encogió de hombros y le ignoró. "¿Qué pasa?"

Varios agentes se volvieron en su dirección, pero nadie respondió.

Drake se puso en marcha tras la mitad que se dirigía a la comisaría, mientras el resto permanecía detrás como control de multitudes. Se movió rápidamente, alcanzando a un joven de pelo rubio corto; un oficial que parecía incluso más joven que Chase.

"¿Qué ocurre?", preguntó en su tono más exigente.

El hombre bajó los ojos y dijo algo que Drake no pudo entender.

El detective Damien Drake no leía los labios, pero la expresión del rostro aniñado del policía bastó para transmitir el resto del mensaje en estéreo.

Ha habido otro asesinato.

Capítulo 19

El escenario era diferente -un apartamento frente a un almacén abandonado-, pero el modus operandi era el mismo: un hombre adinerado asesinado, con las manos y los pies atados por detrás y una tosca mariposa dibujada con sangre en la espalda.

"Veo otro punto de inyección en su cuello", dijo Chase, inclinándose cerca de la víctima. A diferencia de Thomas Smith, parecía que este hombre llevaba muerto varios días. Su cuerpo había sido liberado de las garras del rigor mortis y sus ojos habían adquirido un tono lechoso como la leche aguada.

Drake observó desde varios metros y observó que, al igual que Thomas, a esta víctima le habían quitado la camisa y estaba doblada ordenadamente en el sofá junto al cuerpo.

"Beckett está de camino", comentó. Echó un vistazo a la habitación y no vio nada que le pareciera fuera de lugar. El piso de soltero estaba perfectamente ordenado, las sábanas de la cama todavía hechas. La decoración era sencilla, casi hasta el punto de parecer un montaje. De hecho, si no fuera por unas cuantas fotografías en marcos colocados en una mesita junto a la puerta principal, Drake podría haber pensado que se trataba de un decorado de película mal concebido.

"Aquí también hay hinchazón", dijo Chase. "No tanto como con Thomas, pero puedes ver que su cuello es más grueso de lo que debería".

"¿Quién es la víctima?" Drake preguntó.

"Neil Benjamin Pritchard, empresario local", respondió Chase sin vacilar.

Otro hombre rico asesinado, pensó Drake, y estaba a punto de decirlo cuando alguien más entró en la habitación.

El rostro de Beckett era sombrío y asintió a Drake mientras se acercaba al cadáver. Bajó su bolsa negra y estudió a Neil Pritchard durante un momento antes de decir nada. Luego abrió la bolsa, se puso sus guantes morados patentados, se inclinó y trazó la mancha marrón oscuro de mariposa en la espalda.

"Ácido etilendiaminotetraacético", dijo en voz baja.

Chase levantó la cabeza, reconociendo la presencia del hombre por primera vez.

"¿Decir *qué?*"

Beckett levantó la vista.

"EDTA-¿No te lo dijo Drake?"

Volvió su atención hacia Drake, encogiéndose de hombros. Beckett miró de Chase a Drake y viceversa.

"Comunicación, gente. ¿No te enseñan eso en la academia de policía?"

"Estaba dando una rueda de prensa", ofreció Drake en su defensa.

Beckett frunció el ceño.

"El EDTA es un conservante que impide la coagulación de la sangre. Aún no hay coincidencias con el ADN, pero la sangre -que es de una mujer, por si necesitas recordarlo-no es fresca. El EDTA se utiliza para la extracción de sangre".

Chase se levantó, sacudiendo la cabeza.

"Entonces, ¿no es la sangre de nuestro asesino?"

"Ni idea. Todo lo que puedo decirte es que la sangre utilizada para hacer este arte macabro se conservó", dijo Beckett.

Chase señaló el cuello del hombre.

"Aquí hay hinchazón, igual que con Thomas".

Beckett se acercó y se encorvó. Pinchó brevemente el cuello del hombre con los dedos, antes de inclinar la cabeza hacia la cara de Neil.

"¿Drake? Pásame la sonda".

Drake metió la mano en la bolsa y sacó la herramienta que había visto utilizar a Beckett en el almacén. Beckett la cogió y empezó a hurgar en la boca del hombre. Sin el rigor que atenazaba a Thomas, los labios muertos del hombre se movían incómodos, como si murmurara en sueños.

Fueron necesarios varios segundos de trabajo antes de que el forense consiguiera sacar algo en claro.

De nuevo, Drake tuvo que apartar la mirada para armarse de valor.

Era otra oruga, sólo que esta vez el insecto de dos centímetros y medio de largo estaba tieso como una tabla.

"Parece otra Monarca", dijo Beckett, recogiéndola y poniéndola en un recipiente para muestras.

Un zumbido llenó de repente el apartamento y, por un breve instante, Drake pensó con repulsión que era el sonido de un insecto zumbando. Pero cuando Chase se quitó uno de los guantes y metió la mano en el bolsillo, se dio cuenta de que solo era su móvil.

Respiró hondo y miró a su compañera mientras respondía. Su rostro, que antes era una máscara de disgusto, de repente estaba inundado de pavor. Pronunció unas palabras, en su mayoría *ajá,* y colgó.

Chase no dijo nada al principio, limitándose a permanecer de pie junto al cuerpo de Neil Pritchard, su silueta iluminada por las duras luces que se habían erigido antes de que ellos llegaran. Drake la vio respirar varias veces, antes de volverse hacia él y mirarle directamente a los ojos.

"Eso eran registros. Acaban de informarme de otro asesinato con el

mismo modus operandi en Montreal hace un mes", hizo una pausa, con una mirada lejana en los ojos. "Drake, creo que tenemos un asesino en serie entre manos", dijo.

Drake se estremeció.

Era el Rey Esqueleto de nuevo. Solo que esta vez le habían crecido alas.

PARTE II - Crisálida

Capítulo 20

EL HOMBRE DE NEGRO observó cómo la guapa y bajita detective salía del coche y miraba brevemente a su alrededor. Desde su posición ventajosa al otro lado de la calle, podía distinguir claramente el pelo hasta los hombros que le enmarcaba la cara y el ceño fruncido de sus labios. Por un segundo, los ojos de ella parecieron clavarse en los suyos, y él se quedó inmóvil, dispuesto a echar a correr si ella hacía el más mínimo movimiento en su dirección.

Pero después de un momento, su mirada continuó.

Como tantos otros, ella había mirado más allá de él, *a través de* él, viendo sólo las sombras con las que se cubría.

El detective se dio la vuelta y se dirigió hacia el edificio de apartamentos, cuya puerta estaba abierta, flanqueada por dos agentes uniformados igualmente afligidos.

La policía había tardado más *-mucho* más-en encontrar a Neil que a Thomas, probablemente porque la zorra yonqui había abierto la boca con este último. Pero a pesar de su presencia, las cosas habían sido más fáciles con Thomas. Por un lado, Thomas había muerto a causa de la inyección inicial; había croado una vez, y después de convulsionar brevemente, había caído inconsciente.

Thomas había muerto una o dos horas después.

Neil, en cambio, no había sucumbido a la primera inyección. Sus ojos se habían desorbitado y, al principio, el hombre de negro temió que parte del cóctel hubiera formado un bolo que había ido directo a su corazón.

Una segunda inyección había arreglado las cosas.

Y, sin embargo, Neil había sido más fácil que Chris. Chris había sido un cabrón que había luchado hasta el final. Tres inyecciones había necesitado, e incluso entonces, mientras yacía en el suelo de su restaurante con el acre olor a masa de pizza quemada en el aire, el hombre de negro había pensado que iba a tener que estrangularlo antes de que la luz de sus ojos parpadeara por fin.

Un segundo coche se acercó erráticamente al apartamento de Neil Pritchard y aparcó a medio camino en la acera, detrás del lujoso BMW de la detective.

El hombre observaba desde las sombras, con la mano metiéndose inconscientemente en el bolsillo interior de su chaqueta oscura.

La puerta del Crown Vic color crema emitió un gemido al abrirse, y un hombre de pelo castaño corto que empezaba a encanecer en las sienes, aunque no debía de tener mucho más de cuarenta años, emitió un sonido similar al salir. Luego escupió en la acera y se ajustó el

cuello de su chaqueta deportiva arrugada, al tiempo que se frotaba el cuello.

Al igual que la mujer, este detective miró a su alrededor antes de dirigirse al apartamento. También como ella, sus ojos se detuvieron cuando se posaron en el parque de enfrente antes de continuar.

Te conozco, pensó de repente el hombre de negro. *Te he visto antes.*

Tardó unos instantes en darse cuenta. Reconoció al hombre del Crown Vic oxidado de un artículo de periódico de hacía unos meses.

Detective Damien Drake...

Fue él quien hizo que mataran a su compañero en la persecución del famoso asesino en serie Skeleton King.

Y ahora estaba de vuelta con un nuevo compañero y en el caso de otro asesino.

Mientras los detectives se dirigían juntos hacia la casa, el hombre del parque sacó un pequeño recipiente del bolsillo y lo acercó a la luz de una farola que acababa de encenderse.

"Ya llegará tu hora", dijo en voz baja, observando a la oruga mientras se retorcía y se arrastraba sobre las hojas dentro del recipiente transparente. "Llegará tu hora. Tendrás tu oportunidad... *renacerás*".

Capítulo 21

"Drake, ¿vienes?"

Drake abrió la puerta del coche a regañadientes y la lluvia mojó al instante la manga de su chaqueta deportiva.

"Una puta pérdida de tiempo", refunfuñó.

Cuando Drake salió del coche, Clay ya estaba a medio camino y tuvo que apresurarse para alcanzarle. Se sorprendió al ver que su compañero ya tenía la pistola desenfundada. A Clay le disgustaban tanto las armas que no era raro que las dejara en la oficina. En opinión de Drake, no era la decisión más inteligente, pero Clay no necesitaba un arma cuando tenía a Drake.

La lluvia caía con fuerza y Drake estaba empapado cuando se metió bajo el toldo granate y se acercó a Clay. De algún modo, su compañero había conseguido mantenerse relativamente seco.

"¿Y bien? ¿A qué esperas?" preguntó Drake, sin molestarse en evitar que su fastidio se colara en su voz.

Clay abrió mucho los ojos y le tembló ligeramente el labio inferior.

"La puerta está abierta", susurró, utilizando el cañón de su arma para indicar el hueco entre la puerta y el marco.

Drake se secó la lluvia de los ojos y se inclinó hacia delante, intentando distinguir el interior de la casa.

No podía ver nada; el interior estaba completamente oscuro.

Drake se volvió hacia Clay y se sorprendió de que su compañero le mirara con cargada expectación. Drake se limitó a encogerse de hombros.

Puerta abierta, puerta cerrada, ¿qué importaba? Este no es nuestro hombre.

"Este es tu caso ahora", dijo Drake con dureza. "Usted dirige el camino."

Clay respiró hondo, con el pecho agitado por los nervios, mientras se preparaba para entrar en casa de Peter Kellington. Se sentía incómodo, como la mayoría de la gente cuando se ve empujada a una situación nueva, incluidos los detectives de la policía de Nueva York. Clay era el yin de las palabras suaves y los pensamientos profundos. Drake, en cambio, era el músculo, el poli malo frente al bueno de Clay.

Pero que se joda*, pensó Drake, nos está* haciendo perder el tiempo. La única razón por la que vine fue para ver su cara cuando pilláramos a ese tío masturbándose con vídeos de gatos en Internet.

Drake tuvo que reprimir una risita al ver la cara de Clay, no el acto en sí.

"¿Deberíamos anunciarlo? ¿Decirles que somos de la policía de Nueva York?" Preguntó Clay, a un palmo de la puerta.

Drake se encogió de hombros, con un significado claro.

Ahora es tu caso.

Clay asintió y dio un paso adelante a regañadientes, guiándose con su pistola. Con la mano vacía empujó la puerta.

"¡Policía de Nueva York!", gritó en la oscuridad. Esperó unos segundos antes de volver a gritar. "¡POLICÍA DE NUEVA YORK! Estamos llegando!"

Drake se llevó la mano a la axila y sacó su revólver reglamentario.

Luego siguió a Clay al interior.

***

Drake se despertó con el sonido de su teléfono sonando. Gimió y abrió los ojos. Localizó el teléfono de inmediato -estaba sobre la mesa, junto a la botella de whisky-, pero cogerlo le resultó más difícil. Dos veces lo hizo girar con una mano descoordinada antes de conseguir por fin cogerlo y contestar.

"¿Sí?", dijo grogui.

La voz del hombre al otro lado de la línea era la antítesis de la suya: clara, concisa, autoritaria.

"¿Drake? ¿Dónde quieres que nos encontremos?"

Drake cerró los ojos y se masajeó las sienes.

Sintió que le venía otro dolor de cabeza. Por alguna razón, le vino a la mente la cafetería a la que le había llevado Chase, en la que ella le había enseñado el artículo sobre Thomas Smith.

"Patty's Diner en la 57", dijo rápidamente.

"Ya lo sé. Nos vemos allí dentro de veinte minutos", respondió el hombre.

Drake colgó y despegó su cuerpo sudoroso del sofá.

Media hora más tarde, era el único cliente del Patty's Diner, sentado en una cabina de vinilo rojo agrietado con una vista despejada de la puerta. Poco después de sentarse, se acercó una joven -Broomhilda, su tarta de lima y su sonrisa ganadora parecían tener la noche libre, gracias a Dios-y le ofreció un café con voz agradable.

"Dos cremas, tres azúcares", respondió.

La mujer asintió y volvió a la barra.

Unos segundos más tarde volvió, volcó su taza de porcelana y le sirvió tres cuartos de taza.

"¿La nata? ¿El azúcar?" Preguntó Drake.

La mujer, que llevaba una coleta castaña tan tirante que le levantaba las cejas de forma antinatural sobre la frente, indicó el plato que había junto a la ventana.

"Gracias", refunfuñó, dándose cuenta de que el ajuar habitual había estado sobre la mesa todo el tiempo.

Mientras cogía la crema y el azúcar, se dio cuenta poco a poco de que la camarera aún no se había separado de él.

Drake preparó su café como a él le gustaba, y cuando terminó y

ella seguía pendiente de él, se volvió hacia ella expectante.

Sonrió, mostrando un gran diastema entre sus dos dientes delanteros.

"¿Va a ser una noche larga? ¿Estás esperando a alguien?", sus ojos saltaron primero a su reloj y luego a la carpeta que había sobre la mesa frente a él.

Drake la miró, deseando de repente que Broomhilda no hubiera decidido tomarse la noche libre para alimentar a su docena de gatos.

"Gracias por el café", dijo. "Te llamaré si hay algo más".

La sonrisa de la mujer vaciló, pero no desapareció de su rostro. Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de que se fuera, Drake volvió a dirigirse a ella.

"Pensándolo bien, ¿tienes tarta de lima?"

La mujer dijo que sí y luego fue a coger un trozo.

"Gracias", respondió.

Drake ni siquiera había podido tomar un sorbo de café cuando sonó el timbre de la puerta. Un hombre vestido con una chaqueta azul marino, con la capucha puesta, entró en la cafetería. Era alto, medía más de dos metros y cojeaba ligeramente.

Se dirigió directamente a la cabina de Drake y se deslizó frente a él sin decir palabra.

El hombre era más viejo de lo que Drake recordaba, con ojos gris ceniza y gruesas líneas alrededor de la boca. Estaba bien afeitado, y algunos mechones de pelo largo y castaño, húmedos por la lluvia o el sudor, resbalaban de la capucha y enmarcaban su cara redonda.

Drake sorbió su café y se encogió de hombros.

Estaba hirviendo.

El hombre metió la mano en la chaqueta y sacó un sobre amarillo del tamaño aproximado de una cinta de vídeo. Lo colocó sobre la mesa, junto a la carpeta de Drake, pero no retiró la mano.

Drake levantó la vista y, por un momento, pensó que el hombre iba a decir algo. Pero no lo hizo; en lugar de eso, soltó el sobre de forma dramática y cogió la carpeta. Estaba a punto de guardársela en la chaqueta k-way, en el bolsillo oculto del que había salido el sobre, cuando Drake habló por fin. Su voz era áspera, su tono deliberado.

"Ninguna referencia a los zapatos de cocodrilo, ¿entendido?"

El hombre hizo una pausa y sus gruesas cejas se fruncieron. Una vez más, pareció que iba a decir algo, pero decidió que no.

En lugar de eso, asintió una vez y salió de la cafetería por donde había venido.

Drake no tocó el sobre hasta que el timbre sobre la puerta volvió a su estado inactivo. Incluso entonces, primero tomó un sorbo de café. Cuando lo cogió, la joven camarera volvió con su tarta y él retiró la mano.

Ella deslizó el plato delante de él y luego sonrió ampliamente.

Drake miró primero la tarta y luego a la camarera, intentando averiguar si le estaba gastando una broma.

¿"Key lime"?

La mujer asintió.

"Key lime", confirmó.

Drake utilizó el tenedor para levantar la corteza rancia, de color amarillo pálido, revelando un interior de color rojo rosado.

"¿Está todo a tu gusto?", preguntó. Drake no sabía si estaba intentando provocarle deliberadamente, si Broomhilda había colgado su foto en la cocina con la leyenda "Que *le den a este gilipollas si viene*", con una quemadura de cigarrillo en la frente, pero al final decidió que no importaba.

"Bien", refunfuñó. "Todo está bien. Pero tráeme un trago de Johnny Red para acompañar mi pastel, ¿quieres?"

Cuando Drake salió de la cafetería de Patty llovía con más intensidad, pero apenas se dio cuenta. Caminó a trompicones hacia su coche, intentando mantener el sobre seco y, al mismo tiempo, sacar las llaves del bolsillo. Las dejó caer en un charco, maldijo y casi se cae cuando se agachó para recogerlas de nuevo.

Un minuto después estaba en la carretera, y diez minutos más tarde rodaba por una calle tranquila y aparcaba frente a un dúplex de ladrillo, sencillo y familiar.

Sus ojos se desviaron hacia los números que brillaban en el salpicadero y se maldijo por no haber puesto el reloj en hora. Miró el reloj y, con un ojo cerrado para evitar la visión doble, estaba bastante seguro de que era la una y cuarto de la madrugada. Sin embargo, un segundo vistazo le hizo pensar que había un cincuenta por ciento de probabilidades de que fueran las tres y cuarto.

Pero, al igual que la tarta, Key lime o ruibarbo de fresa o carne picada, esto tampoco importaba.

Con un fuerte suspiro, Drake abrió la puerta y se adentró en la lluvia.

Caminó despacio hacia la casa, con cuidado de no resbalar en un charco, y luego se detuvo ante la verja de madera. Un buzón negro con una bandera roja apoyada en un lateral estaba a su alcance. Lo abrió, contento de que el ruido de la lluvia ocultara el chirrido de la bisagra oxidada, y deslizó el sobre en su interior. Luego izó la bandera.

Un último vistazo reveló que la casa estaba a oscuras, salvo una ventana cerca de la parte superior que estaba iluminada por un apagado resplandor amarillo.

Había una luz de lectura encendida.

Drake sintió que se le cortaba la respiración, pero contuvo las lágrimas que amenazaban con derramarse. Con una última mirada anhelante, llegó hasta su coche y se desmayó al volante.

Capítulo 22

ESTA VEZ ERA el detective Chase Adams quien llegaba tarde a la reunión informativa matinal. Drake había llegado cinco minutos antes, una vez más con los cafés en la mano, y se había sentado a la cabecera de la mesa. En el tablón de anuncios que había quedado vacío el día anterior había tres fotografías sujetas con una chincheta, cada una con su nombre debajo: Thomas Smith, Neil Pritchard y Chris Papadopoulos.

Chase debía de estar trabajando hasta tarde, pensó Drake, *lo que explicaba su tardanza.*

Los detectives Luke Gainsford y Frank Simmons, que habían recibido el encargo de informarse sobre la agenda de viajes de Thomas en el SSJ, pasaron dos veces por delante de la sala de conferencias, mirando no muy sutilmente hacia dentro para ver si Chase había llegado ya.

Drake les sostuvo la mirada, pero aquello no pareció inmutarles lo más mínimo. Había habido un tiroteo durante la noche -tres muertos, dos heridos, todos pandilleros-que había obligado a Rhodes a redirigir parte de los recursos del caso de Thomas. Así que sólo quedaban él, los detectives Gainsford y Simmons, el detective Henry Yasiv, entomólogo en ciernes, y, por supuesto, Chase, para trabajar en un caso que había pasado de un asesinato a tres en menos de seis horas.

Conociendo a Rhodes y su vendetta, Drake consideró que las perspectivas de recibir cualquier ayuda adicional en el caso, independientemente de la influencia de las familias de las víctimas, era lo más cercano a cero que se podía estar.

El detective Yasiv abrió de repente la puerta de la sala de conferencias, con una carpeta en la mano. Al ver a Drake y sólo a Drake, bajó la mirada y murmuró algo sobre que tenía que ir al baño. El hombre se pasó la mano libre por el pelo corto y rubio, se disculpó ambiguamente y se dio la vuelta para marcharse cuando la voz de Chase se filtró por el pasillo.

¿"Detective Yasiv"? ¿A dónde va? ¿Cuando digo que hay una reunión a las ocho vienes a las ocho? Si no estoy aquí todavía, ¿te sientas y esperas? ¿Entendido?

El hombre bajó aún más los ojos y asintió. Le tendió la puerta, pero ella se la arrebató.

"Detectives Gainsford y Simmons, eso va por ustedes también, ¿de acuerdo? Adentro."

Hank entró en la habitación, y Luke y Frank se apresuraron a entrar tras él.

Drake no pudo evitar la pequeña sonrisa que se formó en sus labios. Sin embargo, cuando Chase entró la última, con el ceño fruncido, se le cayó. Sujetaba el periódico como un cavernícola un garrote. La puerta detrás de ella ni siquiera se había cerrado del todo antes de que se dirigiera a ellos en un tono áspero.

"¿Asesino de mariposas?", casi gritó mientras agitaba el periódico delante de ella. "¿Asesino de mariposas? Por el amor de Dios, ¡he dicho que mantengas a la prensa fuera de esto!".

Tiró el periódico al suelo, aterrizó en la mesa alargada con un *ruido* audible y se desenrolló. Incluso desde su posición ventajosa, Drake podía ver la letra grande y en negrita de la primera página del New York Times.

El asesino de la mariposa acecha a los ricos y famosos de Nueva York.

Chase se tiró en una silla y se recostó, con los labios fruncidos.

"Ya es bastante difícil con Weston Smith bloqueándonos cada vez que se nos ocurre hablar con algún miembro de la familia Smith, ¿pero ahora esto?" suspiró pesadamente y cerró los ojos. Drake dejó el café en la mesa frente a ella, pero o no se dio cuenta o no le importó.

Esta era una nueva faceta de Chase, una que no había visto antes, y Drake no estaba seguro de cómo proceder. Cuando él y Clay trabajaban juntos, Drake era el que se desbocaba, mientras que Clay siempre estaba tranquilo y sereno. En esos momentos, había apreciado la calculada decisión de su compañero de dejarle en paz, de dejarle que resolviera las cosas por sí mismo y se calmara. Y ahora, dado su abrupto cambio de papel en Homicidios, le permitía a Chase la misma cortesía.

Con los ojos aún cerrados, dijo: "Cuando averigüe quién filtró esta información, serás apartado de este caso y de cualquier otro que presida. Y pasarás los fines de semana en registros alfabetizando pequeños robos en Manhattan Sur".

Se hizo el silencio entre las cinco personas de la sala, que se prolongó durante casi un minuto entero. Drake, por su parte, agradeció la falta de sonido; sirvió para calmar su dolor de cabeza.

Chase respiró hondo y abrió los ojos. Cuando habló a continuación, su voz había recuperado su tono suave y sereno.

"Chicos, ya tenemos tres cadáveres: este caso ha pasado oficialmente a la categoría de serie. Con los tiroteos de anoche en el Bronx, Rhodes nos ha dado recursos limitados, a pesar del cambio de estatus. Y por mucha presión que vayamos a recibir para resolver este caso por parte de miembros de la comunidad acomodada, Rhodes es un tipo de pan y mantequilla: se niega a ofrecerle más que los recursos habituales, lo que significa que sólo estamos nosotros. Pero eso no cambia los hechos; habrá suficiente presión para convertirnos los trozos de carbón en diamantes. Este es el tipo de caso que hace o

deshace carreras".

Sus ojos saltaron de un hombre a otro, pasando por encima de Drake.

El tipo del pan y la mantequilla.

Drake, que había trabajado a las órdenes de Rhodes durante más de una década, no podría haberlo dicho mejor. Chase seguía impresionándole con su capacidad para leer a la gente tras breves interacciones.

Se olvidó de egoísta ambicioso imbécil, por supuesto, pero eso estaba bien. Esta revelación llegaría a su debido tiempo.

Chase dio un sorbo a su café.

"Ahora, ¿asumo que todos recibieron mi memo de anoche?"

Drake torció el gesto.

¿Memo?

Ahora Chase le miraba directamente.

"Comprueba tu correo electrónico la próxima vez", dijo, pero su voz carecía de convicción. Luego, dirigiéndose a todos, dijo: "Tres muertos, todos con la misma mariposa en la espalda". Señaló la pizarra que tenía detrás. "Chris Papadopoulos, acaudalado restaurador de Montreal, Neil Benjamin Pritchard, empresario local propietario de tres imprentas y copisterías y de dos edificios de apartamentos de gran altura, y Thomas Smith, a quien todos conocéis ya. Chris fue el primero, encontrado muerto en uno de sus restaurantes hace quince días. Neil fue el siguiente, hace seis días, y Thomas hace sólo dos noches".

Chase dejó que la información cayera en la cuenta durante unos segundos antes de coger un cuadrado de papel en blanco del mismo tamaño que las fotografías de los tres hombres. Lo colocó en la pizarra, debajo de las imágenes de los muertos, y dibujó con un rotulador negro un círculo con una cruz debajo: el símbolo universal de la mujer.

"Hasta ahora la única conexión entre ellos es la sangre en su espalda. De las dos muertes de Nueva York -Neil y Thomas-sabemos que la sangre es de mujer y que no es fresca, lo que significa que es poco probable que sea de nuestro asesino. Dicho esto, esta mujer tiene algún tipo de...". Chase miró a su alrededor y luego se volvió hacia Drake. "¿Dónde está Beckett?"

Drake se encogió de hombros.

"Le dije que viniera a las ocho, tal como dijiste".

El rostro de Chase se agrió, pero sólo por un momento.

"No me gustan los perfiles, pero tal y como yo lo veo, la mujer cuya sangre se utilizó tiene una importancia increíble para nuestro asesino. Averiguamos quién es, y apuesto a que nos lleva directamente al asesino".

Hizo una pausa, dando a los demás la oportunidad de contradecir su teoría.

Nadie lo hizo.

¿"Frank"? ¿Luke? ¿Dime que tienes algo de tu visita a SSJ ayer?"

Frank se aclaró la garganta y dio un paso adelante.

"Desearía tener buenas noticias, Detective Adams, pero desafortunadamente tenemos poco que informar. Luke entabló una conversación casual con la secretaria de Thomas justo antes de su rueda de prensa, como usted dijo. Ella acababa de decirnos que no estaba segura de dónde estaba Thomas -no mencionó haber viajado a Texas-cuando nos cerraron la puerta."

Chase frunció el ceño.

"Déjame adivinar: Weston Smith puso fin a la conversación."

Luke asintió con gesto adusto.

"No él, sino un joven abogado que trabaja para él. Prácticamente nos pidió que nos fuéramos".

"Y ese es el tipo de ayuda que podemos esperar de los Smith en este momento. Drake y yo fuimos a ver a la mujer de Thomas, pero llegó Weston y recibimos el mismo trato".

"¿Es sospechosa?" Preguntó vacilante el detective Gainsford.

Chase se volvió hacia Drake en busca de una respuesta.

"No puedo descartarla", dijo Drake. "Diré que su reacción pareció legítima, e incluso Weston, a pesar de su enfado, pareció sorprendido por la noticia. Había algo extraño en el ama de llaves, y en la forma en que Weston apareció incluso antes de que el detective Adams terminara de dar la noticia, pero aún no sé lo que significa."

Chase asintió.

"Si sólo fuera Thomas el asesinado, Clarissa Smith sería nuestra sospechosa número uno, y Weston la número dos. Pero hasta que no encontremos una conexión entre ellos, no me atrevo a referirme formalmente a nadie de la familia Smith como tal, sobre todo teniendo en cuenta su influencia en la comunidad." A continuación se dirigió a Henry. "¿Detective Yasiv? ¿Tiene un informe para nosotros?"

El detective Yasiv se sonrojó, pero dio un paso al frente y le tendió varias hojas de papel grapadas.

"Dáselo a Drake", le ordenó, y el hombre obedeció, manteniendo la mirada baja. "La razón por la que llegué tarde fue porque había quedado con un amigo en los archivos del ayuntamiento... Le pregunté discretamente por Thomas Smith, para ver si nos venía a la mente algo que se nos hubiera pasado por alto cuando buscó su nombre. Resulta que mi amigo estaba hablando con un colega sobre él, cotilleando sobre la muerte del hombre. Al parecer, Thomas no siempre fue el santo patrón que parecía ser cuando murió; se metió en algunos líos cuando era más joven, y mi amigo cree que algunos de

sus delitos también fueron bastante graves. Estoy intentando conseguir más información, pero va a llevar tiempo. Tengo que conseguir una orden judicial para abrir sus registros juveniles. De todos modos, en las últimas dos décadas, no he podido ni siquiera atribuirle un padrastro".

Drake se lo pensó un momento.

"¿Cambió su forma de actuar, o simplemente es mejor delinquiendo?", preguntó.

"No lo sé. Probablemente lo primero", respondió Chase rápidamente. "¿Alguna idea más allá de lo obvio de por qué SSJ y la familia Smith están siendo tan poco serviciales? ¿Por qué nos ponen trabas? Quiero decir, Thomas acaba de ser asesinado, y apuesto a que conocen todas las estadísticas con respecto a lo importante que son los primeros días para una investigación de asesinato."

El detective Frank Simmons dio un paso adelante.

"Como he dicho antes, me encontré con Thomas unas cuantas veces en algunos de los actos de recaudación de fondos que celebraba por la ciudad. Recuerdo que una vez, cuando ambos llevábamos un par de gin-tonics, mencionó algo sobre su padre, Ken Smith. En aquel momento no le presté mucha atención, pero ahora que lo pienso, cuando empezó a hablar, no todo eran margaritas y unicornios. Pero, ¿qué niño rico que crece en Manhattan no tiene algo contra su padre? Lo único que recuerdo es que Thomas dijo algo sobre Ken considerando presentarse a un cargo público en el futuro".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

Un hijo muerto haría maravillas para influir en la simpatía pública. Y era una razón más para mantener en secreto el pasado de Thomas que Chase estaba tratando de desenterrar. También podría explicar la renuencia de Weston a cooperar.

Drake expresó su opinión.

"Tiene sentido", respondieron al unísono los detectives Simmons y Gainsford.

Los cinco dirigieron entonces su atención al tablero. Habían montado uno similar cuando estaban investigando al Rey Esqueleto, y Drake tuvo de repente un extraño caso de déjà vu.

Sólo que era Chase y no Clay quien dirigía la investigación.

"Niño rico criado en Manhattan", repitió Chase en voz baja. "¿Sabes qué? Puede que haya algo de eso. Me pregunto si Chris, Neil y Thomas se conocían".

"Me pondré a ello", ofreció Hank con entusiasmo, claramente deseoso de hacer algo distinto a escribir sobre mariposas.

Chase no quería saber nada de eso.

"No, pondré a mi técnico en ello, el oficial Dunbar. Ya ha conseguido sacar algunas cosas del móvil de Thomas".

Drake observó rápidamente a los demás, preguntándose si se preguntarían cómo lo habían desbloqueado tan rápido.

"¿Qué cosas?" preguntó Frank, y Drake se relajó.

Chase se encogió de hombros.

"Creemos que Thomas debía reunirse con un psiquiatra al día siguiente de ser asesinado. También había varias entradas de reuniones que sólo se describían con la letra '*V*'".

"*V*?" Frank preguntó.

"La vigésimo segunda letra del alfabeto; eso es todo lo que tenemos en este momento. ¿La secretaria de Thomas no mencionó nada sobre ninguno de estos nombramientos?" dijo Chase.

Frank negó con la cabeza.

"Figuras", continuó Chase. "No parece que vayamos a recibir ninguna ayuda de los Smith. A menos que... -dejó escapar la frase y Drake estaba a punto de pedirle que se explayara cuando se abrió la puerta de la sala de conferencias y entró Beckett. Parecía que no hubiera dormido en una semana.

"Siento llegar tarde", dijo. "Los malditos pandilleros siempre se hacen asesinar en el peor momento".

"Todos, esta es Beckett Campbell, Médico Forense Senior", dijo Chase.

La presentación era irrelevante; Drake conocía bien a Beckett, y el médico ya conocía bien a Gainsford y Simmons. Una inclinación de cabeza entre él y el detective Yasiv indicó que también se habían conocido con anterioridad.

Beckett observó el tablero durante un segundo antes de continuar.

"Como todos saben, tanto Neil como Thomas murieron por inyecciones de algún tipo de cóctel de mariposas".

Drake se encogió ante el término, pero agradeció que el médico optara por no utilizar *papilla de mariposas.*

"Encontré un segundo punto de inyección en la cara interna del muslo de Neil Pritchard junto con restos de tiopental, un potente sedante. Thomas, en cambio, parecía haber muerto sólo con el cóctel".

"¿Algún progreso en una coincidencia de ADN?" Drake preguntó.

Beckett negó con la cabeza.

"Todavía nada. Pero puedo confirmar que la sangre en sus espaldas es de la misma hembra".

Chase se lo pensó un momento y luego comentó el informe anterior de Beckett.

"Dos inyecciones para Neil, con la adición de un sedante, pero sólo una para Thomas, lo que significa que está mejorando en este juego. Eso, combinado con el hecho de que el tiempo entre los asesinatos es cada vez más corto -nueve días entre Chris y Neil, cuatro entre Neil y Thomas-me hace pensar que no tenemos mucho tiempo antes de que

ataque de nuevo. Creo que, en este punto, todos podemos estar de acuerdo en que los asesinatos no son al azar, por lo menos. Depende de nosotros averiguar cómo están conectados estos hombres, y quién es el siguiente", dijo Chase. "Frank y Henry, quiero que sigáis indagando en el pasado de Thomas. El de Neil también: era soltero, pero el lugar de su asesinato era una segunda residencia. Los medios informan de que comparte su residencia principal con su madre, entre otras cosas. Ve a verla e intenta encontrar una conexión entre los dos muertos".

"¿Qué hay del tipo de Montreal, Chris Popo...?" Preguntó el detective Gainsford.

"Papadopoulos", Chase terminó por él. "Estamos manteniendo la participación de Chris a nosotros mismos por ahora. Tan pronto como el FBI se entere de un crimen transfronterizo, van a estar encima de esto. Y con la SSJ trabajando contra nosotros, nuestra única oportunidad de encontrar al asesino que hizo esto es trabajar rápido."

"¿Y el artículo?" Gainsford continuó.

Chase le lanzó una mirada.

"¿Qué pasa con él?"

Drake se aclaró la garganta y entró.

"¿No menciona a Chris?"

"Es cierto. Pero eso no significa nada por ahora. Me he ocupado de asesinatos transfronterizos en Seattle y Vancouver, y una vez que el FBI y la Agencia Canadiense de Seguridad e Inteligencia se meten por medio se convierte en una pesadilla logística. Y eso fue en Vancouver. No puedo imaginar cómo será tratar con policías francocanadienses. Tal y como yo lo veo, tenemos veinticuatro horas, quizá dos días como mucho, antes de que tomen el control".

"¿Y yo qué?" Beckett preguntó.

"¿Estás en contacto con la CSU?"

Beckett asintió.

"Sí, todos sus hallazgos pasarán por mí".

"¿Algo al respecto?" Chase preguntó.

"Nada. Todavía están peinando la basura de la calle Luther, pero la casa de Neil estaba impoluta: ni huellas, ni ADN, ni fluidos corporales. Me sorprendería si la CSU consigue algo de valor de la calle Luther".

Chase pareció considerar esto por un momento.

"¿Tienes a alguien que pueda cubrirte en la morgue por un día o dos?"

Beckett asintió.

"Claro, ahora tengo un par de residentes conmigo".

"Bien, entonces parece que te vas de viaje a Montreal. Tal vez puedas usar ese encanto tuyo para ver si puedes averiguar más sobre la muerte de Chris antes de que el FBI irrumpa. Sólo asegúrate de

mantener las cosas en secreto. Si alguien pregunta, es que vas a pasar un buen rato".

Beckett sonrió.

"Claro, jefe".

"¿Y yo?" Preguntó el detective Gainsford.

"Quédate en la zona, pronto tendré algo para ti cuando Dunbar se ponga en contacto conmigo", dijo Chase. Luke frunció el ceño pero asintió con la cabeza. "Eso es todo."

"¿Y yo qué?", preguntó cuando sólo quedaban él y Chase en la sala de conferencias.

"Mira a ver si puedes averiguar algo sobre el psiquiatra; después de todo, tienes algo de experiencia con ellos, ¿no?".

Drake entrecerró los ojos, inseguro de si Chase se refería a su mención de ver a un psiquiatra después de lo que le había pasado a Clay, o si esto tenía algo que ver con los acontecimientos fuera de Hockley Middle y High School.

Pero la cara de la detective Adams no delataba nada, y Drake se acordó de su elegante BMW, el que se había comprado con las ganancias del póquer. Con Internet o sin él, empezaba a entender por qué era tan buena.

"¿Y tú?", preguntó.

"Voy a ver si puedo rejuvenecer mi juego de tenis", respondió con algo parecido a una sonrisa de satisfacción en su bonita cara.

Capítulo 23

"Psiquiatras", refunfuñó Drake mientras se dirigía a su coche. En toda su vida, sólo había conocido a tres psiquiatras, y todos le habían dejado un sabor agrio en la boca.

El primero era un viejo pervertido al que su madre había visitado, dejándole en la sala de espera a la madura edad de siete años, y con el que ahora estaba convencido de que debía de haber tenido una aventura; el segundo era la psiquiatra de la policía de Nueva York Stacey Weinager, que le había entrevistado durante un total de tres horas en dos días tras la muerte de Clay y posteriormente le había absuelto. Y el último había sido el hombre al que había ensangrentado hacía unos días a la salida del colegio de Suze.

El comentario improvisado de Chase acerca de que Drake tenía experiencia con psiquiatras no tenía sentido. Incluso si alguno de los tres psiquiatras pudiera ser de ayuda para identificar a la persona con la que Thomas estaba saliendo -no tenía ni idea de cómo era posible-, no podía subirse a su coche y hacerles una visita. Por un lado, el hombre al que había estado viendo su madre había cumplido sesenta años y era más que probable que estuviera muerto. ¿Y Stacey? ¿La psiquiatra de la policía de Nueva York? No había ninguna posibilidad de que se pasara por su consulta. Una mirada a sus ojos enrojecidos, sus labios pálidos y una bocanada de su aliento a whisky y ella rescindiría su recomendación de reincorporación antes de que él pudiera deletrear su apellido. Y el tercero... bueno, se preguntaba desconcertado por qué un agente no había entrado todavía en su despacho y le había puesto las esposas.

Por alguna razón, tenía la ligera sospecha de que Suzan tenía algo que ver con aquello. Era lo único que tenía sentido.

En lugar de eso, se encontró subiendo a su Crown Vic y saliendo del aparcamiento.

Drake bajó la ventanilla, carraspeó y escupió un glóbulo de flema amarillenta sobre el asfalto, frente a la comisaría 62. Luego arrancó a toda velocidad, rumbo al único lugar del mundo que le ofrecía consuelo y que servía Johnny Red. Luego arrancó a toda velocidad, rumbo al único lugar del mundo que le ofrecía consuelo y que no servía Johnny Red.

***

El cementerio estaba tranquilo, que era lo que Drake había esperado y esperaba para un viernes antes del mediodía. Aparcó su

Vic en la calle en lugar de en el pequeño aparcamiento y se dirigió hacia el sol, deseando tener las enormes gafas de sol de Chase para protegerse los ojos. No recordaba una primavera en Nueva York tan calurosa como ésta; todos los días de la semana pasada parecía que hubiéramos alcanzado los ochenta y tantos.

Antes de cerrar la puerta, se quitó la chaqueta deportiva y la tiró en el asiento. Enderezó la espalda y se apretó la correa del brazo izquierdo.

"Mierda", juró. Desierta o no, un transeúnte no reaccionaría bien al ver a un hombre con una pistola bajo el brazo examinando tumbas.

Tras pensarlo un instante, se llevó la mano a la axila y descorrió el cierre. Luego se puso el abrigo deportivo en el asiento del copiloto, metió la pistola y la funda debajo y cerró la puerta del coche. Un rápido vistazo reveló que la calle seguía desierta, y Drake cruzó a toda prisa la calle y se dirigió hacia las puertas del cementerio.

Tras atravesar el arco metálico, Drake bajó por una pequeña pendiente cubierta de hierba y giró a la izquierda para rodear un pequeño mausoleo de hormigón. Las lápidas de detrás del mausoleo empezaron siendo grandiosas -Drake vio una adornada con un ángel bañado en oro, que le recordó a un querubín meando en una fuente-, pero rápidamente se contrajeron tanto en estatura como en opulencia. Lo único que se mantenía constante entre las hileras de lápidas era la hierba bien cortada que, por el olor que desprendía, debían de haber cortado aquella mañana.

La lápida de Clay Cuthbert era una sencilla piedra gris lavada al ácido con su nombre y los años *1974-2017* grabados en ella.

Y eso era todo en términos de inscripción.

Había flores esparcidas por la base, pero sólo los tulipanes seguían vivos. Las orquídeas hacía tiempo que se habían marchitado y vuelto marrones.

Drake se puso en cuclillas y separó las orquídeas muertas de la cinta roja antes de tirarlas a un lado. Luego pasó los dedos sobre las letras *C-L-A-Y*.

"Te echo de menos, Clay. Te echo de menos, tío, y siento mucho no haberte escuchado. Maldita sea. Haría cualquier cosa por volver a vivir aquella noche". Se aclaró la garganta y se levantó. "Tendría que haberme matado a mí, no a ti, Clay. Era *mi* caso, yo debería haber ido primero. Tú eres el de la familia perfecta, la mujer y el hijo. Yo no soy nada, sólo un borracho, un mezquino...".

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas y se las secó con el dorso de la mano, intentando desesperadamente recomponerse.

"Fue..."

Un sonido a su derecha le hizo inspirar bruscamente. Su arraigado entrenamiento policial se puso en marcha y se llevó la mano a la

pistola que llevaba bajo la axila... pero no estaba allí.

Maldijo en voz baja y se agachó, tratando de ocultar la mayor parte de su cuerpo tras la modesta lápida. Con el corazón acelerado, le vino a la mente la imagen de una calavera con los huesos de los dedos pegados a la frente.

El Rey Esqueleto ha regresado.

Drake sintió que le sudaban la cara y las manos mientras escudriñaba el cementerio.

Al principio no vio nada, pero luego divisó una figura achaparrada que se acercaba por el extremo opuesto al que el propio Drake había entrado en el cementerio. El hombre parecía sostener algo cerca del pecho, pero de espaldas al sol, su rostro y su cuerpo eran todo sombras. Justo cuando Drake estaba seguro de que el hombre -era un hombre, podía decirlo por la forma en que se movía-iba a verlo, giró bruscamente a la derecha y se dirigió hacia el pasillo de lápidas. Caminó otros diez o quince metros, y luego se detuvo frente a una lápida lisa de la misma forma en que Drake lo había hecho hacía unos momentos.

Se sintió aliviado cuando vio al hombre agacharse, persignarse y depositar un pequeño ramo de flores en el suelo, delante de la lápida.

Sin embargo, aunque la adrenalina había desaparecido de su organismo y estaba seguro de que aquel hombre no suponía ninguna amenaza -no *era el Rey Esqueleto, el Rey está muerto-, Drake* permaneció agazapado.

Sólo cuando el hombre se dio la vuelta para marcharse, Drake se dio cuenta de que, al igual que su instinto inicial de esconderse, la razón por la que permanecía acurrucado tras la tumba de Clay era instintiva, arraigada de sus años como agente de policía.

El hombre murmuró algo en español -algo seguido de *madre-y* luego le besó la mano y tocó la piedra.

Cuando regresó al altar, a Drake le dio un vuelco el corazón.

Increíblemente, reconoció al hombre. Sólo lo había visto una vez, pero el pelo negro, la piel bronceada y el bigote enjuto eran inconfundibles.

Era Raúl, y cuando el ama de llaves de los Thomas salió del cementerio, el detective Damien Drake le siguió.

Capítulo 24

La detective Chase Adams se sentía ridícula con su camiseta deportiva blanca y su falda negra. En cambio, las bandas de sudor en las muñecas y la frente y la apretada coleta que llevaba la mortificaban.

Claro que había hecho cosas mucho más degradantes en Seattle, intentando pillar in fraganti a traficantes de droga de nivel medio. Cosas que le habían dejado cicatrices en el interior de los codos, recordatorios de lo bajo que había caído y que tenía que ocultar cada mañana.

Pero eso ya había quedado atrás; se suponía que Nueva York era un borrón y cuenta nueva.

Y, sin embargo, aquí estaba de nuevo, haciéndose pasar por algo que claramente no era por el capricho descabellado de intentar sonsacar información a un viudo afligido.

Se sentía asquerosa, sucia.

Chase se echó al hombro la bolsa que contenía su raqueta de tenis y apartó esos sentimientos.

Había tres hombres muertos, tres familias que merecían un cierre. Y un asesino a sangre fría que necesitaban sacar de las calles de Nueva York.

Respirando hondo, Chase se dirigió con decisión hacia el interfono de la puerta y pulsó el botón. Esperó un momento y miró hacia la cámara oculta entre los arbustos.

"¿Qué pasa?", preguntó una suave voz femenina.

"¿Clarissa? Soy el detective Chase Adams".

"¿Qué quieres?" La voz de Clarissa era más fuerte ahora, casi acusadora.

Chase apartó la vista de la cámara y se quedó mirando el interfono.

"Clarissa, siento lo de antes. Yo sólo... quiero ayudar, eso es todo. He traído mi raqueta", levantó la bolsa de tenis como para demostrar que sus palabras eran ciertas.

Hubo una pausa.

"¿Quieres jugar al tenis? *¿Ahora?*"

Chase asintió lentamente.

"He estado... Tengo algo de experiencia con la pérdida, Clarissa. Y lo que he descubierto es que el ejercicio es la mejor manera de empezar, y finalmente superar, el proceso de duelo. Mira, sé que Thomas... -las palabras estaban resultando más difíciles de lo que Chase esperaba y volvió a respirar hondo, tratando de serenarse.

Vamos, puedes hacerlo. Has hablado con la gente, te has abierto

camino en casas trampa llenas de matones que deberían haber disparado a una chica blanca y guapa como tú.

"Sé que estás herido. Y no te voy a mentir; el dolor te acompañará durante mucho tiempo, si no para siempre. Pero hay ciertas cosas que todavía puedes hacer para intentar extraer algo de placer de este mundo. Sé que ahora no tiene sentido para ti -la idea del placer y la felicidad parece imposible-, pero con el tiempo lo entenderás. Clarissa, tienes que ser fuerte; después de todo, aún tienes que cuidar de Thomas hijo. Para que él pueda recuperarse de la pérdida de su padre, primero tienes que recuperarte *tú*. Y el ejercicio puede ayudar".

Hubo una larga pausa, tan larga que Chase casi se dio por vencida. Iba a volverse hacia su coche cuando oyó un clic metálico y vio que la puerta recortada en la verja de hierro forjado se abría un milímetro. Chase asintió a la cámara y cruzó la puerta, asegurándose de cerrarla tras de sí.

Subió a paso ligero por el largo e inclinado camino hasta la puerta principal y, a mitad de camino, ésta se abrió. Esperaba que allí estuviera Raúl, el criado, pero se sorprendió al ver que era Clarissa, vestida con un conjunto de tenis. No estaba sudado como el otro día, lo que sugería que se lo había puesto después de que Chase pulsara el botón del interfono.

"Clarissa", dijo Chase en voz baja, insegura del saludo apropiado dadas las circunstancias. Recordaba el incómodo encuentro en casa de la mujer, sentados uno frente al otro en los sofás, y esperaba que aquello no se repitiera.

Pero Clarissa Smith, con los ojos llorosos, se adelantó inmediatamente y la abrazó. Su abrazo era tan fuerte y desesperado que Chase estuvo a punto de tropezar con los escalones. Tras recuperar el equilibrio, se inclinó hacia el abrazo y lo devolvió tímidamente.

Clarissa rompió el abrazo y se secó las lágrimas. Resopló.

"La cancha de tenis está atrás. Por favor, síganme".

Mientras Clarissa guiaba a Chase por la casa, primero por el vestíbulo delantero y luego por un salón familiar, se fijó en los cuadros que había en las paredes o en los marcos que descansaban sobre mesas de aspecto caro.

"¿Raúl no está aquí?", preguntó despreocupada después de notar la presencia del hombre en más de un puñado de las fotografías, sonriendo detrás de su bigote oscuro, con los brazos rodeando los hombros de Thomas o de pie detrás de los tres Smith.

"No. Se fue hace una hora. Raúl es como de la familia; vive aquí, duerme aquí, ayuda a cuidar de Thomas Jr. O está aquí o está fuera haciendo recados para Weston".

Chase enarcó una ceja, pero no insistió. Había visto la forma en que

la viuda había interactuado con el hermano de Thomas; presionarla más probablemente haría que se callara. Era mejor dejarla hablar.

Caminaron en silencio por la sala de estar y bajaron dos escalones hasta otra zona de asientos. La pared del fondo estaba cubierta de ventanas que iban del suelo al techo, pero las persianas, las que había entre los dos cristales, estaban a media asta para evitarles toda la ira del sol.

A Chase, le recordaban a párpados dormidos y entreabiertos. O a ojos tristes.

"El tribunal está aquí detrás", dijo Clarissa en voz baja. Sus indicaciones no eran necesarias. A través de las ventanas, Chase vio un patio de piedra con varias sillas de jardín. Después de unos seis metros de losas, el suelo se convirtió en césped. Un poco más allá, vio la valla de alambre negro y el césped artificial verde de una pista de tenis.

"Suelo tener una sesión de entrenamiento de dos horas los viernes, pero he cancelado la clase", dijo Clarissa mientras abría la puerta corredera de cristal e indicaba a Chase que saliera.

Chase asintió y salió al patio de piedra, extrañamente nerviosa por su juego. Hacía por lo menos varios años que no pisaba la cancha y lo único que podía hacer era esperar que todas esas lecciones que Gampie le había pagado cuando era niña se le hubieran quedado grabadas.

¿Es el tenis como montar en bicicleta?

Chase esperaba que así fuera.

Clarissa debió de notarlo en su rostro porque esbozó una débil sonrisa.

"No te preocupes, todavía no soy muy buena; sólo llevo aprendiendo unos seis meses", dijo mientras caminaban codo con codo hacia la pista. "Buscaba algo que hacer mientras Thomas estaba de viaje de negocios, y desde que Thomas Jr. empezó la escuela, estaba mucho tiempo sola. Thomas me sugirió que buscara un hobby y, por alguna extraña razón, se me ocurrió el tenis. Puede que fuera porque en ese momento estaban echando el US Open por la tele, o puede que simplemente siempre hubiera querido aprender y no lo supiera hasta ese momento. En cualquier caso, dos días después, los contratistas estaban aquí, y para el fin de semana la pista estaba lista para usar".

Clarissa contó esta historia con una extraña cualidad mundana que hizo que Chase se preguntara.

Se siente sola en casa, menciona el tenis de pasada y su marido instala una pista de tenis a la semana siguiente?

Clarissa abrió la puerta de alambre de la pista y Chase entró, presionando con los dedos de los pies en el suelo extrañamente esponjoso, tratando de sentirlo.

¿Mantenerla cerca, tal vez? ¿Que Raúl la vigile?

Era una pista de tamaño natural, con las líneas reglamentarias. Incluso había un servidor de pelotas automático en una esquina, con la parte superior llena de pelotas de tenis fluorescentes. Chase oyó que la puerta se cerraba detrás de ella y se volvió hacia Clarissa.

La mujer bajó los ojos un momento, antes de volver a alzarlos. Había una tristeza increíble en aquellos ojos marrones, una tristeza tan profunda que Chase se preguntó si la pérdida de su marido era lo único que había contribuido a ella o si había algo más.

Una herida antigua, quizá, que nunca había cicatrizado del todo.

"Dijiste que conocías el dolor", empezó Clarissa lentamente. "Dime cómo lo sabes".

Chase se aclaró la garganta y contó su historia.

Cuando terminó, ambos estaban llorando y abrazados.

Capítulo 25

DRAKE SIGUIÓ A RAÚL fuera del cementerio. Cuando el hombre se dirigió al aparcamiento del cementerio, Drake cruzó la calle, se metió en su coche y esperó.

Raúl salió unos segundos después al volante de un flamante Range Rover negro, y Drake se agachó, esperando que su oxidado Crown Vic no desentonara en aquella calle.

No creía que fuera así; de hecho, era el coche de Raúl el que llamaría la atención.

Bonito coche para un ama de llaves, pensó Drake distraídamente. Pero luego consideró que podría ser uno que le habían prestado los Smith.

Cuando el Rover pasó, Drake arrancó su coche con un rugido gutural, hizo un giro rápido de tres puntos y continuó tras él.

Si Raúl sabía que le seguían, no aludió a ello. Drake había seguido a muchos sospechosos en su época, y sabía no sólo cómo mantenerse fuera de la vista, sino también qué tipo de maniobras evasivas hacía la gente cuando se daba cuenta de que le seguían. En esos casos, por raros que fueran, Drake sabía que lo mejor era retroceder, hacer que el conductor se replanteara si le estaban siguiendo y retomar la persecución otro día.

Raúl tomó la ruta más directa desde el cementerio de Fallen Heights hasta el centro de la ciudad, conduciendo a una velocidad igual o ligeramente superior a la permitida y señalizando cada curva. En conjunto, Drake empezaba a pensar que Raúl era quizá el conductor más cortés de Nueva York.

Era obvio para Drake incluso antes de que su coche fuera engullido por las sombras de los rascacielos hacia dónde se dirigía Raúl, pero cuando uno de los mayores de estos monolitos, con el emblemático símbolo SSJ en lo más alto, se cernió sobre él, sus sospechas se confirmaron.

Raúl se dirigía al bufete Smith, Smith y Jackson, Drake estaba seguro de ello. Convencido de las intenciones del hombre, decidió no seguir más al ama de llaves de los Smith. En su lugar, puso en práctica una técnica arriesgada, pero que, si se llevaba a cabo correctamente, aplacaría el miedo a ser seguido incluso del conductor más precavido.

Aceleró y adelantó al Range Rover de Raúl mientras miraba en dirección contraria, y luego cortó el paso a un taxi dos coches por delante de él. Alguien tocó el claxon, pero no fue suficiente para levantar sospechas; al fin y al cabo, era Nueva York.

Drake continuó hacia el impresionante rascacielos y luego se

detuvo justo al lado de un carrito que vendía cacahuetes confitados, mitad en la acera y mitad fuera de ella, al otro lado de la calle de SSJ.

Debatió la posibilidad de salir, pero pensó que era mejor ver primero qué hacía Raúl. Lo más probable era que entrara en el aparcamiento subterráneo, en cuyo caso Drake le perdería en cualquier caso; no tenía sentido arriesgarse a que le descubrieran.

Alguien gritó junto a su ventana, llamando su atención. Miró hacia allí y vio a un árabe que señalaba su carrito de cacahuetes con una mano y el Crown Vic de Drake con la otra.

Drake extendió la mano por encima del abrigo deportivo que llevaba en el asiento del copiloto y bajó la ventanilla unos centímetros.

"¡No puede aparcar aquí!", dijo el hombre, caminando hacia delante. "¡No puede aparcar aquí!"

Drake frunció el ceño y se llevó la mano al cinturón para sacar su escudo de detective. Le dio la vuelta a la parte superior y la inclinó hacia la ventana entreabierta para asegurarse de que el sol brillante lo reflejara.

"¡Parece que lo has hecho con papel de aluminio! ¡Eso no es real! No puede aparcar aquí", continuó el hombre.

Drake se sorprendió por la reacción y se inclinó aún más cerca.

"Es real, soy detective".

El hombre negó con la cabeza y luego se volvió hacia otro árabe que también se acercaba al Crown Vic de Drake.

¿Qué demonios es esto?

Sólo entonces se dio cuenta Drake de que estaba aparcado entre el vendedor de cacahuetes y un carrito amarillo que vendía giroscopios de pita. El segundo hombre, el propietario del carrito de giroscopios, también tenía las manos extendidas.

"No puede aparcar aquí", dijo el primer hombre.

"No, no puede", siguió el segundo. Este hombre levantó un dedo e indicó la señal de prohibido aparcar justo encima del Crown Vic de Drake. "Mire, no puede aparcar aquí".

Drake maldijo, y sus ojos se desviaron hacia la carretera, confirmando que el Rover de Raúl aún estaba a unos cuantos coches de SSJ. Se volvió hacia los vendedores y volvió a mostrar su escudo de detective.

"Soy detective. Estoy aquí por dos segundos, luego me iré."

Ambos negaron con la cabeza.

"Todo el mundo lo dice. Ayer un hombre aparcó aquí y corrió hacia el edificio", indicó a SSJ con la barbilla, "dijo que era el Papa. Su coche fue remolcado en menos de cinco minutos".

"Maldita sea", murmuró Drake en voz baja. "Mira, soy detective, esto es una puta placa de verdad."

El segundo hombre estaba justo al lado del coche ahora.

"Déjame ver", exigió. Drake dudó. Un escudo de detective costaría un dineral en la calle y de ninguna manera iba a pasarlo por la abertura de la ventana para que este hombre lo cogiera y se lo llevara. "Déjame ver", volvió a pedir. Luego sonrió, mostrando un incisivo de oro.

Al diablo con esto, pensó Drake. *Les mostraré pruebas.*

Se quitó el abrigo del asiento del copiloto y lo tiró al suelo.

Los ojos de Drake se abrieron de par en par.

"¿Qué coño?", susurró.

El asiento estaba vacío; su funda y su pistola habían desaparecido.

¿Dónde...?

El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho. Había puesto la pistola allí cuando había ido al cementerio, a visitar la tumba de Clay, estaba seguro.

Drake recordaba haber desabrochado la correa y haberla colocado bajo su abrigo.

¿O no?

De repente, su recuerdo de la vez anterior que había visitado la lápida de Clay, antes de ver a Raúl, se volvió borroso.

Mierda, los últimos seis meses han sido como ver una vieja telenovela en un televisor CRT, con la pantalla untada de vaselina.

"Déjeme ver la placa", volvió a exigir el hombre. Su mano agarró la parte superior de la ventana abierta. "Aquí huele a alcohol. ¿Qué clase de policía bebe en el trabajo?".

Y allí estaba de nuevo esa sonrisa, el diente de oro que parecía brillar al sol.

"Vete a la mierda", dijo Drake.

La sonrisa del hombre creció.

"¿Qué clase de..."

Drake lo ahogó y se volvió hacia el edificio SSJ. Al principio, no pudo ver el Rover negro por ninguna parte -ni detrás, ni al lado, ni delante de él-y volvió a maldecir.

Pero entonces lo vio al otro lado de la calle; Raúl debía de haber dado media vuelta y ahora estaba aparcado al pie de la escalinata principal de acceso al edificio.

¿A qué espera? ¿Qué hace aquí?

Se acercaba la hora de comer y había docenas de personas en las escaleras de cemento, algunas hablando por el móvil, otras sentadas al sol y comiendo bocadillos.

"¡Me estás quitando mi negocio! Tengo permiso", gritó uno de los hombres.

Drake le ignoró y trató de concentrarse mientras escudriñaba los escalones en busca de una cara conocida. Estaba claro que Raúl

esperaba a alguien.

Vio a un hombre que salía por la puerta principal antes de bajar a toda prisa los escalones. Vestido con un elegante traje gris, corbata morada y pañuelo de bolsillo a juego, el hombre destacaba por el sobre que llevaba bajo el brazo. Era del tipo con el que Drake estaba íntimamente familiarizado.

De hecho, había recibido una el otro día.

"¡Eh, agente!", gritó el vendedor de cacahuetes. "¡Ponga una multa a este hombre! ¡No puede aparcar aquí! ¡Remolque su culo!"

Drake sacudió la cabeza y se inclinó sobre el volante, deseando de nuevo tener los ojos jóvenes de Chase o al menos sus grandes gafas de sol.

Pero cuando el hombre se acercó al Rover, por fin lo reconoció.

"Mierda".

El hombre del traje gris era Weston Smith.

"¡Aquí! ¡Él está aquí! ¡Dale un billete!"

"Perdone, amigo", se dirigió a él una voz autoritaria. "Tú, quita las manos del coche, déjame ocuparme de esto: sé que tienes permiso. Eh, colega, no puedes aparcar aquí".

Drake le hizo un gesto con la mano sin volverse hacia él.

¿Weston Smith?

Weston estaba junto a la ventanilla del pasajero del Rover y movía los labios en lo que parecía un discurso entrecortado. Luego miró rápidamente a su alrededor, antes de pasar el paquete por la ventanilla.

Y con eso, Weston se dio la vuelta y empezó a correr hacia el edificio de oficinas.

Un segundo después, el Rover también empezó a moverse de nuevo.

"Mierda", volvió a maldecir.

"Hey amigo, creo que deberías salir del coche."

Drake puso el coche en marcha y el agente puso la mano en la culata de su pistola y levantó la voz.

"¡Amigo! ¡Sal *del coche!*"

"Lo siento", murmuró Drake mientras pisaba a fondo el acelerador del Crown Vic y tiraba con fuerza del volante, cortando tres carriles de tráfico.

Mientras aceleraba tras el Range Rover negro, las preguntas inundaban su mente.

¿Por qué está Weston en el trabajo el día después del asesinato de su hermano? ¿Qué demonios hace Raúl aquí? ¿Y por qué le está pagando Weston?

Y, por último, y quizá lo más importante, *¿dónde demonios está mi pistola?*

Capítulo 26

CHASE SE SECÓ EL SUDOR DE LA frente y sacudió la cabeza.

"Buen partido", dijo Clarissa desde el otro lado de la pista.

Chase sonrió satisfecho.

Había sido un buen partido. En el primero, Clarissa había arrasado en la pista, pero en el segundo, una vez que Chase había cogido el ritmo y la memoria muscular se había hecho con el control, había sido más competitivo. Y el tercer y último partido había sido un auténtico partidazo, que había necesitado un desempate antes de que Clarissa lo ganara con un golpe de revés en la línea de fondo.

Le sentó bien salir a jugar al tenis, hacer que la sangre volviera a correr por sus venas.

Chase se acercó a la red y estrechó la mano de Clarissa. Hacía un calor sofocante y ambos estaban empapados de sudor.

"Tengo una toalla extra y algo de agua si quieres".

Chase asintió.

"Claro, gracias."

Clarissa la condujo a un pequeño banco cerca de la puerta de la pista y ambas se sentaron. Le dio a Chase una toalla y una botella de agua, y ambas se secaron el sudor de la cara y los brazos.

Después de recuperar el aliento, Chase abrió la botella, bebió con avidez y apoyó la espalda en la alambrada, al tiempo que estiraba las pantorrillas. Sobre el banco había un pequeño toldo que les ofrecía la sombra que tanto necesitaban.

"¿Seguro que acabas de empezar?" se burló Chase. "Tomé clases durante casi diez años. Es cierto que entonces era mucho más joven y no tenía mi propia pista para practicar".

Clarissa sonrió, lo que calentó a Chase por dentro.

"Aprendes rápido, supongo".

El silencio volvió a apoderarse de ellas y Chase se sintió mal por romperlo, pero por mucho que le gustara Clarissa, y realmente le gustaba la mujer, seguía teniendo un trabajo que hacer.

Decidió tomárselo con calma.

"Entonces, ¿Thomas viaja mucho por trabajo? ¿Por eso construyó esto para ti?"

Clarissa se encogió de hombros y se quedó mirando el césped artificial.

"Sí, solía viajar más, pero últimamente no tanto. Es duro para Tommy Jr." Levantó la vista inesperadamente. "Aún no se lo he dicho. No me atrevía a hacerlo".

A Chase le latía el corazón en el pecho.

"Clarissa", dijo, intentando no sonar condescendiente. "Tienes que decírselo... ¿Imagina que se entera en el colegio? ¿Por alguien más? Quiero decir que salió en la portada del New York Times".

Clarissa se secó una lágrima de la mejilla.

"Tienes razón. Tienes toda la razón, pero no tengo ni idea de cómo. ¿Cómo le dices a tu hijo que su padre ha muerto, que nunca volverá a casa? ¿Que nunca más lo arropará por la noche? ¿Leerle cuentos antes de dormir? Claro, Tom viajaba mucho, pero cuando estaba aquí, era un buen padre".

Chase bebió otro sorbo de agua.

"No sé si puedo decir algo que te ayude. Quiero decir, vine aquí justo el otro día para decirte que tu marido había muerto. Es... nunca es fácil, y esto fue con -perdone mi insensibilidad-alguien que no conocía. No puedo imaginarme tener que darle la noticia a alguien cercano, mucho menos a un hijo. Una parte de mí quiere decir que es como una tirita, que siempre es mejor arrancarla. Pero cada uno debe hacerlo a su manera, creo", Chase se inclinó hacia la otra mujer. "Pero sí sé que es mejor viniendo de ti, y no de unos niños gilipollas del colegio".

Clarissa tragó saliva.

"Lo sé, lo sé. Tommy Jr no está en la escuela hoy, está con su abuela. Sé que es terrible, pero no he podido ni mirarlo desde que viniste y me diste la noticia. Se parece tanto a su padre, una versión en miniatura de él, que era como si *lo estuviera* mirando". Hizo una pausa, respiró hondo y continuó. "¿Cómo te dijeron cuando murieron tus padres?"

"Mi Gampie me acaba de sentar y me ha dicho que mamá y papá han seguido adelante".

Clarissa parecía sorprendida.

"¿Así de fácil? *¿Seguimos adelante?"*

Chase asintió.

"Sí. No me gustan los eufemismos, pero entonces sólo tenía seis años. Era listo y sabía lo que significaban. Lo entendí".

Se hizo más silencio. Chase consultó su reloj; se acercaba el mediodía y sintió la presión de hacer avanzar las cosas.

El asesino había esperado cuatro días entre sus dos últimas víctimas, y ya habían pasado dos días desde el asesinato de Thomas.

"Clarissa, me gustas y siento algo por ti, de verdad. Y creo que tal vez podamos ser amigos. Me siento horrible poniendo esto en peligro, pero también tengo un crimen que resolver. Un asesinato. Creemos que el hombre que mató a tu marido sigue suelto, y que volverá a matar. Quiero encontrarle y hacerle pagar por lo que hizo".

Clarissa se puso la toalla sobre la cara. Cuando la retiró, su expresión era tensa, pellizcada.

"Quiero ayudar", dijo en voz baja. "De verdad que quiero. Pero no entiendes a los padres de Thomas. Ves esto", indicó el patio y la casa detrás de ellos, "todo esto puede desaparecer así como *así*". Chasqueó los dedos. "A los padres de Thomas lo que les importa son las apariencias, lo que la gente piense de ellos. Esto es lo más importante del mundo para ellos".

"¿Porque Kenneth Smith se va a presentar a las elecciones?" Preguntó Chase.

Clarissa se volvió hacia ella, con sorpresa en el rostro.

"¿Cómo lo sabes?"

Chase se encogió de hombros para indicar que acababa de hacerlo.

"Sí, es eso. Pero es más que eso", continúa Clarissa. "Simplemente tienen esta... esta *cosa* sobre cómo se ven, cómo son percibidos por sus pares, el público. Por eso querían tanto a Thomas, porque utilizó su dinero y su influencia para reconstruir la ciudad. Pintó a la familia en una luz tan positiva, trajo una connotación positiva al apellido Smith. Pero cuando Weston apareció ayer...". Clarissa dejó escapar la frase.

"Te dijo que no hablaras con la policía, ¿verdad? ¿O si no te quitarían tu casa, tu coche, tu dinero?"

La cabeza de Clarissa se movió una vez en un gesto tan sutil que a Chase casi se le escapa.

La detective Adams pasó un brazo alrededor del hombro de la mujer. Ambas estaban sudorosas y el contacto de sus pieles no era nada agradable, pero Clarissa se inclinó hacia ella de todos modos.

"Clarissa, ya no pueden hacer eso. Incluso si Thomas tiene un acuerdo prenupcial, has estado con él por ¿cuánto? ¿Cinco años? ¿Seis? Todo el dinero que ha hecho desde que se casaron es la mitad tuyo. Y tu hijo... sólo la manutención sería muy importante para mantener tu calidad de vida. Y eso sin hablar del seguro de vida. Entiendo que..."

Clarissa se separó de Chase y la miró fijamente, con miedo en los ojos.

"Sé que lo que dices es cierto, lo sé, pero tú no *los* conoces. Son gente poderosa, y son abogados, por el amor de Dios. Si quisieran, podrían atarme a los tribunales durante años antes de que viera un céntimo, sobre todo después de... -su mandíbula se cerró de repente y sus ojos volvieron al suelo-.

"¿Qué? ¿Después de qué?" preguntó Chase. Alargó la mano e intentó ponerla de nuevo en el hombro de la mujer, pero Clarissa se apartó.

"Nada", dijo Clarissa rápidamente, poniéndose en pie. "Ya... ya he dicho demasiado. Creo que deberías irte ya. Sería mejor que Raúl no te viera aquí".

Chase asintió y se puso en pie.

"Lo entiendo", dijo ella, manteniendo la voz ligera. "Pero, por favor, sólo dime una cosa. Sólo una cosa, y luego me iré".

Clarissa se mordió el interior del labio, pero su vacilación indicaba que al menos consideraría la posibilidad de hacerle una pregunta. Chase aprovechó la oportunidad.

"¿Estaba Thomas viendo a un psiquiatra? ¿Un psiquiatra?"

Una sombra pasó por el rostro de Clarissa.

"No, al menos que yo sepa. Hace unos meses, nosotros..." Y como antes, volvió a cerrar la boca.

"Vamos", suplicó Chase. "Todo lo que quiero hacer es encontrar al hombre que asesinó a su marido. No estoy aquí para desenterrar huesos viejos, arrastrar a nadie, especialmente a ti o a la familia Smith por el barro, todo lo que..."

"Hace un par de meses Thomas y yo fuimos a ver a un terapeuta, para tratar de resolver algunos problemas personales. Problemas *matrimoniales*".

Chase asintió con la cabeza, entendiendo lo que decía.

"¿Pero dejaste de verle?"

"Sólo fuimos unas cuantas sesiones, luego Thomas dijo que no le gustaba el tipo y que no íbamos a verle más".

"¿Cómo se llamaba el médico?"

"Dr. Mark Kruk", dijo Clarissa con un suspiro. "Ahora, por favor, debería irse. No más preguntas".

Chase asintió, dio las gracias a la mujer y se apresuró a regresar a su coche. Una vez dentro, puso el aire acondicionado y cogió el móvil.

Capítulo 27

El avión del Dr. Beckett Campbell aterrizó bruscamente en el aeropuerto Pierre Elliot Trudeau poco antes del mediodía, despertándole de un ligero sueño.

Se frotó los ojos y se volvió hacia el hombre que tenía al lado.

"Lo siento", refunfuñó, pensando que debía de haberse chocado con el brazo del hombre al despertarse. El hombre se volvió hacia él, le dirigió una mirada extraña y volvió a girarse hacia delante.

Amistoso, pensó Beckett.

Se oyó una grabación en el intercomunicador y una voz femenina y estática parloteó durante varios minutos en francés. Beckett esperó a que siguiera la versión inglesa, pero como no lo hizo, enarcó una ceja. Pensó en pedirle alguna aclaración al simpático tipo del pelo raro que estaba a su lado, pero decidió no hacerlo. En lugar de eso, se limitó a esperar a que los demás pasajeros del pequeño avión se pusieran en pie, a pesar de que la luz roja del cinturón de seguridad seguía encendida por encima, y luego hizo lo mismo. A diferencia de muchos de los otros viajeros, en su mayoría neoyorquinos, pensó, dada la forma en que hablaban en voz alta entre ellos en inglés, él sólo llevaba una pequeña bolsa de mensajero de cuero que estaba metida debajo de su asiento. La sacó y esperó a que la primera fila empezara a avanzar.

Hubo un segundo anuncio que Beckett no entendió, pero cuando fue seguido rápidamente por un cambio de presión, se escabulló rápidamente por el pasillo, ofreciendo educadamente *excuse mes* y *pardonnez-moi*, mientras se deslizaba junto a ellos.

La azafata, una mujer no del todo poco atractiva, de pelo largo y rubio y ojos grandes, aunque ligeramente desorbitados, le miró con una mirada de desprecio.

Beckett se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

No había forma de que su malhumorado compañero de asiento o este descontento empleado de la aerolínea le arruinaran la diversión. El hecho era que estaba *emocionado.* Excitado de una forma que le recordaba a la primera vez que había visto un cadáver en la facultad de medicina casi una década antes. No en un sentido macabro, sino en la apreciación de un misterio.

El primer cadáver de Beckett había sido un varón blanco de unos sesenta años. Una sábana le cubría hasta los pezones, tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta. Tenía manchas de color azul rojizo alrededor de los orificios nasales y en las comisuras de los ojos, pero no estaba claro si eran anteriores o posteriores a la muerte.

Al posarse sobre el cadáver, había sentido un hormigueo de miedo, ansiedad y... algo más. Claro que le daba un poco de asco, pero mientras varios de sus colegas tenían que excusarse de la sala, Beckett se había quedado paralizado.

En su puesto actual de Médico Forense Superior, se había dado cuenta de que todo había sido una estratagema, que exponer a los estudiantes de medicina de primer curso a un cadáver era intencionado, y que la intención era eliminar a los aprensivos. Y a los médicos que dirigían el curso les parecía bien que te fueras, si necesitabas purgar tu estómago de su contenido, y ninguno de ellos te lo echaba en cara. Pero *tenías* que volver.

Esa era la clave.

Para Beckett, su ansiedad se convirtió rápidamente en excitación cuando el médico cascarrabias, que podía tener entre sesenta y ciento sesenta años, pronunció las palabras que le habían llevado a convertirse en patólogo forense más de una década después.

Sólo cinco simples palabras.

"¿De qué murió?"

Porque con estas palabras, el cuerpo había dejado de ser sólo un cuerpo; era un misterio, del que Beckett se había enamorado mucho antes de convertirse en médico.

Sin embargo, en los últimos años, los misterios de su vida habían desaparecido por completo. La mayor parte del tiempo se resignaba a rellenar papeles y realizar exámenes rudimentarios, como había estado haciendo esta mañana cuando llegaron los cinco pandilleros muertos.

Rellenar la causa de la muerte que podría haber hecho un niño, en caso de que uno fuera tan negligente como para permitir que un niño observara a un hombre con tres agujeros de bala en el pecho, otro con un agujero detrás de la oreja derecha y otros con varias rosas rojas en la cara, las extremidades y el tórax, ya no le interesaba.

Pero *el lodo de mariposa* era interesante. Era nuevo. Era emocionante.

Y ahora aquí, en Montreal, una ciudad en la que sólo había estado una vez, cuando era muy joven, con órdenes estrictas de mantener las cosas en secreto, Beckett se sentía como un cruce entre la doctora Quinn Medicine Woman y James Bond.

Con el aspecto del segundo y el cerebro del primero, por supuesto.

Beckett se acercó al funcionario de aduanas con su tarjeta de inmigración en la mano.

"Bonjour", dijo el hombre.

"Bonjour", repitió Beckett con un acento terrible. El hombre frunció el ceño y luego se dirigió a él en inglés.

"¿Cuál es su negocio en Canadá?", preguntó el hombre con un

acento que rivalizaba con el francés de Beckett.

"De turismo. Quiero ver el nuevo hospital".

El hombre levantó la vista de la hoja de papel.

"¿A qué se dedica, Sr. Campbell?"

"Soy médico-patólogo, en realidad."

El hombre parecía poco impresionado.

"¿Y estás aquí para ver el nuevo hospital?"

"Sí. He oído cosas geniales... ya sabes, quiero comprobar cómo funciona el otro lado".

El hombre miró fijamente a Beckett con ojos duros.

"¿El otro lado?"

"Sistema sanitario público".

El funcionario de aduanas apretó los labios y le devolvió su tarjeta de inmigración.

"Prepárate para hacer cola", dijo. Sus labios se transformaron en una sonrisa, lo cual era difícil de hacer dado que aún tenía los labios fruncidos. "Que tenga un buen día, Dr. Beckett".

"Merci", respondió Beckett.

Mientras se dirigía a la entrada, su estómago le gruñó enfadado.

Lo que le había dicho al oficial no había sido mentira -estaba muy interesado en visitar el nuevo super hospital-, pero tenía todo el día para hacerlo.

Antes, sin embargo, había que echar un vistazo a la famosa escena gastronómica de Montreal. Y en lo alto de su lista estaba Magpie's Pizzeria.

El lugar donde Chris Papadopoulos había sido asesinado hacía menos de un mes.

Capítulo 28

Drake localizó el Rover de Raúl después de casi cinco minutos de cortar el paso a taxistas furiosos. A decir verdad, no fue tan difícil localizarlo: el gran todoterreno negro destacaba entre los taxis amarillos como una hormiga albina correteando por el asfalto.

Raúl volvía a conducir con determinación, igual que cuando salió del cementerio y se dirigió a SSJ. Sólo que ahora se dirigía hacia el este, ciñéndose a las carreteras principales, un claro indicio de que aún no tenía ni idea de que le seguían.

Drake se planteó llamar a Chase, pero decidió no hacerlo. Si la llamaba, tendría que informar de la desaparición de su arma. Y eso plantearía preguntas, preguntas que podrían llegar hasta el sargento Rhodes. Confiaba en Chase, lo cual era extraño, dado que sabía muy poco de ella y podía deducir, por la mirada acerada de sus ojos color avellana, que estaba tan decidida a resolver el asesinato como él. Y, sin embargo, sus palabras, las palabras que ella había pronunciado aquel día cuando él cruzó por primera vez la cinta policial y se dirigió al callejón, resonaban en su cabeza.

No vuelvas a aparecer borracho en la escena de un crimen. No me hundiré con tu barco en llamas.

Si ella pensaba, aunque sólo fuera por un instante, que había perdido el arma mientras bebía, era capaz de sacarle del caso. Y la verdad era que este caso había hecho maravillas para mantener su mente alejada de lo que había sucedido seis meses atrás, a pesar de la visita a la tumba de su compañero. Claro que, cuando cerraba los ojos, seguía viendo la cara de Clay, pero ya no la veía cuando los abría, lo cual *ya* era *algo*.

Raúl giró bruscamente a la izquierda en una pequeña calle lateral, y Drake observó a su alrededor mientras le seguía.

La jungla de cemento que era el centro de la ciudad se había reducido de forma lenta pero constante, y la mayoría de las casas del barrio residencial en el que se encontraba ahora eran casas adosadas, construidas con ladrillo marrón liso y con las ventanas cubiertas de barrotes de hierro. Hasta que no siguió a Raúl por la siguiente calle no se dio cuenta de lo cerca que estaba del lugar donde habían encontrado el cadáver de Thomas.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Adónde se dirige Raúl?

Cada vez parecía menos un pago que Weston había entregado a Raúl, sino un recado que debía hacer.

Antes de que Drake pudiera seguir reflexionando, el Rover le hizo una señal y se apartó a un lado de la carretera. El movimiento fue tan

repentino, o Drake había estado tan ensimismado, que por segunda vez aquel día se cruzó con Raúl. Apartó la mirada en el último segundo, pero pensó que tal vez, sólo tal vez, Raúl había establecido contacto visual.

Pensando que su tapadera había sido descubierta, Drake aceleró e hizo una vuelta rápida alrededor de la manzana, dando la vuelta. Cuando volvió a ver el Rover, se aseguró de aparcar lo suficientemente lejos, metiendo su Crown Vic parcialmente en un callejón, ocultándolo de la vista -afortunadamente no había maniseros tan lejos del centro de la ciudad-y salió del coche.

Incluso desde la distancia, se dio cuenta de que el Rover estaba vacío. Recorrió la calle rápidamente y sus ojos saltaron de una casa adosada de ladrillo a otra, intentando averiguar en cuál había entrado Raúl.

Era una tarea casi imposible; la calle estaba tranquila y, aparte de un joven negro sentado en las escaleras de un edificio sorbiendo de una bolsa de papel marrón, estaba vacía.

Bueno, pensó Drake, he llegado *hasta aquí.*

Caminó hacia el hombre de la entrada, debatiéndose entre sacar la cartera o la placa.

Se decidió por su cartera.

"Oye, ¿viste en qué edificio entró el hombre del Rover?" Drake preguntó.

El hombre le miró y Drake se dio cuenta de que era más viejo de lo que había pensado en un principio. Tenía el pelo negro y áspero, ralo en las sienes y con profundos surcos alrededor de la boca.

El hombre se llevó la bolsa a los labios y bebió un largo trago.

Drake esperó. Cuando terminó de beber, se quedó mirando a lo lejos actuando no sólo como si Drake no hubiera dicho nada, sino como si ni siquiera estuviera allí.

Drake chasqueó los dedos.

"¡Eh! ¡Colega! ¿Dónde se fue el tipo del Rover?"

El hombre le miró.

"No vi nada. Y será mejor que no vuelvas a llamarme *colega*".

Y con eso, el hombre volvió a mirar al espacio, dando de vez en cuando un sorbo a su botella de licor.

Drake empezaba a arrepentirse de su decisión de elegir su cartera antes que su placa. Sin embargo, se resignó a darle una oportunidad más. Le tendió un billete de veinte dólares al hombre.

"Tú..."

El hombre le arrebató los veinte de la mano con asombrosa rapidez, guardándoselos en el bolsillo antes de darse la vuelta de nuevo.

"¿El hombre del Rover?" volvió a preguntar Drake, sintiendo que su frustración e impaciencia crecían. A ambos les vendría bien arrojar al

hombre sobre el capó de su coche como había hecho con el psiquiatra.

Aún no hay respuesta.

Drake sacó otros veinte, pero cuando el hombre fue a cogerlos esta vez, los retiró en el último segundo.

"¿Qué edificio?", preguntó.

El hombre le miró de nuevo y se burló, mostrando una rejilla dorada.

"12", dijo simplemente. Cuando esta vez fue a coger el billete, Drake se lo dejó.

Los números de la escalinata en la que estaba sentado el hombre marcaban *el 22*, el segundo *2* se había desabrochado y ahora colgaba al revés. Drake miró primero hacia arriba y luego hacia abajo. Los números bajaban alejándose de su coche.

Drake se puso en marcha en esa dirección cuando el hombre gritó tras él.

"Mejor que vuelvas a tu coche, blanquito. Este no es lugar para ti".

Drake lo ignoró y siguió calle arriba. El hombre de la botella no era más que un gamberro callejero y, sin embargo, Drake deseó llevar consigo su pistola. Se preguntó si Raúl había tenido una interacción similar, pero decidió que probablemente no. De haber sido así, Raúl aún estaría rondando por allí cuando Drake dio la vuelta a la manzana.

No, Raúl sabía exactamente adónde iba.

Respirando hondo, Drake se dirigió hacia el edificio marcado con el número *12*, esta vez con los dos dígitos hacia arriba, y luego se dirigió a la puerta. Había una especie de interfono pegado a la pared de ladrillo, nada que ver con el elaborado que había fuera de la casa de Clarissa Smith, con media docena de botones blancos. Se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de que no había nombres en las etiquetas correspondientes junto a los botones. Al principio pensó que estaban en blanco, pero al examinarlos más de cerca se dio cuenta de que había algo en ellos, sólo que el texto estaba descolorido por el sol hasta el punto de resultar irreconocible.

Y cuando sus ojos se posaron en la etiqueta adyacente al apartamento *6*, una sonrisa se dibujó en su rostro.

Debatió si pulsar un botón, el del *6* o incluso todos ellos, y hablar con voz confusa con la esperanza de que alguien le hiciera pasar, pero por alguna razón probó primero con la puerta.

Estaba desbloqueado.

El detective Damien Drake abrió la puerta y entró, dirigiéndose hacia el apartamento 6, el que tenía una "*V" may*úscula como inquilina.

Capítulo 29

Chase marcó primero a Drake. Al quinto timbrazo, colgó y volvió a intentarlo.

"Vamos, vamos... atiende, Drake. Atiende tu maldito celular de ladrillo".

Esta vez colgó después del sexto o séptimo timbre, maldiciendo al hombre no sólo por no contestar, sino también por no tener contestador automático.

Chase probó con el detective Frank Simmons, pero el resultado fue el mismo. Pero al menos tenía un contestador automático.

"Detective Simmons, soy el detective Adams. Reúnase conmigo en la comisaría en cuanto reciba esto. Tengo una pista sobre el psiquiatra que Thomas Smith estaba viendo."

El tercero en su lista de personas a las que llamar era el detective Henry Yasiv, de quien sospechaba que seguía con Frank, pero lo intentó de todos modos.

El hombre descolgó al tercer timbrazo.

"Yasiv", dijo, con voz grave.

Los ojos de Chase se entrecerraron tras sus gafas de sol.

¿"Henry"? ¿Por qué susurras? ¿Dónde está el Detective Simmons?"

"Está en la otra habitación, hablando con la madre de Neil Pritchard. Tenías razón... vivían juntos. No sólo eso, sino que eran cercanos. Muy unidos. Y Frank, bueno, Frank... digamos que el hombre tiene una manera con los ancianos. Mierda, debe tener al menos ochenta años". Aunque estaba susurrando, había emoción en su voz.

"¿Y? ¿Qué está diciendo?"

"No te lo vas a creer, pero... espera un segundo".

"No, no...", pero el hombre ya se había quitado el teléfono de la oreja. Sus palabras fueron amortiguadas como si estuviera tapando el auricular con la mano.

"Voy a por un vaso de agua; enseguida estoy contigo". Hubo una breve pausa. "No, ya sé que no es de buena educación hacer esperar a una buena señora, Frank. Enseguida voy". Cuando Henry volvió a hablar, su voz era clara. "¿Ves lo que quiero decir?"

Chase pulsó el botón de arranque de su BMW, que empezó a ronronear.

"Ve al grano, Henry", dijo mientras ponía el coche en marcha y se alejaba de la finca de los Smith.

"Sí, lo siento, de todos modos, Frank le preguntó acerca de Neil y Thomas Smith y, escucha esto, ella dice que recuerda al hombre, sólo

que cuando lo conoció, no era un hombre, sino un niño. Aparentemente, Thomas y Neil eran mejores amigos hace tiempo. Quiero decir, hace mucho tiempo. Pensé que ella era un poco, ya sabes, *vieja* si me entiendes. Pero no lo es... La Sra. Pritchard es muy lista. Dijo que conocía al hermano de Tommy, así es como lo llama, Tommy Weston. Incluso cenó una o dos veces con Ken y Samantha Smith".

Chase exhaló audiblemente.

Neil y Thomas fueron amigos en su día...

Ésta era la conexión que buscaba y que había sospechado.

"¿Detective Adams? ¿Sigue ahí?"

"Todavía aquí, Henry."

"Vale, pero eso *aún* no es todo..., espera otra vez, perdona... ¿qué? Quiero decir, ¿perdón?" hubo una breve pausa. "Sí, he encontrado un vaso y sí, está limpio, ni una mancha de agua. Ahora mismo voy, ¿vale?". Y luego le dijo a Chase: "Sí, así que pensé que si ella -la señora Pritchard-conocía a Thomas tal vez conocía a Chris Popo -como se llame-, ¿verdad? Así que le pregunté. Y no te lo vas a creer. Chris...

El hombre estaba tan excitado ahora que empezaba a divagar como alguien con TDAH drogado con un puñado de Molly's. Chase no podía soportarlo más. Revelación o no, esto era insoportable.

"Chris fue a la misma escuela secundaria que Neil y Thomas y todos eran amigos-compañeros como ella los llama-er, mejores amigos para nosotros, tal vez BFFs si tu-"

"Henry", dijo Chase con calma mientras giraba a la izquierda en la autopista.

"¿La gente sigue usando BFF? He oído..."

"Henry", repitió. Como él seguía zumbando, esta vez gritó su nombre. "*¡Henry!*"

El hombre al otro lado de la línea se aclaró la garganta.

"Sí, señora. Lo siento, estoy un poco excitado, eso es todo. Tiendo a divagar cuando oigo..."

"¿Alguno de ustedes le dijo a la mujer que su hijo está muerto?"

Hubo una larga pausa y, aunque pudo oír de fondo lo que le pareció la voz de Frank, esta vez Henry no le contestó.

"No, mierda, supongo que lo olvidamos."

Chase negó con la cabeza y torció el ceño.

"Jesús, tenéis que contarle lo de su hijo, lo de Neil".

"Sí, por supuesto, señora. Lo siento, nosotros..."

"-¿Estabas excitado? Sí, lo entiendo. Díselo a la pobre mujer, ¿quieres? Luego vuelve a la estación. También tengo algunas noticias que compartir. Pero buen trabajo, Henry. *Gran trabajo*".

Casi pudo oír cómo las mejillas del hombre se contraían en una sonrisa. También se le notaba en la voz, un poco más chillona de lo

habitual.

"Gracias, señora."

"¿Y Henry?"

"¿Sí?"

"Deja que el detective Simmons dé la noticia, ¿vale?"

"Sí, está bien. No me gusta..."

"Y no me llames señora. Me hace sonar tan vieja como la Sra. Pritchard".

El detective Yasiv empezó a añadir algo más, pero Chase ya había colgado y estaba en proceso de hacer su siguiente llamada antes de que él pronunciara siquiera una sílaba.

¿Neil, Thomas y Chris eran amigos en el instituto?

Chase hizo algunas cuentas mentales, teniendo en cuenta la edad de Thomas. El hombre tenía treinta y ocho cuando falleció, lo que significaba que habían sido amigos hacía unos veinticinco años. ¿Seguían en contacto? ¿Seguían siendo amigos? ¿Salían juntos?

Probablemente no Chris teniendo en cuenta que estaba en Montreal, pero tal vez Neil y Thomas. Después de todo, ambos eran ricos, jóvenes y probablemente frecuentaban los mismos tipos de bares. Tal vez-

"Oficial Dunbar", anunció una voz rasposa.

"Ah, sí, Dunbar, soy el detective Adams."

Hizo una pausa y el agente Dunbar, al que había confiado el móvil de Thomas, tomó la palabra.

"Adams, he encontrado algo que tal vez quieras ver. Es..."

"Tráelo a la sala de conferencias principal en una hora. Pero necesito que hagas algo por mí ahora mismo".

"Sí, claro. ¿Qué necesitas?"

"Quiero que saques los registros de los viejos institutos de Nueva York en el noventa y dos o noventa y tres. Mira dónde fue Thomas a la escuela primero, y luego mira si puedes poner tanto a Neil Pritchard como a Chris Popolo..."

"Papadopoulos", la ayudó Dunbar.

"Sí, eso es. A ver si fueron juntos a la escuela y si no, tal vez fueron a escuelas vecinas. Quiero saber si jugaron al fútbol, al béisbol, incluso si se enfrentaron en el equipo de debate".

Dunbar se aclaró la garganta.

"¿No puedes preguntarle a la mujer o al hermano de Thomas dónde fue al instituto? Agilizaría un poco las cosas".

Chase se imaginó el rostro severo de Clarissa.

No más preguntas, no pueden descubrir que he estado hablando contigo.

"No están cooperando. De todos modos, ¿puedes hacerlo?"

"Sí, puedo hacerlo".

Chase se lo pensó un momento.

"¿Es... es eso, Detective Adams?"
"No, una cosa más. ¿Puedes comprobar el teléfono de Thomas, buscar en él algún mensaje para Neil o Chris? No tengo los números de ninguno de los dos, pero no debería ser difícil encontrarlos. Cualquier mensaje, publicación en Facebook o mención en Twitter que los relacione recientemente. ¿Puedes hacerlo?"
Chase giró en la rampa de salida y continuó hacia la comisaría 62.
"¿Dunbar? ¿Sigues ahí?"
"Sí, lo del móvil. El sargento Rhodes estuvo aquí antes preguntando por él".
Chase se atragantó y su salpicadero se iluminó, indicando que se estaba desviando de su carril.
"¿Él qué?"
"Sí, hay algunos rumores en pruebas de que un abogado de Smith, Smith y Johnson...".
"Jackson".
"Lo siento, Smith, Smith y Jackson se pasó por la comisaría y se preguntó por qué su móvil, sin el que al parecer nunca sale de casa, no estaba en la lista de pruebas recogidas en la escena del crimen. Quería saber si el asesino se lo había robado. Y luego vino Rhodes preguntando por él..."
Chase maldijo en voz baja.
"¿Y qué le dijiste?"
"Le dije que no lo había visto, que a veces las cosas se retrasan al entrar en pruebas. Podría ser porque estaban procesando todas las cadenas de oro y las parrillas de los pandilleros que murieron en el Bronx la otra noche".
Chase exhaló bruscamente, pero seguía teniendo una sensación incómoda en el pecho.
"¿Qué ha dicho?"
"Hizo lo que Rhodes siempre hace".
Dunbar hizo una pausa.
"¿Cuál es?"
"Oh, lo siento. Olvidé que no llevas tanto tiempo con nosotros". Rhodes se pone rojo como un tomate con gafas y nos dice que nos pongamos las pilas".
Chase respiró un poco más tranquilo.
"Ok, genial. Gracias, Dunbar. Pondremos el teléfono como prueba pronto, ¿vale? Mira a ver qué puedes hacer con las escuelas y los mensajes y reúnete conmigo en la sala de conferencias dentro de una hora. Mantén la cabeza baja".
"Lo haré. Hasta pronto".
Chase colgó el teléfono justo cuando entraba en el aparcamiento de la comisaría 62.

Entonces, por primera vez en una eternidad, sonrió.

Vamos a atrapar a este bastardo después de todo. Quienquiera que sea.

Capítulo 30

A DRAKE LE SORPRENDIÓ el aire frío del interior del edificio de apartamentos. Esta zona no le parecía un lugar que tuviera aire acondicionado en las unidades individuales, y mucho menos en todo el vestíbulo principal.

Mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz, intentó orientarse. A su derecha había un pasillo, y Drake podía distinguir el contorno de varias puertas a lo largo del mismo. A su izquierda había una vieja escalera.

Parpadeó dos veces y se quitó las motas de polvo de los ojos. Ahora que sus pupilas se habían dilatado hasta alcanzar el tamaño de huesos de aceituna, pudo distinguir un *1* sobre la puerta que tenía más cerca. No pudo ver ningún número sobre la siguiente puerta del pasillo, pero supuso que ésta y la siguiente eran *la 2* y la *3*, respectivamente.

Lo que significaba que el apartamento *6,* el de *"V"*, estaba arriba.

Drake se puso en marcha en esa dirección, pero el sonido de una puerta que se cerraba desde algún lugar más arriba le hizo detenerse. El sonido de los pasos que siguieron le puso en movimiento.

Pensando con rapidez, Drake se apartó de la escalera y apoyó la espalda contra ella. Sus ojos se movieron de un lado a otro, tratando de encontrar un lugar para esconderse; una alcoba, tal vez, o una escalera de incendios.

Pero no había nada.

Los pasos se acercaban al final de la escalera y sabía que sólo pasarían unos segundos antes de que quienquiera que fuese -¿Raúl*? ¿Lo vio* allí de pie, con las manos vacías?

Drake hizo lo único que se le ocurrió, agradecido por una vez de haberse dejado el abrigo en el coche y de que su camisa, una sencilla camiseta blanca, tuviera importantes y frescas manchas de sudor alrededor de las axilas y el cuello.

Se desplomó contra la escalera, apartando la cabeza de la boca de la escalera, y apoyó el brazo derecho sobre las piernas cruzadas, con la palma hacia el cielo. A Drake se le aflojó la boca y cerró los ojos, tratando de obligar a su corazón a latir más despacio, de regular su respiración.

Los pasos continuaron y Drake se imaginó a Raúl dirigiéndose a la puerta principal, tal vez echando una mirada lastimera a un yonqui que se había desmayado tras consumir demasiada heroína.

Entonces la persona se detuvo, y Drake sintió que le miraban.

Necesitó todo su ser para no ponerse en pie y estrangular a quienquiera que fuese.

Y entonces, justo cuando pensó que su patética treta iba a fracasar, que Raúl se acercaría y le daría un golpecito en el hombro, mientras le decía: "Buen intento, agente", oyó que los pasos se alejaban de él. Un segundo después, la puerta se abrió y se cerró.

Drake contó hasta sesenta antes de abrir los ojos. E incluso entonces, sólo permitió que se alzaran a media asta. Giró la cabeza hacia la puerta con un gemido que esperaba que sonara natural.

Cuando vio que el rostro oscuro de Raúl no le devolvía la mirada, se puso en pie de un salto y subió las escaleras de dos en dos.

El rellano superior y la distribución eran idénticos a los del nivel inferior, hasta las baldosas agrietadas del suelo. Y parecía que su primer instinto había sido acertado: la primera puerta que cruzó tenía una pegatina con el número 4 pegada al azar. La siguiente puerta estaba en blanco, pero la última tenía un seis dibujado con rotulador en el centro. También había algo diferente en esta puerta.

Drake se inclinó hacia atrás, echando un vistazo a la puerta del apartamento 5. De pasada, parecían casi idénticas: ambas revestidas de chapa de madera tosca con pomos dorados a juego, ambos con manchas desnudas que dejaban ver plástico debajo.

Sólo que no era de plástico, al menos no en la puerta del apartamento 6. Este pomo era demasiado brillante para ser de plástico.

Era de metal.

Y la puerta 6 tampoco era de madera, pensó Drake, inspeccionando las gruesas bisagras. La habían pintado para que pareciera madera, para que tuviera el mismo aspecto que las demás, pero era una fachada que no resistía una inspección más minuciosa.

¿Qué es este lugar? pensó Drake, pero incluso antes de golpear la puerta de acero con los nudillos, creyó saberlo.

Y cuando una voz femenina, ligera y etérea, habló desde el interior, sus sospechas se confirmaron.

¿"Raúl"? ¿Eres tú? ¿Olvidaste algo?"

Drake no dijo nada. Oyó a la mujer acercarse a la puerta, seguida del característico sonido de cerraduras giradas.

Tres para ser exactos.

La puerta se abrió un resquicio y Drake sonrió ampliamente. El ojo solitario que asomaba por la abertura, verde por el rímel meticulosamente aplicado, se ensanchó.

"Tú no eres Raúl", dijo ella. Su voz era sospechosa, pero no alarmada.

"No, no lo estoy", dijo.

La mujer abrió más la puerta y deslizó un brazo por el marco, dejándole ver un sujetador negro que se ajustaba perfectamente a sus pálidos pero amplios pechos.

"¿Cómo te llamas, cariño?"

La chica sonrió.

"Verónica. ¿Cuál es el tuyo?"

Drake la miró de arriba abajo. No era una prostituta cualquiera, a pesar del barrio. Era guapa, rozando la belleza, y carecía de la piel flácida y la carne pálida de algunas de las otras prostitutas que ejercían su oficio a cambio de una solución rápida.

Se trataba de una prostituta de clase alta merodeando por un barrio hecho para disimular, y quizá incluso proteger, a sus muy *distinguidos* clientes.

Drake recordó lo que le había dicho el negro de la entrada.

Será mejor que vuelvas a tu coche, blanquito. Este no es lugar para ti.

No, no lo era. Pero tal vez era *un lugar para Thomas Smith y gente como él.*

La mujer de la puerta confundió su silencio con la mudez.

"¿Te gusta lo que ves?"

Asintió con la cabeza.

"Verónica... ¿lo es?"

Los ojos de la mujer se entrecerraron sospechosamente al oír su nombre y deslizó la mano por la parte trasera de la puerta. También movió su pequeño cuerpo hacia un lado, preparándose claramente para dar un portazo si él intentaba algo.

"Tengo a la policía en marcación rápida", dijo, y su voz pasó de sensual a severa sin que su rostro ni su sonrisa experimentaran el menor cambio.

"Eso no será necesario", dijo Drake, sacando su placa. "Mi nombre es Drake. *Detective Drake* y vamos a tener una pequeña charla, tú y yo".

Capítulo 31

Beckett Campbell, UN chef AfiCIONADO, ESTABA en el paraíso culinario en Magpie's Pizzeria. El ambiente era confortable sin ser sucio, y el servicio era frecuente pero no intrusivo.

Empezó con ostras, a pesar de ser aprensivo ante la idea de ostras y pizza, y estaban en su punto. Pero fue su principal que era simplemente espectacular.

Pizza al horno de leña cubierta con gruesos trozos de mozzarella, albahaca fresca y albóndigas hechas a mano que él imaginaba que haría su Nona... si hubiera sido italiana, no de Missouri y su comida favorita no fueran los "Macarrones con queso de lujo", lo que significaba ponerle salchichas en rodajas y echarle un trozo de queso americano medio derretido por encima.

En una palabra, estaba delicioso: la pizza, pero no tanto los macarrones con queso.

Cuando se acercó la camarera, una joven de largo pelo castaño y cejas marcadas, para preguntarle si necesitaba que le rellenara la Coca-Cola, asintió con la cabeza y luego se limpió un poco de oro líquido de los labios.

"Tengo que decir que esta es una de las mejores pizzas que he comido".

Se rió amablemente.

"Gracias.

"No, en serio. Es delicioso... y soy de Nueva York".

La mujer le sonrió, pero la jovialidad de hacía un momento había desaparecido de su rostro.

"Los propietarios también eran de Nueva York", dijo en voz baja.

Beckett fingió sorpresa ante su elección de palabras.

...eran de Nueva York.

"¿En serio?"

"De verdad. Pero", se quebró la voz, y Beckett se puso de pie, poniendo un brazo reconfortante sobre su hombro. "Lo siento, es tan reciente".

"No pasa nada", dijo, haciendo todo lo posible por consolar a una mujer que acababa de conocer.

Se secó una lágrima.

"Es que uno de los dueños nos dejó inesperadamente".

Beckett asintió.

"Siento mucho oír eso. ¿Está el otro dueño en el restaurante? Me gustaría darle el pésame y felicitarle por la fantástica comida".

La mujer le miró con desconfianza.

"No eres un crítico gastronómico, ¿verdad? Porque si lo eres, probablemente este no sea el mejor momento. Y tienes que decirme si lo eres, ya sabes".

Beckett reprimió una sonrisa.

"No, no soy un crítico. Sólo estoy aquí de vacaciones rápidas".

La camarera le devolvió la sonrisa.

"Él está aquí. Y también es el cocinero jefe. Déjame ver si viene".

"Gracias", dijo Beckett mientras tomaba asiento de nuevo.

Si hubiera estado solo, se habría dado una palmadita en la espalda por su trabajo de interpretación. En lugar de eso, se recompensó con otro trozo de pizza, a pesar de las protestas de su estómago.

Era así de bueno.

Beckett tenía la boca llena de albóndigas cuando un hombre se sentó frente a él y golpeó la mesa con dos vasos llenos de cerveza. Levantó los ojos y de repente se le desencajó la mandíbula.

Era Chris Papadopoulos en carne y hueso.

Vivir y respirar.

"Siento si te he asustado", dijo. "Toma, una cerveza por cuenta de la casa."

Beckett se inclinó hacia él, intentando comprender lo que estaba ocurriendo. Había visto imágenes de Chris en Internet, de su cara sonriente en la puerta del mismo restaurante en el que estaba comiendo ahora.

¿Cómo es posible?

Pero al concentrarse aún más, se dio cuenta de que no era él, no del todo. El hombre sentado frente a él era más corpulento que Chris, con la cara redonda y una línea de pelo que parecía haberle corrido asustada desde la frente.

"¿Estás bien, colega?"

Beckett tragó saliva y se preguntó si de algún modo Internet le había mentido.

No sería la primera vez, eso seguro.

"Ah", dijo el hombre, dándose cuenta, "debe de haber visto el artículo del periódico. Chris era mi hermano gemelo. Me llamo Gregor. Toma una cerveza".

Beckett finalmente respiró hondo, y en lugar de abordar directamente el elefante de la habitación, centró su atención en la cerveza.

"Sólo son las once", declaró.

"Más cerca del mediodía, en realidad. De todos modos, esto es Montreal, bebemos cerveza artesanal para desayunar".

Beckett se encogió de hombros y cogió su cerveza. Dio un pequeño sorbo al principio, pero luego se tragó un buen trago.

Como la pizza, estaba deliciosa. No Heady Topper, pero un cercano

segundo lugar.
"Siento mucho su pérdida", dijo Beckett.
El hombre suspiró.
"La policía dice que tiene pistas, pero yo no tengo mucha fe en ellos. Sabes, hay gente que viene aquí y me regaña, me pregunta cómo me atrevo a abrir el restaurante tan poco después de su muerte, pero esto es lo que Chris habría querido. Y es lo que yo también quiero; me mantiene distraído, si no otra cosa".
Beckett asintió.
"Entiendo. Y debo decir que me alegro: esta pizza está *deliciosa*".
La cara redonda de Gregor se iluminó un poco.
"Gracias. ¿Marissa dice que eres de Nueva York? ¿De visita en la ciudad?"
"Sí, sólo por hoy. Leí sobre el restaurante y decidí..."
"Está bien, puedes decirlo: querías ver cómo era, después de... después del fallecimiento de Chris".
Beckett hizo una mueca como diciendo lo *siento* y *me has pillado*, al mismo tiempo.
"Está bien, lo entiendo. Pero siendo de Nueva York, deberías estar acostumbrada a este tipo de cosas. Aquí, en Montreal, en cambio...", deja caer la frase antes de continuar. "Mi hermano y yo nacimos en Nueva York".
"Eso es lo que... dijo Marissa. ¿Tienes la oportunidad de volver a menudo?"
Gregor negó con la cabeza.
"No, ni Chris ni yo hemos vuelto en años. Nuestros restaurantes nos *ocupan* todo el tiempo. El negocio de la restauración es duro en todas partes, pero especialmente en Montreal".
"Eso he oído. Pero sigue haciendo pasteles como este y veo que esto llegará lejos. ¿Ya tienes franquicia?"
Gregor sonrió satisfecho.
"No, todavía no. Pero tenemos tres locales. La franquicia era algo en lo que Chris estaba trabajando".
"Lo siento", dijo Beckett de nuevo.
"Está bien. ¿Qué más tienes planeado para tu visita?" Dijo Gregor, claramente queriendo cambiar de tema.
"Bueno, la verdad sea dicha, en realidad soy médico. Estaba pensando en echar un vistazo al nuevo hospital".
"Ah, la cañada. Es un lugar precioso. Lento como la mierda, pero no se les puede culpar por eso, ya sabes, la sanidad pública y todo eso".
"Te escucho."
Gregor se bebió la mitad de su cerveza de un trago.
"¿Sabes qué? Tengo un colega que trabaja allí... un oculista o cancerólogo, un cabrón empollón, nunca puedo entender la mitad de

la mierda que dice. De todos modos, su nombre es Lucas Taylor. Si puedes encontrarlo, dile que yo te envié. Te dará un tour".

Beckett asintió.

"Es estupendo. Gracias de nuevo".

Gregor terminó su cerveza y se levantó.

"Disfrute de su estancia en Montreal. Y tu comida va por mi cuenta".

Beckett también se puso en pie.

"No, no puedo..."

El hombre levantó la mano.

"Considéralo hospitalidad norteña".

Sabiendo que Gregor no iba a cambiar de opinión, Beckett le dio las gracias por enésima vez y le estrechó la mano.

Con el estómago lleno y la mente llena de ideas, Beckett salió de Magpie's y buscó un taxi que le llevara al hospital Glen.

Capítulo 32

DRAKE golpeó la puerta con EL PIE una fracción de segundo antes de que Veronica la cerrara sobre él. Se estremeció, deseando por una vez haberse equivocado sobre la construcción de la puerta; en efecto, era de acero macizo.

"¡Sólo quiero hablar contigo!" Drake suplicó.

La mujer no contestó, sino que apretó los dientes y siguió intentando cerrar la puerta a empujones.

Acero o no, había cero posibilidades de que se cerrara con su pie alojado en él. Verónica debió darse cuenta porque, sin previo aviso, la soltó y volvió corriendo a la habitación.

Drake abrió la puerta de par en par.

"Oh, no, no lo harás", dijo mientras irrumpía en la habitación. Drake sólo había dado un puñado de pasos antes de que el interior del apartamento 12-6 lo dejara estupefacto.

A diferencia del linóleo agrietado y la vieja y desgastada escalera del pasillo, esta habitación era *exquisita*.

El suelo parecía de madera noble, tan bien pulido que reflejaba la imagen de la cama en el centro de la habitación como un estanque helado. Las cuatro esquinas de la cama llegaban casi hasta el techo, y cada una de ellas estaba adornada con cortinas rojas que colgaban atadas.

A un lado había una serie de "juguetes", entre ellos una máscara de cuero negro y algo que parecía un cruce entre un cepillo para el pelo y una raqueta de pádel.

El sonido de una ventana abriéndose trajo de vuelta a Drake.

Giró la cabeza a la derecha y sólo vio las nalgas pálidas de Verónica, el tanga negro y un tobillo aún en el apartamento; el resto de ella ya había salido por la ventana. Si no hubiera sido por sus Jimmy Choo -su tacón izquierdo enganchado en el marco de la ventana-, no habría llegado a tiempo. Pero estaba atascado, y mientras ella juraba y trataba de retorcerse para liberarlo, y luego se daba por vencida por completo y trataba simplemente de sacudírselo de encima, Drake se le echó encima.

La agarró por la cintura, que era delgada pero musculosa, y tiró de ella.

Verónica no vino, al menos no de inmediato.

En lugar de eso, chilló y se agarró a la pared exterior de ladrillo, raspando la superficie con sus largas uñas.

Pero, como en la puerta hace unos momentos, se dio cuenta de que era inútil y acabó por rendirse.

El cuerpo de Verónica se puso flácido y Drake tiró de ella sin esfuerzo hacia el interior del apartamento.

Pero una vez dentro, se reanimó, sus manos se agitaron en un torbellino, sus uñas, ahora astilladas y desgarradas, le arañaron la cara, su pie de un tacón le pateó.

"Joder", maldijo Drake. Consiguió esquivar la mayoría de sus golpes dado que estaba detrás de ella y la apretaba con fuerza. Pero cuando la levantó del suelo, ella aprovechó su posición y le clavó el tacón del zapato. Le golpeó dolorosamente en la espinilla y se estremeció.

"¡Relájate!", gritó.

Verónica no lo oyó o no le importó. En todo caso, su ataque se volvió más frenético, y pronto estaba echando la cabeza hacia atrás, tratando de aplastar la parte posterior de su cráneo contra sus dientes.

Drake tuvo suficiente. Se echó hacia atrás y la lanzó sobre la cama. La cabeza de Verónica se golpeó contra uno de los postes de la cama, produciendo un *ruido sordo* de madera por todo el apartamento, y ella gruñó.

"¡He dicho que te relajes!" Drake repitió, respirando con dificultad.

Esta vez, Veronica hizo caso y se sentó mientras se masajeaba la nuca.

"No estoy aquí para arrestarte por prostitución. Soy un maldito detective de homicidios, por el amor de Dios".

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al oír la palabra.

"¿Vienes aquí para un polvo rápido, entonces?", espetó. "Doy una tarifa reducida para los hombres de azul."

Drake frunció el ceño.

"Necesito saber sobre uno de tus clientes."

Se rió.

"Ni hablar. Mi negocio se basa en la discreción", señaló a la habitación que la rodeaba. "¿Crees que ese putero ha pagado por todo esto?", levantó el zapato que le quedaba. "¿Por estos? No, no te voy a decir nada. Ni una sola palabra".

Drake la miró fijamente. Sin duda era guapa, pero también tenía una vena dura. Por un momento, su mente detectivesca empezó a zumbar, armando un relato sobre lo que la había llevado por ese camino, pero detuvo ese tren desbocado sacudiendo la cabeza.

¿Quién soy yo para juzgar? Es su cuerpo, su vida. Que haga lo que quiera.

El tono de Drake se suavizó.

"Mira, lo entiendo, pero no quiero que me abras todo tu diario".

"¿Diario? Tengo Quickbooks".

Drake enarcó una ceja.

¿Qué coño es Quickbooks?

"De todos modos, sólo necesito saber sobre un cliente en particular,

saber si estuvo aquí el lunes o el martes. Eso es todo."

El cuerpo de Verónica se desplomó un poco, como si se diera cuenta de que dar esa pequeña información no podía hacer daño y, si lo hacía, sería mucho menos doloroso que la alternativa.

"¿Cómo se llama?"

"Thomas Smith."

Sus labios se apretaron inconscientemente y cuando habló a continuación, Drake supo que mentía.

"No lo conozco."

Drake cogió una silla de detrás de él y la hizo girar.

"Mira, sé que lo conoces", dijo mientras se sentaba. "Sé que un hombre vino aquí, el ama de llaves de Thomas, y te dio un montón de dinero en efectivo. Ahora no estoy seguro de si fue para poner orden en algunas facturas impagadas, o si fue para que mantuvieras la boca cerrada. Estoy pensando más en lo segundo. De todos modos, sólo necesito saber si estuvo aquí esa noche".

Verónica tragó saliva visiblemente.

"¿Está... está muerto?"

Drake ladeó la cabeza, indicando que sí. Sus ojos volvieron a ponerse duros.

De nuevo, tuvo la misma sensación que con Weston y Clarissa Smith: su sorpresa era auténtica.

"No sé de qué estás hablando. Nadie ha estado aquí hoy. Tú, Damien Drake, eres mi primer cliente".

"Pareces muy alterada por un hombre que dices no conocer, Verónica".

Sacudió la cabeza.

"Nunca he oído hablar de él."

Drake se llevó la mano a la cintura y sacó unas esposas.

"De acuerdo entonces, parece que voy a tener que llevarte".

"¿Para qué?"

Drake suspiró.

"¿Quieres mantener tus asuntos en privado? Dime lo que quiero saber. Porque arrastrar tu culo hasta la comisaría será cualquier cosa menos eso".

Por un segundo, pareció que iba a romperse. Luego frunció el ceño.

"No te voy a decir nada".

"Como quieras", dijo Drake. Se levantó y miró rápidamente a su alrededor, divisando algo que parecía un camisón sobre la mesa de la que había cogido la silla.

"Toma", le dijo, "ponte esto. Vamos a dar una vuelta. Y si vuelves a intentar huir, me aseguraré de hacerte desfilar por delante de la comisaría en ropa interior".

Capítulo 33

El hospital Glen se alzaba imponente, como una serie de plazas segmentadas en la intersección de varias carreteras principales y una estación de metro. Los bloques de colores -amarillo, rojo, azul, marrón y gris-parecían las secciones de una oruga rayada.

Beckett Campbell asintió.

"Impresionante", se dijo a sí mismo.

Pagó al taxista y se dirigió hacia las puertas de la fachada del edificio azul.

Cuando se acercó, una mujer de unos setenta años, de aspecto agradable, con el pelo canoso y una especie de delantal azul, abrió la puerta. Al principio, Beckett pensó que intentaba salir y se apresuró a mantenerla abierta.

Se rió.

"Gracias, pero soy un saludador aquí."

Beckett se aclaró la garganta.

"Lo siento."

Sonrió y le hizo un gesto para que entrara.

"Está bien, pasa todo el tiempo. ¿En qué puedo ayudarte hoy?"

El aire acondicionado se puso en marcha en cuanto Beckett entró, y el sudor de su cara y brazos empezó a secarse de inmediato.

"Yo..." *Vale, gracias*, estaba a punto de decir, pero entonces recordó lo servicial que había sido Gregor. "En realidad, tal vez puedas ayudarme. Estoy buscando a un Doctor..." se devanó los sesos. "¿Un doctor Lucas Taylor?"

La mujer siguió sonriendo, pero inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

"Lo siento, pero no conozco a todos los médicos que trabajan aquí".

Beckett se sonrojó.

"Sí, claro. Culpa mía".

"Eso está muy bien. ¿En qué departamento está?"

"Patología", respondió inmediatamente.

"Ah, patología está en el bloque E, que está al final del complejo. Planta cuatro".

Beckett se giró y se encontró con un laberinto de escaleras, ascensores y estrechos pasillos.

"¿Bloque E?", preguntó.

"Sólo la cabeza recta ...", comenzó la mujer.

***

Después de averiguar cómo funcionaba el código de colores dentro del hospital, Beckett no tuvo demasiados problemas para encontrar el Bloque E.

El problema fue que, cuando intentó entrar, la puerta estaba cerrada. Había un mostrador de seguridad detrás de él, pero la persona que lo atendía estaba demasiado absorta con algo en la pantalla de su ordenador como para prestarle atención.

Además, Chase le había dicho que mantuviera un perfil bajo.

Un rápido vistazo a través de la ventana de cristal mostró a una mujer corpulenta que se acercaba a él.

Ella abrió la puerta y él la agarró, sosteniéndola para que pasara.

"Gracias", dijo ella.

"*De nada*", respondió Beckett, antes de deslizarse hasta el Bloque E. La puerta conducía a una bahía de ascensores, y él tomó el primero que se abrió hasta la cuarta planta.

Beckett salió del ascensor a un pasillo que se extendía tanto a la derecha como a la izquierda. Ante él, sin embargo, había una larga ventana de cristal, a través de la cual vio a un hombre agachado sobre una mesa baja.

Beckett se acercó a la ventana y observó que el hombre estaba muy concentrado creando diapositivas a partir de un bloque de parafina.

"Disculpe, pero busco al doctor Lucas Taylor", preguntó amablemente.

El hombre no levantó la vista.

"No está aquí, dando una vuelta".

Beckett frunció el ceño.

"¿Esperas que vuelva pronto? ¿Hay algún sitio donde pueda esperar?"

El hombre suspiró y levantó la cara para mirarle, y cuando sus ojos se encontraron Beckett esbozó una sonrisa.

"¿Diego? ¿Diego López? ¿Qué demonios haces aquí?"

Los ojos del hombre se abrieron al instante.

"¡Beckett! Jesús, ha pasado tanto tiempo, ¿cómo has estado? ¿Qué haces aquí?"

Beckett empezó a contestar, pero Diego levantó una mano.

"Espera un segundo, voy a dar la vuelta."

El hombre salió por la izquierda y, un momento después, asomó la cabeza por una puerta roja. Con paso decidido, se acercó a Beckett y le dio un fuerte abrazo con sus gruesos brazos.

"¿Cuánto ha pasado, cuatro, cinco años?" Dijo Diego mientras soltaba a Beckett.

Beckett sonrió ampliamente.

"Ya casi son las siete".

El hombre le dio una palmada en la espalda.

"No me digas. ¿Dónde se ha ido el tiempo? ¿Qué te trae por el norte?"

"Sólo unas pequeñas vacaciones, eso es todo. Quería ver el hospital del que tanto he oído hablar. ¿Trabajas aquí?"

Diego hizo un simulacro de saludo.

"Sí. Patólogo general. ¿Qué hay de ti? Lo último que oí es que estabas enseñando en la NYU".

Beckett negó con la cabeza.

"Lo era, pero ahora estás ante Médico Forense Superior de la Policía de Nueva York", respondió con orgullo burlón.

Diego abrió mucho los ojos.

"¿Suficiente trabajo para mantenerte ocupado?"

"Mierda, sí. Tengo tres residentes trabajando a mis órdenes".

Diego rió un rebuzno apretado que parecía extraño para un hombre de su tamaño.

"No aquí, no en Montreal. Rara vez se consigue algo interesante como lo que se debe conseguir en la Gran Manzana", miró brevemente hacia el cielo en contemplación. "Excepto este caso..."

"Sí", dijo Beckett, todavía sonriendo. "Sobre eso."

***

"No puedo sacar el cuerpo ahora mismo, pero tengo algunas fotos que puedes ver", dijo Diego, acercando su silla a un monitor de ordenador. "Toma, siéntate".

Beckett asintió y accedió. Sin demora, Diego se desplazó por una serie de menús en pantalla a una velocidad vertiginosa, antes de que apareciera una fotografía.

Beckett sólo necesitó ver uno para saber que el asesino era el mismo.

Las similitudes eran asombrosas: un único tramo de cuerda que ataba las piernas y las manos a la espalda, una mariposa marrón crujiente sobre ella.

Beckett silbó suavemente.

"Lo sé, ¿eh?" Dijo Diego. "Bastante jodido. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que la causa de la muerte fue -oigan esto-una reacción alérgica a una inyección de puré de mariposas".

"Una papilla de mariposas", susurró Beckett, con los ojos aún fijos en la pantalla.

"¿Perdón?"

Beckett negó con la cabeza.

"Nada, una reacción alérgica, ¿eh?"

Diego le miró con desconfianza.

"Sí. ¿Pero por qué de repente tengo la sensación de que no estás en Montreal sólo de vacaciones?".

Beckett se rió entre dientes. Había trabajado con Diego más de un año durante una beca forense en Cleveland. El hombre era brillante, intuitivo y un gran médico. Mierda, si no hubiera sido por su ascendencia mexicana, bien podría haber aceptado el trabajo de Beckett en Nueva York.

"Vamos, Diego", bromeó, "vine por la comida, el sol y las mujeres. Pero ahora que lo mencionas, tengo un par de preguntas que hacerte..."

Cuando terminó de hacer sus preguntas, Diego respiró hondo.

"Eso es un desastre".

"No bromees", respondió Beckett. "Y si-cuando-me-pregunten, nunca estuve aquí". Se pasó las manos por la cara.

"Soy un fantasma."

Diego sonrió.

"La aparición de Sid Vicious".

A Beckett se le escapó una risita y se le ocurrió una idea.

"¿Crees que podrás terminar aquí pronto? Mi vuelo no sale hasta las diez, y me muero por ver cómo es la vida nocturna en Montreal".

Ahora era el momento de Diego de reírse.

"Oh, puedo hacerte pasar un buen rato", dijo, apagando el monitor del ordenador. "¿Te apetece un pequeño *baile de contacto*?"

Capítulo 34

"SIGUE CAMINANDO", le indicó DRAKE a Verónica.

La mujer tenía un aspecto ridículo, sus manos estaban esposadas detrás de ella, forzando su pecho hacia delante. El camisón que le había lanzado era una especie de vestido de princesa azul y verde azulado con copos de nieve en la parte delantera.

Veronica le escupia maldiciones cada pocos minutos, algunas lo bastante graficas como para sonrojar a un marinero, pero no hizo ningun intento de huir ni siquiera cuando salieron del complejo de apartamentos.

Drake entrecerró los ojos bajo el sol brillante y miró brevemente a su alrededor para orientarse.

"Gira a la derecha, estoy aparcado en el callejón de enfrente."

Otra maldición, pero la mujer hizo lo que él le ordenó.

O se trataba de un soborno, pensó, Weston utilizando a Raúl para entregar dinero en efectivo a Verónica para que mantuviera la boca cerrada sobre las actividades extraescolares de Thomas, cosa que hasta el momento había hecho, o se trataba de algo aún más siniestro.

Drake empezaba a considerar la posibilidad muy real de que Veronica, junto con Raul y Weston Smith, estuvieran implicados en los tres asesinatos.

Reflexionó sobre ello mientras se dirigían hacia el callejón. Parecía improbable, y estaba la cuestión de encontrar un móvil compartido por personas de muy distinta condición social. Sin embargo, según la experiencia de Drake, la mayoría de los asesinatos que no eran espontáneos solían ser cometidos por alguien cercano a la víctima.

¿Clarissa, entonces? ¿Podría estar involucrada de alguna manera? ¿Quizás se enteró de la infidelidad de su marido y lo atacó?

Pero eso no explicaría por qué Weston estaba involucrado en el encubrimiento. Podía entender a Raúl, pero no al hermano de Thomas.

¿Triángulo amoroso, tal vez? Clarissa se acostaba con Weston y...

Drake sacudió la cabeza, tratando de contener esos pensamientos desbocados.

¿Y los padres de Thomas? ¿Ken Smith? ¿Podrían estar tan avergonzados de su hijo, de que se viera con una prostituta, y tan preocupados de que su reputación quedara marcada por sus acciones que llegaran a matarlo?

Esto parecía igualmente improbable, dado que él era el chico del cartel de su lado filantrópico. Incluso teniendo en cuenta el historial no tan perfecto de Thomas, los Smith simplemente habían tirado

dinero a la gente antes, así que ¿por qué no ahora?

¿Y qué demonios pasaba con las mariposas? ¿Cómo encajaba eso?

Drake gruñó de frustración.

"Aquí; gire aquí", le ordenó.

Verónica lo hizo, pero cuando vio su coche, en lugar de maldecir, se rió.

"Sé que es viejo, pero..." Drake comenzó, pero luego se dio cuenta de que ella no se estaba riendo de su Crown Vic.

Se reía porque había un hombre sentado en el capó. El mismo hombre que había advertido a Drake que *este no es lugar para ti, blanquito.*

Drake alargó la mano, agarró las esposas y acercó a Verónica.

"Creo que estás un poco confundido; esta no es tu parada habitual", dijo. "Demasiado de ese pis de burro, creo. ¿Por qué no te deslizas y buscas otro? Y, por favor, ten cuidado de no rayar la pintura".

El hombre sonrió y Drake le devolvió la sonrisa.

Guió suavemente a Verónica hacia un lado, diciéndole que no se moviera. Luego dio un paso hacia su coche.

"Muy bien, no más juegos", dijo Drake. "Bájate del coche."

"¿O qué?", preguntó el hombre. Mientras hablaba, otros dos hombres negros aparecieron por detrás del Crown Vic. Mientras que el chico de la escalera era delgado y enjuto, estos dos eran muy musculosos, con los hombros abultados por ser idénticos a los que pegaban a sus esposas.

El hombre de la derecha llevaba un bate de béisbol de madera colgado del hombro.

Drake se metió la mano en el bolsillo delantero y el matón que no sujetaba el bate de béisbol llevó una mano a la culata de una pistola que sobresalía de su cinturón.

"Tranquilo", dijo Drake, sosteniendo su otra mano frente a él. "Sólo conseguir mi identificación."

El hombre en cuclillas sobre su coche entrecerró los ojos ante la mención de la palabra identificación.

Drake volteó su placa de detective y se la tendió, con la esperanza de que pudieran distinguir las letras en relieve NYPD en la parte superior, incluso desde más de una docena de metros de distancia.

"Soy detective", dijo. "No quiero problemas, sólo quiero llevar a esta chica a comisaría y hacerle unas preguntas. Eso es todo. Vosotros daos la vuelta y marchaos, y yo me olvidaré de que habéis estado aquí".

El hombre se deslizó fuera del capó y Drake pensó que tal vez su suerte estaba cambiando. Que podría salir ileso de este aprieto.

No estaba de humor para peleas. Lo que necesitaba era un trago.

"¿Usted? ¿Un detective?", el hombre miró al Crown Vic y luego al

hombre del bate de béisbol. Sin intercambiar una palabra, éste se echó hacia atrás y blandió el bate, destrozando la luz trasera y rociando el callejón de hormigón con plástico rojo. "Nunca he visto a un detective que conduzca semejante mierda de coche".

Drake negó con la cabeza.

¿Qué le pasa a la gente hoy en día? Primero los putos vendedores de cacahuetes, y ahora esto... ¿Tan mal estoy?

"Soy detective", repitió, con la esperanza de abrirse paso por fin entre esos tipos.

"Si usted 5-0, entonces yo soy Donald Trump", dijo el líder.

Y con eso, al sacar a relucir el nombre del presidente, Drake supo que la poca suerte que podía haber tenido se había agotado.

Donde antes quería evitar una pelea, Drake se encontró preguntándose si iba a salir vivo de esta.

Lo más sorprendente fue que esta toma de conciencia no le afectó como esperaba. ¿Para qué tenía que vivir? Todo el mundo en la comisaría le odiaba, quizá todo Nueva York, y la mujer y la hija de su difunto compañero le detestaban.

Debería *estar muerto*, pensó, con una mueca formándose en su cara. *No Clay, debería haber sido yo quien yaciera en el suelo, con un agujero de bala en el pecho.*

"Te diré qué, *cracka*. Suelta a la chica, métete en tu coche y lárgate de aquí. Tienes una oportunidad".

Drake no podía creer lo que oía. Deseo de muerte o no, de ninguna manera iba a escuchar un ultimátum de un matón callejero.

"Tengo una idea mejor", dijo. "¿Por qué no vais tú y tus novios a por otro *par de cuarenta*, os emborracháis y os tocáis? ¿Qué os parece?"

En cuanto terminó la frase, el negro flacucho se abalanzó sobre Drake. Era torpe, y tal vez un poco borracho, y Drake esquivó fácilmente un gancho de derecha. Cuando pasó a trompicones, Drake le clavó el puño en el costado, oyéndole gruñir al expulsar el aire de sus pulmones.

Drake pasó por encima de su figura encorvada y se echó hacia atrás, con la intención de asestarle un golpe en la cabeza.

Sólo que nunca tuvo la oportunidad de lanzar el puñetazo.

Justo cuando estaba a punto de empujar el puño hacia delante, el bate de béisbol le golpeó en el costado.

Lo único que salvó a Drake de un colapso pulmonar, o algo peor, fue el hecho de que estaba inclinado hacia atrás en el momento del impacto. El bate de béisbol aterrizó justo encima de su cadera derecha, y en cuanto Drake sintió el contacto, se fue con el golpe. Propulsado por el impulso del bate, giró como una peonza, dispersando parte del impacto.

Un relámpago de dolor punzante se disparó desde un punto justo por encima de su cadera, y gruñó.

Sabiendo que otro golpe era inminente, Drake trató de enderezarse, pero descubrió que no podía; su lado derecho se negaba a hacer otra cosa que enroscarse protectoramente.

El hombre musculoso con el bate de béisbol le miró fijamente, sonriendo con dientes brillantes, casi fluorescentes.

Drake gimió de agonía, luego buscó el bate de béisbol. Para su sorpresa, consiguió agarrarlo. El hombre tiró de él hacia atrás, pero Drake se negó a soltarlo, sabiendo que si lo hacía el siguiente golpe podría ser en la nuca.

"Suéltame, joder", refunfuñó el hombre. Retiró la otra mano y en un relámpago sus gruesos nudillos golpearon el lado derecho de la cara de Drake en un puñetazo de conejo.

Las estrellas llenaron su visión y Drake no tuvo más remedio que soltar el bate.

Al toser, lo que le provocó una agonía que le subió por el costado derecho, Drake apenas pudo distinguir la silueta del bate de béisbol mientras volvía a elevarse en el aire.

"Hazlo entonces", dijo, escupiendo sangre al suelo. "Acaba de una puta vez, sácame de mi miseria."

Drake cerró los ojos a la espera del golpe final, pensando en Clay y en cómo había muerto.

Pero nunca llegó.

En su lugar, oyó el familiar graznido de una sirena de policía, seguido de un coche que se detenía a toda velocidad.

"¡Joder! ¡Corre! *¡Corre!*" Alguien gritó, y Drake abrió los ojos.

Un corpulento agente de policía con pelo de herradura saltó del coche patrulla con el arma desenfundada.

"¡Quieto!" gritó el oficial. "¡Quietos!"

Como era de esperar, los matones no hicieron caso. En lugar de eso, se dieron la vuelta y corrieron, pasando por delante del Crown Vic de Drake y adentrándose en el callejón. Incluso el hombre al que Drake había roto las costillas pareció curarse y canalizar su Usain Bolt interior.

Con la cara apoyada en el hormigón, Drake vio cómo sus pies -un borrón de Nike Technicolor-desaparecían. Suspiró y cerró los ojos. No había forma de que el oficial Donut pudiera atraparlos, y no podía exactamente conducir tras ellos con el coche de Drake bloqueando el callejón.

Con un tremendo esfuerzo, Drake consiguió ponerse de rodillas y luego de pie. La agonía de su costado seguía agudizándose, pero el dolor de su cara ya se había convertido en un latido sordo.

"¡He dicho que *quietos!*", repitió el agente.

"Se han ido, idiota", murmuró Drake.

"¡Esta es tu última oportunidad! *¡Quieto!"*

Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que el agente le estaba hablando a él.

¿Qué demonios...?

Drake se giró lentamente en su dirección, con los brazos en alto. Al hacerlo, se dio cuenta de que Verónica, que no parecía haberse movido en todo el tiempo que él estuvo recibiendo golpes, se deslizaba dos pasos a su derecha.

"Soy detective", dijo Drake, sin dejar de mirarla. "Detective Damien Drake, comisaría 62, placa número 09813. Mi escudo está justo ahí, en el suelo", señaló con la cabeza el escudo que se le había caído cuando le había roto las costillas al hombre de la escalera.

"Damien Drake, reconozco el nombre", dijo el oficial.

Genial, pensó Drake, medio esperando que el hombre le disparara allí mismo. Pero entonces el agente se encogió de hombros.

"Me suena familiar, de todos modos. Vale, voy a coger el escudo y comprobarlo. No te muevas, ¿de acuerdo?" Su voz era más tranquila ahora.

Mientras lo hacía, Drake vio que Verónica empezaba a deslizarse aún más rápido por la pared.

"Esta es mi sospechosa, voy a traerla para interrogarla. Por el amor de Dios, no la dejes huir".

"Sólo un segundo", luego a Verónica, el oficial añadió. "No se mueva, señorita."

Cuando el hombre se agachó para recoger el escudo, Verónica se dio a la fuga.

Oh, no lo harás, pensó Drake. Apretando el brazo derecho contra su costado, empezó a perseguirla.

"¡Eh!", gritó el agente, pero Drake le ignoró.

Dispárame si quieres, pero no voy a dejarla escapar después de todo esto.

A pesar del dolor de sus costillas y de su rostro palpitante, consiguió alcanzar a la chica en sólo unas zancadas.

"¿Amigos tuyos?" Drake le susurró al oído mientras tiraba bruscamente de ella hacia su coche. Abrió la puerta, la metió en el asiento trasero y la cerró de golpe. Luego se volvió hacia el agente.

"¿Me devuelves mi escudo?"

El hombre levantó la vista y tragó saliva.

"Sí, lo siento Detective. No lo sabía, pensé..."

"Lo que sea", refunfuñó Drake. Se lo arrebató de la mano al hombre.

"¿Estás bien? Tienes la cara bastante hinchada", hizo un gesto circular con un dedo alrededor de la sien.

"Bien", dijo Drake, dando la espalda al hombre y dirigiéndose a su coche. Tosió una vez y escupió un fajo flemoso teñido de esquinas rojas.

"Oye, ¿quieres que vaya tras ellos? ¿Pedir refuerzos?"

Drake negó con la cabeza.

¿Respaldo? Ya hace tiempo que se fueron.

Drake se encogió de hombros y se puso al volante de su coche. Luego se asomó por la ventanilla.

"¿Vas a mover tu coche, o vas a hacerme dar marcha atrás hasta la 62?"

Los ojos del hombre se desorbitaron y se dirigió rápidamente a su coche patrulla.

"Lo siento-lo siento."

Cuando el agente empezó a salir del callejón, Drake vio pasar un Range Rover negro.

Tal vez no era tan sigiloso como pensaba.

Pero cuando por fin consiguió salir del callejón, el Rover había desaparecido.

Al pasar junto al policía, el hombre le gritó: "¡Detective Drake! ¡Tu luz trasera está rota!"

Drake miró hacia el espejo y vio que ya empezaba a crecerle un horrible bulto hinchado alrededor del ojo derecho y la sien.

"Dame un puto billete", refunfuñó, y luego aceleró.

Capítulo 35

La detective Chase Adams se cruzó con varios agentes uniformados de camino a la sala de juntas, todos los cuales la miraron con extrañeza.

Chase le devolvió la mirada, pero se mordió la lengua.

¿Qué demonios le pasa a todo el mundo? ¿Es Drake? ¿Mi asociación con él?

Era evidente que algunos de los detectives más experimentados, sobre todo los que habían trabajado con Clay, no estaban contentos con que tratara a Drake sin desdén ni ira. También sabía que le daban un poco de margen porque era nueva.

O bonito.

Tal vez ambas cosas.

Pero ahora se preguntaba si darle otra oportunidad a Drake había sido la decisión correcta. Después de todo, estaba al borde del abismo, incluso ella podía verlo. Estaba tan cerca que un pedo fuerte podría empujarlo. Sin embargo, lo que le había dicho el primer día iba en serio.

Chase podía soportar el calor que desprendía, pero no se prendería fuego. En caso de apuro, y esperaba de verdad que no fuera así -lo cierto era que sentía lástima por Drake y por lo que había pasado-, tenía las manos preparadas.

Sacó el móvil del bolsillo y volvió a marcar el número de Drake.

Aún no hay respuesta.

Chase maldijo y levantó los ojos justo a tiempo para ver pasar a un joven agente completamente uniformado que la miró de arriba abajo.

"¿Qué estás mirando?", espetó.

El hombre se sonrojó y negó con la cabeza.

"Nada... lo siento", dijo mientras se apresuraba a pasar.

Chase abrió de un tirón la puerta de la sala de conferencias y respiró el aire fresco, agradecida por tener por fin un momento para sí misma. Colocó una carpeta sobre la mesa y la abrió, rebuscando entre las fotografías que había descargado de Internet.

Luego empezó a colocarlas en la pizarra de corcho con Thomas, Neil y Chris, marcando las conexiones con trozos de hilo de una fotografía a otra. Cuando terminó, dio un paso atrás y se quedó mirando su trabajo.

Demasiados malditos signos de interrogación, pensó con consternación.

La puerta se abrió y los detectives Yasiv y Simmons entraron en la habitación.

Los ojos de Henry se dirigieron primero a la pizarra.

"Jesús, ¿qué es esto? ¿El árbol genealógico de John Gotti?"

Chase frunció el ceño.

Simmons, sin embargo, sólo la miraba fijamente, con los ojos algo más saltones de lo habitual. Henry siguió la mirada del hombre, y su expresión coincidió rápidamente con la del hombre mucho mayor que tenía a su lado.

Chase respiró hondo.

"Lo entiendo, todos odiáis a Drake. ¿Pero sabéis qué? Me importa una mierda. Piensen lo que piensen de él, piensen lo que piensen que hizo, sigue siendo un detective y uno muy bueno. Todo lo que importa es el caso... todo lo que importa es encontrar al asesino antes de que ataque de nuevo. Así que asúmelo de una puta vez, ¿vale?", espetó, e inmediatamente se arrepintió de sus palabras. Estaba enfadada; enfadada porque no estaban más cerca del asesino a pesar de su trabajo de ganchillo en la pizarra, enfadada porque si el patrón del asesino se mantenía, iba a atacar de nuevo dentro de un día o así y no tenían ni idea de quién sería su próxima víctima.

Chase tragó saliva con fuerza, tratando de promulgar su cara de póquer.

Henry negó con la cabeza.

"¿Qué? ¿Qué pasa, detective Yasiv? No podías dejar de hablar en casa de la Sra. Pritchard, así que por favor no te contengas ahora".

Los ojos del hombre se desviaron hacia Frank y volvieron a mirar hacia atrás.

"Es que..."

"Oh, por el amor de Dios", gritó Chase. "¡Escúpelo!"

Al diablo con la cara de póquer.

"Es tu atuendo", dijo al fin. "Pareces una Geni Bouchard morena".

"¿Un *qué*?" exclamó Chase. Se miró a sí misma y su corazón palpitó. Y entonces inundó su organismo de sangre, sobre todo las mejillas y las orejas. Chase no era de las que se avergonzaban fácilmente, pero por primera vez desde que su superior la había sorprendido con una aguja aún clavada en el brazo en Seattle, se sintió mortificada.

Aún llevaba puesto su conjunto de tenis blanco, la parte superior de sus pechos todavía húmeda por el sudor, el dobladillo de la falda apenas le cubría la parte superior de los muslos.

Chase respiró hondo tres veces, regañándose por ser tan descuidada con cada una de ellas, y luego se dirigió a los detectives.

No había nada más que hacer que poseerlo ahora.

"Está bien, supéralo. Estaba jugando al tenis con Clarissa Smith y no tuve oportunidad de cambiarme".

Los dos hombres siguieron mirando boquiabiertos.

"¿Estáis bien? ¿Queréis ir al baño y quitaros la madera de los

pechos? ¿No? Bien, entonces empecemos".

Se dio la vuelta, intentando quitarse la sangre de las mejillas, cuando la puerta volvió a abrirse.

"Oh, lo siento, pensé que el detective Adams..." La frase de la agente Dunbar se interrumpió cuando Chase volvió a girarse. "Oh, yo, uh..."

"¿Tú también?" Dijo Chase.

"Lo siento..."

Chase le cortó levantando una mano.

"Siéntate, Dunbar."

El hombre hizo lo que le decían, colocando sobre la mesa un delgado libro de tapa dura que llevaba en la mano. Los detectives Yasiv y Simmons también se sentaron.

Chase se volvió hacia el tablero y su cara volvió a sonrojarse al darse cuenta de que había girado demasiado deprisa y se le había levantado la falda.

Bueno, a la mierda. Estoy aquí, llevo esto. Deja que llenen sus bancos de azotes. Tengo tres *asesinatos que resolver.*

"Tres víctimas, todas ellas crecieron en Nueva York. Todas tienen el mismo modus operandi: papillas de mariposa, una mariposa dibujada con sangre en la espalda", empezó, señalando las fotografías correspondientes mientras hablaba. "Frank y Henry, me habéis dicho que la señora Pritchard os informó de que las tres víctimas eran amigas cuando eran más jóvenes. También tenemos a Clarissa Smith, esposa del difunto, y a su espeluznante criado Raúl. Por encima de ellos, Weston Smith, el hermano de Thomas. Y en lo más alto tenemos a Kenneth Smith, de SSJ", movió ahora el dedo lateralmente. "También tenemos la misteriosa '*V*' que encontramos en el teléfono de Thomas, y luego éste es el doctor Mark Kruk, primero psiquiatra matrimonial de los Smith, pero ahora probablemente sólo de Thomas".

Chase llevó la mano a la parte superior del tablero, donde había colocado la fotografía de una monarca. Debajo de la mariposa había tres cuerdas como hilos de seda que conducían a cada uno de los muertos.

"Y éste es nuestro asesino. Nuestro *Asesino de la Mariposa*, como lo llama la prensa", dijo con amargura antes de volverse hacia los demás. "¿Algo más? ¿Me he perdido algo?"

Henry abrió la boca para decir algo, pero Frank habló primero.

"La Sra. Pritchard no pudo decir mucho sobre los chicos, aparte de que solían jugar juntos".

Chase asintió.

"Beckett llamó esta tarde. Estaba en Montreal y confirmó lo que todos temíamos. Chris Papadopoulos o como se llame fue definitivamente la primera víctima del Asesino de la Mariposa.

Coincide con el modus operandi. Sangre femenina en su espalda, sin huellas, sin fibras, sin ADN en la escena. Nuestro asesino es meticuloso, cuidadoso y determinado".

Se hizo el silencio en la sala. Finalmente, el oficial Dunbar habló.

"Tengo algo, detective Adams", dijo vacilante.

"Dispara".

Levantó el libro de la mesa y se lo mostró a todos.

DEER VALLEY ACADEMY, Anuario 1992-1993, la portada decía.

A Chase se le iluminaron los ojos. Al ver esta reacción, Dunbar se animó a continuar.

"La señora Pritchard tenía razón: nuestras tres víctimas fueron juntas al instituto. De hecho", abrió la página marcada con una nota adhesiva. "Incluso tengo una foto de ellos juntos".

Chase se inclinó hacia él.

"Déjame ver", dijo, y Dunbar le entregó el anuario.

La fotografía mostraba a cuatro chicos con la cabeza echada hacia atrás entre risas y los ojos muy abiertos. Al fondo había un quinto chico, medio recortado por el marco. A diferencia de los demás, este muchacho tenía la cabeza baja y los labios fruncidos. Sus largos brazos colgaban sin fuerza a los lados.

Chase reconoció a los tres primeros y los señaló, diciendo sus nombres en voz alta. Cuando llegó al cuarto chico, señaló y miró a Dunbar.

"¿Quién es?"

El hombre sonreía con orgullo.

"Ese es Tim Jenkins."

"¿Quién?" Preguntó Chase.

Dunbar se encogió de hombros.

"Sigo trabajando en ello".

Chase señaló al niño que había quedado aislado por la frontera a continuación.

"¿Y esto?"

"Eso no lo sé. Ni siquiera está claro si se supone que está en la foto o si simplemente hizo photobombing. Busqué en el anuario y no encontré a nadie que se le pareciera".

Chase asintió y volvió a la pizarra. Colocó otro trozo de papel en la misma fila que las otras víctimas, pero a un lado. Escribió el nombre de Tim Jenkins en el papel, pero no pasó ningún hilo.

¿Víctima potencial o sospechoso?

"Gran trabajo. ¿Algo más?"

Cuando Dunbar no respondió de inmediato, ella lo miró.

El hombre volvió a mostrarse incómodo, como la primera vez que vio su atuendo.

"¿Y ahora qué?" preguntó Chase.

Pronunció las palabras "*teléfono móvil" y* sus ojos se desviaron hacia Frank y Henry.

"Está bien, adelante", le animó Chase.

Dunbar se aclaró la garganta antes de continuar.

"Alguien había borrado la mayor parte de la información del teléfono; o eso o Thomas era un tipo bastante aburrido. De todos modos, pude recuperar algunos mensajes borrados de hace unos tres meses. Parece que Thomas se puso en contacto con Neil de la nada; por lo que he podido ver en las redes sociales, era el primer contacto que tenían en años. De todos modos, empieza a hacer algunas preguntas extrañas...".

Chase enarcó una ceja.

"¿Extraño? ¿Cómo?"

"No sé, todo parece una cháchara, como si no dijeran nada. Pero tengo la impresión de que *están* diciendo algo. Algún tipo de código de hermanos, tal vez".

Chase inclinó la cabeza hacia un lado, tratando de obtener una nueva perspectiva de lo que decía Dunbar.

"Entonces, ¿hay algo que podamos usar?"

Dunbar empezó a hojear varias hojas de papel que tenía sobre la mesa.

"Ah, aquí", dijo, refiriéndose a una transcripción de mensajes de texto. "Este es de Neil a Thomas, marcado el martes 21 de diciembre a las 2:34 am. Hay muchos errores tipográficos, pero básicamente dice: *Tommy, ¿cuándo volverás a ver a 'V'? Creo que le gustas, jajaja*".

A Chase se le cortó la respiración.

V es ella.

"¿Qué...?"

"Espera, hay más", interrumpió Dunbar, moviendo el dedo a la siguiente línea. "Aquí está el mensaje de vuelta de Thomas, nueve minutos después: *No más mensajes*".

Chase esperó.

"¿Eso es todo?", dijo ella.

"Eso es todo por otras dos semanas", confirmó Dunbar. "Y luego volveremos al código de los hermanos sin palabras".

Chase cogió una silla de la mesa y se sentó, intentando organizar toda la nueva información en su mente. Al cabo de unos instantes, se inclinó hacia delante, entrelazó los dedos y se los golpeó contra la barbilla.

"De repente, Thomas envía un mensaje de texto a Neil y empiezan a charlar. Es todo cháchara, hasta que Neil menciona '*V*', aludiendo a ella como una mujer, y Thomas esencialmente pone fin a la conversación. Un mes después, ambos están muertos. ¿Estoy en lo cierto?"

Dunbar asintió.

"¿Qué pasa con Chris Popo-lo que sea. ¿Se ha puesto en contacto con Neil o Thomas?" Chase preguntó.

"Que yo sepa, no en el teléfono de Thomas ni en Internet", respondió Dunbar.

"Vale, entonces se me ocurren dos escenarios: uno, es que haya alguien ahí fuera apuntando a estos chicos por algo que hicieron hace mucho tiempo -sabemos de sobra que Thomas Smith no siempre fue el ciudadano ideal de NY-o algo ocurrió cuando se juntaron hace unos meses. El primero es el único escenario que incluye a Chris. La clave quizá sea esta misteriosa mujer *V*", Chase hizo una pausa. "¿Podría ser ella la que tiene sangre en la espalda de los dos hombres?".

Se hizo el silencio entre los detectives.

"Tal vez", se dijo Chase a sí misma más que a nadie. "Tal vez".

Levantó los ojos y se volvió hacia Dunbar.

"Averigua todo lo que puedas sobre Tim Jenkins y cómo encaja en esto. Además, voy a necesitar los nombres de todos los profesores de las clases en las que estaban los chicos."

"Eso fue hace veinte años", se quejó Dunbar.

Chase lo descartó con un gesto de la mano.

"Jubilados, aún trabajando, no importa, mientras sigan vivos".

Dunbar asintió y empezó a levantarse.

"Buen trabajo", dijo ella, y el hombre sonrió y salió de la habitación.

Chase miró a continuación al detective Simmons.

"¿Alguna idea de dónde está Drake? Nos vendría bien su ayuda ahora mismo".

"Ni idea. No le he visto ni sé nada de él desde la última reunión".

Chase se volvió hacia el detective Yasiv.

"¿Tú?"

Sacudió la cabeza.

"Lo mismo digo. No he..."

Un alboroto en el exterior de la sala de conferencias interrumpe su respuesta y atrae la atención de todos.

"¿Qué coño?" murmuró Chase.

Había una chica guapa con un camisón de Frozen, con las manos esposadas a la espalda, siendo conducida por la comisaría 62 nada menos que por el hombre en persona.

Capítulo 36

A DRAKE LE DOLÍA LA CARA, Y un cisma de dolor le subía por el costado con cada respiración. Y, sin embargo, pensó que había hecho un buen trabajo manteniendo una expresión neutra.

Sabía lo ridícula que debía parecer la escena para los demás agentes y detectives, pero no le importaba. Después de todo, no tenía ninguna reputación que proteger, ninguna dignidad que mantener.

Todo eso se había perdido cuando Clay había sido asesinado.

Joder, necesito una copa.

Justo cuando pasaba por delante de la puerta de la sala de conferencias, ésta se abrió de golpe y Chase irrumpió en el pasillo.

"¿Drake? ¿Quién demonios es?"

Drake se quedó mirando un momento, recorriéndola de arriba abajo. Llevaba un atuendo que recordaba al que Clarissa Smith había lucido el día que le dijeron que Thomas había muerto.

Y que le aspen si no le queda tan bien como a ella.

"¿Qué demonios llevas puesto?", preguntó, ahogando una risita. Verónica siguió caminando hacia delante, y él la agarró de las esposas y tiró de ella hacia atrás.

"Eso no importa", espetó Chase. Se inclinó hacia él y Drake tuvo la extraña sensación de que lo estaba olfateando. "¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Y quién demonios es ésta?"

"Esto", dijo, sin poder evitar que se le formara una sonrisa en la cara a pesar del dolor, "es *V*".

Chase se quedó estupefacto.

"*V*?"

"Sí, Chase Adams te presento a Verónica... ¿cuál dijiste que era tu apellido?".

"No lo hice", gruñó Verónica.

"Ah, bueno, *V* es suficiente", dijo Drake.

Al darse cuenta de que Chase seguía mirándole fijamente, se volvió hacia uno de los agentes que se habían reunido a su alrededor.

"Tindall, lleva a esta mujer a fichar, por favor."

El hombre no se movió.

"Detective Tindall lleve a esta mujer a fichar", repitió Chase.

El detective Tindall, un hombre de nariz larga y barba pintada, dio un paso al frente.

"¿Cuál es el cargo?"

"Nada por ahora, sólo quiero hablar", respondió Drake, entregándole a la mujer. Ella le siseó y él le guiñó un ojo. "Sólo una pequeña charla".

Chase volvió a inclinarse hacia él.
"Entra en la sala de conferencias, Drake."
Drake asintió y se volvió hacia los demás.
"¿Puede alguien traerme un buen filete frío para el ojo?" Cuando nadie se movió, ni siquiera esbozó una sonrisa, añadió: "¿No? ¿Alguien?".
Chase lo agarró por el brazo, con una fuerza sorprendente, y tiró de él en dirección a la sala de conferencias.
"Ahora, Drake."
Se dejó conducir y, una vez dentro, Chase se volvió hacia los detectives Yasiv y Simmons.
"Frank, Henry, os avisaré cuando sepa algo de los profesores. Hasta entonces, prepárense".
Los dos hombres se levantaron y se marcharon, sin dedicar a Drake más que una mirada superficial.
"¿Profesores?", preguntó, pero sólo se encontró con el silencio.
Cuando por fin se fueron, Chase lo miró, con los ojos encendidos.
"Siéntate, Drake. Siéntate y dime qué coño está pasando".

***

"¿Cómo se llamaba el oficial? ¿El que te salvó?" preguntó Chase cuando terminó de contar su historia.
Drake frunció el ceño.
"No sé... no entendí su nombre. ¿Eso es lo que captas? ¿Después de lo que te dije sobre Raúl, Weston... sobre encontrar a *V*?"
Chase se le quedó mirando acusadoramente.
"No estaba bebiendo si eso es lo que estás pensando."
Durante casi un minuto entero, los dos detectives permanecieron sentados en la sala de conferencias sin decir palabra.
Finalmente, Chase habló.
"Te creo", se apresuró a decir, y luego pasó a describir las nuevas fotografías del tablero y el significado que había detrás de los alfileres y los hilos.
"Pero aún no estamos cerca de encontrar al asesino", dijo Drake, sonando desolado. "¿Crees que este Tim Jenkins podría ser nuestro hombre?"
Chase se encogió de hombros.
"Si es así, espero que Dunbar tenga algo para mí en una hora o así".
"¿Quieres hacerle una visita?"
Chase negó con la cabeza.
"No, todavía no. Primero averigüemos un poco más. Si es el Asesino de la Mariposa, podríamos pillarle por sorpresa".
Drake se mordió el interior del labio.
"¿Y si no es el asesino? ¿Y si es la próxima víctima? Según la línea

temporal, el asesino volverá a atacar pronto".

Drake pudo ver que sus palabras habían tocado una fibra sensible en Chase, iluminando algo que ella ya había considerado.

"Tienes razón, es demasiado arriesgado. Necesitamos a alguien con él, siguiéndole, permaneciendo fuera de su casa. Pondré al detective Gainsford en ello. Mientras tanto, me encantaría traer a Raul aquí".

Drake se resistió.

¿"Raul"? ¿Y Weston? ¿O Ken Smith? Esos son dos tipos con los que quiero hablar. Ellos son los que proporcionan el dinero, pagando a la gente. Amenazando a Clarissa."

Chase abrió la boca para responder, pero un golpe en la puerta de la conferencia la interrumpió.

"¿Sí?", preguntó ella.

La puerta se abrió unos centímetros y el hombre que había llevado a Verónica a la reserva se asomó.

"El Sargento Rhodes quiere verte en su oficina."

"¿Yo?" preguntó Drake por costumbre.

"Los dos", respondió Tindall y cerró la puerta.

Drake se volvió hacia Chase, que se encogió de hombros.

"Déjame hablar a mí", dijo. "Sólo están buscando una razón para dejarte ir".

"No me digas."

Capítulo 37

El sargento Rhodes estaba sentado detrás de su escritorio, con el ceño fruncido.

"Siéntate", ordenó en un tono enérgico, con el que Drake estaba demasiado familiarizado.

Tanto Drake como Chase hicieron lo que se les pidió.

Rhodes suspiró y se inclinó hacia delante.

"En nombre de Dios, ¿qué está pasando? ¿Crees que esto es un número de circo? Que puedes... -dejó escapar la frase y luego señaló a Chase-, parece que vas vestido para un maldito baile de debutantes, y tú -señaló a Drake-, parece que te has peleado con Conor McGregor. ¿Y qué es eso de que una chica vestida de Disney se pasea por la comisaría?".

Drake miró a Chase, pero su atención volvió cuando Rhodes golpeó con las manos el escritorio que tenía delante.

"¡Habla, maldita sea!", bramó.

Chase se aclaró la garganta y contó los progresos que habían hecho en el caso del Asesino de la Mariposa, empezando por la conexión con Chris Papadopoulos en Montreal, hasta el hecho de que las tres víctimas habían ido juntas al instituto. Drake esperaba que Rhodes se alegrara, ya que estaban haciendo progresos, pero a medida que Chase relataba sus hallazgos su papada sólo parecía hundirse más y más.

"¿Eso es todo?", dijo él cuando ella terminó. "¿El CSU no tiene nada? ¿El ME no tiene nada? ¿Ninguna pista? ¿Ningún sospechoso?"

"Bueno, todavía estamos explorando-" Chase comenzó.

"Tengo a los medios de comunicación respirándome en la nuca", empezó Rhodes, con la cara empezando a enrojecer, "y el subinspector me está dando por el culo al menos una vez al día. Ahora tengo tantos orificios que, cuando voy a cagar, parezco un maldito aspersor. Y el Alcalde... Cristo, el Alcalde se queja de que cada donante con una cuenta bancaria de siete cifras se ha puesto en contacto con él, preguntando si están en peligro de ser los siguientes por este... este *Asesino de la Mariposa*".

Drake ya había visto al hombre alterado antes, enfurecido hasta el punto de que Clay ni siquiera podía calmarlo, pero esto era diferente. Rhodes, a pesar de sus bravatas, parecía asustado.

Y eso era algo nuevo.

Drake se aclaró la garganta.

"Tenemos que traer a Kenneth y a Weston Smith, hacerles algunas preguntas y ver adónde va el dinero. También sería bueno crear un grupo de trabajo. El período de enfriamiento del asesino entre

asesinatos ha sido..."

La cara de Rhodes se puso tan roja que Drake se detuvo, preocupado por el bienestar del hombre.

"¿En serio? ¿De *verdad?*", replicó el sargento con sarcasmo. "Le digo que el alcalde está encima de mí y que los medios de comunicación se muerden la cola, ¿y usted me dice que quiere traer aquí a dos de los abogados y personajes públicos más ricos de Nueva York para entrevistarlos? ¿Basado en qué?"

"Tenemos..." Chase comenzó pero fue cortado una vez más.

"Nada, eso es lo que tienes", terminó Rhodes por ella. "Tienes algunas teorías descabelladas sobre sobornos y otras tonterías. Pero nada sobre quién es el asesino o qué coño quiere, aparte de divertirse matando cabrones ricos. Tim Jenkins, eso suena como una pista."

"O tal vez nuestra próxima víctima", ofreció Drake.

Rhodes frunció los labios e hizo un gesto despectivo con la mano.

"Lo pondremos bajo vigilancia las veinticuatro horas, a ver si le pillamos el desliz..."

"¿Qué pasa con Raúl entonces?" preguntó Drake, interrumpiendo a su compañero. Chase le lanzó una mirada cuyo significado estaba claro: "*Te dije que me dejaras hablar a mí"*.

"¿Quién?" preguntó Rhodes ahora con aire de indiferencia.

"El ama de llaves de los Smith. Podemos traerlo bajo sospecha de solicitación... Después de todo, lo vi dirigirse al apartamento de la prostituta con un sobre de dinero".

Rhodes negó con la cabeza.

"No, no lo viste. Lo que viste, Drake, fue a un hombre en *las inmediaciones* del apartamento con un sobre que *sospechas* que estaba lleno de dinero en efectivo", corrigió Rhodes. "De ninguna manera vas a traer a nadie relacionado con esa familia a esta comisaría".

"¿Y si traemos a Raúl sólo para charlar? Quiero decir, informalmente. Está claro que sabe mucho más de lo que dice. Además, puede que haya visto algo que ni siquiera crea que esté relacionado con el caso", preguntó Chase, sustituyendo a Drake.

El sargento Rhodes suspiró y se quitó las gafas antes de frotarse las hendiduras rojas de los lados de la nariz con los dedos índice y pulgar. Dejó las gafas sobre el escritorio y miró a Chase.

"Bien. Pero quiero que sea discreto, ¿entendido? Y nadie debe acercarse a ningún miembro de la familia Smith. ¿Está claro?"

Chase asintió.

"Entendido."

"Y consigue a alguien sobre este Tim Jenkins de inmediato; lo último que necesitamos es otro asesinato en nuestras manos. Y Chase, quítame a los medios de encima. Organiza una conferencia para mañana por la mañana".

Chase torció la cara.

"¿Para decirles qué?"

Rhodes levantó las manos.

"No sé, ¡sólo quítamelos de encima! Y si te pones esa ropa para la conferencia, no me importa lo que diga RRHH, estás acabada. ¡Ahora salgan de mi oficina!"

Capítulo 38

Una hora más tarde, Drake se encontraba de nuevo en la sala de conferencias, con los ojos desenfocados mientras miraba las fotografías de la pizarra.

Chase había hecho un buen trabajo juntando las piezas, pero no podía evitar pensar que había algo que les faltaba, algo grande. Algo que podría resolver este caso.

Tres víctimas, una de las cuales vivía en otro país, dos que acababan de reavivar una rancia amistad de dos décadas, una prostituta, una pícara ama de llaves con sobres de dinero y una maldita mariposa de todas las cosas...

A Drake le recordó un tablero similar que Clay había montado cuando intentaban atrapar al Rey Esqueleto. Sólo que entonces habían sido siete asesinatos, no tres, y las víctimas eran náufragos en lugar de los más acaudalados de Nueva York.

Sin embargo, había algo similar en ellos. Por un lado, el Asesino del Esqueleto tenía un modus operandi específico, al igual que el Asesino de la Mariposa.

La puerta de la conferencia se abrió y Drake se giró para ver entrar a Chase. Llevaba una falda oscura y una blusa color crema abotonada casi hasta el cuello.

"Pensé que podría encontrarte aquí. ¿Ya fuiste a entrevistar a Verónica?"

Drake negó con la cabeza.

"No; voy a dejar que se lo guise. Le he dicho a Frank que cuando recoja a Raúl se asegure de colarlo por detrás, pero que Verónica lo vea. Ella estaba muy callada en su apartamento; tal vez ver a Raúl podría relajarlos. Consideré pedirle a Frank que esposara a Raúl una vez dentro de la comisaría, pero si Rodas se enteraba, se cagaría en los aspersores".

Chase sonrió satisfecho, y pudo ver en sus ojos que pensaba que traer a Raúl y hacerlo desfilar para Verónica podría ayudarla a recordar a Thomas Smith.

"El detective Gainsford está apostado fuera de la casa de Tim Jenkins con órdenes explícitas de no interactuar con él si se le ve. Dije que le relevaríamos esta noche a las diez".

Drake enarcó una ceja pero se resistió a comentar. Vigilar la casa de un hombre era un trabajo para una sola persona. Esto parecía sospechosamente como si ella quisiera cuidarlo. Y también significaba que no era probable que le sirvieran tarta de lima esta noche.

O Johnny Red.

"¿Qué vamos a hacer mientras tanto? Me estoy quedando ciego mirando esta pizarra".

Chase sonrió.

"¿Qué? ¿Qué es?" Drake preguntó.

Tiró un montón de papeles sobre el escritorio y se deslizaron hasta Drake. Él los cogió antes de que cayeran al suelo.

"Mi chico de los registros llegó: Los registros juvi de Thomas. Y son peores de lo que pensábamos. Mucho peor".

Drake cogió los papeles y empezó a leer.

"No me digas", dijo.

La primera línea decía Thomas Alexander Smith - Antecedentes penales juveniles. Lo que seguía eran varias páginas de listas de delitos y sus penas.

"¿Tres páginas?", preguntó sorprendido.

Chase asintió con entusiasmo.

"Vamos, léelo, se pone mejor".

Drake volvió a prestar atención a la primera página.

El primer delito de la lista fue *Grand Theft Auto*.

Drake silbó.

"Vaya. ¿En serio? Este no es un niño que se olvida de pagar una chocolatina".

"No", respondió Chase con aire de suficiencia. "Sigue adelante".

Tres años en detención juvenil, reducidos a seis meses, liberado al cabo de un mes por buena conducta.

Thomas sólo tenía catorce años.

Sus ojos se desviaron hacia la siguiente acusación.

Robo de menos de 1.000 dólares; tres meses de libertad condicional, multa de 10.000 dólares, 40 horas de servicio comunitario.

El tercer delito fue agresión en tercer grado, por el que Thomas pagó otra cuantiosa multa y se le impusieron cien horas de servicios a la comunidad.

Drake levantó la vista y se frotó los ojos. Entrecerrar los ojos ante el texto en negro le producía náuseas.

"Sí", dijo Chase antes de que Drake siquiera hiciera una pregunta. "Todos son así. Multa considerable, servicio comunitario. Parece que papá tuvo que desembolsar algo de dinero para mantener a nuestro ángel Thomas Alexander Smith fuera de prisión".

Drake dio un golpecito en la esquina de la página.

"¿Por qué no apareció nada de esto en nuestra búsqueda de antecedentes? Los registros de Juvi están sellados, pero debe haber habido *algo* sobre esto en un artículo de periódico, ¿no? Es decir, no pueden publicar su nombre, pero hay otras formas de insinuarlo sutilmente, que serían de interés, sobre todo dada la prominencia de Ken Smith en la comunidad."

Chase negó con la cabeza.

"Ni uno. Ni un solo artículo sobre los crímenes, y mucho menos sobre los autores. Hice que Dunbar lo comprobara después de recibir el archivo. Estoy empezando a pensar que las donaciones estratégicas de Ken Smith podrían incluir algunos editores muy específicos en el Times. Tal y como yo lo veo, si puedes pagarles para que publiquen lo que quieras, puedes pagarles para que *no* publiquen lo que quieras."

No lo sé, pensó Drake.

"Y", continuó Chase, "esto fue hace más de veinte años. Entonces no había blogs ni vlogs".

Drake enarcó una ceja.

"He oído hablar de los blogs, ¿pero de los vlogs?".

"Videoblogs".

"Ah."

Chase se acercó al lado del escritorio de Drake.

"Echa un vistazo más de cerca al robo del auto".

Drake lo hizo.

Nada le llamó la atención.

"El co-acusado".

Drake tardó un segundo en encontrar la línea y, cuando lo hizo, silbó.

"Wow."

La sonrisa de Chase creció.

"Sí. Thomas y Neil, ambos robaron el coche. Parece que a los dos chicos ricos les gustaba meterse en pequeños problemas por allá".

Drake se recostó en su silla.

"No me digas", dijo mientras volvía a coger el anuario del instituto. Lo abrió por la página en la que aparecía la fotografía de Thomas, Neil y los otros tres chicos, marcada con una nota adhesiva. Cuando vio la foto por primera vez, sólo había visto alegría juvenil en sus ojos, sus bocas abiertas por la risa. Pero ahora, dado lo que sabía sobre Thomas y su juventud, su perspectiva había cambiado.

Ya no parecían felices, jubilosos. Ahora parecían... *diferentes.* Podían estar riendo, claro, pero no tenía por qué ser de alegría. Podía ser otra cosa.

"¿Crees que estos chicos cabrearon a alguien hace tantos años, y que quienquiera que fuese se está vengando ahora? ¿Después de todo este tiempo?"

Chase se encogió de hombros.

"Lo he pensado. Quiero decir, Dunbar no puede encontrar una conexión reciente entre Chris y Neil y Thomas-él todavía está trabajando en Tim. Pero dudo que estuvieran todos juntos en un club de lujo. ¿Y alguien con una venganza? Me las arreglé para conseguir los archivos del caso más atroz de las acusaciones de Thomas... están

fácilmente disponibles, sólo los nombres de los menores están censurados. El coche que robaron pertenecía a un maestro de escuela, y estaba intentando que se retiraran los cargos. ¿El robo? Macy's. Mierda, todo el mundo roba en Macy's. Y el asalto fue de Thomas lanzando un puñetazo a un portero que no le dejó entrar en un club porque era siete años menor de edad. El tipo ya tiene sesenta años y es pastor".

Drake se lo pensó un momento, con su comentario anterior sobre Ken Smith sobornando a un editor aún en mente.

"¿Saben qué? Tal vez no sean los delitos por los que Thomas fue arrestado, sino por los que *no*".

Chase chasqueó la lengua.

"Eso es lo que yo también estaba pensando. Pero, ¿cómo diablos podemos averiguar sobre un crimen que nunca fue denunciado? ¿Nunca se archivó? ¿Ningún arresto? Quizá hoy podamos hacer una búsqueda informática de cualquier nota sobre Thomas o Neil, pero ¿hace veinte años? Imposible".

Drake miró a Chase.

"No es imposible. Sólo tenemos que preguntar a uno de los chicos".

Chase parecía dudosa, y Drake sabía lo que estaba pensando.

Thomas estaba muerto, Neil y Chris también. Y habían decidido mantener las distancias con Tim Jenkins por el momento.

Pero no estaba interesado en ninguno de ellos.

Se inclinó repentinamente hacia delante y su dedo se posó directamente en la cara del muchacho larguirucho medio cortado por el borde de la foto, con los labios finos fruncidos en un ceño profundo.

"*Este* chico... apuesto a que puede decirnos lo que queremos saber. Si alguna vez podemos averiguar quién coño es".

Una mirada a su rostro bastó para decirle que era escéptica.

"*Si* no es sólo un merodeador al azar, que no podemos decir. Tengo a Dunbar en ello, por si acaso. Hablando de eso", dijo mientras sacaba otra hoja de papel de la carpeta que tenía delante.

"¿Más regalos?"

"Dunbar" vino de nuevo. Una lista de los profesores que enseñaron a los chicos en el instituto. Al principio, pensé que tal vez el profesor cuyo coche habían robado estaría en ella, pero no hubo suerte. No trabajaba en el mismo distrito. De todos modos, la mayoría están muertos o jubilados. Hice que el detective Simmons hiciera algunas llamadas -al parecer, se le dan bien los ancianos-y tres de ellos recuerdan a los chicos. Él y el detective Yasiv se dirigen ahora a hablar con ellos".

"¿Y Dunbar?"

"Todavía está trabajando en la conexión Jenkins. Me llamará en cuanto lo sepa".

Drake giró en su silla y empezó a añadir la nueva información -el profesor, el chico misterioso de brazos largos y cara alargada, el gorila que Thomas había fichado-a la pizarra.

Cuando terminó, señaló con el dedo al psiquiatra Dr. Mark Kruk.

"¿Qué pasa con él? ¿Alguien ha hablado con él?"

Chase negó con la cabeza.

"Se suponía que sí, ¿recuerdas? Antes de que te fueras a visitar putas y a que te dieran puñetazos en la cabeza".

Drake soltó una risita y luego se estremeció al recordar sus costillas doloridas y su cara hinchada.

"Es una pérdida de tiempo, de todos modos. No te va a revelar ninguna información del paciente".

Drake se encogió de hombros, recordando cómo había detestado la idea de hablar con otro psiquiatra cuando Chase se lo había sugerido por primera vez.

Pero ahora el Dr. Mark Kruk parecía la última persona a la que aún no habían entrevistado.

Podría valer la pena intentarlo.

Durante unos instantes, ambos se quedaron mirando la pizarra sin hablar.

"Parece una tela de araña", dijo finalmente Chase.

"Más bien una crisálida inmadura", dijo Drake.

Chase frunció el ceño e iba a decir algo cuando sonó el timbre de su teléfono y contestó. Tras unas breves frases, colgó y se volvió hacia Drake.

"Era el detective Gainsford. Está de camino con Raul ahora. Deberíamos ir a la sala de interrogatorios, prepararnos. Asegúrate de que Verónica le ve".

Drake asintió.

"Sí, ve tú. Dudo que ella esté muy contenta de verme primero. Podría ser bueno si puedes suavizar las cosas, hacerla sentir más cómoda. ¿Quizás ponerte ese numerito que llevabas antes?"

Chase le dio un puñetazo en el hombro, y él hizo una mueca de dolor cuando el impacto hizo que se le inflamara de nuevo el costado.

"Tienes cinco minutos."

"Cinco minutos", aceptó Drake. Cuando la puerta se cerró tras ella, sacó el móvil del bolsillo e hizo su propia llamada.

Capítulo 39

"RAÚL, ME ESTOY ESFORZANDO aquí, tratando de entender por qué estabas llevando dinero a una prostituta en Clinton Hill. Dinero que recibiste de Weston Smith", dijo Chase, inclinándose sobre su escritorio.

Raúl no dijo nada, se limitó a mirar fijamente a Chase con sus ojos pequeños y oscuros.

Chase suspiró.

"No lo entiendo. Vienes aquí por voluntad propia, sin representación aunque ambos sabemos que todo lo que tenías que hacer era silbar y Weston estaría aquí. ¿Por qué? ¿Para sentarte aquí y no decir nada?"

Todavía nada. Ni un destello de ira, tristeza, frustración. Nada. El afecto del hombre era ligeramente perturbador. Chase decidió presionar un poco más, tratar de evocar una reacción en él.

"¿Por qué pagabas a la prostituta, Raúl? ¿La maltrataste un poco la última vez? ¿La estrangulaste tal vez?"

Ni siquiera un parpadeo en los ojos oscuros del hombre.

"¿No? Tal vez Clarissa es más tu tipo, con su gran..."

"¡Ya basta!", gritó de repente el hombre.

El arrebato fue tan repentino que Chase retrocedió sorprendido.

Así que ahí está el botón, pensó. Pero en lugar de pulsarlo, se reclinó en la silla y estudió al hombre. Era pequeño de estatura, pero tenía una presencia que ella no había apreciado cuando se conocieron en la finca de los Smith. En aquel entonces, ella había pensado que se necesitaría un hombre grande para abrir las enormes puertas de roble, y se sorprendió de que, en lugar de eso, hubiera sido Raúl.

Ahora Chase empezaba a pensar que Raúl era "más grande" de lo que había pensado en un principio e hizo una nota mental para que Dunbar investigara tanto a Raúl como a Tim Jenkins.

¿Por qué estás aquí? ¿Culpa? ¿Deber? ¿Remordimiento?

Chase le masajeó la frente.

"Puedes irte. En cualquier momento, puedes irte, Raúl. No estás arrestado, no estás retenido ni detenido. Esto es sólo una conversación. Una conversación entre dos personas que quieren averiguar quién mató a Thomas Smith. ¿Crees que puedes ayudarme con eso?"

Raúl no se movió, ni siquiera se movió el grueso bigote. La rabia que le había sacado por hablar mal de Clarissa se había desvanecido tan rápido como había aparecido. Y lo que era peor, parecía habérsela transferido a ella.

¿Por qué todos los implicados en este caso se empeñan en dificultar al máximo su resolución? ¿Qué demonios oculta todo el mundo?

***

Drake se presionó la cabeza con la bolsa de guisantes que había robado del congelador del personal. Inhaló bruscamente, pero la sensación de adormecimiento que siguió fue muy apreciada.

"Esto me pasa por intentar hacer lo correcto", refunfuñó.

Verónica se burló.

"Sé que salías con Thomas Alexander Smith. Lo sé porque vimos tu nombre en su móvil", Drake miró fijamente a la mujer mientras hablaba, a ver si delataba algo.

Verónica sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco, pero mantuvo los labios apretados.

"También creo que estabas viendo a Neil Benjamin Pritchard."

¿Fue un tic? ¿Ha cortado la respiración?

"No se ve bien, Verónica. No pinta nada bien para ti. Dos de tus clientes ricos están muertos, y tú aceptaste un soborno de una de sus ricas familias para guardar silencio. Además del soborno, podemos acusarte de obstrucción a la justicia... Eso son hasta 15 años de cárcel, querida".

Verónica se burló.

"Ese sobre de dinero no te servirá de mucho en la cárcel. Seguirás haciendo trucos en prisión, pero no será en una cama gigante con cortinas rojas, y tus clientes tendrán nombres como Sadie Mae y Squeaky Fromme y no Blake y Finn, déjame decirte".

Verónica no se inmutó.

"Tres asesinatos, Verónica. *Asesinatos.* Thomas, Neil y Chris. ¿Sus vidas valen menos que el dinero que Raúl te pasó?"

Verónica frunció los labios y cruzó los brazos sobre su ridículo camisón de Frozen.

"¿Quién?"

Drake se quedó mirando.

Se levantó de repente, incapaz de seguir mirando la expresión petulante de Verónica. Sin decir una palabra más, salió furioso de la habitación. Luego apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos.

Sólo un trago. Me dirijo al coche, cojo la miniatura que guardé en la guantera y me la bebo. Sólo una.

Drake abrió los ojos y se giró, y estuvo a punto de tropezar cuando se dio cuenta de que Chase estaba allí de pie, mirándole fijamente.

"Probablemente ya se habrá descongelado", dijo.

La cara de Drake se torció de confusión.

"¿Qué?"

Ella señaló con la cabeza la bolsa de guisantes que tenía en la

mano. Drake gruñó y los tiró a una papelera que había al final del pasillo.

Sonó con fuerza y amenazó con caerse, pero tras un odioso *whu-whu-whu-whu* sonido de balanceo, se asentó.

"¿Llegas a algo con el indio Oddjob?"

Chase entornó los ojos en respuesta a la oscura referencia y a la naturaleza racista del comentario, pero luego negó con la cabeza.

"No ha dicho nada. Literalmente nada, aparte de proteger a Clarissa. Quiero decir, ¿por qué siquiera venir aquí si no vas a hablar? ¿Cuál es el punto? "

Drake rechinó las muelas con tanta fuerza que sintió llover un fino polvo sobre su lengua.

Chase tenía razón. Nada de esto tenía sentido. De repente, Drake se encontró de nuevo en el callejón, curándose las heridas, gritándole al imbécil del poli que moviera el coche, cuando pasó el Range Rover negro.

¿Por qué estaba allí el Rover? ¿Por qué seguía Raúl por allí?

Como un relámpago, surgió una idea. Chase debió de ver un cambio en su rostro porque de repente se alarmó.

"¿Qué? ¿Qué es?"

"Quiero probar algo, ¿vale? Dijiste que jugabas al póquer..."

"-Póquer en Internet."

"Sí, bueno, ¿puedes leer a la gente?"

Chase sonrió.

"Desde luego", respondió.

"Vale, bien. Esto es lo que voy a hacer", dijo Drake, y luego le contó su plan.

***

"Ya está, Raúl. No quieres hablar, así que no tiene sentido que perdamos el tiempo", dijo Drake. Como era de esperar, el hombre ni siquiera pestañeó. "No, en serio. Te acompaño. No más preguntas. No es como si fueras a responderlas de todos modos".

Cuando el hombre que tenía enfrente siguió sin moverse, Drake se levantó y se acercó a él. Colocó una mano bajo el brazo de Raúl y le ayudó a ponerse en pie.

Este acto finalmente provocó una respuesta. No fue tanto un retroceso ante su contacto como un temblor de sorpresa.

"Vamos", condescendió Drake, "no voy a cogerte de la mano".

Raúl se puso en pie y se volvió hacia la puerta.

"¡Vamos! Esto no es un truco".

Raúl entró lentamente en el pasillo. Empezó a girar a la derecha, pero Drake se precipitó a su lado y le guió suavemente hacia el otro lado.

"Por aquí", dijo con una sonrisa. "Diríjase por aquí; uno de los detectives puede llevarle a casa".

El hombre dio tres o cuatro pasos y finalmente rompió su petición de silencio.

"No será necesario", dijo con calma. "Puedo tomar un taxi".

"No seas tonto", insistió Drake. "No es para tanto. Te llevaría yo mismo, pero tengo un cajón de calcetines que reorganizar".

Mientras hablaba, Drake animó a Raúl a seguir adelante. Dio varios pasos más y pasaron ante la puerta abierta de la sala de interrogatorios 1. Raúl se asomó al interior, encontrándose con las miradas de Verónica y Chase.

"Cogeré un taxi", dijo Raúl, dándose la vuelta.

"¿Seguro? Porque..."

"Un taxi estará bien".

Drake se encogió de hombros y señaló el camino por el que habían venido.

"Por aquí entonces, te acompaño fuera", dijo con una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 40

"DIME QUE HAS VISTO eso", dijo Drake cuando Chase y él volvieron a quedarse solos en la sala de conferencias.

"En cuanto Verónica vio a Raúl, se le apretó la mandíbula y apartó la mirada. ¿Qué crees que significa?"

Drake hizo un sonido *hmph*.

"Significa que nos han engañado, mi buen socio".

Chase hizo una mueca.

"¿Engañado? ¿Cómo?"

Drake se volvió hacia el tablero.

"Pensamos que traer a Raúl haría que Verónica hablara, que pensara que Raúl iba a soltar la sopa, a hacer un trato. Jodidamente *estúpido,* jugamos justo en sus malditas manos".

Chase se sentó y suspiró pesadamente.

"No te estoy siguiendo, Drake", dijo.

Drake movió las cuerdas del clavijero para que una cuerda fuera de Weston Smith a Raúl y luego a "V". Luego hizo que una cuerda fuera de "*V"* a Neil y otra de "*V"* a Thomas. Estaba a punto de hacer lo mismo con Chris, pero dudó.

Eso no me pareció del todo bien.

"Drake, ¿quieres darme una pista? ¿Decirme qué demonios está pasando? Tengo una conferencia de prensa en una hora".

Drake se aclaró la garganta.

"Les hicimos el juego", dijo distraídamente.

"¿Quién? Preguntó Chase, claramente frustrado. "¿Las manos de quién, Drake?"

Drake pinchó la cara de Weston Smith con la yema del dedo índice.

"Este hombre es... o quizá su padre, no lo sé", miró a Chase. "Cuando seguía a Raúl, me vi obligado a adelantarle dos veces y...". Drake se echó a reír de repente. "¡Maldita sea, estos tipos son buenos!".

Chase no sabía qué hacer.

"¡Por el amor de Dios, Drake! Dime qué demonios está pasando".

Drake respiró hondo.

"Estaba en el cementerio cuando vi a Raúl. Estaba poniendo flores en una lápida, que yo creía que era la de su madre, tal vez; le oí decir *madre*. Pero esa fila, la fila en la que él estaba, era para los militares caídos. ¿Raúl tiene algún familiar en el servicio? ¿Su *madre*? Creo que no".

"¿Qué estás diciendo? ¿Que todo esto ha sido un montaje? ¿Por qué?"

Drake asintió, y su sonrisa se transformó en ceño fruncido.

"Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Raúl sabía que yo lo vería en el cementerio y sabía que yo lo seguiría. También sabía que si lo veía con Verónica, la traería. Sabes... cuando yo estaba siendo golpeado por esos matones callejeros su coche todavía estaba allí. Apuesto a que Raúl fue quien llamó a la policía, para asegurarse de que no me mataran".

"¿Y traerlo aquí? ¿Qué fue todo eso?" preguntó Chase cuando Drake hizo una pausa para tomar aliento.

"Mierda, él sabía que haríamos eso también. Y viste cómo reaccionó Verónica cuando lo vio. Estaba aterrorizada, él *quería* estar aquí, sólo para asegurarse de que no abriera la boca".

El rostro de Chase se iluminó de repente con el brillo característico de la comprensión.

"¿Y el sobre, el dinero?"

"Apuesto a que todo era real. Creo que el dinero también formaba parte del trato, un pequeño seguro para asegurarse de que Verónica mantenía la boca cerrada. Pero aquí está la cosa, Verónica sólo dijo dos palabras en la sala de entrevistas, cagada de miedo de que Raúl se lo contara a Weston o a su padre. Pero cuando mencioné el nombre de Chris, sólo una vez, dijo, *¿quién?* No dijo *"quién"* de Thomas, a pesar de que en el apartamento se empeñó, y mintió, en decir que no lo conocía. Lo mismo cuando mencioné a Neil. Pero con Chris, dijo "*quién*".

Chase se lo pensó un momento.

"¿Crees que estaba viendo a Neil y Thomas?"

Drake asintió.

"Lo creo. Creo que se veía con los dos, y creo que los mensajes de texto lo corroboran. Pero también creo que ella no tiene ni idea de quién es Chris, y mucho menos de acostarse con él."

Chase se levantó y se acercó a la pizarra.

"Weston quiere mantener a Verónica callada, presumiblemente sobre Thomas, pero también sobre Neil, porque no quiere que salga a la luz el asunto de que su hijo se ha visto con una prostituta". Tiene sentido. Pero sigo pensando que nos falta algo. ¿Cuál es la conexión entre Chris y Thomas?" dijo Chase.

"La conexión con el instituto".

Chase negó con la cabeza.

"No me lo creo. ¿Qué pasó entonces que tardaría más de veinte años en salir a la superficie?"

Drake se encogió de hombros.

"Todavía quedan por entrevistar el psiquiatra y el profesor", dijo, moviendo los ojos por la pizarra. "Y el otro Smith".

"Pocas posibilidades de que eso ocurra".

Drake aceptó a regañadientes.

"¿Alguna noticia de los detectives Simmons o Yasiv?"

"Todavía no. Debería registrarme pronto", suspiró. "Tengo que prepararme para una rueda de prensa. ¿Vas a ir a hablar con el Dr. Kruk?"

Drake hizo una mueca.

"No", dijo rotundamente.

"Pues qué pena, yo estoy al mando. Ve a ver si puedes sacarle alguna información sobre Thomas. Que sea breve; como he dicho antes, es probable que salte al discurso de confidencialidad más rápido de lo que se puede plegar cohetes con cuatro a un color a bordo. Pero tal vez puedas asustarlo con tu conocimiento de que Thomas vio a la prostituta de lujo", se encogió de hombros. "No lo sé. Inténtalo. Si no sale nada de eso ni de la entrevista con el profesor, no tenemos nada que satisfaga a Rodas".

Drake sopló por la boca, haciendo vibrar sus labios.

Malditos psiquiatras.

"Bien", dijo petulante.

Chase le dio una palmada en la espalda y él se estremeció al sentir un nuevo dolor en las costillas magulladas y probablemente rotas.

"Anímate, tendremos toda la noche para charlar, ¿recuerdas? Relevamos al detective Gainsford a las diez".

Drake sí lo recordaba, y eso tampoco le gustaba. Si estaba con Chase, iba a tener que permanecer relativamente sobrio.

"Sí, claro, buenos tiempos".

"¿Y la chica?" Chase preguntó.

"Déjala ir", dijo Drake. "Ella no nos va a ayudar aquí. Tal vez la puta crecerá una conciencia y hablar con nosotros más tarde ".

"Claro, y yo soy Monica Seles".

Capítulo 41

"La pérdida de cualquier ser querido -un hijo, un cónyuge, un padre, un amigo-siempre es difícil. Si además trabajas con esa persona, las cosas pueden ser aún más difíciles. Por ejemplo, cuando fallece uno de sus padres, su instinto puede llevarle a volver al trabajo, a utilizarlo como vehículo para olvidarse de la pérdida. Evidentemente, esto no funcionará si su trabajo le recuerda a su ser querido. Cuando esto ocurra, creo que lo mejor es que te preguntes por qué quieres volver a trabajar. Y recuerda, Drake, que todo lo que digas aquí es confidencial. Pero es más que eso, este lugar también es una zona libre de jueces. Estoy aquí para ayudarte a recuperarte de esta terrible pérdida, nada más. Así que, por favor, sé sincero conmigo, pero sobre todo sé sincero contigo mismo".

Drake cerró los ojos, sin molestarse en secarse las lágrimas que empezaban a correr por sus mejillas.

"Quiero hacer lo correcto por él, por Clay. Se lo merece".

"¿Puedes ser más específico, Drake? ¿Qué quieres decir con hacer lo correcto por él? Recuerda ser sincero".

La respiración de Drake se entrecortó.

"Quiero asegurarme de que su muerte no fue en vano".

Oyó a la psiquiatra garabatear algo en su omnipresente bloc de papel.

"¿Puedes ser más específico? Sea sincero".

"Se dedicaba a sacar asesinos de la calle".

"Más específico, sé honesto".

"Clay querría que siguiera, que continuara en su memoria".

"Específico". Sé honesto, Drake. Sé honesto".

"Era un..."

"Sé honesto, Drake. Honesto. Sé honesto".

"I-"

"Honesto, Drake, sé honesto. Es importante ser honesto... honesto. ¡Sé honesto!"

"Es..."

"¡SÉ HONESTO! ¡SE HONESTO! SE JODIDAMENTE HONESTO!"

"¡Quiero atrapar al maldito bastardo que mató a Clay! ¡Quiero encontrarle y meterle una puta bala entre los malditos ojos!"

A Drake le invadieron los sollozos, la palabra honesto repitiéndose una y otra vez en su mente.

"Quiero matarlo".

Más garabatos.

"Pero lo mataste, Drake. Mataste al hombre que asesinó a Clay Cuthbert. Se llamaba Peter Kellington y era el Rey Esqueleto. Clay fue su octava víctima".

Drake abrió los ojos de golpe y vio su reflejo en el espejo retrovisor. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas y los ojos inyectados en sangre.

"No era él", sollozó, llevando la mano a la guantera. Se abrió y sacó la miniatura de Johnny. "No pudo haber sido él. Vi a otra persona allí".

Drake le quitó la tapa y se lo terminó de un trago. Luego se limpió los mocos de la nariz con el dorso de la mano.

Luego cerró los ojos. Una imagen de la cara de Clay -el barbudo *detective de homicidios de la policía de Nueva York es la última víctima del Rey Esqueleto-parpadeó* y sus ojos volvieron a abrirse.

Sobresaltado por la viveza de la imagen y la confusa colaboración de realidad y ficción con respecto a su entrevista con el psiquiatra de la policía de Nueva York, Drake rechinó los dientes y salió del coche.

El dolor que le producía lo que estaba seguro que eran costillas rotas era en realidad un alivio; al menos ese dolor tenía una fuente tangible, una lesión física que lo había causado.

Algo en lo que pudiera concentrar sus esfuerzos, distraer su mente.

Entrecerrando los ojos, distinguió un sencillo cartel blanco en medio de muchos otros de colores -Jugo Booster, Subway, Audex Accounting, entre otros-que decía: Dr. Mark Kruk, Psiquiatría.

Drake giró bruscamente a la derecha para entrar en el aparcamiento y acercó su Crown Vic a la señal blanca que había delante de la última unidad del centro comercial de siete u ocho unidades. Después de echarse otro vistazo rápido en el espejo -seguía teniendo un aspecto horrible, con el lado derecho de la cara de un gris enfermizo, salpicado por una mancha roja de vasos sanguíneos reventados-, Drake salió al sol mortecino.

La unidad del Dr. Mark Kruk era la única del edificio con las persianas bajadas.

Drake se acercó y agarró el picaporte, pero dudó y respiró varias veces antes de abrirlo. Por alguna razón, sintió que le invadía una extraña sensación premonitoria, como si fuera a ver a la psiquiatra de la policía de Nueva York, la doctora Stacey Weinager, de pie en la entrada, con los ojos brillantes muy abiertos y la boca fruncida mientras le gritaba a la cara.

"¡SÉ HONESTO! ¡SE HONESTO! SE HONESTO!"

Nunca sabría cómo le había adelantado.

Tal vez fue su indudable encanto. O tal vez porque se acostó con ella.

Aunque no había ninguna posibilidad de que hiciera lo mismo con el Dr. Mark Kruk, el corazón le dio un vuelco en el pecho. No podía

quitarse de encima la sensación de que era un topo ciego entrando en una guarida de víboras cuando abrió la puerta y entró.

Capítulo 42

"ADAMS", DIJO CHASE MIENTRAS SE ajustaba los botones de la blusa. La respuesta al otro lado del móvil se silenció. "¿Detective Simmons? ¿Es usted? Ahora no tengo mucho tiempo para hablar. Salgo en directo en cinco minutos. ¿Tienes algo para mí?"

La conexión era mala y tuvo que concentrarse para oír lo que decía el hombre. Un agente uniformado asoma la cabeza por el vestuario y le dice que la prensa la está esperando.

Le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

"Frank, estás rompiendo. Habla claro."

"...espera un segundo..." Respondió el detective Simmons.

Mientras Chase esperaba a que volviera, el uniforme reapareció.

"Todos están afuera, Detective Adams. Rhodes está..."

Chase tapó el auricular de su móvil.

"¡Sólo dame un maldito minuto!"

La cara del hombre se puso roja y salió del vestuario.

Un minuto... ¿es mucho pedir?

Se llevó el teléfono a la boca.

"Frank realmente tienes que..."

"Detective Adams", dijo Frank, su voz clara ahora. "Seré rápido. Los dos primeros profesores, la señora Plouffe y el señor Swanson, apenas recuerdan a Thomas y Neil. Recuerdan a Chris porque era gemelo, y sólo porque les pareció extraño que nunca conocieran al hermano: debía de ir a otro colegio. El Sr. Urso, en cambio, recuerda bien a las tres víctimas. Les enseñó matemáticas. Dice que se metieron en algún lío, pero nada serio, sólo 'cosas de críos'".

El corazón de Chase se hundió. Otro callejón sin salida.

"Bien, gracias, Detective Simmons. Tengo..."

"Pero hay una cosa que deberías saber. Es el coche del Sr. Urso".

Chase se animó.

"¿Sí? ¿Qué pasa con eso?"

"No estoy segura de que signifique algo, y si no fuera por Henry, probablemente no me habría dado cuenta. Quiero..."

"Frank, escúpelo. ¡Tengo que irme!"

"Vale, vale, lo siento. Es que el Sr. Urso tenía un Audi S8 nuevo en su entrada".

Los ojos de Chase se abrieron de par en par.

"¿Un S8? ¿Estás seguro?"

"Bastante seguro. Henry sabe de coches más que yo. Dice que con el paquete deportivo que tiene, debe haber costado al menos seis cifras".

Chase se lo pensó un momento.

¿Un profesor de matemáticas jubilado que conduce un coche de cien mil dólares?

Su mente se volvió hacia el sobre que Drake había visto pasar a Weston a Raúl, y que más tarde llegó a manos de Verónica.

"Creo que..."

"Te tengo, Frank. Estoy pensando lo mismo. Voy a ir a la rueda de prensa ahora, y luego Drake y yo relevaremos al detective Gainsford. Tómate el resto del día libre, descansa un poco. Nos volveremos a ver mañana por la mañana".

***

"Agradecemos toda la ayuda que nos ha prestado el público y estamos trabajando con diligencia para investigar todas y cada una de las pistas que se han dado a nuestra línea de llamadas", dijo Chase entrecerrando los ojos bajo el cálido sol de la tarde, que proyectaba halos dorados sobre los reporteros que se encontraban en el exterior de la comisaría 62. "Queremos dar nuestro más sentido pésame a la familia de Neil Pritchard. Al igual que Thomas Smith, Neil también fue un pilar de nuestra comunidad, creando y estableciendo muchos puestos de trabajo para compañeros neoyorquinos."

Chase hizo una pausa y, como era de esperar, un periodista llenó el espacio con una pregunta.

"¿A este Asesino de la Mariposa se le considera ahora un asesino en serie? ¿Por qué...?"

Era un juego de poder, y levantó una mano para silenciarle. Desgraciadamente, el sargento Rhodes, de nuevo a su derecha, sintió la necesidad de intervenir y hablar por ella.

"Por favor, aguanten sus preguntas hasta el final".

Chase le lanzó una mirada. Hasta el momento, su paso por la policía de Nueva York había superado todas sus expectativas. Cuando se trasladó por primera vez de Narcóticos en Seattle a Homicidios en Nueva York, esperaba que tardaría dos o tres años en dirigir una investigación importante. A partir de ahí, esperaba que sólo pasaran un par más antes de que el departamento de perfiles del FBI se fijara en ella. Pero no le había llevado años; su primer caso fue el del Asesino de la Mariposa, que empezaba a ser noticia en todo el país. Chase no era ingenua; sabía que todo aquello era obra de Drake o, mejor dicho, resultado de su *perdición*, pero eso no importaba. La gente ya la había subestimado antes, la había puesto en situaciones en las que era imposible que tuviera éxito.

Y, sin embargo, lo había hecho.

Su presencia en el podio en este mismo momento lo demuestra.

"En este momento, estamos tratando los asesinatos de Neil Pritchard y Thomas Smith como relacionados. En este momento, me

gustaría evitar el uso de palabras de moda como 'asesino en serie'. Pedimos que los medios de comunicación y el público en general sean respetuosos con la intimidad de las familias y comprendan que están de luto por la pérdida de sus seres queridos."

Se aclaró la garganta.

"Ahora responderé sólo a unas preguntas".

Cada uno de la veintena de periodistas levantó una mano. Chase vio que algunos incluso levantaron dos. Se sintió como un profesor que plantea una pregunta fácil a sus alumnos y cada uno de ellos gruñe *"oh, oh, oh"* y estira los brazos tan alto que están peligrosamente a punto de dislocarse.

Chase señaló a un joven de la primera fila.

"¿Se conocían Neil y Thomas?", preguntó.

"En este momento, avanzamos con la suposición de que al menos se conocieron durante su infancia. No está claro si se han relacionado desde entonces". A continuación señaló a una mujer en medio de la multitud. "¿Sí?"

"¿Qué pasa con Chris Papadopoulos? ¿Es realmente la tercera víctima del Asesino de la Mariposa?"

Chase se encogió interiormente al oír el nombre de Chris, pero cuando contestó su voz era tan uniforme como siempre.

"Ahora mismo, estamos trabajando en resolver los dos asesinatos aquí en Nueva York".

"¿Pero está relacionado? ¿Es el FBI...?"

Chase desvió hábilmente la pregunta señalando a un hombre que llevaba una chaqueta k-way a un lado.

"Raul Mendes... el ama de llaves de los Smith... ¿es sospechoso en el caso?"

La pregunta pilló a Chase completamente desprevenido. Raúl había estado en la comisaría 62 hacía sólo una hora, y habían sido discretos con su presencia: el taxi que lo había llevado de vuelta a la residencia Smith tenía los cristales tintados y lo había recogido en el aparcamiento subterráneo.

A su izquierda, pudo sentir la mirada furiosa de Rhodes y le oyó empezar a inquietarse.

Ahora sería un buen momento para intervenir, Sargento.

Pero no lo hizo, y Chase se dio cuenta de que había cometido un error casi fatal al dudar.

Tratando desesperadamente de recuperarse, de no dar la mano, dijo rápidamente: "En este momento no tenemos ningún sospechoso oficial. Sin embargo, estamos investigando a varias personas de interés que pueden haber estado con Neil Pritchard o Thomas Smith o haberlos visto en torno a la hora de sus muertes."

"¿Qué hay de Verónica Wallace? ¿Hay...?"

La siguiente pregunta la dejó estupefacta.

Veronica Wallace... ¿cómo demonios sabía su apellido?

La propia Chase ni siquiera lo sabía.

"Eh", balbuceó, sintiendo que se le sonrojaba la cara. El sol, que había sido hermoso al iniciar su descenso celeste hacia el horizonte, ahora parecía siniestro, su resplandor anaranjado como lanzas lanzadas entre rascacielos. "Ahora mismo, sólo tenemos personas de interés. Esas serán todas las preguntas por hoy".

Chase se giró rápidamente, evitando deliberadamente mirar al sargento Rhodes.

"Detective Adams, ¿está la familia Smith involucrada? Es Weston Smith..."

Torció los labios y sintió que el corazón le latía en el pecho. Trató de mover las piernas con fluidez, de no dejar que la furia que sentía por haber sido una vez más víctima de los medios de comunicación se extendiera a su forma de caminar.

Y, sin embargo, no pudo evitar sentir que se movía como un robot cuyas articulaciones necesitaban desesperadamente lubricación.

¿Cómo podían saber lo de Verónica? ¿Sobre Raúl?

Cuando Chase y Rhodes pasaron junto a varios agentes uniformados con los brazos cruzados sobre el pecho y la cara desencajada, como desafiando a los medios de comunicación a que se abalanzaran sobre ellos, ella agarró al que tenía más cerca.

"Quiero saber quién es ese hombre", espetó. El hombre se sobresaltó, pero Chase lo soltó y continuó hacia las puertas principales de la comisaría 62 antes de que pudiera articular palabra.

La puerta apenas se había cerrado tras ella cuando el sargento Rhodes empezó a gritar.

"¡Detective Adams lo quiero en mi oficina ahora!"

Capítulo 43

El Dr. Mark Kruk era alto y delgado, con nariz en forma de pico y ojos castaño claro que asomaban tras unas gafas de montura gruesa. Sonrió amablemente a Drake desde detrás de un gran escritorio y se levantó cortésmente cuando Drake se acercó.

"Dr. Kruk, soy el detective Damien Drake, de Homicidios de la policía de Nueva York", dijo Drake, mirando a su alrededor con nerviosismo.

En la habitación no había ningún sofá como en el despacho de la Dra. Stacey Weinager. En su lugar, en el lugar donde Drake pensó que podría haber un sofá, había dos sillas de aspecto confortable colocadas una frente a la otra. La visión de las sillas provocó una reacción visceral en él, y rápidamente se volvió hacia el doctor. Detrás del hombre había una enorme estantería empotrada del suelo al techo, casi llena de lomos de libros tan sosos como el contenido que Drake suponía que contenían.

"Sé quién es usted", dijo el médico en voz baja. Se acercó al escritorio y le tendió la mano. "Siento mucho lo de Thomas Smith".

Drake le estrechó la mano, pero no sin vacilar.

No era la respuesta que esperaba; había anticipado que el hombre fingiría ignorancia antes de vomitar la línea del partido de no poder compartir información de los pacientes como una especie de diluvio robótico.

"¿Conocía a Thomas, Dr. Kruk?" preguntó Drake, yendo directo al grano. Notó varias pequeñas marcas rojas en el dorso de la mano del hombre al soltarla.

"Por favor, llámeme Mark. Si insiste en llamarme Dr. Kruk, entonces me referiré a usted como detective Damien Drake, y esta conversación durará mucho más de lo que cualquiera de los dos querría", dijo con una sonrisa.

"Bien, Mark será. Y sólo Drake para mí, por favor. Como decías... ¿conocías a Thomas Smith?"

El Dr. Kruk asintió.

"Sí, era cliente mío".

Drake abrió la boca, pero Mark inclinó la cabeza hacia un lado y continuó antes de que tuviera la oportunidad de hablar.

"Veo por tu expresión que esperabas algo diferente... una respuesta diferente, ¿tengo razón?". Una vez más, no se detuvo lo suficiente como para permitir una respuesta. "Mira, Drake, ambos somos hombres ocupados y ninguno de los dos tiene tiempo que perder. El hecho es que no estarías aquí si no supieras que Thomas era paciente

mío. La verdad es que te esperaba antes". Mark entornó los ojos, y Drake supo que ahora era mejor no intentar contestar. "Ah, sí, y también sabes que Clarissa fue paciente mía; los vi a los dos como pareja".

Drake asintió, y su ansiedad empezó a desaparecer lentamente. La franqueza del hombre era inesperada.

Inesperado, pero también refrescante.

"¿No es eso un conflicto de intereses? ¿Verlos como pareja y luego a Thomas individualmente?"

El hombre negó con la cabeza.

"No, en absoluto. En todo caso, ese enfoque me ayudó a entender mejor sus problemas, a acelerar las cosas, si se quiere."

Drake se burló y Mark sonrió.

"Nosotros, los psiquiatras, no somos mala gente, Drake. Todo lo contrario. De hecho, considero mi profesión como sinónimo de jardinero. Un jardinero mantiene el césped bien cortado, se deshace de la basura, mantiene el jardín regado para asegurarse de que las plantas dan las frutas y verduras más sanas y sustanciosas. De vez en cuando, sin embargo, se encuentra con una mala hierba. Cualquier buen jardinero sabe que no basta con arrancar la parte superior de una mala hierba, hay que llegar hasta la raíz, asegurarse de eliminar hasta el último rastro de ella, de lo contrario podría volver. Y si lo hace, suele crecer más y tener más espinas que la iteración anterior. Si vuelve a crecer una tercera vez, puede que sea imposible de extirpar. Así que no me mires ni con menos ni con más desprecio que a un vulgar jardinero".

Drake miró con curiosidad al hombre, dándose cuenta de que podría haber sacado conclusiones precipitadas sobre la naturaleza directa del hombre una analogía confusa demasiado pronto.

Si empieza a hablar de piedras curativas e incienso, me largo, diga lo que diga Chase.

Como si le leyera el pensamiento, el doctor Kruk se rió.

"Pero no, Drake, para responder a tu pregunta, nunca los vi al mismo tiempo. Primero vi a Thomas y Clarissa como pareja, y luego a Thomas solo cuando las sesiones conjuntas ya habían cumplido su curso."

Drake asintió, sus ojos abandonaron el rostro del hombre y continuaron recorriendo la oficina. Esperaba que el hombre hubiera sido tan descuidado como para dejar el expediente de Thomas abierto sobre su escritorio, tal vez con un párrafo sobre alguien que lo acechaba subrayado.

Pero Drake nunca había tenido mucha suerte. Entre los montones de revistas médicas y de psiquiatría, sólo había un pequeño bloc de notas cuadrado con el nombre de Marcus Slasinsky escrito en el

anverso.

"Tu experiencia personal con la psiquiatría puede no haber sido agradable, Drake. Y, dadas las circunstancias, no me sorprende del todo. Pero, ¿ha pensado alguna vez en continuar...?"

Drake desvió la mirada.

"¿Qué sabe usted de mi experiencia?", exigió con dureza. Empezaba a pensar que cuando el doctor Kruk le había dicho que le esperaba antes, no se había quedado de brazos cruzados esperándole.

Mark hizo un gesto despectivo con la mano.

"Recuerdo los artículos de prensa sobre el detective barbudo, tu compañero. La denuncia en el Times".

"Se llamaba Clay", espetó Drake. "Clay Cuthbert."

La sonrisa del Dr. Kruk se desvaneció.

"Sí, por supuesto. Le pido disculpas si le he ofendido de alguna manera, Drake. Sólo pretendía ser cortés, pero quizá haya sonado interesado al defender los beneficios de mi propia profesión". Señaló las sillas con sus largos dedos. "¿Quiere sentarse? No para una sesión, por supuesto, sino para estar más cómodo cuando haga las preguntas que tenga".

Drake negó con la cabeza.

"No, no tardaré. Sólo tengo un par de preguntas sobre Thomas".

La sonrisa volvió al rostro del médico.

"Por supuesto, pero a pesar de mi franqueza, debo recordarle que incluso muerto estoy obligado a la confidencialidad".

Ahí está el problema, pensó Drake con desgana. "Me preguntaba cuánto tardarías en decir eso".

"Sí, me temo que con respecto a estas reglas soy bastante predecible, por desafortunado que sea para su causa. Dicho esto, soy bastante hábil hablando en abstracto. ¿Quizá le interesen algunos de los temas más comunes que puedo encontrar a diario en mi práctica?".

Drake enarcó una ceja y miró fijamente al doctor Mark Kruk.

Está intentando ayudar, se dio cuenta Drake al cabo de un momento. *Está intentando darme información sin romper la confidencialidad.*

Drake dudaba de que ese planteamiento se sostuviera en los tribunales, de que burlar las normas de ese modo no fuera a ser reventado incluso por uno de los vagos recién salidos de la Universidad de Nueva York de la oficina del fiscal, pero no iba a cuestionarlo ahora.

Después de todo, no era su lugar. Drake no era jardinero. Era el cortacésped que el jardinero guardaba en el cobertizo.

"Vale", empezó Drake vacilante. "¿Qué causaría Thomas ... *err,* ¿por qué una pareja vienen a ver a un psiquiatra en el primer lugar? "

El Dr. Kruk respondió sin vacilar.

"En mi consulta, calcularía que el noventa por ciento de mi

clientela de parejas tiene problemas que giran en torno a la infidelidad de algún tipo. ¿Le importaría adivinar cuál es el otro diez por ciento?"

Drake sonrió satisfecho.

"¿Dinero?"

El Dr. Kruk asintió.

"El amor y el dinero gobiernan nuestras vidas estos días. Y también nos persiguen, supongo".

Esta última parte tocó la fibra sensible de Drake.

Sus recuerdos le habían perseguido desde que siguió a Clay hasta la casa de Peter Kellington.

¿Sigue intentando captar un nuevo cliente? se preguntó Drake. A esto le siguió rápidamente: "*Concéntrate, Drake, concéntrate en Thomas y no en tus propios problemas".*

Intentó imaginar el escenario que había llevado a Clarissa y Thomas a la consulta del Dr. Kruk en primer lugar.

¿Clarissa encontró ropa interior de Verónica? Había tanta ropa interior por todo el apartamento 12-6 que Drake no creía que si Thomas se metía un par en el bolsillo la echara de menos. O tal vez Verónica se los dio. Tampoco era descartable.

En cualquier caso, Clarissa se entera de la aventura pero, por lo que le ha contado Chase, la mujer es reacia a solicitar el divorcio, pues teme que se lo quiten todo. Tal vez el viejo Ken Wannabe-Alcalde Smith intervenga y les anime a seguir juntos, asegurándose de que el proceso de divorcio no manche el nombre de Smith. Después de todo, no sería la primera vez que se entromete en los asuntos de su hijo.

Así que Clarissa y Thomas llegan aquí y lo hablan... y por lo que cuentan lo superan tras unas pocas sesiones. Y sin embargo, Thomas no ha terminado todavía, él es el que vuelve a por más.

Thomas tiene más malas hierbas que arrancar.

Drake se aclaró la garganta.

"¿Con qué frecuencia cree que se resuelven estos problemas? Según su experiencia, claro".

"¿Qué problemas?" Preguntó el Dr. Kruk.

"La infidelidad".

El Dr. Kruk ladeó la cabeza y pareció reflexionar un momento.

"Creo que la mayoría de la gente puede curarse de sus adicciones, ya sean infidelidades u otras", dice riendo entre dientes. "Los problemas de dinero, no tanto. Drake, ¿has oído hablar de un evento desencadenante?"

Drake asintió.

"Claro. Como ver un objeto o hacer algo que te recuerda el pasado. Un heroinómano puede permanecer limpio durante noventa días en un programa de tratamiento, pero si pasa por un callejón de camino a casa, el día noventa y uno, y hay un yonqui sentado en el suelo, con el

pulgar en el émbolo, calculo que puede retroceder hasta antes del tratamiento."

El Dr. Kruk asintió.

"Yo no podría haberlo dicho mejor. Siempre que mis pacientes eviten los desencadenantes, por imposible que sea con el tiempo, entonces cifro la tasa de éxito en un generoso, y también muy arbitrario, ochenta por ciento."

Una fotografía sobre el escritorio llamó la atención de Drake y la cogió. En ella había un hombre sonriente con los brazos alrededor de una niña que parecía tener unos ocho años y una bonita mujer de pelo largo y rubio.

Drake levantó los ojos y escrutó al médico, que ahora sonreía aún más ampliamente.

"Esta no eres tú", le dijo, tendiéndole la foto.

El Dr. Kruk negó con la cabeza.

"No, no lo es."

Drake hizo una mueca y el médico le explicó.

"Me temo que no estoy casado ni tengo hijos".

"Entonces, ¿qué pasa con la fotografía?" preguntó Drake mientras la dejaba de nuevo sobre el escritorio.

"Hace que la gente se sienta más cómoda. Por alguna razón, los humanos tendemos a aferrarnos a la idea de que no es posible entender algo, o Dios no lo quiera, ser un experto en algo si no lo has experimentado personalmente. Es ridículo, por supuesto. ¿Puede un patólogo entender la malaria si no la ha contraído? Si esto fuera un requisito, sospecho que el hospital podría tener de repente unas cuantas vacantes extra. Sin embargo, por tonta que sea la idea, he descubierto que si me presento como un hombre soltero de unos treinta años, sin mujer ni hijos, mi tasa de retorno de clientes se reduce a la mitad. Y ni siquiera importa el estatus del cliente. Un padre de familia asume que no puedo entender su difícil situación, mientras que un soltero está convencido de que no puedo ayudarle a llegar a donde *cree que* quiere estar. Sin embargo, si pongo esta foto, casi todos vuelven".

Drake enarcó una ceja, volvió a mirar el cuadro y luego volvió a mirar la cara del doctor Kruk.

"¿En serio? Pero si ni siquiera se parece a ti", dijo.

"Eso es lo bonito. La gente sabe que está ahí, pero *en realidad no* lo mira", se encogió de hombros, con gesto deprimido. "La gente sólo ve lo que quiere ver. Nuestras mentes están cableadas de esta manera: una *imago*. Al fin y al cabo, lo que "vemos" no es más que una interpretación del mundo por parte de nuestro cerebro. Que, como sabes, es propenso tanto al error como a la experiencia".

Drake miró al hombre con curiosidad, y no pudo evitar pensar que

tenía razón. Pero no estaba aquí para hablar de la realidad. Él estaba aquí para averiguar acerca de Thomas Smith y si el médico sabía algo que podría ser capaz de ayudar.

"Muy bien, ahora acabas de saltar de la psiquiatría a la filosofía *woo-woo*".

De nuevo, el Dr. Kruk soltó una risita.

"No es un gran salto, podría proponer".

"Tal vez. Pero, volviendo al tema, Thomas y Clarissa vienen aquí para hablar de problemas matrimoniales, infidelidad -Thomas se ve con una prostituta-y luego, *puf,* sus problemas están resueltos. Sólo que Thomas tiene algo más que está resolviendo, algo que requiere más sesiones para... ¿cómo lo dijiste? Para desherbar. En realidad no deja de ver a la prostituta, así que dudo que ese fuera su problema principal. *Ese tema* era el de la esposa, que supongo que sólo vino a discutir para apaciguarla. ¿Te parece bien?"

Drake estuvo mirando fijamente al doctor todo el tiempo que habló, y la expresión del hombre se había mantenido notablemente neutra en todo momento.

"Esto es lo más específico que se puede ser", dijo Mark con ecuanimidad. "Como ya he dicho, no puedo hablar de los asuntos personales de los pacientes".

Drake agitó una mano despreocupadamente como diciendo, *no es para tanto*.

"Claro que no; sólo estoy pensando en voz alta, doc", dijo pasivamente antes de decidir cambiar de táctica. "Oye, déjame preguntarte algo. ¿Conociste a Neil?"

El hombre frunció el ceño.

"¿Neil?"

"Neil Pritchard."

El Dr. Kruk apretó los labios.

"Ah, una de las otras víctimas. Sólo puedo confirmar que sé quién es".

Esta respuesta le pareció extraña a Drake.

"Me dijiste directamente que tratabas a Thomas, ¿por qué no puedes decirme si también tratabas a Neil?".

El hombre al otro lado del escritorio suspiró.

"Sabías que Thomas era paciente mío, si no, no estarías aquí. Pero con Neil, estás pescando. Detective Drake, estoy a favor de ser útil, pero he trabajado muy, muy duro para construir una carrera. No voy a ponerla en peligro por unas cuantas expediciones de pesca, si me entiende. Como tal, creo que hemos llegado a un final natural y apropiado para nuestra discusión, ¿no le parece?"

Por costumbre, Drake consultó su reloj. Eran más de las cinco, lo que significaba que la rueda de prensa de Chase debía de haber

terminado o estar a punto de terminar. Levantó la vista y se sorprendió al ver que el Dr. Kruk le tendía de nuevo la mano, y la sonrisa volvió a dibujarse en su estrecho rostro.

"Creo que tienes razón, Mark", dijo Drake, estrechándole la mano una vez más. Tras dos rápidos bombeos, el médico fue a apartar la mano, pero Drake la sostuvo un segundo más.

"Una última pregunta: ¿los psiquiatras son buenos jugando al póquer?"

"Bueno, sospecho que sí; de hecho, muy buenos", respondió el Dr. Kruk, con una sonrisa que mostraba una dentadura perfectamente blanca.

Capítulo 44

"¡Maldita sea, Adams!" El Sargento Rhodes gritó a través del escritorio. "¿Qué dije?"

Chase sintió que se le calentaba la cara y deseó que Drake estuviera aquí con ella.

"¿*Eh*? ¿Qué he dicho?"

Chase tragó saliva.

"No tengo ni idea de cómo la prensa se enteró de Raúl... o de Verónica. Absolutamente ninguna pista. ¿Quizás fue la propia Verónica quien se lo dijo?"

Rhodes se burló y se inclinó hacia delante en su silla.

"Estás bromeando, ¿verdad? Acabas de terminar de contarme tu teoría de que la sobornaron, ¿y luego va a la prensa de después? ¿Para qué demonios?"

Chase sintió un cosquilleo en la cara y se rindió.

"No tengo ni idea."

Esperaba que el hecho de mostrarse vulnerable hiciera que Rodas no la tratara tan mal.

Estaba equivocada.

"Sí, lo sé. No tienes ni idea, ninguna en absoluto. Igual que no tienes ni idea de quién mató a Neil, Thomas o Chris. Y, para empeorar las cosas, durante tu rueda de prensa dijiste 'asesino en serie'. Literalmente, usaste esas palabras exactas".

De repente, sintió una opresión en la frente y supo que su ceño no se había fruncido tanto como doblado.

"¿Qué quieres decir? He dicho que no quiero *llamarle asesino en serie*".

"Cierto", espetó Rhodes. "Pero tú dijiste las palabras... ¿En qué mundo vives, Adams? Nadie tiene tiempo de ver una rueda de prensa de cinco minutos. Esas palabras que salen de tu boca se convertirán en un fragmento de sonido y se reproducirán una y otra vez. Mierda, me sorprende que el Subinspector no lo haya oído ya. Asesino en serie, asesino en serie, *puto asesino en serie*".

Chase maldijo en voz baja. El hombre tenía razón, pero eso no era lo que le molestaba. Lo que le molestaba era que ni siquiera había pensado en las consecuencias antes de abrir la boca. De repente le vino a la mente la imagen del ladrillo de móvil de Drake.

Tal vez se me está pasando... tal vez su hedor a peste se está adhiriendo a mi ropa, a mi cerebro.

El sargento Rhodes suspiró y se inclinó aún más hacia delante, su silla crujió como el canto de muerte de una anciana.

"¿Sabes por qué diriges este caso, Chase Adams?", preguntó, separando los labios en una sonrisa lasciva. Ahora parecía una calavera con gafas.

"No", dijo ella, preparándose para lo que venía a continuación.

"La razón por la que te puse en este caso, es porque nadie más haría equipo con Damien Drake. Después de lo que pasó con su último compañero, después de lo que hizo, nadie quiere acercarse a él. Pero tú... tú estabas tan malditamente *entusiasmado*, tan ansioso, que ni siquiera te paraste a preguntar quién era Damien Drake, ¡igual que no pensaste en usar las palabras 'asesino en serie' delante de la nación!".

Chase dejó que Rhodes divagara, sin molestarse en corregirle.

El hecho era que sabía exactamente quién era Damien Drake antes de venir a Nueva York.

Chase había investigado.

También sabía que si formaba equipo con Drake se convertiría en la protagonista de sus casos. Además, Drake era un buen detective. A pesar de lo que le había pasado a Clay, Drake aún podía hacer un buen trabajo y era un activo valioso.

Si mantenía la bebida bajo control.

Rhodes terminó su diatriba y esperó. Chase sabía que el hombre la estaba provocando, pero como no le había hecho ninguna pregunta, no se sintió obligada a decir nada.

Mantén tu ego al margen, le advirtió su mente. Y le hizo caso.

En lugar de responder, la detective Chase Adams se sentó y esperó. Esperó hasta que la situación dejó de ser incómoda para convertirse en incómoda.

Por fin, dijo.

"¿Puedo ir?"

Rhodes frunció el ceño. Había estado buscando pelea, eso estaba claro, y el hecho de que ella no se hubiera comprometido le decepcionó claramente.

"Sí", dijo secamente. "Pero esta es tu última oportunidad. No más errores, o haré que el detective Simmons dirija esto".

Chase asintió, de nuevo evitando el cebo. Se levantó y salió del despacho del hombre.

"¡Cierra la puerta detrás de ti!", le gritó, y necesitó toda su fuerza de voluntad para no dar un portazo.

Fuera de la habitación, se dirigió a su despacho, tratando de calmar su palpitante corazón y frenar la liberación de adrenalina en su organismo.

Su mano acababa de agarrar el picaporte de la puerta de su despacho, cuando una voz masculina por detrás dijo: "¿Detective Adams?".

Ella giró, con la mandíbula apretada.

"¿Qué?"

El joven agente uniformado bajó la mirada. Fuera de la comisaría tenía un aspecto intimidatorio, con sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho, como si no tuviera sentido. Aquí, sin embargo, parecía un niño pequeño jugando a policías y ladrones.

"Perdona, sólo quería decirte que he descubierto quién era el periodista".

Chase le miró con los ojos entrecerrados.

"¿Qué?", repitió, reservando parte, pero no todo, el veneno de su lengua.

"¿La periodista? ¿La que hace preguntas sobre el ama de llaves y la prostituta?"

Chase se relajó.

"¿Sí? ¿Cómo se llama?"

"Ivan Meitzer del New York Times".

Chase se devanó los sesos intentando recordar dónde había oído o visto ese nombre antes.

El hombre reconoció la concentración en su rostro y continuó.

"¿Fue él quien escribió el artículo sobre el Asesino de la Mariposa? También hizo toda una serie sobre el Rey Esqueleto hace unos seis meses".

Chase recordó su conversación con los detectives cuando salió a la luz el artículo del Asesino de la Mariposa. Sobre cómo sacaría del caso inmediatamente al responsable de la filtración.

"Gracias", dijo ella. "Eso es todo."

El hombre asintió y dejó a Chase a solas con sus pensamientos.

Capítulo 45

DRAKE SE SENTÓ EN LA cabina del Patty's que empezaba a sentirse como su segundo hogar.

Broomhilda había vuelto, hosca como siempre, y él tardó casi diez minutos en conseguir una taza de café. Ni siquiera se molestó en probar la tarta de lima.

El local estaba más concurrido ahora, algo que le incomodaba. Normalmente, prefería quedar más tarde por la noche, preferiblemente de madrugada, pero eso simplemente no era posible dada su inminente cita con Chase.

A Drake no le hacía ninguna gracia que le vieran aquí cuando aún hacía sol, y a su contacto tampoco.

Sonó el timbre de la puerta y un hombre se dirigió hacia él, esta vez sin quitarse la capucha oscura. Se sentó en la cabina frente a Drake y se llevó rápidamente la mano a la chaqueta.

"Espera", dijo Drake, y el hombre detuvo su mano. "Esta vez no. Esta vez necesito otra cosa".

El hombre frunció el ceño, lo que acentuó los profundos surcos alrededor de su boca.

"Drake, teníamos un acuerdo."

"Lo sé, lo sé. ¿Conseguiste la foto de Raúl?"

Asintió con la cabeza.

"Bien. Ahora, sé que no te va a gustar esto..." Drake comenzó pero fue cortado momentáneamente por un gemido. "-Pero necesito que hagas algunas excavaciones para mí."

"¿Qué tipo de excavación?"

"Necesito que encuentres un artículo... un artículo de periódico", empezó Drake, intentando no ser deliberadamente obtuso. "Uno que nunca fue publicado".

El hombre se echó hacia atrás y sacó la mano de la chaqueta, con el sobre amarillo todavía metido en algún lugar profundo.

"¿Como en un sitio de Internet? Drake, yo..."

Drake negó con la cabeza.

"No, esto es de hace mucho tiempo. Algo que puede o no existir".

Si su contacto pudiera fruncir más el ceño, los labios se le habrían despegado de la cara.

"¿De qué estás hablando?"

"Antes de que te lo diga, debes prometerme que lo que encuentres, no lo publicarás".

El hombre se movió incómodo.

"Drake, ¿qué demonios es esto? Teníamos un acuerdo. Después del

Rey Esqueleto, dijiste que a cambio de información sobre casos específicos, te pagaría en efectivo. Eso fue todo. Ese fue nuestro acuerdo".

Drake dio un sorbo a su café. Sabía a alquitrán carbonizado.

"Lo sé. Pero esto es diferente. Esto es algo que ni siquiera sé que existe. Pero necesito que mires en lugares donde yo no puedo. Si lo haces, te prometo la exclusiva de todo el caso del Asesino de la Mariposa cuando atrapemos al cabrón". Se encogió ante el uso que había hecho del apodo, pero había sido intencionado.

Y funcionó: la expresión del hombre pasó de disgustada a interesada con sólo esas dos palabras. Y entonces, como Drake había predicho, asintió.

"¿Qué necesitas?"

"Necesito que utilices tus contactos en el Times y en cualquier otro medio de comunicación al que puedas tener acceso. Estoy buscando cualquier cosa de hace unos veinte años -cualquier cosa de, digamos, mil novecientos noventa a noventa y seis-de la ciudad de Nueva York que implique a las víctimas Neil, Chris o Thomas. También me interesan los informes de interés periodístico relacionados con la Academia Deer Valley, los alumnos o sus padres, incluido Kenneth Smith. Y mariposas. En serio, yo..."

"Woah", interrumpió el hombre, "¿algo sobre *mariposas?* ¿Algo?"

"Sí, cualquier cosa. Pero aquí está el problema: no quiero artículos que hayan sido publicados. Ya tengo un tipo en eso, y parece ser un callejón sin salida. Quiero cosas que *no hayan sido publicadas*. ¿Me entiendes?"

"¿Como artículos que han sido redactados? ¿Memos militares? ¿FBI? Porque hay..."

Drake negó con la cabeza.

"No, ni militares ni del FBI, nada de eso. No estamos hablando de mierdas del Área 51, sólo de artículos de noticias que por alguna razón un viejo editor malhumorado decidió en el último minuto que, *oye, vamos con otra cosa en su lugar*. Así, de la nada. Tal vez él quiere los borradores y las notas del reportero, también. Y tal vez, *sólo tal vez*, este editor empiece a llegar al aparcamiento en un coche último modelo o de repente esté obsesionado con mirar la hora en su nuevo Rolex, ya me entiendes".

El hombre asentía ahora, y Drake se alegró de no tener que explicárselo.

¿"Hace veinte años"? Eso va a ser todo papel. Va a tomar tiempo, Drake. Algo de trabajo duro de verdad".

Drake dio un sorbo a su café.

"¿Y qué? Consigue a alguien que te ayude. Dos o tres personas, tal vez. Internos. Pero esto tiene que quedarse..." ¿Qué dijo Simmons?

¿DL? - "en el DL." La palabra parecía aún más extraña saliendo de su boca que *Asesino de Mariposas*.

El contacto lo consideró y luego se levantó con tal brusquedad que Drake retrocedió instintivamente.

"Lo haré", dijo mientras se deslizaba fuera de la cabina. "Pero sólo esta vez, Drake. Y más vale que valga la pena".

"Lo hará", prometió Drake mientras el hombre se daba la vuelta y se dirigía hacia la puerta. "Confía en mí, lo hará".

"Te enviaré un correo electrónico cuando... *si* encuentro algo".

Entonces sonó la puerta y se fue.

Menos de un segundo después, como si fuera una señal, Broomhilda llegó a su lado.

"¿Whisky?", preguntó.

Drake se lo pensó un momento, antes de decidir que no.

"No, esta vez no. Sólo la factura".

Quería un trago. Dios mío, qué ganas tenía. Pero no pudo.

Todavía tenía trabajo que hacer esta noche.

PARTE III - Mariposa

Capítulo 46

El interior de la casa estaba oscuro y en el aire se percibía el olor de cuerpos sin lavar, el inquietante aroma del sudor y la orina.

"¡POLICÍA DE NUEVA YORK! ¡Peter Kellington, un paso al frente con las manos en alto!"

Había una escalera a su derecha y un estrecho pasillo a la izquierda. Justo dentro de la entrada principal, y a la derecha inmediata de Clay, había una puerta cerrada.

Clay se volvió hacia Drake e indicó la puerta cerrada con el cañón de su revólver de servicio.

"Mira mis seis."

Drake asintió con la cabeza y se adentró un puñado de pasos en la casa.

Oyó a Clay respirar hondo varias veces y luego abrió la puerta de golpe, barriendo el arma de su izquierda a su derecha. Cuando su compañero entró en la habitación y empezó a despejarla, Drake se dio la vuelta, cubriendo la espalda ahora expuesta de Clay.

Apuntó con el arma a medio camino entre el pasillo y las escaleras y escuchó atentamente. La respiración de Clay seguía siendo audible a pesar de estar ya muy dentro de la habitación delantera, y Drake creyó oír algo parecido al tic-tac de un reloj de pie en algún lugar más profundo de la casa. Aparte de eso, no oyó nada.

Aquí no hay nadie, *pensó con aire de suficiencia.* Le dije a Clay que era una pérdida de tiempo.

Drake estaba a punto de decírselo a Clay cuando algo se estrelló contra el suelo. Del tamaño aproximado de una canica, venía de la puerta principal y rodó torpemente entre sus piernas por el pasillo.

Al girar hacia la puerta principal, vio algo pequeño y blanco en su periferia, como un diente de gran tamaño, pero resistió el impulso de fijarse en ello.

Drake apuntó con su arma y se arrodilló.

"¿Drake?" Clay llamó.

Ignoró a su compañero y escudriñó la puerta y luego el porche.

Un parpadeo de movimiento opaco entre la delgadez de la noche y la lluvia bajó los escalones del porche y huyó hacia la calle.

"¡Oye!" Drake gritó: "¡Alto!"

Pero el hombre era rápido y ágil, y tras saltar al camino de piedra del patio, echó a correr sin problemas.

"¡Alto!" Drake gritó de nuevo. Se puso en pie y empezó a perseguirle. En un segundo, estaba fuera, con la lluvia cayendo sobre él. Le corría por la frente, nublándole la vista. Se agitó para intentar localizar la sombra.

Allí.

La figura estaba ya a cuarenta metros de distancia, en dirección opuesta a las sirenas que se acercaban.

"¡Alto!", gritó. Había dado dos pasos hacia el porche cuando oyó un sonido que le perseguiría para siempre.

El chasquido de un solo disparo brotó del interior de la casa como un trueno atrapado en una caja de cartón.

Drake se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado.

"¡Clay!" gritó, corriendo hacia adentro.

Había un hombre a mitad de la escalera, con una pistola aún humeante delante de él.

Incluso en la oscuridad, Drake pudo ver el pálido rostro del hombre líquido por el shock.

Drake avanzó, apuntó y disparó.

La primera bala falló, la lluvia en los ojos de Drake nubló su visión. Se oyó un ruido *sordo cuando la bala se incrustó en la pared de yeso barato, a escasos centímetros del hombro izquierdo del hombre.*

El sonido del yeso al estallar en las escaleras pareció animar a Peter Kellington, que soltó la pistola y giró.

Dio un solo paso y entonces Drake volvió a disparar.

Y otra vez.

Y otra vez.

El experimentado detective había fallado su primer disparo, pero los tres siguientes dieron en el blanco.

La primera alcanzó a Peter en el torso, justo por encima de la cadera izquierda. El hombre gruñó y giró con el impacto justo cuando la segunda bala le destrozó el omóplato izquierdo. El hombre empezó a caer hacia atrás por las escaleras cuando impactó la tercera bala.

Este último disparo le atravesó la parte inferior del cráneo, donde se unía con la columna vertebral, seccionándole el tronco encefálico y reventándole la parte delantera de la garganta.

El cuerpo de Peter Kellington se aflojó de inmediato, cayó de espaldas y procedió a deslizarse escaleras abajo.

Drake no necesitaba mirarlo para saber que estaba muerto. Sólo un cadáver reaccionaba así.

En lugar de eso, corrió hacia la habitación, sin dejar de gritar el nombre de Clay una y otra vez.

Encontró a su compañero tumbado de espaldas, medio dentro, medio fuera de la habitación que había estado despejando cuando Peter había efectuado su único disparo. Clay tenía los ojos abiertos, pero estaban vacíos, nublados. Respiraba a bocanadas y cada una de ellas iba acompañada de un ligero silbido y un chisporroteo.

Drake cayó de rodillas.

"¡Clay!" gritó. "¡Por favor, Dios, no!"

Localizó un único orificio de bala a cinco o seis centímetros por debajo de la clavícula, en el lado izquierdo. La sangre brotaba como una especie de manantial volcánico.

"¡No! ¡Quédate conmigo, Clay! ¡Quédate conmigo!"

Presionó la herida, pero sabía que era demasiado tarde. La bala le había cortado una arteria y la vida se le escapaba lentamente.

Una vez más la visión de Drake se nubló, sólo que esta vez era por las lágrimas y no por la lluvia.

"No", gimió. "Por favor".

Miró a Clay a la cara. El hombre tosió una vez, la saliva y la sangre que brotaron cubrieron su espesa barba, y luego se quedó quieto.

Drake empezó a sollozar.

Sin pensar en lo que hacía, tiró la pistola a un lado, se agachó y pasó un brazo por debajo del cuello del hombre y el otro por debajo de sus piernas. Con un gruñido, levantó a su amigo y se dirigió hacia la puerta abierta.

La lluvia se iluminó en un prisma rojo y azul, y el ruido de los coches de policía al detenerse llenó el aire nocturno.

"¡No!" Drake gritó. "¡No!"

Y entonces cayó sobre una rodilla, bajando el cadáver de Clay mientras lo hacía, con un único pensamiento recorriendo su mente.

Debería haber sido yo... debería haber sido yo... debería haber sido yo...

Capítulo 47

"DESPIERTA", dijo UNA VOZ. "Drake, despierta".

Drake gruñó y abrió los ojos. Sobresaltado, se miró los brazos, medio esperando ver la cara barbuda de Clay anidada en ellos, una oruga escurriéndose por su boca floja. Pero tenía los brazos vacíos, las palmas de las manos levantadas como si se estuviera despertando del sueño.

Cuando reconoció el asiento color crema, volvió a agacharse y ahogó un gemido.

"¿Qué pasa contigo y durmiendo en mi coche todo el tiempo?" Chase preguntó en un obvio intento de mantener las cosas ligeras.

Drake profundizó en el suave cuero.

"Es más cómodo que mi sofá", refunfuñó. Se aclaró la garganta y dijo: "¿Estaba hablando otra vez?".

"No", dijo Chase. Su voz era uniforme, pero Drake tuvo la impresión de que estaba mintiendo de todos modos.

Decidió dejarlo estar. Nada bueno podría salir de llamarla, e incluso podría llevarla a hacer preguntas, y Drake había tenido suficientes preguntas para toda una vida.

Drake dirigió su atención a la casa de enfrente de donde habían aparcado, que estaba enclavada entre siete u ocho casas adosadas idénticas. Estaba completamente a oscuras. Incluso la luz de encima de la puerta principal -sensor de movimiento, pensó-estaba apagada.

Oscura como había sido la casa de Peter Kellington.

Se estremeció.

"¿Algún movimiento?"

Chase negó con la cabeza.

"No. Según el detective Gainsford, Tim Jenkins llegó a casa a las ocho, encendió las luces de la cocina en lo que supuso que era la sala familiar para ver la tele. A las nueve y media se apagaron todas las luces".

Drake asintió.

Se acercó al salpicadero y cogió los dos papeles grapados. Mientras ojeaba la primera página, dijo: "¿De verdad crees que este es nuestro hombre? ¿Que Tim Jenkins es el asesino?"

Chase se encogió de hombros.

"No lo sé. Pero está involucrado de alguna manera, puedo sentirlo".

Drake ladeó la cabeza al oír esto, recordando la certeza con la que Clay y el resto del departamento habían proclamado que Peter Kellington, un conserje medio tonto con tres antecedentes por asomarse al vestuario de las chicas del instituto, había sido el Rey

Esqueleto.

Drake intentó explicar que un pervertido no pasa de mirón a cerebro de asesino en serie de la noche a la mañana, del mismo modo que uno no pasa de jugar al hockey callejero después del colegio a jugar en la NHL, pero no le hicieron caso.

¿Qué había dicho Clay?

Sé que es él; lo siento en mis huesos.

Drake sacudió la cabeza y cambió de tema. Las pesadillas habían abandonado sus horas de vigilia por el momento.

Era mejor no alentar el regreso.

"Oye, ¿por qué los niños ricos siempre usan tres nombres?", preguntó.

Chase le miró.

"¿Qué quieres decir?"

Drake bajó la vista hacia el informe que el detective Yasiv había hecho sobre las mariposas y leyó, mientras hablaba de otra cosa totalmente distinta.

"Neil Benjamin Pritchard... Thomas Alexander Smith..." dijo Drake distraídamente.

"Todo el mundo tiene un segundo nombre".

Drake levantó la vista.

"No todo el mundo... pero lo entiendo, la mayoría lo hace. Aún así, sólo los niños ricos parecen usarlo con regularidad. ¿Cuál es el tuyo, por cierto?"

Chase se sonrojó.

"Edith."

Drake se rió entre dientes.

"¿Edith? Jesús, ¿eres una mujer de ochenta años de Dakota del Norte?"

Esperaba una carcajada, pero no la obtuvo.

"Era el nombre de mi abuela", dijo Chase, volviéndose hacia la casa.

Drake guardó silencio y volvió a centrar su atención en el informe. Casi había terminado la primera página cuando Chase habló.

"¿Cuál es el tuyo?"

"¿Hmm?"

"¿Tu segundo nombre? ¿Cuál es el tuyo?" preguntó Chase.

"Donald".

"¿Donald?"

"Sí, Donald".

¿"Damien Donald Drake"? ¿Triple D?"

Drake volvió a reír.

"Sí."

"¿Y te burlas de mi nombre?"

Drake se encogió de hombros y observó el interior del BMW con

dramatismo.

"Sí, pero no soy rica, así que no lo uso, Chase Edith Adams".

"Touché, amigo mío. Touché."

Drake volvió a la lectura.

"Oye, ¿sabías que las orugas pueden aumentar su peso corporal mil veces en tres meses?".

"¿En serio?"

Drake agitó el papel.

"Eso dice Henry. Está todo aquí. Nuestro pequeño detective Yasiv parece saber un montón de mariposas, un pequeño entomólogo en ciernes".

Llamó su atención y le preguntó si había algo más interesante en el informe.

Drake se encogió de hombros.

"Define interesante... todo son datos sobre el ciclo vital de las mariposas, de la oruga a la crisálida y de ahí a la mariposa".

Chase le miró mientras pasaba a la última página.

"¿Qué es eso?", preguntó, refiriéndose al párrafo final que estaba separado por varias líneas en blanco.

Drake leyó el pasaje.

"¿Sabías que hay una conservación de mariposas en las afueras de NYC? Aquí dice que solían celebrar un festival anual de la Monarca".

"Hay un montón de jardines de mariposas por toda la ciudad, incluido Central Park. Hice que unos uniformados los revisaran, pero no encontraron nada".

Drake volvió a leer el pasaje para sí mismo.

"Sí, ¿pero como esto? Al parecer, cada año la conservación de la mariposa libera decenas de miles de Monarcas en el aire. Solía ser algo grande en los noventa, ya no tanto".

Chase giró el cuerpo de lado para mirarle.

¿"Monarcas"? ¿De verdad? Me pregunto por qué no ha salido esto".

"Quizá porque cerró hace seis meses. Falta de financiación".

"Mierda, haré que Dunbar lo compruebe. Podría ser una especie de detonante, un ex-empleado, tal vez. Descontento por perder su trabajo, se desquita con gente rica que dona a todo menos a él".

Drake ladeó la cabeza. Esta teoría parecía tener cierto peso y merecía una investigación más profunda.

¿Thomas desairó la conservación, de alguna manera? ¿Neil también? ¿Cómo podría estar involucrado Chris?

Estaba a punto de plantear estas preguntas cuando el teléfono de Chase empezó a sonar.

"Adams", dijo rotundamente tras contestar.

Drake observó cómo su ceño se fruncía progresivamente hasta casi enterrarle los ojos.

"¿De verdad? ¿Estás seguro de que el pleito era SSJ contra Jenkins?"

Drake se incorporó de golpe y Chase lo miró con los ojos desorbitados.

"Mierda. ¿Y solía gestionar la conservación de las mariposas antes de que se hundiera hace seis meses?"

Otra breve pausa y luego Chase exhaló ruidosamente. Drake se quedó estupefacto.

La teoría de Chase no sólo se sostenía, era un maldito río de una hipótesis.

"Muy bien, eso es suficiente para una causa probable. Vamos a traerlo. Gracias, Dunbar."

Chase colgó y empezó a ajustarse la pistola del cinturón sin decir nada.

"¿Qué? preguntó Drake, con la respiración acelerada y el corazón empezando a latirle con fuerza. "¿Qué pasa con SSJ? ¿Jenkins y la conservación? Jesús, Chase, ¡habla!"

Chase buscó la manilla de la puerta y se volvió sonriendo con suficiencia.

"Smith, Smith y Jackson estaban demandando a Tim Jenkins por algún tipo de violación de la vida silvestre."

"¿Qué? ¿Por qué SSJ está demandando a Jenkins? Hacen fusiones y adquisiciones, bienes raíces comerciales. ¿Ahora son activistas de los derechos de los veganos?"

Chase sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

"No tengo ni idea. Pero creo que Tim puede ayudarnos con eso", dijo Chase, quitándose el seguro de la funda. Ella lo miró. "¿Estás haciendo la maleta?"

La pregunta cogió a Drake por sorpresa e instintivamente se llevó la mano a la chaqueta y a la axila izquierda.

Sólo entonces recordó que le habían robado la pistola a la salida del cementerio.

"Joder", refunfuñó en voz baja.

"¿Qué?"

"Lo dejé en mi coche", mintió.

Chase le miró con suspicacia y él pensó por un momento que iba a retarle.

No lo hizo.

"Mira en la guantera, tengo una de repuesto. Cógelo y vámonos. Traigamos a Tim Jenkins para interrogarlo... veamos cuánto sabe sobre el ciclo de vida de la Monarca. ¿Qué dices?"

Capítulo 48

BECKETT CERRÓ LOS OJOS, tragó en seco y luego levantó el hígado con una mano mientras deslizaba el bisturí con la otra por debajo.

Con un hábil corte, seccionó la arteria hepática y liberó el hígado.

Lo dejó caer bruscamente en el cubo metálico de pesaje, donde cayó con un plop nauseabundo.

"Así, mis aspirantes a Anatomía de Gray, es como se extirpa el hígado".

No era la sangre lo que le revolvía el estómago -sabía Dios que llevaba casi una década haciendo este trabajo-, sino *el olor*. Y no era el olor del cuerpo, sobre todo de este, que era bastante reciente, sino el olor del fijador. Era el formol; el formol se le metía en la nariz, en el pelo, en los poros.

Y tampoco era *sólo* el formol.

Fueron tres cervezas, siete chupitos de Jameson y media pinta de Crown Royal antes de las diez de la noche. Lo que no dice nada de las bebidas en el avión de vuelta a Nueva York.

Beckett tragó saliva y señaló a un residente que normalmente le habría parecido lo bastante joven como para que sus cicatrices de acné aún no se hubieran curado, pero este chico -un chico alto, con aspecto de caña y gafas gruesas-ni siquiera parecía lo bastante mayor como para haber tenido acné, y mucho menos para estar curándose de las cicatrices.

Mierda, este chico parecía tan joven que sus dientes aún estaban redondeados de tanto chupar la teta de su madre.

"Reginald, apunta el peso", dijo, tragando saliva varias veces seguidas. "Parece que se lo pasó bien antes de irse".

"Mi, uh, mi nombre es Aaron, señor."

La expresión de Beckett se volvió petulante.

"Sí, claro. Bonito nombre. Ahora sólo..."

Su teléfono, que estaba en la mesa junto a la puerta, sonó y, agradecido por la distracción de la aburrida conversación que estaba a punto de tener lugar, se acercó a él. Al hacerlo, Beckett se quitó los guantes de laboratorio y los arrojó al residente más cercano. Golpearon a una *mujer* en el pecho, salpicando su impoluta bata con la sangre del cadáver que había sobre la mesa detrás de él. Dio un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás como si se tratara de una bola de bolos de dos kilos en lugar de unos guantes de laboratorio de medio kilo.

Beckett se rió entre dientes mientras contestaba al teléfono.

"Dr. Beckett Campbell", dijo, poniendo el acento más pretencioso

que pudo reunir. "A su servicio."

Hubo una breve pausa y, a continuación, respondió una voz bastante mecánica.

"¿Beckett? Soy Seb".

Beckett cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz con la mano libre.

Seb... Aaron... Reginald... ¿Quiénes son estas personas? En serio, ¿quiénes son estas personas?

"Mira colega, tengo una resaca tremenda. ¿Puedes darme algo más para seguir? ¿Tal vez el color del pelo? Medidas sería mejor, pero si no quieres decirlo, si eres tímido, entonces supongo que eso dice..."

"Es Seb del laboratorio-CSU. He estado analizando el ADN de la sangre encontrada en la escena del crimen de Thomas Smith y Neil Pritchard...". El uh-"

"Mierda, sí, Seb, claro. ¿Qué has encontrado? ¿Qué has encontrado?" preguntó Beckett, apartándose la mano de la cara y abriendo los ojos.

"Bueno, tenemos una coincidencia. Verás, la razón por la que tardó tanto es que primero, tuvimos que..."

"Escúpelo, Seb. ¿Quién es el partido?"

"Es de hace casi treinta años".

El hedor a formol se duplicó de repente, o al menos eso creyó Beckett, y su visión empezó a nublarse.

"¿Hace treinta años? Mierda, quédate ahí, voy a bajar".

Beckett colgó el teléfono y se dirigió a la puerta.

"¿Dr. Campbell? ¿Señor? ¿Qué debemos hacer con el cuerpo?"

"Saca todos los órganos y pésalos", dijo, sin volverse. "Reginald, estás a cargo".

Capítulo 49

"¡TIM JENKINS, POLICÍA DE NUEVA YORK!" CHASE gritó mientras golpeaba la puerta con el puño.

Drake sintió de repente una opresión en el pecho. Volvió la mirada hacia el cielo, preguntándose con un precursor de ansiedad, si empezaría a llover.

Y entonces realmente serían él y Clay en casa de Peter Kellington otra vez.

"¡Tim! Sólo queremos hablar!" Chase golpeó de nuevo. "¡Tim! ¡Abre la puerta!"

Un golpe, seguido de lo que sonó como la rotura de un cristal, procedió de algún lugar del interior de la casa. Chase giró la cabeza para mirar a Drake.

"Voy a entrar", dijo, acercándose al pomo de la puerta.

Drake fue a agarrarla del brazo, pero fue demasiado lento.

"No puedes", dijo. "Rhodes..."

Hubo otro golpe y luego un grito ahogado.

"Joder Rhodes", susurró Chase mientras agarraba el pomo de la puerta y la abría de par en par. "¡Tim! *¡Tim Jenkins!"*

Chase estaba de pie en el umbral de la puerta cuando oyeron fuertes pasos en el piso de arriba, que sonaban como si acabaran de alguna manera *fuera*.

"Drake, ve por detrás", dijo Chase, con la voz alta y tensa.

Drake negó con la cabeza.

"De ninguna puta manera, voy a entrar".

Otro ruido sordo.

Chase agitó el brazo.

"¡Da la vuelta! ¡Joder, estaré bien! ¡Está huyendo! *¡Vamos!*"

Drake salió corriendo. Saltó del porche y corrió primero hacia el este, pero enseguida se dio cuenta de que había al menos media docena de casas adosadas en ese lado.

Maldijo y echó a correr en dirección contraria. Tres casas después de la de Tim Jenkins, había una separación entre las casas adosadas, bloqueada por una corta valla de madera.

Respirando con dificultad, con la pistola de Chase en la mano, Drake se acercó, levantó la cerradura y la atravesó.

Entre los estrechos patios de cada unidad había una barata valla metálica, y Drake se catapultó por encima de la primera sin incidentes.

Dos más, pensó mientras se acercaba a la siguiente valla.

De repente le dio un vuelco el corazón, y todas esas noches -todas

las noches durante sus seis meses de permiso y, a decir verdad, durante bastante tiempo antes-de borrachera le pasaron factura.

Jadeó, tropezó, pero aun así consiguió saltar la segunda valla. Cuando llegó a la tercera, tenía una mueca de dolor, se agarraba las costillas heridas con una mano y agarraba con fuerza la pistola con la otra.

Drake se vio obligado a detenerse. Con los ojos muy abiertos, trató de encontrar la casa de Tim en la oscuridad, pero vio algo por el rabillo del ojo. La valla trasera, también de tela metálica, tembló y sus ojos se dirigieron instantáneamente en esa dirección. Durante una fracción de segundo, creyó ver una figura sombría saltar por encima de la valla trasera antes de desaparecer en la noche.

"Hey-" Drake comenzó, pero luego se detuvo y sacudió la cabeza.

Es como el Rey Esqueleto otra vez, pensó. *Tu mente jugándote malas pasadas. No hay nadie allí, nunca viste nada.*

Un fuerte sonido de arañazos procedente de su izquierda, en lo alto, le hizo volver la vista atrás. La luz del porche de Tim Jenkins se encendió y se reflejó en las losas, tiñendo el pequeño tejado inclinado de un resplandor amarillo grisáceo.

Un hombre estaba a medio camino de la ventana, con una pierna pálida y un pie descalzo deslizándose por las tejas del tejado.

"¡Hey!" Drake gritó. "¡Ni se te ocurra!"

A pesar de estar en el patio de al lado, Drake estaba lo suficientemente cerca como para imaginarse que, incluso con la escasa iluminación, podría acertarle de lleno.

El hombre del tejado se giró en dirección a la voz de Drake, y entonces hizo lo más extraño.

Señaló.

Un brazo blanco y pálido se extendió en la dirección en la que Drake había visto a la figura sombría catapultarse por encima de la valla. Estuvo tentado de seguir el dedo, para confirmar lo que creía haber visto, pero había aprendido la lección.

Engáñame una vez...

No caería en el engaño. No esta vez.

"Da un paso más y disparo", dijo con calma. Se oyó un alboroto en el interior de la casa y la voz de Chase llegó hasta él.

"Retrocede dentro de la casa, Tim."

"Chase", le gritó Drake a su compañero, "está desarmado".

Tim Jenkins levantó lentamente la pierna y se metió en la casa. En cuanto se perdió de vista, Drake volvió a ponerse en marcha, esta vez sin una pizca de opresión en el pecho.

***

"Lo tengo, lo tengo", dijo Chase mientras sacaba a Tim Jenkins de la

casa con las manos esposadas a la espalda. El hombre sólo llevaba puestos los calzoncillos y su aspecto no difería mucho del de la fotografía del anuario del instituto: pelo castaño de media melena, cara redonda, nariz fuerte y ojos grandes.

"¿Lo has visto?" Tim preguntó cuando Drake se hizo a un lado para permitirles pasar. "¿Lo viste?"

Drake sacudió la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos sobre el Rey Esqueleto, sobre Peter Kellington.

"¿Le has visto?" Gritó bajo la lluvia. "¿Viste al hombre corriendo?"

El detective Frank Simmons subió los escalones del porche y se agachó para inspeccionar el cuerpo inmóvil de Clay.

"¿Ver a quién? ¿Ver a quién Drake? ¡No hay nadie más aquí!"

Drake empezó a sollozar.

"Había alguien más..."

"Drake, ¿estás bien?" Chase preguntó.

Drake asintió enérgicamente.

"Bien."

"¿Viste a alguien ahí atrás? No para de hablar de que alguien entró en su casa, que alguien estaba en su dormitorio intentando asfixiarle".

Drake tragó saliva. Sentía como si tuviera una patata alojada en el esófago.

"No... no vi a nadie", graznó.

Chase se inclinó cerca de Tim y susurró lo suficientemente alto como para que Drake lo oyera.

"¿Escuchaste eso, Tim? No hay nadie en la casa excepto tú y tu colega".

¿Amigo?

Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que Chase estaba sonriendo; no, no estaba sonriendo.

Estaba *radiante*.

Y también llevaba algo en una mano: un recipiente para muestras. Dentro había una oruga viva.

Drake se quedó boquiabierto.

"Estaba en su dormitorio. También hay una jeringuilla en el suelo", dijo Chase.

Jenkins dejó de caminar y Chase le empujó hacia delante.

"No es mío", espetó Tim por encima del hombro. "Te lo dije, había alguien en mi casa, de pie sobre mí. Cuando llamaste a la puerta, me desperté y él salió corriendo por la ventana", señaló a Drake con la barbilla. "Iba tras él cuando me viste".

Drake ignoró al hombre y alargó la mano para coger el recipiente de la mano de Chase.

La oruga que había dentro se encabritó, sacando sus patas pegajosas de la superficie interior como si fueran cuerdas de guitarra

pulsadas, y luego pareció detenerse como si esperara algo.

"Ya oíste a la detective Drake, no había nadie ahí atrás. Pero no te preocupes, puedes seguir con esta farsa en la comisaría".

Capítulo 50

TIM JENKINS FUE CONDUCIDO a la comisaría de la misma forma que Verónica y Raúl: en el BMW de Chase con cristales tintados conducido bajo tierra y subido por el ascensor trasero. Sólo que con Tim no hubo conmoción dentro de la propia comisaría. En parte se debía a la hora -se acercaba la medianoche-, pero Drake supuso que había algo más. Aunque Tim sólo llevaba puestos los calzoncillos y una camiseta blanca que habían recuperado de su casa, no tenía el mismo atractivo que una mujer guapa con un vestido de Elsa.

Sin embargo, su presencia levantó varias cejas.

"Lo llevaré a la habitación 1", le dijo Chase a Drake. "Tú..."

"Ya te lo he dicho, estás cometiendo un error", interrumpió Tim. "No he hecho nada... ¡deberías estar ahí fuera buscando a la persona que entró en mi casa!".

"Tendrás mucho tiempo para hablar, Tim. Sólo espera a que las cámaras estén rodando antes de hacer tu confesión", dijo Chase. Luego, dirigiéndose a Drake, añadió: "Lleva a nuestro peludo amigo y la jeringuilla a Beckett al laboratorio. Haz que confirme que se trata del mismo cóctel que se inyectó a Thomas y Neil, si es que sigue por aquí. Si no, despiértalo".

Drake levantó la bolsa de especímenes e hizo una mueca al ver la oruga, que seguía asomada al interior del recipiente como una cobra en miniatura preparada para atacar.

"Estará aquí".

"¡Espera!" Tim interrumpió, su tono cambió de molesto a angustiado. "¿Crees que maté a Tom y Neil?"

"Como dije, tú..."

"Esto es una locura", jadeó Tim, con los ojos muy abiertos. "Pensé... ¿están locos? ¡Yo no tuve nada que ver con sus muertes! ¡Había alguien en mi casa! Se dejó esas cosas. Mierda, ¡creo que iba a usarlas contra mí! ¡Yo no hice nada! Yo no..."

Chase trató de guiar al hombre hacia la sala de interrogatorios, pero se atrincheró.

"¡Esto no puede estar pasando! I-"

Drake empujó a Tim por detrás y éste tropezó hacia delante.

"Muévete. No le des problemas, Tim", dijo Drake con calma. "Tendrás tu oportunidad".

Chase empezó a perseguir a la sospechosa, pero se volvió hacia Drake antes de que entrara en la sala de interrogatorios.

"Llévaselos a Beckett, luego vuelve rápido".

Drake asintió.

"No empieces sin mí".

***

Drake se sorprendió al descubrir que mientras él buscaba a Beckett, Beckett también le buscaba a él. Se encontraron justo fuera del ascensor.

"Jesús, parece que hayas visto un fantasma", dijo Drake cuando se abrieron las puertas del ascensor.

"Debe ser el pelo", respondió Beckett, y luego añadió rápidamente: "Tengo una coincidencia con el ADN de las espaldas de las víctimas".

Drake se quedó boquiabierto.

"¿Qué? ¿Quién?"

No había esperado que encontraran una coincidencia con la mariposa ensangrentada.

Beckett negó con la cabeza, agarró a Drake del brazo y lo condujo hacia la sala de conferencias en la que realizaban las actualizaciones diarias.

"Más bien *cuándo*", dijo Beckett. Cuando la puerta se cerró, le tendió a Drake un montón de papeles. "Intercambio".

Beckett cogió la bolsa de pruebas y entregó el informe de ADN. Con la oruga y la jeringuilla en la mano, sus ojos se desviaron hacia la pizarra de corcho con todas las nuevas fotografías sujetas con cuerdas.

"Dios, ¿habéis oído hablar alguna vez de una pizarra interactiva? Esto parece de los años setenta", le dijo Beckett a Drake. "Lo siento. Olvidé que tenías cuarenta años y ya ibas por los noventa y cinco".

Drake sacudió la cabeza, tratando de mantener la concentración.

"¿Cómo que *cuándo*? ¿De quién es la sangre?"

Beckett sonrió.

"Oh, sí. Lo siento, luchando contra una resaca malvada. De todos modos, tienes el expediente del caso en tus manos. La sangre de la espalda de Thomas y Neil es de una mujer que murió hace casi treinta años", puso acento británico al pronunciar el nombre: "Una tal Martha Slasinsky".

Drake enarcó una ceja.

"¿Quién?"

"Exactamente. *¿Quién?* Una mujer que murió en su apartamento de un aparente suicidio. Pero aquí está el truco, ella estuvo muerta durante casi un mes antes de que alguien la encontrara."

Drake miró fijamente a Beckett, con la mente zumbando, intentando encajar esta nueva prueba, este gran montón de pruebas humeantes, en la ranura apropiada del tablero de clavijas.

Una mujer muere hace treinta años y su sangre resurge en los asesinatos de tres ricos hombres de negocios de Nueva York? ¿Cuál es la conexión?

"Pero aquí está el truco... sí, sí, ya teníamos un truco, lo sé, pero

aquí está el *verdadero* truco", continuó Beckett, sus pálidos ojos azules brillaban ahora. "Martha, que era enfermera, por cierto, tuvo un hijo".

Drake se inclinó más hacia él.

"Sí, un hijo. Y vivía con ella".

Drake torció la cara, sin ver el significado.

¿"Vivía con ella"? ¿Y qué? ¿Qué...?"

Beckett negó con la cabeza.

"No, grandullón, no lo entiendes. El niño sólo tenía ocho años cuando murió su madre, pero cumplió nueve antes de que la encontraran".

Drake no podía creer lo que estaba oyendo.

"¿Qué?"

Beckett asintió.

"El hijo de Martha vivió con su cuerpo durante casi un mes después de su muerte. Al final, los vecinos se quejaron del horrible olor que salía del apartamento, y la policía de Nueva York llamó a la puerta". Pero la cosa no acabó ahí. El niño consiguió convencer a los dos uniformados de que no pasaba nada, que sólo estaban descongelando el congelador -¿te lo puedes creer? Un niño de nueve años... En cualquier caso, dos días después, los agentes volvieron y esta vez entraron en el apartamento. El niño se enfureció y golpeó a los agentes, diciéndoles que por fin había dejado de llorar, que por fin vivían en silencio, en paz. Les dijo que no se la llevaran, que era todo lo que tenía".

"Jesús", susurró Drake, imaginando la escena en su mente. Le recorrió un escalofrío.

"Se pone peor, mi buen amigo."

¿Cómo? ¿Cómo podría empeorar?

"Después de que viniera la policía la primera vez", continuó Beckett, "el chico abrió la ventana para intentar deshacerse del olor. Pero por muy listo que fuera, no se anticipó a los bichos".

Drake tragó saliva y en su mente apareció la imagen de la pesadilla que había tenido con la cara muerta de Clay y una oruga gigante saliendo de su boca.

"Sí, lo has adivinado. El apartamento estaba lleno de Monarcas".

De repente, Drake tuvo que sentarse. Buscó una silla y se dejó caer en ella.

"Drake, ¿estás bien?"

Hizo una mueca de dolor y se sujetó el costado.

"¿Qué coño te ha pasado en la cara? Dices que tengo cara de haber visto un fantasma, pero tú tienes cara de haber sido apaleado por uno".

Drake no contestó... estaba demasiado perdido en su propio mundo para ofrecer nada. Se imaginaba lo horrible que debía de ser para

aquel niño, que su madre primero se suicidara y luego estuviera sola con su cuerpo putrefacto durante un mes.

"¿Qué le ha pasado?", preguntó, su voz apenas un susurro.

Beckett se encogió de hombros y apretó los labios.

"Pasó varios meses en una institución psiquiátrica estatal, y luego fue liberado. No hay constancia de él después de eso, excepto que recibió una fuerte póliza de seguro de vida de su madre, siendo enfermera y todo eso".

"¿Cómo puede un niño de nueve años simplemente desaparecer?"

"Por lo que sé, no 'desapareció', el informe policial sólo termina".

Drake lo meditó un momento, antes de ponerse en pie y añadir varios trozos de papel más a lo que el detective Henry Yasiv había llamado el árbol genealógico de Gotti.

"Está todo en el informe", ofreció Beckett, pero Drake apenas escuchaba. "¿Qué es esto, por cierto? ¿Otro lodo de mariposas?"

"Sí, estoy bastante seguro de que es lo mismo, pero házmelo saber tan pronto como puedas".

"Bueno, definitivamente es una oruga Monarca, eso es seguro".

Drake le ignoró y siguió añadiendo cuadrados de papel al tablero.

Escribió *Martha Slasinsky* en un trozo de papel y luego puso el bolígrafo sobre el otro.

"¿Cómo se llamaba el chico?", preguntó distraídamente.

"Déjame comprobarlo", dijo Beckett, y Drake le oyó pasar páginas del informe policial. "Marcus-Marcus Slasinsky".

Drake dejó caer el bolígrafo.

Había visto ese nombre antes. De hecho, lo había visto esa misma tarde.

Capítulo 51

DRAKE LLAMÓ A LA PUERTA UNA VEZ E irrumpió en la sala de interrogatorios sin esperar respuesta.

Tim se sobresaltó y le miró al entrar, con los ojos muy abiertos.

"Yo no maté a nadie. No sé lo que ustedes..."

"¿Qué le pasó a tu madre, Tim? ¿O debería llamarte Marcus?"

Tim retrocedió visiblemente.

¿"Mi madre"? ¿Qué tiene que ver esto con mi madre? ¿Qué tiene que ver *todo esto con mi madre*? ¿Y quién demonios es Marcus?"

Drake apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

"Marcus Slasinsky-ese es tu nombre, ¿no?"

Tim retrocedió de nuevo, pero esta vez fue diferente de cuando Drake había mencionado a la madre del hombre. Había algo más allí, algo que podría haber pasado por reconocimiento en otras circunstancias.

Drake no lo sabía con certeza.

"¿Qué estás...?" Tim empezó, pero la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe.

Drake se giró para ver entrar a Chase.

"Detective Drake, ¿puedo hablar con usted fuera un momento?", preguntó, con hielo en la voz.

"Sólo un segundo..."

"Ahora, Drake."

Drake maldijo y golpeó la mesa con el puño antes de enderezarse y dirigirse hacia la puerta. Chase se la sostuvo mientras la cruzaba.

"¿Qué demonios haces?", preguntó cuando por fin se cerró la puerta. Intentó que su frustración no se reflejara en su voz, pero era una batalla perdida.

"¿Yo?" Chase respondió incrédulo. "¿Qué coño *estás* haciendo? Te estaba esperando, tal y como me pediste".

Drake negó con la cabeza.

"No es él", afirmó simplemente, sacudiendo la cabeza. "Tim no es el asesino de la mariposa".

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

Drake relató rápidamente lo que Beckett le había contado. Chase escuchó con seriedad, pero para cuando terminó, era ella la que negaba con la cabeza.

"Aún no sé cuál es la conexión, o si tiene algo que ver con nuestro caso, pero Tim es nuestro hombre".

Drake se resistió.

"¿No sabes qué tiene que ver esto con nuestro caso? ¿Me estás

escuchando? ¡La sangre de Thomas y Neil y probablemente de la espalda de Chris es de una mujer que murió hace treinta años! ¡Una mujer que estaba infestada de Monarcas! ¿No *sabes qué tiene que ver con nuestro caso?*", se burló. "¿Qué te pasa?"

Drake se dio cuenta de que le subía la tensión y, con ello, todas y cada una de las heridas sufridas a manos de los matones fuera de la guarida de Verónica empezaron a palpitar y doler.

Chase ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

"¿Qué *me pasa*? No estás viendo los hechos, Drake. Cálmate... No quiero tener que recordarte que yo soy el que manda aquí, que ya estás en la puta cuerda floja sin estos arrebatos".

Drake rechinó los dientes, deseando no haber optado por el whisky en Patty's Diner.

Vio rojo.

¿Quién coño se cree que es? ¿Ahora es la sustituta de Clay? Bueno, te diré una cosa, hermana, Clay es jodidamente insustituible. Tú no eres él; sólo eres un narco de pacotilla de Seattle.

"¿Quién llegó a ti? ¿Rhodes? ¿Fue Rhodes?", siseó. "Sí, apuesto a que fue Rhodes. Pues que se joda él y que te jodan a ti también".

La mirada furiosa de Chase se convirtió de repente en papilla y el dolor en su rostro le hizo arrepentirse al instante de sus palabras. Después de todo, Chase había sido amable con él, la única persona a la que le había importado una mierda.

"Lo siento", dijo, bajando los ojos. "No quería decir eso".

Chase respiró hondo antes de contestar.

"Nadie llegó a mí", dijo con calma. "Y a mí no me pasa nada, a *ti* te pasa algo. Te estás volviendo loca, te estás deshaciendo en las costuras. Esto es como lo del Rey Esqueleto. ¿Viste a alguien allí, en la casa de Tim? ¿Uh? ¿Una sombra negra, tal vez?" Sus palabras le picaron como flechas.

La verdad era que recordaba la valla trasera temblando y a alguien -*algo*—desapareciendo en la oscuridad.

¿O no?

¿He *visto a alguien?*

"No", dijo en voz baja. "Tal vez... no lo sé."

"Sí, y ese es el problema: no *lo sabes*. ¿Qué pasó con tu arma, Drake? Estoy seguro de que no está en tu coche. ¿Te emborrachaste y la dejaste en algún sitio? ¿Qué? Déjame adivinar, no *sabes* dónde está".

Drake suspiró pesadamente.

"Me lo robaron del coche", respondió, sin ninguna convicción en la voz.

"Sí, seguro que sí. Vete a casa, Drake. Vete a casa y duerme la mona. Arregla tus mierdas. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir: puedes arder con tu puto velero, pero yo no me hundiré contigo".

Drake tragó en seco. Al cabo de un momento, levantó los ojos y los dirigió a Chase.

"¿Puedo hacerle sólo una pregunta?", dijo, con la desesperación pegada a la lengua. "Por favor, ¿sólo una? Puede darme eso, ¿verdad?".

Chase hizo una mueca.

"Bien. Pero voy contigo. Y juro por Dios que si intentas algo, te arrestaré por obstrucción. ¿Entiendes?"

Drake asintió y se volvió hacia la sala de interrogatorios. Se dirigió a la puerta, pero Chase se le adelantó en el último momento y tiró de ella para abrirla.

Dentro, Tim volvió a levantar la vista, sobresaltado como un pez sacado del agua.

"¡Yo no lo hice! Yo no..."

"Cállate", espetó Drake. "Sólo quiero saber una cosa: ¿tienes pasaporte?"

"¿Un pasaporte?", repitió el hombre, con la cara contorsionada.

"Sí, un pasaporte. ¿Un pequeño libro sobre *yea* grande? ¿Te permite salir de este país?"

Tim se lo pensó un momento, no tanto devanándose los sesos para determinar si efectivamente tenía pasaporte, sino más bien tratando de averiguar el significado oculto de la pregunta.

"No", respondió al fin. "Nunca he salido de los Estados Unidos continentales. ¿Por qué?"

Drake no dijo nada, pero no pudo evitar el atisbo de sonrisa que se formó en sus labios. Sin decir nada más a Tim Jenkins, se volvió hacia Chase y la puerta de la sala de interrogatorios, que seguía abierta.

Al pasar junto a ella, susurró: "Es difícil asesinar a un hombre en Montreal sin pasaporte, ¿no?".

Chase frunció el ceño, pero se mordió la lengua.

Capítulo 52

El detective Damien Drake salió furioso de la comisaría 62.

Furioso con Chase, con el Sargento Rhodes, con Tim Jenkins.

Pero sobre todo estaba furioso con Clay Cuthbert.

¿Por qué no llevabas tu chaleco, Clay? ¿Por qué coño no llevabas tu chaleco *esa noche?*

Menos de diez minutos después, se encontró entrando con su Crown Vic en la cafetería 24 horas de Patty.

No cuadraba; si Tim era su hombre, si estaba cabreado con Thomas Smith y su familia por cerrar los Jardines de las Mariposas, quitándole su trabajo, entonces ¿por qué asesinó a Chris y Neil? ¿Cómo encajaban en el cuadro? Y aunque de alguna retorcida manera las mariposas en la boca de las víctimas tenían sentido, lo que Drake no podía entender era la sangre. La sangre *de Martha Slasinsky*. ¿Qué demonios era todo eso?

Drake negó con la cabeza. Tim Jenkins no era el Asesino de la Mariposa; estaba seguro de ello. Pero también sabía que sería casi imposible convencer a Chase de lo contrario. Al fin y al cabo, era su caso, y ella lo sabía todo sobre el Rey Esqueleto, sobre la reticencia de Drake a aceptar el hecho de que el responsable de aterrorizar a la ciudad de Nueva York fuera Peter Kellington, un jodido conserje pervertido.

Aturdido, Drake entró en la cafetería y ocupó su asiento habitual en el reservado frente a la puerta.

Broomhilda se acercó, con su patentada mueca de desprecio en su rostro delineado.

"¿Clave de lima?", preguntó con algo parecido al desdén.

"A la mierda el pastel", escupió Drake. "Johnny Red, doble, limpio."

La curtida mujer asintió y se fue a buscar su bebida. Drake fue el único cliente de la cafetería hasta que sonó la puerta y entró un hombre con una chaqueta k-way. Llevaba la capucha puesta y el pelo largo y castaño revuelto. Se acercó con decisión y arrojó un trozo de papel sobre la mesa que había entre ellos.

"Deberías contestar al maldito teléfono", dijo el hombre, frunciendo el ceño.

Drake lo miró por un momento, antes de sacar su teléfono del bolsillo. Debía de haberlo apagado después de hablar con Beckett. Volvió a encenderlo y lo dejó sobre la mesa antes de coger el periódico.

"¿Qué es esto?", preguntó distraídamente.

"Es lo que pediste. Y más vale que la exclusiva del Asesino de la

Mariposa sea buena, Drake. Hice un gran esfuerzo y conseguí muchos favores para esto".

Drake le ignoró y centró su atención en la nota. Parecía un borrador escrito a máquina, y la fecha confirmaba que probablemente era así: *12 DE SEPTIEMBRE DE 1994.*

El titular decía: *Niño de 14 años, intimidado hasta el coma en los Jardines de Mariposas.*

"¿Qué demonios?" murmuró Drake. Miró al hombre que tenía enfrente, pero éste se limitó a encogerse de hombros.

Drake siguió leyendo.

Empezó como una excursión rutinaria de clase, una excursión que los alumnos de noveno curso de la Academia Deer Valley hacen todos los años. Una excursión para presenciar una de las escenas más asombrosas y bellas de la naturaleza, a la que los vídeos no pueden hacer justicia: el inicio de la migración de la mariposa Monarca.

Excepto que esta vez, cuando las decenas de miles de mariposas levantaron el vuelo, dejaron una escena espeluznante en el suelo. Las circunstancias que dejaron a un chico en coma y a otros cuatro -hijos de destacados empresarios neoyorquinos-bajo investigación no están claras, pero profesores y compañeros informan de que la víctima, cuyo nombre no se ha hecho público, era el blanco constante de los matones.

Drake levantó la vista y agitó el papel.

"¿Eso es todo?"

El hombre de enfrente volvió a encogerse de hombros.

"Era un artículo incompleto. En cuanto el editor -Leeds, el editor Gentry Leeds por aquel entonces-vio el borrador, lo cerró".

"Joder", maldijo Drake.

"Pero me las arreglé para averiguar los nombres de los niños ricos".

El hombre sonreía ahora, y en ese momento, Drake supo quiénes eran.

"Chris, Neil, Tim y Thomas", dijo Drake, sin una sonrisa en la cara.

"*Hmph*. Supongo que ya habrás oído esta historia. Pero, ¿conocías ésta? ¿El nombre del chico que estaba en coma?"

Drake negó con la cabeza y el hombre del pelo largo arrojó un segundo papel sobre la mesa.

Sólo había dos palabras en este caso: *Marcus Slasinsky*.

De repente, Drake se quedó sin aliento.

Marcus Slasinsky...

"¿Dónde está Marcus ahora?" preguntó Drake, doblando el trozo de papel con el nombre y metiéndoselo en el bolsillo.

"Ni idea. Tú eres el detective, yo sólo soy un reportero".

Drake fue a coger el otro trozo de papel, el que tenía los párrafos iniciales de una noticia que nunca llegó a publicarse, cuando el otro hombre lo cogió primero.

"No, me quedaré con este. Como he dicho, he conseguido muchos - y digo *muchos*—favores para esto. Por un artículo insignificante que, hasta donde sé, nunca condujo a nada, alguien gastó un montón de dinero en mantenerlo sellado. La única razón por la que lo encontré fue porque Gentry se puso enfermo y todavía no ha limpiado su oficina, aunque se jubiló hace más de seis meses. No va a volver pronto, y adivina quién tiene derechos de ocupación".

Drake miró el bolsillo del hombre. No necesitaba la página mecanografiada, no realmente. Todo lo que necesitaba era la información del artículo. Y ahora la tenía. Sin embargo, no estaba completamente seguro de lo que significaba.

Todavía no.

Drake asintió.

"Gracias. Te lo agradezco", dijo secamente.

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado, con el pelo cayéndole sobre el ojo izquierdo.

"No fue un regalo, Drake. Fue un intercambio. Y recuerda, ahora me lo debes".

Y con eso, el hombre se levantó y se deslizó fuera de la cabina.

"Vete a casa Drake, descansa un poco. Estás hecho una mierda".

Es la segunda vez esta noche que alguien me dice eso.

Drake lo miró irse y apuró el último trago de su bebida. Apenas dejó de sonar la campana sobre la puerta, otro sonido llenó el comedor.

El sonido del móvil de Drake sonando.

Lo recogió.

"Drake", dijo, esperando que su voz no sonara ni la mitad de cansada de lo que se sentía.

Es Chase, diciéndome que vuelva, que Tim no es su hombre. Que necesita mi ayuda otra vez.

Pero fue una voz masculina la que contestó.

"¿Detective Drake? Creo que ya es hora de que venga a verme".

"¿Qué? ¿Quién es?"

"Soy Kenneth Smith... y creo que deberíamos tomar una copa esta noche. ¿Qué me dices?"

Capítulo 53

CUANDO CHASE ABRIÓ LA puerta de la sala de interrogatorios, se sintió extrañamente tranquila, como si se hubiera quitado un peso de encima.

No había querido atacar a Drake de esa manera, pero la presión del sargento Rhodes y de Drake... bueno, Drake siendo Drake, la habían llevado al límite.

Pero nada de eso importaba, se dio cuenta. Lo que importaba era que tenía un sospechoso al que interrogar. Y armada con la información adicional que la agente Dunbar le había proporcionado justo antes de que Drake irrumpiera en la sala de interrogatorios, y con el anuario del instituto, se sentía más que segura de que Tim Jenkins estaba implicado en los dos asesinatos de Nueva York.

Y qué si "dijo" que no tenía pasaporte.

Todo lo demás apuntaba hacia él.

Y encajaba perfectamente en el perfil.

"Tim, yo..."

"¡Yo no lo hice!" Tim gritó.

"Relájate, Tim. No estás detenido. Sólo quiero hacerte unas preguntas. Pido disculpas por el arrebato de antes de mi compañero; no era necesario. Y, como te dije en el coche cuando veníamos hacia aquí, tienes derecho a un abogado, y puedes pedirlo en cualquier momento de esta entrevista. ¿Lo ha entendido?"

Tim asintió.

"Sólo quiero irme a casa", suplicó. "Esto es sólo un jodido malentendido. Había alguien en mi casa, y él estaba de pie sobre mí, sus manos..." se estremeció y por una fracción de segundo, ella casi le creyó. "Y trajo el recipiente y la jeringuilla con él. Lo juro, sobre la tumba de mi madre".

A Chase le pareció curiosa la elección de palabras teniendo en cuenta lo que Drake había estado gritando cuando había irrumpido en la habitación.

"¿Está... viva?", preguntó.

Tim negó con la cabeza.

"No, murió el año pasado. ¿Qué tiene eso que ver?"

Chase se encogió de hombros.

"No importa. Quiero hacerte unas preguntas sobre tu relación con Neil Pritchard y Thomas Smith. Empecemos por el principio. ¿Los conocía?"

Tim cruzó los brazos sobre el pecho.

"Sí, los conocía a los dos", sus ojos se desviaron hacia el anuario del

instituto que Chase había dejado sobre la mesa. "Fui a la escuela con ellos".

Chase asintió.

"¿Y qué pasó? Ellos siguieron carreras ilustres mientras que tú fuiste a qué... ¿trabajar con el salario mínimo en los Jardines?".

"No, no el salario mínimo. Y no sé muy bien a qué se dedicaban".

Esto no era cierto, y ambos lo sabían.

"Tim, si vas a mentir sobre algo tan pequeño como esto, entonces vamos a tener un problema aquí".

Tim apretó los labios con petulancia durante un momento y luego se desplomó en la silla.

"Bien. Sé lo que hacían para ganarse la vida, mierda, todo el mundo lo sabe. Estaba en todos los periódicos. El *asesino de la mariposa* y todo eso. ¿Me siento mal? No. Tal vez por Neil, pero no por Thomas".

"¿Por qué? ¿Porque acabó con tu novia del instituto? ¿Con Clarissa?"

Tim la fulminó con la mirada y Chase respondió abriendo el anuario. Lo giró para que él pudiera verlo.

"¿Qué? ¿Creías que no lo sabía?", señaló la fotografía de una versión mucho más joven de Tim y una Clarissa que parecían casi idénticas, envueltas en un fuerte abrazo, ambas vestidas de etiqueta. "Está todo aquí, Tim. Tú la querías y ella se escapó. Tal vez a ella no le gustaba el hecho de que estuvieras trabajando con el salario mínimo, mientras Thomas era un socio junior en uno de los bufetes de abogados más poderosos de la ciudad. Uno del que *son dueños* su padre y su hermano. ¿Fue por eso? ¿Por eso se fue?"

Tim la miró con el ceño fruncido, y su rostro se tiñó de carmesí.

"No es el salario mínimo", espetó, y Chase supo que había tocado un nervio. "Y no me dejó por eso".

"¿Es porque vives en un adosado en el Bronx? ¿Es por eso? Porque he estado en casa de Clarissa. Es ridícula, una mansión. En serio, deberías verla".

Tim miró lascivamente.

"Oh, lo sé, lo he visto."

Chase hizo un sonido *hmph*.

"¿En serio? Eso es interesante porque me dijiste hace un minuto que no has visto a Thomas en años".

"No lo he hecho".

Vale, vale, ya veo a dónde va esto.

"Vamos, Tim. ¿Quieres que me crea que *tú* -tú, que trabajas como un vulgar jardinero-podrías ligarte a Clarissa? ¿Podrías hacer que engañara a Thomas? Dame un respiro."

Tim volvió a ponerse rojo y se inclinó hacia delante. Su aliento salía de sus fosas nasales en breves ráfagas.

"¿Quieres saber qué pasó? Bueno, tal vez deberías hablar con el bastardo de hermano de Thomas, Wes, o tal vez con el padrino, Ken. ¿Sabías que planeaba presentarse a alcalde?"

Chase asintió.

"Sí, ya lo sabía".

Tim pareció sorprendido, pero continuó como si ella no hubiera respondido.

"Bueno, entonces debes saber que ha estado recorriendo la ciudad repartiendo su dinero, intentando limpiar la inmundicia que Thomas había amontonado sobre el apellido Smith. Apuesto a que no lo sabías, ¿verdad?"

Chase recordó lo que el detective Simmons le había contado sobre el profesor del Audi nuevo. Sospechaba que Ken Smith estaba haciendo exactamente lo que Tim le había sugerido, pero decidió guardarse la información.

"Continúa".

"Bueno, hacía años que no hablaba con Neil, pero contactó conmigo hace unos meses. Me dijo que tenía una cita con una prostituta de alto precio. Quería que participara, dijo que sería como en los viejos tiempos. No me interesaba, pero le seguí la corriente: los Jardines de las Mariposas no daban abasto y pensé que quizá podría pedirle un donativo. Pero cuando descubrí que Thomas también estaba viendo a esta prostituta... No podía creerlo. Quiero decir, tenía a Clarissa, ¿qué más necesita un hombre?"

"Entonces, ¿lo mataste por engañarla? ¿Tu primer amor?"

Tim rió, un sonido agudo y apretado.

"No maté a nadie. Pero seguí a Thomas, sólo para asegurarme de que Neil no hablaba por hablar, como solía hacer de niño. Y lo vi. Thomas se veía con esa prostituta -Veronica, creo que se llamaba-una vez a la semana. A veces más. Investigué un poco más y descubrí que le decía a Clarissa que se iba por negocios y se quedaba con Verónica varios días seguidos. Quiero decir, *días*. ¿Puedes creerlo?"

Chase asintió.

"Entiendo por qué estarías cabreado".

"Ella no se merecía eso. Mierda, se merecía algo mejor que Thomas. Claro, él iba a todos esos eventos, daba dinero a esas causas, pero todo era un espectáculo. Thomas no era un santo, ni mucho menos. Sólo era un niño rico mimado con demasiado dinero. Pensaba que podía hacer lo que quisiera y salirse con la suya, que papá pagaría a todo el mundo, que les haría olvidar. Pero obviamente no todo el mundo..."

Una extraña expresión se dibuja en el rostro de Tim cuando su frase se interrumpe.

"Pero no a ti, ¿verdad Tim? No pueden comprarte. Y cuando lo intentaron... bueno, esa fue la gota que colmó el vaso, ¿no? ¿Pediste

dinero? ¿Chantajeaste a los Smith para que hicieran una donación a los Jardines? ¿Qué, te rechazaron?"

Tim se burló.

"No quiero su dinero".

"Entonces, ¿qué hiciste al respecto? ¿Sobre Thomas engañando a Clarissa?"

"Fui a verla, fui a ver a Clarissa. Ella no me creyó al principio, pero yo tenía pruebas. Fotografías que ni siquiera ella podía negar".

Chase lo meditó durante unos segundos, preguntándose si estaría diciendo la verdad. Si era así, Clarissa mentía mucho mejor de lo que había pensado.

Y se supone que soy bueno leyendo a la gente...

"Así que intentaste, ¿qué? ¿Hacer que se vengara de Thomas proponiéndoselo? ¿Y ella te rechazó? Pero no podías hacerle daño, ¿verdad? Porque aún la amas".

Tim frunció el ceño.

Otra vez el nervio en carne viva. Él la amaba.

"En vez de eso, fuiste a por él. Le amenazaste. Al final, las cosas salieron mal y acabaste matándole".

Tim negó enérgicamente con la cabeza.

"Ya te lo dije, yo no lo maté. No maté a nadie. Me fui después de que Clarissa me dijo que lo dejaba. Iba a recoger a Thomas Jr. de la escuela y se iría".

"Pero no lo hizo, ¿verdad?"

Tim gruñó.

"No, no lo hizo. Recibí un mensaje de ella al día siguiente diciendo que había cambiado de opinión, que iban a arreglar las cosas. No era ella; no era Clarissa".

"Entonces, ¿qué pasó?"

Tim se recostó en su silla.

"Te contaré lo que pasó. Esa espeluznante ama de llaves se presentó en mi puerta al día siguiente con un sobre lleno de dinero: veinte mil dólares, ¿puedes creerlo? Me dijo que sólo tenía que mantener la boca cerrada y podía quedármelo. Sin condiciones".

"Pero te negaste".

Tim asintió.

"Claro que me negué; como dije, Clarissa se merecía algo mejor".

"¿Se lo merecía?"

Se encogió de hombros.

"No importa. De todos modos, no acepté el dinero y una semana después recibí una carta del juzgado. Los Jardines de Mariposas estaban siendo demandados por SSJ, y yo estaba siendo considerado personalmente responsable de algún cargo de mierda sobre la violación de alguna ley sobre plantas exóticas. No me jodas. Era Ken

Smith otra vez, agitando su puta cartera, intentando mantener en secreto la infidelidad de su hijo, intentando una vez más limpiar su desastre. La criada pícara vino, dijo que todo podría desaparecer si sólo tomaba el dinero". Apretó la mandíbula. "Me negué".

La sala quedó en silencio y Chase se tomó su tiempo para procesar todo lo que Tim había dicho. Sonaba razonable, incluso parecía tener sentido basándose en todo lo que ella sabía sobre este caso. Y, sin embargo, no era toda la verdad, ella también lo sabía.

¿Qué más esconde?

"¿Puedo irme ya?" Tim preguntó.

"No, no puedes."

Tim levantó las manos.

"Te lo he contado todo. Deberías estar ahí fuera, buscando a quien entró en mi casa. ¡Ese es tu asesino, no yo!"

"¿Sabes qué, Tim? Creo que no me lo has contado todo".

Tim enarcó una ceja, instando en silencio a Chase a continuar.

"No me has hablado de las mariposas".

Algo oscuro se reflejó en su rostro. Chase abrió el anuario y hojeó las páginas, deteniéndose al llegar a la fotografía de Tim, Neil, Chris y Thomas, con las bocas abiertas de alegría o de furia. Luego bajó el dedo hacia el único chico que aún no habían identificado, el de los largos brazos colgando a los lados, el del ceño fruncido.

"¿Quién es, Tim? ¿Quién es este chico?"

La cara de Tim se ensombreció por completo.

"Ya he dicho suficiente."

"Tim, dime quién es."

"¡Ya he dicho suficiente!", bramó. "Y ahora quiero a mi abogado".

Capítulo 54

A DIFERENCIA DE SU DIFUNTO HIJO, Ken Smith no vivía en una finca a las afueras de la ciudad. Vivía en un rascacielos del centro de Manhattan. Cuando Drake entró en el edificio, un guardia de seguridad se acercó, confirmó su nombre y le pidió que metiera la pistola en la caja junto con las demás armas.

Drake depositó a regañadientes el arma de Chase en la papelera y se dirigió con escolta al ascensor. Dentro, el hombre pulsó la "*P*" de la parte superior y mostró su tarjeta para que el ascensor ascendiera.

Drake, cansado y ligeramente borracho, miró a su alrededor hasta que sus ojos se posaron en la cámara situada en la esquina superior izquierda del ascensor cromado. Por alguna razón, le guiñó un ojo.

Cuando el ascensor se detuvo en la última planta, el guardia de seguridad le sostuvo la puerta y el hombre, un tipo corpulento con cejas del mismo color y tamaño que su bigote, le siguió.

Pocas cosas podían sobresaltar a Drake después de lo que había visto durante su etapa como detective de la policía de Nueva York, pero el apartamento de Ken Smith le dejó sin habla.

No se parecía a nada que hubiera visto antes; desde el ascensor se abría toda la planta, un concepto abierto hasta un nuevo extremo. Podía ver una sala de estar a un lado, con estanterías de pared a techo, una chimenea y muebles que parecían prestados por el *Louvre*. Había una cocina con electrodomésticos de acero inoxidable, armarios blancos de alto brillo y un frigorífico que parecía lo bastante grande como para contener todo el apartamento de Drake.

El suave sonido de una cascada provenía de una fuente retroiluminada a su derecha, flanqueada por vitrinas que parecían contener reliquias de algún tipo: una pistola antigua, un pergamino de papel amarillento, un reloj de aspecto antiguo.

"Eso es todo, Stewart," una voz llamó desde la sala de estar. "Gracias.

El hombre del bigote respondió: "¿Está seguro, Sr. Smith?".

La respuesta fue tranquila y relajada. Melosa, incluso.

"Estoy seguro. Tengo a Raúl para ayudar a servir a mi invitado".

¿Raúl? ¿Raúl está aquí?

Los ojos de Drake giraron en redondo, tratando de encontrar el origen de la voz. Le llevó un rato, pero al final vio una fina estela de humo que ascendía desde una de las sillas del salón, de espaldas a él.

"Que pase buena noche, señor Smith", dijo el guardia de seguridad al cerrarse las puertas del ascensor.

Cuando el zumbido de la caja metálica se desvaneció, Ken Smith se

puso en pie y se volvió hacia Drake.

Era alto, con un mechón de pelo blanco y una barba incipiente que resaltaba sobre su piel bronceada. Drake pensó que aparentaba unos cincuenta años, pero basándose en la edad de su difunto hijo, supuso que la edad real del hombre podría estar más cerca de los setenta. A pesar de la hora, llevaba una camisa blanca bien planchada, sin corbata, y pantalones azul marino que terminaban en mocasines de color café.

"Bienvenida, detective Drake", dijo Ken Smith, abriendo los brazos en un gesto amistoso. "Me alegro de que haya podido venir".

Drake gruñó algo parecido a un hola mientras Ken se llevaba un puro a los labios y daba una calada.

"¿Te prometí una copa? ¿Qué te apetece?", preguntó, dirigiendo su atención a la cocina. "¿Raúl? Por favor, tráele a nuestro invitado un..." miró expectante a Drake.

"Johnny Red", dijo.

Ken se rió entre dientes.

"Lo siento, pero mi bar no está completamente abastecido. Sin embargo, tengo un suministro de Johnny Walker Blue. ¿Le sentaría igual de bien?"

Drake dijo que serviría.

"Entonces, mientras Raúl te prepara la bebida, supongo".

"Sí."

"Bien, entonces *charlaremos*".

Drake hizo una mueca, dándose cuenta de que había entrado en otro mundo.

¿Palabra?

"Por favor, tome asiento", dijo Ken, indicando la silla opuesta a la que él había estado sentado.

Drake lo hizo, y en cuanto su culo tocó el material afelpado de color oliva, dejó escapar un suspiro audible.

Era como sentarse en un malvavisco.

Ken rió brevemente, un sonido agradable y amistoso.

"No hay nada como esto después de un largo día de trabajo. Créeme, hago el mismo ruido todas las noches".

Raúl apareció de repente, con camisa blanca y pajarita negra, un vaso de roca con tres dedos de líquido dorado en el fondo en la mano.

Drake miró al hombre con los ojos entrecerrados, tratando de entenderle. Raúl no revelaba nada; tenía la misma cara de piedra que cuando conducía el Rover y estaba tan callado como en la comisaría.

"Raúl lleva mucho tiempo con nuestra familia", dijo Ken, dando otra calada a su puro. "Es más que nuestro sirviente; forma parte de nuestra familia".

Raúl asintió y colocó el vaso en la mesa junto a Drake.

"¿Tu chico de los recados? ¿Llevando dinero a la gente por toda la ciudad?" Drake dijo.

Ken sonrió.

"Quizás. A veces. Hace lo que le pedimos y se le compensa en consecuencia".

Drake se quedó mirando al hombre que tenía enfrente. Había visto fotografías de Ken Smith y, aunque en la vida real era prácticamente igual, su actitud y comportamiento eran diferentes.

En las fotografías, había desprendido un aire de autoridad, de un modo utilitario, que era casi de esperar como el "Smith" principal de SSJ. Pero *esta* versión de Ken Smith era diferente. Estaba tranquilo, relajado, imperturbable. Incluso amistoso.

Y a Drake le resultaba desagradable. Era un detective de Nueva York que investigaba la muerte de su hijo en presencia del criado bigotudo al que había interrogado hacía menos de veinticuatro horas.

Nadie debería estar tan tranquilo.

Especialmente no Ken Smith.

"Cohiba Behike 56", dijo Ken de repente.

"¿Perdón?"

Ken sonrió de nuevo y levantó el puro.

"Lo siento, por favor, disculpe mi falta de modales. Después de todo, ha sido una semana muy larga. ¿Le apetece un puro? Mientras no lo cuente, por supuesto, son cubanos".

Drake sacudió la cabeza y frunció el ceño.

No, este hombre realmente no tenía miedo de nada.

"Como quieras, pero antes de empezar, te sugiero que pruebes tu bebida".

A diferencia del puro, Drake no rechazó esta oferta. Se acercó y cogió el vaso.

Era como roble líquido.

Suave, limpio, *perfecto*.

Intentó permanecer ambivalente, pero sabía que sus ojos le delataban. Drake tragó y se pasó el líquido por la boca inconscientemente durante un segundo antes de tragar.

"Delicioso, ¿verdad?"

Drake se bebió el resto y lo levantó.

"¿Raúl?" Ken dijo, "por qué no llenas a nuestro invitado de nuevo, pero deja la botella esta vez".

Raúl volvió e hizo lo que se le pidió.

"Ahora", comenzó Ken. "Tengo una proposición para ti, una que harías bien en considerar cuidadosamente".

Capítulo 55

CHASE RESPIRÓ HONDO, EMPUJANDO su espalda contra la puerta de la sala de interrogatorios.

"Hola, detective Adams, ¿estás bien?", preguntó un uniformado.

Levantó la vista.

"Sí, bien. Mire, oficial..."

"Hale, Trevor Hale."

"Muy bien Oficial Hale, ¿puede hacerme un favor?"

El hombre se movió sobre sus talones.

"Claro, estoy aquí toda la noche."

"Bien. El hombre de la habitación 1 quiere a su abogado. Asegúrate de que tenga un teléfono, ¿de acuerdo?"

El agente Hale asintió.

"Claro, Adams. ¿Debería ficharlo a él también?"

Chase bajó la mirada hacia sus zapatos, agradecida por haberse puesto sus zapatos planos hoy. Había sido un día muy, *muy largo*.

"No. Sólo retenlo. Sin cargos. Que el reloj comience ahora en su descanso de ocho horas. Volveré por la mañana. Hagas lo que hagas, no dejes que se vaya, ¿vale Hale? Y no dejes que nadie hable con él, excepto su abogado".

Trevor Hale dijo que eso no supondría ningún problema, y luego empezó a moverse incómodo de nuevo.

"¿Hay algo más?"

Bajó la mirada y, por un momento, Chase pensó que se estaba sonrojando.

"Sí, quiero decir si, ya sabes, tú..."

"No, Trevor. La respuesta es no, antes de que preguntes y nos avergüences a los dos".

Las orejas del hombre se tiñeron de carmesí. Era guapo, como un niño. Guapo e inocente.

Chase se dirigió hacia él.

"Sólo asegúrate de que contacte con su abogado, ¿vale?"

***

Chase aparcó en la entrada de su casa y se sentó en el coche unos instantes para serenarse.

Era más de medianoche y estaba agotadísima. Sin embargo, sabía que no dormiría mucho esta noche. No con gente como Tim Jenkins.

Con un suspiro, Chase abrió la puerta de su BMW y salió a la noche. Estaba sacando las llaves de los bolsillos cuando la puerta de su

casa se abrió de repente y el corazón le dio un salto en la garganta.

"¡Jesús!", jadeó, pero luego se relajó al ver el apuesto rostro de su marido. Él también parecía cansado, sus ojos hinchados indicaban que tampoco había dormido esta noche.

"Hola, cariño", le dijo mientras la rodeaba con los brazos. Chase se inclinó hacia él, aspirando su olor, y le devolvió el apretón.

Tras respirar hondo varias veces, Chase se apartó.

"¿Estás bien?" Brad Adams preguntó mientras observaba a su esposa.

Chase asintió y entraron juntos en la casa, asegurándose de cerrar la puerta con llave. Una vez dentro, Chase se quitó los zapatos e inmediatamente se dirigió al sofá, hundiéndose en los mullidos cojines.

Dijera lo que dijera Drake, el sofá siempre era más cómodo que los asientos del coche.

La televisión estaba encendida, pero en silencio. Había resúmenes deportivos, lo que le parecía bien.

Una distracción necesaria.

"¿Quieres comer algo?" preguntó Brad desde la cocina. La pregunta era retórica; ella ya le oía trastear con los cubiertos, preparando un plato para ella.

"Claro", dijo mientras se tumbaba.

"Hoy te he visto en las noticias", dijo Brad acercándose a ella. En una mano tenía un cuenco caliente de pasta con varias gambas apiladas encima, en la otra una cerveza.

Chase se sentó y cogió las dos.

No creía tener mucha hambre, pero el olor la hizo cambiar de opinión.

Devoró su pasta en un tiempo récord.

"¿Cómo me veo?"

"Estabas muy guapa", respondió Brad. "El hombre de las gafas y los ojos saltones... él no tanto".

Chase asintió y bebió un trago de su cerveza.

"Sargento Rhodes. Está encima mío, cuestionando todo lo que hago".

Brad le dio un golpecito en las piernas y ella se apartó para dejarle espacio para sentarse.

"¿Y tu compañero? ¿Damien? ¿Cómo está?"

Chase ladeó la cabeza.

"No estoy seguro".

Brad cogió su cerveza y bebió un sorbo antes de devolvérsela.

"¿Quieres dar más detalles?", preguntó.

Chase negó con la cabeza.

"No, en realidad no", pero luego lo hizo de todos modos. "Es un

buen hombre, Detective Drake. Sé que lo es. Es sólo que... él es... él es..." está *atormentado por demonios,* quiso decir, pero en lugar de eso, dijo, "sólo comete algunos errores. Un buen policía, un buen hombre, pero problemático".

Brad asintió, pero no fue un gesto condescendiente. Al mirarlo, fijándose en sus ojos azules, en su expresión plana, Chase supo que lo entendía.

Después de todo, había pasado la mayor parte de su vida adulta defendiendo a delincuentes y, como Chase, había visto y experimentado toda la gama de la condición humana.

Brad le puso una mano en el muslo.

"¿Vas a estar bien?", preguntó.

Chase asintió.

"Nada que no pueda manejar".

Se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

"Me voy a la cama, entonces."

Chase se levantó con él, llevando sus platos al fregadero.

"Enseguida voy", dijo ella, pero mientras Brad iba por el pasillo y giraba hacia su dormitorio, a la izquierda, Chase iba en dirección contraria.

Abrió con cuidado la puerta de la derecha y se deslizó dentro.

Había estrellas brillantes en el techo y un póster de Disney en la pared. En un extremo de la habitación había un baúl de juguetes cuya tapa no se cerraba del todo por la cantidad de juguetes que contenía.

Se rió para sus adentros, imaginando la cara de Félix mientras intentaba desesperadamente cerrar la tapa.

Chase se acercó a la cama y se quedó mirando a su hijo, observando cómo su pecho subía y bajaba lentamente con cada respiración.

El edredón del niño estaba subido hasta debajo de su barbilla, y sólo se veía su cara lisa de ocho años y su pelo blanco.

Chase sintió de pronto que la emoción amenazaba con embargarla, pero combatió la sensación inclinándose y besando suavemente a Félix en la mejilla. Se levantó, lo observó respirar varias veces más y salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado.

Chase *estuvo a punto de* ir a su dormitorio, *a punto de* tumbarse a descansar. Pero en el último momento retiró la mano del pomo de la puerta y se dirigió a su despacho.

Poco o nada se podía dormir esta noche; Drake no era el único atormentado por demonios.

Se dejó caer en la silla, se frotó los ojos y encendió el portátil.

Cuando Windows se cargó, hizo doble clic en el cliente de póquer.

Capítulo 56

DRAKE REGAÑÓ AL hombre que tenía enfrente.

¿Ciento veinte mil dólares más primas? ¿Por qué? ¿Por investigar para él?

"Puedo ver que eres incrédulo, y no te culpo. Pero le he estado observando durante mucho tiempo, Detective Drake".

"Sólo Drake", refunfuñó, tomando otro sorbo de Johnny Blue. "¿Para qué me quieres? Después de todo, tienes a Raúl".

Ken Smith le dedicó la misma sonrisa lánguida.

"Raúl es un hombre de muchos talentos, pero tú tienes... *habilidades*... que podrían ser útiles".

Drake se inclinó hacia delante.

¿"Práctico" para qué? ¿Para tu búsqueda de un cargo? ¿Para alcalde?" Esperaba que su información privilegiada escandalizara al hombre, que resquebrajara la falsa fachada que llevaba como un manto de satén, pero se llevó una gran decepción.

"Sí, es cierto. Necesito rodearme de individuos, individuos como usted, que puedan atajar los problemas incluso antes de que levanten sus feas cabezas."

Drake frunció el ceño y se reclinó en la silla.

"¿Sabes lo que me molesta de todo esto?", agitó los brazos, indicando su *palabrería* y el enorme ático en el que estaban sentados.

"Compláceme", dijo Ken, dando una calada a su puro.

"Llevo aquí casi media hora y no ha mencionado ni una sola vez a su hijo. Estoy investigando su asesinato, por el amor de Dios, y no me has preguntado cómo van las cosas".

Ken volvió a mostrarse imperturbable, lo que siguió molestando a Drake. Iba a hacer su propósito de molestar al hombre.

"Soy consciente de la situación", respondió simplemente.

Drake asintió.

"Tienes a alguien dentro. ¿Es Simmons? ¿El joven detective, Yasiv?"

Ken no dijo nada, pero esto era suficientemente revelador.

"Apuesto a que es aún más arriba. Apuesto a que es Rhodes".

"No importa quién sea", respondió Ken con calma. "Baste decir que estoy al tanto de sus progresos en el caso".

"¿Y? ¿Cómo te hace sentir?"

Ken se encogió de hombros y se llevó el puro a los labios.

"¿Qué demonios te pasa? ¿Tu hijo ha muerto y tú estás aquí sentado, fumando un puro y bebiendo un whisky caro? ¿No te importa una mierda?"

"Oh, me importa", dijo Ken. "Pero los hechos son que Thomas está

muerto. Sabes tan bien como yo que la muerte es una calle de sentido único; nada de lo que yo haga puede cambiar eso. Aprendí hace mucho tiempo que preocuparse por el pasado es una tontería. Claro que ofreceré una recompensa a quien tenga información que conduzca a un arresto, pero es una deuda que dudo que tenga que pagar".

Drake sacudió la cabeza, incrédulo. Recordaba haberle dicho a Rhodes que le dejara traer al hombre, expresándole su deseo de interrogar a Ken Smith. Pero ahora que lo tenía aquí delante, era Ken quien parecía dirigir el interrogatorio.

"¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Complaciente?"

"Eso es lo que necesita la ciudad de Nueva York, un alcalde tranquilo, calculador. Un hombre vinculado a la comunidad. Un lugareño *de verdad*, alguien que haya sufrido como todos los demás".

Los ojos de Drake se entrecerraron y por fin comprendió. No podía creerlo, la absoluta insensibilidad de la idea.

"Vas a usar a tu hijo muerto para influir en el voto de simpatía".

Ken se encogió de hombros.

"Usamos lo que podemos en este mundo, Drake, lo sabes. Usamos las herramientas y habilidades y conexiones para llegar a donde queremos estar. Para *convertirnos en* lo que queremos ser".

Drake sacudió la cabeza con incredulidad.

"Tu propio hijo, joder, eso es bajo."

Ken suspiró, y por primera vez desde que había llegado al ático del hombre, Drake sintió que estaba viendo al verdadero Ken Smith.

"¿Lo es? Yo lo llamo casualidad".

Drake se burló.

¿"Casualidad"? *¿Por casualidad?* ¿De verdad? ¿La muerte de tu hijo es casualidad?"

"Sí, así es. Como cuando tu compañero fue asesinado y seis meses después ya tienes un nuevo compañero, una cosita bonita, debo añadir."

Drake apretó los labios con fuerza, intentando luchar contra sus emociones. Puede que su objetivo fuera doblegar a Ken, pero era plenamente consciente de que estaba ocurriendo exactamente lo contrario.

"Déjala fuera de esto".

Ken ignoró la amenaza.

"Ella está cortando esquinas, Drake. Cortando esquinas para mantener su cabeza fuera del agua. Es un juego peligroso para un detective novato en Nueva York. Tú lo sabes. Pero la pregunta es, ¿vas a quedarte de brazos cruzados mientras otro compañero cae?"

Drake perdió el control. Se puso en pie de un salto y señaló con el dedo a Ken.

"¡Déjalos a los dos fuera de esto!", rugió. Oyó un ruido detrás de él

y se giró para ver a Raúl acercándose.

"Y tú mantente alejado de mí."

"Está bien, Raúl, todo está bien. Vuelve a la cocina".

El hombre asintió y, sin mirar a Drake, se retiró a su puesto.

"Por favor, Drake, cálmate".

Drake se dio la vuelta para encarar al pomposo capullo que le estaba tocando las narices.

"No me digas que me calme. Tú deberías ser el que está molesto. Deberías ser *tú el que* gritara".

Ken enarcó una ceja.

"¿De verdad? ¿Y qué se consigue con eso? ¿Hasta dónde te ha llevado eso, Drake?"

Drake estaba furioso, y fue todo lo que pudo hacer para resistirse a acercarse y estrangular al hombre.

"Por favor, siéntate".

"No", escupió Drake. "He terminado aquí."

Ken extendió las manos, con las palmas hacia arriba.

"Siento haberte disgustado, Drake. Pero por favor, considera mi oferta cuidadosamente. La gente que llega lejos en este mundo es la que se alía con los que ya están en ascenso. Te estoy ofreciendo una oportunidad: la oportunidad de asegurarte de que tu actual compañera, la señora Chase Adams, ascienda por la vía rápida a detective de primer grado, quizá incluso a jefa, *y* dinero suficiente para llenar diez veces el buzón de la señora Cuthbert. Piénsalo, Drake".

El comentario sobre el dinero en el buzón le dejó helado. ¿Estaba Raúl allí? ¿Observándole desde su Range Rover negro?

"Tartamudeó, sintiendo de repente que la cabeza le empezaba a dar vueltas. Se arrepintió de haber bebido tanto.

"Tengo que irme", dijo al fin.

"Muy bien", respondió Ken, poniéndose en pie. "Por favor, permita que Raúl le acompañe a la salida".

Drake negó con la cabeza.

"Puedo arreglármelas solo".

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor, consciente de que Ken seguía mirándole mientras avanzaba. Pasó por delante de una mesita con un cuenco de cristal encima, rebosante de juegos de llaves y tarjetas de visita blancas y nítidas.

"Oh, ¿y Drake?" Ken preguntó después de él. "Junto con el dinero, también puedo proporcionar recursos".

Drake se concentró en la tarjeta de visita que había encima, intentando leer las letras que parecían desenfocarse.

"¿Recursos para qué?"

Hubo una breve pausa y Drake consiguió distinguir el nombre de la

tarjeta.

Era una tarjeta de visita del Dr. Mark Kruk.

¿Por qué demonios...?

Pero el siguiente comentario de Ken desvaneció todos los pensamientos sobre el extraño psiquiatra de las gafas.

"Para encontrar al verdadero Rey Esqueleto, Drake. Para encontrar al verdadero responsable de la muerte de Clay".

Capítulo 57

CHASE LLEGÓ TEMPRANO, TRABAJANDO con sólo un puñado de horas de sueño, y aun así no fue la primera en llegar a la estación.

El coche de Rhodes estaba aparcado en su sitio habitual. El hombre trabajaba hasta tarde, pero no era conocido por ser madrugador, y la visión de su coche hizo que el corazón de Chase palpitara en su pecho.

¿Por qué está aquí?

Aparcó y se apresuró a entrar en la comisaría 62, saludando con un gruñido a varios de los uniformados que acababan de fichar tras el turno de noche.

Nada más llegar a su despacho, se dio cuenta de que la puerta de la sala de interrogatorios 1 estaba entreabierta.

¿Qué demonios?

Se dirigió hacia ella cuando vio al agente Hale, a quien había ordenado que se asegurara de que Tim Jenkins descansara sus ocho horas, junto al refrigerador de agua.

"Eh, Hale", espetó. El hombre se volvió y, cuando sus miradas se cruzaron, su rostro adquirió de inmediato un enfermizo tono grisáceo. "¿Dónde está Jenkins? ¿Lo has movido?"

Hale bajó la mirada y Chase le cogió un brazo.

"¿Hale? ¿Dónde está Jenkins?"

El agente respiró hondo.

"Lo intenté, Detective Adams. Lo intenté..."

Chase sintió que fruncía el ceño.

"¿Intentaste qué? ¿Dónde diablos está?"

El hombre parecía al borde de las lágrimas.

"No tenía..."

Una voz severa procedente de la izquierda de Chase llamó su atención. El sargento Rhodes salía de su despacho con el rostro enrojecido.

"¡Adams, aquí, *ahora!*"

Chase fulminó a Hale con la mirada y le dejó marchar.

Nada más cerrarse la puerta del despacho de Rhodes, éste arrojó un periódico sobre la mesa.

"¿Dónde está mi sospechoso?" Chase preguntó.

Rhodes la ignoró y se puso de pie, de espaldas a ella, con las manos en sus estrechas caderas.

"¿Leíste el periódico esta mañana, Adams?"

"No, no lo he hecho. Vine directamente aquí para reanudar la entrevista con mi sospechoso".

Cuidado.

"Bueno, tú y tu *Asesino de Mariposas* salisteis en portada, otra vez".

"¿Qué?"

Chase miró la portada del Times y sintió que se le desencajaba la cara.

Ama de llaves o prostituta... ¿podría ser alguna de ellas el Asesino de la Mariposa?

"Joder", dijo en voz baja.

"Sí, así es, detective Adams; *joder*". Se giró, y ella se quedó sorprendida por la expresión tranquila de su rostro lampiño. "¡Te dije ayer que no quería más filtraciones! Ayer te lo dije".

Chase sintió que movía los labios, pero no le salieron palabras.

"Así que, por favor, explícame cómo *coño* ha pasado esto".

Sacudió la cabeza.

"Detective Adams, ¿se va a quedar ahí sentado moviendo los labios como una marioneta o va a decir algo?".

Chase permaneció en silencio mientras pasaba a la página dos. Había una foto compuesta de Raúl saliendo de la comisaría y Verónica entrando con su ridículo disfraz de Frozen. Al lado de cada una había una foto de Raúl que debía de haber sido tomada en algún acto de recaudación de fondos en casa de los Smith, y una ficha policial de Verónica que parecía de hacía unos años. "No sé quién..."

"Claro que no", espetó Rhodes. "Pero vas a averiguar quién es el soplón y me lo vas a traer. ¿Entiendes?"

"Sí", respondió Chase, bajando los ojos.

"Ya lo has dicho antes, así que déjame ser claro como el agua. Averigua quién está avisando al tal Ivan Meitzer y házmelo saber o tendré IA toda tu investigación".

"Averiguaré quién", dijo avergonzada. "Taparé esta gotera".

"Más te vale. Esta es tu última oportunidad. *Última oportunidad*".

Chase asintió y cambió de tema.

"¿Qué le pasó a mi sospechoso? ¿A Tim Jenkins?"

Rhodes suspiró.

"Lo dejé caminar".

Chase se puso en pie.

"¿Tú *qué*?"

"Dije que lo dejé ir", ladró Rhodes. "¡No tuve elección!"

"¡Es el principal sospechoso de tres asesinatos! Él..."

Rhodes estalló de repente contra ella.

"¡Esto es culpa tuya!", gritó. "En cuanto te fuiste a dormir, recibí una llamada de Weston Smith, el abogado de Jenkins. ¡Amenazó con demandar al departamento por acoso! Quería ir a por ti directamente, dijo que violaste los derechos de Tim y le negaste el acceso a un abogado. ¡No podemos tener esto ahora! ¡No ahora! No con unas elecciones a la vista".

¿Le negó el consejo? ¿Qué...?

Pero entonces se le ocurrió otra cosa.

"Espera", dijo Chase, incrédulo. "¿Llamó *Wes Smith*?"

"Sí, es el abogado de Jenkins."

Chase sintió que su mente trabajaba el doble. Sacudió la cabeza.

"No, no. No puede ser. Tim *odia* a Weston, odia a la familia Smith. No hay forma de que busque consejo de Weston".

Rhodes la miró con desconfianza.

"Está en la transcripción de mi entrevista de anoche", continuó Chase. "Estaba siendo demandado por SSJ".

Rhodes enarcó una ceja, instándola a continuar.

"Él... sabía de la infidelidad de Thomas, instaba a Clarissa a dejarlo. Afirma que trataron de pagarle, mantener el nombre Smith sin mancha. Pero él se negó."

"¿Estás seguro?"

"Encontramos documentos judiciales que resumían el caso de SSJ contra Tim Jenkins y los Jardines de Mariposas. Cerraron los jardines".

Rhodes tomó asiento.

"¿Y la infidelidad?"

Chase asintió.

"Sabemos que tanto Neil Pritchard como Thomas Smith se veían con la prostituta... Veronica Wallace. Jesús, Rhodes, ¿lo dejaste ir?"

El hombre apretó los labios. Cuando volvió a hablar, toda la ira le había abandonado. En su lugar, se esforzaba por salvar las apariencias.

"No tenía elección. Pero puse a Simmons sobre él, vigilando todos sus movimientos. ¿Alguna novedad sobre la jeringuilla o la muestra encontrada en su residencia?"

Chase negó con la cabeza.

"Acabo de llegar; aún no tengo ni idea. Pero tiene motivos y medios para haber hecho esto, sargento Rhodes".

Sin decir palabra, Rhodes cogió su móvil y marcó un número.

¿"Detective Simmons"? Es el Sargento Rhodes. Actualización de estado."

Chase esperó mientras Rhodes escuchaba.

"Quédate con él. No le pierdas de vista en ningún momento. El detective Adams le sustituirá esta tarde", dijo Rhodes y luego colgó el teléfono.

"Tim fue dejado en casa por Weston Smith y no ha salido de su casa desde entonces. Sin actividad desde esta mañana temprano. Adams, encuentra sus huellas en la jeringuilla o en el contenedor de muestras y firmaré la orden de arresto yo mismo."

Chase se puso de pie, todavía sacudiendo la cabeza. No se lo podía creer. Le *tenían*. Tenían al Asesino de la Mariposa bajo su custodia y

ahora era libre.

Se puso de pie.

"¡Y averigua quién está filtrando al público, Adams! ¡Encuentra la fuga y tápala!"

Capítulo 58

"Tim Jenkins es nuestro sospechoso número uno", dijo Chase, indicando la fotografía del hombre clavada en la pizarra. "Estaba en posesión de una jeringuilla y un recipiente con una oruga dentro. Creo que le pillamos cuando se dirigía a matar de nuevo".

Los detectives Yasiv y Gainsford la miraron como si tuviera tres cabezas.

"¿Quién era la víctima prevista?" preguntó por fin Gainsford.

Chase dudó.

"En este momento, la víctima es desconocida. Tal vez este hombre", dijo, señalando la imagen del chico hosco del anuario que había ampliado y pegado a la pizarra. "Marcus Slasinsky, pero no estoy segura. No sé cómo encaja. Pero Jenkins...", dejó escapar la frase, todavía incrédula por el hecho de que Rhodes le hubiera dejado marchar.

Y que estaba siendo representado por Weston Smith.

Empezaba a dolerle la cabeza.

"Entonces, ¿estamos trabajando en la teoría de que Tim Jenkins sigue obsesionado con Clarissa Smith y que perdió la cabeza cuando descubrió que Thomas se acostaba con una prostituta? ¿Que también buscaba vengarse de Neil Pritchard porque les tendió una trampa a los dos? ¿Es eso?"

Chase asintió. Sabía lo que venía a continuación y trató de encontrar una respuesta satisfactoria en su cabeza antes de contestar.

"¿Y qué pasa con Chris Papadopoulos? ¿Por qué fue el objetivo? El oficial Dunbar dijo que no ha salido de Montreal en varios años, e incluso entonces, fue de vacaciones a México. ¿Cómo encaja?" Preguntó el detective Yasiv.

Nada vino a Chase.

"No lo sé. ¿Quizás... quizás estaba sacando a todos los chicos del instituto?"

Se hizo un silencio incómodo en la sala de conferencias. No era perfecto, pero era todo lo que tenían para seguir adelante.

"¿Dónde está este chico Slasinsky ahora?"

Chase negó con la cabeza.

"No lo sabemos. No podemos encontrarlo en ninguna parte; no hay registros de ningún tipo, no está en el sistema. Tengo a Dunbar buscándole, pero de momento no ha habido suerte".

"¿Y la sangre en la espalda de las víctimas?". El detective Gainsford se volvió hacia el papel que tenía sobre la mesa. "¿Esta Martha Slasinsky? ¿Qué papel juega ella en todo esto?"

Chase juró.

"No lo sé", levantó las manos. "No tengo ni puta idea".

Más silencio, que finalmente rompió de nuevo el detective Yasiv.

"¿Quizás era prostituta entonces? ¿Cuando eran niños? ¿Los sedujo? ¿Y ahora Tim está usando su sangre como una especie de tarjeta de visita?"

Era inverosímil, pero al menos era *algo*.

"Tal vez. Pongamos algunos ojos en Verónica. Podría estar involucrada, o podría ser nuestra próxima víctima". Chase se frotó los ojos. "Joder."

"¿Y ahora qué?" Preguntó el detective Gainsford. "¿Interrogar a Raúl otra vez? ¿Hablar con Weston Smith?"

Chase negó con la cabeza.

"No, no podemos ir tras ellos ahora. Están demasiado calientes... Rodas..." no terminó el pensamiento.

Había algo en la forma en que Rhodes parecía más interesado en detener la filtración que en resolver los asesinatos que la molestaba.

Las palabras de Drake resonaron de repente en su mente.

Weston y Ken están usando a Raúl para pagar a todos los involucrados en este caso.

"¿Detective Adams? ¿Se encuentra bien?" Preguntó el detective Gainsford.

"Bien", espetó. "Yasiv, estabas con Simmons cuando entrevistó al profesor, ¿correcto?"

El detective dijo que sí.

"Ve a hablar con él otra vez, presiónalo un poco. Quiero saber si el chico de la foto es Marcus Slasinsky. Quiero saber por qué no estaba en el anuario aparte de esa foto. Dame algo, cualquier cosa para continuar."

Antes de que el joven detective pudiera responder, la puerta de la sala de conferencias se abrió de repente y entró Damien Drake, de aspecto desaliñado.

Tenía los ojos enrojecidos y llevaba la misma ropa que la noche anterior, sólo que hoy parecía que había dormido con ella puesta.

"Creo que tengo algo", dijo sin ofrecer ni siquiera un saludo. "Una fuente me dijo que algo pasó en el instituto... algo en los Jardines de las Mariposas. Y fuera lo que fuera, fue malo. Marcus Slasinsky acabó en el hospital, en coma".

"*¿Qué?*"

Drake tragó saliva visiblemente.

"No sé *qué*, pero sé que Tim, Neil, Chris y Thomas estaban involucrados de alguna manera".

Chase se quedó mirando al hombre durante un buen minuto antes de contestar. Podía oler su olor a alcohol incluso a cuatro metros de

distancia.

"Despejen la sala de conferencias", dijo en voz baja.

"¿Adams?" Preguntó el detective Gainsford, enarcando una ceja.

"¡He dicho que fuera!"

Los tres hombres se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

"Drake, quédate", espetó.

Cuando la puerta se cerró y Drake y ella se quedaron solos, le indicó que tomara asiento.

"Mi fuente es creíble", dijo Drake rápidamente. "Lo que pasó en el jardín hace tantos años es la clave para romper esta cosa abierta".

Chase respiró hondo y una inminente sensación de pavor la invadió.

"¿Quién es tu fuente, Drake?"

Drake la miró con el ceño fruncido.

"Es de fiar".

Chase golpeó el escritorio con las palmas de las manos. El sonido fue tan fuerte que los sobresaltó a los dos.

"Maldita sea Drake, ¿quién es tu fuente?"

"No puedo..."

"Es el maldito Ivan Meitzer, ¿no?"

Drake no dijo una palabra, pero no necesitaba responder.

Ella podía verlo en su cara.

"¡Jesucristo, Drake! ¡Has envenenado este caso! ¿Rhodes quiere tu cabeza y tú le vendes información a un periodista del New York Times? ¿Has perdido completamente la cabeza?"

Drake se miró las manos.

"Estuve con Ken Smith anoche."

"¿Estabas *qué?*"

Chase no podía creer lo que estaba oyendo. Empezaba a sentirse como si estuviera viviendo un episodio de Twilight Zone.

"Me llamó, quería hablar. Él..."

"No me importa", arremetió Chase. "Estás fuera del caso. No tengo más remedio que informar de ti a Rhodes".

Drake se puso de pie.

"Esta es la clave, Chase. Marcus..."

"¡No me importa!" gritó. "¡Fuera!"

"Es Rhodes, él es..."

"*¡Fuera!*", gritó.

Drake la miró un momento y ella pensó que iba a seguir hablando.

Sólo que no lo hizo.

Sin decir palabra, giró sobre sus talones y salió de la habitación, dejando a Chase sola con sus propios pensamientos.

Se masajeó las sienes, arrepintiéndose al instante de no haber dormido más la noche anterior.

Todo este tiempo, Drake estaba saboteando el caso… ¿para qué? ¿Para vengarse de Rhodes por lo que le pasó a Clay? ¿Por no creer que Peter Kellington no era el Rey Esqueleto? ¿Era eso?

Maldijo varias veces y cogió el teléfono.

¿"Oficial Dunbar"? Soy el detective Adams. Necesito que busque un informe de hace veintitantos años". Hizo una pausa. "No, olvídese de eso por ahora. Busca algo sobre un chico, Marcus Slasinsky. Fue un hecho grave, lo dejó en coma. Avísame en cuanto tengas algo".

El detective Chase Adams colgó y se quedó mirando el tablero.

¿Dónde te escondes Marcus? ¿Cuál es tu historia y cómo demonios encajas en todo esto?

Capítulo 59

CHASE NUNCA TUVO NINGUNA inclinación a seguir al sargento Rhodes; de hecho, cuando salió de la comisaría, se dirigía al laboratorio para hacer un seguimiento de las huellas dactilares de la jeringuilla y el recipiente encontrados en casa de Tim Jenkins. Pero cuando vio que su jefe se marchaba a toda prisa, le observó con naturalidad.

Luego se subió a su coche y la siguió. Se dijo a sí misma que aquello era estúpido, peligroso y que podía acabar con su carrera, pero no pudo evitarlo.

Era extraña la forma en que Rhodes había dejado suelto a Jenkins, con el apoyo de la SSJ o sin él. Tenían cuarenta y ocho horas con el hombre antes de dejarlo libre o arrestarlo. ¿Y la tontería de negarle un abogado? Eso era mentira, y todo lo que Rhodes tenía que hacer era ver la grabación de la entrevista para saberlo.

Nada de esto le parecía bien, y hacía tiempo que había aprendido a seguir sus instintos.

Al fin y al cabo, la habían traído hasta aquí.

Rhodes tomó una ruta tortuosa alrededor de la ciudad, y Chase empezaba a pensar que era intencionada, un intento de perder cualquier cola potencial.

O tal vez eso era sólo su propia paranoia proyectando.

Sin embargo, cuando llegó a SSJ y aparcó en el garaje subterráneo, Chase no pudo seguirle más.

Y sus sospechas se confirmaron.

Aparcó al otro lado de la calle y esperó.

De repente sonó su teléfono y, con los ojos fijos en la salida del garaje, lo cogió.

"Adams", dijo rápidamente.

"Soy el oficial Dunbar. Encontré algo que podría interesarle".

"Adelante".

"Realmente creo que deberías entrar y ver esto".

"No, no puedo entrar ahora. Sólo dime lo que has encontrado".

Hubo una pausa.

"No sé si es lo que buscas, pero hubo un informe de accidente archivado en septiembre de 1994. El lugar era el Jardín de las Mariposas, tal como sospechabas".

Chase dirigió toda su atención a la llamada telefónica.

"¿Qué ha pasado?", preguntó.

"El informe es escueto, algo sobre un menor que tuvo un episodio que acabó en hospitalización".

Mierda. Tal vez Drake tenía razón. Tal vez...

"¿Algo más?"

"No, eso es más o menos, excepto..."

"¿Qué? ¿Qué es?"

"El informe se presentó dos días después del incidente, lo cual es extraño. Más extraño aún fue el hecho de que se cerrara inmediatamente sin más investigación".

Chase respiró hondo, sabiendo la respuesta incluso antes de que ella formulara la pregunta.

"¿Quién era el oficial informante en ese momento, Dunbar?"

"Ves esa es la cosa, eso es lo que hace esto un, uh, un poco *sensible*."

"Escúpelo, Dunbar."

"Bueno, según esto, el oficial informante era Heath Rhodes".

A Chase se le cortó la respiración.

Capítulo 60

El hombre vestido todo de negro esperó fuera de la casa de Jenkins durante varias horas, esperando que el CSU llegara y destrozara el lugar.

Cuando no llegaron después de la primera hora, sintió curiosidad. Y cuando empezó a salir el sol, se convenció de que no vendrían.

Deslizándose en la madrugada, volvió sobre sus pasos, utilizando la mesa de atrás para izarse sobre el toldo. Desde allí, simplemente se deslizó hacia el interior de la casa por la ventana por la que había salido apenas unas horas antes.

El interior estaba completamente a oscuras, lo que le vino muy bien. Golpeó los recipientes en el bolsillo y las jeringuillas en el otro, felicitándose en silencio por haber traído varios juegos en lugar de uno solo.

La última vez había sido descuidado, esta vez no lo sería. Esta vez no dudaría.

El hombre se deslizó bajo la cama, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

Pagarían por lo que hicieron.

Todos ellos pagarían.

El hombre de negro esperaba con impaciencia. Después de todo, había esperado todos estos años, ¿qué eran unas horas más?

Capítulo 61

Drake salió de la comisaría envuelto en niebla, con el Johnny Blue aún recorriendo su organismo.

Sabía que no podría seguir así eternamente, que acabarían echándole por vender información a la prensa. Sólo que no había pensado que ocurriría tan pronto.

Pero debería haberlo sabido.

Debería haber sabido que Rhodes haría todo lo posible por encontrar la filtración y que Chase sería su apoderado para ello.

El sargento no sólo había puesto a Chase en el caso del Asesino de la Mariposa porque fuera la única que trabajaría con él. Rhodes también la había elegido porque era una intrusa, alguien que haría cualquier cosa para ganarse su favor, para detener cualquier filtración que pudiera ensuciar el nombre de Smith.

Drake se subió al coche y salió a toda velocidad, preguntándose cuánto tiempo pasaría antes de que los uniformados fueran a por él. Calculó que tendría una hora, quizá más si Chase le daba la oportunidad de escapar.

Esto es todo, pensó con algo parecido a la satisfacción. *Rhodes se salió con la suya y yo voy a caer.*

Había algo que quería hacer primero.

Dos personas con las que tenía que hablar, expresar cuánto lamentaba lo ocurrido.

Con estos pensamientos revoloteando en su cabeza llegó a la puerta de la casa de la señora Cuthbert.

Aparcó al otro lado de la calle y esperó.

Los asientos de su Crown Vic estaban desgastados, agrietados y eran incómodos, pero aun así se quedó dormido.

Por primera vez en casi un año, Drake se quedó dormido sin miedo a que volvieran las pesadillas.

Capítulo 62

Chase no se sentía cómodo reuniéndose con Beckett en la comisaría y en su lugar le indicó que se encontraran en Patty's Diner.

Una parte de ella esperaba que Drake también estuviera allí, pero no contuvo la respiración.

También agradeció no haber ido inmediatamente a Rhodes a denunciar a Drake. Tenía la sensación de que podría necesitarlo antes de que acabara el día.

Beckett entró por la puerta con el pelo de punta y una sonrisa en la cara.

"No es el tipo de lugar que yo habría elegido para una primera cita, pero bueno, me lo quedo", dijo mientras se deslizaba en la cabina frente a ella.

"Gracias por reunirte conmigo", dijo Chase, ignorando el comentario del hombre.

Beckett asintió.

"¿Y la razón por la que nos reunimos aquí es...?"

Chase bajó la mirada.

"Sólo necesitaba alejarme", dijo rápidamente.

"Vale... ¿y para qué me necesitas?"

Chase lo meditó durante un segundo. Necesitaba saber lo de la jeringuilla y la oruga, pero también necesitaba saber algo más.

"Eres amigo de Drake, ¿verdad?"

Beckett sonrió.

"¿Qué es esto? ¿Buscas consejo sobre citas? ¿Necesitas saber si Drake tiene algo aparte?"

Sacudió la cabeza.

"No, no es así".

Beckett le guiñó un ojo y ella puso los ojos en blanco.

"Sólo pidiendo un amigo, ¿eh? Pues adelante. Pregunta".

Chase se acercó y bajó la voz una octava. Estaba segura de que el puñado de clientes no le haría mucho caso -el lugar le parecía un sitio al que la gente iba para pasar desapercibida-, pero no podía ser demasiado precavida.

"Necesito saber sobre su relación con Rhodes".

"Ah, el gran jefe, ¿eh?"

Chase asintió.

"Sí."

Beckett se encogió de hombros.

"Nunca estuvimos de acuerdo, la verdad. Antes... cuando salíamos a tomar unas copas, solía despotricar contra el hombre, hablaba de

cómo siempre tuvo la impresión de que Rhodes estaba por su propio avance, no le importaba una mierda resolver ningún crimen, si me entiendes".

Chase lo captó bien; no era una pistola humeante, pero sirvió para solidificar sus propias opiniones.

"¿Alguna vez tuviste la idea de que Drake estaba celoso de él? ¿Que quería el trabajo de ese hombre? ¿Quizá cabreado porque Rhodes consiguió el ascenso a sargento mientras Drake se afanaba como detective?".

El rostro de Beckett se volvió serio.

"¿De qué se trata esto, Chase?"

"Sólo complacer a una dama, si se quiere. ¿Estaba celoso?"

Beckett se rió entre dientes.

"Joder, no. Drake está exactamente donde quiere estar: en el campo, ensuciándose las manos. Mierda, le torturaría estar detrás de un escritorio todo el día. Lo has visto, sabes de lo que hablo. Drake es... complicado, pero es un buen detective y un hombre mejor. Los seis meses libres casi lo matan".

Chase asintió lentamente.

"Eso es lo que pensaba".

La camarera se acercó, pero Beckett le hizo un gesto para que se fuera.

"¿Ya está? ¿Me disculpa, Madame?"

"Sólo una cosa más: ¿sabes algo de los laboratorios? ¿Estaban las huellas de Jenkins en la jeringuilla? ¿En el contenedor?"

Beckett cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un mohín.

"¿Y por qué iba a saberlo? Quiero decir, sólo trato con cuerpos, no con insectos".

Chase siguió mirándole fijamente.

"Muy bien, me has pillado. *Puede que le* haya pedido un favor a un colega del laboratorio. Preguntó por las pruebas".

Chase esbozó una débil sonrisa.

"Pensé que podrías. ¿Y?"

"Y no había huellas dactilares. Ni una sola ni en el contenedor ni en la jeringuilla".

Chase maldijo en voz baja.

"Bueno, eso no es muy propio de una dama."

Chase se puso en pie.

"Eso es porque no soy uno. Soy detective". Me tendió la mano. "Gracias, Beckett. Te debo una."

"¿Y puedes pagarme con una cita quizás? Una cita de verdad, no en esta pocilga".

"Tal vez en otra ocasión, Beckett. Gracias de nuevo por tu ayuda".

Beckett levantó las manos a la defensiva.

"No se puede golpear a un hombre por intentarlo, ¿verdad?"
"No. Definitivamente no puedo criticarte por intentarlo".

Capítulo 63

DRAKE SE DESPERTÓ CON LA boca tan seca que parecía que se hubiera dormido atiborrándose de una bolsa de bolas de algodón. Chasqueó la lengua, probó el sabor familiar del whisky agrio y entonces empezó a dolerle la cabeza.

Durante unos segundos, Drake se sintió desorientado, inseguro de dónde estaba. Estaba en su coche, eso estaba claro, pero la calle le resultaba desconocida.

¿Estoy en casa de Tim Jenkins? ¿Estoy buscando movimiento?

Sus ojos se posaron finalmente en un buzón negro que le resultaba familiar, esta vez con la bandera bajada, y todo le vino a la memoria.

Lo siento, no hay más infusiones de efectivo ahora y probablemente por un tiempo, pensó.

Mientras Drake movía las caderas intentando eliminar la rigidez que había acumulado mientras dormía, un coche se detuvo en la tranquila calle. Había perdido su Timex y el reloj del salpicadero marcaba las 12:00, pero a juzgar por la forma en que el sol ya había empezado a descender, pensó que podría ser primera hora de la tarde.

Justo a la hora en que Jasmine Cuthbert podría estar llegando a casa del trabajo.

Cuando el coche aminoró la marcha al acercarse a la casa, su ritmo cardíaco se aceleró. Cuando entró en la entrada, estuvo a punto de hiperventilar.

No había hablado con Jasmine desde aquella noche bajo la lluvia, la noche en que había llamado a su puerta llorando.

Jasmine Cuthbert salió de su coche y Drake se quedó momentáneamente helado. Era guapa, aunque de aspecto cansado, con el pelo castaño oscuro recogido en una coleta suelta, rasgos pálidos y ojos llamativos. Con una falda de tartán que le llegaba a media pantorrilla y una blusa blanca metida por dentro, se dirigió directamente al maletero.

Antes de mirar dentro, miró a su alrededor, sus ojos escudriñando el crepúsculo en busca de algo.

No se dio cuenta de que Drake estaba sentado en su coche al otro lado de la calle.

Respirando hondo, en un intento fallido de frenar su adrenalina, Drake metió la mano en la guantera, rompió su última miniatura y se la tragó de tres tragos.

Hizo una mueca con la sensación punzante que le acompañaba en la garganta, luego tiró la botella al suelo del asiento del copiloto con las demás y salió del coche.

Con pasos vacilantes, Drake empezó a cruzar la calle, con los ojos fijos en la espalda de la mujer.

Hacía seis meses que no veía a Jasmine y no estaba seguro de cómo reaccionaría a su presencia. Si la mujer se parecía en algo a su hija, entonces las cosas estaban destinadas a ir muy, muy mal.

Pero *tenía* que hablar con ella una vez más. *Tenía* que hacerlo.

"Jasmine", susurró Drake. La mujer rebuscaba en el maletero y se esforzaba por sacar varias bolsas de papel marrón a la vez.

"Jazmín", repitió. Como ella seguía sin oírle, alargó la mano y se la puso suavemente en el hombro.

Jasmine Cuthbert se dio la vuelta tan deprisa que casi se cae dentro del maletero abierto.

"¿Quién...?", empezó ella, pero entonces su mirada se posó en el rostro de él.

Esto es todo, pensó Drake. Ella va a gritar y gritar y me golpeó y yo sólo voy a sentarse aquí y tomarlo. Cuando esté exhausta y se derrumbe, la abrazaré y entonces me maldecirá, y yo volveré a mi coche.

Entonces cogeré la pistola de Chase de la guantera, comprobaré que está cargada y...

"¿Damien?", dijo en voz baja. "Oh, Damien, ¿qué le pasó a tu cara?"

Cuando ella extendió la mano y pasó sus suaves dedos por su mejilla hinchada, Drake se volvió loco.

Rompió a llorar y se derrumbó en sus brazos.

***

"Ha sido... increíblemente difícil", dijo Jasmine, sus ojos se centraron en el vaso de té ahuecado en ambas manos. "Especialmente para Suze".

Drake miró su propia taza humeante y deseó que Jasmine le hubiera puesto algo más fuerte que Orange Pekoe.

Pensó en la mañana en que había esperado en el exterior del Instituto Hockley, en lo visceral que había sido la reacción de Suze ante su presencia.

Qué obvio era su odio hacia él.

No, Suzan no se había tomado bien la muerte de su padre, no es que ningún niño debiera. Pero Clay había sido particularmente cercano a ella.

"¿Cómo lo llevas?" preguntó Drake en voz baja, tratando de dirigir la conversación.

Jasmine no levantó la mirada.

"Me levanto todos los días", fue todo lo que dijo, y Drake sintió que asentía. A veces, levantarse era lo más difícil.

Para otros, para aquellos como él, lo más difícil era cerrar los ojos.

Jasmine levantó por fin la vista y él se dio cuenta de que tenía los ojos enrojecidos.

"Suzan va a solicitar plaza en la universidad este año", dijo, volviendo a centrar la conversación en su hija. "Quiere hacer pre-medicina".

Esto sorprendió a Drake; sabía que Suzan estaba interesada en la medicina -Clay había hablado de ello *hasta la saciedad*—y en convertirse en médico, pero ¿pasar del instituto directamente a la facultad de medicina?

Resultaba extraño saber que el mundo seguía adelante incluso cuando tu existencia parecía cesar.

"Me alegro por ella", consiguió Drake tras una breve pausa. "Me alegro de que siga...", rebuscó en su mente las palabras adecuadas, y al final se decidió por las de Jasmine. "...levantarse todos los días".

Jasmine asintió y bebió un sorbo de té.

"Quiero darte las gracias, Damien", dijo sin avisar.

Drake frunció el ceño.

"¿Darme las gracias? ¿Por qué?"

Jasmine pareció pensárselo un momento. Luego suspiró y dijo: "Sé que fuiste tú quien estuvo detrás del artículo del Times. Mientras estabas de permiso y antes de que se publicara, pregunté en la comisaría para obtener más información sobre la muerte de Clay. Todos a los que pregunté me dijeron lo mismo: *el informe está sellado; es sólo para asuntos internos. Si hay un arresto, se le notificará.* Clay tenía muchos amigos en la comisaría, incluso en toda la ciudad. Pero cuando murió... cuando fue asesinado, todos me trataron con guantes de seda, si es que me trataron. Podía verlo en sus ojos, estaban aterrorizados de mí. Asustados y tristes. Ni siquiera me dijeron dónde estabas, si estabas bien, si aún trabajabas allí".

Drake sintió que asentía.

El momento inmediatamente posterior al asesinato de Clay había sido, y seguía siendo, confuso para él, pero recordaba haber cogido el móvil, haber oído la voz de Jasmine y no haber podido hacer otra cosa que escuchar. No podía hablar; ninguna palabra bastaría para expresar su dolor.

Había necesitado seis meses y que su carrera estuviera prácticamente acabada para reunir el valor necesario para venir aquí.

"Y entonces salió el artículo", continuó. "Fuiste tú quien filtró la información sobre lo ocurrido, ¿no?".

Drake tragó saliva y cerró los ojos.

Aunque había sido incapaz de formular palabras para expresar sus condolencias a Jasmine, había tendido la mano de la única otra forma que conocía.

Había cogido el teléfono y llamado al Times, sabiendo

perfectamente que si hablaba con un periodista, su carrera quedaría arruinada. Además, estaba infringiendo una norma fundamental en el mundo de la policía de Nueva York y se iba a enemistar con todos los demás policías de la ciudad.

Pero Drake se vio obligado a contar lo que realmente sucedió aquella noche; simplemente no podía vivir bajo el disfraz, la narrativa colectiva que Rhodes y los enlaces de prensa estaban soltando.

Las mentiras sobre cómo él y Clay habían sido emboscados, y que el propio Drake era un héroe, eliminando al Rey Esqueleto después de haber disparado a Clay.

Drake lo sabía mejor.

Después de todo, había cargado con el cuerpo ensangrentado de Clay bajo la lluvia y se había desplomado en el porche.

Volvió a tragar saliva. De pronto sintió la garganta increíblemente seca y buscó su té.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera confirmar las sospechas de Jasmine, se abrió la puerta principal.

"¿Mamá?" La voz de Suzan llegó hasta ellas en la cocina. "Estoy en casa, mamá", hubo una breve pausa. "¿De quién son estos zapatos?"

Capítulo 64

CHASE SALIÓ DEL PATTY'S DINER poco después de Beckett y se encontró conduciendo sin rumbo mientras pensaba en el Asesino de la Mariposa. Lo había hecho a menudo como narcómana en Seattle: conducir sin rumbo, observando la húmeda ciudad mientras su mente luchaba por acallar las distracciones.

Estaba claro que Rhodes estaba en el bolsillo de Ken Smith, algo que Chase había sabido incluso antes de ver al hombre conducir hasta SSJ. Era la razón por la que era tan reacio a relacionar el caso de Chris con los demás, sabiendo que el FBI aparecería y empezaría a meter las narices donde no quería que miraran.

Pero Rodas no era el único que había aceptado sobornos para mantener la boca cerrada: el profesor del instituto, Verónica, Raúl, incluso Clarissa en cierto modo no hablaban por la influencia de aquel hombre.

Se le ocurrió que Drake también podría estar recibiendo sobornos del hombre, pero descartó rápidamente esta idea. Al fin y al cabo, todo lo que estaba haciendo se oponía directamente a lo que Ken quería: estaba acudiendo a la prensa y arrastrando a la comisaría a personas relacionadas con la familia Smith.

¿Y su encuentro? Chase probablemente debería haberlo visto venir. Al fin y al cabo, los dos hombres estaban en rumbo de colisión, un círculo concéntrico que los situaba a ambos en el centro.

No, la destrucción de Drake fue autoinfligida.

Y cuando se calmaron las aguas, Chase sólo preveía un desenlace posible, independientemente de los resultados del caso.

Al final de la semana, o quizás incluso antes, Damien Drake ya no iba a ser detective de la policía de Nueva York. Esto servía a los intereses de todos, incluidos Rhodes y el resto de los detectives que lo detestaban tanto por lo que dejó que le ocurriera a Clay como por su exposición en el Times tras su asesinato, y la familia Smith.

El único que saldría lastimado era el propio Drake. Y ella lo había visto en sus ojos: caería sin luchar. El hombre estaba roto, tan destrozado por su propia culpa que creía que todo lo que se le venía encima era merecido.

Chase le había dicho poco después de conocerse que no se hundiría con su barco en llamas, pero tampoco podía imaginarse dejándole morir con él. Ella podría abandonar el barco, pero Chase no estaba tan obsesionada con su carrera como para no lanzarle un salvavidas.

Sin embargo, aún estaba intentando averiguar cómo hacerlo sin ahogarse en la resaca.

Su primer instinto había sido acompañar al detective Yasiv a casa de la profesora, para ver si podía sonsacarle más información sobre lo ocurrido hacía tantos años, pero decidió no hacerlo. No estaba en condiciones de interrogar a nadie, y mucho menos a una anciana maestra a la que ya habían pagado.

Su segunda inclinación fue ir a ver al agente Dunbar, presionarle para que averiguara qué le había ocurrido a Marcus Slasinsky después del accidente. Pero eso no serviría de nada; el hombre ya tenía bastante con lo suyo, y lo más probable era que su presencia sólo le retrasara.

En lugar de eso, Chase acabó encontrándose en las afueras de la ciudad, girando por la serpenteante calle rodeada de enramadas que conducía a la finca Smith.

Es por el caso, pensó, pero enseguida descartó la mentira.

No era por el caso, era por ella. Necesitaba una amiga con la que hablar, algo que nunca le resultó fácil.

Y Clarissa Smith era lo más parecido a una amiga que tenía.

Chase aparcó frente a la verja de hierro y respiró hondo antes de salir del coche. Acababa de pulsar el botón del interfono cuando la puerta de la finca se abrió de golpe.

Clarissa Smith salió corriendo, vestida con un pijama y el pelo hecho un desastre.

"¡Lo prometiste!", gritó mientras corría hacia Chase.

Chase, tan sorprendido por este arrebato, dio un paso atrás.

"¿Qué? Clarissa, yo..."

"¡Lo prometiste!" volvió a gritar Clarissa. Apuntaba a Chase con su dedo manicurado con tanta rabia que en aquel momento parecía tan peligrosa como una pistola cargada.

Chase sacudió la cabeza, invadida por la confusión.

"Yo no... no sé qué..."

Clarissa se agarró ahora a la valla y Chase vio pura furia en sus ojos muy abiertos.

Dio otro paso atrás.

"¡Pensé que eras mi amigo! Vienes aquí, me hablas dulcemente, juegas al tenis, finges ser un amigo, y luego sales de aquí y vas directo a los periódicos, ¿no? ¡Pusieron el nombre de la prostituta en la primera maldita página!" gritó Clarissa.

"N-n-no, no lo hice. Fue..."

"¡Me prometiste que no dirías nada! Mi hijo -mi hijo de ocho años- fue acosado en la escuela, ¡los otros niños le decían que su padre muerto le engañaba con una puta!".

Chase sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

"¿Y sabes lo que hizo ese bastardo de Ken Smith? ¿mmm? ¿Sabes lo que hizo para vengarse de mí?"

Chase estaba a punto de llorar. Había sido un horrible, horrible error venir aquí.

"Yo no..."

"¡Lo congeló todo! Congeló hasta el último centavo que tengo. ¡Ahora no tengo nada! *¡Absolutamente nada!"*

Chase se lamió los labios.

"No puede... no puede hacer eso", tartamudeó.

Clarissa abrió tanto los ojos que casi se le saltaron.

"¡Oh, sí que puede, y *lo hizo*!"

"Lo siento", dijo Chase. "Lo siento mucho, nunca quise que pasara nada de esto".

"Estúpida zorra", espetó Clarissa. "Viniste aquí y me engañaste. Pensé que querías ayudar, pero lo único que querías era avanzar en tu carrera".

Chase sacudía la cabeza con tanta fuerza que ya no podía concentrarse en la cara de enfado de Clarissa.

"¡No, no es verdad!", exclamó. "¡No es verdad! Yo sólo..."

"Sólo te preocupas por ti", dijo Clarissa en voz baja.

Las lágrimas empezaron a correr por el rostro de Chase.

"No es verdad, yo..."

"*¡Fuera!*" gritó de repente Clarissa. Chase dio un paso atrás, tropezó y cayó de culo. "¡Fuera de mi propiedad*! ¡Fuera de mi propiedad ahora, perra estúpida!"*

Chase se levantó de la acera y corrió hacia su coche, abriendo la puerta de un tirón.

Una vez dentro, enterró la cara entre las manos y empezó a sollozar.

Capítulo 65

"¿QUÉ... QUÉ *estás* haciendo aquí?" Suzan jadeó, sus ojos se clavaron en los de Drake.

Drake bajó la mirada y empezó a levantarse.

"Ya me iba", dijo en voz baja. "No quería molestar a nadie".

"¿Alguien está molesto?" Suzan dijo, dando un paso adelante. "*¿Molesta a alguien*?"

"Suzan, por favor", dijo Jasmine, poniéndose también en pie. "Drake estaba..."

Los ojos de Suzan se desviaron de los de Drake a los de su madre.

"¿Él estaba qué, mamá? ¿Estaba aquí para pedir perdón por lo que hizo? ¿O tal vez estaba aquí para sacarte a ti también, mamá? ¿Alguna vez pensaste en eso?"

Drake alcanzó a la joven, pero ella retrocedió.

"¡No me toques! ¡No me toques, *joder!"*, gritó.

Jasmine se adelantó, pero su hija también se apartó de su madre.

"¡Tú tampoco me toques!"

"Suze, lo siento mucho..."

Se volvió hacia Drake, con odio en los ojos.

"Jódete tú y tus 'penas'. Éramos una familia feliz. ¡Una familia perfecta y tú nos la quitaste!"

"Aún tienes a tu madre, aún os tenéis el uno al otro", dijo Drake en voz baja. No pretendía excusarse, pero no sabía qué más decir. Suzan se había indignado a la salida del colegio, pero Drake vio que incluso entonces se había mostrado reservada.

Ahora, sus verdaderos sentimientos salían a la luz.

"¡No tenemos nada! Esto... -Suzan se señaló a sí misma y a Jasmine- es sólo una cáscara vacía... una cáscara de familia. Una falsificación. Una farsa".

En su periferia, Drake vio a Jasmine derrumbarse y empezar a sollozar.

Fue un error venir aquí. Sólo he empeorado las cosas.

"Ahora me voy", dijo Drake en voz baja. Dio un paso hacia la puerta y Suzan se apartó, yendo hacia su madre. "No quería molestar a nadie".

"¡Vete a la *mierda*!" Suzan llamó después de él. "¡Lo has estropeado todo! Teníamos la familia perfecta y ahora somos... somos..." se le quebró la voz cuando empezó a llorar también. "Ahora sólo somos un cascarón vacío".

Drake salió a trompicones por la puerta principal, con la cara llena de lágrimas.

Y sin embargo, a pesar de la angustia que aplastaba su alma, su mente de detective no se había apagado.

No del todo.

Algo que Suzan había dicho le tocó la fibra sensible, y hasta que no se alejó de la modesta casa de los Cuthbert no se dio cuenta de por qué.

Cáscara vacía…

Había oído a alguien decir algo así antes.

Había sido el Dr. Mark Kruk.

¿Esta imagen? Es como todo lo demás en la imagen que damos a los demás: sólo una cáscara vacía.

Se oyó un clic en lo más profundo del cerebro del detective Damien Drake, que tiró del volante hacia la izquierda y pisó el acelerador.

Recordó lo que había dicho el psiquiatra, y también recordó uno de los expedientes que había visto en la mesa de aquel hombre cuando había hablado con él.

MARCUS SLASINSKY.

Capítulo 66

El teléfono de Chase zumbó y ella se limpió los ojos y la nariz con el talón de la mano antes de contestar.

"Adams", dijo en voz baja.

"Soy Simmons. Entrevisté al profesor otra vez... ¿Sr. Urso?"

Se aclaró la garganta.

"¿Sí? ¿Y?"

"Sí, tenías razón, sólo un poco de presión y se rompió. Dijo que Chris, Tim, Neil y Thomas solían intimidar al chico Slasinsky hasta la saciedad. De alguna manera, se enteraron de que su madre se había suicidado y de lo de la mariposa en la boca. Cuando llegó el momento de la excursión de la clase al Mariposario, Slasinsky había conseguido una exención, pero los otros chicos le engañaron para que fuera. Le empujaron al centro del jardín, justo antes de que soltaran las mariposas. Se puso a llorar y se burlaron de él. Cuando llegaron las mariposas, se volvió loco. Empezó a gritar y a retorcerse en el suelo antes de quedarse en silencio. Entró en coma. El Sr. Urso dijo que llamó a la policía, pero cuando llegaron el clan Smith ya estaba allí. Le dieron veinte de los grandes para que mantuviera la boca cerrada, y cree que también podrían haber pagado al agente. Urso dice que aceptó el dinero porque, de todas formas, no había mucho que hacer. Como los chicos intimidaban a Slasinsky, no podían presentar cargos ni nada. Quiero decir, en aquel entonces el acoso era parte de la vida..."

Chase se mordió el interior del labio. En aquel momento, legalmente no se podía hacer nada con chicos *cualquiera*, pero para estos chicos en particular, especialmente Thomas Smith, su reputación lo era todo. Y teniendo en cuenta su pasado -con el robo de coches y los cargos por agresión-, tal vez había mucho que se podía hacer.

"¿Dijo qué le pasó a Marcus Slasinsky después de salir del coma?". Preguntó Chase.

Hubo una breve pausa.

"No" dice que no está seguro. Fue a visitar al chico al hospital, pero no le dejaron verlo. Hubo rumores de que Slasinsky se había golpeado la cabeza y no recordaba mucho de lo sucedido. Lo último que oyó el Sr. Urso fue que se cambió el nombre y se fue de Nueva York".

Sólo para volver otra vez, pensó con un escalofrío. *¿Quién eres ahora, Marco?*

Empezaba a considerar que Tim Jenkins no era tanto un sospechoso como una víctima potencial.

Tal como Drake había sugerido.

"Así que sabemos que el padre maltratador estaba fuera de escena y que la madre de Marcus se suicidó. Dunbar dijo que recibió una fuerte indemnización del seguro por la muerte de su madre, pero eso fue... ¿cuánto? ¿Ocho años antes de caer en coma? ¿Siete? Ken Smith también debió tenderle una trampa".

"Cierto, eso es lo que piensa también el profesor. Pero, ¿cómo vamos a rastrear ese dinero?".

"No podemos", respondió Chase rápidamente. Aunque pudieran entrar en la fortaleza que era la SSJ y averiguar adónde había ido a parar el dinero que Ken Smith le había dado a Marcus Slasinsky, lo cual era poco probable, primero iba a tener que pasar por Rhodes. Y eso no iba a ocurrir, aunque les llevara a averiguar quién era Marcus hoy.

Porque pagaron a Rhodes entonces, y siguen pagándole ahora.

"Creo que he sacado todo lo que he podido del señor Urso; no hay mucho más que saber. En realidad parece realmente apenado por el chico, y arrepentido por no haber hecho más para ayudarlo cuando pudo. ¿Crees que este chico Marcus es el Asesino de la Mariposa? ¿O deberíamos seguir centrándonos en Jenkins?"

Chase hizo una pausa.

"Quedémonos con Jenkins. De cualquier manera, él nos ayudará a abrir esto, estoy seguro de ello."

"Suena bien", respondió el detective Simmons.

"Buen trabajo, por cierto. Ahora vete a casa, descansa un poco. Nos volveremos a reunir por la mañana. A la misma hora."

Chase se encontró con aire muerto.

"¿Simmons?"

"¿Está durmiendo, detective Adams? Tal vez...", dijo Simmons con cautela.

"Estoy bien. Vete a casa, Simmons", contestó Chase rápidamente, y luego colgó el teléfono.

Un rápido vistazo al reloj le indicó que se acercaban las siete de la tarde y, aunque no debía relevar al detective Yasiv hasta las diez, pensó que quizá también le dejaría irse a casa antes.

***

Veinte minutos más tarde, se detuvo detrás del Toyota azul del detective Yasiv y salió de su coche.

El sol creciente brillaba a medida que se adentraba en el horizonte, y se vio obligada a bajarse las enormes gafas de sol para desviar la mayor parte del resplandor. Al acercarse al vehículo, distinguió la silueta de una persona apoyada en la puerta.

Temiéndose lo peor, corrió hacia la puerta e intentó abrirla de un tirón.

Estaba cerrado.

Dentro, la frente de Henry Yasiv se apoyaba en el cristal. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta.

Estaba inmóvil.

"¡No!", gritó y volvió a intentar abrir la puerta. En la comisura de los labios de Henry hubo un parpadeo. "¡No!", gritó ella, convencida de que en cualquier momento asomaría la cabeza de una oruga entre sus pálidos labios.

Chase golpeó con fuerza el cristal con los nudillos y Henry se puso en marcha de repente.

Apartó la cabeza del cristal y bajó la ventanilla.

Chase se puso una mano en el pecho y se quedó boquiabierta, aún intentando recuperar el aliento.

"¿Chase?" preguntó Henry, limpiándose la baba de la comisura de los labios. "¿Estás bien? ¿Qué te pasa?"

Los ojos de Chase se entrecerraron tras sus gafas de sol.

Creí que habías muerto, quiso decir. *Pensé que eras la cuarta víctima del Asesino de la Mariposa.*

"He venido a relevarte", dijo Chase sin rodeos. Estaba enfadada porque se había quedado dormido, pero el alivio que le producía que siguiera vivo hizo que su rabia desapareciera por el momento.

El detective Yasiv asintió nervioso.

"Es un poco temprano, ¿no?"

Chase se subió las gafas de sol y le miró fijamente.

"Creo que es muy tarde para ti, ¿no?"

Si antes su cara estaba roja de vergüenza, ahora rozaba el carmesí.

"Sí, yo sólo, ugh, tengo un recién nacido y, uh, el-"

"Vete a casa, Hank. Vete a casa y duerme un poco", ordenó Chase.

"Sí, yo sólo..."

"Vete a casa", repitió Chase con más severidad mientras se dirigía a su coche.

En cuanto se acomodó en los asientos de cuero color crema de su BMW, se encendieron las luces traseras del Toyota de Hank. Un segundo después, se había ido y Chase estaba sola.

Capítulo 67

DRAKE COLGÓ EL teléfono y lo tiró en el asiento del copiloto.

No hay respuesta.

Había llamado tres veces al Dr. Kruk, y las tres veces había saltado el buzón de voz.

Se dirigió a toda velocidad hacia el centro comercial que albergaba su consulta de psiquiatría. Si alguien sabía quién era o dónde estaba Marcus Slasinsky, era él. Drake estaba seguro de ello.

Después de todo, tenía una libreta con el nombre del chico en su escritorio cuando había llegado.

Drake entró en el aparcamiento y se le encogió el corazón cuando vio que las luces de la oficina del fondo estaban apagadas. De hecho, todo el aparcamiento estaba vacío. Tomó el lugar de estacionamiento vacío directamente en frente de la oficina y saltó una fracción de segundo después de atascar su coche en el parque.

Primero intentó abrir la puerta, pero la encontró cerrada. Sin muchas esperanzas, cerró el puño y golpeó la puerta.

"¿Dr. Kruk? Dr. Kruk, necesito hablar con usted", dijo en voz alta.

Vamos, vamos. Por favor estén aquí, por favor estén aquí...

Llamó una y otra vez.

Según Drake, tenía dos opciones: pedir una orden judicial o esperar a que llegara el Dr. Kruk para seguir trabajando.

Conseguir una orden era una perspectiva irrisoria; aunque no le hubieran echado del caso, y si por alguna razón Rhodes no hubiera enviado una patrulla a detenerle por obstrucción, no había forma de que un juez facilitara una orden.

¿Y lo de esperar a que llegara el médico? Era viernes por la tarde, el médico no vendría hasta el lunes como muy pronto.

No, Drake tampoco podía esperar.

Había, por supuesto, una tercera opción, pensó Drake mientras sus ojos se desviaban hacia el maletero de su coche, donde guardaba una palanca. Justo cuando se acercaba a su Crown Vic, oyó que se abría la cerradura y la puerta se abrió un poco.

Era la secretaria que había conocido hacía unos días.

"¿Está el Dr. Kruk aquí?" Drake preguntó, tratando de mantener su voz neutra.

La mujer, de unos sesenta años y pelo negro, le miró con desconfianza.

"¿Quién es usted?", preguntó.

Drake sacó su escudo de detective.

"Detective Damien Drake, estuve aquí ayer, ¿recuerdas?"

Drake se impacientaba. Si el doctor Kruk estaba en su despacho, tenía que hablar con él inmediatamente. El hombre podía utilizar todas las analogías abstractas que se le ocurrieran, pero Drake conseguiría que le revelara quién era Marcus y dónde estaba.

Tenía que hacerlo; tenía que hacerlo antes de que alguien más fuera asesinado.

Los ojos de la mujer se abrieron de repente.

"Ah, sí, ahora lo recuerdo. Lo siento, detective, pero el Dr. Kruk no ha venido hoy".

Drake maldijo en voz baja.

"Tengo que entrar", dijo.

La mujer frunció el ceño.

"No estoy segura de que sea una buena idea", dijo vacilante. "El Dr. Kruk es..."

Drake negó con la cabeza.

"Es importante. Me dejé algo aquí", dijo Drake, pensando rápidamente. Sabía que, en este caso, sus ojos rojos y su aspecto desaliñado podrían ser útiles.

Y también sabía que lo que estaba a punto de hacer no sólo pondría el clavo en su proverbial ataúd, sino que también arrojaría las primeras paladas de tierra sobre su carrera.

Joder, puede que incluso renuncien al ataúd y lo entierren vivo.

Pero eso no importaba.

"Dejé algo sobre un caso muy importante... lo olvidé en su despacho. Seguro que sabe de cuál hablo".

La mujer parecía confusa y de repente le tendió un dedo. Al hacerlo, la puerta se abrió un poco más y Drake se inclinó para asegurarse de que no podía volver a cerrarla.

"La mantequilla..."

"Shh, no lo digas. Quiero decir, estoy en tantos problemas, sólo necesito recuperar el archivo".

Se encogió de hombros.

"Dime qué aspecto tiene y veré si puedo encontrártelo".

Drake negó enérgicamente con la cabeza.

"No puedo... se trata del caso y si...", dejó escapar la frase, haciendo una mueca todo el tiempo.

La mujer le devolvió una débil sonrisa.

"Vale, pasa. Pero, por favor, date prisa. El Dr. Kruk es bastante exigente con la gente que está en su despacho sin que él esté presente".

Drake reprimió una sonrisa. Cuando la secretaria abrió la puerta, él la empujó rápidamente y fue directo a la puerta del despacho del Dr. Kruk. Probó el pomo.

Estaba cerrada. Sacudió el pomo y comprobó que era un endeble

trozo de plástico recubierto de latón.

En el peor de los casos, podría romperlo.

"¿Tienes la llave?"

La mujer parecía ahora un poco aprensiva.

"Sí", respondió ella.

"Entonces, por favor, ¿te importa? Quiero decir, puedes mirarme ahí dentro si te sientes más cómoda. Sólo estoy buscando mi expediente, eso es todo".

Esto pareció calmar sus nervios, asintió con la cabeza y cogió una llave del cajón superior de su escritorio.

Algún sistema de seguridad, pensó Drake.

Cuando se acercó a él, se lo quitó rápidamente de la mano.

"Permítame", dijo con una sonrisa. Mientras Drake jugueteaba con la cerradura, añadió: "No puedo agradecérselo lo suficiente. En serio, sin-" la puerta se desbloqueó, y él la abrió.

Se volvió y miró un momento a la secretaria.

"Has ayudado mucho en la investigación", dijo. Y entonces, antes de que ella pudiera decir nada, Drake entró en la habitación, cerrando la puerta con un portazo.

"¡Eh! ¡Eh, detective!", gritó la mujer desde el otro lado de la puerta. Drake la ignoró y respiró hondo.

Luego bajó la mirada hacia la única llave que aún tenía en la mano.

Lo hecho, hecho está, pensó mientras le invadía una extraña sensación de calma. *Ahora toca encontrar al asesino.*

Capítulo 68

CHASE APRETÓ LA FRENTE contra la ventanilla del conductor, su aliento empañaba el cristal con cada respiración.

Llevaba una hora mirando la casa de Tim Jenkins, pero le parecía que había pasado el doble o el triple de tiempo.

Sobre todo porque no pasó nada. Ni siquiera se había encendido una luz en su residencia. De hecho, había tanto silencio que Chase empezaba a dudar de lo que le había dicho el detective Yasiv: que Tim había sido llevado por Wes Smith y había permanecido dentro desde entonces.

¿Se había escabullido por la ventana, como Drake le había pillado haciendo ayer?

Chase suponía que era posible, pero ¿por qué iba a marcharse? Debía saber, Asesino de Mariposas o no, que la policía le estaría vigilando.

¿Le dio Weston Smith instrucciones de pasar desapercibido? ¿Para permanecer fuera de la vista?

Tenía sentido. Cualquier cosa que se relacionara con ellos, con la reputación y el apellido Smith, había sido silenciada hasta ese momento. A pesar de la ira profundamente arraigada hacia el clan Smith, Tim tenía secretos en su pasado que también quería mantener enterrados.

Como formar parte de un grupo de matones que dejó en coma a un joven problemático.

Tim se había sentido tan angustiado por lo que había hecho, tan afectado por ello, que había renunciado a una carrera próspera como las que tenían Thomas y Neil para trabajar en el mismo lugar en el que casi habían matado a Marcus.

Una especie de penitencia por su crimen.

Se le notó en la cara cuando Chase habló con él en la comisaría, y lo corroboró al callarse en cuanto mencionó a Neil.

Chase se había acercado y Tim no podía soportarlo. Por mucho que Tim detestara a Wesley Smith *y otros*, su culpa por lo que le había hecho a Marcus superaba con creces su ira.

Así que, sí, si Wes le dijo que se mantuviera bajo perfil, tal vez amenazó con revelar la participación de Tim en ese entonces, él podría escuchar.

¿Pero era un asesino?

Empezaba a dudarlo seriamente.

Chase suspiró y cerró los ojos. Pero cualquier concepto de paz y tranquilidad de su agitada mente se hizo añicos cuando vio a Clarissa

mirándola fijamente desde detrás de los párpados, con la boca torcida en un gruñido.

¡Congeló todo! Hasta el último centavo que tengo, lo congeló. ¡Ahora no tengo nada! ¡Absolutamente nada!

"Joder", susurró.

Después de todo lo que había hecho pasar a la mujer, no estaba más cerca de encontrar al asesino de su marido.

Chase volvió a respirar hondo e intentó apartar las imágenes de su mente.

Para forzar todo desde sus pensamientos.

Capítulo 69

DRAKE HIZO CASO OMISO DE LAS súplicas de la MUJER desde el otro lado de la puerta y se puso a trabajar de inmediato, escudriñando el escritorio del hombre donde había visto por primera vez el bloc de notas con el nombre de Marcus Slasinsky.

Sólo que no estaba allí.

Había otras carpetas con nombres que no reconocía, pero ninguna en la que apareciera escrito Marcus.

"Estaba aquí", murmuró para sí, mientras seguía escudriñando el escritorio.

Había una carpeta con el nombre de Tim Jenkins, lo que le pareció extraño. Pero cuando la abrió, estaba vacía, y la tiró a un lado.

"Vamos", casi gimió.

Abrió el cajón superior del escritorio y una docena de bolígrafos rodaron hasta la parte delantera. También había un bloc de papel rayado amarillo en el cajón, pero tras hojearlo rápidamente, Drake se dio cuenta de que estaba completamente en blanco. Miró en el segundo cajón, pero tampoco había notas de ningún paciente.

Y, definitivamente, nada de bloc de notas.

¿Dónde guardaría las notas de los pacientes? se preguntó, esperando que el Dr. Kruk no las guardara en un lugar apartado.

Sus ojos se desviaron hacia la siguiente estantería, pero sólo había libros en los estantes de madera oscura. No había ni rastro del cuaderno verde oscuro que había visto.

La secretaria del Dr. Kruk volvió a llamar a la puerta.

¿"Detective"? ¿Encontró el archivo? Realmente creo que deberías irte. Creo..."

"¡Sigo buscando!", gritó. "Sólo será un minuto. Lo siento mucho, pero es confidencial, como probablemente puedas entender".

Y supuso que sólo le quedaban unos minutos antes de que la mujer se hartara y llamara a la policía. Desesperado, Drake se arrodilló y miró primero debajo del escritorio y luego debajo de las dos sillas enfrentadas del otro lado de la habitación.

Todavía nada.

Sacudiendo la cabeza con frustración, volvió a mirar a su alrededor, intentando acallar los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza, los que sugerían que tal vez el médico se había llevado el cuaderno a casa para pasar el fin de semana.

"¡No hay ningún sitio! No hay ningún sitio..."

Pero luego se calló.

No había nada *debajo de* las dos sillas azules, pero la de la derecha

tenía algo raro. Volvió a tirarse al suelo y echó otro vistazo.

La parte inferior de esta silla era más baja que la de la otra. Era lógico que esta silla fuera la del médico y la otra la del paciente, dada la proximidad de la primera al escritorio, pero el Dr. Kruk había sido un hombre delgado.

Es imposible que haya hecho que esta silla se hunda.

Aún de rodillas, se acercó a la silla, se puso boca arriba y se deslizó bajo ella como un mecánico que comprueba una fuga.

Pinchó el material y descubrió que estaba suelto. Y había algo dentro; algo rectangular, algo que se movía cuando él empujaba.

Agarrando la esquina de la tela con el pulgar y el índice, se dispuso a arrancarla del armazón de la silla. Pero sus esfuerzos no fueron necesarios. El material estaba sujeto con velcro y se desprendía con facilidad.

Gruñó cuando cayeron dos objetos, uno de los cuales le golpeó en la cara -un libro-y el otro en el hombro -una especie de cubo de plástico de tres o cuatro pulgadas-.

Maldiciendo, cogió ambos objetos y salió de debajo de la silla.

En la mano derecha tenía un libro, un cuaderno sencillo con el nombre "MARCUS Slasinsky" en la portada en texto negro, el mismo que había visto ayer. En la derecha había un cubo de plástico o de algún tipo de cera. En su interior había una mariposa Monarca preservada.

Tragó saliva.

"¿Lo has encontrado ahí?", gritó la secretaria.

"Sí, lo encontré", dijo Drake, mirando la mariposa mientras la giraba en su mano. "Es sólo que, ugh, le faltan algunas páginas es todo, voy a..."

Sacudió la cabeza y cerró los ojos.

"A la mierda", se dijo, y luego, dirigiéndose a la mujer que estaba al otro lado de la puerta, añadió: "Voy a tardar cinco minutos. Eso es. Cinco minutos y luego me iré de aquí, ¿de acuerdo?".

No esperó respuesta. En lugar de eso, colocó la mariposa encapsulada sobre la mesa y luego se sentó en una de las sillas, la que no había albergado el cuaderno, y lo abrió.

Una fotografía granulada se deslizó hacia fuera, y Drake la agarró antes de que flotara hasta el suelo.

"Jesús".

Representaba a una mujer muerta desplomada en una silla de madera. Tenía los antebrazos apoyados en el vientre hinchado y las palmas de las manos hacia arriba. De sus muñecas colgaban trozos de carne desgarrada. Los ojos de la mujer estaban abiertos, las córneas tan opacas que casi parecían brillar en la imagen en blanco y negro. Tenía la boca floja y los dientes al descubierto, mientras las encías y

los labios empezaban a retroceder por la muerte.

Es la madre de Marcus, pensó Drake con un escalofrío. Colocó la foto en la mesa, junto a la mariposa, y luego volvió su atención al libro.

Buscaba cualquier cosa que pudiera ayudarle a encontrar a Marcus Slasinsky: una dirección, un número de teléfono, incluso un número *de* la seguridad social; cualquier cosa que pudiera ayudar a localizar al asesino.

Para localizar al Asesino de Mariposas.

La euforia inicial de Drake al encontrar el libro no duró mucho. Cualquier esperanza de una página introductoria, una descripción de Marcus, tal vez, o tal vez incluso una dirección, se desvaneció de inmediato.

El bloc de notas manuscrito saltó de inmediato en un formato familiar al estilo de las entrevistas: una sola línea con el nombre de Kruk, seguida de una pregunta, y luego una línea con el nombre de Marcus, seguida de una respuesta.

Pensando que los detalles que buscaba podrían estar enterrados en la entrevista del médico, Drake empezó a leer, saltándose el preámbulo inicial.

Capítulo 70

CUANDO CHASE volvió a ABRIR los ojos, la única luz del cielo procedía de las farolas incandescentes amarillas.

Se sentó de golpe.

Me he dormido. Se dio cuenta horrorizada. *Después de amonestar al detective Yasiv,* me quedé dormida.

Gimiendo, estiró las piernas, que inmediatamente empezaron a acalambrarse. Esperando que la dolorosa tensión remitiera, Chase esperó, pero al no conseguir que sus músculos se relajaran, abrió la puerta de su BMW y salió a la calle.

Después de girar el cuello, se estiró hacia abajo y se tocó los dedos de los pies, tratando de eliminar la rigidez. Se dio cuenta de que parte del dolor se debía a que había jugado al tenis el otro día; no recordaba cuándo había sido la última vez que había hecho un ejercicio extenuante.

Justo cuando estaba pensando en volver a correr, o tal vez a hacer yoga, sus ojos se desviaron hacia la casa de Tim Jenkins.

"¿Qué demonios?", susurró.

La puerta estaba abierta. Desde dentro del coche, no se notaba, pero ahora que estaba fuera, podía ver claramente que no estaba cerrada del todo: la puerta no llegaba al tope.

Chase siguió mirando la puerta durante unos segundos, debatiendo qué curso de acción tomar.

Debería llamar a Rhodes, le sugirió la parte racional de su cerebro. Pero sabía cómo acabaría la conversación: Rhodes le diría que esperara.

Confundida, Chase cerró los ojos un momento, con la esperanza de que, al abrirlos de nuevo, se diera cuenta de que todo había sido una ilusión óptica y que la puerta de Tim estaba realmente cerrada.

Sólo cuando volvió a abrir los ojos, la puerta seguía entreabierta.

Decidida, Chase desenfundó su pistola y se dirigió hacia la casa.

Clarissa tenía razón; a la mierda su carrera. Había vidas en juego.

Chase cruzó rápidamente la calle, agachada, con el arma aún más baja. No creía que fuera a haber nadie a esas horas (calculó que sería alrededor de medianoche), pero a nadie le vendría bien que un vecino entrometido llamara a la policía.

Cuando llegó a la puerta, apoyó la mano en ella y se colocó a un lado, lejos de la abertura. Un leve empujón hizo que se abriera medio metro.

"¿Tim? ¿Tim Jenkins?", dijo en el oscuro interior de la casa.

No hubo respuesta.

Golpeada por una repentina sensación de déjà vu, menos, por supuesto, la presencia de Drake, abrió aún más la puerta.

"¿Tim? Soy la detective Adams", dijo, anunciando su presencia más alto esta vez. "Voy a entrar".

Al no recibir respuesta, el detective Chase Adams entró por la puerta.

Capítulo 71

Extracto de las notas del Dr. Mark Kruk, fechadas el 1 de marzo de 2017.

Kruk: Ahora, quiero que me hables de tu infancia, Marcus. Sobre tus padres.

Bueno, no siempre fue tan bueno. Papá era muy malo. Se enfadaba todo el tiempo, muy enfadado.

Kruk: ¿Te gritó?

Marcus: Oh, sí, todo el tiempo. Y cuando se enfadaba mucho, nos pegaba a mamá y a mí.

Kruk: ¿Él te golpeaba físicamente?

Sí. Y a veces...

Kruk: Puedes decírmelo, Marcus. Este es un lugar seguro.

A veces me apagaba los cigarrillos. En mi espalda, y en mis manos.

Kruk: ¿Y qué haría tu madre cuando tu padre te apagaba cigarrillos?

Sólo lloraba. Se sentaba allí y lloraba. Eso sólo enfurecía más a papá. Le pegaba hasta que paraba.

Kruk: ¿Su madre alguna vez llamó a la policía o le dijo a alguien sobre lo que su padre le hizo?

No lo sé. Creo que no.

Kruk: ¿Le dijiste a alguien?

No.

Kruk: ¿Y por qué no? ¿Por qué no se lo dijiste a un profesor o a un amigo del colegio?

No lo hice.

Kruk: Pero, ¿por qué no, Marcus? ¿Por qué no lo contaste?

Los niños... los niños del colegio se burlaban de mí. Me insultaban cuando llegaba con moratones.

Kruk: Está bien, Marcus. Estás haciendo algo bueno al hablar conmigo hoy. Por favor, tómate tu tiempo y si necesitas un descanso, dímelo.

Estoy bien.

Kruk: Bueno, entonces vamos a continuar. ¿Cuándo dejó de pegarte tu padre?

Marcus: Un día se fue a trabajar, y nunca volvió a casa.

Kruk: Y entonces era sólo usted y su madre?

Sí.

Kruk: ¿Las cosas mejoraron después de que tu padre se fue?

No, un poco.

Kruk: ¿Puede explicar lo que quiere decir?

Marcus: Mamá nunca me pegaba ni me gritaba. Pero siempre estaba llorando. Siempre, siempre llorando. El único momento en que dejaba de llorar era cuando dormía.

Kruk: ¿Cuántos años tienes, Marcus?

Ocho, casi nueve.

Kruk: Y después de que tu papá se fue, ¿tu mamá te hizo la comida? ¿El desayuno? ¿La cena? ¿Te ayudó a prepararte para ir a la escuela?

No. Sólo lloraba. Tuve que hacer todo por mí mismo. Pero estaba tan, tan cansado. Sólo que no podía dormir porque cada vez que lo intentaba, podía oírla llorar. Y tenía miedo.

Kruk: ¿Por qué tenías miedo? ¿Tenías miedo de que tu padre volviera a casa?

Marcus: Sí; tenía miedo de que llegara a casa y se enfadara porque mamá estaba llorando.

Kruk: ¿Alguna vez dejó de llorar, Marcus?

No quiero decirlo.

Kruk: Está bien, Marcus, no te meterás en problemas. Recuerda que este es un lugar seguro y que estoy aquí para ayudarte.

¿Me lo prometes?

Kruk: Te lo prometo.

Marcus: Mamá se quedó dormida en su silla un día después de que papá se fuera, y yo estaba muy cansado. Solo sabía que en cuanto intentara dormirme, ella se despertaría y empezaría a llorar otra vez. Estaba muy, muy cansado.

Kruk: ¿Qué pasó después, Marcus?

Marcus: Fui a la cocina y abrí el cajón con los cuchillos para adultos. Se suponía que no debía entrar ahí, pero no podía preguntarle, porque lo único que hacía era dormir y llorar. Ya había estado allí antes cuando necesitaba abrir una bolsa de patatas fritas; no había mucha comida en la casa. Entonces me acerqué a mamá e intenté despertarla para pedirle que no llorara más.

Kruk: ¿Y entonces qué pasó?

No se despertaba, así que la corté. Le corté los brazos, las muñecas. Había... había mucha sangre y pensé que se despertaría y se enfadaría conmigo por haberle ensuciado el vestido. Era su vestido favorito, solía decirlo. Era el que más le gustaba a papá.

Capítulo 72

El cuaderno tembló en las manos de Drake y sus ojos se desviaron hacia la fotografía de la madre de Marcus, muerta en su silla.

Beckett y Dunbar se habían equivocado.

Martha Slasinsky no se suicidó, fue asesinada.

Fue asesinada por su hijo.

"Jesús", susurró Drake.

¿Quién eres, Marcus Slasinsky?

Se estremeció y empezó a leer de nuevo, sintiendo de repente el aire del despacho muy, muy frío.

Capítulo 73

Extracto de las notas del Dr. Mark Kruk, fechadas el 1 de marzo de 2017.

Kruk: ¿Qué hiciste después de que tu madre dejó de sangrar?

Intenté despertarla de nuevo, pero seguía durmiendo.

Kruk: ¿Y entonces qué hiciste?

Hice la cena y me fui a dormir. Fue... fue el mejor sueño que he tenido nunca. Mamá no me despertó llorando para nada.

Kruk: ¿Y a la mañana siguiente?

Marcus: Hice el desayuno, besé a mamá en los labios y me fui al colegio.

Kruk: Muy bien. Ahora quiero que avance un poco. Quiero que me hables de la mariposa.

Marcus: Bueno, llegó el momento en que la vecina me preguntó si todo estaba bien. Dijo que había un olor en el pasillo y quería saber si teníamos algún problema con el retrete. Le dije que todo estaba bien y cuando me pidió hablar con mamá, le dije que estaba durmiendo. Le dije a la mujer que mamá estaba muy contenta ahora, que había dejado de llorar. La señora se fue y yo abrí la ventana por si acaso.

Kruk: ¿Y entonces qué pasó? ¿De dónde salió la mariposa?

Marcus: Todas las mañanas, antes de ir al colegio, besaba a mamá en los labios y le decía que la quería. Entonces, un día, cuando la besaba, sentí que sus labios se movían. Al principio pensé que se estaba despertando y me puse muy contento, pero no abrió los ojos. Vi cómo movía los labios y pensé que intentaba decirme algo. Me acerqué y de su boca salió la cosa más bonita que he visto en mi vida.

Kruk: ¿Una mariposa Monarca?

Marcus: No era una mariposa cualquiera, ¡era la mariposa más bonita que ha existido! Tenía las alas de color naranja brillante y unas manchas negras que parecían ojos de tigre. La dejé caminar sobre mi dedo y, cuando estiró las alas, la besé; era como besar a mamá, pero en vez de eso, le estaba dando besos a la mariposa.

Capítulo 74

Drake era consciente de que apretaba la mandíbula y de que los músculos del estómago estaban tan tensos que le dificultaban la respiración, pero no podía hacer nada para que se relajaran.

Lo que le había ocurrido al chico era horrible, inimaginable.

Pero también había algo muy extraño en la transcripción.

El propio Dr. Kruk no aparentaba más de cuarenta años y, sin embargo, Martha Slasinsky había sido asesinada hacía unos treinta. No podía ser el psiquiatra que había visto al chico entonces.

¿Y después del coma?

Eso tampoco tenía mucho sentido; incluso si pasaba por alto el hecho de que en las notas Marcus afirmaba tener ocho años, y hablaba como lo haría un niño de ocho años, el doctor Kruk tenía que tener menos de veinte en el momento del incidente en el Jardín de las Mariposas.

Y las propias notas estaban fechadas a principios de mes.

No tiene sentido.

Drake escudriñó hacia delante en el cuaderno. Estaba lleno de páginas y páginas del mismo formato: Kruk con la pregunta, Marcus con su respuesta.

Seguía y seguía y seguía, aparentemente sin fin.

La frustración empezó a crecer en su interior, y sus pensamientos se dirigieron de repente a Suzan, y a la forma en que le había gritado, diciéndole que había arruinado sus vidas.

Drake dejó el cuaderno sobre la mesa, cogió la mariposa encerrada en el plástico y se quedó mirándola mientras la giraba lentamente en la mano.

Era de color naranja brillante, como el que había descrito Marcus. Incluso las manchas oscuras de las majestuosas alas parecían ojos de gato, hendiduras verticales que recorrían su longitud.

¿Dónde estás, Marcus? ¿Dónde demonios estás ahora?

Drake cerró los ojos y al instante le bombardeó la imagen de la cara de Clay, con la sangre y la saliva pegadas a su barbudo mentón. En su mente, Drake se acercó a los labios de su amigo cuando se separaron, medio esperando oír sus últimas palabras.

Sólo que no eran palabras. Eran las alas de una mariposa saliendo de su boca muerta.

Drake se puso en pie.

"*¿Dónde estás Marcus?*", gritó y lanzó la mariposa de cristal con todas sus fuerzas.

El cubo voló por el pequeño despacho y golpeó el panel final de la

estantería.

Drake esperaba que ocurriera una de dos cosas: que el cubo se hiciera añicos o que *golpeara* la madera y dejara una abolladura.

Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. En su lugar, la mariposa emitió un sonido raspante y se incrustó en la madera.

"¿Qué demonios?", murmuró.

"¿Está todo bien ahí dentro, Detective?"

Drake ignoró a la secretaria al otro lado de la puerta y se dirigió rápidamente hacia la estantería. Toda la estructura parecía de madera maciza, excepto la sección del extremo donde el cubo había golpeado y estaba incrustado. Esta sección parecía estar hecha de chapa de madera. Drake agarró el cubo y tiró de él para liberarlo, y sus sospechas se confirmaron.

Sin pensarlo, metió la mano en el agujero y tiró. La chapa, que se dio cuenta que iba del suelo al techo, se arqueó hacia fuera pero no se soltó.

Drake tiró de nuevo, y aunque esta vez oyó astillar la madera, aún se mantenía firme.

"¡Detective!" gritó la mujer, ahora con voz chillona. "¡Detective*!*"

Drake forzó los dos primeros dedos de ambas manos en el agujero ahora.

"Oh, cállate la boca", murmuró y luego tiró con todas sus fuerzas.

La chapa se soltó en una larga hoja y Drake tropezó hacia atrás. Tropezó con los talones y cayó, tirando de la chapa encima de sí mismo.

Maldijo y lo apartó a un lado antes de volver a centrar su atención en la estantería.

A pesar de que se le había escapado todo el aire, fue capaz de pronunciar tres palabras.

"Dios mío", susurró cuando de repente todo se aclaró.

Capítulo 75

"¡POLICÍA DE NUEVA YORK! ¡ESTOY DENTRO DE TU casa, Tim!" Chase gritó. "¡Estoy dentro!"

Seguía sin obtener respuesta y Chase sintió que la adrenalina inundaba su organismo. Exploró rápidamente las habitaciones cercanas a la entrada y subió las escaleras.

El corazón le latía rápidamente en el pecho cuando llegó al rellano superior. Echó un rápido vistazo a su alrededor, pero se dirigió directamente al dormitorio en el que había encontrado a Tim cuando intentó escapar por la ventana.

La ventana seguía abierta, lo que le pareció extraño, pero agradeció la luz de la luna que la inundaba.

Chase encontró a Tim tumbado boca abajo en su cama, con las mantas subidas hasta la nuca.

"¿Tim?", susurró. Chase miró atentamente su cuerpo inmóvil durante unos segundos, y una sensación de temor empezó a invadirla.

No respiraba.

"¡Tim!", dijo esta vez en voz más alta. Con la pistola preparada por si se trataba de una estratagema, se agachó y agarró la sábana.

Chase respiró hondo y la bajó de un tirón.

"No", gimió mientras la luz de la luna se reflejaba en la mariposa ensangrentada dibujada en la espalda de Tim Jenkins, dándole un extraño tono azulado.

¿Cómo es posible?

El ruido de un coche al retroceder llegó hasta ella desde la ventana abierta y corrió hacia él. Con la pistola en la mano, observó la calle, preguntándose cómo había permitido que esto ocurriera.

Cómo había sucedido todo esto.

Capítulo 76

LAS CICATRICES EN LA mano del DR. Kruk que había visto cuando se conocieron, la razón por la que Marcus sólo tenía ocho años en un diario fechado hacía menos de un mes y sus crípticos comentarios: "La gente *sólo ve lo que quiere ver". Nuestras mentes están cableadas de esta manera: una imago. ¿Esta* imagen*? Se parece mucho a todo lo demás en la imagen que damos a los demás: sólo una cáscara vacía...* todo se resumía en una cosa: el Dr. Mark Kruk *era* Marcus Slasinsky.

Tragó saliva y contempló los acuarios de cristal con una mezcla de asombro y horror. Drake contó siete en total, cada uno de unos treinta centímetros de alto y, si suponía que tenían la misma anchura que la estantería, unos treinta centímetros de ancho.

Los tres inferiores estaban llenos de tierra, sobre la que yacían hojas esparcidas. Había docenas de orugas revoloteando por el suelo, comiendo o descansando sobre las hojas. Aquello le produjo un nudo en el estómago.

Los otros acuarios estaban llenos de la más hermosa variedad de mariposas que jamás había visto. La mayoría eran monarcas, y sus alas naranjas y amarillas formaban un ardiente arco iris mientras revoloteaban. Pero también había otras, otros tipos de mariposas con nombres que Drake desconocía, incluidas las de color azul brillante, las verdes, las que tenían alas brillantes como plumas de pavo real en miniatura.

Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que el olor a carne de la tierra vieja llenaba sus fosas nasales. Y fue este olor lo que le sacó de la mezcla de horror y belleza de lo que veía.

Drake se puso en pie y buscó su teléfono. Se le enganchó en el bolsillo y, por primera vez en su vida, deseó que no fuera un grueso ladrillo, sino algo delgado y elegante como el de Chase.

¡*Chase*!

El nombre le atravesó el cerebro como un pincho a un aguacate demasiado maduro.

"¡Detective!", gritó la mujer. "¡Llamé a la policía!"

Drake finalmente liberó su teléfono.

"¡Bien!", gritó. "¡Diles que se den prisa!"

Luego, con un último y estremecedor suspiro, Drake marcó el número de Chase, con la esperanza de llegar a tiempo.

Capítulo 77

El hombre de negro vio cómo la detective de pelo oscuro entraba en la habitación, agitando su pistola como si fuera una bengala. Vio cómo se acercaba lentamente al cuerpo de la cama, sus pasos se ralentizaban a medida que se acercaba a Tim Jenkins.

Sus labios se separaron en una sonrisa cuando ella retiró la sábana y jadeó al ver su obra de arte.

Un coche petardeó y la detective se asomó a la ventana. Mientras ella lo hacía, el hombre deslizó sus dedos enguantados por la rendija entre la puerta del armario y el marco y la abrió lentamente. Entró silenciosamente en la habitación y se quedó helado cuando empezó a sonar un teléfono. Casi se giró entonces, y supo que tenía que actuar con rapidez. Cuando la detective bajó el arma para sacar un teléfono móvil del bolsillo, él se acercó aún más.

"¿Sí?", dijo sin aliento, con el ceño fruncido. "¡Qué, más despacio! Yo... *¿Qué? ¿Quién es*? Drake, ¿qué estás diciendo?"

El hombre estaba lo suficientemente cerca como para oler su perfume, un suave aroma a vainilla, mezclado con su dulce sudor cargado de adrenalina.

"Tim está muerto", susurró. "I-"

Le tapó la boca con un brazo y le quitó la pistola de la mano con el otro.

Ella gritó y soltó el teléfono, pero él le introdujo la jeringuilla en el cuello antes de que pudiera zafarse de él.

Cuando su cuerpo empezó a flaquear, los gritos del teléfono en el suelo llegaron hasta él.

"¡Chase! Chase, ¿estás bien? ¿Qué está pasando? Respóndeme..."

El hombre golpeó el teléfono con el tacón, rompiendo la pantalla. Siguió golpeando con la bota hasta que el teléfono se quedó mudo.

Capítulo 78

"-¡Chase! Aléjate de..."

Pero la línea sonó sofocada de repente, y Drake apartó el teléfono de su cara.

"¿Chase? ¿Sigues ahí?"

Sólo había aire muerto.

Giró la cabeza hacia el cielo y gritó. Luego colgó y volvió a marcar el número de Chase.

Saltó inmediatamente el buzón de voz.

Drake maldijo, volvió a marcar y volvió a maldecir.

La mujer que estaba al otro lado de la puerta le gritaba ahora que venía la policía, pero Drake la ignoró.

Su mente se dirigió a la carpeta vacía que había encontrado en el escritorio.

El que lleva el nombre de Tim Jenkins.

Si estaba en casa de Jenkins...

Se suponía que irían juntos, para relevar al detective Yasiv sobre las diez. ¿Podrían ser ya las diez? Se miró la muñeca, pero había olvidado ponerse el reloj anoche o esta mañana, o cuando fuera la última vez que se había cambiado.

Supuso que podía ser. No había ventanas en el despacho, pero se había hecho tarde cuando llegó y no sabía cuánto tiempo había perdido leyendo el maldito cuaderno.

Tengo que llegar a ella. Tengo que salvarla.

Aunque cada fibra de su ser le decía que corriera, que cogiera el coche y cruzara la ciudad hasta la casa de Tim Jenkins, no lo hizo.

Al menos no de inmediato.

En lugar de eso, echó un vistazo a las mariposas. Se dio cuenta de que no todas las cajas eran del mismo tamaño. La de arriba, la que estaba al alcance de la mano, era más pequeña y parecía tener un asa en la parte superior.

Era portátil.

Drake corrió hacia la estantería y se puso de puntillas, intentando bloquear el olor mientras levantaba la mano. Sus dedos rozaron el fondo del acuario portátil y lo sacaron. Con un gruñido, lo levantó y cayó de la estantería a sus brazos.

Luego se la metió bajo el brazo derecho y se dirigió hacia la puerta, abriéndola y abriéndola de par en par.

La secretaria del Dr. Kruk retrocedió cuando él saltó por la abertura, con la cara desencajada.

"¿Qué es eso?", jadeó ella, señalando el estuche que llevaba bajo el

brazo, lleno de una cornucopia de mariposas.

"Cuando venga la policía, diles que se dirijan a la casa de Tim Jenkins. ¿Tienes eso...?"

La mujer se quedó boquiabierta, pero Drake no se detuvo por eso. Se detuvo porque lo que estaba diciendo no tenía sentido. Si el Dr. Kruk -si Marcus Slasinsky-estaba en casa de Tim, entonces o bien ya tenía a Chase o bien ella lo tenía bajo custodia. En cualquier caso, no le serviría de nada ir allí.

Y si *no estaban* allí, entonces estarían en otra parte. Pensó en cuando había estado sentado en el coche con Chase antes de que trajeran a Tim la primera vez.

Había estado leyendo el informe que el detective Yasiv había elaborado, la línea sobre...

Y entonces me di cuenta.

"¡No!", gritó a la secretaria, que retrocedió como si la hubieran golpeado. "¡La casa de Jenkins no! ¡Diles que vayan a los Jardines de las Mariposas! ¿Puedes recordarlo?"

Drake corría hacia la puerta principal mientras hablaba.

"¿Puedes recordarlo? ¿Puedes *recordarlo?*", gritó mientras golpeaba la puerta con la palma de la mano y la abría de un empujón.

Le pareció ver que la mujer asentía, pero no podía estar seguro. De todos modos, no importaba.

Para cuando llegara la policía, sería demasiado tarde.

Ahora dependía de él. De él dependía salvar a su compañero.

Drake atravesó la noche a toda velocidad, tiró el recipiente de mariposas en el asiento del copiloto y salió a toda velocidad del aparcamiento.

Capítulo 79

CON LA GUINDA POLICIAL en el salpicadero iluminando la noche en tonos azules y rojos, el oxidado Crown Vic de Drake atravesó la ciudad a toda velocidad. No sabía exactamente dónde estaban los Jardines de las Mariposas, pero tenía una vaga idea basada en las notas del detective Yasiv. Y menos de media hora después, localizó la primera señal de tráfico que le dirigía a los Jardines. Programados para su destrucción o no, los engranajes de la burocracia vial giraban lentamente en Nueva York, y las señales no daban la impresión de que los Jardines estuvieran cerrados.

Cuando estuvo cerca, Drake apagó la guinda y redujo la velocidad. La verja que daba acceso al aparcamiento estaba doblada hacia atrás lo suficiente para que pudiera pasar con el coche sin dejar de mirar la imponente cúpula geodésica que tenía delante. La luna estaba llena y brillante, y sus rayos azules se reflejaban en la superficie gris del Mariposario con tal intensidad que casi parecía brillar.

Drake apagó los faros y luego el motor. Una de las ventajas de un coche tan viejo era que podía circular en punto muerto incluso con el motor apagado.

Y eso es lo que hizo ahora. El gran aparcamiento estaba casi vacío, salvo una serie de excavadoras aparcadas al azar y un pequeño contenedor de almacenamiento de cartón ondulado a un lado. Pero al acercarse a la puerta principal de los Jardines, vio un coche escondido a la sombra de la cúpula.

Era un BMW negro, o tal vez azul marino.

El corazón de Drake se hundió.

Ella estaba aquí. Y la única razón por la que estaría aquí era porque *él* la había traído.

Una imagen de Chase Adams boca abajo, con las manos y los pies atados detrás de ella, la garganta hinchada y cerrada, ese horrible garabato de mariposa en la espalda pasó por su mente.

No, pensó con tal veracidad que sus dientes se cerraron con un *chasquido* audible. *No perderé a otro compañero.*

Cogió la pistola que Chase le había dado de la guantera y luego enganchó la otra mano por el asa de la caja de mariposas.

Tan silenciosamente como le fue posible, Drake salió de su coche y se dirigió hacia la entrada de los Jardines de Mariposas.

Al igual que la verja del aparcamiento, esta puerta estaba parcialmente abierta; alguien había arrancado la endeble cerradura y yacía rota en la acera.

Drake se deslizó silenciosamente hacia el interior, alejándose

rápidamente de la entrada, apoyando la espalda contra una pared bañada en sombras.

Y luego esperó; esperó y escuchó.

La disposición de los Jardines de Mariposas parecía bastante sencilla, cuya naturaleza Drake había adivinado incluso por las imágenes de los carteles que conducían hasta allí: un estrecho pasillo flanqueado a ambos lados por aseos, una cafetería y tiendas de regalos que se extendía desde la entrada antes de florecer en una gigantesca cúpula geodésica.

Y allí es donde estarán, pensó. Marcus llevaría a Chase al lugar al que le habían llevado aquellos malditos niños hacía tantos años.

El lugar donde había caído en coma.

Drake esperó a recuperar el aliento y empezó a ametrallar la pared en dirección a la cúpula.

Sólo había dado media docena de pasos cuando algo le rozó el pie y le dio una patada instintiva. Una rata siseó y se alejó corriendo, y Drake se maldijo por ser tan descuidado. Lo único que tenía a su favor ahora era la sorpresa. Y si la secretaria del Dr. Kruk hacía lo que se le pedía, pronto la noche se llenaría de sirenas.

La luz de la luna no podía penetrar en el oscuro pasillo, pero más adelante, donde se abría a la cúpula, Drake podía ver fragmentos de luz que iluminaban la zona en franjas grises y azules.

Dio diez pasos, luego veinte.

Treinta.

Y entonces se detuvo, tratando de calmar su respiración.

Oyó una voz.

Era la voz de un hombre, o tal vez la de un niño; resultaba difícil saberlo, ya que el sonido se dirigía hacia él por el pasillo.

"Vas a darme un beso, como hizo mamá".

Un escalofrío recorrió la espalda de Drake cuando le vino a la mente la imagen de Martha Slasinsky, apoyada en su silla, con las muñecas destrozadas.

"Vas a darme un beso, guapa".

Drake aceleró el paso, moviéndose rápido ahora, sacrificando el silencio por la velocidad. Sólo se detuvo al llegar a la entrada del pasillo.

La cúpula se abrió ante él como esperaba, pero para lo que Drake no estaba preparado era para la vegetación. Parecía gris a la luz de la luna, pero pensó que bien podría ser del mismo color al sol del mediodía. Hojas de enormes plantas en diversos estados de descomposición casi bloqueaban su paso.

Drake se agachó, usando el follaje en descomposición para ocultar su forma mientras se acercaba a la voz.

No tardó mucho en verlos. Por un momento, se quedó inmóvil, sin

poder creer lo que veían sus ojos.

Chase estaba en el centro de la cúpula, de pie sobre una especie de plataforma, con los brazos tirados hacia atrás y atados alrededor de un poste que ascendía hasta los triángulos metálicos que formaban la cúpula en lo alto.

Tenía un trapo en la boca y los ojos muy abiertos.

Un hombre estaba de pie junto a ella, de espaldas a Drake. Era el Dr. Kruk, tal como lo recordaba del día en su despacho: alto, delgado, con un cuello fino y brazos enjutos.

Sólo que no lo era.

La postura del hombre era diferente. Ya no era hábil, daba sensación de profesionalidad, de autoridad. Ahora, sus brazos colgaban a los lados, casi colgando.

Tenía el mismo aspecto que en la fotografía del anuario, que le había captado mitad dentro y mitad fuera del encuadre.

La única fotografía que Ken Smith se había perdido.

Chase parpadeó una, dos veces, y entonces sus ojos parecieron centrarse en él. Cuando el reconocimiento inundó sus facciones, Drake se dio cuenta de que seguía al descubierto. Sin pensarlo, se lanzó hacia su izquierda, aterrizando suavemente sobre varias hojas anchas que se convirtieron en polvo al caer.

Fue un aterrizaje casi perfecto, perfectamente *silencioso*. Y lo habría sido también, de no ser por el caso de la mariposa.

Una de las esquinas chocó contra el suelo y el aire se llenó al instante con el inconfundible sonido del cristal al romperse.

Drake agachó la cabeza bajo unos arbustos medio muertos justo cuando el doctor Kruk se dio la vuelta.

"¿Quién está ahí?", gritó el hombre.

Drake maldijo en silencio, tratando de averiguar el mejor curso de acción.

Al final, fue el Dr. Kruk quien le apretó la mano.

"Tengo una pistola y mataré a esta mujer", dijo rotundamente.

Y ahí estaba, el aire fresco de profesionalidad que le había faltado a su estatura.

Drake tragó saliva antes de guardarse la pistola de repuesto de Chase en la cintura y ponerse lentamente en pie.

Capítulo 80

"MARCUS, SOY YO", dijo Drake llevando las manos a los lados para mostrar que estaba desarmado. "Soy el Detective Drake."

Marcus Slasinsky se había deslizado por detrás de Chase y le miraba por encima del hombro, con una pistola apuntándole a la sien. No creía que los ojos de su compañera pudieran agrandarse más, pero parecía que lo habían hecho hasta que el blanco a ambos lados de sus iris color avellana brilló a la luz de la luna.

"Ah, Detective Drake. Pensé que podría volver a verla", se encogió de hombros. "En realidad, pensé que podría encontrarme con usted antes. ¿Viniste por tu arma o por la chica?"

Drake entrecerró los ojos con fuerza, tratando de enfocar el arma. Era difícil saberlo desde su distancia, pero bien podría haber sido la suya.

"¿Lo robaste de mi coche?"

"Parece que te sobrestimé. En ese momento, pensé que te estabas acercando y no podía arriesgarme a que me atraparan. Todavía tenía trabajo que hacer. Tenía que hacerles pagar".

Drake negó con la cabeza.

"Les hiciste pagar. Todos ellos están muertos ahora. Los mataste a todos: Chris, Thomas, Neil y Tim. Fue... fue terrible lo que te hicieron. Pero Chase, la detective Adams, ella no ha hecho nada. No se merece esto".

El hombre sacudió la cabeza y pareció rejuvenecer. Se apartó de Chase y le agarró los lados de la cabeza con ambas manos, incluida la que empuñaba lo que Drake reconoció ahora como su pistola reglamentaria.

"No lo entiendes... me trajeron aquí y las... y las mariposas... estaban *por todas partes-todas* alrededor. Y luego empezaron a llorar... burlándose de mí. No *soporto* el llanto".

Y entonces Drake vio que el hombre -un niño ahora, de ocho años que volvía a vivir con el cadáver putrefacto de su madre-era el que tenía lágrimas en las mejillas.

"Se acabó, Marcus. Todo ha terminado."

Marcus resopló y luego se echó a reír.

"Lo olvidé todo... años en cuidados psiquiátricos me hicieron olvidar. Primero lo de mamá, luego lo que me *hicieron* esos cabrones. Pero... pero cuando Thomas y su mujer...", su frase se interrumpió y miró hacia arriba, contemplando la luna.

"Era una estratagema, Marcus. ¿No te das cuenta? Te tendieron una trampa, no fue casualidad que Thomas acudiera a ti. Nueva York es un

lugar jodido, con mucha gente jodida. Debe haber mil psiquiatras... ¿cuáles son las probabilidades de que acudieran a *ti*?".

Drake dejó que sus palabras calaran por un momento, observando cómo el rostro de Marcus se contorsionaba, pasando de la mente racional del psiquiatra a la de un niño maltratado y confundido.

"No fue un accidente", continuó, esta vez más suavemente. "Fue Ken Smith, el hombre que te dio el dinero para irte después de que su hijo te dejara en coma, el hombre que te dio los medios para cambiarte el nombre, para conseguir ayuda psiquiátrica no sólo para cambiar quién eres, sino quién *eras*. Y cuando le convenía, trajo a Marcus de vuelta, ¿no? Ken Smith es responsable de la muerte de su hijo, de las muertes de los otros chicos, no tú".

El hombre gruñó y volvió a apuntar a Chase.

"Woah, tranquilo Marcus. Chase no te ha hecho nada".

El hombre sacudió la cabeza y su rostro se torció en una mueca.

"No, no, no lo hizo. Pero se parece un poco a mamá, ¿verdad?". Él le sonrió al decir esto, y Chase se alejó de él tanto como pudo dada la forma en que estaba atada. "Sí, creo que sí. Y quiero que mami me dé un beso otra vez, que me dé...".

"¿Besos de mariposa?" Drake terminó por él.

Marcus se separó de Chase, con el ceño fruncido por la confusión.

"¿Cómo?" Su rostro se relajó. "Encontraste mis notas, ¿verdad?"

Drake asintió. Un destello de color bailó en su periferia, recordándole el contenedor de mariposas que se le había caído y que casi había destrozado. Acercó el pie al recipiente.

"No importa", dijo Marcus, sacudiendo de nuevo la cabeza. Deslizó un recipiente de su bolsillo, algo transparente que la luz de la luna atravesó con un disparo, con una forma negra gruesa y retorcida. "Sólo queda una cosa por hacer".

Marcus se acercó y sacó el trapo de la boca de Chase. Ella jadeó, aspirando una enorme bocanada de aire. Y entonces empezó a desenroscar el tapón con una mano.

Drake se dio cuenta de repente de lo que el hombre iba a hacer, y se le revolvió el estómago. No se trataba sólo de la oruga, sino del hecho de que Martha Slasinsky había muerto cuando le dio a su hijo el Beso de Mariposa, el que había hecho que todo lo que había hecho estuviera bien.

El único acto que demostró a Marcus que su madre le quería después de todo.

Como si nada, Marcus destapó el recipiente. Los ojos de Chase se clavaron en la oruga que se retorcía y sus labios murmuraron *no, no, no, no* repetidamente. No vio la otra mano de Marcus, la de la pistola, que subía lentamente hacia su nuca.

Drake no pensó, simplemente actuó. Su pie derecho salió

disparado, chocando con el lado plano de la caja de mariposas. El sonido del crujido y luego del cristal haciéndose añicos atrajo la atención de Marcus, que giró en su dirección.

Drake permaneció completamente inmóvil, con los brazos aún extendidos, esperando haber destrozado el maletín esta vez. Sin embargo, cuando ninguna mariposa revoloteó frente a él, su corazón se hundió.

"Por favor, Marcus. Ella no te ha hecho nada. Deja..."

Y entonces, justo cuando estaba a punto de perder la esperanza, un movimiento le llamó la atención.

Una mariposa levanta perezosamente el vuelo, sus alas se despliegan como si hubieran estado húmedas y sólo ahora empezaran a secarse.

"¿Qué...?", empezó Marcus, pero al fijarse en la mariposa, dio un grito ahogado y tropezó hacia atrás.

Y entonces, en un instante, dos docenas de mariposas volaron repentinamente, y la luz de la luna transformó sus alas anaranjadas en brillantes tonos azules.

Marcus gritó, y cuando ese sonido se desvaneció, Drake oyó algo más.

El sonido del llanto de Chase.

Drake no dudó, se llevó la mano a la espalda, sacó la pistola de su cinturón y luego avanzó a grandes zancadas, disparando dos tiros en rápida sucesión.

La primera bala falló, rasgando el follaje detrás de Marcus y Chase.

El segundo, sin embargo, golpeó a Marcus en el costado, justo encima de la cadera izquierda. La fuerza del impacto le hizo tambalearse, y la pistola -la pistola de Drake-voló de su mano.

Cayó, con fuerza, con un grito propio en los labios.

Drake corrió hacia delante, ignorando los gemidos de Chase. En cuestión de segundos, se cernía sobre el cuerpo caído de Marcus.

El hombre tenía la boca abierta y los ojos en blanco. La oruga y la pistola habían desaparecido, y él se sujetaba el costado. La sangre se filtraba por sus finos dedos.

"Haz que deje de llorar", sollozó Marcus con voz aguda. "Por favor, haz que pare para siempre".

Por un breve momento, Drake sintió lástima por él.

Golpeado por su padre, obligado a vivir con el cadáver de su madre durante casi un mes. Y por si fuera poco, atormentado por los matones hasta tal punto que había caído en coma.

Pero entonces Drake recordó a su compañero, Clay, y la forma en que había sido asesinado.

Ese era alguien que merecía compasión. Este hombre no. Este hombre era un asesino a sangre fría.

Drake a horcajadas sobre Marcus Slasinsky.

"Mataste a mi compañero", siseó.

Los ojos de Marcus se desviaron hacia delante y volvieron a ser ojos de niño, ojos que habían visto tormento y horror mucho más allá de sus ocho años.

"Mataste a mi compañero", dijo Drake de nuevo, esta vez con más fuerza. "¡Mataste a mi *maldito* compañero!"

Levantó la pistola y apuntó directamente a la cara de Marcus.

"Tú..."

"¡No estoy muerto!" Chase gritó desde algún lugar detrás de él. "¡No estoy muerto, Drake! ¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! *¡Por favor*!

Drake apretó los dientes y la ahogó.

"Mataste a mi compañero", dijo Drake de nuevo, sólo que esta vez su voz era baja, casi un susurro. "Mataste a Clay".

Y entonces apretó el gatillo.

Capítulo 81

DRAKE OBSERVÓ DESDE EL público cómo la detective Chase Adams se deslizaba tras el conjunto de micrófonos luciendo la misma blusa blanca que había llevado cuando se había dirigido a los medios unos días antes.

"Buenos días", comenzó Chase. Drake pensó que tenía muy buen aspecto, teniendo en cuenta por lo que había pasado y lo poco que había dormido -casi nada-. "Con el corazón encogido lloramos la pérdida de otro de los nuestros: anoche, Tim Jenkins, de treinta y ocho años, fue asesinado por el mismo hombre que se llevó a Thomas Smith, Neil Pritchard, y ahora estamos bastante seguros de que a un restaurador de Montreal, Chris Papadopoulos, de nosotros."

Drake tuvo que sonreír; después de tanto tiempo, Chase por fin había acertado su nombre. Su sonrisa se desvaneció cuando un periodista del público, un hombre que estaba justo al lado de Drake, le llamó.

"¿Está muerto el Asesino de la Mariposa?"

Chase levantó una mano como diciendo, un momento por favor, y luego continuó.

"Aunque seguimos llorando la pérdida de buenos hombres, de verdaderos neoyorquinos, también dormiremos un poco más tranquilos esta noche sabiendo que se ha detenido a su asesino".

Una pequeña ovación, recatada, pero audible, onduló entre la multitud.

Chase volvió a levantar una mano, y esta vez Drake creyó distinguir marcas rojas en su muñeca de donde Marcus Slasinsky la había atado.

"¿Está muerto? Hay rumores de que le han disparado", gritó alguien.

A esto siguieron rápidamente más gritos.

"¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué relación tiene con las víctimas?"

Chase negó con la cabeza.

"Durante la detención del sospechoso, el sospechoso, el Dr. Mark Kruk, de soltera Marcus Slasinsky, recibió un disparo y ahora está siendo tratado en estado crítico. Sin embargo, se espera que sobreviva".

"¿Era el Dr. Kruk el psiquiatra de Thomas Smith?", gritó alguien, y esto pareció aturdir a Chase por un momento. Pero enseguida recuperó la compostura.

"Eso es todo por ahora", gimió el público, pero Chase continuó. "Quiero dar las gracias a la ciudad de Nueva York, a sus orgullosos

ciudadanos y a lo mejor de la policía de Nueva York por todo su duro trabajo para poner fin al breve pero violento ataque de terror infligido a nuestra hermosa ciudad. Gracias a todos".

Con eso, se dio la vuelta y abandonó el podio, con el sargento Rhodes pisándole los talones.

Drake empezó a dispersarse con la multitud, a dirigirse hacia la entrada de la comisaría 62, cuando sus ojos se cruzaron con los de un hombre de pelo castaño oscuro y gruesos surcos alrededor de la boca.

Ivan Meitzer le hizo un gesto con la cabeza, y Drake inclinó la cabeza y se apresuró hacia la estación.

***

Drake frotó los dedos sobre el dibujo en relieve de su placa de detective, sintiendo consuelo en la textura, el dibujo familiar del escudo, de las letras.

Lo echaría de menos, de eso estaba seguro. Pero también era su única opción.

Una oportunidad para empezar de nuevo.

La puerta se abrió tras él y se metió la placa en el bolsillo.

"Detective Drake", dijo rotundamente el sargento Rhodes mientras cruzaba detrás de él y luego tomaba asiento en su escritorio.

Ninguno de los hombres dijo nada durante unos instantes, ambos se miraron como esperando a que el otro se derrumbara.

"¿Se acabó?" preguntó Rhodes al fin.

Drake era lo suficientemente inteligente como para saber que no se refería al Asesino de la Mariposa.

"No estoy seguro", respondió rotundamente.

Rhodes se recostó en su silla.

"Tu compañera no parece pensar lo mismo. Sigue haciendo preguntas, hurgando en áreas que no deberían ser hurgadas".

Drake frunció el ceño.

"Te refieres a Ken Smith, su relación con Marcus Slasinsky y ciertos miembros de este departamento. Sobre su próxima candidatura a la alcaldía".

Rhodes extendió las manos a los lados y su rostro adquirió una expresión de suficiencia.

"Yo también tengo curiosidad", dijo Drake, sacando la mano de la placa que llevaba en el bolsillo. "Podría seguir adelante y hacer algunas averiguaciones por mi cuenta, tal vez hablar con un amigo o dos en el Times, ver lo que pueden desenterrar."

Rhodes esbozó una débil sonrisa y sacó una carpeta del primer cajón de su escritorio. La abrió y giró dos fotografías para que Drake las viera. La primera era de él guiñando un ojo a la cámara en el ascensor cromado. La segunda también era suya, sólo que ahora

estaba sentado frente a Ken, con una copa en la mano y una sonrisa en la cara de éste.

"Parece que eres tú el que tiene una conexión con el hombre en cuestión. Pero nadie necesita saber lo que hacemos en nuestra vida privada, ¿verdad, Drake?", hizo una pausa lo bastante larga como para que sus palabras calaran hondo. "Mira, tu compañera tiene un futuro brillante como detective. Es buena, inteligente, dedicada. Llegará lejos, y quizá algún día se siente en este asiento".

Drake miró a Rhodes con los ojos entrecerrados mientras esperaba a que el hombre fuera al grano.

"Pero", levantó una mano, "ha cometido algunos errores. Algunos errores muy graves que podrían ponerlo todo en peligro".

"¿De qué estás hablando?" Drake estalló.

Rhodes levantó los ojos.

"Bueno, tomar pruebas, para empezar, destruir la cadena de custodia. Esto no le irá bien al fiscal si Marcus o el Dr. Kruk o como coño se llame llega a juicio".

Drake podía sentir cómo la ira crecía en su interior.

"¿Qué pruebas? ¿De qué estás hablando?"

Rhodes tuvo el descaro de sonreírle a Drake, con la cara tan empapada de desprecio que parecía una vela derritiéndose.

"El móvil para uno. El móvil de Thomas Smith".

Drake se inclinó hacia atrás.

"¿Qué? *Yo* cogí el móvil, no Chase."

Rhodes se encogió de hombros.

"¿Quién puede decirlo?"

"*Estoy* diciendo, que es quién. Cogí el maldito móvil".

"Alguien también entró en la oficina del Dr. Kruk sin una orden judicial. Ahora, la secretaria -una mujer agradable, pero mayor y olvidadiza-dice que un detective la engañó para acceder a su despacho. Dice que era un hombre de complexión atlética, con el pelo muy corto y un poco canoso en las sienes. Pero no estoy tan seguro de su memoria. Quiero decir, estoy seguro de que fue un detective el que entró, pero no tiene por qué ser alguien alto, ¿verdad? Podría haber sido alguien más bajo, *mucho* más bajo. Alguien con pelo castaño y ojos color avellana, tal vez. ¿Qué piensas, Drake?"

Drake negó con la cabeza, dándose cuenta de lo que el hombre estaba tratando de hacer.

"Bastardo, fui yo quien irrumpió en la oficina, lo sabes. Incluso le dije mi nombre".

"Lo que yo *sepa* es irrelevante. No me corresponde a mí *saber* cosas, Drake; mi trabajo es presentar las pruebas y que el fiscal decida. Ahora bien, si un detective veterano admitiera algunas de estas transgresiones más benignas y, al mismo tiempo, entregara su placa,

eso podría tener cierto peso, ¿no crees? Eso podría eliminar las conjeturas y los problemas de memoria de la ecuación. Hablando hipotéticamente, por supuesto".

Drake sintió ganas de saltar por encima de la mesa y darle un puñetazo en la cara a aquel imbécil pomposo. Pero se contuvo.

"Y quedaría aún mejor si dicho detective tuviera una pequeña charla con la recién llegada, sólo una conversación amistosa para hacerle saber que el Asesino de la Mariposa ha sido capturado y que el caso está cerrado".

Drake se mordió el interior del labio.

Respiró hondo, metió la mano en el bolsillo y sacó su placa. Acarició de nuevo las crestas mientras miraba el escudo de latón.

"Te pediría tu arma, pero está en evidencia, ¿no?"

Drake arrojó el escudo de detective sobre el escritorio de Rhodes. Rebotó una vez, dos veces, y luego aterrizó en el regazo del hombre.

Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

"Diría que te echaremos de menos, Drake, pero, de nuevo, no soy un mentiroso".

La mano de Drake vaciló sobre el pomo de la puerta. Luego lo agarró, con una sonrisa firmemente grabada en el rostro.

E pilogue

DOS SEMANAS DESPUÉS DE DISPARAR al Asesino de la Mariposa, Damien Drake volvió al Patty's Diner. Solo que esta vez estaba bien afeitado, con el pelo bien peinado y llevaba una camisa nueva.

En general, se sentía bastante bien, se sentía vivo de nuevo. La policía de Nueva York le había absorbido mucho, y la idea de que los pedazos de su alma que se habían ido consumiendo con cada caso nunca podrían ser reemplazados se había demostrado errónea.

Fuera de la bebida, Drake podía ver las cosas con más claridad ahora. Incluso casi se había resignado a cernirse sobre Marcus Slasinsky, moviendo la pistola un palmo hacia un lado antes de apretar el gatillo.

Con lo cerca que había estado de asesinar a un hombre a sangre fría.

Broomhilda se acercó a él con el ceño fruncido.

"¿Lo de siempre?", preguntó aburrida.

Drake sonrió y negó con la cabeza.

"No, sólo café negro y un poco de esa espectacular tarta de lima."

La camarera gruñó y se volvió hacia la cocina.

Mientras esperaba, los ojos de Drake se desviaron hacia la puerta. La sonrisa se le borró de la cara cuando se abrió y entró un hombre vestido con una chaqueta oscura.

Y no parecía nada contento.

"Sigo esperando mi exclusiva, Drake", dijo Ivan Meitzer incluso antes de tomar asiento.

Drake había estado temiendo este encuentro. Las palabras de Chase empezaron a resonar en su cabeza, las que ella le había suplicado después de que él le dijera que había dejado de ser detective y que debía cerrar el caso del Asesino de la Mariposa.

Por favor, le hice una promesa... a Clarissa Smith. Por favor, mantén a su familia fuera de esto, Drake. Te lo ruego.

Drake volvió a sonreír, sólo que esta vez no era del todo genuina.

"Lo siento, Ivan. Como probablemente sabes, ya no estoy con la policía de Nueva York".

El hombre frunció el ceño.

"¿Y?"

"Así que, por lo que a mí respecta, mis asuntos contigo terminaron cuando dejé el cuerpo".

Iván apretó los labios y negó con la cabeza. Aunque claramente decepcionado, Drake se dio cuenta de que el hombre debía de haberlo visto venir.

"Me lo imaginaba. Sabes Drake, has quemado tantos puentes en los últimos meses que estás prácticamente atrapado en una isla."

Drake se encogió de hombros.

"Creo que voy a disfrutar de la vida en la isla".

Con el ceño fruncido, Iván se levantó y, al hacerlo, sacó un sobre amarillo y lo arrojó sobre la mesa. Había algo duro dentro y crujió estrepitosamente contra la tapa de plástico barato.

"Yo no estaría tan seguro", dijo Iván, y luego se dio la vuelta y salió de la cafetería.

Drake se quedó mirando el sobre durante largo rato. Seguía intacto, incluso después de que Broomhilda le trajera la sospechosa tarta de lima y le llenara la taza de alquitrán humeante.

No lo abras. Drake, no lo abras.

Y por un momento pensó que podría dejarlo, levantarse, salir de la cafetería y no volver a tocar el sobre.

Pero no pudo hacerlo.

Después de todo, asociado con la policía de Nueva York o no, Drake seguía siendo su *imago*.

Deslizó un dedo entre el sello y el sobre y lo abrió. Luego metió la mano.

Además del objeto duro, también había una hoja de papel en su interior. Primero sacó el papel, luego cogió el objeto duro, del tamaño aproximado de un dado, y lo apretó con fuerza en la palma de la mano sin mirarlo.

En el papel había una sola palabra: *RECURSOS*.

Drake maldijo y giró la cabeza hacia el cielo. Al hacerlo, sus ojos pasaron por delante del televisor que había sobre la barra.

No se lo podía creer.

La cara de Ken Smith llenaba la pantalla y, aunque el televisor estaba silenciado, el cartel de la parte inferior le decía todo lo que necesitaba saber.

Kenneth Smith, padre de la víctima Thomas Smith, anuncia formalmente su candidatura a la alcaldía de Nueva York.

Drake cerró los ojos y sacudió la cabeza. Cuando volvió a abrirlos, se encontró mirando el objeto que tenía en la palma de la mano.

Era una única falange, un reluciente hueso del extremo de un dedo humano.

La tarjeta de visita del Rey Esqueleto.

Drake sintió humedad en las mejillas, pero no hizo nada por secarse las lágrimas.

Broomhilda apareció a su lado casi al instante.

"¿Todo bien, señor?", preguntó, con un tono sorprendentemente compasivo.

"Bien", dijo Drake. "Sólo tráeme un Johnny Red. Y que sea doble,

solo".

FIN

Nota del autor

Un agradecimiento especial a *Pizzeria Magpie*, que es un restaurante de verdad en Montreal... y uno de mis favoritos. Si alguna vez estás en la ciudad, ve a *Magpies* y dile a Boris que leíste sobre el lugar en Besos *de Mariposa;* estoy seguro de que te conseguirá algo. Y no, no ha habido asesinatos en el restaurante (de momento), pero la pizza de albóndigas es increíble. Confía en mí.

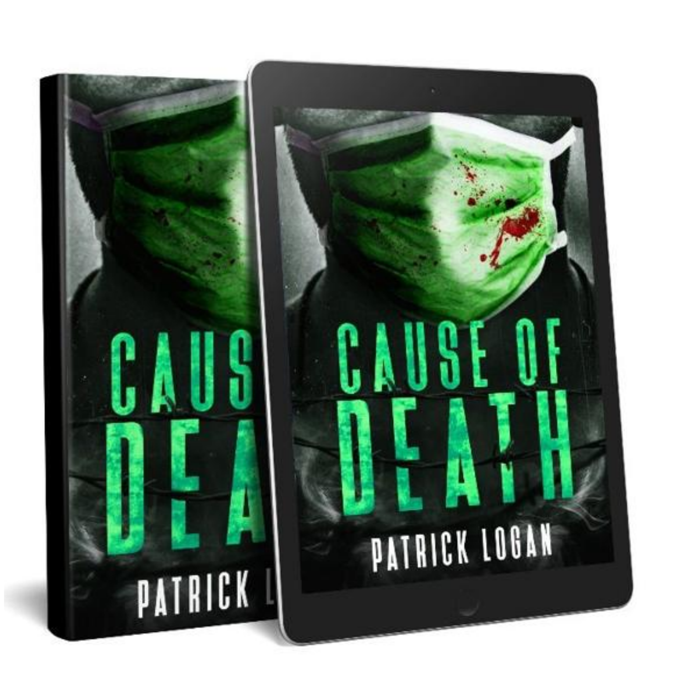
Besos de mariposa se aleja un poco de lo que suelo escribir -es decir, terror-y, aunque tiene elementos de terror, encaja perfectamente en el género del thriller. Como lectora, me gusta cambiar de género, y a medida que avanzo en esta aventura que es escribir, parece que también sigo este camino. Si eres un fan acérrimo del terror, no te preocupes; hay muchas más novelas de terror en la agenda. Lo primero, sin embargo, es el segundo libro de la serie del detective Damien Drake, Causa *de la muerte*, *que* ya está disponible en Amazon. También habrá otro libro de Drake después de este. Me he encariñado con el elenco secundario de *Besos de mariposa* como una verruga se aferra a un dedo del pie, así que me complace anunciar que tanto Chase como Beckett tendrán sus propias series. Esta última se centrará en la búsqueda de Chase para convertirse en perfilador del FBI, y la primera en Beckett... bueno, en ser Beckett. Eso debería ser suficiente, ¿no?

No siempre puedo precisar de dónde saco la inspiración, pero para *Besos de mariposa me han* influido varias series de televisión, sobre todo The Fall y The Killing. Otra gran influencia para este libro, y sospecho que para muchos más, ha sido el podcast *Casefile*. Las historias de crímenes reales son realmente más sádicas y retorcidas que (casi) cualquier cosa que se me pueda ocurrir. Está en rotación regular en mi corriente de podcast, intercalado entre Sam Harris y Joe Rogan.

Si desea suscribirse a mi boletín para estar al tanto de las ventas y nuevos lanzamientos, visite mi página de Facebook: www.facebook.com/authorpatricklogan. ¿Comentarios? ¿Sugerencias? ¿Me he dejado alguna errata? Escríbeme a patrick@ptlbooks.com. Respondo personalmente a todos los correos electrónicos, aunque sólo sea para informarte de una inminente orden de alejamiento.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Y ahora, un adelanto de CAUSA DE MUERTE, el segundo libro de la serie del detective Damien Drake…


CAUSE OF DEATH
PATRICK LOGAN
CAUS
DEA
PATRICK L

Causa de la muerte:

Lesión o enfermedad responsable del inicio de la cadena de acontecimientos mórbidos -ya sean breves o prolongados- que condujeron a la muerte.

Causa de la muerte

Detective Damien Drake Libro 2

Patrick Logan

Prólogo

EL HOMBRE SIRVIÓ DOS vasos de whisky. Añadió un chorrito de etanol puro a uno de ellos, lo agitó con el dedo y volvió a la mesa. Al acercarse a su invitado por detrás, esbozó una sonrisa.

"Es muy amable de su parte traerme", dijo en voz alta el hombre sentado. "Es..."

El hombre dejó los dos vasos sobre la mesa.

"Aw, lo siento, no sabía que habías vuelto. Estaba diciendo que es muy agradable traerme. Hace más frío que la teta de una bruja ahí fuera."

La sonrisa permaneció en el rostro del hombre mientras tomaba asiento frente a su invitado de la gabardina rota.

"Bueno, Trevor, creo que la bebida podría calentarte un poco. Sin embargo, no sé si mantendrá a raya a las brujas".

Trevor era un hombre moreno, con entradas y una barba desigual salpicada de manchas grises. Tenía los ojos muy abiertos, que solían parpadear nerviosos.

"Gracias, señor", dijo Trevor. "¿Cómo dijo que se llamaba?"

El hombre sonrió y bebió un sorbo de su propio whisky.

"No lo hice."

Trevor le miró con desconfianza, pero la atracción de la bebida era demasiado grande para que hiciera caso de cualquier señal de advertencia. Tragó con avidez, haciendo una mueca de dolor al tragar.

"No soy del tipo gay... Me gusta la bebida y la casa caliente y todo eso, pero no voy a hacer ninguna mierda gay".

El hombre se rió.

"¿Por qué todo el mundo piensa que un gesto amable debe ser correspondido de alguna manera?".

Trevor bebió otro sorbo, con los ojos desorbitados. En lugar de responder a la pregunta, se aclaró la garganta y dijo: "Es un sitio muy bonito. ¿Qué es usted? ¿Una especie de médico? ¿Abogado? Una vez vi un sitio así en un libro, era la casa de un abogado rico".

"Algo así", dijo el hombre con una sonrisa. Observó que el vaso de Trevor estaba casi vacío y, aunque acababa de sentarse, le ofreció: "¿Quieres otro?".

Trevor pareció pensárselo un momento. El vaso de cristal temblaba ligeramente en sus guantes sin dedos, pero no estaba claro si era por miedo, hambre o simplemente por el alcohol.

Con un lento parpadeo, Trevor se llevó la bebida a los labios y se terminó el resto del líquido dorado pálido.

"Claro", respondió. Cuando fue a dejar de nuevo el vaso sobre la mesa, golpeó con fuerza, como si hubiera calculado mal la distancia. "Es una buena mierda. Tomaré otro".

Otro salió como *una bala.*

"Sí", dijo el hombre, tomando un sorbo de su propio whisky. "Sí, es 'buena mierda'".

Luego se levantó y se dirigió a la cocina. Veo que sus guantes tienen agujeros y les faltan dedos. ¿Quieres un par nuevo?"

Cuando llegó a la cocina, se aseguró de preparar esta vez el vaso de su invitado con mitad de etanol y mitad de whisky.

"¿Por qué haces esto, tío? ¿Qué ganas con esto?"

Suspiró y apoyó las palmas de las manos en la encimera de mármol, cerrando los ojos. Su pecho subió y bajó con varias respiraciones profundas y, después de serenarse, cogió el vaso y el par de guantes de cuero que había junto a él. Metiéndose bajo un brazo un jersey que había dejado antes sobre la encimera, se dirigió de nuevo a la mesa de la cocina y colocó los tres objetos delante de su invitado.

Trevor volvió a mirar de reojo, pero esta vez no cogió inmediatamente la bebida.

Ah, pensé *que podría llegar a esto*, pensó el anfitrión. *Antes de lo que esperaba, pero aquí está. La vacilación antes de la caída, antes de la aceptación total y completa.*

"Mira", empezó lentamente, haciendo una pausa para beber un sorbo de su propio escocés. "Sé que esto parece extraño, y apuesto a que ha pasado mucho, mucho tiempo desde que alguien te ha mostrado este nivel de amabilidad, de respeto. Y tienes todo el derecho a desconfiar; de hecho, dudo que hubieras sobrevivido en las calles tanto tiempo sin tu instinto. Pero te aseguro que no quiero nada a cambio de mi hospitalidad".

Trevor gruñó.

"Entonces, ¿por qué haces esto?", preguntó, arrastrando las palabras.

El hombre sonrió satisfecho. Trevor era más astuto de lo que había

pensado en un principio. Las inquisiciones de los demás se habían detenido en miradas de reojo, labios fruncidos.

Sin embargo, todo acabaría igual, pero aún así...

"Porque sé lo que es... sé lo que es tener mala suerte. Yo estuve en tu situación una vez, hace mucho tiempo. Pero salí. Construí todo lo que ves a tu alrededor con perseverancia y dedicación. Y ahora quiero devolvértelo".

Trevor le miró entrecerrando los ojos, con los párpados finos bajando sobre los ojos saltones.

"Adelante, tómate algo, ponte el jersey y los guantes. Mantente caliente. Aquí no hay ataduras".

Sospechoso o no, los viejos hábitos no mueren.

Y era casi imposible resistirse a una bebida gratis.

Trevor bebió el whisky con avidez y se quitó los guantes gastados. Se puso los guantes de cuero y movió los dedos de forma casi seductora.

"Confortables, ¿verdad?", preguntó el anfitrión.

Dos copas y veinte minutos después, Trevor apenas podía mantener los ojos abiertos, por no hablar de estar de pie. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo.

El anfitrión se dirigió rápidamente hacia él antes de que el hombre vestido con gabardina se desplomara sobre la mesa.

"Aquí, déjame ayudarte", dijo. "Puedes pasar aquí la noche. Tengo una habitación libre".

Trevor murmuró algo incomprensible, y el hombre deslizó un brazo alrededor de su cintura, soportando la mayor parte de su peso.

Sujetando a Trevor, los condujo a un dormitorio cuya decoración reflejaba más un motel barato que el resto de su casa. Dentro había dos camas individuales y, entre ellas, una mesilla de noche de tableros de partículas descascarillados sobre la que había un reloj.

Los números verde neón marcaban las 3:34 am.

Trevor dijo algo que podría haber sido *gracias*, pero que también podría haber sido *jódete*, mientras el anfitrión lo bajaba a la cama.

Sin molestarse en apartar la colcha barata, el anfitrión se retiró a la puerta y observó la escena.

"Duerme bien, amigo mío", dijo cuando Trevor empezó a roncar. Su sonrisa se ensanchó. "No te preocupes por nada... aquí estarás a salvo.

Te lo prometo".

Y entonces se echó a reír.

Parte I - Causas naturales

Capítulo 1

"¿CÓMO PUEDE ESTAR tan segura, Sra. Armatridge?". preguntó Damien Drake con algo parecido a un suspiro.

La mujer de enfrente jugueteaba con las perlas que colgaban de su cuello como un rosario. Sus ojos, llenos de rímel, se entrecerraron.

"Lo sé, créeme, lo sé".

Drake se reclinó en la silla y se llevó las manos a la nuca.

"Necesito algo más que la intuición de una mujer, ya me entiendes. Entiendo que estés enfadada, pero tengo un negocio que dirigir. No puedo ir a perseguir a todas las mujeres que piensan que su criada está robando cubiertos. No me haría ningún bien acosar a la gente sin motivo".

La mujer frunció el ceño y empezó a rebuscar en su bolso. Drake se sintió incómodo, se desató los dedos y se inclinó hacia delante en la silla. Deslizó la mano derecha por debajo de su escritorio y colocó los dedos sin apretar sobre la culata de la pistola que estaba pegada debajo.

"Sra. Arma..."

"Toma", dijo, sacando un talonario de cheques.

Drake se relajó y retiró la mano de su pistola.

Garabateó una cifra en el cheque, lo firmó y lo rompió. Drake alargó la mano y se lo quitó, observando la figura.

Intentó no quedarse boquiabierto.

"Tal vez esto te haga reconsiderar el *acoso,* Damien. Como puedes ver, hablo en serio. *Muy en* serio. Quiero pruebas de que está robando, y luego quiero que la arresten".

Drake asintió rápidamente y guardó el cheque en el cajón superior de su escritorio, deslizándolo bajo la botella medio vacía de Johnny Red.

"Comprendo sus preocupaciones, Sra. Armatridge, y veo que es usted una mujer de convicciones. No tengo ningún problema en seguir adelante con nuestra relación profesional. Pero para hacerlo, voy a necesitar algo más que un cheque".

Una ceja fina como una cuchilla se extendía hasta lo alto de su frente. Drake intentó reprimir una sonrisa. La ceja de la señora

Armatridge parecía un clip intentando encontrar consuelo en su permanente blanca.

"¿Como qué?"

"Voy a necesitar un juego de llaves y los códigos de las alarmas que pueda tener. También necesito un itinerario completo y el horario para usted, su marido, y la criada. Al minuto. Quiero saber cuándo estáis en casa, pero lo más importante, necesito saber cuándo *no* vais a estar".

La mujer volvió a juguetear con su collar. A pesar de su gesto anterior y de la comprobación, Drake pudo ver que se había puesto nerviosa.

Y ésa había sido su intención: hacerle saber lo serias que se iban a poner las cosas. Espiar a la gente, incluso a los seres queridos, a la familia, solía acabar en conflicto.

"¿Para qué necesitas llaves?", preguntó.

"Tengo que instalar cámaras de vigilancia y demás".

Drake esperaba sorprender a la mujer con este comentario, pero en todo caso parecía lo contrario.

Parecía ofrecer consuelo.

"¿Y me enseñarás todo lo que grabas? *¿Todo?*"

Drake asintió.

"Por supuesto. Te enseñaré las cintas a ti, y sólo a ti. Y *si* vemos algo ilegal, te informaremos inmediatamente. Tengo que admitir, sin embargo, que estas cosas no siempre salen según lo planeado. Si al cabo de dos semanas no vemos nada fuera de lo normal, retiraremos las cámaras y nos sentaremos a charlar de nuevo".

La mujer asintió.

"Bien".

"Pero", empezó Drake titubeando, "a veces con estas cámaras captamos cosas que son... cómo decirlo delicadamente... no *sólo* robos. Cosas que están fuera del ámbito de lo que uno podría considerar ordinario. Antes de seguir adelante, tiene que ser consciente de ello y comunicarme qué quiere que haga con esos vídeos, en caso de que se graben. Por supuesto, en *Investigaciones Triple D*, puede estar seguro de nuestra total discreción".

La mujer sonrió, y Drake se sintió de repente baboso. Tenía la ligera sospecha de que a la señora Armatridge no sólo le preocupaban las cucharas y tenedores perdidos. Había algo más que quería grabar

en vídeo.

"Enséñamelo", dijo en voz baja. "Quiero verlo *todo*".

Ten cuidado con lo que deseas, pensó Drake. Con un movimiento de cabeza, se puso en pie, ofreció a la mujer una sonrisa cansada y le estrechó la mano.

"Gracias, Sra. Armatridge. Por favor, proporcione a Screech la información y las llaves que le pedí antes de irse".

La mujer le devolvió el agradecimiento y salió de su despacho.

"¡Y cierra la puerta detrás de ti, por favor!", gritó, y la mujer le obedeció.

Cuando se hubo ido, Drake buscó en el cajón de su escritorio y sacó el cheque. Apenas podía creerlo.

¿Diez de los grandes por un trabajo como este? Tenía que ser algún tipo de broma.

Abandonar la policía de Nueva York y crear la pequeña empresa de investigación privada, primero por su cuenta y luego con Screech, a quien había encontrado en Internet, había sido una medida provisional, una forma de ganar algo de dinero mientras las cosas se enfriaban en la comisaría.

Antes de que pudiera solicitar ser detective de nuevo.

Después de todo, el Sargento Rhodes no podía estar por aquí para siempre, ¿verdad?

Sostuvo el cheque al trasluz, confirmando su legitimidad.

Pero con dinero como este...

Drake se rió entre dientes, devolvió la cuenta, cogió la botella de whisky y se sirvió dos dedos.

Si algo merecía una celebración, era esto.

Mientras sorbía, su mente volvía a su exjefe de ojos saltones. Sin embargo, en lugar de buscar al sargento Rhodes, cuando encendió el ordenador buscó su propio nombre en Google.

Aparecieron dos artículos, ambos escritos por el mismo hombre: Ivan Meitzer.

La primera era la exposición sobre el Rey Esqueleto de la que él mismo había sido informador, que a pesar de tener más de un año seguía siendo el éxito principal, y la segunda era la que Iván había publicado poco después de que hubieran capturado al Asesino de la Mariposa.

Drake le había prometido a Chase que no haría la revelación a pesar de la deuda que tenía con Ivan, pero no importaba; alguien se había adelantado y lo había contado todo, y como era de esperar, Drake había quedado muy mal parado. Cuando Screech le llamó la atención por primera vez sobre el artículo, empezó a preguntarse quién había sido la fuente: ¿el detective Simmons? ¿Yasiv? ¿El cabrón del sargento Rhodes? Pero cuando se le pasó la rabia, se dio cuenta de que no importaba quién había roto su silencio. Estaba fuera, y eso era lo que contaba.

Drake leyó el titular por milésima vez.

Un veterano detective de la policía de Nueva York rompe todas las reglas en la persecución del Asesino de la Mariposa.

Sacudió la cabeza.

Drake resistió la tentación de volver a leer el artículo, y en su lugar se encontró buscando "NYPD Detective Chase Adams", como era su costumbre.

Uno de los primeros resultados fue Chase sonriendo ampliamente, con una placa en ambas manos. Detrás de ella estaba el sargento Rhodes, con sus ojos raros asomando tras unas gafas redondas.

El *detective Chase Adams se convierte en detective de primer grado en un tiempo récord*, rezaba el titular bajo la foto.

Drake sonrió.

Después de todo lo que habían pasado juntos, se alegró por ella. Y un poco orgulloso.

Estaba contemplando su imagen cuando se abrió la puerta de su despacho e irrumpió Screech. Alto, delgado y enjuto, Steven Horner, también conocido como Screech, rondaba la veintena, pero actuaba como si acabara de entrar en la adolescencia. Llevaba el pelo rapado por los lados y peinado hacia arriba, lo que hacía que su cara pareciese aún más estrecha. Su fina perilla tampoco le ayudaba a parecer menos que un cacahuete Planter's.

"Bueno, esa mierda fue interesante", dijo Screech mientras saltaba hacia él.

Screech también tenía problemas para andar; no parecía dominar el arte de hacerlo. O saltaba, brincaba, esprintaba o se paseaba.

Nunca caminó.

Drake enarcó una ceja y miró deliberadamente a su alrededor.

"No te preocupes, la GILF se ha ido", dijo Screech. "Escucha, ¿de

verdad quieres que ponga cámaras en su casa?".

Drake no respondió de inmediato. En lugar de eso, metió la mano en el cajón y cogió un segundo vaso, lo llenó con un chorrito de whisky e hizo un gesto a Screech para que lo cogiera.

Mientras lo hacía, Drake dejó el cheque sobre el escritorio a la vista de todos.

"Por diez de los grandes, grabaremos a su gato cagando, si así lo desea", dijo Drake. Screech se rió, un ruido agudo e irritante del que Drake imaginó que había nacido su apodo, y luego bebió un sorbo de su whisky.

"*Salud*", dijo Screech cuando terminó de reírse. Chocaron las copas y ambos bebieron.

***

Screech se marchó poco después que la Sra. Armatridge con instrucciones de instalar las cámaras en su casa a la mañana siguiente, cuando la asistenta hubiera salido a hacer la compra, el Sr. hubiera salido a reparar el coche y la propia mujer estuviera en el servicio religioso. Drake, que se sentía más que excitado, estaba a punto de cerrar la puerta de su despacho, cuando una sombra apareció en la entrada de *Investigaciones Triple D*.

"¿Olvidaste tu dique dental, Screech? Porque..."

Pero la puerta se abrió tanto que rebotó en la pared del fondo y sobresaltó a Drake. Sacó las llaves de la cerradura, se dio la vuelta y se encontró mirando fijamente a un negro delgado y de piel clara que estaba en la entrada.

"¿Detective Drake?", jadeó el hombre.

Los ojos de Drake se entrecerraron y sintió que su cuerpo se tensaba, preparándose para la acción.

"Hacía tiempo que nadie me llamaba así", dijo en voz baja, tratando de medir al otro hombre.

Era joven, con el pelo negro rizado y bien recortado y ojeras. Pero a pesar de su fanfarronería, su pose no era agresiva.

Estaba asustado.

"¿Pero es usted?", preguntó el hombre, avanzando.

Drake asintió.

"Sí, ese soy yo, Damien Drake."

El hombre respiró hondo y entrecortadamente. Cuando metió la mano en la bolsa de cuero que llevaba colgada de un hombro, Drake dio instintivamente un paso hacia él. Asustado o no, no iba a dejarse coger por sorpresa.

Pero cuando el hombre sacó una carpeta, Drake sintió que su cuerpo se relajaba y se amonestó.

Tienes que dejar de hacer eso. Me vas a dar un ataque al corazón pensando que todo el mundo va a sacar una Uzi de su bolso.

"Estamos cerrando, así que si se trata de un trabajo, vuelva mañana", dijo Drake.

El hombre negó con la cabeza.

"No, estoy bastante seguro de que vas a querer ver esto", dijo rotundamente.

Drake lo miró con desconfianza y, cuando el otro no vaciló, asintió.

"Bien, pasa a mi oficina, entonces."

Capítulo 2

El hombre se presentó como el Dr. Edison Larringer, Eddie para abreviar, residente de patología en la Universidad de Nueva York. Hablaba con el habla apresurada y apresurada de un hombre que necesitaba estar en algún sitio, en cualquier sitio, *en cualquier sitio* menos aquí.

"¿En qué puedo ayudarte, Eddie?" preguntó Drake, barriendo el whisky y los vasos vacíos de nuevo en el cajón. El negocio había sido difícil de conseguir, y él no estaba dispuesto a rechazar su segunda ballena del día.

Y eso no decía nada del otro hecho inquietante, su reacción instintiva de que este hombre tenía algo importante que mostrarle.

Eddie no contestó. En lugar de eso, tragó saliva y colocó la carpeta sobre la mesa y la hizo girar. Drake la cogió y la abrió. Lo primero que vio fue una fotografía de 8 x 10 en la que aparecía un hombre medio sobre una cama y medio fuera de ella, con el cuello doblado torpemente hacia abajo y el rostro cubierto de sombras. Había una segunda fotografía debajo de la primera y, sin pensarlo, Drake las puso una al lado de la otra.

Parecían ser copias.

Drake se tomó su tiempo mirándolos, sus ojos se movían de uno a otro, tratando de averiguar qué era tan importante para que el joven médico sintiera la necesidad de irrumpir en su despacho a las seis y media de la tarde de un viernes.

Cuando no le vino nada a la mente, y dudaba que nada lo hiciera por mucho tiempo que se quedara mirando, Drake miró al hombre que tenía enfrente, enarcando una ceja.

"No estoy seguro..." empezó, pero Eddie le cortó.

"Ambos están muertos", dijo rápidamente.

"Sí, puedo ver..."

"Pero no son iguales, en realidad son diferentes. Mira el reloj, es una hora diferente, y el suéter no es exactamente el mismo, el primero tiene como este patrón de punto de cruz mientras que el otro tiene-"

Ahora le tocaba a Drake interrumpir.

"Woah, más despacio compañero. Respira hondo. Ve despacio. Es tarde y estoy viejo".

Los ojos de Eddie se desorbitaron y torció la boca como diciendo: "*¿Cómo te atreves a decirme que vaya más despacio con algo tan importante como esto? ¿No lo entiendes? ¿No lo entiendes?*

Pero al final, el joven hizo lo que se le pidió.

Cuando Eddie volvió a hablar, lo hizo más despacio. Todavía rápido, pero más lento en una escala relativa.

"La de la izquierda es una fotografía del examen del curso de patología forense de la NYU, la del reloj que marca las 3:41. La de la derecha es una copia, pero es una *copia*, ya me entiendes. ¿Ves el reloj? Dice 3:42 am".

Drake volvió a centrar su atención en las fotografías y observó que lo que Eddie decía era cierto. Y, sin embargo, seguía sin ver el significado.

"Ya lo veo, pero ¿qué significa? Las fotos se tomaron con un minuto de diferencia. ¿Y qué?"

El hombre volvió a respirar hondo.

"Vale, la de la izquierda es de la prueba -nos dan la fotografía y luego se supone que determinamos las posibles causas de la muerte, los diferenciales, si quieres-y es una fotografía real de la escena de un crimen. No sé de cuándo es, pero a juzgar por la decoración, tiene al menos una década, quizá más. Es la misma imagen que se usa todos los años en el curso".

Drake asintió.

"Vale..."

"Se supone que es un truco; ¿ves cómo la colcha está toda revuelta? La primera inclinación es que hay juego sucio involucrado, que hubo una pelea, un altercado de algún tipo que causó su muerte. Al menos eso es lo que el profesor espera que sea su diagnóstico final. Pero la verdadera causa de la muerte es mucho más... *ordinaria.* Este hombre se emborrachó mucho y se cayó de la cama. Estaba tan borracho que no llegó a despertarse cuando le cerraron la tráquea: asfixia posicional, se llama".

Drake miró la fotografía, inclinando la cabeza hacia un lado mientras entrecerraba los ojos. Nunca había oído hablar de la asfixia posicional, pero parecía una forma muy desagradable de morir.

Prefiere salir con los puños en alto.

Drake negó con la cabeza y le tendió la segunda fotografía, la del reloj que marcaba las 3:42.

"¿Y éste?"

Eddie parpadeó.

"Este es diferente; no es la misma persona, no es el mismo crimen. Ha sido un montaje".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

"¿Cómo lo sabes?"

"Lo han hecho parecido al primero, como la foto de la prueba, pero no es exactamente igual".

Drake sintió que asentía.

"¿Y de dónde has sacado ésta?", preguntó agitando la fotografía en su mano derecha.

De repente, Eddie se echó hacia atrás en su silla y Drake creyó ver que le empezaba a correr el sudor por la frente. Por primera vez desde que irrumpió en *Triple D*, el hombre parecía quedarse sin palabras.

Drake esperó y finalmente Eddie bajó los ojos.

"Lo robé", dijo en voz baja.

Drake se quedó mirando.

No fue la revelación que esperaba, pero algo era algo.

"¿De dónde?"

Eddie volvió a dudar. Cuando por fin contestó, su voz era apenas audible.

"Se lo robé al profesor del curso, se lo robé al Dr. Beckett Campbell. Y sé una cosa con certeza: ¿ese hombre, el de la fotografía con el reloj marcando las 3:42? No murió de asfixia posicional. Fue asesinado".

Capítulo 3

"ESPERA UN SEGUNDO, *¿robaste* esto? ¿De Beckett Campbell?"

Una expresión de confusión cruzó el rostro de Eddie.

"Sí, yo la tomé. Pero lo importante es que este hombre..." extendió la mano por encima de la mesa y cogió la fotografía de Drake. "-fue *asesinado*."

Drake miró fijamente a Eddie durante un buen rato antes de decir nada; le estaba costando leer a aquel hombre. Eddie era bastante convincente, pero todo aquello de las fotografías robadas a Beckett, de los exámenes de patología forense, de *la asfixia posicional*, si es que realmente existía, parecía una broma cruel.

Un montaje de algún tipo, la razón y el punto de, Drake no podía empezar a imaginar.

Se reclinó en su silla y se preparó para poner a prueba a aquel joven médico, si es que lo era.

"Muy bien Eddie, no estoy seguro de a qué clase de juego estás jugando, pero te seguiré la corriente. Pero aquí está la cosa: si después de haber bebido un quinto de whisky decido que no me gustan las reglas de este juego, entonces voy a asegurarme de que sólo hay un perdedor, y no voy a ser yo. ¿Entendido?"

Eddie torció la cara y retrocedió.

¿"Juego"? ¿De qué estás hablando, *juego*? Alguien ha sido asesinado. Tal vez no has estado..."

"¿Cómo me encontraste, Eddie? De todos los investigadores privados de Nueva York, tú acudiste a mí, ¿por qué? Si estás tan convencido de que la persona de la foto fue asesinada, ¿por qué no acudes a la policía?".

Eddie bajó la mirada y no dijo nada. Drake hizo una mueca y volvió a deslizar la fotografía en la carpeta.

"Muchas gracias por venir hoy, Eddie. Pero me temo que me has pillado en mal momento. Verás, estaba a punto de emborracharme y celebrar la firma de un nuevo cliente... un cliente de *verdad*", dijo Drake mientras empujaba la carpeta por el escritorio hacia Eddie, con una suficiencia desconocida dibujándose en su rostro. "Así que si me disculpas, yo..."

Eddie levantó los ojos.

"Suzan me habló de ti. Suzan Cuthbert."

Drake se quedó helado.

"¿Qué? Sintió que la ira se apoderaba de él y su cuerpo se tensó. "Será mejor que tengas cuidado con lo que dices a continuación, Eddie, o..."

"Suzan está en la Universidad de Nueva York, en su primer año de medicina, y empezó a asistir al curso de residentes de patología forense", dijo Eddie apartándose de Drake. "Surgió... la muerte de su padre".

Drake se levantó tan deprisa que su silla cayó detrás de él.

"Pequeña mierda", se quejó. "¿Vienes aquí con una historia de mierda sobre una especie de asesino imitador, y luego tienes el descaro de mencionar a Suzan? ¿Fue ese bastardo de Ivan Meitzer quien te metió en esto? ¿Venganza por no darle la historia del Asesino de la Mariposa?"

Drake se puso colorado y, antes de darse cuenta de lo que hacía, cruzó la mesa y agarró a Eddie por el cuello de su polo blanco. Retorció el material en su mano, acercando la cara de Eddie a escasos centímetros de la suya.

"Lárgate de aquí, toma tus *malditas* fotos y lárgate de aquí".

Miró fijamente a los ojos desorbitados del hombre mientras le amenazaba. Cuando Eddie intentó apartar la mirada, apretó con fuerza la camisa hasta que sus ojos volvieron a él.

Sólo entonces, tras mirar fijamente los ojos llorosos del hombre durante casi un minuto, apartó de un empujón al joven médico.

Eddie se dejó caer en la silla con un gruñido, pero se levantó rápidamente, cogió la carpeta y se la metió en la espalda. Luego, con una última y melancólica mirada, el doctor Edison Larringer salió corriendo del despacho y atravesó la recepción de Investigaciones Triple D, dejando ambas puertas abiertas de par en par.

Drake se dejó caer en su silla y se quedó allí sentado, respirando agitadamente mientras veía al hombre marcharse. Luego metió la mano en el escritorio y volvió a sacar la botella de whisky y el vaso.

¿En serio? Quien haya metido al chico en esto tiene que tener cojones para sacar a Suzan.

Mientras se servía otro trago, le vino a la mente la imagen del psiquiatra al que había roto la nariz a la salida del colegio de Suzan.

Cuando descubra quién está detrás de esto, le romperé algo más que el

puto pico.

Drake se sirvió otro trago y, cuando su tensión empezó a normalizarse, se encontró de nuevo frente al ordenador sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

Sólo que esta vez no buscó su propio nombre, ni el de Chase, ni siquiera el de Suzan.

En su lugar, buscó a Beckett, y el primer resultado que apareció fue una fotografía de su amigo, con una amplia sonrisa y el pelo rubio decolorado en punta.

Capítulo 4

EL DR. EDISON "EDDIE" LARRINGER abandonó Investigaciones Triple D con un único pensamiento resonando en su cabeza.

Esto fue un error, todo fue un error.

Sudaba, estaba cansado, pero sobre todo estaba confuso. Se dio cuenta de que todo lo que le había dicho a Drake, todo lo que había estado consumiendo todos sus pensamientos durante los últimos seis días, había sido una invención.

No era impensable; de hecho, era incluso plausible dado lo agotado que estaba. El examen final de patología forense de Beckett era el lunes, y estaba luchando por mantenerse a flote. En todo caso, Eddie era realista; y si era sincero consigo mismo, sabía que no iba a aprobar. Y un suspenso más significaba que toda su carrera como médico estaba en peligro. Por eso, después de mucha angustia moral, había irrumpido en el despacho del Dr. Campbell.

No tuvo que coger la carpeta con las fotografías que había sobre la mesa de Beckett, que al principio habían parecido copias impresas del examen final. Al fin y al cabo, no las necesitaba: la llave USB que había cogido tenía versiones digitales incrustadas en la presentación de PowerPoint. Eso era suficiente, *más* que suficiente, para que Eddie aprobara.

No necesitaba la carpeta.

De hecho, no estaba del todo seguro de por qué lo había cogido. Simplemente lo había hecho.

Y ahora Eddie empezaba a pensar que había sido el mayor error de su vida.

Si no hubiera mirado las fotografías. Las cosas serían diferentes si hubiera quemado toda la carpeta.

Pero no lo había hecho. Y una vez que miró, le fue imposible dejar *de mirar*.

A primera vista, las imágenes digitales e impresas parecían casi idénticas.

Pero no lo eran; sólo estaban un poco apagados. Y cuando Eddie buscó en Internet muertes accidentales en los últimos seis meses, encontró la descripción de una que coincidía perfectamente con la imagen de la carpeta.

Sólo que esa imagen también coincidía con la del curso, que, teniendo en cuenta la textura granulada de la foto en el PowerPoint, debía de haber sido tomada hace años.

No era ejemplar, era casi *exactamente* igual. De libro de texto, de una manera que desafiaba la lógica.

Eddie no podía creer que fuera una coincidencia.

Alguien había tomado una fotografía de una escena de un crimen reciente escenificada para que pareciera exactamente igual a la utilizada en la prueba.

Y la única razón por la que alguien haría esto, en su opinión, era para encubrir un asesinato.

Eddie cruzó rápidamente el aparcamiento hasta su fiel Cavalier y se puso a tantear con las llaves para abrir la puerta. Ya había oscurecido, lo que aumentaba aún más su ansiedad.

Una vez dentro, se sentó al volante unos instantes antes de arrancar el coche.

¿Debería *ir a la policía como sugirió Drake?* se preguntó.

Eso también le llevaría a suspender el examen, de eso Eddie estaba seguro. Después de todo, robar un examen de la mesa de su profesor supondría algo más que quedarse atrás para repetir un año de patología forense. La Universidad de Nueva York se tomaba el plagio, el robo y las trampas muy, muy en serio.

Y la policía también.

Si acudía a la policía y admitía lo que había hecho, significaría que le retirarían la licencia médica.

Eddie había pensado en el lío en que se había metido durante varias noches sin dormir. Pero cuando la joven y guapa Suzan Cuthbert empezó a auditar la clase, le pareció que la solución a su problema había caído en sus manos. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía lo que le había ocurrido al padre de Suzan, y un poco de investigación por su parte le reveló información sobre su compañero, sobre Damien Drake.

Seguramente, el hombre le ayudaría, le tomaría en serio, dado que conocía a Suzan. Lo que no había previsto era el temperamento del hombre.

Eddie levantó los ojos hacia el retrovisor y se sorprendió al darse cuenta de que apenas reconocía sus propias facciones demacradas.

"Un error, todo esto fue un gran error", dijo en un graznido seco.

"Un error".

Pero por mucho que lo intentara, no había forma de que pudiera apartar de su mente la imagen del hombre del jersey, con el cuerpo encorvado sobre su propio cuello.

No podía *dejar de ver*.

No es una coincidencia. No puede serlo.

Eddie cogió las llaves y estaba a punto de ponerlas en el contacto cuando un destello de movimiento en el retrovisor le llamó la atención.

"¿Qué dem...?"

Pero el Dr. Edison Larringer ni siquiera tuvo la oportunidad de terminar su frase. Una figura oscura se levantó del asiento trasero y un grueso trozo de cuerda se enroscó alrededor de su garganta.

Jadeó y buscó la ligadura, pero la tiraron con fuerza, forzándole la nuca contra el reposacabezas. Eddie arañó desesperadamente la cuerda, tratando de introducir las yemas de los dedos entre el cordel y el tejido blando del cuello, pero fue inútil.

Estaba demasiado apretado.

Mientras jadeaba y trataba desesperadamente de llenar sus pulmones de aire fresco, vio cómo se abría la puerta de Investigaciones Triple D y el hombre salía al aparcamiento.

¡Ayúdenme! Eddie intentó gritar. *¡Ayúdame, Damien! ¡Ayúdame!*

Pero no salió ninguna palabra.

Y a pesar de ello, Drake pareció detenerse un momento, con el rostro de un amarillo enfermizo bajo las luces de la calle y los ojos escrutando el aparcamiento y la calle.

¡Por favor, ayúdenme!

El corazón de Eddie se hundió cuando Damien negó con la cabeza y se dirigió a su propio coche.

Sólo unos segundos después, el mundo entero del Dr. Edison Larringer se oscureció.

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell) *Causa de la muerte* (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell) *Descargar Murder* (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell) *Skeleton King* (feat. Dr. Beckett Campbell) *Tráfico humano* (feat. Dr. Beckett Campbell) *El Señor de la Droga: Parte I El Señor de la Droga: Parte II Lucha premiada Casi infame*

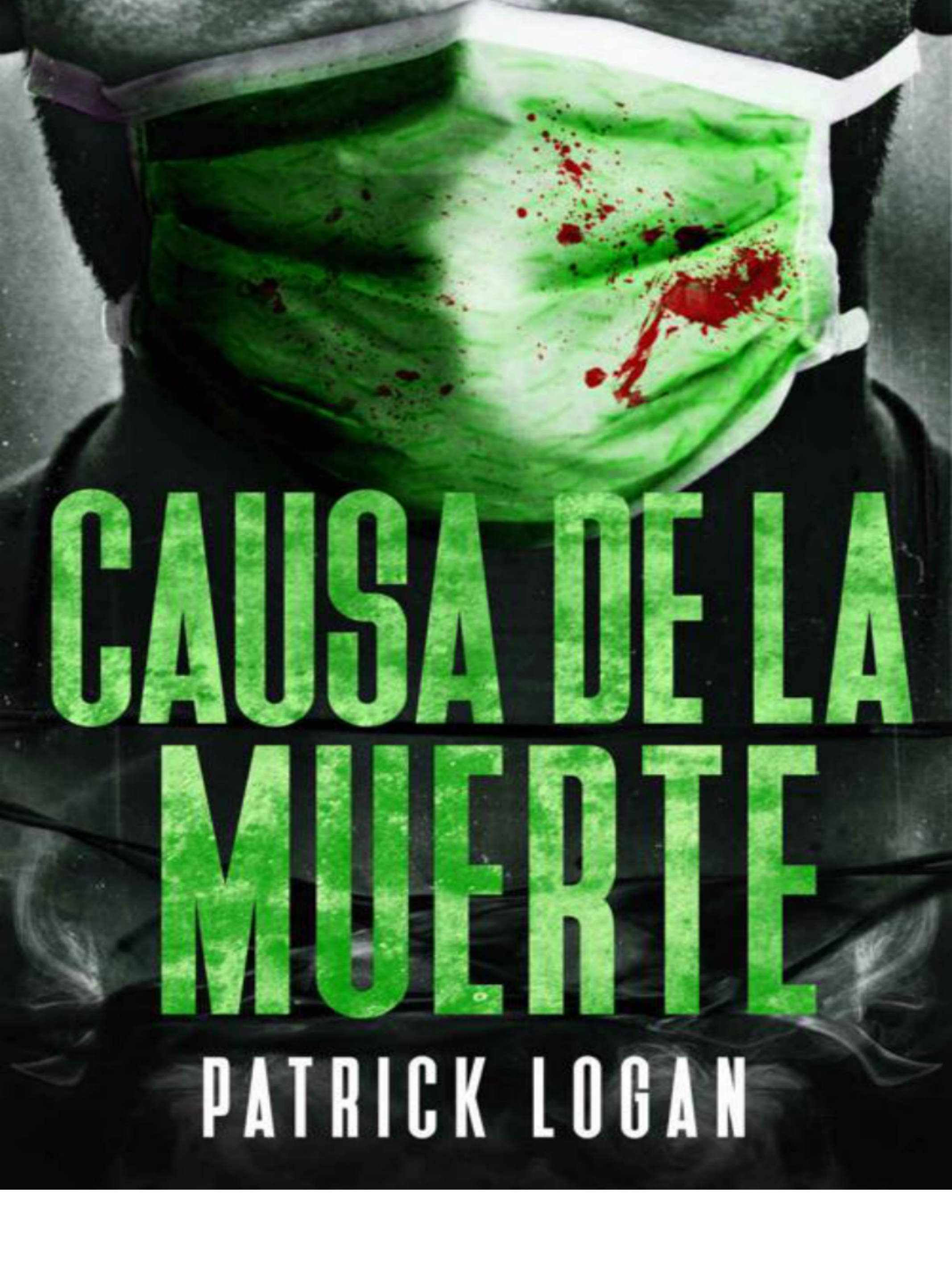
Chase Adams Thrillers del FBI *Rígido Congelado*
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio
Damas pintadas
Efectos adversos

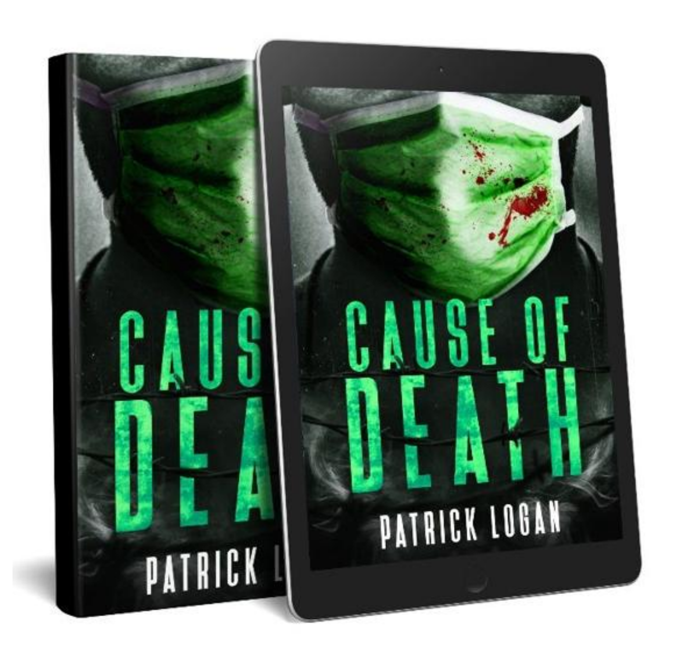
Dr. Beckett Campbell, Médico Forense *Final amargo*
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica
No resucitar
Extraer el mal

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre 2023


CAUSA DE LA
MUERTE
PATRICK LOGAN


CAUSE OF DEATH
PATRICK LOGAN

Causa de la muerte:

La lesión o enfermedad responsable del inicio de la cadena de acontecimientos mórbidos -ya sean breves o prolongados- que condujeron a la muerte.

Causa de la muerte

Detective Damien Drake Libro 2

Patrick Logan

Prólogo

El hombre sirvió dos vasos de whisky. Añadió un chorrito de etanol puro a uno de ellos, lo agitó con el dedo y volvió a la mesa. Al acercarse a su invitado por detrás, esbozó una sonrisa.

"Es muy amable de su parte traerme", dijo en voz alta el hombre sentado. "Es..."

El hombre dejó los dos vasos sobre la mesa.

"Aw, lo siento, no sabía que habías vuelto. Estaba diciendo que es muy agradable traerme. Hace más frío que la teta de una bruja ahí fuera."

La sonrisa permaneció en el rostro del hombre mientras tomaba asiento frente a su invitado de la gabardina rota.

"Bueno, Trevor, creo que la bebida podría calentarte un poco. Sin embargo, no sé si mantendrá a raya a las brujas".

Trevor era un hombre moreno, con entradas y una barba desigual salpicada de manchas grises. Tenía los ojos muy abiertos, que solían parpadear nerviosos.

"Gracias, señor", dijo Trevor. "¿Cómo dijo que se llamaba?"

El hombre sonrió y bebió un sorbo de su propio whisky.

"No lo hice."

Trevor le miró con desconfianza, pero la atracción de la bebida era demasiado grande para que hiciera caso de cualquier señal de advertencia. Tragó con avidez, haciendo una mueca de dolor al tragar.

"No soy del tipo gay... Me gusta la bebida y la casa caliente y todo eso, pero no voy a hacer ninguna mierda gay".

El hombre se rió.

"¿Por qué todo el mundo piensa que un gesto amable debe ser correspondido de alguna manera?".

Trevor bebió otro sorbo, con los ojos desorbitados. En lugar de responder a la pregunta, se aclaró la garganta y dijo: "Es un sitio muy bonito. ¿Qué es usted? ¿Una especie de médico? ¿Abogado? Una vez vi un sitio así en un libro, era la casa de un abogado rico".

"Algo así", dijo el hombre con una sonrisa. Observó que el vaso de Trevor estaba casi vacío y, aunque acababa de sentarse, le ofreció: "¿Quieres otro?".

Trevor pareció pensárselo un momento. El vaso de cristal de roca temblaba ligeramente en sus guantes sin dedos, pero no estaba claro si era por miedo, hambre o simplemente por el alcohol.

Con un lento parpadeo, Trevor se llevó la bebida a los labios y se

terminó el resto del líquido dorado pálido.

"Claro", respondió. Cuando fue a dejar de nuevo el vaso sobre la mesa, golpeó con fuerza, como si hubiera calculado mal la distancia. "Es una buena mierda. Tomaré otro".

Otro salió como *una bala.*

"Sí", dijo el hombre, tomando un sorbo de su propio whisky. "Sí, es 'buena mierda'".

Luego se levantó y se dirigió a la cocina. Veo que sus guantes tienen agujeros y les faltan dedos. ¿Quieres un par nuevo?"

Cuando llegó a la cocina, se aseguró de preparar esta vez el vaso de su invitado con mitad de etanol y mitad de whisky.

"¿Por qué haces esto, tío? ¿Qué ganas con esto?"

Suspiró y apoyó las palmas de las manos en la encimera de mármol, cerrando los ojos. Su pecho subió y bajó con varias respiraciones profundas y, después de serenarse, cogió el vaso y el par de guantes de cuero que había junto a él. Metiéndose bajo un brazo un jersey que había dejado antes sobre la encimera, se dirigió de nuevo a la mesa de la cocina y colocó los tres objetos delante de su invitado.

Trevor volvió a mirar de reojo, pero esta vez no cogió inmediatamente la bebida.

Ah, pensé *que podría llegar a esto*, pensó el anfitrión. *Antes de lo que esperaba, pero aquí está. La vacilación antes de la caída, antes de la aceptación total y completa.*

"Mira", empezó lentamente, haciendo una pausa para beber un sorbo de su propio escocés. "Sé que esto parece extraño, y apuesto a que ha pasado mucho, mucho tiempo desde que alguien te ha mostrado este nivel de amabilidad, de respeto. Y tienes todo el derecho a desconfiar; de hecho, dudo que hubieras sobrevivido en las calles tanto tiempo sin tu instinto. Pero te aseguro que no quiero nada a cambio de mi hospitalidad".

Trevor gruñó.

"Entonces, ¿por qué haces esto?", preguntó, arrastrando las palabras.

El hombre sonrió satisfecho. Trevor era más astuto de lo que había pensado en un principio. Las inquisiciones de los demás se habían detenido en miradas de reojo, labios fruncidos.

Sin embargo, todo acabaría igual, pero aún así...

"Porque sé lo que es... sé lo que es tener mala suerte. Yo estuve en tu situación una vez, hace mucho tiempo. Pero salí. Construí todo lo que ves a tu alrededor con perseverancia y dedicación. Y ahora quiero devolvértelo".

Trevor le miró entrecerrando los ojos, con los párpados finos bajando sobre los ojos saltones.

"Adelante, tómate algo, ponte el jersey y los guantes. Mantente

caliente. Aquí no hay ataduras".

Sospechoso o no, los viejos hábitos no mueren.

Y era casi imposible resistirse a una bebida gratis.

Trevor bebió el whisky con avidez y se quitó los guantes gastados. Se puso los guantes de cuero y movió los dedos de forma casi seductora.

"Confortables, ¿verdad?", preguntó el anfitrión.

Dos copas y veinte minutos después, Trevor apenas podía mantener los ojos abiertos, por no hablar de estar de pie. Sin embargo, hizo un gran esfuerzo.

El anfitrión se dirigió rápidamente hacia él antes de que el hombre vestido con gabardina se desplomara sobre la mesa.

"Aquí, déjame ayudarte", dijo. "Puedes pasar aquí la noche. Tengo una habitación libre".

Trevor murmuró algo incomprensible, y el hombre deslizó un brazo alrededor de su cintura, soportando la mayor parte de su peso.

Sujetando a Trevor, los condujo a un dormitorio cuya decoración reflejaba más un motel barato que el resto de su casa. Dentro había dos camas individuales y, entre ellas, una mesilla de noche de tableros de partículas descascarillados sobre la que había un reloj.

Los números verde neón marcaban las 3:34 am.

Trevor dijo algo que podría haber sido *gracias*, pero que también podría haber sido *jódete*, mientras el anfitrión lo bajaba a la cama.

Sin molestarse en apartar la colcha barata, el anfitrión se retiró a la puerta y observó la escena.

"Duerme bien, amigo mío", dijo cuando Trevor empezó a roncar. Su sonrisa se ensanchó. "No te preocupes por nada... aquí estarás a salvo. Te lo prometo".

Y entonces se echó a reír.

Parte I - Causas naturales

Capítulo 1

"¿CÓMO PUEDE ESTAR tan segura, Sra. Armatridge?". preguntó Damien Drake con algo parecido a un suspiro.

La mujer de enfrente jugueteaba con las perlas que colgaban de su cuello como un rosario. Sus ojos, llenos de rímel, se entrecerraron.

"Lo sé, créeme, lo sé".

Drake se reclinó en la silla y se llevó las manos a la nuca.

"Necesito algo más que la intuición de una mujer, ya me entiendes. Entiendo que estés enfadada, pero tengo un negocio que dirigir. No puedo ir a perseguir a todas las mujeres que piensan que su criada está robando cubiertos. No me haría ningún bien acosar a la gente sin motivo".

La mujer frunció el ceño y empezó a rebuscar en su bolso. Drake se sintió incómodo, se desató los dedos y se inclinó hacia delante en la silla. Deslizó la mano derecha por debajo de su escritorio y colocó los dedos sin apretar sobre la culata de la pistola que estaba pegada debajo.

"Sra. Arma..."

"Toma", dijo, sacando un talonario de cheques.

Drake se relajó y retiró la mano de su pistola.

Garabateó una cifra en el cheque, lo firmó y lo rompió. Drake alargó la mano y se lo quitó, observando la figura.

Intentó no quedarse boquiabierto.

"Tal vez esto te haga reconsiderar el *acoso*, Damien. Como puedes ver, hablo en serio. *Muy en* serio. Quiero pruebas de que está robando, y luego quiero que la arresten".

Drake asintió rápidamente y guardó el cheque en el cajón superior de su escritorio, deslizándolo bajo la botella medio vacía de Johnny Red.

"Comprendo sus preocupaciones, Sra. Armatridge, y veo que es usted una mujer de convicciones. No tengo ningún problema en seguir adelante con nuestra relación profesional. Pero para hacerlo, voy a necesitar algo más que un cheque".

Una ceja fina como una cuchilla se extendía hasta lo alto de su frente. Drake intentó reprimir una sonrisa. La ceja de la señora Armatridge parecía un clip intentando encontrar consuelo en su permanente blanca.

"¿Como qué?"

"Voy a necesitar un juego de llaves y los códigos de las alarmas que pueda tener. También necesito un itinerario completo y el horario

para usted, su marido, y la criada. Al minuto. Quiero saber cuándo estáis en casa, pero lo más importante, necesito saber cuándo *no* vais a estar".

La mujer volvió a juguetear con su collar. A pesar de su gesto anterior y de la comprobación, Drake pudo ver que se había puesto nerviosa.

Y ésa había sido su intención: hacerle saber lo serias que se iban a poner las cosas. Espiar a la gente, incluso a los seres queridos, a la familia, solía acabar en conflicto.

"¿Para qué necesitas llaves?", preguntó.

"Tengo que instalar cámaras de vigilancia y demás".

Drake esperaba sorprender a la mujer con este comentario, pero en todo caso parecía lo contrario.

Parecía ofrecer consuelo.

"¿Y me enseñarás todo lo que grabas? *¿Todo?*"

Drake asintió.

"Por supuesto. Te enseñaré las cintas a ti, y sólo a ti. Y *si* vemos algo ilegal, te informaremos inmediatamente. Tengo que admitir, sin embargo, que estas cosas no siempre salen según lo planeado. Si al cabo de dos semanas no vemos nada fuera de lo normal, retiraremos las cámaras y nos sentaremos a charlar de nuevo".

La mujer asintió.

"Bien".

"Pero", empezó Drake titubeando, "a veces con estas cámaras captamos cosas que son... cómo decirlo delicadamente... no *sólo* robos. Cosas que están fuera del ámbito de lo que uno podría considerar ordinario. Antes de seguir adelante, tiene que ser consciente de ello y comunicarme qué quiere que haga con esos vídeos, en caso de que se graben. Por supuesto, en *Investigaciones Triple D,* puede estar seguro de nuestra total discreción".

La mujer sonrió, y Drake se sintió de repente baboso. Tenía la ligera sospecha de que a la señora Armatridge no sólo le preocupaban las cucharas y tenedores perdidos. Había algo más que quería grabar en vídeo.

"Enséñamelo", dijo en voz baja. "Quiero verlo *todo*".

Ten cuidado con lo que deseas, pensó Drake. Con un movimiento de cabeza, se puso en pie, ofreció a la mujer una sonrisa cansada y le estrechó la mano.

"Gracias, Sra. Armatridge. Por favor, proporcione a Screech la información y las llaves que le pedí antes de irse".

La mujer le devolvió el agradecimiento y salió de su despacho.

"¡Y cierra la puerta detrás de ti, por favor!", gritó, y la mujer le obedeció.

Cuando se hubo ido, Drake buscó en el cajón de su escritorio y sacó

el cheque. Apenas podía creerlo.

¿Diez de los grandes por un trabajo como este? Tenía que ser algún tipo de broma.

Abandonar la policía de Nueva York y crear una pequeña empresa de investigación, primero por su cuenta y luego con Screech, a quien había encontrado en Internet, había sido una medida provisional, una forma de ganar algo de dinero mientras las cosas se enfriaban en la comisaría.

Antes de que pudiera solicitar ser detective de nuevo.

Después de todo, el Sargento Rhodes no podía estar por aquí para siempre, ¿verdad?

Sostuvo el cheque al trasluz, confirmando su legitimidad.

Pero con dinero como este...

Drake se rió entre dientes, devolvió la cuenta, cogió la botella de whisky y se sirvió dos dedos.

Si algo merecía una celebración, era esto.

Mientras sorbía, su mente volvía a su exjefe de ojos saltones. Sin embargo, en lugar de buscar al sargento Rhodes, cuando encendió el ordenador buscó su propio nombre en Google.

Aparecieron dos artículos, ambos escritos por el mismo hombre: Ivan Meitzer.

La primera era la exposición sobre el Rey Esqueleto de la que él mismo había sido informador, que a pesar de tener más de un año seguía siendo el éxito principal, y la segunda era la que Iván había publicado poco después de que capturaran al Asesino de la Mariposa.

Drake le había prometido a Chase que no haría la revelación a pesar de la deuda que tenía con Ivan, pero no importaba; alguien se había adelantado y lo había contado todo, y como era de esperar, Drake había quedado muy mal parado. Cuando Screech le llamó la atención por primera vez sobre el artículo, empezó a preguntarse quién había sido la fuente: ¿el detective Simmons? ¿Yasiv? ¿El cabrón del sargento Rhodes? Pero cuando se le pasó la rabia, se dio cuenta de que no importaba quién había roto su silencio. Estaba fuera, y eso era lo que contaba.

Drake leyó el titular por milésima vez.

Un veterano detective de la policía de Nueva York rompe todas las reglas en la persecución del Asesino de la Mariposa.

Sacudió la cabeza.

Drake resistió la tentación de volver a leer el artículo, y en su lugar se encontró buscando "NYPD Detective Chase Adams", como era su costumbre.

Uno de los primeros resultados fue Chase sonriendo ampliamente, con una placa en ambas manos. Detrás de ella estaba el sargento Rhodes, con sus ojos raros asomando tras unas gafas redondas.

El *detective Chase Adams se convierte en detective de primer grado en un tiempo récord*, rezaba el titular bajo la foto.

Drake sonrió.

Después de todo lo que habían pasado juntos, se alegró por ella. Y un poco orgulloso.

Estaba contemplando su imagen cuando se abrió la puerta de su despacho e irrumpió Screech. Alto, delgado y enjuto, Steven Horner, también conocido como Screech, rondaba la veintena, pero actuaba como si acabara de entrar en la adolescencia. Llevaba el pelo rapado por los lados y peinado hacia arriba, lo que hacía que su cara pareciese aún más estrecha. Su fina perilla tampoco le ayudaba a parecer menos que un cacahuete Planter's.

"Bueno, esa mierda fue interesante", dijo Screech mientras saltaba hacia él.

Screech también tenía problemas para andar; no parecía dominar el arte de hacerlo. O saltaba, brincaba, esprintaba o se paseaba.

Nunca caminó.

Drake enarcó una ceja y miró deliberadamente a su alrededor.

"No te preocupes, la GILF se ha ido", dijo Screech. "Escucha, ¿de verdad quieres que ponga cámaras en su casa?".

Drake no respondió de inmediato. En lugar de eso, metió la mano en el cajón y cogió un segundo vaso, lo llenó con un chorrito de whisky e hizo un gesto a Screech para que lo cogiera.

Mientras lo hacía, Drake dejó el cheque sobre el escritorio a la vista de todos.

"Por diez de los grandes, grabaremos a su gato cagando, si así lo desea", dijo Drake. Screech se rió, un ruido agudo e irritante del que Drake imaginó que había nacido su apodo, y luego bebió un sorbo de su whisky.

"*Salud*", dijo Screech cuando terminó de reírse. Chocaron las copas y ambos bebieron.

***

Screech se marchó poco después que la Sra. Armatridge con instrucciones de instalar las cámaras en su casa a la mañana siguiente, cuando la asistenta hubiera salido a hacer la compra, el Sr. hubiera salido a reparar el coche y la propia mujer estuviera en el servicio religioso. Drake, que se sentía más que excitado, estaba a punto de cerrar la puerta de su despacho, cuando una sombra apareció en la entrada de *Investigaciones Triple D*.

"¿Olvidaste tu dique dental, Screech? Porque..."

Pero la puerta se abrió tanto que rebotó en la pared del fondo y sobresaltó a Drake. Sacó las llaves de la cerradura, se dio la vuelta y se

encontró mirando fijamente a un negro delgado y de piel clara que estaba en la entrada.

"¿Detective Drake?", jadeó el hombre.

Los ojos de Drake se entrecerraron y sintió que su cuerpo se tensaba, preparándose para la acción.

"Hacía tiempo que nadie me llamaba así", dijo en voz baja, tratando de medir al otro hombre.

Era joven, con el pelo negro rizado y bien recortado y ojeras. Pero a pesar de su fanfarronería, su pose no era agresiva.

Estaba asustado.

"¿Pero eres tú?", preguntó el hombre, avanzando.

Drake asintió.

"Sí, ese soy yo, Damien Drake."

El hombre respiró hondo y entrecortadamente. Cuando metió la mano en la bolsa de cuero que llevaba colgada de un hombro, Drake dio instintivamente un paso hacia él. Asustado o no, no iba a dejarse coger por sorpresa.

Pero cuando el hombre sacó una carpeta, Drake sintió que su cuerpo se relajaba y se amonestó.

Tienes que dejar de hacer eso. Te va a dar un ataque al corazón pensando que todo el mundo va a sacar una Uzi de su bolso.

"Estamos cerrando, así que si se trata de un trabajo, vuelva mañana", dijo Drake.

El hombre negó con la cabeza.

"No, estoy bastante seguro de que vas a querer ver esto", dijo rotundamente.

Drake lo miró con desconfianza y, cuando el otro no vaciló, asintió.

"Bien, pasa a mi oficina, entonces."

Capítulo 2

El hombre se presentó como el Dr. Edison Larringer, Eddie para abreviar, residente de patología en la Universidad de Nueva York. Hablaba con el habla apresurada y apresurada de un hombre que necesitaba estar en algún sitio, en cualquier sitio, *en cualquier sitio* menos aquí.

"¿En qué puedo ayudarte, Eddie?" preguntó Drake, barriendo el whisky y los vasos vacíos de nuevo en el cajón. El negocio había sido difícil de conseguir, y él no estaba dispuesto a rechazar su segunda ballena del día.

Y eso no decía nada del otro hecho inquietante, su reacción instintiva de que este hombre tenía algo importante que mostrarle.

Eddie no contestó. En lugar de eso, tragó saliva y colocó la carpeta sobre la mesa y la hizo girar. Drake la cogió y la abrió. Lo primero que vio fue una fotografía de 8 x 10 en la que aparecía un hombre medio sobre una cama y medio fuera de ella, con el cuello doblado torpemente hacia abajo y el rostro cubierto de sombras. Había una segunda fotografía debajo de la primera y, sin pensarlo, Drake las puso una al lado de la otra.

Parecían ser copias.

Drake se tomó su tiempo mirándolos, sus ojos se movían de uno a otro, tratando de averiguar qué era tan importante para que el joven médico sintiera la necesidad de irrumpir en su despacho a las seis y media de la tarde de un viernes.

Cuando no le vino nada a la mente, y dudaba que nada lo hiciera por mucho tiempo que se quedara mirando, Drake miró al hombre que tenía enfrente, enarcando una ceja.

"No estoy seguro..." empezó, pero Eddie le cortó.

"Ambos están muertos", dijo rápidamente.

"Sí, puedo ver..."

"Pero no son iguales, en realidad son diferentes. Mira el reloj, es una hora diferente, y el suéter no es exactamente el mismo, el primero tiene como este patrón de punto de cruz mientras que el otro tiene-"

Ahora le tocaba a Drake interrumpir.

"Woah, más despacio compañero. Respira hondo. Ve despacio. Es tarde y estoy viejo".

Los ojos de Eddie se desorbitaron y torció la boca como diciendo: "*¿Cómo te atreves a decirme que vaya más despacio con algo tan importante como esto? ¿No lo entiendes? ¿No lo entiendes?*

Pero al final, el joven hizo lo que se le pidió.

Cuando Eddie volvió a hablar, lo hizo más despacio. Todavía rápido, pero más lento en una escala relativa.

"La de la izquierda es una fotografía del examen del curso de patología forense de la NYU, la del reloj que marca las 3:41. La de la derecha es una copia, pero es una *copia*, ya me entiendes. ¿Ves el reloj? Dice 3:42 am".

Drake volvió a centrar su atención en las fotografías y observó que lo que Eddie decía era cierto. Y, sin embargo, seguía sin ver el significado.

"Ya lo veo, pero ¿qué significa? Las fotos se tomaron con un minuto de diferencia. ¿Y qué?"

El hombre volvió a respirar hondo.

"Vale, la de la izquierda es de la prueba -nos dan la fotografía y luego se supone que determinamos las posibles causas de la muerte, los diferenciales, si quieres- y es una fotografía real de la escena de un crimen. No sé de cuándo es, pero a juzgar por la decoración, tiene al menos una década, quizá más. Es la misma imagen que se usa todos los años en el curso".

Drake asintió.

"Vale..."

"Se supone que es un truco; ¿ves cómo la colcha está toda revuelta? La primera inclinación es que hay juego sucio involucrado, que hubo una pelea, un altercado de algún tipo que causó su muerte. Al menos eso es lo que el profesor espera que sea su diagnóstico final. Pero la verdadera causa de la muerte es mucho más... *ordinaria.* Este hombre se emborrachó mucho y se cayó de la cama. Estaba tan borracho que no llegó a despertarse cuando le cerraron la tráquea: asfixia posicional, se llama".

Drake miró la fotografía, inclinando la cabeza hacia un lado mientras entrecerraba los ojos. Nunca había oído hablar de la asfixia posicional, pero parecía una forma muy desagradable de morir.

Prefiere salir con los puños en alto.

Drake negó con la cabeza y le tendió la segunda fotografía, la del reloj que marcaba las 3:42.

"¿Y éste?"

Eddie parpadeó.

"Este es diferente; no es la misma persona, no es el mismo crimen. Ha sido un montaje".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

"¿Cómo lo sabes?"

"Lo han hecho parecido al primero, como la foto de la prueba, pero no es exactamente igual".

Drake sintió que asentía.

"¿Y de dónde has sacado ésta?", preguntó agitando la fotografía en

su mano derecha.

De repente, Eddie se echó hacia atrás en su silla y Drake creyó ver que le empezaba a correr el sudor por la frente. Por primera vez desde que irrumpió en *Triple D*, el hombre parecía quedarse sin palabras.

Drake esperó y finalmente Eddie bajó los ojos.

"Lo robé", dijo en voz baja.

Drake se quedó mirando.

No fue la revelación que esperaba, pero algo era algo.

"¿De dónde?"

Eddie volvió a dudar. Cuando por fin contestó, su voz era apenas audible.

"Se lo robé al profesor del curso, se lo robé al Dr. Beckett Campbell. Y sé una cosa con certeza: ¿ese hombre, el de la fotografía con el reloj marcando las 3:42? No murió de asfixia posicional. Fue asesinado".

Capítulo 3

"ESPERA UN SEGUNDO, *¿robaste* esto? ¿De Beckett Campbell?"

Una expresión de confusión cruzó el rostro de Eddie.

"Sí, yo la tomé. Pero lo importante es que este hombre..." extendió la mano por encima de la mesa y cogió la fotografía de Drake. "-fue *asesinado*."

Drake miró fijamente a Eddie durante un buen rato antes de decir nada; le estaba costando leer a aquel hombre. Eddie era bastante convincente, pero todo aquello de las fotografías robadas a Beckett, de los exámenes de patología forense, de *la asfixia posicional*, si es que realmente existía, parecía una broma cruel.

Un montaje de algún tipo, la razón y el punto de, Drake no podía empezar a imaginar.

Se reclinó en su silla y se preparó para poner a prueba a aquel joven médico, si es que era médico.

"Muy bien Eddie, no estoy seguro de a qué clase de juego estás jugando, pero te seguiré la corriente. Pero aquí está la cosa: si después de haber bebido un quinto de whisky decido que no me gustan las reglas de este juego, entonces voy a asegurarme de que sólo hay un perdedor, y no voy a ser yo. ¿Entendido?"

Eddie torció la cara y retrocedió.

¿"Juego"? ¿De qué estás hablando, *juego*? Alguien ha sido asesinado. Tal vez no has estado..."

"¿Cómo me encontraste, Eddie? De todos los investigadores privados de Nueva York, tú acudiste a mí, ¿por qué? Si estás tan convencido de que la persona de la foto fue asesinada, ¿por qué no acudes a la policía?".

Eddie bajó la mirada y no dijo nada. Drake hizo una mueca y volvió a deslizar la fotografía en la carpeta.

"Muchas gracias por venir hoy, Eddie. Pero me temo que me has pillado en mal momento. Verás, estaba a punto de emborracharme y celebrar la firma de un nuevo cliente... un cliente de *verdad*", dijo Drake mientras empujaba la carpeta por el escritorio hacia Eddie, con una suficiencia desconocida dibujándose en su rostro. "Así que si me disculpas, yo..."

Eddie levantó los ojos.

"Suzan me habló de ti. Suzan Cuthbert."

Drake se quedó helado.

"¿Qué? Sintió que la ira se apoderaba de él y su cuerpo se tensó. "Será mejor que tengas cuidado con lo que dices a continuación,

Eddie, o..."

"Suzan está en la Universidad de Nueva York, en su primer año de medicina, y empezó a asistir al curso de residentes de patología forense", dijo Eddie apartándose de Drake. "Surgió... la muerte de su padre".

Drake se levantó tan deprisa que su silla cayó detrás de él.

"Pequeña mierda", se quejó. "¿Vienes aquí con una historia de mierda sobre una especie de asesino imitador, y luego tienes el descaro de mencionar a Suzan? ¿Fue ese bastardo de Ivan Meitzer quien te metió en esto? ¿Venganza por no darle la historia del Asesino de la Mariposa?"

Drake se puso colorado y, antes de darse cuenta de lo que hacía, cruzó la mesa y agarró a Eddie por el cuello de su polo blanco. Retorció el material en su mano, acercando la cara de Eddie a escasos centímetros de la suya.

"Lárgate de aquí, toma tus *malditas* fotos y lárgate de aquí".

Miró fijamente a los ojos desorbitados del hombre mientras le amenazaba. Cuando Eddie intentó apartar la mirada, apretó con fuerza la camisa hasta que sus ojos volvieron a él.

Sólo entonces, tras mirar fijamente los ojos llorosos del hombre durante casi un minuto, apartó de un empujón al joven médico.

Eddie se dejó caer en la silla con un gruñido, pero se levantó rápidamente, cogió la carpeta y se la metió en la espalda. Luego, con una última y melancólica mirada, el doctor Edison Larringer salió a toda prisa del despacho y atravesó la recepción de Investigaciones Triple D, dejando ambas puertas abiertas de par en par.

Drake se dejó caer en su silla y se quedó allí sentado, respirando agitadamente mientras veía al hombre marcharse. Luego metió la mano en el escritorio y volvió a sacar la botella de whisky y el vaso.

¿En serio? Quien haya metido al chico en esto tiene que tener cojones para sacar a Suzan.

Mientras se servía otro trago, le vino a la mente la imagen del psiquiatra al que había roto la nariz a la salida del colegio de Suzan.

Cuando averigüe quién está detrás de esto, le romperé algo más que el puto pico.

Drake se sirvió otro trago y, cuando su tensión empezó a normalizarse, se encontró de nuevo frente al ordenador sin pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

Sólo que esta vez no buscó su propio nombre, ni el de Chase, ni siquiera el de Suzan.

En su lugar, buscó a Beckett, y el primer resultado que apareció fue una fotografía de su amigo, con una amplia sonrisa y el pelo rubio decolorado en punta.

Capítulo 4

EL DR. EDISON "EDDIE" LARRINGER abandonó Investigaciones Triple D con un único pensamiento resonando en su cabeza.

Esto fue un error, todo fue un error.

Sudaba, estaba cansado, pero sobre todo estaba confuso. Se dio cuenta de que todo lo que le había dicho a Drake, todo lo que había estado consumiendo todos sus pensamientos durante los últimos seis días, había sido una invención.

No era impensable; de hecho, era incluso plausible dado lo agotado que estaba. El examen final de patología forense de Beckett era el lunes, y estaba luchando por mantenerse a flote. En todo caso, Eddie era realista; y si era sincero consigo mismo, sabía que no iba a aprobar. Y un suspenso más significaba que toda su carrera como médico estaba en peligro. Por eso, después de mucha angustia moral, había irrumpido en el despacho del Dr. Campbell.

No tuvo que coger la carpeta con las fotografías que había sobre la mesa de Beckett, que al principio habían parecido copias impresas del examen final. Al fin y al cabo, no las necesitaba: la llave USB que había cogido tenía versiones digitales incrustadas en la presentación de PowerPoint. Eso era suficiente, *más* que suficiente, para que Eddie aprobara.

No necesitaba la carpeta.

De hecho, no estaba del todo seguro de por qué lo había cogido. Simplemente lo había hecho.

Y ahora Eddie empezaba a pensar que había sido el mayor error de su vida.

Si no hubiera mirado las fotografías. Las cosas serían diferentes si hubiera quemado toda la carpeta.

Pero no lo había hecho. Y una vez que miró, le fue imposible dejar *de mirar*.

A primera vista, las imágenes digitales e impresas parecían casi idénticas.

Pero no lo eran; sólo estaban un poco apagados. Y cuando Eddie buscó en Internet muertes accidentales en los últimos seis meses, encontró la descripción de una que coincidía perfectamente con la imagen de la carpeta.

Sólo que esa imagen también coincidía con la del curso, que, teniendo en cuenta la textura granulada de la foto en el PowerPoint, debía de haber sido tomada hace años.

No era ejemplar, era casi *exactamente* igual. De libro de texto, de

una manera que desafiaba la lógica.

Eddie no podía creer que fuera una coincidencia.

Alguien había tomado una fotografía de una escena de un crimen reciente escenificada para que pareciera exactamente igual a la utilizada en la prueba.

Y la única razón por la que alguien haría esto, en su opinión, era para encubrir un asesinato.

Eddie cruzó rápidamente el aparcamiento hasta su fiel Cavalier y tanteó con las llaves para abrir la puerta. Ya había oscurecido, lo que aumentaba aún más su ansiedad.

Una vez dentro, se sentó al volante unos instantes antes de arrancar el coche.

¿Debería *ir a la policía como sugirió Drake?* se preguntó.

Eso también le llevaría a suspender el examen, de eso Eddie estaba seguro. Después de todo, robar un examen de la mesa de su profesor supondría algo más que quedarse atrás para repetir un año de patología forense. La Universidad de Nueva York se tomaba el plagio, el robo y las trampas muy, muy en serio.

Y la policía también.

Si acudía a la policía y admitía lo que había hecho, significaría que le retirarían la licencia médica.

Eddie había pensado en el lío en que se había metido durante varias noches sin dormir. Pero cuando la joven y guapa Suzan Cuthbert empezó a auditar la clase, le pareció que la solución a su problema había caído en sus manos. Después de todo, todo el mundo sabía lo que le había ocurrido al padre de Suzan, y un poco de investigación por su parte le reveló información sobre su compañero, sobre Damien Drake.

Seguramente, el hombre le ayudaría, le tomaría en serio, dado que conocía a Suzan. Lo que no había previsto era el temperamento del hombre.

Eddie levantó los ojos hacia el retrovisor y se sorprendió al darse cuenta de que apenas reconocía sus propios rasgos demacrados.

"Un error, todo esto fue un gran error", dijo en un graznido seco. "Un error".

Pero por mucho que lo intentara, no había forma de que pudiera apartar de su mente la imagen del hombre del jersey, con el cuerpo encorvado sobre su propio cuello.

No podía *dejar de ver*.

No es una coincidencia. No puede serlo.

Eddie cogió las llaves y estaba a punto de ponerlas en el contacto cuando un destello de movimiento en el retrovisor le llamó la atención.

"¿Qué dem...?"

Pero el Dr. Edison Larringer ni siquiera tuvo la oportunidad de terminar su frase. Una figura oscura se levantó del asiento trasero y un grueso trozo de cuerda se enroscó alrededor de su garganta.

Jadeó y buscó la ligadura, pero la tiraron con fuerza, forzándole la nuca contra el reposacabezas. Eddie arañó desesperadamente la cuerda, tratando de introducir las yemas de los dedos entre el cordel y el tejido blando del cuello, pero fue inútil.

Estaba demasiado apretado.

Mientras jadeaba y trataba desesperadamente de llenar sus pulmones de aire fresco, vio cómo se abría la puerta de Investigaciones Triple D y el hombre salía al aparcamiento.

¡Ayúdenme! Eddie intentó gritar. *¡Ayúdame, Damien! ¡Ayúdame!*

Pero no salió ninguna palabra.

Y a pesar de ello, Drake pareció detenerse un momento, con el rostro de un amarillo enfermizo bajo las luces de la calle y los ojos escrutando el aparcamiento y la calle.

¡Por favor, ayúdenme!

El corazón de Eddie se hundió cuando Damien negó con la cabeza y se dirigió a su propio coche.

Sólo unos segundos después, el mundo entero del Dr. Edison Larringer se oscureció.

Capítulo 5

El Dr. Beckett Campbell miró a sus alumnos con los ojos entrecerrados mientras hablaba, atendiendo deliberadamente a todas y cada una de sus miradas antes de continuar.

Lo que había empezado como una inocente sugerencia de Diego para que impartiera una clase en la Universidad de Nueva York, pronto se había convertido en un reto para Beckett. Y este reto se había convertido rápidamente en algo que le gustaba mucho.

Mucho, mucho.

¿Quién iba a decir que la tortura podía ser tan agradable?

"Esto es todo", dijo, pronunciando las palabras de forma dramática, como si fuera la voz en off del tráiler de una gran película. "Esta prueba determinará el resto de tu vida adulta. ¿Si fallas? Morirás. ¿Pasas por los pelos? Gravemente herido. ¿Pasas? Podrás tocar cadáveres por toda la eternidad. La elección es vuestra, mis discípulos".

Los rostros pálidos de los alumnos que tenía delante casi hacen que Beckett se eche a reír a carcajadas. Un chico: ¿Reginald? ¿Era Reginald? Nunca recordaba los malditos nombres de los alumnos-estaba visiblemente amordazado y, durante un breve y tentador instante, Beckett pensó que iba a vomitar sobre su pupitre.

Pero, para su consternación, el chico tragó saliva como un pez fuera del agua y consiguió mantener la compostura por el momento.

"Sólo os estoy tomando el pelo", dijo Beckett con una risita. Pero la sonrisa que la acompañaba se desvaneció cuando sus ojos se posaron en el único asiento vacío del aula. Buscó de nuevo en la sala, tratando de averiguar cuál de los once residentes faltaba. "Pero ya conoces las reglas. No apartéis la vista de vuestro papel. Pondré una imagen en el proyector, ustedes lean el párrafo que la acompaña en la hoja que tienen delante y luego sigan las instrucciones. Recuerden, no siempre se trata de obtener el diagnóstico correcto. Se trata de obtener los *diagnósticos correctos* dada la información que tenéis a mano".

El negro de piel clara, Arnold o Eddie o algo así, ha desaparecido.

Sacudió la cabeza con desaprobación, pero cuando se fijó en la mujer que estaba sentada a la derecha, separada de los demás estudiantes, su humor se aligeró. Su rostro era más terso que el de los demás, y aún no estaba afectado por el peso de la edad ni por un profundo conocimiento de la muerte.

Beckett le sonrió y, dirigiéndose al resto de la clase, dijo: "Muy bien, vuestra hora, alumnos míos, comienza ahora. Una hora para

ocho casos. Lo que significa que las diapositivas cambiarán automáticamente cada siete minutos y medio, para ustedes médicos que luchan con la división larga. Una vez que la imagen cambia, no hay vuelta atrás".

Acto seguido, Beckett pulsó el pequeño botón situado en la esquina inferior derecha de la pantalla del ordenador y el proyector cobró vida. Esperó un momento hasta que el proyector empezó a enfocar y giró la cabeza para ver la imagen.

Era de un hombre con un jersey a rayas recostado sobre el tercio posterior de la cabeza, con la barbilla recogida contra el pecho de forma incómoda. Satisfecho de que fuera la imagen correcta, Beckett asintió para sí y estaba a punto de darse la vuelta cuando se dio cuenta de algo que no había visto antes.

El jersey estaba mal; recordaba la fotografía en el cajón de su escritorio, y estaba seguro de que en ella el patrón geométrico iba de norte a sur, no de este a oeste como en la imagen de la pantalla. Beckett entrecerró los ojos ante la imagen por un momento, tratando de recordar.

Aunque los nombres se le escapaban, sobre todo los de los residentes mocosos, algo así no. Las cosas relacionadas con la muerte permanecían grabadas en su cerebro como cinceladas en una tabla de piedra.

Algo no está bien aquí.

Beckett hizo una nota mental para revisar las imágenes en el cajón de su escritorio una vez terminada la prueba.

"A *suscribirse*, gente".

Los ojos que antes estaban clavados en él se bajaron, las lenguas se hundieron en las mejillas y los lápices, como él había sugerido, se pusieron a *dibujar*.

Beckett se acercó a la joven de la derecha y se arrodilló cerca de su oreja.

"Suze, recuerda que sólo estás auditando el curso. No hay necesidad de estresarse por ello".

Suzan Cuthbert levantó la cabeza para mirarle, echándose el largo pelo castaño por detrás de las orejas antes de contestar. Tenía una expresión asustada en el rostro, y él se preguntó si tal vez el contenido del curso era demasiado avanzado para ella.

Demasiado *visceral*.

Pero entonces esbozó una sonrisa, mostrando unos dientes blancos y perfectamente rectos.

"Me temo... me temo que es demasiado fácil", dijo ella en voz baja, y Beckett se echó a reír. Le dio una palmada en el hombro y volvió a su escritorio. Se sentó, levantó los pies y sacó un libro del bolso.

Ya está bien de esta supuesta "realidad", pensó. *Es hora de algo más*

interesante.

A continuación, abrió el libro por la página doblada por la mitad y continuó leyendo *El manicomio*, de Ambrose Ibsen.

***

Alguien le dio un codazo en la pierna y Beckett se despertó sobresaltado.

"Casi se cae de la silla. Se enderezó y cogió el libro cuando se le cayó del pecho.

Se quedó mirando la bonita cara de Suzan Cuthbert, que le devolvía la mirada con una sonrisa burlona.

Beckett se limpió la baba de la comisura de los labios y la observó un momento, tratando aún de orientarse.

"¿La prueba?", dijo ella en voz baja, y Beckett asintió, recordando ahora dónde estaba. Sin embargo, a pesar de darse cuenta de ello, no sabía por qué estaba ante él. Miró a su alrededor y vio que todos los residentes seguían garabateando sus papeles. A continuación, dirigió la mirada al proyector y observó que la última imagen -que mostraba un cadáver carbonizado y crujiente- seguía encendida.

"¿Necesitas un descanso? quiso preguntar, pero se detuvo en seco cuando ella le tendió varias hojas de papel. La parte derecha de su labio superior se curvó. "¿Has terminado?"

Suzan sonrió y asintió enérgicamente.

Beckett la miró con desconfianza.

Lo malo del examen final de patología forense -la parte escrita, al menos- era que nadie "terminaba" nunca. Simplemente seguían escribiendo hasta que Beckett les decía que pararan. E incluso entonces, siempre había una persona a la que tenía que ir y quitarle físicamente el lápiz de la mano. Lo primero que pensó Beckett fue que tal vez Suzan no había terminado todas las diapositivas o que simplemente no había entendido el objetivo del examen, pero cuando sus ojos se posaron en el denso bloque de texto de su papel y en la sonrisa de satisfacción de su cara, supo que no era así.

Sabía que era brillante, pero esto era... sospechoso.

"Gracias", dijo, cogiendo el papel de su mano. Su sonrisa se ensanchó y, cuando se dio la vuelta para marcharse, se le ocurrió una idea.

"Oye Suze, ¿por qué no pasas por mi oficina esta tarde? ¿Tienes clase?"

Suzan se lo pensó un momento.

"Sólo hasta las dos y media, luego estoy libre".

Beckett asintió.

"Bien, estoy allí hasta las cuatro. Pásate, tengo un trabajo para ti".

Enarcó una ceja.

"¿Un trabajo?"

"Claro, un trabajo. Ya sabes, trabajo. Trabajo duro. Minería. Paisajismo. Los *trabajos sucios* de Mike Rowe. Nos vemos esta tarde", luego se puso de pie, y al resto de la clase, dijo: "Muy bien, supuestos doctores, se acabó el tiempo. Dejen de escribir, bajen sus picos de plomo y entreguen sus trabajos".

Como era de esperar, la sala estalló en gemidos. Un alumno incluso llegó a murmurar algo sobre el hecho de que aún les quedaban tres minutos, a lo que Beckett sugirió que le denunciaran a la policía secreta.

Para cuando todos los alumnos habían entregado sus trabajos, el PowerPoint volvió a cambiar, atenuando momentáneamente la iluminación de la sala. Beckett giró la cabeza y se dio cuenta de que el bucle de imágenes había vuelto a empezar.

Y en la pantalla aparecía la misma imagen del hombre, el del jersey que, por alguna razón, no estaba del todo bien.

Capítulo 6

DRAKE DURMIÓ PROFUNDAMENTE, COMO casi todas las noches desde que había disparado al Dr. Mark Kruk. Sus sueños sobre Clay y el Rey Esqueleto se desvanecían en el fondo, convirtiéndose más en ruido blanco que en imágenes coherentes, algo que podía ignorar sin mucho esfuerzo. De vez en cuando se sobresaltaba y sus ojos se centraban en el hueso del dedo que tenía sobre la mesita junto a la cama como recordatorio constante.

Aunque dormir profundamente fue un alivio, Drake nunca lo olvidó.

Olvidar significaría que Clay había muerto sin motivo. Y, sin embargo, Drake se sintió agradecido cuando descubrió que existía el recuerdo sin ser perseguido día y noche.

Cuando por fin se despertó, hacia las ocho y media según el barato reloj analógico de la mesilla de noche, abrió los ojos, chasqueó la lengua y esperó a que sus ojos enfocaran el pequeño hueso del tamaño de un dado.

Más de una vez había pensado en ir a ver a Beckett y pedirle que le hiciera una prueba de ADN al hueso, para averiguar de dónde lo había sacado Kenneth Smith, de quién lo había sacado él. Aunque Ivan había sido quien lo arrojó sin miramientos sobre la mesa del Patty's Diner, Drake no tenía ninguna duda de quién se lo había dado.

Pero había resistido el impulso.

Drake no estaba tan orgulloso de admitir que no podía admitir que estaba asustado.

Miedo a que vuelvan las pesadillas.

Así que, cada mañana, después de ducharse y vestirse, se metía el hueso en el bolsillo y lo llevaba consigo, un morboso recordatorio de lo que ocurría cuando dejabas de prestar atención, cuando te quedabas tan anclado en tus costumbres que no podías ver nada nuevo.

Un día, se dijo, *un día descubriré de dónde viene esto. Y cuando lo haga, te encontraré, bastardo. Encontraré al hombre que realmente mató a Clay. El verdadero Rey Esqueleto.*

Drake gimió y se levantó de la cama. Le sorprendió que ya no tuviera la cabeza borrosa y congestionada al despertarse, algo a lo que, como a la falta de pesadillas, se estaba acostumbrando poco a poco.

Aunque seguía disfrutando mucho de su Johnny Red, y soñaba con el Blue que Ken le había ofrecido aquella noche lluviosa, había

reducido su consumo a un nivel que le aseguraba no tener que esperar hasta el mediodía para que la niebla alcohólica se despejara por fin.

Drake fue directo a la ducha. Mientras le caía el agua, sus pensamientos se dirigieron a Chase.

Sobre cómo se había lanzado sobre la granada que era el caso del Asesino de la Mariposa, sacrificándose para asegurarse de que ella pudiera seguir viviendo.

Y siguió viviendo.

Una sonrisa cruzó su rostro, pensando en el hecho de que ella ya se había convertido en detective de primer grado.

Ya casi es hora, pensó, *ya casi es hora de acercarse a ella, de volver a hablar.*

La verdad era que le gustaba Chase. Le gustaba su enfoque serio del trabajo detectivesco, de su vida, de *él* de entre toda la gente. Ella era la única de la 62 que echaba de menos. Ni a Simmons, ni a Yasiv, ni por supuesto a Rhodes.

Sólo el detective Chase Adams.

Bueno, Clay también, pero eso era un asunto completamente diferente.

Drake también admiraba el modo en que el detective Adams estaba dispuesto a saltarse las normas, sólo un poquito, para mantener a salvo a los ciudadanos de Nueva York.

Después de secarse con la toalla, Drake se puso unos vaqueros y una camiseta.

Había aspectos de su antigua vida que echaba de menos, pero llevar los mismos malditos chinos y la misma chaqueta deportiva no era uno de ellos.

Y si seguían llegando cheques como el que le había dado la señora Armatridge, bueno, mierda, las cosas que *sí* echaba de menos de ser detective podrían olvidarse pronto.

Pensar en la anciana me trajo una imagen a la mente. Estaba sentado frente a ella, con las manos acariciando nerviosamente unas perlas cómicamente grandes que le colgaban del cuello.

"Mi criada..." empezó, su voz adquiriendo la cualidad acuosa propia de las ensoñaciones, "ha estado matando gente".

La señora Armatridge sacó una carpeta de su sobredimensionado bolso y se la entregó. Drake supo, antes incluso de abrir la carpeta, que no iba a estar llena de imágenes de cubiertos de aspecto antiguo.

Era la fotografía de un hombre muerto, con el cuello torpemente doblado.

"Es igual, pero *diferente*", dijo la Sra. Armatridge, con voz más grave. "Se lo robé a Beckett".

Con la palabra Beckett, su voz cambió por completo; ahora era la voz de la joven doctora.

Drake negó con la cabeza.

Ahora no es mi problema, pensó. *Es problema de otros. Dejemos que los chicos y chicas de azul lo resuelvan.*

Drake cogió su teléfono de la cocina y lo encendió. Aún estaba aprendiendo a usar el maldito aparato -sus dedos parecían demasiado grandes para el teclado electrónico-, pero tenía que admitir que el equipo que Screech le había proporcionado era bastante impresionante.

Y una docena de veces más útil que el anterior.

"Hablando del diablo", murmuró cuando un mensaje de texto de Screech apareció en la pantalla.

Llegando a casa de la Sra. Armatridge. No creo que esto lleve más de unas horas.

Drake asintió y empezó a escribir su respuesta.

Tengo pepitas que hacer hoy. Te voy a jingle.

Maldijo.

¿Jingle tú? ¿Qué demonios? respondió Screech.

Únete, corrigió Drake. *Me uniré a ti.*

La respuesta de Screech fue instantánea: un emoticono de risa.

Drake frunció el ceño.

Útil, y una colosal pérdida de tiempo.

Capítulo 7

FIEL A SU PALABRA, SUZAN Cuthbert llegó al despacho de Beckett poco antes de las tres y media de la tarde. Había terminado de corregir tres de los once exámenes -todos aprobados, algunos por los pelos- y se tomaba un descanso para revisar el de Suzan cuando llamaron a su puerta.

"Adelante", dijo, sin levantar la vista.

Suzan había dado en el clavo en el primer caso. Había escrito el diferencial como "homicidio", pero el diagnóstico principal, la causa *correcta* de la muerte, figuraba como *asfixia posicional*, probablemente debida a intoxicación etílica.

Se le dibuja una sonrisa en la cara.

Era buena. *Muy buena*. La mayoría de su residencia había acertado la respuesta -después de todo, era el más fácil de los ocho casos-, pero ella fue la única de los tres primeros que había calificado que se dio cuenta de la botella de vodka medio vacía que asomaba por debajo de una esquina de la desordenada colcha.

"¿Dr. Campbell? ¿Quería verme?", preguntó una vocecita.

Beckett dobló el papel del examen sobre la pila de los demás y sonrió cálidamente.

"Sólo Beckett, Suze", dijo. "Y entra, toma asiento".

Suzan hizo lo que se le pedía y lo miró con expectación. Si hubiera sido cualquier otra persona antes que él, Beckett se habría deleitado con su pequeña incomodidad, le habría permitido sentarse allí mientras él ordenaba su escritorio, se hurgaba la nariz, se rascaba las pelotas... hacía *lo que fuera* para prolongar la sensación.

No es que fuera un gilipollas, sino que su locura tenía un método. Años de trabajo con muertos le habían enseñado que sentirse incómodo hacía que uno trabajara más rápido, lo que podía llevar a pasar por alto posibles pruebas o diferencias en la causa de la muerte. Al igual que el shock. Su objetivo era preparar a sus alumnos para ambas cosas, y por eso los trataba como lo hacía.

Y, además, fue muy divertido hacerlo.

"Quiero que seas mi TA, Suzan", dijo rápidamente.

Los ojos de Suzan se iluminaron.

¿"AT"? ¿En serio? No estoy seguro..."

Beckett la interrumpió.

"¿Crees que soy un buen médico, Suzan? No pretendo presumir, pero soy uno de los tres médicos forenses superiores de Nueva York -el más joven de los tres, debo añadir- y, como sabrás o no, soy profesor

en la Universidad de Nueva York."

Suzan empezó a sonrojarse y parecía a punto de decir algo, pero Beckett la detuvo inclinándose hacia delante.

"Conocía a Clay, era un gran hombre. Así que antes de que digas nada, que sepas esto: No te estoy pidiendo que seas mi AT por él. Te lo pido por *ti*. Creo que eres inteligente y que algún día serás un gran médico. Tal y como yo lo veo, si puedo meterte aquí ahora, quizá algún día trabajes para la oficina del forense. Así que, antes de que digas "*tengo que pensármelo"* o alguna tontería por el estilo, voy a suponer que la respuesta es sí".

Beckett se levantó rápidamente y buscó su abrigo en el respaldo de la silla. Se lo puso y luego sacó un gorro de lana del bolsillo y se lo puso sobre las orejas. Sólo era septiembre, pero parecía que los últimos vestigios de un cálido verano se les estaban escapando rápidamente.

Los meteorólogos, tan brutales como la mayoría de las veces, pronosticaban que la primera nevada llegaría en la tercera semana de septiembre.

"Y como esa respuesta es sí, tu primer trabajo es calificar estos exámenes", le dijo, pasándole la pila de exámenes. Suzan parecía nerviosa, avergonzada y un poco confusa, y varios de los exámenes cayeron al suelo. "Ya he hecho la mayoría, pero termina el resto, ¿quieres?".

Beckett estaba en la puerta cuando Suzan por fin consiguió hablar.

"P-p-pero, ¿dónde está la hoja de soluciones?"

Beckett, de espaldas a ella, sonrió.

"Mira tu test para ver las soluciones", dijo, y luego dejó a Suzan sola en su despacho.

Capítulo 8

La señora Armatridge -cuyo nombre de pila Drake supo por el cheque que había ingresado de inmediato era Greta- vivía en una casa adosada grande y de aspecto sencillo en la parte alta de Manhattan. Drake se fijó en el coche de Screech, un flamante Tesla, aparcado al otro lado de la calle, y arrastró su Crown Vic detrás de él. Frotándose las manos para calentárselas, se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Estaba abierta y entró sin llamar.

Modesta desde el exterior, el interior de la casa de Greta Armatridge era un animal completamente distinto.

Era como entrar en una dimensión alternativa, una dimensión en la que todo estaba recubierto de metales preciosos o de tejidos raros y apretados.

Lo primero en lo que se fijó fue en las molduras de corona que perfilaban un artesonado de tres metros de altura; lo segundo, en los suelos originales, tan pulidos que podía distinguir su propio reflejo en ellos. En el suelo había muebles enormes adornados con intrincados brazos y patas tallados a mano. Las paredes granates estaban cubiertas de espejos de diversos tamaños y formas, y lo que Drake sospechaba que eran óleos originales envueltos en marcos de oro dorado.

Una vez superada la sorpresa por la diferencia entre el interior y el exterior de la casa de Greta, Drake se aclaró la garganta y gritó: "¿Screech? ¿Estás aquí?"

La cabeza del hombre asomó por detrás de una escalera, con los ojos muy abiertos.

"Jesús, me has dado un susto de muerte. ¿Has pensado en llamar a la puerta?"

Los ojos de Drake se entrecerraron.

"No importa. De todos modos, terminando aquí. Sólo estoy instalando la última cámara. ¿Quieres echarme una mano?"

Drake dijo que sí y se dirigió hacia Screech.

La escalera tras la que se había escondido su compañero era grande y ornamentada, como todo lo que había en la casa, y estaba utilizando la parte inferior de la propia escalera para disimular una cámara del tamaño de un dólar de plata.

"¿Eso es todo?" preguntó Drake, maravillado ante el diminuto aparato de grabación.

"Sí, eso es. Ya he puesto otros tres. Una en la cocina, otra en el despacho y otra en el dormitorio, claro".

Drake enarcó una ceja al oír esto, recordando su conversación con la señora Armatridge.

A veces, con estas cámaras, captamos cosas que son... cómo decirlo delicadamente... no sólo robos. Cosas que están fuera del ámbito de lo que uno podría considerar ordinario, le había advertido.

¿Y qué mejor lugar para grabar estas cosas que el dormitorio?

"Sujeta la silla, ¿quieres?" preguntó Screech.

Drake frunció el ceño al ver las polvorientas pisadas del hombre ensuciando el cojín de lo que parecía una silla en la que un conservador de museo podría plantar el culo después de un largo día y de que todo el mundo se hubiera ido a casa.

Screech se inclinó hacia delante, presionando la cámara contra la parte inferior de la oscura escalera de madera.

"Ve allí junto al sofá, hazme saber si puedes verlo o no."

Drake retrocedió varios pasos y, al hacerlo, se sorprendió al ver que la cámara desaparecía, confundiéndose con la madera, convirtiéndose en un nudo u otra imperfección de ese tipo en la superficie natural.

"Vaya", dijo. "Ni siquiera sabría que está ahí".

"De eso se trata", dijo Screech con una sonrisa. Se inclinó hacia delante y pulsó un botón oculto de la cámara. Se encendió una lucecita roja, pero un segundo después parpadeó.

"Ya está", dijo, bajando de un salto de la silla. Procedió a quitar el polvo del cojín de terciopelo verde oscuro. "Todo listo".

"¿Eso es todo?" preguntó Drake. Todo parecía casi demasiado fácil.

Demasiado fácil para diez de los grandes, de todos modos.

Screech inclinó la cabeza hacia un lado y empujó los labios hacia arriba.

"Eso es. Pásame tu teléfono y lo prepararé".

Drake se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Se lo entregó, pero Screech se lo devolvió de inmediato.

"La contraseña".

Drake sonrió y tecleó el código de cuatro dígitos para desbloquearlo antes de devolvérselo.

¿Qué había dicho Chase? Diez mil combinaciones posibles... Sí, deberíamos volver a vernos, pensó Drake.

Había pasado suficiente tiempo para que ser vista con él no perjudicara su carrera.

Screech pasó varios minutos haciendo algo con el teléfono de Drake inclinado de forma que sólo él pudiera verlo, antes de devolvérselo.

"Ya está", dijo. Drake miró su teléfono y se sorprendió al ver que su pantalla se había dividido en cuadrantes. Los tres primeros mostraban escenas de la casa -la cocina, el despacho y el dormitorio-, mientras que en el cuarto aparecían Screech y él mismo. Por costumbre, Drake agitó una mano en el aire y vio cómo su representación digital

reflejaba sus movimientos. La imagen era cristalina, prístina, y el retardo era inferior a un segundo.

"Mierda, eso está muy bien", murmuró para sí mismo.

"Debería serlo, teniendo en cuenta el precio que pagaste por ella", respondió Screech mientras empujaba la silla debajo de una gran mesa de comedor.

Drake enarcó una ceja.

"¿Quiero saberlo?"

Screech soltó una carcajada aguda.

"No. No quieres saberlo. Es mejor así", hizo una pausa y se mordió el labio. "¿De verdad crees que vamos a sacar algo en cámara?".

Drake se encogió de hombros, recordando la certeza acérrima en la voz de Greta Armatridge el día anterior.

"Quizás. No lo sé. No importa, supongo. Lo que importa es que la Sra. Armatridge sigue pagando y nosotros seguimos vigilando".

Screech asintió.

"Hablando de eso, me está entrando hambre. ¿Qué tal si desayunamos? Tú pagas".

***

El primer instinto de Drake fue dirigirse a Patty's, pero cambió de idea en el último momento. No había estado allí desde su último encuentro con Iván, y le preocupaba que le trajera recuerdos que prefería mantener bajo llave.

El hueso del dedo en su bolsillo era suficiente recordatorio.

En su lugar, dejó que Screech eligiera el sitio para desayunar.

El hombre no dudó.

"Oh, sí, conozco el lugar perfecto", dijo con una sonrisa.

Para consternación de Drake, Screech eligió una pequeña cafetería con una cola que rodeaba casi todo el edificio. Sólo consiguieron sentarse porque Screech se hizo amigo del dueño -un hombre corpulento y sudoroso con motas de harina en casi todo el cuerpo-, que los acomodó en una mesa improvisada cerca de la cocina.

Drake tomó asiento, al igual que Screech, y el camarero se puso a su lado de inmediato.

"Eh, Screech, ¿quieres lo de siempre?", preguntó la mujer, que aparentaba unos cincuenta años, entre mascada y mascada de chicle.

"Pero por supuesto, Linda. Y mi amigo aquí..." miró a Drake. "¿Te gustan las tortitas? Mierda, claro que sí. A todo el mundo le gustan. Tráele una orden del especial: una pila de arándanos con una guarnición de tocino. ¿Te parece bien?"

"Me parece bien", dijo Drake encogiéndose de hombros. "Y un café negro".

La mujer asintió y empezó a girarse, cuando Drake alargó la mano y le tocó suavemente el brazo.

"Y un periódico, si tienes".

"Claro", contestó, y luego gritó a la cocina. "Mark, Screech quiere el especial, y su amigo quiere una pila de azul con un lado de cerdo".

Drake se encogió ante la intensidad de su voz. Cuando se volvió hacia Screech, se sorprendió al verlo sonreír.

"Sabes que puedes ver las noticias en tu teléfono".

"Lo sé, pero soy un tipo sensible."

Screech soltó una risita.

"Mientras no te pongas sentimental conmigo, me parece bien. Y te va a encantar este lugar, por cierto. Como dice tu tocayo, *agradécemelo después*".

Capítulo 9

BECKETT ESTABA A MEDIO CAMINO DE su coche después de dejar a Suzan cuando su teléfono empezó a sonar. Normalmente estaba en silencio, pero cuando oyó el tema musical de BAD BOYZ, contestó inmediatamente.

"Dr. Campbell", dijo.

Como de costumbre, la voz que respondió fue cortante, brusca y directa.

"Hay un aparente suicidio en el 529 de la 3ª Avenida, Manhattan."

Beckett levantó los ojos y miró a su alrededor. Estaba en el exterior del Centro Médico de la Universidad de Nueva York, y se le ofrecía una vista clara del complejo de la Universidad y el Hospital Tisch en el cielo de la tarde: brillante, pero también menguante, como helado derritiéndose.

Casi podía ver la 3ª Avenida desde donde estaba.

"¿Otra vez? ¿3ª Avenida?"

"Correcto. Aparente suicidio. La oficina del forense dijo que usted podría estar en la zona, dando un curso en la NYU. El oficial en escena lo reportó como cortado y seco-un trabajo para alguien más junior-pero si estás cerca."

Beckett cruzó la calle a toda prisa, tendiendo la mano para frenar a varios taxis, y finalmente llegó hasta su coche.

"Estaré allí en diez minutos", dijo, abriendo el maletero y sacando su maletín negro. La Tercera Avenida estaba tan cerca que era mejor ir andando.

Fiel a su palabra, Beckett llegó a la entrada del rascacielos en menos de diez minutos.

La puerta principal estaba abierta y había un coche de policía aparcado delante, con las luces encendidas.

No había nada fuera de lo normal; un suicidio no requería ninguna pompa y circunstancia, y una ambulancia claramente no era necesaria.

Y, sin embargo, Beckett tuvo una sensación de hundimiento en la boca del estómago.

Aquí pasa algo.

Había perdido la cuenta del número de escenas del crimen en las que había estado durante su mandato como médico forense, y había visto algunas cosas atroces en su día, la menor de las cuales era una oruga metida en la boca de un muerto.

¿Suicidios? Había estado en muchos, y ahora los dejaba en manos de colegas más jóvenes. Y sin embargo... no podía evitar la sensación

de *que* algo iba mal aquí.

Beckett tragó saliva y se acercó a la puerta. Al hacerlo, un agente uniformado estaba a punto de salir y detuvo el avance de Beckett.

"Dr. Campbell, forense", dijo, mostrando su maletín médico negro. El agente asintió y se hizo a un lado.

"Aviso: hay una amiga histérica del fallecido ahí dentro", dijo el agente, encogiéndose dramáticamente.

Como si nada, un fuerte grito le siguió fuera del edificio de apartamentos.

Beckett ladeó la cabeza como diciendo*: "Vaya, ahí está",* y cruzó la puerta.

Entró en el vestíbulo y vio varias docenas de zapatos en un estante de plástico a un lado. Había una escalera a un lado que llevaba a los apartamentos de las plantas superiores, pero estaba claro que el que le interesaba a Beckett estaba en la planta principal. El gran número de estudiantes que había frente a la puerta abierta del apartamento era un indicio de que probablemente se trataba de una casa compartida por estudiantes universitarios, sobre todo dada la proximidad al campus.

Beckett atravesó esta segunda puerta e inmediatamente vio a dos agentes que luchaban por levantar del suelo a una mujer de pelo rubio histérica.

"¡No se suicidó! No lo haría!", gritó con voz chillona.

Uno de los agentes sintió su presencia y se volvió hacia él.

MÍ, dijo Beckett, y el agente de policía, un hombre de rostro severo con una fina perilla, ladeó la cabeza hacia la izquierda.

Beckett asintió y se dirigió rápidamente en esa dirección, apresurándose para no ser observado por la mujer que sollozaba. Miró a su alrededor mientras avanzaba por un estrecho pasillo y no observó signos evidentes de lucha. Claro que las paredes estaban abolladas y había docenas de manchas oscuras de dedos a lo largo de ellas, pero no le pareció que aquello estuviera fuera de lugar en aquella casa.

Durante su carrera de medicina y la mitad de su residencia en patología, Beckett había vivido con otros tres hombres. No le avergonzaba admitir que habían sido unos vagos. Unos vagos increíblemente ocupados, pero vagos al fin y al cabo. Dejaban que el desorden se acumulara durante todo un mes. Luego reunían dinero para contratar a un equipo de limpieza que se encargara de todo. Siempre hacían estos arreglos por teléfono, presentándose como médicos responsables que estaban demasiado ocupados salvando vidas como para mantener su casa limpia.

Esto funcionó... durante un tiempo. Los equipos de limpieza venían y hacían lo que podían con el lugar, pero cuando Beckett o alguno de los otros inquilinos llamaba al mes siguiente, les daban largas. Al

final, agotaron la guía telefónica de servicios de limpieza. Su salvación fue que Beckett acababa de empezar una rotación en la oficina del forense y pasaba la mitad del tiempo en el depósito de cadáveres. Por pura casualidad, conoció a un hombre varios años más joven que él llamado Thomas Wilde, que estaba ayudando a desarrollar un proceso para obtener firmas a partir de muestras de ADN muy degradadas. Por aquel entonces, Thomas estaba terminando sus estudios superiores de bioquímica y genética, pero también era empresario. Y uno de sus negocios era una empresa de limpieza de escenas del crimen. Por aquel entonces, Tom era joven y entusiasta, y estaba deseando ganarse el favor de Beckett y de la oficina del forense.

A cambio de limpiar su apartamento todos los meses, Beckett se aseguraba de recomendarle a él y a su empresa para trabajos de limpieza después de que el forense despejara la escena del crimen. Los dos se habían hecho amigos rápidamente -irónicamente, dado lo mal que le trataban los otros servicios de limpieza- y hasta el día de hoy su amistad continuaba, mientras que la empresa de Tom crecía hasta convertirse en el principal equipo de limpieza de escenas del crimen de toda la ciudad de Nueva York.

Este lugar no estaba tan mal como el de Beckett, pero distaba mucho de estar limpio. La evidencia sería difícil de discernir de la basura.

¿Pruebas? Esto es un suicidio, Beckett, no un asesinato.

Y, sin embargo, la sensación en las tripas que le había golpeado por primera vez en la entrada seguía carcomiéndole.

Aquí pasa algo.

La primera habitación a la que llegó Beckett tenía una tira de cinta adhesiva amarilla sobre la abertura, pero no fue eso lo que primero le llamó la atención. Ese honor correspondía al olor, una mezcla de orina rancia y heces agrias.

Le recordaba a un retrete atascado.

Respirando ahora por la boca, Beckett avanzó a zancadas, agachándose bajo la cinta amarilla.

El dormitorio estaba a oscuras, la única ventana cubierta con una sábana que sólo dejaba penetrar el sol de la tarde en volutas grises. La cama estaba deshecha y el escritorio de tableros de partículas baratos estaba cubierto por varios libros de texto, la mitad de ellos abiertos.

Una única placa del techo estaba rota sobre la alfombra, lo que hizo que Beckett mirara inmediatamente hacia arriba. En el hueco dejado por la baldosa que faltaba, vio una cuerda amarilla descolorida enrollada alrededor de una tubería de agua enterrada en el techo.

El otro extremo estaba enrollado alrededor del cuello de un hombre.

El cadáver colgaba bajo la luz gris, de espaldas a la puerta. Su

cuerpo estaba rígido, lo que indicaba que se había instaurado el rigor mortis, lo que daba a Beckett una hora aproximada de muerte de entre ocho y veinticuatro horas. El hombre llevaba un par de vaqueros, cuya parte trasera estaba oscura cuando su vejiga e intestinos se habían desprendido al morir.

Una mosca zumbó en algún rincón de la habitación, atraída por el olor, que se intensificó a medida que Beckett avanzaba. El hombre llevaba los zapatos puestos, lo que a Beckett le pareció extraño, pero no inaudito. Al fin y al cabo, se trataba claramente de la habitación de un estudiante, un estudiante ocupado además, y los estudiantes ocupados no solían tener en cuenta el estado de la alfombra cuando se avecinaba un examen final.

Mientras avanzaba hacia la parte delantera del cadáver, Beckett siguió tomando notas mentales. Empezando por los zapatos, desatados notó, sus ojos se movieron lentamente hacia arriba, observando la mancha oscura de la entrepierna, y la camiseta blanca del hombre, lisa y sorprendentemente limpia.

Cuando su mirada se posó en el rostro del hombre, prestó atención a la espuma en las comisuras de los labios, a los moratones de color púrpura oscuro alrededor del cuello. Los ojos del hombre estaban abiertos y ligeramente saltones, las hemorragias petequiales le daban un aspecto de pecas concentradas que claramente no le pertenecían.

Sólo cuando Beckett dio un paso atrás y apreció el rostro del cadáver en su conjunto, llegó por fin a comprender por qué estaba tan afectado por una sensación de inquietud.

Un sonido salió entonces de su boca, algo tan extraño que apenas lo reconoció como de su propia cosecha.

Después de más de una década ejerciendo la medicina, y la mitad del tiempo trabajando para la oficina del forense, el Dr. Beckett Campbell jadeó audiblemente en la escena de un crimen por primera vez.

Capítulo 10

"¿TE PUEDES CREER A ESTE puto tío?" refunfuñó Damien mientras ojeaba el periódico.

"¿Qué?" preguntó Screech con la boca llena de tortitas. "¿De quién estás hablando?"

Drake dio la vuelta al periódico. Screech echó un vistazo a la portada y volvió a comer sus tortitas.

"¿Y qué?"

Drake dio un sorbo a su café y volvió a darle la vuelta al periódico.

El titular, en negrita, decía: *Ken Smith lleva diez puntos de ventaja en la carrera por la alcaldía de Nueva York.*

"¿Y qué? ¿En serio? Este tío es un..." pero Drake no encontraba la palabra adecuada para terminar su frase.

¿Qué era Ken Smith, exactamente?

En un principio, Drake había pensado que aquel hombre era un monstruo, un bastardo sin corazón movido por el único impulso universal: el poder. Pero una parte de él se negaba a creerlo; al fin y al cabo, aquella noche había estado borracho cuando le invitaron a entrar en el piso de Ken, y podía haberle malinterpretado fácilmente.

No sería la primera vez; ¿no se había equivocado tanto con el Asesino de la Mariposa que casi le cuesta otro compañero?

"¿Él es qué?" Preguntó Screech. "¿Un gilipollas rico? ¿Un capullo pomposo? ¿Un bastardo retorcido que utiliza la muerte de su hijo para conseguir el voto de simpatía?".

Drake levantó los ojos y volvió a quedarse sin palabras. Screech estaba resultando ser más astuto de lo que creía.

Esto era *exactamente* lo que Drake sentía, en el fondo, enterrado bajo un edredón de su propia vergüenza, su propia culpa e insuficiencias.

Screech se encogió de hombros y tomó otro bocado de tortitas, con el sirope azul oscuro pegado a la comisura de los labios.

"Sí, es todas esas cosas. Pero, ¿y qué? ¿No lo son todos los políticos?"

Drake se lo pensó un momento antes de darle un bocado a sus propias tortitas. Screech tenía razón: estaban buenísimas.

Y también tenía razón sobre Ken Smith.

Era todas esas cosas, pero también era algo más.

Drake se llevó inconscientemente la mano al bolsillo y sus dedos rodearon el duro hueso que contenía.

También era un hombre de recursos.

"¿Estás bien? No quería ofenderte", dijo Screech.

Drake sacó la mano del bolsillo, dejando el hueso del dedo dentro y sacudió la cabeza.

Ya no es mi problema. He dicho mi parte, he expiado mis pecados. Es hora de seguir adelante.

"No, está bien, tienes razón. Buenas tortitas, por cierto".

"El mejor", dijo Screech tragando saliva. "Oye, déjame preguntarte algo... ¿lo echas de menos?".

"¿Extrañar qué?"

"Ser policía. Es decir, supongo que alguien de tu edad se divertiría vigilando el dormitorio de la señora Armatridge, pero tiene que palidecer en comparación con lo que estás acostumbrado, ¿no?". preguntó Screech con una sonrisa burlona.

La pregunta pilló a Drake por sorpresa. Había contratado a Screech únicamente por sus habilidades técnicas, su pericia con todo lo electrónico. Hacía mucho tiempo, cuando trabajaba en las calles de Nueva York como policía de patrulla, Drake había aprendido que el error más común en este campo era que la mayoría de la gente se asociaba con los que eran más parecidos a ellos. Un viaje de ego donde los haya: rodearse de hombres que "sí" y de cabezas huecas. Es cierto que te hace sentir bien por dentro, pero es una receta para el desastre. Sabía que lo mejor era trabajar con personas que complementaran tus habilidades, no que las reforzaran. Clay, por ejemplo, había sido el yin frío, tranquilo y sereno de su yang. Cabeza fría. Capaz de tratar con gente como el sargento Rhodes, mientras que a Drake le gustaba golpear cabezas.

Chase había sido más como él, pero ella tenía una forma de hablar a la gente, incluido él mismo, que les hacía sentirse lo suficientemente cómodos como para abrirse, sin que ni siquiera lo supieran.

Y en Investigaciones Triple D, Screech era el mago de los ordenadores, alguien con los conocimientos necesarios para instalar cámaras diminutas para grabar la vida privada de la gente. Drake llevaba casi seis meses trabajando con Screech y en todo ese tiempo no habían compartido ni siquiera su color favorito, por no hablar de algo íntimo.

Lo cual le había venido muy bien a Drake.

Ahora, sin embargo, ante una pila de deliciosas tortitas -la comida favorita de Screech, evidentemente-, estaba claro que el hombre quería abrirse.

Drake se tragó las tortitas y se mordió el interior del labio.

"No", mintió, clavando sus ojos en los de Screech.

El hombre enarcó una ceja.

"¿No?"

Drake sintió como si el hombre lo estuviera espiando, y cuando

sintió que su cara se sonrojaba, fue él quien finalmente apartó la mirada.

¿Por qué mentir? ¿Qué sentido tiene mentir?

"A veces", dijo en voz baja. "A veces lo echo de menos. Pero esa parte de mi vida ha quedado atrás. Ahora se trata de Triple D, de labrarme una pequeña vida".

Esta respuesta pareció satisfacer a Screech, que asintió y volvió a devorar sus tortitas. Drake hizo lo mismo, pero con algo menos de entusiasmo que antes.

Por alguna razón, de repente le supieron insípidos.

"Va a ganar, ¿sabes?", dijo Screech cuando su plato estuvo finalmente despejado.

Drake dio un sorbo a su café.

"¿Quién?"

Screech levantó la barbilla hacia el papel que colgaba del borde de la mesita.

"El abogado. Va a convertirse en el próximo alcalde".

Los ojos de Drake se desviaron hacia la imagen de Ken Smith, con una sonrisa blanca como el peral, el pelo tan perfecto que resultaba difícil imaginar que no fuera falsa.

Todo en el hombre parecía falso.

"¿Cómo lo sabes?"

se burló Screech.

"¿Quieres decir además de la ventaja de diez puntos?"

Drake gruñó.

"Bueno, porque tiene el apoyo del departamento de policía, para empezar. Y probablemente lo sepas mejor que la mayoría, pero una vez que un candidato tiene el apoyo de los chicos de azul, todas las demás fichas de dominó no tardan en caer en su sitio."

Los ojos de Drake recorrieron la fotografía, intentando averiguar de dónde había sacado Screech la información.

¿Es de conocimiento público que Ken sobornó a la fuerza? ¿Que Ken Smith tenía al Sargento Rhodes tan metido en su bolsillo trasero que podía oler los pedos del hombre incluso antes de que salieran de su culo?

Pensó que no; en todo caso, a la policía de Nueva York le gustaba guardarse para sí su funcionamiento interno. A no ser que un detective descontento y deprimido decidiera ponerse en contacto con el Times para hacer una revelación.

La fotografía del periódico mostraba a un sonriente Ken Smith, de pie frente a la biblioteca que Thomas había inaugurado sólo unos días antes de su muerte.

Y allí, a su lado, había un hombre con chaqueta deportiva, la cabeza vuelta hacia el edificio. El hombre estaba de perfil, con el rostro oculto por las sombras, pero Drake conocía la nuez de Adán por

todas partes, reconocía su contorno áspero, podía imaginársela subiendo y bajando como un molinillo con cada trago. Era un bulto que había contemplado durante años.

Era el Sargento Rhodes.

Drake entrecerró los ojos y se volvió para mirar a Screech, que estaba ocupado mordisqueando una loncha de tocino que había robado de su bandeja.

La verdadera pregunta, se dio cuenta, era cómo Screech sabía que ese hombre era el Sargento Rhodes.

Capítulo XI

Trabajó en silencio, quitando lentamente la ropa al hombre inconsciente. El hombre desnudo tenía sobrepeso, al borde de la obesidad mórbida, con la piel de un blanco pastoso y mechones de vello oscuro que le cubrían esporádicamente el pecho y la parte superior de los brazos. Por suerte, ya estaba en la bañera, lo que agradeció el hombre de los guantes negros.

Dudaba que hubiera sido capaz de meterlo allí él solo.

Satisfecho, el hombre se echó hacia atrás y observó a su víctima, que estaba desplomada en la bañera de plástico barato, con un brazo gordo colgando del lateral y el otro aplastado contra la pared de azulejos. Su enorme pecho se elevaba lenta y rítmicamente con cada respiración entrecortada. Tenía el rostro plácido y las mejillas hundidas. Observó al hombre, como había hecho con los demás, durante un breve instante, mirando y escuchando el aire que le salía por la nariz y la boca.

El gordo de la bañera se estremeció ligeramente, lo que puso en movimiento al hombre de los guantes. Se inclinó hacia delante y agarró la mano pálida de la víctima. En ella colocó el gran cuchillo de metal que había cogido de la cocina. Luego rodeó con sus dedos la mano del otro hombre, apretando los dedos regordetes alrededor del mango.

Sin vacilar, raspó la hoja sobre la muñeca derecha del hombre, moviéndose desde la base de la palma hasta la mitad del codo. El cuchillo dejó una línea gris a su paso, que permaneció inactiva durante casi un segundo entero. Y entonces la sangre empezó a brotar de la hendidura, un goteo lento que pronto se convirtió en un chorro constante.

El hombre se revolvió y sus párpados se agitaron. Un gemido salió de su boca.

Soltando la mano de la víctima, cambió el cuchillo a la otra palma y repitió el proceso en la muñeca izquierda. Cuando esta herida empezó a bombear sangre, el hombre se despertó de repente.

"¿Qué está pasando?", balbuceó.

Unas rayas rojas salpicaron la bañera blanca y salpicaron la pared mientras intentaba adoptar una postura más erguida.

Era inútil; estaba demasiado gordo y ya había perdido demasiada sangre.

Por un breve instante, sus miradas se cruzaron, y el hombre cruzó tranquilamente sus manos enguantadas sobre la rodilla, observando de

nuevo al gordo.

"Duerme bien, amigo mío. Duerme bien, sabiendo que has servido a una causa digna", susurró mientras veía morir al hombre.

Capítulo 12

BECKETT INTENTÓ A TIENTAS SACAR EL teléfono del bolsillo. Era una tarea casi imposible; de pronto sintió que se le hinchaban los dedos y que su destreza quirúrgica le abandonaba.

Se sentía como un niño pequeño intentando liberar sus dedos de la trampa china para dedos. Al final, consiguió sacar el teléfono, pero había olvidado a quién quería llamar.

Una mano cayó sobre su hombro y Beckett chilló, apartándose de un salto.

"Woah, Doc, ¿estás bien?"

Beckett giró la cabeza para mirar a uno de los agentes uniformados que había reconocido en el piso de abajo. El hombre lo miraba con desconfianza.

"Por fin conseguimos sacar a la chica del apartamento... parece que era una buena amiga del fallecido... afirma que no fue un suicidio. Dice que el hombre no se suicidaría, de ninguna manera", vaciló. "¿Lo fue? ¿Fue suicidio?"

Beckett abrió la boca para decir algo, pero no le salió ninguna palabra. Se limitó a permanecer de pie, temblando ligeramente, con sudor formándose en su frente a pesar del aire frío que se filtraba hacia él desde la puerta abierta a sus espaldas.

El agente se adelantó y fue a ponerle de nuevo una mano en el hombro.

Beckett se retiró.

"No me toques", consiguió balbucear. El agente se quedó mirando un momento, con confusión y luego dolor en su joven rostro. "Lo siento. De repente no me encuentro muy bien".

La expresión del oficial se suavizó.

"No pasa nada. Seguro que es el tiempo. Ya sabes, el pelo mojado y el aire fresco y todo eso".

Beckett resistió el impulso de reprender al hombre, de llamarle idiota. Nadie enfermaba por el aire frío.

"Sí, debe ser", dijo en su lugar. Luego, respirando hondo, se volvió hacia el ahorcado.

Se llamaba Dr. Edison-Eddie-Larringer y era alumno de la clase de patología forense de Beckett. De hecho, Beckett se dio cuenta de que Eddie era el que había faltado al examen ese mismo día.

Supongo que ésta es una razón tan buena como cualquier otra para faltar a un examen, no pudo evitar pensar Beckett. Y entonces se le revolvió el estómago. De todas las horribles escenas de homicidios a

las que había asistido, que habían sido muchas, ni una sola vez se había encontrado con el cadáver de alguien que conociera.

"Bueno", dijo el oficial en voz baja. "¿Fue suicidio?"

Beckett se armó de valor y observó el cuerpo de nuevo, pensando en cómo Eddie había ido bajando el ritmo últimamente, sus respuestas en clase eran cada vez más erráticas. Eran claros signos de estrés, y sus notas se resentían por ello. De hecho, Beckett ya había llegado a la conclusión de que retrasaría a Eddie un año, sólo para asegurarse de que estaba preparado para las grandes ligas.

Y ahora... *esto*.

Al levantar la vista hacia Eddie, Beckett se dio cuenta de que había algo extrañamente familiar en la forma en que colgaba, en la forma en que sus ojos sobresalían y estaban rodeados de vasos sanguíneos rotos.

Tragó saliva.

"Sí", dijo con voz seca. "Ciertamente parece un suicidio. Embolsemos sus manos como evidencia por si acaso y bajémoslo, ¿de acuerdo?"

Capítulo 13

Por mucho que lo intentara, Drake no podía evitar la sensación de que algo iba terriblemente mal. Y por alguna razón, tenía la ligera sospecha de que tenía algo que ver con el joven médico, Eddie Larringer.

Después de las tortitas, pasó el resto del día bebiendo whisky y observando los aburridos meandros de la señora Armatridge y su marido, que, para que conste, estaba confinado a una silla de ruedas el noventa por ciento del día. Esto no le ayudó a ignorar la molesta sensación en sus entrañas.

Este es diferente; no es la misma persona, no es el mismo crimen. Ha sido un montaje... ha sido asesinado.

Drake estaba sentado en el desgastado sofá de su apartamento, con una copa en la mano y el móvil en la otra. La televisión estaba encendida de fondo, pero aunque le presionaran le habría costado mucho contar lo que pasaban.

Y luego estaba el hueso del dedo sobre la mesa de cristal, tirado como un montón abandonado de sal.

Vio cómo la Sra. Armatridge se dirigía a la cocina, se decía algo a sí misma y cogía un cuchillo grande. La mujer lo sacó del bloque y lo sostuvo a la luz. En su reflejo, Drake vislumbró una pequeña sonrisa en su curtido rostro.

¿Qué está haciendo? se preguntó, agradecido por la distracción.

Un parpadeo de movimiento en el cuadrante superior derecho le llamó la atención. La criada, una tal Consuela Ortiz, estaba ayudando al señor Armatridge a levantarse de la cama. Mientras se inclinaba hacia delante, poniendo sus pechos a la altura de la cara del hombre, le ayudó a balancear las piernas sobre el lateral de la cama. Pero eso no fue todo lo que hizo; Drake habría jurado que vio su mano pequeña y bronceada pasar por su regazo.

Esto en sí mismo no habría parecido fuera de lugar -después de todo, estaba ayudando al hombre a sentarse en su silla de ruedas y el contacto incidental era de esperar-, pero fue su cara la que hizo que Drake frunciera el ceño.

Una sonrisa, lo suficientemente amplia como para mostrar un destello de dientes blancos, apareció fugazmente en el joven rostro de Consuela.

Sus ojos se desviaron hacia la señora Armatridge, que, curiosa, pasaba el dedo por la hoja del cuchillo como probando el filo.

Drake dio un sorbo a su bebida y sacudió la cabeza, reprendiéndose

en silencio por esos pensamientos morbosos.

Todo eso está en el pasado, Drake. Esto no es una escena del crimen, ya has terminado con eso. Has seguido adelante. Contrólate.

Y entonces se le ocurrió una idea.

Debería salir. Ir a un bar. Conocer a alguien. Una mujer, tal vez.

Sus ojos se desviaron hacia el hueso del escritorio y, por primera vez desde que Iván había dejado el sobre sobre la mesa del Patty's Diner, no sintió la punzada de culpabilidad que lo acompañaba.

Drake apagó el teléfono, lo puso sobre la mesa junto al hueso y se levantó. Estiró la espalda, suspiró, y luego se dirigió a su dormitorio.

Sí, pensó con algo parecido al placer, *debería salir.*

Cogió una camiseta de cuello de pico limpia y unos vaqueros oscuros del cajón superior de su cómoda y se los puso.

Luego, con una sonrisa, se dirigió a la puerta principal, sin echar siquiera una mirada de reojo a su vida pasada.

***

Barney's era un pub local adornado con vidrieras en la fachada y una larga barra que se extendía a lo largo del local, construida con lo que había sido un enorme trozo de madera a la deriva. Encima de la barra había más grifos que barriles, pero aún así había suficientes barriles para satisfacer incluso a aquellos con gustos muy específicos de cebada malteada. El camarero era un hombre amable que le sacaba unos diez años a Drake -casi cincuenta más que cuarenta-, de mirada severa, pero con un aire que sugería cercanía.

O al menos, eso era lo que Barney's *había* sido tres o cuatro años atrás, cuando Drake y Clay habían pasado alguna que otra tarde de ocio entre sus puertas.

Ahora, sin embargo, Barney's era un animal completamente diferente. En primer lugar, la enorme puerta de madera había sido sustituida por dos señores corpulentos con camisetas negras dos tallas más pequeñas. De hecho, no parecía haber ninguna puerta. Detrás de estos dos hombres, Drake pudo ver que la enorme barra había sido sustituida por algo elegante y negro, y las gastadas cabinas de cuero a las que Drake se había acostumbrado habían sido usurpadas por mesas hasta la cintura hechas de algún tipo de material reflectante. El interior del Barney's era tenue, pero al entrecerrar los ojos en la oscuridad, ésta se vio repentinamente interrumpida por brillantes destellos de luz.

Drake sabía que estaba haciendo una mueca, pero parecía que no podía borrar la expresión de su cara.

Barney había pasado de ser un león majestuoso a una especie de leopardo de neón autista.

A pesar de su aprensión, Drake dio un paso adelante. Al hacerlo, los gorilas se acercaron unos a otros, bloqueando la puerta abierta.

"A la mierda con esto", refunfuñó Drake y se dio la vuelta, decidido a volver a su coche y alejarse de aquel adefesio eléctrico.

Pero una voz interior, que de algún modo consiguió atravesar el ruido sordo de la música de baile, gritó su nombre.

¿"Drake"? ¿Eres tú? ¡Jesucristo! ¡Trae tu culo aquí!"

Drake se volvió y entrecerró los ojos con fuerza. Al hacerlo, las luces estroboscópicas parpadearon y pudo ver al camarero, al hombre al que conocía como Mickey Roots. Su expresión severa había desaparecido y su rostro estrecho parecía haberse rellenado ligeramente, ayudado por la presencia de un espeso bigote gris.

"¡Eh, Tweedle-Dee y Tweedle-Dum, dejadle entrar! Dejad entrar a Drake". gritó Mickey, agitando un brazo dramáticamente.

Los porteros fruncieron el ceño, pero se separaron para dejarle pasar.

Y, sin embargo, Drake dudó. Una parte de él pensaba que aquel bar se había convertido en una especie de portal que le transportaría a otra dimensión.

No era él.

Era el *viejo* Barney, esto era... esto era como el título de una de las primeras novelas de Tom Wolfe.

Pero, ¿por qué se aferraba al *viejo Barney*? El viejo Barney significaba quedarse en casa, mirando el móvil, el hueso del dedo, pensando en Clay y Chase y en tiempos pasados.

"A la mierda con esto", repitió, sólo que esta vez, se sintió bien al decir las palabras. Con la cabeza alta por primera vez en una eternidad, se dirigió hacia la puerta abierta. Al pasar junto a los gorilas, dijo: "Gracias, caballeros".

Capítulo 14

Beckett entró a trompicones en su despacho de la Universidad de Nueva York, respirando agitadamente. La imagen de la cara de Eddie, con los ojos desorbitados y espuma en las comisuras de los labios, estaba grabada en sus retinas, grabada en su mente.

Estaba tan angustiado que al principio no se dio cuenta de que Suzan seguía sentada en su mesa.

"¿Dr. Campbell?", dijo ella en voz baja, haciéndole dar un respingo. Se secó el sudor de la frente y luego se llevó la mano a la cara, confuso y preocupado porque aún temblaba. "¿Se encuentra bien? No tienes buen aspecto".

Beckett se quedó mirándola un momento, sin poder evitar ver cómo sus ojos se abrían de par en par, su lengua se volvía morada e hinchada y colgaba de su boca en forma de corazón.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y tuvo que sacudir físicamente la cabeza para recuperar el control de sí mismo.

"Estoy bien", dijo, y luego se mordió el interior del labio. "Yo no, en realidad. Oye, ¿has terminado de corregir los exámenes?"

Suzan frunció el ceño.

"En la última", le informó. "Pero realmente creo que deberías repasarlas por si acaso. Algunas de las respuestas..."

Beckett hizo un gesto despectivo con la mano.

"No me importan las respuestas. ¿Te encontraste con el examen para Eddie Larringer?" preguntó, sabiendo ya la respuesta.

Suzan bajó la mirada y hojeó la pila de exámenes.

"No, no lo creo."

Beckett sintió que el corazón le palpitaba en el pecho.

"¿Se saltó el examen?"

"Sí", susurró. Empezó a pensar un poco más en los acontecimientos del día, tratando de reconstruir por qué las cosas se sentían tan extrañas, cuando esta sensación premonitoria comenzó inicialmente.

¿Fue esta mañana en la cafetería, tomando su café habitual, cuando la mujer de penetrantes ojos azules chocó con él y derramó su café con leche sobre su blusa color crema? ¿Cuando le maldijo como si hubiera hecho algo malo?

No, no era eso. Era algo habitual en Nueva York.

Entonces, ¿qué?

¿"Beckett"? ¿Quieres que me vaya? ¿Que te deje sentarte? Aún no tienes buen aspecto".

"No", refunfuñó. "Sigue calificando, por favor".

Y entonces se dio cuenta. La extraña sensación se apoderó de él cuando las imágenes de PowerPoint empezaron a circular.

Fue la imagen del hombre que había muerto de asfixia posicional lo que le había puesto en ese camino.

Beckett chasqueó los dedos, haciendo que Suzan se sobresaltara.

¡Sí! ¡Eso es, el jersey era diferente!

"¿Beckett?"

Beckett se acercó a su lado del escritorio.

"Scooch", dijo, y ella deslizó su silla a un lado. Beckett se agachó y abrió el cajón de su escritorio.

Hacía dos días, alguien había dejado sobre su mesa una carpeta con imágenes del examen. En ese momento, pensó que se trataba del Decano de Medicina, pero había estado tan ocupado que no se había molestado en hacer un seguimiento.

Sólo que ahora, no estaba allí.

Se frotó la barbilla y entrecerró los ojos ante la miríada de bolígrafos de marca, pelotas antiestrés y memorias USB adornadas con uno u otro nombre farmacéutico.

"Suze, ¿puedes sacar las imágenes del examen en el ordenador?"

Suzan asintió y empezó a teclear en su ordenador. Lo había dejado abierto y no requería contraseña... en contra de la política del colegio, claro, pero a él no le importaban mucho las políticas.

Le importaba resolver problemas, misterios, y por alguna razón, a pesar de los signos evidentes de que Eddie se había suicidado, empezaba a pensar que aquí había algo más profundo.

Algo insidioso.

El PowerPoint empezó a funcionar y Beckett observó atentamente la imagen de la pantalla. Como era de esperar, mostraba al hombre doblado sobre su propio cuello. El hombre del jersey a rayas.

Es *diferente*, concluyó, recordando cómo las rayas habían sido verticales en la imagen que había quedado sobre su escritorio, mientras que éstas corrían horizontalmente.

La imagen pasó a la siguiente, esta vez la de un ahorcado. Suzan pulsó accidentalmente el ratón y apareció la siguiente diapositiva, que mostraba a un hombre obeso en una bañera, con las muñecas cortadas.

"¡Espera! ¡Vuelve!"

Suzan volvió a hacer clic y Beckett sintió que se le helaba la sangre.

"No", gimió, y por segunda vez en el día, por segunda vez desde que tenía memoria, Beckett sintió que el miedo le recorría.

La imagen era la de un hombre colgado del techo, con una placa del techo descolgada, un extremo de una cuerda desteñida enrollada alrededor de una tubería de agua y el otro alrededor del cuello.

El hombre estaba de espaldas al fotógrafo, pero Beckett pudo ver

claramente que llevaba unos vaqueros oscuros con una mancha sucia entre los dos bolsillos traseros. También llevaba una camiseta blanca limpia y un par de zapatillas Converse desgastadas, con los cordones desatados.

"Esto es... imposible", murmuró, parpadeando rápidamente, preguntándose si seguiría teniendo resaca o si la ayahuasca que se había tomado hacía un par de meses en Montreal estaría volviendo a atormentarle.

"¿Qué? ¿Qué pasa?" preguntó Suzan.

Beckett tragó saliva.

"Acabo... acabo de ver a este hombre, colgando del techo", jadeó. "Este es Eddie Larringer.

Capítulo 15

DRAKE ABRIÓ A TIENTAS LA puerta de su apartamento, mientras sujetaba la nuca de la mujer y sus labios se apretaban en un beso borracho y descuidado.

Maldijo cuando se le cayeron las llaves. Se la quitó de encima y se inclinó para cogerlas. Mientras lo hacía, la mujer empujó seductoramente las caderas hacia delante, moviendo su entrepierna, oculta tras el vestido de satén negro, en dirección a él. Drake se deslizó por su cuerpo, presionando sus vaqueros contra ella, observando cómo levantaba la barbilla y un suave gemido escapaba de su boca. Le besó la comisura de la mandíbula y finalmente consiguió abrir la puerta. La abrió de un empujón, rodeó su delgada cintura con los brazos, la levantó y entró en su apartamento.

Utilizó el tacón de su zapato para cerrar la puerta tras ellos.

Entonces Drake empezó a besarla de nuevo, respirando su aroma, el persistente regusto de su propio aliento cargado de whisky mezclado con la dulzura del Prosecco que ella había estado bebiendo.

Apenas llegaron al sofá. Drake había levantado el vestido de la mujer por encima de su cabeza y ahora la estaba besando en el cuello, los hombros, cada pálida y perfecta porción de piel que podía encontrar. Ella llevaba un sexy sujetador negro y bragas de encaje debajo del vestido, y en sólo unos segundos, él se las había quitado también.

Y entonces él también quedó desnudo. Drake bajó a la mujer al sofá, el sofá en el que había pasado muchas noches solo, y luego reanudó besándola, acariciándola y, finalmente, penetrándola.

Soltó un fuerte grito ahogado y su mano salió volando, golpeándose contra la mesita. Drake oyó el ruido de algo que caía de la mesa, pero no le prestó atención.

No duró mucho. Era bueno, pero hacía tiempo que Drake no estaba con una mujer y se notaba. Sin embargo, ella parecía satisfecha. Respirando agitadamente, Drake se apartó de ella y se sentó, levantándose los calzoncillos hasta la cintura.

La mujer empezó a trazar líneas en su espalda desnuda.

"¿Te importa si fumo?", preguntó suavemente.

Drake dijo que no le importaba y, en el último momento, añadió: "¿tienes uno para mí?".

Hacía tanto tiempo que no fumaba como el que llevaba sin acostarse con una mujer, pero cuando ella le tendió un Belmont y él le dio la primera calada, fue como si nunca lo hubiera dejado. Mientras

fumaba, se sirvió un trago de la botella de Johnny Red, ofreciéndole uno a ella primero.

Era guapa, con rasgos pequeños y aniñados, y el pelo rubio que le caía como una pluma por la cabeza. Pero fue su cuerpo lo primero que le atrajo de ella, desde el mismo instante en que entró en Barney's.

Liviano, musculoso y casi perfecto.

El único problema era que no recordaba su nombre.

Ella, en cambio, recordaba bien la suya.

"Drake", dijo distraídamente mientras daba una calada a su cigarrillo. El humo se mezclaba con el resplandor de la cereza encendida y daba a su bonita cara un aspecto casi etéreo. "Como el rapero".

Drake asintió. No era la primera vez que lo oía; de hecho, Screech se había acostumbrado a llamarlo exactamente así -Drake*, el rapero*- en varias ocasiones.

"Sí, pero yo soy el original", dijo Drake con una sonrisa de satisfacción. Dio un sorbo a su bebida y luego dio una calada a su cigarrillo.

Notó que la luz roja de su móvil parpadeaba y supo, gracias a la tutela de Screech, que tenía un mensaje esperando. Drake se acercó y lo cogió, deslizó el dedo por la parte inferior e introdujo el código para desbloquearlo.

Se equivocaba; no había ningún mensaje en espera; había media docena, y todos procedían del mismo número.

De Beckett.

Drake se quedó mirando el teléfono durante varios segundos.

"¿Todo bien, Drake?"

Drake se desplazó hasta la sección de mensajes de texto y leyó los primeros mensajes.

Drake, necesito tu ayuda.

Drake, contesta tu maldito teléfono.

Algo jodido está pasando, necesito tu consejo.

¿Eres un maldito detective o qué?

¿Drake?

¿DRAKE?

Sin pensarlo, pulsó el botón de la parte inferior, haciendo que la pantalla se oscureciera.

Ya no es mi problema, pensó, y luego se volvió hacia la hermosa mujer desnuda en su sofá, con una sonrisa en la cara.

Le quitó suavemente el cigarrillo de entre los dedos y observó cómo fruncía el ceño, confundida. Luego dejó caer su propio cigarrillo junto con el de ella en su vaso de whisky medio vacío, apagando ambos con un sonoro silbido.

"No pasa nada", dijo mientras se inclinaba de nuevo hacia ella.

"Nada, excepto que creo que debería mejorar mi actuación anterior".

Drake apretó los labios contra los de ella, disfrutando de su sorpresa. Cuando sus dedos trazaron una línea en el interior de su muslo liso, los ojos de ella empezaron a cerrarse lentamente y su respiración se volvió agitada.

He terminado con esa vida, esta es mi vida ahora.

Le cogió el pecho con la otra mano.

Y creo que me va a gustar.

Parte II - Accidental

Capítulo 16

CHASE ADAMS SE FROTÓ los ojos y vio cómo la cabeza del submarinista rompía la superficie del agua. Levantó un pulgar y Chase sintió que se le fruncía el ceño.

"Pon las luces allí", ordenó a un agente uniformado. El hombre asintió y empezó a arreglar una de las grandes lámparas grises.

Finalmente, apareció otro buceador junto al primero y también levantó el pulgar. Esta vez estaban bañados por una luz intensa que se reflejaba en la serena masa de agua.

"Entonces, suban el cuerpo", dijo Chase a quien quisiera escuchar. "Súbanlo y pónganlo en la orilla".

Luego sacudió la cabeza y maldijo en voz baja.

Iba a ser una noche larga, lo que significaba que ya no vería a su marido ni a su hijo durante seis noches seguidas.

Capítulo 17

BECKETT MIRÓ A Suzan, que rebuscaba entre los montones de archivos de su escritorio, en busca de la carpeta de imágenes que contenía lo que en un principio había pensado que era para el final de patología forense.

"¿Nada?", preguntó.

Suzan le miró con ojos cansados.

"No, no puedo encontrar ninguna fotografía en absoluto."

Beckett respiró hondo y cerró los ojos. Cuando el rostro de Eddie apareció en su campo de visión, los abrió de nuevo.

"¿Por qué no te vas a casa, Suze? Descansa un poco. ¿Tienes clase por la mañana?"

"Sí, pero no hasta las diez. Aún no es medianoche, puedo mirar un rato más".

Beckett se lo pensó un momento y decidió no hacerlo. Si no encontraba la carpeta ahora, no la encontraría nunca.

No estaba aquí, alguien había entrado y se lo había llevado.

¿Pero quién? ¿Y por qué?

¿Y por qué coño no contestas al teléfono, Drake?

"No está aquí", dijo rotundamente. "Pero si quieres quedarte, probablemente me vendría bien tu ayuda. ¿Se te da bien buscar cosas en Internet?".

Suzan hizo una mueca.

"Por supuesto, pero eso depende de lo que esté buscando, supongo".

Beckett se mordió el labio. Ni siquiera él mismo estaba completamente seguro, y empezaba a sentir que tal vez sólo había imaginado las comparaciones entre el cuerpo ahorcado de Eddie y la imagen de la prueba. Se había recusado del caso y había enviado a uno de los forenses subalternos a terminar el informe sobre Eddie y a traer el cadáver y buscar rastros, pero eso no significaba que no pudiera comprobarlo más tarde para asegurarse.

De hecho, sería irresponsable por su parte, en su calidad de Alto Representante en funciones, no revisar los resultados.

Podría haber sido una coincidencia, decidió. Después de todo, ¿cuántos suicidios se producían en Nueva York cada año? ¿Doscientos? ¿*Trescientos*? ¿Y qué antigüedad tenían las imágenes de la prueba? No eran *sus* imágenes, pero creía recordar haberlas visto cuando él mismo había hecho el examen final de patología forense hacía más de una década.

Así pues, era posible... y, sin embargo, ¿qué probabilidades había

de que le ocurriera a un joven médico a punto de someterse a esta misma prueba? Y si no era una coincidencia, ¿qué significaba?

¿Se suicidó Eddie de una forma que imitaba la propia prueba? ¿Una forma de castigar a Beckett como un irónico adiós final? Pero si es así, ¿cómo obtuvo las imágenes?

Beckett se aclaró la garganta y decidió contarle a Suzan lo que había visto.

"Esto es lo que pasa, Suze. Acabo de ir a la escena de un crimen y, al parecer, uno de mis alumnos se ha suicidado", señaló la imagen del hombre colgado en la pantalla. "Se parece casi exactamente a esto. Quiero decir, casi exactamente. Los mismos zapatos, falta una baldosa. La misma cuerda, la misma ropa".

Dejó que esto se asimilara por un momento. Beckett no estaba seguro de lo que esperaba como respuesta, pero no fue esta: una mirada perdida.

"Vale", continuó, tratando de despertar alguna emoción. "Pero hay algo más. ¿Conoces el caso de asfixia posicional?"

Suzan indicó que sí.

"Bueno, alguien puso una carpeta de imágenes en mi escritorio hace unos días. La primera imagen era de esa escena, sólo que era un poco diferente. El jersey no estaba del todo bien".

Suzan se apartó del ordenador, con los dedos sobre las teclas.

"¿Había otras imágenes en la carpeta?", preguntó.

Beckett se lo pensó un momento, antes de asentir.

"Sí, creo que había una pila de ellos. Pero sólo miré la primera. Pensé que era sólo una copia de las imágenes de la prueba, algo que un colega había dejado sobre mi mesa, y la metí en el cajón. Ni siquiera las miré todas".

Suzan asintió y volvió al ordenador. Mientras tecleaba, dijo: "¿Crees que alguien está asesinando a gente y escenificando sus muertes para que parezcan accidentes? ¿Como los suicidios de la prueba?"

Beckett sonrió satisfecho; a pesar de todo, no podía evitarlo.

Eso era *exactamente* lo que estaba pensando, sólo que no se había atrevido a decirlo en voz alta.

Pero no iba a dejar que se librara tan fácilmente.

"Tal vez", murmuró. "Tal vez".

Suzan siguió aporreando el teclado y sacó un bloque de texto. Movió ligeramente los labios mientras lo leía para sí misma y luego parafraseó a Beckett.

"Usted es el quinto profesor de la asignatura, que pasó a llamarse oficialmente patología forense hace unos treinta años", afirma con naturalidad. "La página web del curso no me da mucha información sobre los exámenes, sólo que habrá un componente práctico y otro

escrito. Creo... espera un segundo", Suzan se inclinó de repente hacia delante. Hizo clic en un enlace y la pantalla se abrió de repente en una presentación de PowerPoint. Hizo clic en varias páginas de notas y entonces apareció en pantalla la imagen del hombre que había muerto de asfixia postural.

Beckett se inclinó hacia él.

"Eso es. Esa es la imagen de la prueba".

"Sí. Estos son... los apuntes de clase de la Dra. Tracey Moorfield. Aparentemente, colgó sus apuntes en internet para que los estudiantes los miraran en casa."

Pasó por varias imágenes y notas más, antes de detenerse en la imagen del hombre que colgaba del techo.

Beckett se encogió al verlo.

"Entonces, ¿esto está disponible online, para todo el mundo?"

Suzan negó con la cabeza.

"No. Sólo para estudiantes y personal de la NYU. Y mira aquí-" volvió a hacer clic, y apareció un mensaje de error en pantalla, - "ni siquiera puedo descargar o crear una captura de pantalla".

Beckett se irguió y estiró la espalda.

"Gracias, al menos eso es algo para seguir adelante. Ahora vete a casa, Suze. Ve a clase mañana por la mañana, y te veré por la tarde. ¿A la misma hora?"

Los ojos de Suzan se entrecerraron.

"¿Adónde vas?"

Beckett esbozó una sonrisa.

"Voy a ver si encuentro a la Dra. Moorfield y le hago unas preguntas".

"¿Ahora? Es casi medianoche".

Beckett guiñó un ojo a la chica.

"Si sigue siendo profesora, entonces seguirá aquí. Confía en mí, la encontraré".

Y luego voy a averiguar dónde demonios está Drake, estuvo a punto de decir, pero se mordió la lengua en el último momento.

Capítulo 18

"¿ALGUIEN SABE ALGO DEL forense? ¿Está Beckett de camino?" preguntó Chase, mirando el cadáver. Calculó la edad de la fallecida entre veinte y treinta años, aunque llevaba tanto tiempo sumergida que era difícil saberlo con certeza.

La víctima tenía el pelo negro pegado al cuero cabelludo y las encías retraídas, lo que dejaba ver unos dientes blancos en una sonrisa sádica. Todavía llevaba puesta su ropa -una chaqueta de cuero y unos pantalones a juego-, pero la primera estaba abierta y dejaba ver la parte superior de un bañador negro, y la parte inferior estaba bajada y dejaba ver la parte inferior de un bañador a juego.

Sus manos eran probablemente las peores: la piel estaba arrugada y se había vuelto de un blanco pálido y fantasmal. En cuanto los submarinistas la sacaron del estanque y la tumbaron sobre la manta reflectante para recoger muestras y pruebas, la espuma empezó a burbujear en las comisuras de la boca. Ahora, una espuma de cinco centímetros de altura se extendía desde el orificio como una especie de experimento terrorífico.

Chase hizo una mueca.

"¿Alguien?", volvió a preguntar.

Un agente uniformado apareció a su lado.

"He intentado llamar al ME, pero no me contestan. ¿Quieres que siga intentándolo?"

Chase asintió.

"Intenta contactar con alguien de la oficina del forense. Lo intentaré con Beckett directamente. Que nadie toque el cuerpo hasta que yo lo diga, ¿entendido?"

La media docena de personas que se arremolinaban en torno al estanque, entrando y saliendo de las brillantes luces que habían erigido, refunfuñaron de acuerdo y luego siguieron a lo suyo.

Sea lo que sea eso.

Chase sacó el móvil del bolsillo y se volvió de espaldas a los demás. Recorrió su lista de contactos y observó, con una punzada de culpabilidad, que el nombre de Drake aparecía en la misma pantalla que el de Beckett.

Debería acercarme a él. Después de todo, me salvó la vida.

Las cosas entre ellos habían terminado de forma bastante amistosa y, aunque nadie se lo había dicho directamente, Chase sospechaba que Drake había caído sobre la espada -*su* espada- por los errores que habían cometido durante su persecución del Asesino de la Mariposa.

Investigaciones Triple D, pensó, recordando el nombre de la empresa de detectives privados que había encontrado al buscar su nombre en Google.

Debería llamarle, ir a tomar algo.

Entonces recordó el aliento de Drake, que apestaba a whisky, cuando se cernía sobre el cuerpo caído del Dr. Mark Kruk, convencido de que iba a matarlo.

Está bien, tal vez no una bebida. ¿Pastel, entonces?

El contestador de Beckett contestó y Chase dejó un mensaje.

"Beckett, soy Chase. Tenemos un cuerpo en un estanque de Central Park. Parece un ahogamiento, una prostituta, probablemente, excepto..." hizo una pausa.

¿Excepto qué?

Excepto que algo no parecía estar bien.

"Vamos a comprobar algunas de las cámaras, pero necesitamos que vengas a limpiar el cuerpo. Tú o alguien de la oficina del forense. Llámame cuando oigas esto. Chase."

Chase colgó y se volvió hacia el cadáver, agachándose sobre sus ancas. Inclinó la cabeza hacia un lado, contemplando sus ojos lechosos, la espuma que burbujeaba de su boca.

¿Cuál es su historia? se preguntó con una extraña abstracción. *¿Cómo acabaste aquí?*

Capítulo 19

La Dra. Tracey Moorfield tenía edad suficiente para estar jubilada, pero no lo estaba. Como la mayoría de los médicos, trabajaría hasta que fuera físicamente incapaz de funcionar o hasta que la universidad la echara. Pero como Tracey era titular, sólo lo primero era una posibilidad. Y a juzgar por el modo en que manejaba con destreza el bolígrafo en la mano izquierda, Beckett pensó que eso también estaba descartado.

Beckett encontró a la anciana doctora en su despacho, un pequeño cubículo escondido en la parte trasera del club de profesores. Le recordó brevemente la escena de Office Space, en la que obligaban al pobre Milton a trabajar en el almacén B. Pensó que algo así podría estar pasando aquí; con la titularidad, la universidad no podía obligarla a irse, solo podían hacer que se sintiera lo más incómoda posible.

Esbozando una cálida sonrisa, Beckett llamó ligeramente a la puerta entreabierta.

"¿Dr. Moorfield?", dijo en voz baja.

"¿Sí?", volvió la voz, antigua, pero fuerte.

Beckett abrió la puerta unos treinta centímetros más.

"Hola", dijo mientras contemplaba la escena que tenía ante sí. Beckett nunca había estado en el club de la facultad, a pesar de formar parte de ella; simplemente no había visto la necesidad de hacerlo. De hecho, dudaba que fuera bienvenido, incluso teniendo en cuenta su estatus. Cubierto de tatuajes, con el pelo rubio de punta en la cabeza y una forma de hablar que a menudo resultaba grosera, Beckett era una especie de paria entre sus compañeros.

Pero esto no le molestó.

Lo que le molestaba, sin embargo, era la actitud general y omnipresente de muchos de los médicos cascarrabias de antaño: una actitud de santidad que a menudo dirigía la construcción del pedestal sobre el que el público estaba demasiado ansioso por colocarlos. La mayoría de los médicos que conocía, sobre todo los que estaban atrincherados en el mundo académico, tenían un complejo de dios que rivalizaba con el del Papa en términos de grandiosidad.

Beckett supo al instante que la doctora Moorfield encajaba muy, muy bien en este molde. Mierda, probablemente estaba hecho específicamente para ella. Estaba en la forma en que su pelo gris estaba perfectamente peinado, cayendo justo por debajo de su barbilla en una especie de bob, y en la forma en que su blusa blanca estaba

inmaculada, incluso a medianoche en los recovecos remotos de un edificio que el conserje probablemente no habría sido capaz de navegar sin ayuda del GPS.

Su sola presencia parecía llenar el aire de partículas de ego como motas de polvo reluciente.

"¿Sí?", volvió a preguntar, enarcando una ceja inquisitiva.

La sonrisa de Beckett se ensanchó.

"Me llamo Dr. Campbell", le dijo amablemente, tratando de ponerse a su nivel.

Por desgracia, sólo había sitio para uno sobre vuestro pedestal de oro.

"¿Y? ¿Necesitas algo?"

Beckett entró en la habitación y la vio estremecerse ligeramente. La mujer trató de ocultar su incomodidad, pero él vio a través de su máscara.

"La verdad es que sí. Estoy enseñando el curso de patología forense y tenía algunas preguntas para usted".

La mujer apretó los labios con fuerza.

"Creí que el Dr. Jablonsky daba esa clase".

Beckett negó con la cabeza.

"Lo era, pero ya no. Me hice cargo hace *un par de* semestres. Mira, veo que estás ocupado", dijo, medio esperando que ella captara su comentario irónico, "pero quería hacerte unas preguntas sobre tus diapositivas".

Una expresión de confusión cruzó por su rostro.

"¿Qué diapositivas?"

"¿Los de tu curso... el material de repaso del examen? ¿Para el final?"

"Ah, sí. La parte escrita del examen final. Siempre me pareció que esa parte del curso era inútil. Intenté por todos los medios que la eliminaran. Si los residentes pasaran la mitad de tiempo frente a los cadáveres que frente a sus ordenadores, quizá hoy tendríamos patólogos realmente competentes."

Evidentemente, la indirecta de Beckett no le había pasado desapercibida.

Ella acababa de devolvérsela.

Touché.

Beckett no dijo nada y, finalmente, la doctora Moorfield suspiró y dejó el lápiz sobre el escritorio. Luego, con una acción tan deliberada que resultaba casi cómica, entrelazó los dedos arrugados y se inclinó hacia delante.

"¿Qué le parece, Dr. Camel?"

"Campbell", corrigió Beckett.

"¿Perdón?"

Sacudió la cabeza.

"No importa. Me preguntaba si podrías quitarlos de la página web. Quiero decir, creo que son buenos apuntes y todo eso, pero me parece que usar las imágenes exactas del examen preparatorio como las del examen real está dando a los estudiantes una ventaja injusta", dijo, sorprendido por la facilidad con la que se le ocurrió la mentira.

Cuando llamó por primera vez a su amigo al Decanato y le preguntó por el doctor Moorfield -despertándole de lo que parecía un sueño profundo y satisfactorio-, no se le ocurrió inventar una historia para preguntar por las notas.

Seguramente, no podía revelar sus sospechas a este cascarrabias. Así que ahora estaba volando por el asiento de sus pantalones.

Y fue... extrañamente estimulante.

"¿Mis apuntes están en Internet? ¿En Internet?"

"Sí. En el sitio web de la clase. Está archivada, pero todo lo que necesitas es una dirección de correo electrónico y una contraseña de medicina de la NYU y puedes entrar para verlas."

La anciana doctora se aclaró la garganta.

"No estaba al tanto de esto. Hablaré con el departamento, a ver si pueden retirarlos por la mañana. Dios sabe que lo último que necesitamos son médicos inmaduros y no cualificados a los que les den las respuestas de los exámenes. ¿No le parece?"

Boom, otra excavación.

Beckett no pudo evitar sonreír. Era buena. Vieja, malhumorada, pero hábil.

"Sería estupendo", respondió, pero no hizo ademán de marcharse.

"¿Algo más?"

Beckett se mordió el labio.

"Bueno, sí, supongo. Una cosa más: ¿tomaste tú personalmente las fotografías? Como he dicho, todavía las utilizamos hoy en día. He estado en bastantes escenas del crimen -homicidios, suicidios, accidentes-, pero nunca he sido capaz de captar las posturas y posiciones con tanta precisión como el fotógrafo de las fotos de prueba. Quiero decir, cielos, deben tener, ¿qué? ¿Quince años? ¿Veinte? Y todavía las uso. Eso dice mucho, teniendo en cuenta cómo han evolucionado las cámaras con el tiempo".

La doctora Moorfield le miró fijamente durante un buen minuto antes de responder. Beckett sabía que ella lo estaba evaluando, tratando de averiguar si se estaba burlando de ella otra vez, pero no se quebró.

"Las cogí yo", admitió al fin. "Y ya tienen casi veinte años. Las tomé en una época en la que convertirse en médico significaba hacer cosas de verdad -realizar autopsias, operaciones, hablar con pacientes- en lugar de limitarse a leer sobre ello. En cuanto a las cámaras, nada ha

cambiado realmente. Quiero decir, no puedes pulsar un botón y poner orejas de conejo o halos en una cara con la Nikon que usaba entonces, pero esa es la única diferencia".

"Ah, bueno, sólo quería decir que son piezas de arte increíbles, de verdad".

El Dr. Moorfield se burló.

"La medicina no es un arte; es una ciencia, una disciplina. Haría bien en recordarlo, doctor Camel".

"Por supuesto, tienes razón. Pero aún así... son realmente únicos. Déjame preguntarte algo, ¿alguna vez pensaste en ponerlos en una especie de exposición? ¿Los derechos de autor?"

¿"Una exposición"? No, Dr. Camel, nunca se me pasó por la cabeza. Son un sucedáneo del aprendizaje real, eso es todo".

A Beckett le costó formular su siguiente pregunta. A diferencia de sus mentiras anteriores, con la última no le había dado ninguna posibilidad de continuar la conversación.

"Bueno, si fuera yo, me preocuparía que alguien las sacara del servidor de la NYU y las vendiera. Quiero decir, puedes conseguir fotos de casi cualquier cosa online, ¿pero esas fotos? Podrían valer un dineral".

El Dr. Moorfield luchó contra un ceño fruncido y perdió.

"No me interesa el dinero", dijo sin rodeos.

Beckett levantó las manos a la defensiva.

"Sí, claro que no. No estaba pensando en ti. Estaba pensando en otros que podrían estar inclinados a robarlos. Quiero decir, una vez que los saques de la página web, todavía podría haber otras copias flotando en alguna parte. ¿Alguna idea de quién podría tener copias?"

"¿Quieres decir aparte de los piratas de Internet?"

"Claro. De todas formas, no hay quien los pare".

El Dr. Moorfield se lo pensó un momento.

"La policía, supongo. Son, después de todo, de las escenas del crimen oficiales. Aparte de eso, nadie. Ya ni siquiera tengo los originales. Tuve un incendio hace un tiempo".

Algo le ocurrió a su voz cuando pronunció la palabra fuego; no fue un tirón, pero sí un destello de ira, ¿quizá?

Beckett guardó esto para futuras referencias.

"¿Y no pusiste una carpeta en mi escritorio? ¿Hace un par de días?"

"¿Disculpe?" Preguntó el Dr. Moorfield.

Sacudió la cabeza.

"No importa. Gracias", dijo.

La Dra. Moorfield hizo un sonido de *hmph*, luego se desentrelazó los dedos y cogió el lápiz. Volviendo su atención a los papeles que tenía delante, dijo: "Si eso es todo, doctor Camel, por favor, tengo mucho trabajo que hacer esta noche".

Beckett se rió entre dientes.

"Seguro que sí", dijo, y salió de la habitación.

Qué mujer tan extraña y vil, pensó Beckett. Estaba a punto de añadir más palabras escogidas a su descripción, cuando su teléfono zumbó en su bolsillo.

Caminando a paso ligero por el pasillo y fuera del alcance del oído de la puerta abierta del Dr. Moorfield, contestó.

"Dr. Campbell."

"¿Beckett? Soy Chase".

De repente, Beckett sintió la garganta muy seca.

"¿Sí?", graznó.

"Te necesito en Central Park. Tengo una desconocida ahogada que necesito que liberes."

Capítulo 20

"SE LLAMA cono de espuma", dijo Beckett en voz baja. El corazón se le aceleraba y el sudor le perlaba la frente a pesar de no llevar la ropa adecuada para la fría noche de septiembre.

"¿Un qué?" preguntó Chase, inclinándose hacia la boca de la niña ahogada.

Beckett tragó saliva.

La escena del crimen de Central Park era igual que la fotografía cuatro de la serie del Dr. Moorfield. Había algunas diferencias: la luz había sido más difusa en la imagen original, pero, pensó, si le apetecía, podría ajustar las luces para obtener algo casi idéntico.

"Es un cono de espuma", repitió. "Ocurre con el ahogamiento: una mezcla de surfactante, sangre, agua y aire de los pulmones que emerge después de que el cuerpo salga a la superficie".

"¿Es... normal?" Chase preguntó.

Beckett se giró y la miró, olvidando momentáneamente su sorpresa al encontrar otra víctima que coincidía con el examen de patología forense.

"*¿Normal?"*

Chase hizo una mueca.

"Ya sabes lo que quiero decir."

Beckett se volvió hacia el cuerpo.

"Normal para ahogarse, claro", le agarró el brazo y le dio la vuelta. Iba a buscar huellas en los brazos de la mujer, cuando se fijó en sus manos y se detuvo en seco.

Era otra fotografía del examen.

"Lava manos de mujer", susurró. Esto era demasiado.

Demasiado para ser una coincidencia.

Tenía que decírselo a Chase.

"¿Qué?"

Beckett miró a su alrededor y se sorprendió por la cantidad de gente que se agolpaba junto al cadáver. Debía de haber seis o siete oficiales, algunos de los cuales parecían estar tomando notas a mano de todas las cosas.

Su conversación tendría que esperar.

"La piel se arruga mucho, empieza a resbalar. Ocurre cuando se sumerge un cuerpo durante varios días", explica. Para demostrarlo, utilizó el dedo índice de su mano enguantada para empujar la carne de la palma de la mano de la mujer hacia delante y hacia atrás. Se movía libremente y mucho más lejos de lo que sería normal en un ser

humano vivo. Satisfecho, levantó la chaqueta de cuero de la chica, revelando varias marcas de huellas en la parte interior del codo.

"Algunos son recientes", informó a Chase y a los demás agentes.

"¿Suicidio?" Chase preguntó. "¿Accidente?"

Beckett tuvo que morderse la lengua.

En cualquier otra circunstancia, habría dicho accidente. Sobredosis parcial, seguida de una mala decisión de ir a nadar, o simplemente caer al agua.

Pero eso fue antes que los demás.

Beckett se conformó con: "Probablemente accidental. Sabremos más cuando la llevemos a la morgue y le hagamos un par de pruebas".

Chase, aparentemente satisfecha, dio una palmada.

"Bien, terminemos con esto, gente. Bullock y Noons, quédense con la escena del crimen hasta mañana. Cuando os llame, después de que el Dr. Campbell confirme que ha sido un accidente, podéis llamar a Thomas Wilde para que venga a limpiarlo. Todos los demás, por favor, ayuden a meter a la desconocida en la furgoneta e irse a casa".

El grupo de detectives y agentes empezó a moverse y Chase se acercó a él.

"¿Estás bien, Beckett? Pareces... *apagado*".

Beckett se puso en pie.

"Hay algo de lo que necesito hablarte", miró a su alrededor. "En privado."

Sus ojos se entrecerraron.

"Claro. ¿En mi despacho o en el tuyo?"

"Mía". Pero no hoy. Mañana, tal vez. Pero no limpiaré el cuerpo hasta después de que charlemos".

Esto pareció molestar a Chase, lo que se reflejó claramente en su rostro.

"Por favor", continuó Beckett. "Es importante."

Aunque todavía no estaba impresionada, asintió.

"Me parece bien. Te veré en tu oficina a las nueve".

Beckett negó con la cabeza.

"No, no en mi despacho, no en el despacho del forense. Mi oficina en la universidad. Te enviaré el número de la habitación".

"Bien. Ahora voy a dormir un poco. Siento haberte arrastrado hasta aquí tan tarde".

Una vez hecho esto, se dio la vuelta y empezó a alejarse, cuando a Beckett se le ocurrió algo.

"¿Oye Chase?"

Se giró.

"¿Sí?"

"¿Alguien tomó fotos de la escena?"

"Sí, el oficial Noons lo hizo. Tomó fotos tal y como usted le indicó".

Beckett asintió, recordando cómo le había dicho al fornido hombre que hiciera varias fotos antes de empezar a señalar los detalles del cadáver a Chase.

"Sí, pero antes de eso... antes de que yo llegara aquí. ¿Un policía de la escena del crimen? ¿CSU?"

"Sí. Creo que era del CSU. Tomó algunas fotografías del cuerpo siendo removido, de las manos, la cara. Práctica común. ¿Por qué?"

"Por nada. Pero me gustaría hablar con él. Tengo una idea para un proyecto. ¿Sabes cómo se llama?"

Chase apretó los labios y negó con la cabeza.

"Ni idea. Pero lo averiguaré. ¿Eso es todo?"

Beckett forzó una sonrisa.

"Ya está. Ve a dormir un poco".

Chase frunció el ceño.

"Sí, como si fuera a dormir algo después de saber lo de las manos de lavandera y el cono de espuma", respondió.

Capítulo 21

ERA UN CLICHÉ, era molesto, pero se sentía bien.

Damien Drake silbaba mientras se dirigía a su pequeño despacho en el sencillo edificio de Artes Médicas.

Silbando y sonriendo ampliamente.

Anoche había estado bien... no, había estado *genial*.

Y la mujer -que más tarde había determinado hábilmente que se llamaba Alyssa- había sido aún mejor.

Drake dio un sorbo a su café mientras subía el primer tramo de escaleras -no recordaba la última vez que había subido por las escaleras cuando había un ascensor que funcionaba a pleno rendimiento- y cuando llegó a la puerta blasonada con las palabras *Investigaciones Triple D*, se sorprendió al ver que no estaba cerrada con llave.

Empujó la puerta para abrirla.

"¿Hola?"

Screech, que además de ser el mago tecnológico de Triple D también hacía las veces de secretario, estaba sentado en su silla, con un par de auriculares atascados en los oídos. No levantó la vista cuando entró Drake.

"Screech, toma el fu-"

Drake se detuvo antes de maldecir.

Se dio cuenta de que Screech no era la única persona de la consulta. Las cuatro sillas que habían desplazado con optimismo hacia la derecha, unas cosas desgastadas de color burdeos que habían rescatado de la consulta dental que tenían debajo y que estaban renovando, estaban llenas. No sólo eso, sino que había una mujer con un andador apoyado torpemente contra la pared.

Drake intentó disimular su sorpresa con una sonrisa.

Nunca subía por las escaleras, y estas sillas nunca estaban llenas.

"Buenos días", dijo.

Tres de las cuatro mujeres, todas ellas canosas sorbedoras de sopa, levantaron la cabeza y devolvieron el saludo. La cuarta parecía dormir.

¿Qué demonios hacen aquí un domingo? ¿En cualquier *día?* se preguntó.

"Enseguida estoy contigo", dijo sin dejar de sonreír. Se acercó a Screech y le arrancó los auriculares por el cable. El hombre chilló y sus ojos se abrieron de par en par al ver que era Drake.

"Oye, Screech, ¿por casualidad puedes verme un momento en mi

oficina? Por favor, si no estás ocupado, claro".

***

"¿Qué *coño están* haciendo aquí?" Drake preguntó en voz baja una vez que la puerta de la oficina se cerró detrás de ellos.

Los ojos de Screech se desorbitaron.

"¿Cómo diablos voy a saberlo? Supongo que la Sra. Armatridge les habló de nosotros a sus compañeros de bridge".

Drake miró fijamente a su compañero durante un largo rato, tratando de vislumbrar el funcionamiento interno de su cerebro.

"¿Qué?", dijo el hombre, retrocediendo ligeramente. "Me miras como si tuviera dos cabezas".

Drake le ignoró.

"¿Sra. Armatridge? ¿En serio?"

Se estaba imaginando a la mujer con sus perlas y luego la extraña expresión de su cara cuando sacó el cuchillo del bloque de corte.

Pero entonces se acordó del cheque de diez mil dólares que ya había cobrado.

Drake juntó los labios y movió la cabeza de un lado a otro.

"Bueno, mierda, ¿a qué estamos esperando? Traigámoslos aquí y veamos qué podemos hacer por ellos", dijo con una sonrisa.

Screech asintió, se giró y se dirigió hacia la puerta con paso ligero. Agarró el pomo con la mano, pero antes de girarlo se detuvo.

"Espera un segundo... espera sólo un *seeeeeegundo*".

Screech se volvió hacia él, con una expresión socarrona en el rostro.

"¿Qué?"

"¿Por qué estás tan contenta? Vienes aquí, silbando, chasqueando tus tacones como Dorothy a toda velocidad. ¿Qué pasa?"

Drake se dirigió a su escritorio y se sentó. En lugar de responder, se concentró en revolver papeles sin rumbo sobre la desgastada superficie.

"Maldito perro astuto", dijo Screech con una risita. "Miró hacia la puerta, observando a través del cristal esmerilado las formas encorvadas de la recepción, luego se volvió hacia Drake y se inclinó hacia él. "Te mojaste la punta, ¿verdad?".

Drake se rió; no pudo evitarlo.

Punta mojada... enferma.

"Cállate, Screech. Mantén la boca cerrada y hagamos algo de dinero".

***

Era casi mediodía cuando la última de las octogenarias se escabulló de la Triple D como una especie de revoltijo de arañas. Drake estaba cansado, cansado de aplacar a las ancianas, de hablar con una voz más alta de lo normal, de repetir lo mismo una y otra vez.

Pero a pesar de su pequeña resaca y su gran enfado, la sonrisa en su cara se mantuvo. Tendría que hacer mucho más para que se le pasara, se dio cuenta. Cuando por fin se fueron y se quedó a solas con sus pensamientos, incluso resistió el impulso de servirse una copa.

"¡Screech! ¡Ven aquí!", gritó.

Un momento después, la puerta se abrió y el estrecho rostro de Screech apareció en el hueco.

"¿Sí, Leisure Suit Larry?"

Drake hizo una mueca. Las referencias de Screech degeneraban lentamente en algo parecido a las de Chase. Obscuras tonterías de la cultura pop que siempre se le pasaban por alto.

Drake se tomó su tiempo para responder, y el impaciente Screech puso los ojos en blanco.

"¿Qué pasa, jefe?"

"Entra, siéntate".

"Okaaaay", dijo Screech, haciendo lo que le ordenaban. "¿Qué pasa?"

Drake dejó que el hombre sufriera un poco más, pero pronto la farsa empezó a ponerle nervioso. Metió la mano en el cajón superior de su escritorio, cogió los cuatro cheques y los tiró al suelo.

"¿En serio?" Screech se echó a reír y cogió los cheques, con los ojos abiertos de par en par al mirarlos individualmente. "¿Cerraste cada uno de ellos?".

Drake levantó las manos y forzó una expresión de suficiencia en su rostro.

"¿Qué puedo decir? El precio ya está fijado".

Screech volvió a reír.

"Bueno, yo diría que cuarenta de los grandes se merecen una copa para celebrarlo, ¿no crees?".

Drake se encogió de hombros.

"Sí, claro, qué coño".

Capítulo 22

SUZAN ESTABA DE NUEVO EN EL despacho DE BECKETT cuando éste llegó al trabajo al día siguiente, pero esta vez no le sorprendió su presencia.

"Buenos días, Suze."

Suzan estaba ocupada escribiendo en su teclado y levantó la vista hacia él cuando habló. Tenía los ojos enrojecidos.

"¡Jesús! ¿Cuándo has llegado?"

Sacudió la cabeza.

"Nunca me fui."

Beckett se quedó boquiabierta.

"¿Tú *qué*?"

"Nunca me fui", repitió.

Beckett la miró con desconfianza y luego bajó la vista hacia el café que tenía en la mano.

"De acuerdo entonces", dijo asintiendo con la cabeza. "Bebe esto".

Suzan le cogió la taza de café y la olió. El labio superior se le curvó y las comisuras se le doblaron hacia abajo.

"¿Qué pasa?"

"Espresso en frío, con un poco de *je ne sais quoi*".

Suzan enarcó una ceja, pero ni siquiera dudó antes de beber un sorbo. Tragó, hizo una mueca y un segundo después tuvo que taparse la boca con el dorso de la mano para ahogar una tos.

Beckett se rió.

"Así de bien, ¿eh? Entonces, ¿toda la noche? Ya lo he hecho. El problema es que tengo la ligera sospecha de que no has estado estudiando, ¿verdad?".

Suzan ignoró la pregunta.

"Ven aquí, he investigado un poco más y creo que he encontrado algo".

Beckett se apresuró a acercarse a su lado del escritorio y echó un vistazo a la pantalla del ordenador. Esperaba ver una imagen, tal vez otro cadáver, pero se decepcionó cuando sólo vio un bloque de texto.

"¿Sí? ¿Qué pasa?"

Suzan se aclaró la garganta y empezó a leer.

"Un informe policial sobre el cadáver de un hombre obeso de unos cuarenta años encontrado en su bañera vacía, con las muñecas acuchilladas con un cuchillo de cocina. El forense dictaminó que la muerte fue un suicidio. Eso es lo esencial".

Beckett se encogió de hombros.

"¿Y?"

Suzan se volvió y le miró, con una expresión extraña en el rostro.

"¿Y?", preguntó. Sin esperar respuesta, cambió la pantalla a la presentación en PowerPoint del examen final. Era un primer plano de tres cortes desiguales, lo bastante profundos como para revelar tendones y ligamentos rojos que parecían cuerdas de guitarra, marcando unas muñecas gruesas y pálidas. La sangre moteaba los azulejos rojos del baño del fondo. "No hay fotos en el informe policial, pero esto suena igual, ¿no? ¿Un hombre gordo en la bañera, con las muñecas acuchilladas?"

Beckett estuvo a punto de decir que podía ser cualquiera, pero luego se mordió la lengua. Engañame una vez, y todo eso. En su lugar, ofreció: "¿Cuándo fue el informe de la policía?"

Suzan volvió a la otra pantalla y movió el puntero del ratón en un pequeño círculo alrededor de una fecha.

"El catorce... ¿qué fue eso? ¿Hace diez días?"

"Once", corrigió Beckett. Respiró hondo antes de continuar. "Tenemos asfixia posicional, de fecha desconocida -todavía estoy intentando encontrar al pobre imbécil en el sistema-, luego este tipo, si está relacionado, luego... -su voz se entrecortó-, Eddie está ahorcado. Y anoche me llamaron por un ahogamiento en Central Park... la mujer debía de llevar tiempo sumergida. Tenía un cono de espuma y manos de mujer lavadora".

Suzan emitió un sonido extraño y apretado con los labios.

"¿Cuatro cuerpos, todos escenificados?"

"Quizás... quizás. Como ya he dicho, sigo buscando el caso de asfixia... Nunca lo firmé, debió de ser uno de los forenses subalternos, pero puede que el cadáver aún esté por aquí para que le eche un vistazo. Si no, debería haber fotos de la escena del crimen en alguna parte -su mente se dirigió rápidamente a las fotografías que habían quedado sobre su escritorio-.

Sí, definitivamente hay fotos de ese caso en alguna parte.

"Es una exageración, pero... parece casi imposible que todo esto sea una coincidencia, dado lo cerca que están. Lo que lleva a la pregunta: ¿qué sigue?"

Suzan frunció el ceño.

"Herida de bala autoinfligida en la mejilla, volando la parte superior de la cabeza del hombre. Después de eso, hay tres más. Ocho en total. Al menos, eso es lo que tienes en tu prueba".

La elección de palabras de Suzan confundió a Beckett.

"¿Qué quieres decir con *mi* prueba?"

El rostro de Suzan se ensombreció y sacó otro documento del ordenador. Beckett lo reconoció como los apuntes de Moorfield para el examen.

"Mierda. ¿Sigue ahí? Le dije al brujo que ordenara al departamento que lo quitara".

"Oh, está abajo."

Beckett entrecerró las cejas.

"Pensé que habías dicho..."

"Meh, siempre hay soluciones. De todos modos, me las arreglé para anular el bloque de captura de pantalla y tomé una imagen de cada una de las diapositivas."

"¿Y?"

"Y cuando Moorfield impartía el curso, al parecer había algunas diapositivas adicionales. Creo que desde entonces esta información se ha cambiado a otro curso, porque no la encuentro en su programa de estudios.

Beckett sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa en el pecho, con la mente acelerada mientras intentaba averiguar qué quedaba por enseñar en el curso de patología forense.

Y entonces se le ocurrió.

"Jesús, *eso* no", susurró.

Suzan no contestó. Volvió al ordenador y se desplazó hasta la última diapositiva de la prueba. Luego volvió a hacer clic.

El corazón de Beckett cayó en picado hasta la boca del estómago.

Jesucristo. ¿Bebés?

Capítulo 23

El hombre estaba sentado en su coche con el motor apagado. Era mediodía y estaba aparcado a la sombra de un gran roble. Aunque el aire era fresco, el sol seguía siendo brillante y potente.

Era el punto de observación perfecto.

Nadie le vio. E incluso si alguien se hubiera fijado en él, ¿qué podría decir? Un hombre, tratando de esconderse en las sombras, tratando de pasar desapercibido.

¿Y qué?

La mayoría de los hombres que buscaban prostitutas hacían esto mismo. Especialmente aquí. Ser discreto era el nombre del juego.

El hombre vio pasar a varias mujeres, delgadas y demacradas, con el pelo ralo y llagas en los labios. Algunas miraron brevemente en su dirección, pero nunca se acercaron a su coche. Algo las mantenía alejadas, y él se alegró.

Al fin y al cabo, no los buscaba a ellos. Buscaba otra cosa, algo más específico.

El hombre esperó. Y esperó.

Era paciente. Podía esperar mucho tiempo por lo que necesitaba, por el espécimen perfecto.

Si algo le había enseñado su estancia en prisión era que esperar -vigilar y esperar- era una virtud que no podía pasarse por alto.

Pero, como con los demás, su paciencia no se puso a prueba; no tuvo que esperar mucho.

Un hombre pelirrojo de pelo corto y pecho del mismo tono que asomaba por encima de una camiseta musculosa de lentejuelas llamó suavemente a su ventanilla.

"Hola", dijo el pelirrojo a través del cristal. "Te he visto mirando a las chicas. No te interesan, ¿eh? ¿Quizás quieres algo... diferente?"

Sonrió al decir esto, un valiente aunque fallido esfuerzo de coquetería.

El hombre bajó la ventanilla unos centímetros y esbozó su propia sonrisa irónica.

"¿Sabes qué? Creo que puedes tener razón. ¿Por qué no te subes?"

Capítulo 24

CHASE SE QUEDÓ MIRANDO LAS imágenes que Beckett había impreso y colocado sobre la mesa de su despacho.

Ocho imágenes, todas ellas de muertes espantosas, todas suicidas o accidentales. La cuarta se parecía extrañamente a la desconocida que acababan de sacar del estanque de Central Park la noche anterior.

Y, sin embargo, aún no estaba segura de haber entendido exactamente lo que Beckett le estaba diciendo.

"¿Así que todo esto es... qué? ¿Parte de una prueba?"

Beckett asintió.

"Exactamente. Parte del examen final para residentes en patología forense. Pero, aquí...", dio un golpecito a la fotografía de la mujer ahogada con el cono de espuma, y luego a la imagen de sus manos suaves y arrugadas. "Es casi exactamente igual a la mujer que sacamos del estanque anoche".

Chase inclinó la cabeza a un lado y luego al otro mientras observaba la foto. Realmente se parecía. Sin embargo, seguía sin estar convencida.

"Sí, pero ¿y qué? Tú mismo has dicho que estas fotografías pretenden ser representativas. El hecho de que un cuerpo ahogado en agua durante tres días tenga este aspecto... ¿no es de esperar?".

Beckett asintió.

"Claro, *representante*, pero esto está increíblemente cerca. *Demasiado* cerca para ser una coincidencia. Tal vez por sí solo podría atribuirlo a coincidencia, pero no cuando lo tomas con los otros. Chase, mírame".

Chase levantó los ojos y se centró en los de Beckett. Hacía seis meses, era un desconocido para ella, pero desde que Drake había dejado el cuerpo, se habían acercado más. Tanto que lo consideraba un buen, aunque extraño, amigo y no sólo un colega.

Y ella sabía que hablaba en serio, algo que parecía fuera de lugar e incoherente con su comportamiento habitual, jovial y sarcástico.

"Fui a esta escena del crimen, Chase", dijo, tocando la foto del ahorcado. "Vi el cuerpo del Dr. Larringer. Esto no es una puta coincidencia. Esto es... esto es *asesinato*".

Chase tragó saliva mientras se inclinaba sobre la mesa e indicaba la segunda imagen, la de las muñecas ensangrentadas.

"Y fui a esta escena del crimen", dijo en voz baja. "Vi a este hombre, Martin Dean. Su muerte fue declarada suicidio".

Beckett respiró hondo antes de responder.

"¿Y la primera? ¿Asfixia posicional? ¿Alguna vez has visto algo

así?"

Chase negó con la cabeza.

"Pues yo sí", continuó Beckett. "Pero no en persona; en una fotografía".

Chase volvió a levantar los ojos para mirarle.

"¿Qué quieres decir? ¿Has visto esta foto?"

Beckett negó con la cabeza.

"No, éste no. Pero uno casi exactamente igual. Sólo..." pensó de nuevo en las líneas del jersey del hombre, cómo iban este/oeste. "Pero su suéter era un poco diferente."

"¿Todavía lo tienes?"

"No. Ya no. Lo tenía, tenía una carpeta llena de imágenes, pero ya no está. Creo... creo que alguien la robó".

Chase gruñó.

"¿Qué?"

Beckett suspiró, y ella percibió su vergüenza en este gesto exasperado.

"Fue robado."

"Pero Chase no llegó a terminar su pregunta. La puerta que tenía detrás se abrió de repente y Chase se giró, llevándose inmediatamente la mano a la pistola que llevaba en la cadera.

Cuando vio de quién se trataba, se le cayó la mano.

"¿Qué demonios haces aquí?", jadeó.

Capítulo 25

UN TRAGO LLEVÓ A otro, como siempre suele ocurrir, y en poco tiempo Drake se encontró de nuevo en Barney's. Saludó con la cabeza a Tweedle-dee y Tweedle-dum. Saludó con la cabeza a Tweedle-dee y Tweedle-dum, y los dos hombres grandes se separaron de mala gana para que entrara.

"¡Mickey!", gritó. El camarero le sonrió desde detrás de la barra.

¡"Drake"! Bienvenido de nuevo. Supongo que este lugar no es tan malo, después de todo."

Drake se rió.

"Supongo que no. Ponme una doble de Johnny. Genial", dijo mientras tomaba asiento en el extremo más cercano de la barra.

"Entendido", respondió Mickey.

Mientras esperaba su copa, Drake miró a su alrededor. Cuando había llegado a Barney's la noche anterior, lo había considerado sólo un club nocturno -perdón, un *club de cena*, como lo llamaba Mickey-, pero ahora, mucho antes de que se pusiera el sol, se daba cuenta de que su apreciación había sido errónea en muchos aspectos. En primer lugar, no estaba tan mal. Drake pensó que con unas copas más y entornando los ojos, podría llegar a imaginárselo como era antes.

Menos la barra de madera, por supuesto. Aunque nunca le encantaría esta iteración de Barney's, tal vez, sólo tal vez, podría acostumbrarse a ella. De hecho, Drake empezaba a comprender que un hombre podía acostumbrarse a muchas cosas.

Como la muerte de su pareja, por ejemplo, o un cambio completo de carrera.

Se sacudió los pensamientos de la cabeza.

"Oye Mickey, ¿me destilas la bebida o me la sirves?"

De nuevo, el camarero se echó a reír y se dio la vuelta con el vaso en la mano. Se lo acercó a Drake, que se terminó la mitad de un trago.

"Entonces, Drake, ¿lo pasaste bien anoche?"

Drake agitó el líquido dorado que quedaba en su vaso, y sus recuerdos volvieron al aspecto de Alyssa en su sofá, con el cigarrillo apretado entre sus labios carnosos y el cuerpo desnudo brillando con una mezcla de sudor y éxtasis.

"Sí", dijo en voz baja. "Por mucho que me duela admitirlo, teniendo en cuenta que pasé la noche en este adefesio, supongo que sí. ¿Has visto a Alyssa hoy?"

Mickey le miró entrecerrando los ojos mientras se retorcía las comisuras del bigote.

"Alyssa, ¿eh? Te llamó la atención, ¿no?"
Drake se encogió de hombros.
"Tal vez lo hizo. ¿La has visto?"
Mickey negó con la cabeza y le dio la espalda a Drake. Mientras empezaba a preparar bebidas para una pareja que se había sentado al otro extremo de la barra, dijo: "No, no la he visto. Quizá esté trabajando en otro sitio esta noche. Quédate por aquí, quizá aparezca".
Drake abrió la boca para responder, pero los susurros de la pareja recién sentada llamaron su atención.
No había captado todo lo que se decía, pero dos palabras eran inconfundibles: *Asesino de mariposas*.
Bebida en mano, Drake se giró hacia ellos, con los labios apretados en una mueca de desprecio.
"¿Sí? ¿Qué pasa con él?", preguntó bruscamente.
El hombre, grueso de pecho y brazos, con el pelo rubio sucio recogido en un moño sobre la cabeza, lanzó una mirada cansada a su novia. La mujer, que parecía lo bastante delgada para ser modelo, pero no lo bastante singular, frunció los labios.
Ambos se encogen de hombros.
"Tú eres ese tipo, ¿verdad?", preguntó el hombre.
"*¿Ese* tipo?"
"Claro, el detective... eh, eh, el detective con nombre de rapero. ¿Khalifa?" chasqueó los dedos varias veces, intentando recordar. "No. ¿Lamar? ¿Wheezy?"
Este juego estaba empezando a molestar a Drake, y dejó que su disgusto se mostrara en su rostro.
"Woah, lo siento, hermano", entonces la cara del hombre se iluminó. "¡Drake! ¡Eso es, Detective Drake!"
Drake pensó en responder con algo ingenioso, quizá sarcástico, o tal vez incluso intimidatorio, pero estaba demasiado borracho para que se le ocurriera nada en el acto. Además, no estaba de humor para altercados. Tomó otro sorbo de whisky y extendió la mano libre hacia un lado.
"Culpable de los cargos".
"¡Mierda! Bueno, que me aspen. Te cargaste a ese asesino, ¿verdad? Le diste una buena paliza. Quiero decir, ese tipo era despiadado, haciendo crecer mariposas en los cuerpos de esos bastardos ricos de esa manera. Eres un tipo malo, ¿no, Drake?". Manbun parecía que iba a decir algo más, pero su novia le dio un codazo en las costillas y le susurró algo al oído que Drake no captó.
"¿Todos?", preguntó el hombre. Su novia asintió con énfasis. Manbun se volvió hacia Drake.
"Bueno, parece que es tu día de suerte. Mi chica cree que eres una especie de celebridad, ¿quiere que te invite a las copas esta noche?

¿Qué dices, Drake? ¿Te parece bien? ¿Una especie de agradecimiento por sacar a ese capullo?"

Drake sonrió satisfecho.

"¿Qué te digo? Digo que espero que tengas una cartera gruesa, *hermano*".

La sonrisa se borró de la cara de Manbun y Drake se volvió inmediatamente hacia Mickey. Se sorprendió al ver que el camarero estaba justo delante de él, ya con la botella de Johnny Red en la mano. Sonreía tanto que se le veían los dientes de arriba a pesar del poblado bigote gris.

"Llénalo, camarero. Y que sigan viniendo toda la noche... *hermano*."

Capítulo 26

"MIERDA", DIJO BECKETT. "SUZE, TE dije que volvieras *después* del almuerzo."

Suzan Cuthbert estaba en la puerta, con una bolsa de papel marrón en cada mano. Las llevaba a los lados y sus ojos iban de Chase a Beckett y viceversa.

"Pensé que tendrías hambre", dijo inocentemente. "¿Quién eres, por cierto?"

Beckett vio cómo la cara de Chase se contorsionaba.

Le ahorró la presentación.

"Suze, este es el detective Chase Adams. Ella solía..."

La boca de Suzan se torció al instante en una mueca.

"Solías trabajar con *él*, ¿verdad?"

Chase dio un pequeño paso atrás.

"Mira, sé que..."

"-No sabes una mierda", escupió Suzan. "Ese cabrón... hizo que mataran a mi padre. La cagó y me costó casi todo".

Las bolsas marrones cayeron al suelo con un plop audible.

"Suze, sé lo que sientes por Drake, de verdad", dijo Beckett. "Y no voy a tratar de convencerte de lo contrario, pero vamos ahora. Sé razonable. Chase no eligió a su compañero. No descargues tu ira y tu odio hacia Drake con ella".

La mirada severa de Suzan vaciló un instante y Beckett continuó rápidamente, aprovechando ese momento de debilidad para apelar a su moralidad.

"Tenemos que trabajar juntos para resolver esto. Necesitamos la ayuda de Chase; la necesitamos para detener a un asesino".

Suzan dobló la cintura y recogió las bolsas. Luego, con un gran suspiro, dijo: "Bueno, vamos a ello. Creo que tengo suficiente para los tres".

***

Después de devorar las grasientas hamburguesas -Beckett tenía la sensación de no haber comido en un mes-, los tres centraron su atención en las fotografías del escritorio. Mientras las miraban, Beckett repasó brevemente su conversación con la doctora Tracey Moorfield y luego se volvió hacia Chase.

"Voy a ir a la morgue, a ver si encuentro algo en los cuerpos, alguna prueba que sugiera que sus muertes no fueron accidentales o

suicidios. Chase, ¿hay algo que puedas hacer en la comisaría, crear un grupo de trabajo para encontrar a este tipo? ¿Como hiciste con el asesino de la mariposa?"

Chase rechinó los dientes.

"Eso va a ser duro".

Suzan fue la siguiente en hablar.

¿"Duro"? Tenemos un asesino en serie suelto, un hombre que hace que todos sus asesinatos parezcan suicidios. ¿No es suficiente? Quiero decir, este tipo podría haber matado ya a docenas de personas. ¿Cuántos suicidios sólo en Nueva York el año pasado?"

La respuesta de Chase fue inmediata.

"Más de quinientos".

Beckett se quedó boquiabierta.

"*¿Quinientos?* Eso tiene que ser en unos cuantos años".

Chase negó con la cabeza.

"Sólo el año pasado. Más cerca de seiscientos, en realidad".

Se hizo el silencio. A Beckett le costaba hacerse a la idea de que más de quinientas personas se habían suicidado el año pasado en Nueva York. Él recordaba personalmente una docena de casos que había supervisado y, aunque sabía que no se llamaba al forense en todos los casos de suicidio evidente, no podía entender que la cifra fuera tan alta.

Suzan se aclaró la garganta.

"Centrémonos en estos por ahora", dijo en voz baja. Claramente, ella no había esperado que el número fuera tan alto, tampoco. "Entonces, ¿por qué no podemos crear un grupo de trabajo?"

"Sargento Rhodes... se acercan las elecciones. No va a ir en una búsqueda inútil, trabajar NYC en un frenesí con otro asesino en serie menos de seis meses después de la última. No puedo llevarle esto, no así. No aceptará esto, de ninguna manera. No sin ninguna prueba".

Beckett frunció el ceño. Aunque sus interacciones con el sargento Rhodes habían sido limitadas, había oído lo suficiente de Drake como para saber lo gilipollas que era.

"Como dije, volveré a revisar todos los cuerpos para ver si encuentro alguna evidencia de juego sucio. Pero te lo digo ahora, va a ser difícil. Dos de los cuerpos ya han sido limpiados".

Su respuesta, por racional que fuera, pareció enfurecer a Suzan. Esto le resultaba demasiado cercano después de lo que le había ocurrido a su padre a manos del Rey Esqueleto.

"Entonces, ¿qué? ¿Simplemente esperamos a que este tipo ataque de nuevo? ¿En serio? ¿Ese es el plan? ¿Vamos a esperar a que mueran los bebés para hacer algo al respecto?".

Chase abrió mucho los ojos y se volvió hacia Beckett.

"¿Bebés? ¿Qué quiere decir con bebés?"

Beckett se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos.

"Hay ocho imágenes en la prueba, Chase, pero..."

Beckett fue interrumpida por el timbre del teléfono de Chase. Abrió los ojos cuando ella les dio la espalda y contestó.

"Adams", dijo, y luego escuchó. Mientras Beckett observaba, sus hombros empezaron a caerse. Para cuando sonó, todo su cuerpo parecía derretirse.

Se volvió lentamente, con los ojos bajos. Cuando habló, sus palabras eran apenas un susurro.

"Parece que no tendremos que esperar mucho", dijo, y luego levantó los ojos para mirar la quinta fotografía. "Ha habido otro suicidio".

Capítulo 27

Drake salió a trompicones de Barney's justo cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte. Tenía el estómago tan lleno de whisky que oía cómo chapoteaba en su vientre a cada paso, y eso parecía desequilibrarle. Como resultado, tropezó con uno de los porteros al salir.

"Lo siento", refunfuñó, que salió más en una serie de eses en lugar de una palabra real.

A pesar de lo que Mickey había dicho, Alyssa no había aparecido, lo que le había puesto de mal humor. No del todo, claro; seguía teniendo una mesa llena de cheques de diez mil dólares, un negocio de IP en auge y una mujer... en alguna parte.

murmuró Drake para sí mismo mientras salía a la acera. Se dio cuenta de que la cola fuera de Barney's empezaba a crecer, pero era más que nada por el espectáculo. Había estado dentro y estaba prácticamente vacío. Tweedle-dee y su socio -dum se limitaban a mantener a la gente fuera para que el bar pareciera más popular de lo que era en realidad.

No es una mala estrategia, supuso.

Parpadeó lentamente y continuó por la acera. De reojo, vio pasar un coche de policía. Disminuyó la velocidad y Drake estiró el cuello para mirarlo.

Incluso con la vista borrosa, creyó reconocer al agente que ocupaba el asiento del copiloto. Se miraron durante un instante y tanto Drake como el coche se detuvieron por completo.

La sonrisa de satisfacción desapareció de la cara de Drake.

"¿Qué?", espetó. "¿Qué quieres?"

El agente, cuyo nombre se le escapaba a Drake, pero cuyo rostro no, frunció el ceño y bajó la ventanilla.

Drake se adelantó, cerrando los puños inconscientemente.

"¿Qué?", volvió a decir, esta vez más alto.

El policía carraspeó y escupió un moco en el suelo, justo al lado del zapato de Drake. Drake corrió hacia el coche, levantando los puños. Pero antes de llegar al coche, el agente subió la ventanilla y salió a toda velocidad. Drake se acercó al parachoques, pero su percepción de la profundidad y su equilibrio fallaron y su talón resbaló en el bordillo.

Borracho y desorientado, cayó de culo. Gruñó, pero en lugar de intentar levantarse, se tumbó boca arriba y se quedó mirando el cielo cada vez más oscuro.

Y entonces se echó a reír.

Al principio fue sólo una risita, pero pronto degeneró en una carcajada que retumbaba en el vientre. Unos segundos después, se dio cuenta de que estaba llorando.

No sollozaba, exactamente, pero lloraba lo suficiente como para que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

De repente, una figura sombría se cernió sobre él y parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Con el sol desvaneciéndose a sus espaldas, Drake no pudo distinguir su rostro, pero vio que el hombre le tendía una mano.

"¿Está bien, señor?"

Drake volvió a reír y, de algún modo, logró articular que estaba bien.

"Deja que te ayude a levantarte", dijo el hombre con voz suave. Drake se encogió de hombros y le agarró la mano. El hombre era delgado, pero su agarre era fuerte, y cuando tiró, Drake fue izado a sus pies.

A continuación, se sacudió el polvo.

"Gracias", dijo, haciendo lo posible por no arrastrar las palabras.

"No hay problema", respondió el hombre. "Deberías tener cuidado aquí fuera, sobre todo si has bebido. No todo el mundo es tan amable como yo".

Drake entrecerró los ojos, intentando distinguir la cara del hombre. Vio una nariz estrecha, ojos hundidos y el comienzo de una barba. Pero por mucho que lo intentara, estaba demasiado borracho para hacerse una buena idea general de él.

"Estaré bien", dijo, pero el hombre ya se había ido.

***

Drake consiguió llegar hasta el sofá sin caerse de nuevo. Para ello necesitó todas sus fuerzas y, cuando vio el cuero desgastado, se desplomó en él, respirando larga y profundamente.

Permaneció allí un largo rato, cada parpadeo sucesivo duraba más que el anterior.

El sueño amenazaba con apoderarse de él, y estaba dispuesto a darle la bienvenida. Pero justo cuando sintió que se le caía el cuello, el teléfono de su bolsillo zumbó. Normalmente no contestaría, pero los pensamientos sobre Alyssa le obligaron a hacerlo.

Y por muy borracho que estuviera, no lo estaba tanto como para volver a verla.

Sólo cuando consiguió sacar el teléfono del bolsillo y se le cayó dos veces, se dio cuenta de que ni siquiera le había dado su número a la mujer.

No era ella; era otro mensaje de Beckett. Esta vez, sin embargo, ni siquiera se molestó en leerlo.

"Déjame en paz", refunfuñó mientras borraba el mensaje.

Estaba a punto de recostarse de nuevo y dejar que le llegara el sueño, cuando vio el icono que parecía una videocámara en miniatura en su pantalla de inicio. Drake lo pulsó con el pulgar.

Se abrió una ventana, pero en lugar de la pantalla dividida en dos, vio cinco iconos más.

Screech ya debe de haber instalado las cámaras en las otras casas, pensó con una pizca de orgullo.

Screech era un buen hombre. Extraño, de aspecto raro, y tenía una risa brutalmente molesta, pero era un buen hombre.

Drake tuvo suerte de encontrarlo.

No le interesaban los demás iconos, sólo el primero. Lo pulsó y se quedó mirando la esquina superior derecha de la pantalla.

La señora Armatridge estaba en la cama, su marido tumbado a su lado. Estaban de espaldas el uno al otro y, por lo que pudo ver bajo la gruesa colcha acolchada, no parecían tocarse.

Y sin embargo, tenían algo que Drake deseaba mucho.

¿Podré ser así algún día? ¿Puedo enamorarme de alguien y vivir para ser viejo, para ser feliz?

No se tocaban, pero parecían *pacíficos*.

El teléfono resbaló de la mano de Drake y su cabeza se desplomó contra el sofá.

Se quedó dormido.

Un sueño dulce y sin sueños.

Capítulo 28

CHASE MOSTRÓ SU placa al agente más cercano.

"Detective Adams", dijo, luego señaló al hombre detrás de ella. "Y este es el Dr. Campbell".

El agente asintió y se hizo a un lado. Chase y Beckett avanzaron a grandes zancadas, y el agente se puso a su lado.

"La víctima es un varón de unos veinte años. Parece haber muerto de un disparo autoinfligido en la mejilla; tiene un orificio de salida masivo en la parte superior del cráneo. Su nombre de pila es Gerald Leblanc, pero ocasionalmente se hacía llamar Geraldine".

Chase enarcó una ceja y el policía, sintiendo su confusión, continuó.

"Trabajador callejero. Conocía al hombre, lo recogí unas cuantas veces. Buen chico, confundido, seguro, pero buen chico. Sólo que nunca pensé..." dejó escapar la frase.

A mitad del callejón, Chase se detuvo y se volvió hacia el agente.

"Va a estar bien Oficial..."

"Dwight".

"¿Vas a estar bien oficial Dwight?"

El hombre hizo una mueca.

"Estaré bien."

Con una inclinación de cabeza, volvieron a avanzar a paso ligero hacia un contenedor acordonado con cinta policial.

El oficial Dwight se aclaró la garganta.

"Un par de transeúntes oyeron el disparo y avisaron. Nadie bajó por el callejón -y nadie vio salir a nadie- hasta que el primer agente llegó al lugar".

De repente, una serie de golpes sordos llenaron el aire y Chase volvió la mirada hacia el cielo.

"¿Eso fue un trueno?"

"No, señora", respondió el oficial Dwight. "Hay un bar calle arriba... tipo club de cena. Barney's, creo. Música desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana".

Chase consultó su reloj. Eran las seis de la tarde.

"Pues es muy molesto", respondió ella, acercándose al contenedor.

Beckett gruñó de acuerdo.

Despejó el borde del contenedor y, a pesar de estar preparada para lo que se avecinaba, la escena la cogió por sorpresa.

No era la sangre, a eso ya se había acostumbrado. Era el extraño parecido con la fotografía que yacía sobre el escritorio de Beckett.

Gerald estaba de espaldas, con los brazos a los lados. De hecho, de la barbilla para abajo, podría haber pensado que dormía. Tenía el pecho desnudo y la piel fruncida por el frío, y llevaba unos vaqueros oscuros.

Incluso la parte inferior de su rostro parecía normal, con una barba rojiza. Pero cuando levantó un poco más la mirada, las cosas pasaron de ordinarias a grotescas.

Tenía un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos en la mejilla izquierda, bordeado de sangre seca. A partir de ahí, las cosas empeoraron progresivamente. El hombre tenía los ojos en blanco. La parte superior de la cabeza estaba completamente destrozada: era un amasijo de carne y sangre que se extendía por el pavimento como un cuenco de fettuccine derramado. La materia cerebral estaba pegada al contenedor como si fuera avena.

"¿Esa es el arma?" preguntó Chase, arrodillándose junto a un rifle anticuado. Estaba tendido con el cañón apuntando en dirección contraria al cuerpo, junto a su brazo derecho.

"Eso parece", respondió el oficial Dwight.

"Le preguntaba a Beckett", dijo Chase bruscamente.

Beckett cogió la pistola con una mano enguantada e inspeccionó el cañón. Al cabo de unos instantes, lo volvió a colocar en la misma posición y se dirigió a inspeccionar la cara de Gerald. Palpó la piel alrededor del agujero de bala y luego utilizó el meñique para determinar el tamaño de la herida de entrada.

"Es consistente. No podremos asegurarlo hasta que lo llevemos al laboratorio". Sacó del bolsillo lo que parecía una toallita húmeda, la abrió y la pasó por los dedos índice y pulgar de la pálida mano de Gerald.

Beckett esperó cinco segundos y levantó el papel para que Chase lo viera.

Estaba cubierto de manchas grises.

"GSR en sus manos."

Chase asintió cuando Beckett se puso en pie y empezó a rebuscar en su maletín médico negro. Mientras él rebuscaba, ella observó la escena con más detalle, tratando de encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera sugerir que se había cometido un delito.

Su aliento producía bocanadas heladas en el aire y temblaba.

La temperatura estaba bajando.

"¿Por qué no lleva camisa?", preguntó.

"¿Perdón?"

Chase se volvió para mirar al agente Dwight.

"¿Por qué no lleva camisa? Hace frío aquí fuera".

Dwight se encogió de hombros.

"Yo no, supongo..."

Chase le interrumpió.
"Mira en el contenedor".
"Ah, ¿perdón?"
Chase suspiró.
"Echa un vistazo en el contenedor, a ver si puedes encontrar su camisa."
"Sí, señora", dijo, e inmediatamente se dirigió al contenedor y tiró la tapa hacia atrás. Sonó con fuerza y Chase se encogió.
"¿Oye Chase?" Beckett dijo.
"¿Qué pasa?"
"Mira esto", contestó él, tendiéndole una carpeta manila abierta. Sólo necesitó echar un vistazo a la fotografía para darse cuenta de que las similitudes eran asombrosas: el agujero de bala en la mejilla izquierda de Gerald, la parte superior de su cabeza destrozada. El pecho desnudo, los vaqueros oscuros.
Cerró los ojos y se presionó las sienes con los dedos.
"¡Encontré algo!"
Chase abrió los ojos y miró al agente Dwight. Estaba usando una especie de palo que había encontrado en el contenedor para sujetar una camiseta de lentejuelas.
"Esto es suyo. Le recogí con esta misma camiseta hace un par de meses".
Chase sintió que le venía un dolor de cabeza y apretó los dientes contra él.
"¿Quieres que lo embale?" Preguntó Dwight. Y entonces, antes de que ella pudiera responder, se volvió hacia Beckett: "¿Podemos envolver esto aquí? ¿Marcarlo como suicidio?"
Chase dio un paso agresivo hacia delante.
¿"Suicidio"? *¿Suicidio?* ¿Quién se quita la camisa antes de suicidarse? ¿Eso tiene sentido para ti? ¿Qué, Gerald no quería ensuciarse la ropa antes de morir?"
Dwight parecía asustado.
"Lo siento..."
"Tal vez estaba preocupado por la factura de la tintorería. Mierda, podrían cobrar extra por limpiar sangre y materia cerebral de las lentejuelas". Se inclinó hacia el hombre, sintiendo que sus emociones empezaban a desbordarse. "¿Es eso lo que estaba haciendo, Dwight?"
El agente desvió la mirada.
"Sólo pensé..."
¿"Pensaste"? ¿Pensaste qué? Que él..."
Beckett le puso la mano en el hombro y ella se detuvo para mirarle. Tenía los labios apretados con fuerza.
Chase negó con la cabeza.
"Lo siento", le dijo al oficial Dwight. "Pero esto no es un suicidio.

Quiero al CSU aquí; quiero que peinen todo el maldito callejón. Hasta el maldito bar que sigue poniendo esa música detestable, incluso. Esto, oficial Dwight, no es un suicidio; es un homicidio".

Capítulo 29

Cuando Drake abrió los ojos por primera vez, no estaba completamente seguro de dónde estaba. Parpadeó rápidamente, tratando de romper la gomita que mantenía unidos sus párpados, y cuando eso falló, se los frotó con los dedos.

Estoy en el sofá, se dio cuenta. Intentó levantarse, pero empezó a dolerle la cabeza y volvió a sentarse.

"Mierda", refunfuñó. Chasqueó la lengua y se le revolvió el estómago.

De algún modo, llegó hasta la cocina, donde se tomó dos Advil con un vaso de agua caliente. Mientras esperaba a que el medicamento hiciera efecto, se dio una ducha fría y se vistió.

"¿Qué demonios pasó anoche?", se preguntó. Recordaba haber ido al bar, a Barney's, pero no recordaba haber vuelto a casa.

Tampoco tenía ni idea de por qué le dolía el culo, lo cual le preocupaba bastante. Sólo de pensar en cómo podría haber sucedido le daba escalofríos.

Cuando por fin estuvo vestido y listo, eran casi las diez. Cogió su teléfono de la mesa y vio que la luz roja parpadeaba de nuevo. Parecía que cada vez que cogía el maldito aparato tenía mensajes esperando. Drake empezaba a pensar que dejarse convencer por Screech de que necesitaba un smartphone, cuando era tecnológicamente tonto, no había sido la mejor idea.

Mientras no sea Beckett otra vez.

No lo era.

Era un mensaje de Screech, y Drake lo leyó en voz alta.

Drake, ¿dónde estás? Son las nueve y media y la Sra. Armatridge lleva esperando casi una hora y se me está acabando el zumo de ciruelas que ofrecerle.

Sacudió la cabeza, soltó una risita y salió corriendo hacia su oxidado Crown Vic.

***

La voz de Screech le llegó a pesar de que la puerta de la Triple D estaba firmemente cerrada.

"Estoy seguro de que Drake llegará en cualquier momento, Sra. Armatridge. Probablemente... probablemente esté haciendo algún trabajo policial. Usted sabe que él solía ser un oficial de policía - un detective, ¿no? "

Drake puso la mano en el pomo, pero no abrió la puerta inmediatamente. En lugar de eso, escuchó.

"Sí, sé que era detective. Pero ya no. Ahora trabaja para mí. Y me ha estado diciendo lo mismo durante la última hora".

"¿Puedo traerte algo mientras esperas? ¿Una *pastilla* quizás?"

Oyó burlarse a la anciana.

¿"Pastille"? Eso haría maravillas con mi síndrome del intestino irritable. ¿Qué tal un vaso de agua? Filtrada, por supuesto. Perrier sería aún mejor".

Drake respiró hondo y esbozó su mejor sonrisa. Luego abrió la puerta.

La Sra. Armatridge estaba sentada en una de las sillas de color burdeos, con el cuerpo de Screech flotando sobre ella. Las otras sillas estaban ocupadas por más geriátricos.

"Sra. Armatridge", exclamó Drake en voz alta. "Siento mucho llegar tarde. Tuve que ayudar con la policía de Nueva York".

La mujer frunció los labios.

"No hace falta que grites. No estoy sordo".

La mujer sentada junto a la Sra. Armatridge la miró y dijo: "¿Perdón?".

Su pregunta fue ignorada.

"Sí, por supuesto. Por favor, pase a mi despacho", dijo Drake, haciendo todo lo posible por mantener la sonrisa.

La mujer se puso en pie y Drake la siguió hasta su despacho.

Frunció el ceño cuando vio la botella de Johnny aún abierta sobre el escritorio y los dos vasos. Drake se apresuró a rodear a la mujer, colocó rápidamente el tapón y guardó la botella y los vasos en el cajón superior de su escritorio.

"Espero que todavía seas capaz de funcionar, Damien."

"Sí, por supuesto. Siento la espera. Ahora, ¿en qué puedo ayudarle?"

La Sra. Armatridge le miró desde el otro lado de la mesa.

"Veo que su despacho está lleno, y sospecho que ayer también tuvo más de un visitante".

Drake lo admitió.

"Creo que eres lo suficientemente inteligente como para saber que eso fue obra mía, Damien".

"Sí, por supuesto. Quiero agradecerle su apoyo, Sra. Armatridge".

Otro *hmph*.

"Y sólo quería recordarle que yo estaba aquí primero, y espero que mi... cómo decirlo... mi *caso* tenga prioridad".

"Por supuesto".

Drake no tuvo problemas para tragarse su orgullo. Cuatro cheques de diez mil dólares le harían eso a un hombre. Sin embargo, algo le

decía que ese no era el único motivo de la visita de la mujer.

"¿Hay algo más que pueda hacer por usted hoy, Sra. Armatridge?"

Los finos dedos de la mujer se llevaron a las perlas que colgaban de su cuello, y Drake se dio cuenta de que estaba nerviosa.

"He estado revisando el vídeo de tu casa".

Levantó los ojos.

"¿Y?"

"Y, por desgracia, no tengo nada que informar en este momento."

El rostro de la Sra. Armatridge se desplomó y Drake levantó inmediatamente una mano para calmarla.

"Pero, le aseguro que he estado siguiendo los movimientos de su criada... de la señorita Ortiz... con mucho cuidado. Hasta ahora, no parece estar haciendo otra cosa que mantener el lugar limpio, y cuidar de su marido, por supuesto."

La mención de su marido hizo que su expresión se endureciera.

La Sra. Armatridge se levantó y se dirigió hacia la puerta.

De eso se trataba esta visita... una expedición de pesca. Ella quiere *que algo esté mal. Quiere que encuentre algo, y no estará satisfecha hasta que lo haga.*

"Recuerda, Damien, lo importante que he sido para tu negocio. Y piensa en lo rápido que te lo pueden quitar todo".

"Sí, por supuesto. Le avisaré en cuanto note algo fuera de lo normal".

La Sra. Armatridge salió de su despacho y, cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta exterior, Drake respiró hondo.

"¡Screech! Que pase el siguiente", gritó, intentando recuperar la sonrisa falsa.

Capítulo 30

BECKETT SE INCLINÓ SOBRE EL hombre de las gafas negras y la bata de laboratorio.

"¿Algo?", preguntó, tratando de no hacerse ilusiones.

El técnico de laboratorio negó con la cabeza.

"Nada. El hombre tenía algo de alcohol en su sistema, y rastros de marihuana. Pero nada a niveles que lo incapacitaran. Gerald era, sin embargo, VIH positivo".

Beckett maldijo y apartó las manos del respaldo de la silla del hombre.

Así que Gerald estaba relativamente sobrio cuando murió.

Las pruebas del laboratorio de armas aún no habían llegado, pero a Beckett le sorprendería que la pistola del lugar del crimen no fuera la misma que disparó la bala que le había hecho estallar la parte superior del cráneo. Aún llevaba la cartera en los pantalones, y dentro había encontrado ochenta dólares, cuatro billetes de veinte.

No parecía que un robo fuera el motivo. Lo que parecía, francamente, era un hombre con mala suerte. Un hombre seropositivo, que se prostituía por dinero y que acababa de perder las ganas de vivir.

Y que había acabado con todo con una sola bala.

Beckett se frotó la frente.

Sólo que no fue eso lo que pasó. Lo que ocurrió fue que alguien había asesinado a Gerald Leblanc y lo había hecho pasar por un suicidio. Igual que le pasó a Eddie y al hombre de las muñecas cortadas en la bañera, al borracho que se asfixió y a la mujer que murió de sobredosis y se ahogó en Central Park.

Sólo tenía que encontrar *algo* que pudiera relacionar los casos, cualquier cosa que pudiera indicar que sus heridas no eran autoinfligidas.

"¿Y la chica del estanque?"

El hombre de las gafas vuelve a su ordenador y teclea.

"Altos niveles de diamorfina - heroína - en su sistema. Si no se hubiera ahogado, lo más probable es que hubiera tenido una sobredosis".

Beckett volvió a maldecir.

"¿Y el borracho? El que... a la mierda. No importa", le dio una palmada en el hombro y el hombre dio un respingo. "Gracias por tu ayuda."

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, decidido a abandonar

el laboratorio.

"¿Dr. Campbell? ¿Puedo preguntarle por qué está tan interesado en estos suicidios? Quiero decir..."

"No, no puede", dijo, sin volverse.

***

Beckett estaba de pie en la morgue, con los cuatro cadáveres tumbados en camillas de metal ante él. Había encontrado al hombre de la primera imagen -Trevor Gobbets- y al hombre de la bañera -Nick Thanos- y había revisado los expedientes del forense subalterno, así como los propios cadáveres. Y sus resultados y conclusiones fueron los mismos que con Gerald y Eddie.

Su mirada saltaba de un cuerpo desnudo al siguiente, sus ojos apenas se centraban en su carne blanca y pálida. Hasta que sus ojos se posaron en la piel marrón claro de Eddie. Sacudió la cabeza y suspiró.

"Maldita sea, Eddie. Maldita sea".

Cinco asesinatos, todos en dos semanas.

Le encantaban los rompecabezas, pero éste le parecía totalmente injusto. Era como si todas las piezas hubieran sido cortadas a la escuadra.

"Vamos Beckett, encuentra *algo para ayudar a* Chase. Para ayudar a Eddie".

Beckett se puso los guantes y se acercó al primer cadáver, repitiendo el mismo proceso que ya había hecho al menos media docena de veces.

Trevor Gobbets llevaba más de dos décadas sin hogar. Sin familia, sin amigos, sin trabajo, sin dinero. La única forma de identificar su cuerpo era por las huellas dactilares de un hurto cometido siete años antes. Su cadáver mostraba todos los signos reveladores de un largo alcoholismo: ojos hundidos, tez pálida, abscesos en manos y pies. La toxicología había revelado que tenía una tasa de alcoholemia de 0,37. Estaba tan borracho que cuando se cayó de cuello no se despertó.

O al menos eso es lo que se pretendía.

"¿Cómo encuentra un vagabundo alcohólico alcohol suficiente para emborracharse tanto?", se preguntó en voz alta. Hizo una nota mental para preguntarle al técnico sobre el tipo específico de alcohol más tarde. Después de peinar el cuerpo del hombre y no encontrar ninguna prueba de juego sucio, pasó al siguiente.

Nick Thanos era un hombre obeso que acababa de divorciarse de su mujer y había perdido la custodia de sus dos hijos. La historia era sencilla: el hombre estaba deprimido, su vida se desmoronaba, así que decidió suicidarse cortándose las venas en la bañera.

Los cortes de las muñecas eran profundos, tanto como para cortar

los tendones. Había tres cortes en cada muñeca, que ascendían casi hasta los codos. Beckett estaba a punto de pasar a Eddie, cuando notó algo en el interior de la mano derecha del hombre. Deslizándose por el cuerpo para ver mejor, agarró el antebrazo del hombre y lo levantó con cuidado.

Tenía callos en el interior del pulgar y en el lateral del índice.

Es diestro, pensó Beckett. Inspeccionó los cortes de la muñeca derecha y luego los de la izquierda. Algo no iba bien.

Los cortes de la muñeca derecha eran fuertes, deliberados, mientras que los de la izquierda no eran tan profundos y parecían marcas de vacilación.

Beckett no estaba seguro, pero si fuera apostador, apostaría a que Nick se había cortado primero *la* muñeca *derecha* y luego la izquierda. Lo cual, siendo diestro, sería muy poco natural.

No es mucho, pensó, pero era *algo*.

El teléfono le zumbó en el bolsillo, bajó el brazo del cadáver hasta la camilla, se quitó el guante y contestó.

"¿Sí?", dijo, sorprendido de lo cansado que sonaba.

"¿Dr. Campbell? Es Zeke."

¿Zeke? ¿Quién demonios es Zeke?

"¿Quién?"

¿"Zeke"? ¿Del laboratorio? Acabamos de hablar hace diez minutos".

"Ah, claro, Zeke. ¿De qué se trata?"

"¿Así que estaba echando otro vistazo a la toxicología de Trevor Gobbets?"

Ahora tenía toda la atención de Beckett.

"¿Y? ¿Qué has encontrado?"

"Bueno, no estoy seguro de si es algo, pero estuve mirando los números de nuevo, y parece que tenía trazas de metanol en su sistema".

"¿Metanol? ¿Seguro?"

"Sí. Estoy seguro, quiero decir que podría..."

"Gracias, Zeke, de gran ayuda", dijo Beckett y luego colgó el teléfono.

Luego marcó inmediatamente el número de Chase.

Parecía como si las piezas del rompecabezas hubieran adquirido por fin una forma familiar.

Capítulo 31

"ESPERA, MÁS DESPACIO, BECKETT. ¿Metanol? ¿Qué significa eso?" preguntó Chase en voz baja. Mientras esperaba la respuesta de Beckett, se levantó, se dirigió a la puerta de su despacho y la cerró. Luego abrió dos juegos de fotografías: una de la escena del crimen y otra del examen de patología forense.

Beckett continuó tras respirar hondo.

"La mayoría de la gente no lo sabe, pero el etanol que se utiliza en los laboratorios lleva un 5% de metanol para evitar que la gente se lo beba. Y nuestra primera víctima, Trevor Gobbets, tenía un poco en su sistema. Tal y como yo lo veo, quien lo mató quería emborracharlo y añadir etanol a su bebida".

Chase se lo pensó.

"¿Fue envenenado entonces?"

"Eso parece. No hay manera de probar que Trevor no se encontró con el etanol por su cuenta, pero es un comienzo. Y hay una cosa más. ¿El hombre de la bañera? Es diestro, y aún así estoy bastante seguro de que su muñeca derecha fue acuchillada primero."

"No estoy seguro de seguirte".

"Inténtalo. Coge un lápiz o algo".

Chase cogió un lápiz con la mano derecha y se lo llevó instintivamente a la muñeca izquierda. Y entonces lo comprendió.

"Sí, lo natural sería que un diestro se cortara primero la muñeca izquierda".

"Exactamente."

Chase se quedó mirando las fotos mientras hablaba, intentando imaginar el último pensamiento de Nick antes de cortarse las venas. Un escalofrío la recorrió.

"No es una pistola humeante", dijo al fin. "Pero tienes razón. Es algo".

"¿Suficiente para llevar a Rhodes?" Preguntó Beckett.

Chase suspiró. No era suficiente, ni de lejos. Sospechaba que podrían tener la confesión de un asesino convicto y aun así no sería suficiente.

"Sí", mintió. "Lo suficiente como para llevársela. Si lo acepta, eso es otra historia".

Hubo una larga pausa, durante la cual Chase recogió las fotos y las volvió a colocar en sus respectivas carpetas.

"Beckett, ¿sigues ahí?"

"Sí."

"Voy a llevárselo a Rhodes. Ya te contaré cómo va", dijo mientras se dirigía a la puerta.

"Oh, ¿una cosa más? ¿Recuerdas cuando te pregunté por el fotógrafo de la víctima de Central Park?"

Chase pensó en aquella noche, en el submarinista que rompió la superficie del agua y le hizo la irónica señal del pulgar hacia arriba.

"Sí, ¿qué pasa con él?"

"¿Lograste conseguir las fotos?"

"No, en realidad no pude encontrarlo. Tenemos las fotos que el oficial tomó cuando estabas allí, pero no las de antes de que llegaras".

Hubo un momento de silencio.

"Creo que ahora me interesa más el fotógrafo que las fotos", dijo al fin. "De todas formas, a ver si lo encuentras. Y buena suerte con Rhodes. Llámame después".

Chase colgó el teléfono y respiró hondo. Luego salió al pasillo y se dirigió al despacho del sargento Rhodes.

***

"De ninguna manera, Chase. Además, tres de estas muertes ya han sido declaradas suicidios o accidentes".

"¿Y qué? No hay estatutos sobre el asesinato y no sería la primera vez que un suicidio se considera un asesinato después de los hechos."

El sargento Rhodes se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el escritorio. Entrelazó sus dedos largos y finos, un gesto que no servía para otra cosa que para inquietar y molestar a Chase.

Funcionó; podía sentir cómo la sangre empezaba a inundar sus mejillas.

"Por favor, Detective Adams, siéntase libre de sermonearme más sobre las minucias de la ley. Vamos, no sea tímido".

Chase apretó los dientes, dejando escapar un comentario sarcástico. Rhodes parpadeó lentamente, con los ojos ligeramente saltones tras sus gafas redondas.

"Ah, bien. Ahora, ¿quieres saber lo que pienso?"

Chase supuso que la pregunta era retórica y no contestó.

"Creo", continuó Rhodes tras un prolongado retraso, "que te estás poniendo un poco inquieto. Creo que después de lo del Dr. Kruk, te han entrado ganas de asesinos en serie, ¿eh? ¿Quizá crees que la atención mediática es el único camino hacia la cima?".

Chase tragó saliva.

¿Inkling para asesinos en serie? ¿Lo dice en serio?

"Mm, hmm. ¿Las cosas están demasiado tranquilas para ti? ¿Demasiado tranquilas? ¿No te interesan los pandilleros que se pegan tiros por dinero del crack?".

Chase entornó los ojos con fuerza. Sintió una presión en lo más profundo de su estómago. Estaba a punto de estallar: si Rhodes seguía con su actitud condescendiente, las consecuencias de sus actos pronto pasarían a un segundo plano.

Afortunadamente, la diatriba cambió de dirección.

"Mira, Chase. Me caes bien y creo que eres un detective excelente, por eso te ascendí a primer grado más rápido que a nadie en la historia de este departamento. Voy a contarte un pequeño secreto. No seré sargento mucho más tiempo. Y esto va a dejar una vacante, una vacante que creo que tú estarías más que cualificado para ocupar".

Rhodes se detuvo y la miró fijamente. Chase no sabía qué responder, así que optó por no decir nada.

Tras unos instantes, prosiguió.

"Como sargento, y con una recomendación del recién nombrado teniente, y puede que incluso del alcalde, estoy seguro de que no habría ningún problema en trasladarme a Quantico, ya me entiendes".

Chase exhaló.

Rhodes conocía sus aspiraciones en el FBI, su creciente interés por los perfiles criminales. No estaba segura de cómo, pero el cabrón *lo sabía*. Y ahora la chantajeaba con esa información.

"¿Lo entiendes ahora, Chase?", preguntó con una sonrisa en la comisura de los labios.

Desafortunadamente, Chase lo hizo.

"Sí", dijo en voz baja. "Lo comprendo".

Ella asintió y se levantó. Cuando cruzó el escritorio para coger la carpeta de fotografías, Rhodes se la quitó de encima.

"Creo que me quedaré con estos, si te parece bien."

Chase dudó.

Pero luego asintió y salió de la habitación.

Lo entendía perfectamente. Entendía que lo único que le importaba a Rhodes era su propia carrera.

Afortunadamente para ella, Chase también se preocupaba por la vida de los ciudadanos de Nueva York.

Capítulo 32

BECKETT ACABABA DE SENTARSE en su escritorio de la NYU Medical, cuando un Chase de aspecto frustrado irrumpió por la puerta.

"Así de mal, ¿eh?"

"Menudo gilipollas de mierda", murmuró sacudiendo la cabeza. "Sí, así de mal".

"Drake tenía razón sobre él", dijo Chase, aunque no estaba claro si simplemente estaba verbalizando su diálogo interno, o si estaba expresando sus sentimientos a Beckett.

"Pero no le culpes", dijo.

Chase levantó los ojos.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

Beckett volvió a exponer las fotografías.

"Quiero decir, mierda, sé que hay un asesino ahí fuera. ¿Pero qué tenemos aparte de estas imágenes coincidentes y algunas discrepancias? De hecho, hay menos cabos sueltos con estos suicidios que con muchos de los otros suicidios que he aclarado a lo largo de los años."

Chase parecía incrédulo.

"¿Dime que no te estás echando atrás ahora?"

Beckett negó con la cabeza.

"Por supuesto que no. Pero con lo que tenemos, no me sorprende que no vayamos a recibir apoyo del departamento, con Rhodes o sin Rhodes".

Chase echó un vistazo a la oficina.

"¿Dónde está Suzan?", preguntó.

"En clase. Aunque después va a indagar un poco más. Más indagaciones sobre la Dra. Sra. Kevorkian".

"¿Quién?"

"Tracey, la mujer que tomó las fotografías iniciales."

Chase asintió.

"¿Hay algo más, Beckett? Por favor, dime que tienes algo más".

Beckett suspiró.

"No tengo nada."

Para su sorpresa, Chase se lo tomó con calma. De hecho, pareció ponerla sobria y sus ojos se centraron.

"Entonces, ¿qué tenemos?" Se colocó detrás de Beckett y señaló la primera fotografía. "Un borracho muerto", pasó a la siguiente imagen de la secuencia, "un obeso deprimido, un médico ahorcado, un prostituto al que dispararon en la cara. Y luego tenemos a un yonqui

que se ahogó en Central Park. Así que..."

"Sí", dijo Beckett en voz baja. "Tenemos un pequeño juego de cuál de estos no es como los otros".

Chase asintió.

"Tu estudiante de medicina. Los otros son vagabundos, gente a la que la sociedad no echaría de menos. Pero Edison... ¿por qué él? ¿Por qué matar a un joven doctor?" Chase preguntó.

Beckett sintió que se le hacía un nudo en la garganta al oír aquellas palabras.

¿Por qué matar a un joven médico?

Aún no había superado el hecho de que se sentía parcialmente responsable de la muerte de Eddie, suicidio o no.

Si no hubiera sido por...

"Él es la clave, Beckett."

Beckett aceptó a regañadientes.

"Pero, ¿por qué matar a alguien?", preguntó. Al darse cuenta de que su comentario rozaba lo filosófico, se apresuró a añadir: "Quiero decir, ¿quién es el asesino? ¿Cuáles son sus motivos?".

Chase se mordió el labio.

"¿Un estudiante descontento, tal vez? ¿Alguien que está tratando de salirse con la suya en los asesinatos perfectos?"

Beckett se encogió de hombros.

"Tal vez... podría ser. No lo sé. Pero puedo decirte una cosa, quienquiera que sea el asesino, no va a parar hasta completar los ocho. E incluso entonces, dudo que una vez que pruebe, no se detenga ahí".

Por su mente pasó la imagen de los bebés, ilustrados con muñecos en los apuntes de preparación para el examen de la Dra. Tracey Moorfield.

"Tenemos que atraparlo antes de que vuelva a matar. Lo único es que no podemos hacerlo solos. Vamos a necesitar ayuda. Vamos a necesitar a alguien que tenga experiencia con asesinos en serie, pero alguien que no esté involucrado con la policía de Nueva York. Alguien a quien no le importe saltarse un poco las normas. ¿Conoces a alguien que se ajuste a esa descripción?"

Beckett sonrió con satisfacción. Aunque Chase había hecho la pregunta, estaba claro que ella ya sabía la respuesta.

Ambos lo hicieron; sólo conocían a un hombre que encajara en ese molde.

"Suzan no puede saberlo", dijo Chase en voz baja.

"No, definitivamente no puede enterarse", respondió Beckett.

Parte III - Suicidio

Capítulo 33

"Le aseguro, Sra. Trout, que todo aquí en Investigaciones Triple D se hace con la mayor discreción. Sólo yo, mi socio y quien usted apruebe veremos *alguna* grabación de vídeo del interior de su casa."

La señora Trout, una mujer grande con ojos saltones y una nariz que goteaba continuamente, sonrió, mostrando unos dientes tan grandes que Drake habría apostado toda su recién adquirida riqueza a que estaban construidos de cualquier cosa menos de material orgánico.

"He oído hablar muy bien de ti y de tu empresa, Damián", dijo la señora Trout con voz aguada antes de aspirar y luego limpiarse la nariz con la manga de su jersey blanco. "Y me hace dormir bien por las noches saber que usted vela por mí".

Drake tuvo un tic en el ojo y se debatió entre decirle a la mujer que él no era una empresa de seguridad privada y que sólo utilizaba las cámaras para buscar robos, actos indecentes y cosas por el estilo. Pero cuando la mujer gruñó e intentó levantarse, se mordió la lengua y se apresuró a acercarse a ella.

Deslizando el andador de la mujer entre sus gruesos nudillos, dijo: "Por supuesto. Pero como con todas las cosas de este mundo, no hay garantías, aparte del trabajo duro y la disciplina, por supuesto".

Sonrió al decir esto, y la Sra. Trout le devolvió la expresión, mostrando una vez más su dentadura postiza, que claramente se parecía a la del Sr. Ed. De cerca, su aliento apestaba a Alka Seltzer y crema agria.

"Gracias, Damien", dijo ella mientras él le abría la puerta.

Dejó de sonreír en cuanto ella se fue y se desplomó en su silla, relamiéndose los labios.

Había sido una mañana larga; después de la señora Armatridge, había visto a otros cuatro de sus conocidos de pelo azul, y había pasado una cantidad de tiempo insoportable asegurándoles... bueno, cualquier cosa que requiriera garantías. Y este enfoque le había llevado a lugares insólitos, lugares que nunca se le habría ocurrido explorar como detective.

Pero también significaba cuatro cheques más jugosos. Había ganado más dinero en los últimos tres días que en dos años como detective de la policía de Nueva York.

¿Era Screech o Alyssa quien le había preguntado si echaba de menos?

Ambos, creo.

La respuesta se volvía más confusa cada día que pasaba. La única respuesta que podía ofrecer si se le planteaba de nuevo la pregunta era totalmente insatisfactoria, pero irrefutablemente honesta: tal vez...

Sus ojos se desviaron hacia las crecientes pilas de cheques sobre su escritorio.

O tal vez no.

El estómago de Drake gruñó, recordándole que era más de mediodía y que aún no había comido hoy.

"¿Screech?", gritó. "¿Qué tal algo de comer? Yo invito".

Hubo una pausa.

¿"Screech"?

La puerta de su despacho se abrió de repente y asomó la cabeza rizada del hombre.

"Tenemos un cliente más, jefe", dijo en un tono extraño.

"¿Quién? ¿Otro de los socios de la Sra. Armatridge?"

Screech negó con la cabeza.

"No, un hombre y una mujer, dicen que te conocen. No darían sus nombres".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

¿Me conocen?

"Bien, que pasen. Mientras tanto, ve a comer algo, ¿quieres? Y luego será mejor que te aprovisiones de esas grabadoras de botones. Tienes algunas instalaciones que hacer hoy".

Screech se rió y se asomó a la puerta, indicando a dos figuras que entraran.

Drake también sonrió -la risa de Screech, por extraña que fuera, tenía una forma de hacerte sonreír-, pero cuando sus dos nuevos clientes aparecieron, frunció el ceño de inmediato.

"Hola Drake", dijo Beckett con una sonrisa de satisfacción, "qué casualidad encontrarte aquí. ¿Has cambiado de número o algo? Porque parece que nunca respondes a la maldita cosa".

Capítulo 34

Drake no sabía muy bien cómo reaccionar.

¿Me pongo de pie? ¿Un apretón de manos? ¿Un abrazo?

Era extraño, teniendo en cuenta lo bien que conocía a Beckett, el *tiempo que hacía* que lo conocía y lo unidos que se habían hecho Chase y él incluso en el poco tiempo que llevaban juntos. Y, sin embargo, el tiempo de separación -seis meses, poco tiempo en cualquier escala global- podía apretar más que la distancia temporal entre las relaciones.

Afortunadamente, la decisión no estaba en sus manos.

"¿Y bien? Levántate de una puta vez, cabrón maleducado y dame un abrazo", exclamó Beckett con una sonrisa.

Si Drake tenía alguna reserva, Beckett se acercó a él y las disipó al instante. Drake se levantó y abrazó a su buen amigo, dándole dos palmadas en la espalda. Chase, aunque menos entusiasta que Beckett, también se acercó y Drake también la abrazó.

Sin embargo, esta vez no hay palmas en la espalda.

"Bonita excavación, Drake", dijo Beckett, mirando a su alrededor.

Drake se rió entre dientes. Investigaciones Triple D no era lo que él llamaría un "alojamiento agradable": era un local de dos habitaciones con pintura desconchada en las paredes de un centro comercial que palidecía en comparación con el lujoso despacho del Dr. Mark Kruk, pero algo le decía que tal vez, sólo tal vez, Triple D debía actualizarse. Siempre y cuando, por supuesto, el flujo constante de mujeres octogenarias paranoicas no se agotara de repente, en sentido literal o figurado.

Aún así, Beckett no estaba siendo mezquina; Beckett sólo estaba siendo Beckett.

"Paga las facturas; no todos podemos fingir ser médicos en la tele, ¿sabes?".

Beckett resopló.

"Touché, amigo mío."

Chase le sonrió.

"Encantado de verte de nuevo, Drake. Ha pasado... bueno, ha pasado un tiempo".

"Así es", respondió Drake. "Tomen asiento chicos, por una vez seré yo quien esté detrás del escritorio. Intentaré dar la mejor impresión del Sargento Rhodes, para que se sientan cómodos".

Drake había querido decir sus palabras como una broma, pero al ver la forma en que la cara de Chase cayó ante la mención del nombre

de Rhodes, sabía que era mejor no insistir.
También sabía que sus dos amigos no estaban aquí para poner cámaras que pillaran a cónyuges infieles o ladrones. Para empezar, Beckett no estaba casada y Chase... ¿estaba casada? se preguntó Drake. Pensó que no, pero no recordaba habérselo preguntado directamente. No llevaba alianza, eso lo sabía, pero parecía que eran menos populares últimamente, sobre todo para una mujer de carrera como ella.
"Lo siento", dijo. "Por favor, siéntate."
Chase ocupó el asiento que la señora Trout había dejado libre momentos antes, y Beckett sacó uno de un lado de la sala y lo colocó junto al suyo.
"Algo me dice que no se trata de una visita social, por mucho que necesitemos ponernos al día", ofreció, tratando de nuevo de mantener el ambiente ligero.
"No, no lo es", dijo Chase rotundamente. "Ojalá lo fuera, Drake, y seré el primero en decir que me siento fatal por...".
Drake levantó una mano para silenciarla.
"No hace falta, Chase. Yo no llamé, tú no llamaste, y Beckett... bueno, que se joda Beckett".
Beckett gruñó.
"Oh, llamé... y envié mensajes de texto y dejé mensajes, pero parece que a alguien le cuesta averiguar cómo usar su teléfono". Los ojos de Beckett se desviaron hacia el nuevo móvil de Drake que yacía sobre el escritorio. "Pero te perdono. Después de todo, debe de ser difícil manejar esa cosa con tus garras de dinosaurio y tu cerebro de lagarto".
"Tengo treinta y ocho años, Beckett. A menos que olvidemos quién..."
Beckett hizo un chasquido con la lengua.
"Una mujer nunca lo cuenta".
Drake sacudió la cabeza, divertido. Iba a añadir algo, pero vio la expresión de Chase por el rabillo del ojo y se detuvo. Aunque Beckett y él se lo estaban pasando en grande haciéndose bromas, la jovialidad no parecía extenderse a ella.
Chase se inclinó hacia delante mientras hablaba.
"Pero después de lo que pasó... me salvaste la vida, Drake. No sólo eso, sino que también caíste sobre la espada por mí. Y eso es algo que nunca olvidaré".
Drake asintió enérgicamente, aceptando el cumplido con naturalidad.
"Muy bien, príncipe azul", interrumpió Beckett, "como dicen los franceses, "vayamos *al* grano"". Sacó una carpeta de su bolsa de mensajero y la dejó sobre la mesa frente a ellos. Cuando se dispuso a abrirla, Drake puso una palma encima.

Suspiró pesadamente antes de hablar.

"Chicos, sé que voy a sonar como un gilipollas, pero, por favor, por *favor*, no abráis el archivo". Chase comenzó a protestar, pero Drake continuó: "Como he dicho, soy un idiota, lo entiendo. Pero he pasado por muchas cosas y me alegra decir que lo he superado. Superado muchas cosas, en realidad".

Se hizo un silencio incómodo en el pintoresco despacho. De repente, Drake se sintió demasiado apretado, demasiado constreñido, y empezó a pensar que la mudanza podría producirse más pronto que tarde.

Lentamente, con una ceja levantada, Beckett despegó la mano de Drake de la parte superior de la carpeta manila.

"Vale, Eeyore, no te quites las bragas. Sólo queremos mostrarte algunas imágenes. Obtener tu opinión sobre un par de cosas. Eso es todo. No te estamos confiando los códigos nucleares de Corea del Norte, ¿de acuerdo?"

La actuación de Beckett fue impecable, y Drake también habría caído si no hubiera sido por Chase. Los ojos verdes de la mujer se desviaron hacia Beckett mientras hablaba, delatándolos a ambos.

Y yo que pensaba que tú eras el jugador de póquer, Chase. pensó distraídamente.

En cualquier caso, aunque Drake podía ser un capullo, no era un gilipollas. Se echó hacia atrás en su silla y levantó las manos, admitiendo la rendición.

"La primera consulta es gratis", dijo. Pero cuando Beckett abrió la carpeta, Drake se dio cuenta de que no se trataba de una broma.

Chase se inclinó hacia delante y extendió cinco fotografías sobre su escritorio.

"Dos semanas, cinco cadáveres", dijo simplemente y luego hizo una pausa.

Drake, dándose cuenta de que ella quería su opinión inmediata, se inclinó hacia delante y miró brevemente cada una de las fotografías en secuencia. Cuando terminó, dijo: "Un montón de gente se ha suicidado. ¿Para eso has venido?".

"¡Ja!" Beckett exclamó, volviéndose hacia Chase. "¿Ves? Te lo dije. Me debes veinte".

Chase frunció el ceño y negó con la cabeza.

"¿Qué? ¿Qué me estoy perdiendo?" preguntó Drake.

"Nada", respondió Chase, lanzando una mirada a Beckett. Sacó otra carpeta y colocó otra serie de fotografías encima de las que Beckett había mostrado.

Drake les echó un vistazo, con el ceño fruncido por la confusión.

"No lo entiendo, son iguales".

"Ah, mi querido Watson, *no son* lo mismo. Casi, pero eso sólo

cuenta en herraduras y granadas de mano, amigo mío. Y esto no es ni lo uno ni lo otro. Esto es asesinato".

Capítulo 35

El número seis era probablemente el más difícil de recrear. El hombre lo sabía; lo sabía incluso antes de empezar toda esta tarea deslizando el etanol en la bebida de Trevor. Pero estaba preparado para el reto. Después de todo, había tenido más de una década para planearlo. Quince años para estudiar, investigar y planear.

La electrocución requería un equipo muy específico y medidas de seguridad muy importantes. Al fin y al cabo, no se podía morir cortando las venas a otra persona, ahorcando a alguien o disparándole en la cara. ¿Pero electrocutándose? Un pequeño error, un simple toque que durara un segundo de más, y la corriente entraría también en su cuerpo. Sólo durante una fracción de segundo, eso sí, pero era todo el tiempo que necesitaba para freír su placa de circuitos orgánicos.

Sí, la electrocución requería una técnica especial.

Pero estaba preparado para el reto.

El hombre bajó la ventanilla varios centímetros cuando se acercó el conductor de la grúa.

"No sé qué pasó, señor", dijo encogiéndose de hombros. "Simplemente... *se paró.* Estuvo en el taller hace unas semanas, y dijeron algo sobre los cables que van a la batería, ¿corroídos? ¿Te suena bien? De todos modos, no hice nada al respecto, porque pensé que estaban intentando colarme más pasta, ¿sabes?".

El lado izquierdo del labio superior del conductor de la grúa se curvó.

"Siempre debes escuchar a tu mecánico", respondió con voz ronca.

El hombre del coche se llevó una mano al pecho.

"Lo sé, lo sé. Una lección vivida es una lección aprendida, como dicen".

El conductor murmuró algo en voz baja, algo que al hombre del coche le sonó a *maricón de mierda*, y luego se dirigió a la parte delantera del coche.

"Abre la capucha", gritó, rascándose una mancha de aceite en su camiseta extragrande.

"No hay problema", gritó el hombre por la ventanilla mientras tiraba de la capota. "¿Sabe qué? Deja que te ayude".

El conductor de la grúa levantó una palma carnosa antes de levantar el capó.

"No, está bien, quédate en el coche".

"No, no", dijo el hombre del asiento del conductor, con una sonrisa en la cara. "Insisto".

Capítulo 36

Drake comprendió de pronto la expresión de Chase cuando había hecho la broma sobre el sargento Rhodes.

"Déjame adivinar", dijo, "Rhodes no quería tocar esto ni con un palo de tres metros".

Beckett se burló.

"Rhodes no tocaría esto ni con un maldito tentáculo de Kraken".

Drake sacudió la cabeza e hizo una mueca.

¿Qué diablos significa eso?

Sin embargo, en lugar de seguirle la corriente a Beckett, volvió a centrar su atención en las imágenes de su escritorio. Aún le costaba ver en qué se diferenciaban; para él, parecían las mismas escenas del crimen, sólo que las fotografías estaban tomadas desde ángulos ligeramente distintos. Lo cual tenía sentido; había estado en cientos de escenas del crimen y los fotógrafos no eran tímidos con el gatillo.

"De todos modos, ¿estás seguro de que estos no son, eh, naturales, quiero decir, tanto como el suicidio y los accidentes pueden ser considerados naturales?"

"No hay manera", respondió Chase. "No es sólo la similitud, sino el orden en que ocurrieron. Primero el..."

"Asfixia", ofreció Beckett.

"-asfixia, hasta la herida de bala. Lo siguiente es la electrocución. El problema es, Drake, que no tenemos nada. Y con Rhodes siendo... cuál es la palabra... *resistente*, no vamos a conseguir nada. Por eso necesitamos tu ayuda".

Drake miró a Chase, las fotografías y luego a Beckett. Se dio cuenta de que estaban desesperados y, a pesar de sus reservas, sintió que algo tiraba de él como un niño gordo tira de un polo que le aprieta demasiado por las caderas.

Pequeños y molestos retoques.

Le necesitaban y sintió el impulso de ayudar.

"Éste de aquí parece un borracho", dijo, señalando la primera fotografía y luego a la víctima ahogada, "y éste es sin duda un yonqui. ¿Y los demás, son todos iguales?".

Beckett negó con la cabeza.

"Eso es lo que Chase y yo discutimos antes. Son todos iguales, excepto", plantó un dedo en el hombre que colgaba del techo, de espaldas al fotógrafo, "éste".

"¿Y?" Drake preguntó, "¿Qué tiene de diferente este tipo?"

Algo cambió en la cara de Beckett. Parecía pellizcarse de algún

modo, replegarse sobre sí misma.
"Este tipo es médico. Un estudiante mío."
Y con eso, todo volvió a la memoria: La visita del Dr. Edison Larringer, soltando chorradas sobre suicidios que en realidad no lo eran, y Drake diciéndole que se largara, que fuera a la policía si creía que se habían cometido delitos.
"No", gimió, incapaz de controlarse.
"¿Drake? ¿Estás bien?" Chase preguntó, pero su voz parecía lejana. Muy, muy lejos. La visión de túnel se cerró justo cuando Beckett se puso en pie de un salto. Dio una palmada en la espalda de Drake como si se estuviera ahogando.
¿"Drake"? ¿Qué demonios te pasa? *¡Drake!"*
Drake sacudió la cabeza y volvió a la realidad.
"Por favor, dime que no es", se devanó los sesos buscando el nombre, "Eddie".
Ahora era el turno de Beckett de sorprenderse.
"¿Qué? ¿Le conocías?"
Drake no contestó de inmediato. En lugar de eso, se limitó a sacudir la cabeza una y otra vez, hasta que se mareó y su resaca regresó con renovado fervor.
"Sí, le conozco. Al menos, lo conocí. Vino aquí hace una semana".
Chase se puso en pie.
"¿Qué? ¿Qué ha dicho? ¿Por qué estaba aquí?"
Drake se relamió los labios, que de pronto sintió secos hasta el punto de agrietarse.
"Dr. Edison... ¿Larringer? Creo que se llamaba Larringer- vino aquí con exactamente la misma historia que ustedes me están contando ahora: una fotografía de un suicidio que él cree que en realidad fue un asesinato. Dijo que fue alumno suyo".
Beckett se quedó boquiabierta.
"¿Qué? ¿De verdad? ¿Por qué no me lo dijiste?"
Drake negó con la cabeza.
"Le dije al... le dije al joven doctor que fuera a la policía, que ya no era policía".
"¿Y qué dijo?" Chase preguntó.
"Dijo que no podía ir a la policía, que si lo hacía le retirarían la licencia médica; eso es lo que creo que dijo, al menos".
"¿Por qué?"
"Porque te robó las imágenes, Beckett. Intentaba hacer trampas en el examen y las cogió de tu mesa".
Todo el aire fue succionado de los pulmones de Beckett, dejándolo con una expresión que recordaba a lo que Drake pensaba que la señora Trout podría parecer sin dentadura postiza.
El propio Drake no estaba exento de la horrible comprensión de

que Eddie estaba muerto, de que podría haber sido el último en ver al joven médico con vida. Su corazón comenzó a acelerarse en su pecho mientras pensaba en un día que, aunque no podía haber sido hace más de una semana, se sentía como si hubiera ocurrido una década o más antes.

Y sé una cosa con certeza: ese hombre... no murió de asfixia posicional. Fue asesinado.

Drake había rechazado a Eddie. Como un indigente despreciando a un campesino indigno, lo había echado.

Ahora estaba muerto.

Asesinada.

Los recuerdos de Clay le invadieron entonces, un diluvio que amenazaba con ahogarle.

¿Deberíamos anunciar nuestra presencia? ¿Decir que somos de la Policía de Nueva York?

Es tu caso, Clay, tú decides. Esto es una pérdida de tiempo, de todos modos.

"Dime todo lo que dijo", susurró Beckett. "Quiero saberlo todo".

Capítulo 37

Un silencio incómodo se apoderó de la sala después de que Drake relatara sus interacciones con el Dr. Edison Larringer. Una parte de él sintió la necesidad de defenderse, de decir: "*Diablos, no es mi problema, nada de esto fue culpa mía. Ya no soy detective de la policía de Nueva York"*, pero sabía que eso no era más que un mecanismo de defensa que sólo conduciría a la autocompasión o, peor aún, al odio hacia sí mismo.

Y Dios sabe que tuvo suficiente de ambos para toda la vida.

"Te ayudaré", dijo al fin. "Lo que necesites, te ayudaré a atrapar al asesino".

Beckett asintió solemnemente. Drake tenía claro que, al igual que él, Beckett también albergaba sentimientos de culpa por la muerte del joven médico.

"Tenemos que detenerlo antes de que ataque de nuevo", dijo Chase en voz baja.

"¿Tenemos algún sospechoso?"

Sacudió la cabeza.

"Ninguna. ¿Pero las imágenes de la prueba? Estaban restringidas. Sólo los estudiantes podían verlas".

"¿Qué quieres decir con que *podía* verlos?" Drake preguntó.

Fue Beckett quien contestó.

"Le pedí al profesor que las publicó que las retirara, lo que reduce nuestra lista de sospechosos a un estudiante actual o pasado. Dicho esto, he intentado acceder a los registros de los alumnos, he intentado que un amigo del departamento de informática me diera una lista, pero me ha dicho que ni hablar. Más hermético que la biblia de una monja...", miró a Chase, "más hermético que la biblia de una monja". De todos modos, sé quién ha ido a clase este año y el anterior, y probablemente pueda desenterrar nombres de algunos semestres anteriores, pero eso es todo".

Chase asintió.

"Le pedí al oficial Dunbar que investigara un poco. Va a intentar cotejar los nombres que Beckett le proporcionó con los antecedentes penales, pero sólo puede mirar superficialmente. Está paranoico porque Rhodes le vigila, y con razón después de lo que pasó con el Asesino de la Mariposa".

"Huh", refunfuñó Drake. "Así que es todo sobre mí, ¿verdad?"

Entonces se le ocurrió una idea.

"Beckett, ve hacia atrás y abre la puerta de mi oficina, ¿quieres?"

Beckett asintió y lo abrió.

"Screech, ¿puedes venir un segundo?"

En un instante, Screech apareció en la puerta.

"¿Qué pasa, jefe?", preguntó, y Drake sintió que se le enrojecía la cara.

Jefe; así es como solía llamar a Chase en broma.

"Sólo entra aquí. Necesito que conozcas a algunas personas".

Screech entró y, tras las presentaciones, Drake puso a su compañero al corriente.

"Así que estamos buscando a un ex alumno, ¿eh?" preguntó Screech.

Drake se sorprendió por la inmediatez de su respuesta. Miró primero a Chase y luego a Beckett. Tras un asentimiento del primero, dijo: "Teniendo en cuenta la naturaleza restringida de las diapositivas, sí, creo que es el mejor lugar para empezar".

"No sólo eso", añadió Beckett, "sino que quienquiera que esté haciendo esto, quienquiera que esté recreando estos suicidios, tiene considerables conocimientos médicos y científicos. Sabe exactamente cómo matar a estas personas para que parezcan suicidios, hasta el ángulo de la ligadura, hasta la cantidad de tiempo para sumergir el cuerpo en agua. Y hasta ahora CSU no ha encontrado un pelo, una fibra, cualquier ADN en absoluto coherente a través de escenas del crimen. Quiero decir, yo firmé algunos de estos como suicidios antes de saber todo esto, por el amor de Dios".

Screech juntó las manos y se crujió los nudillos.

"Bueno, no puedo decir que el espionaje nacional sea mi especialidad, pero me apunto".

Drake no compartía el entusiasmo de su compañero, a pesar de lo que le había ocurrido al doctor Edison Larringer.

Al parecer, Chase se dio cuenta de su aprensión y le dijo: "Drake, sé lo que pasó. Sé lo que pasó con Clay, con el Rey Esqueleto y con el Dr. Kruk. No puedo imaginarme el daño que te han hecho. Pero necesitamos tu ayuda. No te lo pediría si..." dejó escapar la frase.

Drake se mordió la lengua. Chase sabía lo que había pasado con el Asesino de la Mariposa, por supuesto, pero no tenía ni idea de lo del Rey Esqueleto.

Nadie lo hizo.

Excepto él y Clay, y Clay estaba muerto.

Y su asesino seguía ahí fuera; dijeran lo que dijeran, Peter Kellington no era el Rey Esqueleto.

Drake sabía que si ayudaba a Chase y Beckett, sus pesadillas volverían, y que perseguir a su asesino no sería suficiente.

También se vería obligado a encontrar al responsable de la muerte de Clay.

Si no lo mataba antes.

Capítulo 38

"Creo que veo el problema", dijo el conductor de la grúa mientras se inclinaba bajo el capó. "Parece... parece que su batería se ha desconectado del alternador".

"¿De verdad? ¿Cómo es posible?"

El conductor de la grúa, que después de mucho curiosear el hombre había descubierto que se llamaba Toby, se encogió de hombros.

"¿Has estado en la tienda últimamente?"

El hombre admitió que sí.

"Me dijeron que mi batería se estaba agotando, que quizá tuviera que cambiarla pronto".

Toby se rió entre dientes.

"Estafadores. Sin el alternador conectado, su batería morirá en una hora más o menos. Más rápido si tienes la calefacción encendida o pones la radio".

"Huh. Bueno, no es un pepinillo. ¿Puedes ayudarme?"

"Puedo impulsarte, pero sólo durará lo suficiente para llevarte a la tienda. Como dije, una hora, máximo".

"¿Qué hay de volver a conectar el alternador? ¿Puedes hacerlo?"

Toby se inclinó más hacia el motor.

"Parece que los bastardos se llevaron todos los cables. Veré si encuentro algo en mi camioneta".

Con eso, Toby se apartó del capó abierto y volvió a su camión para rebuscar en la cabina. Mientras lo hacía, el hombre cogió del asiento delantero de su coche la bolsa amarilla que contenía un flamante juego de cables de arranque. Luego abandonó rápidamente el vehículo y volvió a su puesto junto al capó abierto, con los cables en la mano.

volvió Toby, con una expresión agria que le hacía bajar la papada.

"Lo siento pero no tengo los cables adecuados para reconectarlo. Pero como dije, puedo impulsarte para que puedas arrancar el motor... y veo que tienes cables. Genial."

El hombre asintió.

"Ph, de acuerdo entonces. ¿Debería conectarlos...?"

El ceño de Toby se convirtió en una sonrisa condescendiente.

"Sí, no te preocupes. Yo me encargo". Toby se adelantó mientras hablaba y cogió los cables de su mano extendida y los sacó de la bolsa.

"Gracias. Esto es... bueno, embarazoso, supongo".

Toby se rió entre dientes.

"No te preocupes, no es culpa tuya. Algún mecánico gilipollas se aprovechó de ti. Pasa todo el tiempo".

Procedió a conectar los cables rojo y negro a la batería del coche del hombre.

"Muy bien", dijo, respirando sobre sus manos para calentarlas. "Ahora voy a conectarlas a mi batería. Tú siéntate en el coche, y cuando te dé la señal, enciéndelo, ¿vale?".

"Sí, claro. Gracias", dijo el hombre con una sonrisa. Toby asintió y volvió a su coche, mientras el hombre hacía lo mismo.

Cuando se quedó solo en el asiento del conductor, el hombre puso las llaves en el contacto y las giró hasta la mitad. Las luces del salpicadero se encendieron.

Ese es el primer paso... Toby ni siquiera comprobó si la batería seguía viva.

Y por supuesto, la batería estaba bien.

El hombre respiró hondo y miró por el parabrisas. Esperó a que Toby le hiciera la señal del pulgar hacia arriba antes de meterse la lengua en la mejilla. Fingió girar la llave unas cuantas veces y, contento de que Toby se hubiera tragado su pequeña farsa, arrancó el coche.

El motor rugió a la vida.

El hombre levantó las manos (¡éxito*!) y salió del* coche. Con rapidez, se dirigió al motor antes incluso de que Toby consiguiera salir de su enorme camión. Pero en lugar de quitar los dos cables de arranque, sólo quitó el rojo.

Y éste es el segundo paso, pensó el hombre, con la respiración cada vez más acelerada.

Con mano temblorosa, acercó la pinza al alternador. Tras respirar hondo varias veces, apretó los dientes y encajó el cable en el rectificador. Hubo una breve lluvia de chispas, pero consiguió retirar la mano antes de quemarse. Los faros de su coche se atenuaron ligeramente y un chisporroteo eléctrico llenó el aire bajo el capó, pero el hombre le prestó poca atención. Detrás de él, oyó el sonido de Toby abriendo la puerta y se giró.

"¡Ya lo tengo! Lo tengo!", dijo el hombre con una gran sonrisa, agitando la mano para reforzar sus palabras.

Cuando Toby frunció el ceño y siguió bajando su corpulento cuerpo del camión, el hombre se lanzó casi a la carrera.

Paso tres...

Llegó a la grúa antes de que Toby hubiera despejado la parte delantera del coche. Con la respiración entrecortada, buscó los cables que aún estaban conectados a la batería. Una espuma cáustica empezó a brotar del borne positivo, formando una espuma furiosa.

El hombre vaciló.

"Probablemente deberías dejar eso a los profesionales", dijo Toby, repentinamente detrás de él.

"Oh, está bien. Alguna vez tengo que aprender, ¿sabes? Y tú has sido de gran ayuda", respondió el hombre mientras agarraba las asas de goma de los dos cables de arranque. Medio esperaba sentir una sacudida, un zumbido de electricidad que le recorriera los dedos y le subiera por los brazos, pero cuando no fue así, su ritmo cardíaco se ralentizó un poco.

"¿Has... eh, has quitado los cables de tu coche?" Preguntó Toby. "¿Y qué es ese olor?"

"Sí, por supuesto, pensé..."

El hombre giró sobre sí mismo mientras hablaba, guiándole con los cables de arranque cargados.

Toby, al ver la expresión de la cara del hombre, intentó retroceder, pero era demasiado gordo, demasiado lento. La pinza roja le pellizcaba el cuello, la negra el hombro.

Los ojos de Toby se abrieron de par en par e inmediatamente dio un manotazo a los plomos, pero sus brazos parecieron congelarse en el aire y sus codos se agarraron en ángulos incómodos.

Algo entre un graznido y un jadeo escapó de los labios ahora pálidos de Toby, y luego fue como si su cuerpo se hubiera licuado. Se desplomó sobre la grava en un montón. Un segundo después, su espalda se arqueó tanto que sólo los omóplatos y las caderas del hombre permanecieron en contacto con el suelo mientras la electricidad lo atravesaba.

Satisfecho de que los clips no resbalaran, el hombre se dirigió rápidamente a su coche y saltó al asiento del conductor.

Con los dientes apretados, pisó a fondo el acelerador, haciendo que el motor se revolucionara y la luz de la cúpula se apagara.

La espalda de Toby se arqueó aún más y empezó a salir humo de su boca cavernosa. Cuando el hombre levantó el pie del acelerador, el cuerpo del conductor de la grúa volvió a desplomarse en el suelo. Aceleró el motor una segunda vez, y esta vez no aflojó hasta que pudo oler la carne quemada en el aire.

La electrocución era la escena más difícil de reproducir, pero había salido sin problemas.

El hombre sonrió y volvió al camino de grava. Tras observar su obra durante unos segundos, se dispuso a fabricar la escena.

Capítulo 39

"Me pagas extra por esto", dijo Screech. "Un extra de locura. De hecho, quiero el doble".

Drake se rió entre dientes.

"¿Qué? ¿Crees que esto no tiene riesgos?". preguntó Screech, con los ojos muy abiertos.

Beckett había vuelto a la morgue y Chase a la comisaría 62, dejando a Drake y Screech solos en el despacho para discutir qué iban a hacer a continuación. Screech se había mostrado entusiasmado con la idea de implicarse en el caso cuando Beckett y Chase estaban presentes, pero ahora que se habían marchado parecía estar arrepintiéndose.

Al propio Drake aún le costaba asimilar el hecho de que el joven médico que había estado en su consulta no hacía más de una semana había sido asesinado.

Detective o no, Drake seguía siendo un buen hombre y sentía la familiar presión de la responsabilidad por lo que le había ocurrido a Eddie.

Y esto le iba a llevar a encontrar al asesino.

Necesito un puto trago, pensó con una mueca.

"¿Doble?", dijo, sintiéndose de repente cansado.

Screech cruzó los brazos sobre su estrecho pecho y apretó los labios con fuerza.

"Mierda, sí". Sus ojos se desviaron hacia los cheques que aún reposaban sobre el escritorio de Drake. Después de todo lo que había pasado, los problemas de la señora Armatridge y sus compinches parecían intrascendentes. Y cada momento que el asesino permanecía suelto, se volvían aún más insignificantes.

El dinero, sin embargo, era lo que mantenía abiertas las puertas de Triple D.

"Doble", repitió Screech. Intentaba parecer obstinado, como un hombre negociando la venta de un coche usado. Pero sólo parecía un niño pequeño, enfadado porque mamá no le daba una segunda bola de helado.

La expresión casi hizo reír a Drake, y lo habría hecho, si las copias de cinco fotografías de las víctimas no estuvieran dispuestas sobre su escritorio como cartas del tarot.

"¿Qué tal la mitad?", replicó.

Screech hizo una mueca.

"¿La mitad?"

Drake asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.
"La mitad".
"¿De qué demonios estás hablando, la mitad? ¿La mitad de qué?"
Drake hizo una pausa.
"La mitad de Triple D."
Screech hacía todo lo posible por mantener la calma, pero Drake podía ver literalmente cómo su cuerpo se balanceaba mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho.
"¿Una D y media?". preguntó Screech con un atisbo de sonrisa.
"La mitad de la empresa, idiota."
Screech ladeó la cabeza y cerró un ojo.
"Tres cuartos", dijo, seguido rápidamente por "Sólo te estoy jodiendo".
Screech le tendió la mano y Drake la agarró y estrechó con fuerza.
"Tenemos un trato, Drake", dijo Screech. "¿Ahora podemos cambiar el nombre por algo un poco menos erótico? ¿Investigaciones DDS, tal vez?"
"¿Qué somos? ¿Un par de dentistas? El nombre se queda, Screech".
"Está bien, está bien."
"Bien, ahora ve a instalar más cámaras para los exprimidores de ciruelas, ¿quieres? Luego, cuando lo hayas hecho, mira a ver qué puedes desenterrar de los antiguos estudiantes de patología forense".
Screech asintió y se levantó. Iba camino de la puerta cuando se volvió y dijo: "¿Y tú?".
"Voy a encontrar a un asesino", respondió Drake, con todo el humor desaparecido de su voz.
"Oh, claro, tú coge el trabajo fácil".

Capítulo 40

Beckett dejó a Drake y a la Triple D con una sensación de inquietud en la boca del estómago. Él y Chase habían ido allí con la intención de reclutar a Drake y, aunque les costó un poco de trabajo, no solo lo habían conseguido, sino que también habían obtenido los servicios de su compañero, el hombre raro de cabeza rizada y risa molesta, y aun así no le parecía bien.

El hecho de que Eddie hubiera estado allí, de que hubiera visitado a Drake antes de que lo asesinaran, le tocó la fibra sensible.

Beckett se había quedado con Drake incluso después de lo que le había pasado a Clay, a pesar de que Clay también era su amigo, porque *conocía a* Drake. Sabía que Drake era un buen hombre. Por supuesto, se saltaba las normas de vez en cuando, bordeaba el filo de la navaja de la moralidad y la ley, pero eso era porque sus objetivos eran nobles.

Pero con Eddie... si Drake sólo le hubiera escuchado, probablemente seguiría vivo hoy. Diablos, todo lo que tenía que hacer era llamar a Beckett. ¿Era mucho pedir?

Al cabo de una hora, Beckett se encontraba de nuevo en la morgue, solo en la sala con los cinco cadáveres que ahora estaba convencido de que habían sido asesinados. Hacía fresco en la morgue, y aunque el cuerpo de Eddie aún no se había descompuesto como lo haría si hubiera estado expuesto a la intemperie, sus ojos seguían saltones de forma antinatural y su piel había adquirido la palidez de la leche derramada sobre una encimera de mármol.

Beckett sabía que se le escapaba algo, que aquí había algo, alguna pista en los cuerpos, pero llevaba tanto tiempo mirándolos que estaba ciego.

Era el momento de otro par de ojos. Ojos jóvenes; ojos jóvenes sin experiencia.

Lo primero que pensó fue en el tipo al que había dejado al cargo cuando se había ido a Montreal hacía unos meses: ¿cómo demonios *se llamaba? ¿Reggie? ¿Archibald? ¿Greg?, pero* inmediatamente lo tachó de la lista. Después de todo, el tipo conocía a Eddie, lo conocía bien.

No, tenía que ser otra persona.

Tenía que ser Suzan.

Por mucho que le doliera involucrarla de nuevo, sobre todo teniendo en cuenta que Drake estaba ahora a bordo, *tenía* que ser ella. Claro que había muchas otras personas más cualificadas, como la doctora Tracey Moorfield, pero también tenía que actuar con

discreción. Aún tenía que entregar los cadáveres y, aunque no le habían dicho explícitamente que se pusiera manos a la obra en este sentido, podía sentir la presión de la cadena de mando.

El médico forense jefe de Nueva York seguía dependiendo del médico forense jefe, y valoraba mucho esa relación.

Beckett se quitó un guante y sacó su teléfono.

Recorrió rápidamente los contactos hasta encontrar el número de Suzan.

¿"Suzan"? Soy Beckett. ¿Crees que puedes venir a la morgue? Hay algo en lo que necesito tu opinión..."

***

"¿Estos son los cuerpos?" preguntó Suzan en voz baja.

Beckett asintió. Había puesto las sábanas sobre los cadáveres antes de que ella llegara y ahora se apartó, dejando que Suzan se tomara su tiempo mientras observaba sus contornos en las camillas metálicas.

"Esos son", respondió. "Los cinco, en el mismo orden que en la prueba, en el orden en que murieron".

Suzan asintió y se acercó a la primera camilla, pasando el dedo por el borde plateado, ladeando la cabeza pensativa.

Se le ocurrió entonces que probablemente eran los primeros, o uno de los primeros, cadáveres que ella había visto en su vida. Era tan madura, tan superior incluso a lo que él había sido a su edad, que a Beckett le costaba aceptar que sólo era una estudiante de medicina de primer curso.

Bueno, pensó, recordando el día en que había estado expuesto a su primer cadáver, *mejor ahora conmigo que delante de los compañeros de clase.*

Respiró hondo.

"Suze, si es demasiado...", dejó escapar la frase.

Sacudió la cabeza.

"No, está bien. Quiero ayudar".

"¿Encontraste algo en Internet sobre las imágenes? ¿Algo?"

Suzan se volvió entonces y Beckett se sorprendió por el fuego que había en sus ojos. Cuando había visto su primer cadáver se había sentido ansioso, nervioso y un poco mareado. Suzan, en cambio, parecía... *decidida*.

"Encontré algo... hay un tablón de anuncios en un sitio de recursos médicos, y hace un par de meses alguien empezó a hacer preguntas sobre el curso de patología forense de Moorfield. Al principio no le di mucha importancia, pero luego...", se encogió de hombros y dejó escapar la frase.

"¿Entonces qué?"

Desvió la mirada.

"Nada. Es sólo que el momento parecía demasiado coincidente, es todo".

Beckett supo al instante que mentía; el acero había desaparecido de sus ojos.

La pregunta era: *¿por qué?*

Beckett se quedó mirándola un momento, inseguro de cómo proceder. Volvió a sentir el nudo en las tripas, pero esta vez el mensaje era claro: *no deberías involucrarla. Es demasiado joven, demasiado ingenua.*

"¿Estás bien?"

Beckett se sacudió los pensamientos de la cabeza y sonrió.

Sólo un nuevo par de ojos, una nueva perspectiva. Eso es todo. Luego puede volver a su vida normal.

"Sí, estoy bien. Ahora mira, no quiero que te sientas avergonzado si te pones enfermo alrededor de los cuerpos. Y si te sientes incómodo, podemos cerrar esto, ¿de acuerdo?"

Suzan le miró con extrañeza, y él se dio cuenta enseguida de que el motivo de la mirada era su respuesta fuera de lugar.

"Por supuesto, siempre puedes ser ingeniero, en lugar de médico. Probablemente te quedaría bien un sombrero alto a rayas".

Suzan sonrió satisfecha, luego se volvió y, sin dudarlo, apartó la sábana del cuerpo de Trevor Gobbets.

Capítulo 41

A Drake le sorprendió lo fácil que le resultaba volver al modo detective y lo cómodo que se sentía haciéndolo.

¿Lo echas de menos?

Tal vez...

Su primera parada fue el lugar de la muerte del Dr. Edison Larringer. Él era la clave: a diferencia de los demás, que habían sido seleccionados por el hecho de que nadie cuestionaría sus suicidios, Eddie había sido asesinado por las fotografías que había robado del escritorio de Beckett. Eso era obvio, pero la verdadera pregunta era, ¿por qué estaban las fotografías en el escritorio de Beckett en primer lugar?

Para responder a esa pregunta, Drake necesitaba saber un poco más sobre la oveja negra de las cinco víctimas.

Aunque Drake ya no era agente de policía y no podía lucir el escudo de detective -como si eso le hubiera servido de mucho en el pasado-, Screech había confeccionado unas elegantes tarjetas de visita de investigador privado que esperaba que fueran suficientes para entrar por la puerta grande.

El 529 de la 3ª Avenida era un edificio de apartamentos destartalado, no lejos del Centro Médico de la Universidad de Nueva York. Drake respiró hondo y se acercó a los agrietados escalones de hormigón que conducían a la puerta, y luego golpeó enérgicamente con los nudillos la superficie pintada.

Mientras esperaba a que alguien respondiera, se apartó de la casa y miró hacia arriba, observando que había una ventana a unos tres metros de altura. Estaba imaginando lo que le costaría a alguien escalar la pared de ladrillo y abrir la ventana, cuando la puerta se abrió de par en par.

Una joven de unos veinte años, vestida con un chándal gris, estaba en la puerta. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas irritadas por las lágrimas.

"¿Hola?", preguntó olfateando.

Drake se aclaró la garganta, metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita.

"Me llamo Damien Drake", le dijo, tendiéndole la tarjeta. Ella entrecerró los ojos con desconfianza, pero cogió la tarjeta sin vacilar. "Tengo algunas preguntas que quería hacerle sobre alguien que vivió aquí".

"Eddie", dijo en voz baja, con los ojos todavía fijos en la tarjeta.

"Estás aquí por Eddie".
Drake asintió.
"Sí. ¿Le conocías?"
Levantó los ojos.
"Claro que le conocía", espetó. "Viví con él".
"Lo siento mucho por..."
"Ahórratelo", dijo. "Si una persona más dice lo siento por su pérdida, voy a gritar".
La mujer, que al parecer había terminado de leer la tarjeta, se la tendió.
Drake frunció el ceño, pensando que esto iba a ser un fracaso.
"Quédatelo, y si tú..."
"¿Crees que Eddie se suicidó?", preguntó de repente.
Drake abrió la boca para contestar, pero fue interrumpido por una voz masculina procedente de algún lugar del complejo de apartamentos.
¿"Steff"? ¿Estás bien? ¿Quién está en la puerta?"
La chica del chándal giró la cabeza hacia una puerta a la derecha.
"Estoy bien. Lo tengo."
Cuando se volvió, su expresión se había endurecido.
"Bueno, ¿y tú?"
Drake negó con la cabeza.
"No, no lo sé. Por eso estoy aquí".
Lo miró durante unos segundos incómodos, evaluándolo claramente.
"Vale", dijo al fin, haciéndose a un lado. "Entonces entra".

***

"No se suicidaría. Por muy mal que se pusieran las cosas, no *lo haría*. Es imposible", dijo la mujer, que se había presentado como Stephanie-Steff-Morgan. Puso una taza de café caliente delante de Drake y luego tomó asiento frente a él, sosteniendo su propia taza con ambas manos.
"Odio ser insensible, pero ¿cómo lo sabes? Quiero decir, entiendo que vivíais juntos, pero ¿erais íntimos?".
Steff apartó la mirada un momento y luego bajó la voz.
"Estuvimos cerca", dijo ella, volviendo sus ojos a él.
Drake sabía que no debía pedir explicaciones más profundas; sabía leer entre líneas.
"Y cómo..."
El sonido de una persona que se acercaba por detrás llamó su atención. Un hombre con la cabeza rapada y vestido con una sudadera de la Universidad de Nueva York entró en la cocina. Tenía una cicatriz

en el labio y otra encima del ojo izquierdo, y Drake observó varios tatuajes que asomaban por las muñecas de la sudadera.

"¿Quién es usted?", preguntó el hombre con suspicacia.

Drake se levantó y le ofreció la mano.

"Damien Drake. Soy investigador privado".

El hombre le miró la mano con algo parecido al asco en el rostro. No se la estrechó.

"¿Un investigador privado? ¿Qué quieres?"

Drake bajó la mano.

"Sólo quería preguntarle a Steff, y tal vez a ti, sobre Eddie. Sólo tengo algunas preguntas, es todo".

Los ojos del hombre se entrecerraron, lo que hizo que sobresaliera la cicatriz que tenía sobre el ojo.

"¿Por qué? La policía ya ha estado aquí... ¿cuánto? ¿Cinco veces? ¿Seis? Eddie se suicidó, así de simple".

"No, no lo fue, Jake. No fue un suicidio", interrumpió Steff.

"¿No? ¿Y cómo lo sabes, Steff? ¿Ahora eres un maldito clarividente?"

Bajó los ojos.

"Simplemente lo hago", respondió en voz baja.

El hombre al que Steff había llamado Jake pasó junto a ellos y se dirigió a la nevera, de donde sacó un cartón de leche. Desenroscó la tapa y bebió un trago.

"Sí, claro, el tipo se ahorcó. La policía dice que es un suicidio, ¿por qué no puedes aceptarlo? ¿Eres un experto? ¿Sabes más que ellos?"

Steff no dijo nada.

"Oye, te estoy hablando."

Drake observó la escena en silencio. Era una escena con la que, por desgracia, estaba familiarizado.

Jake y Steff estaban saliendo, y si él no la había golpeado todavía, empezaría pronto. Drake no estaba seguro de cómo Eddie encajar en esta mezcla.

Jake bebió otro trago de leche antes de volver a meter el recipiente en la nevera.

"Sólo... sólo sé que no lo haría", respondió Steff al fin.

Jake se rió.

"Tío, estaba perdiendo los papeles. Usted lo vio, que estaba perdiendo. Algunas personas simplemente no pueden manejar la presión, ¿sabes? Darwin y todo eso. La supervivencia del más apto".

Esto pareció tocar la fibra sensible de Steff.

"Oh, ¿y conoces la presión, Jake? ¿Ahora *eres* el experto? No has tenido que trabajar ni un día de tu vida... mami y papi pagan por todo. Pagan para que vayas a la escuela, pagan para que no tengas problemas. No sabes nada de presión. Eddie era un buen hombre, y

trabajaba duro. Seguro que estaba nervioso por sus exámenes, ¿pero quién no lo está? Lo diré de nuevo, no hay forma de que se suicidara".

Jake dio un paso adelante.

"Cuidado con lo que dices", amenazó con los dientes apretados.

Y ya está bien.

Drake se puso en pie y se movió entre ellos.

"Por qué no te calmas, Jake. Puedo ver..."

Los ojos de Jake se volvieron hacia él.

"Tengo una idea: ¿por qué no te metes en tus putos asuntos, poli de alquiler? ¿Qué coño haces aquí?", el hombre dio un paso hacia él al decir esto, pero Drake no se echó atrás.

"Te lo dije, sólo estoy aquí para hacer unas preguntas, eso es todo. No quiero problemas".

Jake dio otro paso adelante y, en su periferia, Drake vio cómo las manos del hombre se cerraban en puños.

"El periodo de preguntas ha terminado, tonto del culo. Lárgate".

Drake sintió que le subía la tensión.

Hazlo, punk. Lanza un puñetazo. Te reto.

Jake debió de verle algo en la cara, pues aunque debía de tener cinco centímetros y al menos cinco kilos más que Drake, fue él quien retrocedió.

"No queremos hablar contigo", dijo.

Drake se volvió hacia Steff. De repente, su taza de café le resultaba increíblemente interesante.

"Por favor, vete", dijo en voz baja.

Drake asintió con la cabeza, echó otra mirada fulminante a Jake y se dirigió a la puerta.

"Si se le ocurre algo que pueda ayudar, llámeme, por favor", dijo por encima del hombro.

Agarró la puerta y tiró de ella.

"No aguantes la respiración", le gritó Jake. "O tal vez deberías aguantar la respiración, maldito imbécil. O mejor aún, coge una cuerda y lárgate como hizo Eddie".

Capítulo 42

"Cenizas", dijo Suzan. Al principio, Beckett pensó que hablaba sola. Pero cuando repitió la palabra, se dio cuenta.

"¿Cenizas? ¿Cómo que cenizas?"

Beckett se movió a su lado mientras ella inspeccionaba a Gerald Leblanc, el escolta masculino que había recibido un disparo en la cara. Tardó un momento en darse cuenta de que ella no le estaba mirando la cabeza destrozada. Lo que miraba era el hueco de la garganta.

"Mira. ¿Ves ahí?", señaló una mancha gris. "Cuando era pequeña, mi padre me llevaba a la iglesia y, el Viernes Santo, el cura me limpiaba la frente con esta mancha de hollín. Se parecía a esto; obviamente, no tiene forma de cruz, pero se parece".

Beckett frunció el ceño.

"¿Dónde?" Se inclinó más hacia el cuerpo para verlo mejor. Parecía haber una mancha donde ella había indicado, pero si Suzan no hubiera dicho nada, él la habría confundido con suciedad o con una marca que uno de los chicos del CSU hubiera dejado al retirar el cuerpo del lugar. "A mí me parece suciedad".

Suzan agradeció su comentario y se dirigió al cadáver de Martin Dean, el hombre que al parecer se había cortado las venas en la bañera.

"Excepto que está en cada uno de ellos", dijo con un toque de orgullo en su voz.

"¿En serio?"

Suzan se acercó al cuerpo de Trevor.

"¿Ves? Hay otro en su hombro izquierdo."

Beckett entornó los ojos.

Estaba allí, tal como ella dijo. Otra mancha gris del tamaño de un cuarto.

"También encontré uno en el, uh, el doctor. Nada en la mujer ahogada, pero estaba sumergida, así que..."

Beckett se quedó atónita.

¿Cómo demonios me he perdido esto?

"Dame un segundo", dijo, y sin decir nada más, salió de la habitación. Un minuto después regresó con un técnico del CSU con gafas a cuestas.

"Jeff, quiero que tomes muestras de todas las marcas que Suzan te muestre. Quiero un análisis completo, huellas dactilares, ADN, espectrometría de masas, etc. ¿Puedes hacerlo?"

Jeff miró a Beckett como si tuviera tres cabezas.

"Estos son... ¿qué hacen estos cuerpos aquí? ¿No son estos los sui...?"

Beckett le guió suavemente hacia el primer cuerpo.

"Sólo toma las muestras, ¿de acuerdo? Y quiero los resultados hoy. Cuanto antes, mejor", ordenó. "¿De acuerdo, Jeff?"

Los finos labios del hombre se apretaron.

"Me llamo Seb".

Beckett asintió.

"Bien. Eso es un sí entonces".

Capítulo 43

"No, no, no", dijo el agente Steve Dunbar cuando Chase abrió la puerta de la habitación en penumbra metida en el sótano de la comisaría 62.

Con sólo mirarla, estaba claro que había tomado una decisión.

"Buenas tardes a ti también, Dunbar", dijo Chase, entrando. Miró rápidamente a su alrededor y observó que, aparte de la miríada de equipos informáticos, el lugar estaba vacío. Sobre una mesa había una taza de café, pero la otra, la de la silla ergonómica con respaldo de cuero, estaba completamente vacía.

Dunbar se apartó un mechón de pelo rubio de la frente.

"Detective Adams, me alegro de verle, pero estoy de vacaciones."

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"¿Vacaciones? ¿Qué quieres decir con vacaciones?", se adentró en la sala -oficialmente denominada *Registros*, aunque todos los agentes la conocían como el centro informático oficioso de toda la comisaría- y el olor a metal caliente le llenó las fosas nasales.

La agente Dunbar miró a su alrededor, nerviosa, y luego le tendió la mano. Confundida, Chase se dejó arrastrar detrás de una estantería metálica llena de carpetas negras.

"Adams, ni siquiera puedo ser visto hablando contigo."

"¿Por qué no? ¿Por qué no?"

"Rhodes vino aquí antes, me dijo que bajo ninguna circunstancia le ayudara con ningún caso sin resolver. Se supone que debo informarle si me pides que haga algo, aunque esté relacionado con el allanamiento de la calle cuarenta y tres. Vino justo después de que me pidieras que buscara a los estudiantes de medicina. Mierda, te limitas a toser en mi dirección y se supone que tengo que llamarle a su móvil. Deberías haber visto su cara..."

En su mente, vio la cara de Rhodes enrojecida, con los ojos muy abiertos tras las gafas y la nuez de Adán balanceándose.

Era aterrador lo vívida que era la imagen.

"Dunbar", dijo suavemente, "necesito tu ayuda".

"Sí, lo sé. Pero no puedo. Mierda, la última vez... ¿con el Asesino de la Mariposa? Casi pierdo mi trabajo, Chase", mantuvo el dedo y el pulgar a menos de una pulgada de distancia. "En serio, estuve así de cerca".

Chase intentó que la sorpresa no se reflejara en su rostro. Sabía que Drake había hecho todo lo posible por protegerla, pero no había pensado en las implicaciones para los demás.

Como el agente Dunbar, que había sido decisivo para que obtuvieran la información que necesitaban para relacionar los asesinatos y llevarles hasta el doctor Mark Kruk.

"No lo sabía", dijo simplemente. *Si lo hubiera sabido*, estaba en la punta de su lengua, pero resistió el impulso de decirlo.

Si lo hubiera sabido... ¿entonces qué? ¿Habría protegido a Dunbar cuando la ascendieron a Detective de Primer Grado, aunque eso significara ir contra Rhodes? ¿Haría eso?

Chase quería pensar que sí, pero no estaba seguro. Y, además, ella no lo había sabido, así que no tenía sentido perder el sueño por lo que pudiera haber hecho.

Coulda, woulda, shoulda.

"Siento lo que te pasó, Dunbar. Pero eso no cambia nada. Necesito tu ayuda, otra vez."

Dunbar la miró con ojos redondos.

Por favor, decía su expresión, *no me pidas que haga esto.*

Pero, con el debido respeto al agente Dunbar, encontrar al despiadado asesino que ya había asesinado a cinco personas y estaba destinado a matar al menos a tres más antes de acabar, era más importante que su trabajo.

que cualquiera de sus trabajos, el suyo incluido.

"Dunbar, por favor. Hay un asesino ahí fuera, y no va a parar hasta que le cojamos".

El agente Dunbar cerró los ojos y murmuró algo que ella no captó. Con un fuerte suspiro, volvió a mirarla.

"Bien... dime exactamente lo que necesitas, y que sea rápido".

Capítulo 44

Suzan Cuthbert se frotó los ojos y bostezó.

¿Cuánto hace que no duermo? Pensó. *¿Veinticuatro horas? ¿Treinta y seis?*

Anoche se había quedado dormida en el ordenador de Beckett mientras buscaba información sobre las imágenes del curso de patología forense, pero no podía llevar fuera más de media hora.

Cuarenta minutos, máximo.

Lo que había comenzado como una simple asistencia al curso de Beckett, se había convertido rápidamente en algo más grande, algo más importante. Algo tan importante que significaba más para ella que ir a clase, que era exactamente donde debía estar ahora.

Excepto que no estaba en clase. Suzan había salido de la morgue con una extraña despreocupación, algo de lo que intentaba convencerse desesperadamente de que se debía a la inhalación de formol en la morgue y no a la visión de cinco cadáveres. En lugar de ir a clase, se dirigió al despacho de Beckett, utilizando la llave que él le había prestado, sabiendo que daría clase durante la siguiente hora o así. Y ahora estaba sentada, exhausta, hambrienta y decidida, encorvada frente al ordenador de Beckett, iniciando sesión con las credenciales de la Universidad de Nueva York que él también le había proporcionado.

Suzan cargó inmediatamente el tablón de anuncios en el que había observado por primera vez las extrañas preguntas sobre el curso de patología forense. Estaba a punto de desplazarse hasta el mensaje más reciente, cuando se dio cuenta de que el icono del sobre situado cerca de la parte superior de la pantalla se había vuelto rojo.

Curiosa, Suzan hizo clic en él y apareció un nuevo mensaje en pantalla.

¿Le interesa la patología?

El corazón de Suzan empezó a palpitar en su pecho. Cuando leyó el nombre de la persona que había enviado el mensaje, se le formó una fina capa de sudor en la frente.

Arsonist514.

Tragó saliva.

Arsonist514 había sido el nombre de la persona que posteaba sobre patología forense.

La misma persona que había respondido a los mensajes de Eddie sobre querer ayuda con el examen.

¿Se lo digo a Beckett? ¿A Chase?

Suzan se quedó mirando el mensaje tanto tiempo que empezó a tener visión de túnel.

"No", dijo en voz alta. El sonido fue fuerte en el reducido espacio del despacho de Beckett y la sobresaltó.

Si se lo contaba a alguno de ellos, sabía lo que harían. Harían exactamente lo mismo que habría hecho su padre si estuviera vivo.

Le decían que se fuera a casa, que se olvidara de todo esto.

Intentarían protegerla.

Sólo que Suzan no quería protección; quería atrapar a un asesino. Además, no podían proteger a nadie, no realmente.

¿Habían protegido a papá? ¿Se habían asegurado de que volviera a casa del trabajo para arroparme?

"No", volvió a decir, con la voz entrecortada. Apretando los dientes, se inclinó hacia delante y pulsó el botón de respuesta.

Capítulo 45

"Hola Drake, soy Screech", dijo la voz al otro lado de la línea.
Drake entró en su Crown Vic y cerró la puerta.
"Sí, ¿qué pasa?"
"Me preguntaba si vendrías esta tarde".
Había un deje de nerviosismo en la voz de su compañero, que parecía fuera de lugar.
"¿Por qué? ¿Qué está pasando? ¿Has averiguado algo sobre los asesinatos?" Drake preguntó mientras ponía las llaves en el contacto y el Vic rugía a la vida.
"No, eso no. Todavía estoy buscando..."
"¿Entonces? ¿Qué pasa?" echó una mirada hacia atrás, hacia la puerta del 529 de la 3ª Avenida, esperando que Steff saliera y le hiciera señas.
Permaneció cerrado.
"Es... bueno, estaba poniendo más cámaras para las GILF que nos visitaron esta mañana, y cambié a la alimentación de la Sra. Armatridge por accidente", Screech hizo una pausa, y Drake empezó a conducir.
"¿Y? Screech, escúpelo, hombre. No tengo tiempo para esto".
"Joder, lo siento. Es que vi a la criada, eh, Consuela o como se llame, y estaba ayudando al Sr. Armatridge a acostarse".
"Sí, ¿y?"
"Así que no sólo lo acostó", dijo Screech titubeando, "sino que se acostó *con* él".
Drake no estaba seguro de haber oído bien. Sonó un claxon y se dio cuenta de que, con la atención puesta en otra cosa, se había desviado hacia el carril contrario.
Enderezó el vehículo.
"*¿Con él*? Como, *¿con* él?"
"Con él", confirmó Screech.
"Jesús, debe tener como ochenta años".
"Por lo menos".
Drake puso el intermitente y se alejó del corazón de la ciudad, tomando una carretera sinuosa flanqueada por grandes bermas de hierba recién cortada.
"¿Y bien?" Preguntó Screech. "¿Qué quieres que haga?"
Drake se lo pensó un momento.
"¿Lo grabamos?"
"Sí, todo está respaldado en la nube".

Drake volvió instintivamente los ojos hacia arriba, mirando el sol poniente. Aún no podía acostumbrarse a la idea de que la información se almacenara en una nube, digital o celeste.

"De acuerdo, entonces no tienes que hacer nada. Sólo asegúrate de no perder la grabación. Hablaré con la Sra. Armatridge por la mañana. Mientras tanto, necesito algo para seguir con los asesinatos de patología, Screech. Los compañeros de Eddie eran un callejón sin salida. Consígueme algo".

Pensó en Eddie, en lo nervioso que se había puesto cuando había venido a verle, en la forma en que sus ojos se habían movido como los de una zarigüeya que se levanta de la tierra después de la lluvia.

Si sólo hubiera...

Sacudió la cabeza y giró hacia otra calle, con el cielo de Manhattan reduciéndose en la distancia.

"Oye Drake, ¿estás bien? Suenas... *diferente*".

"Bien", refunfuñó. "Sólo mira lo que puedes encontrar, ¿de acuerdo?"

"De acuerdo. Estoy en ello, jefe."

Drake hizo una mueca al oír la palabra; era el mismo término que había utilizado en broma con Chase cuando trabajaban en el caso del Asesino de la Mariposa.

¿Lo echas de menos? había preguntado Screech.

Drake había dicho que no, que el dinero era bueno en PI, que seguía adelante, que había renunciado a la vida que tanto le había arrebatado.

Pero ahora, sintiendo la sangre correr por sus venas con renovado vigor, se dio cuenta de que había sido una mentira. Todo este tiempo, había estado mintiendo a todo el mundo.

Lo peor era que se había estado mintiendo a sí mismo.

Con un pesado suspiro, Drake giró la cabeza hacia el arco de hierro sobre el desgastado camino de tierra que marcaba la entrada al cementerio de Fallen Heights.

Luego salió al sol.

***

Drake se dejó caer en el asiento delantero de su coche y luego se secó las lágrimas de los ojos.

Esperaba que venir aquí, visitar la tumba de Clay, le diera alguna idea de los asesinatos, le ayudara a pensar como Clay, pero había sido una tontería.

Lo único que le había dado el venir aquí era un mal caso de recuerdos.

El teléfono le zumbó en el bolsillo, lo sacó y se aclaró la garganta

antes de contestar.
¿"Screech"? ¿Has encontrado algo?"
Parecía imposible, dado que habían hablado hacía menos de una hora, pero hasta hacía una semana la idea de instalar cámaras en miniatura y transmitir vídeo en directo y de alta calidad directamente a su teléfono móvil también le había parecido ciencia ficción.
La única respuesta fue una respiración agitada.
Drake se sentó erguido.
¿"Screech"? ¿Va todo bien?"
"Es... es Steff."
Los ojos de Drake se entrecerraron y pensó en la forma en que Jake le había hablado a ella, a los dos.
Más le vale no haberla golpeado.
"Steff, ¿va todo bien?"
"No... no tengo mucho tiempo. Volverá pronto y no quiere que hable contigo".
"¿Quién? ¿Quién no...?"
"Jake. ¿Podemos vernos? No tengo mucho tiempo."
Drake puso el coche en marcha.
"Patty's Diner. ¿Lo conoces?"
Hubo una breve pausa.
"Puedo encontrarlo".
Drake pisó a fondo el acelerador y su Crown Vic saltó hacia delante.
"Bien, nos vemos allí en veinte", dijo mientras volvía a toda velocidad hacia la ciudad.

Capítulo 46

Kenneth Smith dio una larga calada a su puro, admirando la forma en que los zarcillos de humo envolvían la punta incandescente.

"¿Raúl? ¿Alguna actualización de los números?"

Raúl se acercó a su silla, con una bandeja de plata con una botella de Johnny Walker Blue y un vaso encima, en las manos extendidas.

"Seguís ganando por tres puntos en la mayoría de las encuestas", dijo Raúl con su rostro de piedra y su marcado acento español.

Mientras Raúl se servía dos dedos de whisky y dejaba el vaso sobre la mesa junto a Ken, dio otra calada a su puro.

"Pero el Dr. Hammond todavía tiene una ventaja en todos los distritos alrededor de NYU. ¿Lo he entendido bien?"

"*Jes*, señor."

Ken bebió un sorbo de whisky. Después de lo que le había ocurrido a Thomas, creía que su alcaldía era prácticamente un hecho. Pero, aunque había conseguido parte -*la* mayoría- de los votos de simpatía y contaba con el respaldo de la policía de Nueva York, un médico con el impecable historial del doctor Hammond resultó ser un reto más difícil de lo esperado.

Historial impecable... nadie es tan limpio.

Ken recordó la conversación que había mantenido con Damien Drake meses atrás y se dio cuenta de que seguía echando en falta a alguien en su plantilla con las habilidades específicas de aquel hombre.

En general, estaba satisfecho con el modo en que se habían desarrollado los acontecimientos tras el Asesino de la Mariposa. Rhodes había desempeñado bien su papel; había obligado a Drake a abandonar el cuerpo, tal y como Ken se había propuesto. Pero entonces ocurrió algo extraño.

Drake no mordió el anzuelo; nunca llamó a la puerta de Ken, pidiéndole que aceptara su oferta como había esperado, como había planeado.

Raúl había hecho algunos reconocimientos y había averiguado que Drake dirigía ahora una pequeña empresa de detectives privados en la zona este de la ciudad.

Conocía a Drake, y a gente como él. Se había encontrado con docenas de iteraciones durante su tiempo como abogado litigante. La gente como Drake no podía mantenerse alejada. Podían intentarlo, y a todas luces Drake había hecho un valiente esfuerzo, pero era sólo cuestión de tiempo que todo lo demás en su vida pareciera

intrascendente.

El hombre había sido marcado al nacer; marcado para perseguir a los miembros más villanos e inmorales de la sociedad. Y nada podía atenuar ese impulso inflexible.

Y, sin embargo, Ken nunca había esperado llegar tan lejos, nunca había pensado que tendría que poner en marcha la segunda parte de su plan.

Ken terminó su whisky e indicó a Raúl que le sirviera otro vaso.

Seis meses hasta el día de las elecciones.

Y cuando ese día llegara, quería a Damien Drake a su lado.

"¿Se encuentra bien, señor?" preguntó Raúl, con preocupación en la voz.

Ken dio una calada a su puro, observando una vez más la hipnótica forma en que el humo se enroscaba y envolvía el aire antes de disiparse.

"Bien", dijo. "Estoy bien."

Necesitaba a Drake a su lado, y sólo era cuestión de tiempo que lo tuviera. Porque lo que Ken Smith quería, Ken Smith lo conseguía. Y así era como estaba conectado.

Capítulo 47

Screech se crujió los nudillos, respiró hondo y atacó el teclado, escribiendo a tal velocidad que sus dedos se volvieron borrosos.

Todavía estaba sorprendido de que Drake se hubiera adelantado y le ofreciera la mitad de Triple D. Hace una semana, Screech había considerado su puesto, y honestamente, la empresa PI en su conjunto, una medida provisional. Después de todo, antes de la Sra. Armatridge, las cosas habían ido muy, muy despacio. Drake no gozaba de la simpatía de la policía de Nueva York y, aunque la idea de tener a un ex detective de la policía como investigador privado resultaba atractiva para la mayoría, los clientes seguían dudando. La gente conocía a Drake, y su conocimiento se basaba en lo que publicaban los medios de comunicación, que no era favorable.

Pero entonces había aparecido la Sra. Armatridge, aparentemente de la nada, y de repente las cosas habían cambiado.

A Screech le parecía bien. No era de los que cuestionaban el karma del cosmos, sino todo lo contrario. Le seguía la corriente. Y si resolver esos asesinatos conseguía que Drake volviera a ser del agrado de la policía de Nueva York y del público, eso sólo serviría para aumentar el número de tipos como la Sra. Armatridge que entraban por la puerta.

Pero era más que eso; ningún guerrero de la justicia moral era Screech, y sin embargo había algo que decir por formar parte de un equipo que sacaba a un asesino de la calle. Eso tenía que valer más que ayudar a unas viejas a meter en la cárcel a una criada por robar cubiertos.

Mucho más.

Screech pasó la siguiente media hora buscando en los apuntes del curso de patología forense, centrándose en su disponibilidad en línea. Pero como no encontró ninguna pista, hizo una breve pausa para tomarse un Mountain Dew y recapacitar.

¿Qué habían dicho Chase y Drake? Que el joven médico era la clave. Era el hombre raro, el que no encajaba con los vagabundos y los rechazados por la sociedad que habían aparecido muertos.

Cuando Screech volvió a su ordenador, cambió de enfoque. En lugar de investigar el curso de patología, empezó a leer sobre los estudiantes, sobre la vida que llevaban los estudiantes de medicina y los residentes.

Y entonces, tras casi una hora de búsqueda, dio con algo que le pareció interesante. No era un artículo sobre los estudiantes de medicina de la NYU, sino un artículo de la Montreal Gazette sobre la

Universidad McGill, una prestigiosa universidad de Montreal, Quebec. En términos explícitos, el artículo destacaba las transgresiones del personal médico, su maltrato a los estudiantes, sobre cómo su licencia de la escuela de medicina estaba en peligro como resultado de sus acciones. Tampoco parecía que los estudiantes fueran unos mocosos malcriados. Había informes de jóvenes médicos a los que no se permitía ir al baño durante horas por miedo a ser reprendidos delante de sus compañeros, sobre turnos de cuarenta horas sin descansos. Todo esto había culminado con la prescripción a un paciente de una medicación contraindicada que lo dejó en coma durante más de una semana.

Screech volvió a reclinarse para asimilarlo todo.

"Huh", dijo, agradecido de que su ruta de educación postsecundaria, por corta que hubiera sido, le hubiera llevado a la ingeniería informática y no a la medicina. Gruñendo, Screech se levantó y se dirigió a la nevera, sacando el último Mountain Dew. Le puso el tapón, esperó a que se acabara la efervescencia y volvió a su silla.

Por capricho, tecleó el nombre de la doctora que había creado las diapositivas de patología forense, la doctora Tracey Moorfield.

Como era de esperar, no apareció nada interesante. Pero cuando combinó su nombre con "mala conducta académica" obtuvo un éxito.

Sólo un artículo, publicado hace más de dos décadas.

Con el líquido cítrico en la boca, Screech se frotó los ojos y empezó a leer.

Capítulo 48

Había algo en la presencia de Broomhilda en Patty's Diner que a Drake le resultaba extrañamente cómodo, que le parecía normal.

"Café, por favor", le dijo cuando ella se acercó a servirle. Aunque la había reconocido de inmediato, su expresión inexpresiva sugería que no tenía ni idea de quién era. Drake supuso que eso era bueno, aunque no estaba del todo seguro. "Y tarta Key Lime, si es fresca".

La mujer gruñó y se volvió hacia la cocina.

Un momento después, la puerta se abrió y Drake sintió que la respiración se le aceleraba. Se imaginó a Ivan Meitzer entrando por la puerta, con una capucha oscura puesta sobre la cabeza, un bulto en el pecho donde guardaba el sobre lleno de dinero.

Pero no fue Iván quien entró en Patty's Diner, sino una mujer. Sin embargo, al igual que Iván, llevaba la capucha de su sudadera sobre la cabeza, ocultando su rostro entre sombras.

"¿Steff?" dijo lo suficientemente alto para que ella lo oyera. "Por aquí."

La mujer se volvió hacia él y se apresuró a entrar en la cabina.

"No tengo mucho tiempo", dijo. Drake intentó inclinarse para verle mejor la cara, pero ella metió la barbilla, ocultando sus rasgos.

"¿Qué pasa, Steff?", preguntó preocupado.

Ignoró la pregunta.

"Es imposible que Eddie se suicidara. Claro, él estaba luchando, pero todos sus amigos estaban luchando, también. Basado en todo lo que me dijo, el Dr. Campbell es duro".

Drake se lo pensó un momento, tratando de imaginarse a su amigo con el pelo de punta, la amplia sonrisa, haciendo su mejor imitación de Mussolini al frente del aula.

Pero por mucho que lo intentaba, no conseguía que la imagen se quedara grabada.

"Dijo... dijo que había encontrado algo, algo sobre el curso de patología forense que le había asustado".

Drake asintió con la cabeza y, por un momento, se planteó decirle a la chica que Eddie había venido a verle con las mismas preocupaciones, pero decidió no hacerlo. No quería predisponerla; estaba aquí para escuchar lo que tenía que decir, y eso era todo. Ese era su papel en esto.

Por ahora.

"¿Dijo algo más? ¿Algo que pudiera ayudar a encontrar al bastardo que le hizo esto?"

Steff inclinó la cabeza hacia atrás, lo suficiente para que Drake pudiera verle la barbilla y el labio inferior. Creyó ver el principio de un moratón en la comisura de los labios y se acordó de Jake en la cocina.

Ha empezado a pegarle.

Drake odiaba a los novios y cónyuges maltratadores casi tanto como a los asesinos a los que había pasado la mayor parte de una década persiguiendo.

"Eddie me contó que estaba buscando un tutor en Internet y se topó con un tablón de anuncios. Alguien se puso en contacto con él y le dijo que tenía las respuestas del próximo examen final".

"¿Dijo algo sobre este tipo? ¿Fue a reunirse con él?"

Steff sacudió la cabeza y, al hacerlo, su capucha se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto una fea roncha bajo su ojo derecho.

"Sólo dijo que el hombre de alguna manera obtuvo las respuestas, eso es todo".

"¿Dio un nombre? ¿Una descripción? ¿Algo en lo que basarse?"

Steff volvió a morderse el labio.

"Lo único que me dijo fue la manija del hombre en el tablón de anuncios."

"¿Y? ¿Qué era?"

Steff se inclinó hacia delante y estaba a punto de decir algo, cuando sonó el timbre de su teléfono. Con mano temblorosa, lo sacó del bolsillo y se quedó mirando la pantalla encendida, con los ojos desorbitados.

"Mierda. Me está buscando". Steff se puso en pie de un salto. "Me tengo que ir."

Drake también se levantó. Llegó a ella, pero ella se acobardó lejos de él.

"Lo siento, tengo que irme. No puedo...", dejó escapar la frase.

"No vuelvas con él, Steff", dijo Drake rápidamente. "He visto gente como él, y el abuso... no va a parar. Sólo va a empeorar. No vuelvas con él".

Steff se dirigió hacia la puerta con paso frenético.

"Lo siento, no puedo. Tengo que irme".

Estaba casi en la puerta cuando Drake consiguió deslizarse fuera de la cabina.

"¡Espera! ¡Steff, *espera!*"

Pero no esperó, sino que tiró de la puerta con tanta violencia que la campanilla metálica que había sobre ella casi sale volando.

Drake, consciente de que todo el mundo en la cafetería le estaba mirando, pero sin importarle, gritó: "¿Cuál era el mango, Steff? ¿Cuál era el mango del hombre?"

Steff hizo una pausa y se volvió.

"Incendio provocado, algo así", dijo, y luego añadió: "Lo siento".

Con eso, se fue.

Drake se quedó de pie en el centro de la cafetería mientras la veía irse, atónito por lo que le había dicho.

Alguien le puso una mano en el hombro y dio un respingo. Se dio la vuelta y se encontró con el rostro curtido de Broomhilda.

"¿Todavía quieres tu tarta de lima?"

Capítulo 49

Chase daba golpecitos con el bolígrafo en el escritorio, llenando el despacho con un tamborileo metálico. Cada pocos minutos, sus ojos se desviaban hacia la otra mesa, antes de fruncir el ceño cuando ésta permanecía vacía. Recordó a Drake sentado allí, frente a ella, maldiciendo mientras intentaba averiguar cómo hacer funcionar el sistema informático del departamento.

Tras la dimisión de Drake, Rhodes la había ascendido, pero aunque le había prometido conseguirle un nuevo socio, no parecía haber ningún movimiento en ese frente.

Se sentía sola dentro de su propia cabeza; echaba de menos a alguien con la gracia de un toro que ocupara sus pensamientos.

Echaba de menos a Drake.

No se le había ocurrido antes, pero ahora que volvían a trabajar juntos, aunque de manera informal, era algo que no podía ignorar.

Y ella también lo vio en sus ojos: la echaba de menos; si no a ella, al menos el trabajo.

Tap, tap, tap, tap, fue su pluma.

Concéntrate, Chase.

Pero no podía concentrarse. Este caso no era como los demás en los que había participado durante su carrera, ni en Seattle ni en Nueva York. Estaba trabajando para encontrar a un asesino que nadie, salvo su grupo de inadaptados, creía que existiera.

Pero tal vez... tal vez esa sea nuestra ventaja, pensó de repente. *Nadie sabe que lo estamos buscando, ni siquiera el asesino.*

Chase hizo un sonido *hmph* mientras consideraba esto.

Nadie sabe que estamos buscando a un asesino...

Excepto que eso no era del todo cierto. El Dr. Edison sabía que algo pasaba. Y había terminado muerto.

Todos los demás eran vagabundos, don nadie.

Estaba claro que su asesino prefería acabar con los escalones más bajos de la sociedad, pero no temía subir por esa escalera si alguien amenazaba con ponerle en el punto de mira. Si alguien se acercaba, no dudaría en hacerle partícipe de sus macabras recreaciones, fuera quien fuera.

Chase intentó encajar las piezas del rompecabezas en su cabeza, pero no consiguió nada.

Cogió el teléfono y pulsó rellamada.

¿"Dunbar"? Es Chase. ¿Tienes algo ya?"

"Espera un segundo", susurró Dunbar. Le oyó arrastrar los pies y

luego el sonido de una puerta que se cerraba. "¿Chase? Tienes que dejar de llamarme cada diez minutos. La gente va a sospechar".

Chase hizo una mueca.

"Sí, lo siento. ¿Tienes algo para mí?"

"No, nada. Tengo que... bueno, ya te lo he dicho. Tengo que tener cuidado donde miro. Si Rhodes hace una simple búsqueda en la espalda, descubrirá lo que he estado haciendo".

"De acuerdo. Avísame en cuanto encuentres algo... lo que sea. Cualquier cosa en el historial del Dr. Edison Larringer que sea interesante, ¿vale? Mierda, ¿sabes qué? Si encuentras *algo* sobre Eddie, házmelo saber".

"Lo haré", dijo Dunbar antes de despedirse.

Chase colgó el teléfono y levantó los ojos hacia el otro escritorio, dispuesta a decirle algo a Drake, antes de recordar que seguía vacío.

Tap, tap, tap.

Eddie se acercó, y por eso acabó muerto, pensó Chase. *Y si él se acercó, entonces yo también puedo. Sólo es cuestión de volver sobre sus pasos, empezando por donde había encontrado las fotografías, empezando por el despacho de Beckett.*

Chase se levantó y empezó a ponerse la gabardina, cuando su teléfono zumbó sobre su escritorio. Lo cogió y contestó con un brazo fuera de la chaqueta.

"¿Dunbar? ¿Encontraste algo?"

"Uh, ¿Detective Adams? Soy el detective Yasiv".

"Oh, mierda, lo siento. ¿Qué pasa?"

"Bueno, tenemos una situación extraña aquí. Ha habido un accidente; un conductor de grúa ha muerto".

Los ojos de Chase se entrecerraron de inmediato y se sentó en su escritorio, abriendo instintivamente la carpeta de fotografías del curso de patología forense.

Por favor, otra no.

¿"Sí"? ¿Y por qué es extraño? ¿Cómo murió?"

Chase oyó que Henry Yasiv tragaba saliva.

"Parece... parece que se electrocutó. Quiero decir, los cables todavía están conectados a la batería de su grúa, pero lo extraño es que no hay otro coche en la escena. Quiero decir, *no hay nada* aquí fuera más que malas hierbas y alergias. ¿Nada, Chase? ¿Sigues ahí?"

Chase sabía que el detective Yasiv le estaba hablando, pero no oía ninguna de sus palabras.

En cambio, sus ojos se clavaron en la sexta fotografía del examen.

La que mostraba a un hombre con una quemadura del tamaño de un dólar de plata en el cuello y otra en el hombro.

Había una sola palabra impresa en la parte superior de la imagen: ELECTROCUCIÓN.

Su asesino había atacado de nuevo. Sólo que esta vez, parecía que se había descuidado.

Capítulo 50

Suzan metió la barbilla en el abrigo y miró a su alrededor. El corazón le latía con fuerza en el pecho y no pudo resistir las ganas de correr hacia el coche y largarse de allí.

Fue una tontería conocer al hombre que se hacía llamar Pirómano514, no, tonta era una palabra demasiado débil. Conocerle fue quizá una de las cosas más estúpidas que había hecho nunca. Pero había tomado precauciones.

Suzan estaba de pie en la esquina de un cruce muy concurrido, con decenas de personas arremolinadas, yendo o viniendo del trabajo. Eran cerca de las cinco de la tarde, y la esquina que habían elegido para reunirse estaba tan concurrida que tuvo que luchar para no dejarse arrastrar por la multitud.

Su mano se deslizó hasta el bolsillo de la chaqueta, confirmando por décima u undécima vez que el bote de spray de pimienta seguía allí.

Ahí dentro, sin el tapón. En la otra mano sujetaba su teléfono móvil, fingiendo estar hojeando mensajes de texto, mientras que en realidad tenía la cámara preparada para hacer una foto del hombre que se hacía llamar Arsonist514.

No estaba segura de que él fuera el asesino -si lo hubiera estado, de ninguna manera habría aceptado reunirse con él- y nada, aparte de su gran interés en el curso de patología forense, aludía a ninguna implicación en los crímenes.

Pero su instinto le decía que si él no era el asesino, entonces sabía quién era.

¿Le interesa la patología? decía el mensaje. La respuesta de Suzan había sido igual de sencilla y críptica: *Gran interés; necesito respuestas.*

Cuando tecleó aquel mensaje, había sido otra persona; o, al menos, había *intentado* ser otra persona.

Suzan se puso en la piel del Dr. Larringer, intentó actuar como él, un estudiante frenético a punto de suspender sus asignaturas, desesperado por cualquier cosa que pudiera ayudarle a conseguir la ventaja que necesitaba para triunfar.

A partir de ahí, las cosas se habían precipitado rápidamente, más de lo que ella había esperado, y ahora, antes de que tuviera la oportunidad de pensar realmente en lo que estaba pasando, había accedido a reunirse con el hombre.

Los ojos de Suzan se movieron de un lado a otro, tratando de distinguir al hombre entre la multitud, a pesar de que ni siquiera

había dado una pista de su aspecto.

Alguien le golpeó el brazo y ella chilló. Se dio la vuelta y empezó a sacar el spray de pimienta del bolsillo.

"Disculpe", murmuró un hombre alto y trajeado al pasar a toda prisa.

Suzan respiró hondo y le devolvió una tensa sonrisa.

Todo lo que quería hacer era tomar una foto, y luego volver a ver a Beckett y Chase. Para impresionarlos con lo que había hecho. Claro, podrían estar molestos con ella, pero cuando vieran que tenía una fotografía real de alguien que podría estar involucrado, entonces no tendrían más remedio que darle las gracias.

Pero cuando el sol pasó de media asta a casi hundido, la excitación de Suzan decayó con patética falacia.

No vendrá, pensó consternada. *No va a venir. Sólo era un niño gordo de trece años que se escondía tras la pantalla de un ordenador para divertirse haciéndola perder el tiempo.*

Sin embargo, Suzan siguió esperando. A pesar de que la multitud empezaba a disminuir y el fino velo de consuelo que le proporcionaban empezaba a desvanecerse, ella siguió esperando.

Cuando cumplió siete años, Suzan miró el móvil.

Con un suspiro, buscó el número de Beckett.

Sonó tres veces antes de ir al contestador.

"Ha llamado al buzón del Dr. Beckett Campbell. Si estás escuchando este mensaje, eres uno de los pocos afortunados que tienen mi número. Enhorabuena. Y si eres tú -ya sabes quién eres- preguntando otra vez por el maldito sarpullido, te lo he dicho mil veces: échale queroseno y frótalo con un cepillo de alambre. Si eres tú, mamá, no estaré en casa para cenar".

Suzan puso los ojos en blanco y esperó a que sonara la señal antes de dejar su mensaje.

"Beckett, soy Suzan. He encontrado algo online. Dame un grito cuando recibas esto".

Luego colgó y se dirigió a su coche. Una parte de ella estaba decepcionada porque Arsonist514 no había aparecido, pero otra parte también se sentía aliviada.

"Esto ha sido una estupidez", se dijo mientras subía al coche. Y entonces, por alguna razón, se echó a reír.

Era una risita nerviosa que ella no reconocía. Pero más sorprendente que ese sonido fue lo que vino después: las lágrimas.

Junto con este inesperado torrente de emociones, le vinieron a la mente pensamientos sobre su padre, sobre la forma en que solía darle mocos a pesar de que ella los odiaba.

"Basta", se amonestó entre sollozos. "Para de una puta vez, Suzan. Madura. Se ha ido, y atrapar a este tipo no lo traerá de vuelta".

Se secó las lágrimas y puso las llaves en el contacto. Olfateó y

arrancó el coche.

Suzan Cuthbert cogió la palanca de cambios con la intención de poner el coche en marcha, cuando sintió que algo frío y afilado le tocaba el cuello desnudo.

Inhaló bruscamente.

"¿Así que te interesa la patología?", dijo una voz ronca desde el asiento trasero y Suzan sintió que todo su cuerpo se entumecía.

Parte IV - Homicidio

Capítulo 51

Hacía tiempo que Drake no pasaba tanto tiempo investigando un caso... un caso *de verdad*. Y le estaba cansando. Podía sentir que su cuerpo temblaba ligeramente a medida que el agotamiento comenzaba a apoderarse de él.

Seis meses en la Triple D le habían ablandado.

Con un suspiro, sus ojos se cerraron y le costó un esfuerzo deliberado volver a abrirlos.

Vale, quizá no suave.

Más suave.

Y a pesar del esfuerzo que había hecho, seguía sin estar cerca de encontrar al asesino. Sin embargo, había presenciado el maltrato doméstico y toda su repugnante inevitabilidad. Eso era algo con lo que tenía intención de lidiar. Con el tiempo, le enseñaría al gilipollas de Jake que no era tan duro como pensaba.

Drake sacó sus miembros de plomo de su Crown Vic y se dirigió a la puerta principal de Triple D. Le sorprendió encontrarla abierta, y aún más encontrar a Screech dentro, con la cara iluminada por el resplandor artificial de la pantalla de su ordenador.

¿"Screech"? ¿Qué haces aquí todavía?"

El hombre se dio la vuelta y, por la forma en que parpadeaba rápidamente y sus manos se agitaban, Drake supo que había tomado cafeína o incluso algo más fuerte.

"Trabajando, Drake, mi hombre. Trabajando. Desenterré algo que podría ayudar". Incluso el habla del hombre era rápida, entrecortada.

De repente, Drake se sintió despierto de nuevo, los últimos vestigios de adrenalina salían de sus glándulas suprarrenales e inundaban su organismo. Entró en la recepción y cerró la puerta tras de sí.

"¿Qué has encontrado?"

"Encontré..."

Pero Drake oyó un ruido en su despacho y se asomó por encima del hombro de Screech.

La puerta de su despacho estaba entreabierta.

"¿Hay alguien aquí?", susurró. "Por favor, dime que no es la Sra. Armatridge. No puedo tratar con ella ahora".

Screech negó con la cabeza y se disponía a contestar cuando una voz familiar habló desde su despacho.

¿"Cariño"? ¿Eres tú? Será mejor que la cena esté lista en diez minutos. Y nada de esa mierda de microondas otra vez".

Drake esbozó una sonrisa cansada.

Fue Beckett.

"¡Ven aquí!", gritó su amigo.

Drake se volvió hacia Screech.

"Creía que tu trabajo era mantener fuera a la chusma", dijo. Screech se encogió de hombros. "Muy bien, reunámonos todos en mi despacho; podéis contarme lo que habéis encontrado allí".

Beckett estaba sentado detrás de su escritorio, con los pies en alto. En la mano tenía un vaso de whisky. Lo miró, agitó el líquido y bebió un sorbo.

"No está mal, no está mal", miró a Drake. "Oh, tomé uno de esos cheques fuertes. Ya sabes, por mi parte".

"Muy gracioso", dijo Drake, tomando asiento frente a Beckett. Screech se sentó a su lado. "Vamos a movernos. Estoy cansadísimo".

La expresión jovial desapareció del rostro de Beckett.

"¿No somos todos? Muy bien, Screech, ¿por qué no vas tú primero? Dinos qué tienes".

Screech se aclaró la garganta y Drake se volvió hacia él.

"Sí, así que estaba siguiendo a nuestro amigo médico, Eddie, basándome en el hecho de que es el raro. No pude encontrar nada sobre él: parecía un tipo normal, con muchos amigos, mucho estrés... Sin embargo, en los últimos seis meses empezó a publicar menos en Facebook y Twitter. Supongo que se estaba deprimiendo o que ya no tenía tiempo para ello. De todos modos, seguí buscando, solo que esta vez busqué en la red y encontré dos cosas interesantes: una, el sitio web en el que Eddie publicaba y, dos, algo sobre el Dr. Moorfield. ¿Qué quieres oír primero?"

Drake miró a Beckett y, al mismo tiempo, ambos dijeron: "La página web".

Screech les lanzó una mirada.

"Vale, bueno, en la web está. ¿Quieres que te enseñe la transcripción?"

¿"Transcripción"? Jesús, sólo dinos lo que encontraste, Screech. Y cálmate de una vez".

El hombre se secó el sudor de la frente y se pasó los dedos por el pelo rizado.

"Sí, claro. De todos modos, así que al parecer, Eddie estaba en línea haciendo preguntas acerca de la prueba? Una especie de tablón de anuncios para médicos y estudiantes. De todos modos, no había nada interesante hasta hace unos meses cuando este tipo aparece, comienza a responder a sus preguntas sobre la prueba, diciendo que tiene las fotografías del examen."

Screech hizo una pausa para que surtiera efecto, y Drake agitó impaciente una mano, instándole a continuar.

"¿Y?"
Screech se encogió de hombros.
"Eso es todo. El tipo parecía saber mucho sobre la prueba, pero no salió nada".
"Bien, Jacques Cousteau, ¿lograste localizarlo? ¿Averiguar quién es este hombre misterioso?" Preguntó Beckett.
Screech negó con la cabeza.
"No. Se calló después de un par de intercambios. Pero entonces..."
"¿Entonces qué?"
"Y ayer volvió a aparecer: alguien había reavivado el viejo hilo".
"¿Y no hay forma de que averigües quién es? ¿Algo sobre él?" Drake preguntó.
"Intenté rastrear su dirección IP, pero me salía por todo el sudeste asiático".
Drake frunció el ceño y pensó en preguntar qué demonios significaba aquello, pero cuando vio que Beckett asentía con el rabillo del ojo, lo dejó pasar. Entendió lo esencial: no tenían ni idea de quién escribía los mensajes.
"Muy bien. ¿Y lo otro? ¿Lo del Dr. Moorfield?"
"Sí, hace tiempo, cuando hubo un... *incidente*".
"¿Incidente? ¿Qué tipo de incidente?"
Drake se inclinó hacia delante en su silla mientras hablaba.
"Espera, estoy llegando. Fue algo lo suficientemente serio como para justificar un tribunal".
¿Tribunal? ¿Qué demonios?
Drake se mordió la lengua y permitió que Screech continuara sin interrupción.
"Hay muy pocos detalles sobre el incidente en Internet. Por lo que sé, estas cosas suelen quedar entre las paredes de la universidad. Parece que si pasa algo con un profesor, algo grave, entonces la universidad reúne una especie de tribunal, normalmente formado por miembros de la junta universitaria, y hacen de Juez Dredd y deciden qué pasa."
Drake miró a Beckett. Estaba asintiendo.
"Sí, normalmente sólo se acude a los tribunales si es realmente grave", dijo Beckett. "Si no, basta con que venga un árbitro a resolver las cosas".
"¿Y en este caso...?"
Screech se encogió de hombros.
"No hay forma de saberlo. Pero como dijo Beckett, debe haber sido grave para justificar un tribunal".
Drake sintió que su frustración aumentaba. Evidentemente, había confundido el subidón de azúcar de Screech con excitación.
"Bueno, vamos a comprobar con Chase entonces; si es lo

suficientemente grave para la mesa redonda de Arturo, tal vez fue lo suficientemente grave como para involucrar a la policía".

Beckett chasqueó la lengua.

"Sí, lo dudo. Después de todo, la reputación de la universidad es fundamental para su éxito. Dudo que fuera a la policía".

Drake levantó las manos.

"Joder. Esto es ridículo. Entonces, dame algunos malditos ejemplos de qué tipo de mierda lleva a estos malditos tribunales".

Drake se sintió como en un túnel del tiempo, transportado de nuevo a la consulta del doctor Kruk, que volvía a hablar con hipótesis apenas veladas.

"Plagio, relaciones con un estudiante, abuso de drogas, cosas así", dijo Beckett. "Robo, tal vez. Agresión sexual".

Drake se mordió el labio mientras pensaba en esto. Puede que no fuera mucho, pero tenía la sensación de que iban por buen camino. Ahora sólo era cuestión de filtrarse entre los escombros.

Se volvió hacia Beckett.

"Parece que deberíamos hacerle una visita a este doctor. ¿Qué te parece?"

La expresión de Beckett se agrió.

"He estado allí, he hecho eso. Ella es, uh, ella es un verdadero placer. "

"¿Un capricho? ¿Cómo?"

"Bueno, ¿sabes lo que se siente ir a pelo con una mujer con atrofia vaginal?"

Drake parpadeó larga y lentamente.

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

Beckett negó con la cabeza.

"Nada, no importa. Ella es sólo una vieja bolsa de corteza, es todo. Dudo que podamos sacarle algo".

Drake volvió a pensar en sí mismo. Si el Dr. Moorfield no hablaba, quizá podrían sonsacar información a los miembros del tribunal.

"Oye Screech, ¿sabes quién formaba parte del tribunal?"

"El Dr. Moorfield y quien sea...", empezó Screech, pero Drake lo detuvo agitando una mano.

"No, me refiero a quiénes eran los miembros de la junta que formaban parte del tribunal, para decidir su destino o lo que demonios hicieran".

Screech se encogió de hombros.

"No lo sé con seguridad, pero como dijo Beckett, están formados en su mayoría por miembros de la junta. Eso es información pública, así que debería poder conseguirte una lista de entonces".

"Bien", dijo Drake, antes de volverse hacia Beckett. "¿Estás listo?"

"¿Para qué?"

"Para hablar con el doctor. Tener una charla agradable. ¿Qué me dices?"

Beckett puso cara de asco.

"Yo digo que..."

Sonó su teléfono y levantó un dedo mientras miraba la pantalla.

"Es Chase", dijo. "Tengo que cogerlo".

Capítulo 52

"¿Adónde vamos?" preguntó Suzan en voz baja. Se secó las lágrimas, intentando concentrarse en la carretera.

La punta de la hoja se clavó más profundamente en el costado de su cuello y sintió cómo la sangre caliente trazaba una línea hasta el cuello de su camisa.

"Deja de hablar. Haz lo que te digo".

Suzan gimoteó y se secó más lágrimas de los ojos. Cuando su padre vivía, la había mantenido aislada de los horribles crímenes que había investigado, los brutales asesinatos que no le dejaban dormir. Sin embargo, ahora deseaba que le hubiera contado algo más, que le hubiera dado algo que pudiera utilizar. Lo único que recordaba -de él o de la televisión, no lo recordaba- era que quedarse callada era una receta para acabar muerta. Tenía que hacer hablar a la figura sombría del asiento trasero. Tenía que recordarle que era un ser humano. Que tenía derecho a vivir.

"¿Qué quieres de mí?", preguntó. El cuchillo se clavó un poco más y sintió una sacudida de dolor en el brazo. Apretó los dientes y continuó, impertérrita. "Por favor, tengo dinero. Puedo pagarte. Puedes llevarte el coche si quieres".

La hoja volvió a moverse y Suzan inspiró, preparándose para lo que creía que sería un tajo que le abriría la garganta.

Pero nunca llegó.

En cambio, la hoja se separó de su piel.

"¿Crees que quiero dinero? ¿Crees que se trata de eso? ¿Dinero?"

Suzan no estaba segura de cómo responder, pero sabía que tenía que hacerle hablar.

"Todo tiene que ver con el dinero", ofreció.

El hombre se burló.

"Vamos, Suzan. Eres más lista que eso. Si fuera por dinero, ¿por qué mataría vagabundos? ¿Un drogadicto en Central Park?"

"Eddie tenía dinero; era médico".

El comentario pareció sorprender al hombre del asiento trasero y vaciló antes de contestar. Suzan aprovechó la ocasión para echar un vistazo por el retrovisor, para verle bien por si alguna vez conseguía escapar.

Llevaba un pasamontañas improvisado, con dos orificios para los ojos. Incluso tenía la boca tapada, lo que explicaba por qué hablaba tan bajo. Entrecerró los ojos, pero estaba demasiado oscuro en el coche y ni siquiera pudo distinguir su color.

Sin embargo, había algo que sí notó: el leve olor a carbón, tal vez, o a hoguera, que no había estado allí antes.

Las manchas en los cuerpos.

Y entonces cayó en la cuenta, y se maldijo por no haber atado cabos antes. Las marcas grises en los cuerpos que le recordaban al Miércoles de Ceniza eran efectivamente cenizas, y el hombre del asiento trasero era el *Pirómano*.

Qué estupidez... si lo hubiera pensado antes, nunca habría aceptado quedar con él.

"Eddie estaba metiendo las narices donde no debía", dijo al fin el hombre. "Metiéndose donde no debía". El cuchillo volvió a presionarle el cuello, y Suzan inhaló bruscamente. "Que es algo que deberías haber hecho, Suzan. Quiero decir, vamos... ¿publicar sobre patología forense? ¿Actuando tímidamente? ¿De verdad creías que me iba a tragar eso? Lo único que lograste fue hacerme saber que alguien me está buscando. Y que terminaras aquí, por supuesto".

Suzan tragó saliva.

"No importa. Sólo quedan dos, Suzan. Quedan dos y entonces todo esto habrá terminado."

"¿Dos qué?" susurró Suzan, aunque ya sabía la respuesta.

El hombre del asiento trasero se rió.

"Dos accidentes, por supuesto. Sólo dos más y habré completado por fin el curso. Vas a ser la número siete, Suzan, y tengo un regalo especial reservado para ti y la número ocho".

Volvió a reír, y esta vez el sonido chirrió los oídos de Suzan. No era una risa normal, una expresión involuntaria de placer, sino algo más oscuro. Era la risa de un psicópata.

Cualquier esperanza que Suzan tuviera de que su captor tomara conciencia de repente, por efímera que hubiera sido, estaba ahora completa y totalmente aplastada.

Aquel hombre era frío, tranquilo y calculador. Tenía un plan, y Suzan empezaba a perder la esperanza de que alguien pudiera detenerle, y menos ella misma.

Capítulo 53

Chase clavó un dedo del pie en la grava mientras hablaba por teléfono.

"Beckett, ha habido... espera, ¿quién está ahí contigo? ¿Suzan?"

"Nuh-uh. Estoy aquí con Drake y Screech. ¿Qué pasa?"

Chase suspiró.

"Ha habido otro asesinato, Beckett. Electrocución; conductor de grúa en las afueras de la ciudad, parece que ocurrió hace unas horas".

Sus ojos se desviaron hacia el cuerpo de Toby Teagar, un conductor de grúa de cuarenta y cuatro años, padre de siete hijos.

"Mierda", murmuró Chase, sacudiendo la cabeza. Estaba acostumbrada a la muerte, e incluso al asesinato, por mucho que uno pudiera sentirse cómodo con el acto atroz, pero esto era diferente. Era diferente porque sabía cómo iba a morir la siguiente víctima, y todo aquello le estaba pasando factura.

"Maldita sea", dijo Beckett. "¿Qué ha pasado?"

"No sé... esto está mal. Parece que el conductor de la grúa estaba cargando una batería al lado de la carretera cuando algo salió mal; la escena está montada para que parezca que se enganchó accidentalmente uno de los cables en el cuello. Quemado a través de su delgado abrigo y camisa. No hay rastro de ningún otro coche. Este... no es tan limpio como los otros. Quiero decir, ¿por qué el conductor de la grúa estaría cargando una batería al lado de la carretera? ¿Y cómo demonios se las arregló para electrocutarse? No sé si nuestro asesino se está volviendo descuidado, o si simplemente está desesperado por llegar al final de su jodido juego. En cualquier caso, no creo que tarde más de un día en volver a matar".

Al oír las palabras que salían de su boca, se le revolvió el estómago.

"¿Beckett? ¿Sigues ahí?"

"Sí. Voy a ponerte en altavoz, espera un segundo."

Chase esperó.

"Aquí Drake; Drake y Screech".

La voz de Drake era reconfortante.

"Tenemos otro, Drake. Electrocución".

"Me enteré. El período de reflexión del asesino se está acortando. Mierda, no me sorprendería que ya haya elegido a su próxima víctima".

"Espera", interrumpió Beckett. "¿Has dicho que el tipo se electrocutó con una batería de coche?".

Chase volvió a mirar el cuerpo de Toby. Estaba tumbado boca

arriba, con los ojos vacíos dirigidos hacia arriba.

"Sí, ciertamente está hecho para parecerlo".

Beckett se aclaró la garganta.

"Sí, lo siento, pero no es posible".

"¿Qué quieres decir?"

"Es un mito. Ni siquiera puedes recibir una descarga de la batería de un coche, y mucho menos electrocutarte. Son sólo doce voltios. La fuente de la electricidad debe haber sido otra cosa".

Chase volvió a mirar a su alrededor. Estaban en un camino de tierra, sin nada más que... ¿qué había dicho el detective Yasiv? Hierbajos y alergias. Sí, era una descripción bastante acertada.

"No sé qué decirte, Becket, pero así es como se ha escenificado. De todos modos, en realidad no importa cómo murió, sólo que es exactamente igual a la foto del examen."

Sólo se oyó silencio al otro lado de la línea.

Se está volviendo descuidado y ya no le importa si sus escenas del crimen se consideran homicidios en lugar de suicidios o accidentes. O no le preocupa que le pillen, o va tan rápido que no cree que podamos atraparle a tiempo.

Chase esperaba que fuera lo primero, pero tenía la ligera sospecha de que era lo segundo.

"Garganta cortada, con marcas de vacilación."

"¿Perdón?" Dijo Chase, saliendo de su propia cabeza.

"El siguiente", respondió Beckett. "Es una mujer degollada con marcas de vacilación. Oye Chase, ¿puedes hacerme un favor?"

Chase se acuclilló junto al cuerpo del conductor de la grúa, indicando a los demás uniformados que dieran un paso atrás.

"Sí, adelante".

"Comprueba si hay marcas en la piel de la víctima; algo así como una pequeña mancha de ceniza".

Chase se acercó a la marca de la chamusquina en el hombro del hombre, mirando a través del agujero de la camisa y la chaqueta.

"¿Quieres decir alrededor de la herida? Su piel está toda negra y carbonizada".

"No, no, no alrededor de la herida. En otra parte. En algún lugar que no esté relacionado con la herida".

Los ojos de Chase se entrecerraron y buscó en el cuerpo. No había nada en sus manos, que habían empezado a ponerse rígidas, ni tampoco en su cara.

"No, no veo... espera un segundo".

Se inclinó sobre el cuello del hombre, mirando el lado opuesto a la herida. Allí, justo debajo de la oreja, vio lo que se parecía exactamente a lo que Beckett había descrito: una mancha de hollín o ceniza.

"Sí, hay algo aquí, en su cuello. ¿Qué es esto? ¿De qué se trata?"

Chase preguntó mientras se ponía de pie.

"Está en todos los cuerpos. No estoy seguro de lo que es; tengo a mi técnico en ello, pero aún no ha vuelto. No hay huellas dactilares, por desgracia, pero él me va a decir lo que es y espero que de dónde vino ".

"¿Una tarjeta de visita?", preguntó.

Drake le respondió.

"Ciertamente eso parece. También encontramos algo más. ¿Algo sobre un sitio web donde la gente envía mensajes? Como un... espera un segundo", cuando habló a continuación, apenas se le oía. "¿Un qué? ¿Un tablón de anuncios?", su voz volvió a ser clara, "Chase, Screech quiere hablar contigo".

"Muy bien, adelante."

"No era un sitio web, sino un tablón de anuncios. Creo que Eddie posteaba allí, comunicándose con alguien que se hacía llamar Arsonist514. Las cosas se silenciaron hace un mes, pero el otro día alguien empezó a publicar en el hilo de nuevo. Alguien que se hace llamar SC123. De todos modos, parece que podría estar relacionado, dada la ceniza u hollín o lo que sea".

¿SC123?

"Ya tengo a Dunbar intentando encontrar algo sobre estudiantes de medicina, le pondré con lo de la web en cuanto acabemos aquí".

"Tablón de anuncios", corrigió Screech.

"Bien. ¿Puedes pasarle el teléfono a Beckett un segundo?"

Chase oyó cómo se pasaban el teléfono.

"Sí, Beckett aquí. ¿Qué pasa?"

"¿Estoy fuera de altavoz?"

"Sí."

"¿Sabes si Suze...?" Y entonces cayó en la cuenta.

SC123. Suzan Cuthbert 123.

"Joder", jadeó.

"¿Qué? ¿Qué es?"

¿"SC123"? ¿Crees que podría ser Suzan *Cuthbert-SC*? ¿Has hablado con ella en un tiempo?"

Hubo una breve pausa, durante la cual oyó que la respiración de Beckett se aceleraba como si caminara a paso ligero.

"No", dijo en voz baja. "No la he visto desde ayer cuando estuvimos juntos. Le dije que volviera a clase".

Chase se mordió el labio.

"Joder, espero por Dios que me haya escuchado. Ve a verla, ¿quieres?"

"Sí, la llamaré. Seguro que está bien. Es dura como un clavo. Ella fue la que encontró el hollín, por cierto. Escucha, ¿necesitas que vaya a limpiar el cuerpo?"

Chase negó con la cabeza.

"No, ya hay un forense junior en la escena. Él te traerá el cuerpo. Volveré a hablar con Rhodes, a ver si consigo que abra una investigación. Esta es la única muerte que le costaría atribuir a un accidente, especialmente por lo que me contaste de la batería. No sé si podré hacer que el testarudo bastardo se doblegue, pero necesitamos más mano de obra en esto, Beckett. Va a volver a matar. Y pronto".

Capítulo 54

Drake dejó a Triple D en una niebla de confusión.

Otra víctima, tan poco después de la última. Y sólo faltan dos más.

Beckett y él habían planeado ir juntos a hablar con la doctora Tracey Moorfield, pero en el último momento su amigo había tirado de la manta, diciéndole que tenía que hacer un seguimiento de algo en la morgue.

Drake había sentido una punzada de celos cuando Chase había pedido hablar con Beckett en privado, pero pensó que era algo más que simples celos. Le estaban ocultando algo.

Algo que no querían que supiera.

Drake sacudió la cabeza, tratando de aclarar sus pensamientos.

Concéntrate. Ya habrá tiempo de averiguar cuál es su gran secreto.

Atravesó la ciudad en dirección a la universidad, siguiendo la ruta sugerida por Beckett. Aparcó y se dirigió hacia el club de la facultad, donde Beckett le había asegurado que estaría la doctora Tracey Moorfield.

A pesar de las afirmaciones de su amigo de que no iba a sacarle nada, seguía mereciendo la pena intentarlo. El agente Dunbar y Screech tenían sus ordenadores, pero aún quedaba un papel para el trabajo policial a la antigua usanza.

Eso esperaba.

La puerta blasonada con la placa dorada que llevaba el nombre de la doctora Tracey Moorfield estaba entreabierta, y Drake llamó con fuerza para que se abriera más con cada golpe.

"¿Dr. Moorfield?"

Oyó que alguien se aclaraba la garganta.

"¿Sí? ¿Quién es?"

Drake puso una mano en la puerta y la empujó, inclinándose hacia la abertura. Una mujer bien vestida, con los labios finos fruncidos, no muy distinta de la señora Armatridge y sus compinches, estaba sentada en una gran silla de madera, con los papeles extendidos ante ella sobre un enorme escritorio.

"¿Dr. Moorfield?", volvió a decir, poniendo su sonrisa más encantadora.

"Eso es lo que pone en la placa, ¿no? A menos que la universidad decidiera cambiarlo también".

La sonrisa se borró de la cara de Drake.

¿Qué había dicho Beckett? ¿Le gusta ir a pelo con una mujer con algo vaginal?

Se estremeció al pensar en *algo* vaginal con esta mujer.
"¿Qué quieres?"
Drake entró en la habitación.
"¿Dije que puedes entrar?"
Sorprendido, Drake se quedó paralizado.
El Dr. Moorfield suspiró pesadamente.
"Bueno, ahora ya estás dentro. Te lo preguntaré una vez más, ¿qué quieres?"
Drake pisó el acelerador y decidió renunciar a cualquier conversación trivial. Dudaba que las oficinas académicas tuvieran botones de emergencia debajo de los escritorios como los del banco, pero si los tenían, sospechaba que sólo disponía de unos segundos antes de que los dedos artríticos del doctor Moorfield lo pulsaran.
"Estoy aquí para hacerle algunas preguntas. Sobre seis asesinatos".
La mujer enarcó una ceja y dejó el lápiz sobre el escritorio.
"¿Es usted policía?"
"No, no exactamente".
El Dr. Moorfield frunció el ceño.
"¿No exactamente? O eres policía o no lo eres. No hay término medio. ¿Cuál es?"
"Yo no", dijo Drake rotundamente.
"Entonces, ¿por qué viene un civil a mi despacho a hacer preguntas sobre un asesinato?".
Drake hizo una mueca y consideró que Beckett podría haber subestimado la costra del médico.
"Bueno, fui oficial de policía una vez, un detective, pero..."
El Dr. Moorfield levantó una mano, deteniéndole a mitad de la frase.
"No me interesa la historia de tu vida. ¿Qué es lo que quieres?"
La presión arterial de Drake empezó a aumentar.
"Estos asesinatos... el asesino está copiando sus notas de patología. Creo que mi amigo, el Dr. Campbell lo visitó antes..."
El Dr. Moorfield frunció el ceño.
"Hoy en día dejan que cualquiera se haga médico. En mi época, había que ser inteligente para ser médico. Ahora, parece que todo lo que necesitas es tinte para el pelo y tatuajes".
Drake sintió como si estuvieran teniendo dos conversaciones separadas, y trató de volver a encarrilarlas.
"Bien, creo que el asesino podría haber sido un antiguo alumno suyo. ¿Hay alguien en quien puedas pensar que podría haber sido... no sé, diferente? ¿Alguien con una venganza, tal vez?"
Los ojos de la mujer se oscurecieron y se hizo un breve silencio en el despacho.
"Fuera", dijo el Dr. Moorfield. "Fuera de mi oficina".

Drake levantó las manos.

"Dr. Moor..."

"¡Fuera*!*", chilló de repente. "No sé quién eres, ni por qué vienes con tonterías sobre asesinatos sólo para sacar a colación algo que ocurrió hace años, pero no voy a caer en esto".

"Dr. Moorfield, yo..."

"¡Fuera*! ¡Fuera de aquí! ¡Largo de aquí!"*

Para ser una mujer tan pequeña, un ser humano tan pequeño, la Dra. Tracey Moorfield tenía unos pulmones de infarto.

Con los oídos zumbándole, Drake permaneció un momento en el despacho, intentando comprender qué había precipitado todo aquello. Luego, viendo cómo el pecho de la anciana subía y bajaba, temiendo que fuera a sufrir un infarto o un derrame cerebral, giró sobre sus talones y salió del despacho.

"¿Qué demonios ha sido eso?", refunfuñó de camino a su coche.

Quizá el trabajo policial a la antigua usanza había muerto después de todo.

Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Screech.

"Screech, voy a necesitar los nombres de la gente del tribunal. Beckett tenía razón, yo..."

Pero entonces vio algo en el aparcamiento que llamó su atención y dejó de hablar.

"¿Qué demonios?"

Entrecerró los ojos al atardecer y vio una elegante moto negra aparcada a menos de veinte puntos de la suya.

La bici de Beckett.

Sólo Beckett había dicho que tenía asuntos urgentes en la morgue, no en la universidad.

Sí que había un secreto. Y Drake odiaba estar fuera de onda.

Capítulo 55

"Vamos, Suze, coge el maldito teléfono", refunfuñó Beckett. Al principio, pensó que Chase estaba paranoico, que era imposible que *SC123* fuera Suzan, intentando ponerse en contacto con el personaje de Internet que bien podría ser su asesino. Pero ahora, después de intentarlo en su casa, de tener que inventarse alguna historia sobre Suzan faltando a clase para apaciguar la ansiedad de su madre, y de llamarla al móvil media docena de veces y que no lo cogiera, no estaba tan seguro.

Y luego estaba su críptico mensaje: Beckett*, soy Suzan. He encontrado algo en línea. Dame un grito cuando recibas esto.*

Beckett se apresuró a entrar en el edificio médico de la Universidad de Nueva York mientras escuchaba sonar su teléfono. Caminó a paso ligero hacia su despacho, con la esperanza de encontrarla dentro.

Está dormida. Se durmió en mi escritorio. O en la biblioteca. Por eso no puedo localizarla.

Pero cuando Beckett llegó a su despacho, se le encogió el corazón. La puerta estaba cerrada y las luces apagadas.

No pasa nada, acaba de apagar las luces antes de echarse una siesta de gato detrás de mi mesa, pensó, mientras su mente intentaba desesperadamente convencerle.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

También cerró la puerta, para estar segura. Después de todo, hay un asesino ahí fuera.

Una voz robótica al otro lado de la línea le dijo a Beckett que el buzón de voz de la persona a la que llamaba estaba lleno. Maldijo y colgó el teléfono. Sacando el juego de llaves del bolsillo, Beckett supo en el fondo, incluso antes de abrir la puerta de par en par y encontrar la habitación vacía, que Suzan Cuthbert no estaría dentro.

"Maldita sea", murmuró mientras encendía las luces. "¿Dónde diablos estás, Suze?"

Beckett se dejó caer en la silla y agitó el ratón, despertando el ordenador. Sorprendido de que siguiera encendido, se inclinó hacia delante y tecleó su contraseña.

Ya tenía abierto un navegador web y, cuando Beckett vio la dirección en la parte superior de la página, el corazón le dio un vuelco.

"No, vamos, esto no puede estar pasando".

Suzan había entrado en el tablón de anuncios y había un nuevo mensaje pendiente. Con la mano temblorosa, se desplazó hasta el

icono del sobre y, tras respirar hondo, pulsó sobre él.

"No", gimió.

Beckett se apresuró a coger el teléfono y marcó rápidamente el número de Chase, con los ojos clavados en el mensaje privado de Arsonist514.

"Chase, tenemos un problema. Un jodido gran problema", dijo cuando ella contestó.

Beckett sacudió la cabeza mientras miraba fijamente el mensaje, intentando disiparlo.

Vale Suzan, hasta pronto :).

Capítulo 56

Chase dejó la escena del crimen en las hábiles manos de los detectives Yasiv y Simmons, y se apresuró a regresar a comisaría. No tenía muchas ganas de volver a reunirse con el sargento Rhodes, pero a estas alturas no veía forma de evitarlo.

Tenían que atrapar al asesino antes de que volviera a atacar.

Si no lo había hecho ya, claro.

Armada con fotografías de la escena del crimen más reciente, la del pobre Toby Teager, Chase atravesó la ciudad y llegó a la comisaría 62 justo cuando la noche descendía sobre Nueva York. Reconoció las similitudes entre lo que estaba ocurriendo ahora y el caso del Asesino de la Mariposa, pero el asesino más reciente era una bestia completamente distinta. El Dr. Mark Kruk había asesinado a personas que lo habían torturado en su juventud y, aunque eso no justificaba en absoluto lo que había hecho, los ciudadanos de Nueva York podían estar más tranquilos sabiendo que ellos no estaban implicados. Ahora, sin embargo, había alguien que se dedicaba a asesinar a personas al azar sin vacilar, sin remordimientos, todo para cumplir una fantasía enfermiza y retorcida.

Sin embargo, eso no era lo peor; lo peor era que había un asesino en serie en las calles de Nueva York, un asesino en serie que ya había matado a seis personas, y nadie lo sabía. Despreciaba a los medios de comunicación y su propensión a sembrar el pánico con frases de cinco segundos, pero había algo que decir sobre la transparencia. Sin ella, con toda Nueva York a oscuras mientras un asesino recorría sus calles, Chase se sentía sucia.

Mantuvo la cabeza baja mientras se dirigía al despacho del sargento Rhodes, asegurándose de no establecer contacto visual con nadie que pudiera servir para distraerla.

Respirando hondo, llamó una vez a la puerta de Rhodes y la abrió sin esperar respuesta.

Rhodes la miró por encima de las gafas redondas que llevaba en la estrecha nariz cuando ella entró.

"Pues pasa", dijo frunciendo el ceño.

"Ha habido otro asesinato", dijo Chase.

Como era de esperar, su franqueza llamó la atención de Rhodes, que bajó el periódico que había estado leyendo y que, según Chase, estaba abierto a los resultados de las encuestas preelectorales.

¿"Asesinatos"? Por favor, dime que estás hablando del allanamiento de morada en la Avenida 32. Por favor, *por favor dime* que es a eso a lo

que te refieres, Chase".

Chase negó con la cabeza y procedió a colocar las fotografías de Toby Teager encima del periódico de Rhodes.

"Sabes que no estoy aquí por eso".

Rhodes no hizo ningún esfuerzo por disimular su disgusto.

"¿Quién demonios es éste?", dijo, indicando las fotografías. "¿Es el conductor de la grúa que se las arregló para suicidarse?"

Chase ignoró el comentario y dio un paso atrás.

"Mira las fotografías".

Pero Rhodes no miró. Se limitó a mirarla fijamente.

"¿Va en serio con esta mierda, Detective Adams? Ya hemos tenido esta discusión". Entrelazó los dedos lentamente. Cuando habló a continuación, su voz había adquirido un tono bajo y ronco que hacía juego con la expresión de su cara. "Le voy a dar una oportunidad para que recoja estas fotografías de mi mesa y luego se largue de aquí. *Una oportunidad*".

Chase sintió que se le calentaba la cara.

"¡Mira las fotos! Es imposible que este hombre, que ha trabajado veintidós años como conductor de grúa, se haya resbalado y se haya enganchado accidentalmente los cables de arranque al cuello y al hombro. El forense dice incluso que es imposible electrocutarse con una batería de coche. No sólo eso, sino que encontramos una tarjeta de visita en todos los cuerpos: una mancha de suciedad. Hay un asesino ahí fuera, Rhodes, alguien que ya ha matado a seis personas, alguien que no parará hasta terminar el recorrido... hasta que ocho personas estén muertas. E incluso entonces, no sé si habrá terminado".

Chase respiraba agitadamente cuando terminó, pero le sentó bien desahogarse por fin. Incluso pensó que Rhodes, a pesar de lo que había dicho, también podría ser receptivo a sus palabras, dada la forma en que se quedó allí sentado, con cara de piedra.

"¿Tal vez nuestro conductor de grúa estaba harto de vivir? ¿Hmm? ¿Alguna vez pensaste en eso? Quizá se suicidó como todos los demás".

Chase abrió la boca para decir algo, pero Rhodes continuó antes de que pudiera emitir sonido alguno.

"¿Una mancha*?* ¿Una puta mancha? ¿De verdad? ¿Encontraste una mancha en el cuerpo de un hombre *electrocutado?* ¿Te das cuenta de lo estúpido que suena eso? ¿Y los otros cuerpos? ¿Tienes fotografías de las otras víctimas de sus *manchas*?"

Chase negó con la cabeza.

"Ya te los he dado", intentó decir antes de que Rodas volviera a interrumpirla.

"Ya te lo dije; no voy a escuchar esta mierda. Ni ahora, ni nunca. Sal de mi oficina y vete a casa, Chase".

Chase miró al sargento, sorprendida por lo tranquilo que parecía.

De algún modo, aquella actitud era incluso peor que la de él gritándole, con la cara del color rojo rubí de un tomate demasiado maduro.

"Vete a casa. Vete a casa y quédate en casa. Una semana, tal vez más. Si te veo por aquí antes de que te llame, estás acabado".

Chase se quedó boquiabierto.

"¿Qu-qu-qué?"

El sargento Rhodes curvó los labios.

"Recojan sus fotografías y lárguense de aquí", siseó.

"Pero..."

De repente, Rhodes pasó la mano por el escritorio y las imágenes de Toby Teager salieron volando por el suelo.

"¡Recoge las malditas fotografías y lárgate!" Rhodes gritó. "¡Largo de aquí*!"*

La voz de Rhodes era tan alta que sacó a Chase de su estupor y se apresuró a recoger las fotografías.

Levantó la vista una última vez hacia la cara roja de Rhodes y se debatió entre decir la última palabra.

Te vas a arrepentir de esto, Rhodes. Te lo prometo, te vas a arrepentir.

Decidiendo que decir una palabra más acabaría con su carrera, Chase se mordió la lengua y salió de la oficina, más frustrada de lo que se había sentido al llegar.

Claro, se iría una semana, o el tiempo que Rhodes la suspendiera, pero antes tenía que hacer una cosa.

Caminando a paso ligero, de nuevo con la cabeza baja, se dirigió a la escalera y abrió la puerta del sótano.

Al final del largo y oscuro pasillo, estaba la puerta de *Registros*. Chase se sorprendió al ver a Dunbar de pie en el umbral mirándola fijamente mientras se acercaba.

Las noticias corren rápido en esta comisaría, pensó con una mueca.

"Dunbar, las cosas han empeorado. Hay alguien que creo que deberías conocer".

Capítulo 57

La mordaza estaba sucia, y cada vez que su lengua rozaba el tosco material, Suzan sentía que el vómito le subía a la garganta. Las lágrimas le manchaban las mejillas, dejando huellas de barro en el hollín que le cubría la cara.

El hombre de la máscara la había conducido hasta un edificio en ruinas situado al final de una tranquila calle sin salida. Durante el trayecto, Suzan había intentado seguir las indicaciones, trazar la dirección de la casa, pero le había resultado difícil, con las lágrimas que llenaban sus ojos y el miedo que corría por sus venas.

Sabía que no estaban lejos del campus universitario, a diez millas, quince como máximo, pero no era un lugar que reconociera.

"Pare aquí", refunfuñó el hombre de la máscara. Luego le indicó que saliera del coche.

Suzan se adentró en la noche y, por un momento, pensó que podía huir. Pero entonces sintió la punta del cuchillo presionando su columna vertebral y la fantasía de escapar se desvaneció.

"Muévete", ordenó el hombre, y Suzan obedeció.

Los condujo por el lateral de la casa, agachándose, advirtiéndole que si gritaba le clavaría el cuchillo en la columna. Las ventanas estaban tapiadas, pero el hombre retiró fácilmente un trozo de contrachapado -Suzan tuvo la impresión, por la forma en que se soltó con facilidad, de que no era la primera vez que lo hacía- y luego la obligó a entrar.

La mayoría de las paredes de la planta baja habían sido arrancadas de cuajo. En las paredes que quedaban, había marcas de quemaduras desde el suelo hasta el techo. Aunque era obvio que el incendio que había arrasado la casa colonial de dos plantas se había producido muchos años antes, el olor a madera quemada aún se percibía con fuerza en el aire viciado.

"Arriba", ordenó el hombre.

Suzan sintió que las piernas le flaqueaban y amenazaban con doblarse.

"Por favor", intentó decir, pero la mordaza hizo ininteligible la palabra.

"¡Ahora!"

Sollozando, Suzan dio los pasos lentamente, un pie delante del otro, preocupada por si en cualquier momento perdía el control de sus miembros y caía hacia atrás, empalándose en la hoja de veinte centímetros en el proceso.

Pero de algún modo, con una fuerza que no sabía que poseía, Suzan llegó hasta la cima.

El suelo de la segunda planta estaba alabeado, con grandes secciones arrancadas que dejaban al descubierto las tablas chamuscadas que había debajo. Las paredes, sin embargo, habían salido mejor paradas en este nivel y permanecían casi intactas.

El hombre la condujo a una habitación sin puerta, pero con cuatro paredes completas. La obligó a sentarse y, antes de que se diera cuenta, tenía las manos atadas a la espalda con unos trozos de cuerda desgastada que se parecían demasiado a la que había enrollado en el cuello de Eddie para ser una coincidencia.

Suzan lloró mientras el hombre empezaba a colocar un trípode y una cámara frente a ella. Trabajaba deprisa, pero sin dar la impresión de que tuviera prisa. Estaba claro que no le preocupaba que nadie les interrumpiera.

"Por favor", intentó decir de nuevo, pero una vez más la palabra quedó amortiguada por la sucia mordaza.

El hombre ni siquiera la reconoció. Tras fijar la cámara en lo alto del trípode, se colocó detrás de ella y procedió a enfocarla con el objetivo.

Suzan sacudió la cabeza, haciendo que su pelo, húmedo de sudor, cayera delante de su cara. Era una maniobra insignificante, pero lo único que podía controlar.

Puede matarme, pero no le daré la satisfacción de ver mi cara cuando lo haga.

Se sintió decepcionada cuando el hombre no pareció molestarse por su petulancia.

Aparentemente satisfecho, el enmascarado dio una palmada y el cuerpo de Suzan se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Ahora sollozaba incontrolablemente y todo su cuerpo temblaba.

El hombre se acercó a ella y se agachó, inclinando la cabeza hacia un lado mientras la observaba. Al principio, Suzan se negó a mirar, pero cuando se hizo evidente que no iba a marcharse sin establecer contacto visual, se echó el pelo hacia atrás y se quedó mirando.

El hombre tenía unos ojos azul pálido que parecían fuera de lugar enterrados en la máscara de cuero negro. Paradójicamente, parecían ojos bondadosos. Suaves, apaciguadores.

"Cometiste un error, Suzan. No tenías que ser tú. Tenías que mantenerte al margen, ocuparte de tus asuntos".

Suzan quería decir algo, quería gritarle a la cara que aún no tenía por qué ser ella, pero no dijo nada.

Incluso sin mordaza, el terror se apoderó tanto de ella que le habría costado formar una sola palabra.

El hombre de la máscara metió la mano por detrás y Suzan se acobardó, pensando que iba a sacar el cuchillo y degollarla allí mismo, sobre la madera quemada, antes de tomar sus macabras fotografías.

Se preguntaba, extrañada, si las fotos llegarían a su madre, y cómo se las arreglaría después de perder a su marido y a su hija a manos de asesinos en serie diferentes.

Jasmine Cuthbert era una mujer fuerte, tenía que serlo, pero todo el mundo tiene su punto de ruptura.

Suzan no podía imaginar que su madre saliera de esta con la cordura intacta.

El hombre no sacó un cuchillo, sino otro trozo de cuerda. Se la enrolló alrededor de los tobillos, juntando las piernas con fuerza mientras la ataba.

Cuando terminó, le dio una palmada en la rodilla.

"Ya está, ahora siéntate bien. Y no te preocupes, no estarás solo por mucho tiempo. Pronto tendrás compañía".

El enmascarado se puso en pie y, antes de que ella pudiera parpadear, ya había salido de la habitación. Menos de treinta segundos después, oyó el ruido de un coche, *su* coche, que arrancaba. Y también se desvaneció.

Suzan se permitió un sollozo más, una respiración profunda más, y entonces empezó a buscar una forma de escapar.

Capítulo 58

"Agente Robert Dunbar, le presento a Screech", dijo Chase al entrar en la Triple D. Los ojos de Drake se alzaron desde detrás de su escritorio.

¿Qué demonios...?

La presentación también sorprendió a Screech, que hizo una mueca antes de estrechar la mano de Dunbar.

"Hola", dijo Screech vacilante.

"Dunbar va a ayudar con la búsqueda: tiene acceso a ciertas bases de datos a las que tú no puedes entrar", dijo Chase con rotundidad.

El agente Dunbar asintió y se volvió hacia Screech.

"Chase dice que eres muy bueno con los ordenadores".

Screech se tomó el cumplido con humor.

"Bueno, Chase es una mujer inteligente. Deja que te enseñe lo que tengo", dijo, guiando a la agente Dunbar hasta su ordenador en la recepción.

"Mira a ver si puedes averiguar algo sobre la doctora Moorfield y quién es ese maldito estudiante o miembro de la facultad con el que fue al tribunal hace tantos años".

"Entendido", dijo Dunbar.

Beckett fue el siguiente en entrar en la Triple D, con el ceño fruncido. Su pelo rubio, normalmente en punta, estaba pegado a su cabeza. Parecía cansado y extrañamente *viejo.*

Mientras Drake observaba, Chase y Beckett intercambiaron una mirada y luego un asentimiento antes de acercarse juntos hacia él.

"¿Qué está pasando con ustedes dos?" Drake preguntó, las palabras que salen con más veneno de lo que esperaba. "¿Van a darme una pista de su pequeño secreto, o qué?"

Chase inclinó la cabeza al entrar en su despacho. Beckett la siguió de cerca y cerró la puerta cuando estuvieron todos dentro.

"¿Qué coño está pasando, chicos?"

Fue Beckett quien contestó.

"Es culpa mía", empezó en voz baja. "Yo la traje a bordo".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

¿A ella?

"¿Quién? ¿De qué estás hablando?"

Beckett sacudió la cabeza y pareció hablar consigo mismo.

"Sólo pensé... mierda, ella era mi TA, y pensé que ella... sólo quería ayudar".

Drake sintió que su frustración llegaba al máximo y saltó de la silla.

Empezó a acercarse a Beckett, pero Chase se interpuso entre ellos.
"Es Suzan, Drake. Tiene a Suzan".
El mundo entero de Drake se derrumbó.
"¿Suzan?", se oyó decir, pero no tenía ni idea de que realmente estaba articulando las palabras. "¿Suzan Cuthbert?"
Drake sintió que se caía hacia delante, pero Chase lo rodeó con los brazos, impidiendo que cayera. Y entonces Beckett también estaba allí, guiándolo de vuelta a su silla.
La lluvia caía con fuerza, empapándoles tanto a él como a Clay mientras permanecían de pie frente a la casa de Peter Kellington.
"¿Debo anunciar nuestra presencia?" preguntó Clay mientras se asomaba por el hueco entre la puerta y el marco.
"¿Debería?"
Entonces Clay empezó a girarse, y a medida que lo hacía sus rasgos se suavizaban, la barba se desvanecía, el pelo oscuro de su cabeza se alargaba y se volvía más lacio.
"¿Debería, Drake?" preguntó Suzan Cuthbert, la lluvia manchando sus mejillas como lágrimas. "¿Drake? ¿Qué debo hacer?"
"Joder, Drake. Espabila. Te necesitamos."
Drake parpadeó con fuerza y luego sacudió la niebla de su mente. Sin pensarlo, su mano salió disparada y agarró a Beckett por el cuello. Y entonces empezó a apretar.
"¿Has metido a Suzan en esto?", siseó.
"¡Drake, déjalo ir!" Chase gritó.
Drake la ignoró.
"¿La has metido en esto, joder?"
Beckett se agarraba a la mano que le rodeaba la garganta, pero no era rival para Drake y su agarre.
Un graznido salió de la boca de Beckett y sus ojos empezaron a desorbitarse.
"¿Por qué, Beckett? ¿Por qué la metiste en esto?"
Pero Beckett no podía responder: lo estaban estrangulando.
De repente, una mano picó en la cara de Drake. No fue una bofetada fuerte, pero le sobresaltó lo suficiente como para que se le soltara el agarre de la garganta de Beckett.
Cuando vio la expresión de la cara de Chase, se soltó por completo.
Beckett tosió y escupió, y luego se dobló sobre sí mismo, con las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento.
"Joder, lo siento", refunfuñó Drake. "Mierda. *¡Mierda!*"
Beckett, que seguía doblada, levantó una mano.
"Está bien", dijo entre toses. "Estoy bien".
Drake miró a Chase y vio algo en sus ojos que nunca había visto antes.
Miedo.

Se asustó cuando el Dr. Mark Kruk la secuestró, la ató y le puso una pistola en la cabeza.

Pero ahora le tenía miedo. De su ex compañero.

"Lo siento", repitió.

"Ya se ha acabado", respondió Chase, y entonces ella procedió a contarle la implicación de Suzan, empezando por su ayuda con Beckett y su examen de patología forense hasta los mensajes que Beckett había leído en el tablón de anuncios hacía menos de una hora.

"¿Y nadie la ha visto desde entonces?" Drake preguntó.

Chase negó con la cabeza.

"No. Hice que dos amigos de azul pasaran por su casa y preguntaran por el campus. No hay rastro de ella. No hay rastro de ella. Su coche no está, pero nadie vio nada".

"Joder", dijo Drake en voz baja.

"¿Dunbar o Screech pueden rastrear su celular? ¿Su coche?"

De nuevo, Chase negó con la cabeza.

"Llevará demasiado tiempo, acaba de desaparecer, Drake".

El comportamiento de Drake, tras el brote con Beckett, se había vuelto de repente tranquilo, calculado. Mientras que antes se había visto impulsado a detener a un asesino que había matado a seis personas, ahora su enfoque era más singular.

Para recuperar a Suzan Cuthbert.

Para recuperarla con vida.

"¿Lo sabe Jasmine Cuthbert?"

Beckett respondió esta vez, con voz ronca.

"No, no tiene ni idea".

Drake se puso en pie de un salto, y una punzada de culpabilidad le golpeó cuando tanto Chase como Beckett retrocedieron ligeramente.

"Averigua quién coño es este tío", espetó mientras se dirigía hacia la puerta.

"¿Adónde vas? ¿Qué vas a hacer?" Chase gritó tras él.

"Voy a hablar con el Dr. Moorfield otra vez. Esta vez me va a contar qué coño pasó en el tribunal; me lo va a contar, o desearía que lo hubiera hecho".

Chase da un paso adelante.

"Voy contigo".

Drake frunció el ceño.

"De ninguna manera. Quédate aquí, ayuda a Dunbar y a Screech. Si encuentran algo, te necesito aquí para actuar rápido".

Drake se apresuró hacia la puerta, consciente de que su realidad había adquirido un estado onírico que le recordaba sus pesadillas de la noche en que Clay Cuthbert había sido asesinado.

Esto no puede estar pasando.

Su mano acababa de caer sobre el pomo de la puerta cuando

Beckett le agarró del brazo. Medio esperaba que el hombre le golpeara, pero cuando vio la mirada de determinación en sus ojos, supo que no era el caso.

Beckett tampoco podía creer que esto estuviera ocurriendo, y ahora compartía el solitario objetivo de Drake.

"Voy contigo", dijo. Drake miró a su amigo un momento y luego asintió.

Chase no podía acompañarle, porque seguía siendo detective de la policía de Nueva York. Y temía tener que recurrir de nuevo a la "buena y vieja policía" para sonsacarle información al doctor Moorfield. Chase no podía estar allí para eso; no podía ser testigo de ello.

Beckett, por otro lado...

"Bien", espetó.

Al pasar por la recepción, Screech se levantó de repente con un papel en la mano.

"Drake, toma esto."

"¿Qué pasa?", preguntó sin romper el paso.

"La lista de miembros de la junta cuando Moorfield fue al tribunal".

Drake cogió el papel y continuó hacia la puerta.

"Encuéntrala, Screech. Por favor, por el amor de Dios, encuentra a Suzan Cuthbert".

Capítulo 59

En circunstancias normales, el trayecto desde Triple D hasta el club de la facultad habría durado cerca de treinta minutos. Pero con Drake conduciendo como un loco, se tardó menos de la mitad de ese tiempo.

Cabalgaron en silencio. Drake vio dos veces que Beckett abría la boca para decir algo, pero decidió no hacerlo, lo cual le pareció bien. Se había enfadado, justificadamente o no, y luego se había disculpado. No era la primera vez que Beckett y él no estaban de acuerdo y, desde luego, no sería la última.

No había tiempo para enfangarse en rencillas y sentimientos heridos.

Drake aparcó en doble fila justo delante de las puertas del club de la facultad y saltó de su Crown Vic cuando aún estaba en marcha.

"A la doctora Moorfield le preocupaba demasiado que la llamaran por lo ocurrido en el pasado como para darme nada antes", dijo mientras Beckett se apresuraba a seguirle el paso. "No creía que yo dijera la verdad sobre los asesinatos, pensaba que sólo intentaba sonsacarle información. Pero quizá ahora que el asesino tiene a Suzan se muestre más abierta. Y si no, hay formas de hacer hablar a la gente. Incluso aquellos tan tercos como el Dr. Moorfield".

Drake no estaba seguro de si hablaba con Beckett o sólo pensaba en voz alta, pero se tranquilizó cuando su amigo intervino.

"Sí, tal vez. Quiero decir, Suzan era una estudiante de medicina después de todo. Yo sólo... mierda, la mujer es tan malditamente *obstinada.*"

Drake asintió mientras Beckett escaneaba su tarjeta en la puerta principal, lo que les permitió acceder al club de la facultad.

"Y si no conseguimos nada de ella, tengo otros ocho nombres que buscar", dijo, sacando del bolsillo el trozo de papel que Screech le había dado y agitándolo en el aire. "Vamos a encontrarla, Beckett. Vamos a encontrarla, y estará viva cuando lo hagamos".

Y, sin embargo, a pesar de sus tranquilizadoras palabras, las imágenes de Suzan llenaron su mente, parpadeando tan rápidamente que, antes de que pudiera comprender por completo lo que estaba viendo, la colección imaginaria ya había pasado a la siguiente. Primero estaba inclinada sobre su propio cuello, luego en la bañera, con los ojos lechosos y las muñecas cortadas. A continuación, estaba colgada del techo, sin camiseta, con la lengua gruesa, seguida de una imagen de ella tumbada boca arriba, con la parte superior de la cabeza convertida en confeti orgánico. La penúltima imagen era de

Suzan con quemaduras en el hombro y el cuello, el pelo largo y castaño encrespado, de punta.

Y luego, finalmente, estaba tendida en la acera, con la garganta abierta en una sonrisa carmesí.

Drake se estremeció.

"¡Vamos!", gritó de repente, rompiendo a correr. "¡Vamos!"

Como era de esperar, la puerta del despacho del Dr. Moorfield estaba abierta, tal y como la había dejado no hacía más de unas horas. Pero cuando Drake irrumpió, con Beckett a cuestas, se sorprendió al encontrarla vacía.

"Mierda", maldijo, con los ojos desorbitados. Se posaron en Beckett. "¿Dónde está? ¿Tienes su número?"

Beckett parecía a punto de echarse a llorar.

"No lo sé... no tengo su número".

Furioso, Drake se dirigió al otro lado del escritorio, escudriñando el desordenado tablero en busca de cualquier indicio o pista de hacia dónde podría haberse dirigido.

"¡Joder!", gritó. Con un brazo, arrancó el contenido del escritorio en un arrebato de ira. Cuando las revistas médicas, los papeles sueltos y una pila de bolígrafos cayeron al suelo con estrépito, sus ojos se centraron inmediatamente en la madera bruñida que había debajo.

"Beckett", dijo, con los ojos fijos en el escritorio. Beckett, que estaba ocupado mirando su teléfono, presumiblemente buscando la información de contacto del doctor Moorfield, levantó la vista.

"¿Qué? ¿Qué es?"

Drake señaló el escritorio.

"¡Mira!", exclamó con los ojos muy abiertos. "¡Mira!"

Beckett se apresuró a llegar a su lado. Cuando vio las palabras en la madera, dibujadas con el mismo hollín o ceniza que las marcas de las víctimas de asesinato, Drake le oyó aspirar con fuerza.

"Tenemos que irnos", dijo Drake. "Tenemos que darnos prisa. Va a terminar esto... va a matar a Suzan y al Dr. Moorfield esta noche".

Sacó el papel que Screech le había dado del bolsillo mientras decía esto, sin querer apartar los ojos de las palabras que había sobre el escritorio: *Dos más.*

El asesino había estado aquí. En las dos horas transcurridas desde la última vez que Drake estuvo en este despacho, el asesino había estado aquí.

Tan cerca, estuve tan cerca.

Alguien gritó en el pasillo, sacando a Drake de su estado de pánico.

Desplegó el papel y escaneó rápidamente los nombres en busca de alguno que le resultara familiar. Si no reconocía ninguno, empezaría por arriba, derribando las puertas de cada uno hasta encontrar la información que necesitaba, la que les llevaría hasta el asesino.

Cuando sus ojos se posaron en el miembro cinco de ocho, sintió que se le cortaba la respiración. Tragó saliva, dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

Luego se volvió hacia Beckett.

"Vamos", siseó. "Salgamos de aquí".

Un guardia de seguridad con sobrepeso y un cinturón tan repleto de herramientas que Batman estaría celoso, apareció de repente en la puerta del despacho del Dr. Moorfield.

"¡Alto!", ordenó, sosteniendo un bote de spray de pimienta delante de él con una mano regordeta.

Drake no se "*detuvo";* siguió avanzando.

"Quítate de en medio", dijo, dirigiendo sus ojos al hombre. El guardia de seguridad vaciló.

"Alto", volvió a decir, pero su voz carecía de la bravuconería de su orden anterior.

Drake cerró los puños, preparado para golpear al hombre si no se movía. Pero antes de que lo hiciera, Beckett se adelantó y tomó el control de la situación.

"Policía de Nueva York", dijo su amigo. "Estamos aquí investigando seis asesinatos y dos secuestros".

"¿Qué?", dijo el gordo, bajando unos centímetros el bote de spray de pimienta.

"¡El Dr. Moorfield ha sido secuestrado!" Drake gritó. "*¡Ahora quítate de en medio!*"

Y entonces el hombre, impulsado por una combinación de miedo y confusión, se deslizó hacia un lado.

Drake no dio al guardia de seguridad la oportunidad de recapacitar. Lo empujó y luego echó a correr, esperando, pero sin comprobar si Beckett lo seguía.

Capítulo 60

Manipulando la mandíbula, Suzan consiguió deslizar la mordaza hasta la barbilla. Por fin pudo respirar correctamente sin riesgo de vomitar, y se tomó un momento para observar mejor su entorno.

El suelo sobre el que estaba sentada estaba carbonizado y quemado, y la mayoría de las zonas que se podían salvar habían sido retiradas por los saqueadores, dejando al descubierto un subsuelo cubierto de hollín. Junto a la puerta vio un tablón de madera que sobresalía en un ángulo extraño. Parecía estar encajada bajo la moldura de la puerta, lo que probablemente había dificultado su retirada por parte de la persona que se había llevado el resto del suelo.

Piensa, Suzan. Piensa.

Había visto suficientes películas como para saber que el enmascarado no tardaría en volver. Y cuando lo hiciera...

No pienses en eso. *Piensa en encontrar una salida*.

Con las manos y los pies atados, tuvo que mover el culo para desplazarse por el suelo. A pesar de lo apretadas que estaban las ataduras de sus muñecas, se las arregló para empujar hacia abajo con las palmas de las manos, levantando la parte inferior de su cuerpo antes de deslizarla. Era un proceso doloroso y, después de unos cuantos movimientos torpes, empezaron a dolerle los músculos de los brazos. Y con cada empujón, las cuerdas se le clavaban más en las muñecas. Pero con esta técnica, Suzan avanzó rápidamente hasta el tablón que sobresalía del suelo.

Estaba oscuro dentro de la casa, pero con la luna llena fuera, y parte de la madera contrachapada del piso superior mal alineada, se dio cuenta de que, al intentar quitar el suelo, también había quedado al descubierto un trozo de armazón metálico cerca de la intersección del suelo y la moldura de la puerta.

Suzan, con el sudor mezclado con las lágrimas y la ceniza de la cara, se acercó al metal expuesto y giró sobre sí misma. Respirando hondo, bajó la cuerda que tenía entre las muñecas hasta el metal.

Su primer golpe hizo que el metal debilitado por el fuego se doblara y ella gritó de frustración. Pero tras bajar la cuerda por segunda vez, se dio cuenta de que ahora estaba anclada en el subsuelo quemado y el borde afilado estaba aún más expuesto. Suzan trabajó con cautela al principio, asegurándose de no romper el metal al frotar la cuerda contra él. Pero a medida que pasaban los segundos, la paranoia de que el hombre de la máscara subiera corriendo por las

escaleras iba en aumento y empezó a trabajar con más ahínco.

Uno de cada dos golpes no daba en el blanco, y podía sentir cómo la sangre le corría por las palmas de las manos cuando el metal le cortaba la piel.

"Vamos, vamos", susurraba mientras trabajaba.

Y entonces, después de que pareciera que había pasado toda la noche, Suzan sintió que la cuerda cedía un poco. Con un tremendo gruñido, flexionó y separó las manos.

La cuerda deshilachada se soltó con un chasquido sordo.

Sí, gritó su mente. Llevándose las manos al frente, pudo ver que estaban cubiertas de sangre y notó varios cortes profundos en la piel de la palma.

Haciendo caso omiso de los daños, empezó inmediatamente a tirar de la cuerda que le rodeaba los tobillos. Apenas había empezado a descifrar el nudo cuando se quedó paralizada.

El sonido de un coche entrando en la entrada llenó el hueco de la casa.

"No", gimió. Trabajando frenéticamente, trató de tirar de la cuerda de sus tobillos, pero en su desesperación, tiró del lazo equivocado y se tensó.

"Por favor..."

Pero las lágrimas le impedían ver y, por más que lo intentaba, las ataduras sólo parecían juntar más sus tobillos.

Oyó abrirse la puerta de un coche, seguida de un forcejeo abreviado.

A continuación, oyó cómo retiraban el contrachapado de la ventana, seguido de pasos en el suelo.

Suzan cerró los ojos.

Era demasiado tarde; incluso si lograba liberar sus tobillos, no había forma de que pudiera correr escaleras abajo y pasar al hombre enmascarado.

Sacudiendo la cabeza, agarró la cuerda rasgada y se escabulló hacia donde él la había dejado, poniendo los brazos ahora libres detrás de la espalda.

Oyó al hombre en las escaleras, pero ahora era plenamente consciente de que había alguien más con él.

Y a juzgar por el tono agudo de los gritos ahogados, probablemente era una mujer.

Un arma... si hubiera trabajado más rápido, podría haber cogido un arma.

En el momento en que una sombra llenaba el umbral de la puerta, Suzan se dio cuenta de que su sucia mordaza seguía quitada y se la subió sobre la boca.

Una mujer atada y amordazada fue empujada en su dirección.

Tropezó con el suelo elevado y se desplomó en el suelo; su delgado cuerpo se deslizó hasta detenerse a escasos centímetros de Suzan, que se acobardó.

El enmascarado es el siguiente en entrar en la habitación.

"Te dije que volvería", dijo con una risita. "Y esta vez he traído compañía".

Capítulo 61

Drake golpeó la puerta de cristal con ambos puños.

"¡Abre!" gritó. "¡Abre la maldita puerta!"

Miró por encima del hombro hacia el Crown Vic y vio la expresión de sorpresa de Beckett, que le miraba desde el asiento del copiloto.

"¡Llámalos!", le gritó al hombre asustado. "¡Llama a Chase!"

Beckett parecía congelado.

"*¡Llámalos de una puta vez!*"

Se encendió una luz en el vestíbulo del apartamento y se dio la vuelta. El guardia de seguridad del bigote color roble se dirigía hacia él con el paso de un cortejo fúnebre.

"¡Abre!" volvió a gritar Drake mientras seguía golpeando el cristal. Los ojos del guardia de seguridad se entrecerraron y Drake vio que se llevaba la mano a la cadera. Al principio, Drake pensó que buscaba las llaves, pero cuando vio que el hombre se llevaba la mano a la culata de la pistola, se le encogió el corazón.

No se trataba de un guardia universitario con un bote de spray de pimienta.

"Por favor", dijo Drake, cambiando de táctica. "Abre la puerta. Necesito hablar con él".

El hombre se acercó a la puerta, pero para consternación de Drake, se detuvo a una distancia prudencial. A medida que se acercaba, entrecerró los ojos, y entonces, finalmente, el reconocimiento cruzó su rostro.

"¿Detective Drake? ¿Es usted?"

"Sí, me está jodiendo, ¿ahora abre la puerta?"

El guardia de seguridad dio un paso atrás.

"Me temo que no puedo hacerlo. He estado..."

Pero un sonido detrás de él atrajo la atención de ambos. Drake miró por encima del hombro del hombre, pero sólo pudo distinguir la silueta de un segundo hombre. Intercambiaron unas palabras en voz baja y luego el guardia de seguridad se volvió hacia Drake.

Esta vez tenía las llaves en la mano y trataba frenéticamente de abrir la puerta. Un segundo después, Drake oyó el familiar chasquido de la cerradura al abrirse y empujó la puerta de cristal, haciendo retroceder al guardia de seguridad.

"¡Espera! Necesitas..."

"No te preocupes por eso, Stewart. Ven conmigo, Drake", dijo la figura sombría, apareciendo a la vista.

Drake hizo una mueca al ver al hombre bajo, de piel oscura y

bigote enjuto.

"Raúl, necesito hablar con Ken. Necesito hablar con él *ahora*".

Raúl asintió.

"*Jes*, él sabe que estás aquí. Por favor, sígueme."

Drake se apresuró a seguir a Raúl, que tenía el ascensor preparado, con las puertas abiertas y esperándoles. Entraron y el criado de Ken utilizó una pequeña llave para poner el ascensor en marcha hacia el ático.

El viaje exprés hasta el piso cuarenta y ocho pareció durar mucho más de lo que Drake recordaba cuando había estado aquí unos meses antes. Al final, después de lo que pareció una eternidad escuchando la pesada respiración bucal de Raúl, el ascensor emitió un pitido y las puertas empezaron a abrirse.

Drake pasó junto a Raúl y entró en el opulento ático de Ken Smith.

"¡Ken!" gritó. "Ken, ¿dónde estás?"

Ken Smith, vestido con una impecable camisa de cuadros y pantalones azul marino, apareció con una copa en la mano y una sonrisa irónica en los labios. Como de costumbre, llevaba el pelo canoso peinado hacia atrás, sin un solo mechón fuera de lugar.

"Estoy aquí, Drake. No hace falta que grites. Por favor, dime qué es tan urgente que..."

Drake consiguió por fin respirar hondo.

"Tiene a Suzan. El bastardo se llevó a Suzan".

Ken Smith se pasó una mano por el pelo.

"¿Quién? ¿Quién tiene a Suzan? ¿Qué demonios está pasando, Drake?"

Drake hizo una mueca, luchando contra las lágrimas.

"Un psicópata... se la llevó a ella y al Dr. Moorfield y va a matarlos a los dos".

Hubo una breve pausa, durante la cual Ken frunció el ceño. Sólo en ese momento, con la frente arrugada por la preocupación, empezó a aparentar su edad.

"¿Dr. Moorfield?"

"Sí. Es el hombre del tribunal... sea lo que sea lo que pasó entre ellos, ahora busca venganza. Por favor, tienes que decirme su nombre".

Ken se limitó a mirarle fijamente.

"Por favor, tienes que ayudarme", suplicó Drake. "¡Va a matarla! Tienes que..."

Dio un paso adelante, con la intención de agarrar la camisa perfectamente planchada de Ken y sacudir al hombre. Pero por el rabillo del ojo vio a Raúl, el hombre bajo y fornido, que se acercaba a él a una velocidad asombrosa.

Drake dejó caer las manos a los lados.

"Por favor, Ken. Necesito..."

"Más despacio", dijo Ken con firmeza. "¿Dime qué demonios está pasando?"

"Hay un hombre... un hombre con algún tipo de venganza contra la Dra. Tracey Moorfield. Ha estado matando vagabundos, haciéndolo parecer suicidio. Y ahora tiene a Suzan y a la Dra. Moorfield. Estuviste... estuviste en el tribunal por algo en lo que la Dra. Moorfield estuvo involucrada hace tiempo. Tienes que ayudarme, tienes que decirme quién estuvo involucrado. Tú..."

Ken levantó una mano, haciéndole callar.

"Estoy pensando, maldita sea. Dame un segundo".

Drake temía que sólo dispusiera de unos segundos antes de degollar a Suzan.

"Fue hace tanto tiempo... Recuerdo... Recuerdo que el Dr. Moorfield se acostaba con una estudiante, y... y..."

"Deprisa, por favor".

El ceño de Ken volvió a fruncirse, y esta vez las arrugas se extendieron hasta las comisuras de sus ojos.

"Craig", dijo en voz baja, con una mirada lejana en los ojos. "El doctor Moorfield tenía una aventura con Craig Sloan, un estudiante de medicina. Las cosas fueron mal, y..."

Drake ni siquiera escuchó el resto de lo que Ken tenía que decir. En lugar de eso, se sacó el teléfono del bolsillo y corrió hacia el ascensor.

"¡Chase! ¡Chase, el asesino se llama Craig Sloan!", gritó al teléfono.

Drake levantó la vista a tiempo para ver a Ken de pie en el pasillo, con la bebida aún agarrada en la mano. Y entonces, justo cuando las puertas se cerraron en silencio, le pareció ver una sonrisa en los labios del hombre.

Capítulo 62

La mujer atada, que Suzan se dio cuenta enseguida de que tenía al menos setenta años, consiguió de algún modo sentarse. A pesar de su avanzada edad, o tal vez debido a ella, la mujer estaba extrañamente tranquila, mientras que el cuerpo de Suzan se sacudía continuamente entre sollozos.

El miedo de Suzan se intensificó cuando el enmascarado se puso delante de ellos y sacó la espada de la funda que llevaba en la cadera. La inclinó para que la luz de la luna se reflejara en el acero.

"Si gritas, te corto la carótida", dijo dando un paso adelante. Cuando su asquerosa mano alcanzó a Suzan, ella cerró los ojos con fuerza pensando que iba a agarrarla de un puñado de pelo y tirarle de la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto la suave piel que tenía bajo la barbilla.

Por favor, que sea rápido, suplicó en silencio.

Pero en lugar del frío acero, Suzan sintió los callosos dedos del hombre rozándole la mejilla. Con un movimiento suave, tiró de la mordaza de Suzan y procedió a hacer lo mismo con la mujer que estaba a su lado.

Lloriqueando, Suzan dijo: "¿Qué quieres de nosotros?".

El hombre la ignoró y llevó la mano que no sujetaba el cuchillo a la parte inferior dentada de la máscara de cuero burdamente confeccionada. Sus dedos se metieron bajo ella y luego se la quitó de la cara.

Era guapo, con pelo castaño corto, ojos azules y el comienzo de una barba. Su nariz estaba ligeramente torcida, pero no lo suficiente como para darle un aspecto siniestro.

La mujer se tensó junto a Suzan.

"Tú", dijo en voz baja, con los ojos muy abiertos.

"Ah, sí, *yo,* Tracey, soy yo. Después de quince años en prisión, he vuelto para terminar lo que empecé, para demostrarte que soy un estudiante digno. Cuando termine con ustedes dos, habré completado el examen de patología forense. Creo que esta vez aprobaré".

Suzan tragó saliva y su mente pasó por las dos últimas imágenes de la presentación de Beckett.

Garganta rajada y...

Sólo entonces reparó en los bidones rojos de gasolina que había junto a la pared del fondo.

Jadeó.

La última imagen de prueba era la de un cadáver quemado: iba a

quemar vivo a uno de ellos.

"Fuiste un pésimo estudiante y un peor amante, Craig", espetó Tracey.

Craig se rió.

"¿Tú crees? Bueno, he pasado quince años trabajando en mi oficio, querida. Aunque el tiempo para lo segundo ya ha pasado, quizá pueda impresionarte con lo primero".

Dio un paso adelante con el cuchillo extendido y luego se agachó sobre sus ancas.

"Y tú vas a ayudarme".

Tracey se burló.

"¿Ayudarte? *¿Ayudarte?* Realmente estás delirando. Ya delirabas entonces, y tu estancia en prisión no ha cambiado nada".

Los ojos de Suzan iban de Tracey a Craig, al cuchillo y viceversa. Le costaba seguir el ritmo de aquella conversación maniática.

¿"Delirante"? Me arruinaste, Tracey. Te amaba, y lo usaste en mi contra. Lo usaste para arruinarme. Mentí por ti... Mentí por ti en el maldito tribunal para asegurarme de que conservaras tu trabajo. ¿Y qué hiciste? Me tiraste debajo del autobús, me reprobaste en tu clase. Tracey, te *amaba*".

"¿Me amaba?" Tracey se rió entre dientes. "Puede que tú me quisieras, Craig, pero yo nunca te quise. Sólo eras un polvo rápido, algo para distraerme del trabajo. No es culpa mía que te aferraras a mí como una sanguijuela de Edipo. Todo lo que te pasó... desde que te expulsaron, hasta incendiar mi casa... esta casa... es obra tuya. Tienes que madurar y vivir con las consecuencias de tus decisiones. Eras un niño entonces, y sigues siéndolo ahora".

Enfurecido, Craig se echó hacia atrás y abofeteó con fuerza a la mujer en la cara. Suzan chilló, pero Tracey no emitió ni un gemido. Su cabeza se inclinó hacia un lado y, cuando el eco de la bofetada se apagó, se volvió lentamente hacia su captor.

"Vete a la mierda", dijo, y luego escupió en la cara de Craig.

Suzan se encontró sacudiendo la cabeza inconscientemente y murmurando para sí misma.

¿Qué haces? ¡No le cabrees!

Pero las palabras de Tracey escocían a Craig más que su saliva. Se limpió con calma la humedad de la cara y luego, para sorpresa de Suzan, le tendió el cuchillo a Tracey, con el mango por delante.

"Arruinaste mi vida, y ahora es mi turno de arruinar la tuya".

"No lo haré", dijo Tracey, y por primera vez desde que la habían empujado a la habitación, Suzan creyó detectar miedo en la voz de la mujer.

"Oh, lo harás, Tracey. Porque aquí está la cosa: ¿te acuerdas de la prueba? ¿Recuerdas del uno al seis?"

Tracey no dijo nada, y el hombre sonrió ampliamente.

"Por supuesto que sí, después de todo, tú hiciste la maldita cosa. Verás, los policías son estúpidos, pero no son *tan* tontos. Dejé un pequeño indicio, una pequeña pista de este lugar en cada escena. En cada una de ellas. Y eventualmente, unirán las piezas. Cuando lo hagan, sabrán que estabas detrás de todo. Es una lástima que no estés cerca para presenciarlo. Cometí un error con la carpeta, no sabía que habías cambiado de oficina. Pero no importa; aún hay pruebas suficientes para relacionarte con todos los asesinatos. Y basándome en tu historial, dudo que la policía tenga que esforzarse demasiado para aceptar que eres el responsable. Quiero decir, los médicos se vuelven un poco extraños cuando ya no son relevantes, ¿no? Escondidos en una oficina, fuera de la vista, trabajando en algunas tareas de mierda. Solos en la oscuridad, las cosas pueden volverse solitarias..."

Las fotografías... Craig las había dejado en el escritorio de Beckett pensando que aún era la oficina del Dr. Moorfield. Y entonces Eddie las encontró... y... y...

A Suzan se le cortó la respiración.

Eddie estaba metiendo las narices donde no debía... inmiscuyéndose cuando debería haberse ocupado de sus malditos asuntos.

Tracey sacudió la cabeza y se echó a reír a carcajadas, con una horrible carcajada aguda.

"¿Crees que me echarán la culpa? ¿A *mí?* Realmente eres más estúpido de lo que pensaba. Van a poner todo en *ti*, Craig. ¿Cómo puedes no verlo? Después de todo, pasaste quince años en prisión por incendiar este lugar. ¿Y saliste en mi defensa en el tribunal? ¿En serio? Simple idiota, no podrían despedirme aunque quisieran, tenía -y aún tengo- titularidad. Pero yo... yo testifiqué en tu juicio, le dije a la defensa que yo solía salir los martes por la noche, y que esto es algo que tú habrías sabido".

El hombre pareció pensárselo un momento y su sonrisa se desvaneció.

"No es verdad", dijo en voz baja.

Tracey volvió a reír.

"Oh, es verdad. Piénsalo. Si el juez pensara que sabías que yo estaba en la casa cuando la incendiaste, aún estarías en prisión por intento de asesinato, Craig".

Volvió la expresión amable a los ojos azul pálido del hombre, pero sólo duró un momento. Sacudió la cabeza.

"No importa. Ya casi ha terminado, la prueba está a punto de terminar. Y en mi imparcial opinión, creo que estoy a punto de aprobar con nota".

Volvió a sacar el cuchillo, esta vez con la hoja por delante.

"Coge el cuchillo, Tracey. Toma el cuchillo y córtale la garganta o

juro por Dios que te cortaré lentamente. Puedes pensar que eres duro, pero aprendí más que patología durante mi tiempo en prisión. Haré que desees estar muerta diez veces más".

Con un hábil tajo, Craig liberó a Tracey de las cuerdas que ataban sus muñecas.

"Cógelo", repitió, con los ojos encendidos.

Suzan volvía a llorar, y sus sollozos no hicieron más que aumentar cuando Tracey alargó la mano y recuperó el cuchillo de la mano de Craig.

¡Matadle! Quería gritar, pero no le salían las palabras. *¡Matadle!*

Tracey se quedó mirando el cuchillo un momento, antes de levantar los ojos para mirar a Suzan.

Suzan vio el mismo destello de odio, de ira, de vil resentimiento en el rostro de la mujer que reflejaba el de su captor.

"No", gimió. "Por favor, no lo hagas."

En su mente, se aferraba a la idea de que se trataba de un truco, de que el viejo doctor iba a fingir que la cortaba para luego estirar la mano y clavar el cuchillo en el pecho de Craig.

Pero esos ojos... ella está tan loca como él.

En lugar de avanzar hacia Craig, Tracey se deslizó más cerca de Suzan. A través de una visión llena de lágrimas, miró a Craig con desesperación, rezando para que por fin entrara en razón y la dejara marchar.

Pero cuando sus ojos se centraron en la pistola que había sustituido al cuchillo en su mano, la pistola que apuntaba directamente al estrecho pecho de Tracey, perdió toda esperanza.

"Hazlo, Tracey. Termina la prueba por mí".

Esto no puede estar pasando. No puede estar pensando en hacer esto.

"No, no lo hagas", suplicó Suzan. "Por favor."

Pero el acero de los ojos grises de la mujer dejó claro que ya había tomado una decisión. Antes de que Suzan pudiera extender los brazos hacia delante, olvidando hasta ese momento que los había liberado, Tracey se abalanzó, clavándole la punta del cuchillo en la garganta.

Suzan jadeó y cayó hacia atrás por la fuerza del impacto.

"¡Sí!", oyó gritar a Craig, pero su voz sonaba ahora lejana. Sintió que la sangre empezaba a correr por su cuello, humedeciéndole el pelo, y entonces Tracey estaba encima de ella, con su cuerpo delgado como un rayo impidiendo a Suzan ver a Craig.

Los dedos finos y arrugados de la mujer se pusieron a trabajar, moviendo el cuchillo de un lado a otro.

Marcas de vacilación, pensó Suzan distraídamente. *Como en la fotografía.*

Cerró los ojos y la risa de Craig la inundó en oleadas.

"¡Sí! ¡Sí! *¡Sí!*"

Entonces Suzan oyó otro sonido -líquido salpicando- seguido del olor cáustico de la gasolina.

Cuando la conciencia se desvaneció, una luz brillante brilló tras los párpados cerrados de Suzan y oyó cómo las llamas empezaban a devorar la madera previamente chamuscada.

Capítulo 63

"¿Drake? Más despacio!" dijo Chase, apartando el teléfono de su oreja para evitar ser ensordecida por los gritos de Drake. "¿Craig Sloan? ¿Cómo sabes que es nuestro hombre?".

"Acabo de reunirme con Ken Smith, estaba en el tribunal. Dice que el Dr. Moorfield tenía una relación con un estudiante... Craig Sloan."

Chase asintió para sí y se volvió hacia Dunbar.

"Dunbar, necesito una dirección para Craig Sloane."

Dunbar se dio la vuelta, pero Screech llegó antes que él al teclado. Martilleó las teclas durante unos segundos.

"Craig Sloan, expulsado de la residencia de patología", dijo Screech rápidamente, sin apartar los ojos de la pantalla. "Pasó quince años en la cárcel tras ser condenado por incendio provocado de clase 1A por quemar la casa de su profesor: el doctor Moorfield, supongo".

Chase se movió para ver mejor la pantalla del ordenador.

"Espera, Drake", le dijo al teléfono. Un grito ahogado escapó de la garganta del hombre, seguido del sonido del motor de un coche arrancando. "Aguanta de una puta vez".

"Salí en libertad condicional hace ocho meses", continuó Screech.

"Dirección, Screech. Dame una maldita dirección".

"Estoy en ello", dijo Screech mientras seguía tecleando. Apareció otra imagen en la pantalla, esta vez de una colonia aún en llamas, con un camión de bomberos en primer plano. "Mierda, no me sale nada reciente".

"Déjame intentarlo", se ofreció Dunbar, apretándose junto a Screech. Screech levantó las manos y cedió el teclado al agente. Chase observó atentamente cómo Dunbar accedía al servidor de la policía de Nueva York y, a continuación, navegó hasta el botón situado en la esquina superior derecha de la pantalla, que ponía PAROLE.

"¡Chase, tienes que darte prisa! No hay tiempo!" Drake gritó.

"Trabajando tan rápido como podemos, Drake. ¿Algo, Dunbar?"

Chase observó cómo el hombre marcaba las credenciales de un agente cuyo nombre no reconoció, y luego empezó a buscar a Craig Sloan. Un momento después, apareció una dirección en la pantalla.

"¿Qué demonios?"

"¿Qué?" Drake gritó a través del teléfono. "¿Qué es?"

"Él... vive en un centro de reinserción social en Jersey", respondió Chase en voz baja.

"*¿Jersey?* ¿Seguro?"

"Lo pone aquí mismo: Craig Sloan, dirección en Jersey", confirmó

Dunbar.

"No, eso no puede estar bien", dijo Chase, más para sí misma que para Drake o cualquier otra persona.

No tenía sentido. Todos los asesinatos habían tenido lugar en Nueva York, y era imposible que se arriesgara a llevar tanto a Suzan como al doctor Moorfield hasta Jersey. Además, si agarraba a Suzan esta tarde... ¿la llevaba primero a un lugar seguro en Jersey, y luego volvía a por Moorfield, para regresar de nuevo? ¿Tuvo tiempo suficiente para hacer todo eso?

A menos que ya haya matado a Suzan...

Chase se sacudió los pensamientos de la cabeza.

"Espera un segundo", oyó decir a alguien al otro lado del teléfono. "Drake, rápido, dame el teléfono... ¿Chase? Soy Beckett. Es imposible que este tipo esté en Jersey. No puede... ¡Espera un segundo!" Chase le oyó chasquear los dedos, y cuando volvió a hablar, su voz era tensa, excitada. "¡Maldita sea, son las cenizas! Está en la casa que incendió: ¡dime la dirección de esa casa!".

Chase le dio un golpecito en el hombro a Dunbar.

"Dame la dirección de la casa que Craig quemó."

Los dedos de Dunbar volaron por las teclas.

"Está en Lenox Hill".

¿"Lenox Hill"? ¿Dunbar dijo Lenox Hill?" gritó Beckett.

"Lenox Hill", confirmó Chase.

"Entonces ahí es donde estará".

Chase oyó el ruido de un motor de fondo.

"¡Voy a tu encuentro!", gritó mientras cogía su abrigo. "¡Ten cuidado, por el amor de Dios!"

Pero la línea ya estaba muerta.

Capítulo 64

Drake puso en marcha su Crown Vic y el coche salió disparado hacia delante, chocando contra una papelera cromada situada frente al complejo de apartamentos de Ken Smith.

"Está en la 70 Este", le informó Beckett con la comisura de los labios. "¿Sabes dónde está?"

Drake asintió con entusiasmo.

"No está lejos".

Tiró del volante hacia la derecha y salió del aparcamiento.

Llevaban menos de quince minutos conduciendo cuando vieron que el color del cielo cambiaba, pasando de un azul marino intenso a un amarillo cáustico.

Llegamos demasiado tarde, pensó Drake. Llego demasiado tarde.

"¡Joder!"

Pisó el acelerador a fondo y dio un volantazo para esquivar los coches que circulaban más despacio, que se convirtieron en una mancha borrosa.

Drake se detuvo en East 70th Street unos minutos más tarde, el gruñido gutural del Crown Vic ahora puntuado con un sonido metálico, una protesta tangible a haber sido empujado tan duro.

Pero Drake apenas oyó nada de esto; la sangre rugía en sus oídos como una marea alta oceánica.

La casa del doctor Moorfield apareció de repente a la vista y un gemido escapó de sus labios.

"Jesucristo", murmuró Beckett desde el asiento del copiloto.

Todo el segundo piso estaba en llamas, un caleidoscopio de intensos tonos amarillos, naranjas y rojos. El calor del fuego era tan intenso que, incluso a diez metros de distancia, el interior del coche parecía de repente una sauna.

Haciendo caso omiso del calor, Drake se detuvo en el camino de entrada y saltó del vehículo. Vagamente consciente de que Beckett se esforzaba por seguirle, corrió por el lateral de la casa, con la mira puesta en la figura sombría que había visto salir por una ventana.

Con el corazón latiéndole en el pecho, Drake dobló la esquina justo cuando alcanzaba la velocidad máxima.

El hombre de negro no lo vio venir.

Drake golpeó con el hombro la columna vertebral del desprevenido hombre y ambos cayeron al suelo. Drake, con la respiración agitada, volteó al hombre mientras levantaba un puño por encima de su cabeza.

"¿Dónde está?", bramó.

El hombre le miró con los ojos muy abiertos y el horror invadió a Drake. Reconoció a aquel hombre, su asesino: era el mismo que le había ayudado a levantarse cuando se había caído fuera de Barney's.

¿Qué había dicho?

Deberías tener cuidado aquí fuera, sobre todo si has bebido... no todo el mundo es tan amable como yo.

El hombre derribado aprovechó la confusión momentánea de Drake y le lanzó un rodillazo hacia arriba, a la ingle.

Drake gruñó cuando un dolor punzante se disparó desde el punto de impacto y su cuerpo se acurrucó protectoramente en una posición fetal modificada. A través de destellos rojos y blancos, Drake vio al hombre luchando por ponerse en pie. Con un rugido gutural, luchó contra el dolor de su entrepierna y en el último momento consiguió desplegarse.

La mano de Drake salió disparada y se aferró al tobillo del hombre. Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, tiró con *fuerza y* el hombre se desplomó. Sus manos salieron para frenar la caída, pero era demasiado lento y su barbilla rebotó contra las losas con un tremendo *golpe*.

Drake se le echó encima y le agarró el pelo castaño.

"¿Dónde está?", volvió a gritar, sintiendo que el calor de la casa en llamas a su derecha empezaba a escaldarle la carne.

No hubo respuesta; el hombre había quedado inconsciente.

Drake se levantó de un salto y se giró, sorprendido al ver a Beckett de pie detrás de él, con una expresión de sorpresa en el rostro.

"¡Agárrenlo! Mételo en el maletero!" Drake gritó.

Beckett, paralizada por el miedo, se quedó allí de pie.

"¡Hazlo!"

El segundo grito espoleó a Beckett, que se adelantó y agarró a Craig Sloan por los tobillos.

"¿Adónde vas?"

Drake se volvió hacia la casa en llamas.

"¡Adentro! ¡Voy a entrar! ¡Podría seguir viva ahí dentro! ¡Suzan aún podría estar viva!"

Sin esperar respuesta, Drake se protegió la cara de las llamas y se introdujo por la abertura del contrachapado por la que momentos antes se había arrastrado el asesino.

Capítulo 65

Beckett vio a su amigo desaparecer entre las llamas. Quiso detenerle, decirle que habían llegado demasiado tarde, que Suzan se había ido, pero sabía que no debía malgastar saliva.

Drake iba a encontrar a Suzan Cuthbert, o moriría en el intento.

Y todo era culpa suya. Nada de esto habría ocurrido si no le hubiera pedido a Suzan que fuera su ayudante, que le ayudara a investigar las extrañas coincidencias entre los suicidios recientes y el examen final de patología forense.

Las lágrimas corrían por su rostro y Beckett apretó los dientes. Con un gruñido, arrastró el cuerpo inerte de Craig por el lateral de la casa. El hombre era delgado, pero Beckett no estaba acostumbrado a este tipo de esfuerzo físico y, en cuestión de segundos, el sudor se mezcló con las lágrimas de su cara.

Todo lo que había sucedido era tan surrealista, tan completamente fuera de su realidad.

Rompecabezas... le gustaban los rompecabezas, y la mayoría de las personas con las que se cruzaba en su trabajo ya estaban muertas. Dirigirse a Montreal para investigar un asesinato era una cosa, pero esto... esto era demasiado.

Al final, Beckett arrastró el cuerpo inerte de Craig hasta la entrada de la casa. Cuando llegó al Crown Vic, metió la mano dentro y abrió el maletero. Luego orientó el cuerpo de Craig cerca de la abertura. Respirando hondo, se inclinó y levantó el cuerpo. Se tambaleó y, por un breve instante, temió que fuera a derrumbarse. Apretando los dientes y clavando los pies en el asfalto, consiguió enderezarse y, con un último empujón, logró dejar caer el cuerpo del hombre en el maletero.

El cuerpo de Craig cayó con un ruido sordo y los ojos se le pusieron en blanco. Los ojos de Beckett se clavaron en la cara del hombre, y de repente era lo único que podía ver.

El fuego frente a él había desaparecido, y era sordo a las sirenas que habían empezado a llenar el aire nocturno.

Sólo estaban él y su asesino.

"¡Despierta!", gritó. "¡Despierta! ¡Despierta! *¡Despierta!"*

Quería... no, quería no era una palabra lo bastante fuerte para lo que sentía. Beckett *necesitaba* que aquel hombre expiara lo que había hecho, las vidas que había destruido, incluida la suya.

"¡Despierta!", gritó.

Beckett estaba al borde de la histeria, y podría haber perdido el

control por completo si no fuera por el sonido de la madera partiéndose desde el interior de la casa.

Levantó los ojos a tiempo para ver cómo parte del tejado se derrumbaba hacia dentro con una increíble lluvia de chispas.

Beckett cerró el maletero de golpe, evitando volver a mirar a Craig por miedo a lo que pudiera pasar, y luego sacó el móvil.

"¡Chase!", gritó. "¡Necesitamos una ambulancia y a los bomberos en la casa del Dr. Moorfield en Lenox Hill *ahora!*"

Capítulo 66

Drake encontró a la Dra. Tracey Moorfield en las escaleras. La mujer tenía el pelo canoso quemado y la cara blanca por las ampollas. Su ropa aún humeaba, y en los lugares donde se había quemado por completo, Drake vio manchas ennegrecidas de carne debajo.

"¿Dónde está? ¿Dónde está Suzan?", gritó, intentando hacerse oír por encima del estruendo del fuego.

La mujer, que se arrastraba escaleras abajo, graznaba, pero parecía haber perdido la capacidad de formar palabras.

Drake dirigió su atención al nivel superior. Estaba claro, por la intensidad del calor que se abatía sobre él, que era allí donde se había iniciado el incendio.

Y también el lugar más probable para encontrar a Suzan.

"¡Suzan!" gritó. "¡Suzan, dónde estás!"

La mujer de las escaleras volvió a graznar, pero esta vez Drake creyó oír una sola palabra en su lengua carbonizada.

"Arriba".

Drake saltó por encima del Dr. Moorfield y subió las escaleras de dos en dos. A cada paso, aumentaba la intensidad del calor, y se subió el cuello de la camisa hasta los ojos para intentar que no se le quemara la carne, lo que también ayudaba a filtrar el humo acre que llenaba el aire. Sin embargo, a pesar de esta medida, podía sentir que su mente empezaba a nadar, la falta de oxígeno le mareaba.

En el rellano, giró instintivamente a su izquierda. Hacía tanto calor que Drake ya no podía correr hacia delante; de hecho, ya ni siquiera podía caminar recto. Se vio obligado a girar hacia los lados y guiar con la mano extendida, arrastrando los pies hacia donde pensaba -donde esperaba- que podría estar Suzan.

"¡Suzan!", volvió a gritar, pero esta vez la palabra fue completamente engullida por el fuego.

Le lloraban los ojos y notaba que la piel de la mano de plomo y de la frente empezaba a ampollarse.

Y, sin embargo, su avance nunca se detuvo.

Drake encontró a Suzan hecha un ovillo en la parte trasera de la casa, en lo que supuso que había sido un dormitorio.

"¡No!", gritó. Al ver su cuerpo, todos los mecanismos de autodefensa salieron por la ventana. Drake corrió hacia Suzan, esquivando a duras penas el amasijo derretido de un bidón, y luego se agachó y la recogió. El humo era tan denso en la parte trasera de la casa que no podía saber si estaba herida, ni siquiera si respiraba.

No importaba.

Drake levantó su delgado cuerpo contra su pecho y se apresuró a volver por donde había venido.

La Dra. Moorfield había llegado al final de la escalera, pero hasta allí había llegado. Se había desplomado en un montón inmóvil, con las ampollas de la espalda desnuda silbando y estallando como una orquesta orgánica demente.

Drake pasó por encima del cadáver, y entonces su mente se arremolinó y estuvo a punto de caer. Apretando los dientes, se las arregló para seguir adelante.

El aire fresco de la noche era como agua helada contra su piel chamuscada. La diferencia de temperatura era tan grande que su cuerpo se paralizó de inmediato y cayó de rodillas.

Por favor, no te me mueras, Suzan. Por favor, no te me mueras. Por favor... Por favor... Por favor...

Lo último que Drake oyó antes de que la oscuridad se apoderara de él fue el sonido de disparos llenando el aire nocturno.

Capítulo 67

Beckett pretendía seguir a Drake al interior de la casa, pero sólo había recorrido la mitad del camino -su avance se había visto ralentizado por varias secciones más del tejado que se derrumbaban- cuando oyó el primer disparo.

Instintivamente se agachó, se cubrió la cabeza y se giró hacia el sonido.

Se oyeron más disparos y Beckett vio media docena de agujeros de bala en el maletero del Crown Vic de Drake.

Debería haber huido. Cada fibra de su ser le decía que se diera la vuelta y huyera, que buscara refugio de Craig Sloan y del fuego acurrucándose a una distancia segura al otro lado de la calle.

Pero no lo hizo; algo le obligó a mantenerse firme. Podría haber sido la culpa, podría haber sido una forma bastarda de valentía, o podría haber sido algo completamente distinto.

Beckett no lo sabía.

Pero fuera lo que fuese, le impulsó hacia el coche en lugar de alejarse de él. Incluso cuando sonó otro disparo, éste haciendo añicos la cerradura del capó, y una mano enguantada lo agarró tentativamente desde dentro, Beckett siguió adelante.

Su pie chocó con algo y miró hacia abajo.

Una piedra del tamaño de una pelota de béisbol se tambaleó por el camino de entrada. Sin pensarlo, Beckett se agachó para recogerla y siguió hacia el coche.

Cuando levantó la vista, Craig Sloan había conseguido sacar una pierna del capó. Miraba en la otra dirección y, a juzgar por el balanceo de su cuerpo, estaba claro que aún sentía los efectos del impacto de su barbilla contra las losas.

Sujetaba una pistola con la mano derecha, cuyo cañón negro se perdía casi por completo en el fondo de su atuendo negro.

Craig acababa de conseguir sacar su cuerpo del maletero cuando Beckett se le echó encima.

"¡La mataste!" Beckett siseó.

Craig Sloan se volvió, con una expresión de confusión en el rostro. La sangre manaba de un grueso corte en la barbilla, y cuando sus labios se separaron con sorpresa al ver a Beckett levantar la piedra, sólo dejó ver restos destrozados de sus dientes superiores e inferiores.

Craig intentó levantar el arma, pero el brazo de Beckett voló hacia delante con notable rapidez.

La roca golpeó a Craig Sloan en la sien con un golpe húmedo y

nauseabundo. El hombre puso los ojos en blanco y se tambaleó.

"Tú la mataste", repitió Beckett, esta vez su voz apenas un susurro.

Volvió a balancear la roca y esta vez Craig soltó el arma.

"Tú la mataste".

Su mano salió disparada por tercera vez, haciendo que Craig, ahora inconsciente, se desplomara.

La piedra volvió empapada de sangre, pero esto no le detuvo.

Nada podía detener a Beckett ahora.

Capítulo 68

La detective Chase Adams no fue la primera en llegar al lugar, pero cuando lo hizo toda la calle estaba sumida en el pandemónium.

Había tres camiones de bomberos intentando apagar el infierno, uno de los cuales había colisionado con una ambulancia, haciendo que la sirena, que seguía sonando, llenara el cielo nocturno con un agudo quejido.

Chase saltó de su coche y se abrió paso entre los cuatro o cinco coches de policía que ya estaban en el lugar.

Un agente uniformado intentó detenerla, pero debió de darse cuenta de quién era porque se apartó de su camino antes de que ella lo empujara.

"¡Drake!", gritó. "¡Drake!"

Sus ojos recorrieron todas las figuras junto a la carretera, tratando de encontrar una silueta que coincidiera con la de Drake.

De repente, una mano se posó en su hombro y ella se dio la vuelta, cerrando inconscientemente las manos en puños.

El joven rostro del detective Yasiv le devolvió la mirada.

"Él está bien", dijo Yasiv. "Y Suzan también está bien. Tiene algunas quemaduras, bastante graves en algunas partes, y tendrá que estar con oxígeno durante un tiempo, pero va a salir adelante".

Chase sintió que todo su cuerpo empezaba a temblar.

"¿Qu-qu-qué? ¿Estás seguro?"

Yasiv asintió.

"Van a estar bien, Chase. Drake llegó justo a tiempo".

Chase sintió que se le humedecían los ojos y supo que estaba a punto de que sus emociones la desbordaran. Se apartó del detective Yasiv y empezó a retroceder.

"¿Chase? ¿Estás bien?", preguntó, y el alivio de su rostro se transformó en preocupación.

Chase negó con la cabeza, se dio la vuelta y echó a correr para huir del detective Yasiv, de Drake, de Suzan, para huir de todo.

A través de una visión empapada en lágrimas, corrió hacia un callejón tranquilo entre dos casas abandonadas, lo suficientemente lejos como para ofrecer algo de alivio del calor del fuego, pero aún lo suficientemente cerca como para oír la maldita sirena de la ambulancia de heridos.

Con una mirada furtiva por encima del hombro para asegurarse de que estaba sola, Chase se derritió. Cayó de rodillas y se enterró las manos en la cara. Los sollozos fueron rápidos y furiosos.

¡Están vivos! De alguna manera... ¡están vivos!

No eran lágrimas de alegría, no del todo, pero tampoco eran fruto de la tristeza o la angustia.

Eran por estar abrumado, por estar tan cerca de perderlo *todo*.

Un sonido de raspado le hizo apartar la cara de las manos.

"¿Quién está ahí?", siseó.

Hubo un parpadeo de movimiento en las sombras y Chase instintivamente se llevó la mano a la espalda y sacó su pistola.

Con la pistola en la mano, se puso en pie y repitió la pregunta.

"¿Quién está ahí? ¿Quién *coño está ahí*?"

Un hombre salió de entre las sombras y a Chase se le cortó la respiración. Inmediatamente bajó el arma.

"¿Beckett?" Entrecerró los ojos a la luz de la luna. Efectivamente era Beckett, pero su rostro parecía más viejo. Sus ojos se posaron en sus brazos, que estaban extendidos a los lados, e inmediatamente corrió hacia él. "¿Qué demonios ha pasado?"

Lo primero que pensó fue que las mangas de Beckett se habían incendiado y que él había encontrado agua en aquel callejón para empaparlas y apagar las llamas. Pero a medida que se acercaba, se dio cuenta de que no era agua lo que había oscurecido su chaqueta.

Era sangre, y le cubría casi hasta los codos.

"Intentó escapar", dijo Beckett con voz lejana.

Una gran piedra cayó de su mano y se estrelló contra el suelo.

"¿Qué? ¿Quién?" jadeó Chase.

Beckett se desmayó y ella lo agarró justo antes de que cayera.

"¿Quién, Beckett? ¿Quién intentó escapar?"

Pero entonces vio "*quién"*. Tirado en el suelo, a sólo diez pasos detrás de Beckett, estaba el cuerpo de un hombre vestido de negro. Sólo que no era una silueta completa. Del cuello para arriba, todo se desvanecía, degenerando en un reluciente charco de sangre que pintaba el camino de grava.

"Tenía un arma y..."

Chase se apartó de Beckett. Luego levantó el brazo y agarró la cara del hombre con ambas manos. Al principio, sus ojos no se enfocaron y ella le clavó las uñas en la piel hasta que su mirada se fijó en la de ella.

"Escúchame, Beckett. ¿Tenía un arma?"

Beckett asintió y Chase mantuvo firme su agarre.

"¿Dónde está?"

"No lo sé, estaba en el maletero, y entonces..." se encogió de hombros. "No sé qué le pasó".

Chase frunció el ceño y ella le apretó aún más las mejillas.

"Piensa, Beckett. *¡Piensa!*"

Los párpados de Beckett se agitaron, y esta vez Chase le dio una

bofetada en la cara.

"¡Piensa!"

La lucidez volvió a los ojos de Beckett.

"Se le cayó", dijo al fin. "Se le cayó junto al coche."

Chase rechinó los dientes.

"Muy bien, escúchame, Beckett. Esto es lo que vamos a hacer..."

Capítulo 69

Chase estaba de pie junto a la cama del hospital, mirando a Drake mientras dormía. Tenía la cabeza cubierta de vendas y gasas pegadas a ambas mejillas.

Sin embargo, no tenía tan mal aspecto. De hecho, ella lo había visto peor. Según el médico que lo había atendido en el lugar y el doctor con el que Chase había hablado hacía unos momentos, todas sus heridas eran superficiales. Le dolerían las manos por las quemaduras y la cara se le iba a poner más roja antes de volver a su color normal, pero nada era permanente.

Todo lo que Drake necesitaba era descanso y oxígeno, y volvería a estar en pie en poco tiempo.

"¿Está... está viva?"

Las palabras de Drake, amortiguadas por la máscara de oxígeno que le cubría la nariz y la boca, la sobresaltaron. Se quitó la mascarilla, haciendo una mueca de dolor en las manos.

"¿Está viva?" Volvió a preguntar.

Chase le miró, con lágrimas en los ojos.

"Suzan va a estar bien, Drake. Llegaste a ella justo a tiempo".

La cara de Drake pareció derrumbarse sobre sí misma y empezó a llorar.

"El Dr. Moorfield no le cortó la garganta", continuó Chase. "La cortó aquí, en el cuero cabelludo", le pasó un dedo por detrás de la oreja y luego se movió hacia abajo. "Mucha sangre, pero ningún daño real".

Chase se planteó contarle a su ex compañero lo que le había ocurrido a Beckett, pero decidió no hacerlo. Un hombre en su posición no podía soportar tantas cosas a la vez.

Drake se secó las lágrimas con las manos vendadas y empezó a incorporarse.

"¡Woah, woah! No puedes levantarte, Drake."

"Necesito verla", dijo bruscamente.

Chase negó con la cabeza.

"No puede. Está en una sala de oxígeno protegida para ayudar a limpiar sus pulmones y tratar sus quemaduras. Pero se pondrá bien".

Drake balanceó las piernas sobre el lateral de la cama y luego se detuvo.

"¿Y el Dr. Moorfield?"

El corazón de Chase se hundió al recordar la escena en el exterior de la casa en llamas, los paramédicos trabajando duro sobre el cuerpo ennegrecido de Tracey Moorfield.

Sacudió la cabeza.
"El Dr. Moorfield no sobrevivió. Murió por asfixia".
Drake frunció el ceño.
"¿Y Craig Sloan? ¿Está bajo custodia?"
Chase frunció el ceño. Drake era demasiado listo, demasiado intuitivo, para que le ocultaran nada. Y, sin embargo, sintió una necesidad imperiosa de ahorrarle al hombre los detalles de la escena que había presenciado entre las dos casas abandonadas.
Intentó escapar... tenía un arma.
"No está detenido, ¿verdad?"
Chase negó con la cabeza.
"No. No lo es."
Drake se agitó de repente y se puso en pie como un cohete. El tubo que se extendía desde la vía intravenosa incrustada en el dorso de su mano derecha se enganchó y se tambaleó. Ella fue hacia él, pero él se encogió de hombros y le arrancó el tubo de la mano.
"Drake, Craig está muerto. Hubo un... altercado y lo mataron".
Drake tenía una mirada lejana.
"He oído los disparos", dijo en voz baja, seguido de un sutil movimiento de cabeza. "¿Y Beckett? ¿Beckett está bien?"
"Está bien. Conmocionado, seguro, pero se recuperará. Tú lo sabrás mejor que yo, pero Beckett no me parece el tipo de hombre al que se pueda mantener abajo por mucho tiempo".
Drake pareció relajarse y respiró hondo. Sin embargo, este respiro sólo duró unos segundos. Sus ojos recorrieron la habitación.
"¿Mi ropa? ¿Dónde está mi ropa?"
"Realmente creo que deberías recostarte, Drake. Has pasado por un infierno".
Sacudió la cabeza.
"No sabes ni la mitad. Pero todavía hay algo que tengo que hacer. ¿Sabes dónde está mi ropa?"
"Los quemaron; los han tirado".
Drake maldijo en voz baja y sus ojos se volvieron hacia la enorme bata que la enfermera le había ayudado a ponerse tras su ingreso.
"Pero te he traído algo limpio para que te pongas", admitió Chase con un suspiro, sabiendo que no iba a poder convencerle de que se quedara quieto. Metió la mano en la bolsa grande que había en la silla detrás de ella y se la entregó a Drake.
Miró dentro y luego le sonrió.
"Ol' trusty, ¿eh?"
Se encogió de hombros.
"Me imaginé que querrías estar cómodo".
Drake sacó una camisa blanca, seguida de unos pantalones. El último en salir de la bolsa fue su chaqueta deportiva desgastada.

"¿Seguro que no puedo convencerte de que te quedes y descanses?" dijo Chase como último esfuerzo.

Drake la miró entonces, con una increíble tristeza en los ojos. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo dañado que estaba, de lo profundamente que le había afectado la muerte de Clay.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

A pesar de que Drake había sido quien había salvado a Suzan y de que, sin él, casi con toda seguridad se habría convertido en la séptima víctima del asesino suicida, una parte de Chase lamentaba haberse presentado aquel día en Triple D.

Drake, malinterpretando su expresión, la abrazó de repente. Los ojos de Chase se abrieron de par en par por la sorpresa, y ella vaciló antes de devolverle el abrazo.

"Gracias", le susurró suavemente al oído.

Y entonces, sin decir una palabra más, Drake se fue, dejando a Chase sola en la habitación del hospital con sólo sus pensamientos.

Capítulo 70

Beckett se despertó sobresaltada.

Parpadeó con fuerza, tratando de aclarar su visión, al tiempo que intentaba averiguar dónde demonios estaba.

Recordó el sonido de disparos, el crepitar de un fuego.

¿Eran fuegos artificiales? ¿Estaba en algún tipo de festival?

Pero entonces le vino la imagen de un tronco salpicado de agujeros de bala, de la pierna de un hombre que sobresalía de él, y con ello todo lo demás le inundó de nuevo.

Beckett se incorporó de golpe y miró a su alrededor, con una opresión atenazando su estrecho pecho. Estaba en una especie de habitación, una habitación pequeña y cuadrada con paredes de color beige que le recordaba a la habitación de un hospital. Había una sábana de color crema que le llegaba hasta la barbilla, y se la quitó de un tirón. Se dispuso a levantarse cuando el sonido de metal contra metal atrajo su atención hacia la muñeca.

Estaba esposado a la camilla metálica.

"Mantén la calma, Beckett", le dijo suavemente una voz desde su derecha. Los ojos de Beckett se desviaron en esa dirección y entrecerró los ojos con fuerza.

¿"Screech"? ¿Eres tú? ¿Qué hago aquí? ¿Estoy arrestado?"

Screech dio un paso adelante.

"Tranquilo, tenemos que darnos prisa", dijo el hombre, tendiéndole un trozo de papel. Beckett lo cogió con la mano libre.

"¿Hay que ser rápido? ¿Por qué? ¿Qué pasa?"

Screech frunció el ceño.

"Sólo lee la maldita cosa y memorízala. Chase dice que todo lo que tienes que hacer es recitárselo cuando vengan a entrevistarte".

¿A ellos?

De repente, su mente se inundó de flashes de imágenes, como una película mal montada. Una piedra que se retiraba, luego se impulsaba hacia delante antes de volver a retraerse. Con cada golpe sucesivo, volvía más roja y húmeda.

Beckett negó con la cabeza y escaneó el breve párrafo de la página que sostenía con mano temblorosa. Cuando terminó, se la devolvió a Screech.

"¿Eso es todo?"

Screech asintió.

"Eso es. ¿Lo memorizaste?"

Beckett dijo que sí.

"Bien", respondió Screech, metiéndose el papel en el bolsillo de los vaqueros. Luego agitó una mano dramáticamente delante de su cara. "Muy bien, ahora voy a dar por culo a David Blaine: nunca estuve aquí. *Puf*".

Entonces Screech se dio la vuelta para marcharse, pero en el último momento bajó una mano al hombro de Beckett.

"Yo habría hecho lo mismo, Beckett. Cíñete al guión y pronto tomaremos una copa juntos, ¿vale?".

El hombre esbozó una débil sonrisa y Beckett hizo todo lo posible por devolvérsela.

Con eso, Screech se dirigió a la puerta. Llamó una vez y el rostro del agente Dunbar apareció de repente en la ventana rectangular. Un segundo después, la puerta se abrió y Screech desapareció.

Capítulo 71

El aire era gélido, y Drake tuvo la impresión de que no pasaría mucho tiempo antes de que la primera nevada descendiera sobre Nueva York como una plaga gélida.

Se sentó en su Crown Vic, con las ventanillas abiertas, disfrutando del aire fresco sobre su piel quemada. Esperó con los ojos fijos en el edificio.

Al cabo de una hora, la puerta se abrió y Steff Morgan salió. Llevaba una mochila colgada del hombro y caminaba deprisa, con determinación. Se subió el abrigo hasta las orejas y miró a ambos lados antes de apresurarse a bajar por la acera.

Sólo cuando la perdió de vista, Drake salió del coche. Al igual que Steff, su paso era decidido, pero a diferencia de ella, se dirigió hacia el apartamento y no se alejó de él.

Tras mirar brevemente a su alrededor para cerciorarse de que la calle estaba en silencio, levantó la mano de gasa para llamar a la puerta. En el último segundo, decidió no hacerlo y, en su lugar, la pateó con la bota.

Oyó revuelo en el interior del edificio, pero cuando las pisadas no parecieron acercarse a la puerta, volvió a patalear.

Y otra vez.

"Ya voy. No te muevas", respondió una voz masculina apagada.

Drake dejó de patalear y esperó. Oyó girar el cerrojo y clavó los ojos en el picaporte. Cuando empezó a girar, empujó la puerta para abrirla.

El hombre que estaba detrás de la puerta gritó y se tambaleó hacia atrás. Drake estaba sobre él antes de que consiguiera levantar las manos a la defensiva.

Agarró al hombre por el cuello y lo arrojó contra la pared. Al apretarlo, sintió que le salían ampollas bajo las vendas, pero no le prestó atención.

"Si vuelves a golpearla, te mataré", dijo simplemente.

Jake emitía un extraño silbido con la boca, y la saliva moteaba la cara de Drake.

Relajó su agarre y cuando Jake se separó de la pared, su boca se abrió en un intento de hablar.

Drake volvió a arrojar a Jake contra la pared, y la parte posterior de su cabeza se golpeó contra la pared lo bastante fuerte como para dejar una abolladura.

"Si vuelves a pegarle, te mato", repitió.

Esta vez, Jake no dijo nada.
Drake soltó la garganta del hombre y éste se desplomó en el suelo, resollando. Luego salió del apartamento y no miró atrás.

***

"Jesucristo, Drake, ¿qué demonios te ha pasado?" Mickey preguntó desde detrás de la barra.
Drake no contestó mientras se dirigía hacia el hombre. Hizo un gesto con una mano vendada y el camarero le sirvió rápidamente un vaso de whisky.
"Ha sido un largo día, Mickey. Un largo, *largo* día."
Mickey no se molestó en intentar ocultar su incomodidad ante la aparición de Drake.
"No me digas. Parece que luchaste contra una chimenea y perdiste... de *mala* manera".
Drake dio un sorbo a su bebida.
"Algo así".
"Bueno, mierda, la bebida va por cuenta de la casa."
Drake bebió otro trago del líquido dorado, con una mueca de dolor al notar cómo el alcohol le irritaba la garganta.
"Gracias", refunfuñó.
Después de beber en silencio durante varios minutos, Drake se dio cuenta de que era incapaz de dejar que su mente vagara libremente, de bloquear los acontecimientos de la semana pasada.
Por una vez, ni siquiera el alcohol parecía ayudar.
Sin embargo, había algo que pensó que podría distraerle, aunque sólo fuera por un rato.
"Oye, ¿Mickey?"
El camarero se volvió hacia él.
"¿Qué pasa? ¿Necesitas más?"
Drake miró su vaso.
"Sí, pero necesito algo más, también. ¿Has sabido algo de Alyssa, últimamente?"
Mickey sonrió satisfecho.
"No, rara vez viene aquí. No es su clientela habitual, si sabes a lo que me refiero".
Drake frunció el ceño.
"¿Clientela?"
"Sí, normalmente trabaja en los sitios más exclusivos de Manhattan. De hecho, no la he visto desde la noche que se fue contigo".
Drake no podía creer lo que oía.
"¿Qué? ¿Qué quieres decir con clientela?"
A Mickey se le borró la sonrisa de la cara, dejó a los clientes al final

de la barra y se acercó a él.
Inclinándose cerca, dijo: "Ya sabes, niños ricos".
"No, no lo sé. ¿De qué demonios estás hablando?"
Mickey le miró directamente a la cara durante varios segundos antes de hablar.
"Mierda, lo siento, Drake. Pensé que lo sabías. Alyssa es una prostituta."
Drake sintió que su cuerpo se desinflaba.
¿Una prostituta? ¿Me acosté con una prostituta?
Drake bajó la mirada y suspiró.
"Está bien", dijo mientras terminaba su whisky.
Tenía sentido, con ella viniendo a casa con él y pasando la noche, y luego escabulléndose antes de que él se despertara, sin molestarse en dejar su número.
Había tenido sus sospechas, por supuesto. Pero si Alyssa era una prostituta, ¿por qué no había pedido ningún pago?
Pero Drake se dio cuenta de que también sabía la respuesta a eso.
Alyssa no había pedido dinero, porque ya le habían pagado. Y sólo conocía a una persona capaz de tirar tanto dinero para conseguir lo que quería.
Y en este caso, lo *que* quería era a Drake.
"Lo siento, Drake", volvió a decir Mickey, antes de deslizarse por la barra para ocuparse de una pareja que acababa de tomar asiento en la barra de neón.
Drake sacó el móvil e intentó hacer clic en sus contactos, pero el alcohol y el agotamiento le pasaron factura y erró el tiro.
En su lugar, hizo clic en la aplicación que parecía una cámara de vídeo.
"Joder", dijo, con la intención de retroceder a la pantalla de inicio. Pero cuando se cargó el vídeo, vio algo que le llamó la atención.
Era la vista familiar de la casa de la Sra. Armatridge dividida en cuatro cuadrantes.
En la esquina superior derecha estaba la cama de los Armatridge, con las sábanas levantadas. Sólo que no estaba recién hecha. Había movimiento debajo de las sábanas. *Mucho* movimiento.
Un brazo bronceado se deslizó fuera de las sábanas y luego procedió a subirlas más.
"¿Qué demonios?", susurró.
Una ráfaga de actividad atrajo su atención hacia la esquina inferior izquierda: la cocina. La señora Armatridge estaba de nuevo en el bloque de cuchillos y, mientras él la observaba, sacó una gran hoja de la madera.
Lo miró durante un segundo, asintió con la cabeza y se dirigió hacia las escaleras.

"¿Qué demonios?*"*, repitió, esta vez más alto.

Cuando la señora Armatridge llegó a las escaleras, Drake se dio cuenta de lo que ocurría, de lo que la mujer pretendía hacer.

"*¡Qué demonios!"*

Se dirigió a la pantalla de inicio y luego a sus contactos. Pero en lugar de llamar a Ken Smith, como tenía previsto, marcó a Screech.

"¡Screech! Necesitas..."

"Drake, ¿eres tú? ¿Estás bien? Quería..."

"Screech, sólo escucha. Tienes que ir a casa de la Sra. Armatridge ahora mismo".

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

"¡Cierra la boca de una vez y vete, Screech! ¡Mueve el culo y *vete!*"

Drake colgó el teléfono, aún conmocionado por lo que había visto.

Por alguna razón, su mente volvió a lo que la Sra. Armatridge había dicho la primera vez que se habían visto, que extrañamente había imitado lo que el Dr. Mark Kruk había dicho tiempo atrás.

La gente ve lo que quiere ver. No ven realmente lo que hay. Una imago.

Epílogo

"Aquí dentro", dijo Chase a los dos hombres con los trajes recién planchados. Los hombres no se molestaron en llamar a la puerta del despacho. Simplemente giraron el pomo y entraron.

Chase sonrió.

"¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo?" gritó Rhodes, poniéndose en pie de un salto.

Chase entró en el despacho detrás de los dos hombres.

"Revisa su escritorio; las fotografías están en el cajón de arriba".

El más alto de los dos la saludó con la cabeza y se dirigió al lado de Rhodes.

"¿Qué coño crees que estás haciendo?" repitió Rhodes, con el rostro teñido de carmesí.

"Oficiales Lincoln y Herd, Asuntos Internos", dijo el hombre más bajo, con rostro severo.

Rhodes parpadeó una vez, su nuez de Adán se balanceó y se dirigió hacia la puerta.

El hombre que había efectuado la somera presentación señaló con un dedo corto el pecho de Rhodes.

"Quédese donde está, Sargento Rhodes."

Rhodes parecía a punto de explotar. Miró fijamente a Chase.

"¿Tú trajiste a estos tipos? ¿Trajiste a *Asuntos Internos?*", exigió, con la voz casi histérica.

Chase se encogió de hombros y no dijo nada.

El agente Lincoln sacó una carpeta manila del cajón superior de su escritorio y la colocó encima. La abrió y mostró la primera fotografía a Chase.

"¿Esto es todo?"

Ella asintió.

"Sí, eso es".

Lincoln metió la carpeta en su maletín.

"¿Qué significa esto?"

"Oh, creo que lo sabes, Rhodes. Te llamé la atención dos veces y lo ignoraste. Ahora tenemos a un prestigioso profesor quemado vivo y a la hija de un policía asesinado en el hospital. Así que tal vez, sólo tal vez, deberías haberme escuchado", dijo Chase, sin molestarse en ocultar la petulancia que se deslizaba en su voz.

"¿Qué? *¿Qué?* ¿Quién?"

"La Dra. Moorfield tenía algunos amigos importantes, Rhodes. Y cuando se enteraron de lo que le había pasado, sintieron curiosidad

por saber por qué no se hacía nada con el asesino en serie que acabó con su vida."

Rhodes se quedó boquiabierto.

"¿Asesino en serie?"

Chase había terminado con esta conversación. Se volvió hacia Lincoln.

"Eso debería ser suficiente".

El hombre asintió.

"Sargento Rhodes, queda oficialmente suspendido a la espera de una investigación sobre su falta de actuación en este caso".

Ahora Rhodes parecía realmente a punto de estallar. Pero sus ojos miraron nerviosos a Lincoln y luego a Herd, y al final, decidió que mejor que gritar.

En lugar de eso, inclinó la cabeza y, lenta y metódicamente, pasó junto a Chase y salió del despacho sin decir ni una palabra más.

"Hey Rhodes," Chase gritó tras él. "Dijiste que no serías sargento por mucho tiempo, pero apuesto a que esto no era lo que tenías en mente, ¿verdad?".

FIN

Nota del autor

He pasado los últimos 13 años estudiando patología y, sin embargo, no me asusta admitir que todavía hay mucho que no sé. Por eso no podía escribir este libro sin ayuda. Entonces, ¿qué hice? Hice lo que haría cualquier persona cuerda y racional: Envié un correo electrónico inocuo a un viejo colega patólogo mío. Era más o menos así: "Hola Sara, espero que tú y los tuyos estéis bien. Si quisiera matar a alguien y que pareciera un suicidio o un accidente, ¿cómo lo haría?

Gracias, Sara, por no llamar inmediatamente a la policía. Y gracias por toda tu ayuda con Causa de Muerte. No podría haberlo terminado sin ti.

Además, para que conste, aparentemente no se puede electrocutar a alguien con la batería de un coche. El método que describo en el libro, sin embargo, es muy plausible. Pero, a decir verdad, no lo he probado y no tengo intención de hacerlo pronto. Lo sé, lo sé, las películas nos mintieron. Tampoco se puede encender gasolina con un cigarrillo. Otra mentira.

Bastardos.

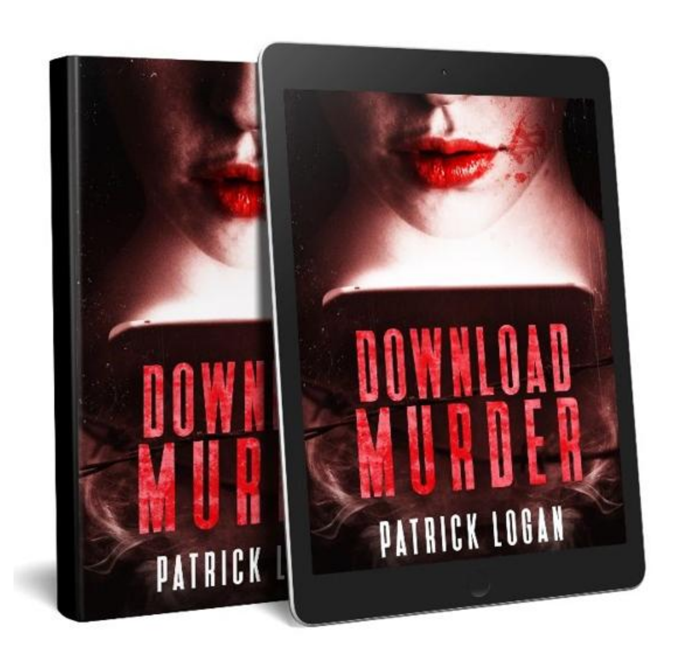
Cuando empecé la serie del detective Damien Drake, quería escribir algo crudo, real y lleno de personajes con problemas complicados. Con Besos de mariposa, sabía que Beckett iba a ser un personaje recurrente, pero dado el tema de Causa de muerte, era lógico que su implicación aumentara. Pero ni siquiera yo tenía idea de que iba a descarrilar de la forma en que lo hizo al final del libro. No voy a mentir; Beckett me intriga mucho. Siempre busco personajes que ejerzan profesiones que no encajen realmente en el estereotipo, en el molde. Más o menos como yo. Trece años haciéndome médico y estudiando patología, y ahora me paso el día escribiendo novelas. *Quién lo diría*.

Gracias por acompañarme en este viaje. Me alegra decir que no ha hecho más que empezar. Muchos libros en el horizonte, más asesinatos por resolver. *Siempre* más asesinatos.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Lo mejor,
Patrick
Montreal, 2017

Y ahora, sigue leyendo para ver un adelanto del libro 3 de la serie del detective Damien Drake, ¡descargar asesinato!



Descargar Asesinato

Detective Damien Drake Libro 3

Patrick Logan

Prólogo

El silbido era genérico, no representaba nada que ninguna de las chicas pudiera reconocer. Era sólo una cadena de notas sin tono que no parecían seguir un patrón o una melodía en particular.

Lo que de alguna manera lo hacía aún más aterrador.

Melissa se estremeció y abrió los ojos. Le dolían el cuello y los hombros de haberse quedado dormida con la espalda apoyada en el frío cemento, y hacía tiempo que se le habían entumecido las manos, fuertemente atadas por detrás.

Su ritmo cardíaco se aceleró con el sonido de una puerta que se abría, y Melissa cerró los ojos con fuerza, tratando de alejar a su captor.

El silbido cesó bruscamente, y de algún modo se armó de valor para volver a abrir los ojos.

Una figura sombría estaba agachada a un palmo de ella, con la cabeza inclinada hacia un lado. Cuando una mano enguantada se acercó a su cara, Melissa retrocedió tan deprisa que la parte posterior de su cráneo rebotó contra la pared con la fuerza suficiente para que las estrellas se dispararan a través de su visión.

Pero la mano no la agarró como ella pensaba; en su lugar, los dedos le apartaron de la cara un mechón de un quebradizo pelo castaño.

"¿Por qué haces esto?" gimoteó Melissa.

Cuando la única respuesta de la figura fue cambiar el ángulo de inclinación de la cabeza, la rabia la invadió de repente.

"Que te jodan", gruñó. Como esta vez la sombra no respondió, ni siquiera pareció reconocerla, se inclinó hacia delante y escupió.

El chorro golpeó a su captor directamente en la cara y la figura retrocedió dando tumbos. El espacio no debía de tener más de metro y medio de altura, y por un segundo Melissa pensó que el captor podría romperse la cabeza con uno de los travesaños bajos.

La figura se agachó justo a tiempo.

"Eso no es de buena educación", dijo su captor. Cuando los dedos se extendieron de nuevo hacia su cara, Melissa no se acobardó. Esta vez, la miró fijamente, con odio en los ojos.

"Eso simplemente no se tolera aquí, cariño".

No había ira en su voz, sino un simple castigo superficial.

La mano enguantada se perdió de vista. Cuando reapareció, los dedos de cuero rodeaban el mango de un cuchillo de carnicero de veinte centímetros.

Melissa no quería mostrar miedo, no quería alimentar los deseos enfermizos de su captor. Pero cuando sus ojos se posaron en la hoja,

no pudo evitarlo; sus ojos se abrieron de par en par.

Su captor debió de darse cuenta, pues una risita seca llenó de repente el espacio.

"No es para ti, cariño", dijo la figura. Y la sombra giró para mirar a la otra mujer.

Había estado aquí cuando Melissa llegó por primera vez y, aunque era difícil saber cuánto tiempo había pasado en el sótano, Melissa pensó que habían pasado unos tres días.

Y en todo ese tiempo, la otra mujer no había dicho ni una sola palabra, ni siquiera había murmurado su nombre. De hecho, la única señal de que estaba viva era su temblor casi constante. Al igual que Melissa, su pelo estaba sucio y cubría su pálido rostro con finos mechones como espaguetis. Sin embargo, cuando la figura se acercó a ella, la mujer empezó a animarse.

La esperanza floreció de repente en el interior de Melissa.

Ha estado guardando su energía; todo este tiempo, ha estado esperando el momento justo. Juntos... juntos tal vez podamos tomar el cuchillo, tal vez...

Pero cuando la mujer simplemente extendió los brazos, con las palmas hacia arriba, todo el optimismo huyó de ella.

Tenía cicatrices en las muñecas, una red de líneas rosas entrecruzadas que destacaban en sus antebrazos de alabastro.

Esta mujer no lucharía, Melissa lo sabía.

"¿Ves?", le indicó el captor. "Así es como debes comportarte".

Sin vacilar, la hoja salió disparada y una raya escarlata apareció entre las cicatrices rosadas. La sangre brotó de inmediato, cubriendo la mitad inferior de su brazo antes de acumularse en la palma. Los párpados de la mujer se hundieron y su cuello se inclinó.

"Está bien, cariño. Has hecho tu parte, te he visto morir".

La figura limpió la hoja en la camisa manchada de suciedad de la mujer antes de volver a guardarla en la funda. Luego extendió un pulgar enguantado y presionó la herida, empapando la almohadilla con su sangre.

Melissa quería enfadarse, gritar a su captor, exigirle, por enésima vez, la razón por la que se la habían llevado, por la que las habían secuestrado a las dos.

Pero lo único que pudo decir fue una maldición muda.

"Déjala en paz."

La figura oscura se giró y se acercó rápidamente, medio en cuclillas, medio arrastrándose.

Melissa intentó darse la vuelta, ocultar la cara, pero una mano salió disparada y le agarró las mejillas con fuerza, obligándola a poner mala cara.

"Aquí abajo no se maldice", siseó el captor. Melissa forcejeó, pero el

agarre era demasiado fuerte para zafarse. Le dolían las mejillas y, aunque hubiera querido hablar, no habría podido.

La cuchilla me va a cortar ahora, me va a cortar profundamente igual que a la otra mujer. Entonces voy a morir aquí, en este sótano de mierda y helado.

El hombre apretó aún más fuerte. Luego, con el pulgar aún chorreante de la sangre de la otra mujer, se lo untó en los labios, pintándolos burdamente con la pegajosa sustancia.

Melissa tuvo una arcada y su captor por fin le soltó la cara. Intentó escupir sin tocar la sangre con la lengua, sin dejar que nada de ella entrara en su boca.

La bilis se le subió a la garganta cuando probó el líquido cobrizo, pero de algún modo consiguió luchar contra las ganas de vomitar.

Aparentemente satisfecho, el captor retrocedió y se acercó a la tenue bombilla que proporcionaba la única iluminación del sótano.

La mano enguantada volvió a moverse, pero en lugar de sacar un cuchillo, regresó sosteniendo un bloc de notas negro.

Mientras Melissa miraba horrorizada, la figura pasó a una página en blanco y luego presionó el pulgar enguantado contra la esquina superior derecha, dejando tras de sí una huella ensangrentada.

"Escribe lo que sepas", susurró el captor de Melissa. Y entonces el silbido comenzó de nuevo mientras el bolígrafo empezaba a moverse por la página.

Primer acto

Capítulo 1

Damien Drake se encorvó, ocultando sus dos metros de estatura tras un Lincoln Navigator aparcado. Respiraba con dificultad y el sudor le resbalaba por la frente a pesar de la nieve que revoloteaba a su alrededor.

Me estoy volviendo descuidado.

Si no hubiera sido por su reciente recuperación de salud -no por haber dejado de beber, sino por haber reducido su consumo-, casi con toda seguridad le habrían visto.

¿Y qué le había indicado Ken Smith?

No te hagas notar. Si te haces notar, negaré haberte hablado, Drake. Y sabes lo que eso significa.

Drake hizo una mueca al recordar su conversación junto al fuego en el lujoso ático de Ken.

Sí, lo sé. Sé lo que significa.

Contuvo la respiración instintivamente cuando oyó las voces, ahora más fuertes, y se quedó completamente quieto, esperando que las dos personas a las que había estado siguiendo no se hubieran dado cuenta de las bocanadas de aire caliente que se filtraban desde detrás del Lincoln.

"¿Sabes qué es lo peor?", preguntó la voz masculina.

"¿Qué es eso?"

"*Él es* el que está sucio; él es el que sacó a su hijo de todos sus problemas cuando era adolescente, pagó a la policía, a los periodistas y Dios sabe a quién más. Y aún así *me* pinta como un criminal. Si no fuera tan dañino, sería condenadamente cómico".

Drake oyó el ruido de la puerta de un coche al abrirse. Respirando hondo, levantó la cabeza lo suficiente para mirar a través de las ventanillas del Navigator a las dos personas que hablaban.

Uno era el Dr. Gary Kildare, por supuesto, pero el otro era una mujer guapa a la que no reconoció.

"Sí, pero no puedes ir a por Ken, al menos no directamente. Si lo haces, será mejor que te olvides de ganar las elecciones", dijo la mujer, con los labios rojos y brillantes fruncidos. "Después de lo que pasó con Thomas..."

El Dr. Kildare asintió.

"Sí, lo sé. Y me siento mal por lo que le pasó a su hijo", hizo una pausa. "Sé que esto va a sonar terrible, pero no puedo evitar pensar que la muerte de Thomas fue lo mejor que le pasó a las esperanzas electorales de Ken. En serio".

La mujer frunció el ceño.

"Tienes razón, suena terrible".

El Dr. Kildare suspiró pesadamente y se frotó las sienes con una mano enguantada.

"Lo sé; lo siento. Ha sido una semana larga, eso es todo", una débil sonrisa cruzó su rostro, que le hacía parecer mucho mayor de lo que aparecía en los grandes carteles electorales que cubrían las ventanas del edificio del que acababan de salir. "Gracias, Mary. Gracias por todo".

Entonces ocurrió algo que hizo que Drake enarcase las cejas, algo que le convenció de que pasar la mayor parte de una hora a la intemperie en medio de un frío glacial no era una completa pérdida de tiempo.

El Dr. Kildare se inclinó y besó en los labios a la mujer, de la que Drake estaba casi seguro que era su jefa de campaña. Sólo que no era uno de esos intercambios al estilo europeo entre amigos íntimos.

Este se quedó.

Cuando finalmente se separaron, el Dr. Kildare se limpió la boca y luego sus ojos se desviaron.

Drake cayó una fracción de segundo antes de que la mirada del hombre se posara en el Navegante.

Mierda, eso estuvo cerca.

"¿Nos vemos mañana?" Preguntó el Dr. Kildare.

"Por supuesto".

"¿Estás seguro de que no podemos vernos más tarde esta noche?"

Hubo un intercambio inaudible que Drake no captó.

"Muy bien, mañana entonces", dijo el Dr. Kildare, con un toque de solemnidad en la lengua. "Buenas noches, Mary."

"Buenas noches, Brent."

La puerta de un coche se cerró y el sonido de un motor al arrancar llenó el aire invernal.

Drake se permitió por fin exhalar y se desplomó contra el hueco de la rueda del Navigator. Su alivio, sin embargo, duró poco; el sonido de pasos acercándose en la nieve recién caída incitó el pánico.

¿Qué demonios...?

Cayó en la cuenta de que sólo había oído cerrarse una puerta, y entonces saltó a la vista el hecho evidente de que el médico y el director de campaña se habían despedido *fuera* del coche.

Drake esperaba que se marcharan juntos, lo que obviamente no era el caso.

Jesucristo, realmente me estoy volviendo descuidado. Descuidado y lento.

El verdadero problema era que sólo había otro coche en el aparcamiento junto al Mercedes del Dr. Kildare.

Y ese coche era un Lincoln Navigator negro.

Drake tragó saliva y se concentró en el sonido de los pasos. Estaba acurrucado junto a la puerta trasera del conductor y, cuando confirmó que Mary se dirigía hacia la parte delantera del coche, se deslizó por la parte trasera del vehículo, permaneciendo agachado y fuera de la vista. Se oyó el sonido de un llavero y la puerta del conductor se abrió. Mary entró, se sacudió la nieve de las botas y la cerró de golpe.

Drake miró a su alrededor, tratando desesperadamente de encontrar una salida a la situación. Pensó en huir, pero no había otros coches en el aparcamiento tras los que pudiera esconderse. Y con su abrigo negro, no había duda de que le verían en la nieve.

¿Acaso importa? Puedo esconder mi cara; ella nunca sabrá quién soy.

Drake negó con la cabeza.

Sí importaba; importaba porque Mary se lo diría al Dr. Kildare, y sabrían que Ken les estaba espiando.

Y eso los haría cautelosos, y Drake no podía permitirse eso. Necesitaba que estuvieran sueltos, que hablaran libremente, para conseguir lo que Ken quería.

Sólo se le ocurrió otra cosa que hacer.

Drake esperó a que el motor rugiera y, cuando se encendieron las luces de freno, se giró rápidamente hacia el lado del acompañante. Con una mano en el parachoques para medir la velocidad del coche, se movió con él mientras Mary salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Miró por el retrovisor lateral y se dio cuenta de que no podía distinguir su cara; estaba doblada de tal forma que sólo podía ver el logotipo del Navigator bordado en el reposacabezas del asiento del copiloto.

A Drake le recordaron los carteles que de vez en cuando veía pegados en la parte trasera de los camiones de transporte.

Si tú no puedes verme, yo no puedo verte.

Se preguntó si sería cierto, pero tuvo que concentrarse cuando Mary puso el coche en marcha.

Para empeorar las cosas, el jefe de campaña del Dr. Kildare tenía un pie de plomo, al parecer.

El coche salió disparado hacia delante, y Drake tuvo que trotar para seguirle el ritmo, lo que no era poco teniendo en cuenta que tuvo que permanecer agachado todo el tiempo.

Se deslizó detrás del vehículo, con los muslos ardiendo y el interior de las piernas escociéndose. Justo cuando creía que iba a desplomarse de cansancio, el coche se acercó a la entrada del aparcamiento. Y allí, aparcado a un lado de la carretera cubierto por una capa fresca de nieve, divisó su coche. Cuando Mary pasó junto a su Crown Vic, Drake saltó y aterrizó en la carretera, esquivando por los pelos el capó acribillado a balazos de su vehículo.

El aire salió de sus pulmones y jadeó, pero permaneció completamente inmóvil. La nieve parecía mucho más cómoda y amortiguadora de lo que era en realidad.

Al cabo de un momento, giró la cabeza y miró por debajo del coche. Con la respiración agitada y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, vio cómo el Navigator giraba a la izquierda y se adentraba en la noche.

Cuando estuvo seguro de que Mary se había ido, Drake se echó a reír.

Esto es ridículo. Absolutamente ridículo.

Pero por muy descabellado que fuera, por fin consiguió algo sobre el Dr. Kildare. Después de todo, todo el mundo sabía que la esposa del buen doctor se llamaba Julia, no Mary.

Capítulo 2

"¿Puede decir su nombre y cargo para que conste en acta?"

Chase Adams miró brevemente a su alrededor antes de contestar. Estaba sentada en una silla frente a dos grupos de mesas: el primero estaba ocupado por tres hombres, que se habían presentado como los agentes Herd y Lincoln, de asuntos internos, y el subinspector adjunto Roger Albright. Todos tenían la misma expresión en la cara, como si les hubieran hecho un photoshop con la misma imagen paterna: duros, implacables e indiferentes.

El Dr. Beckett Campbell estaba sentado detrás del segundo escritorio. El hombre tenía ojeras, que parecían hundidas, y el pelo rubio blanquecino aplastado contra el cráneo. Llevaba un sencillo traje azul marino, que parecía totalmente fuera de lugar en el hombre al que Chase había llegado a llamar su amigo.

Beckett tenía los ojos bajos y, cuando cogió el vaso de agua que había sobre el escritorio, ella se dio cuenta de que le temblaba ligeramente la mano.

Chase fijó su mirada en Roger Albright.

"Chase Adams, sargento de la comisaría 62 de la policía de Nueva York", dijo con calma.

"Gracias", respondió el agente Herd. "Ahora, ¿podría relatar los hechos que condujeron a su aparición en el domicilio abandonado que perteneció a la ya fallecida doctora Tracey Moorfield?".

Chase sintió que sus labios se torcían en una mueca.

¿Domicilio abandonado? Esta vez sí que han sacado el diccionario de sinónimos...

"Claro", empezó Chase, y luego les contó la misma historia que había estado contando desde que empezó la investigación: que en aquel momento estaba fuera de servicio, cumpliendo una suspensión que había sido revocada después de que suspendieran al propio sargento Rhodes. Contó que estaba en Investigaciones Triple D ayudando a un amigo cuando Damien y Beckett la llamaron para pedirle que buscara noticias sobre el pasado del Dr. Moorfield. Omitió la parte relativa a la implicación de la agente Dunbar, tal y como habían planeado.

El agente Herd asintió cuando terminó.

"Y cuando llegaste, ¿fuiste la primera persona en la escena?"

Chase negó con la cabeza.

"No, ya había varios oficiales presentes, incluyendo bomberos y EMT. También vi a uno de mis colegas, el detective Henry Yasiv en la

escena".

El agente Herd esperó a que continuara, pero Chase se mordió la lengua. Había respondido a la pregunta y eso era todo lo que se le pedía. Una de las pocas cosas que su padre, abogado litigante, le había inculcado hacía muchos años era que cuando la gente empezaba a hablar de más, a ofrecer información que no se le pedía, se metía a sí misma, y a los demás, en problemas.

Y no tenía intención de abrir esa caja de Pandora. No cuando la carrera de su amigo, y quizá incluso su libertad, estaban en juego.

"¿Sargento Adams? ¿Hay algo más que quiera añadir?"

Chase negó con la cabeza.

"No. ¿No he respondido a tu pregunta?"

Roger Albright se inclinó y susurró algo al oído de Herd. El agente asintió y se volvió hacia ella.

"Esto no es un juicio, Sargento Adams. Esto es simplemente una investigación para determinar la causa probable, y para ayudarnos a averiguar el próximo curso de acción."

Chase asintió y, de nuevo, Herd esperó.

Finalmente, el agente suspiró y Chase repitió, esta vez un poco más severamente: "¿No he respondido a su pregunta?".

Fue Roger quien contestó, lo que la sorprendió, ya que creía imposible que con los labios tan apretados pudiera hablar.

"Lo ha hecho, Sargento Adams. Por favor, díganos qué pasó *después de* llegar a la escena, lo que llevó a su encuentro con el Dr. Campbell."

Le vino a la mente una imagen aterradora de Beckett saliendo de las sombras, con las manos chorreando sangre, y se estremeció.

"Pregunté por mi ex-compañero, Damien Drake, y luego por Suzan Cuthbert".

"¿A quién has preguntado?"

"Detective Yasiv. Dijo que ambos estaban bien, y que ambos iban a lograrlo".

Herd garabateó algo en un bloc que tenía delante y luego retomó la línea del interrogatorio de Roger Albright.

"¿Preguntó por Craig Sloan? ¿Mencionó el detective Yasiv su nombre?"

Chase negó con la cabeza.

"No; sólo estaba feliz de que mi gente fuera a sobrevivir. Eso era lo que más importaba".

"¿Y qué hiciste después?"

"Estaba angustiada y, como en ese momento estaba suspendida, bajé por el lateral de una de las casas para recogerme".

Roger Albright se inclinó hacia delante.

"Por favor, cuéntanos qué pasó después".

Chase respiró hondo.

Tal como ensayamos, se recordó a sí misma. *Tal y como ensayamos.*

"Lo primero que vi fue el cuerpo de Craig Sloan, aunque en ese momento no sabía que era él; ni siquiera había visto antes una foto del hombre. Estaba tumbado boca arriba y no parecía moverse ni respirar. Tenía una pistola al lado. Entonces vi al Dr. Campbell entre las sombras. Estaba... visiblemente alterado".

Los tres hombres discuten entre ellos durante unos segundos.

"En su informe inicial, declaró que vio sangre en las manos del Dr. Campbell. ¿Es esto correcto?"

Chase indicó que sí, y Roger asintió.

"¿Notó algo que pudiera haber sido usado para golpear a Craig Sloan?"

Chase no dudó.

"Había una roca cerca de su cuerpo, que también estaba manchada de sangre".

"Gracias. Ahora, volvamos al arma por un momento. Dijiste que estaba cerca del cuerpo; ¿aproximadamente a qué distancia estaba de Craig Sloan?"

"Estaba a varios metros de su mano", respondió ella al instante.

De nuevo, una breve discusión.

"Gracias por su cooperación, Sargento Adams. Puede retirarse".

Chase parpadeó, pensando por un segundo que había oído mal.

"¿Perdón?"

"Pueden retirarse", repitió Roger Albright.

Chase se quedó mirando.

No, esto no está bien. Se supone que debo hablar de Craig Sloan, de las siete personas que asesinó, de cómo la perspicacia de Beckett nos llevó a identificarlo como el asesino.

La advertencia de su padre se esfumó.

"Craig Sloan... asesinó... había...", tartamudeó.

"Eso será todo, sargento Adams", repitió Roger.

"Pero-pero-"

Roger frunció el ceño.

"Sargento Adams, quiero recordarle que aunque esto no es un juicio, todo lo que diga hoy aquí podrá ser utilizado en el futuro. Ahora, por favor, como jefe de esta investigación, me gustaría pedirle de nuevo que por favor se retire."

Chase miró nerviosa a su alrededor, primero a los tres agentes y luego a Beckett, que no parecía darse cuenta de lo que ocurría.

Tragó saliva y pensó en decir algo más, pero finalmente decidió no hacerlo.

Mientras se ponía en pie y caminaba hacia la puerta, trató de llamar sutilmente la atención de Beckett, de implorarle sólo con la mirada que se ciñera al guión.

Pero Beckett ni siquiera levantó la vista. En lugar de eso, cogió el agua, con la mano tan temblorosa que estuvo a punto de derramarla.

Apégate a lo que escribí en la nota, Beckett. Cíñete a la nota, o todos vamos a caer por esto.

Capítulo 3

"¿Estás bien, cariño? Pareces cansada".

Colin Elliot metió la cuchara en el bol de cereales y se frotó los ojos.

"Anoche estuve escribiendo hasta tarde y luego salí a correr", se quejó mientras estiraba las pantorrillas. "Puede que haya forzado demasiado las cosas".

Ryanne se acercó a su marido y le puso una mano en el hombro. Él se inclinó hacia ella y apoyó la cabeza en su cadera.

"Has estado presionando demasiado, Colin. Te vas a quemar".

Colin se apartó y miró a su mujer. Tenía la cara redonda y, aunque no era del todo desagradable, tampoco era precisamente bonita. Tenía los labios planos y la nariz demasiado fina. Tenía círculos oscuros alrededor de los ojos, un conjunto de mapache a juego con los suyos, pero esto no fue lo que le pilló desprevenido.

Era su sonrisa. No era una sonrisa condescendiente, sino una expresión genuina de gratitud o tal vez *incluso* de afecto. Le costaba creer que fuera la misma mujer que le había gritado la otra noche, que había gritado tanto y tan fuerte que la policía había acudido a la puerta para asegurarse de que todo iba bien.

Colin tragó saliva y trató de apartar de su mente la imagen de su cara, roja como un latido, con la boca torcida en un gruñido.

"Tenía que terminar el libro", dijo en voz baja. "Necesitaba sacarlo rápido".

Algo pasó por la cara de Ryanne, algo desagradable, y su mano se soltó de su espalda. Dio la impresión de que iba a decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, la cocina se llenó de risas.

"Juliette, ¿has desayunado ya? Tenemos que irnos pronto", dijo Colin con una media sonrisa.

Juliette entró corriendo en la cocina, con su larga coleta rubia balanceándose de un lado a otro.

"No. Colby se lo llevó", respondió, torciendo los hombros mientras hablaba.

Colin negó con la cabeza y se volvió hacia su otra hija, que siguió a Juliette a la habitación.

"¿Es verdad, Colby?"

"Colby lo cogió", repitió la chica, imitando a su hermana.

Colin se volvió hacia Ryanne, pero ella ya se había dirigido al fregadero, llevándose su tazón de cereales a medio terminar.

Y Ryanne tomó la mía.

"Vamos, chicos. Nada de peleas esta mañana, ¿vale? Papá está cansado. Terminen de desayunar y pónganse los zapatos y las chaquetas".

Juliette le miró como si tuviera dos cabezas.

"Ya te lo dije, no tuve oportunidad de comerlo. Ella se lo llevó".

Colin se volvió hacia Colby que, a diferencia de su hermana, llevaba el pelo recogido en un moño. Con un suspiro, dijo: "¿Lo hiciste, Colby? ¿Te has llevado el desayuno de Juliette?".

Colby se encogió de hombros.

"¿Y qué si lo hice? Soy la hermana mayor, y si quiero otro tazón de cereales, puedo tomarme uno. Si no fuéramos tan pobres, quizá todos podríamos tomar dos tazones de cereales. Carla Banks puede tomar todos los cereales que quiera".

Los ojos de Colin se abrieron de par en par.

¿Cómo puede un niño de siete años ser tan descarado?

"¡Sólo eres seis minutos mayor que yo!" Juliette gritó, perdiendo el punto por completo. "¡Seis minutos!"

"Ya basta", espetó Ryanne, mientras se inclinaba sobre el fregadero, dándoles la espalda. "Poneos los zapatos, y si seguís discutiendo, nadie cenará esta noche".

Y ahí estaba: la rabia de la noche anterior volviendo a su voz.

Cada vez está peor, pensó Colin. *Antes sólo me gritaba a mí, pero ahora también se porta mal con los niños.*

Colby apretó los labios y levantó la barbilla.

"Sigo siendo mayor. Seis minutos, seis horas, ¿qué importa? Soy la hermana mayor".

Colin suspiró y se frotó las pantorrillas doloridas.

"¡Ya basta!" bramó Ryanne. Golpeó el fregadero con las manos y se dio la vuelta. "¡Ya basta!"

Colin se encogió, pensando en los vecinos, esperando que ya estuvieran trabajando.

¿Qué había dicho el policía? Si volvemos, vamos a tener que mantenerlos separados por la noche. Tal vez incluso traer servicios para niños.

"Por favor, Ryanne, está bien. Los llevaré a la escuela hoy".

Ryanne lo fulminó con la mirada y frunció el ceño. Colin se levantó rápidamente, rodeó a sus hijas con los brazos y las guió hacia la puerta principal antes de que su mujer pudiera meter los garfios.

"Vamos chicas, poneos los zapatos y los abrigos rápido, ¿vale? Vamos a llegar tarde a la escuela".

Tanto Colby como Juliette le miraron un momento y él vio algo en sus ojos que le rompió el corazón.

Miedo, pensó con una punzada de culpabilidad, *le tienen miedo*.

También había algo más en sus expresiones juveniles, algo que no

había visto antes.

¿Era ira? No, eso no estaba bien. ¿Desdén, tal vez?

"Por favor, chicas. Deprisa".

Sin discutir, las chicas se dirigieron a la entrada y empezaron a prepararse para el frío. Colin las siguió y se calzó las botas. Se volvió para despedirse y se sorprendió al ver a Ryanne de pie a pocos metros de él, con las manos en las caderas.

"Hoy voy a salir", le informó. "No me esperes en casa hasta más tarde".

Colin asintió.

"Está bien. Tengo grupo de escritores esta tarde, de todos modos. ¿Pero crees que puedes recoger a las niñas de la escuela?"

El ceño de Ryanne se frunció, y él sabía exactamente lo que estaba pensando porque se lo había dejado explícitamente claro la otra noche.

¿Tengo que hacerlo todo aquí? ¿No puedes conseguir un puto trabajo de verdad? ¿O qué tal si escribes un puto libro que la gente realmente quiera leer?

Colin tragó saliva mientras esperaba la reacción. Pero mientras los ojos de Ryanne se entrecerraban hasta convertirse en rendijas, ejerció lo que para ella era un control sin precedentes, y se volvió hacia las chicas.

"Despídete de mamá", dijo en voz baja. "Dale un beso y vámonos. El autobús se va".

Capítulo 4

Beckett se sentía como si estuviera soñando. De hecho, todo lo que había ocurrido desde la noche en que el colonial quemado del doctor Moorfield había ardido por segunda vez le parecía una horrible pesadilla.

Cada mañana se despertaba haciéndose la misma pregunta: *¿Hice yo eso? ¿Lo he hecho de* verdad*?*

Todo apuntaba a que lo había hecho: los informes de los periódicos -aunque, por suerte, habían mantenido su nombre al margen-, esta misma investigación y, lo peor de todo, los recuerdos.

En su mente, oyó el ruido nauseabundo de la roca al chocar contra el cráneo de Craig Sloan, pudo sentir la sangre caliente primero en sus manos y luego cubriéndole las muñecas, y pudo ver cómo los ojos del hombre giraban hacia atrás en su cabeza.

Después de pasar más de una década rodeado de muertos, Craig era el primero del que había sido personalmente responsable.

Pero había algo subyacente a todas estas sensaciones que resultaba aún más alarmante.

Algo que realmente le aterrorizaba.

"Por favor, diga su nombre y cargo para que conste en acta", instruyó el oficial Herd.

Beckett se inclinó hacia delante y carraspeó antes de contestar.

"Mi nombre es Dr. Beckett Campbell. Soy el Médico Forense Superior de la Policía de Nueva York, y también soy profesor asociado de Medicina y Patología en la Universidad de Nueva York."

"Gracias, Dr. Campbell. Como me oyó decir al sargento Adams, esto no es un juicio, sino una investigación. Dicho esto, por favor, reconozca que ha renunciado a su derecho a que alguien del Real Colegio de Cirujanos o de la Asociación Médica Americana le acompañe hoy."

"Lo he hecho".

"Bien. Entonces continuaremos. Por favor, en sus propias palabras, díganos qué pasó en la fecha en cuestión."

Beckett cerró los ojos y se rascó la frente.

"Estaba con un amigo íntimo, el ex detective de la policía de Nueva York Damien Drake, y buscábamos a la hija de un agente de policía caído en combate que creíamos secuestrada por un hombre que había matado a seis personas en el transcurso de dos semanas. Yo estaba fuera, en el coche de Drake, mientras él estaba dentro de un... *-pisa con cuidado,* Beckett-, un edificio de apartamentos en el centro de

Manhattan. Cuando salió, había identificado al secuestrador y al asesino. Llamamos al sargento..."

"Más despacio, Beckett", interrumpió Roger Albright. "Dices que estuviste en un condominio en Manhattan. ¿Puedes ser más específico?"

Beckett negó con la cabeza.

"No. Estaba oscuro, y yo estaba corriendo con muy poco sueño."

Roger frunció el ceño.

"¿Y dijo Damien Drake con quién se iba a reunir? ¿De quién había obtenido el nombre del supuesto secuestrador?"

De nuevo, Beckett negó con la cabeza.

"Nunca me lo dijo. Tal vez deberías preguntarle".

"Damien Drake no está disponible para esta investigación. Por favor, continúe con lo que pasó después de salir del condominio."

"Llamé a la sargento Adams con el nombre y ella me remitió a una casa que Craig Sloan había quemado una vez antes, cuando el Dr. Moorfield vivía allí. Creíamos que era allí donde tenía a Suzan Cuthbert. Cuando llegamos, el lugar ya estaba en llamas. Mientras Drake intentaba entrar, tuvo un altercado con Craig Sloan por el lateral de la casa. Craig quedó inconsciente, y Drake entró en la casa para ver si Suzan estaba dentro. Me indicó que metiera a Craig en el coche y que esperara a que llegara la policía".

"¿Te dijo que metieras a Craig en el coche? ¿Dónde en el coche?"

Beckett dudó.

"En el maletero. Drake conducía un vehículo civil que no tenía una jaula entre los asientos delanteros y traseros. Tampoco tenía un juego de esposas".

Roger asintió.

"Continúa".

"Así que lo metí en el maletero y luego me dirigí hacia la casa para ver si podía ayudar a Drake".

"¿Alguna vez entró en la casa, Dr. Campbell?"

"No. Iba a entrar en la casa, pero no llegué. Oí disparos desde dentro del maletero".

El agente Herd se frotó las sienes antes de comentar.

"¿Y tú... corriste? ¿Huyó del hombre cuando salía del maletero? Quiero decir, era, según tus palabras, un asesino y tenía un arma".

Beckett recordó aquel momento, el fuego a su espalda, los parpadeantes tonos amarillos y naranjas iluminando el gruñido de Craig. El hombre tenía una pierna fuera del tronco cuando Beckett había cogido la roca.

"No, no corrí."

"¿Por qué no?"

"Porque tenía una pistola, y pensé que iba a cargarse a Drake

cuando saliera de la casa. A Suzan también, si seguía viva".
"¿Qué hiciste después?"
"Cogí una piedra y golpeé a Craig en un lado de la cabeza. Creo que estaba desorientado o quizá ensordecido por el ruido de los disparos dentro del maletero, porque nunca me vio venir".
"¿Cuántas veces golpeaste a Craig Sloan? ¿Una vez? ¿Dos veces? ¿Múltiples veces?" Roger preguntó.
Beckett releyó mentalmente la carta de Chase que Screech le había entregado en el hospital.
"Más de una vez, pero no puedo decirte cuántas. No más de tres o cuatro, creo. Sólo intentaba noquearle, pero no caía; seguía intentando apuntarme con el arma".
Roger *hizo* un sonido. Luego abrió una carpeta del escritorio y sacó una hoja de papel. Se la entregó al agente Lincoln y le dijo que se la llevara a Beckett, cosa que hizo.
"¿Conoce este informe?"
Beckett escaneó la página rápidamente.
"Sí. Este es el informe patológico sobre la muerte de Craig Sloan."
"¿Y reconoce al forense que preparó el informe?"
"Sí, por supuesto. Dr. Henrik Karl."
"Y en su opinión profesional, ¿es el Dr. Karl un forense cualificado? ¿Un médico competente?"
"Sí, por supuesto; yo mismo lo entrené".
"Muy bien", continuó Roger. "¿Puede por favor leer la causa oficial de la muerte en voz alta?"
Beckett encontró la línea.
"Craig Sloan murió como resultado de múltiples golpes en el cráneo con un objeto duro y liso. Él..."
Roger levantó una mano.
"Eso es suficiente. Te lo preguntaré de nuevo, ¿cuántas veces golpeaste a Craig Sloan con la piedra?"
Beckett se encogió de hombros.
"Como he dicho, más de una vez, pero no estoy seguro de cuántas exactamente".
"¿Y eso es congruente con el informe de patología?"
Beckett no necesitó volver a leer la frase. Sabía exactamente lo que decía, en parte porque había ayudado al doctor Karl a redactarla.
"Sí-múltiple en este contexto significa más de uno, pero el ME no pudo determinar el número exacto de golpes".
Roger Albright le miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, antes de volver a hablar.
"Gracias por su cooperación, Dr. Campbell. Mis colegas y yo mantendremos ahora una breve discusión privada".
Roger se volvió hacia los agentes Herd y Lincoln. La brusquedad

con la que el interrogatorio había llegado a su fin sorprendió a Beckett, y su ritmo cardíaco tardó unos instantes en calmarse.

Los tres hombres hablaban en voz baja, demasiado baja para que él pudiera oírlos, y Beckett resistió el impulso de intentar leer los labios. Ahora tenía claro que Roger y su grupo de Asuntos Internos habían llegado a una conclusión incluso antes de toda esta farsa.

Como había dicho Chase, si todos se atenían a su historia, no había nada que *pudieran* hacer.

"Mis colegas y yo hemos decidido que vamos a cerrar este caso. Craig Sloan asesinó a siete personas, y no nos cabe duda de que sin su intervención habría seguido matando. Aunque sus acciones fueron... cómo decirlo... *poco ortodoxas*, no constituyen, en nuestra opinión, ni un acto criminal ni negligente por su parte."

Beckett sintió que se le quitaba un gran peso de encima y respiró hondo por primera vez en lo que le pareció una eternidad.

Chase tenía razón... cíñete al guión.

"Sin embargo, dicho esto, le recomendamos que se tome un tiempo libre, Dr. Campbell. Ha pasado por una prueba increíblemente emocional y agotadora, y creemos que lo mejor para todos es que pase varias semanas alejado de la policía de Nueva York, de la Universidad de Nueva York y de cualquier otro asunto médico relacionado. Aunque no deseamos empañar su expediente haciendo de esto una petición formal, le sugiero encarecidamente que siga nuestro consejo y haga caso de nuestra *recomendación*."

Roger Albright se ajustó las gafas antes de continuar. "Hablando claro, Beckett, creo que es hora de que te tomes unas vacaciones. Unas buenas y largas vacaciones al sol. Olvídate de las cosas, vuelve renovado".

Beckett miró nerviosa a su alrededor, sin acabar de creerse que aquello hubiera terminado por fin.

"¿Puedo irme?"

"De hecho, eres libre de irte".

Beckett se puso en pie, con las manos a los lados.

"Joder. Entonces me largo de aquí".

Estaba a medio camino de la puerta, cuando la voz de Roger le hizo volverse.

"Extraoficialmente, Dr. Campbell, ¿sabía que la pistola de Craig Sloan estaba vacía cuando salió del maletero?"

En su mente, Beckett imaginó los cinco agujeros del maletero más el que había destruido la cerradura.

"No tenía ni idea", mintió, y salió de la habitación.

***

Chase estaba de pie en el pasillo, mordiéndose el labio cuando Beckett salió de la sala de reuniones. Por una fracción de segundo consideró la posibilidad de meterse con ella y decirle que iba a ir a la cárcel, pero al ver la preocupación en su rostro, decidió no hacerlo.

"Me han dicho que puedo ir", dijo con los ojos bajos.

Chase se abalanzó sobre él y le rodeó la espalda y los hombros con los brazos.

"Te dije que todo saldría bien", le susurró al oído. "Te lo dije".

Beckett asintió y la despegó suavemente de él.

"¿Qué vas a hacer ahora?" preguntó Chase cuando se separaron.

Beckett se encogió de hombros.

"Roger y sus matones me sugirieron que me tomara unas vacaciones, así que puede que lo haga".

Chase sonrió satisfecho.

"¿Estás tumbado en una playa? No lo veo".

"Yo tampoco, pero supongo que este es el nuevo yo".

Había querido que el comentario fuera una broma, pero había algo involuntariamente profundo en él que le incomodó.

"¿En algún sitio en particular?"

"Tengo un amigo con contactos en una isla muy exclusiva de la zona de Virgin Gorda-St. Siempre me pide que vaya a visitarla, así que creo que ya es hora de aceptar su oferta".

La sonrisa de Chase creció.

"Excelente. I-"

Su teléfono zumbó, se lo quitó de la cadera y se quedó mirando la pantalla de llamadas.

La sonrisa se le borró de la cara.

"Tengo que cogerlo", dijo, con los ojos aún fijos en el teléfono.

"¿Chase?" Beckett dijo suavemente.

"¿Sí?"

Beckett abrió la boca para hablar, pero al notar que ella estaba preocupada, en lugar de las palabras que pretendía inicialmente, se limitó a decir: "Gracias".

Chase le ofreció una sonrisa cansada.

"Tómate un descanso, Beckett. Estarás bien".

Chase contestó al teléfono y se dio la vuelta, avanzando lentamente por el pasillo mientras ladraba por el auricular.

Beckett la vio irse.

Chase estaba equivocado, por supuesto; no estaría bien. De hecho, dudaba que alguna vez volviera a estar *bien*. Después de todo, Craig Sloan le había cambiado.

Beckett había dado *las gracias*, pero lo que realmente quería decir era que *Craig tenía lo que se merecía. Lo maté porque iba a volver a matar. No iba a dejarlo así como así después de completar el examen*

patológico; el examen era sólo el principio. Lo detuve de la única forma que sabía: matándolo, aplastándole la cabeza con la roca hasta que quedó cubierta de sus sesos y sangre y trozos de cráneo. ¿Y Chase? Me gustaba.

Fue esta última parte la que más asustó a Beckett.

Me gustó, Chase, y me temo que algún día volveré a hacerlo.

Otros libros de Patrick Logan

Chase Adams Thrillers del FBI
Libro 1: Frozen Stiff
Libro 2: Sospechoso en la sombra
Libro 3: Dibujando muertos
Libro 4: Alerta Amber
Libro 4.5: La historia de Georgina
Libro 5: Dinero sucio
Libro 6: La Guarida del Diablo
Libro 7: Damas pintadas
Libro 8: Efectos adversos

Detective Damien Drake
Libro 1: Besos de mariposa
Libro 2: Causa de la muerte
Libro 3: Descargar Asesinato
Libro 4: Rey Esqueleto
Libro 5: Tráfico de seres humanos
Libro 6: El Señor de la Droga: Primera Parte
Libro 7: El Señor de la Droga: Segunda Parte
Libro 8: Pelea premiada
Libro 9: Casi infame

Dr. Beckett Campbell, ME
Libro 0: Bitter End
Libro 1: Donante de órganos
Libro 2: Inyectar fe
Libro 3: Precisión quirúrgica
Libro 4: No resucitar
Libro 5: Extraer el mal

La serie embrujada
Libro 1: Tumbas poco profundas
Libro 2: El séptimo pabellón
Libro 3: La prisión de Seaforth
Libro 4: Crematorio de Scarsdale
Libro 5: Orfanato Sagrado Oído
Libro 6: Orillas del tuétano
Libro 7: Sacrificio

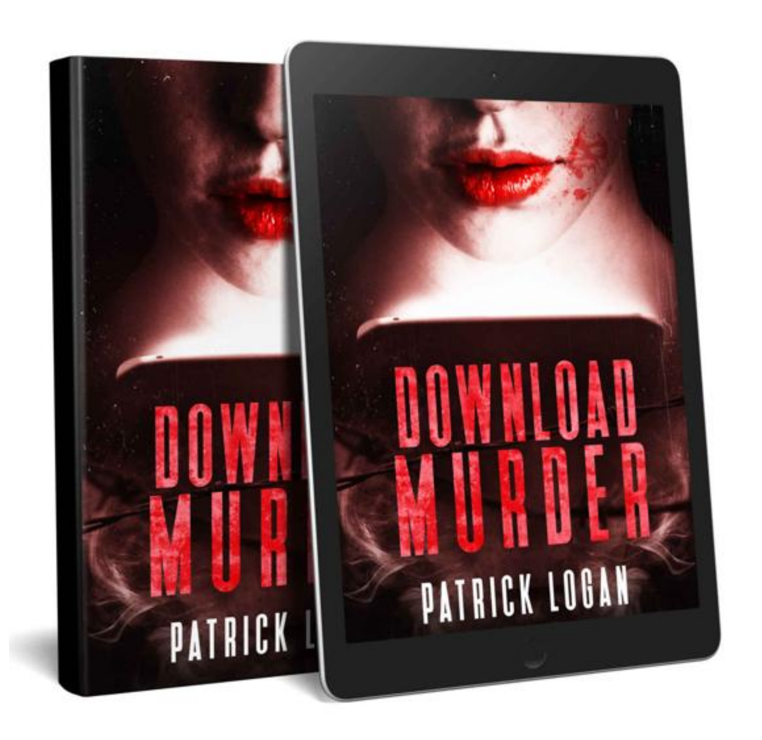
No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre 2023

DESCARGAR ASESINATO

PATRICK LOGAN



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

No hay nada que escribir.

Todo lo que haces es sentarte ante una máquina de escribir y sangrar.

Ernest Hemingway

Descargar Asesinato
Detective Damien Drake Libro 3
Patrick Logan

Prólogo

El silbido era genérico, no representaba nada que ninguna de las chicas pudiera reconocer. Era sólo una cadena de notas sin tono que no parecían seguir un patrón o una melodía en particular.

Lo que de alguna manera lo hacía aún más aterrador.

Melissa se estremeció y abrió los ojos. Le dolían el cuello y los hombros de haberse quedado dormida con la espalda apoyada en el frío cemento, y hacía tiempo que se le habían entumecido las manos, fuertemente atadas por detrás.

Su ritmo cardíaco se aceleró con el sonido de una puerta que se abría, y Melissa cerró los ojos con fuerza, tratando de alejar a su captor.

El silbido cesó bruscamente, y de algún modo se armó de valor para volver a abrir los ojos.

Una figura sombría estaba agachada a un palmo de ella, con la cabeza inclinada hacia un lado. Cuando una mano enguantada se acercó a su cara, Melissa retrocedió tan deprisa que la parte posterior de su cráneo rebotó contra la pared con la fuerza suficiente para que las estrellas se dispararan a través de su visión.

Pero la mano no la agarró como ella pensaba; en su lugar, los dedos le apartaron de la cara un mechón de un quebradizo pelo castaño.

"¿Por qué haces esto?" gimoteó Melissa.

Cuando la única respuesta de la figura fue cambiar el ángulo de inclinación de la cabeza, la rabia la invadió de repente.

"Que te jodan", gruñó. Como esta vez la sombra no respondió, ni siquiera pareció reconocerla, se inclinó hacia delante y escupió.

El chorro golpeó a su captor directamente en la cara y la figura retrocedió dando tumbos. El espacio no debía de tener más de metro y medio de altura, y por un segundo Melissa pensó que el captor podría romperse la cabeza con uno de los travesaños bajos.

La figura se agachó justo a tiempo.

"Eso no es de buena educación", dijo su captor. Cuando los dedos se extendieron de nuevo hacia su cara, Melissa no se acobardó. Esta vez, la miró fijamente, con odio en los ojos.

"Eso simplemente no se tolera aquí, cariño".

No había ira en su voz, sino un simple castigo superficial.

La mano enguantada se perdió de vista. Cuando reapareció, los dedos de cuero rodeaban el mango de un cuchillo de carnicero de veinte centímetros.

Melissa no quería mostrar miedo, no quería alimentar los deseos enfermizos de su captor. Pero cuando sus ojos se posaron en la hoja, no pudo evitarlo; sus ojos se abrieron de par en par.

Su captor debió de darse cuenta, pues una risita seca llenó de repente el espacio.

"No es para ti, cariño", dijo la figura. Y la sombra giró para mirar a la otra mujer.

Había estado aquí cuando Melissa llegó por primera vez y, aunque era difícil saber cuánto tiempo había pasado en el sótano, Melissa pensó que habían pasado unos tres días.

Y en todo ese tiempo, la otra mujer no había dicho ni una sola palabra, ni siquiera había murmurado su nombre. De hecho, la única señal de que estaba viva era su temblor casi constante. Al igual que Melissa, su pelo estaba sucio y cubría su pálido rostro con finos mechones como espaguetis. Sin embargo, cuando la figura se acercó a ella, la mujer empezó a animarse.

La esperanza floreció de repente en el interior de Melissa.

Ha estado guardando su energía; todo este tiempo, ha estado esperando el momento justo. Juntos... juntos tal vez podamos tomar el cuchillo, tal vez...

Pero cuando la mujer simplemente extendió los brazos, con las palmas hacia arriba, todo el optimismo huyó de ella.

Tenía cicatrices en las muñecas, una red de líneas rosas entrecruzadas que destacaban en sus antebrazos de alabastro.

Esta mujer no lucharía, Melissa lo sabía.

"¿Ves?", le indicó el captor. "Así es como debes comportarte".

Sin vacilar, la hoja salió disparada y una raya escarlata apareció entre las cicatrices rosadas. La sangre brotó de inmediato, cubriendo la mitad inferior de su brazo antes de acumularse en la palma. Los párpados de la mujer se hundieron y su cuello se inclinó.

"Está bien, cariño. Has hecho tu parte, te he visto morir".

La figura limpió la hoja en la camisa manchada de suciedad de la mujer antes de volver a guardarla en la funda. Luego extendió un pulgar enguantado y presionó la herida, empapando la almohadilla con su sangre.

Melissa quería enfadarse, gritar a su captor, exigirle, por enésima vez, la razón por la que se la habían llevado, por la que las habían secuestrado a las dos.

Pero lo único que pudo decir fue una maldición muda.

"Déjala en paz."

La figura oscura se giró y se acercó rápidamente, medio en cuclillas, medio arrastrándose.

Melissa intentó darse la vuelta, ocultar la cara, pero una mano salió disparada y le agarró las mejillas con fuerza, obligándola a poner mala

cara.

"Aquí abajo no se maldice", siseó el captor. Melissa forcejeó, pero el agarre era demasiado fuerte para zafarse. Le dolían las mejillas y, aunque hubiera querido hablar, no habría podido.

La cuchilla me va a cortar ahora, me va a cortar profundamente igual que a la otra mujer. Entonces voy a morir aquí, en este sótano de mierda y helado.

La persona apretó aún más fuerte. Luego, con el pulgar aún empapado de la sangre de la otra mujer, el captor se la untó en los labios, pintándolos burdamente con la pegajosa sustancia.

Melissa tuvo una arcada y su captor por fin le soltó la cara. Intentó escupir sin tocar la sangre con la lengua, sin dejar que nada de ella entrara en su boca.

La bilis se le subió a la garganta cuando probó el líquido cobrizo, pero de algún modo consiguió luchar contra las ganas de vomitar.

Aparentemente satisfecho, el captor retrocedió y se acercó a la tenue bombilla que proporcionaba la única iluminación del sótano.

La mano enguantada volvió a moverse, pero en lugar de sacar un cuchillo, regresó sosteniendo un bloc de notas negro.

Mientras Melissa miraba horrorizada, la figura pasó a una página en blanco y luego presionó el pulgar enguantado contra la esquina superior derecha, dejando tras de sí una huella ensangrentada.

"Escribe lo que sepas", susurró el captor de Melissa. Y entonces el silbido comenzó de nuevo mientras el bolígrafo empezaba a moverse por la página.

Primer acto

Capítulo 1

Damien Drake se encorvó, ocultando sus dos metros de estatura tras un Lincoln Navigator aparcado. Respiraba con dificultad y el sudor le resbalaba por la frente a pesar de la nieve que revoloteaba a su alrededor.

Me estoy volviendo descuidado.

Si no hubiera sido por su reciente recuperación de salud -no por haber dejado de beber, sino por haber reducido su consumo-, casi con toda seguridad le habrían visto.

¿Y qué le había indicado Ken Smith?

No te hagas notar. Si te haces notar, negaré haberte hablado, Drake. Y sabes lo que eso significa.

Drake hizo una mueca al recordar su conversación junto al fuego en el lujoso ático de Ken.

Sí, lo sé. Sé lo que significa.

Contuvo la respiración instintivamente cuando oyó las voces, ahora más fuertes, y se quedó completamente quieto, esperando que las dos personas a las que había estado siguiendo no se hubieran dado cuenta de las bocanadas de aire caliente que se filtraban desde detrás del Lincoln.

"¿Sabes qué es lo peor?", preguntó la voz masculina.

"¿Qué es eso?"

"*Él es* el que está sucio; él es el que sacó a su hijo de todos sus problemas cuando era adolescente, pagó a la policía, a los periodistas y Dios sabe a quién más. Y aún así *me* pinta como un criminal. Si no fuera tan dañino, sería condenadamente cómico".

Drake oyó el ruido de la puerta de un coche al abrirse. Respirando hondo, levantó la cabeza lo suficiente para mirar a través de las ventanillas del Navigator a las dos personas que hablaban.

Uno era el Dr. Gary Kildare, por supuesto, pero el otro era una mujer guapa a la que no reconoció.

"Sí, pero no puedes ir a por Ken, al menos no directamente. Si lo haces, será mejor que te olvides de ganar las elecciones", dijo la mujer, con los labios rojos y brillantes fruncidos. "Después de lo que pasó con Thomas..."

El Dr. Kildare asintió.

"Sí, lo sé. Y me siento mal por lo que le pasó a su hijo", hizo una pausa. "Sé que esto va a sonar terrible, pero no puedo evitar pensar que la muerte de Thomas fue lo mejor que le pasó a las esperanzas electorales de Ken. En serio".

La mujer frunció el ceño.
"Tienes razón, suena terrible".
El Dr. Kildare suspiró pesadamente y se frotó las sienes con una mano enguantada.
"Lo sé; lo siento. Ha sido una semana larga, eso es todo", una débil sonrisa cruzó su rostro, que le hacía parecer mucho mayor de lo que aparecía en los grandes carteles electorales que cubrían las ventanas del edificio del que acababan de salir. "Gracias, Mary. Gracias por todo".
Entonces ocurrió algo que hizo que Drake enarcase las cejas, algo que le convenció de que pasar la mayor parte de una hora a la intemperie en medio de un frío glacial no era una completa pérdida de tiempo.
El Dr. Kildare se inclinó y besó en los labios a la mujer, de la que Drake estaba casi seguro que era su jefa de campaña. Sólo que no era uno de esos intercambios al estilo europeo entre amigos íntimos.
Este se quedó.
Cuando finalmente se separaron, el Dr. Kildare se limpió la boca y luego sus ojos se desviaron.
Drake cayó una fracción de segundo antes de que la mirada del hombre se posara en el Navegante.
Mierda, eso estuvo cerca.
"¿Nos vemos mañana?" Preguntó el Dr. Kildare.
"Por supuesto".
"¿Estás seguro de que no podemos vernos más tarde esta noche?"
Hubo un intercambio inaudible que Drake no captó.
"Muy bien, mañana entonces", dijo el Dr. Kildare, con un toque de solemnidad en la lengua. "Buenas noches, Mary."
"Buenas noches, Brent."
La puerta de un coche se cerró y el sonido de un motor al arrancar llenó el aire invernal.
Drake se permitió por fin exhalar y se desplomó contra el hueco de la rueda del Navigator. Su alivio, sin embargo, duró poco; el sonido de pasos acercándose en la nieve recién caída incitó el pánico.
¿Qué demonios...?
Cayó en la cuenta de que sólo había oído cerrarse una puerta, y entonces saltó a la vista el hecho evidente de que el médico y el director de campaña se habían despedido *fuera* del coche.
Drake esperaba que se marcharan juntos, lo que obviamente no era el caso.
Jesucristo, realmente me estoy volviendo descuidado. Descuidado y lento.
El verdadero problema era que sólo había otro coche en el aparcamiento junto al Mercedes del Dr. Kildare.

Y ese coche era un Lincoln Navigator negro.

Drake tragó saliva y se concentró en el sonido de los pasos. Estaba acurrucado junto a la puerta trasera del conductor y, cuando confirmó que Mary se dirigía hacia la parte delantera del coche, se deslizó por la parte trasera del vehículo, permaneciendo agachado y fuera de la vista. Se oyó el sonido de un llavero y la puerta del conductor se abrió. Mary entró, se sacudió la nieve de las botas y la cerró de golpe.

Drake miró a su alrededor, tratando desesperadamente de encontrar una salida a la situación. Pensó en huir, pero no había otros coches en el aparcamiento tras los que pudiera esconderse. Y con su abrigo negro, no había duda de que le verían en la nieve.

¿Acaso importa? Puedo esconder mi cara; ella nunca sabrá quién soy.

Drake negó con la cabeza.

Sí importaba; importaba porque Mary se lo diría al Dr. Kildare, y sabrían que Ken les estaba espiando.

Y eso los haría cautelosos, y Drake no podía permitirse eso. Necesitaba que estuvieran sueltos, que hablaran libremente, para conseguir lo que Ken quería.

Sólo se le ocurrió otra cosa que hacer.

Drake esperó a que el motor rugiera y, cuando se encendieron las luces de freno, se giró rápidamente hacia el lado del acompañante. Con una mano en el parachoques para medir la velocidad del coche, se movió con él mientras Mary salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Miró por el retrovisor lateral y se dio cuenta de que no podía distinguir su cara; estaba doblada de tal forma que sólo podía ver el logotipo del Navigator bordado en el reposacabezas del asiento del copiloto.

A Drake le recordaron los carteles que de vez en cuando veía pegados en la parte trasera de los camiones de transporte.

Si tú no puedes verme, yo no puedo verte.

Se preguntó si sería cierto, pero tuvo que concentrarse cuando Mary puso el coche en marcha.

Para empeorar las cosas, el jefe de campaña del Dr. Kildare tenía un pie de plomo, al parecer.

El coche salió disparado hacia delante, y Drake tuvo que trotar para seguirle el ritmo, lo que no era poco teniendo en cuenta que tuvo que permanecer agachado todo el tiempo.

Se deslizó detrás del vehículo, con los muslos ardiendo y el interior de las piernas escociéndose. Justo cuando creía que iba a desplomarse de cansancio, el coche se acercó a la entrada del aparcamiento. Y allí, aparcado a un lado de la carretera cubierto por una capa fresca de nieve, divisó su coche. Cuando Mary pasó junto a su Crown Vic, Drake saltó y aterrizó en la carretera, esquivando por los pelos el capó acribillado a balazos de su vehículo.

El aire salió de sus pulmones y jadeó, pero permaneció completamente inmóvil. La nieve parecía mucho más cómoda y amortiguadora de lo que era en realidad.

Al cabo de un momento, giró la cabeza y miró por debajo del coche. Con la respiración agitada y el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, vio cómo el Navigator giraba a la izquierda y se adentraba en la noche.

Cuando estuvo seguro de que Mary se había ido, Drake se echó a reír.

Esto es ridículo. Absolutamente ridículo.

Pero por muy descabellado que fuera, por fin consiguió algo sobre el Dr. Kildare. Después de todo, todo el mundo sabía que la esposa del buen doctor se llamaba Julia, no Mary.

Capítulo 2

"¿Puede decir su nombre y cargo para que conste en acta?"

Chase Adams miró brevemente a su alrededor antes de contestar. Estaba sentada en una silla frente a dos grupos de mesas: el primero estaba ocupado por tres hombres, que se habían presentado como los agentes Herd y Lincoln, de asuntos internos, y el subinspector adjunto Roger Albright. Todos tenían la misma expresión en la cara, como si les hubieran hecho un photoshop con la misma imagen paterna: duros, implacables e indiferentes.

El Dr. Beckett Campbell estaba sentado detrás del segundo escritorio. El hombre tenía ojeras, que parecían hundidas, y el pelo rubio blanquecino aplastado contra el cráneo. Llevaba un sencillo traje azul marino, que parecía totalmente fuera de lugar en el hombre al que Chase había llegado a llamar su amigo.

Beckett tenía los ojos bajos y, cuando cogió el vaso de agua que había sobre el escritorio, ella se dio cuenta de que le temblaba ligeramente la mano.

Chase fijó su mirada en Roger Albright.

"Chase Adams, sargento de la comisaría 62 de la policía de Nueva York", dijo con calma.

"Gracias", respondió el agente Herd. "Ahora, ¿podría relatar los hechos que condujeron a su aparición en el domicilio abandonado que perteneció a la ya fallecida doctora Tracey Moorfield?".

Chase sintió que sus labios se torcían en una mueca.

¿Domicilio abandonado? Esta vez sí que han sacado el diccionario de sinónimos...

"Claro", empezó Chase, y luego les contó la misma historia que había estado contando desde que empezó la investigación: que en aquel momento estaba fuera de servicio, cumpliendo una suspensión que había sido revocada después de que suspendieran al propio sargento Rhodes. Contó que estaba en Investigaciones Triple D ayudando a un amigo cuando Damien y Beckett la llamaron para pedirle que buscara noticias sobre el pasado del Dr. Moorfield. Omitió la parte relativa a la implicación de la agente Dunbar, tal y como habían planeado.

El agente Herd asintió cuando terminó.

"Y cuando llegaste, ¿fuiste la primera persona en la escena?"

Chase negó con la cabeza.

"No, ya había varios oficiales presentes, incluyendo bomberos y EMT. También vi a uno de mis colegas, el detective Henry Yasiv en la

escena".

El agente Herd esperó a que continuara, pero Chase se mordió la lengua. Había respondido a la pregunta y eso era todo lo que se le pedía. Una de las pocas cosas que su padre, abogado litigante, le había inculcado hacía muchos años era que cuando la gente empezaba a hablar de más, a ofrecer información que no se le pedía, se metía a sí misma, y a los demás, en problemas.

Y no pensaba abrir esa caja de Pandora. No cuando la carrera de su amigo, y quizá incluso su libertad, estaban en juego.

"¿Sargento Adams? ¿Hay algo más que quiera añadir?"

Chase negó con la cabeza.

"No. ¿No he respondido a tu pregunta?"

Roger Albright se inclinó y susurró algo al oído de Herd. El agente asintió y se volvió hacia ella.

"Esto no es un juicio, Sargento Adams. Esto es simplemente una investigación para determinar la causa probable, y para ayudarnos a averiguar el próximo curso de acción."

Chase asintió y, de nuevo, Herd esperó.

Finalmente, el agente suspiró y Chase repitió, esta vez un poco más severamente: "¿No he respondido a su pregunta?".

Fue Roger quien contestó, lo que la sorprendió, ya que creía imposible que con los labios tan apretados pudiera hablar.

"Lo ha hecho, Sargento Adams. Por favor, díganos qué pasó *después de* llegar a la escena, lo que llevó a su encuentro con el Dr. Campbell."

Le vino a la mente una imagen aterradora de Beckett saliendo de las sombras, con las manos chorreando sangre, y se estremeció.

"Pregunté por mi ex-compañero, Damien Drake, y luego por Suzan Cuthbert".

"¿A quién has preguntado?"

"Detective Yasiv. Dijo que ambos estaban bien, y que ambos iban a lograrlo".

Herd garabateó algo en un bloc que tenía delante y luego retomó la línea del interrogatorio de Roger Albright.

"¿Preguntó por Craig Sloan? ¿Mencionó el detective Yasiv su nombre?"

Chase negó con la cabeza.

"No; sólo estaba feliz de que mi gente fuera a sobrevivir. Eso era lo que más importaba".

"¿Y qué hiciste después?"

"Estaba angustiada y, como en ese momento estaba suspendida, bajé por el lateral de una de las casas para recogerme".

Roger Albright se inclinó hacia delante.

"Por favor, cuéntanos qué pasó después".

Chase respiró hondo.

Tal como ensayamos, se recordó a sí misma. *Tal y como ensayamos.*

"Lo primero que vi fue el cuerpo de Craig Sloan, aunque en ese momento no sabía que era él; ni siquiera había visto antes una foto del hombre. Estaba tumbado boca arriba y no parecía moverse ni respirar. Tenía una pistola al lado. Entonces vi al Dr. Campbell entre las sombras. Estaba... visiblemente alterado".

Los tres hombres discuten entre ellos durante unos segundos.

"En su informe inicial, declaró que vio sangre en las manos del Dr. Campbell. ¿Es esto correcto?"

Chase indicó que sí, y Roger asintió.

"¿Notó algo que pudiera haber sido usado para golpear a Craig Sloan?"

Chase no lo dudó.

"Había una roca cerca de su cuerpo, que también estaba manchada de sangre".

"Gracias. Ahora, volvamos al arma por un momento. Dijiste que estaba cerca del cuerpo; ¿aproximadamente a qué distancia estaba de Craig Sloan?"

"Estaba a varios metros de su mano", respondió ella al instante.

De nuevo, una breve discusión.

"Gracias por su cooperación, Sargento Adams. Puede retirarse".

Chase parpadeó, pensando por un segundo que había oído mal.

"¿Perdón?"

"Pueden retirarse", repitió Roger Albright.

Chase se quedó mirando.

No, esto no está bien. Se supone que debo hablar de Craig Sloan, de las siete personas que asesinó, de cómo la perspicacia de Beckett nos llevó a identificarlo como el asesino.

La advertencia de su padre se esfumó.

"Craig Sloan... asesinó... había...", tartamudeó.

"Eso será todo, sargento Adams", repitió Roger.

"Pero-pero-"

Roger frunció el ceño.

"Sargento Adams, quiero recordarle que aunque esto no es un juicio, todo lo que diga hoy aquí podrá ser utilizado en el futuro. Ahora, por favor, como jefe de esta investigación, me gustaría pedirle de nuevo que por favor se retire."

Chase miró nerviosa a su alrededor, primero a los tres agentes y luego a Beckett, que no parecía darse cuenta de lo que ocurría.

Tragó saliva y pensó en decir algo más, pero finalmente decidió no hacerlo.

Mientras se ponía en pie y caminaba hacia la puerta, intentó llamar sutilmente la atención de Beckett, implorarle sólo con la mirada que se ciñera al guión.

Pero Beckett ni siquiera levantó la vista. En lugar de eso, cogió el agua, con la mano tan temblorosa que estuvo a punto de derramarla.

Apégate a lo que escribí en la nota, Beckett. Cíñete a la nota, o todos vamos a caer por esto.

Capítulo 3

"¿Estás bien, cariño? Pareces cansada".

Colin Elliot metió la cuchara en el bol de cereales y se frotó los ojos.

"Anoche estuve escribiendo hasta tarde y luego salí a correr", se quejó mientras estiraba las pantorrillas. "Puede que haya forzado demasiado las cosas".

Ryanne se acercó a su marido y le puso una mano en el hombro. Él se inclinó hacia ella y apoyó la cabeza en su cadera.

"Has estado presionando demasiado, Colin. Te vas a quemar".

Colin se apartó y miró a su mujer. Tenía la cara redonda y, aunque no era del todo desagradable, tampoco era precisamente bonita. Tenía los labios planos y la nariz demasiado fina. Tenía círculos oscuros alrededor de los ojos, un conjunto de mapache a juego con los suyos, pero esto no fue lo que le pilló desprevenido.

Era su sonrisa. No era una sonrisa condescendiente, sino una expresión genuina de gratitud o tal vez *incluso* de afecto. Le costaba creer que fuera la misma mujer que le había gritado la otra noche, que había gritado tanto y tan fuerte que la policía había acudido a la puerta para asegurarse de que todo iba bien.

Colin tragó saliva y trató de apartar de su mente la imagen de su cara, roja como un latido, con la boca torcida en un gruñido.

"Tenía que terminar el libro", dijo en voz baja. "Necesitaba sacarlo rápido".

Algo pasó por la cara de Ryanne, algo desagradable, y su mano se soltó de su espalda. Dio la impresión de que iba a decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo, la cocina se llenó de risas.

"Juliette, ¿has desayunado ya? Tenemos que irnos pronto", dijo Colin con una media sonrisa.

Juliette entró corriendo en la cocina, con su larga coleta rubia balanceándose de un lado a otro.

"No. Colby se lo llevó", respondió, torciendo los hombros mientras hablaba.

Colin negó con la cabeza y se volvió hacia su otra hija, que siguió a Juliette a la habitación.

"¿Es verdad, Colby?"

"Colby lo cogió", repitió la chica, imitando a su hermana.

Colin se volvió hacia Ryanne, pero ella ya se había dirigido al fregadero, llevándose su tazón de cereales a medio terminar.

Y Ryanne tomó la mía.

"Vamos, chicos. Nada de peleas esta mañana, ¿vale? Papá está cansado. Terminen de desayunar y pónganse los zapatos y las chaquetas".

Juliette le miró como si tuviera dos cabezas.

"Ya te lo dije, no tuve oportunidad de comerlo. Ella se lo llevó".

Colin se volvió hacia Colby que, a diferencia de su hermana, llevaba el pelo recogido en un moño. Con un suspiro, dijo: "¿Lo hiciste, Colby? ¿Te has llevado el desayuno de Juliette?".

Colby se encogió de hombros.

"¿Y qué si lo hice? Soy la hermana mayor, y si quiero otro tazón de cereales, puedo tomarme uno. Si no fuéramos tan pobres, quizá todos podríamos tomar dos tazones de cereales. Carla Banks puede tomar todos los cereales que quiera, ¿sabes?".

Los ojos de Colin se abrieron de par en par.

¿Cómo puede un niño de siete años ser tan descarado?

"¡Sólo eres seis minutos mayor que yo!" Juliette gritó, perdiendo el punto por completo. "¡Seis minutos!"

"Ya basta", espetó Ryanne, mientras se inclinaba sobre el fregadero, dándoles la espalda. "Poneos los zapatos, y si seguís discutiendo, nadie cenará esta noche".

Y ahí estaba: la rabia de la noche anterior volviendo a su voz.

Cada vez está peor, pensó Colin. *Antes sólo me gritaba a mí, pero ahora también se porta mal con los niños.*

Colby apretó los labios y levantó la barbilla.

"Sigo siendo mayor. Seis minutos, seis horas, ¿qué importa? Soy la hermana mayor".

Colin suspiró y se frotó las pantorrillas doloridas.

"¡Ya basta!" bramó Ryanne. Golpeó el fregadero con las manos y se dio la vuelta. "¡Ya basta!"

Colin se encogió, pensando en los vecinos, esperando que ya estuvieran trabajando.

¿Qué había dicho el policía? Si volvemos, vamos a tener que mantenerlos separados por la noche. Tal vez incluso traer servicios para niños.

"Por favor, Ryanne, está bien. Los llevaré a la escuela hoy".

Ryanne lo fulminó con la mirada y frunció el ceño. Colin se levantó rápidamente, rodeó a sus hijas con los brazos y las guió hacia la puerta principal antes de que su mujer pudiera meter los garfios.

"Vamos chicas, poneos los zapatos y los abrigos rápido, ¿vale? Vamos a llegar tarde a la escuela".

Tanto Colby como Juliette le miraron un momento y él vio algo en sus ojos que le rompió el corazón.

Miedo, pensó con una punzada de culpabilidad, *le tienen miedo*.

También había algo más en sus expresiones juveniles, algo que no

había visto antes.

¿Era ira? No, eso no estaba bien. ¿Desdén, tal vez?

"Por favor, chicas. Deprisa".

Sin discutir, las chicas se dirigieron a la entrada y empezaron a prepararse para el frío. Colin las siguió y se calzó las botas. Se volvió para despedirse y se sorprendió al ver a Ryanne de pie a pocos metros de él, con las manos en las caderas.

"Hoy voy a salir", le informó. "No me esperes en casa hasta más tarde".

Colin asintió.

"Está bien. Tengo grupo de escritores esta tarde, de todos modos. ¿Pero crees que puedes recoger a las niñas de la escuela?"

El ceño de Ryanne se frunció, y él sabía exactamente lo que estaba pensando porque se lo había dejado explícitamente claro la otra noche.

¿Tengo que hacerlo todo aquí? ¿No puedes conseguir un puto trabajo de verdad? ¿O qué tal si escribes un puto libro que la gente realmente quiera leer?

Colin tragó saliva mientras esperaba la reacción. Pero mientras los ojos de Ryanne se entrecerraban hasta convertirse en rendijas, ejerció lo que para ella era un control sin precedentes, y se volvió hacia las chicas.

"Despídete de mamá", dijo en voz baja. "Dale un beso y vámonos. El autobús se va".

Capítulo 4

Beckett se sentía como si estuviera soñando. De hecho, todo lo que había ocurrido desde la noche en que el colonial quemado del doctor Moorfield había ardido por segunda vez le parecía una horrible pesadilla.

Cada mañana se despertaba haciéndose la misma pregunta: *¿Hice yo eso? ¿Lo he hecho de* verdad*?*

Todo apuntaba a que lo había hecho: los informes de los periódicos -aunque, por suerte, habían mantenido su nombre al margen-, esta misma investigación y, lo peor de todo, los recuerdos.

En su mente, oyó el ruido nauseabundo de la roca al chocar contra el cráneo de Craig Sloan, pudo sentir la sangre caliente primero en sus manos y luego cubriéndole las muñecas, y pudo ver cómo los ojos del hombre giraban hacia atrás en su cabeza.

Después de pasar más de una década rodeado de muertos, Craig era el primero del que había sido personalmente responsable.

Pero había algo subyacente a todas estas sensaciones que resultaba aún más alarmante.

Algo que realmente le aterrorizaba.

"Por favor, diga su nombre y cargo para que conste en acta", instruyó el agente Herd.

Beckett se inclinó hacia delante y carraspeó antes de contestar.

"Mi nombre es Dr. Beckett Campbell. Soy el Médico Forense Superior de la Policía de Nueva York, y también soy profesor asociado de Medicina y Patología en la Universidad de Nueva York."

"Gracias, Dr. Campbell. Como me oyó decir al sargento Adams, esto no es un juicio, sino una investigación. Dicho esto, por favor, reconozca que ha renunciado a su derecho a que alguien del Real Colegio de Cirujanos o de la Asociación Médica Americana le acompañe hoy."

"Lo he hecho".

"Bien. Entonces continuaremos. Por favor, en sus propias palabras, díganos qué pasó en la fecha en cuestión."

Beckett cerró los ojos y se rascó la frente.

"Estaba con un amigo íntimo, el ex detective de la policía de Nueva York Damien Drake, y buscábamos a la hija de un agente de policía caído en combate que creíamos secuestrada por un hombre que había matado a seis personas en el transcurso de dos semanas. Yo estaba fuera, en el coche de Drake, mientras él estaba dentro de un... *-pisa con cuidado,* Beckett-, un edificio de apartamentos en el centro de

Manhattan. Cuando salió, había identificado al secuestrador y al asesino. Llamamos al sargento..."

"Más despacio, Beckett", interrumpió Roger Albright. "Dices que estuviste en un condominio en Manhattan. ¿Puedes ser más específico?"

Beckett negó con la cabeza.

"No. Estaba oscuro, y yo estaba corriendo con muy poco sueño."

Roger frunció el ceño.

"¿Y dijo Damien Drake con quién se iba a reunir? ¿De quién había obtenido el nombre del supuesto secuestrador?"

De nuevo, Beckett negó con la cabeza.

"Nunca me lo dijo. Tal vez deberías preguntarle".

"Damien Drake no está disponible para esta investigación. Por favor, continúe con lo que pasó después de salir del condominio."

"Llamé a la sargento Adams con el nombre y ella me remitió a una casa que Craig Sloan había quemado una vez antes, cuando el Dr. Moorfield vivía allí. Creíamos que era allí donde tenía a Suzan Cuthbert. Cuando llegamos, el lugar ya estaba en llamas. Mientras Drake intentaba entrar, tuvo un altercado con Craig Sloan al lado de la casa. Craig quedó inconsciente, y Drake entró en la casa para ver si Suzan estaba dentro. Me indicó que metiera a Craig en el coche y que esperara a que llegara la policía".

"¿Te dijo que metieras a Craig en el coche? ¿Dónde en el coche?"

Beckett dudó.

"En el maletero. Drake conducía un vehículo civil que no tenía una jaula entre los asientos delanteros y traseros. Tampoco tenía un juego de esposas".

Roger asintió.

"Continúa".

"Así que lo metí en el maletero y luego me dirigí hacia la casa para ver si podía ayudar a Drake".

"¿Alguna vez entró en la casa, Dr. Campbell?"

"No. Iba a entrar en la casa, pero no llegué. Oí disparos desde dentro del maletero".

El agente Herd se frotó las sienes antes de comentar.

"¿Y tú... corriste? ¿Huyó del hombre cuando salía del maletero? Quiero decir, era, según tus palabras, un asesino y tenía un arma".

Beckett recordó aquel momento, el fuego a su espalda, los parpadeantes tonos amarillos y naranjas iluminando el gruñido de Craig. El hombre tenía una pierna fuera del tronco cuando Beckett había recogido la roca.

"No, no corrí."

"¿Por qué no?"

"Porque tenía una pistola y pensé que iba a cargarse a Drake

cuando saliera de la casa. A Suzan también, si seguía viva".

"¿Qué hiciste después?"

"Cogí una piedra y golpeé a Craig en un lado de la cabeza. Creo que estaba desorientado o quizá ensordecido por el ruido de los disparos dentro del maletero, porque nunca me vio venir".

"¿Cuántas veces golpeaste a Craig Sloan? ¿Una vez? ¿Dos veces? ¿Múltiples veces?" Roger preguntó.

Beckett releyó mentalmente la carta de Chase que Screech le había entregado en el hospital.

"Más de una vez, pero no puedo decirte cuántas. No más de tres o cuatro, creo. Sólo intentaba noquearle, pero no caía; seguía intentando apuntarme con el arma".

Roger *hizo* un sonido. Luego abrió una carpeta del escritorio y sacó una hoja de papel. Se la entregó al agente Lincoln y le dijo que se la llevara a Beckett, cosa que hizo.

"¿Conoce este informe?"

Beckett escaneó la página rápidamente.

"Sí. Este es el informe patológico relativo a la muerte de Craig Sloan."

"¿Y reconoce al forense que preparó el informe?"

"Sí, por supuesto. Dr. Henrik Karl."

"Y en su opinión profesional, ¿es el Dr. Karl un forense cualificado? ¿Un médico competente?"

"Sí, por supuesto; yo mismo lo entrené".

"Muy bien", continuó Roger. "¿Puede por favor leer la causa oficial de la muerte en voz alta?"

Beckett encontró la línea.

"Craig Sloan murió como resultado de múltiples golpes en el cráneo con un objeto duro y liso. Él..."

Roger levantó una mano.

"Eso es suficiente. Te lo preguntaré de nuevo, ¿cuántas veces golpeaste a Craig Sloan con la piedra?"

Beckett se encogió de hombros.

"Como he dicho, más de una vez, pero no estoy seguro de cuántas exactamente".

"¿Y eso es congruente con el informe de patología?"

Beckett no necesitó volver a leer la frase. Sabía exactamente lo que decía, en parte porque había ayudado al doctor Karl a redactarla.

"Sí-múltiple en este contexto significa más de uno, pero el ME no pudo determinar el número exacto de golpes".

Roger Albright le miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, antes de volver a hablar.

"Gracias por su cooperación, Dr. Campbell. Mis colegas y yo mantendremos ahora una breve discusión privada".

Roger se volvió hacia los agentes Herd y Lincoln. La brusquedad con la que el interrogatorio había llegado a su fin sorprendió a Beckett, y su ritmo cardíaco tardó unos instantes en calmarse.

Los tres hombres hablaban en voz baja, demasiado baja para que él pudiera oírlos, y Beckett resistió el impulso de intentar leer los labios. Ahora tenía claro que Roger y su grupo de Asuntos Internos habían llegado a una conclusión incluso antes de toda esta farsa.

Como había dicho Chase, si todos se atenían a su historia, no había nada que *pudieran* hacer.

"Mis colegas y yo hemos decidido que vamos a cerrar este caso. Craig Sloan asesinó a siete personas, y no nos cabe duda de que sin su intervención habría seguido matando. Aunque sus acciones fueron... cómo decirlo... *poco ortodoxas*, no constituyen, en nuestra opinión, ni un acto criminal ni negligente por su parte."

Beckett sintió que se le quitaba un gran peso de encima y respiró hondo por primera vez en lo que le pareció una eternidad.

Chase tenía razón... cíñete al guión.

"Sin embargo, dicho esto, le recomendamos que se tome un tiempo libre, Dr. Campbell. Ha pasado por una prueba increíblemente emocional y agotadora, y creemos que lo mejor para todos es que pase varias semanas alejado de la policía de Nueva York, de la Universidad de Nueva York y de cualquier otro asunto médico relacionado. Aunque no deseamos empañar su expediente haciendo de esto una petición formal, le sugiero encarecidamente que siga nuestro consejo y haga caso de nuestra *recomendación*."

Roger Albright se ajustó las gafas antes de continuar. "Hablando claro, Beckett, creo que es hora de que te tomes unas vacaciones. Unas buenas y largas vacaciones al sol. Olvídate de las cosas, vuelve renovado".

Beckett miró nerviosa a su alrededor, sin acabar de creerse que aquello hubiera terminado por fin.

"¿Puedo irme?"

"De hecho, eres libre de irte".

Beckett se puso en pie, con las manos a los lados.

"Joder. Entonces me largo de aquí".

Estaba a medio camino de la puerta cuando la voz de Roger le hizo volverse.

"Extraoficialmente, Dr. Campbell, ¿sabía que la pistola de Craig Sloan estaba vacía cuando salió del maletero?"

En su mente, Beckett imaginó los cinco agujeros del maletero y el que había destruido la cerradura.

"No tenía ni idea", mintió, y salió de la habitación.

***

Chase estaba de pie en el pasillo, mordiéndose el labio cuando Beckett salió de la sala de reuniones. Por una fracción de segundo consideró la posibilidad de meterse con ella y decirle que iba a ir a la cárcel, pero al ver la preocupación en su rostro, decidió no hacerlo.

"Me han dicho que puedo ir", dijo con los ojos bajos.

Chase se abalanzó sobre él y le rodeó la espalda y los hombros con los brazos.

"Te dije que todo saldría bien", le susurró al oído. "Te lo dije".

Beckett asintió y la despegó suavemente de él.

"¿Qué vas a hacer ahora?" preguntó Chase cuando se separaron.

Beckett se encogió de hombros.

"Roger y sus matones me sugirieron que me tomara unas vacaciones, así que puede que lo haga".

Chase sonrió satisfecho.

"¿Estás tumbado en una playa? No lo veo".

"Yo tampoco, pero supongo que este es el nuevo yo".

Había querido que el comentario fuera una broma, pero había algo involuntariamente profundo en él que le incomodó.

"¿En algún sitio en particular?"

"Tengo un amigo con contactos en una isla muy exclusiva de la zona de Virgin Gorda-St. Siempre me pide que vaya a visitarla, así que creo que ya es hora de aceptar su oferta".

La sonrisa de Chase creció.

"Excelente. I-"

Su teléfono zumbó, se lo quitó de la cadera y se quedó mirando la pantalla de llamadas.

La sonrisa se le borró de la cara.

"Tengo que cogerlo", dijo, con los ojos aún fijos en el teléfono.

"¿Chase?" Beckett dijo suavemente.

"¿Sí?"

Beckett abrió la boca para hablar, pero al notar que ella estaba preocupada, en lugar de las palabras que pretendía inicialmente, se limitó a decir: "Gracias".

Chase le ofreció una sonrisa cansada.

"Tómate un descanso, Beckett. Estarás bien".

Chase contestó al teléfono y se dio la vuelta, avanzando lentamente por el pasillo mientras ladraba por el auricular.

Beckett la vio irse.

Chase estaba equivocado, por supuesto; no estaría bien. De hecho, dudaba que alguna vez volviera a estar *bien*. Después de todo, Craig Sloan le había cambiado.

Beckett había dado *las gracias*, pero lo que realmente quería decir era que *Craig tenía lo que se merecía. Lo maté porque iba a volver a*

matar. No se iba a limitar a colgarlo después de completar el examen de patología: el examen era sólo el principio. Lo detuve de la única forma que sabía: matándolo, aplastándole la cabeza con la roca hasta que quedó cubierta de sus sesos y sangre y trozos de cráneo. ¿Y Chase? Me gustaba.

Fue esta última parte la que más asustó a Beckett.

Me gustó, Chase, y me temo que algún día volveré a hacerlo.

Capítulo 5

Drake regresó a Triple D sintiéndose como si acabara de correr una maratón.

No es que tuviera experiencia en maratones.

"Joder, estoy cansado", murmuró para sí mientras abría de par en par la puerta principal. Pisó con fuerza la alfombrilla, una cosa extraña de color beige con las palabras "Salte a la conclusión" que Screech había comprado, y luego se sacudió el frío del cuerpo como un perro que se seca el pelo.

"Eh, Beethoven, ¿estás bien ahí?", preguntó una voz desde la oscuridad.

Drake se asomó a la tenue oficina, intentando localizar al dueño de la voz. Al no ver a nadie de inmediato, encendió las luces...

No pasó nada.

¿"Screech"? ¿Eres tú?"

El hombre se asomó detrás de un monitor de ordenador, dejando que parte del resplandor iluminara su rostro. Screech se había dejado crecer el pelo, sobre todo en los laterales, donde solía estar afeitado, y se había deshecho de la perilla con pelusa de melocotón. Drake no podía decidir si su compañero parecía más viejo o más joven con estos cambios... simplemente *diferente*.

Casi maduro, a medio camino de ser adulto.

"¿Quién crees?"

Drake ignoró la pregunta y dirigió su mirada hacia el cielo.

"¿Qué pasa con las luces? ¿Y por qué sigue funcionando tu ordenador si se ha ido la luz?".

La cara de Screech volvió a la pantalla y se perdió de vista.

"Es un portátil, abuelo. Y las luces están apagadas porque nuestra oficina está a un paso de una casa trampa".

Drake frunció el ceño y se quitó el abrigo, colocándolo en la percha junto a la puerta.

"O quizá se olvidó de pagar a la empresa de iluminación", refunfuñó.

Pero sabía que Screech decía la verdad. De hecho, se habían caído tantas de las letras esmeriladas de la puerta que en lugar de leerse *Triple D Investigaciones*, ahora se leía: *ri p e n est ga s.*

Gas de nido maduro.

Estaba seguro de que Screech podría haber tenido algo que ver con la redacción exacta, pero eso no cambiaba el hecho de que el lugar era viejo, sucio y olía como el vestuario de un instituto.

Sin embargo, Drake se resistía a mudarse. Después de que Screech rescatara a la Sra. Armatridge de... bueno, de sí misma, sus problemas económicos se habían convertido de repente en un asunto del pasado. Pero le gustaba estar aquí. Era como su hogar. Screech podía llamarla casa trampa, podía llamarla como quisiera, pero para Drake era un viejo y gastado sillón reclinable.

Y a él le gustaba así.

"Se volverá a encender en un minuto o dos", dijo Screech distraídamente. "Lleva así todo el día. Hablando de eso, he estado cuidando el fuerte mientras tú estabas...".

Drake se dirigió a su despacho cuando las luces parpadearon y luego se encendieron.

Volvió la mirada hacia arriba, entornó los ojos y luego asintió.

"Y han vuelto".

Al pasar junto a Screech, el hombre giró en su silla, con un bolígrafo gastado en la comisura de los labios.

¿"Eh? ¿Dónde has estado?"

"Salí a hacer unos recados", respondió Drake, tratando de poner fin a la conversación.

Screech gruñó y volvió a su ordenador.

Drake no estaba seguro de cuánto había averiguado Screech sobre su nuevo "acuerdo" con Ken Smith, pero si algo había demostrado su compañero con el caso de Craig Sloan era que era más que ingenioso; Screech era inteligente y tenía una sorprendente habilidad para el trabajo detectivesco.

Lo que Drake nunca le diría, por supuesto.

"¿Ha llegado algo que no esté relacionado con la Sra. Armatridge?"

Screech se arremolinó en su silla y martilleó unas teclas.

"Sí; un tipo perdió su bote. Quiere saber si podemos ayudarle a encontrarlo".

Drake rió entre dientes y continuó hacia su despacho.

"No, hablo en serio. Buddy perdió su barco, necesita nuestra ayuda... ¿deberíamos aceptar el caso?"

Drake se giró y se sorprendió al ver que Screech le devolvía la mirada sin esbozar una sonrisa.

Al parecer, hablaba en serio.

"¿En serio? ¿Cómo demonios se pierde un barco?"

"Toma, mira esto".

Drake se acercó al ordenador de Screech y se agachó para ver mejor la pantalla.

¿"Un barco"? Eso no es un barco, Screech. Es un yate".

Screech se encogió de hombros.

"Como quieras. Tú dices *potahto yo digo patayta*. Cuarenta pies de largo, parece. Había un nombre aquí en alguna parte... ah, ahí está: *B-*

Yacht'ch."

Screech soltó una risita y se volvió hacia Drake.

Drake se encogió de hombros.

"¿En serio? *¿B-Yacht'ch*? ¿Como *biotch?* De todos modos, el propietario, Bob Bumacher quiere reunirse. ¿Deberíamos?"

Drake observó atentamente a su compañero, con la esperanza de que le estuviera tomando el pelo. Claro que Screech era ingenioso, pero Drake empezaba a reconsiderar si en realidad era tan brillante como había pensado en un principio.

"Screech", dijo al fin. "Es un yate de seiscientos mil dólares. Claro que queremos vernos. La Sra. Armatridge te agradece que impidieras que Lorena Bobbitara a su marido, pero su gratitud no durará para siempre".

Screech parpadeó larga y lentamente.

¿"Lorena Bobbitt"? ¿Era una broma, Drake? ¿Acabas de...? ¡Dios mío, lo has hecho! ¡Acabas de hacer una broma!"

Drake lo miró de reojo.

"Prepáralo, Screech".

"De acuerdo jefe, lo haré."

Drake acababa de abrir la puerta de su despacho cuando Screech gritó tras él.

"Oh, casi lo olvido: hoy ha llegado un paquete para ti. Lo dejé en tu escritorio".

Drake encendió las luces de su despacho y se sintió aliviado cuando la única bombilla iluminó con luz amarilla el paquete liso que había en el centro de su mesa.

"¿Alguna idea de quién es?"

"No. Tampoco tiene sello. Debe haber sido entregado en mano".

Drake entrecerró los ojos y se dirigió a su escritorio. Se dejó caer en la silla y cogió el paquete.

Dentro sintió algo duro y delgado, de unos veinte centímetros de largo y cinco de ancho. Encogiéndose de hombros, abrió el paquete y sacó lo que a él le pareció un portátil en miniatura sin teclado.

Dio la vuelta al aparato y leyó en voz alta lo que ponía detrás.

"E-reader: todos tus libros en un solo lugar".

Le dio vueltas entre las manos, tratando de encontrar alguna forma de encender el maldito cacharro.

"¿Qué demonios es esto?", refunfuñó.

Al no encontrar ni una sola palanca o interruptor, no tuvo más remedio que gritar.

"Screech ven a darme una mano con esto, ¿quieres?"

Capítulo 6

Chase salió del coche e inmediatamente miró a su alrededor. Estaban a una hora de Manhattan, en una zona rural que nunca había visitado. Su GPS le decía que técnicamente se trataba de Larchmont Village, pero eso era todo lo que sabía, aparte de que hacía al menos quince minutos que no pasaban por una gasolinera.

Una capa de nieve cubría el suelo en todas direcciones, hasta 30 centímetros en algunos lugares, supuso Chase. No parecía haber huellas de coche recientes que no pudieran ser explicadas por los vehículos policiales, ni huellas perceptibles en la carretera, lo que indicaba que el asesino había llegado a pie o antes de la última nevada.

Vio al detective Yasiv al borde de la carretera, apoyado en su coche. Cuando la vio venir, se enderezó de inmediato, moviéndose tan deprisa que derramó parte del café de un vaso de poliestireno sobre sus guantes.

Fingió no darse cuenta mientras ella se acercaba.

"¿Qué tenemos?" preguntó Chase, dando zancadas hacia delante.

"Una mujer muerta, de veinte a treinta años. Todavía esperando una identificación. El forense aún no ha llegado".

Chase frunció el ceño, sabiendo que su amiga no sería la forense de guardia.

"¿Dónde está el cuerpo?"

El detective Yasiv señaló un granero con el tejado parcialmente derrumbado a unos cuarenta metros de la carretera.

"Ahí dentro. Escondido debajo de un poco de heno."

Chase asintió y volvió a mirar a su alrededor. Las únicas huellas que conducían de la carretera al granero formaban una línea ordenada que formaba un amplio arco hacia este último.

Sabía que pertenecían a los detectives y a los uniformados.

Chase se dirigió hacia esas pisadas y comenzó a seguir su camino mientras Yasiv se colocaba a su lado.

"¿De quién es el granero?", preguntó mientras se dirigía por el pequeño terraplén hacia lo que sospechaba que era un maizal durante los meses más cálidos.

"Un tal Sr. Francis Dolan. El detective Simmons ha ido a hablar con él, pero por teléfono afirmó que lo abandonó hace muchos años. Tiene más de ochenta años".

De cerca, el granero estaba en mejor estado de lo que parecía desde la carretera. Sólo faltaban algunas tablas en uno de los lados, y la

parte del tejado que se había derrumbado lo había hecho de una forma que mantenía la integridad de la estructura.

A un hombre de unos ochenta años le costaría mucho bajar un cuerpo de la carretera, y mucho más hacerlo sin dejar huellas.

Y caminar cuarenta metros en la nieve pesada... con este tiempo...

Chase ya empezaba a descartar al viejo como sospechoso.

"Sargento Adams", le presentó el detective Yasiv a los dos uniformados que estaban frente a la entrada del granero.

"Caballeros", dijo Chase con una inclinación de cabeza. Se hicieron a un lado y le permitieron entrar.

Si Francis Dolan había abandonado este lugar hacía años, como le había dicho al detective Simmons, entonces había permanecido en bastante buen estado durante ese tiempo.

El interior parecía haber sido un establo de caballos antes de caer en desuso, dividido uniformemente en ocho establos, cuatro a cada lado. Los ojos de Chase se fijaron en el suelo y observaron que, a diferencia de lo que ocurría al otro lado de la puerta, estaba bastante seco y cubierto por una gruesa capa de heno.

"El cuerpo está en el segundo compartimento", dijo Yasiv. Chase siguió su dedo.

Yasiv indicaba el segundo por la izquierda.

Mientras Chase se dirigía al establo, mantuvo los ojos fijos en el suelo, tratando de identificar huellas recientes, heno roto, rastros de cualquier tipo.

Nada parecía fuera de lugar.

Respirando hondo, Chase dobló la esquina y se asomó a la caseta.

La víctima estaba sentada, con las piernas abiertas y la espalda apoyada en la pared del fondo. Tenía las manos a los lados, con las palmas hacia arriba. El heno le cubría el torso y los muslos como una especie de manta áspera.

El pelo negro le colgaba delante de la cara, oscureciendo sus rasgos.

Chase se adelantó.

"El cuerpo fue trasladado aquí después de la muerte", dijo en voz baja el detective Yasiv.

Chase asintió. Ya lo sabía; las muñecas de la mujer estaban cubiertas de tajos, heridas viejas y nuevas, pero no había sangre en el heno ni en las paredes.

Con cuidado de no alterar ninguna prueba potencial, Chase se puso en cuclillas frente a la víctima. Sacó un bolígrafo del bolsillo y lo utilizó para apartar parte del pelo de la cara de la mujer.

La mujer tenía los ojos muy abiertos y una expresión de terror absoluto. Pero fueron los labios de la víctima los que llamaron y mantuvieron la atención de Chase. Eran de un marrón sucio, una

mancha que se extendía unos centímetros desde la comisura de los labios.

A Chase no le parecía pintalabios.

Parecía sangre.

Un rápido vistazo a las heridas de sus brazos y Chase se dio cuenta de que no había nada de sangre en su piel. La habían limpiado.

Excepto por su boca.

Chase se levantó de repente y se volvió hacia el detective Yasiv.

"¿Has mirado en los demás puestos?", preguntó rápidamente.

Las suaves facciones de Yasiv se contorsionaron.

"Acabo de llegar un minuto antes que usted, yo...". Yasiv, con la cara enrojecida, giró sobre sí mismo y se dirigió al uniformado más cercano: "Agente Hewart ¿ha comprobado los otros puestos?".

La boca de Hewart se crispó.

"Todavía no, sólo trato de calentar primero", después de notar la expresión severa en la cara de Chase, sonrió con una sonrisa de dientes separados, "pero ya estamos bastante calientes. Empezaremos enseguida".

Chase, que seguía con el ceño fruncido, le miró marcharse.

"¿Quién encontró el cuerpo?", preguntó.

"Una vagabunda. Buscaba un lugar donde quedarse, para resguardarse del frío", respondió Yasiv.

Chase frunció el ceño, recordando lo impoluta que había estado la nieve desde la carretera hasta el granero.

"¿No hay huellas?"

"Yo también me di cuenta y le pregunté; me dijo que había ido por detrás, a través del bosque. Tuvo que caminar diez kilómetros antes de encontrar a alguien con un teléfono.

Chase frunció el ceño. Al igual que el anciano señor Dolan, este vagabundo tampoco parecía sospechoso.

"¿Le tomaste declaración?"

El detective Yasiv asintió.

"Sí. Tenerla en una casa de acogida más cerca de la ciudad, con los ojos en ella. Si empieza a moverse, lo sabremos".

Chase asintió.

"Bien. No creo que..."

"¡Jesucristo!"

Chase se apartó del detective Yasiv y salió disparado hacia el pasillo que dividía el granero.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", preguntó mientras corría hacia la voz.

Chase encontró al agente Hewart en el último establo de la derecha. La miró al entrar, con miedo en los ojos.

"Aquí hay otra", casi susurró el hombre. Se inclinó hacia un lado, dando a Chase una visión clara de otra mujer. Sólo que esta víctima

no estaba apoyada como la primera; ésta estaba casi completamente enterrada en el heno. Tenía la mayor parte de la cara cubierta, incluidos los ojos y la barbilla, pero Chase pudo ver que tenía la boca manchada de lo que sospechaba que era sangre.

Durante casi un minuto, los tres permanecieron en silencio, observando a los muertos.

Finalmente, Chase sacó su teléfono móvil y empezó a marcar.

"¿A quién llamas?" Preguntó el detective Yasiv cuando se le pasó el shock de encontrar un segundo cadáver.

Chase se volvió hacia él.

"Un viejo amigo. Vamos a necesitar ayuda con esto".

Capítulo 7

El detective bajó la mirada hacia el cadáver, mirando a los ojos de la chica muerta.

¿Qué vio justo antes de morir? *se preguntó el detective.* ¿De quién fue la última cara que vio?

Se agachó y apartó un poco de heno de la cara de la mujer. Al hacerlo, vio que tenía una mancha marrón en los labios.

¿Pintalabios? ¿Es pintalabios?

El detective se inclinó más para investigar, pero se paró de golpe cuando los gritos de un agente de policía resonaron por todo el granero.

"¡Tenemos otro cuerpo por aquí! ¡Oh Dios, hay otro cuerpo!"

El teléfono de Drake zumbó y dejó de leer.

"Aquí Drake", dijo, con los ojos todavía fijos en el e-reader que le habían entregado en su mesa.

¿Por qué diablos alguien me envió esta basura?

El libro, *Sonrisa Roja*, era el único que había en el dispositivo. *Precargado*, lo había llamado Screech.

Red Smile, escrito por alguien de quien nunca había oído hablar: L. Wiley.

Perdido en sus pensamientos, por fin se dio cuenta de que la persona al otro lado de la línea aún no había dicho nada.

"¿Hola?"

Como seguía sin contestar, se lo quitó de la oreja y miró el número.

DESCONOCIDO.

Pensando que era un teleoperador, estaba a punto de colgar cuando la persona finalmente habló.

"¿Drake?"

Drake se olvidó por completo de *Sonrisa Roja* y se sentó erguido.

"Chase, ¿eres tú?"

"Sí, escucha, yo..."

"Me enteré de tu ascenso a Sargento, eh. Quién *lo hubiera imaginado*. Hay que felicitarte".

"Gracias, Drake. Ha sido... bueno, no ha sido la época más emocionante. Echo de menos estar en el campo, sobre todo. Al parecer, la promoción es sólo el código para "más papeleo". Pero, oye, no quiero engañarte... esto no es una visita social".

Aunque Drake se lo imaginaba, una parte de él deseaba que así fuera.

"Sí, pensé que no. ¿Qué pasa?"

Pensó en el doctor Kildare y en su jefa de campaña, Mary, y se preguntó brevemente si lo habrían visto y lo habrían denunciado a la policía de Nueva York. No sería habitual que un caso así llegara hasta el sargento, pero sabía que Chase le cubría las espaldas y le avisaría si aparecía algo relacionado con su nombre.

Pero cuando Chase volvió a hablar, se dio cuenta de que sus sospechas eran infundadas.

"¿Sabes que acabo de decir que echaba de menos el campo?"

"Sí."

"Bueno, he vuelto a ello y tengo un nuevo caso, algo en lo que creo que me vendría bien tu ayuda. ¿Tienes unas horas libres? ¿Crees que puedes venir a bordo como Consultor Especial y ayudar a un viejo amigo?"

Drake aguzó las orejas.

¿Consultor especial?

No estaba seguro de si le entusiasmaba más la perspectiva de formar parte de una investigación que no tuviera que ver con ancianas o yates desaparecidos, o simplemente el hecho de que se reuniría con Chase.

"Claro que sí", dijo con más entusiasmo del que pretendía. "¿Qué tienes?"

Chase, con una voz que expresaba claramente alivio, le habló de los dos cadáveres encontrados en un granero a las afueras de la ciudad.

"Mujeres jóvenes, de unos veinte años probablemente. Cortes arriba y abajo de sus brazos. No sabremos la causa oficial de la muerte hasta dentro de una hora. Los cuerpos no estaban congelados, pero hace frío en el granero para determinar la hora de la muerte".

"¿Está Beckett contigo?" Drake preguntó.

Hubo una pausa inusualmente larga antes de que Chase respondiera.

"No... está de vacaciones".

A Drake le pareció extraña la respuesta; desde que conocía a Beckett, el hombre no se había tomado ni unas vacaciones. Es cierto que de vez en cuando le gustaba ir al norte, a Montreal, para disfrutar de la vida nocturna, pero por lo general eran viajes de fin de semana.

Y era un martes por la mañana.

"¿Vacaciones? ¿Beckett?"

"Larga historia, te daré una pista cuando llegues. Ah, ¿y Drake? Una cosa más: las chicas, bueno, parece que tienen sangre en los labios, como una especie de pintalabios horripilante".

A Drake casi se le cae el teléfono.

"*¿Qué?*"

"Sangre". En sus labios. ¿Estás bien?"

Drake tragó saliva y sus ojos se desviaron hacia el lector electrónico

de su escritorio.

Coincidencia; sólo una coincidencia.

Salvo que los dos últimos casos en los que había trabajado -el Asesino de la Mariposa y Craig Sloan- le habían enseñado que las coincidencias rara vez eran sólo eso.

"Estoy bien", graznó al fin. "Te veré en una hora. Envíame la dirección"

"De acuerdo, pero...

Drake colgó el teléfono y se quedó mirando el e-reader hasta que sus ojos empezaron a desenfocarse.

¿Coincidencia?

Con un movimiento de cabeza, consiguió apartar por fin los ojos de aquella maldita cosa. Se acercó y abrió el cajón superior de su escritorio demasiado deprisa, y la botella de Johnny Blue golpeó con fuerza contra la madera. Vio cómo el líquido dorado se movía de un lado a otro dentro del vaso.

Y al igual que el lector electrónico, mantuvo su atención durante un tiempo desmesurado.

Contrólate. Chase te necesita.

Drake metió la mano en el cajón, cogió el hueso del dedo que había junto a la botella y se lo metió en el bolsillo.

Tras cerrar el cajón, esta vez con más cuidado, salió del despacho en dirección a Screech, que estaba en la recepción.

El hombre le miró mientras se acercaba.

"¿Ya te vas? Un día corto, *socio*".

Drake ignoró el comentario.

"Tengo algo que hacer". Golpeó el e-reader en su mano, sumido en sus pensamientos. "Trata de averiguar de dónde vino esta cosa, ¿de acuerdo?"

"¿Pienso que no te refieres al fabricante?"

Drake hizo una mueca.

"¿Seguro que no eras detective antes de la Triple D, también?"

Screech soltó una risita.

"Hoy estás en racha, grandullón. Me gusta este nuevo tú. Como un Roger Dangerfield más joven y arrugado".

"A ver si puedes averiguar quién lo entregó".

"No *problemo*", respondió el hombre, volviéndose a meter el bolígrafo gastado en la boca y volviendo a su ordenador.

Manchas marrones... tenía que ser una coincidencia, ¿no?

Capítulo 8

El profesor hablaba de un lado para otro, lo que molestó mucho a Colin Elliot. Eso, y el hecho de que para alguien que se suponía que les enseñaba a escribir libros que se vendieran, Colin no pudiera encontrar *ninguna* prueba de que realmente hubiera vendido algo, le ponía de los nervios.

De hecho, la única información que Colin pudo averiguar sobre el profesor Dwight Jurgens era que había publicado una novela de mierda de tirada limitada y un libro de poesía trillada.

Al menos no me ha costado nada, pensó con desánimo. Era el octavo o noveno "grupo de escritores" al que asistía en otras tantas semanas y, aunque siempre iba con grandes expectativas, nunca le defraudaban.

Pero no importaba. Después de todo, había encontrado otros medios de inspiración.

"¿Cuántos de vosotros habéis publicado algo alguna vez? ¿Algo en absoluto?" preguntó Dwight a la clase. Se apartó el sombrero de fieltro verde -que también irritaba a Colin- de la frente mientras hablaba, mostrando unos ojos brillantes.

Cuando Dwight miró a su alrededor, Colin hizo lo mismo. Eran siete -había ocho cuando empezó la clase, pero un hombre joven y pálido con cicatrices en la cara se había marchado hacía veinte minutos-, no muy diferentes del propio Colin: aspecto cansado, hombros caídos, todos intentando terminar un libro con las presiones económicas y vitales exprimiéndoles la musa.

Así que quieres escribir un libro, ¿eh?

"¿Nadie?" preguntó Dwight, frunciendo el ceño. "Bueno, supongo que entonces estoy en el lugar equivocado. Creía que esto era un grupo de *escritores* para *escritores*".

Y entonces, ante la mirada de Colin, curioso por si se trataba de una treta, Dwight barrió sus libros de la mesa que había delante de la habitación y los metió en su gastada mochila. Luego se dirigió hacia la puerta.

Colin no estaba seguro de por qué había hablado, no era propio de él. Tal vez fuera el recuerdo de la reprimenda de su mujer la noche anterior, o simplemente el peso de los últimos años.

O tal vez porque estaba cambiando. En el fondo, algo estaba roto y no sabía si alguna vez se arreglaría.

En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo hablando.

"Me han publicado", dice. Varios de los otros miembros de la clase se volvieron para mirarle, y él sintió que su cara se ponía roja. "He

publicado tres libros".

Dwight levantó las manos.

"¡Ahí está el billete! Tenemos al menos un escritor en la sala", volvió a la mesa y tiró la bolsa encima. "No sé muy bien qué hacéis aquí los demás, pero al menos tenemos *un escritor*. Díganme..."

"Colin".

"Dime, Colin. ¿Qué tipo de libros has escrito? ¿Novelas? ¿Novelas? ¿De qué género?"

Colin sintió que le subía más calor a las mejillas, pero ahora que había empezado por ese camino, no tenía más remedio que continuar.

"Novelas, las tres. Thriller paranormal, sobre todo", se encogió de hombros. "Todas tienen elementos románticos también".

Dwight puso cara de impresionado.

"Muy bonito. ¿Y?"

Colin miró nervioso a su alrededor.

"¿Y qué?"

"¿Cómo se llaman?"

"¿Llamado?" preguntó Colin, confundido por toda la línea de interrogatorio. Parte de la razón por la que quería escribir libros era para poder estar todo el día detrás de la pantalla del ordenador.

No es necesario interactuar con los demás.

"Sí", dijo Dwight y luego suspiró dramáticamente. Colin empezaba a pensar que aquel hombre estaría mejor enseñando el arte de la sobreactuación que escribiendo. "Imagino que sus libros tienen título".

Colin negó con la cabeza.

"¿No? ¿Las tres son sin título?"

Sus mejillas estaban tan calientes ahora que no se sorprendería si de repente estallaran en llamas.

"No... lo que quiero decir es que escribo con seudónimo".

Dwight inclinó la barbilla hacia el cielo.

"Ah, un *seudónimo*", sus ojos se entrecerraron de repente y apuntó con un dedo al pecho de Colin. "Espera un segundo, ¿estás *autopublicado*?"

El sudor brotó de su frente y miró nervioso a su alrededor, sintiendo los ojos de los demás alumnos clavados en él como puntas de láser.

"S-sí", admitió.

El rostro de Dwight adoptó una serie de expresiones que a Colin le parecieron las iteraciones de un hombre que sufre un derrame cerebral a cámara lenta.

"*¿Autopublicado*?" repitió Dwight, con un rostro que era una mezcla de furia y desdén puro y duro.

"Sí", volvió a decir Colin, esta vez con más confianza. "He autopublicado mis tres libros".

Dwight se le quedó mirando un momento, sin decir palabra. Luego se levantó, cogió su bolso y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Esta vez no se volvió.

"Me equivoqué con vosotros", dijo por encima del hombro. "No hay ningún escritor en la sala. *No* hay ninguno".

Capítulo 9

Drake se ajustó el sombrero, se puso bien los guantes y salió de su Crown Vic. Se acercó a un agente de policía apoyado en el lateral de su coche, con un revoloteo en el estómago. Era extraño que se sintiera así, sobre todo teniendo en cuenta lo poco que le había importado cuando toda la comisaría 62 quería que se fuera tras su exposición en el Times. Ahora, sin embargo, después de lo ocurrido con Craig Sloan y de cómo había salvado la vida de Suzan Cuthbert, Drake había oído indicios de que las tensiones y los duros sentimientos hacia él habían disminuido un poco.

Y, sin embargo, Drake sabía que nunca se disiparían por completo. Mientras Clay Cuthbert siguiera muerto, siempre habría cierto desprecio hacia él. Pero eso era de esperar.

Sentía lo mismo por sí mismo.

¿Qué pasa con las mariposas, Drake?

Con el ceño fruncido sin querer, Drake se acercó al agente que estaba junto al coche. Estaba mirando fijamente su teléfono móvil, con la parte superior del sombrero apuntando a Drake.

"Hola, ¿está el Sargento Adams?" Drake dijo mientras caminaba por la nieve.

El hombre levantó la vista y Drake lo reconoció de inmediato, pero no pudo recordar su nombre. Estaba seguro de que se trataba de uno de los agentes a los que Drake se había acercado durante la rueda de prensa de Chase sobre el Asesino de la Mariposa, alguien que le había ignorado por completo.

El oficial le hizo un gesto con la cabeza.

"Detective Drake", dijo secamente. "Me alegro de tenerte de vuelta."

El ceño de Drake se frunció.

¿Volver? No he vuelto, y seguro que no soy detective. Ya no lo soy.

Pero en lugar de entrar en esta discusión, dijo: "Sólo Drake, por favor. Y sólo estoy aquí para ayudar".

El hombre volvió a asentir.

"El sargento Adams está en el granero", respondió, enganchando un pulgar sobre su hombro.

Drake le dio las gracias y luego caminó de lado por el terraplén desde la carretera hasta lo que era una especie de campo de labranza. Mientras lo hacía, inspiró profundamente por la nariz, la mordedura del aire gélido adormeció temporalmente la ansiedad que sentía en la boca del estómago.

Y con eso, empezó a reconstruir la escena del crimen en su mente.

El asesino no vino de la carretera. No podía arriesgarse a que vieran su coche ni siquiera en un lugar tan desolado como éste.

Los ojos de Drake se alzaron hacia la pequeña zona boscosa que había detrás del granero, acordonada con cinta policial amarilla.

Allí; vino de allí, a través del bosque.

Hizo una nota mental para preguntar si había huellas de coches en el bosque.

El detective Henry Yasiv estaba de pie junto al granero, fumando un cigarrillo, con una mirada lejana. Al acercarse, Drake llamó al hombre.

"¿Detective Yasiv?"

El joven levantó los ojos, miró fijamente a Drake durante un momento, y entonces ocurrió algo extraño e inesperado.

El detective Yasiv le sonrió y Drake le devolvió la sonrisa. Henry Yasiv era un detective joven, de unos veinte años, y aunque no había estado presente cuando el Rey Esqueleto se había cargado a Clay, el odio generalizado de la comisaría hacia Drake se había extendido también a él.

Pero Drake no se lo echó en cara; al fin y al cabo, como nuevo detective, era difícil hacer amigos, y ser amable con Drake lo habría hecho casi imposible.

Pero Chase... Chase no había sucumbido a esa presión. Chase me había tratado bien, me había dado el beneficio de la duda.

Drake le tendió la mano enguantada y Hank se la estrechó con entusiasmo.

Pero no era justo; no servía de nada comparar a la gente con Chase. Ella no era sólo un animal diferente, era como una maldita especie alienígena.

El detective Yasiv tiró el cigarrillo a la nieve, exhaló una nube de humo y agarró a Drake por el brazo.

"Te llevaré dentro", dijo. "Te pondré al día".

Mientras se agachaban bajo la cinta que cruzaba la puerta, Drake dijo: "No sabía que fumabas".

"Yo no. Al menos no según mi mujer".

El interior del granero olía a humedad, indicio de que las puertas habían estado cerradas durante mucho tiempo antes de que llegara su asesino.

"Sólo fumo en la escena, nunca en..." El detective Yasiv continuó, pero Drake encontró su mente a la deriva en otra parte.

El granero se parecía mucho al descrito en el libro *Sonrisa Roja*, y su corazón hizo un extraño aleteo en su pecho.

Ahora no. No te predispongas. Sólo asimila los hechos.

Pero en lugar de centrarse en la escena, sus ojos se posaron en Chase mientras hablaba con un hombre que Drake no reconocía, de

espaldas a él.

Por alguna razón, ver a su ex compañero hizo que el corazón le diera otro vuelco. Inconscientemente, Drake levantó la mano y se tocó la zona debajo de la oreja izquierda, el lugar que aún estaba descolorido y áspero por las cicatrices que le había dejado el fuego.

La última vez que habían hablado fue en su habitación del hospital, cuando ella le había traído la ropa y le había rogado que se quedara.

Tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta que se negaba a bajar.

"¿Chase? ¿O te vuelvo a llamar jefe?", dijo, tratando de mantener las cosas ligeras.

Chase giró la cabeza y su pelo castaño oscuro se movió con ella. Sus miradas se cruzaron y su bonita boca esbozó una sonrisa. Él le tendió la mano, pero ella la ignoró. En su lugar, lo abrazó con fuerza, y él vaciló.

Fue poco profesional, seguro, pero ¿a qué profesión estaba representando? ¿Triple D? Ya no estaba en nómina de la policía de Nueva York, de hecho hacía tiempo que no lo estaba.

Él le devolvió el abrazo.

"Me alegro de que puedas echarnos una mano", dijo Chase mientras se separaban.

Drake asintió.

"Sólo estoy aquí para ayudar."

Levantó los ojos hacia el hombre con el que Chase había estado hablando cuando había entrado en el granero.

"Agente del FBI Jeremy Stitts", dijo Chase, "te presento al Consultor Especial, Damien Drake. Dense la mano, abrácense, y luego pongámonos a trabajar".

Drake sonrió satisfecho y se inclinó hacia delante para estrechar la mano del hombre.

¿Consultor Especial? Sueno como un maldito esbirro.

Y dado el trabajo que estaba haciendo para Ken Smith, secuaz casi parecía una descripción más apropiada.

Capítulo 10

El Círculo de Escritores -con mayúsculas, probablemente por el propio Dwight- guardó silencio durante unos tres minutos después de que el profesor se marchara enfadado.

Una mujer pelirroja acabó siguiéndola, pero los otros cinco alumnos, seis incluido el propio Colin, se quedaron sentados.

Colin se planteó hacer las maletas y marcharse también, pero no estaba seguro de adónde iría. No quería volver a casa por si Ryanne seguía allí, y tenía mucho tiempo que matar antes de recoger a sus chicas.

Puedo sentarme aquí y escribir, pensó, y estaba a punto de sacar su portátil cuando la mujer que estaba a su lado se volvió y se dirigió a él.

"¿Cómo se llaman tus libros?", le preguntó. Era una pregunta bastante inocua, pero como la sala estaba en completo silencio, todas las miradas volvieron a posarse en él.

Colin estaba harto de sonrojarse, pero no era algo que pudiera controlar.

"Son parte de una serie, acabo de..."

"¿Los has colgado en Internet? ¿Eso es todo?", gritó un hombre de unos cuarenta años y aspecto rudo. Colin se volvió hacia él.

"Sí, quiero decir que los tenía editados, entonces yo sólo..."

"¿Por qué no se levanta y nos lo cuenta?", preguntó la primera mujer, cuyo rostro estaba salpicado de múltiples piercings. Tenía un brillo en los ojos castaño oscuro e indicaba el frente de la clase con la barbilla.

Colin estaba confuso al principio, pero enseguida se dio cuenta de que ella quería que enseñara.

Sacudió la cabeza.

"Oh, no. No puedo. Vine aquí a aprender. Quiero decir, yo-yo sólo puse los libros allí, en realidad no se venden tan bien. No he vendido..."

"¡Si vais a seguir hablando, hacedlo ahí arriba!", interrumpió otro miembro del grupo.

Colin sintió que la claustrofobia empezaba a apoderarse de él.

"No puedo..."

La mujer de los piercings y el pelo negro rapado a los lados se inclinó hacia ella.

"No seas marica. Ve a pararte al frente de la clase."

Colin no estaba seguro de si era la maldición lo que le hacía

ponerse de pie, o si era porque la mujer le estaba dando órdenes como Ryanne. Fuera cual fuese el motivo, se puso en pie y, antes de darse cuenta realmente de lo que estaba ocurriendo, se encontraba al frente de la clase, mirando fijamente a los otros cinco alumnos.

Inclinó la cabeza y respiró hondo. Expulsando el aire lentamente, Colin levantó los ojos y miró a cada uno de los alumnos por separado antes de hablar.

"Si hay algo que he aprendido sobre la escritura es que hay que escribir sobre lo que se conoce. Hay que experimentar las cosas para escribir sobre ellas. Esa es probablemente la única verdad universal de la literatura".

Capítulo XI

Drake se inclinó para ver mejor. Los brazos de la mujer estaban hechos un desastre, con cortes tan profundos en algunos puntos que podía ver asomar huesos brillantes. Pero lo más inquietante era que algunas de las heridas eran lo bastante antiguas como para haber empezado a cicatrizar.

Esto no fue un crimen pasional. Esto fue deliberado. Esto fue tortura.

Y eso sin hablar de la mancha oscura en sus labios.

"Es probable que no fuera su primer asesinato", dijo Drake en voz baja. No había querido decir esas palabras en voz alta, pero cuando lo hizo, le sorprendieron un poco. Levantó la vista y se fijó en el agente Stitts. El hombre era mayor que Drake, las patas de gallo en las esquinas de sus ojos así lo sugerían, pero no podía decir por cuántos años. Mientras que la idea que Drake tenía de un buen momento era una botella de whisky y un trozo de tarta de lima, Jeremy Stitts parecía el tipo de hombre que disfrutaba haciendo pesas y probándose trajes a medida.

"¿Cómo lo sabes?" preguntó Stitts. Su voz era ligera y amable, dejando claro que no era una acusación, y sin embargo Drake resintió la pregunta.

Se puso en pie.

"Porque algunas de las heridas de sus brazos ya han empezado a cicatrizar; estuvo cautiva un par de días, al menos. Un asesino primerizo no mantiene a la gente cautiva. Se pone nervioso, no quiere que lo atrapen. Los mata, tira el cuerpo. Normalmente lejos de su casa o del lugar donde los mataron".

"El 98% de los niños secuestrados acaban muertos si no se les encuentra en las primeras 24 horas", dijo el agente Stitts.

Drake frunció el ceño.

"El número no es tan diferente para los adultos". Se volvió hacia Chase. "Y los que asesinan por primera vez no lo hacen de dos en dos. ¿Dónde está el segundo cuerpo?"

Chase salió de la caseta y se dirigió a la última de la derecha.

"Encontramos a esta debajo del heno; ni siquiera sabíamos que estaba aquí".

Drake se acercó a la mujer. A diferencia de la primera víctima, que estaba apoyada, ésta estaba casi completamente cubierta de heno.

¿Significa esto que es más o menos importante que la otra víctima?

Una cosa estaba clara: ambos lucían un macabro pintalabios.

"No podemos alterar el heno, podría haber rastros de evidencia en

él. Sudor, pelo, etc. Tenemos que esperar a que llegue el forense y el CSU".

Drake, recordando el comentario de Chase sobre Beckett, dijo: "¿Y el Dr. Campbell definitivamente no viene?".

Los ojos de Chase se desviaron nerviosamente hacia el agente del FBI y pareció que se le entrecortaba la respiración.

Drake se había enterado de lo sucedido, por supuesto, de cómo Craig Sloan había salido disparado de su maletero. Sobre cómo Beckett le había golpeado en la cabeza con una piedra antes de que Craig pudiera apuntarle con el arma.

Lo mató de muerte.

Drake no había derramado ninguna lágrima por el hombre, eso seguro.

No después de que Craig involucrara a sus seres queridos en su matanza.

"No, está de vacaciones", dijo Chase, repitiendo lo que ella le había dicho antes.

"Un Junior ME está en camino".

Drake se mordió el interior de la mejilla, reflexionando sobre todo lo que había reunido desde que aparcó el coche y se acercó al detective Yasiv.

"No importa. Dudo que encontremos algún rastro de evidencia aquí".

El agente Stitts se apartó para permitir que Drake entrara en el pasillo principal, asintiendo al hacerlo.

"El asesino no ha estado aquí antes. Esta es su primera vez, y dudo que vuelva".

Drake entrecerró los ojos al ver pasar al agente Stitts. Aunque compartía la opinión del hombre, no le gustaba demasiado que le robara las palabras de la boca.

¿Por qué está aquí? No hay pruebas de que el asesino cruzara las fronteras estatales. ¿Por qué lo trajo Chase?

Drake se sacudió la sensación y se dirigió hacia la puerta principal. Chase, con una expresión de fastidio en el rostro, se apresuró a mantener el paso.

"Bien, chicos, es hora de confesar... ¿podrían darle una pista al viejo sargento sobre su telequinesis? ¿Cómo sabes que el asesino nunca ha estado aquí antes?"

Drake miró al agente Stitts y luego a Chase.

"Porque si lo hubiera sabido, no habría puesto los cadáveres aquí", dijo.

Chase hizo una mueca.

"¿Y por qué no?"

Fue el agente Stitts quien contestó, y el ceño de Drake se frunció

aún más.

"Porque si hubiera estado aquí antes, sabría que el Sr. Dolan lo había abandonado hace años y, lo que es más importante, sabría que este granero suele ser utilizado por indigentes y vagabundos cuando hace mucho frío".

"Y este asesino no quería que se encontraran los cuerpos. Al menos, todavía no", añadió Drake.

"¿Y por qué no?"

La respuesta de Drake fue tan inmediata que le sorprendió incluso a él mismo.

"Porque el capítulo final aún no se ha escrito. El asesino va a atacar de nuevo, y pronto".

***

Al final, Drake se encontró de nuevo en la sala de conferencias de la comisaría 62, donde él y Chase habían colgado una vez las imágenes de Thomas Smith y las demás víctimas del Asesino de la Mariposa.

"El sheriff Roshack del condado o pueblo de Larchmont o lo que demonios sea me ha cedido prácticamente todo el caso", dijo Chase. Drake apenas prestaba atención; estaba demasiado concentrado en las nuevas imágenes de la pizarra, las fotografías que el equipo de Chase había impreso de las dos chicas muertas del granero. "Pero eso no significa que no quiera que esto se resuelva rápidamente. El hecho es que hay mucha presión para que esto quede en secreto con la menor atención mediática posible. Y creo que todos podemos adivinar por qué".

Esta última frase despertó el interés de Drake, que miró brevemente a su alrededor para ver si los demás captaban la insinuación de Chase.

Los detectives Yasiv y Simmons asentían sutilmente, pero el agente Stitts miraba con cara de piedra a Chase en la parte delantera de la sala.

Así que por eso está aquí, pensó Drake.

...mucha presión para mantener esto en secreto...

Drake se preguntó si era Ken quien ejercía dicha presión.

No le sorprendería. El hecho es que el candidato a la alcaldía Ken Smith parecía tener el pulgar apretando firmemente todos los botones relacionados con la policía de Nueva York.

Y sólo va a empeorar, si-cuando-se convierte en alcalde.

¿Qué había dicho Screech?

El que esté respaldado por la policía de Nueva York gana, o algo así.

Y Ken Smith no contaba tanto con el respaldo de la policía de Nueva York como *con* sus espaldas.

"¿Drake? ¿Estás bien?"
Se estremeció y bebió un sorbo de su propio café.
Sabía a carbón quemado.
"Bien", refunfuñó.
Chase asintió y continuó con su preámbulo. Mientras hablaba, Drake metió la mano en el abrigo que había echado sobre el respaldo de la silla y acarició el lector electrónico que llevaba dentro. No estaba seguro de por qué no había mencionado la historia, pero había algo que le parecía inoportuno.
Además, había conducido directamente desde el granero de Larchmont hasta la comisaría 62 y no había tenido ocasión de leer el final.
"¿Ya limpió el cuerpo el forense?" El detective Yasiv preguntó cuando Chase finalmente terminó.
Chase asintió.
"Sí. La causa de la muerte parece ser una combinación de pérdida de sangre y el frío."
"¿Alguna idea de cuánto tiempo estuvieron cautivas las víctimas? ¿Algún informe de persona desaparecida?" El Detective Simmons preguntó.
Chase negó con la cabeza.
"Sabremos..."
La puerta de la sala de conferencias se abrió y entró el agente Dunbar.
Era joven, aunque no tanto como el detective Yasiv, y había engordado considerablemente desde la última vez que Drake lo había visto. A Drake le caía bien; era simpático, servicial y amable. No había mucho que le disgustara, en realidad.
Pero también entendía por qué el hombre estaba atrapado en Registros en lugar de estar en el campo.
Nadie tan bueno podría salir a la luz, expuesto. Serían devorados vivos por el negocio, destrozados por las atrocidades de los crímenes, aprovechados por los Marcus Slasinsky y Craig Sloan del mundo. Gente como este nuevo bastardo enfermo con un fetiche por el pintalabios orgánico.
"Hola", dijo vacilante, mirando primero a Chase en busca de apoyo. Ella asintió animándole.
"Adelante", me instruyó. "Este es el agente del FBI Jeremy Stitts, ya conoces a todos los demás."
Dunbar asintió al agente federal.
"Oficial Robert Dunbar", dijo, ofreciendo su mano.
"Y por supuesto conoces a Drake."
Dunbar le hizo un gesto con la cabeza.
"Bienvenido de nuevo."

Drake frunció el ceño.

¿Por qué todo el mundo sigue diciendo eso? No he vuelto...

"No he vuelto. Estoy aquí como... ¿cómo lo llamaste, Chase?"

Chase lo miró con extrañeza.

"Consultor Especial", dijo, antes de dirigirse al resto de la sala. "He traído a bordo a los agentes Stitts y Drake por su experiencia con asesinos en serie y por la necesidad de acabar con esto rápidamente. Aunque sólo hay dos cadáveres, creo que todos estamos de acuerdo en que éste no es el acto de alguien que vaya a detenerse pronto. Y ahora que ya os conocéis, ¿podemos dejarnos de presentaciones y empezar a lanzar teorías? ¿Alguna idea?"

Dunbar se adelantó y puso una carpeta sobre la mesa delante de Chase.

"Ahí es donde puedo ayudar, creo".

Chase abrió la carpeta y empezó a leer. Drake vio cómo fruncía el ceño.

Cuando terminó, giró la carpeta y se la pasó primero a Drake.

"Melissa Green, 29 años, y Tanya Farthing, 31", dijo Chase con gravedad. Empezó a garabatear en trozos de papel y luego puso los nombres y las edades en la pizarra, debajo de las imágenes correspondientes.

Drake escaneó el archivo que Dunbar le había proporcionado.

"¿Se conocían?" Preguntó el agente Stitts.

Drake negó con la cabeza.

"No lo parece. Melissa era una joven madre de dos hijos, Tanya era estudiante de Derecho en la NYU. Vivían en lados opuestos de la ciudad, y lados opuestos del espectro social."

Siguió leyendo.

"Melissa desapareció hace una semana, mientras que Tanya no se presentó a clase hace cuatro días".

El silencio se apoderó del grupo.

"Me alegro de que me hayas traído", dijo al fin el agente Stitts. "Porque tienes razón, Drake. Este no va a ser el último asesinato".

Capítulo 12

Drake salió de la comisaría 62 con más cosas en la cabeza de las que esperaba para una perezosa tarde de martes. Sin embargo, la mayor parte de su agudeza mental no se agotaba en las dos chicas muertas, sino que se centraba en otra cosa: el extraño e-reader cargado con *Red Smile*, que guardaba una extraña similitud con los asesinatos del granero.

Pero antes de entregar el dispositivo a Chase y a la agente Stitts, sintió el impulso de leer más y de informarse sobre todo el asunto de los libros electrónicos. En su opinión, era mejor que primero hiciera un poco de trabajo policial a la antigua usanza, antes de mandar al FBI por la tangente.

Después de todo, este enfoque había salvado la vida de Suzan Cuthbert.

Mientras conducía de vuelta a Triple D, la mente de Drake se desvió hacia Suzan, hacia la noche en que había sacado su cuerpo humeante del edificio en llamas. Y como ya era costumbre cuando sus pensamientos se volvían hacia aquella noche, sus dedos empezaron a frotar el tejido cicatricial rosado de su mejilla.

Después de abandonar el hospital para ocuparse de un asunto urgente de violencia doméstica, al final había vuelto para ver a Suzan. No quería que ella supiera que estaba allí, no esperaba que lo viera, dada la cámara hipobárica en la que se encontraba, pero así fue.

Y su reacción fue totalmente inesperada. Recordando cómo le había gritado cuando llegó a su casa aquel día para hablar con Jasmine, pensó que tal vez le gritaría a través de la máscara de oxígeno y le exigiría que se largara. Al fin y al cabo, Suzan no podía saber que había sido él quien la había salvado; estaba inconsciente y medio muerta por inhalación de humo cuando él la había sacado.

En lugar de ira, Drake había visto tristeza en sus ojos. Una angustia profunda y melancólica que parecía transformar todo su rostro.

El único problema era que Drake no sabía si la tristeza iba dirigida a él, o si simplemente la albergaba para sí misma.

Drake levantó la mano y se secó una lágrima de la mejilla, y luego se metió la mano en el bolsillo y se acarició el hueso del dedo.

Averiguaré quién te hizo esto, Clay. Averiguaré quién te mató, por Suzan, por Jasmine y, sobre todo, por mí.

Pero antes tenía que resolver otro crimen y, por mucho que odiara admitirlo, no podía evitar pensar que el agente Stitts tenía razón.

Su asesino atacaría de nuevo. Sólo era cuestión de tiempo.

Drake entró en el aparcamiento del centro comercial que albergaba Triple D y observó con el ceño fruncido que aún no habían quitado la nieve. La nieve caía con más fuerza y, aunque no hacía tanto frío - debía de hacer unos treinta grados-, era cuestión de tiempo que la nieve se convirtiera en hielo. Y dada su clientela más habitual - octogenarios por cortesía de Ken Smith-, tenían que asegurarse de que las próximas demandas que presentaran no fueran contra Triple D.

Drake abrió la puerta, golpeó la nieve de sus botas en la estúpida alfombra de Salto a las Conclusiones y luego probó la luz.

No continuó.

"Joder", refunfuñó. "¿Screech? ¿Sigues aquí?"

No hubo respuesta. Estaba oscuro dentro de Triple D a pesar de ser mediodía, y Drake se vio obligado a encender su teléfono móvil para poder orientarse. Con un gruñido de insatisfacción, encendió la luz un par de veces más y volvió a reprenderse por no haberse mudado antes de que llegara el invierno. Había alquilado el piso por un año y ahora, nueve meses después, sabía que sería imposible rescindir el contrato. ¿Subarrendar en pleno invierno? Era imposible. Y aunque la entrada de capital de la Sra. Armatridge era suficiente, se resistía a tirarlo por la borda.

Las cosas podrían cambiar, podrían volverse delgadas muy rápidamente, él lo sabía.

¿"Screech"?

Para su sorpresa, su compañero parecía haber abandonado por fin los confines del despacho.

Probó el interruptor de la luz por última vez y estaba a punto de quitarse el abrigo cuando vio algo que le hizo quedarse helado.

La puerta de su despacho estaba abierta. Nunca la dejaba abierta, y Screech había recibido instrucciones explícitas de asegurarse de que estuviera cerrada en caso de que alguna vez abandonara la Triple D.

"¿Hay alguien aquí?", dijo, deslizando una mano bajo su axila por costumbre.

Hacía mucho tiempo que no llevaba un arma, sobre todo una en la funda del sobaco, pero los viejos hábitos eran difíciles de erradicar. Y como investigador privado, no podía llevarla. Se preguntó brevemente si Chase podría aprobarle una pistola por su condición de "asesor especial", pero luego se olvidó de sus pensamientos: ya era demasiado tarde para eso.

Eso no significaba que no tuviera un arma, la tenía, por supuesto, pero no la llevaba *encima*.

Estaba en su despacho.

"¿Alguien?"

Atravesó en silencio la entrada principal, pasando junto a las sillas granate vacías contra la pared. Con los ojos fijos en la puerta de su

despacho, se dirigió al mostrador de recepción y metió la mano por debajo del material barato de pladur. Sus dedos escrutadores encontraron el bate de béisbol atado debajo y trataron de liberarlo sin hacer ruido.

Hizo una mueca de dolor cuando el velcro que Screech había utilizado para mantenerlo en su sitio se rasgó y maldijo en silencio al hombre.

Sonaba como alguien con la boca increíblemente seca comiendo un Dorito dentro de una aspiradora.

Y sin embargo, seguía sin haber movimiento desde el despacho, a pesar del sonido.

Imbuido de una confianza que sólo el peso de una Louisville Slugger de aluminio podía proporcionarle, Drake avanzó a grandes zancadas. Sin embargo, cuando llegó a la puerta parcialmente abierta de su despacho, una repentina sensación de temor se apoderó de él.

Su primer instinto fue que encontraría al Dr. Kildare sentado dentro, esperando para enfrentarse a él por lo de la otra noche, amenazándole con denunciarle a Ken Smith.

Pero rápidamente se deshizo de esta idea.

No tenía sentido.

¿El médico que, aparte de sus transgresiones de fidelidad, era moralmente perfecto irrumpió en su consulta? ¿Para enfrentarse a él? ¿Con qué fin?

No, tenía que ser otra cosa.

Otra persona.

El verdadero Rey Esqueleto, tal vez.

Un destello de ira le invadió de repente al imaginarse la cara de Clay, con la sangre y la saliva pegadas a la barba mientras exhalaba su último suspiro.

Drake utilizó el brazo libre para abrir la puerta y se lanzó hacia delante, empuñando el bate.

"Quien coño..." se detuvo en seco. "¿Tú? ¿Qué coño estás haciendo aquí?"

Capítulo 13

Colin Elliot abandonó el grupo de escritores con un inesperado impulso. Se había embarcado en la empresa como siempre lo hacía: temiendo perder el tiempo, que sería mejor limitarse a escribir, y al mismo tiempo temiendo hacer precisamente eso. Terminar otra novela significaba publicarla, y publicarla significaba exponerse a las críticas de los demás. Aunque su seudónimo le permitía protegerse del escarnio público, le dolía profundamente que alguien escribiera algo negativo sobre uno de sus libros.

Al fin y al cabo, sus libros eran sus bebés.

"Tienes que desvincularte de tu trabajo", le había dicho una vez un antiguo tutor. Pero esto estaba en contradicción directa con lo que acababa de instruir al grupo de escritores: escribe lo que sabes, escribe sobre tus experiencias, escribe sobre tu vida.

Aún no eran las tres, pero estaba de tan buen humor que pensó en recoger a las niñas pronto del colegio y llevarlas a tomar un helado antes de volver a casa. Juliette y Colby solían terminar a las tres y luego tenían programa extraescolar hasta las cinco.

Colin seguía sonriendo cuando llegó a la escuela primaria de Hockley. Y siguió sonriendo cuando se acercó a la mujer regordeta que atendía el mostrador justo a la entrada del colegio.

Mientras se acercaba, se sacudió distraídamente la nieve de los hombros de su abrigo.

"Empieza a hacer frío ahí fuera", comentó.

La mujer le miró y sonrió, con las mejillas formando manzanas.

"Sí, y sólo va a hacer más frío". La mujer respondió, entrecerrando los ojos mientras hablaba. "Usted es... Sr..."

"Elliot", confirmó Colin.

"Sí, por supuesto; Juliette y el padre de Colby. Se alegrarán de verte. La Sra. Ross mencionó que ambos se durmieron hoy durante matemáticas".

Cuando ella cogió con una mano regordeta un walkie que había sobre el escritorio, Colin sintió que su sonrisa vacilaba.

¿Nos oyeron pelear la otra noche? ¿Les mantuvimos despiertos?

Sabía que sus hijas, Colby en particular, tenían el sueño muy ligero. Era posible -no, era *probable- que hubiera* oído su pelea y se hubiera quedado despierta escuchando.

Esperaba que no lo hubiera hecho, pero en el fondo sabía que no era más que una ilusión.

La mujer del mostrador gruñó y sus dedos extendidos rozaron el

walkie, pero no consiguieron agarrarlo.
Colin lo cogió y se lo entregó.
"Gracias", dijo ella. "Parece que la comida de la cafetería me está pasando factura". Su grueso pulgar presionó el lado del walkie-talkie. "¿Señora Ross? ¿Puede enviar a Juliette y Colby Elliot al frente? Su padre está aquí para recogerlos".
Soltó el botón y esperó. Un segundo después, una voz estática respondió: "Claro. Se están poniendo los abrigos y los sombreros y ahora mismo salen".
La mujer asintió y dejó el walkie-talkie. Colin se movió incómodo un momento mientras miraba a la mujer regordeta.
¿Debería decir algo? Ya he mencionado el tiempo... ¿qué más puedo decir para entablar una conversación ociosa?
Durante casi un minuto, los dos se quedaron mirándose. Colin tragó saliva y luego, decidiendo que no podía soportar más aquel aire incómodo, se metió en el papel de uno de los personajes de sus libros.
"Entonces", dijo, inclinándose hacia delante. Intentó esbozar una sonrisa irónica, pero se quedó corto y lo dejó pasar. "¿Qué vas a hacer después de esto?"
La mujer parpadeó varias veces seguidas.
"¿Perdón?"
"Después de todo esto. ¿Estás ocupado? Tienes un..."
La mujer volvió a parpadear con sus ojos de pez y, aunque la grandiosa sonrisa permanecía en su rostro, ahora parecía forzada, como evidenciaban las arrugas de su frente, por lo demás lisa.
De repente, Colin vio a Juliette y Colby corriendo por el pasillo hacia él, con sus pesadas mochilas balanceándose de un lado a otro.
"¡No corran!" La Sra. Ross gritó tras ellas. "¡No corran, niñas!"
Juliette aminoró la marcha al instante hasta algo intermedio entre un trote y un paseo, pero Colby siguió corriendo y se deslizó delante de su hermana.
"¡Eh!" gritó Juliette. Se movió hacia un lado para intentar recuperar la delantera, pero Colby se movió en esa dirección y la bloqueó con su mochila. "¡Quítate de en medio, Colby!"
Colin rodeó el mostrador y saludó.
"¡Hola chicas!", gritó, tratando de distraerlas para detener preventivamente lo que estaba destinado a convertirse en una pelea.
Colby levantó la vista y Juliette aprovechó la oportunidad para deslizarse delante de ella.
"*¡Na-na!*" Juliette se burló.
Colby empujó a su hermana hacia un lado y Juliette tropezó, manteniéndose a duras penas en pie.
"¡Eh!"
Colin negó con la cabeza mientras se acercaba a ellos,

arrodillándose y abriendo los brazos.

Las dos chicas llegaron a él al mismo tiempo, y él las abrazó torpemente.

Luego se levantó y se dirigió hacia la puerta.

"¿Qué tal el día, chicas?"

"Bien", respondieron al unísono.

Colin suspiró y dedicó una sonrisa de despedida a la recepcionista. Ella parpadeó, pero no dijo nada.

"Muy bien, ¿eh? Bueno, tal vez podamos cambiar eso. ¿Quién quiere helado?"

"¡Yo! ¡Yo! Yo*!*"

***

"Asegúrate de lamer todo alrededor. No quiero que gotees en el coche", dijo Colin mientras se sentaba en el asiento del conductor.

"Sí, papá", respondieron sus hijas al unísono.

El trayecto desde Baskin Robbins hasta su apartamento fue corto, pero durante ese tiempo Juliette y Colby rompieron a llorar.

Dos veces.

Colin apenas aguantaba la compostura cuando por fin aparcó el coche, cualquier atisbo de orgullo o estima de su época en el grupo de escritores hacía tiempo que había huido de él.

"Por favor, chicos. No más peleas. Por *favor*. Ya sabéis lo que le molesta a vuestra madre".

Hubo una pausa y miró por el retrovisor.

Colby le devolvió la mirada, extrañamente vacía. Luego se volvió hacia Juliette.

"Dame una lamida".

Juliette apartó el helado de su hermana, frotando sin querer un remolino multicolor en el interior de la puerta.

"De ninguna manera, tienes el tuyo propio".

"¡Sí, pero quiero probar el tuyo!"

Colin se frotó las sienes y salió del coche, dudando antes de abrir la puerta a Juliette.

"¡No puede ser!" Juliette gimoteó. "¡Y tu aliento apesta! Cómete el tuyo!"

Juliette saltó del coche, dejando caer la nieve sobre las zapatillas de correr de Colin. Colby la siguió rápidamente.

"Muy bien chicos, vayan adentro."

Las chicas se apresuraron hacia la puerta principal, Colby con la lengua fuera intentando sorber el helado de su hermana. Estaban a medio camino de la puerta cuando Juliette se detuvo de repente.

"Oye", dijo, señalando una luz que estaba encendida en la ventana

del segundo piso. "¿No es esa tu habitación? Dijiste que mamá no llegaría hasta más tarde".

Colin entrecerró los ojos y comprobó que la luz, que había apagado antes de salir, estaba encendida.

Se encogió de hombros y les indicó que continuaran hacia la puerta.

"Eso es lo que ella me dijo."

Una vez dentro, Juliette se quitó la mochila y corrió hacia las escaleras.

"¡Mami! ¡Mami! Papá nos ha traído helado", gritó, subiendo las escaleras de dos en dos.

"¡Juliette! ¡Tus zapatos!" Colin gritó tras ella. "¡Quítate los zapatos! ¡Vas a dejar nieve por toda la casa!"

La chica ni siquiera miró hacia atrás. De alguna manera, incluso el balanceo de su coleta parecía atrevido.

Colby empezó a perseguir a su hermana, pero Colin le agarró la mochila antes de que pudiera escapar.

"Quítate las botas primero, Colby."

La chica gimió y gruñó, al tiempo que intentaba quitarse las botas sin desatarlas, utilizando la puntera de una para golpear el tacón de la otra.

"¡No puedo! ¡Me aprietan demasiado! ¿Cómo es que Juliette se pone demasiado...?"

Colin se arrodilló.

"Tienes que deshacerlos primero. Toma, te ayudaré".

Con los dedos entumecidos, empezó a desatarle la primera bota. Cuando terminó, ella se la sacudió, arrojando nieve sobre la alfombra. Acababa de empezar con la segunda bota cuando se oyó un grito en el piso de arriba.

Colin se dio la vuelta inmediatamente y corrió hacia las escaleras.

"¿Juliette? *¡Juliette!*"

Colin vio a su hija en la puerta de su dormitorio, de espaldas a él.

"¿Juliette? ¿Qué pasa?"

Caminando ahora a paso ligero, Colin llegó hasta su hija y la agarró, intentando hacerla girar para que la mirara.

¿"Juliette"? ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?"

Colin miró a su hija, intentando averiguar qué pasaba. Lo primero que pensó fue que se le había caído el helado, pero aún lo tenía agarrado con fuerza en una mano y el líquido rosa y azul derretido le cubría los dedos.

"¿Juliette?", repitió.

Un sonido procedente del dormitorio atrajo su mirada.

Colin se volvió y vio a su mujer sentada a un lado de la cama, con un cigarrillo colgando de los labios. Sólo llevaba un par de

calzoncillos y una camiseta gris lisa, y el contorno de sus pequeños pechos era claramente visible a través de la fina tela. Ryanne encendió el mechero y el cigarrillo.

Tras dar varias caladas y exhalar una espesa nube de humo gris, levantó la mirada hacia Colin.

"Estás mojando la alfombra", dijo.

Colin abrió mucho los ojos y tropezó en el pasillo. Si no hubiera sido por su hija, y por el hecho de que su mano seguía en su espalda, se habría caído.

Detrás de Ryanne había un hombre de espaldas a Colin. Al igual que su mujer, estaba en ropa interior y, mientras Colin observaba, el hombre se estiró y se puso una camiseta.

Capítulo 14

La sargento Chase Adams se deslizó en su BMW y esperó a que el agente del FBI Jeremy Stitts se sentara en el asiento del copiloto para arrancarlo.

"Bonito viaje", comentó el agente Stitts mientras se acomodaba en el asiento color crema.

"Gracias", dijo Chase mientras salía marcha atrás del aparcamiento de la comisaría, preguntándose si iba a tener que explicar, como había hecho con Drake hacía tiempo, que había comprado el coche con las ganancias del póquer por Internet.

¿Y cómo irá eso con los federales, Chase? ¿Hmm?

Pero la siguiente pregunta del agente Stitts dejó claro que no estaba preocupado por el vehículo.

"¿Melissa Green o Tanya Farthing primero?"

El problema era que Chase tampoco sabía cómo responder a eso. Con el asesino suicida no había tenido que hablar con las familias de las víctimas; o bien no se les podía localizar o simplemente no les importaba, o en el caso de Eddie Larringer, Drake había hecho los honores. Pero recordaba vívidamente haber hablado con Clarissa Smith y era plenamente consciente de lo incómoda y terrible que había sido aquella experiencia.

Debería hablar con ella, tenderle la mano, pensó de repente.

Una sensación de *déjà vu* la invadió entonces, al darse cuenta de que ya había tenido ese pensamiento antes. Sólo que había sido en referencia a Drake y no a Clarissa Smith.

Me está pasando otra vez. Me estoy obsesionando con el trabajo, olvidando el elemento humano.

"¿Sargento Adams?"

Chase sacudió la cabeza y miró al agente Stitts, que le devolvía la mirada con gesto preocupado. Era guapo, se dio cuenta, aunque un poco pulcro para su gusto.

"Lo siento, es que los últimos meses han sido un torbellino".

Stitts asintió.

"He leído tu expediente. Un trasplante de Narco de Seattle a Detective de NYPD, luego a primer grado en tiempo record. Y ahora Sargento. Parece que has causado una gran impresión".

Chase ladeó la cabeza.

Ha leído el expediente; eso es bueno.

Parte de la razón por la que se había apresurado a involucrar al FBI en este caso, a pesar de sus anteriores e improductivas interacciones

con ellos en Seattle, era hacerse notar, entrar en su radar.

Y, para su sorpresa, el agente Stitts no sólo parecía saber lo que hacía, sino que también parecía respetuoso. No le pareció el tipo de persona que exhibe su placa como si fuera su pito y grita *¡FBI, me hago cargo de este caso!*

Pensó en el sargento Rhodes y en lo engreído que había sido el calvo bastardo antes de interponerse en su camino.

"O eso o es un buen momento; huevos podridos sobre mí, si me entiendes".

El agente Stitts gruñó y centró su atención en la nieve que los limpiaparabrisas se esforzaban infructuosamente en retirar.

"Tal vez", dijo distraídamente.

Condujeron en silencio durante los siguientes minutos.

"Green", dijo Chase al fin. "Vamos a ver a Melissa Green primero. A ver si podemos averiguar cómo y por qué la eligió el asesino, si tenía enemigos y si conocía a Tanya Farthing".

El agente Stitts asintió.

"Me parece bien. ¿Quieres que dirija la discusión o quieres hacerlo tú?"

Chase apretó los labios. Aunque no compartía la extrema repulsión de Drake ante la idea de dar una terrible noticia a sus seres queridos, tampoco era partidaria de hacerlo. Pero era su caso, ella era la sargento y era su ciudad, maldita sea.

"Lo haré", dijo sin dudarlo. "Hablaré con la familia".

***

La dirección que figuraba en el expediente de Melissa -que habían obtenido a raíz de una detención por robo en una tienda unos años antes- era la de un aparcamiento de caravanas situado en la frontera este de la ciudad. Consiguieron entrar en el recinto llamando con antelación, y el encargado, un hombre corpulento llamado Héctor, les indicó un remolque situado en la parte trasera del recinto.

El remolque en sí era viejo, y las esquinas que descansaban sobre bloques de hormigón empezaban a pudrirse. Chase se dio cuenta de que las persianas de los otros remolques que rodeaban el de Melissa estaban un poco abiertas, y los ojos suspicaces que se asomaban la miraban a ella. Por una vez, deseó no haber insistido en conducir. No tenía ni idea de lo que conducía el agente Stitts, pero supuso que debía de ser menos... *caro*... que su BMW.

"¿Listo?", preguntó.

El agente Stitts asintió y Chase abrió la puerta y se adentró en el frío.

La puerta mosquitera de la caravana estaba rota, y Chase metió el

puño por el agujero para golpear la madera que había detrás.

"Comin '", una voz ronca llamó desde el interior.

Chase miró furtivamente a Stitts y estaba a punto de decir algo cuando la puerta se abrió de repente. Una mujer de unos cuarenta años, con una camiseta larga que le llegaba a las rodillas, estaba de pie en el umbral. Los miraba con ojos profundamente hundidos.

¿"Sí"? ¿Quién eres? ¿Qué quieres?", espetó. Sus ojos se desviaron hacia el BMW detrás de Chase. "¿Sois policías o algo así? Porque él no está aquí, si es a quien buscan".

¿Él? ¿Quién es él?

"No, señora. Vengo con una noticia muy preocupante. ¿Podemos entrar?"

La mujer observó a Chase durante un buen minuto, dando varias caladas a un cigarrillo liado a mano. Finalmente, entrecerró los ojos y repitió su pregunta inicial: "¿Sois policías o algo así?".

Chase asintió.

"Mi nombre es Sargento Adams y este es el Agente Stitts del FBI. ¿Es usted pariente de Melissa Green?"

La mujer puso el cigarrillo entre sus finos labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

"No tengo nada que decirle a la policía. Si Melissa se metió en problemas otra vez, es su problema. No voy a pagar ninguna fianza. Le dije que no iba a pagar su fianza nunca más. No le sirvió de nada la última vez, y no le servirá de nada esta vez".

"Señora, no es..."

Un niño pequeño que sólo llevaba un pañal caído apareció de repente junto a la mujer, que lo apartó.

"¿De qué se trata, entonces?"

Chase suspiró, una nube de niebla se formó delante de su cara.

"Por favor, ¿podemos entrar?"

"Nuh-uh, no hasta que me digas de qué va esto."

Una rápida mirada a Stitts, que enarcó una ceja, y Chase lo soltó sin más.

"Siento mucho decirte esto, pero Melissa ha muerto", dijo rotundamente.

Capítulo 15

Drake bajó el bate y se quedó mirando al hombre sentado en la silla detrás de su escritorio. Era bajo y poco impresionante y, sin embargo, cada vez que lo veía, Drake sentía que la inquietud le inundaba el alma.

"¿Qué quieres?" soltó Drake, las palabras le salieron más duras de lo que pretendía.

Raúl se puso de pie y Drake sintió que su mano apretaba el bate.

"Quiere verte", dijo rotundamente con un marcado acento español.

"¿Qué quiere?"

Raúl no dijo nada. Simplemente se acercó a Drake y a la puerta.

"No necesitas eso", le indicó Raúl, con los ojos fijos en el bate de béisbol.

No te vayas; dile a Raul que se vaya a la mierda. Dile que transmita el mensaje a Ken Smith de que no soy su chico de los recados.

Pero no podía hacerlo. Se lo debía. Si no fuera por él, Suzan estaría muerta ahora mismo, quemada viva por un psicópata empeñado en recrear las muertes del examen de patología forense de Beckett.

Drake frunció el ceño, la piel cicatrizada de su mejilla arrugándose incómodamente. Apoyó el bate contra la pared junto a la puerta y se encogió de hombros.

"Muy bien, vamos entonces."

***

Como era de esperar, Raúl no dijo nada durante el trayecto hasta el apartamento de Ken Smith. Esto, por desgracia, dejó a Drake con tiempo dentro de su propia cabeza, que pronto se convirtió en un pantano desordenado de emociones y recuerdos.

Se alegró de que Chase lo hubiera incluido en el caso, aunque su posición como "asesor especial" fuera ambigua en el mejor de los casos. Y se alegró de que los duros sentimientos que sus ex compañeros del cuerpo habían albergado hacia él parecieran haberse calmado. Sin embargo, volver al redil significaba que sus recuerdos regresaban, que Clay volvía a ser el centro de su mente.

Y esto le dio ganas de volver a beber. No había renunciado a la salsa por completo, pero estaba más controlado de lo que había estado desde que tenía memoria. Nada de beber en el coche aparcado en la puerta del instituto, por ejemplo. Pero ahora, en ese momento, sentado en el Range Rover negro de medianoche de Raúl, deseaba que

en el bolsillo de su chaqueta hubiera una miniatura de Johnny Walker.

Sólo uno. Sólo lo suficiente para aliviar la tensión.

Pero lo único que llevaba en el bolsillo era un misterioso lector electrónico.

Y un hueso del dedo. También había eso.

Sin embargo, cuando llegaron al condominio en el centro de Manhattan, Drake supo que sólo tenía que esperar hasta llegar al piso 80 -el ático- para conseguir su dosis.

Drake salió primero del coche y cruzó a toda prisa el aparcamiento hasta las puertas de cristal de la entrada del edificio. Llamó una vez y un guardia de seguridad con un espeso bigote castaño se acercó. Reconoció inmediatamente su rostro, pero, para disgusto de Drake, no abrió la puerta. Se quedó allí de pie, con la mano en las llaves que llevaba en el cinturón.

"Abre", ladró Drake.

El hombre no le reconoció.

"Oye, ¿estás sordo? Abre el..."

Los ojos del guardia de seguridad se desviaron por encima del hombro de Drake, que siguió su mirada. De repente, Raúl estaba a su lado, obligándole a dar dos vueltas para asegurarse de que había dejado huellas en la nieve, de que no se había materializado como una maldita aparición.

"Ah, ya veo", refunfuñó Drake. "Esperando a su jefe."

Raúl asintió, y el guardia de seguridad le devolvió el gesto antes de desbloquear inmediatamente la puerta.

"Gracias", dijo Drake sarcásticamente al pasar. No se molestó en quitarse la nieve de las botas.

Al igual que en las puertas principales, Drake fue el primero en llegar al ascensor plateado, pero una vez más tuvo que esperar a que Raúl mostrara su tarjeta llave para que se abriera.

Drake se fijó en la tarjeta que utilizaba: una tarjeta-llave blanca y sencilla que estaba sujeta a un cable que salía de su cinturón negro y sencillo.

Podría ser útil tener uno de esos, pensó Drake distraídamente.

El ascensor sonó y entraron.

A Drake se le ocurrió algo mientras ascendía el ataúd de plata, una conversación que había tenido al conocer a Raúl.

Se giró entonces hacia el hombre, que tenía la mirada perdida en las puertas, sin prestar atención a Drake.

"¿Pensé que trabajabas para Clarissa Smith?"

Raúl no dijo nada y Drake apretó más fuerte. Le molestaba la afectación del hombre, e iba a hacer todo lo posible por atravesar su conducta congelada.

"¿Qué? ¿Te rechazó después de la muerte de Thomas?"

Drake creyó ver que el bigote del hombre se crispaba.

"Ah, apuesto a que es eso. Apuesto a que trataste de deslizarlo mientras Thomas bajaba al suelo, ¿no?"

Nada esta vez.

"¿Cómo le va? ¿Sigues en contacto?"

Raúl se volvió entonces hacia él, con las cejas oscuras tan fruncidas que casi le tapaban los ojos saltones.

"Clarissa es..."

El ascensor sonó, anunciando su llegada, y Raúl cerró la boca de golpe. Las puertas empezaron a abrirse, pero la mano de Drake salió disparada y pulsó el botón de cierre, deteniendo su avance.

¿"Clarissa" qué? ¿Sólo un peón en el juego de tu jefe? ¿Es eso?"

Raúl miró su mano y luego las puertas a media asta. Por un segundo, Drake pensó que iba a apartar el dedo del botón de un manotazo, y algo en su interior se apretó.

Pero Raúl no hizo nada.

"¿Sabes lo que no entiendo de todo esto, Raúl? Entiendo que Ken Smith quiere ser alcalde. Hará lo que sea para ser alcalde, evidentemente. ¿Pero tú? ¿Qué quieres de todo esto? ¿Por qué eres tan leal a este imbécil? ¿Yo? Se lo debo... ¿pero tú? ¿Tú también se lo debes?"

Raúl le miró directamente a los ojos y Drake creyó detectar un atisbo de sonrisa en los oscuros labios del hombre.

"Deberíamos irnos. El señor Smith estará esperando", dijo con calma.

Drake frunció el ceño y quitó el dedo del botón. Las puertas se abrieron y se sorprendió al ver a Ken Smith de pie a pocos metros, vestido con lo que parecía otro traje a medida.

Sonreía, mostrando una hilera de dientes perfectamente rectos y blancos que destacaban sobre su rostro bronceado.

"Drake, me alegro de que hayas podido venir".

"Como si tuviera elección", respondió Drake, pasando junto a Raúl y entrando en el lujoso ático.

"Por favor, entra", dijo Ken con un toque de sarcasmo. "Tenemos que charlar".

"Lo que necesito", empezó Drake, dando pisotones, dejando huellas húmedas en las baldosas de mármol, "es un trago. Entonces tal vez podamos hablar".

Capítulo 16

"Sra. Green, sé que esto es duro, pero necesito preguntarle: ¿tenía su hija algún enemigo? ¿Alguien que quisiera hacerle daño?"

Abigail Green dio una calada a su cigarrillo y su mano tembló al llevarse el cilindro blanco a los labios.

¿"Enemigos"? ¿Qué tal el cabrón que la dejó embarazada? ¿El que le dio un puñetazo en la cara cuando aún estaba embarazada? ¿Eso cuenta?"

Chase la dejó desahogarse. Comprendía el enfado de la mujer. La gente afrontaba el dolor de diferentes maneras, pero la ira era una de las respuestas más comunes.

"¿El padre de sus hijos? preguntó Chase, y sus ojos se desviaron hacia los dos niños pequeños en pañales -un niño de unos dos años y una niña de al menos cuatro- que se reían mientras jugaban con una caja de cartón.

"Uno de ellos", respondió Abigail. "Brent Doakes era su nombre. Pequeño gilipollas, si me preguntas".

Chase se volvió hacia Stitts, que le devolvió el saludo con la cabeza.

"Muy bien, sólo unas pocas preguntas más y luego nos iremos, Sra. Green".

"Es la Sra. Green", corrigió, mirando a Chase.

"Lo siento, Sra. Green. ¿Sabe si su hija era amiga de una tal Tanya Farthing?"

La cara de la mujer se torció.

"Melissa no tenía amigos. Sólo tenía tiempo para sus malditos libros. Nada más. Nada más. Ojalá dejara de leer y se ocupara de sus hijos. Se lo decía todo el tiempo".

Los ojos de Abigail empezaron a humedecerse mientras hablaba, pero Chase vio que la mandíbula de la mujer se apretaba mientras luchaba contra la emoción. Era una mujer dura que había tenido una vida dura y, aunque estaba comprensiblemente enfadada, también estaba claramente disgustada.

Como debe ser.

Chase se levantó y, por el rabillo del ojo, vio a Stitts hacer lo mismo.

"Gracias, Sra. Green. Y de nuevo, por favor, acepte mis más sinceras condolencias por lo que le pasó a su hija."

Abigail Green gruñó mientras cogía otro cigarrillo.

"Mañana vendrá un agente uniformado con más instrucciones y papeleo", dijo mientras se dirigía a la puerta del remolque.

"No quiero policías aquí. La gente empieza a hablar, hace las cosas difíciles para mí y los niños. "

Chase asintió.

"Entiendo, pero es el procedimiento. Les diré que sean discretos".

Abrió la puerta y se encontró con una ráfaga de aire frío. Estaba a medio camino de su BMW, sintiendo toda la ironía de hablarle a la señora Green de discreción mientras conducía un coche que probablemente costaba el doble que su caravana, cuando la voz de la mujer llegó hasta ella a través de la nieve que caía.

"Atrapen al bastardo que le hizo esto a Melissa", llamó la Sra. Green tras ellos, su voz inesperadamente suave. "Atrapen al bastardo".

Chase se volvió y asintió una vez a la mujer, y luego subió a su coche.

Cuando el agente Stitts se instaló en el asiento del copiloto, ella llevó las manos al volante, y sólo ahora se dio cuenta de que le temblaban ligeramente.

"¿Estás bien?" preguntó el agente Stitts, mirándola. Sus ojos color avellana eran suaves, cariñosos.

"Estoy bien", respondió ella, poniendo el coche en marcha. Exhaló bruscamente. "Uno menos, falta uno".

***

La casa de Tanya Farthing era lo opuesto a la de Melissa Green en casi todos los sentidos posibles. Situada en el corazón de Manhattan, Tanya vivía en una casa de piedra rojiza meticulosamente cuidada. Relativamente nueva en Nueva York, Chase no estaba al día de las minucias inmobiliarias de la ciudad, pero sabía lo suficiente para reconocer que esta zona era cara.

Como siete cifras caro.

Ella y el agente Stitts llegaron juntos a la puerta y, justo antes de llamar, él volvió a preguntarle si quería que hablara él.

En ese momento, Chase no estaba seguro de si estaba siendo un buen chico o si era una especie de prueba.

Sacudió la cabeza.

No importa, supuso.

Esta era su actuación y la llevaría a cabo.

Encuentren al bastardo que le hizo esto a Melissa, había dicho la Sra. Green.

Chase no había contestado, no porque no quisiera, sino porque no tenía por qué hacerlo.

Encontraría al asesino. Sólo era cuestión de tiempo.

"Yo lo haré", dijo mientras llamaba a la puerta.

El hombre que abrió la puerta era bajo, calvo y tenía unos dientes

que parecían demasiado grandes para su boca.

"¿Sí? ¿Puedo ayudarle?", preguntó con un ligero acento que Chase no supo distinguir.

"¿Es esta la dirección de Tanya Farthing?"

La preocupación se ensombreció de repente en el rostro del hombre.

"Sí, soy su padre. ¿De qué se trata?"

"Mi nombre es Sargento Chase Adams, y este es el Agente del FBI Jeremy Stitts. ¿Podemos entrar?"

El hombre dudó, pero asintió cuando el agente Stitts le mostró su placa. Se hizo a un lado y Chase pudo ver que su respiración se había vuelto agitada.

¿"Cariño"? ¿Quién es? Es un poco tarde para los clientes, ¿no?", una voz femenina llegó hasta ellos desde la escalera a la izquierda de Chase.

El padre de Tanya tragó saliva.

¿"Tiffany"? Creo que deberías bajar. La policía está aquí y quieren hablar con nosotros. Es sobre Tanya".

Capítulo 17

"Y la Sra. Armatridge, ¿cómo está?" preguntó Ken entre calada y calada de su puro.

Drake dio un trago a su whisky y volvió a maravillarse de lo suave que era el Johnny Walker Blue. Sus pensamientos se dirigieron al vídeo de la anciana retirando el cuchillo del bloque de la carnicería mientras su marido era satisfecho por la criada en el dormitorio de arriba. Mientras caminaba lentamente hacia las escaleras, despacio, como si fuera sonámbula, Screech y su pelo rizado aparecieron de repente en el encuadre. Su compañero había agarrado a la Sra. Armatridge por la muñeca antes de que hiciera algo verdaderamente terrible.

Drake negó con la cabeza.

"Está bien", respondió rotundamente.

"Es bueno oírlo. ¿Y el negocio en Triple D? ¿Sigue estable?"

Drake frunció el ceño y dio un sorbo a su bebida.

"Ve al grano, Ken. Quieres saber lo que averigüé sobre el Dr. Kildare".

Ken sonrió satisfecho.

"¿Sabes lo que me gusta de ti, Drake?"

"¿Que haga tu voluntad?"

Drake esperaba que la sonrisa del hombre flaqueara y se decepcionó cuando no lo hizo.

"Me gusta tu actitud directa. La franqueza es una virtud que se ha perdido en un mundo de emoji's y abreviaturas", dio una calada a su puro y luego exhaló el humo por las fosas nasales como una especie de dragón. "Y tienes razón: te he traído aquí para aprender lo que has descubierto".

Drake dudó. Por alguna razón, le asaltó el impulso de mentir, de decirle a Ken que no había encontrado nada, que el doctor Kildare era tan perfecto como parecía.

Pero no se atrevía a hacerlo. Después de todo, cualesquiera que fueran sus sentimientos por el hombre, se lo debía a Ken Smith. Ademas, el solo estaba reportando hechos. Nunca coaccionó, atrapó o siquiera sugirió algo al Dr. Kildare.

"El Dr. Kildare tiene una aventura", dijo tras una breve pausa. "Se acuesta con su director de campaña".

Esto, por fin, hizo reaccionar al hombre.

Ken se rió y dio otra calada.

"¿Raúl? ¿Puedes venir, por favor?"

Raúl apareció junto a Drake y deslizó un sobre sobre la mesa, junto a su vaso de whisky.

Drake lo miró con una sensación de repugnancia. Sin embargo, cuando terminó su bebida, lo cogió. Era pesada; más pesada de lo que esperaba.

Se levantó y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

"Raúl por favor lleva a nuestro invitado a donde quiera ir."

Drake frunció el ceño al oír el término "invitado". ¿Era realmente un invitado? Algo le decía que si había rechazado la oferta de Raúl -por muy tentadora que fuera- de ir a ver a Ken Smith, habría repercusiones.

Raúl dirigió la marcha hacia el ascensor, pero antes de que llegara, Ken Smith añadió: "Haz que tu compañero instale una de esas cámaras, ¿quieres, Drake? Graba al doctor Kildare con su representante".

Drake asintió, pero no se volvió.

"Y recuerda, no nos hace bien a ninguno de los dos que te vean".

Drake tenía el ceño fruncido cuando entró en el ascensor, y esta expresión permaneció grabada en su rostro durante el silencioso trayecto de vuelta a su Crown Vic en Triple D.

"Gracias por traerme", espetó al salir del Range Rover de Raúl.

Como era de esperar, Raúl no dijo nada antes de marcharse, dejando a Drake de pie con la nieve cayendo a su alrededor.

Sintió el peso de los dos objetos en su bolsillo; en el derecho estaba el e-reader que se sentía obligado a seguir leyendo, mientras que el izquierdo albergaba el sobre que Raúl le había entregado.

Y también estaba cansado. El día había comenzado con las luces apagadas en Triple D, y sólo fue cuesta abajo desde allí.

Drake introdujo la mano en el bolsillo del sobre, rodeó el material con sus dedos callosos y palpó el grueso fajo de billetes que contenía.

Las mujeres muertas y *Sonrisa Roja tendrían que* esperar. Tenía sus prioridades, y había algo que tenía que hacer primero.

Capítulo 18

Colin no podía creer lo que estaba viendo. Su mujer, que llevaba ocho años con él, estaba en la cama con otro hombre, un hombre mayor, gordo, al que nunca había visto.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era que no parecía importarle una mierda que la hubiera pillado.

De hecho, todo el ser de Ryanne parecía gotear desprecio mientras estaba sentada al borde de la cama en camiseta y ropa interior.

"Juliette, ve a quitarte las botas", le ordenó.

Juliette no se movió. Colin no estaba seguro de que, a sus siete años, entendiera lo que estaba pasando, pero sabía, dada su reacción, que algo no iba bien aquí.

Colin se agachó y palmeó suavemente a su hija en el hombro. Juliette lo miró con los ojos muy abiertos.

"Está bien, cariño, baja con tu hermana".

Juliette asintió y salió del pasillo sin decir palabra, dejando a Colin con su mujer y el desconocido.

"No me mires así -le espetó Ryanne. Se puso los pantalones y cogió el paquete de tabaco de la mesilla de noche. Al hacerlo, el hombre se dio la vuelta y Colin se quedó boquiabierto.

Después de todo, conocía al hombre. Era su casero, un hombre al que Ryanne se había referido repetidamente como una escoria.

"Tú", fue todo lo que Colin pudo decir.

El hombre le miró fijamente. A sus sesenta y tantos años, no era una figura imponente a pesar de su abultada barriga; bajo de estatura, con el pelo canoso y una sonrisa entrecortada, Colin se sintió intimidado.

Ryanne encendió otro cigarrillo e inhaló profundamente.

"He dicho que no me mires así", repitió.

Colin negó con la cabeza.

"¿Cómo qué? ¿Cómo demonios quieres que te mire? ¿Es una broma? ¿Qué demonios está pasando?"

Ryanne dio una larga calada a su cigarrillo.

"¿Qué se supone que tenía que hacer? No puedes pagar el alquiler y necesitamos un sitio donde vivir".

Colin se quedó boquiabierto.

"Entonces, ¿te estás... *prostituyendo*?"

El casero, que Colin en su furia no recordaba si se llamaba Gerald, Gary o Glenn, se dirigió hacia la puerta.

"Ahora me voy", dijo, con los puños y la mandíbula apretados. "Nos

vemos el mes que viene, Ryanne."

Colin estaba tan impresionado por la audacia de aquel hombre que ni siquiera se inmutó cuando G-como-se-llame se deslizó a su lado y bajó las escaleras.

"Madura, Colin. Había que pagar las facturas, así que lo hice. Si pudieras conseguir un trabajo de verdad, entonces no estaríamos en este lío en primer lugar".

Colin giró la cabeza para mirar a su mujer.

"¿Hablas en serio? ¿Estás...?", bajó la voz una octava, "¿estás hablando en serio, *joder*?".

Ryanne asintió.

"Como un ataque al corazón."

Colin levantó una mano, y sólo entonces se dio cuenta de que la tenía tan apretada que sus nudillos estaban blancos.

Relajó el agarre y apuntó con un dedo directamente al pecho de Ryanne.

"Te vas a arrepentir, Ryanne. No sabes de lo que soy capaz. He...", dejó escapar la frase.

Ryanne esbozó una sonrisa, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

"¿Qué? ¿Qué vas a hacer al respecto?" Su rostro se puso serio. "Eres demasiado marica para hacer nada. No seas falso; odio a la gente falsa. Puto farsante".

"Oh, te vas a arrepentir. Mi próximo libro... ya verás. Mi próximo libro no sólo se va a vender, sino que va a ser un puto fenómeno. Ya verás Ryanne. Y no vas a recibir ni un maldito centavo".

Ryanne apartó la mirada y apagó el cigarrillo en una lata de Coca-Cola que había en la mesilla de noche.

"Da igual", refunfuñó. "Tus libros nunca se venden".

Colin, a punto de ponerse rojo, de perder el control, giró sobre sus talones. De repente perdió el equilibrio, tropezó y se vio obligado a apoyarse en la pared para no caerse.

Aturdido, bajó las escaleras.

"¿Adónde vas?" Ryanne gritó tras él.

"¡Fuera! ¡Asegúrate de que las chicas cenan!"

A continuación, Colin abrió la puerta de su apartamento con tanta violencia que el pomo se abolló en la pared.

Pagará, esa zorra pagará por todo lo que me ha hecho. Ella pagará.

Capítulo 19

Las manos de Chase temblaban visiblemente cuando regresó a su coche después de visitar a los histéricos padres de Tanya Farthing. Las reacciones de la Sra. Green y la Sra. Farthing ante la noticia de la muerte de su hija eran tan opuestas entre sí como sus moradas.

Pero fueron sus ojos los que la conmovieron. Eran grandes, estaban húmedos, pero tenían una cualidad de vacío que ella sólo conocía de los cadáveres.

"Joder", maldijo, olvidando momentáneamente que el agente Stitts estaba en el coche con ella. Y cuando se dio cuenta de que sí estaba, repitió la maldición aún más fuerte esta vez y golpeó el volante con el talón de la mano.

No estaba segura de por qué estos asesinatos la afectaban cuando las víctimas del Asesino de la Mariposa y los retorcidos actos de Craig Sloan no lo habían hecho, pero el hecho de que lo hicieran permanecía.

Respiró hondo y se volvió hacia el agente Stitts. Volvía a mirarla, pero no había juicio en su rostro.

"Lo siento", refunfuñó.

Stitts negó con la cabeza.

"No te disculpes. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo?"

Chase permaneció en silencio mientras ella arrancaba el coche.

"Soy mejor interiorizando el dolor que veo en los demás, empujándolo hacia lo más profundo de mis entrañas, donde se afana con mi propia angustia. Eso es todo. Pero no dejes que te engañe; lo siento. Lo siento con cada aliento que doy. Una de las peores cosas que le ha pasado a la sociedad es la idea generalizada de que mostrar emociones, ser vulnerable, es una debilidad. No lo es. Es una fortaleza. Eres más fuerte que yo, Chase. Esa es la verdadera diferencia entre tú y yo".

El cándido discurso cogió a Chase por sorpresa. Desde que tenía uso de razón, había querido ser agente del FBI. Pero durante todo ese tiempo había pensado que se trataba de una institución fría y dura dedicada a resolver los crímenes más difíciles y atroces.

En su mente, el FBI era indiferente, implacable y, sobre todo, infalible.

Y tal vez eso es lo que la atrajo en primer lugar.

Pero la fachada que presentaba el agente Stitts... era, como mínimo, desconcertante.

Y Chase no estaba segura de cómo se sentía al respecto.

"¿Adónde te llevo?", preguntó secamente. "¿Te alojas en un hotel?"

Stitts asintió.

"Sí, pero puedes dejarme en la comisaría. Tengo mi alquiler allí. ¿Quieres hablar del caso? Podemos esperar hasta mañana, si te viene mejor".

Chase se mordió el labio. Quería esperar a mañana, pero ya tenía pensamientos en la cabeza. Si se iba a casa e intentaba dormir ahora, sabía que nunca lo conseguiría.

Miró el reloj del salpicadero. Eran casi las diez.

"Tardaré unos cuarenta minutos en volver a la comisaría. Podemos hablar mientras conduzco".

El agente Stitts estuvo de acuerdo.

"Bien", dijo suavemente. "Voy a empezar. Es imposible que Tanya conociera a Melissa. De ninguna manera. Ni siquiera en una especie de extraña relación de tutoría. Y aunque las reacciones de los padres de Melissa y Tanya fueron muy diferentes, ambas fueron auténticas. No tuvieron nada que ver con la muerte de ninguna de las dos".

"*Hmph*", fue todo lo que Chase pudo decir. Aquel era otro giro que no esperaba: tan *concluyente* y en una fase tan temprana de la investigación. Y, sin embargo, la agente Stitts acababa de expresar lo que ella pensaba.

"Entonces, si no se conocían, ¿cómo las eligió el asesino?", preguntó. "Ambas son mujeres jóvenes de unos treinta años. Pero Melissa estaba rellenita, fuera de forma, y Tanya era delgada, al borde de la delgadez. Melissa tenía el pelo negro, Tanya rubio".

El agente Stitts dudó antes de comentar.

"¿Al azar?"

Chase se lo pensó un momento.

A diferencia del comentario anterior del hombre, su voz había vacilado ligeramente al pronunciar la palabra "aleatorio".

¿Es una prueba? ¿Vio algo y quiere saber si yo también lo vi?

Chase sacudió la cabeza y decidió en ese mismo instante que se limitaría a ser ella misma, a hacer todo lo que la había llevado a esa posición en primer lugar.

No iba a cambiar quién era ni a preocuparse por lo que los demás pensaran de ella. No ahora. No después de todo lo que había pasado.

¿"Honestamente"? Nunca he oído hablar de un asesino verdaderamente al azar. Hay una conexión entre ellas, entre Tanya y Melissa. ¿Dos mujeres, más o menos de la misma edad, asesinadas a la vez? No puede ser una coincidencia."

El agente Stitts asintió.

"Entonces, ¿cuál es la conexión? No es su estatus socioeconómico, eso seguro. ¿Su aspecto, entonces? Tal vez. ¿Un odio general hacia las mujeres en edad fértil? No sería la primera..."

"Shh", dijo Chase sin pensar. Sus mejillas empezaron a sonrojarse, pero se obligó a alejar esa sensación.

No te ruborices, eres un puto sargento de policía por el amor de Dios. Actúa como tal.

"Hay algo... algo...", dejó escapar la frase.

Había algo, algo en común entre las dos mujeres. No era algo que ella viera, necesariamente, al menos, no en casa de Melissa, pero algo que su madre...

"Libros", dijo. La palabra sonó más como una disculpa que como una exclamación, como era su intención.

"¿Perdón?"

"Los libros... ésa es la conexión. La Sra. Green dijo que Melissa estaba demasiado ocupada leyendo o yendo a la biblioteca como para ocuparse de sus hijos -sus palabras se aceleraron a medida que ganaba confianza-, y la madre de Tanya... ¿recuerdas cuando nos llevó a la habitación de Tanya? Había libros por todas partes, pero no sólo de derecho. Novelas. Había docenas en las estanterías. ¿Los viste?"

"Sí, los vi."

Y con esa respuesta tan poco entusiasta, la confianza de Chase se esfumó de repente.

¿Libros? ¿Cuánta gente tiene libros en casa? ¿Y la biblioteca? ¿Cuántos miles de personas van a la biblioteca?

"Es un punto de partida, supongo. Puede que no sea nada, pero..."

"No, suena... creo que puede haber algo ahí".

Chase se encogió de hombros y tomó la salida.

"Déjame preguntarte algo", continuó Stitts en un tono más suave. "¿Por qué no preguntaste por el pintalabios?"

La pregunta cogió a Chase por sorpresa.

"¿El pintalabios?"

"Sí, los labios ensangrentados... el pintalabios esparcido por la boca de las chicas muertas. No le preguntaste a ninguna de las madres sobre maquillaje en absoluto."

Chase recordaba vívidamente las manchas granate oscuro que cubrían los labios pálidos de los cadáveres.

"Yo... no lo sé".

"No te subestimes, Chase. Tú *lo* sabes. Lo sabes de la misma manera que sabes que los libros son importantes".

Lo primero que le vino a la cabeza a Chase fue tan embarazoso que, a pesar de su promesa anterior de ser fiel a sí misma, no se atrevió a decirlo en voz alta. Era trillado, tópico y casi degradante: *la intuición de una mujer*.

Al final, no importó; el agente Stitts lo dijo por ella.

"Intuición, por eso".

De repente, Chase se sintió cansado y decidió poner fin a la

discusión.

"De todas formas no importa, con libros o sin ellos. Acceder a los registros de una biblioteca es casi tan difícil como entrar en el Pentágono. Seguridad nacional y Mein Kampf y todo eso".

Stitts se rió entre dientes.

"Sí, bueno. Ahí es donde entro yo, supongo. Esta placa conlleva algunas ventajas, después de todo".

Capítulo 20

Drake abrió el buzón negro y luego sacó el sobre de su bolsillo. Lo sopesó en la mano un momento y luego lo metió dentro. Cerró la tapa y estaba a punto de izar la banderita roja cuando vio que se abría una puerta y se quedó helado.

"¿Drake? ¿Eres tú?"

Drake se planteó no decir nada y volver al coche, pero se dio cuenta de que así difícilmente mantendría el anonimato.

Después de todo, conducía un llamativo Crown Vic. Además, Jasmine tenía que saber quién estaba poniendo el dinero en su buzón todos estos meses... ¿no?

Drake se dio la vuelta y puso su mejor sonrisa falsa.

"Ya me iba, Jasmine. No te preocupes por mí."

Jasmine Cuthbert se ajustó la bata del cinturón y salió al porche. Sólo llevaba zapatillas, observó.

"¿Qué... qué estás haciendo aquí?"

Drake dio un paso hacia la casa.

"Hace frío fuera, Jasmine. ¿Por qué no entras y te calientas?"

En lugar de escuchar, Jasmine hizo lo contrario y dio otro paso hacia el porche. Tras echar un vistazo a su coche, Drake finalmente se decidió y caminó hacia la casa. Cuando llegó junto a Jasmine, le pasó un brazo por el hombro y la hizo girar, guiándola hacia la puerta abierta.

No se resistió.

Una vez dentro, cerró la puerta tras ellos e inmediatamente empezó a entrar en calor.

"¿Está... está Suzan en casa?" Drake preguntó vacilante.

Jasmine negó con la cabeza.

"Está en casa de una amiga, estudiando para un examen".

Su respuesta le sorprendió.

¿Suzan ha vuelto al colegio? ¿Ya?

Drake sabía que la chica era fuerte, pero esto no tenía precedentes. Después de lo que le pasó...

"¿Quieres un poco de té, Drake?"

Lo que Drake quería era irse a casa y dar sorbos a la botella de Johnny Red que le esperaba hasta que se desmayara.

"Claro", respondió.

Drake siguió a Jasmine hasta la cocina, observándola mientras avanzaba. Puso la tetera en el fuego y cogió una taza de uno de los armarios superiores. Al hacerlo, se le levantó ligeramente la bata, y

Drake apartó la mirada cuando vio una nalga desnuda.

Se sonrojó.

"¿Qué estabas haciendo ahí fuera, Drake?" preguntó Jasmine mientras cogía dos tazas y se volvía hacia él.

Drake se quedó mirándola un momento, intentando averiguar si estaba bromeando o no. Decidió que no; en su estado de somnolencia, dudaba que pudiera ser otra cosa que sincera.

"Estaba... pasaba por aquí", mintió; no se sentía con ánimos para una discusión sobre los sobres, de dónde venían, por qué los había dejado.

Ahora le tocaba a Jasmine entrecerrar los ojos.

Abrió la boca para decir algo, pero la cortó el grito de la tetera. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y volvió a darle la espalda.

Algo se apoderó de Drake entonces. Sin pensarlo, se colocó detrás de ella y le rodeó la cintura con una mano.

Aléjate, le instó. *Aléjate, abofetéame, llámame cabrón y me iré.*

Pero Jasmine no se apartó. En lugar de eso, movió ligeramente las caderas hacia atrás, apretando el culo contra él.

Animado por su movimiento, Drake hizo girar a Jasmine. Y entonces la besó. Suavemente al principio, pero cuando sintió su lengua tantear sus labios, la besó con más fuerza.

Sintió que las manos de Jasmine le rodeaban la cintura y tiraban de él aún más cerca. Drake levantó la mano de la cadera de Jasmine y la deslizó bajo el cuello de la bata. Buscó su pecho y lo apretó, sintiendo cómo el pezón se endurecía entre sus dedos.

Jasmine gimió, un sonido apenas audible por encima del chirrido agudo de la tetera, y Drake se echó hacia atrás de repente.

Parpadeó rápidamente, y al hacerlo se sintió mareado.

¿Qué estoy haciendo? Esto... esto está mal.

Jasmine lo miró y apretó las caderas contra la parte delantera de sus pantalones, que se habían vuelto incómodamente estrechos.

Ella inclinó la barbilla hacia arriba, con la boca ligeramente abierta, y una fracción de segundo antes de que él se inclinara para encontrarse con sus labios, algo cambió.

Drake ya no miraba la cara bonita de Jasmine Cuthbert, sino la de otra persona. Alguien con pelo castaño corto y rasgos pequeños.

Estaba mirando fijamente a Chase Adams.

"¿Qué dem...?"

De repente, Jasmine tiró de él hacia delante y, con los ojos muy abiertos, Drake se encontró besándola de nuevo, saboreando su dulce aroma, sintiendo la humedad de sus labios y de sus nalgas.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿Qué coño estoy haciendo*?*

Capítulo 21

Chase llegó por fin a casa hacia medianoche. Estaba oscuro, hacía frío y el agotamiento que había sentido en el coche con el agente Stitts no había hecho más que aumentar en su ausencia.

Al igual que la nube de... ¿qué era lo que sentía exactamente? ¿Duda? ¿Incomodidad?

Fuera lo que fuese, le carcomía el estómago.

Con un suspiro, salió del coche y se dirigió a la puerta. Como era su costumbre, probó el pomo de la puerta antes de introducir la llave y se sorprendió al ver que estaba abierta.

Sacudiendo la cabeza con frustración, se sacudió la nieve de las botas y entró.

Un movimiento en el pasillo le llamó la atención y se llevó la mano a la pistola que llevaba en la cadera.

"¿Chase? ¿Eres tú?", preguntó una voz aturdida. Chase respiró hondo y se relajó.

"Sí, soy yo. Escucha, Brad, dejaste la puerta abierta otra vez. *Tienes* que acordarte de cerrarla".

"Lo siento, estaba agotado. Le di de cenar a Félix y luego me dormí en el sofá viendo el partido de los Yankees. Queda algo, ¿quieres?"

Chase se quitó el abrigo.

"El partido de los Yankees ya ha terminado. A menos que jueguen contra los Red Sox, entonces probablemente durará hasta mañana por la tarde".

Brad se alborotó el corto pelo castaño y soltó una risita.

"No es el juego, que puffalump; Me refería a la cena. Hice un estofado de chili. Bastante bueno, si lo digo yo mismo. Félix pensó que era demasiado picante, pero ya sabes cómo es. El ajo es demasiado picante para él".

Brad le rodeó la cintura con un brazo mientras hablaba, y aunque al principio Chase se inclinó hacia él, al final se apartó.

Pensar en la carne de repente le produjo náuseas.

"Gracias, pero paso. Aunque podría tomar una cerveza".

Brad frunció el ceño.

"Te acompaño", dijo mientras se dirigía a la nevera.

Después de quitarse el abrigo y las botas, se tumbó en el sofá. Una sonrisa de satisfacción cruzó sus labios cuando se dio cuenta de que no sólo la televisión seguía encendida, sino que también lo estaba el partido. Los Yankees jugaban contra los Medias Rojas y el marcador estaba 7-7 al final de la decimocuarta entrada.

Chase estaba poniéndose cómoda, sintiendo que se le caían los ojos, cuando Brad se deslizó a su lado y le tendió una cerveza helada.

Bebió un buen trago, con una mueca de dolor al sentir el frío en la garganta. Probablemente, la cerveza no era lo mejor para su estómago inquieto, pero ¿cuándo había sido una mala idea?

Pensar en el alcohol le trajo a la mente una imagen de Drake, y se preguntó brevemente qué estaría haciendo en ese preciso momento.

Probablemente con los codos metidos en una botella de whisky, calculó.

Brad bebió un sorbo de su propia cerveza y se volvió hacia ella, con la preocupación grabada en su atractivo rostro.

"¿Estás bien? Pareces tranquilo, incluso para ti".

Chase se quedó mirando su botella de cerveza un momento, antes de dar otro trago.

"Es este caso", admitió. "Hay algo en él que... que..."

"¿Te recuerda a tu pasado? ¿De tu hermana?" Brad ofreció, su voz tan baja que las palabras rozaban inaudible.

Chase rechinó los dientes e ignoró el comentario.

"Me está afectando. Creo que estoy cansado, eso es todo".

"¿Has pensado alguna vez en tomarte un descanso? ¿Una semana libre quizás? Quiero decir, ni siquiera llevamos un año en Nueva York, y ya has llevado dos, y ahora tres, casos importantes. Sin mencionar que te ascendieron a Sargento, y toda esa mierda con Rhodes. Y cómo olvidar el hecho de que fuiste *secuestrado*. Jesús, Chase, tómate un descanso. Te hará bien -Brad suspiró pesadamente y desvió la mirada. "*Nos hará bien*, Chase".

Chase levantó los ojos.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

Bard miró la etiqueta de su botella de cerveza.

"Sabes lo que quiero decir. Mira, no digo que no me lo advirtieras, lo hiciste. Sabía que mudarte a Nueva York significaría que estarías ocupado. También sabía que era un cambio de carrera, que empezar como detective acabaría llevándote al FBI, pero..."

Chase abrió la boca para interrumpir, pero Brad continuó rápidamente, sin darle oportunidad.

"Pero también sabemos lo que pasó en Seattle cuando trabajaste demasiado, cómo..." sus ojos se desviaron hacia los brazos de ella, que afortunadamente estaban cubiertos por un jersey oscuro, y su frase se interrumpió.

Chase odiaba que Brad no se atreviera a pronunciar esas palabras, como si ella fuera tan frágil que el mero hecho de mencionar lo que había ocurrido en Seattle cuando estaba de incógnito la hiciera estallar.

Ella ya no era esa persona. Era alguien diferente, alguien más fuerte.

Además, sólo había una cosa de la que ella se negaba a hablar, y él ya había abordado ese tema, aunque sólo fuera de pasada.

Entonces, ¿por qué te afecta este caso? le preguntó una voz molesta dentro de su cabeza.

"Bueno, ya sabes", dijo al fin.

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"Dilo. Dilo, Brad."

Sacudió la cabeza.

"No, no voy a decirlo. No servirá de nada decirlo, sólo creo que es importante que sepas que Félix te echa de menos, que *yo* te echo de menos".

Brad bajó la mirada al decir esto, dejando claro que no pretendía sentirse culpable. Sólo estaba siendo sincero, lo cual era admirable. Y Chase no pudo evitar pensar que probablemente estaba trabajando demasiado.

Ni siquiera el póquer conseguía distraerla de su trabajo, que era la razón principal por la que jugaba.

Le vino a la mente la imagen de Melissa Green, con la cara apenas asomando bajo una paja de heno y los labios de un marrón costroso.

"Después de este caso, Brad. Después de este caso, me tomaré un tiempo libre", Chase pensó en Beckett y sus vacaciones en Virgin Gorda. "Podemos irnos a algún lado, tal vez. A algún lugar caluroso".

Ella sonrió, y aunque Brad le devolvió el gesto, de alguna manera también le pareció triste.

Le dio unas suaves palmaditas en la rodilla y se levantó.

"Ven pronto a la cama, Chase", dijo, terminando su cerveza. "Pareces cansado".

"Lo haré", mintió Chase. "Estaré allí en un minuto."

Capítulo 22

"Puedo ayudarte con eso".
La mujer se asomó y esbozó una tímida sonrisa.
"No, está bien. Puedo arreglármelas".
"¿Seguro? Parecen pesados".
La mujer miró las bolsas, una en cada mano, ambas repletas de libros. Pesaban mucho.
"Claro, mi coche está justo ahí", dijo, indicando un monovolumen dorado que había un par de plazas más allá.
Suspiró y soltó una de las bolsas.
"Normalmente tengo a mi hijo aquí para que me ayude, pero... bueno, necesita ayuda extra y se quedó hasta tarde en el colegio. Cuarto curso, y ya están intentando decirme que se está quedando atrás en álgebra. ¡Álgebra! Quiero decir, yo no sé tú, pero yo no tomé álgebra hasta por lo menos la escuela secundaria", se rió secamente. "E incluso entonces, no estoy segura de haber tenido ni idea de cómo resolver las malditas -perdón, *malditas- ecuaciones*. Las letras y los números son como el licor y la cerveza. No deberían mezclarse, ya me entiendes".
Ya casi llegaban al monovolumen.
"¿Te gustan los libros?"
"Me encantan", dijo la mujer alegremente. Se llevó la bolsa a la otra mano, flexionando los dedos doloridos.
"Déjame preguntarte algo: ¿alguna vez dejas reseñas de los libros que lees?".
La mujer dudó antes de responder.
"¿Revisiones? S-seguro, de vez en cuando. ¿Por qué lo preguntas?"
Su paso se ralentizó ligeramente a medida que se acercaba a su monovolumen, y la mano que ya no sujetaba la bolsa de plástico se apretó. Fue sólo un gesto sutil, pero no pasó desapercibido para ninguna de las partes.
Algo no va bien.
"Yo me encargo a partir de aquí", dijo rápidamente, abandonando su anterior línea de interrogatorio.
Un silbido extraño y desafinado llenó de repente el aire.
"Oh no, permíteme. Toma, cogeré tus llaves".

Segundo acto

Capítulo 23

"¿Cree que va a volver?", preguntó la mujer de los piercings en la cara.

Colin se encogió de hombros.

Seguía tan furioso por lo de Ryanne que apenas podía creerse que hubiera llegado al grupo de escritores.

Volvían a ser seis, y a los diez minutos de clase aún no había ni rastro del imbécil de Dwight Jurgens.

"¿Puede alguien enviar un correo electrónico al tipo? Porque si no viene, quiero que me devuelvan el dinero", preguntó desde el fondo de la sala un joven con un palillo colgando entre los labios.

"Ya lo hice. Sin respuesta. Y la clase era gratis", contestó una mujer regordeta que se había presentado como Missy P. ¿Por qué *sólo usas un seudónimo para tus libros? ¿Por qué no tener uno en la vida real*? "Intenté llamarle también, pero saltó directamente el buzón de voz".

"Como quieras", dijo el chico palillo mientras empezaba a recoger sus cosas.

"¿Por qué Colin no enseña otra vez?", ofreció la chica de los piercings.

Colin aguzó el oído y salió de la escena que se repetía una y otra vez en su mente de su mujer con el casero.

"¿Qué? No, yo no..."

Missy P le interrumpió.

"Lo que dijiste ayer me pareció interesante", dijo con un encogimiento de hombros que hizo temblar todo su cuerpo. "Me quedaría por aquí si quieres volver a dar clases. Quiero decir, no tienes que hacerlo".

"Yo también", dijo alguien más.

El chico del palillo se dirigió hacia la puerta.

"No te ofendas, amigo, pero estoy fuera."

Colin le miró marcharse. Lo último que quería era enseñar a esa gente algo de lo que él mismo tenía un conocimiento limitado.

¿Qué había dicho Ryanne?

Si no escribieras tus libros de mierda... Si tuvieras un trabajo de verdad.

O algo parecido.

Y por mucho que odiara admitirlo, Colin empezaba a pensar que ella tenía razón.

Independientemente de sus nuevas experiencias vitales.

"No creo que pueda enseñarte nada. No...", se le entrecorta la voz y se le saltan las lágrimas. La mujer de los piercings que estaba a su lado

le puso una mano reconfortante en la espalda. Colin recuperó el control justo a tiempo. "No sé más que tú. He autopublicado tres libros, pero no se venden. Cualquiera puede hacer lo que yo hice. Estoy trabajando en algo nuevo, algo escrito para comercializar que creo que me irá mejor, algo oscuro, más visceral, pero de verdad chicos, no soy nada especial."

La mano que tenía en la espalda le apretó suavemente y se volvió para mirar directamente a la mujer. Sus ojos eran pequeños y oscuros, y aunque buscó consuelo y compasión en su expresión, no los encontró.

Pero tras un momento de contemplación, pensó que tal vez esto era lo que necesitaba desde el principio.

"Lo que nos dijiste ayer -sobre escribir lo que sabemos, sobre nuestras experiencias- lo intenté anoche", dijo con voz seca un señor mayor a la izquierda de Colin. "Fue mi mejor sesión de escritura en años".

Colin enarcó una ceja.

"Vamos, impártenos tus conocimientos, oh sabio", bromeó Piercings.

Colin suspiró, se levantó de mala gana y se dirigió al frente de la clase.

"Para escribir sobre experiencias, lo primero que hay que hacer es experimentar algo de *verdad*. Algo que te afecte tan profundamente que cambie quién eres".

***

Colin seguía sin aliento incluso después de que todos los demás miembros del grupo de escritores hubieran abandonado el aula. Había estado allí arriba casi una hora hablando de...

¿De qué demonios estaba *hablando?*

Todo había sido tan precipitado que no podía recordarlo. En un momento dado, pensó que había mencionado a Ryanne y a su casero, pero no estaba seguro.

¿Qué diablos importa?

Estaba guardando su bloc de notas en la bolsa cuando alguien se acercó.

"Realmente no tienes ni idea de lo que estás haciendo ahí arriba, ¿verdad?"

Colin se volvió en la dirección de la voz y se sorprendió al ver a la mujer del corte bajo y los tatuajes de pie en la puerta del aula.

A pesar de sus palabras condescendientes, le sorprendió ver que sonreía.

"Pensé que todos se habían ido... ¿era realmente tan malo?"

Dando varios pasos hacia delante, la mujer dijo: "No, sólo te estoy tomando el pelo. No estuvo tan mal. Mejor que cualquier cosa que ese gilipollas de Dwight pudiera hacer, apuesto".

Colin tomó sus palabras como un cumplido, aunque no estaba seguro de que ésa hubiera sido su intención.

"¿Como esa mierda de 'escribe lo que sabes'?"

"¿Qué pasa con él?"

"Sabio consejo. Pero me pregunto... ¿qué *has* experimentado?", preguntó, acercándose a él.

Colin entrecerró los ojos y sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho.

"¿Qué quieres decir?"

Ella se acercó aún más, hasta que estuvo a varios metros de él, y por alguna razón, Colin empezó a ponerse nervioso.

"Quiero decir, todos tenemos nuestro lado oscuro, ¿sabes? ¿Cuál es ese seudónimo del que nos hablabas? Estoy muy, *muy* interesado en leer tu trabajo".

Colin se sintió incómodo y estaba a punto de decirlo cuando la mujer se puso de repente a su lado. Antes de que se diera cuenta, la mano de la mujer ya estaba en la parte delantera de sus vaqueros.

Sus ojos se desorbitaron y trató de apartar la mano de ella. Pero ella lo tenía agarrado, y con firmeza.

"Quería decir que estaba *casado,* pero le vino a la mente la imagen de su mujer fumando un cigarrillo, con los pechos caídos empujando la camiseta barata y Gary, Gerald o Glenn, el casero, de pie detrás de ella con sus calzoncillos manchados, y se detuvo.

La mujer, sintiendo su aprensión, sonrió y se inclinó hacia él. Le pasó la lengua por los labios, que, con un destello de excitación, se dio cuenta de que estaban perforados.

Joder Ryanne, pensó de repente, y esta vez cuando ella apretó la parte delantera de sus pantalones, él empujó contra su mano alentadoramente.

Su sexo fue descuidado y descoordinado, pero afortunadamente sólo duró unos minutos. Sudando, con la respiración entrecortada, Colin se apartó de la mujer que había apoyado en el escritorio y se subió los pantalones.

Podía sentir cómo se le sonrojaba la cara por su vergonzosa actuación.

Hacía mucho, mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales.

Ryanne, por otro lado...

Cuando se dio la vuelta, vio que la mujer, cuyo nombre aún desconocía, se había bajado del escritorio y estaba subiéndose los pantalones.

"Lo siento...", empezó, pero se detuvo cuando ella soltó una risita.

Sin hacer ningún comentario, la mujer se abrochó los vaqueros, cogió rápidamente un papel y un bolígrafo del escritorio y se puso a escribir.

"¿Qué estás haciendo?"

De nuevo, sin respuesta.

Colin repitió la pregunta, y esta vez la mujer le miró.

"Estoy haciendo lo que dijiste. Estoy escribiendo lo que sé, mi experiencia, para poder recrearla más tarde."

Capítulo 24

Drake se despertó más fresco que en meses. Ligeramente desorientado, sin duda, pero con la cabeza despejada y los pensamientos cristalinos.

Y cuando se inclinó y vio la cara de Jasmine apoyada en la almohada, con su piel color caramelo en marcado contraste con el blanco crujiente de la almohada, sintió que se le caía el corazón.

¿Qué he hecho?

Se deslizó fuera de la cama y luego se dirigió hacia su ropa que había sido arrojada sobre la silla la noche anterior. Caminando lo más silenciosamente posible, tratando de superar su típica gracia de elefante, de alguna manera se las arregló para ponerse los pantalones y la camisa sin despertar a Jasmine.

Tras una última mirada a su rostro apacible, acompañada de una merecida punzada de culpabilidad, Drake salió de la habitación.

A pesar de todo lo ocurrido, empezaba a pensar que tal vez su suerte estaba cambiando. Consiguió bajar las escaleras y calzarse las botas casi en silencio, y estaba a punto de salir y olvidarse por completo del horrible error que él -que *ellos- habían* cometido cuando la puerta se abrió de golpe.

Suzan estaba en la entrada, con una bolsa de libros colgando de una mano.

Sus miradas se cruzaron y fue como si el tiempo se hubiera detenido.

Durante veinte segundos, ninguno de los dos respiró. Sólo reaccionaron cuando la bolsa de Suzan cayó al suelo. Drake se preparó para correr junto a ella si volvía a gritar.

Pero, para su sorpresa, ella no gritó. Se limitó a asentir con la cabeza y pasó de largo sin decir palabra.

Drake la siguió con la mirada. Sabía lo que había pasado, conocía la única razón lógica por la que él estaba aquí tan temprano por la mañana.

Era brillante e intuitiva.

Y, sin embargo, Suzan no parecía enfadada por este hecho.

Drake se alegró de ver que la mayoría de sus quemaduras se habían curado, y aparte de una tez ligeramente sonrosada y una pequeña mata de pelo que le faltaba cerca de la sien, tenía bastante buen aspecto teniendo en cuenta por lo que había pasado.

Como si leyera sus pensamientos, Suzan se volvió desde el primer escalón.

"¿Sigue dormida mi madre?", preguntó con voz suave.
Drake se quedó boquiabierto y no se atrevió a contestar. Probablemente fue lo mejor; no quería arriesgarse a romper la inusual calma hablando. Además, la pregunta era probablemente retórica, porque Suzan no esperó una respuesta.
Empezó a subir las escaleras, con Drake observándola.
"¿Mamá?", gritó. "¿Estás despierta, mamá?"
Justo antes de darse la vuelta y abrir la puerta de par en par, Drake vio algo que asomaba por el bolsillo de los vaqueros de Suzan. Era sólo la punta, y no podía estar seguro, pero le pareció que era del mismo color amarillo que el sobre que había echado al buzón la noche anterior.
Fuera, observó que la banderita roja del lado del buzón negro estaba bajada de nuevo.

***

Drake entró en la Triple D e inmediatamente buscó el interruptor de la luz, sólo para darse cuenta de que las luces ya estaban encendidas.
¿"Screech"?
El hombre salió de detrás de su escritorio.
"¿Qué pasa?"
La perilla del hombre parecía más una barba estos días, y su pelo, normalmente corto en los lados, largo y rizado en la parte superior, empezaba a tener forma de pelota de tenis.
"¿Alguna vez vas a casa?" preguntó Drake, sin poder evitar la sonrisa que se dibujó en sus labios. Se desvaneció cuando recordó que la última vez que había estado aquí sin Screech, Raúl había estado presente.
"No. Jamás. Estoy tan dedicado a nuestra noble causa, señor", dijo Screech con una reverencia fingida.
"Hablando de eso, ¿hablaste con el tipo del yate?"
¿"Sr. Bumacher"? Reunión con él hoy. Hablando de eso, creo que sería mejor que estuvieras allí. Dice que fue tu nombre el que lo trajo a Triple D".
Drake se quitó el sombrero y el abrigo y los puso en el perchero junto a la puerta.
"Puedes manejarlo, *compañero*", se ofreció.
Screech abrió la boca para decir algo, pero entonces sus ojos se entrecerraron y una mueca cruzó sus labios.
"Estás siendo inusualmente cordial esta mañana. Tal vez incluso cortés. Sólo te he visto así una vez antes, cuando..."
La expresión de Drake se agrió de repente.

"Suéltala, Screech".

Screech se rió.

"Es verdad, ¿no? Tú..."

"¡He dicho que lo sueltes!"

Al hombre se le borró la sonrisa de la cara y volvió a ponerse detrás de la pantalla del ordenador.

"Lo siento."

Drake pasó junto a él.

"¿Averiguaste algo sobre el libro electrónico? ¿De dónde viene?"

Screech sacudió la cabeza y, cuando habló, su tono se había vuelto serio. Drake se arrepintió inmediatamente de haberle contestado así.

"Ni idea de quién procedía. No pude relacionar el número de registro con nadie, y cuando pregunté por el edificio, nadie vio a nadie entregarlo. ¿Crees que es importante?"

Drake vaciló, con la mano en el picaporte de su despacho.

"Creo que sí", se dijo más a sí mismo que a Screech.

"Seguiré investigando entonces. Pero miré en el libro que estaba cargado allí - *¿Labios Rojos* o lo que sea?"

"*Sonrisa Roja*", corrigió Drake.

"Sí, claro. De todas formas, parece que está publicado en Internet, pero no se ha vendido mucho. Intenté averiguar sobre el autor, L. Wiley, pero está claro que es un nombre falso. L. Wiley no parece existir".

Drake frunció el ceño. No sólo le molestaban las similitudes entre el libro y los asesinatos, sino también el hecho de que, siendo sin duda una pieza importante del rompecabezas, hubiera tardado tanto en investigarlo.

Con el Dr. Kildare, Chase, Ken, el hombre del yate desaparecido y Jasmine ocupando sus pensamientos, su vida había pasado repentinamente de ser sencilla a imposiblemente complicada de la noche a la mañana.

Ojalá Clay estuviera aquí... él sabría qué decir, qué hacer.

De repente, le vino a la mente la imagen de Jasmine encima de él, con la cabeza echada hacia atrás en éxtasis y los pezones duros apuntando hacia el techo. Pero a medida que la escena se desarrollaba, sus bonitos rasgos se transformaron lentamente en los de Ken Smith, y él se estremeció.

Pero a pesar de la visión, no podía evitar la sensación de que era él quien estaba siendo follado por Ken y no al revés.

Con un suspiro, se volvió hacia Screech por última vez.

"¿Puedes hacerme un favor?", preguntó.

"Claro. ¿Qué pasa?"

"Necesito un par de esas cámaras", se mordió el labio un momento. "Y poner una junto a la puerta principal por si llega algún paquete

más".

Screech lo miró fijamente y Drake estaba seguro de que iba a decir algo sobre vídeos caseros u otro comentario lascivo, pero por suerte su compañero se mordió la lengua.

"No hay problema. Los tendré en tu mesa a mediodía".

Drake cerró la puerta de su despacho con más fuerza de la prevista y se dejó caer en la silla.

Un segundo después, sacó el e-reader de su bolsillo y empezó a leer.

Capítulo 25

Chase salió de la ducha y se secó el pelo. Con el ventilador sobre la cabeza aspirando el aire húmedo, empezó a maquillarse, haciendo todo lo posible por cubrir las ojeras.

Había sido una noche muy, muy larga, que había consistido sobre todo en jugar al póquer por Internet. Le había ido bien, había ganado más de tres mil dólares, pero no le había servido para distraerse como pensaba.

Y sólo había dormido una hora, quizá dos.

Cuando Chase hubo hecho todo lo posible para que su cara pareciera medianamente presentable, se untó corrector en las cicatrices rosa pálido de la parte interior de los codos.

Lo hacía sin pensar, la costumbre estaba tan arraigada que ya ni siquiera se registraba en su cerebro.

Esa parte de su vida había quedado atrás. Y, sin embargo, dudaba de que las cicatrices pudieran curarse por completo.

Alguien llamó a la puerta del baño.

¿"Chase"? ¿Ya casi terminas ahí? ¡Tengo que mear!"

Chase hizo una mueca y, tras asegurarse rápidamente de que las marcas de las huellas en sus brazos apenas eran visibles, se recogió la toalla bajo las axilas.

"Todo listo", respondió ella, abriendo la puerta de par en par.

Brad estaba de pie en la puerta, con los ojos muy abiertos, agarrándose la entrepierna de su pijama de rayas azules y blancas como un niño.

"¡Tengo que irme!", dijo mientras se apresuraba a pasar.

Chase soltó una risita y se dirigió hacia el dormitorio, pero se detuvo cuando la voz de Brad la hizo retroceder.

"¿Todavía llevas a Felix hoy, verdad?"

Chase frunció el ceño. Se había olvidado por completo de su promesa de que hoy llevaría a Félix al colegio.

"Sí, no debería ser un problema", respondió. Su reunión con Drake y el agente Stitts para discutir la pista del libro que se le había ocurrido no estaba programada hasta las diez.

"Genial", dijo Brad con un suspiro mientras el pis empezaba a salpicar ruidosamente en la palangana.

"Qué asco", murmuró Chase. "Espero que hayas levantado el asiento".

Después de vestirse, se sorprendió al ver que Félix no sólo llevaba ya su uniforme, sino que se había servido un tazón de cereales y

estaba sentado en la mesa de la cocina, masticando.

Todo crecido ya... nueve yendo a veintidós.

"Buenos días", dijo.

Félix la miró, con la leche goteándole del labio inferior.

"¡Buenos días, mamá!"

Chase sonrió y besó a su hijo en la frente. Al hacerlo, le alisó un mechón en la parte superior de la cabeza.

Volvió a erguirse en cuanto retiró la mano.

"Déjame coger agua para eso", dijo mientras se dirigía al lavabo. "Parece que te voy a llevar hoy".

Chase metió la mano bajo el grifo y la mojó, luego volvió hacia su hijo y volvió a alisarle el pelo.

"¿Quieres parar a comer un donut antes de ir al colegio?", preguntó en voz baja.

Félix dejó de sorber la leche de su tazón y la miró sonriendo.

"¿Estás segura? Papá dice que no puedo..."

Chase enarcó una ceja.

"Bueno, papá no te va a llevar hoy, ¿verdad? Y cuando estés con..."

Su teléfono sonó en la cadera y ella lo miró. Frunció el ceño.

"Lo siento, Félix, tengo que cogerlo", dijo mientras descolgaba el teléfono de su cinturón.

Se giró justo cuando la sonrisa se borró de la cara de Félix.

"Sargento Adams", dijo.

"Chase, soy el agente Stitts. Tienes que venir al granero inmediatamente".

Chase salió de la cocina y bajó la voz.

"¿Por qué? ¿Nos perdimos algo? ¿El CSU encontró rastros de evidencia?"

El agente Stitts suspiró.

"Llama a Drake. Vamos a necesitarlo, también."

Chase sintió que la frustración le subía al pecho.

"¿Qué? ¿Qué? ¿Qué han encontrado?"

"No nos perdimos nada, Chase. Pero el asesino regresó. Y hay otro cuerpo".

Chase sintió que se le helaba la sangre.

El asesino regresó...

"¿En serio? ¿El mismo granero?", casi jadea.

"Sí. Estoy en camino ahora. ¿Quieres que te recoja?"

Chase imaginó su BMW en la entrada. No estaba segura de lo que conducía la agente Stitts, pero lo más probable era que fuera de alquiler.

Su coche sería más rápido.

"No, te veré allí. Y llamaré a Drake".

Antes de que Stitts pudiera protestar, colgó el teléfono y se dirigió

hacia la puerta. Acababa de abrirla cuando oyó la voz de Brad desde el rellano de arriba.

"¡Que tengas un buen día en la escuela, Félix!"

Chase maldijo en silencio.

"¿Mamá? ¿A dónde vas?" Félix llamó desde la cocina.

"Brad, ¿puedes venir aquí un segundo?"

"Estoy en medio del afeitado."

"Brad, por favor."

Su marido apareció en el rellano superior, con media cara cubierta de crema de afeitar. Estaba en topless, mientras que su cintura estaba cubierta por una toalla. La parte superior de su cuerpo estaba más blanda de lo que Chase recordaba, y se preguntó brevemente si sería consecuencia de la edad o del descuido. Seguía en buena forma para alguien de su edad, cerca de los cuarenta, pero no estaba tan musculoso como de costumbre.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", le preguntó al ver la expresión de su cara.

Chase apartó la mirada.

"Tengo que irme."

¿"Chase"? ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?"

Chase siguió mirando fijamente hacia la cocina, sin darse cuenta de que Félix había aparecido desde entonces.

"Todo está bien, pero no puedo acoger a Félix. Tengo que irme, tengo que irme ahora".

"¿De qué estás hablando? Tengo una reunión en quince minutos. No puedo perderme esto, Chase. No puedo perdérmelo, Chase. Hoy no. Lo prometiste".

Chase miró a su marido, a sus ojos suplicantes, con las mejillas y la barbilla medio cubiertas de espesa crema de afeitar.

Pero entonces se imaginó los rostros de las dos chicas, de Melissa Green y Tanya Farthing, con sangre seca untada en sus labios muertos.

"Lo siento", dijo en voz baja. "Os quiero a los dos y os veré esta noche. Os compensaré".

Chase salió al frío antes de que su marido o su hijo pudieran decir algo que la hiciera volver.

Capítulo 26

"Otra vez estuviste fuera toda la noche", dijo Ryanne con el ceño fruncido.

Colin la ignoró y dio un sorbo a su zumo de naranja.

"Te estoy hablando a ti", le espetó. Como Colin seguía sin contestar, le golpeó el brazo con el dorso de la mano que aún sostenía el cigarrillo. Una lluvia de chispas brotó del lugar donde golpeó su sudadera.

Se puso en pie de un salto.

"¡Mierda!"

Al golpear la cereza aún incandescente que amenazaba con prenderle fuego, derramó zumo de naranja sobre sus vaqueros.

Ryanne se echó a reír.

"Te lo mereces. Contéstame la próxima vez".

Colin apretó los dientes y luchó contra el impulso de responder.

Eso era, después de todo, lo que ella quería. Y él se negó a ceder. En vez de eso, se volvió hacia sus hijas, ambas de espaldas a él, con los rostros fijos en los coloridos dibujos animados que estallaban en la pantalla del televisor.

"Juliette y Colby, tomen sus botas. Os llevaré a la escuela hoy otra vez."

Ninguna de las chicas le reconoció.

"¿Juliette? ¿Colby?"

Todavía nada.

Ryanne se acercó y golpeó a Colby en la nuca.

"¡Ay!", gimoteó la chica, dándose la vuelta. "¿Por qué hiciste eso?"

"Ponte las putas botas. *¡Ahora!*"

Colin se encogió. Odiaba que Ryanne insultara a las chicas, y mucho más que las abofeteara. Y, sin embargo, a su manera, se daba cuenta de que Ryanne intentaba ayudar.

Lo que significaba que se sentía culpable.

Bien. Ella empezó esto.

Colin, en cambio, no sentía nada por su pequeña cita con la chica de los piercings.

"Bien", gimoteó Colby.

A Colin casi se le parte el corazón al ver las lágrimas en los ojos de su hija. Rápidamente se interpuso entre ella y Ryanne y pasó una mano por encima del hombro de la niña, dándose cuenta de que tenía un pequeño agujero negro en la manga.

"Y apaga esos malditos dibujos animados. Quiero ver las noticias",

espetó Ryanne.

Colin miró a su mujer.

¿Desde cuándo le interesan las noticias?

"Vamos", dijo, guiando a Colby hacia la puerta. Juliette se había levantado con el alboroto y corrió tras ellos.

Con las botas atadas, las chaquetas bien ajustadas y los sombreros calados, Juliette y Colby salieron al exterior.

"¡Tienes que volver a recogerlos hoy!" Ryanne llamó a Colin mientras cerraba la puerta. "¡Tengo mi clase de yoga esta tarde!"

Colin cerró los ojos y sacudió la cabeza.

"Haz lo que quieras", dijo en voz baja. "Ambos sabemos que lo vas a hacer de todos modos".

Cuando los tres estuvieron por fin en el coche, sintió que la tensión de sus hombros se liberaba.

Ryanne tenía razón; había estado fuera toda la noche. Había estado fuera toda la noche escribiendo.

Y ganando experiencias.

Si ella supiera...

Con una sonrisa, se volvió hacia sus hijas en el asiento trasero, que habían empezado a pelearse por elegir lo que iban a escuchar en la radio.

"Oigan, ¿quieren hacer algo diferente hoy?"

Colby arrugó la frente.

"Hoy tenemos colegio".

Colin se encogió de hombros.

"Pueden faltar a la escuela hoy. Hay algo que quiero enseñaros. ¿Qué decís?"

Capítulo 27

Chase no podía creer que estuviera de vuelta aquí hacía menos de dos días desde que se había marchado.

Fue como un horrible caso de déjà vu, sólo que esta vez era otra chica la que estaba en el granero. Había un agente acordonando la zona y el detective Yasiv estaba junto al coche fumando un cigarrillo.

Su mano temblaba mientras ella se acercaba, pero esta vez no hizo ademán de tirarla.

"Sargento Adams", dijo en voz baja.

Chase estaba furiosa y luchó contra las ganas de gritarle. Había puesto a Yasiv a cargo de los detalles, le había dejado la responsabilidad de asegurarse de que todo el mundo pusiera los puntos sobre las íes.

Para garantizar que *nunca se* rompiera la cadena de custodia.

A pesar de su ascenso a sargento, Chase no se hacía ilusiones de que el propio subjefe no fuera consciente de los errores que se habían cometido durante el caso del Asesino de la Mariposa. No era tonta; sabía que su mandato sólo duraría mientras el Dr. Mark Kruk -Marcus Slasinsky- estuviera internado y no pudiera ser juzgado.

Esto no era malo para Mark Kruk, pero ¿descubrir un tercer cuerpo en el granero? Eso era malo. No se podía negar.

Suspiró.

"¿Cómo diablos sucedió esto, Hank?"

El hombre dio una calada a su cigarrillo.

"No tengo ni idea", dijo mientras se giraba para mirar el granero. "Esto está jodido".

"Eso es quedarse corto".

"Después de que el forense limpiara los cuerpos, vino el CSU y se llevó todas las pruebas que pudo encontrar. Dieron el visto bueno, llamé a Tommy Wilde y debió de limpiar el lugar en un tiempo récord. Después de eso, se lo devolví al propietario. Le dije a un agente uniformado que vigilara, pero le debieron llamar para que fuera a otra escena del crimen."

"¿Y estás *seguro-absolutamente seguro* de que el cuerpo no estaba aquí con los otros?".

El detective Yasiv negó con la cabeza.

"No señora. Tuvimos más de veinte personas peinar el lugar. No estaba aquí. Es nuevo".

Chase quería reprender al hombre, gritarle, pero en realidad no podía culparle. El protocolo preveía que la escena del crimen durara al

menos una semana, pero con el CSU y Tommy Wilde de por medio, no había ninguna posibilidad de que quedara nada, y mucho menos un cadáver.

Abrió la boca para decir algo, pero el ruido de un coche que se acercaba llamó su atención. Un Taurus se detuvo detrás de su BMW y salió el agente Stitts, vestido con un impecable traje negro y corbata. Se acercó a ella con expresión sombría.

"Sargento Adams", dijo con una inclinación de cabeza, y luego se volvió hacia el detective Yasiv. "Detective".

"Llamé a Drake, está en camino. Sólo tenía que envolver algunas cosas primero. "

Chase creyó detectar un pequeño ceño fruncido en el rostro del agente Stitts, pero desapareció antes de formarse por completo. Ladeó la cabeza y se quedó mirando el granero.

"Veamos lo que tenemos".

Mientras el detective Yasiv les conducía al lugar de los hechos, Stitts planteó la pregunta que todos tenían en mente.

"¿Por qué volvió el asesino?"

Chase se lo pensó un momento.

"Es bastante habitual que un asesino vuelva a visitar la escena de su crimen. Los asesinos son una especie de adictos; como un yonqui a la heroína que busca recrear la emoción de su primera inyección, vuelven para intentar recrear la sensación de su primer asesinato".

El agente Stitts asintió.

"Cierto. Pero rara vez se arrojan nuevas víctimas en el lugar que ya ha encontrado la policía". Ofreció una mirada de reojo al detective Yasiv antes de continuar. "Demasiado peligroso. Demasiado arriesgado".

Bajaron el terraplén en silencio. Cuando se acercaron a la puerta con cinta adhesiva, el agente Stitts continuó.

"Y sin embargo, aun sabiendo lo que sabemos, ninguno de nosotros pensó que el asesino volvería aquí. De lo contrario, nos habríamos asegurado de que un oficial permaneciera destinado".

Chase frunció el ceño.

"El detective Yasiv se ofrece voluntario para quedarse aquí día y noche a partir de ahora."

El detective Yasiv apretó la mandíbula, pero no protestó.

"Volver a una escena del crimen una vez es una cosa, ¿pero tres veces? Lo dudo mucho", añadió el agente Stitts. "Pero esa no es la pregunta que he hecho. Quiero saber por qué ninguno de nosotros pensó que el asesino volvería a esta escena en particular."

Chase no sabía por qué se había sentido así, pero sin duda así era. Para ser honesta, no había pensado mucho en el asunto, pero ahora que el agente Stitts había verbalizado su punto de vista...

Es la misma razón por la que no pregunté por el pintalabios de las otras víctimas. Por... ¿cómo lo había llamado el agente Stitts? Intuición. Por intuición.

Sólo que en este caso, su intuición era errónea.

Y tampoco era la primera vez.

Chase resistió el impulso de mirarse los antebrazos, a pesar de que estaban cubiertos por un grueso abrigo y un jersey debajo.

Fue el detective Yasiv quien contestó.

"Supongo que fue porque pensé que los asesinatos eran aleatorios. Pensé que si los asesinatos eran aleatorios, el lugar de la entrega también podría serlo, sin valor ni significado para el asesino".

Chase asintió inconscientemente. Se dio cuenta de que compartía la opinión de Hank.

"Me lo creo. Sólo que ahora no creemos que las víctimas fueran totalmente al azar, ¿verdad?"

De nuevo, Chase asintió.

"Espera, ¿no?" Preguntó el detective Yasiv.

"No", respondió Chase, levantando la cinta que cubría la puerta y entrando en el granero abandonado. "Nosotros no".

***

La víctima, a la que ya habían identificado como Charlotte Banquise basándose en una denuncia de desaparición presentada recientemente, no estaba enterrada como Melissa o Tanya. El asesino había asumido un riesgo calculado al volver aquí, pero no había sido tan osado como para tomarse la molestia de poner el heno encima del cadáver.

Como las otras dos víctimas, tenía la cara pálida y los labios de color granate. Sólo que esta vez, no había múltiples cortes en sus brazos. De hecho, sus brazos estaban inmaculados.

En cambio, su garganta había sido cortada en un tajo irregular que iba de oreja a oreja.

"Está acelerando", dijo Chase mientras observaba la escena. "Con los dos primeros, se había tomado su tiempo, los había cortado lentamente, los había dejado morir de hambre o congelarse o desangrarse. Con Charlotte, fue mucho más rápido".

El agente Stitts tenía una mirada lejana en sus oscuros ojos color avellana.

"Que es lo contrario que suele ocurrir. Normalmente, los primeros asesinatos son rápidos, al asesino le preocupa que le cojan o que pierda los nervios. Pero no en este caso". Hizo una pausa. "¿Por qué?"

Chase se lo pensó.

"¿Tal vez luchó? ¿Quizás la policía local se estaba acercando?

¿Quizás le habían pillado por un crimen no relacionado y tenía que deshacerse del cuerpo rápidamente?".

"Tal vez", respondió Stitts. "Pero entonces, ¿por qué este lugar? Detective Yasiv, ¿los uniformados peinaron los bosques adyacentes?"

Henry asintió.

"Había algunas huellas de neumáticos fuera de la carretera a una milla de distancia. Hicieron algunos moldes, pero la nieve que caía ya oscurecía cualquier cosa de utilidad. Saben que era un coche, tracción delantera, probablemente nada más grande que un sedán. También encontraron algunas zonas revueltas donde parece que podría haber sido arrastrado un cuerpo, pero, de nuevo, la nieve hace casi imposible sacar conclusiones sólidas."

"¿No hay cabaña en el bosque?"

Yasiv asintió.

"Encontraron una vieja cabaña de caza, pero hace años que no se usa. Telarañas por todas partes. CSU limpió eso también".

"¿Qué pasa con el viejo que es dueño de este lugar? ¿No vive cerca?" Preguntó el agente Stitts.

"Sí, a cinco millas por la carretera. Ha cooperado y hemos revisado su casa con lupa. Ha sido descartado, y es altamente improbable dado el estado de su casa que el asesino la estuviera usando con o sin su conocimiento."

Como era su costumbre, Chase se agachó y miró fijamente a los ojos de la víctima. Estaban ligeramente abiertos, revelando las semilunas inferiores de lo que sospechaba que una vez habían sido unos vibrantes ojos verdes.

Ojos verdes no muy diferentes a los suyos.

"¿Y Brent Doakes?", preguntó.

"¿Doakes?"

"El novio de Melissa".

Yasiv se aclaró la garganta.

"Despejado. Ha estado encerrado por posesión durante la última semana".

Chase asintió y volvió a centrar su atención en el cuerpo de Charlotte.

"El asesino fue apresurado con el asesinato, pero no con la entrega del cuerpo. Vino aquí específicamente, pero ¿por qué?"

No hubo respuesta, y no la esperaba.

Sólo había una persona que podía responder a eso.

El asesino.

Chase suspiró y empezó a levantarse.

"Que venga el CSU", dijo. "Dudo que encuentren algo, pero quiero que registren cada centímetro de este lugar. Otra vez".

Capítulo 28

Drake no podía creer lo que estaba leyendo. Aunque al principio había dudado de que la historia en el e-reader y los cuerpos en el granero fueran una coincidencia, ahora estaba absolutamente seguro de que no lo eran.

Las similitudes eran asombrosas.

Dos cuerpos, ambos muertos por una combinación de pérdida de sangre y exposición, semienterrados bajo montones de heno en un granero derruido.

Y la cosa no quedó ahí.

En el libro, como en la vida, los labios de las mujeres estaban manchados de sangre.

"Jesús", susurró, exhalando lentamente.

Incluso había detalles sobre Chase y él, sólo que los nombres eran diferentes. Lo que no habían incluido, sin embargo, era al agente del FBI Stitts. Con las manos temblorosas, terminó el libro -más bien un relato corto, en realidad- que concluía con la ficción de Chase y él mismo preguntándose quién era el asesino.

No hubo un final real, por así decirlo.

Cuando terminó de leer, Drake no tuvo ninguna duda de que la única persona que podía haber escrito esto era el asesino.

Tengo que decírselo a Chase, pensó de repente. Y entonces, como si nada, su teléfono empezó a sonar.

Lo cogió y sólo se sorprendió a medias de que fuera Chase.

"Ha habido otro asesinato, Drake. Y el cuerpo fue arrojado en el granero. Otra vez".

Los ojos de Drake se abrieron de par en par.

"¿Qué? ¿El mismo granero? ¿Nadie lo vigilaba?"

La respuesta de Chase fue tensa.

"No. Lo envolvieron y luego devolvieron la custodia al propietario".

"¿Estás ahí fuera ahora?"

"Sí, al igual que el agente Stitts y el detective Yasiv. Necesitamos tu ayuda, Drake. ¿Puedes venir?"

Drake echó un vistazo al e-reader que tenía sobre la mesa.

"Voy en camino. Y hay algo que tengo que enseñarte".

***

Drake se detuvo detrás de un Ford Taurus y aparcó su Crown Vic.

Afortunadamente, la nieve había dejado de caer, pero la

temperatura seguía bajando. Se cerró el cuello de la chaqueta mientras caminaba por la nieve hacia el granero.

Dentro, se encontró con una escena inquietantemente similar a la que había observado el otro día.

El detective Yasiv y Chase se cernían sobre el cadáver, mientras que el agente Stitts permanecía atrás, con los ojos recorriendo el granero en penumbra.

Drake anunció su presencia y se dirigió directamente al cadáver.

La víctima era una mujer de unos cuarenta años, degollada y con sangre en los labios. Tragó saliva e instintivamente metió la mano en el bolsillo y acarició la goma del lector electrónico que llevaba dentro.

A pesar de la historia, esto ha sido una mierda.

"¿Hablaste con los padres de las dos primeras víctimas?", preguntó rompiendo el silencio.

Chase admitió que sí.

"¿Y? ¿Algo de utilidad?"

"El sargento Adams cree que podría tener que ver con los libros... ¿que las víctimas están conectadas de algún modo a través de los libros?".

De repente, a Drake le costó respirar, como si de repente le hubieran succionado el aire del granero.

"¿Qué?", balbuceó.

Chase le miró con extrañeza.

"Libros-Melissa era una ávida lectora, y la habitación de Tanya estaba llena de ellos. Todo tipo de novelas".

Drake se sintió mareado y apoyó una mano en el taburete de madera para no caerse. Chase se le echó encima en un instante, poniéndole un brazo sobre los hombros, apuntalándolo.

"¿Drake? ¿Estás bien?"

Sacudió la cabeza y se dio cuenta de que era incapaz de hablar. La quemadura de la mejilla le picaba horriblemente, pero ni siquiera tenía fuerzas para rascársela.

"¿Drake?"

Con un esfuerzo considerable, consiguió enderezarse.

"¿Libros? ¿Seguro?"

"No, no estoy seguro. Sólo una corazonada. Pero apuesto a que a Charlotte también le gustaba leer".

Metió una mano en el bolsillo y sacó el lector electrónico.

"Hay algo que tienes que ver", dijo en voz baja. "Algo que necesitas leer".

***

"He conseguido sacar los registros de la biblioteca de Melissa

Green: la mujer sacó muchos libros. También he conseguido los registros bancarios de Tanya Farthing y he identificado sus compras en librerías y en Internet. El problema es que hay tantos datos que va a llevar un tiempo procesarlos", dijo el agente Stitts.

Drake miró alrededor de la sala de conferencias, sintiéndose más cómodo de lo que creía merecer. Había cinco personas en la sala: él, Chase, el agente Stitts, el detective Yasiv, que desde entonces había destinado a dos agentes uniformados al granero, y el agente Dunbar.

"Lo intentaré. Tengo un programa que puede buscar similitudes en las compras. No debería llevar mucho tiempo".

Chase asintió.

"Bien. Iré con el agente Stitts a hablar con la familia de Charlotte, a ver si podemos encontrar una conexión allí, confirmar que ella también era lectora".

Drake miró el lector electrónico que se había colocado en el centro de la mesa como una especie de golem moderno.

"¿Y el libro? ¿Y el libro?"

El oficial Dunbar se aclaró la garganta.

"Ya he descargado todos los datos que he podido de él. Por lo que puedo decir, la IP que envió el libro al lector estaba codificada. Hizo ping en todo Oriente Medio, y luego en Asia. Seguiré trabajando, pero dudo que consiga algo".

Drake asintió. Screech ya se lo había dicho.

"¿Y el libro en sí?" Preguntó el detective Yasiv. "¿De dónde vino?"

"Screech" lo investigó. Dijo que fue escrito por un seudónimo, imposible de rastrear. Ahora mismo, está oculto en las filas, aunque está disponible en línea en la mayoría de los minoristas. ¿Deberíamos pedirles que lo retiren?"

Drake se mordió la lengua, impidiéndose hacer la siguiente pregunta que le rondaba por la cabeza.

¿Por qué demonios me lo enviaron a mí?

Chase se mordió el interior de la mejilla.

"No, ahora no. Lo único que necesitamos es que algún pistolero vendedor de libros filtre algo y tendremos una tormenta de mierda mediática entre manos. Por ahora, que Screech vea si puede indagar más en los minoristas más grandes, Amazon, Barnes and Noble, Kobo, a ver si puede encontrar alguna conexión entre Also Boughts, tweets, posts de Facebook, etc. *Tenemos* que averiguar quién escribió la maldita cosa".

Cuando hizo una pausa para tomar aliento, el detective Yasiv tomó la palabra.

"¿Qué pasa con los medios de comunicación en general? Quiero decir, no era difícil mantenerlos alejados dada la remota ubicación de la escena del crimen, pero ahora con una tercera víctima... si incluso

un amigo o familiar del fallecido va a la prensa..."

"Por ahora, lo mantenemos en secreto", respondió Chase. "Nadie debe hablar con la prensa".

El silencio se apoderó de la sala y sus ojos recorrieron las imágenes de las tres mujeres en el tablero situado en la cabecera de la sala.

"Pensándolo mejor, voy a organizar una rueda de prensa. Nada específico, sólo para recordar a las mujeres de entre veinte y cincuenta años que no acepten viajes ni ayuda de...". Dejó escapar la frase y se volvió hacia Stitts. "Agente Stitts, ¿puede ayudarnos? ¿Qué tipo de perfil estamos buscando?"

Stitts hojeó un bloc de papel antes de detenerse en una página llena de notas.

"He generado un perfil preliminar, dadas las edades de las víctimas y su causa de muerte. Dicho esto, es sólo un perfil impreciso dadas las diferencias en los antecedentes socioeconómicos de las víctimas."

"Dispara", dijo Chase.

El agente Stitts se aclaró la garganta y empezó a leer.

"Basándonos en precedentes históricos, buscamos a un varón de entre treinta y cinco y cincuenta años, apenas unos años mayor que las dos primeras víctimas. Tiene que estar en muy buena forma para haber llevado los cuerpos por el bosque, y a juzgar por la falta de prisa de los dos primeros asesinatos, es probable que se trate de alguien que no tiene conciencia alguna. Lo hacen como un medio para un fin, no es necesario sólo para extraer placer del acto. Es probable que el asesino mantenga un perfil bajo, que sea una persona de ingresos medios o altos que, si ha tenido encuentros previos con la ley, sólo haya sido condenado por algunos delitos menores. Dada la violencia de los asesinatos, y el prolongado periodo de captura de las dos primeras víctimas, el hombre está intentando ejercer el control; probablemente fue castrado en su juventud, abusado por una figura materna, tal vez. Una enfermera, una monja, algo así. Sabremos más después de hablar con la familia de Charlotte, pero sabiendo que al menos Tanya parece haber sido secuestrada a plena luz del día, el hombre sería físicamente modesto y probablemente amable, guapo o, como mínimo, carismático."

El discurso del agente del FBI no impresionó a Drake. No era tan ingenuo ni de la vieja escuela como para creer que los perfiles del FBI no tuvieran valor, pero este tenía tanta verdad como un horóscopo: era ambiguo hasta el punto de que era casi imposible que se demostrara que estaba equivocado, pero del mismo modo, tampoco era tan útil.

"Tienes razón", dijo con el ceño fruncido. "No es mucho para continuar".

"Aun así, es algo", dijo Chase, mirándole con suspicacia. "Cuando

hable con la prensa, aconsejaré a las mujeres que se mantengan alejadas de los hombres que se les acerquen fuera de centros comerciales, tiendas de comestibles y, sobre todo, librerías. Nos van a bombardear a llamadas, pero no podemos tener otro asesinato entre manos mientras nos quedamos de brazos cruzados."

Drake asintió.

"Todavía tengo uno o dos contactos en el mundo editorial a los que puedo dirigirme, a ver si pueden averiguar quién es este autor, este L. Wiley. Es una exageración, pero..."

"Cualquier cosa puede ayudar", dijo Chase, extendiendo la mano y cogiendo el e-reader. Se lo tendió a Drake, que no lo cogió inmediatamente. "Guárdalo, Drake, el asesino podría enviarte otra historia. Por la razón que sea, le has caído bien. Si te envía algo más, quizá puedas aprender de ello".

Drake cogió el e-reader a regañadientes. Sentía calor en las manos, pero no estaba seguro de si se estaba calentando o si solo era su mente jugándole una mala pasada.

"Oh," intervino el oficial Dunbar. "Casi lo olvido; he enviado todo el expediente a nuestro examinador forense de documentos. Aunque está especializado en el análisis de la escritura, podría tener alguna idea sobre los antecedentes del autor basándose en la elección de palabras, etc.". Se encogió de hombros. "No es una ciencia exacta, pero nunca se sabe".

Chase se levantó y los demás la siguieron.

"Bien. Dunbar, ¿tienes a alguien en los archivos en quien puedas confiar? ¿Alguien que pueda rastrear delincuentes con antecedentes penales que puedan tener relación con el negocio de la edición de libros?"

Dunbar se lo pensó un momento.

"Sí, puedo preguntarle a Pauley. Él podría hacerlo. Es bueno con los ordenadores, y mejor estando callado".

"Bien, ponlo en ello. Organizaré una rueda de prensa después de visitar a la familia de Charlotte. Todos los demás, mantengamos esta idea del libro en secreto. Lo último que queremos es convertir a este bastardo enfermo en un autor de bestsellers".

Con eso, Chase se dirigió hacia la puerta, con el detective Yasiv, la agente Dunbar y el agente Stitts a remolque.

Antes de abandonar la sala, se volvió hacia Drake, que permanecía sentado.

"Atrapemos a este bastardo antes de que vuelva a matar".

Y entonces se fueron, dejando a Drake con sus propios pensamientos. Levantó la vista hacia las horribles imágenes de las tres mujeres muertas, con un sentimiento de repugnancia abriéndose paso en lo más profundo de su estómago como una intoxicación

alimentaria.

Chase tenía razón, tenían que atrapar al asesino antes de que volviera a atacar. Excepto que ese no era su único problema aquí.

Chase iba a hacer pública otra serie de asesinatos, sólo unos meses después de la matanza y muerte de Craig Sloan.

Y había una persona a la que no le iba a hacer ninguna gracia.

Dio la casualidad de que Drake también trabajaba para este hombre.

Capítulo 29

"¿Qué es este lugar, papá?" preguntó Colby desde el asiento trasero.

Colin se quedó mirando la cabaña antes de responder. Por fuera no era gran cosa -de hecho, necesitaba bastantes arreglos-, pero podía ver más allá de la pintura desconchada, las tejas del tejado levantadas y el porche podrido.

Se imaginaba un futuro aquí, en el que pasaría los días arreglando la casa y las tardes tecleando en el ordenador.

Lo mejor del lugar era lo lejos que estaba de cualquier vecino. Estaba al menos a veinticinco kilómetros de la granja más cercana, y al doble del suburbio más próximo.

Aislamiento, libertad, pero sobre todo *tranquilidad*.

Era un lugar en el que adquirir las experiencias cuya importancia tanto defendió ante el grupo de escritores.

"Ahora mismo no es gran cosa", admitió. "Sólo una cabaña, una casa de campo".

Se desabrochó el cinturón y empezó a salir del coche.

"Parece un vertedero", respondió Juliette.

Colin sacudió la cabeza y suspiró mientras abría la puerta a sus chicas.

Saltan fuera e inmediatamente empiezan a discutir en el jardín delantero.

Colin los ignoró y se quedó mirando la cabaña, imaginando cómo sería con una nueva capa de pintura y unas ventanas nuevas.

La parte trasera y los laterales de la cabaña estaban flanqueados por zonas muy arboladas, lo que aumentaba la sensación de aislamiento. El césped de la parte delantera, que se extendía unos diez metros hasta encontrarse con el desgastado camino que había hecho su coche, evitaba que se sintiera claustrofóbica.

Colin volvió la mirada en la dirección por la que había venido, observando que parecía desaparecer cuando cortaba una sección de árboles. Desde la carretera principal, el camino era casi imposible de encontrar, sobre todo con el manto de nieve que lo cubría todo.

Si no supieras que el camino está ahí, pasarías de largo sin pensártelo dos veces.

"¡Eso es mío!" Juliette gritó, sacando a Colin de sus casillas.

Miró hacia ella y vio que Colby sostenía su sombrero justo fuera de su alcance. Juliette se puso de puntillas, pero Colby le dio la espalda a su hermana, impidiéndole agarrarlo.

"Devuélvelo, Colby", le ordenó Colin. O Colby no le oyó, o

simplemente prefirió ignorarle.

"Na-na-na boo-boo", dijo sacando la lengua.

"Chicos, dejad de pelearos, ¿queréis? Vamos a disfrutar del tiempo y a echar un vistazo. Hay un sótano muy chulo y espeluznante que tenéis que ver".

Juliette le miró y parpadeó varias veces antes de hablar.

"Está helando fuera y este lugar parece un basurero. ¿No podemos volver a la escuela?"

Colin sintió que la ira empezaba a crecer en su interior y, por una fracción de segundo, se planteó arrojarlos a los dos al sótano.

Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

"Bien", murmuró. "Sólo necesito coger algo de dentro. ¿Dejáis de pelear y esperáis aquí?"

"Como quieras", respondieron al unísono.

Colin se apresuró a atravesar la nieve hasta la puerta trasera y buscó la llave en el marco de la puerta. Cuando sus dedos no sintieron nada, miró hacia arriba.

"Sé que lo puse aquí, *siempre* lo pongo aquí".

Colin pasó los dedos por todo el borde del marco de madera podrida, pero siguió sin encontrar nada.

"¿Qué demonios?", se dijo a sí mismo. Su frustración estaba llegando a un punto sin retorno, un ápice del que ninguna respiración controlada le haría volver.

"¿Dónde *coño* está la maldita llave?"

Colin probó la manilla de la puerta y, aunque sonó en su mano, permaneció cerrada.

Apretó los dientes y frunció los labios.

"¿Dónde coño se ha metido?"

Sin pensarlo, su pie derecho salió disparado y chocó con la parte inferior de la puerta. Un ruido sordo resonó en los árboles que había detrás de él y, cuando retiró la bota, vio que había arrancado un trozo de madera.

"Maldita sea", juró.

Colin se apartó de la puerta y se acercó a la ventana, intentando asomarse al interior.

Una cortina blanca le impedía ver.

"¡Mierda!"

La sangre le subió a las mejillas, haciéndole cosquillas. Justo cuando llegó a la conclusión de que la única forma de entrar sería golpear la puerta con el hombro, vio una pequeña hendidura en la nieve a su izquierda.

Al agacharse, sintió que le invadía el alivio. En un túnel de nieve había una llave de plata.

Debió de caerse con la nieve y el viento, pensó mientras lo recogía.

Colin echó el cerrojo y abrió la puerta, sintiendo un fuerte olor en la nariz. Debatió si abrir las ventanas y ventilar el lugar, pero un grito procedente del jardín delantero desechó la idea.

Siempre peleando... siempre malditamente peleando... ¿parará alguna vez?

Colin vio el cuaderno negro desgastado sobre el mostrador y lo cogió.

Con una última y melancólica mirada a su alrededor, salió por donde había venido, cerrando la puerta y asegurándose de que la llave estaba bien apoyada contra la pared, encima del embellecedor de la puerta.

Libro en mano, se apresuró a volver al frente justo a tiempo para ver a Juliette golpear a Colby en la cabeza.

Colby tropezó y Juliette continuó con el golpe, cayendo encima de ella.

"¡Suéltala! Juliette, ¡suelta a tu hermana!" Gritó Colin, corriendo hacia ellos.

Juliette no la escuchó. En lugar de eso, se puso más furiosa y recogió nieve con ambas palmas antes de verterla sobre la cara de Colby.

Ambas chicas chillaban ahora.

"¡He dicho que *la dejes!*" Gritó Colin. Corrió hacia Juliette, la agarró de la chaqueta y la puso en pie.

"*¡Deja de luchar!", le* gritó en la cara, con la mano aún agarrando la capucha de su chaqueta. Sus dedos se retorcían en el material, haciendo que éste le rodeara la garganta. A Juliette se le humedecieron los ojos y respiró entrecortadamente.

"La próxima vez, escúchame", siseó Colin, mirando fijamente a los ojos de su hija. "¿Entendido?"

Cuando Juliette no respondió de inmediato, apretó aún más el abrigo.

"¿Entendido?"

Juliette asintió y Colin por fin la soltó. Se volvió hacia Colby, que ya se había puesto en pie, con la cara roja y húmeda por la nieve que Juliette le había amontonado encima.

"Eso va por ti también, por los dos. Ahora entra en el coche. Y ni se te ocurra contarle a tu madre sobre este lugar".

Capítulo 30

Lo último que Drake quería hacer era dirigirse personalmente a la oficina de campaña del Dr. Kildare -su primera opción había sido que Screech lo hiciera por él, pero estaba reunido con el Sr. Yachty- y mucho menos ir allí en pleno día. Sobre todo, teniendo en cuenta la advertencia de Ken sobre ser visto.

Para colmo, desde lo ocurrido con Craig Sloan, e incluso antes con el Rey Esqueleto, a Drake le resultaba cada vez más difícil permanecer en el anonimato. Los medios de comunicación le habían dado un revés cuando informaron de que había salvado la vida de Suzan, convirtiéndolo de canalla en héroe.

Todos los medios de comunicación querían una buena historia, y no había mejor historia que la de un detective al que le había costado la vida su compañero, sólo para salvar a la hija de éste que había sido secuestrada por otro asesino en serie.

¿Sabes qué más hace una buena historia? Sonrisa Roja...

Drake se caló la gorra y cruzó el aparcamiento. Todo estaba tranquilo, lo que le sorprendió teniendo en cuenta que era jueves por la tarde. Por lo que sabía de política, que admitía que era poco, supuso que normalmente funcionaban las veinticuatro horas del día, tan cerca de la fecha de las elecciones.

Quizá hayan salido todos a comer.

Todavía había muchos coches en el aparcamiento, pero el interior del edificio, a pesar de estar muy iluminado, parecía completamente vacío.

Drake frunció el ceño mientras se acercaba. Su mente se inundó con la idea de que todo esto era una trampa, que por alguna extraña razón Ken quería que lo atraparan, que lo arrestaran. No tenía sentido, pero no podía tener tanta suerte.

Nunca lo estuvo.

Pero como Drake se acercó a la puerta y seguía sin ver movimiento en el interior, se limitó a encogerse de hombros.

La puerta estará cerrada y tendré que forzarla. Y entonces aparecerá la policía.

Sin embargo, cuando probó la puerta y comprobó que el pomo giraba fácilmente en su mano, la fantasía se hizo menos probable.

Drake metió la barbilla en el abrigo y bajó la cabeza. Metió las manos en los bolsillos, palpando los objetos que había en cada uno y que eran más o menos del mismo tamaño: el hueso del dedo y la cámara del botón.

Independientemente de que fuera suerte o una trampa, Drake sabía que tenía que trabajar deprisa. Miró a su alrededor, sus ojos saltando sobre los muchos escritorios cubiertos de carteles electorales, todos con la cara sonriente del Dr. Kildare, mientras trataba de localizar el mejor lugar para poner su cámara.

El lugar más probable para grabar al buen doctor haciendo el mal con su jefe de campaña.

Había varios despachos cerca de la parte trasera y Drake se dirigió rápidamente hacia ellos. La primera pertenecía claramente a una secretaria o a un estadístico de algún tipo, basándose únicamente en la enorme pila de archivos que había sobre la mesa, pero la segunda le hizo reflexionar. A diferencia del resto del almacén, este despacho estaba limpio, incluso inmaculado. No había ninguna otra prueba de que se tratara del despacho del médico, pero algo en su instinto le decía que así era.

Sólo un médico sería tan pulcro, tan meticuloso. Pensando de nuevo que su suerte estaba a punto de agotarse, echó mano del picaporte y se sorprendió cuando éste giró con facilidad.

Su corazón se aceleró al darse cuenta de que probablemente ya había infringido media docena de leyes, pero antes de que su conciencia se apoderara de él, entró en la consulta del Dr. Kildare.

La mejor ubicación, pensó, era en la esquina detrás del escritorio, cerca del techo. Así tendría una vista despejada de la pantalla del ordenador y del escritorio.

Drake cogió una silla de cuero, la llevó hasta la esquina y se subió a ella. Sacó la mano derecha del bolsillo y levantó el brazo, pero se dio cuenta de que se había equivocado de objeto.

Entre sus dedos tenía el hueso del dedo que Ivan Meitzer le había dado en la cafetería hacía como siglos.

Drake maldijo y fue a guardársela en el bolsillo cuando la silla giró inesperadamente y se vio obligado a estirar la mano para sujetarse. Al hacerlo, el hueso se le escapó de los dedos y cayó al suelo de linóleo.

"Mierda", dijo mientras lo veía deslizarse bajo el escritorio.

Drake sacó rápidamente la cámara de botón y presionó el dorso adhesivo contra la pared, cerca del techo. Se inclinó ligeramente hacia atrás, observando su trabajo manual. No era completamente imperceptible en la pared blanca como lo había sido bajo las escaleras de la señora Armatridge, pero un observador pasivo probablemente sólo pensaría que se trataba de un agujero o un desconchón en la pintura.

O al menos eso esperaba.

Estaba a punto de levantarse de la silla cuando un ruido a sus espaldas le hizo quedarse inmóvil.

¿"Roger"? ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí arriba?"

Durante varios segundos, Drake no pudo hacer otra cosa que quedarse congelado en la silla, de espaldas al hombre que había entrado en el despacho detrás de él.

Su mente se aceleraba mientras recorría todos los escenarios que se le ocurrían, desde noquear al tipo hasta inventar alguna mentira elaborada para salir de este atolladero, todo mientras la voz de Ken ponía banda sonora a sus pensamientos.

Hagas lo que hagas, que no te pillen. Que no te vean.

Drake se conformó con lo segundo, renunciando a la esperanza de no ser visto.

Ese barco había zarpado.

Se giró despacio, casi robóticamente, para no alarmar al hombre que tenía detrás.

Con la sonrisa más genuina que pudo reunir, dijo: "No, Roger no. Pero casi".

El hombre de la puerta del despacho no debía de tener más de veinte años, e incluso eso debía de ser exagerado. Con el pelo engominado y la cara pastosa, el chico le miraba con los ojos muy abiertos. "Me llamo Robert Watts, superintendente de edificios".

Se bajó de la silla y se acercó con la mano extendida. El hombre -interno, tenía que ser un interno- le miró la mano con desconfianza y Drake la retiró antes de que resultara incómodo.

"Hemos tenido problemas con los falsos techos de los otros locales, sobre todo en el subterráneo de atrás. La fuerte nevada ha causado algunos daños por agua. Estaba comprobando cualquier signo de humedad. No podemos arriesgarnos a tener moho aquí".

El hombre le miró con los ojos entrecerrados.

"Se lo comenté a Mary", dijo Drake rápidamente, sorprendido de haber recordado el nombre de la mujer. "Dijo que no había problema en venir y comprobarlo".

"¿Y?", preguntó el hombre, enarcando las cejas.

La sonrisa de Drake creció.

"Y tú-heh, *estamos* de suerte. Está todo seco ahí arriba. Debería seguir así, también, si no hay más nieve, claro".

Cuando el hombre continuó mirando fijamente, Drake se dirigió hacia la puerta.

"Perdona si te he asustado. No se puede ser demasiado cuidadoso con estas cosas. Una vez que hay una mancha de moho, hay una docena. "

Al pasar junto al interno, lo observó de cerca, tratando de entenderlo.

No era demasiado tarde para utilizar el método Armstrong, por mucho que supiera que eso sólo acabaría mal para ambos. Afortunadamente, las amplias mejillas del hombre se tensaron de

repente en una sonrisa.

"Bueno, son buenas noticias, supongo. Sólo asegúrese de votar Kildare ".

Drake rió entre dientes y entró en la parte principal de la oficina de campaña.

"Por supuesto. Esperemos que el buen doctor salga victorioso".

"Gracias".

"No hay problema", dijo por encima del hombro.

Menos de un minuto después, Drake estaba de vuelta en su coche, respirando agitadamente en el asiento delantero, con el corazón aún acelerado.

"Jesucristo, ¿qué demonios estás haciendo, Drake? ¿De qué lado estás?"

Pero antes de que pudiera responder a su propia pregunta, un extraño timbre procedente de algún lugar de su grueso abrigo le interrumpió. Al principio, pensó que era el teléfono inteligente que Screech le había dado, pero luego recordó que lo había puesto en silencio. Drake se palpó el pecho y sacó el lector electrónico.

Se le encogió el corazón cuando lo encendió y vio que no había una sola portada de libro en la pantalla de inicio, sino dos. La segunda también mostraba el rostro pálido de una mujer, con los labios pintados de sangre.

Sonrisa Roja PARTE II, decía el título.

Drake tragó saliva y abrió el libro.

Sólo más tarde se dio cuenta de que había olvidado coger el hueso que se le había caído en la consulta del médico.

Capítulo 31

El hombre empujó el objetivo de la cámara a través de la ventana abierta. Esperó a que la imagen se enfocara y tomó varias fotos del edificio, asegurándose de que la mayoría de ellas incluyeran los carteles de la campaña con la cara sonriente del médico al fondo.

Satisfecho de que no estaba demasiado lejos para captar los detalles que necesitaba, esperó.

No tuvo que esperar mucho.

Un hombre con abrigo azul marino y la barbilla baja se dirigió hacia la puerta. Cuando su mano desnuda tocó el picaporte, se detuvo y se volvió para mirar a su alrededor.

El obturador de la cámara se disparó rápidamente, captando más de una docena de imágenes del rostro del hombre en apenas unos segundos.

Acercando el zoom, captó varias imágenes más del hombre dentro de la oficina de campaña, y luego de él saliendo no más de cinco minutos después.

Cuando Drake llegó a su coche y se desplomó en el asiento delantero, el hombre captó una última imagen, luego introdujo la cámara en el interior del vehículo y cerró la ventanilla.

Capítulo 32

"¿Qué te pareció el perfil?" Preguntó el agente Stitts mientras Chase conducía hacia la última dirección conocida de Charlotte.

Chase se encogió de hombros.

¿"Para ser honesto? Es bastante vago. En una ciudad tan grande como Nueva York, prácticamente describiste un tercio de la población masculina. Mierda, incluso en Larchmont, sólo lo redujiste a un par de cientos de personas".

Había algo más que le preocupaba sobre el perfil, algo que se guardó para sí misma por el momento. El agente Stitts había dicho que era probable que el sospechoso hubiera sido castrado, probablemente a manos de algún tipo de superior femenino. Y, sin embargo, ninguno de los cadáveres que habían recuperado mostraba signos de agresión sexual. Ella no era una experta, por supuesto, pero algo parecía fundamentalmente erróneo en sus suposiciones.

El agente Stitts volvió los ojos a la carretera.

"Es justo. Hay algo en mis entrañas que me dice que no está del todo bien, que me falta algo".

Chase asintió y el agente Stitts volvió a encararse con ella.

"¿Pensando lo mismo?"

"Sí, hay algo que no estamos viendo".

"De acuerdo. Déjame preguntarte algo: ¿confías en tu instinto?"

La pregunta cogió a Chase por sorpresa.

"¿Mi instinto? ¿Como una corazonada?"

"Claro".

Una vez más, Chase no estaba seguro de si se trataba de algún tipo de prueba, si el agente Stitts estaba intentando abrirse camino en su mente. Pero, como antes, todas las dudas eran agotadoras. Tenía que atrapar a un asesino y no podía preocuparse por si llevaba el pelo liso o si utilizaba una gramática correcta.

El FBI podría esperar hasta que esto terminara.

"¿Confío en mi instinto? A veces... lo cierto es que a veces mi intuición acierta, y a veces se equivoca de pleno".

Pensó en las cicatrices del interior de sus codos. La intuición le había dicho que debía ganarse la confianza del traficante de nivel medio al que perseguían inyectándose heroína. La misma intuición la había dejado con un hábito mortal y toda una división de Narcóticos de Seattle buscándola.

Y mucho antes, su intuición le había costado algo aún más importante.

"Hoy en día intento basarme en hechos y no en sentimientos".

La agente Stitts siguió mirando por la ventanilla y Chase se preocupó de que hubiera dicho algo que le ofendiera.

"Puedo ver cómo..."

"Millones de años de evolución", dijo distraídamente.

"¿Perdón?"

"No ignores tu intuición, Chase. Millones de años de evolución han servido para desarrollar un mecanismo de defensa inherente en todos nosotros. Llámalo corazonada, intuición, corazonada, como quieras llamarlo, es un activo valioso en el campo. Créeme. A veces tus ojos ven cosas, pero tu mente consciente está demasiado ocupada o cansada para darse cuenta. Tu instinto, sin embargo, es prehistórico. Escucha, ¿alguna vez has esperado un ascensor y, cuando se abrió la puerta, tuviste un mal presentimiento sobre el tipo que estaba dentro esperando a que entraras?".

Chase ladeó la cabeza.

"Tal vez".

"Tal vez sea suficiente. Todo el mundo ha tenido estas experiencias en su vida, pero hay un sesgo de selección en juego. ¿Las personas que hacen caso a estos impulsos? No se lo piensan dos veces después porque no ha pasado nada. De hecho, puede que incluso se convenzan a sí mismos de que estaban siendo tontos, incluso infantiles. Pero cuando sientes que algo va mal, que algo no va bien, y no le haces caso, ¿pasa algo malo? Eso es lo que recordamos. Con el tiempo, si algo me ha enseñado este trabajo es a confiar en mi instinto".

El agente Stitts echó un vistazo al GPS instalado en el salpicadero.

"Tenemos otros diez minutos por lo menos en el tráfico de Nueva York antes de llegar a casa de Charlotte", le informó. "¿Te importa si te cuento una historia? ¿Sobre por qué decidí seguir una carrera en el FBI? ¿En perfiles?"

Chase no estaba de humor para fábulas, pero no se le ocurría una buena razón para que Stitts no continuara.

"Claro, adelante".

El agente Stitts miró hacia arriba y a la derecha cuando habló a continuación, una señal de póquer que sugería que estaba recordando algo de su pasado y no se lo estaba inventando.

"Yo era joven, tal vez veinte años", empezó Stitts con voz monótona, "acababa de empezar como agente inmobiliario. También estaba con una novia que era... bueno, *exigente*, digamos. Se enfadaba constantemente por las largas horas que yo trabajaba. Una noche, cuando acababa de decirme que estaba harta, un cliente sintió la necesidad de inspeccionar cada tabla del suelo de la casa por la que pensaba hacer una oferta. Podía oír literalmente cómo mi novia se enfadaba más cuanto más me esperaba en casa. Cuando mi cliente

estaba listo para irse, yo ya llevaba veinte minutos de retraso para la cena. Y todavía tenía que conducir hasta casa, lo que, con el tráfico de Houston, me iba a llevar al menos el doble. De todos modos, de camino a casa pensé que sería una buena idea coger una botella de vino para suavizar las cosas, ¿sabes? Había una tienda a la que solía ir a comprar vino y cerveza que no estaba muy lejos de mi casa. Así que, apurado, pensando en lo que iba a decir, qué broma podría hacer para asegurarme de que mi novia no me arrancara la cabeza, me dirigí a la tienda. En cuanto abrí la puerta, sentí que algo no iba bien. Y no estoy hablando de algo fugaz como, 'oh, debería comprar este billete de lotería, es ganador', ninguna gilipollez de esas. Era una fuerte sensación en las tripas que casi me hizo vomitar. ¿Y sabes lo que hice?"

Chase se encogió de hombros.

"¿Te fuiste?"

"Así es, me marché y me fui a casa. Me salté el vino".

"¿Y? ¿Qué pasó?"

"Más tarde me enteré por las noticias de que habían matado a tiros al propietario y habían robado en su tienda. Al principio, no me lo podía creer. De hecho, estaba tan conmocionado que volví a la tienda y me enteré de que la habían robado minutos después de irme. Sé lo que estás pensando, que fue una coincidencia, lo cual está bien, porque eso es lo que yo pensaba también. Pero, resumiendo, conseguí hacerme con la cinta de seguridad de la tienda. Debo haber visto ese vídeo miles de veces".

De nuevo, hizo una pausa.

"¿Qué había en la cinta?"

"Vi lo que ya sabía, pero no había registrado. Por aquel entonces, vivía en una zona peligrosa de Houston y cada vez que entraba en una tienda o en una licorería -y me refiero a *cada vez-,* el chico o la chica del mostrador me daba un buen repaso. Supongo que es parte de su entrenamiento. De todos modos, esta vez, el tipo sólo me miró y luego miró hacia otro lado. En el vídeo se ve claramente cómo miro fijamente al tipo que está detrás del mostrador mientras esto sucede, y luego sigo su mirada hacia un hombre que está mirando las estanterías y lleva una parka. Una parka en Houston en pleno verano. Entonces supe que eso era lo que habían captado mis "instintos". Me salvaron la vida".

Chase pensó un momento en la historia. En su vida había habido muchas ocasiones en las que le había ocurrido algo parecido, no tan grave como lo descrito por el agente Stitts, por supuesto, pero similar, pero también se imaginaba que había un número igual de veces en las que su instinto se había equivocado por completo.

El asesino volviendo al granero, por ejemplo. Al final, Chase

decidió tratar de aligerar el ambiente en lugar de desafiarlo.

"¿Y qué dijo tu novia?"

El agente Stitts se rió.

"Ja, me ha dejado tirado. Me hizo pensar que, después de todo, habría sido mejor comprar esa botella de vino". Bueno, esa es mi historia de origen, ¿cuál es la tuya? ¿Por qué entraste en la policía y por qué quieres unirte al FBI?"

Chase frunció el ceño. Tal vez fuera su intuición la que le había dicho que esa pregunta iba a llegar, y por eso quería evitar la discusión en primer lugar. O tal vez fuera simple sentido común.

"Bueno", dijo, girando hacia la entrada de un bungalow muy iluminado, "mira eso".

El agente Stitts siguió su dedo.

"¿Qué? ¿Qué es?"

"La casa de Charlotte. Vamos, acabemos con esto".

Capítulo 33

"Vamos, Chase, coge el teléfono", refunfuñó Drake. Esperó a que sonara el contestador antes de colgar. Entró en el centro comercial que albergaba Triple D, condujo hasta las puertas y aparcó su Crown Vic. Luego se bajó, con el e-reader en la mano.

"¿Eh, Screech?", dijo al entrar en la Triple D. Se dio cuenta de que la puerta de su despacho estaba cerrada y en el interior pudo distinguir las siluetas de dos hombres: uno pequeño, con la cabeza en forma de q-tip, y el otro una enorme roca de hombre.

Drake se acercó a la puerta y la abrió de un tirón.

Screech se sobresaltó y se reclinó en la silla de Drake cuando éste entró.

"Drake, este es Bob Bumacher", dijo después de recomponerse, "Él es el que cuyo barco..."

"-yate-", corrigió Drake.

Screech asintió.

"Cuyo yate ha desaparecido. Estábamos ultimando los detalles de nuestro acuerdo. Al parecer, hay un cargamento muy valioso a bordo - la cara de Screech se torció ligeramente al decir esto, lo que hizo reflexionar a Drake-.

¿Carga preciosa?

Pero Drake no tenía tiempo para esto. Necesitaba contactar con Chase, contarle la nueva historia. Sobre la parte II. Y necesitaba averiguar quién demonios estaba escribiendo los cuentos morbosos.

"De acuerdo, suena bien. Odio ser descortés, Sr. Bumacher, pero realmente tengo otro asunto que discutir con mi compañero."

Bob Bumacher se puso en pie y Drake se apartó instintivamente de él. No era sólo un hombre grande, como Drake había sospechado basándose en el contorno, era *enorme*. Un metro ochenta, con los hombros como sandías. Llevaba una camiseta de lucha ajustada con la cara de Arnold Schwarzenegger cruzada en el pecho y las palabras "Ven conmigo si quieres levantar" escritas en la parte superior.

Asintió a Drake y se rascó la calva.

"Has venido muy recomendado, Drake. Espero que tú y tu compañero utilicéis la máxima discreción en la búsqueda de mi nave. Screech y yo ya hemos trabajado en los detalles, y estoy seguro de que los encontrarás más que satisfactorios".

Bob extendió una mano gigante y Drake no llegó a estrecharla, sino que fue engullido por ella.

Después de que Bob regurgitara la mano, se dio la vuelta y salió del

despacho, dejando la puerta abierta tras de sí. Cuando se hubo ido, Drake sacudió la cabeza y miró a Screech.

"¿Qué demonios fue todo eso?", preguntó, pero cuando Screech abrió la boca para responder, Drake levantó una mano. "No importa".

Enganchó un pulgar, indicando a Screech que se levantara de la silla. Screech asintió y se levantó, y Drake se dejó caer en ella.

"¿Qué pasa?"

"Ha habido otro asesinato y otra historia", respondió Drake, arrojando bruscamente el e-reader sobre el escritorio.

Screech frunció el ceño.

¿"De verdad"? Joder. No pude encontrar nada sobre el autor... sobre L. Wiley en línea. Literalmente nada. El hombre es un fantasma. No hay mensajes en cualquiera de los tableros de escritura populares, no hay sitio web, no hay dirección de correo electrónico, no hay nada. Pero no soy un experto en publicaciones en línea. ¿Conoces a alguien que pueda tener experiencia?"

Drake cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice.

"Maldita sea", murmuró.

"¿Qué pasa?"

Él no, no puedo ir a él otra vez.

"Nada."

Pero tenía que acudir a él, era la única persona que Drake sabía que tenía experiencia en este tipo de cosas.

Pensó en el sobre que había echado en el buzón de Jasmine y que estaba seguro de haber visto en el bolsillo de Suzan cuando subió las escaleras.

"Puede que conozca a alguien, pero voy a necesitar un favor".

"¿Otra cámara?" preguntó Screech.

Drake negó con la cabeza.

"No, ninguna cámara. Necesito que te asegures de que la que he puesto está grabando, pero esto es algo diferente. Necesito dinero".

La cara de Screech se contorsionó.

"¿Dinero? ¿Para qué?"

"No puedo decirte eso. Sólo necesito algo de dinero".

Screech se mordió el labio mientras reflexionaba.

"¿Cuánto?", dijo al fin.

Drake se lo pensó. Normalmente era él quien cobraba, y eso solía ser en incrementos de diez mil dólares. Sólo que después de lo que había pasado...

"Veinte de los grandes", dijo rotundamente.

Los ojos de Screech se desorbitaron.

"¿Veinte de los grandes? Mierda, ¿perdiste una apuesta?"

"Lo tendrás de vuelta después de que Meathead Bumacher se

asiente. Pero lo voy a necesitar hoy".

Screech negó con la cabeza.

"No puedo hacerlo. No tengo tanto dinero por ahí. Acabo de comprar un ordenador nuevo para la granja. Ojalá pudiera ayudarte, pero..."

Drake gimió de frustración.

No sólo tengo que reunirme con él, *sino que ahora tendré que hacer un alto en el camino.*

"De acuerdo, gracias de todos modos", dijo mientras se levantaba.

"Acabas de llegar, ¿adónde vas?".

"Fuera un rato."

El teléfono de Drake zumbó y contestó.

"Drake aquí."

"Es Chase. Acabamos de hablar con el marido de Charlotte. Estaba... estaba *destrozado...*"

Drake recordaba lo mucho que odiaba esa parte del trabajo, lo duro que le resultaba decirle a un ser querido que su marido o su padre nunca volverían a casa.

"¿Estás bien?", preguntó.

"Estaré bien. Pero escucha esto, parece que Charlotte fue secuestrada fuera de una librería".

Drake se estaba inclinando para alcanzar el cajón superior de su escritorio cuando ella dijo esto, y se detuvo.

"¿En serio? ¿Algún vídeo?"

"No he tenido la oportunidad de revisar las cintas todavía. Están de camino a Dunbar para echarles un vistazo. Y el agente Stitts está haciendo un registro de todos los libros que Charlotte ha comprado en los últimos meses, y va a hacer que Dunbar lo revise también, con referencias cruzadas con las compras de Melissa y Tanya. ¿Algo por tu parte?"

Drake sacó la botella de Johnny Red del escritorio y se sirvió tres tragos. Se bebió la mitad de un trago.

"Sí, tengo otra *historia-Sonrisa Roja* Parte II".

Chase se mostró incrédulo.

"¿Qué decía? ¿Qué decía?"

Drake terminó su bebida y cerró los ojos.

Sólo que se encontró otro cadáver en el mismo lugar que el primero". Y la narración no se anda con rodeos cuando describe que el asesino volvió a la escena de los primeros asesinatos para dejar otro cadáver. Mierda, es como si esta persona estuviera prediciendo el maldito futuro. ¿De verdad somos tan predecibles?"

"Puede que el procedimiento esté bastante estandarizado. ¿Y el final?"

"Igual que la primera. Se detiene bruscamente, sin un final real, sin

pistas sobre quién o dónde será la próxima víctima. Pero no hay *EL FIN, el* asesino aún no ha terminado. ¿Cuál es su puto final?"

Chase permaneció en silencio el tiempo suficiente para que Drake tuviera tiempo de servirse otra copa.

"Tráelo aquí en cuanto puedas", dijo Chase al fin. "¿Logró Screech averiguar algo sobre el autor?".

Drake levantó los ojos y miró fijamente a Screech, que le observaba con una expresión extraña en su estrecho rostro.

"No, nada. Lo intentó, pero dice que L. Wiley es como un fantasma".

Otra pausa.

"Sigan cavando, usen los contactos que tengan. Tenemos que encontrar a este tipo antes de que vuelva a matar. Tengo que irme, tengo que preparar una rueda de prensa. Una vez que esto caiga, vamos a estar abrumados con pistas de nuevo".

Drake asintió para sí.

"Buena suerte", dijo, y colgó el teléfono antes de pronunciar la siguiente frase que le vino a la cabeza: *¿Estás seguro, Chase? Las cosas pueden ponerse feas si vuelvo a reunirme con él.*

Drake terminó el resto de su bebida y se dirigió a la puerta, dejando a Screech con cara de asombro en su despacho.

"¿Puedes cuidar el lugar por un tiempo? Tengo que hacer esta mierda de Consultor Especial".

Screech no dijo nada, pero Drake lo tomó como una afirmación.

Estaba casi fuera de la Triple D cuando se volvió.

"Ah, y búscale el yate a Meathead, ¿quieres? Vamos a necesitar el dinero, no me importa qué tipo de 'carga' tenga escondida en él".

Capítulo 34

A Chase le resultaba extraño estar de nuevo en el estrado, hablando con los medios de comunicación que se habían apresurado a reunirse con sólo unos minutos de antelación. No dejaba de mirar por encima del hombro, esperando ver el rostro de Rhodes, con gafas, que le devolvía la mirada y cuyas mejillas se iban tiñendo lentamente de un rojo más oscuro.

Pero hoy sólo estaba Chase y se sentía extrañamente cómoda. El agente Stitts y el detective Yasiv se encontraban entre la multitud, a un lado, dispuestos a presentarse si se les pedía, pero Chase pensó que era más prudente estar sola ante los medios de comunicación y hablar de cómo debían protegerse las mujeres.

Muéstrales el rostro de una mujer orgullosa y segura de sí misma.

"Buenas tardes, Nueva York. Mi nombre es sargento Chase Adams, y he pedido a los medios de comunicación que se congreguen en el exterior de la comisaría 62 para poder dar a conocer al público una noticia angustiosa: en los últimos días se han producido tres asesinatos en las afueras de nuestra ciudad. Tres mujeres jóvenes fueron despiadadamente asesinadas y el sospechoso sigue en libertad. En este momento, no vamos a revelar los nombres de las víctimas ni ningún detalle sobre los horribles crímenes que les fueron infligidos."

Chase miró el papel en el podio con el resto del discurso que había escrito, pero aunque había sonado bien cuando lo estaba escribiendo, ahora sonaba trillado y robótico.

Escaneó rápidamente el papel para saber qué decir a continuación. Uno de los miembros del público lo interpretó como una pausa para hacer preguntas y tomó la palabra.

"¿Hay alguna pista? ¿Algún sospechoso? ¿Por qué fueron asesinadas las mujeres?"

Chase alzó una mano y levantó la cabeza.

"Hoy estoy aquí no sólo como sargento de policía, sino como mujer", dijo, desviándose de su guión. Era mejor parecer auténtica, decir lo que realmente sentía. Ya se las arreglaría después con las consecuencias, si es que las había, de sus superiores. "Si preguntamos a un grupo de hombres si han tenido miedo, mucho miedo, de ser agredidos en el último mes, puede que levante la mano uno o dos. ¿Preguntar a un grupo de mujeres? Todas levantarán la mano. Ahora bien, esto no es un comentario de género, una protesta política o incluso un lema; es simplemente la realidad. Y la nueva realidad es que actualmente se persigue a las mujeres. Atraparemos al

responsable, esta es mi promesa a todo Nueva York. Pero mientras tanto, las mujeres deben ser precavidas. No caminen solas de noche, no acepten que las lleven desconocidos. De hecho... -Chase se mordió el interior del labio y, por alguna razón, sus ojos se desviaron hacia los del agente Stitts. Tenía una expresión ligeramente sorprendida en el rostro.

Instintos...

"-No tengas miedo de ser una zorra. Esto va para todas las mujeres; si estás en una situación que te incomoda, o alguien se ofrece a ayudarte con las maletas o con el coche, no tengas miedo de decirle rotundamente que no quieres su ayuda."

Chase se agarró a los lados del podio de madera y se inclinó hacia el micrófono.

"No tengas miedo de ser una zorra", repitió, con los ojos saltando por las cabezas flotantes de los medios de comunicación.

Su reacción fue confusa, en el mejor de los casos. Algunos de los hombres la miraban boquiabiertos, mientras que las mujeres parecían sonreírle.

Chase utilizó esto en su beneficio y dijo rápidamente: "Cuídate, Nueva York", antes de volverse hacia la comisaría que tenía detrás.

Esto incitó a la multitud y ella les oyó gritar preguntas como eslóganes deportivos por un momento antes de que se fundieran en una cacofonía incomprensible.

Chase se movió rápidamente, de repente le resultaba difícil tragar con el nudo en la garganta.

¿De verdad acabo de decir eso? ¿Acabo de...?

El agente Stitts se colocó a su lado, igualándola paso a paso.

"Vaya", susurró, "ha sido interesante".

Chase sintió que se le sonrojaba la cara y estaba a punto de contestar cuando el detective Yasiv apareció a su izquierda.

"¿Acabo de decirles a las mujeres de Nueva York que sean unas zorras?", preguntó mientras agarraba la manilla metálica de la puerta y tiraba de ella. Antes de que Yasiv o Stitts pudieran responder, ella dijo: "Sí, creo que lo hice. Realmente creo que lo hice".

¿En qué demonios estaba pensando?

Capítulo 35

Drake no estaba seguro de cómo Raúl sabía que había llegado al apartamento de Ken, pero antes incluso de llegar a la puerta, vio la forma encorvada del hombre aparecer en el vestíbulo.

Drake levantó el puño para llamar a la puerta, pero Raúl vio el gesto y se acercó a él con el guardia de seguridad a cuestas. Abrieron la puerta y él entró.

Era extraño venir aquí, ya que aunque tenía un ligero zumbido del whisky que había bebido en la Triple D que hacía que las cosas le resultaran familiares, era temprano.

Todavía hacía sol.

Y todo parecía tan brillante en el vestíbulo.

"Vengo a ver a Ken", dijo bruscamente.

Raúl se puso delante de él.

"Ken no está aquí."

Por alguna razón, esto sorprendió a Drake, y por un momento pensó que Raúl mentía. Pero tenía sentido; al fin y al cabo, Ken era socio del bufete Smith, Smith y Jackson, y estaba en plena carrera por la alcaldía.

¿Por qué iba a estar en casa un viernes por la tarde?

"Necesito hablar con él".

Raúl lo miró de arriba abajo. Aunque el guardia de seguridad que estaba a su lado parecía nervioso y sus ojos iban de Raúl a Drake y viceversa, la actitud de Raúl, como siempre, era implacable.

"No está aquí."

Drake frunció el ceño, sin molestarse en disimular su incomodidad ante la presencia del hombre.

"Ya lo ha dicho. ¿Está en su oficina? Le visitaré allí".

Raúl negó con la cabeza.

"No creo que sea una buena idea".

Drake frunció el ceño.

"No te he preguntado si te parecía una buena idea", replicó. Drake se dio la vuelta para marcharse, pero no llegó muy lejos. La mano de Raúl se posó en su antebrazo. Incluso a través de su chaqueta, el agarre del hombre era firme, como el hierro.

Drake se dio la vuelta y sacudió violentamente la mano de Raúl.

"No me toques", siseó, fulminando con la mirada al hombrecillo que tenía delante. Si el guardia de seguridad había estado nervioso antes, ahora estaba sudando la gota gorda.

"¿Por qué no...?", empezó el guardia, pero dejó de hablar cuando

Drake dio un paso agresivo hacia delante.
"No vuelvas a tocarme", advirtió, apuntando con un dedo al pecho de Raúl.
La adrenalina fluyó por Drake y sintió que su cuerpo se preparaba para actuar, que el impulso de lucha corría por sus venas.
Pero Raúl disolvió esta idea sonriendo.
"Mis disculpas, Damien. Por favor, sube al ático. Llamaré a Ken para ver si puede venir a recibirte".
Aunque su boca sonreía, sus ojos no.
Maldito hombrecillo raro, pensó Drake. *¿Qué demonios te pasa?*
"¿Está bien así?"
Drake asintió.
"Bien."
El guardia de seguridad exhaló audiblemente y Drake le lanzó una mirada.
"Volveré a mi mesa", se dijo, sobre todo para sí mismo.
Raúl, con una sonrisa espeluznante aún en la cara, se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor.
Drake, con la adrenalina por las nubes, le siguió.

***

"Ken dijo que puede reunirse contigo en veinte minutos. ¿Quieres tomar algo mientras esperas?"
Drake consultó su reloj. Era casi la una de la tarde.
"Que sea doble", dijo. El modo en que Raúl había pasado de la agresividad en el vestíbulo a la franca obediencia en el piso de arriba, incluso al servilismo, no hizo sino aumentar el malestar que sentía en la boca del estómago.
No le apetecía esperar ni un minuto, y mucho menos veinte, y menos en compañía de Raúl.
El hombre volvió con un pesado vaso de Johnny Blue, y Drake bebió un sorbo.
Era como miel líquida cayendo en cascada por su garganta y, en ese momento, una especie de dicha se apoderó de él y se olvidó por completo del espeluznante criado, de las mujeres muertas con sangre en los labios, de los libros que documentaban sus muertes.
¿Por qué la vida no puede ser así todo el tiempo? ¿Disfrutar sin acostarte con la mujer de tu difunto compañero?
Drake sacudió la cabeza y dejó la copa sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía.
El espejismo había desaparecido.
Un pitido procedente del interior de su chaqueta, que se había negado a quitarse a pesar de la insistencia de Raúl, llamó su atención.

Con el ceño fruncido, sacó el e-reader y lo encendió.
"¿Qué demonios?", murmuró.
Ahora había una tercera cubierta junto a las otras dos.
Sonrisa Roja Parte III.
Drake tragó saliva, abrió la carpeta y empezó a leer.

Capítulo 36

"¡Maldita sea!"

Colin levantó las manos y se quedó mirando la pantalla del ordenador.

Todo el monitor se había vuelto azul.

Tenía los ojos desorbitados.

"¿Qué demonios acaba de pasar?"

Estaba en medio de un capítulo, terminando lo que iba a ser su obra maestra, la que por fin le pondría a él y a su familia en números negros.

La que por fin le quitaría a Ryanne de encima.

Y ahora *esto*.

"¿Qué has dicho, papá?" preguntó Colby desde la otra habitación.

"Nada", respondió Colin. "Sigue viendo tus dibujos animados".

Colin intentó pulsar CTRL-ALT-DEL, pero no pasó nada. Finalmente, mantuvo el dedo pulsado sobre el botón de encendido.

Contó hasta tres y volvió a encender el ordenador. Tardó más de lo habitual en arrancar y, cuando por fin apareció una imagen en pantalla, se sorprendió al ver flotar el logotipo de Windows y las palabras "Bienvenido a su nuevo ordenador".

"¿Qué coño?"

Colin pulsó el botón "Siguiente" de la esquina derecha y la imagen pasó a otra pantalla de bienvenida, en la que se le pedía que pusiera nombre a su ordenador.

El corazón le latía con fuerza en el pecho.

"Esto no puede estar pasando".

Pulsó ESC media docena de veces, pero apareció un mensaje de error indicando que tenía que introducir una zona horaria.

No puede haber desaparecido todo... no puede... el disco duro no puede haberse borrado completamente. Eso es imposible.

Apagó y encendió el ordenador por segunda vez, pero se encontró de nuevo con la pantalla *Bienvenido a Windows*.

Colin sentía que se le oprimía el pecho y respiraba a bocanadas.

Estaba... estaba a punto de terminar la serie, por no hablar del libro. No puede desaparecer... ¡no puede! *¡No después de todo el trabajo que he puesto en él!*

Empezó a sudar en la frente y Colin sintió que se le entumecían los miembros. Intentó levantarse, pero temió desplomarse sobre el parqué y permaneció sentado.

La puerta principal se abrió de repente y Ryanne irrumpió por ella.

Ella también sudaba, a pesar del aire frío que traía del exterior.

Vestida con un top morado escotado y unos ajustados pantalones negros de entrenamiento, irrumpió en la entrada, mirando con el ceño fruncido los zapatos de las chicas que estaban esparcidos por el suelo. Las pateó a un lado y luego sacó la esterilla de yoga de debajo de un brazo y la tiró al suelo.

Levantó la vista, con el ceño fruncido aún grabado en los labios.

"¿Cuál es tu problema?"

El rostro de Colin, que supuso tan blanco como la nieve del exterior, se quedó en blanco. Apenas reconoció a la mujer que tenía delante.

Tenía el mismo *aspecto* -el mismo pelo castaño largo recogido en una coleta, los mismos ojos llamativos-, pero en el fondo había algo diferente. Ryanne había llevado sus problemas de dinero a otro nivel.

Colin sintió que la bilis se le subía a la garganta cuando la imagen del casero, de espaldas a él, con el pelo canoso sobre los hombros erizado como pelusa de secadora, inundó su mente.

"Mi ordenador", tartamudeó Colin. "Se ha *roto*".

Ryanne se abalanzó sobre él y, al acercarse, se dio cuenta de que, si bien ella olía fuertemente a sudor, había algo más subyacente. Algo más almizclado.

"¿Has probado a reiniciarlo?", preguntó.

"Por supuesto que sí".

De todos modos, Ryanne se inclinó y mantuvo pulsado el botón de encendido. Cuando lo pulsó un segundo, apareció la pantalla de bienvenida.

"¿Ves? Es como un ordenador nuevo".

Ryanne se encogió de hombros y se apartó de la mesa.

"¿Perdiste algún trabajo?"

Colin se quedó boquiabierto.

"¿He perdido trabajo? ¿En serio? Lo perdí *todo*. Todo estaba allí. Todos mis libros".

Ryanne volvió a encogerse de hombros, y Colin sintió que su tensión alcanzaba niveles peligrosos.

"Deberías haberlo respaldado. Te dije que lo respaldaras".

"Gracias, Ryanne. Gracias por el maldito consejo. *Debería* haber hecho copias de seguridad, pero no lo hice. Y ahora todo se ha ido."

Para colmo de males, que Colin se muriera si no detectaba una pizca de placer en la voz de su mujer.

Sin inmutarse, Ryanne le dio la espalda a Colin y se dirigió a la otra habitación, donde las chicas estaban sentadas viendo la televisión.

"Apaga esta mierda. Quiero ver las noticias".

Ninguna de las dos levantó la vista.

"¡Colby! ¡Juliette! ¡Dije que apagues esto!"

"Ryanne", dijo Colin casi distraídamente. "Necesito recuperar mis archivos. Tengo que publicar un libro".

Ryanne se puso rígida, pero no lo miró. En lugar de eso, se agachó y golpeó a Colby en la nuca.

"¡Ay!" Colby gritó. "¿Por qué hiciste eso?"

"¡Contéstame la próxima vez que te hable!"

Las piernas de Colin finalmente se sintieron lo suficientemente fuertes como para ponerse de pie, y lo hizo.

"Ryanne, déjalos en paz", ordenó. "Todavía no han comido. He estado intentando hacer funcionar mi ordenador".

Ryanne se giró con los ojos desorbitados.

"¿Quieres que te arregle el ordenador? ¿Eh? ¿Quieres que te lo arregle?"

Colin retrocedió ante el inesperado enfado en el rostro y la voz de su mujer.

"Sí, quiero..."

Sonrió.

"Oh, puedo arreglarlo; Gary puede arreglarlo. Es bueno con los ordenadores".

Y ahí estaba de nuevo, la imagen del hombre que acababa de tener sexo con su mujer, de espaldas a él, subiéndose los calzoncillos blancos hasta la cintura.

Pensó que iba a enfermar.

"¿Y bien? ¿Quieres que lo arregle o qué?" preguntó Ryanne, con una sonrisa creciente.

Colin la odió en ese momento. La odiaba y quería hacerle daño.

Mal.

En lugar de eso, cerró los ojos y respiró hondo. Si no lo supiera, habría pensado que ella lo había planeado todo.

En cualquier caso, estaba atrapado, y Ryanne lo sabía.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que su mujer parecía llorosa.

"Sí", susurró. "Por favor, arréglalo".

Capítulo 37

¿"Chase"? ¿Estás bien? Suena como si estuvieras corriendo", preguntó Drake.

"Sólo estoy caminando rápido. ¿Has visto las noticias? ¿Mi conferencia de prensa?"

Drake sacudió la cabeza y recorrió con la mirada el ático de Ken, pasando de la chimenea de leña, que Drake estaba seguro en un noventa por ciento de que era ilegal en un edificio nuevo como aquel, a los óleos con marcos dorados de las paredes.

No vio ningún televisor.

"No, no lo he visto. ¿Cómo...?"

"No lo hagas. Hazte un favor y no lo veas".

La exasperación en la voz de Chase le hizo incorporarse y dejar de encorvarse en la comodísima silla.

"¿Qué ha pasado?"

"Nada. Se me fue un poco la olla. Si no llamas por esa debacle, ¿qué pasa?".

Drake cogió el e-reader con la mano libre y lo encendió.

Con un suspiro, dijo: "Tengo otra historia... La tercera parte llegó directamente a mi tablet".

Hubo una pausa. Cuando Chase volvió a hablar, ya no respiraba con dificultad y su voz estaba apagada.

"¿En serio? Jesús, Drake, ¿qué dice? ¿Hay otro cuerpo?"

Drake frunció el ceño y encendió el lector pulsando el botón que había permanecido oculto hasta que Screech se lo había mostrado. Se desplazó hasta la tercera imagen del rostro de la mujer, con los labios manchados de sangre. Hizo clic en ella y leyó las primeras líneas en voz alta.

"*Las muñecas de la chica estaban fuertemente atadas al poste de la portería, su cuerpo formaba una cruz. Estaba desnuda, e incluso desde la distancia, la sargento Cristin Allan supo que se había instalado el rigor mortis. Levantó la mano y le apartó unos mechones de pelo congelado de la cara. La mujer tenía los ojos muy abiertos y los labios cubiertos de sangre escarlata*".

El corazón de Drake se aceleró al leer las palabras.

Sargento Cristin Allan... Sargento Chase Adams.

"Joder", susurró Chase. "Espera un segundo."

Drake oyó que su mano cubría la boquilla y, con voz apagada, dijo: "Eh, agente, ¿se ha registrado ya algún homicidio? ¿En la última hora o así?"

Hubo un intercambio de palabras que no captó, y luego Chase volvió a hablar, esta vez con claridad.

"Nada, ningún cuerpo nuevo. Maldita sea, ¿dice dónde está el cuerpo? Porterías... ¿como en un campo de fútbol? ¿El patio de la escuela, tal vez? No puede ser en el granero... Tengo dos oficiales allí día y noche, en rotación. Y no hay porterías allí. ¿Drake? *¿Drake?*"

La puerta del ascensor sonó de repente, llamando la atención de Drake. Ken Smith salió, inmaculadamente vestido como siempre, con el pelo plateado perfectamente peinado. Sólo que esta vez parecía diferente, y Drake tardó un momento en darse cuenta de por qué.

El hombre fruncía el ceño.

"¿Drake? ¿Sigues ahí?"

"Tengo que irme", dijo Drake en voz baja al teléfono.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir con que tienes que irte? ¿Drake? *Dra-"*

Drake colgó y se levantó. Terminó su bebida y dejó el vaso vacío sobre la mesa, junto a la silla.

"Detective Drake", dijo Ken, sin sonreír.

Drake frunció el ceño.

Ojalá no me llamaras así.

"Más vale que sea importante. Soy un hombre ocupado. Dime que tienes buenas noticias... un video del doctor con su manager".

Drake negó con la cabeza.

"No. Tengo todo en su lugar, pero..."

Ken frunció el ceño.

"¿Qué quieres entonces?"

Raúl, como si respondiera al cambio de tono de la voz de Ken, apareció de repente a la izquierda de Drake.

Instintivamente dio un paso atrás.

"¿Todo bien por aquí?" preguntó Raúl con su marcado acento.

Ken asintió.

"Bien. Drake estaba a punto de decirme por qué ha interrumpido mi tarde".

Drake decidió que lo mejor era decirlo sin más.

"Necesito dinero. Un préstamo".

Ken miró a Raúl durante una fracción de segundo y se dio cuenta de que el hombre no estaba enfadado, sino sorprendido.

Y su mirada a Raúl...

Me están siguiendo, pensó Drake de repente. *Por eso esto es una sorpresa. Me han estado siguiendo y no esperaban que viniera aquí. No así, al menos.*

Ken entrecerró los ojos.

"¿Para qué necesitas el dinero?"

Drake ignoró la pregunta.

"Te lo devolveré, es un préstamo, no un regalo. Sólo necesito unas

semanas".

Se produjo un silencio incómodo y Drake temió que Ken fuera a presionarle para saber por qué necesitaba el dinero. Y esos eran detalles en los que no le apetecía entrar con nadie, y menos con él.

Pero, en vez de eso, dijo "cuánto".

"Veinte".

Ken asintió y se volvió hacia Raúl.

"Ve a buscarle el dinero".

Raúl inclinó la cabeza y se marchó por la cocina hasta perderse de vista. Cuando se hubo ido, Ken centró sus ojos en Drake.

"El informe sobre el doctor era un intercambio por la información que te di sobre Craig Sloan, sobre el doctor Moorfield y el tribunal. El paquete que Raúl te entregó la última vez fue a cambio del vídeo que me proporcionarás en breve. Pero esto..."

Como si nada, Raúl reapareció en el vestíbulo y entregó un sobre amarillo a Ken, que lo golpeó contra la palma de la mano.

"Este es para el Sargento."

Drake sintió que su corazón se aceleraba.

"¿Qué pasa con ella?"

"La rueda de prensa... tienes que decirle que mantenga un control sobre lo que sea *que*... las mujeres muertas. Otro asesino en serie, pánico en la ciudad, eso no funciona para mí. No ahora, al menos".

Ken le tendió el sobre a Drake, que lo cogió. Sin embargo, cuando intentó apartarse, Ken lo sujetó con fuerza.

"Diez son para mantener este caso, y al Sargento, bajo control. Los otros diez... son para otra cosa".

Drake enarcó una ceja.

"¿Algo más?"

Ken soltó el sobre y Drake se lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

"Te lo diré cuando te necesite de nuevo. Mientras tanto, consigue las imágenes del médico. Ahora, si me disculpas, tengo que volver al trabajo".

Con eso, el hombre giró sobre sus talones, luego se fue en el ascensor sin decir otra palabra, una vez más dejando a Drake con Raúl. Sólo que esta vez era veinte mil dólares más rico.

Capítulo 38

Chase estaba furioso.

Había otro libro, otro asesinato, y Drake tuvo el descaro de colgarle el teléfono.

Nunca debí haberlo subido a bordo, pensó.

Pero cayó en la cuenta de que, aunque no hubiera nombrado a Drake asesor especial del caso, éste habría estado implicado de todos modos, dado que alguien le había entregado el misterioso lector electrónico.

Alguien quiere que Drake siga involucrado con la policía de Nueva York. ¿Pero quién? ¿Y por qué?

Chase sacudió la cabeza. No tenía tiempo para esas preguntas cuando había un cadáver en alguna parte, colgando de los postes de la portería.

Se apresuró a salir de su despacho, dirigiéndose al que una vez había compartido con Drake, y se asomó al interior.

El agente Stitts estaba sentado frente a su ordenador, pulsando las teclas. Llamó una vez a la puerta para llamar su atención, y él levantó la vista hacia ella, con una expresión de sorpresa en el rostro. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que era ella, entrecerró los ojos.

"¿Qué pasa?"

Chase no estaba seguro de si era su lenguaje corporal o algo más, pero el hombre sabía de algún modo que no se trataba de una visita social, que ella no iba a pedirle ir a comer tarde.

"Ven conmigo", dijo secamente. "Tenemos que visitar Dunbar".

Stitts asintió y se levantó, dirigiéndose a su lado sin decir palabra.

"A Drake le enviaron otro libro", dijo Chase en voz baja mientras bajaban por la escalera poco iluminada hacia la sala de Registros.

El agente Stitts se detuvo y se volvió hacia ella, con los ojos muy abiertos.

"¿Ya? ¿Tan pronto después de Charlotte?"

Chase asintió.

"Esto..."

"Lo sé", dijo Chase, cortándole. Ella sabía lo que él iba a decir, y a ninguno de los dos les haría ningún bien decirlo en voz alta.

Demasiados oídos aguzados, incluso aquí, en el sótano de la comisaría 62.

El asesino se estaba moviendo rápido ahora, tan rápido que ni siquiera estaba esperando a que encontraran el cuerpo antes de publicar la historia, al menos para el dispositivo de Drake.

Lo que planteaba un problema importante para Chase y su equipo: principalmente, ¿qué podría pasar si el autor, si L. Wiley, inundaba de repente el mercado con libros? ¿Cómo iban a saber cuáles eran reales, dónde debían centrar sus esfuerzos y cuáles eran simplemente inventados?

¿Y si el público se enterara? ¿Si de repente hubiera cientos de libros titulados Scarlet Grin o Maroon Sneer o Crimson Smirk? ¿Qué pasaría entonces?

Este caso, a diferencia de todos los demás, debía resolverse lo antes posible. Tenían que atrapar al asesino antes de que volviera a atacar.

"¿Qué dice? ¿Dónde se encuentra el cuerpo?"

Chase negó con la cabeza, recordando cómo Drake le había colgado el teléfono de repente. Ella lo había contratado para que la ayudara con el caso, pero hasta ahora lo único que había hecho era proporcionarles las historias, que simplemente le habían entregado a él.

Aparte de eso, no había hecho nada. Excepto estar preocupado, perdido en sus pensamientos como un maldito filósofo de mediana edad.

"Nada... tenía que... tenía que irse".

Stitts enarcó otra ceja, pero antes de que pudiera pedir más detalles, Chase abrió deliberadamente la puerta de Records y entró.

El agente Dunbar estaba acurrucado ante un ordenador, con su corpulento cuerpo iluminado por el resplandor azulado de la pantalla. Las paredes de un lado de la sala estaban llenas de armarios, archivos de papel que aún no se habían digitalizado, mientras que el otro estaba repleto de discos duros y luces incandescentes.

Lo viejo y lo nuevo.

Drake y Chase, trabajando juntos en... *abstracción*.

"Dunbar, necesitamos...", empezó Chase, pero se detuvo cuando un movimiento le llamó la atención. Se asomó al escritorio de Dunbar.

Un hombre joven, delgado y con la cabeza rapada la mira. Al principio sonrió, mostrando unos dientes que parecían demasiado pequeños para su boca, pero cuando vio la expresión de la cara de ella, se puso serio de inmediato. Sus ojos miraron a Stitts y se puso en pie de un salto.

"Sargento Adams, ya me iba a tomar un café. ¿Quieres?"

Chase negó con la cabeza y el hombre, cuyo nombre se le escapaba, huyó de la habitación. Cuando se hubo ido, Stitts cerró la puerta.

"¿Qué? ¿Qué pasa?" preguntó Dunbar nervioso.

Chase se colocó detrás de su silla.

"Ha habido otro asesinato", dijo rotundamente.

Dunbar tragó saliva.

"¿Qué? ¿Dónde?"

"No lo sé todavía. Eso es con lo que espero que puedas ayudarnos".

Y Drake también, si alguna vez decide llamarme.

Dunbar volvió a la pantalla y abrió la página de L. Wiley en Amazon.

Ahora había tres libros, todos con la misma imagen de la mujer de los labios ensangrentados, todos de distinto tono de rojo.

"Mierda", maldijo mientras sus ojos se fijaban en el tercer libro. A pesar de lo que Drake le había dicho, en el fondo esperaba que estuviera equivocado. "No estaba en línea hace una hora".

Dunbar hizo clic en la portada y luego leyó la sinopsis del libro.

Era sólo una frase.

Otro asesinato y la policía no está cerca de averiguar quién es el asesino.

"Se está burlando de nosotros", comentó el agente Stitts.

Chase sintió que su ira aumentaba y sacó el móvil del bolsillo. Pulsó el botón de rellamada, pero tras un solo tono, saltó el buzón de voz.

Lo juró.

"Tenemos que leerlo, tenemos que averiguar qué hay ahí. Dónde está el cuerpo. Si hay alguna pista sobre la identidad del asesino".

Dunbar se mordió el labio.

"No podemos comprarlo".

Chase frunció el ceño.

"¿Por qué no? ¿Por qué no?" Un atisbo de esperanza. "¿No está a la venta?"

Dunbar respiró hondo antes de contestar.

"Oh, está a la venta, pero no podemos comprarlo. He estado leyendo un poco sobre toda esta escena editorial independiente. Al parecer, todo es cuestión de visibilidad. Con más de 60 millones de libros en línea, no se trata necesariamente de la calidad del libro que escribes -aunque eso influye-, sino de la posibilidad de descubrirlo. La gente tiene que ver tu libro para comprarlo. Y cada vez que alguien compra el libro, salta un poco en la clasificación, gana más exposición".

"¿Y qué? Ve al grano, Dunbar".

"He notado una tendencia inquietante en los últimos días. El primer libro -*Sonrisa Roja* Parte I- ha estado subiendo. No por mucho, pero está diez mil puestos más arriba que esta mañana incluso".

"¿Qué significa eso? ¿Cuánta gente lo ha comprado?"

Dunbar se encogió de hombros.

"Imposible saberlo con exactitud, pero supongo que se han vendido unos diez ejemplares al día desde su lanzamiento".

"¿Qué hace qué? ¿Cincuenta vendidos en total?"

"Sobre eso."

"Así que no queremos comprar el maldito libro porque eso lo hará subir en la clasificación, ¿es eso?".

Dunbar asintió.

"Exactamente."

"Entonces necesitamos la copia de Drake", dijo el agente Stitts.

¿Te lo dijo tu intuición? pensó Chase con rabia, pero luego respiró hondo, intentando mantener la calma.

Sólo trataba de ayudar, todos lo hacían. Incluso Drake, a su manera. Al menos eso era lo que ella esperaba.

"Mierda".

Un silencio sólo interrumpido por el zumbido mecánico de los discos duros se prolongó durante varios segundos.

"Tenemos que retirarlo", dijo Chase al fin. "Tenemos que quitar los libros antes de que alguien más los descargue".

"Pensé que habías dicho que no querías que nadie de los vendedores de libros electrónicos se enterara... ¿Que podría filtrarse que estos libros tratan de asesinatos reales?". Dunbar dijo.

"No tenemos elección. Esperemos que si retiramos los libros, el asesino pierda interés, que sin un lugar para su trabajo, se ralentice", respondió Chase, pero incluso cuando las palabras salían de su boca, sabía que era una posibilidad remota. Los asesinos no solían ir más despacio entre crimen y crimen, sino que se aceleraban.

De repente le empezaron a picar los brazos.

Trabajaban más rápido, los crímenes se volvían más horripilantes a medida que buscaban la sensación de su primera muerte.

Mientras alimentaban su adicción.

Se volvió hacia el agente Stitts.

"¿Crees que podemos conseguir que los vendedores den el verdadero nombre de L. Wiley?"

"Puedo intentar presionar, pero estas empresas... son enormes. Incluso con una citación, pueden atarnos con basura legal durante años".

Chase volvió a maldecir.

A veces las ruedas de la justicia funcionaban tan lentamente que apenas se movían. A veces las ruedas de la justicia eran cuadradas.

Pero Drake, no está sujeto a las mismas reglas... tal vez...

Se sacudió el pensamiento de la cabeza.

"A ver qué puedes hacer en ese frente. Tenemos que detener esto, y rápido".

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Dunbar negaba con la cabeza.

"¿Y ahora qué?"

"Si cerramos la cuenta de Wiley, pueden abrir otra. Poner el libro bajo otro nombre... L. Wile, tal vez, en lugar de L. Wiley".

Chase sintió cómo aumentaba su frustración.

"Entonces tenemos que conseguir que los vendedores den su nombre. Retuérceles el brazo, haz lo que sea necesario".

La expresión de Dunbar se agrió y abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

"Sólo dilo", exigió Chase. "Jesús, sólo di lo que estás pensando".

"Es que... en Internet, la gente ha estado informando de que estos seudónimos son sagrados. Los grandes vendedores los guardan muy bien, hasta el punto de que nunca ha habido una filtración. También hay un caso en el que un juez citó sus registros para un libro específico que contenía una fotografía de un robo a mano armada, una foto inédita que contenía pruebas críticas, y aunque finalmente el libro fue retirado, el nombre real del autor nunca fue revelado."

"Mierda, estás lleno de buenas noticias hoy, ¿no?"

Dunbar bajó la mirada.

"Lo siento, acabo de..."

"Todavía puedo empujar, a ver qué pasa", ofreció Stitts.

Chase cerró los ojos y respiró hondo. Cuando volvió a abrirlos, se encontró enfocando una serie de portadas de libros más pequeños debajo de *Sonrisa Roja*.

"¿Qué son?", preguntó.

Dunbar siguió su dedo.

"También Boughts".

"¿También *qué?*"

"Boughts": una lista automática de otros libros comprados por personas que compraron *"Red Smile"*. Se supone que ayuda a los compradores a encontrar otros libros que les puedan gustar. Una especie de... espera un segundo".

Súbitamente excitado, Dunbar agitó el ratón y aporreó el teclado. Un par de segundos después, la pantalla se segmentó en tres paneles, uno para cada libro.

Entonces empezó a desplazarse por los Also Boughts, capturando las imágenes de las portadas y soltándolas en un programa de tratamiento de imágenes.

"¿Y ahora qué?" preguntó Chase.

Dunbar hizo clic varias veces más y luego puso en primer plano la pantalla de procesamiento de imágenes.

"Estos son todos los libros que la gente ha comprado además de *Sonrisa Roja*. Muchos autores compran sus propios libros para poner en marcha la máquina de los también comprados... si L. Wiley ha escrito otros libros con otro seudónimo, puede que estén en este grupo de ochenta libros más o menos".

Chase asentía ahora.

Puede que tengan algo.

"Cruza esto con los libros que Tanya, Melissa y Charlotte compraron o sacaron de la biblioteca. Tal vez así es como está apuntando a las víctimas".

Dunbar abrió varios archivos y luego la pantalla se convirtió en un borrón de texto. Aparecieron más ventanas y desaparecieron antes de que pudiera verlas bien.

"Ya estaba ejecutando un programa para encontrar similitudes en los patrones de lectura de las víctimas, pero el número de libros que tenía que recorrer -especialmente con Melissa- era inmenso, y había mucho solapamiento, pero...", pulsó un botón y luego sonrió cuando sólo aparecieron tres portadas en la pantalla. "Usando los Also Boughts, sólo hay tres libros en común para todas las víctimas, y los Also Boughts".

Chase se inclinó hacia la pantalla tan deprisa que casi se golpea la cabeza con Dunbar. En seguida frunció el ceño al leer los títulos en voz alta.

"Abrazando a la Bestia-Hombre, Seduciendo a la Bestia-Hombre, Envolviendo a la Bestia-Hombre... ¿qué mierda es esta?".

Dunbar voló las portadas, que tenían todas alguna derivación de un hombre con el torso desnudo que parecía medio lobo y una mujer con poca ropa mirándole fijamente.

"Shifter romance", dijo Dunbar, sonando casi avergonzado. "Se trata de..."

"¿A quién le importa de qué trata?", espetó Chase. "¿Quién es el autor?"

"R.S. Germaine", dijo Dunbar.

Chase sintió que se le quitaba un peso de encima.

"Genial. Consigue su dirección. Parece que tú y yo, Stitts, vamos a hacerle una visita al autor de porno animal".

Pero, una vez más, Dunbar negó con la cabeza.

"Jesucristo, ¿y ahora qué?"

Dunbar tragó saliva y abrió otra pantalla. Era el perfil del autor R.S. Germaine.

"No puedes".

"¿Y eso por qué?"

"Porque R.S. Germaine también es un seudónimo".

Capítulo 39

Drake no podía creer que estaba de vuelta en Patty's Diner. Habría elegido cualquier lugar, cualquier otro lugar en toda la ciudad, excepto este lugar, pero el bastardo se negó a reunirse en cualquier otro lugar.

De hecho, Drake se sorprendió de que estuviera dispuesto a verle. Hacía al menos un mes que no visitaba el restaurante en ruinas, y no lo echaba de menos.

Tenía las mismas cabinas de vinilo agrietadas, el mismo hedor empalagoso de décadas de grasa mezclada con un toque de lejía y el mismo personal descontento.

Broomhilda se acercó a él, y si su rostro no estuviera tan delineado, Drake habría pensado que estaba sonriendo.

"¿Sí?", dijo ella, y Drake no pudo evitar sacudir la cabeza con disgusto.

"Sólo un café".

La sonrisa de oreja a oreja se convirtió en una mueca de labios fruncidos y Broomhilda se dio la vuelta para marcharse.

Antes de que regresara, sonó la puerta y un hombre con una parka con capucha entró resguardándose del frío.

Colocó ambas manos, blancas por la nieve, sobre la mesa y se cernió sobre Drake.

"Tienes cojones de llamarme", me espetó.

Drake se recostó en su silla, preguntándose si había sido una buena idea. Después de todo, acababa de pasar una hora con una persona a la que quería pegar, pero no podía. Pero este no era Raúl, este hombre...

Drake pensó que podría salirse con la suya dándole una paliza.

"Siéntate", ordenó fríamente.

Los ojos azules del hombre se entrecerraron, pero tras apartarse un largo mechón de pelo rubio de la cara, hizo lo que se le ordenaba.

"Corrí un gran riesgo y..."

Drake sacó el sobre del bolsillo de su abrigo y lo dejó sobre la mesa agrietada.

"Vaya, qué cambio de papeles", dijo el hombre con amargura. Sus ojos se desviaron hacia el sobre, lo cual era bueno, pero no lo cogió como Drake había esperado.

Screech había investigado un poco sobre Ivan Meitzer y los rumores apuntaban a que no había hecho muchos amigos en el último año. Además de meterse con todo el mundo, había publicado un libro

bastante mordaz sobre lo que era trabajar para el New York Times.

Iván había pasado de ser un reportero relativamente desconocido a la creme of the crop después de su exclusiva con Drake sobre el Rey Esqueleto, pero había caído igual de duro. Drake había prometido una exclusiva sobre Craig Sloan, pero no había cumplido.

Y en el mundo de los periodistas, tu palabra era tu vínculo y la confianza tu moneda.

"Necesito que hagas algo por mí", dijo Drake rotundamente. "Algo que requiere discreción".

De nuevo, los ojos de Iván se desviaron hacia el sobre.

"La mitad es en pago por no darte la exclusiva Sloan. La otra mitad es por este trabajo".

Esta vez, la tentación fue demasiado grande e Iván cogió el sobre.

Drake se mantuvo firme.

"Antes de que tomes esto, no puedo enfatizar lo importante que es mantener esto en secreto. Nadie puede saberlo. Quiero decir *nadie*".

Iván levantó los ojos para mirar a Drake y, tras una breve pausa, asintió.

"¿Qué necesitas?"

Drake soltó el sobre e Iván se lo metió en la chaqueta.

"Necesito un nombre", dijo Drake. "Necesito el nombre de un autor".

***

Drake salió de la cafetería diez minutos después de que Iván huyera al frío. Atravesó rápidamente el aparcamiento y estaba a punto de abrir la puerta de su Crown Vic cuando, de repente, tuvo la sensación de que le observaban.

Levantó los ojos, pero tras mirar a su alrededor, no vio nada fuera de lo común para un viernes por la tarde en Nueva York.

Sin embargo, cuando sonó el timbre de su teléfono y lo sacó del bolsillo, no pudo evitar la sensación de que le estaban observando.

Capítulo 40

"Ya era hora", le espetó Chase a Drake mientras irrumpía en la comisaría 62.

Drake aún no se había recuperado del todo de lo que ya estaba resultando ser un día muy largo y muy duro, y necesitó toda su fuerza de voluntad para no arremeter contra ella.

En lugar de eso, se limitó a asentir y a entregarle el lector electrónico. Chase se lo arrebató y se lo pasó al detective Yasiv, de aspecto avergonzado, que estaba a su lado.

Yasiv asintió a Drake y desapareció por el pasillo hasta perderse de vista.

"¿Dónde está el agente Stitts?" Drake preguntó.

Aunque seguía frunciendo el ceño, los ojos de Chase se suavizaron un poco.

"Está intentando cerrar a los proveedores del libro. Que lo retiren del mercado".

Drake enarcó una ceja.

"Pensé que no podíamos arriesgarnos..."

Chase se apartó de él.

"Las cosas han cambiado".

Se dirigió hacia la escalera y Drake se detuvo a su lado.

"¿Qué? ¿Qué ha cambiado?"

Chase no dijo nada. Su mano salió disparada, agarró la puerta y tiró de ella.

Drake la siguió hasta las escaleras, pero una vez dentro, la cogió del brazo.

Chase giró sobre sí misma, con el cuerpo tenso.

"Mira," Drake comenzó, mirando hacia abajo en su cara bonita. "Lo siento, ¿de acuerdo? Lo estoy intentando, Chase. No tengo ni idea de lo que significa ser un 'Consultor Especial'. Todo lo que sé hacer es encontrar asesinos, literalmente, eso es todo. No tengo ni idea de cómo llevar un negocio, cómo mantener felices a las ancianas -aunque eso parece ser más fácil de lo que hubiera pensado- y no sé cómo hacer lo que sea que estemos haciendo aquí."

Chase entrecerró los ojos y se quedó mirándolo un buen rato antes de contestar.

"Ese es el problema, ¿no?"

Su respuesta le sorprendió, casi tanto como su propia franqueza. Le había costado mucho confesar sus sentimientos, pero ahora que lo había hecho, empezaba a arrepentirse.

Y sintió que las paredes volvían a levantarse. Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y buscó el hueso del dedo.

"¿Qué quieres decir?"

"No sabes llevar un negocio, no sabes cuidar a los ancianos, no entiendes cómo ser asesor. Todo gira en torno a *ti* y sólo gira en torno a *ti*. Déjame preguntarte algo, Drake. ¿Llamaste a Beckett? ¿Te acercaste a él? ¿Viste cómo está?"

Drake retrocedió como si le hubieran golpeado.

"No lo creo", dijo Chase. "Puede que seas bueno encontrando asesinos, no lo discuto. Pero no vas a encontrar a este tú solo. Este no es el Dr. Mark Kruk o Craig Sloan. Tienes que abrirte, tienes que pedir ayuda y tienes que trabajar en equipo, Drake". Chase suspiró. "Sé que suena como un puto PSA, pero te traje para ayudar, y todo lo que has hecho hasta ahora es jodidamente arrastrarnos hacia abajo. No tengo ni idea de por qué consigues los libros antes que nadie, pero no nos sirve de nada que los acapares y no dejes que nuestros técnicos los revisen". Apretó los labios, y cuando habló a continuación, su voz era una octava más baja. "¿Estás bebiendo otra vez, Drake?"

Esta vez Drake contestó. Claro que se había tomado unas copas esperando a Ken Smith, pero eso difícilmente podía considerarse "beber".

"No", dijo, con voz uniforme.

Chase ladeó la cabeza.

"¿No? ¿Entonces de dónde vienes? Y no me mientas, Drake".

Apretó los dientes.

"Patty's".

Chase negó con la cabeza.

"Eso es lo que pensaba. Vamos, tenemos que ponerte al día", dijo, volviéndose hacia las escaleras.

Drake la vio irse. Había visto algo en su cara, algo que le dolió profundamente.

Falta de confianza.

***

"Una dirección IP es básicamente una forma de rastrear un ordenador en la red. Y creo que podría haber encontrado algo".

Drake se quedó mirando la pantalla del ordenador de Dunbar, intentando asimilarlo todo, intentando concentrarse. Pero su mente seguía divagando.

¿Todo giraba en torno a él?

Se había acostado con Jasmine, eso era para él. Pero el resto... cumplía las órdenes de Ken porque no tenía elección. Ken le había dado a Craig Sloan, que a su vez había salvado la vida de Suzan. Le

debía al hombre. Y después de tomar el "préstamo" para pagarle a Ivan para ver con qué podía salir, estaba aún más en deuda con él.

La segunda mitad... eso es para otra cosa.

¿Por qué no le contó a Chase lo de Iván? ¿Por qué no le dijo a Chase por qué estaba realmente en casa de Patty, por qué no podía devolverle la llamada, por qué llegaba tarde?

Drake negó con la cabeza, algo que esperaba que ni Chase ni Dunbar percibieran.

No se lo dijo a Chase porque sabía lo que ella haría si lo hacía: iría a ver a Ken, se enfrentaría a él. Así funcionaba ella; intentaría protegerle, por irónico que fuera. Y cuanto más tiempo pasaba cerca de Ken y su pequeño secuaz, más peligrosos le parecían.

Y pensar que es muy probable que Ken sea pronto alcalde de Nueva York.

"¿Drake? ¿Estás escuchando?"

Se aclaró la garganta.

"Sí, direcciones IP. Entendido. ¿Pero pensé que no podías rastrear a L. Wiley?"

Dunbar se volvió hacia la pantalla del ordenador.

"No podemos. Pero después de recopilar y comparar los libros que compraron las víctimas, puedo confirmar que también tienen estos tres libros en común."

Levantó unas fundas que a Drake le parecieron fundas de porno blando de animales.

"Indagué aún más. No sólo nuestras víctimas compraron estos libros, sino que las tres publicaron una reseña en al menos uno de ellos."

De repente, Chase se inclinó hacia delante y su hombro rozó el de Drake.

De repente recordó su noche con Jasmine y cómo había imaginado la cara de Chase en lugar de la suya.

Quizá tenía razón, quizá se estaba desmoronando.

Otra vez.

Es como Clay, como la debacle que llevó a su muerte. Como esa noche bajo la lluvia.

Y aquella noche había acabado mal para todos.

No puedo dejar que eso le pase a ella, a Chase.

"¿Qué quieres decir?" preguntó Chase.

"Todos escribieron reseñas sobre un libro de *Manbeast*. Y favorables, además".

"Esto no puede ser una coincidencia", murmuró Chase.

"¿Y quién es este tipo? ¿Este tal Germaine?"

Chase se volvió hacia Drake, con el ceño fruncido.

"Otro maldito seudónimo. El agente Stitts sigue intentando

averiguar quiénes son realmente estos autores, pero duda que pueda averiguarlo."

Drake se sintió como si hubiera tropezado y caído en una madriguera tecnológica.

"Sí, pero", continuó Dunbar, "aunque no pude rastrear la dirección IP del autor de *Sonrisa roja*, localicé a R.S. Germaine".

Chase se agarró con fuerza al respaldo de la silla de Dunbar.

"¿Qué? ¿Lo encontraste?"

Dunbar suspiró.

"No exactamente".

Drake podía sentir a Chase tenso a su lado. Esto se estaba convirtiendo más en un agujero negro que en una madriguera.

"¿Cómo que *no exactamente?*"

Dunbar mostró un mapa de Nueva York en su pantalla. Aparecieron una serie de puntos rojos, unos veinte en total, en un área de unos veinticinco kilómetros cuadrados.

"Sigue saltando de un lado a otro. Aunque no como L. Wiley en Asia; concentrado en esta zona de aquí", señaló la pantalla. "Es una zona de viviendas de renta baja. A veces lo que hace la gente es instalar un router, y luego crackearlo para que todos en el barrio puedan usarlo. Así, una conexión a Internet puede ser utilizada por mucha gente. La dirección IP se va reseteando, por eso ves tantos puntos a medida que se reciclan los antiguos. Normalmente no hay tantos usuarios, y la conexión probablemente sea lentísima, pero la gente hace lo que sea para ahorrarse un dinero. Probablemente tengan un par de routers en paralelo".

"Así que estamos seguros de que alguien en esta zona... ¿cuántas son, cuarenta casas? ¿Cincuenta?" Chase preguntó.

"Sobre eso. La resolución es mala".

"De acuerdo, digamos cincuenta entonces. Así que alguien en una de estas cincuenta casas es el autor de los libros de *porno de hombres*. ¿Es correcto?"

Dunbar asintió con entusiasmo.

"Sí, pero recuerda que no son casas. Son edificios de apartamentos. Tiene que haber diez, veinte unidades en cada uno."

Drake exhaló con fuerza. Había que registrar muchos domicilios, pero al menos era *algo*.

"Tenemos que empezar a ir apartamento por apartamento", dijo Chase.

"¿Buscar qué? ¿A un tipo con un ordenador? Con bajos ingresos o sin ellos, si tienen direcciones IP, van a tener ordenadores", replicó Drake.

Chase se lo pensó.

"El perfil", dijo al fin. "Usamos el perfil".

Sin embargo, a pesar del comentario, Drake detectó aprensión en su voz. Sabía que ella deseaba ingresar en el FBI y que su opinión sobre la elaboración de perfiles se había vuelto más favorable desde que la conoció, pero era obvio que ella pensaba que en este caso no sería tan útil.

"Haré que Yasiv organice un equipo de uniformados, que empiecen a sondear. Dunbar, envía la lista de direcciones a su móvil, y al mío también".

Dunbar asintió y volvió al ordenador. Unos clics de ordenador y dijo: "Hecho".

Chase se irguió y se dirigió hacia la puerta.

"Buen trabajo, Dunbar. Sigue trabajando. A ver si puedes reducirlo de alguna manera. Drake, ven conmigo. Tengo un trabajo para ti".

Drake siguió a Chase de vuelta al hueco de la escalera.

"¿Y la rueda de prensa?", preguntó cuando volvieron a estar solos. "¿Alguna pista de eso?"

Lo dudaba, sobre todo teniendo en cuenta el aluvión de llamadas de mierda que habían recibido sobre el Asesino de la Mariposa, pero valía la pena intentarlo.

Chase se detuvo a medio paso.

"¿Todavía no lo has visto?"

Drake negó con la cabeza.

"Bueno, hemos estado recibiendo llamadas, sólo que no sobre el asesino."

Drake frunció el ceño.

"¿Qué quieres decir?"

"I-"

El teléfono de Chase resonó en el hueco de la escalera. Lo cogió.

"Adams", dijo enérgicamente. Drake observó su rostro mientras la persona al otro lado hablaba.

Se descolgó y, de repente, parecía mayor de sus treinta y tantos años.

Mucho mayor.

"Bien, me dirijo hacia allí ahora. Mantén alejada a la prensa".

Cuando Chase colgó el teléfono, parecía que había envejecido una década.

"Han encontrado el cuerpo, Drake. Y esta vez es en un lugar público".

Capítulo 41

La niña estaba desnuda, atada por las muñecas y colgada de un poste de la portería de fútbol de la escuela primaria de Hockley. Tenía la cabeza gacha y la cara cubierta de mechones de pelo castaño congelado.

Incluso desde el otro lado del campo, Chase no necesitaba ver la boca de la chica para saber que estaría manchada de sangre, ni ver el tajo que le cruzaba la garganta para saber que se la habían cortado.

Aparcó el BMW y salió, con el corazón palpitante. El detective Simmons había llegado antes que ella al lugar de los hechos y salió a su encuentro cuando empezaba a cruzar el campo.

"¿Quién descubrió el cadáver?", preguntó.

Simmons señaló una de las casas de ladrillo marrón que bordeaban la carretera frente al campo.

"Alguien de una de esas casas. Dice que no vio a nadie, sólo el cuerpo".

Drake maldijo y Chase lo miró.

"¿Es así como lo describieron?"

Drake asintió, ignorando la mirada curiosa que le dirigió Simmons.

"Bastante cerca."

Un claxon sonó a su derecha y Chase se volvió en esa dirección. Una camioneta se detuvo junto a la linde del campo y, mientras miraba, varias mujeres salieron de ella.

"¿Qué demonios?", murmuró.

Parecían estar desenredando algún tipo de cartel. Mientras observaba, otros coches se detuvieron detrás de la camioneta y más personas salieron de sus vehículos. Chase tardó sólo un momento en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

"¡Cubrid la escena!", gritó, echando a correr. "¡Levanten una sábana y cubran la maldita escena!"

El primer cartel se desenrolló al mismo tiempo que empezaron los gritos.

"Son víctimas. Las mujeres no tienen la culpa!" sonó el coro, atravesando el aire helado. "¡Las mujeres no tienen la culpa!"

"¡Levanten una maldita pantalla!" gritó Chase. Varios agentes uniformados la miraron, luego a los manifestantes, luego a la mujer que colgaba de la portería. Pero ninguno se movió.

Chase agarró al primer oficial que alcanzó y lo hizo girar.

"¡Pon una maldita pantalla!"

El hombre la fulminó con la mirada.

"CSU no está aquí todavía. Están atrapados en el tráfico. Va a ser por lo menos otros veinte antes de que lleguen ".

Chase volvió la mirada hacia arriba.

"¡Mierda!"

Sabía que la rueda de prensa había sido un error, y las decenas de llamadas que había recibido el centro de llamadas así lo demostraban.

Pero aún así no esperaba una protesta tan visceral.

Y ahora, con el cuerpo colgando a la vista de todos, iba a estar en todas las redes sociales en menos de una hora.

"Ve al cuerpo", dijo Drake desde su izquierda. "Reúne a todos los oficiales en la escena y vayan al cuerpo. Poneos a su alrededor. Su pelo está delante de su cara, pero quiero que bloqueéis todas las vistas directas del cuerpo. Y luego que alguien se acerque a los manifestantes y los empuje al otro lado de la carretera. Esto es la maldita escena de un crimen, no un circo".

Chase respiró más hondo, dándose cuenta de lo que Drake intentaba hacer. Quería hacer un escudo humano alrededor del cuerpo hasta que llegara el CSU.

Se apresuró a seguir a Drake, acercándose al cuerpo como él le ordenaba. Al menos media docena de policías hicieron lo mismo, mientras Drake ladraba órdenes para completar el círculo. Cuando terminaron, no era una cobertura perfecta, pero era mejor que tener el cuerpo desnudo de la mujer expuesto para que cualquiera con un teléfono móvil pudiera hacer una foto.

Permanecieron en silencio mientras los gritos seguían bombardeándoles.

"¡Las mujeres no tienen la culpa! ¡Las víctimas no tienen la culpa! Las mujeres no tienen la culpa!"

Chase bajó la cabeza, con las mejillas sonrojadas a pesar de la temperatura.

Esto lo hizo ella.

Y todo estaba mal.

Había algo raro en el perfil, algo que no encajaba. El agente Stitts le había dicho que usara sus instintos, su instinto, y ésta era la reacción más fuerte que había experimentado en años.

"Encuentra a este tipo, Drake", dijo de repente, consciente de que todos los agentes la miraban, pero sin darle importancia. Chase levantó la vista, mirando directamente a la cara a su ex compañero. "Vamos a atrapar a este cabrón".

Capítulo 42

Colin se apresuró a entrar en su casa, cerrando la puerta tras de sí. Cerró los ojos y trató de recuperar el aliento. Le temblaban las manos. El corazón le latía con fuerza. Sentía todo su cuerpo inundado de culpa.

"¿Papá? ¿Estás bien?"

Colin abrió los ojos y vio a Colby de pie, con los ojos muy abiertos.

Le ofreció una sonrisa falsa.

"Bien, cariño. ¿Dónde está tu hermana?"

"¡Aquí!" gritó Juliette desde la otra habitación. Colin se inclinó hacia un lado, mirando más allá de Colby.

La televisión estaba encendida, lo que significaba que Ryanne no estaba en casa. Una parte de él se alegró, mientras que la otra mitad empezó a enfurecerse.

"¿Estáis bien? ¿Dónde ha ido vuestra madre?"

Juliette se encogió de hombros y volvió a la sala de televisión, para acabar dejándose caer en el suelo junto a su hermana.

"No lo sé. Acaba de irse".

Colin sacudió la cabeza. Había que hacer algo con ella. ¿Dejar solos a dos niños de siete años?

Se miró las manos, los dedos tensos en los guantes. Seguían temblando.

"Voy a darme una ducha, ¿vale chicos? Luego os haré algo de cenar".

Se quitó los guantes y palmeó a sus chicas en la cabeza, una tras otra.

No levantaron la vista.

De camino a la ducha, tiró los guantes a la basura.

Su mente iba a mil por hora y no se dio cuenta de que se había cortado hasta que se desnudó por completo. Levantó la mano hacia la luz y se quedó mirando el corte de cinco centímetros que iba desde el primer nudillo hasta el segundo hasta la mitad de la palma.

"¿Cómo demonios ha pasado esto?", murmuró. "Tuve cuidado... mucho cuidado".

El corazón le dio un vuelco y se enjuagó la sangre. Respiró más hondo cuando se dio cuenta de que, aunque el corte era largo, no era muy profundo.

Colin se metió en la ducha caliente y dejó que el agua cayera sobre él. Sus pensamientos se dirigieron a Ryanne, a verla en la cama, con los pechos caídos bajo la camiseta, el casero detrás de ella, subiéndole

la ropa interior.

En nuestra cama-Dormía con él en nuestra cama.

Por despecho, intentó evocar imágenes de la chica de los piercings, de su pálido trasero mientras la inclinaba sobre el escritorio, pero cada vez que lo hacía, seguía transformándose en Ryanne. Ryanne devolviéndole la mirada, sonriendo, riendo, con un cigarrillo colgando de los labios, pero sin caer nunca.

"¡Vamos, muchachote, vamos Glenn, bombea más fuerte!"

Colin se echó a llorar.

¿Qué he hecho? En nombre de Dios, ¿qué he hecho?

Todo lo que había hecho estaba pensado para que se sintiera mejor, para darle cierta apariencia de control. Pero no había funcionado.

Y se odiaba por ello.

Colin salió de la ducha y se secó rápidamente. Lo hizo con los ojos cerrados, demasiado avergonzado para mirarse en el espejo.

La ropa que llevaba puesta estaba húmeda por la nieve, y las rodillas de sus pantalones de chándal estaban sucias de barro. Encontró una bolsa de plástico debajo del fregadero, la metió dentro y la ató.

Se puso un chándal nuevo y bajó las escaleras, intentando, y una vez más sin conseguirlo, poner cara de felicidad.

Se conformó con una expresión neutra.

"Colby, Juliette, ¿qué les gustaría cenar?"

No hay respuesta.

Colin suspiró pesadamente.

¿"Chicas"? ¿Cenamos? ¿Qué te apetece?"

Todavía nada.

"¡Voy a hacer pimientos verdes y coles de Bruselas si no me contestas!"

Esto finalmente obtuvo una respuesta.

"¡Pizza!" Juliette gritó.

"¡Hamburguesas!" Colby siguió.

"¿Qué tal pasta?" Colin respondió.

Tomó su silencio como una aceptación y empezó a llenar una olla de agua. Tras añadir una pizca de sal y poner el fuego al máximo, se agachó y buscó en el armario una caja de pasta.

Sin fijarse inmediatamente en ninguno, apartó a un lado varias cajas de cereales medio abiertas antes de encontrar finalmente una bolsa de espaguetis. Ya estaba abierta, y cuando fue a sacarla, los fideos se deslizaron por el suelo.

"Mierda", refunfuñó y empezó a recogerlos, intentando no romper las hebras individuales.

Un fuerte estruendo a sus espaldas le hizo ponerse en pie de un salto y darse la vuelta.

Ryanne estaba de pie en medio de la cocina, con la bolsa de su ordenador en el centro de la encimera. Tenía la cara roja, el pelo mojado y las botas cubiertas por una capa de nieve.

"¿Ryanne? ¿Qué pasa?", dijo en voz baja.

¿Lo sabe ella? Es por eso que ella...

"He arreglado tu puto ordenador", le espetó.

Colin sintió que le invadía el alivio, pero un pitido de los dibujos animados de la otra habitación le recordó que las chicas estaban al alcance de su oído.

"Ryanne, baja la voz..."

Los ojos de Ryanne se abrieron de par en par.

"¿Que baje la voz? ¿Bajar la voz, *joder?*", espetó, dando un paso adelante. "Tuve que caminar tres millas en la nieve porque un imbécil pinchó los neumáticos de Glenn, ¿y todo lo que puedes decirme es que baje la voz?"

Colin no pudo evitar echar un vistazo a un cuchillo de carne que había en el tendedero.

¿Qué tan fácil sería? Coger un cuchillo y...

"Es que las chicas están en la otra habitación, podrían..."

Los ojos de Ryanne se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

"¿Podrían qué? ¿Podrían darse cuenta de que su padre es un inútil? ¿Que ni siquiera puede mantener a su familia porque cree que puede escribir putos libros?"

Colin sintió que sus mejillas enrojecían y se deslizó más cerca del potro.

"No quiero pelear más, Ryanne."

Ella le ignoró y avanzó.

"¿Que haces caminar a tu maldita mujer por la nieve porque no puedes conseguir un trabajo de verdad y comprarme un puto coche?".

Ryanne estaba frente a él, y pudo ver que tenía los labios pintados y el pelo revuelto.

"¿Que me prostituiste para que pudiera arreglar tu pedazo de mierda de ordenador?"

Colin vio un destello rojo. Sin pensarlo, arremetió.

Su puño golpeó la mandíbula de Ryanne, haciéndola retroceder.

"¡Yo no te obligué a hacerlo!", gritó. Su voz era tan chillona que ni siquiera la reconocía como suya. "¡Yo no te obligué a hacer nada! ¡Tú lo hiciste! *¡Tú hiciste esto!*"

Colin se dirigió hacia ella y, al hacerlo, Ryanne cayó al suelo, con la mano levantada para frotarse la mandíbula donde él la había golpeado.

"Te arrepentirás", dijo, con los ojos encendidos. "Te vas a arrepentir mucho de haber hecho eso".

"¡Vete a la mierda!", gritó, con las manos cerradas en puños.

Cualquier pensamiento racional había huido de él. Levantó la mano derecha por encima de su cabeza, con la intención de hacerla caer, no sobre su mandíbula esta vez, sino sobre los labios manchados que tan obviamente habían estado envueltos alrededor de la polla del casero hacía menos de una hora.

Pero una fracción de segundo antes de que volviera a golpearla, una vocecilla procedente de su izquierda llamó su atención.

"¿Papi? ¿Qué haces papá?"

Era Juliette. Estaba de pie, con las manos a los lados y los ojos muy abiertos. Colby estaba a su lado, con la misma expresión en la cara. Parecían tan jóvenes entonces, la mitad de sus siete años, si acaso, como polluelos que buscan el sustento de su madre.

Y estaban aterrorizados.

Colin jadeó y bajó la mano.

"¿Qué he hecho?", susurró. "Lo siento."

Cogió la bolsa del ordenador del mostrador y corrió hacia la entrada. Incluso cuando Ryanne gritó tras él, no miró atrás.

"¡Vas a pagar por esto, joder! ¡Colin, vas a pagar!"

Capítulo 43

La mejor estimación de Chase había sido de tres horas.
Se equivocaba: las fotografías del cadáver aparecieron en Internet en menos de una hora. Para empeorar las cosas, había varias de ella en la toma, corriendo hacia el cuerpo que colgaba desnudo en la distancia. En la foto, su rostro era casi irreconocible.
Viejo.
"Mierda", refunfuñó, obligándose a apagar el monitor del ordenador.
Otro cuerpo, otro libro.
Chase cogió el teléfono y marcó el número de los discos.
¿"Dunbar"? ¿Dime que has conseguido acotar la búsqueda del autor? ¿Para R.S. Germaine?"
Dunbar dudó antes de contestar y Chase sintió que se le caía el estómago.
"No. Nada todavía. Pero tenemos otro problema".
Chase frunció el ceño.
"¿Qué?"
"¿El libro *Sonrisa Roja*? Está subiendo en el ranking. Saltó a sub 8k en la última hora."
Chase cerró los ojos.
"¿Qué significa eso, Dunbar? Habla inglés".
"Significa que empieza a moverse. La gente lo está comprando".
Los ojos de Chase se abrieron de golpe.
Este estaba siendo el peor día de mi vida. Empezando por la maldita debacle de la rueda de prensa. Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta de su despacho.
"Espera un segundo", le dijo a Dunbar mientras se levantaba y se dirigía hacia él.
Cuando lo abrió, sintió que el corazón se le hundía hasta la boca del estómago.
Hace menos de dos meses, los agentes Lincoln y Herd, de Asuntos Internos, habían venido a por la sargento Rhodes. Hoy, estaban aquí por ella.

Acto final

Capítulo 44

Las imágenes de la joven colgada del poste de la portería, degollada, llenaron la mente de Drake mientras conducía de vuelta a Triple D.

Todo con la banda sonora de los gritos de los manifestantes...

A pesar de la advertencia de Chase, Drake había asistido a la rueda de prensa del sargento.

Y se había encogido todo el tiempo.

¿Cómo pudo decir eso? ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza?

Sabía que Chase tenía buenas intenciones, pero sus palabras habían sido... *extrañas*. Insensible, insensible, incluso. Lo peor era que no había sonado a ella en absoluto. A decir *verdad*, incluso para Drake, que era tan sensible a la corrección política como una piedra redondeada, sonaba como si estuviera culpando a las víctimas.

La nieve volvía a caer con fuerza y Drake encendió el limpiaparabrisas.

Cuando él era compañero de Chase, ella se había dirigido varias veces a los medios de comunicación. Y en todas ellas se había mostrado autoritaria y con una compostura que le había impresionado. Pero eso había sido con Rhodes observándola, con sus ojos brillantes clavados tanto en ella como en la multitud. Él había sido su mecanismo de apoyo, por mucho que a Drake le doliera decirlo, y era evidente que ella lo necesitaba.

Al igual que Drake, empezaba a quedar claro que estaba mejor entre bastidores que delante del objetivo de la cámara.

Drake aparcó su Crown Vic en el aparcamiento, pero dejó el coche en marcha y la calefacción encendida mientras miraba su teléfono.

Había dos llamadas perdidas, una de Screech y otra de un número no registrado. Ninguno de los dos había dejado un mensaje y, sin embargo, tenía la ligera sospecha de que la segunda llamada era de Raúl.

Era casi como si pudiera oler al asqueroso bastardo a través de la línea telefónica.

Le recorrió un escalofrío, apagó el coche y abrió la puerta. El frío le golpeó como un enema de agua helada, y Drake bajó la barbilla para protegerse de la fuerza del viento. Cruzó a toda prisa el aparcamiento y abrió de par en par la puerta del Triple D.

"¿Screech?", dijo al entrar. Se quitó el abrigo y el sombrero y los colgó en el perchero de madera junto a la puerta.

"Aquí, jefe", respondió Screech desde el baño.

Drake suspiró. Era como el Día de la Marmota.
"¿Alguna vez te vas, Screech? Siempre estás..."
La puerta del baño se abrió y Screech salió. Llevaba una camisa de estampado hawaiano, pantalones cortos y un sombrero de paja.
Drake se quedó boquiabierto.
Esto es nuevo...
"¿Qué demonios? ¿Has perdido la cabeza?"
Screech se rió.
"Probablemente... trabajar contigo le hace eso a cualquiera", se dirigió hacia su escritorio, junto al cual Drake vio una pequeña maleta preparada y lista para partir.
"No, en serio, ¿a dónde vas?"
Screech cogió su mochila y se la colgó de un hombro.
"Me voy de vacaciones. El tiempo es una mierda y tu compañía es tan divertida como un demonio melancólico en su trapo".
Drake parpadeó. Le había pillado desprevenido y, aunque su reacción inicial fue decirle que no podía ir -de hecho, estaban cazando a un asesino en serie-, se recordó a sí mismo que Screech podía hacer lo que quisiera.
Al fin y al cabo, era copropietario de Triple D.
"Y", continuó Screech, notando claramente la expresión de Drake, "tengo que encontrar un yate. He oído hablar en la red de un yate en Virgin Gorda, con un nombre muy característico. *B-yacht'ch*".
Drake se quedó mirando un momento más. Le *había* dicho a Screech que se ocupara del yate desaparecido, y si el hombre sacaba unas vacaciones del trato, ¿qué más daba?
Screech se lo merecía.
"Haz lo que quieras. Tráete un botín pirata, ¿quieres?", dijo mientras se dirigía a su despacho.
Drake esperaba que Screech asintiera, tal vez se acercara y le diera la mano, y luego se fuera, pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó allí, mirando fijamente a Drake, con una expresión extraña en el rostro.
"¿Sinceramente? Yo también quería alejarme antes de que la tormenta de mierda lloviera diarrea".
Drake se detuvo a medio paso.
"¿Qué?"
"Aún no has leído las noticias, ¿verdad? Jesús, hombre, ¿cuál era el punto de establecer que el teléfono de lujo si usted - "
"He estado ocupado trabajando, Screech. ¿De qué estás hablando?"
Screech tragó saliva y su nuez de Adán se balanceó.
"Sí, bueno, ¿sabes cuáles son tus libros favoritos? Acaban de entrar en la lista de los diez primeros".
Drake torció el gesto.

¿Libros favoritos?

"*Sonrisa Roja*", especificó Screech.

Drake jadeó.

"Parece que tu colega Iván de alguna manera se enteró de todo el asunto, escribió todo sobre cómo *Sonrisa Roja se* basa en asesinatos reales, en una investigación activa".

El corazón de Drake migró de la boca del estómago a la garganta. De hecho, tuvo arcadas.

"¿Qu-qué?"

Screech se encogió de hombros.

"Algún imbécil filtró la noticia, al parecer. Y ahora los libros se están vendiendo como locos. Malditos enfermos, te digo. Malditos enfermos comprándolos como locos".

Drake podía oír su sangre martilleando en sus oídos como una línea de bombo.

Screech volvió a tragar saliva y consultó un reloj que no llevaba puesto.

"*Bueno*, parece que será mejor que me vaya, tengo que coger un avión".

Drake observó cómo el hombre retrocedía hacia la puerta.

"Buena suerte, Drake", dijo, y luego su compañero se había ido.

Drake permaneció en el vestíbulo principal de Triple D durante lo que pareció una hora.

Un imbécil le filtró la noticia.

Apareció la imagen de los cadáveres, primero los del granero, enterrados en el heno, y luego la pobre mujer colgada del poste de la portería.

Todo el mundo estaba leyendo sobre ellos ahora; sus familias, sus amigos. El asesino probablemente se reía de todos ellos, sobre todo de él y de Chase.

La furia usurpó de repente el desconcierto, y Drake metió la mano en el bolsillo de su chaqueta deportiva. Cogió el lector electrónico y lo sacó. De algún modo, debió de encenderlo, porque se encontró mirando fijamente la horrible imagen de la mujer con los labios manchados de sangre.

Sin pensárselo, Drake lanzó el lector electrónico al otro lado de la habitación. Chocó contra la pared de detrás del escritorio de Screech y la pantalla se hizo añicos, haciendo llover al suelo miles de diminutos trozos de cristal o plástico o jodido unobtanio o lo que fuera de lo que estuviera hecha la pantalla.

Maldijo en voz alta y apretó los dientes.

Un imbécil filtró la noticia a Ivan Meitzer. Y yo soy ese imbécil.

Otra vez.

Capítulo 45

"¡Dame un día más!" Chase suplicó. "Sólo un día más. Me importan una mierda las imágenes online o lo que diga Twitter. Me importan las mujeres muertas... y la próxima víctima. Porque recuerda mis palabras, habrá otro asesinato. De hecho, no me sorprendería que ya haya secuestrado a alguien".

El agente Herd se quedó mirándola un momento. Era un hombre bajo y de aspecto torpe, con un espacio inusualmente pequeño entre la nariz y el labio superior que ni siquiera su espeso bigote podía disimular.

"Lo siento, sargento Adams, pero sólo hago mi trabajo. El subinspector Roger Albright dijo que iba a ser relevado de su cargo", sus ojos oscuros se suavizaron un poco. "Es sólo temporal, hasta que todo esto se calme".

Chase sabía leer entre líneas; se suponía que la suspensión de Rhodes también era temporal, pero lo último que supo es que el calvo bastardo se había convertido en un ermitaño en algún lugar de Vermont.

Sacudió la cabeza.

"Estamos cerca, Oficial Herd. Realmente cerca. Sólo da un paseo, vuelve más tarde. Dile a Roger que no pudiste encontrarme. Lo que sea, sólo déjame resolver este caso. Por favor. Si tenemos que empezar de nuevo...", dejó escapar la frase.

Por un momento, el agente Herd pareció que iba a ceder a sus súplicas, pero entonces el agente Lincoln se adelantó.

"Sargento Adams, lo siento, pero..."

En ese momento entró una cuarta persona en el pequeño despacho, y todas las miradas se volvieron hacia él.

"¿Lo sientes? ¿Por qué? ¿Por interrumpir a un agente federal en medio de una investigación? ¿Por qué? ¿Porque unos guerreros de la justicia social creen que hizo algún comentario sexista?". dijo enfadado el agente Stitts. Avanzó a grandes zancadas y Chase creyó ver que Herd se estremecía. "Chase intentaba proteger a la gente, a las mujeres en particular. No se trata de un juego de poder ni de una estratagema política de mierda. Se trata de salvar vidas. ¿Por qué no hablas de eso con el subinspector Albright? ¿Hmmm?"

El labio superior de Herd se curvó, mientras que Lincoln parecía confuso en general.

Al igual que Chase.

¿Agente Federal? ¿De qué demonios está hablando? ¿Está diciendo que

soy *un agente, o está hablando de sí mismo?*

"Hablaré con el inspector Albright", dijo Herd al fin.

"Sí, hazlo. Mientras tanto, detengamos a un maldito asesino, ¿de acuerdo?"

El agente Stitts entró de lleno en la sala y los otros dos agentes hicieron lo propio.

Chase se levantó y cerró la puerta tras ellos, considerando brevemente la posibilidad de cerrarla con llave por si los hombres cambiaban de opinión.

La dejó abierta.

"¿Qué demonios ha sido eso?", preguntó.

Stitts sonrió satisfecho.

"¿Qué? Falsifiqué un poco la verdad. Ya sabes cómo es. En cuanto vi las imágenes online de la escena del crimen, de ti corriendo por la nieve, me imaginé que esto iba a pasar. Y luego con el artículo de Meitzer..."

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"¿El qué?"

El agente Stitts dudó antes de contestar.

"¿No lo sabes? Mierda; está fuera, Chase. El gato está fuera de la bolsa proverbial ".

Chase no estaba segura de si era el frío o el shock de estar a punto de ser suspendida, pero en cualquier caso, no entendía lo que decía Stitts.

"Jesús, ¿es algún tipo de código del FBI que no estoy entendiendo? Quiero decir..."

"Ivan Meitzer, del Times, acaba de publicar un artículo en Internet sobre los asesinatos y los libros... la versión impresa aparecerá mañana en el periódico. Y ahora *Red Smile está volando* de las estanterías virtuales; la gente no tiene suficiente. Y esto es sólo el principio".

El corazón de Chase palpitaba en su pecho.

"¿Cómo? ¿Qué?", se detuvo un segundo, con los ojos entrecerrados. "¿Has dicho que *Ivan Meitzer* publicó el artículo?".

El agente Stitts asintió.

"¿Le conoces?"

Chase maldijo en voz baja.

"Yo no, pero conozco a alguien que sí".

Capítulo 46

"¡Sólo intentaba ayudar! Dijiste que hiciera lo que pudiera, y eso es lo que hice. Iván era mi contacto y él..."

"¡Cada vez que intentas ayudar, algo se jode!" Chase respondió. "¡Cada vez!"

Drake sacudió la cabeza, tratando de contener la furia que bullía en su interior.

"Pensé que podría..."

"Baja la voz", le ordenó Chase.

"-ayudar, proporcionar alguna información, utilizar sus contactos en la industria editorial para averiguar quién es el verdadero autor de *Sonrisa Roja*".

Chase negó con la cabeza y miró al agente Stitts, que parecía confuso.

Confundido y nada contento con la situación. Aunque el agente aún no había manifestado explícitamente su antipatía por Drake, se le notaba en la cara.

"Sí, has oído bien. Pensó que Ivan Meitzer, el mismo que la tiene tomada con él, ayudaría a resolver la investigación. Que no publicaría lo que le dijo".

"No seas gilipollas, Chase. Háblame a mí, no a..."

Los ojos de Chase se desviaron.

"¿Hablar contigo? ¿Hablar *contigo*? Ese es el problema, Drake. No escuchas, joder. ¿No lo entiendes? Yo te traje aquí, y es mi culo el que está en juego. No el tuyo. Tienes otros... negocios... turbios, ¿no? Quiero decir, gano dinero, claro, pero ya sabes de dónde lo saco. ¿Y tú? ¿De dónde sacas los sobres de dinero que sigues dejándole a la esposa de tu socio muerto?"

Drake estaba estupefacto.

¿Cómo lo sabe? ¿Me está siguiendo? ¿Es eso?

"No hay nada turbio en Triple D, Chase", dijo, tratando de eludir el tema. "Y yo..."

"Uhh, me encantaría sentarme aquí y escuchar a papá y mamá pelearse todo el día", interrumpió el agente Stitts, "pero no tenemos tiempo. El libro se está vendiendo ahora, pero mañana, cuando el artículo del Times salga en papel, va a ser un auténtico espectáculo de mierda. Tenemos que ponernos a ello ahora, antes de que nos ahoguen por completo los imitadores y los consejos sin futuro. Y antes de que Herd y Lincoln regresen".

Drake seguía furioso, pero las palabras sensatas de la agente Stitts

le calaron hondo.

El hombre tenía razón; iban a estar desbordados a partir de mañana por la mañana. No tenían tiempo.

Y eso no decía nada de la siguiente víctima del asesino.

¿Cuánto falta para que vuelva a matar? ¿Un día? ¿Dos como mucho?

Drake respiró hondo y miró a Chase. Ella también estaba enfadada, pero él también se daba cuenta de que estaba sobrepasada, y quizá también un poco asustada.

No estaba preparada para sargento, y quizá nunca lo estaría. Era una agente de campo, y ese era su sitio.

"Lo siento", dijo, intentando enterrar el hacha de guerra. "Intentaba ayudar, pero metí la pata. Lo comprendo. Nada de lo que pueda hacer ahora cambiará los hechos. Sigamos adelante, ¿de acuerdo?"

Chase se mordió el labio y parecía querer decir algo más, reñirle aún más, pero se contuvo. Al final se calmó y se volvió hacia Stitts.

"No ha habido suerte sacando los libros de las tiendas online, supongo".

Stitts negó con la cabeza.

"No va a pasar. Al menos no sin una orden judicial", miró a Drake. "Con la noticia ahora, podría ser más fácil conseguir una, pero todavía llevará unos días".

Chase frunció el ceño.

"Días que no tenemos. El periodo de enfriamiento del asesino se está ralentizando. Drake, ¿todavía tienes el e-reader? ¿Cuáles son las marcas de tiempo entre los libros?"

Drake sintió que se le sonrojaba la cara, recordando cómo, en un arrebato de ira, lo había arrojado al otro lado de la habitación.

Cuando había recuperado el control, había intentado recomponerlo, pero era imposible.

La pantalla estaba completamente destruida.

"No lo tengo", dijo en voz baja.

"¿Tú *qué?*"

Drake se encogió de hombros.

"Yo no..."

La puerta de la sala de conferencias se abrió de golpe y entró un detective Yasiv con la cara roja.

"¿Chase? ¿Chase?", preguntó con los ojos desorbitados.

"¿Has oído hablar de llamar a la puerta?"

La cara de Yasiv enrojeció hasta casi ponerse morada.

"Lo siento, es que... hay alguien aquí que quiere verte".

"¿Quién? Más vale que sea..."

Yasiv tragó saliva.

"Es una mujer... y dice que ha sido violada por tu asesino... por el autor de *Sonrisa Roja*".

Capítulo 47

Chase avanzó por el pasillo con Drake y el agente Stitts a su lado, y el detective Yasiv ocupando la retaguardia.

Se movió enérgicamente, ignorando las miradas de todos en la comisaría, sabiendo que la noticia de la llegada de Asuntos Internos a su despacho ya debía de estar circulando.

¿Violada por el asesino?

Debía de tratarse de algún tipo de broma, dado que la noticia del libro acababa de salir a la luz, pero dada la gravedad de la acusación, y teniendo en cuenta el clamor público por su elección de palabras en el discurso ante los medios el otro día, no iba a correr ningún riesgo.

"¿Sala de interrogatorios 1, ha dicho?", preguntó por encima del hombro.

Yasiv se apresuró a seguirle el ritmo.

"Sí. Habitación 1. Entró hace menos de una hora, dijo que sólo hablaría con usted".

Chase asintió y empezó a andar tan rápido que casi trotaba. En lugar de tomar el ascensor, optó por las escaleras. Tomándolas de dos en dos, se encontró rápidamente ante la puerta marcada como *SALA DE INTERROGACIÓN 1,* y recordó que estaba aquí con Tim Jenkins, Drake furioso, insistiendo en que no era su hombre, que no era el Asesino de la Mariposa.

La última vez que había visto a Tim Jenkins con vida.

Chase sacudió la cabeza, despejando sus pensamientos, y luego se volvió hacia su séquito.

"Dijo que sólo quiere hablar conmigo, así que entraré solo. Vosotros id a la habitación contigua; podéis mirar y escuchar en el monitor". Luego, a Yasiv, le dijo: "¿Avisas al médico? Si ha sido violada, deberíamos hacerle un frotis y analizar el kit lo antes posible. ¿Dijo cuánto hace que ocurrió el ataque?".

Yasiv negó con la cabeza.

"Dijo que sólo hablaría con ustedes. Ni siquiera nos dijo su nombre. Y los médicos están en camino".

Chase asintió.

"Bien. Y trae a Dunbar aquí, dile que vigile el monitor también. Que compare todo lo que ella diga sobre el área de bajos ingresos que la dirección IP marcó, y cualquier cosa sobre L. Wiley o R.S. Germaine o los libros. ¿Entendido?"

El hombre confirmó que sí.

"Drake, prepárate para moverte. Si revela algo sobre lo que creas

que puedes actuar, quiero que salgas. No lo dudes, vete. Y llévate a Stitts contigo".

Drake asintió.

Se sentía extraño y tal vez incluso incorrecto dar a Drake las riendas sobre Stitts, sobre todo teniendo en cuenta que todo este lío era en parte culpa de Drake, pero Stitts le había dicho que usara su instinto.

Y su instinto le decía que seguía necesitando a Drake, que por eso no le había mandado ya a la mierda después de su colosal error.

Respiró hondo de nuevo, asintió con la cabeza y abrió la puerta de la sala de interrogatorios.

"Mi nombre es Sargento Chase Adams. ¿Por qué no empezamos con el tuyo?"

Capítulo 48

Drake golpeó el pie con ansiedad mientras miraba por el espejo retrovisor, esperando a que Chase terminara con la jerga legal antes de interrogar a la mujer.

Tendría unos veinte años, supuso, y llevaba el pelo negro rapado por los lados. Su rostro pálido estaba salpicado de piercings en la nariz, las cejas y los labios.

Drake dudaba que acabaran ahí.

"¿Qué pasó, Hanna? ¿Por qué no empiezas por el principio?" dijo Chase. Su voz sonaba extraña a través de los altavoces situados sobre la cabeza de Drake, y había un ligero retardo entre el movimiento de sus labios al otro lado del cristal y el sonido, lo que daba a toda la escena un aspecto extraño y etéreo.

La mujer cruzó los brazos sobre su estrecho pecho.

"Me violaron", dijo, apretando los labios. "El bastardo que escribió esos libros me violó".

Drake pudo ver a Chase luchando por mantener sus emociones bajo control y supo que estaba frustrada.

"Hanna, desde el principio. Dime dónde conociste a este hombre".

Hanna frunció el ceño.

"¿Por qué? ¿Para que me digas que me lo merecía? ¿Que el hecho de que mi clítoris esté perforado significa que merecía ser violada?".

A Drake le pilló desprevenido el comentario, y evidentemente a Chase también. Ya había oído ese discurso antes, por supuesto, pero normalmente se refería a una camisa demasiado escotada o a una falda demasiado corta.

Un piercing en el clítoris era algo nuevo para él.

Chase se inclinó hacia delante.

"Estoy aquí para ayudar, Hanna. Y no olvides que preguntaste por mí. ¿Has venido aquí sólo para reprenderme por mis comentarios a la prensa? ¿Es eso? Es repugnante que tú..."

La mujer bajó los ojos y negó con la cabeza.

"No", dijo en voz baja, "fui violada. Fui violada por *él*".

Está mintiendo, pensó Drake de repente. Con o sin piercing en el clítoris, la mujer no había sido violada.

La puerta de la sala de observación se abrió y Dunbar irrumpió con el portátil abierto en la mano. Saludó a Stitts y Drake y dejó el ordenador sobre la mesa.

"¿Me he perdido algo?"

"Todavía no", dijo Drake, sin dejar de mirar a Hanna.

Estaba nerviosa, lo que delataba que mentía.

"Cuéntame, entonces. Cuéntame lo que pasó".

Tras una respiración profunda y temblorosa, que a Drake le pareció orquestada, ensayada incluso, Hanna empezó a hilvanar una historia que comenzó con un grupo de escritores y luego se extendió a ella pidiendo ayuda después de clase. Continuó describiendo la escena de la violación con todo lujo de detalles. Tan detallada que, en un momento dado, Drake se estremeció.

Miró a Stitts, que miraba fijamente a Hanna como hacía unos momentos.

Drake se preguntó si el hombre estaría pensando lo mismo que él; principalmente, que quienes sufren un suceso traumático, como una violación o una agresión violenta, normalmente no pueden recordar este nivel de detalle. Durante estos horribles actos, las víctimas se ven completamente superadas por uno de los tres principales preceptos evolutivos: Luchar, Huir o Congelarse. La memoria, en cambio, es una facultad lejana, y toda la maquinaria humana se desvía hacia uno de esos tres actos.

Demasiados detalles, está recordando demasiado.

Drake miró después a Dunbar, que parecía ajeno al relato gráfico mientras aporreaba su teclado.

"Grupo de escritores en Nueva York...", murmuró, presumiblemente para sí mismo. "Hay docenas de estas cosas. Necesito más información".

Drake metió la mano en el bolsillo, con la intención de acariciar el hueso del dedo.

Sólo que no estaba allí.

El pánico se apoderó de él y buscó en el otro bolsillo de su vaquero.

Como sus manos seguían vacías, se palpó el pecho, el interior de la chaqueta.

Todavía nada.

"¿Drake? ¿Estás bien?" Preguntó el agente Stitts, sonando lejano.

¿Dónde diablos está? ¿Dónde está?

Drake intentó recordar la última vez que lo había visto.

¿Fue ayer? ¿Lo tenía cuando visité a Ken y le pedí el dinero? ¿En casa de Patty? ¿Lo saqué cuando Ivan llegó? ¿Después de que se fuera?

"Entonces, ¿dónde coño está?", preguntó en voz alta.

Una mano se posó suavemente en su hombro y levantó la vista.

"¿Estás bien?" Preguntó el agente Stitts, con preocupación en el rostro.

Drake tragó saliva y apartó la mano del hombre.

"Yo sólo..."

Pero le interrumpió la voz de Chase que se filtraba por el interfono.

"Los médicos vendrán en unos minutos a tomar muestras, Hanna.

Pero antes de que vengan, ¿puedo preguntarte una cosa más?".

Un trago seco.

"Sí."

"¿Sabes el nombre del hombre que te hizo esto? ¿Conseguiste su nombre?"

Hanna levantó los ojos y Drake vio que estaban enrojecidos por el llanto.

"Colin... su nombre era Colin Elliot. Y estoy feliz de que no me matara como a esas otras pobres chicas".

Capítulo 49

Se oyeron tres fuertes golpes en la puerta y luego se abrió. Una enfermera corpulenta con bata blanca miró hacia dentro con una expresión severa en el rostro.

"Médico", dijo simplemente, y Chase se puso en pie.

"Gracias, Hanna", le dijo a la mujer que estaba al otro lado de la mesa. "Y vamos a atrapar a este tipo. Te lo prometo".

Hanna asintió, pero no dijo nada. Su actitud había cambiado por completo desde que Chase llegó a la sala de interrogatorios.

Recordó lo que había dicho Stitts, que en su perfil había afirmado que el asesino era un hombre que había sido castrado.

Sin embargo, ninguna de las otras víctimas había sido agredida sexualmente.

Chase dejó de lado estos sentimientos por el momento. La mujer había hecho una denuncia, un relato muy vívido y gráfico de una violación, y no le correspondía a ella juzgarla en ese momento.

Se aseguraría de que ese hombre... ese *Colin Elliot*, fuera llevado para ser interrogado. Y si él la violó, entonces...

Chase salió de la habitación y se dirigió a la contigua.

"¿Lo has entendido?", preguntó, después de entrar. Pulsó un botón, el cristal se oscureció y el interfono se apagó, ofreciendo a Hanna intimidad mientras la examinaban y le hacían frotis.

"¿Dunbar? ¿Alguna coincidencia con el nombre?"

El agente Dunbar no levantó la vista, siguió tecleando furiosamente.

"Todavía no, estoy trabajando en ello".

A continuación se volvió hacia Drake.

"Algo no está bien aquí", dijo distraídamente. Drake estaba especialmente pálido, casi como si fuera a ponerse enfermo. "¿Estás bien?"

"Bien", refunfuñó, aunque estaba claro que no estaba nada bien.

Chase olfateó instintivamente el aire, tratando de captar el olor a alcohol, a pesar de que era una de las primeras cosas que había hecho cuando Drake había bajado a la comisaría.

No olió nada, y entonces pensó que tal vez fuera esa la razón por la que actuaba de forma tan extraña y parecía enfermo.

Tras su breve adicción a la heroína, sabía lo mal que podían ir las cosas antes de mejorar.

Tragó saliva y trató de concentrarse en la tarea que tenía entre manos, en Hanna, en su historia, en el asesino que tan

desesperadamente buscaban.

"¿Qué es lo que no está bien?" Preguntó el agente Stitts, sacándola de sus casillas.

Chase se volvió hacia el espejo retrovisor, ahora negro.

"La violación... las otras chicas, las cuatro... ninguna tenía signos de agresión sexual, ¿verdad?".

El detective Yasiv negó con la cabeza.

"El CSU y la oficina del forense las analizaron a fondo. Melissa había tenido sexo recientemente, tan reciente como un día o dos antes de desaparecer, pero su madre confirmó que estaba viendo a alguien. Un ex-novio, y fue absuelto. Encarcelado cuando ella y Tanya desaparecieron".

"Entonces, ¿por qué ahora? Si este Colin Elliot es nuestro asesino, ¿por qué empezó a violar ahora?"

"¿Y por qué la dejó ir?" añadió Drake.

Chase estuvo de acuerdo.

"No tiene sentido. Drake, en los libros, ¿se menciona la violación?"

Drake negó con la cabeza.

"No. Ninguna. Sólo sobre el asesinato. Y nosotros descubriendo los cuerpos, por supuesto".

"¿Entonces por qué ahora?" Chase preguntó de nuevo.

"Quizá no sea..." Drake comenzó, pero Dunbar le cortó.

"¡Lo tengo! Colin Elliot, calle Elgin, apartamento cuatro."

El detective Yasiv cogió su abrigo.

¿"Calle Elgin"? Chase repitió. "¿Dónde es eso?"

Dunbar levanta por fin la vista de la pantalla del ordenador.

"No te lo vas a creer, pero es justo en el corazón de la zona en la que pinchó la dirección IP que publicó los libros de *porno de hombres*".

Los ojos de Chase se desorbitaron y se volvió hacia Drake.

"¡Ve! ¡Agarra a este tipo y tráelo!"

Drake asintió y cogió su propia chaqueta. Luego miró a Stitts.

"¿Estás empacando?"

Stitts asintió.

"Bien. Yo conduciré. Yasiv, sigue detrás con un par de uniformes".

Chase apoyó ambas manos en la mesa y respiró hondo varias veces cuando sólo quedaron Dunbar y ella en la habitación.

Había algo más que la inquietaba, y no era sólo la historia de Hanna, o las incoherencias con el modus operandi del asesino.

Tenía algo que ver con el perfil del agente Stitts. No estaba bien; les faltaba algo, algo grande, y sin embargo ella no podía poner el dedo en la llaga.

"Joder", dijo en voz alta, y cuando Dunbar la miró, frunció el ceño. "Sigue investigando, Dunbar. Tengo la sensación de que esto aún no ha terminado".

Y luego, para sí misma, pensó, *puede que ni siquiera haya terminado cuando arrestemos a Colin Elliot*.

Capítulo 50

Drake corrió por la ciudad, con los pensamientos sobre el hueso del dedo que le faltaba repentinamente relegados al fondo de su mente.

Lo único en lo que se centraba ahora era en atrapar a su asesino, en detener a Colin Elliot antes de que violara o matara a otra mujer.

"Usted y el Sargento Adams se conocen desde hace tiempo, ¿verdad?" preguntó el agente Stitts desde el asiento del copiloto. La pregunta pilló por sorpresa a Drake, que acababa de despejar su mente de pensamientos no relacionados con el caso.

"¿Eh?", preguntó, sin apartar los ojos de la carretera. La nieve caía con más fuerza y tuvo que entrecerrar los ojos para asegurarse de que no se salía de la carretera.

"Tú y Chase. ¿Fuisteis compañeros hace un tiempo?"

Drake asintió, pero no dijo nada. Aunque la muestra de sus interacciones había sido pequeña, el agente Stitts parecía una persona introspectiva.

"¿Y?"

Drake suspiró.

"¿Y qué?"

Su tono destilaba fastidio, pero no llegó a pedirle al agente que se callara. Al fin y al cabo, sabía lo mucho que Chase deseaba ser reclutada por el FBI, y si no lo había echado a perder ya con su cagada de Ivan Meitzer, no iba a echarle la bronca a este tipo ahora, arruinando sus posibilidades.

Se merecía algo mejor.

"¿Cómo está? ¿Estable? ¿Digna de confianza?"

Drake resistió el impulso de mirar al hombre.

¿Estable?

"Chase no tiene pelos en la lengua, no acepta mierdas de nadie, como has visto antes. También es un buen detective. ¿Y digno de confianza? Definitivamente".

Se hizo el silencio en el coche durante unos instantes, antes de que el agente Stitts volviera a hablar.

"¿Y no hay señales de su problema? ¿De una recaída?"

Esta vez Drake no pudo resistir el impulso. Miró a Stitts, con las cejas fruncidas por la confusión.

"¿Recaída? ¿De qué estás hablando?"

El agente Stitts se quedó mirando un momento antes de contestar.

"Déjame preguntarte algo, Drake. ¿Cuánto sabes realmente sobre Chase Adams?"

Drake se encogió de hombros, su mente seguía atascada en la palabra *recaída*.
"Bueno, por ejemplo, ¿sabías que está casada?"
Drake dijo que sí, aunque se guardó para sí cuánto tiempo le había llevado adquirir ese conocimiento.
"¿Y su hijo? ¿Sabías que tiene un hijo?"
Por más que lo intentó, Drake no pudo evitar que su sorpresa se reflejara en su rostro.
Fue respuesta suficiente.
"No lo creo."
Drake se hartó de este interrogatorio intrusivo y decidió ponerle fin.
"Fuimos compañeros para un caso. Eso es todo".
Sus pensamientos se dirigieron a Clay y luego a Suzan, y a cómo su ex socio le había ocultado intencionadamente los detalles de los crímenes que investigaban.
Y luego estaba Jasmine...
"Se guardó algunas cosas, pero ¿y qué? Eso no la convierte en una mala detective. Si supieras las cosas que hemos visto..."
"Oh, me lo imagino. Y no creo que sea una mala detective, al contrario, creo que es una detective fantástica. Si no fuera así, me habría hecho cargo de la investigación en el momento en que me trajo. Lo que intento averiguar es si es o no una buena compañera".
Drake se volvió hacia la carretera y puso el limpiaparabrisas al máximo. Estaban a diez o quince minutos de la dirección de Colin Elliot con el tráfico, y no podía llegar lo bastante rápido.
El detective Yasiv había llamado con antelación, y varios agentes uniformados ya estaban vigilando el lugar, las carreteras de entrada y salida, pero esperaban a que llegaran para entrar. Podía haber otra mujer con él, y lo último que querían era forzar la mano de Colin, obligarle a hacer algo precipitado.
"Eres un charlatán, ¿eh?", dijo.
"Sólo hago mi diligencia debida, Drake. Espero que puedas apreciarlo".
Drake enarcó una ceja.
"¿Diligencia debida? ¿Se dirige al FBI?"
De repente, la charlatana de su derecha se calló.
"¿Hmm?"
Stitts respiró hondo y respondió sin fingir.
"La estamos considerando para un puesto de perfiladora, algo de nivel medio. Pero se han levantado varias banderas rojas".
Recaída, pensó Drake.
"Y no todos tienen que ver con su pasado", continuó Stitts, como si leyera sus pensamientos. "Más preocupante es su carácter".

"¿Juez de carácter?" repitió Drake con dureza. Pero incluso antes de que las palabras salieran de su boca, se arrepintió de haberlas dicho. Se volvió hacia la carretera. "Te refieres a mí, ¿no?"

Por el rabillo del ojo, Drake vio al agente Stitts asentir.

"El FBI no es como la policía de Nueva York. En Nueva York, Chase está rodeado de hombres de azul, caso y punto de los uniformados que esperan en casa de Colin Elliot mientras hablamos. En el FBI, normalmente sólo están el agente y un compañero, pero como puede ver, de vez en cuando trabajamos solos. Y no todos son tan atrayentes como el sargento Adams, déjeme decirle".

Las palabras de Stitts flotaban en el aire como un hedor nauseabundo, y se aferraron a él incluso cuando Drake pasó por el primer coche patrulla que marcaba la entrada al recinto que contenía la última dirección conocida de Colin Elliot.

Pensó en cómo había hecho todo lo posible para evitar que eso mismo ocurriera, en cómo había asumido toda la culpa de los errores cometidos durante la investigación del Asesino de la Mariposa para proteger a Chase.

Y todo fue en vano, al parecer.

Al final, había mancillado su reputación, a pesar de sus esfuerzos.

"No puedes echarle en cara mis acciones", dijo Drake suavemente. "Eso no es justo."

"Por supuesto que no. Pero me pregunto qué dice de su juicio que insistiera en llevarte a bordo".

Drake detuvo el coche a un lado de la carretera y lo aparcó detrás de dos coches de policía cuyas luces estaban apagadas.

Alargó la mano y abrió la guantera. El agente Stitts se apartó mientras sacaba una pistola.

"Creía que había dicho que no iba armado". Preguntó el agente Stitts, con un deje de preocupación en la lengua.

"Yo no", refunfuñó Drake. Estaba a punto de abrir la puerta, cuando la voz de Stitts le hizo retroceder.

"He conocido a gente como tú, Drake; gente que siempre intenta hacer lo correcto, pero nunca consigue hacerlo bien. Y te contaré un secreto: las cosas van a empeorar mucho para ti y para tus seres queridos antes de mejorar".

Stitts abrió la puerta del coche y una ráfaga de aire frío llenó el interior.

"Si es que alguna vez lo hace", terminó mientras salía al frío.

Capítulo 51

Después de que la enfermera dejara a Hanna, Chase volvió a encender el cristal bidireccional y observó a la mujer.

Mentía sobre la violación, de eso estaba segura, pero había demasiadas coincidencias como para no pensar que había una conexión entre Colin Elliot y su asesino.

Era escritor y, aunque Hanna no conocía su seudónimo, había confirmado que escribía bajo uno. También vivía en la zona en la que se habían publicado los libros, las tres novelas *de pornografía erótica* que todas las víctimas habían leído y reseñado, y encajaba en el perfil físico que había ofrecido el agente Stitts.

El perfil que no me creo.

Mientras la observaba, Hanna se apartó un mechón de pelo negro de la cara y se alisó la parte delantera de la camiseta.

No fue violada, pero había miedo en sus ojos. Chase se quedó corto al pensar que se trataba de una especie de estratagema de las feministas para sacarla de quicio por sus desacertados comentarios, y que aquello era un animal completamente distinto.

¿Es posible que Colin fuera su asesino y que, por alguna razón, Hanna fuera alguien a quien acababa de dejar marchar? ¿Quizás tuvieron sexo consentido y él decidió que eso era todo? ¿Que eso era suficiente?

¿Era posible que un hombre que ya había matado a cuatro mujeres tuviera una relación *normal* con una mujer y no la degollara? ¿No pintarle los labios de rojo?

Pensó en algunos de los asesinos en serie más infames de la historia de Estados Unidos: El estrangulador de Boston, Ted Bundy, John Wayne Gacy. Llevaban una vida normal fuera de sus matanzas, ¿verdad? Y la gente que los conocía en su vida cotidiana pensaba que eran personas amables y encantadoras.

Entonces, ¿por qué le costaba tanto creer que ese asesino, que Colin Elliot pudiera ser el mismo?

Porque el perfil está mal, por eso.

La radio que llevaba en la cadera crepitó y se la llevó a la boca.

"¿Sargento Adams?"

"Adelante".

"Estamos en posición. Sólo dame la palabra y cumpliremos la orden de arresto".

La calidad de la conexión era mala y no pudo distinguir si era el detective Yasiv o Drake quien hablaba.

"Estás listo. Coge a este bastardo y tráelo", dijo.

"Afirmativo".

La radio enmudeció y Chase consultó su reloj. Eran casi las siete y ya había oscurecido en Nueva York.

A continuación cogió el teléfono, consciente de que sólo le quedaban unos minutos antes de que llegara el siguiente informe. Antes de marcar, sin embargo, se volvió hacia Dunbar, que seguía ocupado aporreando el teclado con la lengua dentro de la mejilla, como un adolescente jugando a la videoconsola.

Probablemente ni siquiera la oiría si llamaba desde la pequeña habitación, pero decidió no arriesgarse.

"Tengo que hacer una llamada. Ahora vuelvo", dijo.

Dunbar ni siquiera levantó la vista.

Chase salió al pasillo y, tras mirar brevemente a su alrededor y confirmar que estaba sola, marcó un número.

Su marido contestó al primer timbrazo.

"¿Hola?", dijo. Sonaba somnoliento.

Chase dudó. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía decir que no hubiera dicho ya? ¿Que lo sentía? ¿Que era la última vez que se perdería la cena? ¿La hora de acostarse de la Srta. Félix?

"¿Hola?" Brad volvió a preguntar.

Chase decidió que no podía mentirle. Ya no.

"Brad, soy yo", dijo.

Brad suspiró, y Chase supo que no tenía que decir nada; su marido ya sabía lo que iba a decir.

"No voy a estar en casa por un tiempo, cariño. No hasta tarde otra vez."

La única respuesta fue la respiración agitada de Brad.

No dejes que se apodere de ti, no dejes que te domine como hizo en Seattle, había dicho.

Pero Chase no conocía otra forma de hacer su trabajo. No era la gerente de un supermercado. Si quería atrapar a los miembros más viles de la sociedad que atormentaban Nueva York día y noche, iba a tener que emplearse a fondo.

Tuvo que poner tanto empeño en cazarlos como los asesinos en perfeccionar su arte, en alimentar su enfermedad.

"Le diré a Félix que le mandas recuerdos", respondió Brad con rotundidad.

"Gracias, Brad. Lo siento, de verdad. Y vamos a irnos de vacaciones. Te lo prometo. Nosotros..."

Pero Chase se dio cuenta de que la línea ya estaba muerta.

Le había colgado.

Capítulo 52

Drake se apoyó en la pared junto a la puerta y miró a Stitts, luego a Yasiv y a los otros agentes que estaban detrás de él. Ajustó la empuñadura de su pistola y luego asintió a Stitts.

Stitts asintió y se puso delante de la puerta.

Golpeó tres veces, con fuerza, y luego se apartó a un lado.

"¡FBI! ¡Abran la puerta!"

Drake contó hasta cinco, como habían hablado, y al no obtener respuesta, indicó a Stitts que volviera a llamar. El hombre lo hizo y repitió su orden.

Esta vez, sin embargo, no esperaron.

Drake lo apartó y asestó una fuerte patada a la puerta, justo al lado del picaporte. La madera se astilló y, al segundo golpe, la puerta se abrió de par en par.

El agente Stitts, con la pistola en la mano, se apresuró a entrar y Drake le siguió.

"¡FBI!", gritó.

"¡POLICÍA DE NUEVA YORK! ¡Salgan con las manos en alto!", gritó alguien detrás de Drake.

La entrada estaba llena de zapatos, y Drake tuvo que pasar por encima de ellos para no tropezar. El interior del pequeño apartamento estaba a oscuras, salvo por un resplandor ambiental procedente de una habitación cercana a la cocina.

Stitts despejó la primera habitación, mientras Drake se dirigía a la segunda.

"¡Colin Elliot!" gritó. "¡Sal con las manos en alto!"

Un parpadeo de movimiento, una sombra delante de la luz azul de la que se dio cuenta que era una televisión, le llamó la atención y Drake se adelantó.

Su dedo se tensó en el gatillo cuando una figura salió al pasillo.

"¿Papá?", preguntó una voz somnolienta.

Drake inspiró con fuerza y bajó el arma. Se movió de forma protectora delante de los otros agentes que entraban en la casa detrás de él, preocupado por la posibilidad de que le picara el dedo en el gatillo. Luego alargó la mano y cogió a la niña en brazos, encorvándose sobre ella para protegerla.

"¡Una niña! ¡Una niña!", gritó.

La chica chilló de asombro y sorpresa. Intentó zafarse, pero Drake la sujetó.

"No pasa nada, somos la policía", susurró. Iba a decir algo más

cuando otra chica, con un pijama de franela a juego, salió de la sala de televisión.

"¡Otro más! Hay otra niña aquí", gritó. Sin dejar de acunar a la primera niña, cruzó el pasillo hacia la segunda, envolviéndola protectoramente en sus brazos con la otra.

El corazón se le aceleró en el pecho y la adrenalina le subió tanto que no se dio cuenta de que las dos chicas le arañaban y arañaban los brazos, intentando liberarse.

"¡Detective Yasiv!", gritó. Un segundo después, el hombre estaba a su lado.

"¡Llévenlos afuera! ¡Llévenlos afuera, *ahora!*"

Drake soltó por fin a las chicas y se las lanzó a Yasiv, que las agarró de la misma forma que él y se volvió hacia la entrada.

"Despejen el resto del nivel inferior", ordenó el agente Stitts desde su derecha. "Drake, ven conmigo arriba".

Drake asintió y se apresuró hacia las escaleras.

"¡Colin Elliot! ¡Sal con las manos en alto!" Stitts gritó.

Al no obtener respuesta, subieron las escaleras, uno al lado del otro, cada uno con su pistola.

Drake respiraba agitadamente cuando llegaron al rellano. Stitts lo miró y le indicó la primera puerta a su izquierda, que estaba cerrada, y luego la de la derecha. Drake, comprendiendo lo que quería decir, se dirigió primero a la puerta de su izquierda y la abrió de par en par.

Lo primero que vio fue una figura femenina tumbada sobre las sábanas, que sólo llevaba ropa interior.

Otra víctima, no pudo evitar pensar. Entró en la habitación, y cuando lo hizo, se dio cuenta de que había alguien más en la habitación.

Alguien que intentaba salir por la ventana.

"¡Stitts!", gritó mientras apuntaba con su arma a la nuca del hombre. "¡Ven aquí de una puta vez!" y luego, al hombre, le dijo. "Colin, si no sales por la ventana ahora mismo, voy a repintar tus paredes de rojo".

El hombre vaciló y Drake se abalanzó sobre él. Se metió la pistola en el cinturón y le clavó el hombro en la columna.

La cara del hombre chocó contra la ventana entreabierta, provocando una telaraña de grietas que salieron en espiral desde el punto de impacto.

Colin gruñó y cayó hacia atrás.

El hombre era más grande, *mucho* más grande, de lo que Drake esperaba y cuando cayó hacia atrás, la mayor parte del peso del hombre cayó sobre él.

El aire salió de los pulmones de Drake y su diafragma sufrió un espasmo en señal de protesta. Colin intentó ponerse en pie de nuevo,

pero Drake alargó la mano y le agarró un puñado de pelo.

Colin chilló, y Drake le tiró de la cara hacia abajo con fuerza, rodando mientras lo hacía.

Todavía incapaz de respirar, Drake se encontró de repente encima del otro hombre , esta vez empujando *su* peso sobre el pecho del hombre.

Colin le miró fijamente, con los ojos muy abiertos y la sangre manando de un corte justo encima de la ceja derecha. Drake sacó la pistola de su cinturón y apretó la boca contra la barbilla del hombre.

"Si te vuelves a mover", jadeó, "te vuelo la puta cabeza".

Colin cayó inerte mientras el agente Stitts corría a su lado. Para sorpresa de Drake, Stitts le apartó del hombre sin camiseta.

Rodando sobre su espalda, miró al techo con el sonido de las esposas resonando en sus oídos.

"Llama a Chase", consiguió, recuperando por fin el aliento. "Llama a Chase y dile que atrapamos al bastardo".

Capítulo 53

Chase trató de ignorar los gritos de los manifestantes que protestaban en el exterior de la comisaría 62, soltando su retórica a favor de las víctimas. Quería acercarse a ellos, a todas y cada una de las docenas de personas que portaban pancartas, y sacudirlas, gritarles que solo intentaba ayudar, que solo intentaba mantenerlos a salvo.

Pero no hizo nada de eso. En lugar de eso, se limitó a observar desde las sombras, con su aliento formando bocanadas de niebla que oscurecían aún más su rostro.

Lo tenemos, le había dicho el agente Stitts por radio, *Tenemos a Colin Elliot bajo custodia. Había una mujer con él, pero parece estar bien. Desorientada y magullada, pero viva. Los paramédicos la están examinando y la llevarán al hospital cuando terminen. Había dos niños aquí también, Chase, pero están bien.*

Chase respiró hondo.

Había estado cerca, *demasiado* cerca. Habían estado cerca de perder otra víctima. Tal vez tres.

Varios coches de policía entraron en el aparcamiento, tocando el claxon para despejar a la multitud. Se adelantó mientras se dirigían a las puertas y, a lo lejos, oyó, y luego vio, el estruendo del Crown Vic de Drake. Había estado dudando de su decisión de traerlo a bordo, pero si acababan de atrapar al responsable de los atroces asesinatos y las macabras historias, entonces todo había merecido la pena.

Se abrió la puerta del coche de policía que iba en cabeza y salió un agente uniformado. La saludó y se dirigió a la puerta trasera.

"¿Tiene la cabeza cubierta?" Preguntó Chase.

El hombre asintió.

"Cubierto, tal y como pediste".

"Bien".

El agente abrió el asiento trasero y sacó a un hombre al frío. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta, y lo primero que le llamó la atención fue que era más corpulento de lo que esperaba.

Tal vez fuera el perfil del agente Stitts o la descripción que Hanna había hecho de él, pero no se había imaginado a Colin Elliot como un hombre barrigón de dos metros y medio con la columna ligeramente encorvada.

"Llévenlo adentro. Sala de interrogatorios 6", sus pensamientos se dirigieron por un momento a Hanna, que seguía descomprimiéndose en la sala 1. "Manténganlo en el segundo piso, y por ningún motivo pasen a las salas del piso principal. ¿Entendido?"

El agente dijo que lo entendía y, a continuación, enganchó bruscamente un brazo bajo el de Colin y lo izó del vehículo.

"Que no hable con nadie hasta que yo llegue", añadió mientras se dirigían a la comisaría.

Chase se escondió entre las sombras y vio cómo el Crown Vic de Drake aparcaba cerca de la entrada de la comisaría. Primero salió el agente Stitts y luego Drake, con el ceño fruncido.

La preocupación creció en su interior y se preguntó si había sido buena idea juntarlos.

Se acercaron a ella y ella dio un paso hacia ellos cuando se acercaron.

Se dio cuenta de que el público debía de haberse dado cuenta de que algo estaba ocurriendo, algo grande, ya que sus gritos aumentaban de intensidad.

El agente Stitts llegó a ella primero.

"Quiero que me acompañes a la sala de interrogatorios", ordenó. Stitts aceptó. Luego se volvió hacia Drake. "Espera en la sala de observación. Te llamaré *cuando* quiera que entres. Quiero que esto sea rápido; quiero sacarle una confesión a este bastardo y poner fin a este caso antes de que las noticias salgan mañana... antes de que se publique el artículo en el Times".

Drake parecía incómodo.

"¿Qué? ¿Qué es?"

Los ojos de Drake se desviaron hacia Stitts y Chase comprendió que quería hablar con ella a solas.

"Agente Stitts, reúnase conmigo dentro. Espéreme antes de interrogar a Colin", le ordenó.

Stitts asintió y entró en la comisaría. Cuando se hubo ido, se dirigió directamente a Drake.

"¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?"

Drake dudó antes de responder.

"Tengo que irme", dijo con algo parecido a la vergüenza en la voz.

Chase se quedó boquiabierto.

"¿Tú *qué*? Drake nosotros..."

"Lo siento", dijo, sacudiendo la cabeza. "Atrapamos al hombre y ahora tengo que irme. No por mucho tiempo, pero hay algo que tengo que hacer primero. Lo siento".

Drake se dirigía a su coche antes de que ella pudiera responder.

"¡Drake!" gritó tras él. "¡Drake! *¡Drake!*"

Pero el hombre no se dio la vuelta, simplemente volvió a subirse a su coche y se marchó a toda velocidad, dando apenas un rodeo a los manifestantes para evitar atropellarlos.

¿Qué coño le pasa?

Capítulo 54

Lo último que Drake quería era dejar a Chase con Colin Elliot. Habían atrapado al bastardo, y quería estar allí cuando confesara.

Y, sin embargo, la voz del teléfono durante el trayecto en coche de vuelta a la comisaría había sido directa, inquebrantable en su exigencia.

Apoyó las manos en el volante.

"¡Joder!"

Era el peor momento posible, pero ¿qué podía hacer? ¿Se atrevía a decirle que no a Raúl? ¿A Ken?

La respuesta estaba en el hecho de que, una vez más, atravesaba la ciudad para reunirse con ellos. Sólo que esta vez no era en Smith, Smith y Jackson, ni en el ático de Ken. Al contrario, la dirección que Raúl le había dado era nueva, una que no reconocía.

El GPS de su teléfono indicaba que se trataba de un edificio abandonado cerca del puerto. Había intentado ponerse en contacto con Screech para preguntarle si podía averiguar de qué se trataba aquel lugar, pero el hombre debía de estar en el aire: su teléfono saltó directamente al buzón de voz.

¿Qué podrían querer ahora?

Drake entró en el aparcamiento vacío casi una hora más tarde, con la nieve arremolinándose en el cielo oscuro como confeti iridiscente.

Drake entrecerró los ojos en la noche, tratando de encontrar otra fuente de vida. A lo lejos, oía los pitidos de las bocinas de los coches, taxis sin duda, y el chirrido ocasional de los frenos de aire, pero nada más.

Al salir del Crown Vic, sintió que su corazón se aceleraba. Le latía dolorosamente en el pecho a causa de la contusión que le había causado Colin al caer sobre él.

Y sin embargo, por alguna razón, a pesar de lo inquietante del lugar de la reunión y de lo extraño de la reunión en sí, Drake sabía que aquí no le pasaría nada. No, al menos, de la mano de Ken o Raúl.

Era importante para ellos, lo bastante como para que Ken le diera veinte mil dólares sin dudarlo -con condiciones, claro, pero eso era distinto- y le enviara a su casa.

Drake era importante para el hombre que estaba destinado a convertirse en alcalde.

Pero no tenía ni idea de por qué.

"¿Diga?", llamó a lo que parecía un hangar utilizado para el mantenimiento de grandes camiones. Con las dos manos, agarró el

lateral de la puerta corredera ondulada y empujó. Gritó en señal de protesta, pero se abrió lo suficiente para que él pudiera entrar.

Pero no lo hizo. A pesar de sus garantías internas de que aquí no le pasaría nada, no era idiota. Sabía que no debía entrar en un edificio oscuro por la noche a instancias de un hombre extraño al que apenas conocía.

"¿Hola?", volvió a decir, intentando que la voz no le temblara.

La única respuesta fue su propio eco, y se sorprendió de lo asustado que sonaba en realidad.

En contra de su buen juicio, Drake se sintió obligado a entrar.

Puedo entrar, echar un vistazo rápido y luego largarme de aquí. A la mierda Ken y su secuaz. Vine, hice mi parte.

Drake sacó la pistola de la parte trasera de sus vaqueros y la sostuvo frente a él. Con la otra mano, cogió el móvil y encendió la linterna.

Sólo entonces entró en el hangar.

El resplandor de su linterna era débil, pero agudo, e iluminaba un cono de unos dos metros justo delante de él.

"¿Hola? ¿Raúl?", llamó en medio de la oscuridad. Con su limitada visión, Drake determinó que el hangar estaba casi completamente vacío.

¿Por qué demonios me invitaron aquí?

Drake avanzó varios pasos, arrastrando los pies por el cemento para evitar tropezar con cualquier cosa que pudiera haber quedado en el suelo.

"¿Raúl? Voy a..."

Se oyó un zumbido procedente de algún lugar por encima de él, y Drake se agachó instintivamente.

El sonido fue seguido de un fuerte chasquido, y un foco brillante se encendió de repente. Drake se protegió los ojos y se apartó de la intensa luz que surgía de algún lugar frente a él.

Maldijo, y se aseguró de que su arma seguía nivelada.

Drake esperaba que algo le golpeara mientras estaba cegado, un bate en la nuca tal vez, o algo más sutil como un cuchillo en el hígado.

Pero cuando sólo oyó la sangre correr por sus oídos, se dio cuenta de que se estaba acostumbrando a la luz y consiguió apartar el antebrazo de su cara.

Entrecerrando los ojos con fuerza, se dio cuenta de que ya no estaba solo en el hangar, que nunca había estado solo.

Bajo el foco, Drake distinguió la silueta oscura de una figura desplomada en una silla. Las motas brillantes que cruzaban su visión le impidieron distinguir más detalles y, en contra de su buen juicio, se adelantó para investigar.

"¿Qué coño?", susurró.

El hombre -de hecho era un hombre, vio- estaba desplomado en una silla de madera barata, con la coronilla apuntando a Drake.

Estaba claro que tenía las manos atadas por detrás y que eso era lo único que mantenía su cuerpo en la silla.

Sin pensarlo, Drake siguió avanzando. Se dio cuenta de que el hombre tenía el pelo largo y rubio oscureciéndole la cara, cuyas puntas estaban teñidas de rojo.

Todavía parpadeando rápidamente por la luz brillante a su izquierda, apretó los dos primeros dedos de la mano que aún sujetaba el teléfono contra el cuello del hombre.

Pulso... tiene pulso.

Drake se metió el teléfono en el bolsillo y luego puso con cuidado una mano en la barbilla del hombre, levantándole la cara para que le mirara.

Todo el aliento fue succionado de sus pulmones.

Los dos ojos del hombre estaban oscurecidos, la zona circundante amoratada, y la sangre le goteaba de la nariz, resbalando sobre el trozo raído de cinta aislante que le cubría la boca.

Y sin embargo, a pesar de sus heridas, Drake reconoció al hombre.

Era Ivan Meitzer.

"Veo que ya os conocéis", dijo una voz desde detrás de él, y Drake giró sobre sí mismo, guiándole con la pistola.

Capítulo 55

"No te voy a decir una mierda. Ni siquiera tengo que hablar contigo."

Chase se apartó del hombre, con el ceño fruncido.

"Escucha, Colin, puedes..."

"¡Ya te lo he dicho cientos de veces! ¡No me llamo Colin! Me llamo Glenn-Glenn Happ. Está en mi carné", extendió la mano, pero la cuerda que unía las esposas de sus muñecas a la mesa alcanzó su longitud y sus brazos se echaron hacia atrás.

"¡Mierda! ¡Mira mi cartera! ¡Tengo todo ahí, Seguridad Social, carnet de conducir, *todo!*"

Chase frunció el ceño.

"Si no eres Colin Elliot, entonces ¿por qué estabas en su cama? ¿Con su esposa? Era su esposa, ¿correcto? ¿O es todo un malentendido? ¿Se equivocó de casa, tal vez? ¿Los niños? ¿Qué hay de las gemelas que se llaman Colby y Juliette Elliot?"

El hombre que decía no ser Colin echó la cabeza hacia atrás y maldijo.

"¡No soy *Colin!* ¡Me acostaba con su mujer, pero no soy él!"

Chase se volvió para mirar el cristal de doble sentido, tras el cual sabía que tanto la agente Dunbar como el agente Stitts estaban observando y, con suerte, investigando las afirmaciones del hombre.

"No me importa cómo te llames, por mí puedes llamarte Colin, Glenn o la maldita señorita Marple. Tú mataste a esas chicas y vamos a demostrarlo en el juicio -suspiró Chase, observando al hombre con atención en busca de cualquier atisbo de miedo, de remordimiento, de cualquier cosa.

Pero lo único que vio fue ira en sus redondas facciones.

"O puedes darnos un respiro y decirnos por qué lo hiciste, por qué mataste a esas chicas".

El hombre apretó los labios con fuerza en señal de desafío.

"¿No? ¿No estás listo para ser un hombre y admitir lo que has hecho?" Chase se burló de su reloj. "Bien, todavía es temprano. Tienes tiempo. ¿Por qué no empiezas con los libros, entonces? Dime por qué escribiste los libros. ¿Fue sólo por dinero?"

El rostro del hombre se contorsionó.

¿"Libros"? Mire, señora, no tengo ni puta idea de lo que está hablando. Yo no escribí ningún libro". Intentó cruzar los brazos sobre el pecho, pero las cadenas eran demasiado cortas y acabó cruzando torpemente los antebrazos.

"¿Qué pasa con Hanna? Háblame de Hanna. La violaste después de una de tus clases de escritura".

"¿De qué demonios estás hablando? ¿Hanna? ¿Quién coño es Hanna? ¿Y clases de escritura? Soy un puto casero, por el amor de Dios".

Llamaron a la puerta, pero Chase hizo caso omiso.

"Sé que mataste a esas chicas, Colin", susurró, inclinándose sobre la mesa.

Chase esperaba que sus verdaderas sospechas no se reflejaran en sus palabras. Claro que podía tratarse de una actuación, pero no se parecía a ningún escritor que ella conociera. Chase había leído las dos primeras partes de *Sonrisa roja* en el lector electrónico de Drake y, aunque la obra distaba mucho de ser una genialidad literaria, incluía varias palabras de tres sílabas que apostaría cinco centavos a que el hombre que tenía enfrente no sería capaz de pronunciar, y mucho menos de deletrear.

"Ya te he dicho que no soy Colin", siseó el hombre. Luego, sus labios pálidos esbozaron una sonrisa, mostrando un diente delantero astillado. "Y te diré algo más: ese gilipollas de Colin tampoco ha matado a nadie. Es tan cojo como el que más . Le está ladrando al árbol equivocado, señora".

Chase sintió que le subía el calor a las mejillas y estaba a punto de gritar algo, cuando volvieron a llamar a la puerta.

Apuntó con un dedo a la cara del hombre.

"Esto no ha terminado", prometió.

El hombre se rió mientras Chase se dirigía a la puerta. El agente Stitts asomó la cabeza y le indicó que saliera.

Chase no miró atrás.

El agente Stitts guardó silencio mientras la conducía a la habitación contigua.

"¿Qué? Chase preguntó una vez que la puerta estaba firmemente cerrada detrás de ellos.

Aun así, Stitts no habló. En lugar de eso, miró a Dunbar, quien, con una expresión amarga grabada en el rostro, dio la vuelta al portátil para que ella lo viera.

En la pantalla había una fotografía del hombre que estaba al otro lado del espejo de dos caras, sólo que más joven, con el pelo rubio algo más espeso y un diente delantero que aún no se había astillado.

"Sí, es él. ¿Y qué?"

"Mira el nombre", dijo Stitts, rompiendo por fin su silencio. Chase entrecerró los ojos y dio un paso adelante, escudriñando la pantalla.

"Mierda", susurró, con el corazón hundido.

El nombre al pie de la fotografía decía Glenn Happ.

Chase se volvió y se quedó mirando al gordo encadenado a la mesa

de la otra habitación.

"Jesucristo, tenemos al tipo equivocado."

Y el asesino sigue ahí fuera.

Capítulo 56

"¿Qué coño está pasando, Raúl? ¿Qué hace Iván aquí?" preguntó Drake, manteniendo su arma apuntando directamente al centro del pecho del hombre.

Raúl salió de las sombras y entró en la luz. No vestía su típico atuendo de *mayordomo*, sino algo más acorde con el lugar: pantalones de chándal holgados, una sudadera oscura con la capucha echada hacia atrás que dejaba ver su pelo negro como el carbón.

Raúl no contestó. En lugar de eso, siguió caminando hacia Iván, manteniéndose a una distancia prudencial de Drake.

"Raúl, no sé si aún tienes los ojos jodidos por la luz, pero tengo una pistola apuntándote al pecho. Creo que ya es hora de que empieces a responder a mis preguntas".

Raúl seguía sin decir nada, y esta vez Drake creyó ver una sonrisa de satisfacción deslizarse bajo su enjuto bigote negro.

¿"Raúl"? Ya no estoy jugando. He tenido un día *infernal*, y no estoy de humor para juegos."

Raúl llegó hasta Iván, y estaba a media docena de metros del propio Drake, cuando se agachó y agarró un puñado del pelo del hombre.

Drake vio sangre en sus nudillos mientras tiraba de la cabeza de Iván hacia atrás.

"Conoces a Ivan, ¿verdad?"

Esta vez Drake permaneció en silencio.

"Por supuesto que sí. Pero también conocemos a Iván".

Raúl abofeteó a Iván en la cara, y el sonido resonó en todo el hangar.

El dedo de Drake pasó del guardamonte al propio gatillo.

"Pégale otra vez y te haré un agujero en la columna, Raúl. Lo digo en serio."

Raúl le ignoró y esperó. Al cabo de unos segundos, los ojos de Iván aletearon y luego se *abrieron* de par en par.

Su mirada saltó de Raúl a Drake, y entonces su boca empezó a moverse detrás de la cinta aislante, generando incomprensibles murmullos.

"Ya ves, Drake. No fuiste el único que pagó a Iván para que realizara una tarea", dijo Raúl, con un acento de repente tan marcado que a Drake le costó entenderle. "Pero hay algo que debes saber sobre Ken Smith. Es un hombre muy leal a su familia, a sus amigos, a sus empleados y, por último, pero no por ello menos importante, a los

ciudadanos de Nueva York. Y esto -Raúl se echó hacia atrás y volvió a abofetear a Iván, esta vez lo bastante fuerte como para que la cabeza del hombre se echara hacia atrás.

"¡Eh!" gritó Drake, dando un paso adelante y aplicando presión sobre el gatillo. "Te lo advertí, Raúl, aléjate..."

Pero Raúl siguió como si nada.

"Este capullo decidió que era más importante joderte a ti que ser leal al Sr. Smith o a Nueva York. Parece que todos los que han leído las noticias creen que te conocen. Pero lo que no saben es que ahora trabajas para nosotros. Y con eso viene un nivel de respeto".

Raúl se agachó frente a Iván, ahora de espaldas a Drake.

Drake aprovechó la oportunidad y avanzó en silencio.

"¿No es así, Iván?"

Drake estaba tan cerca del hombre que podía oler su colonia barata. Con su mano libre, extendió la suya y...

El teléfono de su bolsillo zumbó de repente.

La distracción sólo duró una fracción de segundo, pero fue todo lo que Raúl necesitó.

Drake se miró el bolsillo y, antes de que pudiera volver a levantar la vista, Raúl se había puesto en pie, se había girado y, de algún modo, le había arrancado la pistola de la mano, a pesar de que la tenía agarrada.

Raúl era la velocidad del rayo, más rápido de lo que Drake creía humanamente posible.

Drake gritó e instintivamente se abalanzó sobre Raúl, pero el hombre lo esquivó con facilidad y levantó el arma.

Drake tropezó y aterrizó torpemente en el regazo de Iván. El hombre gruñó y gimió, y Drake lo empujó hacia atrás mientras se levantaba.

Miró fijamente a Raúl, sorprendido por lo rápido que se habían invertido sus papeles.

"¿Vas a dispararme ahora, es eso?", se mofó.

Raúl volvió a sonreír, con una expresión que hizo que a Drake se le helara la sangre.

"¿Para eso me has traído aquí? ¿Para dispararme? ¿Matarme a mí y a Iván para que tú y Ken puedan... puedan qué? ¿Tomar el mundo?"

"No, *señor*, no estoy aquí para hacerle daño", Raúl señaló a Iván con el cañón de la pistola. "Ken hizo esto por usted. Quería demostrarle que le era leal, como espera que usted le sea leal".

Drake se burló.

¿"Para mí"? Escucha, amigo, no sé en qué clase de lugar jodido te criaste, pero aquí no funciona así. No en Nueva York. Mierda, no en América".

La mejilla de Raúl se crispó.

"¿Verdad? Ahora funciona".

Drake frunció el ceño, pero no obtuvo respuesta.

"¿Quieres dispararle?"

"¿Qué? ¿Estás loco?"

Raúl se encogió de hombros y levantó la pistola, apuntando esta vez a Iván. La furiosa respiración del hombre sonaba como un motor a reacción detrás de la cinta. Empezó a forcejear, pero las ataduras eran fuertes.

"¡Woah! *¡Woah!*" Drake dijo, levantando las manos. "Tranquilo ahora."

Raúl giró de repente y, por una fracción de segundo, Drake pensó que se había acabado la broma, que Raúl iba a apretar el gatillo y poner fin a todo este lío.

Pero Raúl no disparó. En lugar de eso, dio la vuelta a la pistola y se la tendió a Drake.

Drake se lanzó hacia delante y se la arrebató al hombre. La otra mano de Raúl se coló en su chaqueta y una vez más Drake se encontró apuntándole con la pistola.

Sólo que esta vez le apuntó a la cabeza en vez de al pecho.

"¡Tranquilo!"

Los movimientos de Raúl se ralentizaron, pero siguió metiendo la mano en el bolsillo de su sudadera.

A Drake le corría el sudor por la frente a pesar de la gélida temperatura del hangar, pero se relajó cuando Raúl sacó un sobre amarillo.

"Vamos, cógelo", insistió Raúl. "Es tuyo, después de todo".

Drake lo miró con desconfianza, pero se dio cuenta y se lo arrebató de las manos a Raúl.

Al hacerlo, la sudadera de Raúl se subió, revelando un extraño tatuaje en su antebrazo que a Drake le pareció una serpiente enroscada devorando un globo ocular.

Raúl se apartó y los ojos de Drake se centraron en el sobre. Había una mancha de sangre en la esquina, pero sabía que era el mismo que le había dado ayer a Iván.

Drake se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

"¿Qué vas a hacerle?", preguntó.

Raúl se encogió de hombros.

"Ya se ha hecho. Iván ha aprendido la lección. ¿No es así, Iván?"

Iván, que seguía resoplando como si estuviera a punto de hiperventilar, asintió violentamente.

"Bien".

El teléfono de Drake volvió a sonar en su bolsillo, pero esta vez resistió el impulso de mirar hacia abajo.

"Deberías contestar", sugirió Raúl. Un momento después, la luz se

apagó, dejando a Drake en total oscuridad.

Los instintos de supervivencia se apoderaron de él, y Drake giró sobre sí mismo, localizando el resquicio de luz de luna que se colaba por la puerta abierta del hangar. Sin pensarlo, corrió hacia ella.

Varios segundos más tarde, se encontró en el frío, y unos segundos después, estaba de vuelta en la relativa seguridad de su Crown Vic.

¿Qué demonios acaba de pasar? ¿En qué demonios me he metido?

Su teléfono zumbó por tercera vez, y con mano temblorosa, la otra aún aferrando con fuerza la pistola, contestó.

"Drake", graznó.

"Drake, soy Chase. La jodimos."

Drake negó con la cabeza.

"¿Qué? ¿Qué ha pasado?"

"Tenemos al tipo equivocado. Colin sigue ahí fuera y tenemos que encontrarle. Tenemos que encontrarlo antes de que esta mierda explote mañana".

Una imagen de Iván, con la boca vendada y los ojos amoratados y ennegrecidos, pasó por su mente.

"No creo que tengamos que preocuparnos más por eso", susurró.

"¿Por qué? ¿Qué está pasando?"

Drake sacudió la cabeza y se aclaró la garganta.

"Nada". No importa. Sólo dime qué quieres que haga".

Capítulo 57

Chase colgó el teléfono y se volvió hacia el agente Stitts.

"Voy a volver a hablar con él. Que no sea Colin Elliot no significa que no sea nuestro hombre", dijo, pero su voz carecía de convicción.

El agente Stitts la miró con desconfianza durante un momento.

"¿Qué te dice tu instinto?"

se burló Chase.

"Mi instinto me dice que la hemos cagado".

Con eso, se dirigió fuera de la habitación y de nuevo en la sala de interrogatorios 6.

"Glenn", dijo con un suspiro. "Tengo algunas preguntas para ti".

El hombre sonrió; *sonrió de* verdad.

"¿Te dijo tu jefe que no soy Colin? ¿Que no soy un capullo sin carácter que pegó a su mujer?"

Chase tomó nota mentalmente del comentario, junto con un recordatorio para hablar con Ryanne Elliot cuando terminara en el hospital.

"¿Cómo conoces a Colin y a su mujer?"

Glenn frunció los labios y, aunque estaba claro que intentaba mostrarse desafiante, ella sabía qué tipo de hombre era.

Sabía que podía hacerle hablar.

"Ya te lo dije, me acostaba con Ryanne".

"¿Y cómo la conociste?"

Otro encogimiento de hombros.

"Soy su casero", una sonrisa repugnante apareció de repente en el rostro del hombre. "Ese cabrón de Colin no pudo pagar el alquiler un mes, y Ryanne vino a pedirme una prórroga. Una cosa llevó a la otra y...".

Glenn subió dos dedos y los introdujo en un agujero que hizo con la otra mano.

Luego se echó a reír.

"Ya, sabes de lo que estoy hablando."

Chase intentó controlar sus emociones. Cuanto más hablaba con el hombre, menos probable le parecía que estuviera implicado en los libros o en los asesinatos. Sin embargo, era un ser humano despreciable donde los haya.

"Lindo", respondió ella. "Háblame de Colin".

"Como he dicho, es un bobo sin carácter. Sólo lo vi un par de veces. Dejó que su esposa se ocupara de todas las finanzas. Cuando ella hablaba de él, por lo general sólo parloteaba sobre cómo estaba

tratando de escribir libros, sobre cómo ni siquiera sabía cómo hacerlo bien. *Lo único que* sé es que no sabía hacer nada bueno, ni siquiera mantenerla contenta, ya me entiendes".

Chase golpeó la mesa con un dedo.

"¿Sabes lo que me molesta de esto?"

"¿Qué?"

"Te arrestamos, empezamos a hacerte preguntas, te acusamos de asesinato y ni siquiera pides un abogado".

Otra vez con la sonrisa de diente picado.

"¿Por qué necesito un abogado? Yo no he hecho nada".

"Eso dices tú. Pero te prometo esto: si tuviste algo que ver con los asesinatos, incluso si sólo sabías de ellos y te sentaste y no hiciste nada, te vas a pudrir en una celda durante mucho tiempo. Mucho, *mucho* tiempo".

Chase se levantó y se dirigió hacia la puerta. Sólo ahora la sonrisa se borró de la cara de Glenn.

"Oye, ¿adónde vas?"

Chase llamó a la puerta.

"Oiga, señora, ¿puedo irme ya? ¿He respondido a sus malditas preguntas?"

La puerta se abrió y el agente Stitts se plantó en la entrada.

"¡Eh! *¡Eh!* ¿Qué hago ahora?"

"Consigue un abogado", dijo Chase por encima del hombro mientras salía de la habitación.

Capítulo 58

Drake estaba harto de ser el chico de los recados de todo el mundo, ya fuera Chase, Iván o Ken el que daba las órdenes.

Y, sin embargo, se encontró conduciendo bajo la tormenta, en dirección a otra oscura dirección con instrucciones tan vagas como las de Raúl, que le habían conducido al hangar en primer lugar.

Dunbar encontró una propiedad en las afueras de la ciudad, una granja o algo así que había sido del padre de Colin. Quiero que vayas a comprobarlo, veas si está allí y lo traigas. Hay una orden de arresto contra Colin y la policía está peinando los alrededores de su casa. Si aparece, le cogeremos.

Mientras conducía, la mente de Drake volvía una y otra vez a la escena del hangar, a su curiosa decisión de abandonar el lugar. De no arrestar a Raúl.

Y no contarle a Chase lo que había pasado.

Luego estaba el extraño tatuaje de la serpiente comiéndose el ojo en el antebrazo de Raúl.

Cuando Screech regrese de sus vacaciones, haré que investigue más a fondo a Raúl y Ken Smith, para ver de qué iban. Sobre su pasado.

Cuando había conocido a Ken Smith hacía menos de un año, había sido a raíz de la muerte de su hijo. Ya entonces sabía que Ken Smith no era normal, que había algo raro en él, algo que trascendía a un hombre empeñado en adquirir poder, en convertirse en alcalde de Nueva York. Ahora, sin embargo, empezaba a pensar que su radar había estado apagado.

El hombre no *sólo era* un capullo insensible, sino que Drake empezaba a pensar que era mucho, mucho peor.

Y de alguna manera, inexplicablemente, se encontró trabajando para Ken, en deuda con él, incluso.

"¿Cómo ha ocurrido esto?", preguntó en voz alta.

Pero él sabía cómo. Había estado tan obsesionado con encontrar al verdadero Rey Esqueleto, con vengar la muerte de Clay, que se había hecho vulnerable. Y un hombre como Ken Smith no necesitaba una invitación para usar eso a su favor.

La nieve era tan intensa que Drake se dio cuenta de que, incluso con los limpiaparabrisas al máximo, no limpiaban bien el parabrisas. Tiró de la palanca del limpiaparabrisas, pero en lugar de líquido de limpieza rociar el parabrisas, todo lo que consiguió por sus esfuerzos fue una luz en el tablero de instrumentos que indica que estaba fuera.

"Mierda".

Drake se vio obligado a reducir la velocidad. Ahora que estaba fuera de la ciudad, la calidad de las carreteras se había deteriorado sustancialmente, y podía sentir cómo los neumáticos del Crown Vic empezaban a deslizarse por la superficie en lugar de conducir.

Y el hueso... el hueso que Iván entregó en nombre de Ken Smith... ¿dónde demonios está?

Se devanó los sesos tratando de recordar, pero se quedó en blanco.

Estaba seguro de que la había llevado en el bolsillo cuando fue al granero en ambas ocasiones. Estaba seguro, porque recordaba claramente la sensación de la dura superficie al presionarla entre el pulgar y el índice.

Pero después de eso... ¿a dónde demonios fue?

Las luces traseras iluminaron de repente la nieve frente a él, y Drake frenó en seco.

El Crown Vic entró inmediatamente en barrena y él gritó, tirando de la rueda contra la rotación.

Se oyó un chirrido espantoso y vio que la zanja que había a un lado de la carretera se dirigía hacia él.

Alguien gritó -era él, *tenía* que ser él- e instintivamente soltó el volante y se llevó las manos a la cara.

Capítulo 59

"¿Qué hacemos con él?" Preguntó el agente Stitts mientras miraban a Glenn Happ a través del cristal.

"Que se pudra. Podemos retenerlo cuarenta y ocho horas sin presentar cargos. Supongo que lo retendremos hasta el último segundo".

El detective Yasiv entró en la sala y todas las miradas se dirigieron inmediatamente hacia él.

"¿Sargento Adams? Tengo a prácticamente todos los policías de ronda de la ciudad buscando a Colin Elliot, todos han recibido fotografías y su coche ha sido señalado. Si aparece esta noche, lo atraparemos".

Chase dio las gracias al hombre.

"¿Y la residencia secundaria? ¿La casa de Elliot en el norte?"

Chase se volvió hacia el inquieto casero.

"Drake se está encargando de eso".

Por el rabillo del ojo, vio que algo cambiaba en la cara del agente Stitts. Fue un gesto sutil, un simple tic en la mejilla, pero la experiencia de Chase jugando al póquer le hizo darse cuenta, sin lugar a dudas, de que se trataba de un indicio.

Sí, la cagó, la cagó a lo grande, pero intentaba ayudar. Y ahora lo necesito.

La policía de Nueva York era buena, a veces excelente, en su trabajo, pero otras veces no tanto. Drake, en cambio, no estaba sujeto a la burocracia ni a normas estrictas. Por eso había acudido a él en primer lugar. Y, sí, todo el asunto de Ivan Meitzer y el Times era consecuencia directa de esa *flexibilidad*, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr... otra vez.

"¿Sargento Adams?"

"¿Hmm?" Dijo Chase, volviéndose hacia el oficial Dunbar.

"Dije que descubrí algo sobre Glenn..."

"Adelante".

"¿Recuerdas la foto que te enseñé? Era de un curso de ingeniería informática que hizo en el MIT".

El cuello de Chase se enderezó.

"¿Fue al MIT?", preguntó ella, casi sin creerse lo que estaba diciendo.

¿Este hombre de los 'aint's' y 'didn't do nothings' fue al MIT?

El agente Dunbar negó con la cabeza.

"No exactamente. Hice un curso con ellos. Parte de los cursos

gratuitos en línea que empezaron a ofrecer hace un tiempo. Obtuve un certificado en programación informática".

Incluso el hecho de que Glenn consiguiera obtener un certificado, incluso en un curso no auditado como el que Dunbar estaba describiendo, sorprendió a Chase. Y sin embargo, por chocante que fuera este hecho, no lograba ver la conexión.

"¿Y?"

Dunbar miró nervioso a su alrededor, de repente menos confiado de lo que estaba hace un momento.

"¿Y recuerdas el e-reader de Drake? Cómo estaba toda la IP revuelta... Dudo que Colin, un escritor, fuera capaz de hacer algo así", Dunbar levantó un dedo y señaló directamente a Glenn. "Pero este hombre podría".

Chase lo asimiló por un momento.

"Crees que...", empezó el detective Yasiv, pero Chase le hizo callar.

No era el asesino, de eso estaba segura, y su instinto le decía que ni siquiera estaba implicado.

Glenn Happ no tenía ni idea de lo que estaba hablando cuando mencionó los libros, y mucho menos los asesinatos.

Y sin embargo...

Hay algo mal con el perfil... simplemente no se siente bien.

Chase se volvió inmediatamente hacia la puerta y tiró de ella.

Puede que no sepa *que está implicado, pero tal vez, sólo tal vez, fue manipulado para hacer algo de lo que ni siquiera era consciente.*

Y sólo había una forma de que un hombre como Glenn se dejara manipular de esa manera.

"¿Chase?" Preguntó la agente Stitts al salir de la habitación. "¿Estás bien?"

Chase no contestó. Con el corazón acelerado, se dirigió inmediatamente a la sala de interrogatorios y entró.

"Has vuelto. Necesito... necesito salir de aquí. Necesito..."

Chase levantó las manos, un gesto tan dramático que Glenn se apartó de ella, las cadenas de sus muñecas sonando con fuerza.

Sabía lo que iba a decir, que iba a pedir un abogado, y no podía dejarle terminar la frase.

Ahora no.

Sólo tenía algunas preguntas más.

"Antes de que digas nada, escucha. Responde a unas cuantas preguntas más y te dejaré marchar. Y no en dos días, sino ahora. Ahora *mismo*. Pero si dices algo más, te retendré las cuarenta y ocho horas que permite la ley. ¿Entendido?"

Glenn abrió la boca para hablar, pero Chase levantó una mano, deteniéndole una vez más.

"Sólo asiente con la cabeza si lo entiendes".

Glenn, con los ojos ictéricos muy abiertos, asintió varias veces. "Vale, bien. Ahora contesta esto..."

Capítulo 60

Drake parpadeó una, dos y luego una tercera vez, confirmando que, de alguna manera, se las había arreglado *para no* chocar por detrás con el coche que se había detenido delante de él.

Con la respiración agitada, Drake miró a su alrededor, intentando orientarse. Cuando pisó el freno, el coche dio vueltas de campana y se detuvo perpendicular a la carretera, a escasos centímetros de la cima del terraplén y a sólo unos metros de un grueso roble.

Estuvo cerca.

Drake acarició el salpicadero de su Crown Vic, agradeciendo a sus estrellas de la suerte que fuera una bestia vieja y pesada. No era como los vehículos más nuevos hechos de plástico y espuma, cosas ligeras que harían hidroplano en un charco.

No, su Crown Vic era como él: una vieja y pesada bestia.

Drake se desabrochó el cinturón, se puso los guantes y salió a la nieve que aún soplaba.

"¿Hola?", gritó en medio de la tormenta mientras se dirigía hacia el otro coche. Había visto las luces traseras, habían sido lo bastante brillantes como para hacerle detenerse, pero ahora, con la nieve que caía, habían degenerado en difusos ojos rojos que brillaban en la noche.

"¿Hola?", repitió.

Por costumbre, comprobó que la pistola seguía guardada en la parte trasera del pantalón. Drake sacó rápidamente el móvil, comprobó que sólo tenía una barra de señal y volvió a meterlo en el bolsillo.

No creía que aquí estuviera ocurriendo nada siniestro, pero después de lo que había pasado con Raúl, no iba a correr ningún riesgo.

Drake aminoró la marcha al acercarse al coche. Seguía en marcha y no entendía por qué se había detenido por completo en medio de la carretera vacía.

Sin embargo, no estaba tan enfadado como preocupado.

¿Un ataque al corazón, tal vez? ¿El conductor tuvo un ataque fuerte? ¿Un derrame cerebral?

"¿Estás bien ahí dentro?"

La tormenta era tan fuerte que tuvo que gritar para oír su propia voz.

Cuando Drake estuvo por fin a unos metros del coche, se dio cuenta de por qué el conductor se había detenido. El neumático trasero izquierdo era de repuesto, una pequeña cosa de goma de unos dos

tercios del tamaño de los neumáticos de serie.

De hecho, Drake se dio cuenta de que los dos neumáticos traseros eran donuts y, para colmo, los dos delanteros parecían pinchados.

"¿Qué demonios?"

La nieve a sus pies era tan espesa que había llegado hasta la mitad de la parte inferior de las ruedas de repuesto.

Drake se acercó a la puerta principal e intentó mirar por la ventana.

"Oye, ¿amigo? ¿Estás bien ahí dentro?"

La ventana estaba empañada y ni siquiera acercando las manos al cristal pudo ver el interior.

Drake golpeó el cristal varias veces.

"¿Oye? ¿Eh, colega?"

Al no obtener respuesta, Drake buscó el picaporte de la puerta. Estaba abierta y tiró de ella.

Le invadió la confusión.

El asiento delantero estaba vacío. Las llaves estaban en el contacto y el coche encendido, pero no había conductor ni pasajero a la vista.

Drake se inclinó más hacia el interior del coche y echó un vistazo al asiento trasero.

Nada.

Sacó la cabeza y estaba a punto de enderezarse cuando un gruñido procedente de su izquierda llamó su atención.

Drake abrió mucho los ojos y se tambaleó hacia atrás.

Una figura se abalanzó sobre él blandiendo lo que pensó que era una barra de hierro. Fue un golpe torpe y desgarbado que habría fallado si Drake hubiera mantenido el equilibrio.

Sus talones salieron disparados hacia delante y cayó de culo. A medida que caía, la llave de cruz le seguía.

Chasqueó con fuerza en la parte superior de su cabeza.

El asaltante también pareció tropezar en la nieve, lo que probablemente fue lo único que impidió que la llave de cruz le abriera el cráneo y salpicara sus sesos por la blanca extensión.

Drake gruñó e intentó maldecir, pero lo único que salió de su boca fue un murmullo ininteligible.

La figura cayó directamente sobre él, sacándole el aire de los pulmones. Intentó zafarse, pero sus manos se habían convertido de repente en cosas obstinadas y tercas que se negaban a escuchar a su cerebro.

Las motas blancas de nieve arremolinada se atenuaron de repente, convirtiéndose en copos grises en un vacío por lo demás negro.

Una fracción de segundo antes de que la oscuridad se apoderara de él, Drake vislumbró el rostro de su atacante, que estaba oculto bajo la capucha de un abrigo de invierno.

Drake intentó hablar, gritar, pero sucumbió a la inconsciencia antes de poder pronunciar una sola palabra.

Capítulo 61

Colin Elliot pasó la mano por la parte superior de la puerta, intentando palpar la llave a través de la gruesa capa de nieve.

Al no sentir nada, maldijo y se quitó uno de los guantes. Al hacerlo, notó un pequeño corte en el nudillo del dedo índice, y su frustración se transformó en vergüenza.

La golpeé... la golpeé y ahora voy a pagar.

No podía creer que lo hubiera hecho. No era la primera vez que lo pensaba, por supuesto, pero había una gran diferencia entre pensar algo y hacerlo de verdad.

Ella me empujó... me empujó demasiado lejos. Cada hombre tiene su punto de ruptura, y este era el mío.

Con los dedos helados, buscó la llave de un lado a otro.

Al no encontrarla, su mueca se convirtió en ceño fruncido. Colin volvió los ojos hacia la nieve que rodeaba la puerta, buscando el lugar donde había encontrado la llave la última vez que estuvo aquí.

Estaba de rodillas, hurgando en la nieve compacta, cuando se le ocurrió algo.

Colin giró la cabeza para confirmar sus sospechas. Y entonces, al ver la forma y el patrón familiares de las pisadas, se le cortó la respiración.

Alguien ha estado aquí.

Colin se puso en pie de un salto, renunciando a encontrar la llave en la nieve, si es que aún estaba allí.

¡Tengo que entrar, tengo que entrar ya!

Con mano temblorosa, buscó el pomo de la puerta, al tiempo que apoyaba el pie trasero, preparado para derribar la maldita cosa de una patada.

Para su sorpresa, la puerta estaba abierta y la empujó.

Sus ojos recorrieron el interior de la casa, con el corazón aún acelerado en el pecho.

El interior de la pequeña cabaña estaba mohoso y gélido, pero vacío.

Todo estaba exactamente como lo había dejado aquel día que había venido con Colby y Juliette.

Excepto que ese era el problema.

Cuando llegó aquí, su libreta negra estaba sobre el mostrador y se la había llevado.

Sólo que ahora estaba aquí de nuevo, en el mismo lugar que antes.

Colin entrecerró los ojos y miró el bloc de notas como si fuera a

transformarse en un escarabajo gigante, igual que la máquina de escribir en El almuerzo desnudo.

Pero, por supuesto, no fue así.

Lo cogí... Recuerdo que entré y lo cogí, antes de volver a salir para impedir que Colby ahogara a Juliette en la nieve.

Después de eso, creyó recordar que lo había metido en la bolsa del ordenador, pero no recordaba haberlo vuelto a abrir.

¿Y cómo coño ha vuelto aquí?

Sin dejar de mirar el cuaderno, se quitó la nieve de las botas y entró en la casa. Luego encendió las luces, que bañaron la habitación principal con un apagado resplandor amarillo. Se acercó al mostrador con pasos lentos y pausados.

Vacilante.

Estaba a medio camino cuando oyó un ruido.

Colin se quedó helado mientras escuchaba.

Al principio, pensó que eran ratones otra vez, lo que no sería una sorpresa teniendo en cuenta lo viejo que era el lugar, cuántos agujeros y grietas había en las tablas del suelo.

También había visto caca de ratón en algunos cajones la última vez que Ryanne le había echado de casa y había pasado la noche aquí.

Pero cuando el sonido volvió -esta vez un potente arañazo-, Colin supo que no se trataba de un ratón.

Y cuando las palabras siguieron, su corazón se detuvo por completo.

"¿Por favor? ¿Hay alguien ahí arriba? Por favor, me estoy congelando aquí abajo. Por favor, ayúdenme".

Capítulo 62

"Sí", dijo Glenn con una pizca de orgullo. "He revuelto la IP. ¿Y qué? Eso no es un delito la última vez que lo comprobé. De hecho, apuesto a que es parte de la Constitución o alguna mierda. Gran hermano y todo eso".

Por vigésima vez, el hombre intentó cruzar los brazos sobre el pecho y pareció enfadarse cuando se le enganchó la cadena.

Era como un niño, que seguía comprobando que un quemador vivo de la estufa podía escaldar.

Chase negó con la cabeza.

"Sí, no es un delito. Pero si quieres salir de aquí, vas a decirme para *quién* has codificado la IP".

Glenn la miró con los ojos entrecerrados.

"Para Ryanne. ¿Qué pensabas?" se rió. "¿Crees que lo hice por Colin?"

Chase maldijo y se dirigió hacia la puerta.

"¿Eso es todo?" Glenn llamó después de ella. "¿Puedo irme ya?"

Chase le ignoró y llamó a la puerta. Como no se abrió de inmediato, la pateó con el pie.

Stitts la abrió de par en par, con una expresión severa en el rostro.

"¡Dijiste que puedo ir! ¡Eh! Señora, usted dijo..."

Chase cerró la puerta tras de sí.

"¿Qué? ¿Qué ha dicho?" Preguntó el agente Stitts mientras Chase corría hacia la otra habitación. "El intercomunicador seguía apagado".

"Dijo que había codificado la IP para Ryanne, no para Colin", respondió Chase mientras abría de un tirón la puerta de la sala de observación. Dentro, se sorprendió de que otro hombre, uno que no reconoció, se hubiera unido a Dunbar.

Lo primero que pensó fue que se trataba de otro matón de Asuntos Internos, e instintivamente se colocó medio paso por detrás del agente Stitts.

El hombre tenía pelo de herradura y unas gruesas gafas que ocultaban unos ojos saltones. Era tan bajo que Chase pensó que en realidad ella podría ser la más alta de los dos.

En los tacones, no había duda.

"¿Quién es?", preguntó, con los ojos fijos en Dunbar.

El oficial Dunbar levantó las manos a la defensiva.

"Este es el grafólogo al que le envié los libros... ¿es mal momento o... quieres que le diga que se vaya?".

Chase tuvo que pensar por un momento por qué Dunbar había

recurrido a un experto en caligrafía, pero entonces recordó que estaba analizando los libros del lector electrónico de Drake.

Sonrisa roja.

"Benjamin Laroche", dijo el hombre con voz nasal. Extendió una mano hacia delante.

Chase lo miró de arriba abajo.

"Dime lo que has encontrado", ladró.

Benjamin se aclaró la garganta.

"Bueno, llegué a varias conclusiones basándome en los archivos que me proporcionaron. Debo advertirle, sin embargo, que este no es mi..."

"¡Ve al grano!"

Los ojos del hombre se abrieron de par en par.

"Mi primera conclusión es que el autor de la serie *Manbeast*, creo que su seudónimo es R.S. Germaine, *no es* la misma persona que escribió *Red Smile*. Repito, R.S. Germaine y L. Wiley no son la misma persona".

Chase entrecerró los ojos mientras procesaba la información. De repente, las cosas empezaban a encajar.

"¿Qué más?", preguntó ella, con la furia repentinamente desaparecida de su voz.

Pero a pesar de su pregunta, Chase conocía la respuesta.

Fue la razón por la que todo el perfil se sintió mal en el momento en que el agente Stitts había abierto la boca.

"Y puedo decirte, con un 98% de certeza, que *Sonrisa Roja* Partes I, II y III no fueron escritas por un hombre, sino por una mujer".

Capítulo 63

Colin abrió de golpe la puerta del frío sótano y se quedó mirando la oscuridad.

¡Hay alguien aquí abajo!

Alcanzó el interruptor de la luz, falló y su mano se golpeó contra la gélida pared.

"¿Hola?", gritó con voz vacilante. "¿Hola?"

Pasó la mano por la pared, buscando el interruptor de la luz.

Me lo imaginé... Ryanne me tiene tan confundido que yo...

"Por favor... me estoy congelando aquí abajo."

La mano de Colin encontró por fin el interruptor y lo encendió. Hubo un chisporroteo y un estallido, interrumpidos por un breve destello de luz antes de que todo volviera a quedar envuelto en la oscuridad.

La mujer del sótano gritó y Colin sintió que el corazón se le agitaba en el pecho. Se volvió hacia la cocina y sus ojos se posaron en el cajón que sabía que contenía una linterna.

"Ya voy", dijo, susurrando por alguna razón. "Voy a por una linterna y vuelvo enseguida".

La única respuesta fue un gemido.

Colin corrió hacia el cajón y lo abrió tan deprisa que todos los cubiertos se estrellaron contra el frente y varios tenedores volaron por los aires.

Ignorando el desorden, Colin cogió la linterna. Al volverse hacia las escaleras del sótano, comprobó instintivamente su teléfono aunque sabía que no había señal.

"Mierda", maldijo.

Nada de lo que había ocurrido tenía sentido; ni el hecho de que hubiera golpeado a Ryanne, ni que ella se hubiera acostado con ese gordo cabrón de Glenn, ni mucho menos que hubiera una mujer atrapada en el sótano de su casa de campo.

Pero, por el momento, nada de eso importaba.

Lo único que tenía importancia era la mujer que se estaba congelando en su sótano, y que tenía que salvarla.

Colin encendió la linterna y apuntó hacia la fría y húmeda abertura del sótano. Respiraba entre bocanadas heladas y temblaba.

Si la mujer llevaba allí abajo más de un día, dos como mucho, le sorprendía que no se hubiera congelado ya.

Debe hacer cerca de diez grados en el sótano.

"Ya voy. Espera, estoy..."

De repente, unos faros iluminaron la casa y Colin se agachó instintivamente. A continuación se oyó el rugido gutural de un motor y, en un instante, tanto las luces como el sonido desaparecieron.

A Colin le retumbó el corazón en el pecho. Se acuclilló sobre sus ancas, acurrucándose lejos de la puerta de la cabaña.

"¿Hola? ¿Hay alguien...?"

"*¡Shh! ¡Shhhh!"* Colin siseó frenéticamente por las escaleras.

Pero la mujer no se calló. Por el contrario, sus palabras se volvieron aún más frenéticas.

"¡Por favor, tienes que ayudarme!", gritó. "¡Socorro! ¡Socorro! *¡Socorro!*"

Colin rechinó los dientes y sacudió la cabeza.

"¡Shhhh!", suplicó, con las lágrimas salpicándole las mejillas.

Fue inútil; las palabras de la mujer habían degenerado en gritos ininteligibles.

Colin estaba indeciso; no sabía si debía ir a ver a la mujer, como había planeado en un principio, o esconderse.

La verdad era que nunca había estado en una situación tan jodida.

Al final, optó por lo segundo. Cerró parcialmente la puerta del sótano y se adentró en la casa, agachándose.

Vio una figura que se acercaba a la puerta y luego se detuvo.

Ha visto mis pasos. Sabe que estoy dentro.

Cuando la sombra agarró el picaporte de la puerta, Colin se tumbó en el suelo, utilizando el desgastado sofá de tartán como cubierta.

Como un niño que oye ruidos extraños en el armario, cerró los ojos y escuchó.

Los pasos se adentraron en la cabaña y luego parecieron vacilar.

¡La libreta! ¿He movido el cuaderno? ¿Lo he tocado?

Colin no creía que hubiera cogido el libro, sólo se había fijado en él, pero no podía estar seguro.

¡Joder! ¡Joder!

Los pasos volvieron a oírse y Colin sintió que apretaba con fuerza el grueso mango de la linterna.

¡Vete! ¡Vete! ¡Vete, por favor!

Pero la persona no se fue.

En cambio, oyó los pasos que se acercaban a las escaleras.

"¿Hola? ¿Eres tú otra vez? ¿Has vuelto?", parloteó la mujer desde el sótano. "Me... me estoy congelando..."

Las pisadas se aceleraron de repente y la puerta que Colin había dejado parcialmente abierta crujió al abrirse de par en par.

"Te voy a cortar el puto cuello, zorra", ronroneó una voz estrangulada. "Te voy a cortar la garganta."

La mujer del sótano empezó a gritar de nuevo.

"¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!"

Más lágrimas salieron de entre los párpados cerrados de Colin.

Sólo quédate abajo, se dijo a sí mismo. *Agáchate y cuando la persona -sea quien sea- entre en el sótano, sal corriendo. Métete en tu coche y lárgate de aquí. Llega a la carretera principal y llama a la policía.*

Colin sintió que asentía y que su barbilla rozaba incómodamente la alfombra.

Sí, eso es, sólo corre. Corre como siempre lo has hecho. Corre como el bastardo sin carácter que eres.

Esta vez no era su propia voz, sino la de Ryanne.

O tal vez era de Glenn.

Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Colin se puso en pie. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y empezó a avanzar en silencio hacia la figura que había al final de la escalera.

No vales una mierda. No eres más que un perdedor, un puto niño que quiere escribir libros, libros de mierda que nadie quiere leer. Tienes una familia que cuidar y ni siquiera puedes pagar las facturas. Tengo que prostituirme porque tú no puedes...

"Te voy a cortar el puto cuello, como a todos los demás", espetó la figura -era una mujer, se dio cuenta Colin- bajando las escaleras.

-pagar las facturas. *¿Y lo mejor? Me gusta. Me gusta cogerme a Glenn. Me gusta la forma en que su...*

El suelo bajo los pies de Colin crujió de repente y la figura que había al final de la escalera se giró.

Colin no dudó. Corrió hacia ella, bajando el extremo de la pesada linterna en un arco de barrido.

La bombilla se apagó cuando chocó contra la parte superior de la cabeza de la mujer, pero permaneció encendida el tiempo suficiente para que Colin viera su rostro, antes de que saliera volando hacia atrás por las escaleras.

Jadeó.

"¿Ryanne?"

Capítulo 64

"¿Qué quieres decir con que se ha ido?" preguntó Chase con el ceño fruncido. El agente Stitts se acercó a ella con expresión preocupada, pero ella le detuvo levantando un dedo. "Detective Simmons, por el amor de Dios, dígame que no dejó que se fuera".

Chase no podía creer lo que estaba oyendo.

"Sargento Adams, no sé qué pasó. Fue autorizada por los médicos, y luego se escabulló".

Chase contuvo una maldición.

"¿Cuánto hace de esto? ¿Cómo se fue?"

Hubo una pausa.

"No lo sé. Una hora, tal vez menos. No tengo ni idea de cómo se fue o a dónde fue".

Esta vez Chase juró.

En voz alta.

"Encuéntrala, Simmons. Por el amor de Dios, encuéntrenla y arréstenla".

"¿A-arrestarla? Quieres decir..."

"¡Hazlo!", gritó al teléfono antes de colgar.

Dunbar y Stitts la miraron fijamente y ella se mordió el labio, intentando averiguar qué hacer a continuación.

"Los niños", dijo al fin. "¿Dónde están los niños?"

"Están con Social", respondió Dunbar.

Chase respiró aliviado.

"Llama a Servicios Sociales y diles que no les dejen irse con ninguno de los padres".

"No pueden irse, ellos..."

Chase levantó las manos, frustrada.

"¡Sé que no pueden irse, Dunbar! ¡Igual que Ryanne Elliot no debía irse! ¡Hazlo de una puta vez!"

Luego, al detective Yasiv, le dijo: "Llama a central, diles que estén atentos tanto a Ryanne como a Colin".

Un grito ahogado detrás del cristal llamó su atención.

Glenn los miraba, los ojos buscando algo que no podía ver, el rostro pálido, los labios torcidos en un ceño fruncido.

"¡Prometiste que me dejarías ir! ¡Señora! *¡Señora*!

Los ojos de Chase se entrecerraron.

"Averigua qué coche conduce Glenn y pon una orden de búsqueda y captura sobre él, también."

El detective Yasiv asintió y sacó su teléfono del bolsillo mientras

huía de la habitación, dejando a Chase a solas con la agente Stitts.

Se hizo un silencio incómodo.

"Los perfiles nunca son exactos, Chase. Y sabía que éste... te dije que éste, dada la extraña naturaleza de las muertes, de los libros, no iba a ser perfecto", empezó el agente Stitts. Las palabras del hombre no tenían disculpa, eran explicativas, no defensivas, lo que inquietó a Chase. "Pero aquí está la cosa, *sabías* que estaba mal, lo sabías desde el principio".

Las palabras ofrecieron poco consuelo a Chase; el asesino seguía en libertad, al igual que...

"¡Drake!", exclamó, buscando a tientas su teléfono.

"¿Qué?"

"Drake está ahí fuera... va de camino a la cabaña de Colin", dijo Chase mientras empezaba a marcar.

Capítulo 65

Drake se despertó temblando.

Hacía frío y estaba oscuro, y no se sabía cuánto tiempo llevaba fuera. En algún lugar cercano oyó el ruido de un coche en marcha, pero cuando intentó incorporarse, un fogonazo de dolor le llenó la cabeza.

Con un gruñido, consiguió rodar sobre su estómago.

Aparte del dolor, Drake se dio cuenta de que no podía sentir nada. Ni los dedos de las manos, ni los de los pies, ni la cara. Movió las manos hacia la izquierda para captar parte de la luz ambiental que provenía de la puerta del coche, aún abierta.

Sus dedos eran de un blanco crudo.

Tengo que resguardarme del frío, pensó. Intentó levantarse de nuevo, pero sintió que la cabeza se le iba a partir en dos y, en lugar de estar de pie, se encontró a cuatro patas, respirando con dificultad y con la boca goteándole saliva.

¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Tan descuidado?

En lugar de intentar ponerse en pie por tercera vez, se palpó el cuerpo con los dedos entumecidos, confirmando que su móvil seguía en el bolsillo. Tardó cuatro intentos en sacarlo y el doble en encenderlo.

Entrecerró los ojos y se lo puso delante de la cara, haciendo una mueca al ver que no tenía cobertura. Al inclinarlo para intentar captar una señal, sintió que algo duro le presionaba la espalda justo por encima de la cadera.

¡Mi arma!

Con la mano libre, Drake se llevó la mano a la espalda y dejó escapar un suspiro cuando sintió la forma familiar encajada en su cinturón.

Todavía estaba allí.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que, aunque su asaltante no le había quitado la pistola, ella -una *mujer, era un rostro de mujer lo que escondía esa capucha- le había* robado algo.

Ya no había dos coches en la carretera, sino uno.

Esta vez Drake luchó contra el mareo y el dolor y consiguió ponerse en pie.

"Mierda".

Su Crown Vic había desaparecido.

Con los ojos aún entrecerrados, miró hacia arriba y luego hacia la carretera.

Sólo veía nieve en ambas direcciones.

Haciendo un gesto de dolor por el dolor de cabeza que se le agudizaba a cada paso, Drake se acercó lentamente al coche de la mujer y se deslizó en su interior.

El aire caliente que salía de las rejillas de ventilación era casi orgásmico. Drake puso las manos frente a la rejilla de ventilación y un escalofrío recorrió su cuerpo. Un minuto después, sus dedos empezaron a hormiguear al recuperar la sensibilidad.

Miró por el retrovisor y luego se encogió al ver su aspecto. No fue la sangre que manchaba su pelo castaño ni siquiera la quemadura en la mejilla por el incendio en casa del Dr. Moorefield lo que le hizo dudar.

Eran sus ojos hundidos, la opacidad de los iris enterrados en lo más profundo.

"Viviré", se dijo. Tras permitirse un par de dichosos segundos más con las manos frente a la rejilla de ventilación, volvió a centrar su atención en el móvil.

Seguía sin haber señal, pero las coordenadas GPS de la casa de Elliot seguían en la pantalla.

"Siete minutos", murmuró, mirando las indicaciones.

Volvió los ojos hacia la nieve que caía, haciendo una mueca al ver cómo seguía amontonándose en ausencia de coches en la carretera.

De repente se encendió una luz en el salpicadero.

El coche estaba casi sin gasolina.

Es ahora o nunca.

Con un gruñido, Drake salió del vehículo y empezó a caminar por la nieve. Iba despacio y, al poco tiempo, el entumecimiento volvió a invadir sus extremidades.

"Siete minutos mi culo."

Capítulo 66

El verdadero trabajo de detective no es como lo pintan en las películas. La mayoría de los detectives no se pasaban el tiempo derribando puertas, enfrentándose agresivamente a sospechosos. Casi todo ocurría entre bastidores; había un montón de conversaciones, de perfiles, de ideas, de esperanzas, de información relativamente inútil y, de vez en cuando, una escena del crimen que analizar. Pero durante largos periodos de tiempo, para el mundo exterior, no parecía ocurrir nada.

El progreso fue lento, calculado.

Sin embargo, la situación en la que se encontraba la sargento Chase Adams era exactamente la contraria.

Se encontraba en una frenética carrera contrarreloj.

Chase salió corriendo de la sala de observación con el agente del FBI Stitts a remolque.

"¿Crees que ella iría allí? ¿A la casa de Elliot?" Preguntó el agente Stitts, respirando agitadamente mientras se esforzaba por mantener el ritmo.

Chase, con el teléfono aún pegado a la oreja mientras lo escuchaba sonar a perpetuidad, sacó las llaves del bolso y abrió el BMW.

"No lo sé... tal vez. Con Tanya y Melissa, sabemos que estuvieron retenidas durante algún tiempo. Ni Dunbar ni CSU fueron capaces de reducirlo a un lugar específico, pero la policía de Nueva York ya ha limpiado su apartamento. Ninguna de las víctimas estuvo allí. Las fotografías aéreas de la casa de campo muestran que está aislada, escondida entre árboles. Sé que si tuviera que retener a alguien contra su voluntad, ese es el tipo de lugar que elegiría". Se sacudió el extraño pensamiento de la cabeza. "Pero no importa. Drake está ahí fuera en alguna parte y en esta tormenta..."

Chase dejó escapar la frase, tratando de ignorar los destellos de imágenes de Drake sentado en su oxidado Crown Vic, acurrucado sobre el salpicadero, tratando de mantener el calor.

Intentando no morir congelado.

El agente Stitts asintió y dio unos golpecitos en el salpicadero.

"Entonces vamos", dijo.

Chase no necesitaba ningún estímulo.

***

Tardamos cuarenta minutos en salir de la ciudad, y eso con la

guinda parpadeando en el salpicadero del BMW.

Todo el tiempo, Chase siguió tratando de llegar a Drake en vano.

Fuera de la ciudad, las cosas no iban mucho mejor: aunque el tráfico era mínimo -inexistente en algunos casos-, las carreteras aún no se habían despejado. Incluso con tracción a las cuatro ruedas, la marcha era lenta.

"¿Qué es eso ahí delante?" Preguntó el agente Stitts, mirando a través de la nieve.

Chase entrecerró los ojos. Pudo ver lo que parecía un coche aparcado en el centro de la carretera.

Redujo la velocidad al acercarse, esperando que no fuera el Crown Vic de Drake.

No lo era.

Pero este hecho no sirvió para apaciguar sus preocupaciones. Había gruesas marcas de neumáticos en la nieve, lo que indicaba que otro coche, mucho más pesado, había dado un volantazo y casi se sale de la carretera.

Chase aparcó el BMW y se bajó.

Primero se dirigió al coche abandonado y cotejó el número de la matrícula con los que Dunbar le había enviado a su teléfono antes de que se quedara sin cobertura.

"Es el coche de Glenn", gritó al viento.

"¿Qué? gritó el agente Stitts. Estaba a solo unos metros de ella, pero la tormenta absorbió las palabras y las escupió en algún lugar lejano.

"¡Dije que es *el auto de Glenn!*"

El agente Stitts frunció el ceño y se puso a investigar el interior del vehículo.

Chase, por su parte, se agachó, inspeccionando las huellas de los neumáticos del otro vehículo, que ya se había desvanecido en el blanco.

Fue a mitad de camino entre donde estaba aparcado el coche de Glenn y los surcos más profundos de lo que ahora estaba convencida que habían sido hechos por el Crown Vic de Drake cuando se dio cuenta de las hendiduras.

No tenían más color que el blanco, pero había estado en suficientes escenas del crimen como para saber qué eran las motas.

Sangre... aquí es donde la sangre había derretido la nieve.

"Estuvo aquí", dijo, esta vez para sí misma. "Drake estuvo aquí".

Chase respiró hondo, entrecortadamente, y desvió la mirada hacia la carretera que tenía delante. Trató de ponerse en el lugar de Drake, de imaginar qué haría él sin servicio de móvil y con el único coche a su disposición, uno que era inútil en la espesa nieve.

Ella sabía lo que él haría.

Drake seguiría adelante. Drake seguiría caminando hasta atrapar al

asesino.

Así era él.

Chase se volvió hacia el agente Stitts, que acababa de asomar la cabeza por el coche de Glenn, con el ceño fruncido grabado en su pálido rostro.

"No hay nadie aquí", dijo.

Chase negó con la cabeza.

"¡Olvídalo! Vamos!", gritó. "¡Sigamos!"

Capítulo 67

Cada respiración de Drake le chamuscaba las fosas nasales. Incluso con las indicaciones de su teléfono, le había costado encontrar la casa de Elliot.

Finalmente, arrastrándose por la espesa nieve, encontró un pequeño pasadizo a través del bosque que le condujo hasta allí.

Tardó varios intentos en apagar el teléfono, con las manos congeladas como estaban, y decidió que intentar manejar su pistola sería como si una hormiga intentara manejar un lanzallamas, y decidió no hacerlo.

El sigilo era el nombre del juego ahora.

Aún no estaba seguro de quién le había descerebrado, aparte de ser una mujer, pero al rodear un gran arbusto y divisar su Crown Vic, supo que se trataba de alguien relacionado con Colin, con este caso.

Lo que significa que hay dos de ellos, y uno de mí. Un yo congelado.

Drake se agachó mientras avanzaba por el césped cubierto de nieve.

Había una sola luz encendida en el interior de la cabaña, que proyectaba un resplandor difuso y sombrío.

Drake aguzó el oído y contuvo la respiración, intentando captar cualquier sonido del interior, pero el viento era demasiado fuerte.

Con los miembros congelados, consiguió subir los escalones hasta el porche y se acercó a la puerta.

Estaba entreabierta, lo que le pareció extraño dado el tiempo que hacía.

Drake metió la cabeza en la abertura durante una fracción de segundo antes de retirarse.

Su respiración se volvió más agitada.

No, no dos de ellos. Tres de *ellos, y uno de mí.*

En el interior de la cabaña había tres figuras, todas ellas tumbadas o sentadas en el suelo.

Se llevó las manos a la boca y respiró sobre ellas, tratando de devolver la vida a los dígitos.

Drake no tenía ni idea de lo que ellos -Colin y los demás- estaban haciendo en el piso, pero tenía que estar preparado para actuar.

Se arrodilló y se arrastró hacia la puerta, agachándose para no ser visto a través del cristal tallado en la madera.

Con el oído cerca de la entrada, se dio cuenta de que alguien dentro estaba hablando.

Una voz masculina. Se detuvo para escuchar.

"¿Cómo pudiste, Ryanne? ¿Cómo pudiste hacer esto?"

Drake se inclinó aún más, tratando de bloquear la tormenta tapándose la oreja más alejada de la abertura.

"Nunca pensé...", sollozó el hombre. "Lo has arruinado todo. Mi vida, tu vida... los niños..."

La voz femenina que respondió era nasal, como si le hubieran roto la nariz recientemente.

"Eres un puto marica... Tenía que hacer algo, tenía que ganar dinero de alguna manera. Sólo estás cabreado porque escribí algo en unas horas que vendió más que tú en toda tu patética vida."

Esto fue seguido por más sollozos, y aunque Drake no podía ver quién estaba llorando, sabía que tenía que ser Colin.

Pero la tercera persona... ¿quién es? ¿Y por qué no hablan?

"¿Por qué, Ryanne?" gimoteó Colin. "¿Cómo pudiste hacer algo así? Has... has... *matado a* gente. Gente inocente".

Se produjo una carcajada salvaje.

"Tú mismo lo dijiste, *'escribe lo que sabes'*. Robé tu estúpido cuaderno y ni siquiera te diste cuenta. Tomé notas, escribí cada detalle sobre las chicas... sobre cómo gritaban cuando las cortaba. Sobre cómo al principio, todas trataban de ser duras. Pero al final, todas lloraban. Todas lloriqueaban, suplicaban y rogaban por sus vidas. Eran patéticos, como tú. ¿Y sabes cuál es la mejor parte? Cuando venga la policía, vendrán por ti. Incluso envié por correo las historias a un detective, con tus huellas por todas partes. Van a culparte de esto, Colin". Más risas. "¿Cómo llaman a eso? Ironía, creo. Sí, ironía".

Drake no pudo soportarlo más. Se puso en pie y tanteó para sacar la pistola de la parte trasera de sus vaqueros.

Se equivocaron; Chase y el agente Stitts se equivocaron.

Todo este tiempo buscaban a un hombre, pero era una mujer la que había cometido los horribles asesinatos, la que había escrito los macabros relatos.

Sentía el arma como un bloque de hormigón en las manos, pero algo en su interior le decía que se le estaba acabando el tiempo.

Tenía que actuar.

Drake abrió la puerta de par en par y entró agresivamente en la casa.

"¡Policía de Nueva York!" gritó por costumbre. "¡No te muevas!"

Pretendía sonar autoritario, pero, al igual que el resto de su cuerpo, sus cuerdas vocales se congelaron y sus palabras salieron en un patético resuello.

Y, sin embargo, funcionó.

De repente, todas las miradas se centraron en él y en su pistola.

La escena que se desplegó ante Drake le quitó el poco aliento que quedaba en sus gélidos pulmones.

Colin estaba sentado en el suelo, con la cabeza de su mujer acunada en su regazo. Le manaba sangre de la nariz y la boca, y tenía un ojo tan amoratado que estaba completamente cerrado.

Detrás de ellos vio a una mujer que no reconoció, atada y amordazada.

Y temblando.

Parte IV, Drake no pudo evitar pensar. *Sonrisa Roja PARTE IV.*

Colin le miró con los ojos húmedos.

"Yo no quería nada de esto", gimoteó. "No quería..."

Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que Colin sostenía el filo de un cuchillo en la garganta de Ryanne.

"¡Baja el cuchillo!" gritó, esta vez con más ganas. "Baja el cuchillo, Colin, o disparo."

Colin estaba tan ensimismado que no parecía oírle.

"Lo único que quería era ser feliz, escribir libros y pasar tiempo con mi familia. No quería nada de esto".

Colin rompió en sollozos de cuerpo entero, y en circunstancias normales, Drake habría aprovechado esta oportunidad para arremeter contra él.

Pero no confiaba en sus miembros fatigados y congelados. En su lugar, se limitó a agitar el arma.

"Colin, si no bajas el cuchillo, no tendré más remedio que dispararte. Piensa en lo que estás haciendo... tienes hijos, y aún puedes pasar tiempo con ellos. Si eso es lo que realmente quieres, baja el cuchillo".

Esta vez, Colin se dio cuenta.

"Está arruinado. Todo está arruinado". Una pequeña hendidura apareció en la garganta de Ryanne cuando Colin aplicó más presión con la punta del cuchillo. "Ella arruinó todo."

Drake tragó saliva.

"Colin, por favor, piensa..."

"Sé cómo escribir un libro... lo sé. Escribo buenos libros; a la gente le gustan".

La mujer atada y amordazada gimió de repente y empezó a retorcerse, llamando la atención de Drake.

Era como las demás, como Tanya, Melissa, Charlotte y la otra chica, la que colgaba del poste de la portería. Parecía agotada y aterrorizada, con los brazos marcados por cicatrices entrecruzadas.

Si él no hubiera llegado, Drake sabía que no habría pasado mucho tiempo antes de que sus labios también estuvieran marcados con sangre.

"¡Sé lo que quiere la gente!" gritó de repente Colin. "¡Un giro final! *¡Todo el mundo quiere un puto giro final!*"

"¡Colin, no!" Drake gritó, pero era demasiado tarde.

Colin apretó los dientes y clavó el cuchillo en la suave piel bajo la barbilla de Ryanne.

Esta vez Drake se abalanzó, pero fue demasiado lento. De la herida brotó sangre caliente que cubrió las manos y los antebrazos de Colin.

Ryanne empezó a agitarse y a chisporrotear cuando Drake se acercó.

Sabía que debía disparar, que debía eliminar a Colin Elliot antes de que éste atravesara la garganta de su esposa con el cuchillo, llevándose consigo cualquier posibilidad de salvarle la vida.

Pero no se atrevía a hacerlo.

Cuando los ojos de Ryanne se pusieron en blanco, él se concentró en su rostro.

Ya no era una persona, a pesar de la sangre que empapaba el suelo bajo los pies de Drake.

Ella era otra cosa.

Era el Dr. Mark Kruk.

Era Craig Sloan.

Ryanne Elliot era el Rey Esqueleto.

Una asesina despiadada y desalmada que merecía su destino por lo que le había hecho a Clay Cuthbert, al doctor Eddie Larringer, a la doctora Tracey Moorfield, a Tanya Farthing, a Melissa Green.

A él.

Por lo que el Rey Esqueleto le había hecho a Damien Drake.

Capítulo 68

Chase casi choca contra la parte trasera del Crown Vic de Drake cuando ella se detuvo frente a la casa de Elliot.

Saltó fuera, con la pistola desenfundada, y avanzó por la nieve hacia el porche lateral.

A mitad de camino, se detuvo por completo.

"¿Drake?" preguntó, con el corazón latiéndole con fuerza. "¿Drake? ¿Estás bien?"

El hombre del porche levantó la cabeza y la miró con ojos sombríos.

Chase corrió hacia él y volvió a detenerse cuando se dio cuenta de que había alguien descansando en su regazo. Estaba tan envuelta en mantas que era difícil distinguir su rostro, pero por una fracción de segundo, Chase pensó que era Ryanne Elliot en brazos de Drake.

"¡Aléjate de ella!", gritó. "¡Aléjate!"

El agente Stitts se apresuró a subir las escaleras, adelantándose a ella.

"No es ella", dijo. "No es Ryanne."

Drake asintió.

"Era su próxima víctima, pero llegó justo a tiempo".

El agente Stitts se agachó y cogió a la niña. Drake no se resistió.

"Está viva", dijo Stitts, mientras se dirigía hacia el coche de Chase. "Tenemos que mantenerla caliente".

Chase asintió y sintió que la invadía el alivio. Ni siquiera sabían que había desaparecido otra mujer, pero ahora estaba a salvo.

Sin embargo, su consuelo duró poco cuando se dio cuenta de que el asesino seguía suelto.

Empuñando ahora su pistola con las dos manos, Chase pasó a toda velocidad junto a Drake, manteniéndose agachada mientras escudriñaba el interior de la cabaña.

"Está muerta", dijo Drake en el mismo momento en que sus ojos se posaron en la mujer que yacía en el centro de la habitación, con el cuerpo rodeado por un charco de sangre.

"Dios mío", susurró Chase. "¿Qué pasó?"

Las palabras de Drake resonaron en su cabeza.

Ha llegado justo a tiempo... ¿Pero quién es*?*

Drake, sin emoción en la voz, con los ojos fijos en el frente, respondió: "Llegué demasiado tarde. Colin ya se había ido".

Chase respiró hondo.

"¿Qué? ¿Dónde está ahora?"

Drake negó con la cabeza.

"No lo sé, pero se ha ido. Dudo que alguna vez lo encontremos. Pero Ryanne está muerta, Chase. Ella era la que escribía los libros, la que mataba a las mujeres".

Sacó un pequeño cuaderno negro de debajo de las mantas que le cubrían los hombros y se lo tendió.

Ella lo cogió, observando que le temblaban mucho las manos.

"Tenemos que calentarte, Drake. Vas a morir congelado aquí afuera".

Pero incluso antes de que se disiparan las bocanadas de aire caliente que acompañaban a sus palabras, una fuerte sensación la invadió de repente.

Un instinto que no podía ignorar.

Eso es lo que quiere, pensó Chase con horrible tristeza. *Eso es lo que Drake quiere.*

Capítulo 69

Drake bajó la vista a su teléfono y se quedó mirando el vídeo del Dr. Kildare y su jefa de campaña, con los labios apretados. El doctor apartó los papeles de su escritorio y la apoyó sobre él. Mientras el vídeo seguía reproduciéndose, Drake levantó los ojos para mirar el edificio de apartamentos que tenía delante.

Se sentía sucio, se sentía *mal*.

Drake recordó su noche con Jasmine y pensó en cómo se sentiría si alguien les hubiera grabado. En ese momento, sintió un extraño parentesco con el Dr. Kildare, a pesar de que nunca se habían conocido.

El médico tenía una aventura, y había tenido una aventura con Jasmine. No importaba que Clay estuviera muerto mientras que la mujer del médico estaba muy viva.

Había roto la confianza de su amigo, su honor.

Y esta vergüenza era profunda.

"No puedo hacerlo", susurró. Y entonces, antes de perder los nervios, volvió a mirar su teléfono.

La mujer estaba de espaldas, con la camisa abierta dejando al descubierto unos pechos pálidos mientras el médico la besaba hambriento.

A Drake se le revolvió el estómago.

Su pulgar se posó sobre el icono del cubo de la basura, pero sólo durante una fracción de segundo.

Lo pulsó y el vídeo desapareció.

Drake se secó una lágrima de la mejilla, salió del coche y se dirigió hacia el edificio.

***

"¿Seguro que no quieres algo de beber, Drake?"

Drake negó con la cabeza.

"Estoy bien."

Ken Smith asintió.

"¿Y tienes algo para mí?"

Drake se imaginó la cara magullada y maltrecha de Ivan Meitzer y los nudillos ensangrentados de Raúl.

Ken hizo esto por ti, Drake.

"Yo no", dijo, consciente de que Raúl se había acercado sigilosamente por detrás mientras hablaba.

La expresión de Ken Smith se agrió cuando bebió otro sorbo de whisky. Hizo una pausa, agitó el líquido y luego lo miró.

"¿Seguro?"

Drake sostuvo la mirada del hombre.

"Estoy seguro. Si encuentro algo te lo haré saber".

La mejilla de Ken Smith se crispó, pero luego volvió a centrar su atención en su bebida.

Drake entrecerró los ojos. Esperaba algo más, tal vez indignación o, como mínimo, que le riñeran.

Y sin embargo, este silencio era de alguna manera peor.

"¿Qué hay de nuestra otra situación? ¿El Sargento?" Ken dijo por fin.

Drake sintió un destello de rabia en su interior, pero la ahuyentó.

"Es buena", dijo.

Ken enarcó una ceja.

"¿No tendremos más problemas con ella?"

La mirada de Drake no vaciló.

"Es buena", repitió.

Ken asintió.

"Puedes irte", dijo.

Drake asintió y se dio la vuelta para marcharse, empujando a Raúl en el proceso.

El ascensor se abrió y él entró.

"Estaremos en contacto, Drake", dijo Ken Smith desde su silla. "Me pondré en contacto contigo pronto".

Drake frunció el ceño.

Seguro que sí, pensó mientras se cerraban las puertas del ascensor.

***

"¿Qué hacemos con él?" preguntó Raúl cuando Drake se hubo ido.

Ken Smith cortó el extremo de su puro, dio una calada seca y encendió una cerilla.

Mientras esperaba a que el azufre se consumiera, centró su atención en las fotografías que Raúl había colocado sobre la mesa frente a él.

Sus ojos recorrieron las imágenes de Drake en la oficina de campaña del Dr. Kildare, primero mirando hacia atrás cuando abría la puerta, luego las imágenes ampliadas de él preparando la cámara. Luego se quedó mirando a Drake, que se cernía sobre el cuerpo desplomado de Ivan Meitzer, con los puños cerrados y la cara magullada.

Ken cogió a continuación su teléfono móvil y pulsó el botón de reproducción. El Dr. Kildare apareció en el encuadre, primero besando

y luego acariciando a su director de campaña.

Drake les había dado lo que querían, aunque se hubiera acobardado en el último momento. Después de todo, él había puesto la cámara.

Ken acercó la llama a su puro y observó cómo la envoltura se volvía de un gris oscuro.

"¿Deberíamos *tratar* con él?" preguntó Raúl.

Ken se inclinó hacia delante y cogió el hueso del dedo que Raúl había recuperado de la consulta del doctor Kildare, y lo envolvió en un apretado puño.

"No", dijo, sin levantar la vista. "Todavía le necesitamos".

Con el vídeo que habían conseguido, las elecciones estaban prácticamente ganadas.

Lo que significaba que estaban listos para poner en marcha la segunda fase del plan.

"Volverá con nosotros, y aún le necesitamos", dijo Ken distraídamente. Levantó los ojos y miró fijamente a Raúl. "Pero creo que es hora de que hagas algunas llamadas. Tenemos que prepararnos para lo que viene. Tenemos que pensar en traer a Dane".

El bigote de Raúl se crispó.

"¿Seguro? ¿Incluso antes de que Drake esté a bordo?"

Ken dio una larga y lenta calada a su puro y observó cómo el humo se dirigía hacia el techo.

"Es la hora, Raúl. Haz la llamada".

Raúl asintió y salió de la habitación.

La próxima etapa está sobre nosotros, pensó Ken mientras se llevaba el puro a los labios. *Y más vale que Nueva York esté preparada.*

Epílogo

Drake dio un sorbo a su bebida y se volvió hacia Chase. Ella le sonreía, y su bonita cara se iluminó por primera vez desde que él tenía memoria.

"¿Por qué estás tan contento?", dijo por encima de la odiosa música que retumbaba en los altavoces.

Chase se encogió de hombros.

"No diría que soy feliz, no exactamente".

"Entonces, ¿qué es?"

"No sé. Sólo estoy sorprendido por ti, eso es todo".

Drake se volvió hacia la barra y se dio cuenta de que Mickey, que fingía estar secando un vaso, le miraba de reojo.

"¿Se está ablandando conmigo, jefe?"

"No, pero parece que...", hizo una pausa. "Tienes una forma indirecta de hacer las cosas, ¿sabes? Pero al final lo consigues".

Le vino a la mente la imagen de la hoja cortando la garganta de Ryanne, pero la apartó.

"No exactamente".

Esto puso fin a la línea de conversación, y durante varios minutos, Chase y Drake disfrutaron de sus respectivas bebidas sin hablar.

"Hay una vacante de sargento en la comisaría 62", dijo por fin Chase.

Drake balbuceó.

"Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Preferiría sacarme los ojos con una cuchara oxidada antes que aceptar ese trabajo. Si me aceptaran, claro, que es tan probable como hacer tocino con carne de paloma".

Chase echó la cabeza hacia atrás y se rió, y Drake se quedó mirándola. Estaba preciosa bajo la ecléctica iluminación de Barney.

Drake no podía apartar la mirada, ni siquiera cuando ella dejó de reír. Ella lo sorprendió mirándola y él se sonrojó.

"¿Qué? ¿Me vas a echar de menos o algo?", dijo en un tono suave que apenas se oía por encima de la música.

Drake sonrió satisfecho y dio un sorbo a su bebida, disfrutando de cómo le quemaba la garganta.

"Algo así, sí. Sin embargo, no puedo creer que el FBI vaya a aceptarte. *A ti*. Quiero decir, vamos, ¿no tienen normas? ¿O esto es sólo un programa de divulgación feminista?"

Chase sonrió.

"Bueno, al parecer, mis habilidades superan mi mala toma de decisiones, que consiste principalmente en ser tu amigo".

Con eso, levantó su copa y Drake la aclamó.

Hubo otro breve silencio, antes de que Chase dijera: "Yo también te echaré de menos, Drake. Pero esto es lo que tiene perseguir a los malos; seguro que en algún momento nos volvemos a encontrar".

"Touché", dijo Drake, volviéndose hacia Mickey mientras terminaba su bebida. Sentía el vaso extraño en su mano congelada, y no se le escapaba la ironía de tener una quemadura en la mejilla mientras tenía las manos congeladas.

"Oye, Mickey, ¿vas a quedarte embobado todo el día o vas a llenarme?". Se volvió hacia Chase, "¿Qué...?"

Pero Chase ya no estaba allí. Su asiento estaba vacío y su vaso medio lleno.

"¿Con este tipo?"

Drake levantó los ojos a tiempo para ver a Chase deslizándose entre los dos gorilas que custodiaban la entrada de Barney.

"Sí, yo también voy a echarte de menos", susurró.

Mickey se acercó y le llenó el vaso.

"El que se escapó", dijo con una sonrisa irónica.

"La que nunca..."

Pero su teléfono sonó y Drake se detuvo, sacándolo de su bolsillo. Cuando vio la palabra *UNLISTED* en la pantalla, frunció el ceño. Lo primero que pensó fue que se trataba de nuevo de Ken Smith, que probablemente era la última persona con la que quería hablar en ese momento, pero luego pensó que podría ser Screech, que llamaba desde las Islas Vírgenes o desde dondequiera que estuviera "trabajando".

Al final, no fue ni lo uno ni lo otro.

"¿Hola?", me dijo.

Respondió una voz femenina y tranquila.

"¿Drake? Gracias a Dios, llevo días intentando localizarte".

La columna vertebral de Drake se enderezó de repente.

"¿Jazmín? ¿Va todo bien? ¿Suzan está bien?"

El único sonido al otro lado de la línea era una respiración agitada.

Drake se puso en pie de un salto.

"Dime dónde estás, Jasmine. Iré hacia ti, sólo dime..."

"He estado intentando localizarte, Drake. He estado llamando y llamando..."

"¿Qué pasa? Maldita sea, sólo dime..."

"Lo último que quería era hacer esto por teléfono, pero..."

"*¡Jazmín! ¡Dime qué te pasa!*"

"¿Qué pasa? Drake... estoy embarazada".

El vaso resbaló de los dedos congelados de Drake y se estrelló contra el suelo.

"*¿Tú eres qué?*"

FIN

Nota del autor

Damien Drake es mejor cuando está en su peor momento.

Un fan me escribió esto después de leer Causa de muerte y no podría estar más de acuerdo. El agente del FBI Jeremy Stitts también le dice a Drake que las cosas van a empeorar mucho para él antes de mejorar.

Si es que alguna vez lo hacen.

Lo único cierto es que la historia de Drake no ha hecho más que empezar. Pero Descargar asesinato también representa una especie de encrucijada. Como habrás adivinado, Chase se marcha a pastos más verdes. Pero antes de que derrames un cubo lleno de lágrimas, debes saber esto: Chase ya tiene su propia serie, con el primer libro, FROZEN STIFF, que saldrá el mes que viene. Su historia es más profunda, y su pasado más turbulento, de lo que los libros de Drake pueden hacer justicia. Además, esta detective bajita y luchadora se merece su propia serie, ¿no crees?

Pero Chase no es el único que abandona el mundo de Drake: el doctor Beckett Campbell también tendrá su propia serie. Sin embargo, a diferencia de Drake y Chase, Beckett está empezando a conocer quién es realmente. Y aún no está claro si le gusta en quién o en qué se está convirtiendo.

Pero basta de tanto ruido... Quiero hablar de Drake, y de Download Murder.

Gran parte de este libro, en particular el diálogo del agente Stitts, está influenciado por el trabajo de Gavin de Becker, y en concreto por su libro *The Gift of Fear (El don del miedo).* Recomiendo encarecidamente echarle un vistazo, ya que trata de formas reales y sin tonterías de identificar precursores específicos de la violencia y cómo protegerse de ella. Lo que revela su vasta experiencia puede sorprenderte. A mí, desde luego, me sorprendió.

Ah, y no te preocupes, aunque Beckett y Chase tengan sus propias series, Drake volverá en SKELETON KING, que ya está disponible. Si tengo que decirte de qué va en este punto del viaje de Drake, es que te has perdido el barco.

Lo siento; coge un salvavidas y vuelve a empezar desde el principio.

Como siempre, si tienes alguna pregunta o simplemente quieres charlar, escríbeme a patrick@ptlbooks.com. Tengo una cantidad ingente de correos electrónicos sin leer (créeme, te dará vueltas la cabeza), así que si no he recibido el tuyo, envíame otro. Y otra vez. Excepto a ti, mamá; te estoy ignorando a propósito.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Patrick
Montreal, 2017

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre 2023

REY ESQUELETO

PATRICK LOGAN



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Rey Esqueleto

Detective Damien Drake Libro 4

Patrick Logan

Vivir es sufrir,
sobrevivir es encontrar sentido al sufrimiento.
-Friedrich Nietzsche

Rey Esqueleto

Prólogo

El sargento Henry Yasiv dio una calada a su cigarrillo, sintiendo cómo el humo caliente le llenaba primero la garganta y luego los pulmones.

Se frotó las sienes mientras fumaba, con los ojos recorriendo la calle acordonada por coches de policía. Era una tarde normal de mayo en Nueva York, fresca y húmeda, pero también una que nunca olvidaría.

Henry dio otra calada y, esta vez, retuvo el humo en sus pulmones un instante más de lo que debería. Una repentina oleada de mareo le golpeó, lo que, si no otra cosa, sirvió para apartar su mente de lo que estaba a punto de ver.

La llamada se produjo sobre las ocho y media. La persona que llamaba era anónima, pero su voz era la de un varón de entre cuarenta y sesenta años, si no había hecho ningún intento por disimularla, claro.

"El Rey ha vuelto", dijo el hombre a la central. Cuando la central le pidió que lo aclarara, su respuesta fue: "El Rey ha vuelto a la 9ª con la 21ª Oeste".

Como era el protocolo, incluso las llamadas de broma más oscuras y probables realizadas al 911 en la ciudad de Nueva York siempre eran seguidas por uno u otro agente. Cuanto más probable era que la llamada fuera una broma, más tiempo se tardaba en llegar al lugar de los hechos, sobre todo si no había más corroboración. Pero en este caso, un impaciente policía de ronda llamado Alan Petrovich debía de estar aburrido, o quizá acababa de llenarse la cara de donuts, cuando recibió la llamada.

Había llegado al lugar en menos de media hora. Y después de llegar, sólo pasaron cinco minutos antes de que hiciera una llamada que llegó hasta arriba, a Henry Yasiv, sargento de la comisaría 62.

Y ahora, con la calle 21 W bloqueada por coches de policía entre la 8ª y la 10ª Avenida, Yasiv se encontraba de pie frente a una gran casa de piedra rojiza fumando un cigarrillo, mientras sus hombres peinaban el interior del edificio.

No era ningún secreto, ni para él ni para sus hombres, que sólo estaba retrasando lo inevitable. Pero por muy desesperado que estuviera Henry por salvar las apariencias, no se atrevía a entrar.

Todavía no.

Durante su breve estancia en Nueva York, Henry había visto

muchas muertes, y nunca fue fácil. Le habían mentido diciéndole que, con el tiempo, sería capaz de despersonalizar a las víctimas, convertirlas de personas en cosas y, al hacerlo, la muerte ya no le afectaría como a una persona normal.

Pero a Henry aún no le había pasado, y quizá nunca le pasaría.

"¿Sargento Yasiv?"

Henry exhaló una espesa nube de humo y se volvió hacia uno de sus detectives, un hombre ocho o nueve años mayor que él.

"¿Sí?"

El hombre frunció el ceño.

"Creo que va a querer venir a ver esto", dijo rotundamente el hombre.

Claramente, el detective había aprendido a lidiar con la muerte mejor de lo que él nunca lo haría.

Tras una última calada, Henry asintió y tiró el cigarrillo a la calle.

"Ve delante", dijo.

El detective entró en la casa de piedra rojiza y se calzó los zapatos de la entrada. Yasiv hizo lo mismo y luego respiró hondo.

"Muéstrame lo que tenemos".

***

"El agente Petrovich pasó por aquí", dijo el detective, un hombre llamado Chris Wentworth, indicando la puerta principal de la casa de piedra rojiza con un dedo fino. Trazó una línea en el aire por el largo pasillo. "Llamó varias veces y luego forzó la entrada cuando vio un movimiento sospechoso cerca de la parte trasera".

El sargento Yasiv se quedó mirando las fotografías de las paredes mientras avanzaba por el pasillo, intentando poner nombre a alguno de los rostros de los hijos, la mujer, el marido, con los que se cruzaba. El lugar en sí estaba en perfectas condiciones y, a juzgar por la cantidad de brillo que reflejaba algún que otro marco cromado, estaba muy bien cuidado.

Y *caro*, muy caro.

"La puerta trasera estaba parcialmente abierta", continuó el detective Wentworth, "pero cuando Alan se asomó, no vio a nadie, así que continuó su búsqueda en el interior. Fue entonces cuando encontró esto".

El detective Wentworth señaló la puerta abierta del sótano y se dirigió hacia ella, pero Yasiv le detuvo levantando una mano.

"¿Y dónde está el oficial Petrovich ahora?"

El detective Wentworth había estado frunciendo el ceño desde que entró en la casa de piedra rojiza, pero ahora la expresión se hizo aún más exagerada hasta que parecía que sus labios iban a resbalar de su

cara hasta su cuello.

Cuando señaló esta vez, el delgado dedo del hombre temblaba ligeramente.

El agente Alan Petrovich estaba sentado en el sofá de una habitación contigua. El primer instinto de Yasiv fue gritarle que se levantara para evitar contaminar posibles pruebas, pero la forma en que estaba desplomado, con la cara entre las manos, le convenció de lo contrario. Dos agentes uniformados y un hombre del CSU se cernían sobre él, ofreciéndole una botella de agua y un masaje reconfortante en la espalda.

Fue un alivio ver que no era el único afectado por la muerte.

Yasiv tragó saliva y se volvió hacia la puerta del sótano. Con un gancho en la barbilla, le dijo a Wentworth que le guiara. Y luego siguió al detective hasta el sótano.

Yasiv no sabía lo que vería allí abajo, pero tenía una expectativa basada en lo agitado que estaba el oficial Petrovich arriba. Pero lo que no había esperado era algo prístino, algo impoluto, sin mancha, igual que el piso de arriba.

No había salpicaduras de sangre en las paredes ni huellas ensangrentadas en el suelo de madera. De hecho, hasta que Yasiv llegó al fondo de la habitación, a la mesa de billar, nada parecía fuera de lugar.

Pero había algo en la mesa de billar...

Alguien había colocado una lona encima, una de esas lonas azules de camping arrugadas de todas las formas posibles, y parecía muy fuera de lugar en esta casa de sábanas pulcramente planchadas.

La propia lona cubría algo irregular.

Yasiv hizo todo lo posible por controlar la respiración mientras se acercaba. Varios hombres con trajes de plástico blanco estaban de pie alrededor de la mesa de billar, y todos dieron un respetuoso paso atrás cuando él se acercó.

Las expresiones de los rostros de los hombres no eran muy diferentes de las del detective Wentworth.

"¿Tienes un juego de guantes?"

Wentworth asintió, sacó dos guantes de plástico del bolsillo y se los entregó a Yasiv. El sargento se los puso mientras se acercaba a la mesa de billar.

Con una última respiración profunda, Yasiv agarró el borde de la lona y la levantó lentamente.

Al principio no vio nada, pero entonces uno de los técnicos se inclinó hacia él y le alumbró con una linterna.

A Yasiv se le atascó la respiración en la garganta, lo que probablemente fue lo mejor; si hubiera podido respirar, lo más probable es que hubiera gemido.

Dos cuencas huecas le miraban fijamente, hoyos negros incrustados en el hueso semiblanqueado de un cráneo. En la coronilla de la cabeza había un solo hueso del dedo, cementado en su sitio.

Y ahora, Yasiv estaba bastante seguro de que jadeó.

Sus dedos soltaron la lona y luego se arrancó rápidamente uno de los guantes utilizando los dientes para agarrar la abertura por la muñeca.

Wentworth le miró con los ojos muy abiertos.

"¿Estás bien?"

"Tengo que hacer una llamada", dijo Yasiv rápidamente. "Tengo que hacer una llamada".

En el fondo de su mente, era consciente de que la gente le miraba como si hubiera perdido la cabeza, pero a Yasiv no le importaba.

Sacó el móvil del bolsillo y, con un dedo tembloroso, Yasiv recorrió sus contactos. Cuando encontró el nombre que buscaba, no dudó antes de llamar.

El teléfono sonó una vez, dos veces, y al tercer timbrazo alguien descolgó.

"¿Hola?" Preguntó una voz ronca.

"¿Drake? Drake, soy el Sargento Henry Yasiv."

Hubo una breve pausa.

"¿Sí? ¿Qué pasa?"

Yasiv se frotó las sienes y cerró los ojos un momento.

"Está pasando de nuevo, Drake. Ha vuelto".

Hubo otra pausa, mucho más larga que la primera, pero antes de que Yasiv pudiera preguntar si Drake seguía allí, la lona se deslizó de repente fuera de la mesa de billar, revelando un esqueleto completo y blanqueado.

Sólo que no era *sólo* un esqueleto.

También había un cinturón colgando de los huesos de la cadera.

Un cinturón de cuero, con una distintiva hebilla cromada en el centro.

Cuando los ojos de Yasiv se centraron en aquella hebilla, se dio cuenta de que la reconocía.

El teléfono se le resbaló de la mano y cayó al suelo.

"Es Simmons", jadeó el sargento Yasiv. "Es el detective Frank Simmons".

PARTE I - Una ardilla y un conejo

Verano de 1998

Capítulo 1

"Está muerta", dijo simplemente Ray Reynolds. Utilizó un palo para levantar el cadáver inerte de la ardilla. Tenía la parte central aplastada y la cabeza y las patas colgaban a ambos lados del palo.

"Creo que voy a vomitar", dijo Drake, agarrándose el estómago.

Ray se rió entre dientes.

"Es sólo una ardilla, supéralo".

Drake sacudió la cabeza y desvió la mirada mientras su estómago daba vueltas de campana.

"Es asqueroso de cojones", consiguió decir entre labios fruncidos.

Ray bajó la ardilla al suelo.

"Deberíamos enterrarlo", dijo distraídamente.

Drake tuvo una arcada y luego escupió un fajo de flemas en el suelo.

"Eres un marica, ¿lo sabías?" dijo Ray riendo. "Un verdadero puto..."

Dejó de hablar tan bruscamente que Drake levantó la cabeza y miró a su amigo. Ray se apartó el pelo negro de la cara y sus ojos oscuros se centraron en un matorral junto al camino de tierra en el que se encontraban.

"¿Qué? preguntó Drake, logrando por fin asentar el estómago. Haciendo un esfuerzo deliberado por no mirar a la ardilla muerta, se levantó y se dirigió al lado de su amigo. "¿Qué pasa?"

Ray le hizo callar y Drake escuchó, pero no oyó nada.

"¿Qué es lo que...?"

Ray le hizo callar de nuevo, esta vez con más agresividad.

Drake puso los ojos en blanco y guardó silencio.

Sólo me está jodiendo. Tratando de asustar-

Pero entonces Drake oyó algo: un suave maullido, el sonido que podría hacer un gatito hambriento.

Ray asintió como si se diera cuenta de que Drake había oído de repente lo que él estaba escuchando. Y entonces el chico se acercó a la maleza, caminando deliberadamente, con determinación.

Drake le siguió, pero con cautela. El corazón se le aceleraba en el pecho, aunque sabía que era una tontería. Tenía catorce años, no siete; ningún hombre del saco iba a salir de detrás de un arbusto.

Y sin embargo había *algo* allí...

Ray se agachó y apartó los arbustos con una mano, y a Drake se le cortó la respiración.

Allí, tumbadas sobre un trozo de hierba expuesta, había varias crías de ardilla. A Drake le resultaba difícil determinar exactamente cuántas, dada la cantidad de sangre que había.

Esta vez, cuando su estómago se revolvió, expulsó su última comida -un bocadillo de atún- y vomitó allí mismo, en el suelo.

Pensó que entonces Ray se reiría de él, que volvería a llamarle maricón, pero lo único que vio en los ojos de su amigo fue tristeza.

"Lo siento", refunfuñó Drake, sin saber muy bien por qué o para qué. Se limpió la boca con el dorso de la mano y luego miró a lo lejos, posando la vista en la granja, donde la señora Reynolds estaba sentada viendo la televisión.

"Deberíamos ir a buscar a tu madre", se ofreció.

Ray no respondió; a diferencia de Drake, no podía apartar la vista de las ardillas.

Drake no quería mirar, pero se sintió obligado. Respiró hondo y bajó los ojos.

Ahora veía que había tres ardillas, todas bebés, dos de las cuales ya estaban muertas. La última ardilla se aferraba a la vida y probablemente a la esperanza de que su madre, la muerta en el camino que Ray había recogido con el palo, volviera y le salvara. Pero una mirada a la forma en que su pequeño y peludo cuerpo había sido despedazado, y Drake supo que eso no era una posibilidad aunque la madre hubiera estado viva.

"¿Qué les ha pasado?", susurró.

Ray se elevó a toda su altura, dejando que los arbustos protegieran de nuevo a la ardilla moribunda.

"Un zorro, tal vez, o podría ser un pájaro."

Drake asintió sombríamente.

"Iré a buscar a tu mamá".

Ray no contestó, pero nunca le gustó mucho divagar: ése era el trabajo de Drake. Ray era el contemplativo del dúo, mientras que a Drake le gustaba hablar.

Mucho.

Ray Reynolds se acercó y retiró el arbusto, y luego se movió hasta quedar suspendido justo encima de las ardillas.

Antes de que Drake pudiera comprender del todo lo que estaba haciendo su amigo, Ray levantó el tacón de su desgastada zapatilla de correr y lo estampó contra la parte superior de la cabeza de la ardilla.

El quejido se acalló de inmediato, y el suelo, ya saturado de sangre, se tiñó de un carmesí aún más oscuro.

"¡No! ¿Qué estás haciendo?" preguntó Drake, o creyó preguntar, pero no pudo estar seguro de haber pronunciado las palabras antes de que le invadieran de nuevo las ganas de vomitar. Mientras le lloraban los ojos y le entraban arcadas, vio que Ray volvía a levantar el pie y lo golpeaba con fuerza en el cráneo por segunda vez.

Capítulo 2

"Enciende la manguera, Drake."

Drake, que seguía aturdido, se agachó y abrió el grifo. El agua empezó a brotar del extremo de la manguera, limpiando la sangre y la piel que se adherían a la zapatilla de Ray.

"No puedo creer que hayas hecho eso", dijo Drake, más para sí mismo que para su amigo.

Ray, como era su estilo, no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros.

En la mente de Drake, vio los ojos de la ardilla, esas pequeñas cuentas negras, abrirse de par en par cuando el pie bajó y aplastó su cráneo, acabando con lo que le quedaba de vida. Sabía que esto no había sucedido *realmente,* la ardilla no tenía ni idea de su inminente destino, y sin embargo esta imagen se alojó en la mente de Drake.

Cuando terminó de lavarse el zapato, Ray se llevó la manguera a la boca para beber un trago. Luego se la ofreció a Drake, que al principio negó con la cabeza; después, saboreando el atún agrio en los labios, la tomó y se enjuagó la cara.

"Estaban sufriendo", dijo Ray al fin. "Les saqué de su miseria".

Y entonces le tocó a Drake quedarse callado. Sabía que lo que decía su amigo era cierto y, sin embargo, no podía creer que Ray lo hubiera hecho de verdad, que hubiera matado al animal. No era el *mayor* problema del mundo, no era como si hubiera matado a una persona y, sin embargo, esa imagen -la imagen del talón cayendo y el sonido y la humedad de todo- perseguiría a Drake durante muchas noches.

Cuando terminó con el agua, Drake volvió los ojos hacia el brillante sol de arriba.

Se acercaban las cuatro de la tarde, y el sol no daba indicios de amainar hacia el atardecer. La ola de calor que había asolado Nueva York durante todo el verano aún no había renunciado a derretir la Tierra.

El sudor resbaló por la frente de Drake y se lo secó con el dorso de la mano.

"¿Qué quieres hacer ahora?" preguntó Ray.

Lo que Drake quería era ir a algún lugar fresco, a algún lugar interior. Entonces debió de echar un vistazo a la granja, porque Ray negó con la cabeza, aunque Drake no había dicho nada.

"Sabes lo que dijo papá: no quiere que entremos ahí cuando él no está. Ya sabes, por mi madre", dijo Ray, bajando los ojos a la tierra.

Drake asintió.

Recordó la forma en que el Sr. Reynolds los había sentado a ambos cuando Drake llegó por primera vez a la granja. Había hablado brevemente de la señora Reynolds, de su enfermedad, y luego había pasado a una serie de normas para las dos semanas siguientes. Nada demasiado restrictivo, sólo más de lo mismo: si vas a nadar, nunca vayas solo, nada de salir de la propiedad, y mantente fuera de la casa tanto como sea posible durante el día. Dos semanas era lo máximo que Drake se había quedado en la granja; si hubiera dependido de él, se habría quedado todo el verano. Su primer viaje había sido sólo un fin de semana largo. Al año siguiente, una semana. Este año, dos.

Y cada vez que venía, la Sra. Reynolds estaba enferma. De hecho, desde que Ray y Drake se habían hecho amigos, gravitando naturalmente el uno hacia el otro porque realmente no encajaban con el resto de la escuela, la señora Reynolds había estado enferma.

Pero esta vez era diferente. Había un olor en el aire, algo que le recordó a Drake la vez que había husmeado en los cajones de su abuela en busca de monedas sueltas.

Esta vez, la Sra. Reynolds estaba *realmente* enferma.

Ray sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió uno. Luego le ofreció el paquete a Drake.

"¿Quieres uno?"

Drake negó con la cabeza.

"¿Son de tu madre?" Preguntó, reconociendo el envoltorio azul. Normalmente fumaban Marlboro, ya que era la única marca que vendían en la tienda de la esquina. Y ésta era la única tienda que les servía, teniendo en cuenta su edad.

Ray asintió y dio una calada.

"No es como si los necesitara. ¿Seguro que no quieres uno?"

A Drake le gustaba fumar de vez en cuando, o al menos *quería* hacerlo, pero ahora no le apetecía. Su estómago todavía no estaba bien.

"Quizá más tarde".

Ray siguió fumando su cigarrillo y, mientras lo hacía, Drake miró a su alrededor. La granja de los Reynolds era muy diferente de los alojamientos de Drake en la ciudad, lo que constituía la mayor parte de su atractivo. La rústica granja de madera en la que la Sra. Reynolds pasaba la mayor parte de sus días era tan poco espectacular como las demás. Pero era la tierra... los acres y acres de desierto descuidado lo que hacía que Drake volviera. Eso, y la falta de cuernos. Drake tardó uno o dos días en quitarse de la cabeza el sonido de las bocinas de los coches.

Ray terminó el cigarrillo y molió la colilla bajo el tacón de su zapato, antes de enterrarla con un montón de tierra.

"¿Qué quieres hacer ahora?" repitió Ray.

A decir verdad, Drake no quería hacer nada. De hecho, todo el incidente con la ardilla le había dejado intranquilo.

Ni una sola vez durante todo el tiempo que había pasado en la granja, Drake había querido volver a casa, más bien todo lo contrario. Pero ahora, con la imagen de esas cuentas...

"Vamos", dijo Ray con una sonrisa de satisfacción, sacando a Drake de su cabeza. "Tengo algo que enseñarte".

Capítulo 3

"¿Es real?" susurró Drake, intentando contener su ansiedad.

"¿Qué te parece?" Ray giró el arma entre sus manos mientras hablaba y luego le dio la vuelta y le tendió la culata a Drake.

Drake negó con la cabeza y dio un paso atrás.

"Jesús, Drake. Es sólo una maldita pistola de aire comprimido."

Drake tragó saliva, pero al final alargó la mano y cogió el arma de las manos de su amigo. La culata era de madera y parecía bastante sólida, pero el cañón parecía un poco endeble. Era de metal, pero no le pareció lo bastante pesado. La giró en sus manos, inspeccionándola, intentando parecer más interesado de lo que realmente estaba, antes de devolvérsela.

"¿Por qué lo tienes?"

Ray lo volvió a poner en la estantería del garaje.

"No es mío. Es de mi padre. Me llevó un par de veces a cazar conejos. Intenta esconderlo, pero creo que sabe que puedo encontrarlo. No era una de sus 'reglas', después de todo".

"Quién iba a decir que eras un Boy Scout tan regular", dijo Drake, tratando de aportar algo de ligereza a la pesadez del día.

No funcionó. A decir verdad, las bromas de Drake nunca le caían bien a Ray. A veces, Drake pensaba que su amigo era alérgico a la risa.

Sin embargo, Drake creyó detectar un atisbo de sonrisa en el rostro de Ray en esta ocasión. De hecho, desde el incidente con las ardillas aquella tarde, el humor de Ray parecía haberse levantado.

Mientras que la de Drake había caído en picado.

Para distraerse, Drake observó las herramientas que había sobre el banco de trabajo. Su propio padre no era un gran manitas, y su hermano era el que había adquirido todas las habilidades prácticas. El propio Drake pensó que podría cortarse un dedo cortando un filete. Quién sabía qué parte de su cuerpo podría perder si intentaba cortar una cuerda de leña o serrar un trozo de madera.

"¿Qué hace tu padre con todo esto?" Preguntó moviendo la mano sobre el banco. Reconoció los martillos, una sierra, un mazo de algún tipo, pero el resto... no tenía ni idea de lo que hacían más de la mitad de las herramientas, y mucho menos de cómo funcionaban.

Ray se encogió de hombros.

"Repara la granja, supongo. No sé. Para ser sincero, nunca le he visto usar la mitad de estas cosas".

La sonrisa de su amigo creció de repente.

"Pero hay una cosa que le veo usar mucho".

Drake frunció el ceño. La tarde había empezado poniendo fin al sufrimiento de una cría de ardilla y luego había degenerado en jugar con una pistola en el granero. Si alguna vez hubo un episodio de la PSA oculto en la vida de Drake, fue éste, aquí, en este mismo lugar.

Y ahora su amigo tenía algo más que enseñarle, algo que su padre utilizaba a menudo...

Drake estaba seguro de que era una mala idea, pero tenían tres horas para matar, más o menos, antes de la cena.

"Vamos", le instó su amigo, acercándose a Drake y tirando de él hacia el banco. Entonces Ray se agachó y rebuscó en algunos de los cubos que estaban escondidos debajo, antes de encontrar por fin lo que buscaba.

Volvía a sonreír, mostrando unos dientes que eran un poco demasiado pequeños para su boca, unos dientes que Drake rara vez había visto.

Hubo un tiempo en que Ray era un niño normal, que reía y jugaba con los demás, aunque nunca encajara del todo. Pero eso fue antes... antes de qué, Drake no podía estar seguro. Si fuera adivino, habría apostado a que el cambio se produjo cuando su madre enfermó por primera vez.

"La medicina para la tos del abuelo", dijo Ray.

En las manos de su amigo había una enorme botella de whisky escocés, con la palabra *Ballantine's* escrita en la etiqueta morada. Ray desenroscó el tapón y bebió un trago. Intentó mostrarse tranquilo, pero no fue capaz de disimular una mueca. Luego le tendió la botella a Drake, que la cogió. Olía a trementina y sabía a queroseno, pero era *algo*.

"A ver si lo he entendido bien: tu padre viene aquí, a lo mejor le dice a tu madre que va a arreglar el desagüe y luego fuma cigarrillos y bebe whisky toda la tarde. ¿Entendí bien? ¿Eso es ser adulto?".

Ray dejó de sonreír de repente.

"Mi padre no fuma".

Drake se encogió de hombros.

"En fin, ya te haces una idea".

Ray bebió otro trago de whisky, esta vez más grande, y se limpió la boca con el dorso de la mano. Luego volvió a enroscar el tapón, sin molestarse en ofrecérselo a Drake.

Después de volver a meter la botella en el cubo y empujarla bajo el banco, Ray se detuvo, de espaldas a Drake.

Las manos del chico temblaban, se dio cuenta Drake.

Mientras observaba, Ray apretó las manos. Cuando abrió las palmas, ya no temblaban.

Tal vez matar a esa ardilla le está afectando más de lo que dice, pensó Drake. *Realmente* espero que *sea así.*

Capítulo 4

"¿Se divirtieron explorando?" preguntó John Reynolds mientras servía verduras en su plato. Ya tenía la mejilla llena de filete y, mientras hablaba, le corría jugo por la barbilla.

A Drake normalmente le encantaba la cocina de John -era carne con patatas, mucho menos refinada de lo que estaba acostumbrado-, pero al mirar el trozo de vaca carbonizada que tenía ahora en el plato... no pudo evitar imaginarse la ardilla muerta en su lugar, con sus entrañas marrones y rojas manchando la cerámica.

Cortés o no, de ninguna manera iba a comer carne esta noche.

Tal vez nunca más.

Drake consiguió echarse a la boca unos cuantos guisantes perdidos sin que se le cuajara el estómago.

"Sí... y mañana creo que iremos al estanque", dijo Drake después de tragar saliva.

John Reynolds miró a su hijo y le señaló un tenedor con un trozo de carne ensartado en las púas.

"Recuerda lo que dije, Ray. Sistema de compañeros en todo momento si vas a entrar en el agua".

Ray asintió y los tres comieron en silencio durante varios minutos.

El Sr. Reynolds no tardó en darse cuenta de que Drake no estaba tocando su filete.

"¿Estás bien, Drake? ¿No tienes hambre?"

Drake negó con la cabeza.

"El estómago no se siente muy bien", dijo. "No quiero ser grosero, pero esta noche no tengo tanta hambre".

"Más para mí, entonces", dijo John con una sonrisa. Se acercó y clavó el tenedor en el filete de Drake. Un segundo después, había encontrado un nuevo hogar en el plato del hombre.

Unos minutos después, se instaló en el estómago del Sr. Reynolds.

La madre de Drake se habría horrorizado por esto, pero su madre no estaba aquí. De hecho, tampoco estaba la de Ray.

"¿Cómo está mamá?" Ray preguntó, como si leyera los pensamientos de Drake.

John se tomó su tiempo para responder, eligiendo primero limpiarse la boca.

"Arriba y abajo", dijo. "Más o menos como todos los días. Ustedes no entraron durante el día a molestarla, ¿verdad?"

Tanto Ray como Drake negaron con la cabeza.

"Bien. El médico dice que sólo necesita descansar. Mucho descanso,

y ella estará de pie y en 'em en ningún momento ".

Drake y Ray intercambiaron miradas, pero ninguno de los dos dijo nada y durante los siguientes minutos el trío comió en silencio. John Reynolds era un hombre trabajador, de manos callosas y uñas sucias, y comía como tal, engullendo el filete que Drake no se había comido y metiéndose guisantes en la boca como si aquella fuera la última comida que tendrían en algún tiempo. Horas, días, incluso meses. Como si estuvieran esperando una hambruna.

Ray comía como su padre, pero con menos fervor. Y Drake... Drake apenas comía.

Su mente estaba ocupada pensando en la madre de Ray, en Angelina Reynolds, una mujer delgada y frágil, que aparentaba al menos el doble de sus 38 años.

Si conseguía bloquear la agresiva masticación de los dos hombres que estaban frente a él, Drake creyó oír los sonidos de la máquina que ayudaba a Angelina a respirar y que llegaban hasta ellos desde el piso de arriba. Hacía clic y silbaba como una especie de banda sonora mórbida de su comida.

No siempre había sido así. Cuando Drake había venido por primera vez a visitar la granja, Angelina había pasado bastante tiempo con ellos, y su personalidad efervescente había sido un soplo de aire fresco. Pero luego había enfermado. Drake aún recordaba el día en que Ray se le acercó en la escuela, con lágrimas en los ojos...

"Mamá está enferma", había dicho Ray. "Algún tipo de enfermedad pulmonar. El doctor dice que quizá nunca mejore".

Era cáncer, se enteraron más tarde. En aquella época, Drake no sabía lo que era el cáncer. Conocía las enfermedades, por supuesto, pero su experiencia se limitaba a la gripe, que solía contraer en invierno, y a la varicela, que recordaba haber contraído cinco o seis veces a pesar de que su madre afirmaba que en realidad sólo se podía contraer una vez.

Pero a medida que pasaba el tiempo, y mientras veía cómo el cuerpo de Angelina Reynolds empezaba a consumirse lentamente como si se la estuvieran comiendo desde dentro, Drake empezó a pensar en el cáncer como algo horrible, una enfermedad que se comía tu alma y te chupaba la vida como un parásito.

Y a pesar de los comentarios de John sobre la mejoría de su mujer, Drake estaba bastante seguro de que no era así. Tal vez fuera porque pasaba mucho tiempo sin ver a Angelina y, cuando lo hacía, su estado siempre era mucho peor de lo que había sido. Era como intentar saber si te crecía el pelo mirándote al espejo todos los días. Te acostumbras tanto a tu propio reflejo que no ves el crecimiento hasta que un día te levantas, te miras en el espejo y dices, santa solución de mantequilla de cacahuete, me llega hasta los tobillos.

Y Drake temía el día en que John y Ray llegaran a la misma conclusión.

Cuando se miraron en el espejo del alma de Angelina Reynolds y se dieron cuenta de que ya no estaba allí.

Un sonido atrajo los ojos de Drake.

John Reynolds golpeaba el tenedor contra el plato de cerámica con una sonrisa de oreja a oreja.

"¿En qué estás pensando, chico? Parece que estás perdido en tu propio mundo".

El tenedor de Drake, que se dio cuenta de que estaba lleno de zanahorias y guisantes, flotaba en el aire. Lo bajó hasta el plato y luego lo apartó suavemente de él.

"Nada", dijo en voz tan baja que no sabía si los otros dos hombres de la mesa podían oírlo. "Es sólo que no me encuentro del todo bien".

Capítulo 5

Drake se despertó sobresaltado. Se incorporó de golpe y se quitó de encima las sábanas húmedas.

No podía recordar su sueño, sólo que tenía que ver con las ardillas. Se sentía como un marica, tal y como le llamaba Ray, pero no podía evitarlo.

Drake miró a su amigo, que había estado durmiendo en la cama a su lado, y se sorprendió al ver que no estaba allí. La cama estaba deshecha, la sábana echada hacia atrás, pero Ray no estaba tumbado en ella.

Recuperando el aliento, Drake echó un vistazo a la habitación. La ventana estaba ligeramente abierta y las persianas subidas. La luz de la luna lo iluminaba todo como el humo azulado de un cigarrillo. Parpadeando y secándose el sudor de la frente, Drake se puso de pie y se acercó a la ventana.

Medio esperaba ver a su amigo fuera, ver a Ray con los brazos extendidos delante de él como un zombi mientras caminaba sonámbulo por el césped. Ray había sido sonámbulo en el pasado, pero Drake o John solían encontrarlo acurrucado en el sofá de abajo.

Ray no había salido, al menos de momento.

Y parecía que esta vez tampoco lo había hecho; todo lo que Drake vio fueron campos vacíos. Escuchó por un momento los aullidos de coyote que llenaban el aire nocturno, antes de apartarse de la ventana y dirigirse a la puerta de al lado. Al igual que la ventana, también estaba ligeramente abierta. Un rápido vistazo al reloj de la mesilla de noche mostró que se acercaban las cuatro de la madrugada, lo que significaba que John Reynolds se levantaría dentro de una hora, preparando su café extra fuerte para la jornada en el molino. Consciente de ello, Drake salió lenta y silenciosamente de la habitación, curioso, pero aún no preocupado, por la seguridad o el paradero de Ray. Si hubiera sido al revés, si Drake fuera el que había desaparecido en mitad de la noche, Ray podría haber activado una de esas sirenas que utilizaban durante la Segunda Guerra Mundial para avisar de un bombardeo inminente.

Y sin embargo, cuando Drake se dirigió al pasillo y seguía sin haber rastro de su amigo, y cuando se asomó por las escaleras y no vio a Ray acurrucado en el sofá, empezó a sentir un pálpito en el pecho.

La habitación de Drake y Ray estaba situada en el centro del pasillo, mientras que la de John y Angelina estaba en un extremo y la de invitados en el otro. Al menos así era antes. Pero después de que

Angelina enfermara, John la había trasladado a la habitación de invitados. Una vez, después de demasiadas copas, afirmó que lo había hecho por ella, para que estuviera más cómoda y no la molestaran sus "ronquidos de motosierra oxidada". Pero Drake no pensaba lo mismo. Pensaba que era porque era *ella* la que *le* mantenía despierto, que su respirador y su botella de oxígeno y su mascarilla y todas esas cosas que Drake no tenía ni idea de cómo funcionaban ni de lo que hacían, mantenían despierto a John. Probablemente ni siquiera era sólo el ruido. El recuerdo constante de su muerte inminente era demasiado para John.

Y era esa puerta, la de la habitación de Angelina Reynolds, la que también estaba entreabierta.

No es que su habitación estuviera completamente prohibida -John no la tenía encerrada ni nada por el estilo-, pero había una norma no escrita según la cual sólo entrarían, sólo la verían, si John estaba presente o si la señora Reynolds preguntaba expresamente por ellos. A Drake le parecía bien, porque a él tampoco le gustaba mucho que le recordaran su propia mortalidad. Y sin embargo, esta noche, a las cuatro de la mañana, se sintió obligado a entrar.

Se sintió atraído por ella, en parte por el olor a humo de cigarrillo que emanaba de su interior, y en parte porque pensó que Ray podría estar allí dentro.

Y sobre todo porque sentía curiosidad.

Drake caminó de puntillas por el suelo, encogiéndose a cada paso cuando sus pies húmedos hacían un molesto ruido al pegarse a la madera. Al acercarse a la puerta, aminoró aún más la marcha. Lo que al principio había creído que eran imaginaciones suyas, que era imposible que saliera humo de su habitación, se confirmó: olía a humo. Y cuando se asomó a la habitación, se dio cuenta de que también podía verlo.

Drake estaba en la puerta, con la mandíbula desencajada.

Angelina estaba tumbada en la cama, con los ojos cerrados y la piel del color de la cera derretida. Hacía tres días que Drake no veía a la mujer, y entonces había sido a la luz del día, cuando el sol la iluminaba intensamente. Pero ahora, a la pálida luz de la luna, no parecía tan moribunda, sino más bien que ya estaba muerta.

Se había quitado la mascarilla y estaba tumbada con las palmas de las manos hacia arriba, apoyadas en el dorso de las sábanas. Las máquinas que la mantenían con vida estaban a oscuras y, por un breve instante, el corazón de Drake se detuvo en su pecho.

Está muerta, pensó horrorizado. *Se arrancó la máscara mientras dormía y murió.*

Lo que explicaba por qué las máquinas estaban apagadas. Y sin embargo, incluso con su limitada experiencia, Drake sabía que cuando

las cosas iban mal, estas máquinas no se quedaban quietas. Sonaban y parpadeaban y chirriaban fuerte. Mierda, ese era su trabajo.

No, tenía que haber otra razón por la que se habían apagado, y los ojos escrutadores de Drake encontraron rápidamente la causa.

Alguien los había desenchufado.

Y ese alguien era Ray Reynolds.

Capítulo 6

Ray Jacob Reynolds estaba de pie en la cabecera de la cama de su madre, justo fuera del rayo de luz de luna que entraba por la ventana, razón por la cual Drake no había reparado en él al principio. El rostro del muchacho estaba envuelto en sombras y permanecía inmóvil. De hecho, lo único que se movía en la habitación eran las vueltas y revueltas del humo del cigarrillo que salía del cilindro blanco que colgaba entre sus dedos.

¿Es sonámbulo? se preguntó Drake. *¿Ray era sonámbulo aquí?*

Drake no estaba seguro de si se podía ser sonámbulo y encender un cigarrillo al mismo tiempo, o si se podía hacer algo mientras se era sonámbulo aparte de caminar, pero esperaba que así fuera. Pensó en acercarse a su amigo y tocarle el hombro, pero recordó haber oído en alguna parte que despertar a un sonámbulo antes de tiempo podía matarlo.

Aun sabiendo que esto era tonto e infantil, Drake se mantuvo firme. La verdad era que quería ver qué pasaba después sin su intervención.

Un momento después, su amigo empezó a moverse, llevándose lentamente el cigarrillo a la boca. Al igual que Drake, Ray era un fumador ocasional, un fumador adolescente, si es que existía tal cosa, pero la agresiva calada que daba ahora, y la espesa nube de humo azul que expulsaba, era algo diferente.

Le hacía parecer mayor.

Le hacía parecerse a su madre.

Y entonces Ray hizo lo impensable: acercó lentamente la mano con el cigarrillo a los labios de su madre.

No era ningún secreto que el cáncer de Angelina se debía a que fumaba. Por eso John había prohibido con vehemencia el humo de los cigarrillos en la casa, el humo de cualquier tipo, en realidad. La única vez que había pillado a su hijo fumando, hacía un año más o menos, Ray se había presentado en el colegio con una roncha encima del ojo del tamaño de una tortuga pequeña.

Y sin embargo, mientras Drake observaba, Ray acercó el cigarrillo a los labios de su madre. Esperaba que la mujer abriera los ojos y se agitara, que llamara a gritos a John, que le gritara a su hijo que se alejara de ella, pero no ocurrió nada. Nada tan evidente. Pero cuando el filtro rozó sus labios, vio cómo se fruncían ligeramente y luego lo apretaban.

Todo el tiempo, los ojos de Angelina permanecieron cerrados. Incluso cuando dio una pequeña calada y exhaló por las fosas nasales

con la siguiente respiración, no se despertó. Ray le quitó el cigarrillo de la boca, le dio una calada y lo apagó en la mesilla de noche.

Y entonces Ray ladeó la cabeza y observó a su madre desde este nuevo ángulo.

Vuelve a ponerle la máscara, suplicó Drake en silencio. *Vamos, Ray. Vamos, vuelve a ponerte la mascarilla y enchufa la máquina.*

El corazón se le aceleró y sintió un escalofrío.

Por favor, Ray, hazlo. Vuelve a ponerte la máscara y conecta la máquina.

Drake se quedó en la puerta durante lo que pareció una eternidad, observando a su amigo mientras miraba fijamente a su madre.

Ray se quedó tan quieto entonces, que una vez más Drake estuvo convencido de que el chico estaba durmiendo. De hecho, Drake tuvo que pellizcarse para confirmar que no era *él quien* dormía.

Ray se estremeció de repente y, para alivio de Drake, cogió la mascarilla que yacía sobre la almohada de Angelina y se la colocó sobre la nariz y la boca. Luego se acercó y volvió a enchufar la máquina. Se puso en marcha con un zumbido y un pitido.

Satisfecho y aliviado, Drake retrocedió lentamente por el pasillo hacia su dormitorio. Cuando se metió en la cama, oyó el chasquido mecánico seguido del silbido del respirador artificial de Angelina.

Drake cerró los ojos y fingió estar dormido cuando oyó los pies de Ray entrar en la habitación. La cama a su lado crujió cuando Ray bajó a ella. Menos de cinco minutos después, Drake oyó otro sonido además de la máquina que ayudaba a mantener con vida a Angelina Reynolds.

Oyó a su amigo roncar suavemente.

A pesar de su agotamiento, Drake se quedó mirando al techo durante más de una hora antes de volver a dormirse.

Capítulo 7

"¿Drake? Drake, ¿estás despierto?"

Drake rodó sobre un costado y abrió los ojos.

"Sí", respondió grogui. "Estoy despierto."

"¿Qué hora es?" preguntó Ray, mientras sus ojos se desviaban hacia el reloj. Eran las 8:22. "Qué raro, papá no nos despertó hoy".

El sol ya brillaba con fuerza y, como Drake había olvidado cerrar las cortinas cuando se asomó a la ventana la noche anterior, le daba directamente en la cara. La luz le provocó un dolor de cabeza detrás de los ojos y entrecerró los ojos.

Debió de quedarse dormido entre las cinco y las ocho, pero no recordaba haberse quedado dormido. Una parte de él quería creer que había dormido toda la noche, que lo que había visto en la habitación de Angelina había sido un sueño, pero cuando inhaló profundamente por la nariz, aún podía oler el humo de segunda mano.

Drake había oído a John despertarse, había oído al hombre gruñir y gemir mientras bajaba las escaleras. Incluso había oído a John preparar el café y servir los cereales. Estos ruidos, por molestos que fueran, habían servido como un bienvenido respiro para escuchar la maquinaria de Angelina, para asegurarse de que la mujer seguía viva.

Drake incluso había oído a John volver al piso de arriba un rato más tarde y arrastrarse por el pasillo hasta la habitación de Angelina. Afortunadamente, había cerrado la puerta de la mujer, ofreciendo por fin a Drake algo de silencio.

"No oí que se despertara", mintió Drake.

Ray se frotó los ojos y luego balanceó las piernas sobre el lateral de la cama. Drake le observó con curiosidad mientras lo hacía, necesitando ver si Ray daba alguna pista, algún indicio de que sabía lo que había ocurrido la noche anterior.

"¿Estás bien?" Ray preguntó. "¿Por qué me miras?"

Drake sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

"Nada, quiero decir, lo siento, no dormí bien anoche".

Ray frunció el ceño, pero no dijo nada mientras se dirigía a la puerta. Al salir de la habitación, se volvió y miró a Drake.

"Voy a darme una ducha rápida. ¿Quieres ir al estanque, después?"

Drake también se levantó de la cama.

"Me parece bien. Iré a prepararnos algo de comer".

***

En cuanto oyó que empezaba la ducha, Drake se dirigió al pasillo. Pero en lugar de dirigirse a la cocina, se dirigió a la habitación de Angelina. La puerta seguía cerrada y, por alguna razón, eso lo inquietó. Se sintió como un voyeur, como la vez que había echado un vistazo en el vestuario de las chicas del colegio y había vislumbrado el costado de uno de los pechos grandes y pálidos de Becky Hanscom.

Sólo que esta vez no sintió un cosquilleo en la ingle, sino un aleteo en el pecho.

No estés muerto, no estés muerto, no estés muerto…

Drake respiró hondo y abrió lentamente la puerta, dispuesto a cerrarla de golpe y correr a toda velocidad hacia la cocina si Angelina gritaba o chillaba.

Y él quería que ella hiciera precisamente eso; que le gritara, que llorara, gimiera, eructara, se tirara pedos, cualquier excusa para que él se largara de allí.

Pero no lo hizo. Cuando Drake abrió la puerta, oyó el sonido del clic y luego el silbido del respirador llenando de aire sus pulmones enfermos.

Drake asomó la cabeza al interior de la habitación. Le sorprendió que no oliera a humo, pero no le dio mucha importancia. En cuanto sus ojos se posaron en las pálidas y hundidas mejillas de Angelina, se preocupó.

Tenía peor aspecto del que él le había visto nunca. Sus dedos, bien colocados sobre la sábana crujientemente doblada, habían adquirido un aspecto bulboso, con cada uno de sus nudillos sobresaliendo como tapacubos pegados a un bate de béisbol. Las venas azules de su frente se extendían hacia abajo y parecían rodear sus ojos. Los capilares de cada una de sus fosas nasales eran de un rojo brillante, incluso a través de la máscara de plástico.

La mujer tenía los ojos cerrados y, en los breves instantes que transcurrieron entre el chasquido de la máquina y el forzamiento del aire, permaneció completa y absolutamente inmóvil.

Click, whoosh. Click, whoosh.

Drake por fin consiguió apartar los ojos de la cara de la mujer, pero justo cuando empezaba a sacar la cabeza de nuevo al pasillo, se fijó en un montón de ceniza sobre la mesilla de noche. Y entonces se dio cuenta de algo más que no había visto la noche anterior. Había un pastillero naranja junto a la ceniza y, aunque Drake no podía estar seguro, la parte superior parecía estar agujereada.

John tenía prisa. Por eso no nos despertó. Ni siquiera tuvo tiempo de ponerse la gorra después de darle la medicina a Angelina.

Con un movimiento de cabeza, Drake empezó a salir de la habitación. Pero su talón derecho presionó una de las desgastadas tablas del suelo y ésta gimió con fuerza. Se quedó paralizado y, por un

momento, pensó que saldría indemne; después de todo, la ducha seguía abierta detrás de él y Angelina Reynolds estaba en una especie de…

Para su horror, Angelina empezó a girar la cabeza en su dirección. Los ojos de la mujer estaban parcialmente abiertos, revelando escleróticas amarillentas e iris turbios.

Oh joder, oh joder, oh joder, oh joder, oh joder…

Al principio, Drake no pensó que la mujer lo estuviera viendo, que sólo se estaba moviendo mientras dormía o estaba en coma o en lo que fuera que estuviera, pero cuando sus labios pálidos se separaron detrás de esa máscara, Drake supo que ella estaba tratando de decir algo. Intentó distinguir las palabras, pero con el sonido de la ducha a sus espaldas y la máquina que hinchaba sus pulmones frente a él, no pudo captarlas. En lugar de intentar oír, se concentró en sus labios e intentó leerlos.

Justo cuando creía haber entendido, Angelina empezó a toser. Sólo que no era una tos normal, un gruñido profundo con diseños para expulsar la mucosidad de la garganta. No, Angelina Reynolds era demasiado frágil para eso. Todo el cuerpo de la mujer temblaba, algo que hizo que sus párpados, delgados como membranas de cera, se estremecieran, y que sus ojos se movieran en su cabeza como rodamientos sueltos.

Drake se quedó congelado en el sitio mientras observaba este terrible cruce entre una tos y un ataque. Estaba aterrorizado, asustado como nunca antes lo había estado. Mientras la miraba a los ojos desde la puerta, que desde entonces había rodado hacia su cabeza, supo que se estaba muriendo. Y sabía que si no hacía nada al respecto, pronto estaría muerta.

La máquina empezó a pitar, un ruido agudo que conllevaba una realidad ominosa.

La escena era tan provocativa, tan cautivadora en su horror, que Drake no oyó cómo se cerraba la ducha, ni cómo su amigo corría por el pasillo hacia él, gritándole, vociferando y maldiciéndole para que le dijera qué hacía allí dentro.

Incluso cuando Ray le apartó y corrió hacia su madre, Drake no se movió.

Era la escena, sí, pero era más que eso.

También era lo que Angelina Reynolds estaba diciendo antes de que le diera el ataque de tos.

Drake creyó reconocer las palabras que aquellos labios pálidos y agrietados pronunciaban tras la máscara.

Dos simples palabras, repetidas una y otra vez.

Mátame, había dicho Angelina Reynolds. *Mátame, mátame, mátame.*

Capítulo 8

"¡Jesucristo, Drake!" Ray gritó mientras luchaba por quitarle la máscara a su madre. "¡Dame una mano aquí!"

Drake finalmente salió de su estupor y corrió hacia su amigo.

"¡El cierre está atascado!" gritó Ray. Estaba tanteando el clip que unía las dos secciones de goma y sujetaba la mascarilla a la cara de Angelina. Mientras ella se esforzaba por toser, la máquina seguía metiéndole aire a la fuerza, haciendo imposible que la mujer expectorara.

Drake vio cómo su cuerpo se ponía febril y entonces, sin pensarlo, simplemente agarró la máscara y tiró tan fuerte como pudo. Ray gritó cuando la correa se rompió y, por fin, Angelina quedó libre.

Ray se apresuró a poner a su madre de lado, pero era tan frágil que estuvo a punto de hacerla caer por completo de la cama al suelo. En el último segundo, la mano de Drake salió disparada y la sujetó.

Mientras Ray le daba palmadas en la espalda en un intento de aflojar los mocos que seguían rodando por su garganta, Drake sintió una extraña sensación en la mano. Nunca en su vida había sentido algo tan huesudo, tan duro o tan visceral. Con cada una de las pequeñas toses de Angelina, podía sentir literalmente su corazón latiendo a través de su caja torácica, su sistema digestivo contrayéndose y rodando bajo sus dedos.

Con la siguiente bofetada, Drake aplicó una suave presión sobre su costilla, en la dirección opuesta al golpe. Se oyó un chasquido como el de la leña seca cuando varias costillas de Angelina se rompieron. Todo el lado izquierdo del frágil cuerpo de la mujer se contrajo y esto, unido a la mano de Ray en su espalda, forzó finalmente los mocos de su garganta. El fajo, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, cayó al suelo con un *golpe* repugnante. Drake hizo una mueca y apartó la mirada.

Angelina se sacudió una última vez, y entonces una fina papilla rezumó de su boca y cubrió su almohada.

"¿Mamá? Jesús, mamá, ¿estás bien?"

Angelina puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. Su cuerpo seguía temblando y era evidente que le costaba respirar. Empezó a gesticular con la mano, un confuso y flojo movimiento de muñeca imposible de interpretar. Sus labios empezaron a moverse y Drake volvió a apartar la mirada.

No creía que pudiera soportar ver su boca esas dos palabras otra vez.

Mátame, mátame, mátame, mátame.

Al darse cuenta de que estaba a punto de desmayarse por falta de oxígeno, Ray se acercó y cogió la mascarilla. La apretó contra su cara y el acordeón que había dentro del tubo de cristal a la derecha de Drake se desinfló. Los ojos de Angelina se abrieron de par en par como los de una persona que inesperadamente ha bebido demasiado, pero luego volvieron a cerrarse lentamente.

Drake ayudó a su amigo a girar suavemente a Angelina sobre su espalda, donde se quedó quieta.

Durante un largo rato, ninguno de los chicos dijo nada; se limitaron a mirar a la pobre y triste mujer que yacía en la cama.

Finalmente, Ray se volvió hacia Drake.

"Ayúdame a limpiar esto", dijo, con lágrimas en los ojos. "Por favor, tenemos que limpiar esto".

Drake no dudó; asintió con la cabeza y se apresuró a ir a la cocina a por algo para absorber el vómito.

***

"Eso debería bastar", dijo Ray, apartándose de la cama. Juntos habían limpiado las sábanas, el suelo y la cara de la mujer, de modo que su aspecto era casi idéntico al que tenía antes del ataque de tos.

Incluso habían conseguido pegar la parte de goma de la máscara y deslizarla por detrás de la cabeza. Lo único que no habían podido arreglar eran sus costillas; Drake las había oído crujir, y estaba bastante seguro de que Ray también. Pero, al menos en apariencia, Angelina no parecía haber empeorado.

Drake esperaba que si le dolía más tarde, John le diera otra pastilla.

" Todavía no sé por qué no quieres llamar a tu padre", dijo.

Ray se limitó a negar con la cabeza, como diciendo: "No lo entenderías".

Drake sabía que no debía presionar más.

Se quedaron un momento más en la puerta de la habitación de la señora Reynolds, contemplando sus facciones inmóviles. Drake se maravilló de que pareciera que no hubiera pasado nada. Le resultaba inquietante que alguien pudiera estar tan cerca del borde de la muerte y, sin embargo, ser arrastrado hacia atrás, temblando y estremeciéndose.

Mátame, mátame, mátame.

Ray se volvió hacia él, ya sin lágrimas en los ojos.

"Ve a ducharte", dijo. "Yo prepararé el desayuno. Luego podemos ir al estanque".

Capítulo 9

El "estanque", como se le conocía, era casi un círculo perfecto, con un radio de unos seis metros. Aterrorizado ante la perspectiva de que le arrancara el dedo gordo del pie la tortuga mordedora que veían a menudo asoleándose en la orilla, Drake no se atrevió a comprobar su profundidad.

No era el dedo más bonito del mundo, pero le tenía un cariño especial.

Escondido en un claro rodeado de bosques, si no se sabía dónde encontrar el estanque, probablemente nunca se sabría. La granja de los Reynolds se extendía sobre unas cincuenta hectáreas de terreno, la mayor parte del cual habían dejado libre a lo largo de los años. Una vez, Drake le había preguntado a Ray por qué tenían una granja, teniendo en cuenta que ninguno de sus padres era granjero y el hecho de que tenían una casa en la ciudad. Ray no tardó en informarle de que había sido de su abuelo y que, cuando éste falleció, se la había legado a John en su testamento.

Drake tuvo la intención de preguntar por qué no se limitaban a venderla, pero la expresión de la cara de Ray sugirió que el tema estaba zanjado. Ray podía ser hijo único, pero el clan Reynolds, por pequeño que fuera, estaba muy unido.

Los dos caminaron en silencio, sin mencionar el episodio del dormitorio con Angelina, lo cual le pareció bien a Drake. Aún no estaba seguro de cómo abordar el tema de que Ray estuviera allí en mitad de la noche, alimentando a su madre con cigarrillos, o incluso si debía hacerlo.

Decidió guardárselo para sí por el momento.

Después de atravesar el bosque, llegaron al claro unos veinte minutos más tarde. Después de mirar furtivamente a su alrededor para asegurarse de que la tortuga mordedora no estaba merodeando -no lo estaba-, Drake sintió que la tensión de sus hombros se aliviaba un poco.

"Mira qué tranquila está el agua", dijo.

Ray no contestó; se limitó a caminar hasta el borde de la hierba y luego se quitó la camiseta y los pantalones cortos. Luego se quedó en calzoncillos, y el sol de primera hora de la mañana hizo que su piel pareciera pálida.

"Un poco temprano para nadar, ¿no?" preguntó Drake, con una ceja levantada.

Ray se encogió de hombros. Mientras Drake observaba, el chico

avanzó arrastrando los pies hasta que le colgaron de la orilla y se lanzó de cabeza.

La zambullida de Ray fue casi grácil, su pálido cuerpo atravesó un agua tan lisa como una lámina de cristal. Un pequeño estallido de burbujas siguió sus pasos y Drake se quedó solo.

Escuchó el sonido de las hojas puestas en movimiento por una suave brisa y, por primera vez en mucho tiempo, le invadió la calma. Entonces, una ardilla saltó de una rama a otra y el hechizo se rompió.

"¿Ray?", gritó, dándose cuenta de que su amigo llevaba ya un rato bajo el agua. "¿Ray?"

Drake se acercó al estanque y se quitó los zapatos. Estaba a punto de quitarse la camisa cuando la oscura cabeza de Ray emergió por fin cerca de la otra orilla.

Su amigo aspiró una enorme bocanada de aire y volvió a desaparecer. Drake no tenía ganas de nadar, pero no parecía que Ray fuera a salir pronto; no quería nadar, pero tampoco quería quemarse con el sol.

Drake se quitó los calzoncillos y se quedó allí, bajo el sol abrasador, en ropa interior. Volvió la mirada hacia arriba y, mientras esperaba a que las manchas negras ocluyeran su visión, oyó algo que crujía en la hierba a sus pies.

Pensando que era la tortuga, saltó a su derecha, pero luego se rió al ver que sólo era una hoja que había caído desde arriba.

Eres un maricón, se dijo Drake, su monólogo interno adoptando extrañamente la voz de Ray.

Y con eso, Drake cayó como un cañón en el estanque.

El agua era tan refrescante como turbia; Drake apenas podía ver su propia mano delante de la cara. A diferencia de Ray, Drake salió rápidamente a la superficie, apartándose el pelo rubio de la cara. Después de quitarse el agua de los ojos, se sorprendió al ver que Ray estaba a un metro de él.

"El agua está buena, ¿verdad?" preguntó Ray en voz baja.

Drake pateó sus flacas piernas en un movimiento de batidora de huevos y movió los brazos en pequeños círculos para mantenerse a flote.

"No está mal, nada mal".

Ray estaba ahora a sólo un palmo de él, y Drake sentía invadido su espacio personal.

"A ver quién toca primero el fondo", dijo Ray con una sonrisa.

Drake retrocedió uno o dos metros.

"No, no lo creo", dijo negando con la cabeza.

Ray enarcó una ceja.

"Eres un maldito marica, ¿no?"

Drake se encogió de hombros. Sabía que Ray sólo le estaba

tomando el pelo y que uno de estos días tendría que defenderse y salvar las apariencias.

Pero hoy no era ese día.

"No me apetece", dijo.

Esperando que Ray volviera a insultarle, Drake se puso tenso. Pero en lugar de eso, Ray le sorprendió diciéndole: "Como quieras".

Antes de que Drake pudiera responder, la cabeza de Ray volvió a sumergirse bajo la turbia superficie.

Drake siguió caminando sobre el agua, dando vueltas para intentar predecir dónde aparecería su amigo a continuación. Estaba mirando por encima de su hombro izquierdo cuando algo le rozó la pierna e inmediatamente apretó las rodillas contra el pecho.

Estaba seguro de que era Ray, pero no quería correr riesgos. Drake pataleó hasta quedar tumbado boca arriba y empezó a nadar perezosamente hacia la orilla.

Estaba a punto de llegar cuando algo volvió a tocarle la pierna, sólo que esta vez no fue un suave roce, sino un pellizco en el talón. Drake se sobresaltó y se agitó, pensando que la tortuga le había agarrado. Su imaginación se hizo cargo, y se imaginó a sí mismo siendo arrastrado bajo la superficie, la tortuga cavando profundamente en sus raíces evolutivas para ejecutar un rollo de muerte reptil.

Drake, que pataleaba furiosamente y sólo quería salir del agua, intentó frenéticamente llegar a la orilla.

Casi había llegado cuando la coronilla de su cabeza chocó contra algo.

Drake giró sobre sí mismo, levantando los puños como si fuera a boxear con la tortuga, e inmediatamente volvió a bajarlos al ver que sólo se trataba de Ray.

"¿De qué tienes miedo?" Preguntó Ray.

Drake abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiera hablar, Ray se inclinó hacia él e hizo lo impensable.

Le besó en los labios.

"¡Eh!" Gritó Drake, empujando a Ray lejos de él. "¿Qué demonios crees...?"

Ray alargó la mano y Drake, que nunca había sido un nadador espectacular, no retrocedió lo bastante rápido. Las manos del chico agarraron un puñado de pelo y, antes de que Drake se diera cuenta de lo que ocurría, se encontró de nuevo bajo el agua.

Capítulo 10

Drake se agitó, intentando desesperadamente apartar las manos de Ray de su cabeza. Al mismo tiempo, pataleaba todo lo que podía, pero hiciera lo que hiciera, su cara seguía sumergida. Abrió los ojos, pero no pudo ver nada más que cieno y estiércol en suspensión. Llevaba ya más de treinta segundos bajo el agua, así que empezó a desorientarse y se concentró en las manos que le agarraban el pelo. Y entonces se detuvo. Tan profundo como estaba, Drake se dio cuenta de que Ray también debía de estar ahora bajo el agua, y en lugar de atacar sus brazos, giró salvajemente hacia donde creía que estaba su cuerpo. Sus puños conectaron con algo duro varias veces, pero el agua ralentizó sus golpes lo suficiente como para que hicieran poco daño.

Tirada de muerte, pensó inesperadamente, *la tortuga haría una tirada de muerte.*

Justo cuando parecía que sus pulmones iban a explotar, Drake decidió hacerlo. Con todas las fuerzas que le quedaban, giró las caderas y se lanzó en barrena. Al principio, parecía que el agarre de Ray se mantendría y que se ahogaría en el estanque de mierda a manos de su mejor amigo.

Pero justo cuando completaba una rotación completa, Drake sintió que los dedos de Ray se le escapaban del pelo. Pataleando como un loco, Drake rompió la superficie con el entusiasmo de un bebé al nacer.

Jadeó y balbuceó, con el agua sucia del estanque cayéndole por la nariz y la boca.

Sorprendido al descubrir que estaba casi presionado contra la orilla, Drake se las arregló para arrastrarse hasta la orilla y luego darse la vuelta sobre su espalda, por si acaso Ray se preparaba para un segundo ataque.

La mente de Drake seguía trabajando duro, tratando de reconstruir lo que había sucedido, tratando de averiguar por qué su amigo primero lo había besado y luego había tratado de ahogarlo. Pero no se le formaban pensamientos, al menos no pensamientos conscientes y convincentes.

La única función de su cerebro ahora era reoxigenar sus hormigueantes manos y pies.

La cabeza de Ray emergió de repente del agua a menos de tres metros de la orilla. Y aún tenía una sonrisa de comemierda en la cara.

"¡Qué mierda!" Drake gritó. "¿Qué in...?", pero entonces le sobrevino un ataque de tos. Mientras tenía arcadas y escupía, recordó

el aspecto de Angelina aquella mañana, la forma en que su cuerpo luchaba por expulsar la flema que la ahogaba y asfixiaba. Drake vomitó más agua sobre la hierba a su lado.

Y con eso, empezó a sentirse cerca de la normalidad otra vez.

Normal, pero increíblemente confuso.

Volvió a impulsarse hacia la orilla, sacando las piernas completamente del agua mientras Ray nadaba lentamente hacia la orilla. Cuando el chico empezó a salir él mismo del agua, Drake gritó.

"¡Aléjate de mí! Aléjate..."

Ray dejó de sonreír.

"*Relaaaaxxx"*, dijo. "Sólo estaba jodiendo, ya lo sabes".

Drake miró a su amigo con los ojos entrecerrados.

¿Lo estaba haciendo? ¿Estaba bromeando? ¿Era sólo una broma?

Drake no estaba seguro, pero cuando su amigo se tumbó a su lado, estaba demasiado agotado para apartarse.

Estaban tumbados, los dos en ropa interior a menos de un metro el uno del otro, con el sol pegando fuerte.

A medida que pasaban los minutos y la respiración de Drake empezaba a regularse, se encontró más preocupado por lo que había ocurrido antes de que le metieran la cabeza bajo el agua que por casi ahogarse.

"No soy gay", dijo Drake al fin.

Está confundido, pensó mientras esperaba a que Ray dijera algo. *Está confundido, enfadado y asustado. Mierda, estaba asustado, viendo a Angelina de esa manera, y apenas la conozco.*

Había oído en alguna parte que la gente podía reaccionar de formas extrañas cuando se enfrentaba al estrés.

Eso es lo que era, sólo una salida para su estrés. Hubiera preferido que no-

"Lo sé", dijo Ray al fin. "Yo tampoco".

Drake inclinó la cabeza para mirar a Ray, pero su amigo se negó a encontrar su mirada. Y, sin embargo, Drake le creyó.

O, al menos, *quería* creerle. Después de todo, aunque ambos eran vírgenes, habían compartido muchas fantasías con Becky y algunas de sus otras compañeras de clase.

Los dos chicos se secaron al sol durante casi una hora en silencio, hasta que Drake sintió literalmente que la piel empezaba a arderle.

Pensando que Ray se había quedado dormido, se vistió sin decir nada.

"¿Sufriste?"

Drake, con la cabeza aún metida en la camiseta, se quedó helado.

"¿Qué?"

"Te pregunté si sufrías cuando estabas bajo el agua".

Drake terminó de ponerse la camisa y miró a su amigo, que tenía

los ojos clavados en los suyos.

"¿Estás bien?" Preguntó Ray. "¿Qué te pasa?"

Drake se quedó boquiabierto.

"¿Qué *me pasa*? Primero me besas y luego intentas ahogarme. ¿Qué *me pasa*? ¿Qué coño *te pasa*?"

Ray apartó la mirada.

"Sólo estaba bromeando, Drake. Te lo dije, no quería decir nada".

"Si tú lo dices, pero me has asustado de verdad. Hazme un favor, Ray, no más 'joder' esta semana, ¿vale?".

Los ojos de Ray se desviaron hacia el estanque, que había vuelto a quedarse quieto.

"Por supuesto que lo hiciste", dijo en voz tan baja que Drake no estaba seguro de haber oído correctamente. "Claro que sufriste. Todos sufrimos".

Drake sintió que la ira empezaba a crecer en su interior y dio dos pasos hacia su amigo. Sin embargo, antes de alcanzarlo, Ray se puso en pie de un salto y empezó a vestirse rápidamente.

"Vamos", dijo.

La ira se deslizó por la espalda de Drake. Había algo raro en Ray, algo diferente, *más* diferente. Las cosas se habían vuelto tan confusas en las últimas horas -incluso en los últimos dos días- que a Drake le costaba entenderlo todo.

Suspiró.

"¿Ir a dónde, Ray?"

Ray le dio la espalda a Drake y se dirigió hacia el bosque que llevaba a la granja de los Reynolds.

"¿No viste la nota que dejó mi papá? Las ardillas están empezando a oler mal y quiere que las limpiemos".

Capítulo XI

"De ninguna puta manera, Ray. No volveré a acercarme a esas cosas. Son asquerosas".

Drake se esforzó por alcanzar a su amigo, que se abría paso entre los árboles con la facilidad de un bosquimano experimentado.

"Lo haré entonces, si eres demasiado marica. Papá dijo que quiere que se vayan antes de que llegue a casa del trabajo".

Drake levantó los brazos y miró hacia el cielo como pidiendo la intervención divina.

Entonces hizo literalmente el ruido de un personaje de dibujos animados.

"Argh. ¿Qué coño te pasa, Ray?"

Ray se detuvo y, por un instante, Drake pensó que su amigo por fin se daría la vuelta y se dirigiría a él, que le contaría lo que le estaba haciendo actuar de forma tan extraña.

Pero entonces Ray empezó a andar de nuevo y Drake no tuvo más remedio que seguirle.

El bosque disminuyó rápidamente y Drake no tardó en reconocer el camino desgastado en la hierba crecida que conducía al camino de entrada, que finalmente los llevó a la granja Reynolds. A lo lejos, pudo ver la estructura de madera, perfilada con un halo de sol.

Drake trotó para alcanzar a su amigo. Por alguna razón, Ray, que solía pasear, había decidido presentarse a las Olimpiadas como marchador.

"Papá dijo que enterráramos a las ardillas", dijo, "pero yo tengo una idea mejor".

"Vaya, estoy súper emocionado. ¿Qué demonios vamos a hacer? ¿Freírlos y hacer sándwiches?" Drake respondió.

Ray, como era de esperar, le ignoró.

Se dirigieron hacia el granero y, una vez dentro, Ray empezó a inspeccionar la hilera de palas que apoyaba contra la pared interior como armas perdidas de los Pikemen.

A Drake, sin embargo, le interesaban otras cosas.

Se dirigió al banco de trabajo y metió la mano debajo. Cogió el cubo blanco que contenía la botella de Ballantine's al primer intento. Sin siquiera mirar a Ray, y mucho menos pedirle permiso, Drake quitó el tapón y dio un trago gigante.

Tal vez tenga razón, pensó Drake. *Tal vez es hora de ser un hombre. Después de todo, sólo son ardillas. Y* estaban *sufriendo.*

La cara de Ray cuando Drake salió del agua, jadeando, pasó por su

mente.
¿Sufriste? Cuando estabas bajo el agua, ¿sufriste?
Drake se estremeció y tragó más Ballantine. Le ardía la garganta y no podía evitar toser.
Mientras enroscaba de nuevo el tapón, sintió un cálido aliento en la oreja y giró sobre sí mismo.
"¿Quieres ofrecerme un poco?" preguntó Ray con una sonrisa burlona.
Drake alargó la mano y apartó a su amigo.
"Aléjate de mí. No quiero que vuelvas a besarme".
Ray rió entre dientes y le arrebató la botella. Mientras bebía, levantó la pala que había elegido; una ancha de aluminio.
"Esta es la buena".
Drake enarcó una ceja.
Era un chico de ciudad, sus únicas aventuras en la naturaleza eran las dos semanas que subía a la granja de los Reynolds cada verano, pero ésta parecía una pala para la nieve, no una para cavar. El extremo era plano.
"¿Pensé que dijiste que tu padre quiere que los enterremos?"
Ray volvió a reírse y bebió otro trago de Ballantine's. Esta vez bebió tanto que sus mejillas se hincharon con el líquido. Drake sintió cierta satisfacción cuando su amigo no sólo hizo una mueca al tragar, sino que sus labios temblaron como si estuviera luchando por aguantarse.
Ray volvió a tapar el whisky y se estremeció.
"Sí, eso es lo que dijo".
Drake cogió la botella de Ray, la metió en el cubo y la deslizó bajo el banco.
"¿Y bien? ¿Cómo puedes cavar con esa cosa? Es como para la nieve, o algo así".
"No lo haremos", respondió Ray rápidamente. "Tengo una idea mejor".

***

"Tienes que estar bromeando, Ray. Esto es jodidamente estúpido. *Jodidamente* estúpido. Nadamos allí, por el amor de Dios."
A Ray no le importaba o estaba demasiado ocupado intentando equilibrar las tres ardillas en la pala mientras mantenía los cadáveres infestados de gusanos lejos de él, para oír.
"Ray, para. ¡Para! ¡Maldita sea, Ray, he dicho que *pares*!"
Y esta vez, Ray se detuvo.
"¿Qué?", preguntó como si la petición de Drake no sólo fuera molesta, sino también ofensiva.

"¿Vas a poner los cadáveres en el estanque en el que acabamos de nadar? ¿Te oyes a ti mismo? Haces eso, y no hay una puta manera en el infierno que voy a nadar allí de nuevo. *Nunca*."

"No seas tan..."

¿"Marica"? Sí, vale, soy un marica. Llámame maricón por no querer nadar en agua *en la que acabas de tirar cadáveres de ardillas podridas y llenas de gusanos*".

Ray miró entonces a las ardillas, pero Drake no pudo soportar la visión. Se resignó a esperar la respuesta de su amigo.

Cuando lo hizo, fue totalmente insatisfactorio.

"Estaban sufriendo, Drake. Los puse..."

"Sí, lo entiendo-hola-estaban sufriendo. Pero por qué no los enterramos, como dijo tu padre. Mierda, la Tierra probablemente está sufriendo también, toda esa maldita lluvia ácida y la contaminación. Enterrémoslos".

Ray parecía perplejo y se mordía el interior del labio.

"La Tierra no puede sufrir, Drake. Sólo las cosas que pueden *sentir* pueden sufrir".

Drake levantó los brazos entonces, su frustración llegando a un punto crítico.

"Mierda, ¿cuándo *te convertiste en el puto Aristóteles?*"

Ray se encogió de hombros.

"Hay tortugas que viven en el estanque y también están sufriendo. ¿Qué crees que pasa cuando pasan los días y no encuentran comida en esa agua turbia? ¿Qué crees que hacen? ¿Dar una puta fiesta? Están sufriendo. Y estas ardillas pueden alimentarlas".

Drake volvió a hacer el sonido de los dibujos animados y apretó tanto los dientes que empezó a dolerle la mandíbula.

"Bien. Haz lo que quieras, Ray. Sabemos que ibas a hacerlo, de todos modos. Pero te digo que si metes las ardillas en el estanque, no volveré a nadar allí nunca más. Es una promesa".

Y con eso, Drake se dio la vuelta y se dirigió hacia el camino de tierra.

"¿Adónde vas? Drake, ¿a dónde vas?" Ray gritó tras él.

Drake sólo agitó una mano detrás de él y no miró.

"¡No entres! ¡No entres! ¡No molestes a mi madre!"

Drake se llevó una mano a la espalda y levantó el dedo corazón mientras continuaba hacia la granja.

Capítulo 12

Drake se alejó con la cabeza gacha, pero al acercarse al granero, un destello de luz reflejada le llamó la atención.

"¿Qué demonios?", murmuró.

La camioneta del Sr. Reynolds estaba aparcada en la entrada. Drake nunca había sabido que John llegara temprano a casa para cenar, y mucho menos antes del mediodía. El hombre incluso trabajaba los fines de semana y los días festivos.

Al recordar lo que había ocurrido aquella mañana con Angelina, Drake se sintió incómodo de repente. Miró hacia atrás por donde había venido, esperando ver a Ray corriendo por el bosque. Si veía a Ray, pensó que entonces iría a verle, independientemente de cuál fuera su plan con las ardillas, a menos que se las comiera, claro. John era un hombre bastante agradable, pero al igual que Ray, había empezado a cambiar con el deterioro de Angelina.

La noche anterior había sido un tanto anómala; el comportamiento del Sr. Reynolds había degenerado en algo cercano a la apatía hosca, y el hombre normalmente gregario se había convertido en un introvertido, no muy distinto de su hijo.

Pero Ray no aparecía por ninguna parte, y lo último que Drake quería hacer era adentrarse en el bosque y arriesgarse a que el chico lo asustara o lo abordara de nuevo.

Drake se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y se acercó a toda prisa al camión. Se sorprendió aún más al ver que la puerta estaba ligeramente entreabierta y que la luz de la cúpula seguía encendida. Drake miró a su alrededor mientras se acercaba, tratando de ver si John estaba cerca, pensando que tal vez el hombre había olvidado algo para el trabajo y acababa de aparecer en el interior.

Pero Drake no lo vio por ninguna parte.

Al comprobar que las llaves no estaban en el contacto, cerró la puerta del camión. En cuanto se cerró, oyó una voz detrás de él.

"Ven aquí un segundo, Drake."

Drake se volvió para ver a John de pie en la puerta del granero. El hombre tenía los ojos enrojecidos y goteaba por la nariz.

Estaba claro que había estado llorando.

"¿Está todo bien?" Drake preguntó.

John ladeó la cabeza y pidió a Drake que se acercara a él por segunda vez.

Los ojos de Drake se desviaron hacia la mano del señor Reynolds; los callosos dedos del hombre aferraban la botella de Ballantine's.

"Yo no... quiero decir... no tenía", tartamudeó.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro de John, y a Drake le recordó la expresión de Ray en el estanque.

"Sé que ustedes tienen un poco de vez en cuando, no es gran cosa. Yo lo hice mucho peor cuando era niño".

Drake estuvo a punto de negarlo de nuevo, pero sabía que sus esfuerzos serían en vano. Estaba claro que John ya había tomado una decisión, y en ese momento, no importaba si lo habían hecho o no.

John desenroscó el tapón y le tendió la botella a Drake.

"¿Quieres un poco? Vamos, puedes tomar un poco".

Drake vaciló unos pasos hacia delante, mirando fijamente al hombre mientras lo hacía, tratando de calibrar sus intenciones.

A medida que se acercaba, Drake podía oler el hedor a alcohol que desprendía el Sr. Reynolds en oleadas. Él y Ray no podían llevar fuera más de diez minutos, lo que significaba que John o bien había estado aporreando esa botella de Ballantine's o bien había empezado antes.

"Ray sólo se está deshaciendo de las ardillas, como dijiste".

Drake aminoró aún más la marcha, tratando de descifrar qué estaba pasando exactamente. Y mientras lo hacía, la expresión jovial del rostro de John cambió de repente.

Y a Drake no le gustó este cambio. Parecía... *malo.*

"No estoy hablando con Ray", dijo el hombre, su voz bajando una octava. "Estoy hablando contigo, chico."

Drake se detuvo por completo.

"Está bien, Sr. Reynolds", dijo Drake. "No quiero nada."

"Creo que deberías tomar un poco de todos modos", dijo John con sorna.

A Drake no le importaba mucho el tono del hombre, no le importaba nada de esto, de hecho.

"Estoy bien, señor Reynolds", dijo, intentando que no le temblara el labio inferior. Pasó un pulgar por encima del hombro y empezó a girarse en esa dirección.

"Voy a..."

"No, creo que te quedarás conmigo", dijo John. Antes de que Drake pudiera replicar, el hombre se apartó de la puerta del granero, y ésta fue la primera vez que Drake vio que su otra mano, la izquierda, rodeaba el cañón de la pistola de aire comprimido. "Creo que vendrás conmigo y harás exactamente lo que yo diga".

Capítulo 13

A Drake se le secó la boca de repente y se puso tenso, preparándose para correr. No estaba seguro de lo que John planeaba hacer y no sabía lo preciso que era con una pistola de aire comprimido, pero de ninguna manera iba a entrar en ese granero.

"No tengas miedo", dijo John, levantando lentamente la pistola. "Ray dijo que eras un marica, pero él también estaba asustado, al principio..."

"¿Papá? ¿Qué haces en casa?"

Drake se dio la vuelta para ver a Ray acercándose, pala en mano. Cuando se volvió para mirar a John, el hombre había bajado el arma al suelo.

"Hoy me he tomado el día libre, he pensado que quizá podría enseñaros a disparar". Levantó la botella de Ballantine's hacia Ray, que la miró con expresión curiosa. "¿Quieres un trago?"

Ray volvió a meter la pala en el garaje.

"No, estoy bien", dijo.

John se encogió de hombros y bebió un sorbo de whisky. Luego lo dejó en el suelo y levantó la pistola. Drake se sobresaltó instintivamente, pero en lugar de apuntarle como pensaba, John chasqueó el cañón.

"No está cargada. Ray, ¿puedes traer las balas del estante?" preguntó John, manteniendo los ojos fijos en Drake mientras hablaba.

"Claro", respondió Ray, y se dirigió al banco de trabajo de la parte trasera del granero.

John no dijo nada durante este tiempo, y Drake tampoco.

Me lo imaginé. Sólo está borracho y me lo imaginé.

"Los tengo", dijo Ray, sacudiendo la caja de balines.

"Bien", respondió John, guardándose el rifle bajo el brazo. "Ahora chicos, hoy os voy a convertir a los dos en hombres".

***

"En el ejército te dicen que esperes entre latido y latido para disparar. Pero aquí, lo único que tienes que hacer es estar callado, quieto y confiado", dijo John mientras se llevaba el arma a la barbilla. Los tres estaban tumbados sobre la hierba, justo al borde del bosque. John tenía el cañón apuntando a un pequeño grupo de conejos que pastaban.

Eran cuatro, tres grandes, con el pelo del color de la paja, y uno

más pequeño, casi blanco.

Drake no quería estar aquí. No quería estar aquí más de lo que quería entrar en el granero con John, o escuchar el aparato respiratorio de Angelina una noche más.

Lo que quería era estar en casa con su hermano y su padre.

Drake miró a John, que entrecerraba un ojo y miraba por el cañón con el otro. Tenía la boca ligeramente abierta y Drake podía oírle respirar suavemente.

Por favor, señorita, pensó Drake.

Justo cuando el dedo de John se tensaba sobre el gatillo, apartó inesperadamente el arma de su cara y apuntó con la culata a Drake.

"Tú dispara, Drake."

Drake negó con la cabeza.

"No, estoy bien."

John sonrió satisfecho.

"Vamos, dispara. Voy a hacer un hombre de ti todavía. "

Drake tragó saliva y volvió a negar con la cabeza.

La sonrisa de John se convirtió en una mueca y giró agresivamente el arma hacia Ray.

"Bien. Ray, hazlo tú".

Ray no dudó. Cogió la pistola, puso la culata contra su hombro y apuntó.

Al igual que su padre, Ray cerró un ojo, pero en lugar de tener la boca abierta, apretó los labios con fuerza. Incluso con la culata de la pistola tapándole la mayor parte de la cara, Drake volvió a quedarse prendado de la extraña expresión de Ray.

Una expresión con la que se estaba familiarizando, y que había llegado a disgustarle rápidamente.

Drake se inclinó hacia su amigo y le susurró lo que esperaba que fuera lo suficientemente alto como para que lo oyera.

"No lo hagas, Ray. Por favor, vamos, no lo hagas".

Ray le ignoró.

"Ray, vamos."

Drake habló un poco más alto esta vez y John lo miró con odio.

Una fracción de segundo antes de que Ray apretara el gatillo, Drake se inclinó hacia él y le dijo: "Ray, no tienes que hacer esto".

Sonó el disparo y los conejos se dispersaron.

"Joder", maldijo John, todavía mirando a Drake. "Fallaste."

Se sintió aliviado. Pero al ver a los conejos alejarse, Drake se dio cuenta de que el cuarto, el más pequeño, luchaba por seguir el ritmo de los demás.

"O... tal vez no", ofreció John.

Drake miró a Ray y le sorprendió su expresión de enfado.

"Me has hecho fallar", dijo.

John se puso en pie y corrió hacia el animal herido.

"No fallaste, no del todo", dijo, sonando casi mareado.

Ray chasqueó el cañón de la pistola y se apresuró a seguir a su padre, y Drake le siguió.

La bala había alcanzado al pequeño conejo justo por encima de la pata trasera. Al principio se dispersó con el ruido del disparo, pero cuando John llegó hasta él ya se había frenado. Cuando Drake llegó, el conejo estaba saltando en un pequeño círculo sobre una pata. Un hililllo de sangre manaba de la herida y se oía un extraño silbido procedente del agujero.

"Yo le habría dado en la cabeza", dijo Ray en voz baja.

Drake vio con horror cómo los movimientos del conejo se detenían por completo y se desplomaba sobre un costado. El siseo, se dio cuenta, era aire que salía de su pulmón perforado.

John dio tres pasos a su derecha y cogió de la hierba una piedra del tamaño aproximado de una pelota de softball.

Mierda, no puedo mirar, pensó Drake. *No puedo ver esto.*

Apretó los ojos con fuerza, pero no oyó un gruñido de esfuerzo, el crujido de un cráneo.

Drake abrió un ojo y se dio cuenta de que tanto Ray como John le estaban mirando fijamente.

"Hazlo tú", dijo John, tendiéndole la piedra.

"¿Q-q-qué?" tartamudeó Drake.

"Hazlo tú", reiteró John. "Usted hizo este lío, usted pone el conejo de su miseria. Acaba con su sufrimiento".

Drake sintió que le sudaba la frente y miró a su amigo en busca de apoyo. El rostro de Ray estaba inexpresivo.

"No, de ninguna manera, no voy a hacer eso".

Drake dio un paso atrás mientras hablaba, pero John siguió sus movimientos. Pensó en volver a correr, pero justo cuando la idea se formulaba en su mente, John alargó la mano y se la agarró. Le apretó los dedos con tanta fuerza que se le pusieron blancos.

Luego golpeó la roca contra la palma de su mano.

"Tú hiciste el lío, así que hazlo tú", ordenó John, con los ojos rojos y en carne viva. "Puedes usar la piedra o la pistola. Tú eliges".

"No, no lo haré", dijo Drake, intentando soltar la piedra. John le apretó la mano con tanta fuerza que fue incapaz de hacerlo. "Suéltame".

"Hazlo, Drake. Saca al animal de su miseria", suplicó Ray. Ahora también parecía asustado. "Haz lo que dice."

Drake sacudió la cabeza y trató de apartarse, pero el agarre de John era como una mordaza.

"No, no lo haré. No lo haré. Esto es una locura. Déjame ir."

Pero John no lo dejó ir. Tiró tan fuerte del brazo de Drake, que casi

se cae encima del conejo moribundo.
Drake lo perdió.
"¡Alto!" Gritó. "¡Dejadme en paz! Quiero ir a casa!"
Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.
"Lo haré", dijo Ray en voz baja, pero John no pareció oírle. "Papá, déjalo ir, dije que lo haré".
"Hazlo, chico, haré de ti un hombre, todavía", siseó John tan cerca de Drake que su aliento agrio a alcohol le provocó arcadas.
"Déjame", repitió Ray. Extendió suavemente la mano y la puso en el hombro de su padre. John soltó de repente a Drake y dejó caer la piedra.
Cuando Drake retrocedió, Ray se agachó rápidamente y recogió la roca. Drake tenía la vista tan borrosa de tanto sollozar que apenas reconoció a su amigo mientras levantaba la roca por encima de su cabeza.
Esta vez, cuando Drake cerró los ojos, oyó un silbido de aire, seguido de un golpe húmedo y nauseabundo.

Capítulo 14

Esta vez, Drake no cenó nada.

Incluso el apetito de John Reynolds, antes insaciable, parecía haber disminuido, y pasó la mayor parte del tiempo persiguiendo guisantes por el plato y bebiendo cerveza a sorbos. Sólo Ray parecía no haberse visto afectado por los acontecimientos del día y comía con su típico entusiasmo.

Drake había telefoneado a su padre nada más llegar a la granja, pero, para su consternación, el hombre estaba ocupado con el trabajo y no podía venir hasta el fin de semana. Lo que significaba que Drake estaba atrapado con los Reynolds durante al menos dos días más. Su intención había sido contárselo todo a su padre, pero cuando se acercó el teléfono a la oreja, se quedó sin palabras.

¿Qué ocurrió exactamente? El problema radicaba en que, cuando intentaba verbalizar los acontecimientos del día, en realidad no le parecían tan extraños. Claro, el Sr. Reynolds le había ofrecido un trago y lo había llevado a cazar conejos a pesar de que Drake no tenía muchas ganas. Y luego, cuando habían cazado al animal, era normal, incluso empático, acabar con su sufrimiento.

Casi podía oír la voz de su padre en su cabeza.

Creía que por eso te gustaba ir a la granja. Para salir de la ciudad y hacer cosas al aire libre.

Y a primera vista, eso era exactamente lo que había ocurrido.

Sólo que era más que eso.

Era la *sensación* omnipresente que subyacía a las actividades reales, la sensación de pavor que atenazaba las entrañas de Drake como si de repente sus costillas fueran demasiado pequeñas para contener sus órganos.

Sin embargo, no podía decírselo exactamente a su padre. Probablemente se reiría de él, le diría que estaba haciendo el tonto y pensaría que Drake debería parecerse más a su hermano.

Al final, Drake se había conformado con decirle a su padre que no se encontraba bien, lo cual, a tenor del nudo perpetuo que le atenazaba el estómago, no era mentira, no realmente.

Drake oyó un clic audible, seguido de un *silbido* procedente del piso de arriba. Sólo que esta vez, le pareció oír algo más, también, un sonido entre los ciclos de aire forzado.

Un gemido. Suave, maullido, pero también inquietante.

Pensando que sólo lo había imaginado, Drake bloqueó el sonido del tenedor del señor Reynolds raspando su plato y volvió a escuchar.

Ahí está. Ahí está.

Miró a Ray y se dio cuenta de que su amigo había dejado de masticar.

Él también lo oyó.

Durante el siguiente ciclo, el gemido fue esta vez más fuerte e imposible de ignorar.

"No es nada", dijo John, arrastrando las palabras. "El doctor dice que *sólo está* tratando de vaciar sus pulmones".

A Drake no le sonó como si estuviera tratando de vaciar sus pulmones. A Drake le sonó como si Angelina Reynolds estuviera sufriendo un dolor intenso.

"Está sufriendo", susurró Ray en voz baja.

"¿Qué?" John estalló.

Ray bajó la mirada y negó con la cabeza.

"Nada."

"Déjenla en paz. No quiero que se metan con ella. Necesita dormir".

John, visiblemente enfadado, llevó su plato al fregadero y lo tiró. Luego se dirigió a la sala de estar y encendió la televisión sin decir palabra.

Incluso con el partido de béisbol de fondo, Drake podía oír claramente la secuencia de sonidos: clic, *silbido*, gemido.

Y cada vez que oía el *silbido*, sabiendo lo que vendría después, todo su cuerpo se contraía.

Aunque no tenía hambre, Drake se encontraba deshidratado y con la boca reseca. También necesitaba hacer *algo* para ocupar su tiempo y su mente. Drake se bebió un vaso entero de agua de tres tragos. Cuando terminó, miró a Ray y abrió la boca para decir algo, sólo para volver a cerrarla rápidamente.

Por una vez, Drake no tenía ni idea de qué decir.

En lugar de eso, se levantó, acercó su plato al mostrador y lo dejó caer con suavidad.

Volvió a la mesa y por fin encontró su lengua.

"Creo que me voy a ir a la cama", le dijo a Ray con voz suave.

Esperaba que su amigo se quejara, que comentara que aún no eran las ocho, quizá incluso que volviera a llamarle maricón, pero no lo hizo. Y esto era algo peor. Ray se limitó a asentir y volvió a terminar su comida.

Drake se escabulló detrás del sofá sin mirar siquiera a John. Mientras se dirigía a las escaleras, le pareció distinguir la respiración lenta y acompasada del hombre, y consideró que tal vez ya se había desmayado.

Dos días, pensó Drake. *Dos días y estaré fuera de aquí. Lejos de* esto... sea *lo que sea.*

Por un momento, Drake consideró preguntarle a Ray si quería venir

con él, si necesitaba tomarse un descanso de todo. Y también se preguntó qué diría su padre.

Probablemente no, pero preguntaré. No hace daño preguntar.

Drake puso un pie en el rellano y miró hacia arriba.

Click, *whoosh*, gemido.

Se tensó y empezó a subir las escaleras.

***

Drake se despertó con el sonido de unos pies que se arrastraban. No esperaba dormirse con lo temprano que se había acostado, pero evidentemente lo había hecho. La buena noticia era que el dolor de cabeza que le había estado molestando todo el día había desaparecido. La mala noticia era que Ray también. Y su garganta... estaba tan reseca que era increíble.

Ray vuelve a ser sonámbulo, pensó Drake, esforzándose por tragar saliva. *¿Qué demonios? ¿Soy alérgico a algo?*

Al menos, su garganta contraída le sirvió de distracción frente a otros pensamientos más siniestros que amenazaban con abrumarle.

¿Maleza o... conejo, tal vez? Podría ser conejo. Mamá es alérgica a los roedores y un conejo es un roedor, ¿no?

Drake se frotó los ojos y los encontró sorprendentemente hinchados. Tras sofocar una tos seca, se levantó y se dirigió en silencio hacia la puerta.

Conejos. Definitivamente alérgico a los conejos. A matar conejos, eso seguro. Tal vez a su pelaje, también.

Aún podía oír el respirador de Angelina, pero ahora el sonido era interrumpido por los fuertes ronquidos de John desde la habitación familiar de abajo.

Algo no va bien, pensó Drake inesperadamente al entrar en el pasillo. Sacudiendo la cabeza, intentó dejar a un lado esta tontería y volver a pensar en su posible alergia, pero la palabra "conejo" evocaba ahora imágenes de sangre y sesos y heridas siseantes...

Todavía le costaba tragar saliva, se frotó los ojos y miró al frente.

La puerta de la habitación de Angelina estaba abierta de nuevo, e incluso desde más de una docena de metros de distancia, reconoció la forma de Ray cerniéndose sobre ella.

No, vamos. Otra vez no. Sólo quiero dormir dos días hasta que papá...

Drake se llevó una mano a la boca y ahogó otra tos.

Dos pasos más y se dio cuenta de que algo era diferente en su amigo. Estaba de nuevo junto a la cabecera de la cama de Angelina, pero debía de ser más temprano que ayer, pues la luz de la luna brillaba directamente sobre su pálido cuerpo.

Y estaba desnudo. *Completamente* desnudo.

"¿Qué coño?" Susurró.
Drake se arrastró lentamente hacia su amigo, dándose cuenta de que lo único que tenía sentido en este escenario era que Ray volvía a ser sonámbulo.
Tenía que ser sonámbulo.
Mientras Drake observaba, Ray dio una calada a un cigarrillo y se lo acercó a los pálidos labios de su madre.
Esto está jodido, pensó, apretando los dientes. *Esta vez tengo que despertarle. Tengo que hacerlo. Tengo que sacarle -y sacarme- de aquí.*
Drake se acercó a su amigo, tratando de asimilar la escena.
Angelina estaba de espaldas, con la mascarilla bajada hasta el pecho. Una vez más, las máquinas que la ayudaban a respirar estaban desconectadas. En la mesilla de noche había un vaso alto de agua, cubierto de gotas de condensación.
Al ver aquella agua, Drake se esforzó por tragar de nuevo y luego se pasó la lengua por los labios pegajosos.
Junto al vaso no había un frasco de pastillas medio vacío como ayer, sino cinco o seis recipientes que parecían llenos en su mayor parte.
Sin importarle ya el mito de despertar a alguien sonámbulo, Drake alargó la mano y posó suavemente una mano en el hombro de Ray.
La piel del chico estaba tan fría que, por reflejo, se echó hacia atrás y jadeó.
Ray se volvió hacia él y se llevó el cigarrillo a la boca.
Tenía los ojos hundidos, pero no se debía a su estado transitorio; de hecho, era evidente que Ray no era sonámbulo.
Estaba vacío.
"¿Ray?" Drake susurró. "Ray, ¿estás bien? ¿Qué estás haciendo?"
Ray dio otra gran calada al cigarrillo antes de contestar.
"Vuelve a la cama, Drake."
Drake intentó responder, pero otro ataque de tos se lo llevó entonces. Sus ojos se desviaron hacia el vaso de agua de la mesilla de noche.
"Toma un poco", ofreció Ray.
Drake quería decir: "*No, estoy bien, sólo tenemos que sacarte de aquí",* pero tenía la garganta tan contraída que sólo pudo emitir un graznido. De mala gana, cogió el vaso y bebió un sorbo tentativo. El agua le sentó tan bien que estuvo a punto de jadear. Incapaz de contenerse, dio un gran trago y tragó.
"Mierda", dijo, volviendo a dejar el vaso sobre la mesa. Luego miró a Ray. "¿Por qué estás desnudo? ¿Y por qué le das un cigarrillo? Sabes lo que dijo el médico y lo que John...".
interrumpió Ray, con la voz más calmada que nunca.
"La mujer está sufriendo, Drake, y todo lo que quiere es un

cigarrillo".

La cara de Drake se torció.

"¿Qué estás diciendo, Ray? ¿Qué quieres decir con *'la mujer'*? Es tu madre, por el amor de Dios. No puedes darle un..."

"Vuelve a la cama, Drake", repitió Ray. Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que su amigo tenía una pistola de aire comprimido.

Drake dio un paso atrás.

¿"Ray"? ¿Qué te pasa? ¿Qué te está pasando? ¿Qué *nos* ha pasado?"

Mirando fijamente los ojos hundidos de su amigo, Drake se sintió mareado de repente y tuvo que apoyarse contra la pared. No estaba seguro de si era un síntoma de la alergia que le acababan de diagnosticar o si la ansiedad había vuelto a hacer acto de presencia. Fuera lo que fuese, sintió que le entraba un sudor frío por todo el cuerpo.

"Vete a la cama", volvió a decir Ray. Sus palabras se alargaron y Drake sacudió la cabeza, intentando concentrarse.

No funcionó. En todo caso, sólo empeoró las cosas. La escena ante él comenzó a desdibujarse, y Drake tropezó en el pasillo.

"*Wwwwhaat's happennnning*", gimió. Sus parpadeos se ralentizaban, y se dio cuenta de que tenía que mantener una mano apoyada en la pared mientras volvía a su dormitorio para evitar caerse. "*¿Qué estás haciendo, Rrrrrray?*"

Se le dobló el cuello y literalmente se tambaleó y luego se desplomó en la cama. No quería dormir ahora; quería sacar a Ray de la habitación de su madre, pero las ganas de dormir, de simplemente cerrar los ojos y dejar que la cálida manta de la inconsciencia lo arropase, eran demasiado grandes para resistirse.

"*¿Qué es...?"*

Drake se desmayó a mitad de la frase, pero una parte de su mente permaneció activa el tiempo suficiente para captar las palabras de su amigo mientras resonaban por el pasillo.

"Todos estamos sufriendo... todos estamos *sufriendo... todos estamos sufriendo...*"

Capítulo 15

El sol azotaba el cuerpo de Drake y, sin embargo, cuando por fin consiguió abrir los ojos, descubrió que estaba temblando.

Con un gemido, consiguió sentar su dolorido cuerpo. Tenía la garganta irritada y los ojos hinchados hasta el punto de que apenas podía abrirlos. Y la cabeza... la cabeza le *latía con fuerza.*

"Gimió frotándose las sienes. Esto le ayudó un poco y, al aliviarse el dolor de cabeza, le vinieron a la mente un montón de recuerdos.

Recordaba que necesitaba agua, que tenía una sed increíble y que su amigo ayudaba a su madre a fumar de nuevo. Recordó los envases naranjas de los medicamentos. Los ronquidos de John.

Pero eso era todo.

Drake siguió masajeándose las sienes, tratando de convencer a su dolor de cabeza para que se rindiera. Una parte de él sentía que se estaba volviendo loco, que había perdido la cabeza.

Hacía poco más de una semana, cuando había llegado a la granja de los Reynolds, Drake había estado deseando pasar tiempo con su amigo y explorar la naturaleza, haciendo las cosas que hacían los adolescentes: fumar cigarrillos, nadar, tomar unas copas, ojear las páginas de *Hustler*, quemarse al sol.

Nunca había esperado ver a las ardillas, sus pequeños cuerpos destrozados, que fue cuando toda esta locura pareció comenzar.

Tras otro trago seco, Drake se levantó. Se tambaleó y se apoyó un momento en la mesilla de noche hasta que se le pasó el mareo.

"No me siento tan bien, Ray", dijo. Pero Ray no estaba en su cama. "¿Ray? ¿Dónde estás?"

Hablar hacía que le doliera aún más la cabeza, así que Drake se calló y escuchó.

No oyó nada.

Qué raro.

Drake escuchó aún más atentamente, intentando oír por encima del sonido de la sangre que le corría por los oídos.

Nada; no oyó nada en absoluto. Normalmente, esto habría sido relajante, incluso un alivio, pero siempre había sonido en la granja Reynolds.

¡Angelina! gritó de repente su mente.

Drake salió al pasillo y se dirigió tan rápido como le permitían sus inestables extremidades a la habitación de Angelina.

Cuando miró dentro, su respiración se entrecortó y su corazón pareció saltarse varios latidos seguidos, provocándole otro mareo.

La cama de la mujer estaba vacía.
Las sábanas se habían amontonado en el suelo y las máquinas estaban a oscuras. El respirador acordeón había cantado su última canción de cuna.
Y luego estaban los envases de pastillas; había al menos seis, vio Drake, la mitad de los cuales estaban en el suelo, mientras que los otros estaban tumbados de lado sobre la mesa.
Todas estaban vacías.
El miedo venció al dolor de cabeza de Drake y se apresuró a bajar las escaleras, de dos en dos. Su pie resbaló en el último peldaño y tropezó hacia delante. Se apoyó en el respaldo del sofá para evitar romperse la cabeza contra el suelo.
"Joder", maldijo, poniéndose en pie de nuevo. Estaba a punto de dirigirse a la cocina cuando algo llamó su atención.
El sofá; también, como la cama de Angelina arriba, estaba vacío.
Sin embargo, recordaba perfectamente a John Reynolds tumbado en ella la noche anterior, con los ojos y la barbilla apuntando al techo y roncando fuerte y con dificultad.
El miedo de Drake era palpable ahora.
¿Dónde está todo el mundo?
¿"Ray"? Ray, ¿dónde estás? ¿John? ¿Angelina? ¿Alguien?"
Desesperado, su mente intentaba comprender lo que estaba ocurriendo y sus ojos recorrieron la granja.
Ella se sentía mejor-Angelina se sentía bien hoy así que decidieron salir a hacer un poco de jardinería para tomar aire fresco porque huele a rancio en el interior y John se tomó el día libre del trabajo de nuevo y me quedé dormida y no querían despertarme, y lo entiendo
Drake se dirigió hacia la puerta principal y salió. El sol era imposiblemente brillante. Drake habría entrecerrado los ojos, pero apenas los tenía abiertos. Primero echó un vistazo a la entrada y vio que la camioneta de John seguía aparcada torpemente como ayer. La puerta del granero también seguía abierta, pero parecía vacía.
Hacía tanto tiempo que Angelina no salía a la calle que quería dar un paseo para coger unas flores bonitas que quedaran bien en la mesa de la cocina y luego tal vez
Drake se tambaleó por el camino de tierra, casi tropezando con la botella vacía de Ballantine's. Sin pensarlo, finalmente se encontró en la linde del bosque.
Angelina quería ir a nadar y el agua es agradable y fresca, se estaba sobrecalentando porque las mantas estaban demasiado calientes y las máquinas generaban demasiado calor toda esa electricidad le estaba dando dolor de cabeza
Los palos y las ramas perdidas arañaban el pecho desnudo de Drake mientras avanzaba por el bosque. En un momento dado, su dedo se

enganchó en una roca y se torció el tobillo, pero siguió adelante, impulsado a partes iguales por la desesperación y la confusión.

Al cabo de menos de cinco minutos, el bosque se adelgazó, y pocos minutos después se abrió al estanque.

"No", jadeó, sintiendo que sus hombros se doblaban hacia dentro.

No estaban allí.

Ray no estaba allí.

John no estaba allí.

Angelina no estaba allí.

Sólo era Drake y vio algo blanco en la hierba y se acercó a él: una calavera.

Del tamaño de una nuez, estaba completamente limpia y blanqueada por el sol. Podría haber sido de cualquier animal -un conejo, un zorro pequeño, una marmota, una ardilla-, pero no lo era.

Era el cráneo de una de las ardillas que Ray había tirado al agua.

Drake empezó a sollozar, una reacción tan repentina y visceral que apenas se dio cuenta de que una cabellera oscura emergía al otro lado del estanque.

Enjugándose las lágrimas, observó cómo su amigo utilizaba los codos para incorporarse a la orilla con un esfuerzo considerable. Luego, Ray rodó sobre su espalda y cerró los ojos, con el pecho estrecho y agitado.

A Drake le costó tragar saliva mientras se acercaba a su amigo. Al acercarse, se dio cuenta de que Ray seguía con los ojos cerrados y consideró la posibilidad de que estuviera durmiendo.

Que tal vez, sólo tal vez, todavía era sonámbulo.

"¿Ray? ¿Estás bien?" Drake sollozaba. "¿Qué ha pasado? ¿Dónde está todo el mundo?"

Los ojos de Ray se abrieron lentamente y giró la cabeza para mirar a Drake.

"Estoy bien", respondió con voz monótona.

"Pero... ¿pero dónde está tu madre?" preguntó Drake, imaginándose los envases vacíos de medicamentos esparcidos por su habitación. "¿Dónde está John? ¿Dónde está Angelina, Ray? Qué les ha pasado a todos..."

Los ojos de Ray se cerraron lentamente y volvió a mover la cabeza hacia el centro, mientras su piel se secaba lentamente bajo el ardiente sol.

"Ya no sufrirán", dijo Ray Reynolds en voz baja. "Mamá y papá no sufrirán más".

PARTE II - Una corona de huesos

Verano de 2018

Capítulo 16

"*Debes* haber sentido esa".

"No, no creo..." Los ojos de Drake se abrieron de repente. "¡Sí! Sí, ¡lo sentí! ¡Seguro que es un niño!"

Retiró la mano del vientre de Jasmine y luego apretó la oreja contra él.

"¡Eso fue... ahí está otra vez! Lo sentí patear!"

Jasmine se apoyó en el sofá y se echó a reír.

Drake no pudo evitar soltar una risita. Volvió entonces los ojos hacia su bonita cara, y la sonrisa se mantuvo en sus labios. Había pura alegría en los ojos de Jasmine y, después de todo lo que había pasado, Drake se sintió muy bien. No tenía ni idea de cómo ser padre, no tenía ni idea de cómo ser, bueno, lo que fuera para Jasmine, y definitivamente estaba perdido cuando se trataba de Suzan. De hecho, lo único que Drake sabía con certeza era que, por primera vez en mucho tiempo, se sentía feliz.

La noticia de que Jasmine estaba embarazada de él había sido más que impactante, y se complicó aún más por sus sentimientos hacia Chase Adams. Pero ahora que Chase estaba fuera de juego, que ella se había marchado a pastos más verdes, había tenido tiempo para centrarse. Y después de unas semanas de pensar y beber mucho, Drake hizo lo honorable. Hizo lo que siempre hacía, o al menos lo que siempre intentaba hacer: lo *correcto*.

Por eso se encontraba aquí, viviendo con Jasmine y cuidando de ella mientras ella cuidaba de su hijo. Y ahora, seis meses después, los frutos del trabajo de ambos estaban dando sus frutos.

Y también era la propia Jasmine. A Drake le gustaba Jasmine. Le gustaba mucho.

"¡Ahí está otra vez!", gritó, sin molestarse en moderar su excitación.

Deslizó la cara hacia arriba sobre el estómago de Jasmine, persiguiendo el sonido, y ella hizo un gesto de dolor.

"Espero que te afeites eso de la cara antes de que nazca el bebé", dijo Jasmine mientras se agachaba y rascaba la barba de Drake.

Drake apartó la cabeza del estómago de Jasmine y la miró.

"¿Qué? ¿No te gusta? Creo que me está gustando".

Jasmine negó con la cabeza.
"Oh, Damien Drake, pensar que todo este tiempo pensé que eras sólo un alcohólico deprimido con PTSD. ¿Quién iba a pensar que había un comediante en ciernes enterrado en lo profundo?"
Drake sólo pudo negar con la cabeza. En los últimos meses se había acostumbrado a su seco -no, seco no era la *palabra*- sentido del humor, pero de vez en cuando le pillaba desprevenido.
Se sentó y estiró las piernas. Tras una maratoniana sesión de Netflix, sintió la necesidad de moverse.
"¿Crees que Suzan vendrá?"
Jasmine se encogió de hombros.
"No lo creo. Exámenes y todo eso".
Aunque su relación con Suzan nunca sería perfecta, ni tenía ningún deseo de sustituir a su difunto padre, la postura de la joven respecto a Drake se había suavizado claramente desde el incendio.
Drake había aprendido que salvar la vida de alguien era una buena forma de caerle bien.
"Puedo hablar con Beckett, ver si..."
Jasmine negó con la cabeza.
"No, no lo harás. Sólo déjala..."
El móvil de Drake zumbó, cortando a Jasmine a mitad de frase.
"Espera un momento", dijo mientras descolgaba el teléfono. El número no estaba en la guía y dudó antes de contestar.
Había pasado algún tiempo desde la última vez que recibió una llamada de un número no registrado, y sería una mentira decir que no le excitó un poco. Se había tomado un tiempo libre de la Triple D, poniendo a Screech al mando tras regresar de Virgin Gorda, y, aunque disfrutaba del tiempo de inactividad, un poco de emoción nunca hacía daño a nadie.
Para disgusto de Jasmine, él contestó.
"¿Hola? Drake aquí."
Sólo oía respirar.
"¿Hola? ¿Quién es?"
Drake estaba a punto de colgar cuando una voz que le resultaba familiar, pero que no podía identificar, habló.
"Ha vuelto, Drake."
Drake, que se dirigía hacia la cocina, se detuvo en seco.
"¿Quién es? ¿Quién ha vuelto?"
Desde la sala de estar, Jasmine le preguntó si todo iba bien, pero él la ignoró.
"Drake... El Rey Esqueleto, ha vuelto."

Capítulo 17

El sargento Henry Yasiv consiguió serenarse después de colgar el teléfono. No había formado parte de la comisaría 62 cuando el Rey Esqueleto había empezado a aterrorizar la ciudad, pero eso no significaba que no estuviera bien informado de lo que había ocurrido.

Siete cadáveres en siete días... cada uno con el hueso del dedo de la siguiente víctima cementado a su cráneo. La última víctima luciendo una corona completa de huesos.

Y la octava... Clay Cuthbert fue la octava víctima.

Yasiv tragó saliva.

Pero Peter Kellington... Peter Kellington era el Rey Esqueleto, y se está pudriendo bajo tierra.

Lo que significaba que el cuerpo tendido en la mesa de billar era obra de un imitador.

Yasiv dio una fuerte calada a su cigarrillo y se pellizcó el puente de la nariz.

El cuerpo... no es sólo un cuerpo. Es el maldito Detective Simmons. Cristo, Yasiv, es uno de tus hombres.

Se estremeció y no pudo evitar las lágrimas. En lugar de llorar, Yasiv apretó con fuerza el cigarrillo, tanto que le dio un zumbido.

Había trabajado por primera vez con el detective Simmons en el caso del Asesino de la Mariposa y, aunque Yasiv no podía considerarlo su amigo, le había ayudado a iniciarse en el oficio. De hecho, había sido Simmons quien le había sugerido que solicitara el puesto de sargento después de que Chase Adams lo dejara vacante.

Yasiv se había reído ante la perspectiva, pero con los continuos "ánimos" se había presentado a regañadientes. No tenía la experiencia ni las influencias necesarias, y desde luego carecía de la notoriedad de otros aspirantes.

Por eso, después de una serie de entrevistas, cuando le ofrecieron el trabajo, pensó que todo era una broma, una jodida serie de telerrealidad; LIVE PD, versión Punk'd.

Pero el esqueleto de Simmons en la casa detrás de él no era una broma.

A lo lejos, Yasiv vio un Crown Vic color crema que intentaba atravesar la barricada policial. Un agente uniformado se puso delante del vehículo y se produjo una especie de acalorado intercambio de palabras. Yasiv tiró la colilla y se apresuró a bajar los escalones.

"Dejadle pasar", gritó. "¡Déjenlo pasar! ¡Vamos!"

El agente lo miró y Yasiv asintió. Satisfecho, el policía dio un paso

atrás y el Crown Vic avanzó a trompicones, casi rozándole en el camino. El coche chirrió hasta detenerse al pie de las escaleras y Drake salió de un salto.

Sus ojos ardían y su boca, parcialmente oculta por la barba, se torcía en una mueca de desprecio.

"Será mejor que esto no sea una broma de mal gusto, Henry. Porque si lo es, juro por Dios..."

El sargento Yasiv subió las escaleras con cautela.

"Ojalá... joder, ojalá esto fuera una broma, Drake".

La cara de Drake se torció entonces, y Yasiv supo que aquel hombre, malhumorado en sus mejores días, estaba preparado para estallar en cualquier momento.

Yasiv suspiró, y Drake le sorprendió acercándose y poniéndole una mano en el hombro.

Sacudió la cabeza.

"Nosotros... vamos a necesitarte en esto, Drake."

Drake soltó la mano y se apresuró a subir los escalones y entrar en la casa.

Le siguió el sargento Henry Yasiv.

Capítulo 18

"Simmons", murmuró Drake mientras se dirigía hacia la parte trasera de la casa. "¿Estás seguro de que es él? ¿Estás seguro de que es Simmons?"

"No podemos estar seguros al cien por cien", respondió Yasiv titubeante. "Es sólo huesos, Drake. Pero es su cinturón, estoy seguro. Y nadie puede hacerse con él".

Drake apretó la mandíbula.

No podía creerlo; no podía creer que después de todo este tiempo, el Rey Esqueleto hubiera regresado.

Todo había ido tan bien, todo encajaba en su sitio.

Por una vez en su vida, Drake era realmente feliz.

Y ahora *esto*.

Palpó el interior del bolsillo de su americana y sus dedos trazaron el familiar contorno del caramelo. Había bebido un sorbo en el camino desde casa de Jasmine, pero ahora, estando en el lugar y confirmando que no era una mordaza, deseaba haber probado más.

Drake no podía creer que el Rey había vuelto, a pesar de lo firme que había sido en que Peter Kellington no era su hombre.

El tiempo pareció ralentizarse a medida que Drake se acercaba a la mesa de billar, y la gente que la rodeaba, los hombres de los trajes blancos que revoloteaban sobre el esqueleto, se desvanecieron de repente en el fondo. Al cabo de unos instantes, sólo quedaban él, Damien Drake, y el esqueleto.

De repente se vio transportado atrás en el tiempo, a cuando había descubierto a la penúltima víctima del Rey antes de Clay Cuthbert, la que nunca habían podido identificar. Aquel esqueleto tenía seis huesos de los dedos pegados al cráneo, con espacio sólo para uno más.

Espacio para el dedo de Clay Cuthbert. Después de no encontrar nada, ni una sola prueba en las otras escenas del crimen, habían tenido suerte y habían encontrado un pelo pegado al fémur de la séptima víctima. Un pelo que pertenecía a Peter Kellington. Esto había sido suficiente para conseguir una intervención telefónica, que había dado lugar a una orden de registro.

Y luego todo había culminado aquella noche lluviosa, con la muerte de Clay, con Drake disparando y matando a Peter Kellington en las escaleras de su casa.

Pero había algo más... había alguien más allí, recordó Drake. Una sombra oscura en la puerta, alguien que había hecho rodar el hueso entre sus piernas, distrayéndole el tiempo suficiente para que Peter

disparara a Clay.

El mismo hueso que se había perdido en las pruebas, pero que de alguna manera había vuelto a estar en posesión de Drake.

Pero luego perdí la maldita cosa mientras hacía el trabajo sucio de Ken Smith.

Drake se inclinó sobre el cráneo, maravillándose con mórbida fascinación ante su tersura, el hecho de que estuviera completamente desprovisto de carne o tendones, como si hubiera estado tendido sobre la mesa durante cien años en lugar de sólo varias horas.

Drake sacudió la cabeza, y la gente alrededor de la mesa de billar reapareció.

"¿De quién es este lugar? No puede ser de Simmons".

Yasiv se aclaró la garganta antes de contestar. Estaba claro que el nuevo sargento lo estaba pasando mal. Drake no lo culpaba; sabía lo que era perder a un compañero, a alguien cercano, a un hermano de azul.

"No, esta no es su dirección. Por lo que sé, aquí no vive nadie; es un montaje. Ya tengo a un par de hombres intentando localizar al propietario, pero puede llevar algún tiempo. Parece que es propiedad de una sociedad de cartera de algún tipo y no de un particular. *ANGUIS Holdings*, creo".

Drake asintió mientras observaba las costosas lámparas, los marcos dorados que rodeaban los óleos. El suelo de madera, la mesa de billar de roble macizo.

"¿Y Dunbar? Dunbar puede averiguar..."

"Dunbar está a tu lado", le informó Yasiv.

Drake, enarcando una ceja, se giró a su derecha y vio a un hombre regordete de rasgos suaves que hablaba con un técnico del CSU, con un bloc de notas en la mano.

Drake se acercó a él.

"Detective Dunbar, ¿verdad?"

Dunbar levantó sus ojos azules al oír su nombre y se agrandaron al ver de quién se trataba.

"¡Drake! Drake, me alegro de verte", dijo.

"Enhorabuena por el ascenso", dijo Drake. No creía que Dunbar tuviera lo que había que tener para ser detective -era demasiado blando-, pero aun así se alegró por él. Y no sería la primera vez que le demostraran que estaba equivocado.

"Gracias", dijo Dunbar. Estaba claro que quería decir algo más, preguntar por Chase tal vez, o por Screech, o simplemente ver cómo le iba a Drake, pero se mordió la lengua.

Después de un silencio incómodo, el hombre finalmente dijo: "¿Crees que es él? ¿Crees que el Rey Esqueleto ha vuelto?".

Drake abrió la boca para responder, pero alguien habló primero.

"Creo que te refieres a Peter Kellington, y no, no ha vuelto. Está muerto. Drake puede atestiguarlo de primera mano".

Drake se volvió hacia el dueño de la nueva voz y se encontró con un hombre alto y delgado, de ojos oscuros y tez suave. Llevaba una barba cuidada y el pelo negro azabache bien peinado hacia un lado.

"¿Y cómo sabes lo que puedo atestiguar?" ladró Drake.

El sargento Yasiv se interpuso entre los dos hombres y se presentó.

"Drake, este es el Subinspector Lewis Palmer. Lewis, este es..." Yasiv dejó escapar la frase.

Drake extendió la mano.

"Soy el consultor especial Damien Drake", dijo con calma. "Y sí, Peter Kellington está muerto, pero el Rey Esqueleto parece estar muy vivo".

Capítulo 19

"El dedo", dijo Drake mientras se cernía sobre el esqueleto de Simmons una vez más. "Encuentra a la persona a la que le falta el dedo y encontraremos a la siguiente víctima".

Miró fijamente la única falange que se extendía hacia arriba desde el lado derecho del cráneo.

"El CSU ya se está preparando para realizar análisis de ADN", dijo el subinspector Palmer. "Quién sabe, quizá tengamos suerte y encontremos un pelo como hicimos con Peter Kellington".

Drake se mordió el interior del labio y contuvo una réplica mordaz.

¿Nosotros?

Drake no tenía ni idea de quién era el subinspector Palmer, pero desde luego no había estado allí cuando el Rey Esqueleto comenzó su reinado de terror.

"Probablemente sea obra de un imitador enfermo", murmuró Palmer en voz baja.

Eso fue todo; Drake estalló.

"¿Imitador? ¿De verdad?"

Palmer apretó los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

"Sólo un hueso en el cráneo", espetó Drake. "Nunca le dijimos a los medios sobre la primera víctima, sobre el único hueso".

Los ojos de Palmer se dirigieron primero a las manos de Simmons y Drake siguió su mirada. Faltaban los últimos huesos de los ocho dedos del esqueleto. Aunque los medios de comunicación conocían la corona de huesos, de ahí que se les ocurriera el apodo de Rey Esqueleto, la secuencia nunca se había hecho pública. Todas las víctimas de la segunda a la sexta tenían su propio hueso del dedo pegado al cráneo, así como un hueso de todas las víctimas anteriores y de la siguiente víctima. Aunque había espacio para un octavo hueso en la séptima víctima, éste había estado ausente. Los medios de comunicación habían insinuado que se suponía que el dedo de Clay estaba allí, pero Drake pensó que eso era una gilipollez. La primera víctima, sin embargo, sólo tenía el hueso de la siguiente víctima cementado a su cráneo, y no el suyo propio.

"Sólo un hueso", reiteró Drake. "Y apostaría a que no es de Simmons."

Palmer se encogió de hombros.

"Podría ser suya. De todas formas, no sería la primera vez que se filtra información a los medios".

Drake gruñó y se puso colorado, pero Yasiv se puso rápidamente

delante de él antes de que pudiera arremeter.

"Drake, ¿se encontraron todas las víctimas en un lugar secundario?"

"Sí", respondió apretando los dientes. "Y nunca encontramos el lugar principal del asesinato de ninguna de las víctimas".

"¿Y la causa de la muerte?"

Drake negó con la cabeza.

"Los huesos estaban siempre intactos, salvo los dedos que faltaban, sin signos de traumatismo por objeto contundente. Tampoco había evidencia de veneno en la médula ósea, pero esto no era concluyente. Sólo descartó el envenenamiento a largo plazo".

Aunque Drake estaba respondiendo a las preguntas de Yasiv, sus ojos permanecían fijos en Palmer.

"¿Y tus notas sobre el caso original del Rey Esqueleto? ¿Todavía las conservas?"

Drake imaginó la caja en el maletero de su Crown Vic, la caja sin la que nunca iba a ninguna parte.

Asintió con la cabeza.

"Creo que lo mejor es que vengas a la comisaría y nos recuerdes a qué nos enfrentamos", continuó Yasiv.

"Puedo estar listo en tan sólo una hora", informó Drake al sargento.

Drake respiró hondo, tratando de calmarse. Seguía sin saber quién demonios era ese tal Palmer, pero se dio cuenta de que enemistarse con el DI no le ayudaría a encontrar al cabrón que le había hecho eso a Simmons.

Y Clay.

"¿Alguna idea de cuándo fue la última vez que alguien vio a Simmons vivo?", preguntó.

"Estaba en el trabajo hace dos días. Eso es todo lo que tengo por ahora, pero comprobaré el registro y las imágenes del exterior de la comisaría para ser más preciso. También lo comprobaré con su..." La voz de Yasiv se entrecortó y, aunque intentó disimularlo con una tos, Drake se dio cuenta. "-Su mujer. Lo consultaré con ella".

Mientras asimilaba esta información, Drake volvió a observar la habitación. A su izquierda había un estante de tacos de billar, perfectamente ordenados en sus fundas, y debajo dos estantes de madera donde se suponía que iban las bolas.

Sólo que no estaban allí.

"¿Dijiste que este lugar está montado?"

"Eso parece", respondió Yasiv.

Drake volvió los ojos a la mesa de billar, pero el CSU ya había cubierto la mitad inferior. Se acercó al hombre de traje blanco más cercano y le pidió que levantara la lona.

Yasiv apareció a su lado, con el DI pisándole los talones.

"¿En qué estás pensando?" preguntó Yasiv.

Drake no respondió de inmediato; se limitó a mirar de nuevo a la pared, donde se suponía que estaban las bolas de billar, y luego de nuevo a la mesa. Sus ojos se desviaron hacia las troneras y se sorprendió al ver una bola acunada en cada una de ellas.

"Es extraño", se dijo. Volvió a mirar la habitación y se dio cuenta de que todo parecía estar meticulosamente colocado. Todo excepto las bolas de billar.

Haciendo caso omiso de las preguntas de Yasiv, Drake caminó alrededor de la mesa de billar y confirmó que cada tronera sólo contenía una bola. Cuando se dio cuenta de que había dos bolas "6", su radar empezó a sonar.

"¿Por qué todo en esta casa está escenificado tan perfectamente, excepto las bolas de billar? ¿Y por qué demonios hay dos bolas '6'?".

Yasiv chasqueó los dedos y un técnico del CSU se apresuró a acercarse.

"Quiero que recojas estas bolas y las envíes al laboratorio para analizarlas. Cualquier cosa..."

"No, no creo que encuentres ninguna prueba en ellos, pero..." Drake comenzó, rodeando la mesa una vez más. "Esto no debería ser así".

Drake sacó su bloc de notas y garabateó las bolas en el sentido de las agujas del reloj: 6, 6, 5, 8, 9, 1

"¿Crees que esto es obra del asesino? ¿Que está tratando de decirnos algo?" Preguntó Yasiv.

Drake se encogió de hombros.

"No tengo ni idea. El Rey Esqueleto nunca nos ha enviado un mensaje antes, que no sea en forma de cuerpo".

Capítulo 20

Drake estaba sentado en su Crown Vic frente a la comisaría 62, con la mirada perdida en la noche. Su mente estaba tan vacía como su mirada, sus pensamientos en nada y en todo al mismo tiempo.

Se metió distraídamente la mano en el bolsillo y sacó el mickey de Johnny Walker Black. Sin pensarlo, desenroscó el tapón y bebió un buen trago. Incluso antes de que el líquido llegara a su estómago, inclinó la botella y volvió a tragar.

No lo probó. No sintió el ardor. Incluso la humedad pasó desapercibida.

Simplemente lo hizo, porque era lo *que* hacía.

Drake podría haberse quedado allí toda la noche, si no hubiera sido porque llamaron a su ventana.

Se sobresaltó y, tras beber un sorbo más de whisky, bajó la ventanilla.

"¿Sí?"

Yasiv le miró con ojos atentos.

"¿Vas a estar bien, Drake? Quiero decir, ni siquiera te pregunté si querías involucrarte en esto. Sólo pensé..."

Drake empezó a abrir la puerta y Yasiv dio un paso atrás.

"Tengo que hacer esto", dijo simplemente. "Tengo que hacer esto por Clay. Clay y Simmons".

Yasiv sabía lo suficiente como para no seguir hablando. Siguió a Drake hasta su maletero, donde sacó una caja de archivos y juntos se encaminaron hacia la comisaría.

A Drake le gustaba Yasiv, siempre le había gustado, pero su relación había sido superficial en el mejor de los casos. No podía evitar pensar que les iría mejor si fuera Chase quien estuviera a su lado y no Henry Yasiv.

Sus pensamientos se dirigieron a su última conversación, la iniciada por Chase que había terminado de forma bastante extraña. Cuando se conocieron, Chase había estado llena de orina y vinagre, pero en esa última llamada... parecía diferente. Sombría, tal vez. O solitaria.

Confuso.

Drake negó con la cabeza. Ya era bastante difícil trabajar con Palmer rondando. Invitar al FBI a bordo sería como tirar bolos en una guardería.

No, sólo llamarían al FBI si fuera absolutamente necesario, decidió.

Yasiv le abrió las puertas de la comisaría y Drake entró, entrecerrando los ojos bajo la dura luz incandescente.

Y luego se dirigió a la sala de conferencias, que le resultaba demasiado familiar.

***

"Siete días, siete víctimas", empezó Drake, resistiendo el impulso de referirse a Clay como la octava víctima. "Cada una descubierta casi exactamente veinticuatro horas después de la anterior. Identificamos a todas las víctimas excepto a la séptima. Los análisis forenses nos dijeron que todas las muertes eran recientes, aunque no pudieron darnos datos concretos. Todos los cuerpos fueron encontrados en diferentes lugares secundarios de NYC. Nunca pudimos encontrar una relación concreta entre las víctimas o los lugares, salvo por el hecho de que nadie denunció la desaparición de las víctimas antes de que encontráramos sus esqueletos."

Cuando Drake hizo una pausa para recuperar el aliento, uno de los oficiales más jóvenes de la sala tomó la palabra.

"Siento interrumpir, Drake, pero ¿no se encontró un pelo en el séptimo esqueleto?"

Drake dio un sorbo a su café antes de contestar.

"Sí... encontramos un pelo pegado al fémur que pertenecía a Peter Kellington, un conserje de un instituto local que tenía denuncias previas, y una condena, por ser un mirón".

"Sí, pero está muerto, ¿no?"

Drake frunció el ceño y recordó aquella noche lluviosa, sentado en el coche con Clay, quejándose de lo inútil que era aquella pista, de que no era más que una pista falsa para despistarlos de la pista del verdadero asesino.

Tragó saliva.

"Peter Kellington está muerto. Yo le disparé".

"Entonces, esto tiene que ser obra de un imitador, ¿no?".

Drake miró al DI Palmer y no se sorprendió al ver que el hombre sonreía.

"Ahora mismo, lo estamos considerando como tal", dijo Palmer, dando un paso adelante. "El ADN ha confirmado que el hueso del dedo cementado al cráneo de Simmons no le pertenece. Tenemos que suponer que pertenece a la siguiente víctima".

Drake frunció el ceño.

"Los cuerpos aparecieron con un día de diferencia, pero no sabemos cuándo fueron secuestrados", añadió Drake. "Partamos de la base de que nuestro asesino ya tiene a la siguiente víctima, pero no a las siguientes".

"¿Proceder en el supuesto?" El joven oficial preguntó. "Entonces, ¿estás, como, dirigiendo esta investigación, Drake?"

Drake entrecerró los ojos y se dio cuenta de que el oficial le resultaba extrañamente familiar.

"Drake fue traído a este caso como Consultor Especial", respondió Yasiv por él. "Su experiencia con el Rey Esqueleto debería resultar inestimable. También quería mencionar..."

"¿No crees que eso es un conflicto de intereses?" Dijo el joven, poniéndose en pie.

"¿Conflicto de intereses?" Yasiv preguntó

El joven se apartó de su silla y salió al exterior.

"Sí, un conflicto de intereses. Ya sabes, porque dejó embarazada a la mujer de Clay".

Todo el cuerpo de Drake se tensó, su rostro adquirió un color carmesí intenso y se abalanzó sobre el agente.

Capítulo 21

El joven oficial era fuerte, pero Drake tenía la furia de su lado. Clavó el hombro en el esternón del hombre y ambos salieron despedidos hacia atrás. Cuando aterrizaron, Drake perdió el aire de los pulmones y quedó momentáneamente paralizado. El agente que estaba debajo aprovechó la ocasión para barrerle y acabó encima de él. A continuación, corchó a Drake en un lado de la cabeza.

Drake vio las estrellas, pero el impacto hizo que su diafragma se contrajera y, cuando el agente se echó hacia atrás para golpear de nuevo, se sacudió. Las caderas del hombre se levantaron y Drake le clavó el codo en la ingle. Sus ojos se pusieron en blanco e instintivamente se agarró los genitales. Drake aprovechó la oportunidad para empujar al hombre y quitárselo de encima. Era consciente de que la gente le estaba agarrando ahora, sujetándole los brazos, pero a Drake no le importó, y eso tampoco le frenó. Empezó a dar puñetazos al agente y, aunque sus movimientos estaban restringidos, consiguió partirle el labio y lanzarle un chorro de sangre por un orificio nasal antes de que alguien tirara de él para liberarlo por completo.

Drake dejó de resistirse y se dejó arrastrar hacia atrás, con la respiración entrecortada. Y entonces, cuando sintió que el agarre de la persona que lo sujetaba se relajaba, se abalanzó de nuevo y consiguió deslizar la mano izquierda lo suficiente como para romperle las costillas al agente con otro golpe contundente.

"¿Qué coño está pasando?" gritó Yasiv. Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que Yasiv era el hombre que lo sujetaba. "Drake, contrólate".

Drake apretó los dientes e intentó quitarse de encima a Yasiv, pero esta vez no podía relajarse. Lo sujetaban con tanta fuerza que le costaba respirar.

"Estoy tranquilo", graznó.

El inspector Palmer se interpuso entre ellos y extendió los brazos a ambos lados como una especie de árbitro.

"¿Qué demonios está pasando?" La pregunta de Palmer fue ignorada.

"¿Quién coño eres?" espetó Drake, con los ojos clavados en el joven agente con el labio y la nariz ensangrentados.

"Paul Kramer", dijo, y luego escupió sangre al suelo.

Algo hizo clic en la cabeza de Drake.

Nunca había visto a Paul Kramer, pero el chico le resultaba familiar

porque era claramente pariente de Kevin Kramer. Y Kevin Kramer había sido compañero de Clay, antes de que se retirara y Drake ocupara su lugar.

Kramer enarcó las cejas.

"Oh, ahora sabes quién soy, ¿verdad? ¿Por qué no...?"

Yasiv soltó a Drake.

"Mantén la boca cerrada, Kramer", ordenó Yasiv. "Mantén la boca cerrada o haré que te suspendan".

Paul parecía que iba a decir algo, pero al final se mordió la lengua. Los hombres que lo retenían y las cabezas más frías finalmente prevalecieron.

Sólo el DI Palmer parecía preparado para la acción ahora, con las manos todavía extendidas como un idiota.

"Date un paseo, Kramer", le ordenó Yasiv.

Paul apartó por fin la mirada de Drake y fulminó al sargento con la mirada.

"¿Yo? ¿Qué pasa con él? Ni siquiera es uno de los nuestros. Ni siquiera es policía".

El sargento Yasiv señaló la puerta.

"Date un paseo, Kramer. No te lo volveré a pedir".

Paul parecía a punto de decir algo más, pero se limitó a gruñir antes de inclinar la cabeza y abandonar la sala. Dio un portazo tan fuerte que un portátil que había sobre la mesa saltó.

"¿Alguien más tiene un problema con Damien Drake?" Preguntó el sargento Yasiv. "Si alguien más tiene algún problema, que lo diga ahora, porque no quiero que nada joda esta investigación. Tenemos un puto día -un *puto día- hasta que aparezca* otro esqueleto".

Nadie habló.

"Bien, entonces pongamos en marcha esta puta reunión. *Joder.*"

Yasiv negó con la cabeza e indicó a los agentes y detectives que tomaran asiento. Drake se dirigió de nuevo a regañadientes a la parte delantera de la sala, al igual que Yasiv y Palmer.

"Por ahora", empezó, su rostro volviendo por fin a su tono normal, "lo mejor es que consideremos esto un caso nuevo. Podemos, y debemos, utilizar los conocimientos de Drake sobre las víctimas anteriores, y seguir buscando conexiones, pero centrémonos en Simmons. Dudo que tenga que decir esto en voz alta, pero atrapemos a este bastardo. Mató a uno de los nuestros, y por eso, va a pagar".

Dos de los nuestros, pensó Drake.

"La presencia del DI Palmer es la forma que tiene el Capitán de decirnos que tenemos a toda la Policía de Nueva York detrás de nosotros. Y nos ha prometido que tendremos todos y cada uno de los recursos que necesitemos".

Yasiv se volvió entonces hacia Palmer, pero el hombre estaba de

pronto preocupado con su teléfono móvil.

Drake frunció el ceño.

¿Quién coño es este tío?

"Entonces, trabajemos hacia atrás. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de ustedes vio al Detective Simmons?"

Un joven detective levantó la cabeza y Drake vio que sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas. Después de tanto hablar de esqueletos, de algún modo Simmons se había convertido en eso: huesos, y no en una persona.

Tal vez ese era el punto. Deshumanizarlo todo lo posible.

"Comí con él el martes", se apresuró a decir el joven.

Yasiv se pellizcó el puente de la nariz.

"Muy bien, eso fue hace dos días. ¿Alguien sabe si tenía que trabajar el miércoles?"

Respondió el mismo funcionario.

"No; dijo que tenía el día libre. Mencionó algo de ir a nadar".

"¿Un baño?"

El hombre se encogió de hombros.

"Le gusta nadar", le tembló la voz. "*Le gusta*".

"Muy bien, eso es algo", dijo Yasiv, dando golpecitos con el pie. "Hablaré con la mujer de Simmons. Supongo que le habrá visto hace poco, porque hasta ahora nadie ha llamado buscándole".

Drake consultó su reloj. Eran casi las once.

Veintidós horas hasta que aparezca el próximo cuerpo.

"Quiero a cada uno de ustedes en las calles. Que nadie duerma hasta que atrapemos a este tipo. Presionen a cada uno de sus contactos, usen cada informante que puedan encontrar, viejos, nuevos, los que están en prisión, no importa. Ahora vamos, atrapemos a este tipo antes de que vuelva a matar".

Capítulo 22

Drake dio un sorbo a su mickey y se quedó mirando las fotografías que había pegado por la habitación. A pesar de lo que había dicho Yasiv, Drake había decidido que cuanta más información pudieran obtener de las víctimas anteriores, mejor.

Se colgaron las fotos de las siete primeras víctimas y, tras contemplarlo y dejar un espacio considerable, puso también la de Clay. Tras otro gran espacio, añadió la de Simmons.

Debajo de cada uno de ellos, anotó el lugar donde se había encontrado el esqueleto, el nombre de la víctima, si se conocía, y cualquier información demográfica pertinente. En su tercera pasada, justo cuando estaba terminando el mickey, escribió datos sobre cada una de las víctimas, cosas que habían aprendido de sus padres o de sus amigos. Sólo cuando Drake llegó a la foto de Clay, hizo una pausa. Desde su asesinato, Clay le había estado atormentando, haciéndole dudar de la forma en que había actuado aquella noche.

Si no hubiera sido tan testarudo, probablemente hoy estaría vivo.

Y justo cuando Drake pensaba que por fin se había liberado, precisamente con Jasmine, los dedos rancios de la desesperación lo habían agarrado y tirado hacia atrás.

Drake sabía que no podía escapar de sus demonios, ni ahora ni nunca.

Dejó en blanco la columna sobre la vida personal de Clay, diciéndose a sí mismo que todo el mundo en la comisaría ya sabía de él.

Cuando terminó, sacó las fotografías de la escena del crimen más reciente, la casa de piedra rojiza en la que habían encontrado a Simmons, y las revisó.

Se detiene al ver un primer plano de una bola de billar. Saca el cuaderno del bolsillo y repasa sus notas.

Dos seises, un cinco, la bola ocho, un nueve, un uno.

Drake golpeó la página con el dedo.

Esto tiene que ser un mensaje, pensó. *Todo lo demás estaba tan bien ordenado, y sin embargo...*

La puerta de la sala de conferencias se abrió y Drake se giró.

Un sargento Yasiv de aspecto exhausto irrumpió en la sala y estaba a punto de decir algo antes de darse cuenta de la obra de Drake.

"¿Has estado aquí toda la noche?", preguntó.

Drake supuso que la pregunta era retórica y no se molestó en contestar.

Yasiv asintió, probablemente para sí mismo.
"Mira, siento lo que pasó con..."
"Está bien", dijo Drake. "Es mi culpa, de todos modos."
Yasiv volvió a asentir y recorrió la sala, pasando unos instantes delante de cada imagen. Cuando terminó, se acercó a Drake y observó la foto de las bolas de billar.
"Drake, ¿qué eran las bolas, otra vez?"
Mientras Drake leía la secuencia, Yasiv se dirigió a la pizarra y copió los números.
Los dos se quedaron mirando la secuencia sin decir nada durante unos instantes.
Entonces Yasiv garabateó algo debajo de los números: teléfono.
Dudó, y luego añadió: "Coordenadas GPS, debajo de eso".
Drake se levantó y cogió el trozo de tiza de Yasiv. Añadió a la lista la dirección y, debajo, la cuenta bancaria.
Tras otro momento, anotó "código" en la parte inferior.
Yasiv se acercó y tocó los dos "6".
"Si fueran sólo seis bolas en los bolsillos, pensaría que tal vez los organizadores estaban jodiendo o algo así. Se llevaron las otras bolas con ellos. Pero esto... ¿dos bolas de 6? Tendrías que salirte de tu camino para conseguir otras 6", dijo Yasiv, verbalizando el monólogo interno de Drake por él.
Drake estuvo de acuerdo.
"Sí, alguien intenta decirnos algo. ¿Pero *qué*?"
Se hizo el silencio entre los dos.
Yasiv acabó aclarándose la garganta.
"¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco, Drake?", ofreció. "Puede ser una noche larga y..."
Drake lanzó el mickey vacío al otro lado de la habitación. Aterrizó en la basura con un *chirrido de* plástico.
"Estoy bien", dijo, consultando su reloj. "Sólo tenemos dieciocho horas".
"Vale, pero mientras sigas trabajando, creo que te falta una foto ahí arriba".
Drake entrecerró los ojos.
"Peter Kellington. Sé lo que sientes por él, que estás convencido de que no es el asesino, pero está involucrado de alguna manera. O su pelo fue plantado o él estaba allí. Deberías poner su foto".
Drake se mordió el interior del labio. El hecho era que, si dejaba de lado sus propios sentimientos, lo que Yasiv decía tenía sentido. Con un fuerte suspiro, asintió.
"Tengo algunos archivos sobre el capullo en Triple D. Los traeré."
Yasiv le miró entonces, con la tristeza aferrada a sus jóvenes facciones.

"No tengas miedo de dormir un poco cuando estés allí".

Drake se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

"Y gracias por ayudarnos con esto, Drake. Sé que te lo tomas como algo personal, pero es personal para todos nosotros".

Capítulo 23

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Drake regresó a Investigaciones Triple D. La luz estaba apagada y la puerta cerrada.

Sin embargo, cuando Drake entró, se dio cuenta de que dentro no estaba completamente oscuro. El monitor del escritorio de Screech seguía encendido. Se acercó a él y se detuvo al ver la silueta de una figura desplomada en la silla.

¿"Screech"? Dijo en voz baja.

El hombre se incorporó tan rápidamente que su silla rebotó y él salió despedido hacia delante, casi estrellándose contra el ordenador.

"¡Jesucristo, Drake!" Screech gritó. "¡Vas a provocarle a un tío un puto infarto!"

Drake se rió para sus adentros a pesar de todo.

"¿Qué demonios haces todavía en la oficina?"

Sus ojos se desviaron hacia la pantalla del ordenador.

"¿No puedes conseguir porno en casa?"

Screech apagó rápidamente el monitor, sumiéndolos a ambos en la oscuridad.

"Así que va a ser así, ¿eh?", dijo Drake.

Screech encendió la lámpara de su escritorio mientras Drake se acercaba y encendía la iluminación incandescente. Parpadeó, titiló, pero afortunadamente permaneció encendida.

"Es bueno ver que al menos pagas la factura de la luz".

Screech no se rió, ni siquiera respondió con una réplica ingeniosa, algo poco habitual en él. Drake se quedó mirando a su compañero por un momento, notando las ojeras que tenía debajo de los ojos, ojeras que ni siquiera el bronceado que de alguna manera había logrado mantener desde que había vuelto de la Virgen Gorda meses atrás, lograba disimular.

Screech acabó desviando la mirada.

"¿Qué haces aquí?", preguntó.

La realidad volvió, manifestándose como un suspiro que desgarraba el cuerpo.

"Ha habido otro asesinato, Screech. El Rey Esqueleto ha vuelto".

Screech se puso en pie de un salto.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿De qué demonios estás hablando?"

Drake inclinó la cabeza y le habló del detective Simmons, del hueso cementado a su cráneo.

Cuando Drake terminó, Screech dijo: "Pero cómo es posible, Drake, tú disparaste...".

Drake le dio la espalda a Screech.

"Supongo que nos hemos equivocado de persona", dijo al entrar en su despacho. Hacía tanto tiempo que no estaba allí que olía un poco a moho.

"Drake, escucha hombre, si hay algo que pueda hacer..." Screech ofreció, llegando detrás de él.

Drake se rascó la barba y se volvió.

"¿Sabes qué? Puede que haya algo que puedas hacer. Simmons no fue encontrado en su casa, sino en un edificio desocupado propiedad de una sociedad de cartera o corporación o algo así. ¿Quizás puedas averiguar quién es el propietario? Dunbar también está trabajando en ello, pero con todas las regulaciones..."

Screech asintió.

"Sí, probablemente pueda averiguar quién es el dueño. ¿Cuál es la dirección y cuál es la compañía?"

"Uh, 9 y W 21. No recuerdo el número exactamente, pero está en W 21st. Puedo obtener la información de Yasiv si lo necesita. "

"Eso debería ser suficiente. ¿Y la empresa?"

"ANGUIS", dijo Drake vacilante, tratando de recordar exactamente lo que Yasiv le había dicho.

"Vas a deletrear eso, espero".

Drake se encogió de hombros.

"A-N-G-U-I-S, supongo. Algo así, de todos modos".

Screech asintió.

"Entendido."

Drake estaba a punto de volver a su despacho, para recoger sus archivos sobre Peter Kellington, cuando se dio cuenta de que Screech seguía de pie en la puerta, mirándole fijamente.

"¿Estás bien?"

Screech miró hacia abajo.

"Hay algo que tengo que decirte, Drake. Algo sobre el barco... sobre *B-yacht'ch*. Cuando estaba en el..."

Drake levantó la mano.

"No tengo tiempo para esto, Screech. Tengo medio día para atrapar a este tipo antes de que vuelva a matar", respiró hondo. "Además, le dijimos a Bob Bumacher que seríamos discretos".

Screech seguía sin moverse de la puerta.

Drake suspiró.

"Mira, no importa lo que había en el barco, Screech. Nos contrataron para encontrar el *barco*, eso es todo. Nada más. No buscamos nada, no vimos nada, no nos llevamos nada. Encontramos el bote y se lo trajimos al hombre. Eso es todo."

Screech inclinó la cabeza y apretó los labios con fuerza. Luego asintió.



"Bien, ahora puedes por favor dejar de ver porno y averiguar quién demonios es el dueño de ANGUIS Holdings".

Capítulo 24

Cuando Drake terminó por fin en la sala de conferencias, el primero de los detectives había llegado para la sesión informativa de la mañana.

Varios de ellos le saludaron con gruñidos al entrar, seguidos de miradas curiosas ante su aspecto.

Drake ni siquiera los reconoció.

Yasiv entró menos de quince minutos después que los primeros detectives y le entregó a Drake una taza de café. Drake la tomó con un gesto de agradecimiento. Cuando por fin tomó un sorbo, le sorprendió el sabor.

Tenía bourbon.

Vale, pensó Drake.

A las siete y media, todas las partes habían llegado excepto el inspector Palmer.

Drake se inclinó y le susurró a Yasiv: "¿Dónde está Palmer?".

Yasiv se limitó a sacudir la cabeza antes de dirigirse al grupo.

"Bien, vamos a empezar. Pero primero, antes de empezar, quiero recalcar que nada de lo que se diga aquí hoy, o cualquier otro día, sale de esta sala. Y esto no es una de esas cosas en las que hablas con tu novia o novio o marido o lo que sea de pasada, en tercera persona, ninguna de esas gilipolleces. Nada sale de la habitación. ¿Entendido?"

Todos asintieron, incluido Drake.

Cuando Yasiv continuó, su voz había bajado una octava.

"Anoche hablé con la Sra. Simmons y, como puedes imaginar, está muy afectada por la noticia de la muerte de su marido. Devastada. Pero -dudó Yasiv- no vi ninguno de sus zapatos en la entrada, ni su abrigo. Además, cuando le pregunté por la última vez que lo había visto, me dijo que se había pasado por allí el martes antes de ir a trabajar. Ni siquiera sabía que había desaparecido. La verdad, me da la impresión de que hacía tiempo que no se quedaba por allí. Como si estuviera en la caseta del perro, si sabes a lo que me refiero".

Se produjo un murmullo entre los hombres, pero Yasiv lo sofocó rápidamente.

"¿Dunbar? ¿Qué hay de las imágenes de la comisaría?"

El detective Dunbar se puso de pie.

"Se fue el martes después del trabajo, como ya sabemos, pero también volvió el miércoles por la mañana temprano".

Drake enarcó una ceja.

"Llegó alrededor de las siete, luego fue a la sala de pruebas. Se fue

de nuevo menos de media hora después".

"¿Sala de pruebas? ¿Qué demonios estaba haciendo ahí?" Drake preguntó.

Dunbar empezó a juguetear con las manos.

"Bueno, esa es la cuestión; no sé qué estaba haciendo allí. Su nombre estaba en los registros, pero las cámaras no funcionaron hasta el mediodía del miércoles".

Drake miró a Yasiv, que dudó antes de dirigirse al tablero.

¿Por qué Simmons estaría en pruebas en su día libre? Y las cámaras... algo no está bien aquí.

Yasiv garabateó, *visto por última vez el miércoles a las 7, saliendo de la comisaría 62*, bajo la fotografía de Simmons.

"¿Qué pasa con ANGUIS Holdings? ¿Alguna idea de quién es realmente el propietario del edificio?"

Dunbar negó con la cabeza.

"Parece ser una empresa fantasma, sigo intentando llegar a la fuente pero está desviada al extranjero. Sudamérica, probablemente. Seguiré investigando".

Yasiv encontró un espacio en blanco en la pizarra y escribió, en letras grandes, *ANGUIS HOLDINGS*. Debajo escribió: *Sudamérica*.

"¿Alguna novedad del laboratorio, alguna idea de a quién pertenece el dedo?"

"Todavía están haciendo pruebas", dijo Dunbar.

"¿Y los huesos en sí?"

Dunbar volvió a negar con la cabeza.

"Todavía no".

Ahora le tocaba hablar a Drake.

"Hablaré con el forense en cuanto acabemos aquí. Que se den prisa".

"Bien", dijo Yasiv. "Ahora Drake ha estado aquí toda la noche preparando toda la información que tiene sobre las otras víctimas, y a pesar de lo que dije ayer, tengo la esperanza de que podamos encontrar algo... *cualquier cosa*... que los vincule".

Varios de los hombres asintieron, pero sólo uno se puso en pie.

Oficial Paul Kramer.

Su labio era gordo y tenía un fajo de tejido atascado en una fosa nasal, pero aparte de eso, al igual que Drake, no estaba peor.

"I-"

Yasiv se adelantó instintivamente, interponiéndose entre Drake y Kramer.

"Permítame recordarle, oficial Kramer, que sea civilizado. Me importan una mierda las venganzas personales o enemistades. Lo único que me importa es encontrar a este tipo".

Kramer frunció el ceño.

"La única conexión que veo, es Clay..."
Drake cerró los puños y se preparó.
"y Simmons."
"¿Qué estás diciendo?" Drake seethed.
Kramer no se echó atrás.
"Bueno, no sé si lo sabes, ya que no formas parte del cuerpo de policía, pero tanto Clay como Frank eran agentes de policía. Detectives, de hecho".
Drake sintió que su ira aumentaba e hizo todo lo posible por contenerla.
"Vale, Kramer. Lo entendemos", intervino Yasiv, con el ceño fruncido.
Pero parece que Kramer aún no había terminado.
"*Y* Simmons fue también una de las primeras personas en llegar a la escena, después... después de que Clay fuera asesinado. Fue el que volvió dentro y encontró el cuerpo de Peter Kellington. Así que eso vincula a Clay con Simmons y a Simmons con Kellington".
Drake siguió la lógica del hombre, pero no le vio ningún valor.
"Gracias por esa penetrante mirada a lo obvio", murmuró Drake, y Yasiv le lanzó una mirada.
"Muy bien, vale, ya es algo", dijo Yasiv mientras se dirigía de nuevo al tablero.
"Sí, es algo. Es un montón de mierda humeante", dijo Drake en voz baja. Tomó un gran trago de su café con especias, y deseó que Yasiv hubiera cambiado la proporción de alcohol a grano.
Estaba a punto de sentarse, cuando otro agente se instaló junto a Kramer.
"Alice Monroe, víctima número dos, ¿no fue arrestada antes?"
Drake asintió.
"Sí. Si no recuerdo mal, la arrestaron por un delito menor de posesión de drogas. Cocaína, creo".
"Bien, bien", dijo Yasiv. Drake se dio la vuelta y vio cómo el hombre trazaba grandes líneas que conectaban a Alice Monroe con Clay y Frank y luego con Peter Kellington.
"Dunbar, ¿quieres indagar un poco en el arresto de Alice? Y comprobar si alguno de los otros tenía antecedentes penales".
Dunbar asintió.
"¿Alguien más?" preguntó Yasiv al grupo.
Uno de los miembros de la vieja guardia levantó la mano.
"No sé si está relacionado, pero uno de mis informantes ha trabajado con ella durante años, dice que hay más droga en las calles que nunca. Inundada de ella, bajando los precios. Dice que no recuerda que la heroína fuera tan barata. Empezó hace un mes".
Yasiv se lo tomó con calma.

"Vale, vale. Cualquier información es buena información. Ven a verme enseguida si oyes algo que pueda estar relacionado. Incluso si no estás seguro".

"¿Qué hay del móvil de Simmons? ¿Podemos rastrearlo?", preguntó un detective.

Dunbar negó con la cabeza.

"La tarjeta SIM fue extraída el miércoles a media mañana, probablemente poco después de que abandonara la comisaría. No podemos obtener nada útil de ella", dijo. "Antes de que se me olvide, tampoco tenemos nada de la llamada al 911. Voz codificada, número imposible de rastrear".

Hubo una breve pausa y, cuando fue evidente que no se iba a dar ninguna otra información, Yasiv dio una palmada.

"Muy bien, sigamos cazando. Dadme algo, chicos. Denme algo. *Por favor.*"

Cuando los hombres salieron de la sala, Drake consultó su reloj y se estremeció.

Quedan quince horas. Quince horas hasta el próximo esqueleto.

Capítulo 25

"¿Estás durmiendo o borracho?" Preguntó Drake.

"Estoy completamente despierto y sobrio", respondió el Dr. Beckett Campbell. "Pero nunca me habías oído decir eso. ¿Qué puedo hacer por ti, Drake?"

Drake cambió el teléfono de un oído a otro.

"Bueno, para empezar, puedes abrir la puerta".

Drake observó cómo el Dr. Campbell daba vueltas en su silla. Al igual que Screech, Beckett parecía cansado, pero al menos no estaba tan pálido como antes. El hombre se levantó, se pasó una mano por el corto pelo rubio y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

"Drake, qué amable de tu parte visitarnos", dijo Beckett acercándose y abrazando a Drake. Drake le devolvió el abrazo torpemente y luego lo apartó.

"Muy bien, basta de eso. Veo que estás de vuelta aquí, de vuelta a la vieja rutina."

Beckett se encogió de hombros.

"He vuelto a mi sitio. Esta piel pálida no se lleva bien con la playa. ¿Qué pasa?"

Drake siguió a Beckett hasta el despacho del hombre.

"Ha vuelto, Beckett. El Rey ha vuelto".

Beckett enarcó una ceja mientras tomaba asiento ante su ordenador y le ofrecía a Drake el de al lado.

"Supongo que no estamos hablando de Elvis aquí, ¿verdad?"

"El Rey Esqueleto ha regresado".

Beckett negó con la cabeza.

"Joder".

"Y mató a un oficial de policía".

"¿Qué?" dijo Beckett, con los ojos desorbitados.

Drake asintió.

"Ha sido una noche jodidamente larga, Beckett. Pero lo peor es que tiene el hueso del dedo de alguien cementado al cráneo, como la última vez. ¿Nadie te habló de esto? ¿Cuando llegó el cuerpo?"

Beckett frunció el ceño.

"Me han relegado al trabajo de perra hasta que demuestre mi mejor comportamiento".

Se inclinó y empezó a teclear en el ordenador, navegando por varios sitios protegidos por contraseña. Finalmente, la imagen del esqueleto de Simmons apareció en la pantalla.

"Eso es jodido", dijo Beckett en voz baja.

"No me digas. Necesito saber cómo le quitaron toda la piel y la carne, y cualquier cosa que pueda decirme sobre dónde pudo haber ocurrido".

Beckett se volvió hacia Drake.

"Ni siquiera necesito ver el cuerpo para decírtelo. En general, hay tres formas de deshacerse del tejido sobre el hueso", levantó un dedo. "Una, la maceración en agua fría, en la que el cuerpo se deja en agua durante una semana más o menos hasta que la piel se puede despegar fácilmente. ¿Recuerdas la víctima de Central Park? ¿Lavadora de manos de mujer? Pues bien, permanezca sumergido aún más tiempo, añada un poco de detergente enzimático para la ropa y acabará con un pelado fácil. Dos, maceración en agua caliente. Lo mismo que antes, sólo que esta vez, básicamente estás cocinando la carne. Imagina poner un costillar en agua hirviendo durante doce horas. Claro, los terroristas ganan, pero tienes un producto que se cae del hueso. La tercera forma es con una caja de insectos. Básicamente, consigues estos escarabajos desagradables llamados *Dermestes* y engullen toda la piel y el músculo y toda esa mierda. Aunque lleva un tiempo, a veces hasta una semana. La mejor manera de hacerlo si me preguntas, menos daño potencial al..."

Drake interrumpió a su amigo.

"Simmons sólo se ha ido un día o dos."

Beckett asintió.

"Entonces yo apostaría por la maceración en agua caliente. Espera, dame un segundo. "

Beckett volvió al ordenador y sacó la imagen del cráneo, y luego hizo algunas mediciones rudimentarias con el software.

"Sí, parece que el cráneo se ha encogido un poco, lo que es un signo revelador de que el cuerpo fue hervido. Aunque hay algo más. ¿Ves la forma en que los huesos blanquean así, Drake? Los huesos de verdad no son así. Quiero decir que lo son, pero hierves un cuerpo y salen todos amarillos, de aspecto sucio. Después de cocinarlo, tu asesino psicópata debió usar una solución de peróxido de hidrógeno para blanquear el cráneo y los otros huesos."

Drake anotó todo esto en su bloc de notas.

"¿Cuánto necesitarías para eso, dado que todos los huesos siguen unidos?"

"Sí, los tendones y ligamentos aún están presentes en su mayor parte, así que debió ser muy, muy cuidadoso cuando lo hirvió, y aún más cuidadoso cuando lo sumergió en peróxido de hidrógeno. Debía de tener una gran cuba, lo bastante grande como para meter todo el cuerpo de una vez. No parece que los huesos se hayan degradado, así que parece que utilizó el que se compra en las tiendas, entre un tres y un cinco por ciento, o algo por el estilo".

De nuevo, Drake asintió y tomó nota de las observaciones de su amigo.

"¿Algo más que puedas decirme?"

Beckett volvió a ampliar la imagen, esta vez centrándose en el hueso del dedo.

"Sí, tu chico te está dando el dedo".

Drake enarcó una ceja.

"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"

Beckett se encogió de hombros.

"Este es el metatarso del dedo medio. Como dije, tu chico te está dando el dedo".

"¿Alguna vez lo es?", dijo Drake en voz baja. Estaba a punto de levantarse cuando, por capricho, pasó a una página concreta de su bloc de notas y se la mostró a Beckett.

"¿Juegas al billar?"

"He sido conocido por timar a algunos, ¿por qué?"

"¿Significa esto algo para ti?" preguntó Drake, mostrando a Beckett la fotografía de las seis bolas de billar.

Beckett lo miró.

"¿Aparte de que las rayas están jodidas? No, no puedo decir que alguna vez haya jugado con dos bolas de seis".

Drake cerró el libro.

"Gracias, Beckett. Te lo agradezco mucho. Una cosa más; ¿hay alguna forma de que puedas presionar a los chicos del laboratorio, a ver si pueden acelerar el análisis de ADN del dedo?".

"Puedo estar en libertad condicional de doble secreto, pero eso no significa que no pueda mandar a algunos de estos médicos con derecho. Será un placer".

Capítulo 26

El hombre prefería el silencio mientras trabajaba. Había probado a escuchar música, incluso a silbar de vez en cuando, pero lo único que conseguía era arruinar su concentración.

Dejó la lámina de plástico sobre el banco de trabajo, alisando los bordes. Luego sacó su caja de herramientas y la desenrolló. Los escalpelos que contenía estaban impecablemente limpios, hasta el punto de brillar incluso con la escasa iluminación.

Satisfecho, se acercó al tanque de inmersión, escuchando el zumbido natural del calentador, y confirmó que la temperatura estaba fijada en 90°. Era un recipiente opaco, una bañera con tapa que había construido con madera y una vieja lona de lluvia. Comprobó el dial del segundo termostato de inmersión y confirmó que también marcaba 90°. Luego miró el temporizador del banco de trabajo. El cuerpo llevaba ya seis horas en el agua y era hora de comprobarlo.

Sabiendo que tenía que ser rápido para evitar una evaporación excesiva, levantó la esquina de la tapa y echó un vistazo al interior. El detergente y la carne disuelta habían hecho que el agua se volviera espumosa y no pudo ver bien.

Con unos gruesos guantes de goma que le llegaban hasta los codos, el hombre metió la mano en el agua y tanteó suavemente en busca del cuerpo. Cuando sintió resistencia, levantó suavemente un objeto del tamaño de una bola de bolos y lo sacó del agua, arrastrando con él el resto del esqueleto.

El cráneo no estaba completamente limpio. Los ojos se habían disuelto, al igual que las mejillas y los labios. Quedaba una nariz vestigial, compuesta en su mayor parte de cartílago que tendría que limpiar más tarde. El cuero cabelludo se había despegado cuando levantó el cráneo y sabía que, con un poco de esfuerzo, podría pelarlo hasta el cuello.

El hombre se inclinó hacia abajo, consciente de no sacar todo el cuerpo del agua, sabiendo que las enzimas habían debilitado los tendones y que los huesos podían separarse. Miró fijamente las cuencas vacías que antes estaban llenas de ojos, pero que ahora sólo albergaban una gruesa costra blanca. No dijo nada mientras miraba, sólo se quedó mirando.

Al cabo de un minuto, el hombre asintió y volvió a bajar el cuerpo al agua. Volvió a colocar la tapa y comprobó los calentadores para asegurarse de que seguían a 90°.

"Otra hora", se dijo a sí mismo. "Otra hora, tal vez dos, y entonces

estarás listo".

Capítulo 27

Screech no recordaba la última vez que había dormido. Lo intentaba, lo intentaba cada noche, pero cada vez que cerraba los ojos se imaginaba a las chicas muertas y luego recordaba lo que él y Beckett le habían hecho a Donnie en el yate.

Lo que habían dejado pasar.

Recordó la mirada de Beckett cuando Donnie se deslizó bajo la superficie del agua, con la mano extendida, pálida, arrugada, desesperada por que alguien le ayudara. Screech se había asomado a la barandilla con la intención de agarrarle la mano, pero Beckett se lo había impedido.

Y luego estaba esa mirada en sus ojos... la mirada fría, la que hacía que a Screech le recorriera un escalofrío por la espalda, incluso ahora, meses después.

Cuando Drake se marchó, volvió a encender el monitor del ordenador y se desplazó hasta las imágenes. Sus ojos se clavaron en la imagen de la caja de paquetes de plástico llenos de polvo blanco, cada uno de ellos con la insignia de la serpiente comiéndose el globo ocular. Debía de haber más de cinco millones de dólares en droga en aquel bote, que era evidentemente el motivo por el que Bob Bumacher lo quería recuperar tan desesperadamente. Y por qué les había pagado tan generosamente para conseguirla.

Discreción... Me recomendaron a vosotros por vuestra discreción, había dicho Bob el día que se conocieron.

Había intentado contarle a Drake lo que había encontrado, lo que había pasado, pero Drake no quiso saber nada.

Pasó a la siguiente imagen.

Detrás de una de las cajas de heroína había una bola de cinta aislante. Y en esa cinta había manchas de color óxido que Screech sabía que sólo podían ser una cosa: sangre.

Screech no pudo evitar pensar en las dos chicas, las dos modelos muertas que se habían encontrado en la habitación de Beckett.

¿Había otra? ¿Otra chica, una que Donnie se había llevado contra su voluntad?

Screech sacudió la cabeza y pasó a la siguiente imagen, pero antes de que se cargara, el móvil que tenía sobre la mesa empezó a zumbar.

Los ojos de Screech se desviaron hacia ella y cuando vio el número en la pantalla se le encogió el corazón.

Tragando saliva, con los ojos clavados en la fotografía del rostro sumergido de Donnie, con sus ojos sin vida mirando hacia arriba,

respondió.

"¿Hola?", dijo secamente.

La voz que contestó tenía un marcado acento español, que siempre ponía de los nervios a Screech.

"Quiere verte. Quiere verte ahora".

Capítulo 28

Drake se frotó los ojos y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Sin pensarlo, buscó el hueso que Iván le había dado en Patty's Diner hacía una década.

No estaba allí, por supuesto.

Lo había perdido. Lo había perdido mientras instalaba cámaras para fisgonear para Ken Smith, para capturar algo que usar para chantajear al Dr. Gary Kildare.

Para ayudar a Ken Smith a convertirse en alcalde de Nueva York. Cosa que el hombre había logrado, con poca oposición. Drake había vuelto al almacén ahora abandonado que había servido de cuartel general de la campaña del Dr. Kildare en busca de aquel hueso, pero nunca lo había encontrado. En aquel momento, no había pensado mucho en la procedencia real del hueso, lo que ahora le parecía extraño, pero entonces estaba tan dolido por la muerte de su compañero que necesitaba algo, cualquier cosa, que le recordara lo que había hecho.

Y el hueso había servido a su propósito. Ahora, sin embargo, podría ser una pista.

Exactamente a qué, no tenía ni idea.

Drake caminaba despacio con la cabeza gacha. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente, como solían estarlo siempre las de Nueva York, pero él no se fijaba en nadie. Se limitaba a caminar arrastrando los pies, con la mente fija en imágenes mentales del esqueleto del detective Simmons, preguntándose qué aspecto habría tenido Clay bajo su piel.

El teléfono que llevaba en el bolsillo repiqueteó contra sus dedos y lo sacó para mirarlo.

Era Jasmine. Drake respiró hondo y esperó a que la llamada saltara al buzón de voz. Luego marcó el número de su buzón de voz y escuchó.

"¿Drake? Drake, ¿dónde estuviste anoche? No viniste a casa. Mira, sé que las cosas son un poco abrumadoras y que ninguno de los dos pretendía nada de esto, no realmente. Y si te hace sentir mejor, yo también estoy nervioso. Pero deberíamos hablar de esto. Por favor, ven a casa. O llámame; como mínimo, llámame".

Drake tragó saliva y borró el mensaje.

¿Cómo pudo llamarla? ¿Cómo pudo llamar a Jasmine y decirle que está trabajando para la policía de Nueva York de nuevo tratando de encontrar al hombre que *realmente* mató a su marido. ¿Su *verdadero*

marido, el padre de Suzan?

Tal vez Kramer tenía razón. Tal vez esto era un conflicto de intereses, tal vez toda la puta vida de Drake era un conflicto de intereses.

Sacudió la cabeza y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo y, por segunda vez en menos de diez minutos, se encontró buscando de nuevo aquel hueso del dedo.

¿Dónde podría haber ido?

Aunque la respuesta más probable a esa pregunta era que el conserje había pasado por allí y lo había barrido pensando que sólo era un trozo de basura. Y ahora descansaba en algún vertedero. Sin embargo, algo le decía a Drake que no era así. Ese hueso del dedo...

De nuevo me vino a la mente la imagen del esqueleto de Simmons tumbado encima de la mesa de billar.

¿Qué demonios hacía Simmons en la sala de pruebas?

Drake conocía a Simmons desde hacía varios años y no creía que el tipo fuera corrupto. Pero, ¿hasta qué punto podía fiarse de esa apreciación, teniendo en cuenta que la mayor parte del tiempo estaba medio metido en el ajo?

Resultaba terriblemente sospechoso que el hombre hubiera acudido a las pruebas en su día libre, el único día en que las cámaras no funcionaban.

Sin darse cuenta, Drake había hecho un bucle y ahora estaba de vuelta en su coche.

Círculo completo... Tengo que volver sobre los pasos de Simmons desde el miércoles por la mañana.

***

Drake aparcó frente a la comisaría 62 y se dirigió al interior, caminando a buen paso.

Simmons llevaba aquí menos de media hora, pensó, *lo que significaba que tenía que actuar con rapidez y saber lo que buscaba*.

Drake tardó varios minutos en llegar a la sala de pruebas y allí le recibió un agente detrás de una valla metálica.

El hombre saludó cuando Drake se acercó, y él respondió con un gesto seco de la cabeza. No reconocía al hombre, pero por la forma en que miraba a Drake estaba claro que el agente sabía quién era. Lo más probable es que el hombre fuera nuevo, ya que trabajar en la sala de pruebas estaba un peldaño por encima de poner multas de aparcamiento.

"Oye, una pregunta: ¿estabas aquí cuando el detective Simmons vino el miércoles por la mañana?"

El hombre suspiró.

"Sí, le dejé entrar. No estuvo más de cinco minutos y luego salió. No metió ni sacó nada".

"¿Alguna idea de por qué entró? ¿Qué hay de su estado mental? ¿Estaba agitado? ¿Ansioso?"

"Tenía... prisa, supongo. No parecía molesto ni nada por el estilo. Sólo dijo que tenía que comprobar un número de pruebas. No hice demasiadas preguntas, ya sabes. Era un detective después de todo. Un buen tipo, también. Joder".

Drake asintió. Lo que el oficial estaba describiendo no era terriblemente raro; a menos que quisieras quedarte para siempre como la zorra de las pruebas, no pasabas el tiempo cabreando a la gente. Especialmente a los de mayor rango.

Drake se inclinó ligeramente hacia la jaula y echó un vistazo a la cámara. Había dos, se dio cuenta, una apuntaba directamente hacia él y la otra hacia la sala de pruebas.

"¿Las dos cámaras estaban apagadas? ¿O sólo la de la bóveda real?"

El hombre miró a las cámaras.

"Las dos cosas. De hecho, la única razón por la que recuerdo que estuvo aquí fue porque firmó la hoja. De lo contrario, podría haberlo olvidado... Es decir, entraba y salía. En cuanto a las cámaras, mierda, ni siquiera sé dónde está el interruptor para ellas".

El hombre se estaba poniendo nervioso, pero Drake no podía decir si era porque pensaba que estaba nervioso por perder su trabajo, o si sabía más de lo que estaba dejando entrever.

"¿Te importa si entro y echo un vistazo?"

El hombre se encogió.

"No lo sé, Drake. Quiero decir, sé que eres un consultor y lo que no, y quiero ayudar, de verdad, pero no eres, quiero decir, no eres técnicamente..."

Drake cogió la hoja de registro y garabateó su nombre en una de las líneas en blanco. Comprobó su reloj y marcó las 8:46.

"Mira, puedo llamar al Sargento Yasiv, pero está un poco ocupado ahora tratando de atrapar a un asesino."

El hombre se encogió de nuevo.

"Sí, lo sé, pero..."

Estoy perdiendo el tiempo con esta mierda.

"Te diré una cosa, estoy intentando recrear lo que le pasó a Simmons el día que vino aquí. Puedes venir conmigo si quieres. Cinco minutos. Como él. Eso es todo."

El hombre seguía claramente incómodo con la idea, pero Drake ya estaba metiendo la mano dentro e intentando abrir la puerta él mismo.

"Vale, de acuerdo", cedió al fin el hombre.

Apenas habían desbloqueado la puerta cuando Drake irrumpió empujando al agente.

"No te preocupes, seré rápido."

Capítulo 29

La sala de pruebas era tal y como Drake la recordaba: filas y filas de cajas de cartón y bolsas de plástico. Las estanterías metálicas en las que se almacenaban las pruebas parecían de la Edad Media. Simples marcos metálicos que se extendían hasta el infinito.

Hacía mucho tiempo que no entraba aquí, y verlo de nuevo le confirmó que Simmons no tenía tiempo para andarse con rodeos. Tenía que saber lo que buscaba.

Drake se mordió el labio y se lo pensó un momento.

¿Cómo puedo saber qué buscaba? ¿Una bolsa o caja con menos polvo, tal vez?

Sacudió la cabeza.

"No, eso no ayudará".

Drake caminó por uno de los pasillos, elegido al azar. Mientras lo hacía, su mente volvió a algo que había dicho el imbécil del agente Kramer, algo sobre cómo Simmons había sido el primero en entrar en casa de Peter Kellington después de que lo mataran.

Tal vez...

"Oye, déjame preguntarte algo; las pruebas del caso de Peter Kellington... las cosas que se llevaron de su casa... ¿siguen aquí?".

El hombre entornó los ojos.

"Sí, todavía está aquí. Normalmente, después de que el fiscal concluya que no habrá cargos en un caso, Iron Mountain se lleva el material. Sólo tiene que firmarlo el sargento. Pero con todos los cambios, creo que nadie lo hizo".

"Muéstrame dónde".

Esta vez, Drake dejó que el hombre le guiara. El agente caminó hasta el final del pasillo, giró a la derecha, pasó a otros pasillos y luego fue a la izquierda. Diez pasos más y se detuvo justo delante de una gran caja de cartón marrón con las palabras *Peter Kellington* garabateadas en la etiqueta blanca.

Drake observó al oficial muy de cerca.

Según admitió el propio hombre, era nuevo aquí y, sin embargo, sabía exactamente dónde encontrar las pruebas de la casa de Peter Kellington.

"Está aquí", dijo el agente.

Drake asintió y se acercó a la caja.

"¿Sólo una caja?"

El hombre se rió.

"No, es todo esto", dijo señalando toda la estantería que albergaba

al menos quince cajas. "Todo esto es de la casa de Kellington".

Drake maldijo y retrocedió un paso, observando las cajas desde la distancia.

No hay tiempo para registrarlos todos.

Intentó distinguir una que fuera diferente del resto, un indicio de que había sido movida o abierta recientemente. Al principio no vio nada, pero luego se dio cuenta de que la tapa de la séptima u octava caja estaba ligeramente entreabierta y asomaba la esquina de plástico de una bolsa de pruebas.

"Disculpe", dijo Drake al pasar junto al agente y acercarse a la caja. Levantó la mano y la sacó de la estantería, observando que había marcas de dedos en el polvo de la parte superior.

Drake empezó a quitar la tapa, cuando el agente volvió a hablar.

"No creo... no puedes..."

Drake ignoró al hombre y le dio la espalda por si se le ocurría intentar volver a cerrarla a la fuerza. Tiró la tapa de cartón a un lado y luego cogió la bolsa de plástico que colgaba y la acercó a la luz.

Y entonces su corazón pareció dejar de latir por completo.

Sólo había un objeto en la bolsa, del tamaño aproximado de un dado y de un tono similar.

Era el último hueso de un dedo.

Sin pensarlo, Drake empezó a despegar la cinta roja de pruebas que sellaba la bolsa y garantizaba la cadena de custodia.

"¡Oye, no puedes abrir eso! No puede...", esta vez el agente intentó arrebatarle la bolsa, pero Drake lo bloqueó con el codo.

"Al infierno que no puedo", dijo, agarrando la cinta entre los dientes y tirando con fuerza.

La cinta finalmente se soltó y él metió la mano en la bolsa y apretó el hueso del dedo en la palma, lo enrolló alrededor de sus propios dedos como un mago haciendo un truco con monedas.

Es el mismo, pensó Drake. *Es el mismo maldito hueso del dedo que yo tenía, el que me dio Iván.*

Drake no manipulaba huesos de dedos habitualmente, pero *conocía éste*. Conocía este, porque lo había apretado cada pocas horas durante un mes o más. Apretó y rodó cada vez que pensó en Clay.

Y Simmons lo puso aquí. Raúl o Ken de alguna manera lo habían sacado de pruebas y lo pusieron en mis manos, y luego Simmons lo volvió a poner. ¿Pero por qué?

Con dificultad, volvió a meter el hueso en la bolsa de pruebas y luego lo empujó contra el pecho del agente.

"Tienes papeleo que hacer", dijo Drake distraídamente.

El agente lo miró con una mezcla de desprecio y asco, pero no hizo ningún movimiento para detener a Drake mientras caminaba de vuelta hacia la parte delantera de la sala de pruebas.

Justo cuando estaba a punto de irse, Drake se dio cuenta de que no había captado el nombre del hombre.

"¿Cómo te llamas?" Preguntó, dándose la vuelta.

El agente, que seguía apretando la bolsa contra su pecho, se asomó por detrás de una fila de estanterías.

"Mark Upton", dijo. "Mi nombre es Mark Upton."

Drake asintió y salió de la sala de pruebas.

Tengo que encontrar a Yasiv, y tengo que averiguar por qué demonios Simmons tenía ese hueso.

Capítulo 30

"¿Drake? Te estaba buscando", dijo el sargento Yasiv cuando Drake entró en su despacho.

Drake miró a su alrededor y observó que el detective Dunbar también estaba en la sala. El mero hecho de volver a estar aquí le traía recuerdos de la cara roja del sargento Rhodes mientras lo reprendía.

Me alegro de que ese bastardo se haya ido.

Sus ojos se posaron en Yasiv, y se preguntó cómo el departamento había pasado de Rhodes a Adams y de ahí a Yasiv. Parecía que cada vez estaban más verdes. Rhodes había sido un títere de Ken Smith, de eso Drake no tenía duda, pero desde él...

Palmer, la palabra destelló en su mente. *Ken está simplemente empujando su influencia hacia arriba en la cadena. No tiene sentido ser dueño del Sargento cuando puedes dirigir las cosas como DI. ¿Hasta dónde llega?*

Sacudió la cabeza e intentó concentrarse.

"Y yo a ti", dijo Drake. "No lo entiendo, pero estoy bastante seguro de que Simmons entró en la sala de pruebas para...". Drake se agarró antes de decir, *pon algo*, - "revisar las pruebas de Peter Kellington".

Yasiv le miró fijamente. Cuando ni él ni Dunbar respondieron, Drake dijo: "¿Me has oído?".

Yasiv asintió y parpadeó varias veces seguidas.

"¿Por qué demonios haría eso?"

Drake se mordió el labio y deseó tener otros cuantos tragos de bourbon dentro.

La verdad era que no tenía ni idea de *por qué*. Cada vez era más evidente que Simmons estaba en la cama con Smith, pero las razones detrás de esto... detrás del hueso... todavía se le escapaban.

Drake se encogió de hombros.

"No lo sé", dijo simplemente.

De nuevo se hizo el silencio en el despacho.

Y, como antes, Yasiv fue quien la rompió.

"Vale, guardémonos eso para nosotros por ahora. Consúltalo con la almohada, intenta averiguar qué significa antes de seguir adelante con nada. Dunbar, ¿por qué no le dices a Drake lo que acabas de decirme?"

El detective Dunbar, que había estado sentado cuando Drake entró en la habitación, se puso en pie.

"Así que, investigué un poco más, y encontré algunas conexiones curiosas entre todas nuestras víctimas".

Drake enarcó una ceja. Le resultaba difícil de creer; había examinado las pruebas con Clay durante horas.

"En primer lugar, Jenkins no era sólo un mirón, sino que había sido detenido, y posteriormente absuelto, de tener pornografía infantil en su poder. No sólo eso, sino que las otras cinco víctimas también tenían antecedentes penales. Una por incendio provocado, otra por blanqueo de dinero y tres por maltrato doméstico; obviamente, no pude comprobar la identidad de la víctima no identificada."

Esto no era nuevo para Drake. El propio Clay había visto la conexión durante las primeras fases de la investigación.

"Sí, lo sé. Pero ninguno de ellos cumplió condena juntos. Ninguno de ellos estuvo en prisión al mismo tiempo, ninguno compartió una OP, alojamiento en grupo, nada los unía. Además, ¿cómo entra Clay en ese grupo? ¿Por Simmons? ¿Porque eran policías?"

A medida que Drake hablaba, Dunbar parecía más inquieto, incluso nervioso.

"¿Qué?" Drake ladró. "¿Qué es?"

Dunbar miró a Yasiv, que le hizo un gesto con la cabeza.

"Vamos, dile qué más".

Dunbar se aclaró la garganta.

"Además, no sé si esto significa algo, pero ¿recuerdas que antes dijimos que Alice Monroe fue arrestada por posesión de drogas?".

Drake asintió, recordando lo que había dicho el imbécil de Kramer.

"Sí, bueno, ¿el oficial que hizo el arresto? Fue Clay", continuó Dunbar.

Los ojos de Drake se entrecerraron. No estaba seguro de que le gustara a dónde iba esto.

"¿Y? ¿Y?"

El nerviosismo de Dunbar aumentó.

"Mira, lo sé, yo sólo..."

"Escúpelo, Dunbar", siseó Drake.

"Bueno, es que Alice llevaba medio kilo de heroína cuando Clay la paró".

"¿Y?"

Dunbar se rascó la cabeza.

"Bueno, Clay acaba de ficharla por un simple delito menor de posesión. No sé, quiero decir..." Dunbar dejó que se le escapara la frase.

"¿Quién te lo ha dicho?"

No era raro que los agentes libraran a la gente, que rebajaran los cargos si el delincuente ayudaba a entregar a alguien aún más valioso para ellos.

¿Pero *medio kilo* de heroína?

"No estoy seguro..."

"¿Quién te lo dijo, Dunbar?" Drake sintió que le subía la temperatura. "Fue Kramer, ¿no?"
Yasiv tomó la palabra.
"Ha sido investigado, Drake."
Drake apenas oyó al hombre. Dio un paso adelante, agarró a Dunbar por el cuello y tiró de él para acercarlo.
"¿Qué es exactamente lo que estás diciendo, Dunbar? ¿Estás diciendo que Clay estaba sucio? ¿Es eso lo que estás diciendo?"
Yasiv se levantó y se dirigió hacia el lado de su escritorio.
"Tranquilo, Drake. Déjale ir. Está de nuestro lado... sólo te está contando los hechos".
Dunbar no se resistió y Drake lo sacudió una vez para ver si reaccionaba. Dunbar sólo le miró fijamente, con miedo en los ojos.
¿Qué demonios estoy haciendo?
Drake soltó al detective y éste trastabilló hacia atrás antes de caer en su silla.
"Lo siento", refunfuñó Drake, secándose el sudor de la frente. "No he dormido mucho últimamente".
"No pasa nada", dijo Dunbar, arreglándose el cuello. "Ninguno de nosotros lo ha hecho".
Yasiv volvió a su escritorio.
"Hay una cosa más", dijo Yasiv.
Los ojos de Drake iban de Yasiv a Dunbar y viceversa.
"¿Qué pasa?"
"¿Fue Clay a la iglesia?
La pregunta fue tan inesperada que Drake no estaba seguro de haber oído bien.
"¿Qué?"
"¿Fue Clay a la iglesia?"
Drake se lo pensó un momento.
"No... no estoy seguro", respondió. "¿Por qué?"
Fue Dunbar quien contestó.
"Peter Kellington y Alice Monroe iban a la misma iglesia: Iglesia de la Liberación".
"Nunca he oído hablar de él."
"Yo tampoco, y no puedo encontrar mucho sobre ello en internet. Sólo que parecían tener como objetivo a ex convictos".
Drake enarcó una ceja.
"¿Objetivo?"
Dunbar se movió incómodo.
"Ugh, ¿para conseguir feligreses? De todos modos, una de las otras víctimas, George Horowitz, también asistió a esta iglesia ".
"¿Y los demás?" Drake preguntó.
"Todavía no lo sé, pero tengo a algunos chicos trabajando en ello",

respondió Yasiv.

Drake intentó procesar todo aquello, pero estaba agotado y todo iba demasiado rápido.

Se frotó las sienes y respiró hondo.

"No entiendo lo que esto significa", dijo en voz baja.

"Nosotros tampoco", respondió Dunbar. "Pero este es otro vínculo potencial entre las víctimas. Entonces... ¿Clay iba a la iglesia?"

Capítulo 31

Drake bostezó y estiró los brazos por encima de la cabeza. Se acercaba a las veintiocho horas sin dormir y eso empezaba a pasarle factura. Le ardían los ojos, los tenía increíblemente secos y, por mucho que bebiera -café o alcohol-, su garganta se negaba a estar más que reseca.

Y su teléfono... su teléfono no paraba de zumbar en su bolsillo. Era como tener una colmena de abejas sobre él en todo momento.

Sabía que era Jasmine, *tenía* que ser Jasmine, pero no se atrevía a contestar. No podía hacerla pasar por esto otra vez.

Y, sin embargo, sabía que tendría que enfrentarse a ella en algún momento, aunque sólo fuera para aclarar algunas preguntas persistentes.

Iglesia... ¿Clay fue a la iglesia?

Drake no lo creía; el hombre nunca le había parecido del tipo religioso. Pero tampoco Simmons, y su mujer le había confirmado desde entonces que era un ávido feligrés.

Con un suspiro, Drake se acercó a la jarra y llenó su taza de café por quincuagésima vez.

Tras la confusa reunión con Yasiv y Dunbar, se encontró de nuevo en la sala de conferencias, sentado y mirando una y otra vez los mismos malditos trozos de papel. El sargento Yasiv estaba allí con él, pero el hombre estaba ocupado atendiendo llamadas, intentando utilizar la poca influencia que tenía para mantener a raya a los medios de comunicación.

Hasta ahora, la única conexión que tenían entre las víctimas era el eslabón suelto de que todas habían tenido algún altercado con la ley y el hecho de que algunas de ellas estaban involucradas con esta extraña Iglesia de la Liberación.

Y sabemos que Simmons estaba jugando con las pruebas de Kellington, se recordó a sí mismo. *Así que, ahí está eso. Y Clay...*

Drake detuvo sus pensamientos desbocados.

Se negó a creerlo.

Dunbar llamó una vez a la puerta de la sala de conferencias y asomó la cabeza.

"¿Hey chicos?"

"¿Sí?"

"Encontré algo en internet sobre la Iglesia de la Liberación. Aparentemente, hay una reunión hoy en la calle 41 al mediodía. En el fondo de algún centro comunitario, o algo así."

Drake miró a Yasiv y luego consultó su reloj.
"¿Mediodía? ¿Seguro?"
Dunbar se encogió de hombros.
"No es positivo; esto es un verdadero asunto de capa y espada. La iglesia apenas tiene huella online".
Esto tocó la fibra sensible de Drake.
¿Están las iglesias realmente en Facebook? ¿Publican en Instagram? ¿Tuitean?
Drake miró por la habitación. No estaba seguro de que la conexión significara algo, pero tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo leyendo repetidamente las mismas páginas.
Se levantó.
"De acuerdo, creo que voy a ir a comprobarlo", dijo.
Yasiv, con aspecto cansado, se quitó el teléfono de la oreja y tapó el auricular.
"Iré contigo", se ofreció. "Me vendría bien un poco de aire fresco".
Drake se lo pensó un momento y se dio cuenta de que en realidad podría disfrutar de la compañía.
"Muy bien. Sólo tenemos menos de una hora para llegar a la 41, y el tráfico va a ser una pesadilla", dijo Drake.
Dunbar empezó a salir de la habitación cuando Drake le llamó.
"¿Ha habido suerte con estos números?", preguntó, indicando la imagen de las bolas de billar en el tablero.
Dunbar negó con la cabeza.
"Nada. No son coordenadas GPS ni un número de teléfono. Todavía tengo el ordenador trabajando, pero de momento...", se encogió de hombros.
"Gracias", dijo Drake, luego se volvió hacia Yasiv. "¿Estás listo?"
Yasiv asintió, le dijo a la persona que le llamaba que le devolvería la llamada y colgó. Ni siquiera había llegado a la puerta cuando volvió a sonar el teléfono.
"Mierda, déjame en paz", refunfuñó mirando la pantalla. Sus ojos se entrecerraron de repente. "Joder, tengo que coger esto-Yasiv, aquí".
Drake inspeccionó al sargento Yasiv mientras hablaba, tratando de interpretarlo. Sus rasgos, jóvenes pero cansados, parecían replegarse sobre sí mismos a medida que avanzaba la conversación.
"Sí, no, estamos trabajando... No, nada..."
Yasiv suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.
"Creo que deberíamos mantener a los medios fuera de esto. *Creo-uh-huh-Okay*, Inspector Palmer. Sí, aquí estaré. Gracias."
Yasiv colgó el teléfono, volvió a maldecir y se lo metió en el bolsillo.
"Déjame adivinar, voy a la iglesia solo", dijo Drake.
Yasiv asintió.

"Sí, tengo que quedarme un rato. El DI quiere que le ayude a preparar la rueda de prensa".

Drake frunció el ceño.

No era partidario de involucrar a los medios de comunicación, sobre todo con lo corto que era el plazo, pero no le veía sentido a discutir.

Además, tenía que asistir a un sermón.

Drake, sin pensarlo, alargó la mano y apretó el hombro de Yasiv. Los músculos del hombre se tensaron tanto que estuvo a punto de saltar lejos de él.

"Encontraremos a este tipo, Hank. Te lo prometo, encontraremos a este tipo".

Capítulo 32

Dunbar había acertado: La reunión de la Iglesia de la Liberación estaba en el sótano de un centro comunitario local. Pero a Drake le costó mucho encontrarlo. No había carteles, ni cruces, ni ningún símbolo religioso manifiesto cerca del lugar. Dudaba que hubiera encontrado el lugar de no ser por el hombre que fumaba fuera.

Por capricho, Drake se acercó al hombre y le preguntó si sabía dónde se celebraba la reunión de la Iglesia.

El hombre le miró de arriba abajo y luego pasó un pulgar por el lateral del edificio.

"En el sótano. El sermón es ahora, así que tal vez quieras esperar hasta el final. Ya casi termina, de todos modos."

Drake agradeció tener el aspecto que tenía: desaliñado, con la ropa arrugada, apestando a sudor y alcohol y con un sueño de mil demonios. Iglesia o no, la mayoría de la gente desconfiaría de que un detective interrumpiera su jornada y le hiciera preguntas.

Al fin y al cabo, esto era Nueva York.

Drake dio las gracias al hombre y luego, como para afianzar aún más el papel, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una Mickey que había cogido de su coche. Ya estaba medio vacía y bebió un buen trago antes de rodear el edificio.

Drake bajó con cuidado las escaleras de hormigón que flanqueaban el centro comunitario, para acabar en un callejón. Al final de los diez metros de asfalto había una gran puerta roja.

Drake avanzó con paso decidido, preguntándose mientras caminaba si debía llamar a la puerta o si debía esperar a que terminara el sermón, como había sugerido el hombre fumador.

Pero cuando vio que la puerta no estaba cerrada, se decidió y entró.

La escena que se desarrolló ante él no se parecía a ninguna iglesia a la que Drake hubiera asistido nunca. Parecía más una reunión de Alcohólicos Anónimos, con la que sólo estaba vagamente familiarizado, que una iglesia.

Para empezar, no había bancos; sólo sillas de plástico colocadas en filas. Había quizá una docena de personas sentadas en ellas, varias de las cuales se giraron para mirar a Drake cuando entró en la sala. Drake les hizo un sutil gesto con la cabeza y apartó rápidamente la mirada. Encontró un asiento vacío entre un hombre con la cara llena de forúnculos y otro que parecía sobrevivir sólo a base de Cheetos.

Con algunas *excusas en voz* baja, Drake se dirigió al asiento y se

sentó.

Luego dirigió su atención a la parte delantera de la sala.

No había altar, al menos no en el sentido tradicional. Sólo había un pequeño escenario, que a Drake le recordaba al que se puede ver en una escuela primaria. Unas gruesas cortinas rojas estaban parcialmente cerradas, dejando al descubierto una superficie de unos doce pies de ancho.

Había tres hombres de pie en el escenario, pero fue el que estaba en el centro, con el pelo negro y los ojos del mismo tono, el que llamó la atención de Drake.

Aunque no había nada que lo proclamara como pastor, si es que en esta Iglesia de la Liberación existía tal cosa, y su atuendo -una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros- no lo distinguía de los otros dos hombres en el escenario, estaba claro que era el centro de atención. Y no sólo porque estuviera hablando.

Era otra cosa... había algo en él.

"El sufrimiento...", empezó el hombre, mirándose los pies mientras hablaba. "El sufrimiento es la perdición de la existencia humana".

El hombre levantó los ojos al decir esto último y, durante un breve instante, sus oscuros iris parecieron clavarse directamente en Drake. Y luego, durante una fracción de segundo, Drake creyó ver algo en esos ojos. Reconocimiento, tal vez.

Drake bajó la mirada y dio un sorbo subrepticio a su mickey.

No sabía si se sentía deprimido, o si estaba demasiado cansado, o si toda esta situación era jodidamente extraña. Pero algo estaba muy mal aquí.

"El sufrimiento es una tarea inherentemente humana. Somos las únicas criaturas de la Tierra conscientes de nuestra propia mortalidad. Y con este conocimiento viene un miedo paralizante a la muerte. No es algo abstracto, algo que no se pueda medir, sino una cantidad tangible que hay que eliminar. El universo en su conjunto..."

Drake escuchaba con una oreja, mientras dedicaba la mayor parte de su atención a observar al variopinto grupo de parroquianos.

Intentó imaginarse a Simmons viniendo aquí, y, Dios no lo quiera, a *Clay*, pero no pudo. Esto parecía... bueno, parecía un refugio para criminales.

Y las tonterías que soltaba Sir Ojos Oscuros en el escenario sonaban a Cienciología de la nueva era; Cienciología de la *nueva* era.

Finalmente, sus ojos volvieron al frente, sólo que esta vez no miró al predicador, sino a los monaguillos mayores de edad.

El de la izquierda era alto, delgado, con una cicatriz sobre el ojo izquierdo. El de la derecha era más bajo, con un poco de barriga en la cintura. Llevaba la cabeza afeitada, como consecuencia de la calvicie masculina, y empezaba a tener barba.

Los ojos de Drake recorrieron el cuerpo de este último hombre, pero cuando llegó a sus manos, se detuvo en seco.

¿Qué carajo?

Drake parpadeó varias veces, sólo para estar seguro, sólo para estar absolutamente seguro de que no se lo estaba imaginando.

No lo estaba. Todavía estaba allí; o, más apropiadamente, todavía *faltaba.*

El dedo corazón del hombre era más corto que los demás y estaba envuelto en una gruesa gasa. Incluso a seis metros de distancia, Drake pudo ver que el extremo estaba teñido de rojo.

Tu asesino te está delatando, las palabras de Beckett resonaban en su cabeza.

Sin pensarlo, Drake se levantó de un salto y se dirigió hacia el pasillo.

Capítulo 33

Drake había querido que su salida hacia el pasillo fuera elegante, pero tropezó con el pie del hombre Cheetos. Y cuando lo hizo, todos en la sala, incluido el predicador de ojos oscuros y sus monaguillos, se volvieron para mirarle.

"Mierda", refunfuñó en voz baja. Se sacudió el polvo y se irguió. Cayó en la cuenta de que ahora sería el momento adecuado para sacar su placa e informarles de que era de la policía de Nueva York y de que todo el mundo debía quedarse quieto. Pero no tenía placa.

Mierda, ni siquiera trajo su arma.

Drake adoptó un enfoque diferente.

Se dirigió rápidamente hacia el escenario, con los ojos fijos en el hombre bajito al que le faltaba un dedo.

"Yo..."

Y eso es todo lo que Drake consiguió. Dos simples letras, una sílaba.

Lo soy.

El hombre del dedo que faltaba se dio la vuelta y salió corriendo. Drake corrió tras él, ignorando los gritos que le perseguían.

Puso las dos manos en el escenario y se elevó, empujando al predicador y a su otro monaguillo mientras lo hacía.

Estaba oscuro detrás del escenario porque las cortinas estaban cerradas hasta la mitad, y no vio al hombre de inmediato.

"¿Dónde estás?" gritó. Su subconsciente registró que ahora había gente detrás de él, gente enfadada, gente que quería detenerle, hacerle daño.

Nada como una turba justiciera para estropearte la tarde del jueves, pensó incoherentemente.

Y sin embargo, a pesar de su desesperación, seguía sin saber por dónde se había ido el hombre. Hasta que oyó un chasquido a su derecha. Drake miró en esa dirección y vio la silueta plateada de una puerta que debía de haberse cerrado. Sin perder tiempo, Drake corrió hacia la puerta y golpeó con las manos la barra de empuje. Se abrió de golpe y le golpeó una ráfaga de aire cálido de la tarde.

Era una especie de salida de emergencia y Drake se sintió momentáneamente desorientado. Como seguía sin ver a nadie, movió los ojos de un lado a otro. Había una bifurcación a menos de seis metros de donde se encontraba, con escaleras que subían a la derecha y a la izquierda. Parecía que la izquierda rodeaba el centro comunitario y la derecha daba a la calle.

"¡Alto!" Gritó a nadie en particular.

¿Por dónde? ¿Por dónde carajo?

Oyó el claxon de un coche y se decidió.

Drake corrió hacia su derecha y estuvo a punto de tropezar varias veces con las escaleras de cemento. Jadeante, llegó arriba y volvió a escudriñar la zona en busca del hombre de la camiseta blanca.

Y lo encontró, pero el hombre no estaba corriendo como Drake había esperado. Simplemente estaba de pie en el bordillo, con los brazos extendidos a los lados.

"¡POLICÍA DE NUEVA YORK! ¡No se mueva!" Drake gritó mientras se dirigía hacia él.

Su primer instinto fue cargar contra el hombre, derribarlo y sentarse sobre él hasta que llegaran los refuerzos. Pero había algo en la postura del hombre y en el aire de suficiencia de su expresión que hizo dudar a Drake.

Y estaba cansado. Mierda, correr no combinaba bien con el bourbon y la falta de sueño. Respiró hondo varias veces, tratando de eliminar el ácido láctico y la fatiga de su cuerpo. Parecía ayudar.

Un poco.

"¡El sufrimiento es nuestra carga!", replicó el hombre.

"Vale, psicópata. Mataste a un maldito policía. ¿Sabes lo que les hacen a los asesinos de policías?"

La sonrisa del hombre no hizo más que crecer.

"Sólo hay una forma de eliminar el sufrimiento".

Drake hizo una mueca y dio un paso adelante.

"Tu dedo... ¿te cortaste tu propio dedo?"

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

"Soy tu Rey, Drake. Soy tu Rey Esqueleto".

El uso de su nombre pilló a Drake tan por sorpresa que dudó.

Y este lapsus momentáneo le costó caro.

El hombre al que le faltaba el dedo corazón se inclinó hacia atrás, sin hacer ningún esfuerzo por mover los brazos de los costados.

Drake saltó hacia el hombre, pero llegó una fracción de segundo tarde.

Sonó la bocina de un camión, seguida del chirrido de los frenos de aire.

El conductor no pudo hacer nada. El monaguillo cayó hacia atrás justo cuando llegaba el camión.

"¡No!" Drake chilló cuando el camión chocó contra el cuerpo del hombre.

Un chorro de niebla roja brotó del pecho del hombre. Incluso después del contacto, el camión no pudo detenerse; siguió avanzando y el enorme neumático delantero derecho rodó justo encima de él.

Cuando el camión por fin se detuvo, Drake miró al conductor, que tenía la cara cenicienta y los ojos muy abiertos. Empezó a abrir la

puerta, pero Drake levantó un dedo.

"¡Quédate en tu camión!", ordenó.

Convencido de que el hombre permanecería en su vehículo, se puso a cuatro patas y miró por debajo del camión.

"Joder", refunfuñó.

El cuerpo del hombre era un desastre. El camión le había arrollado parte de la pierna y la cadera izquierdas, aplastándole la pelvis, mientras que la parrilla le había abierto el pecho, desparramando sus intestinos por el pavimento.

El lado derecho de la cabeza del hombre estaba hundido y la mitad superior de la cara cubierta de sangre y sesos.

Y sin embargo, el hombre sonreía.

Incluso muerto, seguía sonriendo.

III PARTE - La Iglesia de la Liberación

Capítulo 34

Screech se dirigió lentamente hacia el edificio de apartamentos.

Se sintió sucio, se sintió tacaño, pero sobre todo se sintió simplemente mal.

Como de costumbre, la puerta estaba cerrada, pero el guardia de seguridad se fijó en él y se acercó. Tras una cortante inclinación de cabeza, el hombre la abrió.

Nada más entrar Screech en el edificio, apareció Raúl, aparentemente de la nada.

"Ven conmigo", dijo con su marcado acento. Buscó el brazo de Screech y lo agarró con fuerza. Al principio, Screech intentó zafarse, pero fue inútil. El hombre era demasiado fuerte.

Caminaron en silencio hasta el ascensor privado que les esperaba. Una vez dentro, Raúl pulsó la letra *P en la parte* superior y luego escaneó la tarjeta de acceso que llevaba en la cadera.

El silencio se prolongó hasta el ático. Cuando las puertas se abrieron de par en par, Screech fue conducido a una habitación que olía a humo de puro. Allí, sus ojos se fijaron en el hombre trajeado con el gran puro cubano apretado entre los labios.

El alcalde de Nueva York.

"Steven, me alegro de volver a verte", dijo Ken, dando una calada a su puro.

Screech tragó saliva.

"Sr. Alcalde".

"Sólo Ken, por favor. Sólo Ken".

Screech se metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Mientras se dirigía hacia Ken, fue plenamente consciente de que Raúl le seguía muy de cerca.

A Screech no le gustaba Ken, pero detestaba a Raúl.

"Hice las fotos, tal y como me pediste".

Ken asintió, pero no hizo otro movimiento que llevarse el puro a los labios una vez más.

"Déjalo sobre la mesa", le ordenó Raúl.

Screech frunció el ceño.

"¿Mi teléfono? No puedo dejar mi teléfono".

Raúl se adelantó y Screech levantó las manos.

"Vale, bien. Joder. Dejaré el teléfono".

Screech tiró el teléfono. Aterrizó en la mesa junto a Ken y patinó sobre el roble pulido hasta apoyarse en el brazo de la silla.

Raúl gruñó y dio un paso agresivo hacia él, pero Ken lo detuvo con un dedo.

"Gracias, Steven. Aprecio tu ayuda".

Screech se mordió un comentario mordaz.

"¿Ya está? ¿He terminado?"

Ken se tomó su tiempo para contestar, mirando primero la punta de su puro y luego siguiendo una estela de humo que se elevaba hacia el techo.

"Considera tu deuda saldada".

"Vaya, muchas gracias, su alteza".

Las palabras salieron sin querer, pero en cuanto lo hicieron, Screech se arrepintió.

Y se arrepintió aún más cuando el puño de Raúl se estrelló contra su cadera. Fue sólo un puñetazo de conejo corto, pero aterrizó directamente en el hueso y él se tambaleó hacia un lado.

"Ten un poco de respeto por el alcalde", dijo Raúl.

Con los dientes apretados, Screech, que seguía doblado, levantó un dedo.

"Lo siento", jadeó. "Lo siento."

Ken parecía desinteresado en todo este acto y volvió a mirar fijamente su cigarro.

"Raúl, por favor, acompaña a nuestro invitado a la salida".

Capítulo 35

Drake se sentó en el bordillo, apoyando la frente en la palma de la mano. A lo lejos oía una mezcla de sirenas, tanto de policía como de ambulancia, pero no les prestó atención. Respiró hondo, con el olor a aceite y sangre llenándole las fosas nasales.

¿Qué coño acaba de pasar?

Después de confirmar que el hombre estaba muerto, Drake había vuelto a la iglesia, sólo para encontrarla completamente desierta.

Soy tu Rey, Drake. Soy tu Rey Esqueleto.

Esas habían sido las últimas palabras del hombre.

Cómo y por qué había conocido su nombre, Drake no tenía ni idea.

¿Podría haberme reconocido del periódico? ¿Del caso del Asesino de la Mariposa?

Por alguna razón, Drake no lo creía. El hombre había pronunciado su nombre con convicción, como si lo *conociera*.

Un coche se detuvo junto al camión y un hombre saltó de él.

"¿Drake? ¿Qué pasó, Drake?"

Drake finalmente abrió los ojos y los levantó. El hombre que se acercaba era el sargento Yasiv.

Drake lo vio aterrorizado. Cuando Yasiv se dio cuenta de que los espectadores hacían fotos del cuerpo, del camión, sacó su placa y la levantó en el aire.

"Atrás", gritó. "¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás!"

Algunas personas retrocedieron varios pasos, pero, en general, la multitud se mantuvo obstinada.

A continuación llegaron los paramédicos y Yasiv les ordenó que cubrieran el desastre de la acera. Entonces el sargento se acercó a él y lo puso en pie.

"Drake, ven conmigo. Tenemos que llevarte..."

Fue entonces cuando Drake se dio cuenta de que Yasiv no había estado solo en su coche. El subinspector Lewis Palmer salió del vehículo con una mueca de desprecio en el rostro.

Drake consultó su reloj mientras Palmer se acercaba.

Era casi la una de la tarde.

"Temprano", murmuró en voz baja. "El segundo cuerpo fue temprano".

"¿Qué coño ha pasado aquí?" Palmer exigió.

Drake miró a su alrededor antes de contestar. Varios policías más se habían unido a la refriega y estaban obligando físicamente a la gente a alejarse del lugar.

Con un suspiro, se frotó los ojos con el talón de la mano.

"Jesucristo, ¿estás borracho?" Preguntó Palmer. Se inclinó hacia él y aspiró el aliento de Drake.

La acusación enfureció a Drake. No estaba borracho, pero deseaba estarlo.

"¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado aquí?" Preguntó Palmer.

Drake finalmente miró al hombre a los ojos.

"Querías que los medios lo supieran... y ahora lo saben".

Por una fracción de segundo, Drake pensó que el inspector iba a golpearle.

Se contuvo.

"Estás acabado, Drake."

Drake se rió.

"Terminé hace años. Y yo no trabajo para ti, de todos modos."

Yasiv intentó aliviar la tensión, pero Palmer aún no había terminado.

"Puede que no formes parte de la policía de Nueva York, pero ¿sabes ese pequeño negocio paralelo que tienes? ¿Investigaciones Triple D? Bueno, voy a cerrarlo".

La amenaza tocó la fibra sensible de Drake. Su negocio no tenía nada que ver con la policía de Nueva York, y había invertido mucho tiempo y trabajo en convertirlo en un éxito mediocre. Pero era más que eso; el dinero que ganaba con Triple D servía para mantener a Screech -al fin y al cabo, era medio suyo- y también a Jasmine y a su bebé nonato. Y a Suzan. Suzan también dependía de él; la pensión de mierda y la indemnización que Jasmine recibió por el asesinato de Clay no eran ni de lejos suficientes para mantenerlos.

"No puedes..."

El inspector Palmer le sorprendió no sólo no echándose atrás, sino avanzando agresivamente.

"Puedo hacer lo que me dé la puta gana, porque no estoy en un cargo electo, imbécil. Adivina quién me nombró".

Finalmente, Yasiv consiguió abrirse paso entre los dos antes de llegar a las manos.

"La gente está haciendo fotos, mantengamos la calma".

Palmer frunció el ceño y retrocedió un paso. Luego se encogió de hombros y consiguió serenarse.

Drake, en cambio, seguía furioso.

"Drake, ¿quieres decirnos lo que pasó aquí?" preguntó Palmer en un tono notablemente calmado.

Como Drake no contestó, Yasiv intervino.

"¿Drake? ¿Qué ha pasado?"

Drake sólo quería darle un puñetazo en la nariz a Palmer. Pero la expresión suplicante de Yasiv le convenció de lo contrario.

Con un fuerte suspiro, relató lo sucedido, omitiendo únicamente la mención de su nombre.

"¿Él dijo eso? ¿Dijo que era el Rey Esqueleto antes de suicidarse?". preguntó Palmer.

Drake asintió.

"Eso es lo que dije, ¿no?"

"Drake..." Yasiv suplicó.

"¿Y cuando volviste corriendo dentro, todo el mundo se había ido?"

Drake asintió.

Una sonrisa de satisfacción apareció de repente en el rostro de Palmer.

"¿Por qué sonríes?" Preguntó Drake.

"Porque atrapamos al tipo".

Drake miró rápidamente de Palmer a Yasiv, este último bajó la mirada.

Incluso si el hombre *era* el Rey Esqueleto como había afirmado, Drake sabía que este no era el final.

Sus pensamientos se volvieron hacia el predicador de pelo y ojos oscuros.

"No ha terminado", siseó. "Ni siquiera está cerca de terminar".

En lugar de responderle, el inspector Palmer se puso de perfil y se dirigió directamente a Yasiv.

"Sargento Yasiv, vamos a tener que hacer algunos cambios en el discurso de la rueda de prensa. También deberíamos adelantar la línea de tiempo unas horas. Tenemos que decirle al..."

Drake alargó la mano y agarró a Palmer por el cuello.

"Esto no ha terminado. Esto es sólo el..."

El inspector Palmer bajó con fuerza la hoja de su mano sobre el antebrazo de Drake, desprendiéndolo. Drake levantó instintivamente la otra mano, pero Yasiv lo bloqueó.

Los ojos de Palmer se clavaron en Drake.

"Damien Drake, te aconsejo que salgas de aquí ahora mismo, antes de que te arreste".

"Tú no...", empezó Yasiv, pero Palmer le echó la mano a la espalda y sacó unas esposas.

"Lo haría, y lo haré. Lárgate de aquí, Drake. De hecho, si miras en la comisaría 62 o te acercas a este caso, te meteré en la cárcel por obstrucción".

Drake estaba casi abrumado por el deseo de golpear al hombre de nuevo. Pero Yasiv... y Jasmine...

Alguien gritó algo detrás de ellos y Palmer se volvió.

"Vuelve a la estación, Drake. Recoge tus cosas", dijo Yasiv lo suficientemente alto como para que sólo Drake pudiera oír. "Voy a entretenerlo durante una hora o así."

Drake, furioso, les dio la espalda.

Antes de llegar a su Crown Vic, se terminó el bourbon que llevaba en el bolsillo y arrojó la botella vacía al coche de Yasiv.

Capítulo 36

Esta vez, cuando Drake aparcó fuera de la comisaría, no sólo no cogió sitio, sino que se subió a la acera hasta la mitad.

Drake estaba furioso y caminaba como si lo estuviera. Entró en la comisaría sin mirar a nadie. Fue directamente a la sala de conferencias y, cuando la encontró vacía, lo primero que hizo fue arrancar la foto de Clay de la pared. Luego las arrancó todas.

"Esto no se ha acabado, joder", refunfuñó mientras empezaba a meter todas las fotografías y notas asociadas en su carpeta. "No se ha acabado, joder: a Clay no lo mató un puto conserje pervertido, y a Simmons no lo mató un monaguillo al que le faltaba parte del dedo".

Drake estaba tan metido en su mundo que ni siquiera oyó abrirse la puerta de la sala de conferencias.

"Tienes que aprender a aparcar, tío."

Drake se dio la vuelta, sabiendo que si veía la cara del inspector Palmer, o si se trataba de ese capullo de Kramer, no tendría recursos ni fortaleza mental para evitar echarse las manos al cuello y apretar.

Pero no era ni lo uno ni lo otro.

"¿Gritar?" Dijo en tono estrangulado. "¿Qué demonios estás haciendo aquí?"

Screech entró cautelosamente en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Sólo entonces, bajo las duras luces, Drake se dio cuenta de lo terrible que parecía su compañero. Había tenido mal aspecto cuando lo vio en la Triple D, pero ahora tenía un aspecto verdaderamente *brutal*. Tenía la perilla desaliñada y parches de pelo en el cuello y las mejillas. Tenía profundas arrugas en las comisuras de los ojos, propias de alguien que le doblaba la edad. Y el pelo... se lo había recortado desde la bola de billar afro que solía tener, a algo mucho más corto hacía meses. Pero ahora, estaba todo desordenado, creciendo en ángulos extraños debido a su doble corona.

"¿Qué coño te ha pasado?" Drake preguntó.

"Podría preguntarte la misma maldita cosa. Pareces un puto vagabundo. Pareces incluso peor que el tipo que se tiró delante de un autobús en la calle 41".

Mientras hablaba, Screech abrió la carpeta que tenía en la mano y la cerró de golpe junto a la que Drake estaba rellenando.

"Intenté llamar unas quinientas veces, pero como siempre, tus gordos dedos de tiranosaurio no pueden abrir tu maldito teléfono. Y ahora he perdido el mío".

Drake enarcó una ceja. Era consciente de que su teléfono había estado sonando casi sin parar, pero había supuesto que había sido Jasmine todo este tiempo.

"¿Qué hay en la carpeta, Screech?"

"Echa un vistazo tú mismo", respondió. Y con eso, Screech empezó a moverse por la habitación, observando las pequeñas notas e imágenes que quedaban.

Drake no estaba de humor para juegos. Sin embargo, no pudo resistirse a abrir la carpeta que tenía delante.

El encabezamiento de la primera página rezaba *ANGUIS HOLDINGS*. A continuación había una lista de todos sus bienes, la mayoría de los cuales eran propiedades inmobiliarias. Drake la hojeó rápidamente y observó que la casa en la que habían encontrado a Simmons estaba en ella, así como otras que le resultaban vagamente familiares.

Drake pasó a la página siguiente y se sorprendió al encontrar una lista de todas las personas que poseían una parte de ANGUIS o habían invertido en ella.

"¿Cómo encontraste esto? No es una empresa pública, ¿verdad?"

Screech, aún de espaldas a él, sólo gruñó.

Drake escudriñó los nombres pero no vio ninguno que reconociera. Pasó a la tercera página, que también era una lista de nombres, sólo que esta vez, a mitad de camino, se detuvo.

"No me digas", susurró. Tocó el nombre de Frank Simmons con una uña sucia.

Drake siguió escudriñando hasta que vio otro nombre que reconoció.

Y luego silbó.

"Raúl Mendes", leyó en voz alta. Se imaginó al pícaro con el extraño tatuaje en el antebrazo. "¿Por qué demonios estaría Raul involucrado en esto?"

Drake volvió rápidamente a las propiedades inmobiliarias.

"Bingo", dijo en voz baja, posando el dedo en el piso en el que vivía Ken Smith. "¿Qué significa todo esto, Screech?"

"¿Cómo voy a saberlo? Tú eres el detec-el *ex-detective*."

Drake pasó a la última página del documento y el corazón se le subió a la garganta.

Allí, en el centro de la página, estaba el símbolo de una serpiente comiéndose un globo ocular.

Capítulo 37

"¿Estás seguro de esto?" dijo Drake, golpeando la imagen de la serpiente y el globo ocular. "¿Estás seguro de que esto está relacionado con ANGUIS Holdings?"

Por primera vez en mucho tiempo, quizá para siempre, Screech se puso serio y pareció quedarse sin palabras.

"Creo que debes tener mucho cuidado, Drake. Creo...

La puerta de la sala de conferencias se abrió por segunda vez y entró un Dunbar de aspecto sonrojado.

Miró primero a Drake y luego a Screech.

"¿Qué tal, Screech?", dijo, y ambos se estrecharon la mano rápidamente. Cuando Dunbar se volvió hacia Drake, su expresión no era tan cordial.

"Mira, no quiero ser ese tipo, y te considero un amigo, pero Yasiv acaba de llamar. Palmer va a volver y..." Dunbar se encogió de hombros.

Drake se sintió mal por el detective entonces, se sintió mal por todos los que habían aguantado su mierda durante años. Quizá *fue* un error venir aquí. Lo único que conseguía era poner a todo el mundo de los nervios, hacerles más difícil su trabajo.

Y tal vez Palmer, y Rhodes antes que él, tenían razón. ¿Y si Peter Kellington era el Rey Esqueleto y ese monaguillo gilipollas era sólo un imitador?

Drake se frotó las sienes.

Necesito dormir, pensó. *Durante una semana.*

"¿Estás bien?" Dunbar preguntó.

"Bien."

Screech se volvió para mirarlos.

"Oye, ¿qué pasa con estas bolas de billar?"

Dunbar le respondió.

"Tu suposición es tan buena como la mía. Un código, de algún tipo."

"¿Me disparas un bolígrafo?" preguntó Screech. Dunbar, enarcando una ceja, le tendió un trozo de tiza.

"¿Crees que es algún tipo de código informático? ¿Una contraseña, tal vez?"

Screech soltó una risita.

"Sois graciosos. No, los números sólo representan letras".

Dunbar negó con la cabeza.

"Lo intentamos, hicimos que un programa informático probara todo

tipo de complejos..."

Screech le ignoró y empezó a escribir.

"Seis igual a F, cinco igual a E-"

"Sí, lo sé", continuó Dunbar. "Y ocho es H, nueve es I, y la bola uno es A. Eso nos da HIAFFE. Ninguna palabra en ningún idioma".

"Tal vez no. ¿Y si la bola ocho no es un ocho, sino un dieciocho? ¿Y si sólo cuenta el último dígito? Después de todo, en el billar no hay bola dieciocho. La bola nueve sería entonces una S, y la veintiuna una U o una K. Así que estoy pensando...".

Mientras hablaba, Screech empezó a ordenar las letras en la pizarra y por fin empezó a aparecer una palabra.

"Supongo que el veintiuno se supone que es una U, después de todo".

Drake parpadeó tres veces.

"¿Sufrir?" leyó Dunbar en voz alta. Se encogió de hombros y luego torció la cara. "Sí, yo no..."

Drake se levantó de golpe.

"Sufre", repitió. "*Sufre*".

Screech y Dunbar se giraron y le miraron.

"Sí, acabo de decir..."

Drake negó con la cabeza.

"¿Ese extraño predicador, el que estaba en el escenario hablando al lado del hombre atropellado? No paraba de decir que... *el sufrimiento es la plaga de la humanidad,* o algo así".

Screech, que desconocía lo ocurrido en la Iglesia de la Liberación, miró a Dunbar.

"Se ha vuelto completamente loco, Dunbar. Todos sabíamos que esto era..."

"Había un loco...", empezó Dunbar, pero Drake le cortó.

"Sólo estaba escuchando en parte. Algo sobre que sólo los humanos sufren y que sólo hay una forma de acabar con ello..."

"¿Qué crees que significa?" Preguntó Dunbar.

Drake se encogió de hombros, su entusiasmo disminuyendo. Podía ser una pista, pero no les daba muchas pistas.

"No lo sé, tal vez. Es difícil pensar que esto sea una coincidencia, dado que Alice Monroe y Greg Horo-lo-que-sea asistieron a la iglesia."

"No son sólo ellos", dijo Dunbar en voz baja. "Aún no lo he investigado todo, pero he descubierto que tres de las otras víctimas también iban a la iglesia o le donaban dinero de una forma u otra".

"¿De qué estás hablando?"

Dunbar acercó rápidamente una silla y abrió el portátil que tenía sobre la mesa. Luego empezó a teclear furiosamente.

"Me las arreglé para sacar algunos de estos recibos de impuestos, ya sabes, por donaciones a causas benéficas y eso... Si haces una

donación anónima, la información siempre está bloqueada, pero si pides un recibo... mira aquí".

En la pantalla aparecía una lista de nombres similar a la que figuraba al final del expediente de ANGUIS Holdings que Screech le había entregado.

"Ahí, ¿ves eso?"

Drake se acercó. Vio el nombre de Alice Monroe en la lista de donantes. No se indicaba cuánto dinero había donado, sólo que había hecho una contribución.

"¿Qué demonios hacía una chica empujando heroína donando a una iglesia?" Screech preguntó, verbalizando los propios pensamientos de Drake.

"Ni idea", respondió Dunbar. Subrayó otro nombre.

"Frank Simmons", leyó Drake en voz alta. Volvió a sentir la garganta reseca y se acercó con los codos al teclado.

"¿Te importa si hago algo rápido?"

"Adelante".

Drake se inclinó hacia el teclado y luego levantó la cabeza.

"¿Hay alguna forma de buscar?"

"Control-F", respondieron Dunbar y Screech al unísono.

Con manos temblorosas, Drake pulsó control-F. Cuando empezó a teclear, empezando por C, el cursor saltó de un lado a otro, resaltando nombres.

C-L-A-

El primer golpe fue un hombre llamado Almejas.

¿Almejas? ¿Quién demonios llamaría a su hijo Almejas?

Pero cuando Drake añadió una "Y", sólo apareció un nombre.

"Ni de coña", murmuró en voz baja mientras miraba fijamente el nombre de Clay Cuthbert.

Capítulo 38

"¿Qué haces aquí todavía?" dijo el sargento Yasiv, asomando la cabeza en la sala de conferencias. "Palmer está aquí y va a..."

Drake levantó la carpeta que Screech le había dado.

"Tienes que ver esto, no es..."

Yasiv miró hacia arriba y hacia abajo por el pasillo.

"No puedes estar aquí, Drake. Escucha, Palmer puede que no parezca gran cosa, pero es duro como una roca. Si te encuentra aquí..."

Drake, ignorando al hombre, se puso en pie.

"Encontramos algo aquí, algo que conecta a todas las víctimas. Algo real, Yasiv. Y Screech, Screech vio el--"

Yasiv levantó una mano y, cuando habló a continuación, lo hizo en un tono que por fin captó la atención de Drake.

"No, Drake. No lo entiendes. Tienes que irte. Ahora mismo. No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy diciendo".

Drake frunció el ceño.

"Esto es porque Palmer fue nombrado, ¿no? Porque fue nombrado por el Alcalde".

Yasiv entró en la habitación y Drake se acercó a él.

"Si no te vas ahora, Drake, te arrestaré yo mismo."

Drake miró a su colega por un momento, evaluándolo. Nunca había visto a Yasiv violento, ni siquiera agresivo.

¿Podría Ken haber llegado a él, también? Por el amor de Dios, ¿cuánta gente tiene en su bolsillo trasero?

Drake dejó que sus hombros se hundieran.

"Me voy a casa a descansar un poco", dijo al fin. "Y mañana estaré en Triple D intentando averiguar cómo atrapar a ese bastardo. Todos sois más que bienvenidos a uniros a mí".

Y con eso, Drake recogió el resto de sus archivos, haciendo caso omiso de las últimas notas y fotos que seguían colgadas por la habitación, y se marchó.

***

Aunque Drake pasaba casi todas las noches en casa de Jasmine, seguía alquilando su apartamento de una habitación.

Que era a donde se dirigía ahora.

Había tanta información revoloteando en su cerebro que Drake ni siquiera estaba seguro de que el alcohol le ayudara en ese momento.

Clay... ¿Clay está de alguna manera involucrado en las Bodegas de la

Iglesia y ANGUIS con Raúl y Simmons y las otras víctimas? ¿Qué demonios es todo eso?

Drake aparcó su viejo Crown Vic fuera de su complejo de apartamentos y se sentó en él un momento. Había pensado en volver a ver a Jasmine, pero ahora que llevaba fuera casi un día, temía que le hicieran más preguntas de las que podía soportar en su estado de cansancio.

Cuando todo esto acabe, cuando todo esto esté dicho y hecho, iré a ver a Jasmine y le diré que he descubierto quién mató a Clay. Cuando pueda hacer eso, iré con ella y la abrazaré fuerte.

Con las piernas cansadas, Drake subió las escaleras hasta su apartamento. De alguna manera, se las arregló para dejar caer sus llaves, y cuando fue a recogerlas, se dio cuenta de que la puerta de su apartamento estaba ligeramente entreabierta.

Los ojos de Drake se entrecerraron y sintió que la adrenalina inundaba su organismo.

Instintivamente buscó su pistola bajo la axila, pero no estaba allí; estaba dentro del apartamento. Moviéndose en silencio , Drake abrió aún más la puerta y miró dentro.

Nada parecía fuera de lugar, al menos a primera vista. Pero cuando Drake entró de lleno en el apartamento, notó un olor particular.

El olor de los puros.

"¿Hola?" Dijo en la oscuridad. "Si hay alguien..."

Un hombre salió de las sombras, un hombre bajo con un bigote erizado.

"Hola, Drake. Ha pasado mucho tiempo."

"¿Raúl? ¿Qué coño quieres?"

Capítulo 39

Beckett se quedó mirando el esqueleto de un hombre que una vez había conocido: El detective Frank Simmons.

Resultaba extraño ver el cuerpo así tendido, una persona reducida a un esqueleto blanqueado. Y, sin embargo, Beckett quedó impresionada por la obra del asesino.

Sin pensarlo, Beckett alargó la mano y acarició el lateral de la cabeza del esqueleto. El hueso era tan suave que casi parecía húmedo al tacto, y...

"¿Dr. Campbell?"

Beckett retiró la mano y giró para mirar a un joven técnico de laboratorio.

"Tony, espero que tengas los resultados para mí", dijo con severidad.

"En realidad es Trevor, y, por desgracia, no había coincidencias en ninguna base de datos", el hombre bajó la mirada a un trozo de papel mientras hablaba. "No sé a quién pertenece el hueso del dedo".

Beckett maldijo y le arrebató el papel antes de despedir al hombre con un gesto de la mano.

"Ve a fregar un vaso", siseó.

Tras confirmar lo que Trevor le había dicho, Beckett hizo una bola con el trozo de papel y lo tiró a la papelera. Estaba a punto de volver al esqueleto de Simmons cuando la puerta se abrió y el mismo hombre, Trevor o Tony o como se llamara, se asomó.

"Pensé en decirte..."

"¿Más buenas noticias? ¿Qué?"

El hombre tragó saliva y se pasó un pulgar por el hombro.

Beckett vio cómo el CSU empujaba una camilla por el pasillo. Sobre la camilla había una gruesa bolsa negra, lo que sólo podía significar una cosa.

Beckett se dirigió inmediatamente hacia la puerta, abriéndose paso a empujones junto a Tony.

"Eh, espera", gritó.

***

El interior de la bolsa para cadáveres estaba lleno de una sopa orgánica.

Había tanta sangre, intestinos y otros fluidos corporales en el interior del grueso plástico que a Beckett le resultaba difícil meter la

mano sin arriesgarse a que todo cayera al suelo.

Pero buscaba algo concreto.

El brazo izquierdo del hombre estaba roto, una fea fractura en espiral que hacía que una astilla de hueso sobresaliera del antebrazo, pero eso no le interesaba a Beckett. Mientras varios de los residentes se reunían a su alrededor, incluido Trevor, y todos y cada uno de ellos tragaban saliva para no vomitar, Beckett palpó hasta la mano del hombre. Al hacerlo, el contenido de la bolsa se agitó y estuvo a punto de derramarse por el otro lado.

Y entonces Beckett empezó a sonreír.

Levantó la mano para que los demás la vieran, moviendo la muñeca para formar un macabro saludo con la mano.

"Saluda", dijo Beckett con voz aguda. "Saluda a mi amiguito... al que casualmente le falta un dedo".

Capítulo 40

"De ninguna manera", dijo Drake agitando un dedo al hombre frente a él. "Yo no voy a hacer esto. Hice lo que dijiste, encontré trapos sucios sobre el Dr. Kildare, y Ken fue elegido alcalde. Pero eso es todo, he terminado con esto".

Raúl esbozó su espeluznante sonrisita y cruzó las manos delante de él.

"He redecorado un poco tu mesa de café", dijo en voz baja. "¿Por qué no vas y echas un vistazo?"

Drake miró a su alrededor y observó su mesita. Era difícil verla con las luces apagadas, pero estaba claro que había fotografías esparcidas por toda ella.

"Sí, no estoy interesado en tu última cita Grinder, amigo. Te aconsejaría que te largaras de mi casa antes de que te obligue a salir".

Raúl no reaccionó a la amenaza; se limitó a señalar la mesa una vez más, esta vez con la barbilla.

"Creo que deberías echar un vistazo".

Drake dio varios pasos hacia delante, haciendo ver que se dirigía a la mesa. Pero en el último momento, se lanzó hacia su izquierda y alcanzó a Raúl.

Había olvidado lo rápido que era el pequeño.

Raúl esquivó fácilmente el ataque. Y entonces, cuando Drake tropezó, entró en acción, clavando sus manos entrelazadas en el costado de Drake.

Drake gruñó y se inclinó protectoramente en la dirección del golpe, que era precisamente lo que Raúl quería que hiciera. El hombre separó las manos, luego agarró el hombro contrario de Drake y lo hizo girar, al tiempo que clavaba la rodilla en el costado de la pierna de Drake.

De nuevo, Drake gritó e intentó ponerse en pie, pero apenas podía moverse. Raúl le tenía agarrado por el cuello de la camisa y por el codo opuesto. No tuvo más remedio que avanzar arrastrando los pies sobre una rodilla cuando Raúl ejerció presión.

"Hijo de puta", siseó Drake. El costado le rugía de dolor y sentía como si el hueso de la cadera se hubiera reducido a gelatina.

"Drake, mira las fotos".

Al principio, Drake se negó. Pero Raúl apretó la muñeca contra la nuca de Drake y, temiendo que le aplastaran la cara contra el cristal de la mesa, finalmente cedió.

La primera fotografía era una imagen suya irrumpiendo en la

oficina de campaña del Dr. Kildare. Siguieron otras, entre ellas la de él instalando las cámaras, cosa que había hecho a instancias de Ken Smith. La última imagen era del hueso del dedo tumbado en el centro del despacho con Drake en primer plano.

"Lo cogiste, joder. Tomaste ese hueso y se lo diste a Simmons. Pero por qué..."

Raúl volvió a clavar su muñeca en la nuca de Drake, tranquilizándolo.

"Mira otra vez."

Con los dientes apretados, Drake dirigió su atención a la siguiente serie de fotografías. Estaban tomadas en un yate que le resultaba extrañamente familiar. Y cuando vio el nombre del barco, supo por qué: *B-yacht'ch*. Sabía que algo pasaba con Bob Bumacher, pero no había pensado que también estaba en la cama con el alcalde. La siguiente imagen era de una caja llena de bolsas blancas de plástico rellenas de polvo amarillento. En la parte superior de cada una aparecía el símbolo de ANGUIS Holdings, que también era el mismo que el tatuaje del antebrazo de Raúl.

"¿Pero qué...?" Otro empujón y la atención de Drake se dirigió a la última fotografía.

Esta era de un hombre, un hombre que Drake nunca había visto antes, sumergido en el agua. Se estiraba hacia la superficie, pero estaba claro, por la forma en que sus ojos estaban en blanco y su boca floja, que ya estaba muerto.

Y había un hombre rondando a los muertos, alguien a quien Drake conocía bastante bien.

Dr. Beckett Campbell.

"¿Qué es esto? ¿Qué es esta mierda?", gruñó.

Raúl soltó su agarre y retrocedió. Con un gemido, Drake se puso en pie y se giró.

Aún estaba intentando asimilar las imágenes, pero había algo más que le preocupaba. Algo que le había estado molestando desde que Ken Smith se le había acercado por primera vez hacía más de un año.

¿Qué demonios quería un hombre como Ken Smith, en ascenso, destinado a convertirse en alcalde, con un detective de la policía de Nueva York venido a menos?

Claro que había ayudado a que Ken saliera elegido, pero según los resultados de las encuestas, incluso antes de la intervención de Drake, estaba claro que el hombre iba por buen camino sin su ayuda.

"¿Qué demonios quieres de mí?", preguntó al fin.

"Estas son fotos tuyas y de tus amigos", dijo Raúl con una sonrisa burlona. "Y tenemos más".

Drake levantó los brazos.

"¿Qué *coño* quieres de mí?"

Raúl negó con la cabeza.

"No, Drake. No es lo que queremos de ti. Es lo que queremos de tu hermano".

Capítulo 41

¿"Mi hermano"? ¿Dane? ¿De qué demonios estás hablando?"
Raúl, con las manos una vez más entrelazadas delante de él como un mendigo, asintió.
"El Sr. Smith tiene un gran interés en su hermano. Pero es un hombre difícil de contactar. Necesitamos que te pongas en contacto con él y organices una reunión".
Ahora Drake estaba seguro de que estaba soñando.
¿Dane? ¿Qué coño querían con Dane?
"Oye amigo, no sé de dónde sacas tu información, pero no he hablado con Dane en... ¿cuánto? ¿Una década? ¿Tal vez más?"
Mientras hablaba, la mente de Drake volvió a la última vez que había visto a su hermano, a lo asustados que habían estado todos.
"Estoy seguro de que podréis encontrar la manera de volver a conectar", dijo Raúl. "Después de todo, la sangre es más espesa que el aceite".
"Es..." Drake se detuvo de corregir al hombre y cerró los ojos. Le dolía el costado, al igual que la cabeza.
¿Por qué no puedes dejarme en paz?
Lo único que quería en ese momento era que desaparecieran su dolor, su rabia y su frustración.
"Una cosa más, Drake. Necesito que detengas tu investigación sobre el Rey Esqueleto. Aaron Walsh es tu hombre. No hay necesidad de cavar más profundo. Palmer te ayudará con los detalles".
Drake frunció el ceño.
"Palmer, ese maldito comadreja. Yo sabía..."
"Tienes una semana, Drake. Una semana, antes de que publiquemos estas fotos."
Drake no respondió, ni siquiera abrió los ojos. Sabía a qué se refería Raúl con lo de soltar las fotos; no había olvidado lo que le había pasado a Iván en el almacén.
¿Y si aparecieran en el Times? Eso aplastaría a Jasmine. Arruinaría a Screech y destruiría a Beckett.
Este último probablemente acabaría en la cárcel.
Dane... ¿Quieren a Dane? ¿Qué demonios está pasando aquí?
"Lo último que supe es que Dane estaba en algún lugar de Sudamérica", dijo Drake al abrir los ojos. "Estaba..."
Drake dejó de hablar cuando se dio cuenta de que Raúl ya no estaba en la habitación. Se levantó y miró a su alrededor, pero el hombre había desaparecido.

Por fin solo, Drake se acercó al bar y se sirvió una botella de Johnny Black. Llenó un vaso casi hasta arriba y se dejó caer en el sofá. Después de un buen trago, apoyó el vaso en el estómago y cerró los ojos, intentando alejar el dolor de cabeza y la confusión que lo invadían.

La bebida se le escapó de las manos y cayó al suelo mientras Drake se quedaba dormido por primera vez en lo que parecía una eternidad.

***

"Vamos, Drake. Tienes que cubrirme las espaldas en esto. Peter Kellington es nuestro hombre. Mierda, su pelo fue encontrado en el esqueleto y pinchamos su teléfono."

Drake miró fijamente a su amigo desde el asiento del copiloto de su coche.

Clay miraba por la ventana mientras hablaba, de espaldas a Drake. Mientras Drake miraba fijamente, se dio cuenta de que había algo raro en su pelo: le parecía un poco raro.

"No creo que sea nuestro hombre en absoluto. ¿Alguien que mata a esta gente, les quita la piel y deja un esqueleto casi perfecto? Esto sugiere inteligencia, planificación. Nuestro conserje Peter Kellington no encaja."

"Sólo cúbreme las espaldas, Drake. Eres mi compañero, se supone que no debes dudar de mí. No se supone que te acuestes con mi mujer. Y definitivamente no se supone que la dejes preñada."

Drake retrocedió.

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

Clay se giró lentamente hacia él, pero no fue un movimiento suave y natural. Fue brusco, todo chasquidos y articulaciones.

Y pronto se vio por qué.

Clay Cuthbert no tenía cara. Era un cráneo reluciente con una terrible peluca colocada al azar sobre la cabeza.

El cráneo se echó a reír, la mandíbula inferior vibrando arriba y abajo, los dientes perfectos repiqueteando entre sí. Drake se lanzó contra la puerta, intentando poner el mayor espacio posible entre él y el esqueleto. Si la ventana hubiera estado abierta, habría salido por ella. Pero no lo estaba, y la puerta estaba cerrada.

Lo único que podía hacer era escuchar la risa maníaca de Clay.

La peluca se deslizó lentamente por el cráneo y Drake gimió.

"No", logró decir, con el estómago revuelto.

"¿Qué pasa, Drake? ¿Nunca has visto un dedo antes?"

Clay volvió a reír mientras Drake contemplaba la corona de huesos que envolvía toda su cabeza.

Con más movimientos torpes, Clay movió las manos a la vista y movió los dedos.

A los ocho les faltaba la última articulación.
Drake gritó.

Capítulo 42

Drake se despertó sobresaltado. Se incorporó de golpe y fue recibido por una mancha de humedad en el dobladillo de la camisa y en la parte delantera de los pantalones. Al principio, pensó que se había meado encima, pero después de olerse la camisa, se dio cuenta de que no era orina, sino whisky.

Se sintió mareado y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a tumbarse en el sofá. Un rápido vistazo a la ventana le reveló que ya había oscurecido. Cogió su teléfono, que nadaba en un mar de fotos de chantaje, y miró la hora.

Era poco más de medianoche.

Jesús, he dormido diez horas... lo que significa que tenemos catorce hasta que aparezca el próximo cadáver, no pudo evitar pensar.

Cuando su visión se aclaró, se dio cuenta de que estaba mirando las fotografías. Con un gruñido, las amontonó y se dirigió al fregadero. Después de tomar varias aspirinas y tragar un vaso de agua tibia, encontró una caja de cerillas en el cajón de los cubiertos. Luego prendió fuego a las fotografías y las tiró al fregadero.

"Vete a la mierda, Raúl. Y vete a la mierda, Ken Smith."

A pesar de su ira, Drake sabía que estaba en un aprieto. Si no hacía lo que Raúl le pedía, no sólo se arruinaría su vida, sino también la de sus seres queridos. Pero si accedía, si de algún modo conseguía hablar con su hermano y se arriesgaba a meterlo en todo este lío, ¿cuándo acabaría? ¿Cuál sería la garantía de que Ken dejaría de utilizarle, de que el chantaje cesaría alguna vez?

Drake sacudió la cabeza y observó cómo las coloridas llamas salían a su encuentro. Cuando las imágenes se volvieron negras, abrió el grifo y apagó el fuego.

Tienes una semana, Drake... termina la investigación sobre el Rey Esqueleto y empareja al alcalde Smith con tu hermano...

Se frotó los ojos.

Una cosa era segura. De ninguna manera iba a dejar de buscar al verdadero Rey Esqueleto.

Ya me ocuparé de Raúl más tarde, pensó. *Ahora mismo, tengo que averiguar cómo demonios ANGUIS Holdings está metido en todo esto.*

Algo le decía que si lograba desentrañar este misterio, sería Ken Smith quien vendría a él, y no al revés.

Drake se dirigió lentamente al baño, quitándose la camisa y los pantalones empapados. Luego se metió en la ducha.

El agua tibia era un placer para su piel, y la fue calentando

progresivamente hasta que estuvo a punto de escaldarle.

Mientras el agua caía en cascada sobre él, recordó el día en que Clay y él habían ido a casa de Peter Kellington bajo la lluvia.

Su compañero había insistido en que Peter era su asesino; estaba completamente seguro de ello. Pero la cuestión era que Clay solía ser el más analítico de los dos, y sin embargo, en este caso, era Drake quien encontraba agujeros por toda la historia, enormes lagunas en la narración del sargento Rhodes. Agujeros tan grandes como para poner celoso a un bloque de queso suizo. Y sin embargo Clay no tenía nada de eso.

Drake cerró los ojos y, cuando lo hizo, vio un destello de la calavera de su sueño y los abrió de golpe.

"¿Por qué demonios estabas donando a una iglesia rara que es propiedad de la misma empresa que posee el edificio de Ken Smith, Clay? ¿Por qué demonios te involucraste en todo esto?"

No hubo respuesta a sus preguntas.

Drake se restregó el pelo y luego se lavó el resto del cuerpo mientras las preguntas fluían sobre él como el agua ardiente.

Tras salir de la ducha y secarse, volvió a su teléfono y lo cogió.

Lo que quería hacer era marcar el número de Jasmine, pedirle disculpas, decirle cuánto sentía no haberla llamado, no haberle hecho saber que estaba bien. Que seguía vivo. Y preguntarle si Clay había ido alguna vez a la iglesia.

Y, quizás aún más importante, si Jasmine alguna vez se había ido con él.

Pero Drake no se atrevió a hacerlo. En su lugar, se desplazó a través de sus contactos y se detuvo en el nombre de Beckett.

El hombre contestó al primer timbrazo.

"Drake, mi hombre. ¿Qué haces levantado a estas horas?"

"Necesito tu ayuda, Beckett."

"Bueno, si estás buscando una dulce, dulce liberación, entonces busca en otra parte. Eso fue sólo una vez. En la universidad. Y estaba muy borracho".

Drake no estaba de humor para bromas.

"Las cosas han empeorado, Beckett. Este asesino... y el tipo que fue embadurnado por el camión..."

"Espera... el tipo atropellado, el capitán intestinos de espagueti, ¿ese era tu tipo?"

"Sí... me sorprende que nadie te lo dijera. Afirmó ser el Rey Esqueleto antes de saltar delante del semi".

"Huh. Bueno, eso explicaría por qué su dedo perdido coincidía con el pegado a la cabeza de Simmons."

Drake asintió. Esto era lo que había esperado todo el tiempo.

"Pero él no era el Rey Esqueleto, ni tampoco Peter Kellington. Eran

sólo peones en un juego mucho más grande".

"Estoy aquí para ti, Drake. Sólo dime lo que necesitas".

"¿Puedes reunirte conmigo en Triple D por la mañana? ¿En un par de horas?"

"Sólo necesito tiempo para cagar, ducharme y afeitarme y voy para allá".

Drake estaba a punto de colgar cuando se le ocurrió una idea.

"Genial, pero hay algo que necesito que hagas primero".

Capítulo 43

Drake se tomó un café en casa, esta vez sin bourbon ni whisky, y llegó a la triple D antes de que el reloj diera las cinco.

Ni siquiera tuvo tiempo de sentarse antes de que Dunbar y Screech irrumpieran en la habitación.

"Enciende la tele", ordenó Screech.

"Buenos días a ti también", refunfuñó Drake en voz baja.

Drake se acercó al televisor que había junto a la puerta y lo encendió.

"Ve a las noticias", dijo Screech.

El pulgar de Drake pasó sobre los botones.

"¿Qué canal de noticias?"

"No importa. Cualquiera".

Como Drake seguía sin entender nada, Screech cogió el mando a distancia. Verle la mano así extendida le recordó la foto del hombre bajo el agua, con Beckett flotando sobre él.

Antes había pensado que había sido un golpe de suerte que Screech encontrara el yate en el mismo lugar donde Beckett había estado de vacaciones, pero ahora no estaba tan seguro.

¿Estaba todo planeado? ¿Podría la investigación de Beckett y Bob Bumacher estar relacionada?

Parecía improbable, pero Drake no lo pondría por Ken Smith.

Pero esto también planteó la cuestión de quién había tomado realmente la foto. ¿Quién podría haber estado tan cerca de Beckett en ese momento...

La televisión cambió a una rueda de prensa, con el sargento Yasiv al frente.

"Jesús, se ha levantado temprano", murmuró Drake.

Y justo al lado del Sargento Yasiv estaba el Subinspector Lewis Palmer.

"Con sentimientos encontrados me dirijo hoy a ustedes", comenzó el sargento Yasiv en tono sombrío. "Hace dos días, perdimos a uno de los nuestros. Hace dos días, el detective Frank Simmons, veterano de la comisaría 62 y detective durante más de una década, fue brutalmente asesinado. Era un excelente agente de policía, pero lo que es más importante, era un gran hombre, un cariñoso padre de dos hijos y un marido maravilloso. Si hay algún resquicio de esperanza en este horrible acto, es que gracias al duro trabajo y a la dedicación de todos los agentes de la comisaría 62, y con la ayuda y el apoyo del subinspector Lewis Palmer y de otros agentes de la policía de Nueva

York de toda la ciudad, el responsable de este atroz crimen encontró finalmente la muerte. El autor, Aaron Walsh, de 42 años, en el proceso de resistirse a la detención, fue atropellado por un camión y murió".

Dunbar y Screech siguieron escuchando el discurso de Yasiv, pero Drake lo aburrió. Su mente estaba concentrada en Aaron Walsh, el nombre que Raúl le había dado al bastardo incluso antes de que Yasiv lo llamara, mientras caía hacia atrás.

Soy el Rey, Drake. Soy tu Rey Esqueleto.

Drake se estremeció al recordar el sonido que hizo la cabeza del hombre cuando el camión lo golpeó.

"Es bueno ver que no han perdido el tiempo", dijo Drake antes de volverse hacia Dunbar. "¿No te vas a meter en un lío por no estar allí? Veo a todos los demás detectives allí. Incluso ese imbécil de Kramer".

Dunbar se encogió de hombros.

"Yo no... algo no encaja, Drake. Aaron Walsh... Aaron Walsh fue atropellado por un camión y era conductor de autobús. ¿Terrible ironía? Tal vez, pero no lo sé."

"Sí, y Peter Kellington era un maldito conserje", añadió Drake. "Venga, vamos a mi despacho a ver si se nos ocurre algún plan por si el Rey sigue por ahí. No parece que la policía de Nueva York vaya a ser de ninguna ayuda".

Drake entró en su despacho y los otros dos hombres le siguieron. Mientras caminaba, Drake no dejaba de mirar por encima del hombro para ver si había llegado el último miembro de su grupo.

Debería llegar en cualquier momento, pensó.

Dentro de su despacho, Dunbar extendió una carpeta con toda la nueva información sobre Aaron Walsh y también añadió algo de información adicional sobre la Iglesia de la Liberación. Drake colocó su propia carpeta con todo sobre Peter Kellington y las víctimas junto a la de Dunbar. Screech añadió su carpeta con información sobre ANGUIS Holdings.

"Vale", empezó Drake, frotándose las sienes. "Esto es lo que sabemos. Cada una de las víctimas parece tener al menos una pequeña relación con la ley: fueron arrestadas o formaban parte del cuerpo de policía. También sabemos que la mayoría de ellos, tal vez incluso todos, hicieron una donación o asistieron a esta Iglesia de la Liberación. Por último, todo parece vincularse a esta sociedad de cartera llamada ANGUIS Holdings. Tres niveles aquí, con ANGUIS en la parte superior. ¿Alguna idea de lo que está pasando aquí?"

Drake había hecho un trabajo tan minucioso resumiendo sus conocimientos que ni Screech ni Dunbar tenían nada que añadir.

"Y luego está ese tipo... el extraño predicador de pelo negro y ojos saltones", continuó Drake. "Empecemos por ahí, por la Iglesia. Qué sabemos de la Iglesia de la Liberación".

Dunbar abrió su carpeta y sacó una hoja de papel.

" La Iglesia de la Liberación fue fundada en 2004, por un solo miembro".

Drake enarcó una ceja.

"¿Quién es?"

Dunbar se encogió de hombros.

"No tengo ni idea. Intenté averiguarlo, incluso me salté las normas, ya me entiendes, pero no conseguí nada. De hecho, lo único que pude averiguar sobre la iglesia fueron cifras brutas relacionadas con sus gastos y sus ingresos."

Screech se inclinó y miró la hoja de papel.

"Veré si puedo encontrar algo fuera de la policía de Nueva York. A la mierda las reglas".

Drake dio un sorbo a su café.

"¿Y qué hay de los ingresos? ¿Algo fuera de lo normal?"

Dunbar estudió un trozo de papel que tenía en las manos.

"Los ingresos son un poco altos en comparación con otras iglesias pequeñas de este tipo, supongo, y gran parte son pequeñas donaciones privadas, pero aparte de eso...".

"¿No hay ninguna sede en la lista ni nada por el estilo?".

"No que yo haya podido encontrar".

"¿Y no tenemos ni idea de dónde es la próxima reunión?" preguntó Screech.

Drake pensó en el hombre que fumaba cigarrillos y que le había dicho que el sermón ya había empezado.

"Puede que tenga algo al respecto". Iba a añadir algo más cuando se abrió la puerta de su despacho y entró un Beckett de aspecto cansado.

Parecía sorprendido de ver a Dunbar allí, pero cuando se fijó en Screech, pareció asustado.

"¿Qué está pasando?", dijo Beckett, recomponiéndose rápidamente. "Parece que acabo de entrar en una escena de Deer Hunter".

Capítulo 44

"Creo que nuestro principal objetivo, en este momento, es encontrar a ese sacerdote, el que vi en la 'iglesia'. Ya le he dado una descripción a Dunbar, que se la va a pasar a un dibujante. No estoy seguro de lo útil que será, pero es un comienzo".

Dunbar asintió.

"También necesitamos, Dunbar, que nos mantengas informados de lo que ocurre en la comisaría. Aaron Walsh se suicidó hace unas diecisiete horas, lo que nos da al menos siete antes de que aparezca otro cuerpo, si es que aparece. Screech, tú busca más información sobre la Iglesia: quién la fundó, quiénes son los implicados. Nos reuniremos aquí dentro de unas horas para ver si ha aparecido algo nuevo".

"¿Y yo qué? No me digas que me levantaste antes de las seis de la mañana sólo para que me sentara en el escritorio", dijo Beckett. "Estaba teniendo un sueño asesino sobre estos tres..."

"Tú vienes conmigo, Beckett. Vamos a ver si podemos encontrar al tipo que fuma cigarrillos fuera de la iglesia, a ver si podemos encontrar dónde y cuándo es la próxima reunión de la Iglesia de la Liberación."

Beckett frunció el ceño.

"Aburrido", dijo.

Drake ignoró el comentario.

Screech se dirigió hacia la puerta y Dunbar le siguió.

"Una cosa más, chicos", empezó Drake en tono serio. "Hago esto por Clay. Sé que todos tenéis vuestras razones para estar aquí, pero si pasa algo, si pasa algo realmente malo, me pasa a mí y sólo a mí. ¿Entendido?"

Screech enarcó una ceja y pareció a punto de hacer un comentario, como solía hacer, pero decidió no hacerlo. En lugar de eso, se limitó a asentir.

"Vale, Drake", añadió Dunbar, y ambos salieron del despacho.

Drake esperó hasta que Screech estuvo a punto de salir por las puertas principales antes de correr tras Dunbar, dejando atrás a Becket.

"Te veré luego, Screech", dijo Drake.

Screech le lanzó una mirada curiosa, pero se marchó. Cuando se hubo ido, Drake se inclinó hacia Dunbar.

"Dunbar, necesito otro favor. Te va a poner en un mal aprieto, pero es importante."

"¿Qué pasa?"
Drake se inclinó aún más y susurró al oído de Dunbar.
"Se trata de esa lista de donantes a la iglesia..."

***

Beckett estaba inusualmente callada en el camino al centro comunitario local donde Aaron Walsh se había suicidado.
Y Beckett no solía quedarse corto en palabras, ni en chistes groseros, ni en comentarios lascivos, ni...
La mente de Drake estaba en una docena de sitios a la vez, uno de los cuales era la fotografía de Beckett mirando al hombre ahogado.
Sé un hombre, se dijo a sí mismo. Sé un *hombre y pregúntale.*
El problema era que, después de lo que le había pasado a Craig Sloan, y ahora esto, no estaba seguro de querer saberlo.
Drake se aclaró la garganta y estaba a punto de hablar, cuando Beckett se volvió hacia él.
"Hablé con Suzan, como me pediste".
Cuando Beckett se mordió el labio e hizo una pausa antes de continuar, a Drake se le hundió el corazón.
"Fue a la iglesia, ¿no?" Drake dijo en voz baja.
Beckett se pasó una mano por su corto pelo rubio y asintió.
"Mierda".
"Sí, pero se pone peor; no fue el único".
A Drake le dio un vuelco el corazón.
"¿Qué? ¿Qué quieres decir?"
Apenas era capaz de mantener la vista en la carretera mientras se centraba en Beckett.
El hombre bajó los ojos antes de responder.
"Jasmine también se fue", dijo en voz baja.
Un sudor frío brotó en la frente de Drake.
"¿Me estás jodiendo?"
Beckett volvió a mirarle y negó con la cabeza. No había humor en sus ojos.
"Ojalá fuera así, Drake. ¿Qué significa?"
Drake tragó saliva.
No sabía lo que significaba, no realmente. Sólo sabía que la implicación de Clay en la iglesia era más profunda de lo que nunca había esperado. Lo que también significaba que probablemente estaba involucrado en ANGUIS Holdings y, como mínimo, por poder de Ken Smith.
Tienes una semana para encontrar a tu hermano, Drake, la espeluznante voz de Raúl resonó en su cabeza. Una semana *antes de que hagamos públicas estas fotos.*

"No lo sé", respondió Drake al fin. "Pero no puede ser bueno".

Con eso, ambos volvieron los ojos a la carretera.

"¿Por qué Aaron Walsh se cortaría un dedo, su *propio* dedo, afirmaría ser el Rey Esqueleto y luego se lanzaría al tráfico?". preguntó Beckett tras un minuto de silencio. "¿Estamos buscando a un lunático de culo raro?"

Drake tampoco sabía la respuesta, pero esta vez optó por permanecer callado.

De repente, sus pensamientos se fueron a otra parte, a la noche en que había vuelto corriendo a la casa en llamas para salvar la vida de Suzan Cuthbert. Había abordado a Craig Sloan fuera del edificio y había confiado en Beckett para que se ocupara de él. La siguiente vez que vio a Beckett, las manos del hombre estaban cubiertas de sangre, su camisa empapada de ella, y Craig Sloan tenía la cabeza hundida.

Y ahora esta foto del hombre en el barco...

Drake miró a su amigo.

"¿Recuerdas que dijiste que nadie buscaba a las víctimas antes de encontrar sus esqueletos? Bueno, ¿y si esta iglesia es algún jodido culto suicida, ya sabes? ¿Adorando al esqueleto o algo así? Como, todos estos ex-convictos se juntaron y decidieron que necesitaban pagar por sus pecados, que ellos..."

Estaba claro que Beckett sólo pensaba en voz alta, y Drake le dejó divagar mientras le observaba.

Conocía a Beckett desde hacía mucho tiempo, desde hacía más de una década. Y durante ese tiempo, habían intimado a pesar de sus diferencias de estilo de vida. A Beckett le gustaban las mujeres ligonas y salir por la ciudad. A Drake, en cambio, le gustaba estar solo con una botella de whisky.

Pero ¿cuánto sé realmente de él?, se preguntó Drake. *¿Cuánto sabes realmente de alguien?*

"¡Eh! ¡Cuidado!" Beckett gritó de repente.

Drake volvió la vista a la carretera y dio un volantazo a la izquierda, esquivando por poco las piernas de un hombre que había empezado a cruzar la calle. Su Crown Vic se detuvo en seco. El hombre chilló y cayó de culo.

Drake abrió la boca para decir que lo sentía, cuando sus ojos se clavaron en los del hombre.

Tenía la cara pastosa y pálida y un cigarrillo colgando de los labios.

Era él, el hombre de la iglesia, se dio cuenta Drake.

Evidentemente, el hombre también reconoció a Drake, porque se puso en pie y empezó a correr en dirección contraria.

"¡Es él! ¡Es el tipo de la iglesia!" Drake gritó mientras abría la puerta. "¡Beckett, *atrápalo!*"

Capítulo 45

Beckett atrapó primero al hombre. Acababan de dar la vuelta por detrás del centro comunitario cuando Beckett estiró el pie y golpeó al hombre en la parte posterior del talón. Beckett cayó de culo en el proceso, pero el otro hombre, que pesaba unos sesenta kilos más que Beckett, voló de bruces y se detuvo derrapando. La bolsa de plástico amarilla que llevaba marcada con las palabras KOSHER MART se desparramó por la acera, y un cartón de cigarrillos se deslizó al menos a tres metros de él.

Drake se precipitó más allá de Beckett y aterrizó encima del hombre antes de que pudiera siquiera considerar levantarse.

Sentado de espaldas, Drake se agarró un puñado de pelo y apartó la cara del asfalto. Le salía sangre por los dos orificios nasales y tenía una erupción en la mejilla, pero estaba consciente.

"¿Por qué corriste?" Drake exigió, inclinándose cerca de la oreja del hombre. "¿Por qué corriste?"

El hombre escupió sangre en el pavimento.

"Porque eres un maldito psicópata".

Drake soltó la cabeza del tipo y su nariz volvió a golpear contra el pavimento.

"¿Yo soy el psicópata? Yo soy el psicópata, pero tú eres el que escucha sermones de un hombre que se cortó el dedo y luego saltó delante de un camión".

El hombre gimió y Drake volvió a agarrarle del pelo y tiró hacia atrás.

"Vas a decirme dónde es la próxima reunión de la Iglesia de la Liberación".

El hombre sacudió la cabeza como pudo con la mano de Drake enredada en su pelo.

"No te diré una mierda."

Con la mano libre, Drake metió la mano en la funda que llevaba bajo el brazo y agarró la culata de la pistola con la que se había asegurado de salir de casa esta vez.

"Vas a decírmelo o..."

"Yo me encargo, Drake", dijo Beckett, de repente al lado de Drake. Puso una mano en el brazo de Drake. "No queremos que hagas algo que no se pueda deshacer".

Fue un comentario extraño, pero resonó en Drake. Su mano se apartó del arma. Luego soltó el pelo del hombre y se levantó lentamente.

"Ve a dar un pequeño paseo", le indicó Beckett, instalándose a su espalda en el lugar donde había estado Drake hacía unos momentos.

"No voy a ninguna parte, este pedazo de mierda..."

Los ojos de Beckett se entrecerraron y, cuando volvió a hablar, había algo en su voz que inquietó a Drake.

"Ve a dar un paseo, Drake. Vuelve en cinco minutos".

Drake frunció el ceño.

"Voy a mover mi coche fuera de la carretera, luego volveré aquí", concedió Drake.

Beckett asintió y Drake comenzó a alejarse. Cuando dobló la esquina del centro comunitario, en lugar de dirigirse a su coche, Drake miró hacia atrás por donde había venido.

Observó cómo los dos intercambiaban palabras, palabras que Drake no pudo oír antes de que Beckett se acercara, se acercara de verdad.

Un momento después, Beckett se puso en pie y ayudó al hombre a levantarse también.

Aunque la cara del hombre del cigarrillo era un desastre, con dos chorros de sangre de la nariz que no sólo le cubrían el labio superior, sino que también le empapaban la barbilla, tenía los ojos muy abiertos y la piel inesperadamente pálida.

El hombre estaba absolutamente aterrorizado.

Beckett apartó algunos escombros del pecho del hombre con un gesto rudimentario y luego le espantó.

Justo cuando Beckett se volvió hacia él, Drake se agachó detrás del edificio y corrió hacia su coche.

Tras saludar con el dedo a varias personas mientras bajaba a su coche, Beckett se unió a él.

Drake esperó, pero cuando Beckett no dijo nada y el desfile de bocinas continuó, se volvió hacia su amigo y le dijo: "¿Y bien? ¿Qué demonios ha pasado?"

Beckett se estremeció.

"Se reúnen de nuevo esta noche", dijo. "Se reúnen esta noche, y yo voy a estar allí".

Capítulo 46

"De ninguna manera", dijo Drake. "De ninguna puta manera. *Yo* voy a ir. Puedes quedarte a un lado si quieres, pero de ninguna manera irás solo".

Beckett no dijo nada, lo que en cierto modo era peor que quejarse o discutir.

Cuando Drake entró en el aparcamiento de Triple D, frenó en seco y miró a su amigo.

"Beckett, tienes que decirme dónde se reúnen. Tienes un trabajo; eres el forense superior, por el amor de Dios, y eres profesor en la Universidad. No puedes involucrarte en esta mierda. No sé lo que pasó en Virgin Gorda, pero..."

Inesperadamente, Beckett alargó la mano, agarró a Drake por el cuello y tiró de él para acercarlo.

Drake, tan desprevenido, fue empujado hacia delante.

"¿Qué sabes de la Virgen Gorda?" siseó Beckett, con los ojos entrecerrados.

Drake levantó la mano, agarró la parte inferior de la muñeca de Beckett y se la retorció. Beckett la soltó al instante.

"¿Qué coño te ha pasado, Beckett? Desde... desde Colin Elliot, has cambiado".

Beckett se desplomó en su asiento y se quedó mirando al frente.

"Sí, la mierda ha cambiado. Hay mucha gente jodida ahí fuera, gente jodida que quiere hacer cosas jodidas a gente buena."

Drake parpadeó.

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

Beckett se volvió hacia él.

"¿Me dices que tengo un trabajo? ¿Que no debería meterme en esta mierda? ¿Qué hay de ti? Tienes un puto hijo en camino. Eres tan jodidamente egoísta, que en lo único que piensas es en perseguir tus propios demonios e intentar atrapar a un asesino fantasma. Te sientes culpable por lo que le pasó a Clay, y no puedes superarlo. Y por eso, sigues cometiendo errores. Todos a los que intentas ayudar, todos a los que *alguna vez* intentas ayudar, acaban jodidos al final. Y no estoy hablando del buen tipo de jodido, Drake. Hablo de que te den la vuelta y te la metan por el culo sin lubricante. *Ese* tipo de follada".

Drake no pudo decir nada.

"Voy a ir a esa reunión esta noche, Drake. Y voy sola. Y por la mañana, te diré lo que he encontrado. Si quieres detenerme, adelante, pero tendrás que usar tu arma".

Drake, tan conmocionado por lo que había sucedido, simplemente se quedó sentado mientras Beckett salía del Crown Vic y se dirigía a su propio coche.

Ha cambiado, pensó Drake. *Pero yo también.*

Y entonces, inesperadamente, las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Drake. Los sollozos silenciosos pronto se convirtieron en jadeos audibles y, finalmente, se encontró sollozando entre sus manos.

Drake tardó cinco minutos en serenarse y casi otro tanto en estar medianamente presentable antes de entrar en la Triple D.

Dentro encontró a Screech martilleando el teclado. El hombre levantó la vista cuando se acercó.

"Jesús, ¿Drake? ¿Estás bien?"

Drake asintió.

"Sólo cansado", mintió. "¿Encontraste algo sobre la Iglesia de la Liberación?"

"Sí, ven a echar un vistazo".

Drake se acercó y se sentó junto a Screech.

"Para ser una iglesia, no tienen mucha presencia en Internet. Pero logré bucear en los archivos de un tablón de anuncios y conseguí esto".

Screech hizo clic en una imagen y ésta llenó la pantalla.

"Sufrir", leyó Drake. "Eso es lo que las bolas de billar deletreado."

"Sí, lo sé. Así que profundicé un poco más en todo este asunto, usando algunas de las cosas que me contaste... ya sabes, todo el asunto sobre el sufrimiento humano y la comprensión de nuestra propia mortalidad... cosas de lectura ligera".

Screech cerró la imagen y abrió otro archivo. En el monitor apareció un bloque de texto.

"Sé que tienes cataratas o lo que sea, así que voy a leerte esto", dijo, y luego se aclaró la garganta. "En conjunto, cada persona traída a este mundo aumenta el sufrimiento general. Puedes tener la tentación de pensar que, como hay momentos de alegría en la vida de una persona, aunque sean fugaces, eso inclina la balanza de la felicidad general. Pero, desde una perspectiva objetiva, esto no es cierto: desde el instante en que nace un niño, aumenta el sufrimiento en el mundo. Este es el principio general del antinatalismo. Pero creo que el fallo en la evolución humana que es la autoconciencia, es más profundo que esto. El antinatalismo propone que no procreemos, pero que una vez que nazca un niño, siga viviendo. Esto es una evasiva. Creo que cuanto más vive un niño, más sufrimiento inflige al universo. Por eso estoy muy a favor de una moral pro-mortalista. Esto es especialmente aplicable a quienes causan sufrimiento a otros deliberadamente, pero ningún ser humano que viva, haya vivido o vaya a vivir está exento de

esta moral. Simplemente, el mundo está mejor sin ellos, como está mejor sin nosotros".

Drake miró a su amigo con los ojos entrecerrados.

"Bastante pesado, ¿no?" Dijo Screech.

"¿Qué coño es esta mierda?"

Screech respiró hondo antes de contestar.

"No soy un experto en filosofía, y realmente no sé nada sobre antinatalismo o pro-mortalismo, pero a mí todo esto me suena a manifiesto, a justificación para matar".

Drake lo meditó un momento.

"Y eso de que la gente causa sufrimiento...", dejó escapar la frase.

"¿Crees que esto podría estar relacionado con el hecho de que todas nuestras víctimas eran ex-convictos? ¿Que fueron elegidos por eso, como si nuestro Rey Esqueleto fuera el Robin Hood del sufrimiento?".

Drake pensó en Clay, con la cabeza entre sus brazos mientras moría.

"A mí me parecen las prédicas de un loco", dijo Drake.

"Loco o loca o filósofo... no me entra en la cabeza. Por casualidad no conocerás a un filósofo de pensamiento profundo, ¿verdad?". preguntó Screech con una sonrisa, tratando de aligerar el ambiente.

"De hecho, sí", dijo Drake, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

Screech enarcó una ceja.

"¿En serio? Tal vez deberías hacerle una visita entonces".

Drake se balanceaba en la silla.

"Eso va a ser un pequeño problema".

"¿Y eso por qué?"

"Bueno, porque mató a tres personas y secuestró a mi ex compañero, Chase Adams. Por eso".

Screech soltó una carcajada aguda, pero como la cara de Drake no cambió, el hombre volvió a ponerse serio.

"¿En serio? Te juntas con gente jodida, ¿lo sabías?"

Capítulo 47

Beckett condujo directamente a casa, sin molestarse siquiera en parar en su oficina del NY Medical o en la universidad.

Estaba furioso con Drake, furioso con el hombre por tratar siempre de tomar el control de todo cuando este era su dominio.

De vuelta en su apartamento, Beckett se dio una ducha caliente para calmar los nervios.

Cuando terminó, se tomó un momento para observarse en el espejo.

Por muy enfadado que estuviera con Drake, no podía negar el hecho de que había dicho la verdad. Beckett *había* cambiado. Mucho había cambiado desde Craig Sloan.

Y aún había cambiado más después de lo ocurrido en Virgen Gorda.

Miró su reflejo en el espejo, primero el pelo mojado, pegado al cuero cabelludo, y luego los ojos. Sólo tenía unos treinta años, pero en las últimas semanas las patas de gallo se le habían hecho más profundas.

Parecía mayor, pero no se sentía más sabio.

Sus ojos recorrieron su cuerpo hasta el pecho cubierto de tatuajes. En el pectoral izquierdo tenía el dibujo de un toro y en el derecho, un gran símbolo celta que significaba guerrero. Remolinos y diseños llenaban los espacios vacíos entre los tatuajes, y finalmente se adelgazó en su abdomen antes de que volviera a aparecer en sus brazos. Cada uno de los tatuajes tenía un significado particular para Beckett y solía estar relacionado con alguno de sus viajes o con una encrucijada importante en su vida. Pero aunque llevaba muchos años con estos tatuajes, había dos nuevos.

Beckett levantó el brazo derecho y se miró la caja torácica. A diferencia de los otros intrincados diseños que cubrían su pecho y sus brazos, estos dos tatuajes eran sencillos. Eran sencillos y estaban dibujados con una mano inexperta.

Beckett los había hecho él mismo.

Dos líneas horizontales, de unos cinco centímetros de longitud y separadas por un centímetro de espacio en blanco, empezaban justo debajo del vello oscuro de sus axilas.

Beckett llevó un dedo a la superior y la recorrió en toda su longitud.

"Craig Sloan", dijo en voz baja.

Luego llevó el dedo a la segunda línea.

"Donnie DeMarco", dijo.

Drake tenía razón; las cosas *habían* cambiado. Y Beckett sabía que si iba a la reunión de la iglesia esta noche, las cosas volverían a

cambiar.

Si todo iba según lo previsto, añadiría otro tatuaje. Y cuando pasara el dedo por esta línea, pronunciaría el nombre "Rey Esqueleto".

Capítulo 48

Drake entró en el aparcamiento del centro psiquiátrico y sacó la pistola de la funda que llevaba bajo el brazo izquierdo. Cruzó el asiento del copiloto y abrió la guantera.

Dentro había una botella medio llena de Johnny Walker.

El sentido común le decía que no debía beber ahora.

Pero el sentido común no tenía cabida en el mundo de Drake, no después de todo lo que había pasado.

Drake metió la pistola en la guantera y sacó la botella. Desenroscó el tapón y se la llevó a los labios.

El líquido dorado cubrió su lengua y tragó con fuerza. Dejó que sus mejillas se llenaran con el siguiente trago y también tragó.

Luego volvió a poner el tapón, colocó la botella encima de su pistola y cerró la guantera.

Sus ojos se desviaron hacia el gran edificio de ladrillo y se preguntó cómo demonios iba a entrar. Si las cosas no se hubieran torcido con Beckett, sin duda le habría pedido que le ayudara a mover algunos hilos. Pero ahora, como la mayor parte de su vida, y especialmente desde la muerte de Clay, Drake estaba solo.

Mejor no pensar demasiado en ello, simplemente improvisar.

Drake salió del coche y se dirigió a la puerta principal. Intentó abrirla, pero frunció el ceño al comprobar que estaba cerrada.

"Por favor, levante los ojos hacia la cámara", pidió una voz llena de estática.

Drake miró a su alrededor, intentando determinar de dónde procedía la voz, y sus ojos acabaron posándose en una pequeña caja metálica a unos dos metros y medio de la pared. Encima, vio una cámara.

Miró fijamente a la cámara y se sorprendió cuando, no más de un segundo después, la puerta se abrió con un zumbido.

Drake entró y se quedó un momento en la entrada mientras sus ojos se adaptaban a la escasa luz del interior.

Cuando por fin pudo ver con claridad, se dio cuenta de que estaba en una especie de celda de detención. A la derecha había un grueso cerramiento de cristal, como los que se ven en los aeropuertos, sólo que no había ninguna ranura ni agujero para intercambiar dinero o información.

Sin saber qué hacer a continuación, Drake se inclinó y golpeó el cristal.

De repente apareció una mujer y su voz le llegó desde un altavoz.

"Por favor, no toques el cristal", ladró.
Drake retiró la mano.
"Lo siento."
La mujer tenía el pelo teñido del color de la medianoche, de longitud media en la parte superior, pero los lados estaban afeitados. También tenía un aro plateado en una fosa nasal. Parecía tan desinteresada por Drake que ni siquiera estaba claro que lo hubiera visto. Sus ojos estaban fijos en algo sobre el escritorio, algo que estaba fuera de la línea de visión de Drake.
"Esto es una instalación gubernamental", dijo en tono aburrido. "¿Es usted un repartidor?"
Drake se mordió el interior del labio y deseó haberse tomado cuatro tragos del Johnny y no tres.
"Me llamo Damien Drake, y soy policía de Nueva York..."
La mujer levantó los ojos y formó una *O* con la boca.
"Mierda, eres él. Eres *realmente* él".
Drake miró por encima de un hombro y luego del otro, preguntándose si tal vez una celebridad se había colado detrás de él cuando no estaba prestando atención.
"Soy Damien Drake", repitió dubitativo.
"Sí, mierda, sé quién eres. ¿No me conoces?"
Drake se rascó la frente y se quedó mirando a la mujer largo rato.
"Quizá si estamos cara a cara me reconozcas", dijo. Antes de que Drake pudiera reaccionar, se apartó del escritorio.
Drake, que seguía devanándose los sesos intentando averiguar quién era aquella mujer, esperó. Se oyó un clic, seguido de un siseo, y entonces se abrió la puerta de cristal que daba acceso a las instalaciones.
Empezó a dar un paso hacia el interior, pero la mujer apareció y le detuvo con una mano en el pecho.
"Realmente no me recuerdas, ¿verdad?"
Drake negó con la cabeza.
"Lo siento, pero..."
"No estás aquí buscándole, ¿verdad?", preguntó la mujer, mirando furtivamente a su alrededor y bajando la voz.
Drake sintió que empezaba a dolerle la cabeza y ahora deseaba haberse terminado toda la botella de Johnny.
"Realmente no tengo ni puta idea de lo que está pasando", dijo al fin. "Estoy aquí para ver..."
"Te vi en la comisaría. Fuiste tú quien dejó marchar a Colin Elliott", susurró la mujer. Se acercó lo suficiente como para que Drake pudiera oler su perfume de vainilla. "Pero ahora nunca lo vas a encontrar. Ni siquiera me molestaría en intentarlo".
La mención de Colin Elliott hizo que un recuerdo se activara en la

mente de Drake.

Cuando trabajaba en el caso del asesino de la descarga, recordó que una mujer había afirmado que el asesino la había violado. Y que ese hombre era Colin Elliott.

Drake dio un paso atrás y observó detenidamente a la mujer que tenía delante. Y entonces cayó en la cuenta. Era ella.

Y ahora... ¿qué? ¿Ella y Colin están juntos?

Drake negó con la cabeza.

"No, no lo estoy buscando. Estoy aquí para ver a un paciente".

Y ahora le tocaba a la mujer escudriñarle.

"¿Estás seguro? Porque si me estás jodiendo, no te dejaré entrar nunca en este sitio".

Drake se devanó los sesos buscando su nombre y finalmente dio con él.

"Hanna, te juro que no estoy aquí por Colin Elliott. Me importa un carajo a dónde fue, mientras no muestre su cara en Nueva York y no aparezca en programas de crímenes, no podría importarme menos. Estoy aquí para ver a otra persona".

Al parecer, esto satisfizo a la mujer, porque se encogió de hombros y dio un paso atrás, permitiéndole entrar en la instalación principal.

"De acuerdo. ¿A quién has venido a ver, entonces?"

Drake suspiró.

"Vengo a ver al Dr. Mark Kruk".

Capítulo 49

Hanna acompañó a Drake por un corto pasillo, saludando con la cabeza a varios trabajadores que le dirigían miradas curiosas al pasar.

Drake habría pensado que una institución como ésta, que albergaba a gente como el asesino Dr. Mark Kruk, sería más segura. Pero parecía que la mujer que lo dirigía, Hanna, tenía cierta influencia aquí, a pesar de ser también la encargada de la recepción.

Mientras caminaban, pasando junto a gruesas puertas de metal con sólo una pequeña ventana cerca de la parte superior, la mente de Drake se trasladó a aquella fatídica noche en la nieve. La noche en que había dejado escapar a Colin Elliott, incluso después de que Drake le hubiera visto degollar a su mujer. Aún no sabía exactamente por qué lo había hecho. Al principio, lo había atribuido al hecho de que estaba conmocionado en ese momento, pero ahora no estaba seguro.

Tal vez Beckett tenía razón; tal vez ese predicador imbécil tenía razón.

Quizá los malos merecían morir de vez en cuando. Y Ryanne Elliot definitivamente encajaba en esa categoría.

Poco antes, había sido él quien se cernía sobre el cadáver del Dr. Mark Kruk, con una pistola apuntando a la frente del hombre. El hombre había secuestrado a su compañero y había amenazado con convertir a Chase en su última víctima.

Si no hubiera sido porque Chase lo calmó, no estaba seguro de lo que habría pasado.

Sólo hizo falta una fracción de segundo para apretar el gatillo, pero las consecuencias de una sola bala duraron para siempre.

"Espera aquí", dijo Hanna, indicando una puerta metálica.

Drake volvió a mirarla, preguntándose brevemente si todo esto era una gran conspiración, si Beckett, Dunbar y Screech lo habían planeado todo para internarlo.

"Sólo hazlo", dijo Hanna. "Sólo entra ahí y espera, te lo traeré".

Drake se encogió de hombros y entró en la habitación. Por dentro era más grande de lo que esperaba, con una mesa en el centro y dos sillas situadas una enfrente de la otra. Las luces de arriba eran duras, recordaban a las de las viejas fábricas, y el aire parecía viciado, como si nadie hubiera estado en la sala desde hacía tiempo.

"¿Seguro que...?", empezó a decir, antes de que se cerrara la puerta tras él. Un segundo después, oyó el clic de una cerradura.

Drake se dirigió a la pequeña ventana empotrada en la puerta y se asomó. El cristal era tan grueso que, incluso con el ojo casi pegado a

él, apenas pudo distinguir la figura de Hanna caminando por el pasillo.

Drake golpeó la puerta con los dos puños.

"¡Oye! ¡Oye, abre!"

La mujer no frenó y mucho menos giró.

Drake pateó la puerta una vez, se estremeció cuando ni siquiera se flexionó y retrocedió. Mirando a su alrededor, se preguntó cómo sería estar realmente encarcelado aquí.

Qué horrible sería estar atascado con tus propios pensamientos, atormentados como estaban, hasta el día de tu muerte.

Drake se acercó a la mesa y tomó asiento. No era ni mucho menos la silla más cómoda que había utilizado nunca, pero tampoco estaba tan mal. Era mejor que el asiento delantero de su Crown Vic, eso estaba claro.

Poco después, Drake oyó el sonido de una cerradura que se abría y abrió los ojos.

Debió de quedarse dormido en la mesa, ya que cuando levantó la cabeza, tenía baba en la mejilla.

Se lo limpió con el dorso de la mano.

"¿Hola?"

La puerta se abrió y entró Hanna, con una sonrisa en la cara. Era guapa, se dio cuenta, de una forma muy poco tradicional, dado su estrafalario pelo y su aro en la nariz.

Manteniendo la puerta abierta, se apartó a un lado.

"¿Te quedas dormido sobre mí, Drake? *Tsk, tsk.*"

Drake no dijo nada, lo que al parecer fue respuesta suficiente, porque la mujer sonrió.

"Bueno, aquí está. Tienes unos diez minutos antes de que tenga que echarte", le informó Hanna.

Un hombre entró de repente en la habitación, un hombre que tenía las manos encadenadas entre sí, así como conectadas a sus tobillos .

Cuando sus ojos, ocultos tras unas gafas redondas, se encontraron con los de Drake, el hombre sonrió.

"Qué agradable sorpresa, detective. Ahora, ¿en qué puedo ayudarle?"

Capítulo 50

"Sabes, realmente pensé que ibas a matarme ese día", comenzó el Dr. Mark Kruk. "De hecho, estaba casi seguro de ello".

Drake negó con la cabeza.

"Sólo quería asegurarme de que no hicieras daño a nadie más".

"Mi objetivo sólo fue siempre hacer daño a los que me hacían daño, a los que se lo merecían", Kruk volvió los ojos hacia arriba. "En un lugar como éste, no hay mucho que hacer aparte de pensar. ¿Y ahora mismo? Ahora mismo, estoy pensando que ésta no es una visita social".

"No, me temo que no. Hay un caso, algo que..."

Kruk levantó un dedo todo lo que pudo, dados sus grilletes.

"Antes de que te ayude, tienes que hacer algo por mí".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

Debería haberlo esperado.

"Lo siento, pero ya no trabajo para la policía de Nueva York. Me llamaste detective cuando entraste aquí, pero ese no soy yo. No tengo ningún poder, ninguna influencia. De hecho, si no fuera por la fangirl de la entrada, nunca habría entrado. Así que, no sé qué te parece, si quieres visitas conyugales, más privilegios, una reducción...".

El Dr. Kruk sonrió con desgana.

"Lo que quiero, es algo que sin duda puedes proporcionarme".

Drake consultó su reloj. Eran casi las tres de la tarde y, aunque Beckett no había especificado a qué hora se reunía la Iglesia de la Liberación, Drake tenía la sensación de que sería más pronto que tarde.

"No tengo tiempo para esto. Dime lo que quieres, y si puedo dártelo, lo haré".

La sonrisa de Kruk no vaciló en ningún momento.

"Háblame de *ella*".

"¿Perdón?"

El hombre entrelazó los dedos.

"Sobre *ella*, sobre la que tomé ese día. El detective. Háblame de Chase".

Drake se quedó sin habla. No tenía ni idea de lo que había querido el doctor Kruk, pero algo así, información sobre su ex compañero, eso nunca se le había pasado por la cabeza.

"Chase... qué nombre tan interesante. Verás, nunca supe su nombre hasta que me sacaste lo mejor de mí en los jardines de mariposas. Chase... suele ser nombre de hombre, ¿no?".

Drake se puso rojo e hizo todo lo posible por calmarse.
"Déjala fuera de esto".
El Dr. Kruk hizo una mueca.
"Todo lo que tengo es tiempo, Drake. Tú, en cambio, no".
"¿Ah, sí?" replicó Drake, sabiendo incluso mientras las palabras salían de su boca que sonaba como un niño petulante. "Yo también tengo todo el tiempo del mundo".
El Dr. Kruk negó con la cabeza.
"No lo creo. Cuando llegué estabas durmiendo, lo que sugiere que no habías dormido mucho la noche anterior. Has mirado el reloj dos veces y también has echado un vistazo a la puerta. Ni siquiera creo que sepas que has mirado a la puerta, pero lo has hecho. Todos estos indicios apuntan a que tienes prisa". El doctor Kruk ladeó la cabeza y miró por debajo de la mesa. "Y por si fuera poco, mira cómo apuntan tus pies".
Drake resistió el impulso de mirar, sintiéndose de repente cohibido por ser analizado de ese modo.
"Están apuntando a la puerta", le informó Mark. "Así que, aunque parezca *que* tengo todo el tiempo del mundo, es obvio que tú no. Ah, sí, también está el hecho de que la guapa señorita Hanna dijo que sólo tienes diez minutos. Así que, ahí está eso. Si quieres mi ayuda, Drake, háblame de ella".
Drake suspiró y reflexionó sobre sus opciones. Había venido aquí, en parte, para ver si el doctor Kruk tenía alguna idea del tipo de hombre que estaban buscando, si tal vez el predicador encajaba en el perfil. Se necesita un asesino para conocer a un asesino, ese tipo de cosas. En sus breves encuentros con el Dr. Kruk, y con su alias, había llegado a creer que este hombre, a pesar de todos sus defectos psicóticos y esquizofrénicos, sabía algo sobre la condición humana.
¿Cómo lo llamó? ¿Una imago? *¿Una imagen mentalizada de uno mismo, algo a menudo influenciado por los padres?*
En aquel momento, este comentario había tenido poco sentido para Drake, pero cuanto más maldad veía en la gente, cuantos más asesinos encerraba e incluso a los que dejaba libres, más sentido parecía tener para Drake.
Había maldad en este mundo, de eso no tenía ninguna duda, en cuanto a sus orígenes, sin embargo, estaba lejos de estar seguro.
¿Qué daño puede hacer contarle un poco sobre Chase Adams? Está en Dios sabe dónde -la última vez que hablé con ella, estaba en Boston de todos los lugares- y el Dr. Kruk no va a salir de aquí pronto.
"Fue sargento de la comisaría 62 durante un breve período", empezó Drake, sin querer encontrarse con los ojos del doctor Kruk ni mirar aquella sonrisa exasperante. "Pero eso no duró mucho. Se marchó y se unió al FBI, y aunque no he...".

Kruk negó con la cabeza, atrayendo la mirada de Drake.

"No, eso no. Eso es aburrido. Cuéntame algo sobre *ella*".

Drake no estaba seguro de lo que le preguntaba el hombre de enfrente, y así se lo dijo.

El Dr. Kruk empezó a parecer aburrido y ni siquiera se molestó en contestar.

"Quiero decir, sólo fuimos compañeros por poco tiempo. No sé..."

"Creo que sabes más de lo que dices", dijo el Dr. Kruk.

Drake se mordió el labio y pensó en su tiempo con Chase.

"Tiene un marido y un hijo", dijo en voz baja. "Sólo que nunca me habló de ellos enseguida. De hecho, no me enteré hasta después de trabajar con ella unos meses. Su hijo tiene ahora cinco o seis años y su marido trabaja en finanzas".

Echando una mirada subrepticia para asegurarse de que Kruk le seguía, Drake se animó a continuar.

"Pero Chase... Chase tiene demonios, como todos. Demonios que la persiguen, que la llevaron a hacer cosas de las que no estaba orgullosa mientras estaba encubierta en Seattle. Demonios que la llevaron a poner el trabajo por delante de todo; por delante de su marido, por delante de su hijo, por delante de su propia salud. Tiene un pasado oscuro, un pasado secreto".

El Dr. Kruk estaba realmente radiante y Drake creyó detectar un rubor en sus mejillas.

"Cuéntame más", dijo el hombre con impaciencia. "Cuéntame más".

Drake negó con la cabeza.

"No, ya está. Ahora dime lo que necesito saber. Dime qué tipo de asesino estoy buscando".

Capítulo 51

Beckett se sentó en su coche y observó al puñado de gente que se dirigía hacia el edificio. Por suerte, el hombre con el cigarrillo colgando de los labios, aquel al que Drake casi había descerebrado, aún no había asomado la cara.

Mientras miraba, Beckett jugueteaba con la navaja que llevaba en el bolsillo.

Tras respirar hondo, salió de su coche y se unió a un grupo de otros dos hombres.

No se parecía a ninguna iglesia de la que hubiera formado parte, y eso que nunca había sido muy religioso. De hecho, la única vez que recordaba haber ido a la iglesia fue cuando era muy pequeño, tras la muerte de su abuelo.

Las personas con las que caminaba tampoco parecían feligreses de una iglesia. Tenían barbas desaliñadas, sus ropas estaban rotas y sucias, derelict chic, si se quiere, y caminaban con la cabeza baja, como si tuvieran algo que ocultar.

Beckett siguió su ejemplo, lo que no fue demasiado difícil, dado que él también tenía un secreto.

El edificio, a diferencia de los parroquianos, estaba bien cuidado. Situado en el Upper East Side, el brownstone estaba bien cuidado y parecía caro. Tal vez incluso siete cifras caro.

Beckett siguió a los dos hombres por una puerta trasera hasta una habitación grande y casi vacía. El interior le recordó más a un almacén que a una residencia.

Había tres filas de ocho sillas, contó Beckett, de las cuales sólo la mitad estaban ocupadas. No había escenario en la parte delantera de la sala, como Drake había descrito en el sótano del centro comunitario, pero sí un pequeño púlpito.

Beckett se deslizó hasta el cuarto asiento de la primera fila, lo que le permitió acceder sin obstáculos al púlpito.

Por suerte, nadie dijo nada mientras esperaban, lo que fue un alivio para Beckett.

No sabría qué decirle a esa gente.

Pasaron cinco minutos o más y, justo cuando Beckett empezaba a inquietarse, todas las miradas se fijaron en un hombre que bajaba por una pequeña escalera cerca de la parte delantera de la sala. Tenía el pelo negro y oscuro, muy pegado al cráneo, y los ojos oscuros a juego. Llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros y se movía como todos los demás.

Cabeza baja, postura discreta.

Y, sin embargo, había algo diferente en ese hombre, y Beckett habría sabido que se trataba de su hombre aunque no se ajustara a la descripción exacta que Drake le había proporcionado.

El propio Beckett no sabía qué era esa misteriosa cualidad, pero podía sentirla.

El predicador se detuvo justo detrás del púlpito.

"Bienvenido", dijo con voz suave y uniforme. "Bienvenidos a la Iglesia de la Liberación. Para aquellos que son nuevos, permítanme ser muy claro antes de empezar. Esta no es una Iglesia que rinde culto a Jesucristo, ni a ningún otro Profeta u hombre de Dios ficticio. Nuestra Liberación es nuestra liberación. Y nuestra liberación es la única manera en que podemos romper el ciclo de sufrimiento que es la humanidad."

Beckett resistió el impulso de mirar a los que le rodeaban, para ver cuáles eran sus reacciones ante las prédicas de aquel hombre.

"Me gustaría que todos junten sus manos ahora y aplaudan a Aaron Walsh. Iba a convertirse en el próximo Rey Esqueleto, pero hubo que acelerar las cosas".

Cuando los que rodeaban a Beckett empezaron a aplaudir, no un alboroto voraz de aplausos, sino simples y recatadas palmadas, él hizo lo mismo.

"Cada minuto que permanecemos vivos, es un minuto más que aumenta el sufrimiento del mundo. Aarón lo sabía. Aarón prendió fuego a una casa en la que dormían tres bebés, a causa de su sufrimiento. Y cuando llegó el momento de unirse a las filas de sus compañeros Reyes, no lo dudó. Cuando Aarón murió, hubo algo menos de sufrimiento en la Tierra", hizo una pausa y respiró hondo. "Pero aún queda mucho trabajo por hacer. Hay alguien entre nosotros que sufre más que los demás".

Beckett se inquietó y se preguntó si era el momento de correr hacia el hombre y sacarse una navaja del bolsillo. Viendo hablar al predicador, viendo cómo reaccionaba ante los que le rodeaban, estaba más que claro que era el verdadero Rey Esqueleto.

Puede que no hubiera matado directamente a Alice Monroe, Greg Horowitz, Aaron Walsh, Clay Cuthbert, Frank Simmons o cualquiera de los otros esqueletos que habían pasado por la morgue de Beckett, pero sin duda era el responsable. Sin pensarlo, Beckett metió la mano en el bolsillo y acarició el contorno de la navaja.

"Esta persona es el candidato perfecto para ser nuestro próximo Rey. Ya que aunque nadie puede discutir que está sufriendo, las vidas de aquellos a los que apagó fueron responsables de algo peor. Mucho, mucho peor".

Beckett tragó saliva.

"Deberíamos dar la bienvenida a este hombre a su primera reunión de la Iglesia de la Liberación. ¿Puedo recomendar un aplauso para el Dr. Beckett Campbell?"

Capítulo 52

El Dr. Mark Kruk escuchó con seriedad mientras Drake le hablaba de la información que Screech le había proporcionado, del sufrimiento, de la Iglesia de la Liberación.

Cuando terminó, el médico se ajustó las gafas.

"¿Y bien? ¿Qué te parece?"

El Dr. Kruk se aclaró la garganta antes de hablar.

"De lo que estás hablando es de una filosofía conocida como pro-mortalismo. Esencialmente, son personas que creen que si los humanos no existieran, en conjunto, habría menos sufrimiento en el mundo."

"Sí, lo entiendo. Pero, ¿qué tipo de hombre estoy buscando aquí?"

Sus pensamientos se volvieron hacia Beckett y el predicador, y esperaba que la primera estuviera bien.

"¿Y cómo puedo encontrarlo?"

"El pro-mortalismo es un concepto muy difícil de asimilar. Después de todo, millones de años de evolución han reforzado un objetivo: la supervivencia. Ya sea para sobrevivir como individuo o para esparcir nuestra genética por esta vasta tierra, éste es nuestro único objetivo en la vida. Y sin embargo, los pro-mortalistas proponen que la autoconciencia como consecuencia de la evolución fue un error. El hecho de que seamos conscientes de nuestra mortalidad es un defecto de nuestra ingeniería. Sufrimos; sufrimos cada día que vivimos, y la única forma de detener esto es la aniquilación total de la raza humana".

Drake imaginó al hombre de pelo oscuro y ojos brillantes y se preguntó qué haría si dispusiera de un arsenal de armas nucleares.

"Sí, bueno, eso está muy bien. ¿Ahora puedes decirme cómo encontrar a este tipo?"

"Lo estoy, Drake. Te estoy diciendo exactamente qué tipo de persona estás buscando. Es innegable que esta persona ha aceptado su propio sufrimiento, probablemente como resultado de una infancia atormentada. Tal vez vieron morir a sus seres queridos, los vieron sufrir, y tal vez incluso facilitaron sus muertes para eliminar su sufrimiento. Este hombre no mantendrá relaciones fuera de aquellos a los que predica su filosofía pro-mortalista. E incluso éstas serán totalmente superficiales. Será un solitario, fuera de los libros, por así decirlo. Puede que viva bajo un nombre falso, o puede que haya escapado de un centro no muy diferente a éste, debido a cosas que hizo en el pasado".

Drake se bebió toda esta información, intentando formular un perfil que Dunbar pudiera intentar igualar.

Buscamos a un solitario, una persona que puede haber cometido un crimen contra alguien a quien quería cuando era más joven. Alguien cuyos padres o hermanos sufrieron.

"Este hombre es increíblemente peligroso porque cree de verdad que lo que hace está bien. Piensa en los terroristas yihadistas. ¿Están locos? ¿Están locos?"

Drake se encogió de hombros.

"Bueno, no son normales, eso seguro".

"Pero lo son, Drake. Son completamente normales. No están locos, no son esquizofrénicos, y definitivamente no están locos. De hecho, lo que están haciendo está completa y totalmente justificado en sus mentes. Creen tanto en la fe que siguen, que esto se ha convertido en su realidad. No es una farsa, ni siquiera una mentira. Hacen lo que creen que es correcto, lo que se les ha inculcado desde muy pronto. Es por eso que este hombre, el hombre que buscas, debe haber crecido en un ambiente plagado de sufrimiento. Y él también, probablemente por accidente, fue adoctrinado por esto. Y ahora su objetivo es eliminar el sufrimiento".

"Entonces, ¿lo que estás diciendo es que estoy buscando a alguien que fue abusado? ¿Tal vez sexualmente? ¿Golpeado regularmente?" Drake preguntó.

El Dr. Kruk negó con la cabeza.

"No, no lo creo. En mi consulta, me he encontrado con muchos niños que ahora son adultos, que habían sufrido abusos cuando eran más pequeños. Y casi exclusivamente, surgen dos temas comunes. Uno, los individuos están increíblemente enfadados, furiosos con la persona que les hizo daño; o, dos, se sienten culpables, como si hubieran hecho algo para merecer el sufrimiento que padecieron. Pero esta persona que describes es diferente. No creo que su sufrimiento le haya sido infligido directamente. Sufrieron por poder. Esta persona tendrá una empatía extrema, casi paralizante, que le ha llevado a hacer lo impensable".

Drake levantó los brazos, frustrado.

"Te he dado información valiosa, Drake. Tengo fe en ti. Puedes encontrar a este tipo. De hecho, estoy bastante seguro de que ya lo conoces".

Drake miró con los ojos entrecerrados al doctor Kruk, pero antes de que pudiera desafiarlo, la puerta se abrió y Hanna se asomó.

"Drake, hora de irse. Tienes que irte".

Drake la miró entonces y vio a una persona completamente distinta de la que había visto cuando ella llegó a la comisaría aquel día, alegando haber sido violada. Esa persona había sido una *imago*, como

dijo el Dr. Kruk. Sólo que, en este caso, era su propia invención.

Sólo estaba actuando.

Esta era la verdadera ella.

"Tienes que irte", dijo rápidamente. "Hazlo rápido".

Drake se volvió hacia el Dr. Mark Kruk y, por un momento, estuvo a punto de darle las gracias. Pero entonces, al darse cuenta de dónde estaba, se volvió hacia la puerta. Mientras lo hacía, Hanna deslizó algo en el bolsillo de su abrigo.

"Si necesitas más ayuda, Drake, ya sabes dónde estaré. Y sabes cuáles son mis condiciones. La próxima vez, sin embargo, no puedes simplemente hablarme de ella. Tienes que traerme algo de ella".

Drake siguió a Hanna fuera de la habitación.

"No habrá una próxima vez", dijo por encima del hombro.

Mientras caminaba por el pasillo, oyó que el Dr. Mark Kruk se echaba a reír.

Capítulo 53

Beckett ni siquiera tuvo la oportunidad de sacar su cuchillo. El hombre que estaba a su lado, un tipo corpulento con una larga barba negra, le agarró del brazo, mientras que alguien detrás de él le pasó un antebrazo por el cuello. Jadeó y trató de zafarse, pero antes de que pudiera hacer nada, varias manos más lo agarraron y lo inmovilizaron.

"¿Qué coño estás haciendo?" Gritó.

El predicador se le acercó y le puso los brazos a la espalda.

Beckett se agitó, pero esto sólo hizo que más manos lo agarraran, hasta que pareció que todos en toda la habitación lo sujetaban.

"¡Suéltame! ¡Suéltame, joder!"

El predicador se limitó a sonreír.

"Beckett, qué amable de tu parte unirte a nosotros. ¿Tu amigo Drake llegará pronto, por casualidad?"

Beckett fulminó con la mirada al predicador.

"¿Cómo sabes quién soy? ¿Cómo sabes lo de Drake?"

Otro hombre empezó a bajar las escaleras, y bastó una mirada a su rostro para saber de quién se trataba.

Era el hombre del cigarrillo, al que Drake había ensangrentado la nariz.

"Te dije lo que haría si decías algo", siseó Beckett.

El predicador asintió con la cabeza, y el brazo que rodeaba la garganta de Beckett se tensó tanto que apenas podía respirar y mucho menos hablar.

"Oh, sé lo tuyo con Drake", dijo el predicador. Metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía. La desdobló y se la mostró a Beckett. "Sé lo de todos vosotros".

Si no hubiera sido porque lo estaban estrangulando, a Beckett se le habría subido el corazón a la garganta.

En la imagen, se veía a sí mismo apoyado en la barandilla del barco, mirando por encima de la borda. Cuando entrecerró los ojos, Beckett pudo ver a un hombre en el agua, con la mano tendida hacia la superficie.

Donnie DiMarco.

"¿De dónde has sacado eso?" Intentó decir, pero no le salió nada inteligible.

"Has estado ocupado", dijo el predicador. "Y estamos agradecidos. Pero ahora es nuestro turno".

Con otro movimiento de cabeza, el hombre del cigarrillo se acercó. Cuando se acercó, Beckett se dio cuenta de que llevaba algo en la

mano derecha.

Alicates... tiene un par de alicates oxidados, se dio cuenta Beckett horrorizada.

"No", soltó en un húmedo estallido. Consiguió liberar uno de sus brazos y arremetió contra él, y mientras golpeaba algo blando y oía un golpe orgánico, alguien le agarró la muñeca y tiró dolorosamente de ella hacia atrás antes de que pudiera hacerle más daño.

"Se suponía que Aaron Walsh iba a ser nuestro próximo esqueleto, pero me temo que eso no va a ser posible", dijo el predicador. "Y ahora nos falta uno. Uno que necesita ser reemplazado".

Una última inclinación de cabeza, y el hombre de la nariz ensangrentada y el sarpullido en la mejilla, cogió la mano de Beckett entre las suyas.

Hicieron falta tres de ellos para extender el dedo índice de Beckett, pero al tabaquero le bastó con apretar el dígito entre las pinzas.

PARTE IV - El fin del sufrimiento

Capítulo 54

Imbuido de estos nuevos conocimientos del Dr. Kruk, Drake cruzó la ciudad a toda velocidad en dirección a Triple D. Llamó a Beckett varias veces mientras conducía, y su ansiedad aumentaba cada vez que contestaba el contestador.

Drake esperaba que su amigo siguiera cabreado con él y que esa fuera la razón por la que no contestaba.

La alternativa era impensable. El predicador era mucho más peligroso de lo que había pensado.

El hombre no era sólo un asesino en serie; poseía una moral que le convencía de que sus atroces actos en realidad hacían el bien.

Que estaba ayudando a la gente.

Estaba a punto de marcar el número de Beckett una vez más cuando el teléfono empezó a sonar en su mano. Estuvo a *punto* de contestar, pero en el último segundo vio que era Jasmine.

Le estaba llamando por enésima vez.

"Joder", maldijo Drake, tirando el teléfono al asiento del copiloto.

En lugar de continuar con el esfuerzo infructuoso de intentar llegar a Beckett, empezó a formular un plan.

Y cuando entró en el aparcamiento de la Triple D, complacido al ver que el coche de Screech seguía allí, a Drake se le había ocurrido algo.

"Bien, ya estás aquí", dijo Drake al entrar.

Screech levantó la vista de su ordenador y se encogió de hombros.

"¿Dónde más podría estar?"

Drake ignoró el comentario.

"¿Todavía tienes la lista de todos los bienes inmuebles propiedad de ANGUIS Holdings?"

Screech indicó su ordenador.

"Tenga una copia digital aquí mismo".

"Bien", dijo Drake asintiendo. "Saca todas sus propiedades inmobiliarias en la ciudad de Nueva York. Quiero saber si el centro comunitario estaba en esa lista".

Cuando Screech volvió a centrar su atención en la pantalla, Drake tomó asiento a su lado.

"El centro comunitario estaba en la 41, ¿no?"

Drake asintió.

"Sí. ¿Está ahí? ¿Está ahí?"

Screech giró la pantalla hacia él y marcó una dirección.

"Está aquí".

"Vale, estoy pensando que la próxima reunión de la Iglesia de la Liberación es en una propiedad de ANGUIS. Muéstrame todas sus direcciones".

La cara de Screech se torció.

"No sé quién coño son estos tipos de ANGUIS, pero son dueños de más de cien edificios".

Drake maldijo. Pensó en el lugar donde habían encontrado el cuerpo de Simmons. Era una casa de piedra rojiza recién reformada, pero aún no la habían alquilado. No podía estar seguro, pero pensó que el centro comunitario podría haber sido renovado recientemente; no había nada en las paredes, ni carteles, ni placas, ni trofeos. No había nada.

"¿Puede cruzar estas ubicaciones con lugares que hayan solicitado recientemente un permiso de renovación -digamos, retrocediendo seis meses o un año-?".

Screech empezó a escribir furiosamente en su teclado. Unos segundos después, había marcado toda una sección de direcciones.

"Eso lo reduce a veintiuno; resta el brownstone y el centro comunitario, y nos quedamos con diecinueve".

Drake miró el reloj. Dunbar no había llamado con ninguna información sobre otro esqueleto, así que si seguían la línea temporal original en la que se encontró el cuerpo de Simmons, sólo les quedaban unas dos horas más o menos.

Por no mencionar el hecho de que Beckett llevaba fuera desde media tarde, y ahora se acercaban las siete de la tarde.

"Son demasiados", dijo Drake sacudiendo la cabeza. "¿Qué pasa con ... ¿qué pasa con los lugares que no se alquilan; no, tacha eso, los lugares que ni siquiera están en alquiler todavía. ¿Es posible? ¿Puedes buscarlos?"

Screech se llevó un bolígrafo a la boca y empezó a masticar el capuchón.

"Por supuesto, es posible. Cada propietario tiene que registrarse..."

"Sólo hazlo", ordenó Drake.

Los dedos de Screech volaron de nuevo sobre las teclas.

"Va a llevar un poco más de tiempo; piratear la web de Hogares y Renovación Comunitaria del Estado de Nueva York es como ir a IKEA y no comprar nada, o ir a Costco y no comerse un perrito caliente después".

Drake negó con la cabeza, sin tener ni idea de qué demonios estaba hablando Screech.

Mientras observaba y esperaba, su mente se volvió hacia Raúl y las exigencias del pícaro.

Le había dicho a Drake que abandonara el caso del Rey Esqueleto, a lo que él había hecho caso omiso con prontitud, pero lo otro...

Organiza una reunión con tu hermano.

Quizá Screech pudiera ayudarle al menos a satisfacer esa demanda.

"Muy bien, ya lo tengo. Tenemos cuatro, no, cinco localizaciones", le informó Screech.

Drake se quedó mirando la pantalla.

"Ahí", dijo Drake señalando una dirección. "Allí, eso es. Ese es el lugar".

Screech le miró con extrañeza.

"¿Dos-doce Main St? ¿Cómo puedes estar tan seguro?"

"El tipo... el de los cigarrillos fuera del centro comunitario tenía una bolsa, una bolsa de plástico de Kosher Mart. Y conozco ese lugar, está en la esquina de Main y Melbourne".

Drake se levantó y le dio una palmada en la espalda a Screech.

"Gracias, Screech".

Screech también empezó a levantarse, pero Drake le presionó los hombros para que permaneciera sentado.

"Voy contigo".

Drake negó con la cabeza.

"De ninguna manera. Necesito un oficial de policía en esto. Haré que Dunbar se reúna conmigo allí".

Screech frunció las cejas.

"¿Por qué? ¿Qué piensas hacer?"

Drake se mordió el interior del labio.

"Eso no importa, necesito que hagas algo por mí".

¿"*Eso no importa"*? ¿Qué demonios? Somos compañeros, Drake, no..."

"Por favor, Screech. Necesito que encuentres el teléfono de mi hermano. Y me llevaré una de esas cámaras diminutas, si aún tienes una".

Capítulo 55

Drake y el detective Dunbar llegaron al 212 de la calle Main casi al mismo tiempo. Drake se encontró con el hombre en el pasillo delantero con la pistola desenfundada. Dunbar estaba obviamente sorprendido por ello, pero cuando intentó interrogarle, Drake le puso un dedo delante de los labios y se calló.

Cuando se acercaron al edificio, Drake señaló a Dunbar y luego señaló la fachada de la casa. Repitió esta acción, sólo que señalándose primero a sí mismo y luego al lateral de la casa.

Por teléfono, Drake había sido deliberadamente obtuso, no quería que Dunbar hiciera demasiadas preguntas. No quería que nadie lo oyera. Pero ahora, al ver la confusión en la cara del detective, deseaba haberle dado al menos un poco más de detalles.

"Este es el lugar", dijo entre dientes apretados. "El Rey Esqueleto está dentro".

Dunbar abrió mucho los ojos y Drake asintió.

Luego volvió a señalar.

Mientras Dunbar se daba la vuelta y se dirigía hacia la parte delantera de la casa, Drake rodeó el lateral. El crepúsculo se iba convirtiendo poco a poco en noche, y mientras Drake caminaba por el lateral del edificio, apoyó la espalda contra la pared de ladrillo para anclarse.

No había nadie detrás de la casa y la luz de encima de la puerta estaba apagada. Un rápido vistazo por una de las ventanas reveló que el interior también estaba a oscuras.

¿Es este el lugar equivocado? ¿Te has equivocado? ¿Y si la bolsa de Kosher Mart fue sólo una coincidencia? ¿Y si ANGUIS-

Drake frenó sus pensamientos desbocados cuando se dio cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Apoyó la palma en ella y la empujó suavemente para abrirla.

Y entonces Drake entró en la residencia, maldiciéndose inmediatamente por no haber traído una linterna. Sacó su móvil y roció la débil luz por la habitación.

Estaba casi vacío y olía a cuerpos sin lavar, pero no había nada fuera de lo normal.

Había una docena de sillas apoyadas contra la pared del fondo y, mientras se dirigía hacia ellas, oyó pasos en una escalera a su derecha.

Las luces se encendieron de repente y Drake apuntó el arma hacia las escaleras.

Respiró aliviado cuando vio que sólo era Dunbar.

"No hay nadie aquí", dijo Dunbar, enfundando su arma. "No hay nadie aquí, Drake. ¿Seguro que tienes la...?"

La cara de Dunbar se puso completamente blanca y se quedó

inmóvil.

"¿Qué? ¿Qué es?" exigió Drake, con la mano y la palma repentinamente sudorosas sobre la culata de la pistola.

Con mano temblorosa, Dunbar señaló al otro lado de la habitación.

Drake siguió su dedo y jadeó.

Detrás de un púlpito de madera había un esqueleto blanqueado. Sus brazos y piernas estaban extendidos como si estuviera haciendo un ángel de nieve embrujado.

Drake corrió hacia el esqueleto, gritándole a Dunbar que pidiera refuerzos para que viniera alguien mientras corría.

Se puso de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas.

"No", gimió, dándose cuenta de que había dos huesos de los dedos pegados al cráneo. "¡Es Beckett! Tienen a Beckett, joder".

Dunbar estaba a su lado, ladrando órdenes en su radio.

"No puedo creerlo", sollozó Drake. "Se han cargado a Beckett... esos hijos de puta..."

Las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas y alargó la mano para tocar el brazo del esqueleto.

Dunbar dijo algo, pero Drake no lo captó.

"Beckett, yo... yo..."

"No es Beckett", repitió Dunbar. "No puede ser Beckett".

Una mano bajó por su hombro y Drake se dio la vuelta.

"Mira", dijo Dunbar, señalando algo en la alfombra junto a la calavera.

Drake se secó las lágrimas de los ojos y se inclinó hacia él.

Era la punta de un dedo, pero a diferencia de los dos que estaban bien pegados al cráneo, éste se lo habían quitado hacía poco. La uña era corta, pulcramente recortada, mientras que el otro extremo aún estaba húmedo de sangre.

El alivio invadió a Drake.

Dunbar tenía razón. No podía ser Beckett, el propio hombre dijo que tardaría al menos de seis a ocho horas en sacar toda la carne.

Esto era... esto era otra persona.

El pecho de Drake se estremeció y entonces rompió a llorar de nuevo, pero esta vez eran lágrimas de alegría.

Dunbar le puso una mano reconfortante en el hombro y Drake consiguió recomponerse lentamente.

"No es él, no puede ser él", dijo Drake, como tranquilizándose a sí mismo. Pero mientras hablaba, sus ojos se posaron en el dedo recién retirado.

El esqueleto no podía ser de Beckett, pero el dedo sí.

Capítulo 56

"Deberías salir de aquí, Drake", dijo Dunbar. "Si el DI Palmer te encuentra aquí, te meterá en la cárcel".

Drake siguió mirando el dedo. No había forma de saber si era de Beckett, pero si el predicador descubría que era un forastero, que trabajaba con la policía...

Drake sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de Beckett.

Después de una llamada, saltó el buzón de voz.

"Joder".

Sus ojos recorrieron la sala en busca de una pista, un indicio de hacia dónde podría dirigirse la Iglesia de la Liberación.

Donde podrían llevar a Beckett.

¿"Drake"? ¿Me escuchaste? Dije que deberías salir de aquí".

Drake ignoró al hombre y siguió buscando por la habitación.

A diferencia del apartamento de la calle 41, en este edificio no había muebles, aparte de las sillas contra la pared. Al menos no en este piso.

Clavó los ojos en las escaleras y se dirigió hacia ellas.

"Drake, hablo en serio; sal de aquí. Te llamaré si CSU encuentra algo. "

Mientras Drake se dirigía hacia las escaleras, se dio cuenta de que Dunbar venía tras él.

Drake se dio la vuelta y apuntó con el dedo directamente al pecho de Dunbar.

"¡Tienen a Beckett! ¿Me has oído? ¡Tienen a Beckett!"

Dunbar retrocedió.

"Lo sé, sé que lo hacen. Pero si te detienen... si Palmer te arresta, entonces ¿quién va a salvar su culo? Palmer va a tratar de encubrir esto, fingir que nunca sucedió. Esta mañana salieron en la TV nacional diciendo que atraparon al asesino, un asesino de *policías*. ¿Y ahora esto? ¿Un nuevo cuerpo y el secuestro de un médico forense? Va a perder la cabeza. Apuesto a que incluso intenta culparte a ti, Drake".

Drake se quedó de piedra. Desde que conocía a Dunbar, el hombre había sido tranquilo, frío y sereno. Pero ahora era... diferente.

Los hombros de Drake se desplomaron.

Dunbar tenía razón.

"Vamos", le animó, metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó un papel doblado. "Y toma esto".

"¿Qué pasa?" Drake dijo, recogiendo sirenas en la distancia.

"Es el boceto que me pediste que hiciera. Normalmente, tienen al testigo ocular presente cuando lo dibujan... esto es lo mejor que pudieron hacer de segunda mano. Tómalo. Espero que te ayude".

Drake cogió el papel y se lo metió en el bolsillo.

"Hay una cosa más. Necesito una lista de nombres... una lista de gente que estuvo en el sistema cuando eran más jóvenes".

Dunbar asintió y Drake hizo lo que pudo parafraseando lo que el doctor Kruk le había dicho sobre su perfil.

Los labios de Dunbar siguieron moviéndose durante varios segundos después de que Drake terminara. Y entonces, dijo: "Entendido. ¡Ahora vete! *¡Vamos!"*

Drake se apresuró a volver por donde había venido, pero antes de salir por la puerta, metió una mano en el bolsillo y agarró la pequeña cámara que Screech le había dado.

Sin pensarlo, levantó la mano y la clavó en el marco de la puerta, apuntando hacia la habitación.

Capítulo 57

Drake estaba bastante seguro de que estaba perdiendo la cabeza.

Había metido a Beckett en esta mierda, y ahora a Beckett le faltaba un dedo.

Y sólo era cuestión de tiempo que su amigo quedara reducido a un esqueleto.

Era probable que Dunbar fuera a perder su trabajo al no poder explicar por qué estaba en el 212 de Main St en primer lugar.

Jasmine estaba muy preocupada por él. Probablemente pensó que se había emborrachado hasta morir en un callejón.

Había hecho que mataran a Clay.

Screech... Screech también estaba involucrado en esto de alguna manera.

Y luego estaba Raúl. Ese capullo de Raúl quería que subiera a bordo a su hermano, un hombre con el que hacía años que no hablaba.

Todo lo que Drake tocaba, todas las personas con las que entraba en contacto, se convertían en mierda. Intentaba hacer el bien, hacer lo correcto, pero todo parecía salir *mal*.

Drake entró en el aparcamiento, secándose las lágrimas de los ojos. Antes de hoy, podía contar con una mano el número de veces que había llorado. Había eclipsado ese número sólo en las últimas horas.

Screech seguía en el despacho, todavía acurrucado detrás de su ordenador. Era como un déjà vu, pero cuando el hombre levantó la vista, no dijo nada. Lo vio en la cara de Drake.

"Mierda. ¿Beckett? ¿Es Beckett?"

"No sé dónde está. Creo que lo tienen. Le cortaron el puto dedo y se lo llevaron".

Screech parecía a punto de desmayarse.

Drake se metió la mano en el bolsillo y sacó el dibujo que le había dado Dunbar. Lo abrió y se quedó mirándolo, sin saber qué esperar.

Se sorprendió: se parecía increíblemente al hombre que había visto, al predicador.

Drake se lo entregó a Screech, que lo miró rápidamente.

"Drake", dijo con un suspiro. "Puedo hacer un montón de cosas, puedo hackear un montón de mierda. Pero no sé qué quieres que haga con esto. No hay... no hay programas de reconocimiento facial para algo como esto. Eso es sólo ciencia ficción".

Drake sintió que le temblaba el labio inferior.

La verdad era que no estaba seguro de lo que iba a hacer con el boceto una vez que lo tuviera. Su única esperanza era que Screech supiera qué hacer.

Pero parecía que incluso los conocimientos informáticos de Screech

tenían sus límites.

Screech le ofreció el boceto, pero Drake negó con la cabeza.

"Quédatelo".

Screech lo puso sobre su escritorio.

"¿Qué puedo hacer? ¿Cómo le encontramos?"

Drake pensó en la lista de lugares que ANGUIS Holdings poseía, los cien locales.

Lo único que se le ocurría hacer era ir a todos y cada uno de ellos con la esperanza de tener suerte. De encontrar a Beckett mientras aún estuviera vivo.

Drake cerró los ojos e imaginó un esqueleto en su mente, uno con tatuajes en los huesos que coincidían con los de la piel de Beckett.

Con los ojos aún cerrados, dijo: "Nada, Screech. No podemos hacer nada".

De repente, el teléfono de Drake zumbó en su bolsillo y sus ojos se abrieron de golpe. Esperando que fuera Beckett, lo sacó y se le encogió el corazón. Ni siquiera era una llamada, era un mensaje.

Con un dedo tembloroso, Drake abrió el mensaje.

Y entonces todo su mundo se derrumbó.

Capítulo 58

La furgoneta de carga cayó en un bache y Beckett sintió un fuerte dolor en el brazo. Sus captores le habían envuelto el dedo en papel de cocina para contener la hemorragia, pero no le habían dado nada para el dolor.

"¿Adónde me llevan?", gritó en el saco de arpillera que le habían echado por la cabeza. "¿Adónde me llevan?"

Beckett forcejeó, aun sabiendo que era inútil; había hombres a ambos lados de él, mujeres también, que lo sujetaban al suelo de la furgoneta. En algún momento, también le habían atado las manos por delante.

Al final, se agotó de tanto luchar y decidió que lo mejor sería conservar sus fuerzas. Y en cuanto dejó de moverse, el dolor de su dedo disminuyó hasta el punto de que casi podía bloquearlo.

Deseó que Drake no se le hubiera escapado, que hubieran ido juntos a la reunión. Esto nunca habría sucedido si Drake estaba allí.

Pero también sabía que si Drake volvía a ver al hombre que había matado a Clay, si cruzaba la mirada con el predicador, se habría vuelto loco. Su amigo habría matado al hombre y eso era algo que Beckett no podía permitir.

No importa lo justificado que esté, matar a alguien te cambió de forma permanente, intratable.

Beckett escuchó al predicador mientras permanecía inmóvil.

"Ha llegado la hora, sufridores. Ha llegado el momento de acabar con todo nuestro sufrimiento".

La respuesta de los que sujetaban a Beckett fue silenciosa, pero no sabía si se debía a que se estaban poniendo nerviosos o a su naturaleza. Si su comportamiento en la casa de piedra rojiza servía de indicio, aquella gente no parecía excitarse fácilmente.

"Las cosas se han acelerado considerablemente... ya no podemos permitirnos generar Reyes Esqueletos", continuó el predicador.

Beckett creyó oír a alguien refunfuñar algo en voz baja, y se quedó con esto.

"¡Has asesinado a gente! Las has matado a sangre fría. ¡No puedes justificar eso!" Beckett gritó. "¡Nada puede justificar eso!"

Y, sin embargo, sus palabras sonaron huecas incluso para sí mismo. Beckett no pudo evitar ver las similitudes entre él y esa gente.

Pero no estaba preparado para morir. Aún no, no en la parte trasera de una furgoneta de olor agrio con media docena de personas que no conocía.

El predicador le sorprendió respondiendo.

"Todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho para eliminar el sufrimiento humano. Somos justos en lo que hacemos".

La furgoneta chocó contra otro bache y Beckett gritó de dolor.

"Esta es nuestra posición final", entonó el predicador. "El tiempo de los Reyes Esqueletos ha terminado".

Capítulo 59

Drake se quedó mirando la imagen de Jasmine en su teléfono, la que Raúl le había enviado.

El hombre había llegado a la conclusión acertada de que ni siquiera las imágenes de Beckett y él mismo bastaban para conseguir que Drake cumpliera sus órdenes.

Así que había subido la apuesta.

En la imagen, una versión más joven de Jasmine sonreía a la cámara. En sus manos había una bolsa de plástico transparente con la insignia de la serpiente comiéndose el globo ocular.

Un ladrillo de heroína.

El corazón de Drake latía con tanta fuerza que su cuerpo se balanceaba de un lado a otro.

No se lo podía creer. No podía creer que Clay hubiera involucrado a Jasmine en esto, que la hubiera metido en el juego al que estaba jugando con Ken Smith y ANGUIS Holdings.

Drake tenía claro lo que había ocurrido, aunque la conclusión le revolvía el estómago.

Clay había fichado a Alice Munroe por un delito menor de posesión y se había llevado la heroína. De algún modo, Ken Smith, Raúl o algún otro miembro de ANGUIS se había dado cuenta y había obligado a Clay a pagar a la Iglesia de la Liberación.

Por qué, y con qué fin, Drake aún intentaba averiguarlo. Tampoco entendía por qué la insignia de ANGUIS era la misma que estaba inscrita en un ladrillo de heroína. Ni por qué era también un tatuaje en el antebrazo de Raúl.

¿"Drake"? ¿Estás bien? ¿Es Beckett?"

Drake negó con la cabeza y bajó el teléfono.

"No", graznó. "Otra cosa. ¿Conseguiste el número de teléfono que te pedí?"

Screech le entregó un trozo de papel.

"No fue fácil. Tu hermano no parece un hombre que quiera ser encontrado. Ni siquiera sabía que tenías un hermano, ¿erais íntimos?".

Drake negó con la cabeza. En una época, tal vez, pero de eso hacía mucho tiempo.

Eso era antes.

Miró el número y se sorprendió de que fuera local. Lo último que había oído, aunque de eso hacía ya bastantes años, era que Dane vivía en algún lugar de Sudamérica.

Tú ganas, Raúl, pensó. *Tú ganas, joder.*

Estaba a medio marcar el número cuando se detuvo y miró a Screech.

"Deberías irte", dijo.

Screech sacudió violentamente la cabeza.

"De ninguna manera. Esta vez no te voy a dejar, Drake. Esta vez me quedo contigo. Estoy contigo hasta el final".

Los ojos de Drake se ablandaron al mirar a su compañero y amigo. A pesar de haberle llevado las fotos de Beckett a Ken -él era el único que podía hacerlo-, Drake sabía que Screech era un buen hombre. Y que realmente quería ayudar.

Pero Drake no podía permitirlo. Todos los que intentaron ayudar a Drake -Chase, Beckett, Dunbar, Yasiv, Clay, Jasmine, Suzan, *todos- sólo acabaron* heridos.

"No, quiero que te vayas."

De nuevo, Screech negó con la cabeza.

"Me quedo, Drake. Yo..."

Drake alargó la mano y agarró al hombre por el cuello.

"¡Lárgate de aquí!" Gritó. "¿No puedes captar una indirecta? No te quiero aquí!"

A Screech le sorprendió su arrebato, pero siguió negando con la cabeza.

"Puedes insultarme y gritarme todo lo que quieras, Drake. Pero yo no..."

Drake empujó al hombre hacia atrás y éste aterrizó torpemente medio encima y medio fuera de su escritorio.

"Eres un maldito mentiroso, Screech. Eres un maldito mentiroso y una maldita serpiente. Vi lo que hiciste. Tomaste esas fotos de Beckett para chantajearlo. *Sé* que lo hiciste. Y sé que trabajas para él, para Ken Smith. *Lo sé,* joder. Lo supe cuando fuimos a almorzar y miraste el periódico y reconociste a Rhodes en la foto con Ken. Y desde ese día, has estado trabajando para el alcalde, alimentándolo con mentiras sobre mí, sobre los que amo".

Screech bajó la mirada y Drake vio que sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas.

"Lo siento, Drake. Pero no lo entiendes, intenté decírtelo, intenté..."

Drake dio un paso agresivo hacia delante y Screech levantó el codo para protegerse.

"¡No me importa!" Drake gritó a todo pulmón. "¡No me importa una mierda! ¡Fuera de aquí! *¡Fuera!*"

Su último grito, tan fuerte que Drake temió haberse roto las cuerdas vocales, hizo que Screech corriera hacia la puerta.

Por fin solo, Drake terminó de marcar el número de su hermano. Sonó una sola vez y luego emitió un pitido.

Drake dejó un mensaje y luego cogió la botella de Johnny del bar y empezó a darle tragos.

Capítulo 60

A Beckett le resultaba difícil saber cuánto tiempo había pasado dentro de la furgoneta: ¿media hora? Hora y media, pero sabía que había perdido el conocimiento varias veces.

La única razón por la que se despertó esta vez, fue porque la furgoneta finalmente se había detenido.

Tras una breve pausa, oyó que se abría la puerta trasera y que lo ponían en pie.

De nuevo intentó liberarse, pero le habían apretado las ataduras a la espalda hasta el punto de resultarle doloroso. Además, apenas podía distinguir sombras a través de la arpillera que le cubría la cabeza. El propio saco empezaba a estar caliente y sudoroso, y en lugar de forcejear, empezó a pedir que se lo quitaran.

Cuando nadie respondió, Beckett protestó negándose a caminar.

No importaba.

Unos brazos fuertes lo agarraron por la cintura y lo arrastraron por lo que parecía un camino de tierra. Viajaron así durante dos o tres minutos antes de detenerse.

"Este es el lugar... este es el lugar donde termina nuestro sufrimiento", exclamó el predicador.

De repente le arrancaron la capucha y, tras parpadear varias veces para aclarar su visión, Beckett se encontró frente a un granero abandonado.

El predicador estaba de pie delante del granero, y detrás de él, en el interior del granero, Beckett observó varios tanques grandes que le recordaban a viejas bañeras de cerámica. Giró rápidamente la cabeza y observó que había ocho o diez personas a su lado por si intentaba huir.

También había un olor extraño en el aire, que tardó en identificar.

Era peróxido de hidrógeno.

Aquí es donde limpia los cadáveres y blanquea los esqueletos, pensó Beckett.

Tratando de planear una huida, siguió mirando a su alrededor mientras el predicador zumbaba. Junto al granero había una granja de dos pisos cubierta de listones de madera podrida. Aparte de eso, sólo había hierba y árboles.

"¿Dónde coño estamos?" Beckett murmuró en voz baja.

El predicador sonrió.

"Estamos en el fin del mundo, amigo mío. Estamos en el fin del sufrimiento".

Capítulo 61

Un zumbido atravesó el cerebro de Drake, despertándole de otra horrible pesadilla en la que estaba implicada la versión esquelética de Clay.

Estaba aturdido y, cuando abrió los ojos, todo estaba borroso.

Finalmente, consiguió concentrarse en la botella de Johnny casi vacía que había sobre el escritorio. No hacía más de una hora que estaba casi llena.

Drake tuvo arcadas y se le revolvió el estómago. Escupió un fajo de flemas al suelo y se volvió hacia el móvil.

Un mensaje de texto de Dunbar fue lo que le había despertado.

Palmer está tratando de esconder esto bajo la alfombra, tal como pensábamos. Le hablé de Beckett, pero insiste en analizar el ADN del dedo primero. Además, revisa tu email, te envié una lista de nombres potenciales, como pediste.

La mención de Beckett hizo que Drake volviera a tener arcadas. Estiró la mano y bebió un pequeño sorbo de whisky, haciendo una mueca.

Y entonces su mente pareció aclararse.

El ordenador de Screech seguía abierto delante de él y se conectó rápidamente a su correo electrónico. Esperaba que un nombre de la lista de Dunbar desencadenara algo, que le diera alguna pista sobre quién podría ser el predicador y adónde podrían haber llevado a Beckett.

Drake estaba muy equivocado.

"Joder", refunfuñó cogiendo de nuevo la botella de Johnny. Mientras miraba los cientos de nombres que llenaban la lista, tragó un poco más de alcohol. Sabía agrio y amenazaba con hacerle vomitar, pero tragó de todos modos.

Había demasiados nombres en la lista; tantos niños habían pasado por el tipo de sufrimiento que el Dr. Kruk había descrito, que sería imposible encontrar algo útil en el poco tiempo de que disponía.

"Mierda".

Drake bebió un último sorbo de whisky, se echó hacia atrás y lo arrojó al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, haciendo llover pequeños trozos de cristal mojado.

Justo cuando estaba a punto de coger el ordenador de Screech y lanzarlo también, se le ocurrió algo. Algo sobre ANGUIS Holdings.

Drake sacó la lista de nombres de Dunbar en un lado de la pantalla, y luego sacó la lista de bienes inmuebles de ANGUIS en el otro.

Drake tardó casi un minuto en recordar cómo utilizar la función de búsqueda.

Y luego se puso a la tarea de comparar las últimas direcciones

conocidas de los nombres con las direcciones de los inmuebles.

Tras buscar en una docena de direcciones, tuvo suerte.

Consiguió una cerilla.

"De ninguna puta manera".

Capítulo 62

"Ha llegado el momento de poner fin a nuestro sufrimiento", exclamó el predicador mientras conducía a sus feligreses al interior de la granja.

El interior estaba en un lamentable estado de deterioro y olía casi tan mal como parecía.

Beckett no quería entrar en aquella casa, no quería acercarse a ella, pero no tenía elección. Le arrastraban como a un muñeco de trapo. Si se resistía, si pisaba a fondo, el imbécil que tenía a su izquierda le sacudiría la venda del dedo amputado.

El predicador los condujo a una mesa de cocina adyacente a lo que antaño había sido una habitación familiar, aunque Beckett no podía imaginarse qué clase de familia podría vivir en un lugar así.

Y sobre esta mesa, Beckett vio una docena o más de vasos rojos de plástico.

De repente quedó claro lo que el predicador tenía pensado para él y los demás feligreses.

"No, no puedes hacer esto", gimió Beckett.

El predicador le ignoró.

"Aaron Walsh terminó su sufrimiento, y él era un Rey. Era un Rey del sufrimiento. El hombre había sido agredido sexualmente desde que tenía siete años. Las cosas sólo empeoraron a partir de ahí. Enganchado a la heroína desde los trece años, robaba, atracaba, hacía lo que fuera para colocarse. Y un día robó en una casa y decidió prenderle fuego. Aaron Walsh sufrió terriblemente. Al final, sin embargo, optó por tomar el camino noble, para poner fin a su sufrimiento y reducir el sufrimiento general en este mundo. Ahora te toca a ti hacer lo mismo".

Al principio, nadie pareció moverse, y Beckett sintió que se le formaba una sonrisa en los labios.

No lo harán. Verán a través de su disfraz y se negarán a hacerlo.

Pero el corazón se le encogió cuando una mujer con el pelo alborotado y la piel suelta alrededor de los ojos se adelantó y cogió la primera taza.

"¡No lo hagas!", gritó. "¡Es veneno! ¡Maldita sea, es veneno!"

La mujer le miró fijamente mientras se llevaba la taza a los labios.

Beckett forcejeó locamente y estuvo a punto de soltarse antes de que alguien no sólo le moviera el dedo, sino que se lo apretara, *con fuerza.*

Beckett cayó de rodillas en agonía justo cuando la mujer terminó lo que había en la taza y la aplastó.

Con la cabeza baja, dijo: "Eres un monstruo. ¿Te crees que eres el puto Jim Jones? ¿Es eso lo que crees que eres?"

El predicador se echó a reír y entregó una taza al hombre que había estado sentado junto a Beckett en Main St.

"Jim Jones culpaba al sistema, a la sociedad, al diablo. Culpaba a todo el mundo. Pero yo no culpo a nadie en absoluto. Ahora, mi gente, beban".

Capítulo 63

Los ojos de Drake se desviaron hacia el boceto que Dunbar le había proporcionado y luego volvieron al nombre que aparecía en la pantalla y que coincidía con una dirección de ANGUIS.

Ray Reynolds.

Drake parpadeó, pero el nombre seguía resaltado: no era un espejismo alimentado por el alcohol.

Era real.

"¿Cómo demonios?"

Y entonces cobró sentido la razón por la que el rostro del predicador le había parecido tan familiar en el sótano del centro comunitario.

Era Ray Reynolds, el amigo de la infancia de su hermano.

Drake pensó en el día en que él y su padre habían corrido a la granja para recoger a Dane. Entonces tenía doce años y no entendía lo que estaba pasando. Pero sí entendió lo que vio en la cara de su hermano.

Miedo. Miedo puro y duro.

Después de aquel día, tras recogerlo en la granja de Ray, Dane había cambiado. Atrás habían quedado los días de burlas, de juegos bruscos, de su hermano mayor robándole la paga.

Nada volvió a ser igual entre ellos.

Y poco después, Dane se había ido de casa.

Drake tragó saliva mientras miraba la dirección junto al nombre de Ray Reynolds.

Era la granja.

Asegurándose de que su pistola seguía en la funda, Drake cogió su teléfono y corrió hacia la puerta.

Capítulo 64

Beckett observó horrorizada cómo cada uno de los miembros de la Iglesia de la Liberación bebía el misterioso líquido de las tazas rojas.

"Eres un ser humano depravado", siseó Beckett. "Te aprovechas de esta pobre gente deprimida. Los débiles, criminales, convictos. Gente enferma. Y voy a disfrutar matándote".

Incluso con las lágrimas cayendo por sus mejillas, Beckett pudo ver que el predicador sonreía.

"Todavía no lo entiendes, ¿verdad? La muerte es una liberación, Beckett. La muerte es el fin de todo sufrimiento".

Beckett forcejeó contra sus ataduras, pero los dos hombres que lo sujetaban le agarraron los brazos con fuerza. Se habían turnado para beber de sus copas, de modo que siempre había al menos dos de ellos sujetando a Beckett en todo momento.

"Sujétalo fuerte", ordenó el predicador mientras se acercaba con una taza en la mano.

Los ojos de Beckett recorrieron la sala. A pesar de que todos habían terminado sus bebidas, enormes tragos de líquido transparente, no parecían afectados por ello.

Jim Jones había utilizado infamemente cianuro para matar, pero Beckett no estaba segura de dónde habría adquirido el predicador la sustancia en los tiempos que corrían.

Además, si hubiera sido cianuro, ya estarían cayendo como moscas.

"No me lo beberé", gritó Beckett. Cuando el predicador se acercó, escupió al hombre.

La mucosidad cayó sobre la camiseta blanca del hombre, pero a él no pareció importarle. Ni siquiera se le borró la sonrisa de la cara.

"Sujétalo fuerte", repitió el hombre. Beckett estaba completamente inmovilizado antes de que algo le golpeara en el muslo izquierdo y cayera de rodillas.

Movió la cabeza violentamente de un lado a otro mientras el predicador le acercaba la copa a la cara, pero entonces alguien le agarró la nuca y se la mantuvo firme.

Entonces el predicador se llevó la copa a los labios. Vertió el líquido lentamente en la boca de Beckett, pero cuando el líquido de sabor agrio tocó su lengua, Beckett se limitó a escupirlo de nuevo.

"Sólo estás aumentando el sufrimiento, Beckett. Haz que esto sea fácil para todos".

Beckett miró al hombre con ojos brillantes.

"Vete a la mierda", dijo.

El predicador siguió sonriendo mientras volvía al mostrador a por otra taza.

Podría hacer esto todo el día. Seguiré escupiéndolo hasta que se le

acabe la mierda que sea esto.

La mujer, la primera en beber, se tambaleó a la izquierda de Beckett, y finalmente cayó de rodillas.

Parecía somnolienta, como si el líquido hubiera sido contaminado con un somnífero. Lo que tendría sentido, dado que el predicador trastornado no querría que sus discípulos sufrieran al final.

El hombre volvió y esta vez, cuando asintió con la cabeza, algo, probablemente una rodilla, se clavó en su espalda y se mantuvo allí, forzándole a mantenerse erguido.

Esta vez, cuando el predicador se llevó la copa a los labios, le tiraron de la cabeza hacia atrás para que su nuez de Adán apuntara al techo. Luego, otra persona le apretó la nariz con dedos sucios y, antes de que Beckett se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, volvieron a verterle en la boca el líquido cáustico con sabor a alcohol. Antes de que pudiera escupir, otros dedos le cerraron los labios dolorosamente.

Beckett intentó forcejear y agitarse, pero había demasiada gente sujetándole.

Aguantó todo lo que pudo, pero al final su médula anuló su libre albedrío.

Desesperada por respirar, Beckett no tuvo más remedio que tragar el líquido.

Capítulo 65

Screech estaba a mitad de camino cuando tiró del volante hacia la derecha y dio media vuelta.

De ninguna manera, pensó. *Esto es lo que Drake quiere. Y no se lo permitiré.*

No importa lo que diga, no le dejaré hacer esto solo.

Screech tardó media hora en volver a Triple D, pero su corazón se hundió cuando no vio el Crown Vic de Drake en el aparcamiento.

Buscó su teléfono en el bolsillo con la intención de llamar al hombre, pero se dio cuenta de que ya no lo tenía. El cabrón de Ken Smith se lo había llevado.

Screech maldijo mientras aparcaba, y siguió maldiciendo mientras corría dentro de Triple D.

El olor a alcohol le llegó de inmediato y, cuando encendió las luces, vio la botella rota en el suelo, junto a la pared del fondo.

Un repentino ataque de ansiedad golpeó entonces a Screech, una sensación casi paralizante de que Drake se había adelantado y había hecho algo estúpido. Algo *realmente* estúpido.

Sabía que el hombre estaba deprimido y sufría estrés postraumático después de lo que le había pasado a Clay, pero nunca pensó que Drake llegaría tan lejos.

Screech se apresuró a rodear el escritorio y marcó el número de Drake con el teléfono fijo.

No hubo respuesta.

Sus ojos se desviaron hacia la pantalla del ordenador, donde vio un nombre y una dirección resaltados.

"Ahí es donde estarás", dijo Screech, tratando de convencerse. "Eso es..."

"¿Ahí es donde estará quién?", preguntó una voz desde la puerta. "¿Drake? ¿Es ahí donde estará Drake?"

Capítulo 66

Las manos soltaron por fin a Beckett y éste cayó al suelo, con arcadas. Intentó provocarse el vómito, pero con las manos atadas a la espalda, sólo consiguió escupir lo que le quedaba en la boca, en la lengua.

Varios feligreses más habían empezado a desmayarse, y uno cayó de rodillas al igual que la primera mujer, que ahora estaba sentada con la espalda apoyada contra la pared, con los ojos a media asta.

"No luches, Beckett. Ríndete. Acaba con el sufrimiento", dijo el predicador con su voz calmada.

"Vete a la mierda", gritó Beckett.

Se dirigió hacia la cocina y se sorprendió de que esta vez nadie intentara detenerle. Al cabo de un momento, se dio cuenta de por qué. Se sintió mareado y, antes de llegar a la encimera, tropezó y cayó. En el proceso, su hombro chocó contra la mesa y lanzó por los aires un juego de cubiertos.

El primer pensamiento de Beckett fue intentar coger el cuchillo, pero sólo eran cuchillos de mesa y, aunque no tuviera las manos atadas por detrás, dudaba que pudieran atravesar la gruesa cuerda.

En su lugar, se decidió por la cuchara.

"Suéltame, Beckett. Suéltame y acaba con el sufrimiento".

Beckett se arrastró hacia ella como un gusano, sintiendo que la somnolencia aumentaba con cada movimiento, con cada contracción muscular.

Justo cuando pensaba que ya no podría moverse más, inclinó la barbilla para poder alcanzar la cuchara con la boca.

Fue un trabajo difícil, pero al final consiguió llevarse el extremo a la boca.

Y luego lo chupó. Con *fuerza*. Tuvo una arcada y la cuchara salió disparada unos centímetros de su boca.

Moviendo de nuevo la barbilla por el suelo de madera, agarró la cuchara entre los dientes y esta vez no dudó; la chupó tan fuerte como pudo.

La cuchara golpeó su reflejo nauseoso en la parte posterior de la garganta y entonces Beckett sintió que un fluido le llenaba la boca.

Un fino chorro de vómito brotó de sus labios, pero no fue suficiente.

Era sólo la mitad de lo que había ingerido. Beckett intentó tragar la cuchara de nuevo, pero ahora estaba demasiado resbaladiza y seguía deslizándose por su lengua.

No es suficiente, pensó. *No es suficiente.*

Con el predicador riendo de fondo, Beckett sintió que se le caían los ojos y entonces le invadió la oscuridad.

Capítulo 67

"¿Drake?"

Incluso cuando Screech dijo la palabra, supo que no era Drake. El hombre de la entrada de la Triple D se parecía a Drake, sólo que era mayor, con pelo blanco en las sienes y profundos surcos bajo los ojos.

"Hace tiempo que nadie me llama así. Me llaman Dane".

El hombre se adelantó y Screech supo enseguida que era el hermano de Drake.

"¿Dónde está Damien?", preguntó. Su voz era ronca y áspera.

Los ojos de Screech se desviaron hacia la pantalla del ordenador y luego hacia el retrato del predicador, del hombre al que ahora conocía como Ray Reynolds.

No había tiempo para explicaciones.

"Tengo que irme", se apresuró a decir. Pero cuando se dirigía hacia la puerta, Dane se interpuso en su camino y le levantó una mano.

"No sé quién eres, pero será mejor que empieces a hablar. No he hablado con mi hermano en años, ¿y luego me llama? ¿Quiere que organice una reunión con Ken Smith? Será mejor que empieces a decirme qué demonios está pasando aquí".

Screech entrecerró los ojos. Cuando Drake le había pedido por primera vez el número de su hermano, no tenía ni idea de por qué. Pero ahora, cuando Dane hablaba de Ken Smith, las cosas iban encajando poco a poco.

Por eso Ken Smith quería las imágenes incriminatorias de Beckett. No para chantajear a Beckett, sino para chantajear a Drake.

"Soy el compañero de Drake. Pero ahora me tengo que ir, el tiempo es..."

Una vez más, Screech hizo un movimiento hacia la puerta, pero Dane se lo impidió.

"¿Qué estás mirando ahí? ¿Qué hay en el ordenador?"

Screech intentó idear un plan para esquivar al hombre, pero tenía la altura y el peso de Drake: aproximadamente 1,90 metros y unos 90 kilos. Screech era sólo una fracción de eso.

"No hay tiempo para explicaciones; puedes venir conmigo si quieres, pero...".

Dane le ignoró y dio un paso adelante, mirando primero la pantalla del ordenador y luego el boceto de Dunbar.

"Estás muy nervioso, ¿verdad?" La cara del hombre se desencajó de repente. "¿Qué coño?"

Entonces, en un movimiento tan rápido que Screech ni siquiera reaccionó, el hombre sacó la mano y agarró a Screech por el cuello.

"¿Qué coño?" Repitió. Dane cogió el trozo de papel con el boceto de Ray Reynolds. Lo sostuvo a escasos centímetros de la cara de Screech.

"¿Es una broma de mal gusto? ¿Eres tú quien me ha llamado?"

Screech, jadeante ahora, sacudió la cabeza.

"No, te lo juro, Drake me pidió tu número, tío. No sé para qué lo quería", se las arregló para decir.

Dane sacudió el trozo de papel.

"¿Entonces por qué tienes la foto de Ray Reynolds?"

Screech parpadeó.

"¿Le conoces? ¿Conoces a este tipo?"

Dane empujó a Screech hacia atrás e inmediatamente empezó a masajearle la garganta en carne viva.

"Sí, lo conozco. Fui su mejor amigo hace mucho tiempo".

Screech se mordió el labio, intentando pensar qué decir o hacer a continuación.

"Deberías venir conmigo", zanjó al fin. "Pero tenemos que darnos prisa".

Capítulo 68

Drake se detuvo detrás de la furgoneta blanca y los neumáticos de su Crown Vic patinaron sobre la tierra suelta. Besaron los parachoques y él se sobresaltó en su asiento. Sin molestarse siquiera en apagar el coche, saltó del vehículo y corrió primero hacia el granero.

Dentro, vio varias cubas grandes, algunas adornadas con lo que parecían elementos calefactores, mientras que otras estaban llenas de un líquido espumoso. También había más cosas, pero estaba demasiado oscuro para distinguirlas.

"¡Beckett!" Gritó en la noche. Al no obtener respuesta, sacó su pistola de la funda y la sostuvo frente a él. Luego se acercó y encendió la luz del granero.

Además de las bañeras, había una gran mesa al fondo cubierta con una lona azul. Era abultada y a Drake le dio un vuelco el corazón cuando se apresuró a acercarse a ella.

Con una respiración profunda y temblorosa, agarró la esquina de la lona y la arrancó.

No era un esqueleto. Era sólo un conjunto de herramientas y algunos bloques de madera.

Drake se dirigió a continuación a la casa, asombrado de cómo, con la escasa luz, tenía exactamente el mismo aspecto que cuando él y su padre habían venido a recoger a Dane aquel día.

Su corazón se aceleraba y notaba cómo el alcohol y la adrenalina se mezclaban en su sangre.

Esperaba que la puerta estuviera cerrada, pero se sorprendió cuando el pomo giró libremente en su mano. Sin embargo, cuando intentó abrirla, se detuvo a los pocos centímetros.

Drake metió la mano dentro y sintió algo blando y carnoso, algo pesado contra la puerta.

Se inclinó hacia atrás y luego corrió hacia la puerta, clavando el hombro en la endeble madera. El objeto se apartó, lo suficiente para que Drake pudiera pasar.

Estaba oscuro dentro de la granja y, mientras buscaba desesperadamente un interruptor de la luz, su pie golpeó algo blando. A pesar de la falta de luz, Drake pudo distinguir la inconfundible silueta de un cuerpo.

"Beckett", gimió.

Drake siguió tanteando la pared, con la mano empapada en sudor deslizándose por el gastado papel pintado.

"Beckett", dijo por enésima vez.

"Me temo que llega demasiado tarde", respondió una voz.

Y entonces se encendieron las luces.

Capítulo 69

Beckett entraba y salía de la conciencia.

En un momento dado, sus ojos se abrieron y, sin embargo, su campo de visión era extraño, como si hubiera desarrollado unas leves cataratas en el transcurso de unos minutos.

Podía sentir los efectos de los somníferos que se habían añadido al brebaje letal, e hizo todo lo posible por combatirlos. No era un novato cuando se trataba de Xanax o Prozac, pero esto era una mierda poderosa. Era como moverse bajo el agua. Incluso le costaba respirar.

Metanol.

La idea le atravesó el cerebro como un punzón.

Me envenenaron con metanol.

Y entonces, en algún lugar a lo lejos, Beckett oyó que lo llamaban por su nombre. Solo que no sabía si era de este lado o del otro.

Capítulo 70

Drake inhaló bruscamente.

Había cadáveres por todas partes. Contó al menos diez, pero probablemente había más, esparcidos por el suelo.

"Jesús", jadeó. Miró fijamente los cuerpos, esperando a que se movieran, a que respiraran, pero estaban tan inmóviles.

"¿Qué has hecho?" preguntó Drake, sacando la pistola que tenía delante y apuntando al predicador. "¿Dónde está Beckett?"

Ray Reynolds se encogió de hombros. Estaba desplomado contra la pared, al otro lado de la habitación. Sólo tenía los ojos parcialmente abiertos y, cuando hablaba, arrastraba las palabras.

"Llegas demasiado tarde, Drake. Beckett ha detenido su sufrimiento".

Fue entonces cuando Drake se fijó en la taza roja que sostenía el hombre en sus pálidas manos y en las vacías que había esparcidas por la habitación.

Drake apretó los dientes y avanzó, girando el arma en ángulo mientras lo hacía.

"¿Los envenenaste?", escupió. "¿Los envenenaste a todos?"

Ray se limitó a sonreír lánguidamente.

"Yo no hice nada. Se lo hicieron ellos mismos".

El dedo de Drake se tensó sobre el gatillo.

"¿Dónde está Beckett?"

Mientras esperaba una respuesta, escudriñó los cuerpos del suelo en busca del pelo decolorado de Beckett, sus brazos tatuados.

Nadie que coincidiera con esa descripción.

Drake se acercó a Ray y se puso en cuclillas para que estuvieran al mismo nivel.

"¿Dónde está?" Preguntó.

Cuando Ray no respondió, Drake le puso el cañón de la pistola en la sien.

"Dime dónde está, o te vuelo los putos sesos ahora mismo".

Ray se rió entre dientes.

"Ya me he bebido mi Kool-Aid, Drake. Mi sufrimiento está a punto de terminar. Aunque queda un poco para ti. Debería ser suficiente", dijo, inclinando la taza roja hacia él.

Drake se asomó al interior y vio que en el fondo de la taza había unas tres onzas de líquido transparente. Sin pensarlo, se la arrebató al hombre y la sostuvo con la mano libre.

"Estás enfermo y los envenenaste".

Los ojos del hombre se cerraron y Drake retrocedió. Pero Ray aún no había terminado.

"Tienes razón, estoy enfermo, pero todos lo estamos. Todos

sufrimos. La realidad del dolor es que nunca es insoportable, porque ya has sentido *ese dolor*... ya ha pasado. El verdadero problema es que tememos el próximo dolor. Por eso lloramos cuando nacemos, Drake. Tememos el dolor y el sufrimiento que está por venir".

Drake volvió a mirar a su alrededor, con la esperanza de que Beckett hubiera escapado de algún modo, por improbable que fuera.

"Cállate", ordenó.

"Has sufrido más que la mayoría, Drake. Y has traído a otros contigo. Clay, Jasmine, Beckett, Screech, Suzan. Todos han sufrido por tu culpa, Drake".

"*¡Cállate!*"

Drake trataba de pensar, de averiguar qué hacer a continuación, pero las palabras del hombre le rechinaban como clavos en una pizarra.

"Piensa en lo bien que estaría la gente si nunca te hubiera conocido. Clay seguiría vivo y Jasmine seguiría teniendo un marido. Suzan tendría un padre".

Los ojos de Drake se entrecerraron.

"¿Cómo sabes tanto sobre mí?"

Ray, con los ojos aún cerrados, inclinó la cabeza hacia un lado.

"Después de lo que pasó con mis padres, no tenía adónde ir. Entraba y salía de instituciones y, aunque nunca pudieron probarlo, la gente sabía que yo había matado a mis padres. Tu hermano lo sabía. Pero no dijo nada porque él también está sufriendo. Verás, entonces sabía que el mundo era un pozo negro de sufrimiento y miseria. Que el mundo estaría mejor sin humanos en él. Y entonces un hombre me encontró".

La cabeza de Ray se inclinó y su boca se aflojó.

Por un instante, Drake pensó que el hombre había muerto.

"Ken Smith", susurró Drake. No tenía ni idea de por qué lo sabía, ni cómo, pero algo le decía que Ken Smith estaba detrás de todo esto.

Ray sonrió y abrió los ojos.

"Eres un fraude", acusó Drake. "Afirmas que sólo quieres acabar con el sufrimiento, pero ¿por qué mataste a la gente que mataste? ¿Qué te hizo elegirlos? ¿Qué te hizo decirle a Peter Kellington que disparara a Clay?"

La respuesta de Ray fue inmediata.

"Ken me dijo a quién matar... para mí, no importaba quién muriera. Era más fácil con los ex convictos, los que se entregaban voluntariamente. Pero al final, para que cese el sufrimiento, también debe cesar la raza humana".

Drake gruñó, pero Ray aún no había terminado.

"Tienes un bebé en camino, Drake. Estás a punto de aumentar el sufrimiento en este mundo. Ni siquiera puedes cuidar de ti mismo,

mucho menos de tus amigos o familia. Y menos de un bebé".

Los pensamientos de Drake se trasladaron a Jasmine, a cómo la había herido, primero con la muerte de Clay y ahora con esto.

Algo de lo que decía Ray, aunque su mente racional protestara, le tocó la fibra sensible.

Y entonces Drake vio a Beckett.

"No", jadeó.

El hombre estaba tumbado de lado, en parte debajo de la mesa de la cocina. Tenía las manos atadas a la espalda y el cuerpo completamente inmóvil.

"¡Bastardo!" Gritó Drake, apuntando el arma a la frente de Ray. "*¡Maldito bastardo!"*

Empujó el cañón contra la cabeza del hombre, pero incluso cuando la parte posterior de su cráneo rebotó contra la pared, Ray siguió sonriendo.

Los ojos de Drake volvieron a posarse en el cuerpo de Beckett y volvió a bajar el arma. Sintió como si le diera un infarto.

"Hazlo", susurró el hombre.

Drake levantó la pistola y la apretó contra la frente de Ray una vez más, apretando los dientes mientras su dedo se tensaba sobre el gatillo.

"Hazlo".

Drake bajó el arma y se agarró el pecho, gritando lo más fuerte que pudo.

Cuando terminó, se desplomó junto a Ray Reynolds, dejando caer la pistola en el proceso.

Su cuerpo se sacudía tan violentamente con los sollozos que el líquido de la taza que aún tenía agarrada en la mano amenazaba con derramarse.

"Detén el sufrimiento, Drake", susurró Ray a su lado. "Hazle un favor al mundo y detén el sufrimiento".

Drake se quedó mirando el líquido durante mucho tiempo. Incluso después de que Ray se callara y su respiración se volviera lenta e irregular, se quedó mirando.

"Lo siento", dijo al fin, y se llevó la taza a los labios.

Capítulo 71

Screech saltó de su vehículo, gritando a Dane que le siguiera. Pero el hombre ya estaba a su lado, con una pistola negra en la mano.

Dane también temblaba con fuerza. Aunque sólo hacía una hora que lo conocía, Dane no le parecía el tipo de persona que se asusta con facilidad.

Sin embargo, cuanto más se acercaban a la granja, más empezaba a cambiar el comportamiento del hombre. Dane empezó a temblar, y apenas podía articular palabra sin antes tragar saliva varias veces.

Screech se dirigió hacia el granero, pero Dane sacudió la cabeza y lo dirigió hacia la granja.

Parecía que el hombre ya había estado aquí antes.

Aunque la puerta sólo estaba parcialmente abierta, Screech podía ver los cuerpos en el suelo.

La adrenalina sacudió su sistema y Screech entró corriendo en la casa, gritando el nombre de Drake.

Screech chocó con una pata y cayó de bruces. Cuando levantó los ojos, vio a su amigo.

Drake estaba sentado contra la pared, con los ojos cerrados, hombro con hombro con el hombre conocido como Ray Reynolds.

"No", graznó.

Dane estaba de repente a su lado, ayudándole a ponerse en pie. Juntos corrieron hacia Drake.

Screech se las arregló para llegar primero al hombre e inmediatamente acercó su oreja a la boca de Drake.

Respiraba. Respiraba superficialmente, pero aún respiraba.

Bajó a Drake sobre su espalda y, sin saber qué hacer, comenzó la reanimación cardiopulmonar y la respiración boca a boca.

Screech realizó varios ciclos antes de que Dane le apartara el brazo.

Fue entonces cuando Screech se fijó en las tazas rojas del suelo.

"Inducir el vómito", ordenó Dane.

Screech asintió, giró la cabeza de Drake hacia un lado y le metió los dedos en la garganta.

Drake tuvo una arcada de inmediato y un líquido caliente salpicó la mano de Screech. Se le derramó por la boca y le pareció oír gemir al hombre.

"Vamos, Drake. Despierta. ¡Por favor, despierta!"

Un sonido procedente de la cocina atrajo la mirada de Screech.

"Necesita alcohol", les informó una voz arrastrada.

Dane se puso en pie de un salto y apuntó con su pistola al hombre del pelo rubio.

"¿Quién coño eres?", gritó.

"¡Beckett!" exclamó Screech. "¡Dios mío, Beckett! ¡Estás... estás

vivo!"

Pero entonces Beckett tropezó y apenas consiguió sostenerse apoyándose en el mostrador.

"Quédate con él", instruyó Screech a Dane, mientras se apresuraba hacia Beckett.

Pero antes de que pudiera llegar hasta él, Beckett se desplomó en el suelo en un montón.

"Necesita... alcohol... dale un trago", balbuceó Beckett, con los párpados agitados.

Screech se quedó mirando al hombre, confuso, preguntándose si Beckett estaba tan borracho que no hacía más que soltar sandeces.

Intentó ayudar a Beckett a ponerse en pie, pero el hombre pesaba demasiado para él.

"Metanol", le susurró Beckett al oído.

Screech entrecerró los ojos y se inclinó hacia él.

"Intoxicación por metanol... necesita alcohol".

Algo hizo clic en el cerebro de Screech y se puso en pie de un salto. Luego corrió hacia los armarios y los abrió todos de par en par, barriendo platos y vasos por el suelo, en busca de alcohol.

Pero no había ninguna. Metió la mano debajo del fregadero y sacó bolsas de basura, artículos de limpieza, utensilios de barbacoa y entonces, allí, al fondo, encontró una botella de whisky escocés. Screech nunca pensó que se alegraría tanto de encontrar una botella de Ballantine's tres cuartos llena en toda su vida.

Se volvió hacia Beckett y se puso a cuatro patas. Tiró el tapón a un lado y empezó a verter el líquido en la boca abierta de Beckett. Los primeros tragos hicieron que Beckett balbuceara y tosiera, derramando parte del preciado líquido por el suelo.

"Bebe", suplicó Screech. "Bebe, maldita sea".

Los labios de Beckett se aferraron a la botella y tragó con avidez.

"Lo estamos perdiendo", gritó Dane desde el otro lado de la habitación. "¡Rápido!"

Screech le dio un último trago a Beckett antes de levantarse y cruzarse a toda prisa con Drake.

Repitió el proceso con Drake, vertiendo pequeñas cantidades en su boca y animándole a tragar masajeándole la garganta. Al final, Drake no tuvo problemas para engullir un tercio de la botella.

Screech no podía estar seguro, pero creía que la respiración de Drake empezaba a regularse y que su pulso era cada vez más fuerte.

"Siéntalo", ordenó Dane, y juntos consiguieron apuntalar a Drake tal y como había estado cuando entraron en esta habitación de muerte.

Screech miró a Dane, buscando más instrucciones, pero la atención del hombre estaba en otra parte.

Dane miraba fijamente a Ray Reynolds.

Y estaba llorando.

Antes de que Screech pudiera comprender del todo lo que estaba ocurriendo, Dane se arrastró hasta Ray y lo rodeó con los brazos, acunándole la cabeza en el regazo.

Los párpados de Ray se agitaron y su boca empezó a moverse, pero Screech no oyó ninguna palabra.

Screech vio que aún quedaba al menos un cuarto de Ballantine's en la botella y se la ofreció a Dane.

"Yo me encargo", dijo Beckett desde detrás de él. Al mismo tiempo, le arrebató el Ballantine's de la mano.

Beckett aún no había abierto del todo los ojos, pero parecía más estable. Mientras Screech lo observaba, se llevó la botella a los labios y bebió un buen trago. Pero cuando terminó, no hizo ningún movimiento hacia Ray o Dane.

"¿Qué estás haciendo?" Screech exigió, mirando hacia él. "¡Todavía puedes salvarle!"

Antes de que Screech se diera cuenta de lo que Beckett estaba a punto de hacer, el brazo del hombre ya estaba amartillado.

"¡No!", gritó, pero era demasiado tarde.

Beckett lanzó la botella de Ballantine's por la habitación. Un segundo después, se estrelló contra la pared en una lluvia de cristal morado y whisky amarillo.

Entonces se hizo el silencio; incluso el llanto de Dane parecía más apagado. El silencio fue suficiente para que Screech captara las últimas palabras de Ray.

"No siento nada", susurró. "Finalmente, el sufrimiento ha terminado".

Epílogo

Screech abrió la puerta de Triple D y, como la última vez que había estado allí, el olor a alcohol fue lo primero que le llegó a la nariz. Sin embargo, el tiempo había atenuado el olor, haciéndolo soportable.

Con un suspiro, se dirigió a la esquina de la habitación y cogió la escoba. Luego barrió el cristal de la botella que Drake había tirado y lo tiró a la papelera.

A continuación se dirigió a su escritorio y empezó a ordenar, empezando primero por el boceto de Ray Reynolds. Luego cerró el ordenador.

Screech estaba a punto de marcharse de nuevo cuando vio que la puerta del despacho de Drake estaba abierta.

Se acercó y miró dentro. Estaba vacío, como esperaba. Por alguna razón, Screech entró en el despacho, se sentó en la silla de Drake y levantó los pies.

Durante los minutos siguientes, se quedó allí sentado rumiando los sucesos de los últimos meses, empezando por el de Virgen Gorda y terminando con el asesinato/suicidio en masa de la granja Reynolds.

El teléfono de Screech zumbó y lo sacó del bolsillo, sorprendido al ver que no era un mensaje ni una llamada.

Era una notificación de la aplicación de vídeo que indicaba que una de las cámaras había detectado movimiento.

Qué raro, pensó.

Habían retirado todas las cámaras de la casa de la señora Armatridge y de las casas de su octogenaria pandilla y, por lo que él sabía, sólo había una que siguiera activa.

El que le había dado a Drake.

Screech hizo clic en el icono e inmediatamente se le mostró una vista del interior del 212 de Main St. Aparte de una pila de sillas contra una pared, el lugar parecía vacío.

Pensando que podría estar defectuosa, estaba a punto de cerrar la aplicación cuando alguien entró en el marco.

Screech entrecerró los ojos con fuerza y tardó unos instantes en reconocer la figura alta de la pantalla.

Era el subinspector Lewis Palmer. El hombre permaneció de pie en un rincón de la sala durante un momento, pero luego se inclinó hacia delante cuando se acercó otra persona. Este nuevo hombre estaba de espaldas a la cámara, pero eso no importaba.

Screech sabía quién era. Lo sabía por los hombros caídos, la postura baja pero fornida.

Los brazos bronceados sobresaliendo de las mangas de la camisa.

Era Raúl.

Screech despegó los pies del escritorio de Drake y pulsó el botón de

grabación mientras Lewis Palmer estrechaba primero la mano de Raúl y luego empezaban a charlar.

***

Ken Smith terminó de encender su puro y dio varias caladas seguidas.

No era prudente reunirse en su piso, lo sabía, pero después del follón con Ray Reynolds y la tormenta de mierda mediática que les había caído encima, había que acelerar las cosas.

Se sentó a la cabecera de la mesa, mientras que un hombre bien vestido con barba oscura se sentó a su derecha. Una mujer de pelo largo y rubio y pómulos altos ocupaba el asiento inmediatamente a su izquierda. A su lado se sentaba un hombre de piel muy bronceada y cabeza rapada.

"¿Cuándo llegará?", preguntó el hombre de la cabeza rapada.

"Pronto", fue la respuesta del alcalde Smith. Dio otra calada a su puro y, fiel a su palabra, la puerta de la sala de conferencias se abrió poco después.

Un hombre vestido con camiseta y vaqueros atravesó la puerta de cristal. Tenía los hombros caídos y la barbilla recogida.

"Bienvenido, Dane Drake", ofreció el alcalde Smith.

Dane levantó la cabeza y miró fijamente a los miembros de la mesa, sus ojos se detuvieron en cada uno de ellos durante unos segundos.

Pero no dijo nada.

"Creía que habías dicho...", empezó el hombre de la barba, pero Ken le hizo callar levantando un dedo.

"Creo que sabes por qué estás aquí, Dane. Pero primero, en nombre de todos los que estamos en esta mesa, me gustaría expresarte mis más sinceras condolencias por lo que le pasó a tu hermano."

Dane gruñó, pero siguió sin decir nada.

Ken Smith estaba a punto de continuar cuando la puerta de la sala de conferencias se abrió por segunda vez. Dane dio un paso a su derecha y su postura se tensó, pero sólo un instante.

"Raúl", dijo Dane, pero Ken no podía estar seguro de si se trataba de un saludo o de una acusación.

En cualquier caso, a Raúl le daba igual; se instaló en un rincón de la habitación, con las manos cruzadas delante del cuerpo.

Ken dio otra calada a su puro y se aclaró la garganta.

"Tu negocio en Sudamérica ha despertado nuestro interés, Dane. Y creemos que ya es hora de que empieces a pensar en expandirte".

FIN

Nota del autor

Hola chicos, espero que hayáis disfrutado de este oscuro viaje al alma de Damien Drake. ¿Os cabrea que se haya acabado? No lo estéis. Hay mucho más que aprender sobre Ken Smith y ANGUIS Holdings. Muchos más tipos malos que atrapar, mucho más Johnny Black (y quizás un poco de Blue) que tragar.

De hecho, ya puedes hacerte con tu ejemplar del quinto libro de la serie Damien Drake, TRÁFICO HUMANO.

Como siempre, si tiene un momento libre, considere la posibilidad de visitar Amazon y dejar una reseña.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo,

Lo mejor,

Patrick
Montreal, 2018

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre 2023